INCIDENTES DE VIAJE
EN
CENTRO AMERICA, CHIAPAS Y YUCATAN

OBRA ESCRITA EN INGLES HACE 129 AÑOS

Por Mr. JOHN L. STEPHENS,

Autor de "Incidentes de Viaje en Egipto, Arabia, Petrea y la Tierra Santa."

EN DOS TOMOS

Ilustrada con numerosos grabados

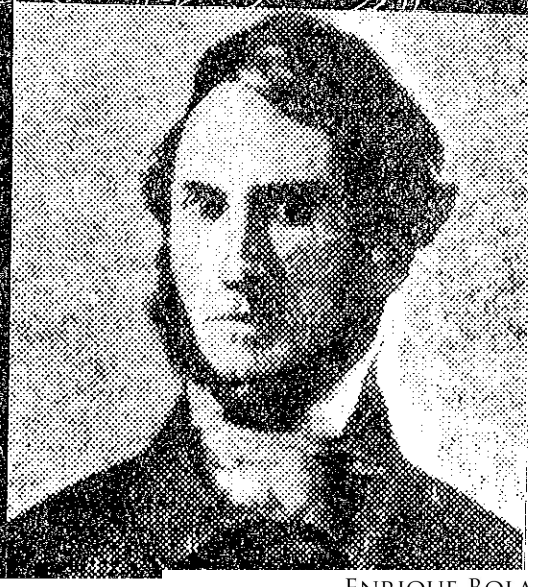
TOMO I

TRADUCCION DIRECTA DE LA 1a. EDICION INGLESA

Por BENJAMIN MAZARIEGOS SANTIZO,

REVISADA

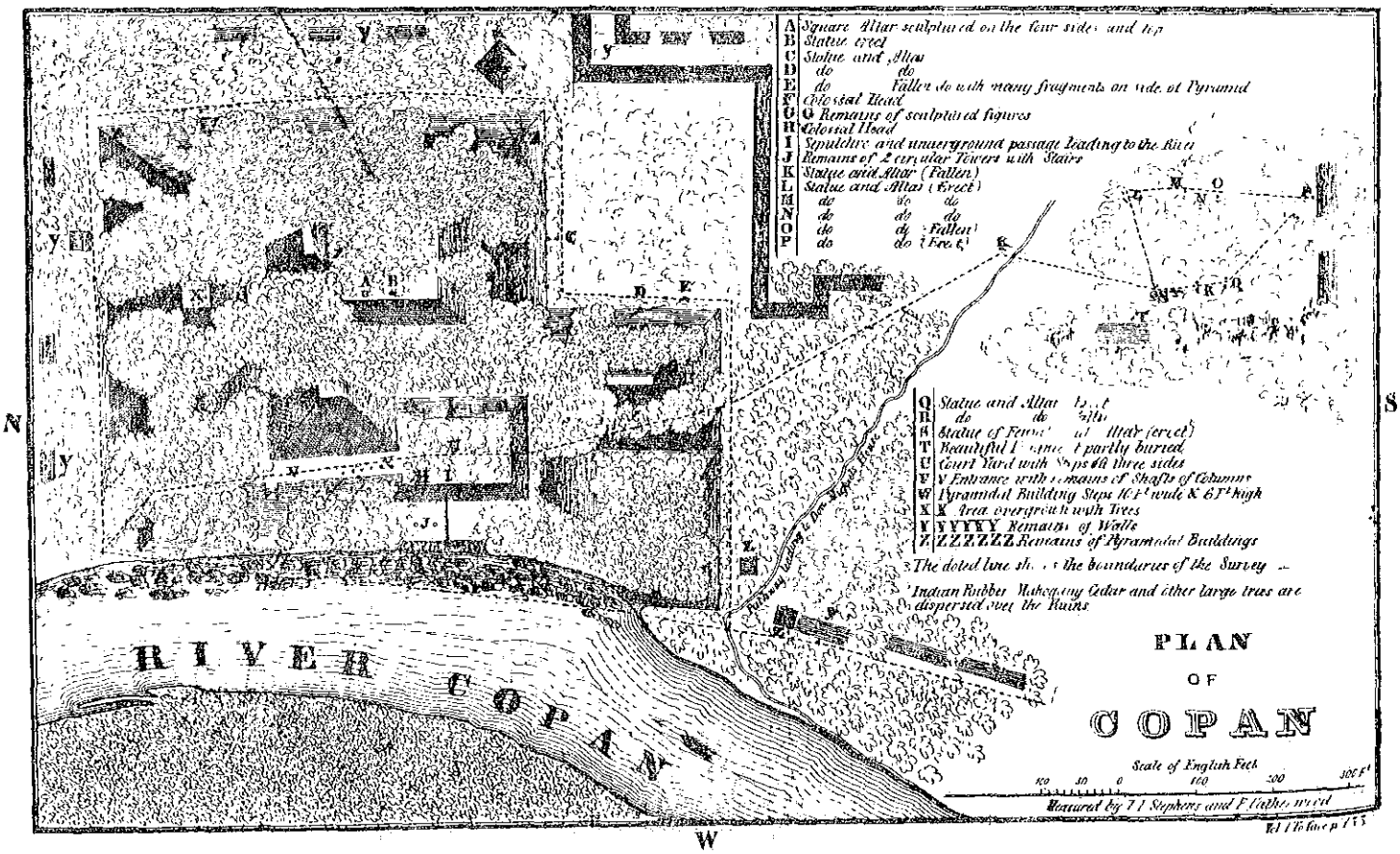
Por PAUL BURGESS, A B., B. D. P.h. D.



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

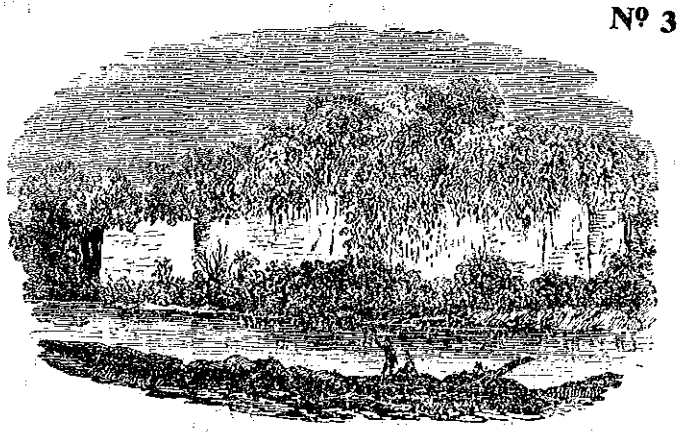


E



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Nº 3



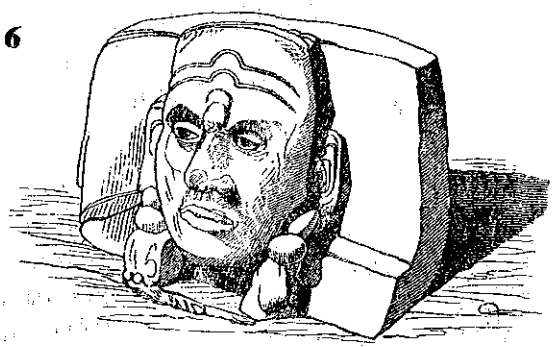
Nº 4



Nº 5



Nº 6



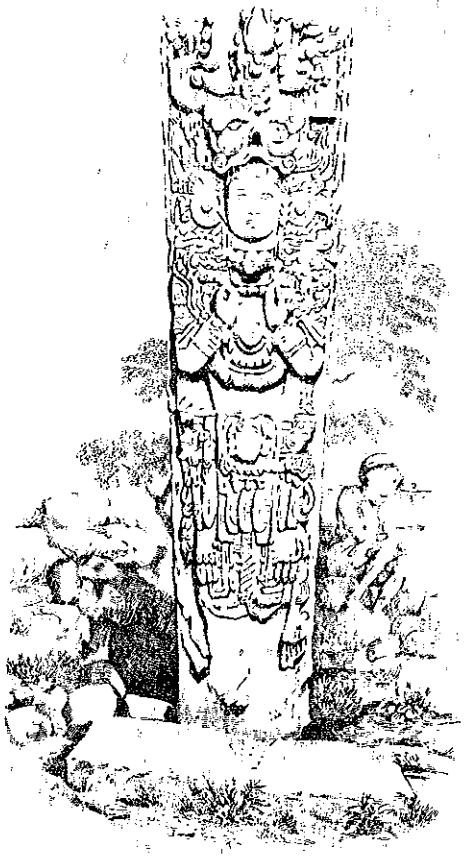
Nº 7



Nº 8

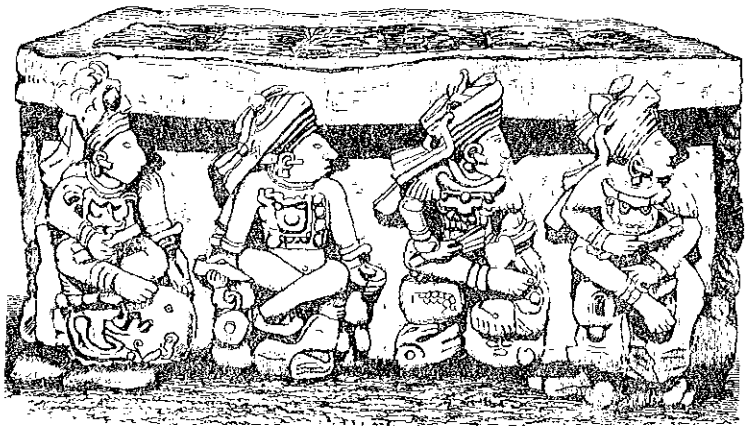


Nº 9



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

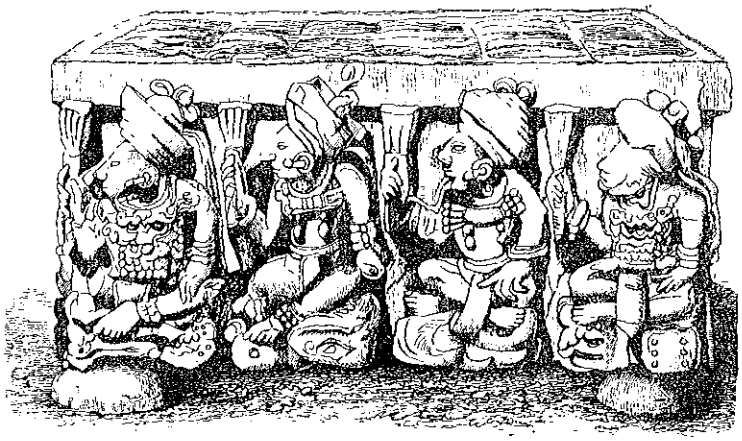




Nº 10

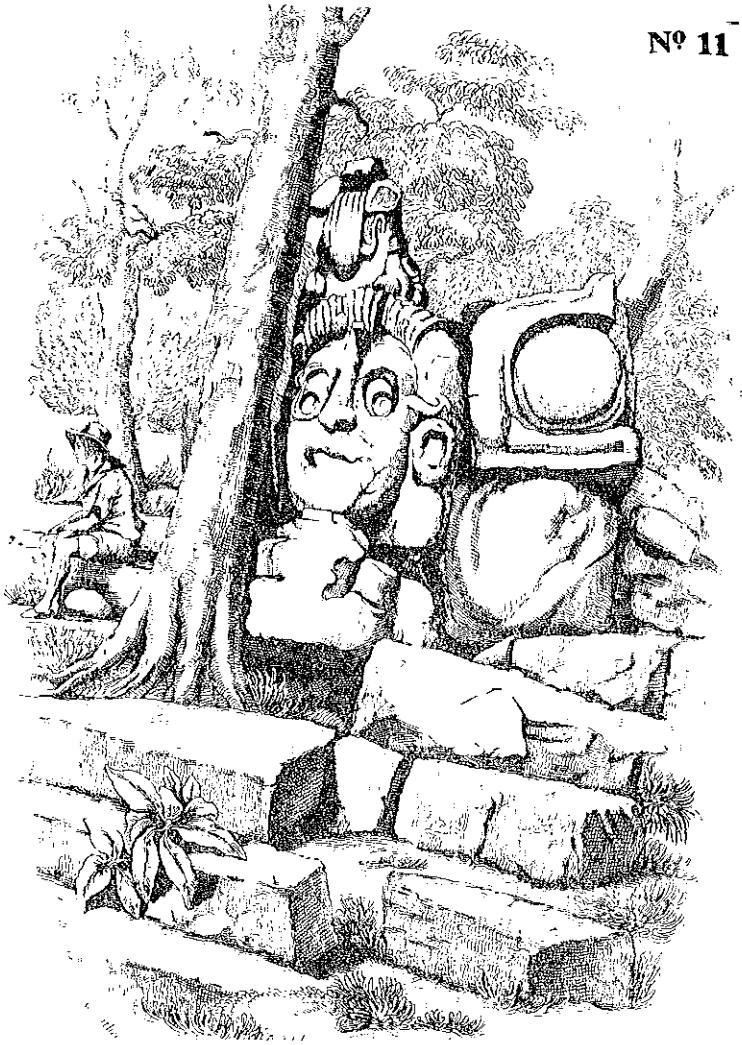


South side



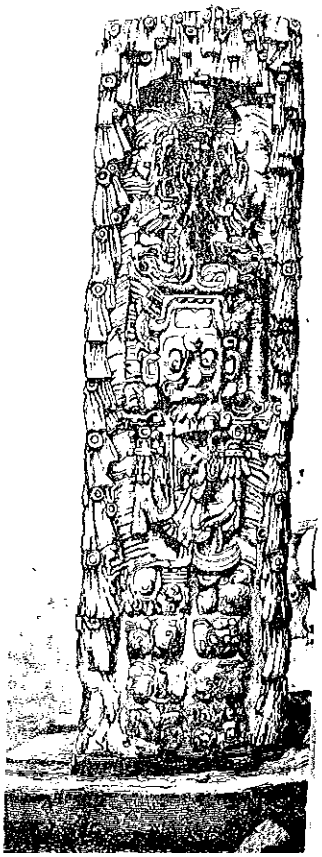
East side.

Nº 11



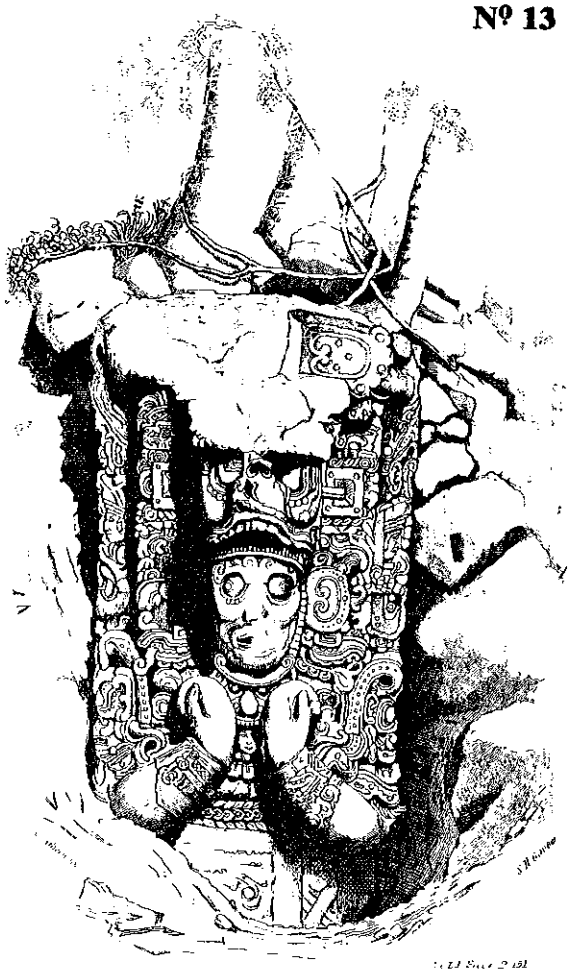
Nº 12



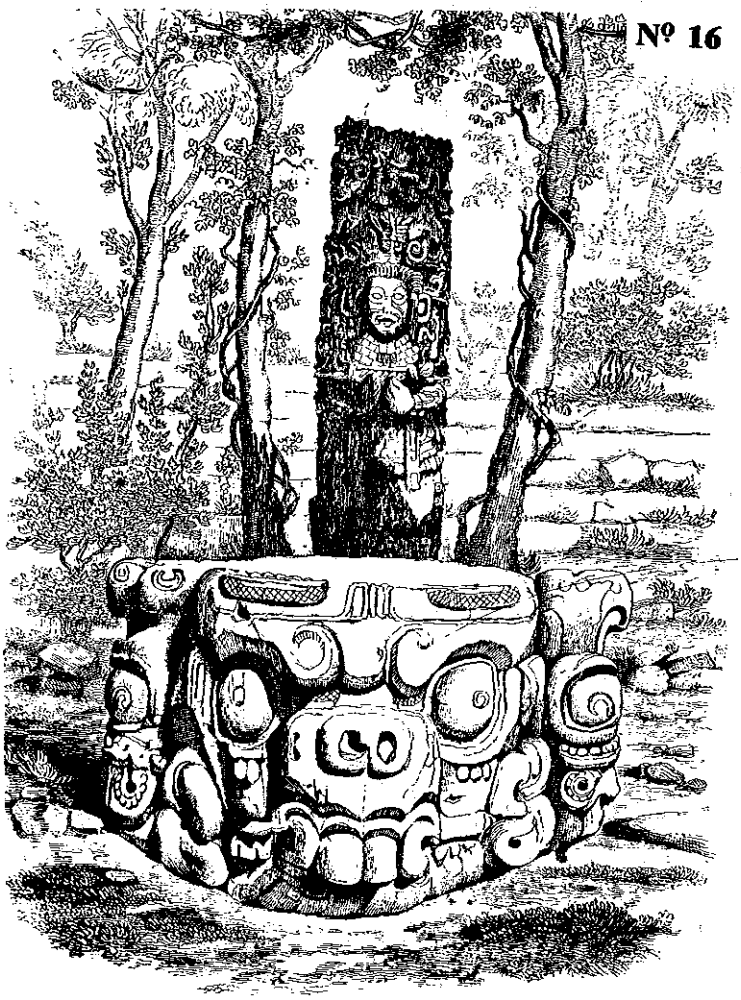


Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

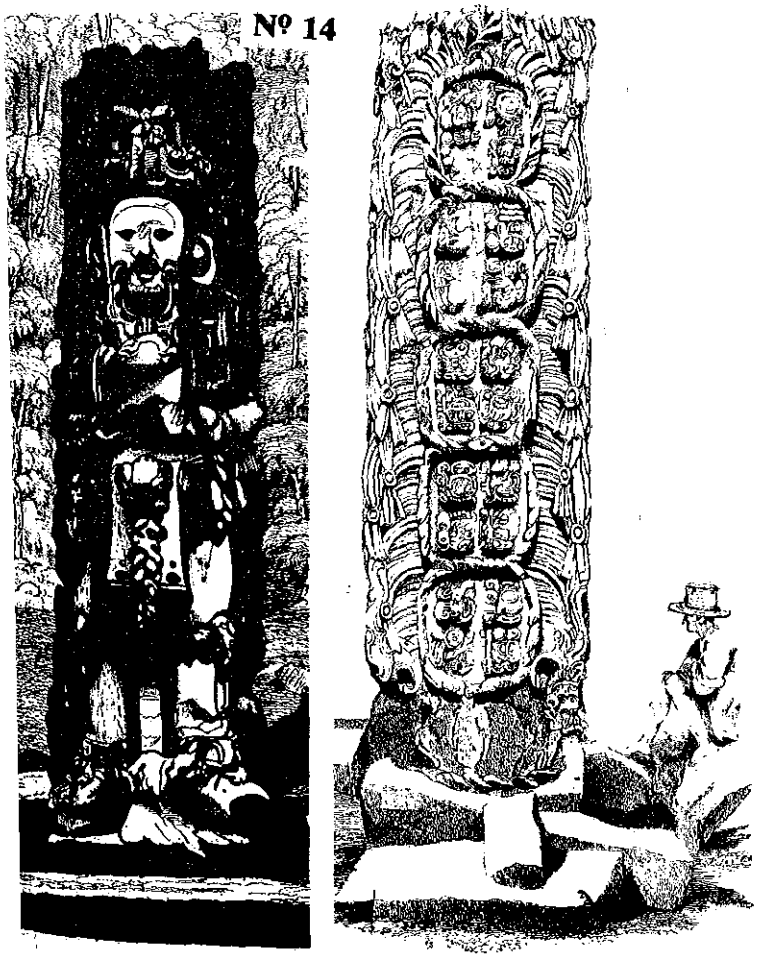
Nº 13



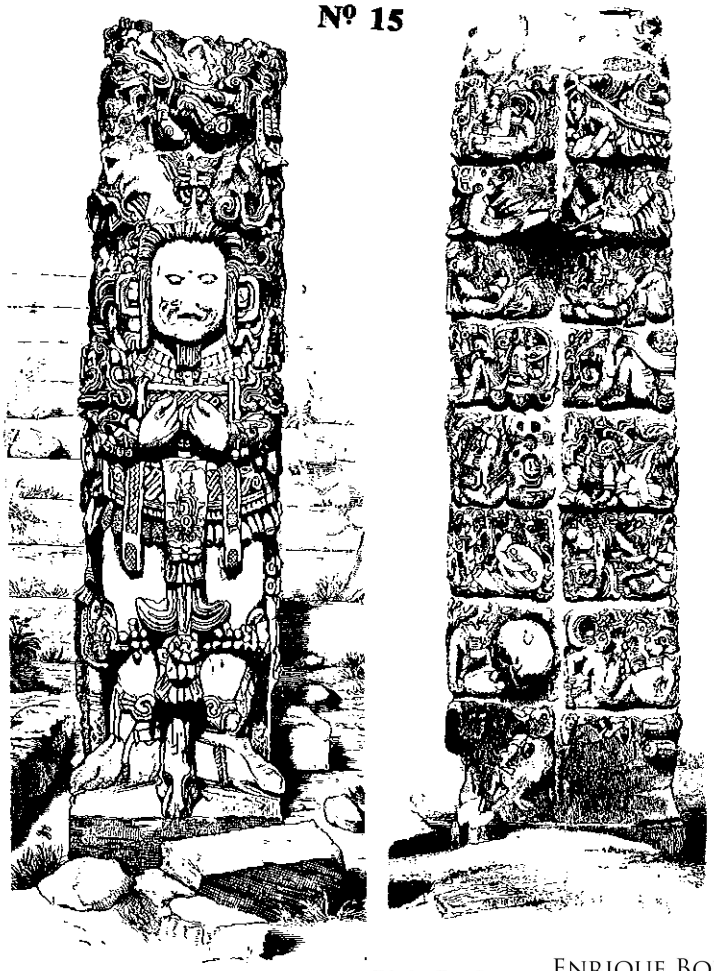
Nº 16



Nº 14



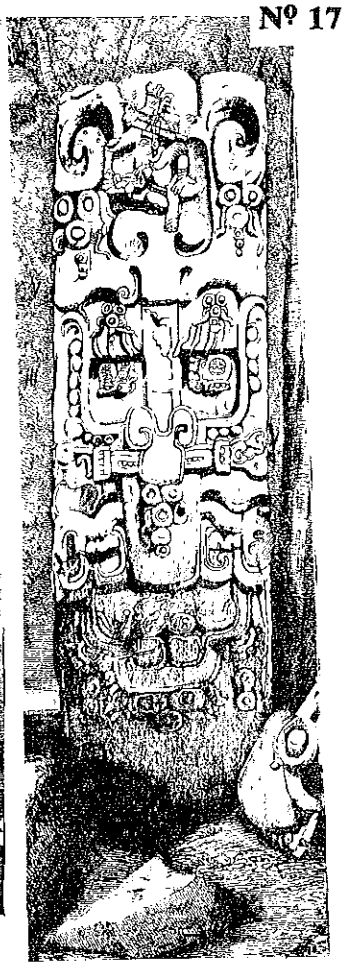
Nº 15



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

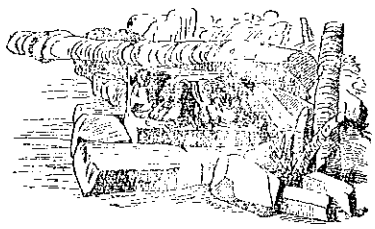
Nº 17



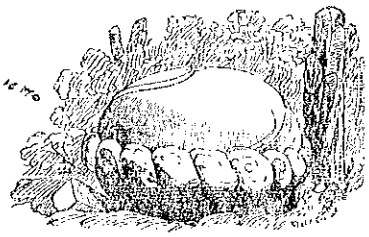




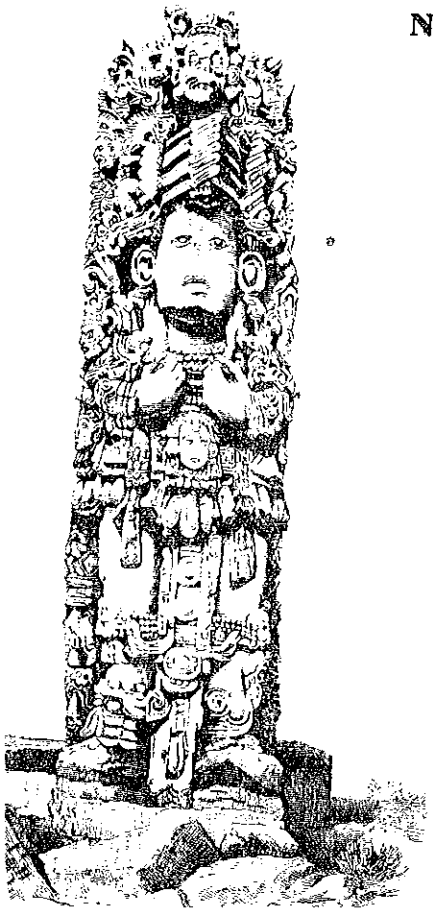
Nº 18

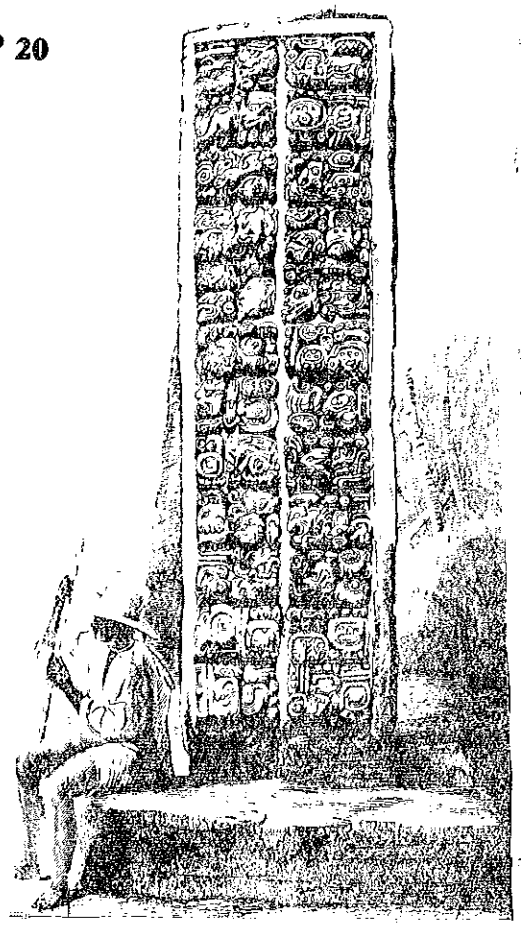


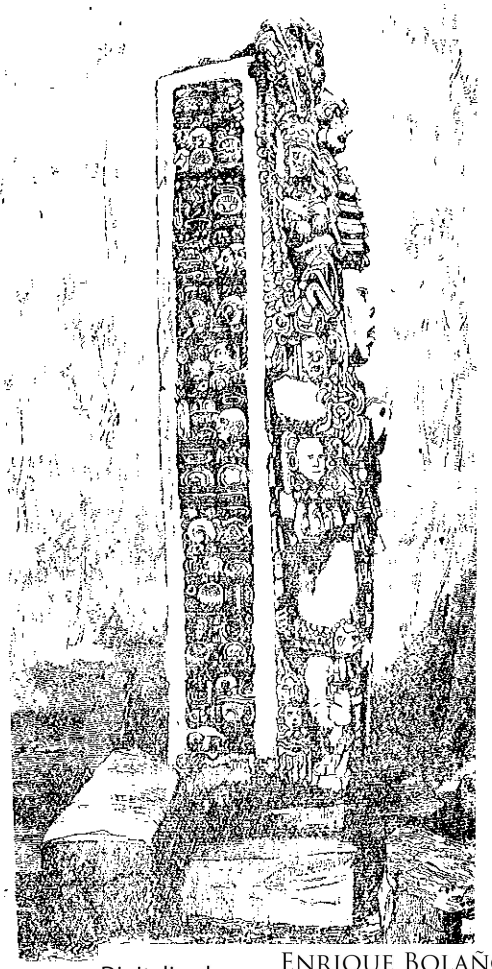
Nº 19



Nº 20







Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ESTE LIBRO, OTRA JOYA BIBLIOGRAFICA

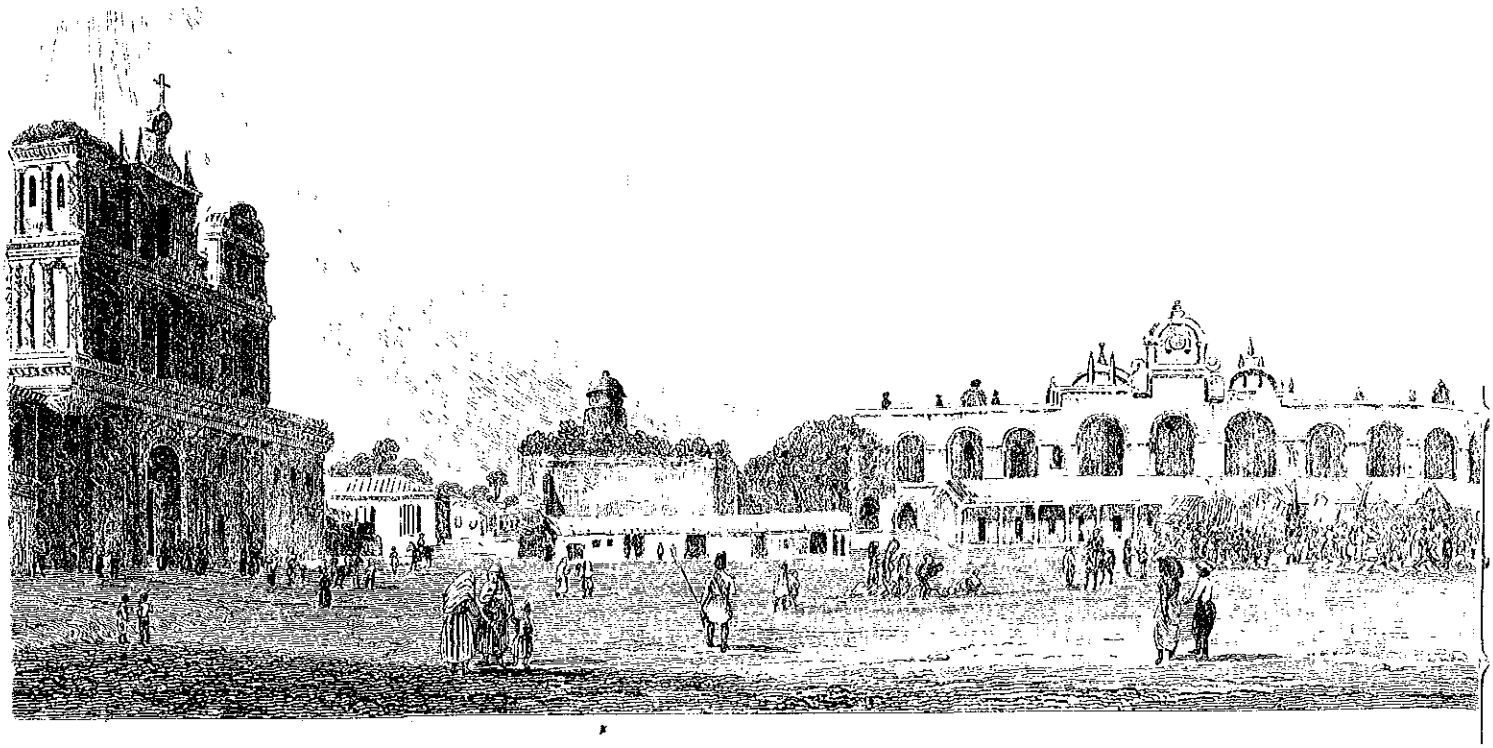
Revista Conservadora del Pensamiento Centroamericano, con 100 ediciones sucesivas, el mes de enero entrante, quiere cerrar el ciclo con broche de oro: regala a sus lectores en ésta y en el siguiente número los 2 tomos del notable libro de Stephens traducido al castellano por el meritísimo guatemalteco Benjamín Mazariego Santizo. La edición príncipe del libro, editada en New York, apareció en 2 tomos de 424 y 474 páginas cada uno, con los famosos dibujos que reproducimos también, hechos por el arqueólogo inglés F. Catherwood, compañero de viaje del Sr. Stephens.

Este libro, en 3 meses alcanzó 10 ediciones. Su autor, un extraordinario diplomático del Presidente Van Buren, nunca tuvo residencia fija, porque cuando llegó a Centro América nos desangrábamos en la guerra civil que siguió a nuestra emancipación de España. No encontró entre nosotros autoridades legítimas a quienes presentar credenciales. Fué así cómo este explorador diplomático, viajando cerca de 3,000 millas a lomo de burro, peregrinando de un punto a otro, rompiendo montañas, selvas, ríos caudalosos y ciénegas inmensas escribió su obra con la que derrumbó la hasta entonces universal teoría de los Salvajes de América.

Nuestro inolvidable amigo e ilustre colaborador, Lic. Virgilio Rodríguez Beteta, recientemente fallecido, se hallaba en Chile como Embajador de Guatemala, cuando en 1941 se celebró el centenario de este libro que no podía pasar inadvertido. De don Virgilio, el gran estudioso de la civilización maya, es este bello párrafo con que cerramos página para que el lector abra respetuoso las del libro que ponemos en sus manos.

"Por mi parte, deseo colocar sobre la tumba y el recuerdo de Stephens, en este centenario, la flor de los antiguos mayas, que es la orquídea, y es hoy también la flor nacional de Guatemala. Enviada desde estas regiones de la Cruz del Sur, esa flor ha de pasar por las tres Américas recogiendo un nuevo matiz bajo cada sol. Así llegará llena de vida, como el cocotero que Mr. Stephens plantó sobre la tumba desconocida de Mr. Shannon, el primer diplomático de los Estados Unidos en Centroamérica. Fué lo primero que hizo Mr. Stephens al poner los pies en las radiantes playas del trópico: visitar la tumba del diplomático desconocido y pedir para ella la dulce sombra de un cocotero. Así era Mr. Stephens, un hombre de esos raros que merecen la definición de hombres humanos. Lo fué en todo, en pensamiento y en corazón. Por eso hasta su diplomacia es humana. El nos legó este libro con el cual hizo a los centroamericanos amables al mundo, pues disculpó sus yerros presentes y mostró el aspecto de grandeza que habían tenido en su historia: la civilización maya. Y al mismo tiempo unió un poco más a todos los americanos en el conocimiento de esta civilización antigua, que fué benéfica para todos y hoy nos proporciona a todos un común motivo de interés y orgullo".

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org



PREFACIO DEL AUTOR

El autor hace presente su agradecimiento a Mr. Van Buren, ex-Presidente de los Estados Unidos, por haberle dado la oportunidad de presentar al público las siguientes páginas. El cree conveniente manifestar: que fué investido de un cargo diplomático con propósito determinado, sin la precisa obligación de residir en la capital y con entera libertad de viajar por el país, ya fuera que su misión tuviese o no algún éxito. A su llegada a Centro América, aquel país se encontraba trastornado por una sangrienta guerra civil que culminó, durante su estancia allí, en el completo abatimiento del gobierno federal. Debido a la protección y facilidades que le proporcionaba su carácter oficial, pudo llevar a cabo lo que de ninguna otra manera habría sido posible. Su obra abarca un viaje de cerca de tres mil millas por el interior de la América Central, Chiapas y Yucatán, incluyendo visitas a ocho ciudades en ruinas, con ilustraciones completas de los dibujos levantados en los mismos lugares por Mr. Catherwood. La publicación de esta obra se ha demorado algo mientras se hacían los grabados; pero el autor no se lamenta por tal cosa, porque las últimas noticias procedentes de Centro América le dan la oportunidad de decir: que el estado de anarquía en que hubo de presentar a aquel hermoso país no existe ya más; que los obscuros nubarrones que se cernían en su cielo se han desvanecido, que la guerra civil ha cesado y que Centro América puede otra vez ser bienvenida al seno de las repúblicas.

Nueva York, Mayo de 1841.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

CAPITULO 1

LA PARTIDA. — LA TRAVESIA. — ARRIBO A BELIZE. — MEZCLA DE COLORES. — LA CASA DEL GOBIERNO. — EL CORONEL M'DONALD. — EL ORIGEN DE BELIZE. — ESCUELAS DE NEGROS. — ESCENA EN UN JUZGADO. — LEY SIN ABOGADOS. — LOS CUARTELES. — EXCURSION EN UN PITPAN. — PRINCIPIAN LOS HONORES. — ACUMULACION DE HONORES. — PARTIDA DE BELIZE. — LAS DULZURAS DEL CARGO.

Habiéndoseme confiado por el Presidente una Misión Especial y Confidencial a Centro América, el miércoles tres de Octubre de 1839, me embarqué a bordo del bergatín británico Mary Ann, Capitán Hampton, para la Bahía de Honduras. El bergatín estaba anclado en el North River, largadas las velas, y a los pocos minutos, en compañía de un amplio navío pescador de ballenas con destino al Pacífico, estábamos en ruta. Esto era antes de las siete de la mañana: las calles y los muelles se encontraban silenciosos; la Battery (1) estaba desolada; y, al instante de abandonarla en un viaje de incierta duración, parecía más hermosa que como nunca antes yo la había conocido.

Frente al Campo de Cuarentena, unos pocos amigos que me habían acompañado a bordo se despidieron de mí; al cabo de una hora siguió el piloto; al anochecer la obscura silueta de las tierras montañosas de Neversink era apenas visible, y a la mañana siguiente nos hallábamos en pleno mar.

Mi único compañero de pasaje era Mr. Catherwood, un experimentado viajero y amigo personal, que había pasado más de diez años de su vida en diligentes estudios de las antigüedades del Viejo Mundo; ya quien, estando familiarizado con las ruinas de las antiguas grandezas arquitectónicas, yo contraté tan luego como recibí mi nombramiento, para que me acompañase en la exploración de las ruinas de Centro América.

Impulsados por un fuerte ventarrón del nordeste, el nueve nos encontramos en la región de los vientos alisios, el diez en los trópicos, y el once, con el termómetro a 80º pero con una brisa refrescante, nos movíamos suavemente entre Cuba y Santo Domingo, con ambas a plena vista. Por lo demás, después de diez y ocho días de tiempo borrascoso, empapados con lluvias tropicales, el veintinueve fuimos impelidos adentro del arrecife del faro, y, esquivamos del todo el campo regular del piloto, a media noche llegamos a la Bahía de San Jorge, como a veinte millas de Balize. Un espacioso bergantín, cargado de caoba, estaba anclado, con un piloto a bordo, esperando tiempo favorable para hacerse a la vela. El piloto llevaba consigo a su hijo, un mozalbete como de diez y seis años, criado sobre el agua, a quien el Capitán Hampton conocía, y determinó llevarlo a bordo.

La luz de la luna estaba en su plenitud cuando el muchacho subió a la cubierta y nos dió la bienvenida del piloto. Yo no podía distinguir su facciones, pero pude observar que no era blanco; y que su voz era tan dulce como la de una mujer. Tomó su lugar en la rueda, e izando el velamen, nos habló de los severos ventarrones de la costa, de los temores mantenidos por nuestra seguridad, de desastres y naufragios, y de un piloto que, una noche que nosotros bien recordábamos, había conducido su embarcación sobre un escollo.

A las siete de la mañana siguiente divisamos Belize, apareciendo, si no fuera pecado compararla con ciudades consagradas por el tiempo y por asociaciones venerables, como Venecia y Alejandría, elevándose desde el agua. Una **hilera de casas blancas extendíase** una milla a lo largo de la playa, terminando en un extremo por la Casa del Gobierno, y en el otro por los cuarteles, e interceptados **por el Río Belize, cuyo puente que** lo atraviesa constituía un objeto pintoresco; en tanto que el fuerte sobre un islote en la desembocadura del río, la torre de la iglesia gótica detrás de la Casa del Gobierno, y los bosquecillos de cocoteros, que a esa distancia nos traín a la memoria las palmeras de Egipto, le daban una apariencia de efectiva belleza. Cuatro naves, tres bergantines, varias goletas, bongos, canoas, y un barco de vapor, estaban fondeados en el puerto; al costado de los buques había balsas de caoba; mucho más afuera, un negro estabaja empujando con un remo una troza de la misma valiosa madera; y el bote del gobierno que nos abordó cuando estaba hecho del tronco de un árbol de caoba.

Desembarcamos frente al almacén de Mr. Coffin, el consignatario del buque. No había hotel en el lugar, pero Mr. Coffin tomó a su cargo el conducirnos a la rasa de una señora quien, pensó él, podría proporcionarnos habitaciones.

La fuerte lluvia que nos hizo sufrir en el mar había llegado a Belize. Las calles se encontraban inundadas, y en algunos lugares habían grandes charcos que era difícil atravesar. Al extremo de la calle principal encontramos a la "LADY Miss—, una mulata, que podía solamente darnos la alimentación. Mr. Coffin bondadosamente nos ofreció una casa desocupada al otro lado del río para dormir allí, y regresamos.

Por entonces yo ya había pasado por dos veces todo el largo de la calle principal, y la ciudad parecía en completa posesión de los negros. El puente, la plaza del mercado, las calles y las tiendas estaban atestadas de ellos, y yo podía imaginarme que me encontraba en la capital de una república de negros. Ellos eran de una raza bien parecida, altos, derechos, y atléticos, con la piel negra, lisa y lustrosa como terciopelo, y bien vestidos, los hombres, con camisas y pantalones blancos, de tela de algodón, con sombreros de paja, y las mujeres con batas blancas de manga corta y anchos ribetes rojos y adornadas con grandes aretes rojos y collares; y no puedo menos de señalar que la bata era su única prenda de vestir, y que era de moda entre estas negras señoras dejarla caer considerablemente desde el hombro derecho y llevar la falda en la mano izquierda, levantándola a la altura necesaria para cruzar los charcos.

Al regresar de mi camino me detuve en casa de un comerciante, a quien encontré en lo que se llama el segundo desayuno. El caballero estaba sentado a un lado de la mesa y la señora en el otro. En la cabecera se encontraba un oficial británico, y frente a él un mulato; a su izquierda había otro oficial, y del lado opuesto también un mulato. Por casualidad se me dió lugar entre los dos caballeros de color. Algunos de mis paisanos, quizá, habrían vacilado en ocuparlo, pero yo no; ambos estaban bien vestidos, y eran educados y corteses. Hablaban de sus explotaciones de caoba, de Inglaterra, da cacerías, de caballos, de damas y de vino; y antes de una hora de estar en Belize ya había aprendido que la gran obra de práctica amalgamación, el motivo de tan airadas controversias en mi patria, había progresado tranquilamente por generaciones; que el color se consideraba cuestión de gustos; y que algunos de los más respetables **habitantes tenían** esposas negras e hijos mestizos, a quienes ellos educaban con tanto esmero, y para quienes aprovechan el dinero con tanto celo como si sus pieles fuesen perfectamente blancas.

Yo difícilmente sabría si ofenderme o divertirme con esta condición de sociedad; y, mientras tanto, me

(1) **Fuerte en el puerto de Nueva York. N. del T.**

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

junté con Mr. Catherwood, para visitar la casa ofrecida por Mr. Coffin. Se hallaba situada ol otro lado del río, y el camino hacia allí estaba lleno de lodo que llegaba hasto los tobillos. En la entrada había un gran charco, que nosotros salvamos de un brinco, la casa esta construida sobre pilotes como de dos pies de altura, y por debajo había agua más o menos de un pie de profundidad.. Subimos sobre un tablón hasta el umbral de la puerta, y penetramos en una espaciosa habitación que ocupaba todo el primer piso, y enteramente vacía. El piso de arriba estaba arrendado por una familia de negros; en el patio había una casa hormigueante de negros; y por todas partes, en el patio y en frente, había pintorescos grupos de negritos de ambos sexos y desnudos como cuando nacieron. Ordenamos que barriesen la habitación y que trasladasen allí nuestro equipaje; y, al salir de la casa, nos acordamos de la descripción del Capitán Hampton antes de nuestro arribo, y palpamos el punto de su concluyente observación, que Belize era el último lugar de la creación.

Regresamos; y, mientras anhelábamos la comodidad de un buen hotel, recibimos por intermedio de Mr. Goff, Cónsul de los Estados Unidos, una invitación de su excelencia, el *Coronel M'Donald*, para la casa del gobierno, y el aviso que él enviaría el bote oficial al bergantín por nuestro equipaje. Como éste era el primer nombramiento que yo jamás había tenido del gobierno y no estaba seguro de obtener nunca otro, determiné sacar todas las ventajas posibles, y acepté al instante la invitación de su excelencia.

Había un barco de vapor para Yzabal, el puerto de Guatimala, fondeado en Belize; y, al dirigirme a la Casa del Gobierno, pasé a ver al Señor Comyano, el agente, quien me dijo que estaba dispuesto para salir al día siguiente; pero añadiendo, con mucha cortesía, que, si yo lo deseaba, lo detendría unos pocos días para mi conveniencia. Acostumbrado a someterme a las despóticas regulaciones de los agentes de vapores en mi país, esto me parecía un honor más alto que la invitación de su excelencia; pero, no queriendo poner a prueba mi fortuna tan de prisa, supliqué la demora de un día solamente.

La *Casa del Gobierno está* edificada en un hermoso sitio en el extremo final de la ciudad, con un prado que se extiende hasta el agua, y ornamentada con cocoteros. El coronel M'Donald, un veterano de seis pies de estatura, y uno de los hombres de mejor pericia militar que jamás he visto, me recibió en la puerta. Al cabo de una hora arribó el bote con nuestro equipaje, y a las cinco en punto nos sentamos al banquete. Teníamos en la mesa a Mr. Newport, capellán, y durante quince años clérigo de la parroquia en Belize; a Mr. Walker, secretario del gobierno, y poseedor, además, de tal nómina de empleos que haría sentirse insignificante a quien tuviese mayor pluralidad de beneficios entre nosotros; y varios otros caballeros de Belize, empleados de oficinas, civiles y *militares, en cuya* agradable compañía nos sentamos hasta las once de la noche.

Al siguiente día teníamos que hacer los preparativos para nuestro viaje al interior, además de lo cual tendríamos la oportunidad de ver algo de Belize. El Almanaque de Honduras, que presume ser el cronista de esta colonia, lanza una fábula en derredor de su historia primitiva atribuyendo su origen a un pirata escocés llamado Wallace. La fama de la opulencia del Nuevo Mundo, y el retorno de los galeones españoles cargados con las riquezas de México y el Perú, trajeron a las costas de América hordas de aventureros —para no aplicarles otro nombre más severo— de Inglaterra y Francia, de quienes Wallace, uno de los más célebres y osados, encontró refugio y seguridad, detrás de los cayos y arrecifes que protegen el puerto de Belie. El lugar donde él construyó sus chozas de troncos y su fortín todavía es señalado; pero el sitio está ahora ocupado con almacenes. Fortalecido por su estrecha alianza con los indios de la costa de los Mosquitos, y por la adhesión de numerosos aventureros británicos, quienes descendieron sobre la costa de Honduras con el propósito de hacer cortes de caoba, él hizo mofa de los españoles. Desde entonces, el territorio de Belize ha sido objeto de negociaciones y contiendas, y hasta el día el pueblo de Centro América lo reclama como de su propiedad. Ha progresado por la exportación de caoba; pero, como los árboles de las cercanías casi todos han sido derribados, y Centro América se encuentra tan empobrecida por las guerras que no ofrece más que un pobre mercado para las mercaderías británicas, el lugar va languideciendo, y probablemente seguirá decayendo hasta que la energía e inventiva de sus comerciantes descubra otros canales para el tráfico.

A la *fecha cuenta con una población de seis mil* habitantes, de los cuales cuatro mil son negros, que son empleados por los comerciantes en cuadrillas como cortadores de caoba. Su condición ha sido siempre mejor que la de los esclavos de plantación; aún antes del movimiento para la abolición general de la esclavitud en todos los dominios británicos, ellos ya eran de hecho libres; y, el treinta y uno de Agosto de 1839, un año antes del tiempo señalado para el efecto, por medio de una reunión general y conformidad de los propietarios, aun el yugo nominal del cautiverio fué removido.

El evento se celebró, dice el Almanaque de Honduras, con ceremonias religiosas, procesiones, bandas de música, y banderas con divisas: "Los hijos de Ham respetan la memoria de Wilberforce"; "La Reina, Dios la bendiga"; "M'Donald para siempre"; "Libertad civil y religiosa para todo el mundo". Nelson Schaw, "una campanilla blanca de primer agua", continúa el Almanaque, "avanzó hasta Su Excelencia, el Coronel M'Donald, y habló como sigue: "De parte de mis emancipados hermanos y hermanas, me atrevo a presentarme ante Vuestra Excelencia para rogarle dar las gracias a nuestra muy bondadosa Reina por todo lo que ella ha hecho por nosotros. Nosotros oraremos por ella; *nosotros pelearemos por ella; y si fuera necesario,* nosotros moriremos por ella. Damos las gracias a Vuestra Excelencia por todo lo que ha hecho por nosotros. ¡Que Dios bendiga a Vuestra Excelencia! ¡Que Dios *bendiga a Su Excelencia, la Señora de M'Donald*, y a toda la familia real! ¡Venid, mis compatriotas, viva! ¡Bailad, vosotros pícaros negros; la bandera de Inglaterra ondea sobre vuestras cabezas, y cada susurro de sus pliegues hace saltar los grillos de los miembros del pobre esclavo. Hubbabboo Cochalorum Gee!"

Las escuelas para negros están situadas atrás de la Casa del Gobierno, y el departamento de niños tenía alrededor de doscientos, desde tres hasta quince años de edad, y de todos los matices, desde casi blancos hasta dos africanitos nativos que llevaban en las mejillas las cicatrices de los cortes que les hicieron sus padres en el hogar. Estos últimos fueron substraídos a bordo de un barco negrero capturado por un crucero inglés, traídos a Belize, y, según lo estipulado por las leyes, en un sorteo de distribución, cayó a favor de un ciudadano, quien, previos ciertos convenios de buen tratamiento, tiene derecho a sus servicios hasta que ellos cumplan veintiún años de edad. Desgraciadamente, el maestro no se encontraba presente, y no tuve oportunidad de saber el resultado de su experiencia en la enseñanza; pero en esta escuela, se me dijo, que los muchachos más brillantes, y los que más habían adelantado, eran aquellos que llevaban en sí la mayor cantidad de sangre blanca.

La maestra del departamnto de niñas había tenido gran experiencia en la enseñanza; y ella nos dijo que, aunque había tenido muchas niñas negras muy inteligentes a su cargo, sus discípulas blancas eran siempre las más vivas y capaces.

De la escuela de negros nos dirigimos al Tribunal Mayor. Hacía media hora que estaba abierto cuando yo entré. En la pared de atrás, en una maciza tableta de caoba, estaban las armas de Inglaterra; sobre una elevada plataforma abajo estaba una gran

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mesa circular, alrededor de la cual había pesadas sills de caoba con altos respaldos y cojines. La corte se componía de siete jueces, de quienes cinco ya estaban en sus puestos. Uno de ellos, Mr. Walker, me invitó para ocupar un sitio vacante. Yo rehusé, basándome en que no tenía vestido a propósito para ocupar tan elevada posición; mas como él insistiera, tomé asiento, de chaqueta, y en una silla excesivamente confortable para la administración de justicia.

Como ya he dicho antes, cinco de los jueces estaban en sus puestos; uno de ellos era un mulato. Se tomó el juramento al jurado, de cuyos miembros dos eran mulatos; uno de ellos, según dijo el juez que estaba sentado junto a mí, era un zambo o de línea descendente, siendo hijo de una mulata con un negro. Yo no acertaba a determinar la casta de un tercero, e inquirí al juez, quien me respondió que era su hermano, y que su madre era mulata. El juez ya sabía de los sentimientos existentes en los Estados Unidos con respecto al color, y dijo que en Balize no había ninguna distinción en la vida política, excepto en el terreno de las cualidades y del carácter; y apenas alguna en la vida social, aun para contraer matrimonio.

Yo me había fijado en los jueces y miembros del jurado, pero echaba de menos una parte importante de todo tribunal inglés. ¿Dónde estaban los señores abogados? Algunos de mis lectores quizá estarán de aucerdo con el Capitán Hampton, que Belize era el último lugar de la creación, cuando yo les diga que no había un solo abogado en el lugar, y que nunca lo hubo; pero, temiendo que algunos de mis entusiastas hermanos profesionales pudiesen sin tardanza verse tentados a empacar sus baúles para invadir la privilegiada ciudad, considero mi deber el agregar que yo no creo que allí halla la más mínima esperanza para ninguno de ellos.

Como allí no hay foro para preparar hombres para el tribunal, los jueces, por supuesto, no son abogados. De los cinco que estaban sentados, dos eran comerciantes, uno cortador de caoba, y el mulato, no inferior a ninguno de los otros en carácter o cualidades, era médico. Esta corte es el supremo tribunal para la prueba de las causas civiles y tiene jurisdicción sobre toda cantidad ariba de £ 15. Belize es un lugar de grandes transacciones comerciales; diariamente se hacen y se rompen contratos, o hay desaveniencia, que requieren la intervención de algún tribunal adecuado para interpretarlos y compeler a su ejecución. Y allí no había escasez de litigios; la lista de las causas era grande y la sala estaba llena de gente. La primera causa traída a la vista se refería a una cuenta, y como el demandado no compareció, el veredicto lo declaró en rebeldía. En la siguiente el demandante expone su caso y lo ratifica con juramento; el demandado contesta, llama testigos, y la causa es sometida al jurado. No hubo casos de particular interés. En uno las partes se excitaron, y el demandado interrumpió al demandante repetidas veces, a lo cual éste, poniendo la mano sobre el hombro de su antagonista, le dijo, a manera de halago, "Ahora no, Jorge; espere un poco, ya le llegará su turno. No me interrumpa, y yo no lo interrumpiré a Ud.". Todo se hacía de una manera familiar y en confianza; las partes se conocían más o menos una a otra, y los jueces y jurados estaban grandemente influenciados por el conocimiento del carácter general. Yo observé que regularmente los méritos del caso estaban tan claramente determinados, que, cuando se encomendaban al jurado, no había duda alguna respecto al veredicto; y tan satisfactorio ha resultado este sistema, que aunque una apelación está pendiente ante la Reina en Consejo, como Mr. Evans, el presidente del jurado, me dijo, solamente una causa ha sido elevada en veintidós años. Aún permanece como una anomalía en la historia de la jurisprudencia inglesa; porque, yo creo, que en cualquier otro lugar donde gobierne el derecho civil no escrito, con fuerza de ley, la sabiduría del tribunal y la habilidad de la barra se consideran necesarias para sonsacar la verdad.

Al clarear el día de la mañana siguiente fuí despertado por Mr. Walker para dar un paseo a caballo hasta los cuarteles. Inmediatamente más allá de los suburbios penetramos en un campo sin cultivo, bajo y plano, pero muy fértil. Pasamos por un hipódromo, ahora en desuso y todo cubierto de maleza. Este es el único camino abierto y no hay vehículos de ruedas en Belize. Entre ésta y la parte habitada de Centro América hay un desierto no interrumpido ni aun por una vereda de indios. No hay comunicación con el interior excepto por el Golfo Dulce o el Río Belize; y dada la falta de caminos, una residencia allí está más confinada que si se viviese en una isla.

En media hora llegamos a los cuarteles, situados sobre el lado opuesto de una pequeña bahía. Los soldados son todos negros, y son parte de un antiguo regimiento de Jamaica, y los más de ellos han sido alistados en las estaciones inglesas de reclutamiento en Africa. Altos y atléticos, con levita roja, y, en línea, con los aceros levantados, sus caras de ébano les daban una peculiar y aguerrida apariencia. Ellos se portan soberbiamente, se llaman a sí mismos "Caballeros de la Reina" y miran con desprecio a los "negros".

Regresamos para el desayuno, e inmediatamente después hicimos una excursión en el "pit-pan" del gobierno. Este es al estilo de los botes en que los indios navegaban los ríos de América antes que los españoles la descubriesen. El ingenio europeo no ha ideado uno mejor, aunque tal vez hala embellecido el modelo indígena. El nuestra era como de cuarenta pies de largo, y seis de ancho en el centro, convergiendo hacia un punto en ambos extremos, y formado del tronco de un árbol de caoba. A diez pies de la popa, y corriendo hacia adelante, había una liviana cubierta de madera, sostenida con caprichosos puntales, con cortinas para protección contra el sol y la lluvia; estaba provisto de espaciosos y mullidos asientos y acomodado casi con tanto primor como las góndolas de Venecia. Iba tripulado por ocho soldados negros, sentados de a dos en cada asiento, con canaletes de seis pies de largo, y dos parados arriba en la parte de atrás con canaletes como pilotos. Unos pocos golpes de canalete dieron vigoroso impulso al "pit-pan" y atravesamos rápidamente todo el largo de la población. Era una cosa inusitada para el "pit-pan" de su excelencia el encontrarse sobre el agua; los habitantes se detenían para mirarnos atentamente, y todos los ociosos negros se precipitaban hacia el puente para vitorearnos. Esto excitaba a nuestros africanos barqueros, quienes, con un canto extravagante que nos traía a la memoria las canciones de los barqueros nubios sobre el Nilo, nos arrastraron bajo el puente, y nos precipitaron en la tranquila expansión de un majestuoso río. Antes que los aplausos de los negros hubiesen terminado, ya nos encontrábamos en una tan completa soledad como si hubiésemos sido transportados a millares de millas de toda humana habitación. El Río Belize, procediendo de manantiales aún ahora muy poco conocidos del hombre civilizado, estaba entonces en su plenitud. A cada lado había una densa e ininterrumpida selva; las riberas estaban inundadas; parecía que los árboles nacían dentro del agua, con sus frondosas ramas entrelazadas de tal modo que casi impedían la luz del sol, y se reflejaban en el agua como en un espejo. Los afluentes del río estaban ocupados por los poseedores aborígenes, salvajes y libres como los encontró Cortés. Nosotros teníamos un ardiente deseo de penetrar por él hasta el famoso Lago del Petén, donde el esqueleto del caballo del conquistador español fué exaltado como un dios por los asombrados indios; pero la fatiga de nuestros barqueros nos recordó que estaban remando contra una rápida corriente. Volvimos el "pit-pan", y con el pleno poder de la corriente, una remadura más fuerte y un canto más ruidoso que antes, en medio del creciente vitoreo de los negros, nos deslizamos bajo el puente,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

y a los pocos minutos desembarcamos junto a la Casa del Gobierno

A fin de que pudiésemos embarcarnos a la hora señalada, el Coronel M'Donald había dispuesto al almuerzo para las dos de la tarde, y, como en los dos días anteriores, había invitado a una pequeña tertulia para juntarnos. Tal vez yo esté equivocado, pero violentaría mis sentimientos si dejara de expresar aquí mi reconocimiento por las atenciones del Coronel. Mi invitación para la Casa del Gobierno era el fruto de mi carácter oficial; pero no puedo dejar de lisonjearme que una parte de la benevolencia que se me mostró fué el resultado del conocimiento personal. El Coronel M'Donald es un soldado de "la guerra de los veinte años", hermano de Sir John M'Donald, ayudante-general de Inglaterra, y primo del Mariscal Macdonald de Francia. Todos sus parientes y asociados son militares A los diez y ocho años entró él a España como abanderado, único entre un ejército de diez mil hombres, de quienes, en menos de seis meses, no quedaban más que cuatro mil. Después de estar activamente empeñado en todos los penosos servicios de la Guerra Peninsular, en Waterloo comandaba un regimiento, y sobre el campo de batalla recibió la orden de Compañero de la Orden Militar del Baño del Rey de Inglaterra y la de Caballero de la Orden de Santa Ana del Emperador de Rusia. Abundante en recuerdos de una larga vida militar, personalmente conocedor del carácter público y privado de los más distinguidos militares de la época, su conversación era como leer una página de historia. Pertenece a una raza que está desapareciendo velozmente, y con quien rara vez se encuentra un americano.

Pero retornemos. La espaciosa ventana del comedor se abría en dirección al puerto; el vapor estaba fondeado frente a la Casa del Gobierno, y el humo negro, elevándose en columnas de su chimenea, nos daba aviso que ya era tiempo del embarque. Antes de levantarse, el Coronel M'Donald, como fiel súbdito, propuso un brindis a la salud de la Reina; ordenando en seguida llenar los vasos hasta el borde, y poniéndose en pié, dijo: "A la salud de Mr. Van Buren, Presidente de los Estados Unidos", acompañado de calurosos y nobles sentimientos y de la confianza verdadera en una fuerte y perpetua amistad entre Inglaterra y América. Yo pensé al momento: "Maldita sea la mano que intente romperla"; y con todo y la falta de costumbre de tener al Presidente y al pueblo sobre mis hombros, respondí lo mejor que pude. Hubo otros brindis en seguida por la salud y próspero viaje de Mr. Catherwood y de mí mismo, y nos levantamos de la mesa. El bote del gobierno estaba a la orilla del prado. El Coronel M'Donald me tomó del brazo, y, marchando, me dijo que yo me dirigía a un país perturbado; que Mr. Savage, cónsul americano en Guatemala, había, en una previa ocasión, protegido la propiedad y la vida de los súbditos británicos; y que, si algún peligro me amenazara, yo debía reunir a todos los europeos, enarbolar mi bandera, y darle aviso a él. Yo sabía que estas no eran meras palabras de cortesía, y, dada la condición del país a donde iba, apreciaba el valor de tal amigo tan a la mano. Con los más calurosos sentimientos de gratitud me despedí de él, y entré en el bote. Al momento las banderas fueron enarboladas en el asta del gobierno, del fuerte, en el edificio de la corte, y en la goleta oficial, y un cañonazo disparado desde el fuerte. A medida que yo cruzaba la bahía hicieron un saludo de trece cañonazos; al pasar por el fuerte, los soldados presentaron las armas, la galeta oficial bajó y levantó su bandera, y cuando subí a la cubierta del vapor, el capitán, con sombrero en mano, díjome que él tenía instrucciones de ponerlo bajo mis órdenes, y de parar donde yo quisiera.

El lector preguntará cómo toleré yo todos estos honores. He visitado muchas ciudades, pero esta era la primera vez que las banderas y los cañones anunciaban al mundo que me iba. Yo era novicio, pero estaba empeñado en conducirme como si estuviese educado para ello; y, a decir verdad, mi corazón palpitaba y me sentía orgulloso; porque estos eran honores tributados a mi patria, y no a mí.

Para coronar la gloria de esta escena de despedida, mi buen amigo el Capitán Hampton había cargado sus dos cañones de a cuatro, y cuando el vapor comenzó a navegar él disparó uno, pero el otro no dió fuego. El capitán del vapor tenía a bordo un pequeño fusil, con el cual hubiera correspondido a todas sus cortesías; pero, según me dijo, con grande aflicción, no tenía pólvora.

El bote de vapor donde nos embarcamos era el último resto de un capital invertido en negocios de una gran Sociedad Centro Americana de Agricultura, formada para edificar ciudades, aumentar el precio de la tierra, acomodar emigrantes y mejoras en general. En las ricas planicies de la provincia de Vera Paz habían fijado el sitio de la Nueva Liverpool, a la que solamente le faltaban las casas y los habitantes para llegar a ser una ciudad. Sobre la rueda del bote había una placa circular de bronce, en la que, en extraña yuxtaposición, estaban las palabras "Vera Paz", "London". El capitán era un viejo español, pequeño, curtido y seco, con suficiente cortesía para un antiguo Don. El maquinista era un inglés, y la tripulación estaba compuesta de españoles, mestizos y mulatos, no especialmente diestros en el manejo de un bote de vapor.

Nuestro único compañero de pasaje era un sacerdote católico romano, joven irlandés, que había permanecido ocho meses en Belize, y ahora se encontraba en viaje para Guatemala con invitación del previsor, por el destierro del arzobispo, cabeza de la iglesia. El camarote era muy corfortable, pero la tarde estaba tan apacible que tomamos el te sobre cubierta. A las diez de la noche el capitán se me presentó a pedir órdenes. Yo había tenido mis aspiraciones, pero jamás esperaba ser capaz de dictar órdenes al capitán de un bote de vapor. Sin embargo, otra vez tan serenamente como si hubiese estado bien enseñado para el caso, le designé los lugares que deseaba visitar, y se retiró. Verdaderamente, pensé yo, si estos son los frutos de los nombramientos oficiales, no es extraño que se puedan encontrar hombres inclinados a aceptarlos.

CAPITULO 2

CADA UNO POR SI MISMO.—ASTUCIA DE LOS VIAJEROS.—PUNTA GORDA.—UNA VISITA A LOS INDIOS CARIBES.—UNA VIEJA CARIBE.—UN BAUTIZO.—EL RIO DULCE.—HERMOSO PAISAJE.—YZABAL.—RECEPCION DEL PADRE.—UN BARBERO EN ACCION.—UNA BANDA DE "INVENCIBLES".—LOS PARTIDOS EN CENTRO AMERICA.—UN COMPATRIOTA.—UNA TUMBA EN TIERRA EXTRAÑA.—PREPARATIVOS PARA EL PASO DE "LA MONTAÑA".—UNA CARRETERA SIN MACADAM.—PELIGROS POR EL CAMINO.—UNA MERIENDA BIEN SAZONADA.—PASADA LA MONTAÑA.

Habíamos conseguido un sirviente, un francés-español, nacido en Santo Domingo y criado en Omoa, que se llamaba Agustín; joven, y, según pensamos al principio, no muy astuto. Temprano por la mañana nos preguntó qué desearíamos para el desayuno, citando huevos, pollos, etc. Le dimos las instrucciones y a su debido tiempo nos sentamos para desayunarnos. Durante la comida, algo ocurrió que nos hizo entrar en averiguaciones, y supimos que todo lo que estaba sobre da mesa, salvo el te y el café, pertenecía al

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

padre. Sin hacer ninguna pregunta, u olvidando por completo el asunto, presuponíamos que el barco habría hecho las provisiones necesarias para los pasajeros; pero, con gran sorpresa nuestra, supimos que el bote no proporcionaba nada, y que esperaba que los pasajeros cuidasen de sí mismos. El padre había estado tan ignorante y descuidado como nosotros; pero algunos buenos amigos católicos, a quienes él había casado o cuyos hijos había bautizado, le habían enviado a bordo dádivas de varias clases, y, entre otras cosas —raro equipaje para un viajero— una jaula llena de pollos. Nosotros felicitamos al padre por su buena suerte de tenernos con él, y a nosotros mismos por tal tesoro como Agustín. Yo debo mencionar, entre paréntesis, que, en medio de la hospitalidad del Coronel M'Donald, Mr. Catherwood y yo exhibimos quizá demasiado del antiguo viajero. Cuando estábamos comiendo el último día, Mr. C. fué llamado de la mesa para vigilar la remoción de un poco de equipaje, poco después fuí llamado yo; y, afortunadamente para el Coronel M'Donald y para el crédito de mi país, encontré a Mr. C. enrollando tranquilamente, para regresarla a Nueva York, una amplia capa azul perteneciente al coronel, pensando que era mía. Regresé a la mesa y hablé a nuestro anfitrión del peligro en que había estado, añadiendo que yo tenía alguna duda con respecto a un saco grande de lona para acostarse que había encontrado en mi cuarto, y, presumiendo que fuese uno que me había prometido el Capitán Hampton, lo había puesto a bordo del bote, pero éste también, resultó ser propiedad del Coronel M'Donald, y el que por muchos años le había llevado su cama de campo. El resultado fué, que el coronel insistió en que lo tomásemos, y estoy temiendo que estará bien gastado por el uso antes que lo haya recibido otra vez. El lector inferirá de todo esto que Mr. C. y yo, con la ayuda de Agustín, estábamos a propósito para viajar en cualquier país.

Pero volvamos a nuestro relato. Era un hermoso día. Nuestro rumbo se dirigía casi al sur, directamente a lo largo de la costa de Honduras. En su último viaje Colón descubrió esta porción del Continente de América, pero sus frescas bellezas no pudieron atraerle hacia la playa. Sin desembarcar continuó hasta el Istmo de Darién, en busca de aquel pasaje para la India que era el blanco de todas sus esperanzas, pero que estaba determinado que él nunca lo vería.

Los botes de vapor han destruido algunas de las más placenteras ilusiones de mi vida. Fuí precipitado al Helesponto, pasé Sestos y Abidos, y el Campo de Troya, bajo el estrépito de una máquina de vapor; y él hirió la raíz de todo el romance enlazado con las aventuras de Colón para seguir su huella, acompañado del estépito del mismo palpitante monstruo. Sin embargo, esto era muy agradable. Nos sentamos bajo un toldo; el sol estaba intensamente ardoroso, pero nosotros nos encontrábamos protegidos, y teníamos una brisa refrescante. La costa asumía una apariencia de grandeza y hermosura que realizaba mis ideas de las regiones tropicales. Más adelante se veían elevadas montañas, cubiertas hasta la cima de perpetuo verdor, algunas aisladas, y otras formando cordilleras, más y más elevadas, hasta perderse entre las nubes.

A las once del día avistamos Punta Gorda, una colonia de indios caribes, como a ciento cincuenta millas hacia abajo de la costa, y el primer lugar en el cual yo había ordenado al capitán que se detuviese. A medida que nos aproximábamos vimos un claro abierto a la orilla del agua, con una hilera de casas bajas, que me recordaron un claro de nuestros bosques en la patria. No era más que un punto en la extensa línea de costa; de ambos lados había árboles primitivos. Atrás se elevaba una extraordinaria montaña, aparentemente partida en dos, semejando el lomo de un camello de dos gibas. Como el bote viró hacia el lugar, donde jamás un bote de vapor había antes estado, todo el pueblo se puso en conmoción: las mujeres y los niños corrían por la ribera, y cuatro hombres bajaron al agua y salieron a encontrarnos en una canoa.

Nuestro compañero de travesía, el padre, durante su estancia en Belize, había tenido relaciones con muchos de los caribes, y, en cierta ocasión, invitado por su jefe, había visitado una colonia con el propósito de casar y bautizar a los habitantes. El nos preguntó si no tendríamos inconveniente en que aprovechase la oportunidad para hacer aquí lo mismo; y, como nosotros no teníamos ninguno, en el momento del desembarque apareció sobre cubierta, con una palangana grande en una mano, y un bien repleto pañuelo de bolsillo en la otra, que contenía sus vestimentas sacerdotales. Anclamos a corta distancia de la playa y nos dirigimos a tierra en el pequeño bote. Desembarcamos al pie de una ribera como de veinte pies de altura, y, al subir a la cumbre, nos encontramos a la vez, bajo un ardiente sol, entre la magnificencia de la vegetación tropical. Además del algodón y el arroz, el CAHOON, el banano, el coco, la piña, la naranja, el limón, el plátano, y muchas otras frutas que nosotros no conocíamos ni aun de nombre, crecían con tal exuberancia que su solo perfume era opresivo. Bajo la sombra de estos árboles la mayor parte de los habitantes se encontraban reunidos, y el padre inmediatamente dió la noticia, a modo de al por mayor que él había llegado para casarlos y bautizarlos. Después de una breve consulta fué seleccionada una casa para la ejecución de las ceremonias y Mr. Catherwood y yo, bajo la dirección de un caribe que había pescado un poco de inglés en sus expediciones en canoa hasta Belize, dimos un paseo por la colonia.

Esta se compone como de quinientos habitantes. Su lugar de nacimiento era en la costa del mar, abajo de Truxillo, bajo el gobierno de Centro América; y habiendo tomado parte activa contra Morazán, cuando su partido llegó a dominar, ellos huyeron a esta región, quedando dentro de las fronteras de la autoridad británica Aunque vivían apartados, como una tribu de caribes, no mezclando su sangre con la de sus conquistadores, estaban completamente civilizados; reteniendo, sin embargo, la pasión indígena por las cuentas y ornamentos. Las casas o chozas estaban construidas de palos de casi una pulgada de grueso, sembrados a plomo en el suelo, amarrados uno a otro con cuerdas de corteza, y techadas con hojas de COHOON. Algunas tenían divisiones y tarimas hechas de los mismos materiales; en cada casa había una hamaca de pita y una imagen de la Virgen o de algún santo tutelar; y nosotros quedamos sumamente impresionados con el gran progreso alcanzado en la civilización por estos descendientes de caníbales, los más feroces de las tribus indígenas que los españoles encontraron.

Las casas se extendían a lo largo de la ribera, alguna distancia aparte; y el calor era tan opresivo que, antes de llegar a la última, estuvimos a punto de regresar; pero nuestro guía nos animó para ir a var a "una vieja", su abuela. Nosotros le acompañamos y la vimos. Era muy anciana; nadie sabía su edad, pero era considerablemente de más de cien años; y, lo que le daba mayor interés a nuestros ojos que la circunstancia de ser la abuela de nuestro guía, era que ella procedía de la isla de San Vicente, la residencia de la más indomable porción de su raza; y ella jamás había sido bautizada. Nos recibió con una sonrisa idiota; su figura era encogida; su cara arrugada, marchita y perversa; y parecía como si, en su juventud, se hubiese gloriado danzando en un festín de carne humana.

Regresamos y encontramos a nuestro amigo, el padre, ataviado con el contenido de su pañuelo de bolsillo, enteramente como un respetable sacerdote. A su lado se encontraba nuestra palangana del bote, llena de agua bendita, y en su mano un devocionario. Agustín estaba de pie, sosteniendo el cabo de una candela de sebo.

Los caribes, como la mayor parte de los indios de Centro América, han recibido las doctrinas del cristianismo como les fueron presentadas por los sacer-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

dotes y monjes de España, y son, en todas las cosas, estrictos observadores de las formas prescritas. En esta colonia la visita de un padre era un raro pero grato acontecimiento. Al principio ellos parecían recelosos de que nuestro amigo no fuese ortodoxo, porque no hablaba el español; pero cuando lo vieron con su vestido talar y sobrepelliz, y con el quemado incienso, toda desconfianza desapareció.

Poco había que hacer en la vía de los casamientos estando escasos los hombres para tal propósito, pues los más de ellos se encontraban fuera pescando o en el trabajo; pero las mujeres, en una larga fila, presentáronse ellas mismas cada una con un infante en los brazos, para el bautismo. Fueron arregladas en semicírculo frente a la pared, y el padre principió. A la primera le hizo una pregunta que yo creo no se encuentra en el libro, y la cual, en algunas partes se consideraría impertinente hacer a una madre que ofrece a su hijo para la iniciación en la iglesia, es decir, que si era casada. Ella titubeó, sonrió, se rió, y contestó, no. El padre le dijo que esto era muy malo e indecoroso para una mujer que fuera buena cristiana, y le aconsejó aprovechar la presente oportunidad para casarse con el padre del niño. Contestó ella que le gustaría hacerlo así, pero que él estaba ausente cortando caoba; y aquí, como las preguntas de él y las respuestas de ella habían pasado por medio de un intérprete, el asunto empezaba a complicarse. Realmente, tantas de las mujeres, se interpusieron, todas hablando al mismo tiempo, que el padre se dio cuenta que había toacdo un terreno delicado, y así fué que pasó a la siguiente.

En efecto, aun con los asuntos ordinarios nuestro amigo tenía bastante que hacer. El entendía muy poco español; su libro estaba en latín; y no siendo capaz de traducirlo tan fácilmente como la ocasión lo requería, había empleado el intervalo de nuestra ausencia para copiar una tira de papel, de un ritual protestante la parte ceremonial del sacramento del butismo. En la confusión ésta se perdió, y el padre tuvo que volver a su latín, para ser traducido al español según fue menester. Después de algún esfuerzo él se volvió a Agustín y le dijo en inglés las preguntas que debían hacerse a las mujeres. Agustín era un buen católico, y le escuchó con tanto respeto como si hubiese sido el papa, pero no entendió ni una palabra de lo que le dijo. Yo le interpreté a Agustín en francés, quien lo interpretó a uno de los hombres en español, para que éste lo interpretase a las mujeres. Esto, por supuesto, dió lugar a mucha confusión; pero todos eran tan devotos y respetuosos, que, a pesar de sus tribulaciones, la ceremonia fué solemne. Cuando llegó a las partes en latín, nuestro amigo las parloteó tan aprisa como si estuviesen recién llegadas de la Propaganda en Roma, y los caribes no se encontrasen muy atrasados.

El padre nos había informado de la pasión de los caribes por la multiplicidad de nombres; y una de las mujeres, después de dar a su hijo tres o cuatro, me señaló a mí, diciéndole que se agregase el mío. Yo no soy muy estricto, pero tampoco me importaba asumir sólo por juguete las obligaciones de un padrino; así que, parando la ceremonia, supliqué al padre eximirme del mejor modo que pudiese. El prometió hacerlo así; pero el día estaba excesivamente caluroso; el cuarto se encontraba atestado, las puertas obstruidas, y por ese entonces el padre, con su latín, francés y español, estaba sudando copiosamente, y algo confuso. Pensé que yo ya estaría desenredado, hasta que, pocos momentos después, me llevaron un niño para que lo tomase en mis brazos; mas yo tenía un punto para librarme: supuse que sería la señora que había sido madre sin ser esposa, la que deseaba que su hijo llevase mi nombre, pero resultó que era otra; todavía yo con la mayor descortesía me escapé de recibir a la criatura Al salir, sin embargo, la mujer me interceptó el paso, y echando al niño hacia adelante, me llamó compadre; así que sin saberlo, llegué a ser el padrino de un niño caribe; afortunadamente, su madre era una mujer honrada, y el padre estuvo presente en la ceremonia. Con toda probabilidad o ynunca tendré mucho que hacer con su educación; y solamente puedo tener la esperanza que a su debido tiempo él multiplicará el nombre y lo hará respetable entre los caribes.

Regresamos al bote, y a los pocos minutos estábamos otra vez en camino, navegando hacia el Río Dulce. Un anfiteatro de elevadas montañas se extiende por muchas millas a lo largo de la costa, y hacia el interior hasta perderse de vista. En un pequeño lugar esta altiva cordillera se abre para dar paso a un manso río. Sobre la ribera derecha de la costa quedaba uno de los lugares que yo intentaba visitar. Era llamado con el nombre familiar de Livingston, en honor al distinguido ciudadano de Luisiana cuyo código penal fué en ese tiempo establecido en Guatemala; y se suponía, tan ventajosa era su posición, que llegaría a ser el puerto de entrada a Centro América; pero estas esperanzas no fueron realizadas.

Eran las cuatro de la tarde, y, al gobernar hacia allí, el capitán me dijo que, si echábamos el ancla, sería necesario permanecer en el lugar hasta la mañana siguiente. Yo me encontraba poco dispuesto a perder la única oportunidad que probablemente tendría de parar un bote de vapor; pero tenía una ansiosa, casi ardiente curiosidad de ver el Golfo Dulce, y todos convenimos en que sería imperdonable perder tal oportunidad de verlo con ventaja. Por consiguiente ordené al capitán avanzar junto a la orilla y seguir adelante.

La ribera se elevaba como treinta pies arriba del agua, y era rica y exuberante como en Punta Gorda. El sitio de la proyectada ciudad estaba ocupado por otra tribu de caribes, quienes, como los primeros, arrojados de su hogar por la guerra, habían subido por la costa, y, con aquella visión por lo pintoresco y lo hermoso en los paisajes naturales, que distingue a los indios en todas partes, fijaron su residencia en este lugar. Sus chozas techadas con hojas estaban en fila a lo largo de la ribera, sombreadas por arboledas de platanares y cocoteros; canoas con velas fijas estaban echadas sobre el agua, y los hombres y las mujeres estaban sentados bajo los árboles contemplándonos. Era esta una apacible y resplandeciente escena, que hablaba de paz y libertad lejos de los tumultos de un mundo bullicioso.

Pero, hermosa como era, nosotros pronto la olvidamos; pues una estrecha abertura en una muralla de montañas nos llama hacia adelante, y a los pocos momentos entramos al Río Dulce. A cada lado, elevándose perpendicularmente de tres a cuatrocientos pies, había una muralla de perpetua verdura. Los árboles crecían a la orilla del agua, con densa y no interrumpida frondosidad hasta la cima; no se divisaba ningún lugar estéril; y en ambos lados, desde la copa de los más altos árboles, largos zarcillos descendían hasta el agua, para beber y llevar vida a los troncos que los sostenían. Este era, como su nombre lo indica, un Río Dulce, un encantado paisaje de la tierra de los titanes, que combinaba la exquisita belleza con la colosal magnificencia. A medida que avanzamos el curso dio un rodeo, y a los pocos minutos perdimos de vista el mar, y quedamos rodeados completamente por una muralla de selva; pero el río, aunque no nos mostraba por dónde, aún nos invitaba a seguir adelante ¿Podría ser esta la portada para una tierra de volcanes y terremotos revuelta y trastornada por la guerra civil? Durante algún tiempo buscamos en vano un solo punto estéril; al fin encontramos una muralla desnuda, de roca perpendicular, pero desde las grietas, y aparentemente dentro de la misma roca, crecían árboles y arbustos Algunas veces nos encontrábamos tan circundados que parecía como si el bote debiera atravesar entre los árboles. Ocasionalmente, en un ángulo de las vueltas, la muralla desapareció, y el sol pegó con abrasadora fuerza, pero al instante nos encontramos de nuevo en la más profunda sombra Por los antojadizos relatos que había oído, esperaba

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ver monos saltando entre los árboles, y loros volando sobre nuestras cabezas; pero todo estaba tan apacible como si el hombre jamás hubiera estado antes allí. El pelícano, la más silenciosa de las aves, fué el único ser viviente que miramos, y el único sonido era el ruido artificial de nuestra máquina de vapor. El solitario desfiladero que conduce a la excavada ciudad de Petra no es más silencioso ni más extraordinario, pero en extraño contraste por su estéril desolación, mientras que aquí todo es exuberante, romántico y bello.

Por una extensión de nueve millas el pasaje continuó en medio de una escena de invariable hermosura, hasta que súbitamente el angosto río se ensanchó entre un gran lago circundado de montañas y tachonado de islas, que el sol en su ocaso iluminaba con magnífico esplendor. Permanecimos sobre cubierta hasta la última hora, y despertamos a la mañana siguiente en el puerto de Yzabal. Una simple goleta de más o menos cuarenta toneladas indicaba el pobre estado de su comercio. Desembarcamos antes de las siete de la mañana, y aun entonces ya hacía calor. Allí no había occiso en la ribera, y el empleado de la aduana fué la única persona que nos recibió.

El pueblo está edificado sobre una suave elevación a orillas del Golfo Dulce, con montañas apiladas sobre montañas detrás. Subimos la calle hasta la plaza, en uno de cuyos lados quedaba la casa de los señores Ampudia y Purroy, la más grande y, exceptuando una que ellos estaban entonces ocupados en construir, la única casa de madera aserrada en el lugar. Las restantes todas eran chozas, construidas con palos y cañas, y techadas con hojas de palmera. Frente a su puerta estaba un amplio cobertizo, bajo el cual había bultos de mercaderías, y mulas, arrieros e indios, para transportarlas a través de la Montaña del Mico.

El arribo del padre produjo una gran sensación. Fué anunciado por un alegre repique de campanas en la iglesia, y una hora más tarde estaba vestido con su sobrepelliz y diciendo misa. La iglesia quedaba al fondo de la plaza, y, así como las casas, estaba construida con palos y techada con hojas. Enfrente, a una distancia de diez o quince pies, había una gran cruz de madera. El piso era de pura tierra, pero bien barrido y regado con hojas de pino; los costados tenían adornos de ramas y festones de flores, y el altar estaba ornamentado con imágenes de la Virgen y de los santos y guirnaldas de flores. Ya hacía mucho tiempo que el pueblo había tenido el privilegio de oír misa, y todos los habitantes, españoles, mestizos e indios, correspondieron al inesperado pero agradable toque de la campana matutina. El piso estaba cubierto de mujeres arrodilladas con blancos chales sobre la cabeza, y detrás, reclinados contra los rudos pilares, estaban los hombres; y su fervor y humildad, el terroso piso y el techo de hojas, eran más imponentes que la pompa de adoración en las ricas catedrales de Europa o bajo la cúpula de la de San Pedro.

Después del desayuno preguntamos por un barbero y nos enviaron con el recaudador del puerto, quien, se nos dijo, era el mejor cortador de pelo en el lugar. Su casa no era más grande que la de sus vecinos, pero adentro colgaba una silla militar, con pistoleras y pistolas, y una enorme espada, los aprestos de colector cuando salía a la cabeza de su comisario a infundir terror en el corazón de un contrabandista. Desgraciadamente el honrado demócrata no estaba en casa; pero el comisario ofreció sus propios servicios. Mr C. y yo nos conformamos; pero el padre, que necesitaba su tonsura, de acuerdo con las reglas de su orden, dispuso esperar el regreso del colector.

Yo en seguida visité al comandante con mi pasaparte. Su casa quedaba al lado opuesto de la plaza. Un soldado como de catorce años de edad, con un sombrero de petate con la copa en forma de campana cayéndole sobre los ojos como un apagador sobre una candela, estaba parado en la puerta como centinela. Las tropas, que se componían como de treinta hombres y muchachos, estaban enfrente ordenadas en formación, y un sargento, fumándose un cigarro, les daba la instrucción de reclutas. El uniforme pretendía ser un sombrero blanco de petate, pantalones de tela de algodón y camisa exterior, mosquete y cartuchera. En un particular la uniformidad se observaba estrictamente, es decir, en que todos eran descalzos. El primer procedimiento de llamarlos a las filas y alinearlos se omitió; y, sucedió que un muchacho de piernas largas, de seis pies de estatura, estaba parado junto a un muchacho de doce o trece años de edad. El empleado de la aduana estaba con el sargento, aconsejándole; y, después de una maniobra y una consulta, el sargento se acercó a la fila, y con la palma de la mano pegó a un soldado en aquella parte del cuerpo que, en los días de mi juventud, se consideraba por el maestro de escuela como el canal por donde la instrucción penetraba en el cerebro del muchacho.

El comandante de esta prometedora banda era Don Juan Peñol, un caballero por nacimiento y educación, quien, con otros de su familia, había sido desterrado por el General Morazán, y buscado refugio en los Estados Unidos Su predecesor, que era un oficial de Morazán, había sido expulsado por el partido de Carrera, y hacía sólo veinte días que él se encontraba en su lugar.

Tres grandes partidos perturbaban a Centro América en esa época: el de Morazán, el anterior presidente de la República, en San Salvador; el de Ferrera en Honduras, y el de Carrera en Guatemala. Ferrera era un mulato, y Carrera un indio; y, aunque no luchaban por la misma causa, simpatizaban en su oposición a Morazán. Cuando Mr. Montgomery visitó Guatemala, ésta se encontraba en efervescencia por el levantamiento de Carrera, quien era entonces reputado como el cabecilla de una tropa de bandidos, un ladrón y un asesino; sus seguidores eran llamados cachurecos (que significa moneda falsa), y Mr. Montgomery me informó que ante él un pasaporte oficial no sería protección de ningún modo. Ahora él era la cabeza del partido que gobernaba a Guatemala. El señor Peñol nos hizo una triste descripción del estado del país. Una batalla se acababa de librar a inmediaciones de San Salvador, entre el General Morazán y Ferrera, en la cual el primero fué herido, pero Ferrera salió derrotado y sus tropas destrozadas, y él temía que Morazán estuviese a punto de marchar sobre Guatimala. Solamente podía darnos pasaporte hasta dicha ciudad, el cual dijo no sería respetado por el General Morazán.

Nosotros nos sentíamos interesados por la situación del señor Peñol; joven, pero llevando en el rostro las señales de la zozobra y la ansiedad, conocedor de la miserable condición del presente, y con espantosos presentimientos para el futuro. Para nuestro gran pesar, los informes que recibimos indujeron a nuestro amigo el padre a abandonar, por el presente, su intento de ir a Guatemala. El había oído todas las terribles historias de la persecución y proscripción de los sacerdotes por Morazán, y pensó que sería peligroso caer en sus manos; y yo tengo mis razones para creer que fué este recelo el que por último le hizo abandonar el país.

Por la tarde dí un paseo por el pueblo. Está habitado poco más o menos por mil quinientos indios, negros, mulatos mestizos y de sangre mezclada en todos los grados, con unos pocos españoles. Muy pronto fuí saludado por un hombre que dijo que era mi paisano, un mulato de Baltimore, cuyo nombre era Felipe. El había estado ocho años en el país, y dijo que ya había pensado una vez regresar a la patria como criado por la vía de Nueva Orleans, pero que había, dejado el hogar con tal premura que no se acordó de traer sus "papeles cristianos"; de donde yo colegí que era lo que se llamaría en Marilandia un esclavo fugitivo. Era él un hombre de considerable posición,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que la pasaba de fogonero a bordo de un bote de vapor con $23 al mes; además de lo cual hacía trabajos de poca monta en carpintería, y era, en efecto, el principal arquitecto de Yzabal, pues tenía entonces en sus manos un contrato por $3.500 para edificar la nueva casa de los Señores Ampudia y Purroy. En otros respectos, tengo la pena de manifestarlo: Felipe no era del todo tan respetable; y solamente puedo esperar que no sea su educación americana la que le haya conducido a tales irregularidades en las cuales parecía pensar él que no había agravio. Me suplicó que fuera a su casa a ver a su esposa, pero en el camino supe por él mismo que no era casado; y dijo, lo que espero sea una calumnia contra la buena gente de Yzabal, que solamente hacía lo que hacían todos los demás. Era dueño de la casa donde vivía, y por ella, con todo y terreno, había pagado doce dólares; y siendo un amo de casa y un americano, traté de inducirlo a que aprovechase la oportunidad de la visita del padre, para poner un buen ejemplo casándose; pero él era testarudo, y me dijo que no le agradaba tener impedimentos, y que así él podría ir a cualquier parte y ver otra muchacha que le pareciese mejor.

Mientras estábamos parados en su puerta, pasó Mr. Catherwood, que iba a visitar a Mr. Rush, el maquinista del vapor, quien había estado enfermo a bordo. Lo encontramos en una de las chozas del pueblo, en una hamaca, con su vestido puesto. Era un hombre de hercúleas formas de seis pies y tres o cuatro pulgadas de estatura, y fornido en proporción, pero yacía imposibilitado como un niño. Una sola candela puesta sobre el sucio piso daba una mezquina luz, y varios hombres de diferentes razas y colores, desde el sajón de rostro blanco hasta el indio y el africano, estaban de pie a su alrededor: rudos enfermeros para un hombre habituado a las comodidades de un hogar inglés. Yo traje a la memoria que Yzabal era señalado como un lugar malsano; Mr. Montgomery, que publicó un interesante relato de su visita a Guatemala en 1838, me había referido que era poner en peligro la vida aún el pasar por allí, y temblé por el pobre inglés. Recuerdo, además, lo que es extraño que haya olvidado antes, que aquí murió Mr Shannon, nuestro encargado de negocios en Centro América. Felipe estaba conmigo, y conocía dónde se encontraba sepultado Mr. Shannon, pero en la obscuridad no pudo señalar el sitio. Yo tenía el propósito de ponerme en marcha en la madrugada; y temiendo que, en el apresuramiento de la salida pudiese olvidar enteramente el sagrado deber de visitar, en este apartado lugar, la tumba de un americano, regresé a la casa y rogué al Señor Ampudia que me acompañase. Atravesamos la plaza, pasamos por los suburbios, y a los pocos minutos nos encontramos fuera del pueblo. Era tanta la obscuridad que yo apenas podía ver mi camino. Cruzando una honda zanja sobre un tablón, llegamos a un terreno elevado, abierto hacia la derecha, que se extendía hasta el Golfo Dulce, y por el frente limitado por un bosque sombrío. Sobre la cumbre había una ruda empalizada de toscos palos sembrados verticalmente, que acercaban la tumba de algún deudo del señor Ampudia; y a un lado de ésta se encontraba el sepulcro de Mr. Shannon. Allí no había piedra ni valla, ni siquiera alguna elevación, para distinguirlo del suelo en derredor. Era una triste tumba para un compatriota, e involuntariamente sentí una depresión de espíritu. Una fatalidad se había cernido sobre nuestros diplomáticos nombrados para Centro América: Mr. Williams, Mr. Shannon, Mr. Dewitt, Mr. Leggett, todos los que habían sido designados siempre, habían fallecido. Acudió a mi memoria la expresión en la carta de un pariente cercano de Mr. Dewitt: "Ojalá que Ud. sea más afortunado que cualquiera de sus predecesores". Daba tristeza que uno que había muerto en el exterior sirviendo a su país, fuese abandonado así en una solitaria montaña, sin una piedra para señalar su sepultura. Regresé a la casa, ordené que se construyese una valla en derredor de la tumba de Mr. Shannon, y mi amigo el padre prometió plantar a al cabeza un cocotero.

Al romper el día los arrieros comenzaron a cargar para el paso de "la montaña". A las siete de la mañana toda la recua, compuesta de alrededor de cien mulas y de veinte a treinta arrieros estaba ya en camino. Nuestro grupo inmediato constaba de cinco mulas: dos para Mr. Catherwood y para mí, una para Agustín, y dos para el equipaje: además de lo cual, teníamos cuatro indios cargadores. Si se nos hubiese consultado, quizás en aquella época habríamos tenido escrúpulo de usar a los hombres como bestias de carga; pero el Señor Ampudia había hecho todos los arreglos para nosotros. Los indios estaban desnudos, salvo una pequeña pieza de tela de algodón alrededor de los ijares, que les cruzaba por delante entre las piernas. Las cargas se compusieron de modo que les quedase de un lado una superficie plana. Los indios sentáronse en el suelo con la espalda contra esta superficie; se pasaron una correa de través sobre la frente, la que sostenía la carga; y, acomodándola sobre sus hombros, con la ayuda de un palo o la mano de algún mirón se pusieron en pie. Esto parecía cruel; pero, antes que se hubiese gastado mucha simpatía por ellos, habían desaparecido.

A las ocho en punto Mr. C. y yo montamos, cada uno armado con un par de pistolas y un largo cuchillo de monte, que llevábamos en un cinturón alrededor del cuerpo; además de lo cual, temiendo confiarlo en otras manos, yo llevaba un barómetro de montaña colgado en el hombro. Agustín llevaba pistolas y espada; nuestro arriero principal, que iba montado, llevaba un machete y un par de sanguinarias espuelas, con rodajuelas de dos pulgadas de largo, sobre sus desnudos talones; y otros dos arrieros, cada uno con una escopeta, nos acompañaban a pie.

Un grupo de amistosos mirones nos dijeron adiós deseándonos buen viaje; y pasando unas casas dispersas que constituían los arabales, entramos en un cenagoso llano salpicado de arbustos y pequeños árboles y a los pocos minutos estuvimos en una no interrumpida selva. A cada paso las mulas se hundían hasta las cernejas entre el fango, y muy pronto llegamos a grandes lodazales y hoyos de cieno, que me recordaron la terminación del invierno y la solitaria senda para bestias en una de nuestras primitivas selvas de la patria. A medida que avanzábamos, la sombra de los árboles se hacía más densa, y los hoyos más grandes y profundos, y las raíces, que sobresalían dos o tres pies arriba del suelo, cruzaban el sendero en todas direcciones. Le dí el barómetro al arriero, haciendo todo lo posible para mantenerme sobre la silla. Toda conversación terminó, y procurábamos seguir tan de cerca como nos era posible la huella del arriero; cuando él descendía a un hoyo de cieno y salía arrastrándose, con las patas de su mula pavonadas de lodo. nosotros le seguíamos, saliendo tan pavonados como él.

La recua de mulas, que había salido antes que nosotros, no iba sino a poca distancia por delante, y al ratito oímos repercutiendo por los montes la fuerte gritería de los arrieros y el agudo chasquido del látigo. Nosotros los alcanzamos a la orilla de un arroyo que prorrumpía rápidamente sobre un lecho de piedras. Toda la caravana se movía hacia arriba del lecho de la corriente; el agua estaba obscurecida por la sombra de los árboles que pendían sobre ella; los arrieros, sin camisa, y con sus largos pantalones arremangados hasta el muslo y abajo de la cintura, estaban dispersos entre las mulas: uno andaba persiguiendo a una bestia extraviada; otro precipitándose hacia una cuya carga se estaba resbalando; un tercero levantando una que se había caído; otro con el pie apoyado contra el costado de la mula estirando la atadura; todos gritando, maldiciendo y azotando; el todo era una masa de inextricable confusióin, que presentaba una escena casi aterradora.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Nosotros nos detuvimos para dejarlos pasar; y cruzando la corriente, caminamos una corta distancia sobre un camino plano, pero con el fango arriba de las cernejas; mas cortando una vuelta volvimos a la corriente nosotros mismos en medio de la caravana. Las ramas de los árboles se unían sobre nuestras cabezas, y el lecho del arroyo era tan quebrado y pedregoso que las mulas constantemente tropezaban y caían. Dejando esto y siguiendo para adelante el camino como antes, al cabo de una hora llegamos al pie de la montaña. El ascenso empezó muy pendiente y por un camino extraordinario. Era éste un estrecho barranco, gastado por el paso de las mulas y por el agua de los torrentes de la montaña, tan hondo que sus lados eran más altos que nuestras cabezas, y tan angosto que apenas podíamos caminar sin tocarlos. Toda nuestra caravana andaba de uno en uno a través de estos cenagosos desfiladeros, los arrieros dispersos entre ellos y arriba sobre la orilla, desenredando a las mulas cuando se trababan, levantándolas cuando caían, arreglándoles las cargas, maldiciendo, gritando y azotándolas. Si uno se paraba, todos los de atrás quedaban bloqueados, e imposibilitados para regresar. Cualquier repentino sobresalto nos oprimía contra las paredes del barranco, y no era pequeño el peligro de resultar con una pierna molida. Al salir de este desfiladero nos encontramos otra vez en medio de profundos atolladeros y salientes raíces de árboles, con la dificultad adicional de un escarpado ascenso. Los árboles, además, eran más grandes, y sus raíces más altas y de mayor extensión; y, sobre todo, el árbol de caoba echaba hacia fuera sus gigantescas raíces, arriba del tronco y piramidales, no redondas, como las raíces de otros árboles, sino rectas, con puntas agudas, atravesando las rocas y las raíces en derredor. Era el final de la estación lluviosa; los fuertes aguaceros que habíamos sufrido en el mar, habían inundado la montaña, y ésta se encontraba en las peores condiciones para pasarla; algunas veces no se puede pasar de ningún modo. Durante los últimos pocos días no había llovido; pero apenas nos felicitábamos por nuestra buena suerte de tener un día claro, cuando la selva se obscureció y comenzó a llover. El bosque era de impenetrable espesura; y allí no había vistas salvo la de la detestable senda ante nosotros. Durante cinco interminables horas fuimos avanzando penosamente en medio de atascaderos, estrujados en las zanjas, golpeados contra los árboles, y cayendo sobre las raíces; cada paso requería cuidado y gran esfuerzo físico; y, a más de esto, yo presentía que nuestro vergonzoso epitafio podría ser: "arrojados de cabeza por una mula, saltada la tapa de los sesos sobre el tronco de un árbol de caoba, y sepultados entre el fango de la Montaña del Mico". Intentamos andar a pie, pero las rocas y raíces eran tan resbaladizas, los atascaderos tan hondos, y las subidas y bajadas tan difíciles que nos fué imposible continuar.

Las mulas iban solamente con media carga, y aún así varias se inutilizaron; el látigo no pudo hacerlas mover; y apenas pasaba una sin caerse. De las de nuestra partida, la mía cayó primero. Juzgando que no podría salvarla con la rienda, por un esfuerzo que puso en tensión todos mis nervios me levanté retirándome de sus lomos, y salté libre de las raíces y los árboles pero no de fango; y me había escapado de un riesgo mayor: mi daga salida de la vaina estaba perpendicular, con la cacha entre el fango y con un pie desnudo de la hoja. Mr. Catherwood fué lanzado con tal violencia, que por unos momentos, sintiendo el desamparo de nuestra condición, me quedé horrorizado Mucho antes de esto él había interrumpido el silencio para proferir una exclamación que parecía salir del fondo de su alma, que, si él hubiera sabido de esta "montaña", yo podía haber venido a Centro América solo; en caso que yo hubiera tenido alguna tendencia a sentirme algo orgulloso por los honores que recibí en Belize, aquí fuí humillado por este camino real para mi capital. A poco rato la mula de Agustín cayó patas arriba; él sacó los pies de los estribos e intentó resbalarse pera atrás; pero la mula rodó, y le dejó debajo de la pierna izquierda, y, a no ser por sus patadas yo habría pensado que todos los huesos de su cuerpo estaban rotos. La mula pateaba peor que él; pero se levantaron juntos, y sin ningún daño excepto el del fango, el cual, si antes sólo eran manchas, ahora parecía un repello en toda forma.

Avanzábamos penosamente hacia la cumbre de la montaña, cuando, en una vuelta inesperada, nos encontramos con un solitario viajero. Era un hombre alto, de tez morena, con un sombrero de Panamá de ala ancha, enrollada en los lados hacia arriba; una chaqueta guatemalteca de lana listada ribeteada de abajo; pantalones cuadriculados, polainas de cuero, espuelas y espada; venía montado en una magnífica mula con una silla de pico alto y las cachas de un par de pistolas de caballería asomando en las pistoleras. Su rostro estaba cubierto de sudor y de fango; su pecho y piernas estaban salpicadas y su costado derecho era una completa encostradura; en un todo, su apariencia era terrible. Pareció sorprendido de encontrarse con alguno en tal camino; y, para nuestra sorpresa, nos saludó en inglés. El había emprendido la marcha en compañía de unos arrieros y unos indios, pero los había perdido en una de las vueltas de la selva, y estaba buscando su camino solo. Había atravesado la montaña por dos veces antes, pero jamás la había encontrado en peor estado; ya había sido deribado dos veces; una vez su mula rodó sobre él, y por poco lo despachrurra; y ahora ella iba tan asustada que apenas podía lograr que caminara. Se apeó, y la temblorosa bestia y su propio estado de agotamiento confirmaban todo cuanto él había dicho Nos pidió aguardiente, vino, o agua, algo para reanimarse; pero, desgraciadamente, nuestras provisiones iban adelante, y para él regresar un paso, ni pensarlo. Imagínese nuestra sorpresa, cuando, con los pies sepultados entre el lodo, nos refirió que había permanecido dos años en Guatemala "negociando" el establecimiento de un banco. Recién venido como estaba yo de la tierra de los bancos, casi pensé que intentaba buslarse de mí; pero él no parecía estar de humor para chanzas y, para beneficio de aquellos a quienes atañe como una evidencia de incipiente progreso, puedo decir que él ya tenía asegurado el establecimiento cuando rodó por el fango, y que a la sazón se encontraba en viaje rumbo a Inglaterra para vender las acciones. Nos dijo, además, lo que mejor se avenía con la escena, que Carrera había marchado sobre San Salvador, y que diriamente se esperaba una batalla entre él y Morazán.

Pero ninguno de nosotros tenía tiempo que perder; y separándonos, aunque algo de mala gana, casi tan precipitadamente como nos habíamos encontrado, continuamos nuestro ascenso. A la una de la tarde, para nuestra indecible satisfacción, llegamos a la cima de la montaña. Aquí encontramos un claro como de doscientos pies de diámetro, hecho en beneficio de los arrieros a quienes cogía la noche; en diferentes lugars había montones de cenizas y pedazos de troncos quemados, los restos de sus fuegos. Este era el único lugar de la montaña al cual el sol podía llegar y aquí el suelo estaba seco; pero la vista quedaba limitada por el claro.

Nos apeamos y habríamos merendado, pero no teníamos agua para beber; y, después de unos pocos minutos de descanso, reanudamos nuestro viaje. El descenso era tan malo como la subida; y, en vez de detenernos para dejar a las mulas respirar, como habían ellos hecho en el ascenso, los arrieros, por lo visto, parecían ansiosos de ver en cuan corto tiempo podían hacerles rodar para abajo de la montaña. En uno de los más fangosos desfiladeros quedamos encerrados por la caída de una mula adelante, y por el tropel sobre nosotros de todas las de atrás; y en el primer lugar adecuado, nos detuvimos hasta que pasó toda la

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

caravana La cautela de las mulas era extraordinaria. Durante una hora observé los movimientos de una que iba adelante de mí. A veces apoyaba la pata de adelante sobre una raíz o una piedra, y la tanteaba como lo haría un hombre; de cuando en cuando sacaba las patas delanteras de un lecho de cieno hasta los brazuelos, y otras veces era una constante alternativa de hundidas y sacadas.

Este es el gran camino real para la ciudad de Guatemala, la que siempre ha sido un lugar de distinción en Hispano América. Casi todo el tráfico de mercaderías de Europa pasa por allí; y nuestro guía dijo que la razón para que estuviese en tan malas condiciones era porque lo atravesaban tan mulas. En algunos países esta habría sido una razón para mejorarlo; pero era placentero encontrar que el pueblo ante quien yo estaba acreditado estuviese relevado de uno de los régimes de contiendas en casa, y que no se molestase con las complicadas cuestiones de atender a las mejoras interiores.

Al cabo de dos horas llegamos a un turbulento río o torrente de la montaña, espumoso y rompiéndose sobre su lecho de piedras, sombreado por grandes árboles. Se llamaba El Arroyo del Muerto. Los arrieros ya estaban distribuidos sobre las rocas o bajo la sombra de los árboles, comiendo su frugal alimento de tortillas; las mulas estaban en el río, o dispersas a lo largo de la ribera; y nosotros escogimos un árbol grande, que extendía sus ramas sobre nuestras cabezas como un techo, y tan cerca del arroyo que podíamos sumergir nuestros vasos entre el agua.

Toda la solicitud que fuí capaz de economizar durante el día para mí mismo la había empelado en el barómetro que iba sobre las espaldas del guía. El llevaba, además, un pequeño jarro blanco, con un borde rojo, en el cinturón de su machete, del cual iba él muy ufano y muy cuidadoso; y varias veces, después de un resbalón y de una escapada difícil, se volvía y levantaba el jarro con una sonrisa, lo cual me daba esperanzas con respecto al barómetro; y, en efecto, lo había sostenido sin que se quebrara; pero, por desgracia, el azogue no estaba bien seguro, y todo se había escapado. Era imposible repararlo en Guatemala, y la pérdida de este barómetro fué un motivo de pesadumbre durante todo nuestro viaje; porque nosotros ascendimos a muchas montañas cuyas alturas jamás han sido averiguadas.

Pero tuvimos otra desventura que, por de pronto, nos tocaba más de cerca. Nos sentamos en el suelo, a la moda turca, con un espacio vacío entre nosotros. Agustín colocó a nuestro frente una bien llena servilleta; y, mientras tomábamos el agua del cristalino arroyo a nuestro lado, un espíritu de otros tiempos llegó sobre nosotros, y hablamos con desdén de los ferrocarriles, de las ciudades y de los hoteles; pero ¡oh mesoneros! vosotros fuisteis vengados. Desenrollamos la servilleta, y la vista que ella presentó fué demasiado espantosa, aun para los nervios más vigorosos. Habíamos preparado pan para tres días, huevos duros, y dos gallinas asadas para todo el tiempo que pudieran durar. Agustín había olvidado la sal, pero había puesto en la servilleta un gran papel de pólvora como una ancheta de su pertenencia. El papel se rompió, y el pan, las gallinas y los huevos quedaron enteramente sazonados con este nuevo condimento. Toda la belleza de la escena, toda nuestra ecuanimidad, todo excepto nuestro tremendo apetito, nos abandonó en un instante. Las tabernas campesinas surgieron ante nuestra vista; y nosotros, que habíamos sido tan amables, denostamos a Agustín y le deseamos el más homicida condimento sobre su propio cuerpo. No pudimos escoger lo suficiente para satisfacer el hambre. Esta era, sin duda, la manera más inocente de probar la pólvora pero todavía así era una amarga píldora. Escogimos e hicimos excavaciones para uso inmediato, pero el resto de nuestras provisiones se perdió.

Terminado esto, montamos, y, vadeando la corriente, continuamos nuestro descenso. Siguiendo por una estribación de la montaña, salimos a un cerro, dominando la vista de una extensa pradera. Muy pronto llegamos a una espléndida meseta, donde una gran partida de arrieros en viaje para Yzabal había acampado por la noche. Fardos de añil, que formaban sus cargas se encontraban apilados como una muralla; sus mulas pastaban tranquilamente cerca de ellos, y sus fuegos estaban ardiendo para cocinar la cena. Era una gran satisfacción el estar una vez más en campo abierto, y ver la montaña, con su espesa selva, iluminada por el sol que declinaba grande y tenebroso, y nosotros felizmente fuera de ella. Con diez horas de la más penosa cabalgata que yo jamás había sufrido, solamente habíamos andado doce millas.

Al bajar de esta meseta, entramos en una llanura densamente arbolada, y a los pocos minutos llegamos a un bosquecillo de palmeras silvestres de singular belleza. Desde la copa de un elevado y desnudo tallo se extendían las ramas de veinte o treinta pies de largo, desplegándose desde el tronco, y cayendo hacia fuera con una graciosa comba como enormes plumajes; los árboles estaban tan unidos que las encorvadas ramas se juntaban, formando arcos, en algunos lugares con tanta simetría como si hubiesen sido artificialmente formados; y mientras caminábamos por en medio de ellos, había una tan solemne quietud y un tal aire de desolación que nos trajo a la memoria las columnas de un templo egipcio.

Hacia el anochecer llegamos al Rancho del Mico. Era una pequeña casa, construida con palos y repellada con lodo. Inmediata a ella y unida por un cobertizo techado con ramas, había una casa más grande, construida del mismo material, expresamente para el uso de los viajeros. Esta ya se encontraba ocupada por dos partidos procedentes de Guatemala, una de las cuales formaban el Canónigo Castillo, su compañero eclesiástico o secretario, y dos jóvenes Pavón. La otra la constituía un comerciante francés en su viaje a París. Mr. C. y yo éramos unos objetos de aspecto pintoresco, no salpicados, sino repellados con lodo desde la cabeza hasta los pies; pero pronto fuimos conocidos, y recibimos de toda la compañía una cordial bienvenida a Centro América.

Su apariencia era tal como para darme una sumamente favorable opinión de la clase de personas que yo hallaría en Guatemala. El Canónigo era uno de los principales hombres del país en posición y carácter, y entonces se encontraba en viaje para La Habana en una delicada misión política, siendo enviado por la Asamblea Constituyente para invitar al arzobispo a que volviese, quien había sido desterrado por el General Morazán diez años antes. El tomó por su cuenta el hacer los honores, y puso ante nosotros chocolate y lo que él llamó "el plato nacional", frijoles, o judías fritas, con los cuales, por fortuna para nuestros subsiguientes viajes, nos "encariñamos" de una vez. Nosotros estábamos muy cansados, pero una agradable compañía era mejor que dormir. El canónigo se había educado en Roma, y pasado la primera parte de su vida en Europa; el francés era de París; los jóvenes Pavón se habían educado en Nueva York; y nos sentamos hasta una hora avanzada, con nuestros vestidos tiesos de lodo, hablando de Francia, de Italia y de la patria. Por fin colgamos nuestras hamacas. Habíamos estado tan ocupados que no pusimos mucha atención en nuestro equipaje; y cuando quisimos conseguir un vestido para mudarnos, no pudimos hallar a nuestros sirvientes, y nos vimos obligados a arrojarnos a la cama como estábamos; pero con el satisfactorio sentimiento de haber pasado "la montaña", pronto nos dormimos.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

CAPITULO 3

UN CANONIGO. — COMO SE ASA UNA GALLINA — ZAPATERIA IMPROVISADA — EL RIO MOTAGUA — BELLO PANORAMA — CRUZANDO EL RIO — LAS DELICIAS DEL AGUA — COSTUMBRES PRIMITIVAS — COMO HACER TORTILLAS — MADERA VALIOSA — GUALAN — CALOR OPRESIVO. — UN TEMBLOR DE TIERRA — UN PASEO POR EL PUEBLO — UN ARRIERO IMPERTINENTE — UN PROCESO — IMPORTANTES NEGOCIACIONES — UNA MODERNA BONA DEA — COMO CONSEGUIR MARIDO — UN REINO DE FLORA — ZACAPA TRATANDO SIN CEREMONIAS AL HOSPEDADOR

Antes del amanecer ya estaba yo fuera de la casa Veinte o treinta hombres, arrieros y sirvientes, estaban dormidos en el suelo cada uno boca arriba, envuelto en su negra chamarra, que les cubría desde la cabeza hasta los pies. Al clarear se levantaron. Muy pronto se levantó el francés, tomó chocolate, y, después de una hora de preparativos, se puso en marcha. En seguida partió el canónigo. El había cruzado la montaña veinte años antes, en su primer arribo al país, y todavía conservaba un pleno recuerdo de sus horrores. Partió sobre las espaldas de un indio, en una silla con un alto respaldo y cubierta para protegerlo del sol. Otros tres indios lo seguían como conductores de relevo, y una magnífica mula para su alivio por si se cansaba de la silla. El indio iba encorvado, casi doblado, pero el canónigo estaba de buen humor, fumando su cigarro, y moviendo la mano hasta perderse de vista. Los Pavones partieron por último, y nosotros nos quedamos solos.

Aún no había llegado ninguno de nuestros criados. Como a las ocho aparecieron dos; habían dormido en un rancho inmediato, y los otros seguido adelante con el equipaje. Nosotros estábamos excesivamente enojados, pero, soportando como pudimos la incomodidad de nuestros vestidos tiesos de lodo, ensillamos y emprendimos la marcha.

No vimos más de nuestra recua de mulas, y nuestro arriero del barómetro había desaparecido sin aviso, dejándonos en manos de dos substitutos.

Nuestro camino se extendía sobre una región montañosa, pero generalmente libre de bosque: y como a las dos horas llegamos a un conjunto de ranchos denominado El Poso. Uno de nuestros criados se dirigió a una choza y se apeó como si estuviera en su casa. La mujer de la casa lo regañó por no haber llegado la noche anterior, lo que él ásperamente nos achacó a nosotros; y era evidente que estábamos en peligro de perderlo a él también. Pero teníamos un asunto de interés más inmediato en la falta de un desayuno. Nuestro te y café, todo lo que nos había quedado después de la destrucción de nuestras provisiones por la pólvora, había pasado adelante, y por algún tiempo no pudimos conseguir nada. Y aquí al principiar nuestro viaje, encontramos una escasez de víveres mayor que la que habíamos hallado en ninguna región habitada. La gente vivía exclusivamente de tortillas —tortas planas hechas de maíz molido, y cocidas sobre una tartera de barro — y frijoles negros. Agustín compró un poco de éstos, pero requerían varias horas de estar en remojo antes de que se pudieran comer Al fin él logró comprar una gallina, la atravesó con una vara, y la ahumó sobre el fuego, sin aderezos de ninguna clase, la que, con tortillas, haría una buena comida para un sistema de dieta penitenciaria. Según lo que nosotros esperábamos, nuestro arriero principal no pudo arrancarse del lugar; pero, como marido sumiso, envió, con el único que había quedado, un amoroso mensaje para su mujer en Gualán.

En el momento de la partida, el sirviente que nos quedaba dijo que no podría seguir hasta que hubiera hecho un par de zapatos, y nos vimos obligados a esperar; pero no le tomaron mucho tiempo. Parándose sobre un cuero sin curtir, marcó la medida de sus pies con un pedazo de carbón, los cortó con su machete, les hizo los agujeros convenientes, y, pasando una correa de cuero por debajo del empeine, alrededor del talón, y entre el dedo gordo del pie y el que le sigue, ya estuvo calzado.

De nuevo nuestro camino se extiende sobre una cadena de elevadas montañas, con un valle a cada lado. A lo lejos se veían hermosas laderas verdes y ornamentadas con pinos y ganados pastando en ellas, lo que nos hacía recordar el paisaje de un parque inglés. A menudo presentábanse parajes, los cuales en nuestro país se habrían escogido como lugares para viviendas, y embellecido por el arte y por el gusto. Y esta era una tierra de perpetuo verano; las ráfagas de invierno nunca llegan hasta ella; pero, a pesar de toda su dulzura y su belleza, estaba triste y desolada.

A las dos de la tarde comenzó a llover; al cabo de una hora aclaró, y desde la elevada cordillera divisamos el Río Motagua, uno de los más espléndidos en Centro América, moviéndose majestuosamente a través del valle a nuestra izquierda. Descendiendo por un áspero y precipitado sendero, a las cuatro de la tarde llegamos a la ribera directamente al lado opuesto de Encuentros. Era este uno de los más hermosos panoramas que yo jamás había contemplado: en todo el derredor había gigantescas montañas, y el río, ancho y profundo, moviéndose por entre ellas con la fuerza de un poderoso torrente.

En la ribera opuesta estaban unas cuantas casas y dos o tres canoas echadas en el agua, pero ni un solo individuo a la vista. Por medio de fuertes gritos hicimos llegar a un hombre a la orilla, quien entrando en una canoa la puso a flote; inmediatamente fué arrastrado lejos por la corriente; pero, aprovechándose de un reflujo del agua, logró llevarla hasta el lugar donde nos encontrábamos. Nuestro equipaje, las sillas, bridas, y otros arreos de las mulas, fueron puestos a bordo, y nos enbarcamos. Agustín sentóse en la popa, agarrando el cabestro de una de las mulas, y conduciéndola como a un pato de reclamo; pero las restantes no estaban dispeustas a seguirla. El arriero las hizo entrar con el agua hasta el pescuezo, pero retrocedieron a la playa. Varias veces, arrojándoles palos y piedras logró que entraran como antes. Por último se desnudó, y, vadeando hasta la altura de su pecho, con una vara de diez o doce pies de largo, logró llevarlas todas a flote y en una fila al alcance de suvara. Cualquiera de ellas que retrocedía hacia la playa recibía un golpe en la nariz, y al fin todas fijaron la cara con dirección a la opuesta orilla; sus pequeñas cabezas era todo lo que nosotros podíamos mirar, apuntando directamente de través, pero arrastradas por la corriente. Una fue impelida más abajo que las demás; y, cuando vio a sus compañeras saltar en tierra, lanzó un grito de espanto y por poco se ahoga en su lucha por alcanzarlas.

Durante todo este tiempo nosotros estuvimos sentados en la canoa, con el sol batiendo sobre nuestras cabezas. En las últimas dos horas habíamos sufrido excesivamente por el calor; nuestras ropas estaban saturadas de sudor y endurecidas por el barro, y esperábamos en adelante casi con arrobamiento un baño en el Motagua y el cambio de ropa interior. Saltamos en tierra y nos encaminamos a la casa en donde pasaríamos la noche. Estaba repellada y encalada, y adornada con listas coloradas en forma de festones; y al frente había un cerco formado con largas cañas, de seis pulgadas de grueso, rajadas en dos; la apariencia era del todo favorable. Para nuestro mayor enfado, nuestro equipaje había seguido adelante hasta un rancho tres leguas más allá. Nuestros arrieros rehu-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

saron caminar más lejos. Nos encontrábamos desagradablemente colocados, pero no queíramos dejar tan pronto el río Motagua. Nuestro posadero nos dijo que su casa y todo lo que allí había estaba a nuestra disposición; pero que no podía darnos nada para comer; y diciéndole a Agustín que buscara por el pueblo, regresamos al río. Por todas partes la corriente era demasiado rápida para un tranquilo baño. Llamando a nuestro barquero, volvimos al otro lado, y a los pocos minutos estábamos gozando de una ablución, cuya delicia puede ser apreciada solamente por quienes, como nosotros, hayan cruzado la Montaña del Mico sin tirar los vestidos.

En este baño había un goce aún mayor que el de refrescar nuestros acalorados cuerpos. Era el momento de una dorada puesta de sol. Nos encontrábamos metidos hasta el cuello dentro del agua clara como el cristal, y tranquila como la de una diminuta laguna, al márgen de un canal a cuyo largo la corriente se precipitaba con la rapidez de una flecha. A cada lado había montañas de millares de pies de elavación, con sus cimas alumbradas por el sol al declinar; en un punto arriba de nosotros había una choza de hojas de palmera, y frente a ella, sentado un indio desnudo que nos contemplaba; entre tanto bandadas de loros, de brillante plumaje, casi a millares, volaban sobre nuestras cabezas, alcanzando nuestras palabras, y llenando el aire con su clamarosa burla. Era esta una de aquellas hermosas escenas que tan rara vez ocurren en la vida humana, convirtiendo los sueños casi en una realidad. Viejos como éramos, nos podíamos haber vuelto poetas, si no hubiera sido porque Agustín bajó a la orilla opuesta, y, con un grito que sobrepasó al chillido de los loros y al turbulento murmullo del río, nos llamó para la cena.

Tuvimos un momento de agonía cuando volvimos a nuestras ropas. Yacían extendidas sobre la orilla, cual emblemas de unos hombres que habían visto mejores días. La puesta del sol que derramaba sobre todo una suave y tierna brillantez, exhibía desnudas las arrugas de fango y suciedad haciéndolas repugnantes. No teníamos más que una alternativa, y esta era el irnos sin ellas. Más, como esto parecía ser un ataque a la decencia de la vida, las levantamos y nos las pusimos con repugnancia. Yo no estoy seguro, como quiera que sea, sino de que nosotros hicimos un sacrificio innecesario de nuestra personal comodidad. La decencia de la vida es materia de costumbres convencionales. Nuestro posadero era un **don;** y cuando le presentamos nuestra carta nos recibió con gran dignidad en una sencilla prenda de vestir, suelta, blanca, y muy corta, que apenas le llegaba a las rodillas. El vestido de su esposa no era menos desahogado; algo así por el estilo de las batas cortas y enaguas del tiempo de Maricastaña, solamente la bata y cualquiera otra cosa que se usara debajo regularmente hacían falta, y su lugar estaba substituido por un cordón de cuentas, con una gran cruz al extremo. Una docena de hombres y chicuelos, desnudos, salvo la pequeña cubierta formada por los pantalones enrollados de arriba y abajo del modo ya indicado, estaban de holgazanes cerca de la casa; y las mujeres y muchachos en tal extremo de trapillo que un cordón de cuentas parecía un vestido completo para el pudor.

Mr. C. y yo nos encontrábamos, para la noche, en una situación algo embarazosa. La pieza de recepción general contenía tres camas hechas de fajas de cuero entrelazadas. El **don** ocupaba una; él nos tenía mucho que hacer para desnudarse, pues lo poco que tenía, lo hizo quitándose la camisa. Otra cama estaba al pie de mi hamaca. Estaba yo dormitando, cuando abrí los ojos y vi a una muchacha como de diez y siete años sentada de lado sobre ella, fumándose un cigarro. Tenía atado alrededor del talle un pedazo de tela de algodón listada que le caía hasta abajo de las rodillas; el resto de su traje era el mismo que la naturaleza otorga por igual a la señorita de rango y a la más pobre muchacha; en otras palabras, éste era el mismo que aquél de la mujer del **don** con excepción del collar de cuentas. Al principio creí que sería algo que yo habría evocado en mis ensueños; y al despertar, quizá levanté la cabeza, porque ella dando unas cuantas ligeras fumadas a su cigarro, se echó una sábana de algodón sobre la cabeza y los hombros y se acostó a dormir. Yo procuré hacer lo mismo. Traje a la memoria el proverbio, que "los viajes hacen compañeros de cama a los extraños". Yo ya había dormido en confusión con griegos, con turcos y con árabes. Estaba principiando a viajar por un nuevo país; era mi deber el conformarme a las costumbres de sus habitantes; estar preparado para lo peor, y someterme con resignación a lo que pudiera sobrevenirme.

Como huéspedes, nos fue agradable el sentir que la familia no nos trataba como a extraños. La esposa del **don** se retiró con las mismas ceremonias. Varias veces durante la noche me despertó el retiñir del pedernal y del acero y vi a uno de nuestros vecinos encendiendo un cigarro. A la luz del día la mujer del **don** estaba gozando de su sueño matinal. Mientras yo me vestía ella me dio los buenos días, se quitó la ropa de algodón de sobre los hombros y se levantó ya vestida para el día.

Partimos temprano, y por alguna, distancia nuestro camino siguió a lo largo de las orillas del Motagua, casi tan hermoso por la mañana como a la luz de la tarde. Al cabo de una hora principiamos a subir la estribación de una montaña; y, llegando a la cumbre, seguimos por la serranía. Esta era elevada y angosta y por ambos lados dominaba una vista casi ilimitada que parecía escogida para un efecto pintoresco. El paisaje era grandioso, pero la tierra desierta y sin cultivo, sin vallados, ni huertos, ni viviendas. Unas cuantas cabezas de ganado vagaban libremente por la gran expansión, pero sin impartir ese aspecto doméstico que en otros países acompaña a la presencia del ganado. Encontramos unos pocos indios, con sus **machetes,** que iban a su trabajo matutino, y a un hombre cabalgando en una mula, con una mujer por delante, rodeándole con su brazo la cintura.

Yo iba cabalgando a la cabeza de mis compañeros, y sobre la cima de la serranía, un poco hacia un lado del camino, miré a una muchachita blanca, enteramente desnuda, jugando frente a un **rancho.** Como la mayor parte de las gentes que encontrábamos eran indios o **ladinos,** su apariencia llamóme la atención y me encaminé hacia el **rancho.** El propietario, en el cómodo traje de nuestro posadero de **Encuentros,** se estaba meciendo en una hamaca bajo el pórtico y fumándose un cigarro. A corta distancia había un cobertizo techado con tallos y hojas de maíz, llamado la **cucinera** o cocina. Como siempre, mientras el don estaba recostado en su hamaca, las mujeres trabajaban.

Me dirigí a la **cucinera** (cocina) y desmonté. El grupo se componía de la madre y de una linda nuera como de diez y nueve años, y de dos hijas como de quince y diez y siete. El lector tal vez tendrá curiosidad con respecto a los vestidos; pero habiéndole dado ya una idea de los de esta región, no requerirá más descripciones. En honor a mi visita, la madre arrebató a la niña que me había atraído hacia el **rancho,** la llevó para adentro y echó sobre su cabeza una prenda de vestir, la cual, yo creo, usan generalmente las niñas; pero a los pocos minutos mi pequeña amiguita se desembarazó de su atavío y se bamboleaba por ahí con la prenda bajo el brazo.

Toda la familia estaba ocupada haciendo **tortillas.** Este es el pan de toda la América Central y de toda la América Española, y la única especie que se encuentra, salvo en las ciudades principales. En un extremo de la **cucinera** había una elevación, sobre la cual estaba un **comal** o tartera, descansando sobre tres piedras, con un fuego flameante por debajo. La nuera tenía ante sí una vasija de barro conteniendo maíz remojado en agua de cal para removerle la cáscara; y, poniendo un puñado sobre una piedra oblonga encorvada para adentro, lo molió con un rodillo de piedra

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

hasta convertirlo en pasta espesa. Las muchachas lo tomaban al estar amasado, y golpeándolo ligeramente con sus manos lo convertían en tortitas planas, poniéndolas sobre el comal para cocerlo. Esto se repite en cada comida, y una gran parte de la ocupación de las mujeres consiste en hacer **tortillas**

Cuando llegó Mr. Catherwood las **tortillas** ya estaban humeando, y nos detuvimos para tomar el desayuno. Nos dieron el único manjar delicioso que tenían. café hecho de maíz tostado, el cual, en obsequio a su bondad, tomamos. Lo mismo que yo, Mr. Catherwood quedó impresionado con la belleza personal de este grupo familiar. Con las ventajas del traje y de la educación, ellas podrían ser ornamentos en una culta sociedad; pero estaba decretado de otro modo, y estas jóvenes muchachas seguirán haciendo **tortillas** todo el resto de su vida.

Durante una hora larga seguimos caminando sobre la cima de la montaña, entrando en seguida en un campo más arbolado, y a la media hora llegamos a una puerta grande que estaba exactamente a través del camino como una barrera de peaje. Esta era la primera señal que veíamos de un lindero individual o territorial, y en otros países habría formado una entrada digna de una regia propiedad; pues el macizo cerco, con todos sus postes y soportes, era de sólida caoba. El calor era ahora intenso. Penetramos en un espeso bosque y vadeamos una impetuosa corriente en medio de la cual se encontraban unos cerdos nadando. Inmediatamente después llegamos a una plantación de cochinilla, y pasamos por una larga senda espesamente bordeada y sombreada con árboles y arbustos, unidos hasta sofocar. Salimos a un llano abierto, sobre el cual batía el sol con poder casi intolerable; y atravesando el llano, como a las tres de la tarde entramos en Gualán. Allí no había ni un soplo de aire; las casas y la tierra parecían despedir calor. Yo estaba confundido, se me andaba la cabeza, y me sentí en peligro de una insolación. En aquel momento hubo un ligero temblor de tierra. No me di cuenta de él, pero me encontré casi subyugado por el excesivo calor y por la condensación de la atmósfera que lo acompañaba.

Nos encaminamos a casa de Doña Bartola, para quien teníamos una carta de recomendación, y me es imposible describir la satisfacción con que me arrojé sobre una hamaca. La sombra y la quietud me restablecieron. Por primera vez desde que salimos de Yzabal nos mudamos los vestidos; y también, por la primera vez, comimos.

Por la tarde dimos un paseo por el pueblo. Está situado sobre una meseta de piedras conglutinadas o compuestas, en la confluencia de dos majestuosos ríos, y se encuentra circundado por una cadena de montañas. Una calle principal, las casas de un piso, con portales al frente, terminando en una plaza pública, en cuya parte principal se levanta una iglesia grande con portada gótica; y frente a ella, a una distancia de diez o doce yardas, estaba una cruz como de veinte pies de altura. Los habitantes son como diez mil, principalmente mestizos. Saliendo de la plaza, bajamos al Motagua. En la orilla estaban construyendo un bote, como de cincuenta pies de largo por diez de ancho, todo de caoba. Cerca de allí, un grupo de hombres y mujeres vadeaban la corriente, llevando sus vestidos sobre la cabeza; y alrededor de un promontorio tres mujeres se estaban bañando. No hay referencias antiguas relacionadas con este lugar; pero la rusticidad de la escena, las nubes, los tintes del cielo y el sol en su ocaso reflejándose sobre las montañas, eran hermosos. Al anochecer volvimos a la casa. **Exceptuando** la compañía de algunos millares de hormigas que ennegrecían las candelas y cubrían todo lo perecedero, tuvimos una habitación para nosotros.

Por la mañana temprano se nos sirvió chocolate y un pequeño bollo de pan dulce. Mientras que nos desayunábamos llegó nuestro arriero, reiterando su demanda de ajuste y pidiendo tres dólares más de lo debido. Nosotros rehusamos pagarle y se retiró furioso. A la media hora llegó un alguacil citándome de orden del **alcalde.** .Mr. Catrerwood, que en ese momento estaba limpiando sus pistolas, me consoló con la amenaza de bombardear la población si me ponían en la cárcel. El **cabildo,** o casa municipal, quedaba a un lado de la plaza. Entramos en una gran sala, uno de cuyos extremos estaba dividido por medio de una barandilla de madera. Adentro estaba sentado el **alcalde** con su secretario, y afuera el arriero, con un grupo de individuos medio desnudos como sus sostenedores. Ya había reducido su demanda a un dólar, sin duda suponiendo que yo lo pagaría antes de tener ninguna molestia. No era muy honroso el ser ejecutado por un dólar; pero le miré la cara al entrar, y resolví no pagarle ni un centavo. No obstante que yo no me atuve a mis privilegios como diplomático, sino que defendí la acción por sus propios méritos, el **alcalde** falló a mi favor; después de lo cual le mostré mi pasaporte, y él me rogó entrar a la barra y me ofreció un cigarro.

Concluído este asunto yo tenía otros de mayor importancia. El primero era alquilar las mulas, que no pudieron conseguirse sino dos días después. En seguida tenía que arreglar el lavado de la ropa, lo que era un asunto muy complicado, porque había necesidad de especificar qué piezas debían ser lavadas, cuáles planchadas, y cuáles almidonadas, y pagar separadamente por lavado, planchado, jabón y almidón; y, por último, traté con un sastre un par de pantalones, comprando por separado el género, el forro, los botones y el hilo, poniendo el sastre por su parte las agujas y el dedal.

Por la tarde bajamos otra vez al río, regresamos, y enseñamos a Doña Bartola cómo preparar el té. Por entonces todo el pueblo se encontraba en conmoción preparatoria para la gran ceremonia del rezado a Santa Lucía. En la mañana temprano, los disparos de mosquetes, petardos y cohetes, habían anunciado la llegada de esta inesperada pero bienvenida visitante, una de las más santas entre las santas del calendario, y, después de San Antonio, la más celebrada por el poder de hacer milagros. La subida de Morazán al poder fue señalada por una persecución al clero: sus amigos decían que era la purificación de un cuerpo corrompido; sus enemigos, que era una guerra contra la moral y la religión. El país se encontraba en ese tiempo plagado de sacerdotes, frailes y monjes de diferentes órdenes. Por todas partes los edificios más suntuosos, las tierras mejor cultivadas, y la mayor parte de la riqueza del país estaban en sus manos. Muchos, sin duda, eran buenos hombres; pero algunos usaban sus sagradas vestiduras como una capa de la bellaquería y del vicio, y la mayor parte eran zánganos, que cosechaban donde no habían sembrado, y vivían fastuosamente con el sudor de la frente de otros hombres. De todas maneras, y sea cual fuere la causa, la primera parte de la administración de Morazán se distinguió por su hostilidad hacia ellos como clase; y desde el Arzobispo de Guatemala para abajo hasta el más pobre fraile, todos corrían peligro; algunos huyeron, otros fueron deportados, y muchos arrancados por la ruda soldadesca de sus conventos e iglesias, llevados por la fuerza a los puertos y embarcados para Cuba y la vieja España, con sentencia de muerte si volvían. El país quedó comparativamente abandonado; muchas de las iglesias cayeron en ruinas; otras permanecieron, pero sus puertas rara vez se abrían; y la práctica y el recuerdo de sus ritos religiosos desaparecía poco a poco. Carrera y sus indios, con los místicos ritos del catolicismo injertados sobre las supersticiones de sus antepasados, habían adquirido una poderosa influencia sobre los sentimientos del pueblo por el esfuerzo que hacían para el regreso de los desterrados clérigos y para el restablecimiento del poder de la iglesia. La peregrinación de Santa Lucía se consideraba como un indicio del cambio de sentimientos y de gobierno; como un preludio de la restauración de la influencia de la iglesia y del avivamiento de las ceremonias predilectas

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

para el corazón de los indios. De ahí que ella había sido aclamada por todos los pueblos por donde pasaba; y aquella noche recibiría las plegarias de los cristianos de Gualán.

Santa Lucía gozaba de una peculiar popularidad por su milagroso poder sobre los afectos de los jóvenes, porque cualquier mozalbete que oraba pidiéndole una esposa, o cualquier muchacha que le pedía un marido, estaban seguros de obtener lo que deseaban; y si el peticionario indicaba a la santa la persona que quería, la petición era atendida, siempre que tal persona no fuera ya casada. Nada sorprendente era pues que una santa con esos extraordinarios poderes, que tocaban tan directamente las más tiernas fibras de los corazones, creara tal sensación en un lugar en donde los sentimientos, o mejor dicho, las pasiones, están particularmente inclinadas hacia el amor.

Doña Bartola nos invitó para que la acompañásemos, y, saliendo, pasamos a visitar a una su amiga; durante toda la visita, una criada se sentó con la falda llena de tabaco, haciendo cigarros de doblador para uso inmediato. Era la primera vez que fumábamos con señoras, y, al principio, se nos hacía algo difícil el pedirles lumbre; pero quedamos tan acostumbrados esa noche que después ya nunca tuvimos ningún escrúpulo en hacerlo. La conversación giró sobre la santa y sus milagrosos poderes; y cuando nosotros nos declarábamos algo escépticos, la criada, con aquella familiaridad, aunque no exenta de respeto, que existe por todo Centro América, nos dijo que era malo el dudar, que ella misma había orado a la santa, y dos meses después ya era casada, y con el hombre por quien oraba, aunque en la actualidad él ya no se acordaba de ella, y, en efecto, él quería a otra muchacha.

Con este incentivo, cerrando la casa, y acompañados de los niños y los criados, salimos para rendir nuestro homenaje a la santa. El sonido del violín y el disparo de cohetes indicaban la dirección de su temporario domicilio. Había establecido su residencia en la choza de un pobre indio de los arrabales; y durante algún tiempo antes de llegar a ella, encontramos gentes de ambos sexos, y de todas las edades y colores, con diversidad de vestidos y desnudeces, fumando y platicando, y sentados o echados en el suelo en toda clase de actitudes. Se abrió paso a nuestra comitiva y entramos en la choza.

Esta era como de veinte pies en cuadro, forrada por encima y a los lados con hojas de milpa, y llena de una densa masa de mujeres y de hombres arrodillados. A un lado estaba un altar, como de cuatro pies de altura, cubierto con una limpia tela blanca de algodón. Sobre el altar había una armazón, con tres elevaciones, parecidas a un florero, y encima de ellas una caja, que contenía una muñeca grande de cera, vestida de seda azul y ornamentada con láminas de oro, lentejuelas y flores artificiales. Esta era Santa Lucía. Arriba de la cabeza tenía un dosel de tela roja de algodón, sobre el cual estaba blasonada una cruz bordada en oro. A la derecha estaba una silla de manos adornada con tela roja y láminas de oro, que constituía el equipo de viaje de la santa; e inmediatos a ella estaban unos indios en traje semisacerdotal, sobre cuyos hombres viajaba; festones de naranja pendían del techo, y los rudos pilares estaban envueltos en hojas de caña de azúcar. Al pie del altar había un petate, sobre el cual jugaban muchachas y muchachos; y un pequeñuelo como de seis años de edad, ataviado con el pintoresco traje de un sombrero de paja, y con ésto nada más, estaba frescamente inspeccionando a la multitud.

La ceremonia del rezo ya había principiado, y la música de un tambor, un violín y un pito, bajo la dirección de un indio maestro de ceremonias, ahogaba el sonido de las voces. Doña Bartola, que era viuda, y las otras señoras de nuestra compañía, se arrodillaron; y, encomendándome a sus oraciones, yo miraba sin hacer nada por mí mismo, pero estudiaba atentamente las caras de los que me rodeaban. Allí había algunos de ambos sexos a quienes estrictamente no se les podría llamar jóvenes; pero que no por eso rezaban con menos fervor. En algunos lugares la gente rechazaría la imputación de estar deseosa de conseguir marido o mujer; no así en Gualán: ellos oraban públicamente por lo que consideraban ser una bendición. Algunos de los hombres lo hacían con tanta vehemencia que el sudor caía a grandes gotas sobre sus rostros; y nadie pensaba que al orar por un marido tuvieran que teñirse de rubor las mejillas de una modesta doncella. Yo observaba el semblante de una joven india, radiante de entusiasmo y esperanza; y, mientras sus miradas descansaban sobre la imagen de la santa sus labios se movían en oración, no pude menos que imaginarme que su corazón se encontraría lleno con el amor de algún holgazán y quizá indigno pretendiente.

Fuera de la choza la escena era del todo diferente. Por ahí cerca había filas de hombres y mujeres arrodillados, pero más allá se encontraban desordenados grupos de hombres y muchachos semidesnudos, soltando cohetes y quemando fuegos artificiales. Cuando pasé entre ellos, un relámpago se elevó desde abajo de mis pies, y un petardo estalló tan cerca que la pólvora me chamuscó; y, mirando alrededor, vi salir precipitadamente a mi bribón arriero. Más adelante había parejas de jóvenes, hombres y mujeres, bailando a la luz de flameantes rajas de pino. En una choza, a corta distancia, estaban dos macilentas viejas, con grandes calderas sobre ardientes fogatas, meneándolas y sirviendo el contenido con largos cucharones de madera, con apariencia de brujas que reparten veneno en vez de pociones amorosas.

A las diez de la noche cesaron las plegarias a la santa y la muchedumbre se apartó en grupos y parejas, cayendo muchas en lo que en inglés se llamarían **flirtation.** Para nuestra comitiva se extendió un petate a un lado de la choza, y todos encendimos nuestros cigarros y nos sentamos sobre él. Vasos hechos de pequeñas calabazas, y llenos con el contenido de las calderas con una preparación de maíz hervido endulzada con varios dulces, fueron paseando de boca en boca, tomando un sorbo cada uno y pasándolo a su vecino; siguiendo esto así, sin interrupción, por más de una hora. Permanecimos en el suelo hasta después de media noche, y en seguida fuimos de los primeros en retirarnos. En resumen, nosotros juzgamos que las plegarias a Santa Lucía debían conducir al matrimonio; y yo no pude sino observar que, tratándose de conseguir marido o mujer, la mayor parte de ellos parecían dispuestos a hacer algo por sí mismos, y no dejarlo todo a merced de la santa.

El día siguiente fue excesivamente caluroso, y nosotros permanecimos en casa. Por la tarde visitamos al **padre,** quien acababa de regresar de un pueblo inmediato. Era él un hombre gordo y de baja estatura, y tenía puesto un gorro blanco de dormir, una chaqueta lisada de azul, y pantalones blancos, y lo encontramos meciéndose en un hamaca y fumándose un cigarro. Tenía una gran familia de mujeres y niños; pero con respecto a las relaciones en que ellos estaban hacia él, la gente se contradecía. El nos dio más informes de los que hasta aquí habíamos podido obtener con respeteo al país y particularmente relativos a Copán, ciudad en ruinas que deseábamos visitar. Estaba familiarizado con la historia de los indios y comprendía perfectamente el carácter de la raza actual; y, respondiendo a nuestra pregunta de si todos ellos eran cristianos, dijo que eran devotos y religiosos, y que tenían sumo respeto hacia los sacerdotes y los santos Dicho esto se sujetó los deceñidos pantalones y encendió otro cigarro. Nosotros podríamos habernos sonreído de su idea al confundir su confortable figura con los santos; pero tenía él tan buen sentido y buenos sentimientos que no nos sentimos inclinados a contradecirle.

A la mañana siguiente llegó nuestro arriero, pero, por causa de alguna equivocación, no tenía suficientes mulas para conducir todo nuestro equipaje. En vez de aguardarlo, partimos sin él, dejándole parte de nues-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tro bagaje para que nos lo codujese a Zacapa al día siguiente.

Saliendo de Gualán teníamos a nuestra derecha el Río Motagua, el cual ahora ya era nuestro amigo, y más allá la gran cordillera de montañas de Vera Paz, de seis a ocho mil pies de elevación. Al cabo de una hora comenzamos el ascenso. Pronto nos encontramos en un campo de flores; los arbustos y matorrales estaban vestidos de púrpura y de rojo; y sobre las faldas de la montaña, y en los barrancos que bajaban hasta el río, en las más extrañas posiciones, había grandes árboles tan cubiertos de rojo que parecían una sola flor. En tres horas descendimos de nuestra elevada montaña, y llegamos una vez más a la orilla del río, donde éste corría velozmente, y en algunos lugares rompiéndose en raudales. Seguimos caminando como una hora, elevándonos otra vez varios millares depies. A las dos de la tarde llegamos al pueblo de San Pablo, situado sobre una elevada meseta, mirando hacia el río, con su perspectiva limitada por las montañas de Vera Paz. La iglesia estaba situada en la entrada del pueblo. Soltamos nuestras mulas para que pastaran y tomamos nuestra comida en el portal. Era esta una bella posición, y dos cascadas, brillantes como regueros de plata sobre la falda de la montaña en lontananza, nos trajeron a la memoria las cascadas de Suiza.

Por medio del **alcalde** conseguimos un guía para conducirnos a Zacapa; y, reanudando nuestra jornada, durante dos horas más tuvimos a nuestra derecha la misma vasta extensión. El sol estaba nublado, pero ocasionalmente aparecía y alumbraba las faldas de las montañas, mientras las cimas se encontraban cubiertas de nubes. A las cuatro de la tarde tuvimos una vista lejana del gran llano de Zacapa, limitado hacia el lado opuesto por un cinturón tringular de montañas, a cuyo pie estaba situada la ciudad. Descendimos y cruzamos la planicie que estaba verde y bien cultivada; y vadeando una corriente, subimos por una áspera ribera y entramos en la población.

Esta era con mucho la mejor que habíamos visto. Las calles estaban bien ordenadas y las casas repelladas y blanqueadas, con grandes ventanas con balcones y corredores. La iglesia era de doscientos cincuenta pies de largo, con muros de diez pies de esposor, y una sastrería, y el otro estaba destechado. En una esquina había un campanario, formado por cuatro rudos troncos de árboles que soportaban un puntiagudo techo cubierto con tejas. Dos campanas estaban suspendida de una tosca viga; y, cuando pasábamos, un indio medio desnudo se encontraba parado sobre una plataforma en la parte inferior, llamando a vísperas.

Nos encaminamos a casa de don Mariano Duarte, una de las más grandes y mejores del lugar, como de cien pies de frente, y con un corredor que se extendía a todo el largo, pavimentado con piedras cuadradas. La puerta fue abierta por un negro de Santo Domingo, de respetable apariencia, quien nos dijo, en francés, que el Sr. Duarte se encontraba ausente, pero que la casa estaba a nuestra disposición; y dando la vuelta a una **porte cohere** al costado, nos dio entrada a un amplio patio ornamentado con árboles y flores en uno de cuyos lados había una **caballería** o estable. Dejamos nuestras mulas en manos de los criados, y entramos en la sala o salón de recepción que ocupaba casi todo el frente, con grandes ventanas que llegaban hasta el piso y balcones de hierro, amueblada con mesas, un armario europeo y sillas. Del centro de la sala y de las ventanas pendían jaulas, primorosamente hechas y doradas, conteniendo bellos pájaros cantores del país, y dos preciosos canarios de La Habana. Era esta la residencia de dos hermanos solteros, quienes, condolidos de las necesidades de los viajeros en un país enteramente destituido de hoteles, mantenían siempre una puerta abierta para su comodidad. Teníamos candelas encendidas, y estábamos como en nuestra casa. Me hallaba yo sentado frente a una mesa escribiendo, cuando oímos afuera el tropel de unas mulas, y entró un caballero, se quitó la espada y las espuelas, y puso sus pistolas sobre la mesa. Suponiendo que sería un viajero como nosotros, le rogué que se sentara; y cuando se sirvió la cena, le invité para acompañarnos. No fué sino hasta la hora de dormir cuando supimos que estábamos haciendo los honores a uno de los dueños de la casa. El debe haber pensado que nosotros éramos muy fríos, pero yo me lisonjeo que no tendría razón para quejarse de ninguna falta de atención.

CAPITULO 4

COMPRANDO UNA BRIDA.—UNA ESCUELA Y SUS REGLAMENTOS.—CONVERSACION CON UN INDIO.—TRADUCCION ESPAÑOLA DE "EL ESPIA".—CHIQUIMULA.—UNA IGLESIA EN RUINAS.—UN VETERANO DEL IMPERIO FRANCES.—SAN ESTEBAN.—UNA TIERRA DE MONTAÑAS.—LANCE CON UN ARRIERO.—UN PUEBLO DESIERTO.—RUDO ASALTO.—ARRESTO.—PRISION.—LIBERTAD.

Al día siguiente nos vimos obligados a esperar a nuestro arriero. Nuestro guía de la noche anterior se había robado una de nuestras bridas; y aquí encontramos el principio de una molestia que nos acompañó por todo Centro América, por la dificultad de comprar alguna cosa ya hecha. Había un herrero que tenía un freno a medio hacer, pero no tenía el carbón suficiente para terminarlo. Afortunadamente, durante el día llegó un indio con una carga, y el freno quedó concluido. La cabezada se la compramos a un talabartero, y las riendas, que eran de cuero trenzado como la punta de un chicote, fuimos bastante afortunados de obtenerlas ya hechas. La llegada del carbón facilitó al herrero el proveernos de un par de espuelas.

En acapa, por primera vez, vimos una casa para escuela. Era ésta un edificio de aspecto respetable, con columnas al frente, y pegado a la pared un gran cartel, encabezado así:

"1er. Decurión (un estudiante que estaba al cuidado de diez de sus compañeros). 2º Decurión".

MONITOR, &c.

"Reglamento interior para el buen gobierno de la escuela de primeras letras de esta población, que debe ser observado estrictamente por todos los niños que la componen", &c.,

Con una larga lista de complicados artículos, declarando los premios y castigos. La escuela para cuyo gobierno se habían dado estos reglamentos, se componía de cinco muchachos, dos además de los decuriones y el monitor. Era casi medio día, y el maestro, que era secretario del ALCALDE aún no había aparecido. Los únicos libros que yo ví fueron un devocionario católico y una traducción del ESPIRITU DE LAS LEYES de Montesquieu. Los muchachos eran chicuelos bien parecidos, medio blancos; y con uno de ellos hicimos un ensayo de sumar, y después de escritura, en el que se mostró muy adelantado, escribiendo en español, con una letra que no podía ser confundida, "Deme un real".

Nos encontrábamos algo indecisos sobre lo que

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

deberíamos hacer, pero en la tarde nuestro hospedador llamó a un indio con el propósito de facilitarnos la hechura de un vocabulario de palabras indígenas. La primera pregunta que le hice fué el nombre de Dios, a la cual respondió, SANTISIMA TRINIDAD. Por medio de nuestro hospedador le expliqué que yo no deseaba el nombre en español, sino en lengua indígena, y contestó como antes, SANTISIMA TRINIDAD o DIOS Formulé mi pregunta de diferentes modos, pero no pude obtener otra respuesta. El pertenecía a una tribu llamada CHINAUTE, y la inferencia fué, que, o ellos nunca habían tenido conocimiento de algún Gran Espíritu que gobierno y dirige el universo, o que habían sufrido tan completo cambio en materia de religión que habían olvidado su propio nombre para la Divinidad.

Por la tarde la población se puso en movimiento con la llegada de un destacamento de soldados de Carrera, que se dirigía a Yzabal para recibir y escoltar un compra de mosquetes. La casa de nuestro amigo era un punto de reunión para los residentes, y, como de costumbre, la conversación giró sobre el estado revolucionario del país. Algunos de ellos, tan pronto como supieron mi carácter oficial, se mostraban inquietos por mi ida directa a San Salvador, el cuartel general de Morazán o del partido federal, y me aseguraban que el camino para Guatemala se encontraba ocupado por las tropas de Carrera, siendo peligroso el pasar por él. Yo conocía demasiado el efecto del espíritu partidarista para prestar implícita fe a lo que los partidarios me decían y procuraba dar otro giro a la conversación. Nuestro hospedero me preguntó si habíamos tenido algunas guerras en mi país, diciendo que él sabía que habíamos tenido una revolución porque había leído LA HISTORIA DE LA REVOLUCION DE LOS ESTADOS UNIDOS DEL NORTE en cuatro tomos, en la que el General Washington aparecía bajo el nombre de Harper, y Jack Lawton y el Dr Sitgreaves eran dos de los principales personajes; de donde yo deduce. lo que talvez será nuevo para algunos de mis lectores, que en la traducción española del cuento de "El Espía" se llama HISTORIA DE LA REVOLUCION AMERICANA.

Nuestro arriero no apareció sino hasta el día siguiente fuera de tiempo. Mientras tanto, yo había tenido oportunidad de adquirir mucha información acerca de los caminos y del estado del país; y, estando satisfecho que. en lo relativo a mi misión, no era necesario proseguir inmediatamente para Guatemala y, en efecto, que era mejor esperar un poco y ver el resultado de las convulsiones que por entonces perturbaban al país, determinamos visitar Copán. Esta se encontraba enteramente fuera de la ruta, y, aunque a una distancia de pocos días de camino en una región del país poco conocida, aun en Zacapa; pero nuestro arriero dijo que él conocía el camino, e hizo un contrato para conducirnos allá en tres días, arreglando de antemano las diferentes jornadas, y desde allí directamente a Guatemala.

A las siete de la mañana siguiente partimos. Aunque nuestro equipaje estaba mal empacado para viajar a lomo de mula sobre un país montañoso —difícil para cargarlo y fácil de caer;— y, para cuidar de esto, no teníamos sino un par de espuelas entre los dos. En una hora vadeamos el Motagua, todavía un ancho río. profundo y con una rápida corriente; y el salir de allí con los pies y las piernas mojadas disminuyó en algo la pesadumbre con que nos despedimos por algún tiempo del hermoso río. Durante una hora larga continuamos sobre el llano de Zacapa, cultivado para maíz y cochinilla, y dividido por setos de arbustos y cactus. Más adelante, el terreno se tornó quebrado, árido y estéril, y muy pronto comenzamos el ascenso de una escarpada montaña. A las dos horas llegamos a la cumbre, a tres o cuatro mil pies de elevación, y, mirando hacia atrás tuvimos una hermosa perspectiva del llano y del pueblo de Zacapa. Atravesamos la serranía, llegamos a una alta y precipitada estribación, y muy pronto divisamos ante nosotros otro extenso llano, y, allá a lo dejos, la población de Chiquimula, con su gigantesca iglesia A cada lado había inmensos barrancos, y las alturas opuestas se encontraban cubiertas con mimosas de color rosa y pálido. Descendíamos por una larga y serpenteante vereda, y llegamos a la planicie, sobre la cual crecían el maíz, la cochinilla y el plátano. Una vez más vadeando una corriente, subimos a la orilla y a las dos de la tarde entramos a Chiquimula, al cabecera del departamento del mismo nombre. En el centro de la plaza había una hermosa fuente, sombreada por palmeras, en la que las mujeres llenaban sus cántaros, y a los lados estaban la iglesia y el CABILDO. En una esquina había una casa, hacia la cual fuimos atraídos por la apariencia de una mujer en la puerta. Yo puedo llamarle dama, porque vestía una bata no abierta por detrás, zapatos y mdeias, y tenía una cara interesante, morena, y de cejas primorosamente dibujadas. Para realzar el efecto de su apariencia, ello nos dió una cordial bienvenida a su casa, y a los pocos minutos se amontonaba bajo el cobertizo nuestro variado equipaje.

Después de una ligera merienda tomamos nuestras armas de fuego, y, encaminándonos hacia abajo hasta la orilla de la meseta, vimos, lo que nos había llamado la atención desde una gran distancia: una gigantesca iglesia en ruinas. Tenía setenticinco pies de frente y doscientos cincuenta de fondo, siendo los muros de diez pies de espesor. La fachada estaba adornada con ornamenos e imágenes de santos, más grandes que lo natural. El techo se había caído, y en el interior había grandes masas de piedra y argamasa, y una espes vegetación de árboles. Fué edificada por los españoles en el sitio del antiguo pueblo indígena; pero habiendo sido dos veces destrozada por los terremotos, sus habitantes la abandonaron, edificando el pueblo donde ahora existe. El pueblo arruinado se utilazaba actualmente como CAMPO SANTO, o cementerio; adentro de la iglesia se encontraban las tumbas de los principales habitantes y, en los nichos del muro estaban los restos de los sacerdotes y monjes, con sus nombres escritos abajo. Del lado de afuera estaban las tumbas de la gente común, desatendidas y descuidadas, con las angarillas de palos amarrados que habían llevado el cuerpo a la sepultura colocadas encima. y ligeramente cubiertas con tierra. Los cuerpos se habían podrido, la tierra estaba hundida y los sepulcros abiertos En derredor de esta escena de desolación y muerte, la naturaleza se encontraba excesivamente bella; el campo estaba cubierto de flores, y los loros en cada árbol o arbusto, volando en bandadas sobre nuestras cabezas, jugueteando en alegría de colores, con insensato parloteo perturbaban el silencio de la tumba.

Regresamos a la población y encontramos como a mil doscientos soldados formados en la plaza para la revista de la tarde. Su aspecto era feroz como de bandidos, y sentíase alivio al ver a los reos atisbando por las rejas de la cárcel, y andando encadenados por la plaza, pues esto daba una idea que algunas veces los crímenes se castigaban. Con toda su ferocidad de apariencia, los oficiales, montados sobre mulas cerreras o caballos muy pequeños, casi ocultos por el mantillón y la armadura, gastaban un aire rayano en heroísmo falso. Mientras nosotros los mirábamos, el General Cáscara, comandante del departamento. llegó a las filas a caballo, acompañado de un asistente. El era un italiano, de más de sesenta años. que había servido bjo ls órdenes de Napoleón en Italia, y que a la caída del emperador había huído a Centro América. Desterrado por Morazán, después de ocho años de ostracismo, hacía poco tiempo que había regresado al país habiendo sido designado seis meses antes para esta comandancia. Era pálido como un muerto. y evidentemente delicado de salud; y no pude sino pensar en que, si los

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

recuerdos de la pompa de la guerra a las órdenes del emperador cruzaban siempre por su imaginación, él debería abochornarse de su descalzo destacamento.

Regresó a su domicilio, adonde nosotros le seguimos y le presentamos nuestro pasaporte. Lo mismo que el comandante de Yzabal, parecía descontento, y habló mucho de la perturbada condición del país. No estaba satisfecho, además, con la ruta que yo pensaba tomar; y aunque le dije que era únicamente para visitar las ruinas de Copán, se encontraba evidentemente receloso de que yo intentara ir a San Salvador a presentar mis credenciales al gobierno federal. Sin embargo, visó el pasaporte como yo lo quería; aunque después que salimos, llamó a Agustín y le interrogó minuciosamente con respecto a nuestros propósitos. Yo estaba indignado, pero demor mis sentimientos en consideración a la trastornada situación del país, y a la partida de vida o muerte que por entonces se jugaba en todo el territorio.

Volvimos a la casa con la interesante señora que nos dió la bienvenida en ella. Aún no sabíamos si era SEÑORA o SEÑORITA; pero, desafortunadamente, encontramos que un hombre que suponíamos ser su padre, era su esposo. Cuando la interrogamos acerca de un simpático muchacho de diez años de edad, que supusimos que era su hermano, nos respondió, "ES MIO"; y, como si estuviese decretando que el encanto de su apariencia se interrumpiera, cuando, de acuerdo con las reglas de cortesía, le ofrecí para que escogiera un cigarro y un PURO aceptó el segundo. Pero hacía tanto tiempo que yo no había visto una mujer que fuera del todo atractiva, y su rostro era tan interesante, sus modales tan bondadosos, su voz tan dulce, las palabras españolas fluían tan perfectamente de sus labios, y su bata la tenía tan bien tallda por detrás que a pesar del muchacho de diez abos y del PURO, me adherí a mis primeras impresiones.

A la mañana siguiente nos levantamos temprano. Nuestra interesante hospedadora y su paternal marido se habían levantado con tiempo para atendernos. Hubiera sido una ofensa a las leyes de la hospitalidad el ofrecerles dinero; pero Mr. C. le dio al muchacho un cortaplumas, y yo puse en el dedo de la SEÑORA un anillo de oro, con la inscripción 'Souvenir d' amiti". Estaba en francés, y su esposo no pudo entenderla, y desgraciadamente, ella tampoco.

A las siete de la mañana emprendimos la marcha Pasando por la iglesia en ruinas y la antigua población caminamos sobre un fértil valle tan bien cultivado con maíz que él nos dió la clave de la pregunta del muchacho: que si habíamos llegado a Chiquimula a comprar maíz. A una legua de distancia llegamos al pueblo de San Esteban, donde en medio de una miserable colección de chozas techadas con paja, se hallaba una gigantesca iglesia, como la de Chiquimula, sin techo, y convertida en ruinas. Nos encontrábamos ahora en una región que hapía sido azotara por la guerra civil. Un año antes el pueblo había sido desolado por las tropas de Morazán.

Pasando la población, llegamos a la orilla de un arroyo, dividido en algunos lugares en ramales para irrigar la tierra; y hacia el otro lado del arroyo se enyo, se encontraba una cadena de elevadas montañas. Siguiendo a lo largo de él, encontramos a un indio, quien informó a nuestro arirero que el CAMINO REAL para Copán quedado del otro lado del río, y a través de montañas. Regresamos y vadeamos la corriente; una gran parte del lecho estaba seco, y caminamos a lo largo de él por algún tiempo, pero no pudimos encontrar un paso que nos guiase a la montaña. Por fin descubrimos uno, pero resultó ser una senda de ganado, y andorreamos por más de una hora antes de dar con el CAMINO REAL; y este real camino era, apénas un rastro por el que una sola mula podía trepar. Era evidente que nuestro arriero no conocía el camino, y la región en que íbamos entrando era tan de sierta que tuvimos algunas dudas sobre si deberíamos seguirle. A las once alcanzamos la cumbre de la montaña, y, mirando hacia atrás, vimos a gran distancia, y a lo lejos abajo de nosotros, la población de Chiquimula; a la derecha, arriba del valle, el pueblo de Santa Elena; y, elevándose sobre unas cuantas chozas de paja, otra gigantesca y destechada iglesia. A cada lado había montañas todavía más elevadas que la nuestra, algunas sublimes y tétricas, con sus cimas sepultadas en las nubes; otras en forma de conos y pirámides, oían salvajes y fantásticas que parecían retozando con los cielos, y yo casi deseaba tener alas para volar y descansar sobre sus cimas. Aquí, sobre alturas en apariencia inaccesibles, vimos la solitaria choza de un junco, con su MILPA o pedazo de terreno sembrado de maíz. Las nubes se condesaron alrededor de las montañas, y durante una hora caminamos bajo la lluvia; cuando reapareció el sol divisamos las cumbres de los cerros todavía elevándose sobre nosotros, y a nuestra derecha, allá abajo a lo lejos, un profundo valle. Descendimos y lo hallamos más angosto y más bello que ninguno de los que habíamos visto circundado por filas de montañas de varios miles de pies de elevación, y teniendo a su izquierda una extensión de extraordinaria hermosura, con un rojo terreno de piedra arenisca, sin ningún arbusto ni maleza, y cubierto de pinos gigantescos. Al frente, elevándose por encima de las miserables chozas de la aldea, y en apariencia montada sobre el valle, estaba la enorme iglesia de San Juan de la Ermita, recordándome la iglesia de San Juan en el desierto de Judea, pero en situación aún más hermosa. A las dos de la tarde atravesamos la corriente y entramos en la aldea. Enfrente de la iglesia el arriero nos dijo que el día de trabajo había terminado, pero, con todas nuestras fatigas, habríamos hecho solamente quince millas, y no estábamos dispuestos a parar tan pronto. La excesiva belleza del lugar pudo habernos tentado, pero la única choza bien repellada se encontraba ocupada por una banda de rufianes y soldados, y seguimos adelante. El arriero nos siguió echando pestes y desahogaba su rencor azotando a las mulas. De nuevo cruzamos la corriente, y, siguiendo valle arriba a lo largo del seco lecho, que presentaba señales de la inundación que lo anegaba en la estación lluviosa, en una hora lo atravesamos media docena de veces. Pesadas nubes descansaban sobre los cerros, y nos llovió otra vez. A las cuatro de la tarde divisamos sobre una elevada meseta el pueblo de HACOTAN, con otra enorme iglesia. De acuerdo con la ruta convenida con el arriero, este debía ser el final de nuestra primera jornada. Se nos había advertido que el CURA podía darnos mucha información acerca de las ruinas de Copán, y le dijimos que atravesara el pueblo y se detuviera allí; pero él no quiso, y arreando las mulas, añadió que así como nosotros no habíamos querido parar cuando él lo deseaba, ahora no se detendría por nosotros. Yo no pude hacer andar a mi mula más de lo natural, e, incapaz de alcanzarlo, salté a tierra y corrí tras él a pie. Accidentalmente llevé la mano a mis pistolas para asegurarlas en el cinto, y él retrocedió desenvainando su MACHETE. Tuvimos una discusión. Dijo él que si nos íbamos allí, no podríamos llegar a Copán al siguiente día, así que, deseando evitar un conflicto, y no queriendo dejarle excusa para faltar, seguimos adelante.

A las seis de la tarde nos elevábamos sobre una hermosa meseta, en la que se encontraba otra gigantesca iglesia. Era la séptima que habíamos visto en aquel día, y, llegando a ellas en una región desolada, y por senderos de montaña que manos humanas nunca intentaron mejorar, su colosal grandeza y suntuosidad era alarmante y daba la evidencia de un pueblo que retrocedía y expiraba. Esta se erguía en un paraje más desolado que ninguno de los que ya habíamos visto. La yerba estaba verde, el césped sin señales ni siquiera del paso de una mula, no se divisaba un ser humano, y ni en las rejas de la cárcel había al-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

guien mirándonos tras ella. Era ésta, en efecto, la imagen de un pueblo desierto. Nos dirigimos al CABILDO, cuya puerta se encontraba cerrada y el soportal empalizado, probablemente para evitar la entrada del ganado disperso. Arrancamos la cerradura, rompimos la puerta para abrirla, y descagando las mulas mandamos a Agustín en busca de víveres y forraje. Al cabo de media hora regreso con un huevo, que fue todo lo que pudo conseguir; pero él había excitado al pueblo, y el ALCALDE un indio con bastón de pomo de plata, y varios alguaciles con largas y delgadas varas o insignias de autoridad, llegaron a examinarnos. Nosotris les mostramos nuestro pasaporte, y les dijimos adonde íbamos, a lo cual, con su característica y habitual indiferencia, no manifestaron sorpresa. No pudieron leer el pasaporte, pero examinaron el sello y nos lo devolvieron. Les pedimos que nos proporcionaran huevos, gallinas, leche, etc., a todo lo cual contestaban, lo que después nos fue muy familiar, "NO HAY" y a los pocos minutos se retiraron dejándonos al cuidado de nosotros mismos.

El cabildo tenía como cuarenta pies de largo por veinte de ancho, con paredes enyesadas; su mobiliario se componía de una mesa larga y dos bancos de alto respaldo, y el alcalde nos envió un jarro de agua. Denostamos al arriero por detenerse en un lugar donde no podíamos conseguir nada para comer, y compusimos nuestra comida y cena con pan y chocolate, teniendo cuidado de no darle a él nada. Había clavos en las paredes para colgar las hamacas, y al anochecer nos preparamos para dormir. Mr. C. estaba en su hamaca, y yo me encontraba medio desvestido, cuando la puerta fué repentinamente abierta con violencia, y veinticinco o treinta hombres se precipitaron al interior, el alcalde, los alguaciles, soldados, indios y mestizos, individuos trapientos y de aspecto feroz, armados con varas de servicio, espadas, garrotes, mosquetes y MACHETES y con rajas de pino encendidas. A la cabeza de ellos estaba un oficial como de veintiocho a treinta años de edad, con sombrero glaseado y espada, y de expresión inteligente y malvada, quien más tarde supimos que era capitán de una de una de las compañías de Carrera. El alcalde evidentemente estaba ebrie, y dijo que quería ver mi pasaporte otra vez. Se lo dí y él lo puso en manos del joven oficial, quien lo examinó y dijo que no era válido. Mientras tanto Mr Catherwood y yo nos habíamos vestido. Yo no era muy versado en la lengua española, y, por medio de Agustín, manifesté mi carácter oficial, señalando especialmente la autorización del Comandante Peñol y del General Cáscara. El no prestó atención a mis explicaciones; el alcalde dijo que ya antes había visto un pasaporte, y que estaba impreso, y en un pequeño pedazo de papel no más grande que su mano; mientras que el mío era el que me había dado el gobierno en una hoja en cuarto. A más de esto, ellos dijeron que el sello del General Cáscara era sólo del departamento de Chiquimula, y que éste debía ser el del Estado de Guatimala. Yo hice todo lo posible para demostrar la insuficiencia de estas objeciones; mas, después de una acalorada discusión, el joven nos manifestó que no proseguiríamos nuestro viaje, sino que deberíamos quedarnos en Comotán hasta que se pudieran enviar informes a Chiquimula, y se recibiesen órdenes de aquella plaza. Nosotros no estábamos dispuestos a permanecer en tales manos; los amenazamos con las consecuencias de poner obstáculos en nuestro camino; y por último dije yo que, antes que ser detenido allí con pérdida de tiempo, abandonaría por completo mi viaje a Copán, y regresaría por el camino por donde había llegado; pero ambos, el oficial y el alcalde, dijeron perentoriamente que no saldríamos de Comotán.

En seguida el joven me dijo que le entregara mi pasaporte. Le respondí que el pasaporte me había sido dado por mi propio gobierno; que él evidenciaba mi carácter oficial, necesario para mi seguridad personal, y que yo no lo entregaría. Mr. Catherwool hizo una docta exposición de las leyes internacionales, de los privilegios de un embajador, y del peligro que podría acarrearles la venganza del gobierno DEL NORTE lo cual yo sostuve con algún calor, pero todo fue inútil. Por fin yo le dije una vez más que no le entregaría mi pasaporte, pero le ofrecí llevarlo yo mismo, bajo la custodia de soldados, a Chiquimula, o a cualquier otra parte que quisieran enviarlo; él respondió con insolencia que nosotros no iríamos a Chiquimula ni a ningún otro lugar; ha para adelante ni para atrás; que deberíamos permanecer donde estábamos y entregar el pasaporte. Reconociendo que los argumentos y las objeciones eran ineficaces, coloqué el papel debajo de mi chaleco, me abotoné bien la chaqueta en medio del pecho, y le dije que debería tomarlo por la fuerza; y el oficial con un destello de satisfación que cruzó por su villano rostro, respondió que así lo haría. Yo añadí que, cualquiera que fuera el resultado inmediato, a la postre sería fatal para ellos; a lo que contestó, con desprecio, que ellos correran el riesgo. Durante todo ese tiempo, la banda de cobardes rufianes estuvo con las manos en la empuñadura de sus espadas y machetes, y dos bribones con aspecto de asesinos sentados sobre un banco con sus mosquetes contra el hombro, y la boca de sus cañones apuntándome a tres pies de distancia del pecho. Si hubiéramos tenido más tiempo de estar en el país habríamos estado más alarmados; pero como todavía no conocíamos el carácter sanguinario del pueblo, y todos los procedimientos eran tan ofensivos e insultantes, sublevaron nuestra indignación más que nuestros temores. Agustín, quien, desde que había sufrido una herida de machete en la cabeza, que no lo mató, era siempre belicoso, me suplicaba en francés que ordenase el hacer fuego, diciéndome que una descarga los dispersaría a todos. Teníamos once cargas, todas seguras; estábamos excitados, y, si el mismo joven hubiera puesto las manos sobre mí, pienso que lo habría derribado en tierra por lo menos; pero, muy afortunadamente, antes que él hubiese tenido tiempo de dar sus órdenes para caer sobre nosotros un hombre que entró después de los demás, de mejor clase, con sombrero glaseado y chaqueta, paróse adelante y pidió ver el pasaporte. Yo estaba determinado a no soltarlo de mis manos y lo tuve en alto frente a la luz de una raja de pino mientras él lo leía, y, a petición de Mr. Catherwood, en voz alta.

Desde entonces he dudado si aun el oficial lo habría leído, o, de ser así, si él habría comunicado su contenido, porque produjo efecto sobre el alcalde y sus alguaciles; y, después de algunos momentos de ansiosa expectación para nosotros, se abstuvieron de ejecutar sus amenazas, pero dijeron que debíamos permanecer bajo custodia. Pedí un expreso, para llevar inmediatamente una carta al General Cáscara, lo cual rehusaron; pero, a mi ofrecimiento de pagar el costo de dicho expreso, el alcalde me prometió enviarlo. Sabiendo que el General Cáscara era italiano, y temeroso de confiar en mi español, escribó una nota, que Mr. C. tradujo al italiano, informándole de nuestro arresto y de nuestra prisión; que había exhibido mi pasaporte especial de mi propio gobierno al alcalde y a los soldados que nos arrestaron, con las firmas del Comandante Peñol y la de él, que daban fe de mi carácter oficial, las que no se juzgaron suficientes; pedía ser puesto en libertad inmediatamente, y que se nos permitiera seguir nuestro viaje sin ulteriores molestias; y agregando, por supuesto, que manifestaríamos al gobierno de Guatemala, y también al mío, la manera en que habíamos sido tratados. Para darle mayor importancia, Mr. Catherwood firmó la nota como secretario; y, no llevando yo conmigo el sello oficial, la sellamos, sin que nadie lo viera, con un medio dólar americano nuevo, y se la dimos al alcalde. El águila extendía sus alas, y las estrellas res-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

plandecían a la luz de la antorcha. Todos se juntaron alrededor para examinarla, y retirándose, nos dejaron encerrados en el cabildo, apostaron doce hombres en la puerta con espaads, mosquetes y machetes y al partir, el oficial dijo al acade que si escapábamos durante la noche, su cabeza respondería por nosotros.

Pasaba la excitación, Mr. C. y yo quedamos exhaustos. Habíamos tenido un bello principio de nuestros viajes; no más que un mes fuera de la patria, y en manos de hobres que habrían sido arrojados de cualquier decente prisión de estado por temor de que contaminasen a los pensionistas. Una espiada a nuestros simpáticos guardianes no nos alentó. Estaban sentados bajo el cobertizo, directamente al frente de la puerta, alrededor de una fogata, con sus armas al alcance y fumando cigarros. Todos sus vestidos en conjunto no valían un par de botas viejas; y con sus harapos, sus armas y sus morenas caras enrojecidas por la luz del fuego, su aspecto era feroz; y, no hay duda, si hubiésemos intentado escapar, habrían sido felices de tener la excusa para asesinarnos. Abrimos una cesta de vino con que el Coronel M'Donald nos había proveído y bebimos a su salud. Estábamos relevados de inmediatos temores, pero nuestras perspectivas no eran agradables; y asegurando la puerta por dentro lo mejor que pudimos, de nuevo acudimos a nuestras hamacas.

Durante la noche, la puerta fué violentamente abierta otra vez, y toda la banda de rufianes penetró como antes, con espadas, mosquetes y machetes, y rajas de pino encendidas. Al instante nos pusimos en pie, y una rápida impresión fué que legaban para apoderarse del pasaporte; mas, para nuestro sorpresa, el alcalde devolviéndome la carta con el gran sello, dijo que era inútil enviarla, y que quedábamos en libertad para proseguir nuestro viaje cuando quisiéramos

Nos encontrábamos demasiado contentos para hacer ninguna pregunta, y hasta este día ignoramos por qué fuimos arrestados. Mi creencia es, que si nosotros hubiéramos perdido el valor por completo, y no hubiéramos mantenido un tono arogante y amenazador hasta el fin, no habríamos sido puestos en libertad, y yo no dudo que el sello grande hizo mucho en nuestro favor. No obstante, nuestra indignación no era menos fuerte para que nos considerásemos relevados de manifestarla Insistimos en que el asunto no debería terminar aquí, y que la carta debía ser enviada al General Cáscara. El alcalde objetó; pero le dijimos que si no la remitía, sería peor para él; y, después de alguna demora, la metió en las manos de un indio, y lo lanzó hacia fuera con su vara; a los pocos minutos retiraron la guardia y todos ellos nos dejaron.

Ya estaba casi amaneciendo, y no sabíamos qué hacer; continuar era exponernos a una repetición del mismo tratamiento, y quizá, a meidda que avanzáramos hacia el interior, con peores resultados. Indecisos, por la tercera vez volvimos a nuestras hamacas. En pleno día fuimos otra vez levantados por el alcalde y sus alguaciles, pero ahora venían ellos a hacernos una visita de ceremonia. Los soldados que accidentalmente habían pasado por el pueblo, y que ocasionaron todo el alboroto, se habían ido. Después de alguna deliberación determinamos seguir; y, encargando de nuevo al alcalde lo relativo a a carta para el General Cáscara, le volvimos la espalda a él y a sus alguaciles. A los pocos minutos todos ellos se retiraron. Tomamos una taza de chocolate, cargamos nuestras mulas, y, cuando salimos, el lugar estaba tan desolado como cuando llegamos. Ni una sola persona había estado allí para darnos la bienvenida, y nadie había tampoco para decirnos adiós.

CAPITULO 5

UN ENTIERRO INDIGENA. — EL RIO COPAN. — MUJER BONDADOSA. — LA HACIENDA DE SAN ANTONIO. — EXTRAÑAS COSTUMBRES. — UNA MONTAÑA DE ALOES. — EL ESTADO DE HONDURAS. LA ALDEA DE COPAN. — UN HOSPEDADERO DES CORTES. — LA MURALLA DE COPAN.— HISTORIA DE COPAN. — PRIMERA VISTA DE LAS RUINAS. — VANAS ESPECULACIONES. — PETICION DE MEDICINAS. — EN BUSCA DE UNA HABITACION. — UNA MUJER ENFERMA. — MAJADERIAS DE UN ARRIERO. — UNA SITUACION DESAGRADABLE. — TEMPESTAD DE TRUENOS. — PROYECTANDO LA COMPRA DE COPAN.

Apartándonos de la iglesia, pasamos la cumbre de una colina, detrás de la cual había una colección de chozas casi escondidas a la vista, y ocupadas por nuestros amigos de la noche anterior. Muy pronto empezamos a subir una montaña. A corta distancia nos encontramos con un cadáver conducido sobre un tosco fé retro de palos, en hombros de unos indios desnudos, salvo una tira de tela de algodón sobre los hijares, y sacudiéndose solemnemente con los movimientos de sus portadores. Luego después encontramos otro, llevado de la misma manera, pero envuelto en petate y acompañado por tres o cuatro hombres y una muchacha. Ambos iban en camino para el cementerio de la iglesia del lugar. Ascendiendo, llegamos a la cumbre de la montaña, y miramos atrás de nosotros un hermoso valle extendiéndose hacia Hocotán, pero todo baldío, inspirando un sentimiento de pesar el que tan bello país estuviera en manos tan infelices.

A las doce y media del día descendimos a las márgenes del Río Copán. Era ancho y rápido, y en medio tenía una gran barra de arena. Tuvimos dificultad en vadearlo; y parte del equipaje, especialmente las camas y ropa de dormir, se mojaron. Del lado opuesto de nuevo comenzamos a subir otra elevación, y desde la cumbre divisamos el río serpenteando por el valle. Cuando cruzábamos, por una vuelta repentina, corría a lo largo de la base, y lo miramos directamente abajo de nosotros. Descendiendo de esta montaña, llegamos a un hermoso arroyo, donde una india canada y una linda muchachita, emblemas de la juventud y de la vejez, estaban lavando ropa. Nos apeamos y nos sentamos a la orilla del río para esperar al arriero. Me olvidaba mencionar que él tenía consigo un muchacho como de trece a catorce años, bien parecido mozalbete, a quien había impuesto lo más pesado del trabajo, el de perseguir a las mulas, y que realmente parecía, como el perro del Barón Munchausen, en peligro de quedarse sin piernas de tanto correr.

Nuestro desagrado con el arriero no había terminado, y al principio le atribuimos a él alguna parte de nuestras molestias en Comotán. De todas maneras, si no hubiera sido por él no nos habríamos detenido allí. Todo el día había estado especialmente furioso con las mulas, y ellas particularmente perversas, y ahora se habían descarriado; y hacía una hora que estábamos oyendo su rencorosa voz, llenándolas de maldiciones. Montamos de nuevo y a las cuatro de la tarde, divisamos a algunas distancia una **hacienda**, al lado opuesto de un valle. Estaba solitaria y prometía un tranquilo sitio de descanso para la noche. Nos desviamos del **camino real** hacia una rústica vereda, pedregosa y cubierta de breñas, y tan escarpada que nos vimos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

obligados a desmontar, echando a las mulas por delante, y agarrándonos de las matas para bajar. Al pie de la loma montamos y atravesamos un arroyo, donde un pequeño muchacho, que jugaba en el agua, me saludó cruzando los brazos sobre el pecho, y en seguida pasó con Mr. Catherwood. Este era un buen agüero; y, mientras trepábamos por una escarpada colina, sentí que aquí, en este solitario paraje, lejos de los lugares frecuentados por el hombre, deberíamos hallar benevolencia. En la cumbre de la colina una mujer, con un niño desnudo en los brazos y con la cara sonriente, estaba observando nuestro penoso ascenso; y cuando le preguntamos si podríamos tener posada allí, ella respondió, con la más afectuosa frase del país y con una cara que demostraba aún mejor acogida que sus palabras, "¿cómo non?" ("¿por qué no?") y al ver que nuestro criado llevaba piñas en sus alforjas, preguntó por qué las había traído, y si no sabía que ella tenía muchas.

La situación de la hacienda de San Antonio era agrestemente hermosa. Tenía un claro para el corral del ganado, una plantación de maíz, tabaco y plátanos, y la abertura proporcionaba una vista de las elevadas montañas que la rodeaban. La casa estaba construida de palos repellados con lodo, y junto a la pared enfrente de la puerta había una imagen del Salvador en la cruz, sobre una tela blanca de algodón suspendida y rodeada de ofrendas votivas. La criatura desnuda que la madre llevaba en los brazos se llamaba María de los Angeles. Mientras preparaban la cena llegó el dueño de la casa, un moreno de torvo ceño, con un sombrero de ala ancha y grandes patillas, y montado en un poderoso potro que ahora estaba domando en los caminos de la montaña; cuando él supo que nosotros éramos extranjeros que pedíamos hospitalidad, sus ásperas facciones se ablandaron, y repitió la bienvenida que la mujer nos había dado.

Desgraciadamente, el muchacho del arriero se puso muy enfermo; su patrón no le prestaba atención, y, mientras el pobre chico se quejaba con una violenta fiebre, él comía con perfecta indiferencia. Nosotros le arreglamos una confortable cama en el corredor, y Mr. Catherwood le dio una dosis de medicamento. Nuestra noche pasó muy diferentemente de la anterior. Nuestro hospedador y hospedadora eran una benévola y sencilla pareja. Era esta la primera vez que se encontraban con hombres de otro país, y hacían muchas preguntas, y examinaban nuestros pequeños aparatos de viaje, particularmente nuestras copas plateadas, cuchillos, tenedores y cucharas; les mostramos nuestros relojes, brújula, sextante, cronómetro, termómetro, telescopio, etc., y la mujer con gran discernimiento, dijo que nosotros debíamos ser muy ricos, y que teníamos **"muchos idées"** ("muchas ideas"). Nos preguntaron acerca de nuestras esposas, y supimos que nuestro cándido hospedador tenía dos, que una de ellas vivía en Hocotán, y que él pasaba alternativamente una semana con cada una. Le dijimos que en Inglaterra él sería deportado, y en el Norte prisionero toda la vida por tales indulgencias, a lo cual respondió que esos eran países bárbaros; y la mujer, aunque pensaba que un hombre debía contentarse con una, dijo que no era **pecato** o crimen el tener dos; pero les oí decir **sotto voce**, que nosotros éramos "más cristianos", o mejores cristianos que ellos. El nos ayudó a colgar nuestras hamacas, y como a las nueve de la noche echamos fuera a los perros y marranos, encendimos nuestros cigarros, y nos fuimos a dormir. Incluyendo a los criados, las mujeres y los niños, éramos once en la habitación. Por todo el derredor se veían pequeñas bolas de fuego, brillando y desapareciendo con el fumar de los cigarros. Uno a uno se fueron apagando, y nosotros nos dormimos.

Por la mañana todos nos levantamos al mismo tiempo. El muchacho seguía mucho mejor, pero nosotros no le creíamos en condiciones de viajar. Su brutal amo, sin embargo, insistió en su marcha. Por todo lo que nuestros bondadosos amigos habían hecho por nosotros, no quisieron cobrarnos nada; pero, además de recompensarles en dinero, distribuimos entre ellos varias bagatelas, y, cuando les dijimos adiós, miré con pesadumbre un anillo que yo le había dado a ella chispeando en el dedo de él. Después que habíamos montado, el chiquelo que encontramos en el arroyo llegó tambaleándose bajo el peso de una carga de seis recién cortadas piñas; y aún cuando ya habíamos partido, la mujer corrió tras mí con un pedazo de fresca caña de azúcar.

Todos partimos de la hacienda de San Antonio con benévolos sentimientos, salvo nuestro áspero arriero, que estaba indignado, como él decía, de que nosotros les hubiéramos hecho regalos a todos menos a él. El pobre muchacho era el más agradecido, y, desgraciadamente para él, le habíamos dado un cuchillo, que puso envidioso al arriero.

Casi inmediatamente que salimos de la hacienda penetramos en una espesa selva, densa como la Montaña del Mico, y casi tan cenagosa. El ascenso fue penoso, pero la cumbre era abierta, y tan copada de aquella hermosa planta que la llamamos la Montaña de Aloes. Algunos apenas se asomaban sobre la superficie del terreno, otros tenían como veinte o treinta pies de altura, y varios gigantescos tallos estaban muertos; flores que hubieran extasiado en el pecho de una beldad, habían florecido y muerto sobre esta desolada montaña, sin ser vistas de nadie a excepción de algún indio pasajero.

En el descenso perdimos la senda, y erramos por algún tiempo antes de recobrarla. Casi al momento comenzamos a subir otra montaña, y desde su cima miramos completamente sobre una tercera, y, a gran distancia divisamos una extensa hacienda. Nuestro camino continuaba directamente a lo largo de la orilla de un precipicio, desde donde mirábamos a una inmensa distancia abajo de nosotros las copas de pinos gigantescos. Muy pronto el sendero se hizo tan quebrado, y corría tan cerca del borde del precipio, que llamé a Mr. Catherwood para que se apeara. El despeñadero quedaba al lado izquierdo, y yo avancé tanto que, sobre el lomo de una perversa mula, no me aventuraba a hacer ningún movimiento irregular, y caminé por algunos momentos con gran ansiedad. En alguna parte de este camino, pero sin ninguna señal que la demarcase, cruzamos la línea divisoria del Estado de Guatemala y penetramos a Honduras.

A las dos del a tarde llegamos a la aldea de Copán, que se componía de media docena de miserables chozas techadas con hojas de maíz. Nuestra llegada causó gran sensación. Todos los hombres y mujeres se juntaron a nuestro alrededor para mirarnos. Inmediatamente nosotros preguntamos por las ruinas, pero ninguno de los aldeanos pudo dirigirnos hacia ellas, y todos nos aconsejaron que fuéramos a la hacienda de don Gregorio. No teníamos deseos de parar en una aldea, y le ordenamos al arriero que siguiera adelante, pero él rehusó, diciendo que su compromiso era conducirnos a Copán. Después de un gran altercado nosotros prevalecimos, y, caminando a través de un trecho de bosque, vadeamos una vez más el Río Copán, y salimos sobre un claro, en uno de cuyos lados estaba una hacienda, con un techo de tejas de barro, con **cucinera** (cocina) y otras dependencias, evidentemente la residencia de un rico propietario. Fuimos saludados por un conjunto de perros ladradores, y todas las entradas estaban llenas de mujeres y niños, que parecían, en muy alto grado, sorprendidos de nuestra aparición. No se veía a ningún hombre; pero las mujeres nos recibieron benignamente, y nos dijeron que don Gregorio regresaría pronto, y que nos conduciría a las ruinas. En el acto se encendió de nuevo el fuego en la cocina, el sonido de las palmaditas de las manos anunciaba que se hacían las tortillas, y a la media hora la comida estaba preparada. Fué servida en una fuente de plata maciza, y el agua en un cántaro de plata, pero sin cuchillo, tenedor ni cuchara; la sopa o caldo se sirvió en tazas para beberlo. No obstante, nos congratulamos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

a nosotros mismos de haber caído en tan buen alojamiento.

A poco rato llegó un joven a caballo, alegremente vestido, con una camisa bordada, y acompañado de varios hombres conduciendo un hato de ganado. Escogiéndose un buey, se le arrojó el lazo a los cuernos, y el animal fué arrastrado hacia arriba a un lado de la casa, y, por medio de otro lazo alrededor de las patas, echado en tierra. Se le ataron las patas una con otra, la cabeza se le hizo para atrás por medio de una cuerda desde los cuernos a la cola, y con una estocada de machete se le cortó la arteria de la vida. La jauría de hambrientos perros estaba lista, y, con un horrible sonido acompasado, breve y seco, lamieron la sangre con sus lenguas. Todas las mujeres estuvieron observando y una muchacha cogió un perrillo y le estregó el hocico en la corriente carmesí, para acostumbralo desde tierno al sabor de la sangre. El buey fué desollado, separóse la carne de los huesos, y, para la completa destrucción de las tajadas, lomos, y piezas para asar, en una hora todo el animal estaba colgado en largas cuerdas alineadas frente a la puerta.

Durante esta operación llegó don Gregorio. Era como de cincuenta años, tenía grandes patillas negras y barba de varios días; y por los modales de todos alrededor era fácil comprender que era un doméstico tirano. La ojeada que nos echó antes de apearse parecía decir, "¿Quiénes son ustedes?", pero, sin chistar una palabra entró en la casa. Nosotros esperamos hasta que terminó su comida, y cuando supuse que sería el momento oportuno, entré yo también. En mi trato con el mundo más de una vez he hallado mis insinuaciones a un conocido recibidas con tibieza, pero jamás experimenté nada tan completamente frío como la recepción que el don tuvo para mí. Le informé que habíamos llegado a aquellas cercanías para visitar las ruinas de Copán, y en su ademán me dijo, ¿Qué me importa a mí? pero respondió que estas quedaban al otro lado del río. Le pregunté que dónde podríamos conseguir un guía, y de nuevo contestó que el único hombre que conocía algo de ellas vivía al otro lado del río. Aún no habíamos tomado suficientemente en cuenta la perturbada condición del país ni el peligro que podría acarreársele a un hombre por dar albergue a individuos sospechosos; pero, confiando en la reputación del país como hospitalario, y las pruebas de ello que ya habíamos encontrado, me resistía de llegar a la desagradable conclusión de que no éramos bienvenidos. Sin embargo, esta conclusión era irresistible. Al don no le agradaba nuestra apariencia. Mandé al arriero que ensillase las mulas; pero el bellaco gozaba con nuestra confusión y abiertamente rehusó ensillar sus bestias otra vez en ese día. Acudimos al mismo don Gregorio, ofreciéndole paga; y según dijo Agustín, con la esperanza de desembarazarse de nosotros, nos prestó dos, para que regresáramos a la aldea. Por desgracia, el guía que buscamos se hallaba ausente; una alegre riña de gallos estaba entonces por verificarse, y no fuimos estimulados, ni por la apariencia de las gentes ni por invitación, para regresar nuestro equipaje a aquel lugar. Y comprendimos, lo que era muy enojoso, que don Gregorio era el gran hombre de Copán; el más rico y el tiranuelo del lugar; y que sería de lo más infortunado el tener un rompimiento con él, o aún el dejar traslucir en la aldea que no habíamos sido bien recibidos en su casa. De mala gana, pero con la esperanza de hacer una más favorable impresión, volvimos a la hacienda. Mr. C. se apeó en las gradas y se sentó en el corredor. Yo, por casualidad desmonté del lado de afuera; y, antes de moverme, inspeccioné al grupo. El don sentado en una silla, con nuestro detestable arriero a su lado, y con una media oculta sonrisa de mofa en el rostro, hablando de los "ídolos" y mirándome a mí. En estos momentos ocho o diez hombres, hijos, criados y trabajadores, habían llegado de sus labores del día, pero ninguno se ofreció a tomar mi mula, ni hizo alguna de aquellas demostraciones de atención que siempre se manifiestan a un huésped bienvenido. Las mujeres voltearon la cara como si hubieran sido reprendidas por recibirnos; y todos los hombres, ciñendo su conducta a la del don, nos miraron con tanto desprecio, que yo le dije a Mr. Catherwood que botáramos nuestro equipaje en el camino y lo maldijéramos a él como inhospitalario patán; pero Mr. Catherwood me amonestó en contra de ello, sosteniendo que, si nosotros teníamos una abierta disputa con él, después de tanta molestia se nos impediría ver las ruinas. El don probablemente sospechaba algo de lo que pasaba; y, temeroso de haber llevado las cosas demasiado lejos y de echar un borrón sobre su nombre, me señaló una silla y me rogó que me sentara. Haciendo un gran esfuerzo, resolví sofocar mi indignación hasta que pudiera darle rienda suelta sin peligro. Agustín estaba muy indignado por el trato que recibimos; por el camino algunas veces aumentó su propia importancia contando de las banderas enarboladas y de los disparos de cañón cuando salimos de Belize, y aquí él izaba más banderas y disparaba más cañones que los de costumbre, principiando con cuarenta cañonazos y después con un nutrido cañoneo; pero no sucedió así. El don no nos quería y probablemente estaría deseoso de enarbolar banderas, y también de disparar cañonazos, como en Balize, cuando nos hubiésemos marchado.

Por la tarde el cuero del buey fue extendido en el corredor, se echaron sobre él mazorcas de maíz, y todos los hombres, con el don a la cabeza, sentáronse para desgranarlo. Los olotes se llevaron a la cocina para el fuego, el maíz se recogió en canastos, y tres cerdos favoritos, que habían estado afuera gruñendo en espera del festín, entraron para coger los granos esparcidos. Durante la tarde no se preocuparon de nosotros, salvo que la esposa del don nos mandó a decir con Agustín que se estaba preparando la cena; y nuestro amor propio herido fue aliviado, y nuestro descontento mitigado, con un mensaje adicional: que ellos tenían un horno y harina, y que nos harían algo de pan si queríamos comprarlo.

Después de la cena todos se prepararon para dormir. La casa del don constaba de dos partes, una interior y otra exterior. El don y su familia ocupaban la primera y nosotros la segunda; pero ni aún ésta era para nosotros. En todo el largo de la pared había armazones hechas de palos como de una pulgada de grueso, atadas una a otra con cuerdas de corteza, sobre las cuales tendían los trabajadores cueros sin curtir para sus camas. Había tres hamacas además de las nuestras, y yo tenía tan poco espacio para la mía que mi cuerpo, con los talones tan altos comol a cabeza, describía una parábola invertida. Esto era enfadoso y ridículo; o, con las palabras del turista inglés en Fra Diavolo, era "¡chocante! ¡positivamente chocante!".

En la mañana don Gregorio se encontraba del mismo humor. No hicimos caso de él, pero nos vestimos y arreglamos bajo el cobertizo con tanto respeto como nos fue posible para los femeninos miembros de la familia que constantemente pasaban y repasaban. Se nos había metido en la cabeza el proseguir y ver las ruinas; y, afortunadamente, temprano en la mañana, uno de los hijos del áspero don, un afable joven, trajo de la aldea a José, el guía que necesitábamos.

Por causa de muchas enojosas dilaciones, aumentadas con dificultades entre José y el arriero, no salimos sino hasta las nueve de la mañana. Muy pronto dejamos la vereda o camino, y entramos en un extenso campo, parcialmente cultivado con maíz, perteneciente a don Gregorio. Caminando alguna distancia a través de éste, llegamos a una choza, techada con hojas de maíz, a la orilla del bosque, en donde algunos trabajadores estaban preparando su desayuno. Allí nos apeamos, y, atando nuestras mulas a los árboles cercanos, nos internamos en la selva con José por delante abriendo paso con un machete; pronto llegamos a la orilla de un río, y directamente al lado opuesto vimos una muralla de piedra, quizás de cien pies de altura, con tojo creciéndole hasta arriba y que se extendía de norte a sur a lo largo del río, caída en algunos lugares,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

pero en otros entera. Tenía más el carácter de una estructura que ninguna de las que habíamos visto antes, atribuida a los aborígenes de América, y formaba parte de la muralla de Copán, una antigua ciudad, sobre cuya historia los libros no arrojan sino poca luz.

Estoy entrando precipitadamente en un nuevo campo. Innumerables volúmenes han sido escritos con relación a los primeros pobladores de la América. Para algunos, los habitantes de este continente han sido considerados como una raza separada, que no desciende del mismo padre común con el resto del género humano; otros han atribuido su origen a algún resto de los habitantes antediluvianos de la tierra, que sobrevivieron al diluvio que arrebató a la mayor parte de la especie humana en los días de Noé, y de ahí que los consideren como la más antigua raza de gentes sobre la tierra. Dentro del ancho espacio que abarcan los descendientes de Noé: los judíos, los cananitas, los fenicios, los cartagineses, los griegos, los escitas en los antiguos tiempos; los chinos, los suecos, los noruegos, los galos y los españoles en los modernos, ha sido atribuido a ellos el honor de pobladores de América. Los dos continentes han sido unidos y han sido separados por un gran cataclismo; la fabulosa isla Atlántica ha surgido del océano; y, para no quedarse atrás, un atrevido americano le devuelve la pelota al Viejo Mundo, y planta el arca misma dentro del Estado de Nueva York

Los monumentos y restos arquitectónicos de los aborígenes no han formado hasta el día sino una pequeña parte del fundamento de estas especulaciones. El Dr. Robertson, en su **Historia de América**, sostiene como "un principio incontestable, que la América no fue poblada por ninguna nación del Antiguo Continente que hubiese hecho considerables progresos en la civilización". "Los habitantes del Nuevo Mundo", dice él, "se encontraban en un estado social tan extremadamente rudo que ignoraban aún aquellas artes que son los primeros ensayos del ingenio humano en su avance hacia el progreso". Desacreditando los ardientes relatos de Cortés y de sus compañeros, de soldados, sacerdotes y civiles, todos conformes en representar el esplendor exhibido en los edificios de México, él dice que "las casas del pueblo eran meras chozas, hechas de turba, o lodo, o de ramas de árboles, como las de los más rústicos indios". Que el templo de Cholula no era más que "un montón de tierra, sin ningunas gradas ni paramento de piedra, cubierto de arbustos y de hierbas", y, basado en la autoridad de personas residentes por mucho tiempo en Nueva España, y que declaran haberla visitado por todas partes, dice que "no existe, en toda la extensión de ese vasto imperio, un solo monumento o vestigio de algún edificio más antiguo que la conquista". En aquella época, la desconfianza era quizás la salvaguardia del historiador; pero desde que el Dr. Robertson escribió, una nueva inundación de luz se ha derramado sobre el mundo, y se ha abierto el campo de las antigüedades americanas.

La ignorancia, el descuido y la indiferencia de los habitantes de Hispano América sobre este asunto es cosa que admira. En nuestro propio país, el despejo de las selvas y el descubrimiento de túmulos o montes y fortificaciones, que se extienden en filas desde los lagos atravesando los valles del Ohio y Mississippi, de momias en una cueva de Kentucky, la inscripción sobre la roca de Dighton, que se supone estar en caracteres fenicios, y las ruinas de murallas y de una gran ciudad en Arkansas y en el territorio de Wisconsin, han sugerido extrañas y vagas ideas con respecto a los primeros pobladores de este país, y la firme creencia que naciones poderosas y populosas lo han ocupado y desaparecido, cuyas historias son enteramente desconocidas Las mismas evidencias continúan en Tejas, y en México ellas asumen una forma aún más definida.

La primera nueva luz lanzada sobre esta materia en lo que respecta a México es debida al gran Humboldt, quien visitó aquel país en un tiempo en que, por la celosa política del gobierno, estaba tan cerrado a los extranjeros como la China en la actualidad. Ningún hombre pudo haber merecido mejor esa fortuna. En aquella época los monumentos del país no eran el principal objeto de investigación; pero Humboldt recogió de varias fuentes informaciones y dibujos, particularmente de Mitla o el Valle de los Muertos; de Xoxichalco, un monte cortado y terraplenado, cuyo nombre era el Monte de Flores; y la gran pirámide o templo de Cholula que visitó él mismo, detodo lo cual su propia elocuente narración está al alcance del lector. Desgraciadamente, de las grandes ciudades allende el Valle de México, ocultas entre las selvas, arruinadas, desiertas y sin nombre Humboldt jamás tuvo noticia, o, a lo menos, nunca las visitó. No fué sino más tarde cuando relatos de su existencia llegaron a Europa y a nuestro país. Estas narraciones, no obstante ser vagas y poco satisfactorias, habían excitado nuestra curiosidad; aunque quizá yo debo confesar que ambos, Mr. C. y yo, estábamos escépticos, y cuando llegamos a Copán, era con la esperanza más bien que con la expectativa de encontrar maravillas.

Desde el descubrimiento de estas ciudades arruinadas la teoría predominante ha sido, que ellas pertenecieron a una raza mucho más antigua que la que habitaba el país durante la época de la conquista española. Con respecto a Copán, se hace mención por los primeros historiadores españoles de un lugar de ese nombre, situado en la misma región del país en donde estas ruinas se encuentran, que entonces existía como una ciudad habitada, y que opuso una formidable resistencia a las armas españolas, aunque hay circunstancias que parecen indicar que la referida ciudad era inferior en fortaleza y solidez de construcción, y de origen más moderno.

Estaba situada en la antigua provincia de Chiquimula de Sierras, que fue conquistada por los oficiales de Pedro de Alvarado, pero ninguno de los historiadores españoles ha dado algún detalle de esta conquista. En 1530 los indios de esta provincia se rebelaron, e intentaron sacudirse del yugo de España. Hernando de Chávez fue enviado para sojuzgarlos; y, después de muchas sanguinarias batallas, acampó frente a Esquipulas, plaza fuerte perteneciente a un poderoso cacique, la cual, al cuarto día, para usar las propias palabras del cacique "más por respeto a la tranquilidad pública que por miedo a las armas españolas, determinó rendirse", y, con la capital, toda la provincia sometióse de nuevo al dominio de España.

El cacique de Copán, cuyo nombre era Copán Calel, había estado activo incitando a la subleyación y ayudando a los insurgentes. Hernando de Chávez resolvió castigarlo, y marchó sobre Copán, que entonces era una de las más grandes, más opulentas y más populosas plazas del reino. El campamento del cacique, con sus auxiliares, se componía de treinta mil hombres, bien disciplinados y veteranos en la guerra, armados con sables de palo que tenían filos de piedra, con flechas y con hondas. Hacia un lado, dice el historiador, estaba defendida por la cordillera de montañas de Chiquimula y Gracias a Dios, y del lado opuesto por un profundo foso, y por un atrincheramiento formado por pesadas vigas de madera, con los intersticios llenos de tierra, con troneras y agujeros para disparar las flechas. Chávez, acompañado por algunos jinetes, bien armados, se encaminó hacia el foso, e hizo señales que deseaba tener una conferencia. El cacique le respondió con una flecha. Luego siguió una lluvia de flechas, de piedras y de dardos, que obligó a los españoles a retirarse. Al siguiente día Chávez hizo un ataque a las trincheras. La infantería usaba cotas sueltas rellenas de algodón, sables y escudos; los jinetes llevaban petos y yelmos, y sus caballos iban protegidos. Los copanes tenían cada uno en el brazo un escudo forrado con cuero de danta, y la cabeza resguardada con penachos de plumas. El ataque duró todo el día. Los indios, con sus flechas, sus jábalinas y sus picas, cuyas puntas estaban endurecidas a fuego, sostuvieron el campo. Los españoles se vieron precisados a retirarse. Chávez, que había peleado en lo más reñido del combate, estaba alarmado

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

por las dificultades de la empresa y por el peligro para el prestigio de las armas españolas, pero tuvo informes que en cierto lugar la profundidad de la zanja que defendía a Copán era muy poca cosa, y al siguiente día se dirigió a ese punto para efectuar un ataque por allí. Los copanes habían espiado sus movimientos, y guarnecieron la trinchera con sus más bravos soldados. La infantería no fue capaz de derribarla. Acudió en su auxilio la caballería. Los indios hicieron avanzar toda su fuerza, pero los españoles se mantuvieron como rocas, impasables a las picas, las flechas y las piedras. Varias veces intentaron escalar las trincheras, y fueron rechazados hasta el foso. Hubo muchos muertos de ambos lados, pero la batalla continuaba sin ventaja para ninguno hasta que un valiente jinete saltó la zanja y, habiendo dado su caballo violentamente con el pecho contra la barrera, se abrió una brecha en la tierra y empalizadas, y el espantado caballo se precipitó dando coces y manotadas entre los indios. Le siguieron otros jinetes e infundieron tal terror entre los copanes, que se rompieron sus filas y se desbandaron. Copán Calel se replegó a un lugar donde tenía apostado un cuerpo de reserva; pero, siendo incapaz de larga resistencia, se retiró y abandonó a Copán.

Este es el relato que los historiadores españoles han dado de Copán; y, con respecto a la ciudad, cuya muralla vimos desde el otro lado del río, nos parece de lo más pobre y poco satisfactorio; porque la maciza estructura de piedra que estaba frente a nosotros tenía muy poca apariencia de pertenecer a una ciudad, cuyas trincheras pudiesen ser derribadas po rla carga de un solo jinete. En este lugar el río no era vadeable; regresamos a donde se encontraban nuestras mulas, montamos y nos dirigimos a otro punto de la orilla, a corta distancia más arriba. La corriente era ancha, y en ciertos lugares profunda, rápida y con un fondo quebrado y pedregoso. Vadeándola, caminamos a lo largo de la ribera por un sendero estorbado por malezas, que José abrió cortando las ramas, hasta que llegamos al pie de la muralla, donde de nuevo nos apeamos y amarramos nuestras mulas.

La muralla era de piedra cortada, bien puesta, y en buen estado de conservación. Subimos por grandes escalones de piedra, en algunos lugares perfectos, y en otros derribados por los árboles que habían crecido entre las hendeduras, y llegamos a una terraza cuya forma era imposible comprender, por la densidad de la seliva en que se encontraba envuelta. Nuestro guía abrió camino con su machete y pasamos, encontrando medio sepultado entre la tierra, un gran fragmento de piedra laboriosamente esculpido, y llegamos a la esquina de una estructura con gradas a los lados, en forma y apariencia, hasta donde los árboles nos dejaron comprender, parecida a los lados de una pirámide. Apartándonos de la base, y abriéndonos camino a través del espeso bosque, llegamos a una columna de piedra cuadrada, como de catorce pies de altura y tres pies por lado, esculpida en muy vigoroso relieve, y por los cuatro costados, desde la base rasta la punta. El frente y ricamente vestido, y la cara, sin duda alguna un retrato, solemne, austera, y bien conformada para infundir terror. La parte de atrás era de un diseño diferente, no parecido a nada que hubiésemos visto antes jamás, y los lados estaban cubiertos de jeroglíficos. A esto nuestro guía llamó un "ídolo"; y frente a él, a una distancia de tres pies, se encontraba un gran bloque de piedra, también esculpido con figuras y divisas emblemáticas, a lo que él llamó un altar. La vista de este inesperado monumento hizo descansar nuestra mente de una vez y para siempre, de toda incertidumbre con respecto a las antigüedades americanas, y nos dio la seguridad que los objetos que estábamos buscando eran interesantes, no solamente como restos de un pueblo desconocido, sino como obras de arte, probando, como recuerdos históricos nuevamente descubiertos, que los pueblos que antiguamente ocuparon el Continente Americano no eran salvajes. Con un interés quizá mayor que el que habíamos experimentado paseando entre las ruinas de Egipto, seguimos a nuestro guía, quien, algunas veces perdiendo su camino, con el uso constante y vigoroso de su machete, nos conducía por la espesa selva, entre fragmentos medio enterrados, hacia catorce monumentos de la misma clase y apariencia, algunos de ellos con más elegantes diseños, y otros cuya manufactura era igual a los más bellos monumentos de los egipcios; uno había sido dislocado de su pedestal por enormes raíces; otro encerrado en el estrecho abrazo de las ramas de los árboles, y casi levantado de la tierra; otro arrojado al suelo, y ceñido por enormes vides y enredaderas; y uno de pie, con su altar frente a él, en un bosquecillo de árboles que crecieron a su alrededor, y que parecían abrigarlo y guarecerlo como un objeto sagrado; en la solemne quietud de los bosques, parecía una divinidad lamentándose sobre un pueblo arruinado. El único sonido que interrumpía el silencio de esta sepultada ciudad era la gritería de los monos que se movían entre las copas de los árboles, y el crujijdo de las ramas secas quebradas por su peso. Movíanse sobre nuestras cabezas en grandes y veloces procesiones, cuarenta o cincuenta al mismo tiempo. Algunos con sus crías arrollándolas con sus largos brazos, saliendo para la punta de las ramas y agarrándolas con sus largos brazos, saliendo para la punta de las rmas y agrrándolas con la pata de atrás o con la rosca de la cola, saltando a una rama del árbol cercano, y, con un ruido semejjante a una corriente de aire, pasaban por entre la espesura de la selva. Era la primera vez que veíamos a estos remedos de la humanidad, y, con los raros monumentos a nuestro alrededor, parecían espíritus errantes de la raza desaparecida que guardaban las ruinas de sus moradas primitivas.

Regresamos a la base de la estructura piramidal, y ascendimos por simétricas gradas de piedra, en algunos lugares separadas violentamente por arbustos y renuevos, y en otras derribadas al suelo por el desarrollo de grandes árboles, en tanto que algunas permanecían enteras. En varias partes se encontraban ornamentadas con figuras esculpidas y con ringleras de calaveras. Encaramándonos sobre la superficie arruinada,, llegamos a una terraza llena de árboles, y, atravesándola, bajamos por gradas de piedra a una área tan poblada de árboles que al principio no pudimos comprender su forma, pero la que, al limpiar el camino con el machete, descubrimos que era cuadrangular, y con gradas por todos sus lados casi tan perfectas como las del anfiteatro romano. Las gradas estaban ornamentadas con esculturas, y sobre el lado sur, como a la mitad de la vía, desquiciada de su lugar por las raíces, se encontraba una cabeza colosal, evidentemente un retrato. Ascendimos por estas gradas y llegamos a una espaciosa terraza de cien pies de altura, mirando hacia el río, y sostenida por la muralla que habíamos visto desde la orilla opuesta. Toda la terraza estaba cubierta de árboles, y aun a esta altura del suelo había dos gigantescas ceibas, o algodoneros silvestres de la India, de más de veinte pies de circunferencia, extendiendo sus semidesnudas raíces a cincuenta o cien pies en derredor, envolviendo las ruinas y sombreándolas con sus anchas y extensas ramas. Nos sentamos sobre el borde de la muralla y procuramos en vano penetrar el misterio del cual estábamos rodeados. ¿Quiénes fueron los que edificaron esta ciudad? En las ciudades arruinadas de Egipto, aun en la durante tanto tiempo perdida Petra, el extranjero conoce la historia del pueblo cuyos vestigios s eencuentran a su alrededor. La América, dicen los historiadores, estaba habitada por salvajes; pero los salvajes nunca erigieron estas estructuras, los salvajes jamás cincelearon estas piedras. Les preguntamos a los indios quiénes las hicieron, y su estúpida respuesta fué "¿Quién sabe?"

No hay asociaciones relacionadas con el lugar; ninguna de aquellas alentadoras memorias que consagran a Roma, Atenas y "A. la gran señora del mundo sobre el llano de Egipto"; pero la arquitectura, la escultura y la pintura, todas las artes que embellecen la vida, han florecido en esta espesa selva; oradores,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

guerreros y estadistas; la belleza, la ambición y la gloria, han vivido y desaparecido, y nadie supo cómo habían sido, ni pudo informar de su pasada existencia. Los libros, historia de los conocimientos, guardar silencio sobre este tema. La ciudad estaba desolada. Ningún residuo de esta raza subsiste en derredor de las ruinas, con tradiciones y transmitidas de padres a hijos, y de generación en generación. Yacen frente a nosotros como destrozada embarcación en medio del océano, perdidos los mástiles, su nombre borrado, muerta su tripulación, nadie para informar de dónde vino, a quién perteneció, la duración de su viaje, o la causa de su destrucción; su perdido pueblo escudriñado solamente por alguna imaginaria semejanza en la construcción de la nave, y, tal vez nunca sea conocido por completo. El lugar en donde nos sentamos, ¿sería una ciudadela desde la cual un pueblo desconocido habría sonado la trompeta de guerra? ¿o un templo para la adoración del Dios de paz? ¿o los habitantes adoraban a los ídolos hechos con sus propias manos, y les ofrecían sacrificios sobre las piedras que tenían frente a ellos? Todo era un misterio, un obscuro e impenetrable misterio, y todas las circunstancias lo acrecentaban. En Egipto, las colosales armaduras de gigantescos templos se yerguen sobre las resecas arenas en toda la desnudez de la desolación; aquí una inmensa selva cubre las ruinas, ocultándolas a la vista, realzando la impresión y el efecto moral, y dando una intensidad y casi un desvarío al interés.

Ya avanzada la tarde nos abrimos paso de regreso a donde estaban las mulas, nos bañamos en el claro río al pie de la muralla, y volvimos a la hacienda. Nuestro agradecido muchacho del arriero había referido su terible enfermedad, y la curación extraordinaria efectuada por Mr. Catherwood; y nos encontramos en la hacienda a un hombre semejante a un espectro, consumido por la fiebre intermitente, que nos pidio "REMEDIOS". Una señora anciana que había llegado a visitar a la familia, y que intentaba regresar a su hogar en ese día, nos estaba esperando para ser curada de una enfermedad que había padecido durante veinte años. Sacamos nuestro botiquín, y con esto la mujer del don también se convirtió en paciente. La fama de Mr. C. aumentó con las medicinas que distribuyó; y durante el curso de la tarde tuvo bajo sus manos a cuatro o cinco mujeres e igual número de hombres. Deseábamos muchísimo practicar sobre el don, pero él fué precabido. Los pistones fulminantes de nuestras pistolas llamaron la atención de los hombres; y les mostramos la brújula y otras cosas, que hicieron a nuestro amigo de San Antonio suponer que nosotros éramos "muy ricos" y que "teníamos muchas ideas". Poco a poco nos fuimos relacionando con todos los de la casa excepto con el amo, quien encontró en el arriero un congenial espíritu. El había tomado su puesto y estaba demasiado envanecido y obstinado para ceder. Nuestros nuevos amigos nos dejaron más espacio para nuestras hamacas, y tuvimos un columpio mejor para la noche.

En la mañana seguimos asombrando a las gentes con nuestras raras costumbres, particularmente por cepillarnos los dientes, operación que, probablemente, veían entonces por primera vez. Mientras nos ocupábamos en esto, abrióse la puerta de la casa, y apareció don Gregorio, volviendo la cara al otro lado para evitar darnos los BUENOS DIAS. Nosotros, resolvimos no dormir otra noche bajo su techo, sino llevar nuestras hamacas a las ruinas, y, si allá no había edificio para gdarecernos, colbarlas bajo un árbol. Mi convenio con el arriero era permanecer tres días en Copán; pero no había trato por el uso de las mulas durante ese tiempo, y él esperaba que las molestias que encontrásemos nos harían marcharnos inmediatamente. Cuando nos vió inclinados a quedarnos, juró que no llevaría las hamacas, y que no se detendría un día más, pero al fin consintió en alquilarnos las mulas para ese día.

Antes de partir, un nuevo individuo, que había estado conversando algún tiempo con don Gregorio, se adelantó resueltamente, y dijo que él era el propietario de "los ídolos"; que nadie podía andar por el terreno sin su permiso; y me presentó sus títulos. Esta era una nueva dificultad. Yo no me encontraba dispuesto a disputarle sus títulos, pero leísus papeles tan atentamente como si meditase una acción para expulsarlo; y pareció aliviado cuando le dije que su título era válido, y que, si no nos molestaba, yo le haría un obsequio al partir. Por fortuna, él tenía que pedirnos un favor. Nuestra fama como médicos había llegado a la aldea, y deseaba remedios para su mujer enferma. Era importante hacerlo nuestro amigo; y, después de un rato de conversación, se convino en que Mr. C. con varios trabajadores que habíamos contratado, seguiría para las ruinas, como lo intentábamos, para preparar alojamiento allá, mientras yo iba a la aldea a visitar a su esposa.

Nuestro nuevo conocido, don José María Acebedo, era como de cincuenta años, alto y bien vestido; esto es, su camisa de algodón y sus pantalones eran limpios; inofensivo, aunque ignorante; y uno de los más respetables habitantes de Copán. Vivía en una le las mejores chozas de la aldea, construida de palos, techada con hoijas de maíz, con una armazón de madera en un lado para una cama, y provisto de algunos trastos de barro para cocinar. Un fuerte aguacero había caído durante la noche, y el piso en el interior de la choza estaba mojado. Su esposa parecía de la misma edad que él y, afortunadamente, hacía varios años que estab sufriendo de reumatismo. Y digo afortunadamente, pero hablo sólo con respecto a nosotros como médico, y por el honor de la profesión acidentalmente confiada en nuestras manos. Le dije a ella que si su enfermedad hubiera sido reciente, estaría más al alcance del arte; pero que como se trataba de un caso muy antiguo, requería tiempo, habilidad y observación de los síntomas y del efecto de la medicina día tras día; y que, por de pronto, le aconsejaba mantener los pies fuera del charco de agua en donde estaba parada, prometiéndome consultar con Mr. Catherwood, que era aún mejor médico que yo, y enviarle un linimento para que se lo untara en el cuello.

Concluido ésto, don José María me acompañó a las ruinas, donde encontré a Mr. Catherwood con los indios trabajadores. Otra vez anduvimos por todo el campo en busca de algún edificio arruinado en donde pudiéramos levantar nuestra vivienda, pero no había ninguno. Colgar nuestras hamacas bajo los árboles sería una locura; las ramas estaban todavía mojadas, el suelo lodoso y de nuevo amenazaba un próximo aguacero; pero estábamos decididos a no regresar a la casa de don Gregorio. Don Mariano me dijo que allí cerca había una choza, y me condujo a ella. Al aproximarnos oímos los gritos de una mujer en el interior, y, al entrar, la vimos rodando y sacudiéndose sobre una cama de cuero, loca de fiebre y de dolor; y poniéndose de rodillas al verme, oprimiéndose las sienes con las manos, y con lágrimas en los ojos, me suplicó, por el amor de Dios, que le diera algunos remedios. Su piel estaba ardiente, y el pulso muy agitado, tenía una violenta fiebre intermitente. Mientras le preguntaba por los síntomas, entró su marido a la choza, un hombre blanco, como de cuarenta años, vestido con un par de sucios calzoncillos de algodón, con las faldas de la camisa de fuera, un pañuelo atado alrededor de la cabeza y descalzo; se llamaba Don Miguel. Le dije que deseábamos pasar algunos días entre las ruinas, y le pedí permiso para alojarnos en su choza. La mujer, felicísima de tener a un hábil médico cerca de ella, respondió por él, y yo regresé a relevar a Mr. Catherwood, y agregar otra a su lista de pacientes. Toda la compañía nos escoltó hasta la choza, trayendo con ellos solamente la mula que condujo las hamacas; y con la adición de Mr. C. al cuerpo médico y un misterioso despliegue de materiales

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

para dibujo y varas de medir, pareció que se ahuyentaba la fiebre de la pobre mujer.

La choza estaba situada en la orilla de un claro, sobre el terreno que en un tiempo ocupó la ciudad, con un fragmento de piedra, ahuecado y que servía de abrevadero para el ganado, casi en la misma puerta. El claro estaba sembrado con maíz y tabaco, y rodeado de todos los lados por la selva. La choza era como de diez y seis pies en cuadro, con un techo puntiagudo, techada con dobladores y que se construye fijando en el suelo dos palos verticales con horquillas, donde se coloca otro palo para sostener la punta del techo, y con soportes similares a cada lado, pero solamente como de cuatro pies de altura. El alero era el frente, y la mitad de él estaba techada con hojas de maíz, y la otra mitad permanecía descubierta. La parte de atrás estaba techada, y apilado contra ella había maíz en filas de tres mazorcas de hondo. En un lado el montón estaba intacto, pero del otro ya se había utilizado una parte hasta como a tres o cuatro pies del suelo. En la esquina del frente estaba la cama de don Miguel y su esposa, protegida por un cuero de toro asegurado en la cabecera y hacia un lado. El ajuar se componía de un rodillo de piedra para moler maíz, y un COMAL o tartera para cocer TORTILLAS; y sobre un tosco estante sobre la cama había dos cajas, que contenían el guardarropa y todos los haberes de don Miguel y de su esposa, excepto Bartolo, su hijo y heredero, un mocetón de veinte años, cuyo desnudo cuerpo parecía reventar entre un par de pantalones de muchacho, desdeñando una camisa, su estómago hinchado por un angustioso mal de hígado y con su lívido rostro obscurecido por la suciedad. Allí había lugar sólo para una hamaca, y, en efecto, los palos atravesados no eran suficientemente fuertes para soportar dos hombres. El montón de maíz que había sido utilizado tenía buena altura y suficiente ancho para una cama; con el debido consentimiento lo tomé para mi lugar de dormir, y Mr. Catherwood colgó su hamaca; estábamos tan felices de habernos revelado de la grosera hospitalidad de don Gregorio, y de estar tan cerca de las ruinas, que todo nos parecía cómodo y confortable.

Después del almuerzo monté en la mula del equipaje, con sólo el cabestro para sostenerla, y, acompañado de Agustín a pie, marchamos a casa de don Gregorio, con el propósito de transportar el equipaje. Los aguaceros habían hecho crecer el río, y Agustín tuvo necesidad de desnudarse para vadearlo. Don Gregorio no estaba en casa; y el arriero, como siempre, feliz con las dificultades, dijo que era imposible atravesar el río con carga ese día. Regularmente, en vez de ayudarnos en nuestras pequeñas dificultades, él hacia todo lo que podía para acrecentarlas. Sabía él que, si nosotros lo despedíamos, no nos sería posible conseguir mulas en Copán, salvo que enviásemos por ellas a dos días de camino; que no teníamos a quien confiar ese comisión; y que la demora sería por lo menos de una semana. Dudando cual podría ser el momento aconsejable para despedirlo, y no deseando quedar desamparado, me vi precisado a contratarlo para quedarse, a un precio que se consideraba tan exorbitante que me dió la reputación de tener "mucha plata", la que, aunque podría ser útil en casa, no era apetecible en Copán; y, temeroso de confiar en mí, el belitre estipuló que la paga fuese diaria. En aquel entonces yo no tenía conocimiento del sistema de pago al contado en los negocios que prevalecía en el país. Los bárbaros no quedaban satisfechos con que Ud. sea su cliente a menos que les pague un extra; y el total, o una gran parte, debe ser adelantado. Accidentalmente me encontraba yo atrasado con el arriego; y, en tanto que me congratulaba de esta única garantía de su buen comportamiento, él se torturaba a sí mismo con la idea que yo no tenía la intención de pagarle del todo.

Entre tanto comenzó a llover; y arreglando mi cuenta con la señora, agradeciéndole sus bondades, dejé ordenado que nos horneasen algo de pan para el día siguiente, y llevando conmigo un paraguas y un saco azul, cuyo contenido ignoraba, perteneciente a Mr. Catherwood, y que me había suplicado especialmente que llevase, emprendí mi regreso. Agustín me siguió con una tetera de hojalata, y algunos otros artículos de uso inmediato. Al entrar en la selva, el paraguas pegó contra las ramas de los árboles, y asustó a la mula; y, mientras yo trataba de cerrarlo, ella se desbocó conmigo. No teniendo más que el cabestro, me fué imposible detenerla; y golpeándome contra las ramas, corrió a través del bosque, chapoteó entre el río, perdió el vado, y no paró sino hasta que se hundió hasta el pecho. El río estaba crecido e irritado, y llovía copiosamente. Los raudales espumeaban a corta distancia más abajo. En los esfuerzos por refrenarla solté el saco azul de Mr. Catherwood, lo cogí con el mango del paraguas, y lo habría salvado si la bestia se hubiera estado quieta; pero cuando flotó bajo su nariz, bufó y saltó para atrás. Rompí el paraguas en hacerla cruzar; y, al instante de tocar la orilla, vi el saco flotando hacia los raudales, y Agustín, con sus ropas en una mano y la tetera en la otra, ambas arriba de su cabeza, caminando río abajo detrás de él. Pensando que contuviese algunos materiales de dibujo indispensable, me arrojé entre los matorrales de la orilla, con la esperanza de interceptarlo, pero me enredé entre las ramas y bejucos. Desmonté y amarré mi mula, y pasé dos o tres minutos abriendome camino para el río, donde miré las ropas de Agustín y la tetera, pero a l no, y, con el rugido de los raudales más abajo, tuve horribles temores. Era imposible continuar a lo largo de la orilla; así que, haciendo un esfuerzo violento, salté a través de un rápido canal a un escabroso islote de arena cubierto de arbustos achaparrados, y, corriendo hasta su extremo más bajo, miré toda la superficie del río y los raudales, pero no vi a Agustín. Grité con todas mis fuerzas, y, para mi indecible satisfacción, oí una respuesta, pero con el estruendo de los raudales, demasiado débil; de ahí a poco él apareció en el agua, moviéndose con dirección a un punto y arrastrándose sobre los matorrales. Consolado respecto a él, me encontraba ahora yo en una incertidumbre. El salto de regreso era sobre un terreno más elevado, el río era un torrente, y, pasada la exitación, yo estaba temeroso de intentarlo. Habría sido un grandísimo inconveniente para mí que Agustín se hubiera ahogado. Abriéndose paso por entre las malezas y bajando a la orilla opuesta con su goteante cuerpo, tendió un palo a través de la corriente saltando sobre el cual toqué el borde de la ribera, resbalé, pero me encaramé por las malezas con la ayuda de una mano de Agustín. Durante todo este tiempo llovía a cántaros; y ahora yo había olvidado dónde amarré mi mula. Nos entretuvimos varios minutos en buscarla; y deseándole buena suerte al saco viejo, monté. Agustín se puso sus ropas, principalmente porque le resultaba más cómodo llevarlas en la espalda.

Al llegar a la aldea, yo me alojé en la choza de don José María, mientras Agustín, hallándose en aquel feliz estado que no podía ser peor, continuó bajo la lluvia. No había nadie en la choza sino una muchachita, y en un momento que la lluvia disminuyó seguí mi camino. Tenía yo que atravesar otra corriente, que también estaba muy crecida y el camino se encontraba anegado. El camino se extendía por entre una espesa selva; muy pronto las nubes se pusieron más negras que nunca; a la izquierda quedaba una cordillera de peladas montañas, las antiguas canteras de piedra de Copán, a cuyo largo el trueno retumbaba espantosamente, y el relámpago escribía airadas inscripciones a sus lados Un turista inglés en los Estados Unidos admite la superioridad de nuestros truenos y relámpagos Yo soy pertinaz en todo cuanto atañe al honor nacional, pero hago esta concesión en favor de los trópicos. La lluvia caía como si las compuertas del cielo hubieran sido abiertas; y mientras mi mula se resbalaba y deslizaba entre el fango perdí mi camino. Regresé alguna distancia, y de nuevo repasaba mis pasos, cuando en-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

contré a una mujer, descalza, deteniéndose el vestido por encima de las rodillas, quien resultó ser mi reumática paciente, la esposa de don José María. Mientras le preguntaba del camino, le dije que ella estaba anulando por completo la pericia del médico, y añadí, lo que yo creo que era la pura verdad, que no esperara mejorar con nuestro tratamiento. Caminé alguna distancia y de nuevo perdí el camino. Era necesario penetrar en el bosque a la derecha. Yo había salido por una vereda en la que no me fijé especialmente. Allí había senderos de ganado en todas direcciones, y por espacio de una milla anduve de aquí para allá, sin acertar con el verdadero camino. Varias veces vi las huellas de los pies de Agustín, pero pronto las perdía entre los lodazales, y ellas solamente me confundían más; por fin me detuve por completo. Ya casi anochecía, no sabía yo qué camino tomar; y como hizo Mr. Henry Pelham cuando estuvo en peligro de ahogarse en una de las cloacas de París, me quedé inmóvil y grité. Para mi gran gozo, fuí respondido por un ronquido de Agustín, que había estado extraviado más tiempo que yo, y se encontraba en mayor tribulación. El tenía tetera en la mano, un cabo de cigarro apagado en la boca; todo enlodado desde la cabeza hasta los pies y en un estado completamente infeliz. Comparamos nuestras observaciones, y, escogiendo un sendero, gritando a medida que avanzábamos, nuestras voces unidas tuvieron su respuesta por ladridos de perros y por Mr. Cathrewood, que alarmado por nuestra ausencia, y temeroso de lo que hubiese acontecido, había salido con don Miguel para buscarnos. Yo no tenía ropa para cambiarme, y en consecuencia me desnudé y me envolví en una manta al estilo de los indios de Norte-América. Toda la tarde el estruendo de la tempestad estallaba sobre nuestras cabezas, iluminando los relámpagos la obscura selva y brillando en el interior de la abierta choza; el aguacero caía a torrentes, y don Miguel nos dijo que probablemente estaríamos incomunicados durante varios días con el otro lado del río y con nuestro equipaje. Sin embargo, pasamos la tarde con gran satisfacción, fumando cigarros de tabaco de Copán, el más afamado en Centro América, de las plantaciones del propio don Miguel y fabricados por su esposa.

Don Miguel, lo mismo que yo aquella tarde, usaba muy pocos vestidos; pero era un hombre inteligente y educado, sabía leer y escribir, sangrar, y sacar muelas o hacer un escrito; era adicto a la literatura, pues le preguntó a Agustín si teníamos algunos libros: dijo que aunque estuviesen en inglés no había diferencia —los libros eran cosa buena;— y era delicioso oírle expresar su desdén por la inteligencia de don Gregorio. El exsubarrendante en la finca, pagando una renta de cuatro dólares anuales, y generalmente se encontraba retrasado en sus pagos: nos dijo que no tenía mucho qué ofrecernos; pero sentimos, lo que era mejor que una cama con dosel, que éramos unos huéspedes bienvenidos. En efecto, todo era agradable. Su esposa esperaba que nosotros le curaríamos sus fiebres intermitentes; Bartolo estaba seguro que le reduciríamos la protuberancia del estómago; y don Miguel gustaba de nuestra compañía. En estas felices circunstancias, la furia de los elementos en el exterior no nos perturbaba.

Todo el día había yo estado pensando en los títulos de don José María, y, envolviéndome en mi manta, sugerí a Mr. Catherwood "una operación". (¡Ocultad vuestros rostros, vosotros especuladores en solares de la parte alta de al ciudad!) ¡Comprar Copán! ¡Remover los monumentos de un pasado pueblo de la desolada región en que se encontraban sepultados, exhibirlos en el "gran emporio comercial" y fundar una institución que fuese el núcleo de un gran museo nacional de antigüedades americanas! Pero, ¿podrían los "ídolos" ser removidos? Ellos se encontraban en las márgenes de un río que desembocaba en el mismo océano que baña los muelles de Nueva York, pero había raudales más abajo; y, respondiendo a mi interrogación, dijo don Miguel que estos eran impasables. No obstante eso, yo habría sido indigno de haber atravesado las edades "que purifican el espíritu del hombre" si no hubiera tenido una alternativa; y esta era exhibirlos por partes: dividir uno y removerlo por piezas, y hacer moldes de los otros. Los moldes del Partenón son estimados como preciosos monumentos en el Museo Británico, y los moldes de Copán serían lo mismo en Nueva York Otras ruinas más interesantes y más accesibles podrían descubrirse. Muy pronto su existencia sería conocida y apreciado su valor, y los amigos de la ciencia y de las artes en Europa querrían tomar posesión de ellas. Estas nos pertenecían por derecho, y, aunque no sabíamos cuán pronto nos arojarían a puntapiés, resolví que deberían ser nuestras; con visiones de gloria e indefinidas fantasías de recibir los agradecimientos de la corporación revoloteando ante mis ojos, me envolví en la manta y me dormí.

CAPITULO 6

COMO EMPEZAR. — PRINCIPIO DE LAS EXPLORACIONES. — INTERES CREADO POR ESTAS RUINAS. VISITA DEL ALCALDE. — ENFADOSAS SOSPECHAS. — UN VISITANTE BIENVENIDO. — CARTA DEL GENERAL CASCARA. — COMPRANDO UNA CIUDAD. — VISITA DE LA FAMILIA DE DON GREGORIO. — DISTRIBUCION DE MEDICINAS.

Al clarear el día las nubes aún pendían sobre la selva; cuando salió el sol se esfumaron; aparecieron nuestros trabajadores, y a las nueve de la mañana salimos de la choza. Las ramas de los árboles destilaban agua y el suelo estaba sumamente lodoso. Andando a pie una vez más sobre la región que contenía los principales monumentos, nos espantamos por la inmensidad del trabajo que teníamos al frente, y pronto llegamos a la conclusión de que explorar todo el terreno sería imposible. Nuestros guías sólo sabían de esta región; pero habiendo visto columnas más allá de la aldea, a una legua de distancia, teníamos razón para creer que estarían otras esparcidas en diferentes direcciones, enteramente ocultas en el bosque, y desconocidas por completo. El monte era tan tupido que casi desesperábamos de pensar en penetrarlo. La única manera de hacer una completa exploración sería talando toda la selva y quemando los árboles. Esto era incompatible con nuestros inmediatos propósitos, podría creerse que nos tomábamos libertades y solamente podría realizarse en la estación seca. Después de una deliberación resolvimos obtener primero dibujos de las columnas esculpidas. Los diseños eran muy complicados, y tan diferentes de cuantos Mr. Catherwood había jamás visto anteriormente que eran por completo ininteligibles. Los cortes estaban en muy alto relieve y requerían una gran cantidad de luz para realzar las figuras; y el follaje era tan denso, y la obscuridad profunda, que el dibujo era imposible.

Después de muchas consultas, seleccionamos unos de los "ídolos", y resolvimos derribar los árboles a su alrededor, y así dejarlo al descubierto de los rayos del sol. Aquí estaba otra dificultad. No había hacha; y el único instrumento que poseían los indios era el machete, o tajadera, que varía de forma en las distintas secciones del país; manejado con una mano, era útil para despejar el bosque de arbustos y de ramas, pero casi inofensivo para los grandes árboles; y los indios, como

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

en los días en que los españoles los descubrimiento, se aplicaban al trabajo sin ardor, ejecutándolo con poca actividad, y, como los niños, se apartaban de él muy fácilmente. Uno macheteaba un árbol, y, cuando cansaba, lo que acontecía muy pronto, sentábase a descansar, y lo relevaba otro. Mientras uno trabajaba, siempre estaban varios mirándolo Yo traía a la memoria el sonido del hacha del leñador en los bosques de la patria y ansiaba algunos muchachos de las grandes laderas de la Sierra Verde. Pero nos habíamos revestido de paciencia, y observábamos a los indios mientras cortaban con sus machetes, y aún nos asombrábamos de que acertasen tan bien. Por fin cayeron los palos y fueron arrastrados hacia un lado, se limpió un espacio alrededor de la base, arreglóse el bastidor de Mr C. y él se puso a trabajar. Yo tomé a dos mestizos, Bruno y Francisco, y, ofreciéndoles un premio por cada nuevo descubrimiento, con una brújula en la mano partí en jira de exploración. Ninguno había visto "los ídolos" hasta la mañana de nuestra primera visita, cuando ellos siguieron en nuestra comitiva para reirse de los ingleses; pero muy pronto mostraron tal interés que los puse a mi servicio. Bruno atrajo mi atención porque admiraba, según supuse, a mi persona; pero averigué que era por mi casaca, una larga blusa de cacería, con muchas bolsas; y él dijo que podría hacer una igual exceptuando los pliegues Era sastre de profesión, y en los intervalos de una gran tarea en una chaqueta, trabajaba con su machete. Pero tenía un gusto innato por las artes. Cuando atravesábamos la selva, nada se escapaba a su mirada, y era profesionalmente curioso en cuanto a los vestidos de las figuras esculpidas. Quedé impresionado con la primera revelación de su gusto por las antigüedades. Francisco halló los pies y piernas de una estatua, y Bruno una parte del correspondiente cuerpo, y el efecto para ambos fue eléctrico. Registraron y rebuscaron sobre el campo con sus machetes hasta encontrar los hombros, y la levantaron entera, menos la cabeza; y ambos se mostraban impacientes por la posesión de instrumentos con qué cavar y encontrar este fragmento que faltaba.

Es imposible describir el interés con que yo exploré estas ruinas. El campo era enteramente nuevo; no había guías escritas ni conductores; todo era terreno virgen. No podíamos distinguir a diez yardas frente a nosotros, y nunca sabíamos con lo que tropezaríamos después. Una vez nos detuvimos para cortar las ramas y bejucos que ocultaban el frente de un monumento, y en seguida cavar alrededor para sacar a la luz un fragmento, cuya esquina esculpida sobresalía de la tierra. Yo me adelantaba muerto de ansiedad mientras que los indios trabajaban, y un ojo, una oreja, un pie, o una mano se desenterraba; y cuando el machete sonaba contra una piedra esculpida, yo apartaba a los indios, y separaba la tierra suelta con las manos. La belleza de la escultura, la solemne quietud de la que se perturbaba únicamente por la trepa de los monos y el parloteo de los loros, la desolación de la ciudad, y el misterio sobre ella suspendido, todo producía un interés mayor, si fuera posible, que el que yo jamás sentí en medio de las ruinas del Antiguo Mundo. Después de varias horas de ausencia regresé a donde se encontraba Mr. Catherwood, y conté arriba de cincuenta objetos para ser copiados.

No lo encontré tan satisfecho de mis noticias como yo esperaba. Estaba él parado con los pies entre el lodo, y dibujando con los guantes puestos, para protegerse las manos contra los zancudos. Como lo temíamos, los diseños eran tan intrincados y complicados, los sujetos tan completamente nuevos e incomprensibles, que tenía gran dificultad para dibujarlos. Hizo varias tentativas, con cámara lúcida y sin ella, pero no quedó satisfecho ni aún yo, que era menos severo en la crítica. El "ídolo" parecía desafiar su arte; dos monos sobre un árbol hacia un lado como que se mofaban de él y yo me sentía desanimado y desconfiado. En efecto, reflexioné, con angustioso pesar, que debíamos abandonar la idea de llevarnos ningún material para especular en antigüedades, y que deberíamos quedar satisfechos con haberlas visto nosotros mismos. De tal satisfacción nadie nos podría privar. Retornamos a la choza con el interés no disminuido, pero tristemente descorazonados por el resultado de nuestra labor

Nuestro equipaje no había podido atravesar el río, pero se recobró el saco azul que me había ocasionado tantas molestias. Yo había ofrecido un dólar de recompensa, y Bartolo, el heredero forzoso del arrendatario de nuestra choza, había pasado el día en el río, y lo encontró enredado en un arbusto de la orilla. Su desnudo cuerpo parecía agradecido de su lavado accidental, y el saco, que nosotros suponíamos que contendría algunos materiales para dibujo de Mr. C., al sacudirlo, dio a luz un par de botas viejas, que, no obstante, en ese tiempo valían su peso en oro, pues eran impermeables, y alegraron el decaído espíritu de Mr. C., quien se hallaba enfermo con un presunto ataque de fiebres intermitentes o reumatismo, por permanecer entre el fango todo el día. Nuestros mozos se fueron a sus casas, y Federico tenía la orden de que antes de venir al trabajo en la mañana, fuera a la casa de don Gregorio a comprar pan, leche, candelas, manteca y unas cuantas yardas de carne de res. La puerta de la choza miraba hacia el Poniente, y el sol se puso sobre la obscura selva al frente con una magnificencia que jamás había visto superada. De nuevo, por la noche, tuvimos aguacero, con truenos y relámpagos, pero no tan violentos como la noche anterior, y por la mañana ya otra vez estaba claro.

Ese día Mr. Catherwood fue mucho más afortunado en sus dibujos; verdaderamente, al principiar, la luz caía exactamente como él lo deseaba, y venció la dificultad. Sus preparativos, además, eran mucho más cómodo, pues tenía sus botas impermeables, y se paró sobre una pieza de lona engrasada, que usábamos para cubrir el equipaje en el camino. Yo pasé la mañana seleccionando otro monumento, derribando los árboles y preparándolo para que él lo copiara. A la una de la tarde llegó Agustín a llamarnos para almorzar. Don Miguel tenía una siembra de frijoles, de la que Agustín recogió cuantos quiso, y, con el producto de un pedido permanente de todos los huevos de la aldea, que eran tres o cuatro al día, cocidones de carne de res, pan y leche de la hacienda, estuvimos muy bien. Por la tarde llegó otra vez Agustín, con la noticia que el alcalde había llegado para hacernos una visita. Como se iba haciendo tarde, dimos por terminado el día, y regresamos a la choza. Estrechamos la mano del alcalde, y le regalamos cigarros a él y a sus acompañantes, y nos hallábamos dispuestos a ser sociables, pero el dignatario estaba tan borracho que apenas pudo hablar. Sus acompañantes sentáronse en cuchillas, tambaleándose sobre las corvas, y, aunque las posturas eran diferentes, nos recordaban a los árabes. A los pocos minutos el alcalde se levantó precipitadamente, hizo un saludo vacilante, y nos dejó, siguiéndole todos los demás, y don Miguel en cuenta. Cuando nos encontrábamos cenando regresó, y era fácil observar que él, su mujer y Bartolo estaban afligidos, y, como lo teníamos, se trataba de nosotros.

Mientras nos hallábamos ocupados en nuestros propios asuntos, teníamos muy poco idea de la sensación que estábamos creando en la aldea. Don Gregorio quedó satisfecho con tenernos fuera de su casa, quería sacarnos de la vecindad. Por desgracia, a más de su instintiva aversión, lo habíamos ofendido distrayéndole algunos de sus trabajadores con los altos precios que, como extranjeros, nos vimos obligados a pagar, y comenzó a mirarnos como a rivales, y decía por todas partes que éramos individuos sospechosos; que nosotros seríamos la causa de que se turbase la paz de Copán para que se introdujesen los soldados y la guerra en las cercanías. En confirmación de ésto, dos indios pasaron por la aldea quienes informaron que nosotros nos ha-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

bíamos fugado de la prisión, que habíamos sido perseguidos hasta la frontera de Honduras por un destacamento de veinticinco soldados bajo las órdenes de Landaveri, el oficial que nos arrestó, y que si nos hubiera capturado habríamos sido fusilados. El alcalde, que había estado borracho desde nuestra llegada, dispuso visitarnos, para resolver las dudas de la aldea, y tomar las medidas que la presencia de esas peligrosas personas y la seguridad del país pudiesen requerir. Pero este noble propósito se vio frustrado por una ridícula circunstancia. Teníamos como regla el llevar nuestras armas con nosotros a las ruinas, y cuando regresamos a la choza para recibir su visita, como de costumbre, cada uno teníamos un par de pistolas en el cinto y una escopeta en la mano; y nuestra apariencia era tan formidable que el alcalde se asustó de su propio audacia al pensar en interrogarnos y bonitamente se fue retirando a la sordina. Tan pronto como llegó a la selva, sus acompañantes le reprocharon por la no ejecución de sus propósitos, y él respondió, con dureza, que no iba a tener algo que decir a unos hombres armados como estábamos nosotros. Animados con la idea de nuestra terrible apariencia, le dijimos a don Miguel que aconsejase al alcalde y a la gente de la aldea que harían mejor en apartarse de nuestro camino y dejarnos solos. Don Miguel lanzó una lúgubre sonrisa, más no todo había terminado Dijo él que no dudaba de nuestra hombres de bien, pero que éramos sospechosos; que el país se encontraba en estado de efervescencia; que se le había prevenido que no debía darnos albergue, y que se vería en dificultades por ello. La pobre mujer no podía ocultar su disgusto. Su cabeza estaba llena de asesinatos y exterminios, y aunque alarmada por su seguridad, no se descuidaba de la nuestra y decía que si algunos soldados llegaban a la aldea, seríamos asesinados, y nos rogaba que nos fuésemos

Nosotros estábamos muy molestos y perturbados con estas comunicaciones, pero teníamos demasiado qué arriesgar para consentir en ser ahuyentados por recelos. Aseguramos a don Miguel que ningún daño podría sobrevenir; que todo era falto y una equivocación, y que nosotros estábamos por encima de toda suspicacia. Al mismo tiempo y para convencerlo, abrí mi baúl, y le enseñé un gran lío de papeles, credenciales selladas para el gobierno y cartas privadas de introducción en español para personas prominentes en Guatemala, presentándome como **"Encargado de los Negocios de los Estados Unidos del Norte"**, y una muy especial de don Antonio Aycinena, actualmente en esta ciudad, antes coronel en el ejército centralista, y desterrado por Morazán, para su hermano el Marqués de Aycinena, corifeo de dicho partido, que estaba dominando en aquella región en la violenta guerra civil de ese tiempo, recomendándome con mucho aprecio, y exponiendo mi propósito de viajar por el país. Esta última carta fue más importante que ninguna otra cosa y si hubiera sido dirigida a alguno del partido opuesto en la política, habría sido en contra nuestra, y confirmado la sospecha de que éramos **"enemigos"**. Jamás hubo tanta grandeza bajo un toldo. Aunque enojados, era casi divertido el vernos obligados a explicar nuestra calidad a tan miserable grupo como don Miguel, su mujer y Bartolo; pero era indispensable el relevarlos de sus dudas y ansiedades, facilitándonos el permanecer tranquilos en su pobre choza; y el consuelo que experimentaron, y el gozo del a mujer al saber que nosotros éramos gente de alguna estimación, no enemigos ni con riesgo de ser fusilados, fué de lo más satisfactorio para nosotros.

A pesar de eso, don Miguel nos aconsejó que fuéramos a Guatemala o con el General Cáscara, a conseguir una orden para visitar las ruinas, y que en seguida volviésemos. En ese particular nosotros habíamos dado un paso en falso. Deberíamos haber ido a Guatemala y regresado con un pasaporte y con cartas del gobierno; pero como no teníamos tiempo qué perder, e ignorábamos lo que había en Copán, probablemente si no hubiera estado en nuestro camino, lo habríamos omitido por completo. Y nosotros no sabíamos que la región estuviese tan enteramente aislada; la gente está menos acostumbrada a la vista de los extranjeros que los árabes alrededor del Monte Sinaí, y son mucho más suspicaces. El Coronel Galindo era el único extranjero que había estado allí antes que nosotros, y él apenas podía ser calificado de extranjejro, porque era Coronel en servicio en Centro América, y visitó las ruinas comisionado por el gobierno. Nuestra visita había quizás tenido alguna influencia sobre los sentimientos del pueblo; en todo caso, enseñó a don Gregorio que no es fácil desembarazarse de los extranjeros; pero yo le aconsejo a cualquiera que desee visitar estas ruinas en paz, que vaya primero a Guatemala, y solicite del gobierno toda la protección que pueda darle. En cuanto a nosotros, ya era demasiado tarde para pensar en ello, y todo lo que teníamos que hacer era mantener nuestro terreno tan pacíficamente como pudiéramos. No teníamos temor de soldados que vinieran de otra parte solamente para molestarnos. Don Miguel nos dijo, lo que ya antes habíamos observado, que no había ni un mosquete en la aldea; la calidad y excelencia de nuestras armas era bien conocida; el arriero había contado que nosotros éramos sujetos desenfrenados, y que lo habíamos amenazado con matarlo; y el alcalde era excesivamente cobarde. Formamos una alianza, ofensiva y defensiva, con don Miguel. su mujer y Bartolo, y nos fuimos a dormir. Don Miguel y su mujer, entre paréntesis, eran gente sigular: dormían con sus cabezas en diferentes extremos de la cama, para que, con el inevitable acompañamiento de fumar, no se perturbasen uno al otro.

En la mañana fuimos aliviados de nuestra dificultad, y colocados en posición de lanzar un reto a los detractores de nuestra reputación. Mientras que los trabajadores se juntaban afuera de la choza, llegó trotando por entre la milpa hasta la puerta un indio mensajero que preguntó por el **Señor Ministro;** y quitándose el sombrero de petate, sacó de la copa una carta, diciendo que le había ordenado el General Cáscara que la entregase en manos propias. Estaba dirigida al **"Señor Catherwod, a Comotán o donde se halle"**, y expresaba el sentimiento del General Cáscara por el arresto en Comotán, atribuyéndolo a ignorancia o equivocación del alcalde y los soldados, e incluyendo, además, un pasaporte separado para Mr. Catherwood. Es para mí muy satisfactorio el acusar recibo de esta carta; y de la prontitud con que el General Cáscara la despachó para "Comotán, o donde él pudiera hallarse", era nada menos de lo que yo esperaba de su carácter y posición oficial. Le supliqué a don Miguel que la leyese en alta voz, le dije al indio que diera nuestros agradecimientos al General Cáscara, y lo envié a la aldea para que se desayunara, con una dádiva que yo sabía que le haría publicar la historia con verdadero énfasis y discreción, Don Miguel se sonrió, su mujer se rió, y algunas pocas manchas de blanco relampaguearon por entre la sucia piel de Bartalo. Elevóse el precio de nuestras acciones, y resolví encaminarme hacia la aldea, fortalecer los lazos de amistad con don José María, visitar a nuestros pacientes, desafiar a don Gregorio y juntar un grupo de ayudantes en Copán.

Mr. Catherwood se fue a las ruinas para continuar sus dibujos, y yo a la aldea, llevando conmigo a Agustín para disparar los cañones de Belize, y comprar comestibles por algo más de lo que valían. Mi primera visita fue para don José María. Después de aclarar nuestra reputación yo mencioné el asunto de la compra de las ruinas; le dije que, con motivo de mis negocios públicos, no podría quedarme todo el tiempo que deseaba, pero que quería regresar con azadones, picos, escaleras, palancas de hierro y hombres, construir una choza para vivir allí, y verificar una completa exploración; que no podía incurrir en gastos con riesgo de que se me negase el permiso para llevarla a cabo; y, para abreviar, en buen castellano, le pregunté: ¿cuánto quiere Ud. por las ruinas? Pienso que no quedaría

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

más sorprendido que si yo le hubiese propuesto comprarle a su pobre vieja mujer, nuestra reumática paciente, para practicar en ella medicina. Parecía dudar quién de nosotros estaría fuera de sí. La propiedad era tan de ningún valor que mi deseo de comprarla parecía muy sospechoso. Al examinar el documento me enteré que él no era el dueño de los bienes, sino que los tenía en arriendo de Don Bernardo de Aguila faltándole tres años para terminar. La extensión era más o menos de seis mil acres por la que pagaba ochenta dólares al año; él no sabía qué hacer, pero me dijo que lo pensaría, que consultaría con su esposa y me daría la respuesta en la choza al día siguiente. Después visité al alcalde, pero se encontraba demasiado borracho para ser suceptible de ninguna impresión; prescribí para varios pacientes; y en vez de ir a donde don Gregorio le mandé con don José María una súplica cortés que se ocupara de sus propios asuntos y que nos dejara en paz; regresé, y pasé el resto del día en medio de las ruinas. Llovió durante la noche, pero aclaró otra vez por la mañana, y temprano estuvimos en el campo. Mi ocupación era ir con los mozos para derribar árboles y malezas, buscar, excavar y preparar los monumentos para que los copiase Mr. Catherwood. Mientras me ocupaba en esto fuí distraído por una visita de don José María, quien aún no sabía qué hacer, y no queriendo aparecer demasiado ansioso, le dije que tomara más tiempo, y que volviera a la mañana siguiente.

Llegó a la mañana siguiente, y su condición era verdaderamente lastimosa. El estaba impaciente por convertir en dinero una propiedad improductible, pero tenía miedo, y me dijo que yo era extranjero, y que ésto le podría acarrear dificultades con el gobierno. Otra vez le hice ver la formalidad de mi carácter, y me comprometí a salvarlo de responsabilidades con el gobierno o dejarlo en libertad. Don Miguel leyó mis cartas de recomendación, y releyó la carta del General Cáscara. Quedó convencido, pero estos papeles no le daban el derecho de venderme su tierra. Pendía aún la sombra de la duda; para terminar, abrí mi baúl, y me puse una levita de diplomático, con profusión de grandes botones con águilas. Tenía puesto un sombrero de jipijapa, empapado por la lluvia y manchado de lodo, una camisa listada, pantalones blancos, amarillos de fango hasta las rodillas, y estaba casi tan **autré** como el rey negro que recibe a una compañía de oficiales británicos en las costas del Africa con sombrero de tres picos y casaca militar, y sin pantalones; pero don José María no pudo resistir a los botones de mi levita; el paño era de lo mejor que él había visto; y don Miguel, su mujer y Bartolo comprendieron enteramente que tenían dentro de su choza a un ilustre incógnito. La única cuestión era que quién podría hallar papel para la hechura del contrato. Yo no reparé en pelillos, y le dí papel a don Miguel, quien recibió nuestras mutuas instrucciones, y señaló el día siguiente para la ejecución del documento.

El lector tal vez tenga curiosidad de saber cómo se venden las ciudades antiguas en Centro América. Lo mismo que otros artículos de comercio, se regulan por la existencia en el mercado, y la demanda; pero no siendo artículos principales, como el algodón y el índigo, se mantienen a precios caprichosos, y en ese tiempo estaba floja la venta. Yo pagué cincuenta dólares por Copán. Nunca hubo ninguna dificultad acerca del precio. Ofrecí dicha suma, para que don José María sólo me creyera un tonto; si yo hubiera ofrecido más, probablemente habría pensado de mi algo peor. .

Teníamos constantes comunicaciones con la hacienda por medio de Francisco, que traía de allí todas las mañanas un **guacal** grande de leche, llevándolo a una distancia de tres millas, y vadeando el río dos veces. Las señoras de la hacienda nos habían mandado a decir que pensaban hacernos una visita, y esta mañana apareció la esposa de don Gregorio, encabezando una procesión de todas las mujeres de la casa, criadas y niños, y dos de sus hijos. Nosotros las recibimos en medio de las ruinas, sentándolas lo mejor que pudimos, y, como primer acto de urbanidad, les ofrecimos cigarros a todas ellas. Difícilmente se me puede creer, pero ninguna de ellas, ni aún los hijos de don Gregorio, habían visto jamás antes los "ídolos", y ahora tenían mucha más curiosidad por ver los dibujos de Mr. C. En verdad, yo creo que fue la fama de estos dibujos la que nos proporcionó el honor de su visita. En el fondo Mr. C. no era más feliz de verlas que el viejo don de vernos a nosotros, pues interrumpió su trabajo, y cada día era de gran valor. Como yo me consideraba hasta cierto punto el propietario de la ciudad, estaba obligado a hacerle los honores; y, estando limpio el paso, las llevé a dar una vuelta, haciéndoles notar todos los objetos de interés como hace el **cicerone** en el Vaticano o en el Palacio Pitti; pero no pude mantenerlas alejadas, y, para disgusto de Mr. C., las traje de regreso a donde él estaba.

Obligados a dejar el trabajo, las invitamos para ir a la choza a ver nuestras comodidades. Algunas de ellas eran nuestras pacientes, y nos recordaron que no les habíamos enviado las medicinas que les prometimos. El hecho es, que evitábamos el darles medicinas cuando podíamos, entre otras razones, por temor de que si alguna por casualidad moría en nuestras manos, cargásemos con la responsabilidad; pero nuestra fama estaba establecida; los honores estaban afianzados a nuestras espaldas y estábamos obligados a llevarlos. Las señoras, a pesar de la brusquedad de don Gregorio, siempre nos habían tratado cariñosamente, y nosotros con todo agrado les habíamos manifestado nuestro reconocimiento de cualquier otro modo que dándoles remedios; pero, para gratificarlas como querían, distribuimos entre ellas polvos y píldoras con direcciones escritas para su uso; y cuando se despidieron las acompañamos por algún trecho, y tuvimos la satisfacción de oír que ellas nos vengaban de don Gregorio haciendo elogios de nuestra galantería y atenciones.

CAPITULO 7

DESLINDE DE LAS RUINAS. — INFORMES DE JUARROS Y DEL CORONEL GALINDO CON RESPECTO A ELLAS.—SU SITUACION.—SU EXTENSION.—PROYECTO DE DESLINDE.—ESTRUCTURAS PIRAMIDALES.—FILAS DE CALAVERAS.—RETRATO INTERESANTE.—"LOS IDOLOS".—CARACTER DE LOS GRABADOS.—CADENAS DE TERRAPLENES.—UN RETRATO.—PATIOS.—CURIOSO ALTAR.—TABLETAS DE JEROGLIFICOS.—CABEZA GIGANTESCA.—CANTERAS DE PIEDRA.—MAS SOLICITUDES DE MEDICAMENTOS.—"IDOLOS Y ALTARES.—IMAGEN SEPULTADA.—MATERIAL DE LAS ESTATUAS.—IDOLOS ORIGINALMENTE PINTADOS.—ALTAR CIRCULAR.—ANTIGUEDADES DE COPAN.

Aquella noche no llovió, y al día siguiente, como el suelo se encontraba algo seco, comenzamos un ordenado deslinde de las ruinas. Fué mi primer ensayo en ingeniería. Nuestros aparatos de agrimensura no eran muy extensos. Teníamos una buena brújula de agrimensor, y el resto se componía de una cinta para medir que Mr. C. había usado en un estudio de las ruinas de Tebas y Jerusalén. Mi parte en el asun-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

to era muy científica. Yo tenía que dirigir a los indios para abrir líneas rectas a través de la selva, hacer que Bruno y Federico colocasen sus sombreros sobre palos para marcar las distancias, y tomar las medidas correspondientes. El segundo día nosotros estábamos en la mejor disposición para ejecutarlo.

Ese día don José María rehusó la ejecución del contrato. Don Gregorio era la causa. Había cesado de entremeterse con nosotros, pero a la idea de nuestro arraigo en la vecindad no pudo contenerse y persuadió a don José María que se vería envuelto en dificultades por tener algo qué arreglar con nosotros; hasta le dijo que el pasaporte del General Cáscara no valía nada, y que el General Cáscara se había pasado al partido de Morazán. Por el momento logró su objeto, pero al fin le ganamos y el contrato se llevó a efecto.

Después de tres días de muy difícil pero muy interesante trabajo, terminamos el deslinde, con cuyos detalles yo intento molestar al lector; pero antes de hacerlo haré mención de lo poco que se sabía antes de estas ruinas.

Juarros, el historiador de Guatemala, dice: "Francisco de Fuentes, quien escribió las Crónicas del Reino de Guatemala, nos asegura que en su época esto es, en el año 1700, el gran circo de Copán aún permanecía entero. Este era un espacio circular rodeado de pirámides de piedra como de seis yardas de alto, y muy bien construidas. En las bases de estas pirámides había figuras, de hombres y mujeres, de muy excelente escultura, que a la sazón conservaban los colores con que habían sido esmaltadas, y, lo que no era menos notable, todas ellas se encontraban ataviadas A LA USANZA DE CASTILLA. En el centro de esta área, elevado sobre una gradería, quedaba el lugar del sacrificio. El mismo autor afirma que a corta distancia del circo se encontraba un portal construido de piedra, sobre cuyas columnas había figuras de hombres, así mismo representados con TRAJES ESPAÑOLES, con medias, y lechuguillas alrededor del cuello, espada, gorro y capa corta. A la entrada se encuentran dos bellas pirámides de piedra, moderadamente grandes y elevadas, de las cuales está suspendida una hamaca que contiene dos figuras humanas, una de cada sexo, ataviadas al estilo indígena. El asombro se excita poderosamente a la vista de esta estructura, porque, grande como es, no hay señales de que sus partes componentes hayan sido soldadas, aunque de una sola piedra y de un enorme peso, puede ser puesta en movimiento con el más leve impulso de la mano".

Desde este tiempo, esto es, desde el año 1700, no existe relación de estas ruinas hasta la visita del Coronel Galindo en 1836, a la que ya me he referido, quien las examinó comisionado por el gobierno de Centro América, y cuyas comunicaciones sobre el asunto fueron publicadas en las actas de la Real Sociedad Geográfica de París, y en la Gaceta Literaria de Londres. El es el único hombre en ese país que ha prestado alguna atención, EN MODO ALGUNO, al asunto de las antigüedades, o quien ha presentado a Copán a la consideración de Europa y de nuestro propio país. No siendo él un artista, su narración es necesariamente poco satisfactoria e imperfecta, pero no es exagerada. En verdad, él se queda atrás del maravilloso relato dado por Fuentes ciento treinta y cinco años antes, y no hace mención de la movible hamaca de piedra, con las figuras sentadas, que fué nuestro gran aliciente para visitar las ruinas. Ningunos planos ni dibujos se han publicado jamás, ni nada que pueda dar siquiera una idea de aquel valle de romance y maravillas, donde, como se ha expresado, los genios que asistieron al Rey Salomón parecen haber sido los artistas.

Está situado en la región del país ahora conocido como el Estado de Honduras, uno de los más fértiles valles en Centro América, y hasta el día famoso por la superioridad de su tabaco. Mr. Catherwood hizo varias tentativas para determinar la longitud, pero el horizonte artificial que tomamos expresamente para tal propósito resultó inclinado, y, lo mismo que el barómetro, fué inútil. Las ruinas se encuentran en la márgen izquierda del río Copán, que desemboca en el Motagua, y así llega a la Bahía de Honduras cerca de Omoa, a una distancia quizás de trescientas millas del mar. El río Copán no es navegable, ni aun por canoas, salvo por un corto tiempo en la estación de lluvias. Saltos de agua interrumpen su curso antes de desembocar en el Motagua. Cortés, en su terrible viaje desde México hasta Honduras, de cuyas penalidades, aún hoy, cuando el país se encuentra comparativamente abierto y libre de masas de enemigos, es difícil formarse un concepto, debe haber pasado a dos días de camino de esta ciudad.

La extensión a lo largo del río, como lo confirman los monumentos que aún existen, es de más de dos millas. Hay un monumento hacia el lado opuesto del río, a una milla de distancia, sobre la cima de una montaña, de dos mil pies de elevación. Si en algún tiempo la ciudad cruzaba el río y se extendía hasta ese monumento, es imposible decirlo. Yo creo que no. En el fondo se encuentra una selva inexplorada, en donde pueden haber ruinas. No existen restos de palacios o de edificios privados, y la parte principal es la que se extiende sobre la orilla del río, y la que puede, quizás, con propiedad ser llamada el templo.

Este templo es un cercado oblongo. El frente o muro del río se extiende en línea recta de norte a sur seiscientos venticuatro pies, y es de sesenta a noventa pies de altura. Es hecho de piedras talladas, desde tres a seis pies de largo, y de pie y medio de ancho. En muchas partes las piedras han sido derribadas por los arbustos que crecen entre las grietas, y en un lugar hay una pequeña abertura, por lo que las ruinas algunas veces son llamadas por los indios LAS VENTANAS. Los otros tres lados se componen de hileras de gradas y estructuras piramidales, que se elevan desde treinta hasta cientocuarenta pies sobre el declive. Toda la línea de deslinde es de dos mil ochocientos sesenta y seis pies, la que, aunque gigantesca y extraordinaria para una construcción arruinada de los aborígenes, para que la imaginación del lector no se vaya a engañar, creo necesario decir que no es tan larga como la base de la gran pirámide de Ghizeh.

El grabado Nº 1 muestra el plano de acuerdo con nuestro deslinde, cuya referencia ayudará al lector a comprender la descripción.

Principiaremos por la derecha: cerca de la esquina sudoeste de la muralla del río y de la muralla del sur hay un retiro que probablemente en un tiempo fué ocupado por un colosal monumento frente al agua, del cual ninguna parte es visible en la actualidad; probablemente se habrá caído y quebrado, y los fragmentos habrán sido enterrados o arrastrados por las aguas en la estación de lluvias. Más allá están las ruinas de dos pequeñas estructuras piramidales, y agregada a la más grande de ellas hay una muralla que se extiende a lo largo de la margen occidental del río; ésta parece haber sido una de las principales murallas de la ciudad; y en medio de las dos pirámides parece que existió una puerta de entrada principal desde el agua.

La muralla del sur se extiende en ángulos rectos en dirección al río, principiando con una hilera de gradas como de treinta pies de altura, y cada grada como de diez y ocho pulgadas en cuadro. En la esquina sudeste hay una maciza estructura piramidal de cientoveinte pies de altura sobre el declive. A la derecha se encuentran otros restos de terraplenes y de construcciones piramidales; y aquí probablemente también hubo una entrada, por un pasaje como de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

veinte pies de anchura, para una superficie cuadrangular de doscientos cincuenta pies en cuadro, en cuyos dos lados hay sólidas pirámides de ciento veinte pies de altura sobre el declive.

Al pie de estas construcciones, y en diferentes partes del área cuadrangular, existen numerosos restos de esculturas. En el punto marcado E se encuentra un monumento colosal ricamente esculpido, caído y arruinado. Detrás de él fragmentos de esculturas, derribados de su lugar por los árboles, están esparcidos y yacen sueltos a un lado de la pirámide, desde la base hasta la punta; y entre ellos nuestra atención fué atraída fuertemente por unas filas de calaveras de proporciones gigantescas, todavía colocadas en su lugar como a la mitad de la altura de la pirámide; el efecto era extraordinario. El grabado Nº 4 representa a una de ellas.

En la época de nuestra visita, nosotros no dudábamos que estas eran calaveras; pero se me ha sugerido que el dibujo es más parecido al cráneo de un mono que al de un hombre. Y, en conexión con este reparo, yo agrego lo que atrajo nuestra atención, aunque no con tanta fuerza en aquel tiempo. Entre los fragmentos de este lado estaban los restos de un enorme mono o cinocéfalo, con viva semejanza en los contornos y la apariencia a los cuatro monstruosos animales que en un tiempo estuvieron enfrente unidos a la base del obelisco de Luxor, ahora en París, y que con el nombre de cinocéfalos, eran adorados en Tebas. Este fragmento tenía como seis pies de alto. Le faltaba la cabeza. El tronco yacía a un lado de la pirámide, y lo bajábamos rodando varias gradas cuando cayó entre un montón de piedras, de donde no lo pudimos sacar. En aquel tiempo no teníamos tal idea, pero no es absurdo suponer que los cráneos esculpidos significaran las cabezas de monos, y que estos animales fuesen adorados como deidades por el pueblo que edificó a Copán.

Entre los fragmentos que yacen en tierra, cerca de este lugar, figura un interesante retrato, del cual el grabado Nº 5 es una representación. Probablemente es el retrato de algún rey, caudillo, o sabio. La boca está dañada, y parte del ornamento sobre la guirnalda que corona la cabeza. La expresión es noble y severa, y todo le retrato manifiesta una fiel imitación del natural.

En el punto marcado D del grabado Nº 1 se yergue una de las columnas o "ídolos" que dan el peculiar carácter de las ruinas de Copán, cuyo frente forma el frontis grabado de este libro, y al que particularmente suplico la atención del lector. Está situado con la cara hacia el oriente, como a seis pies de altura, cuatro pies de frente, y tres de fondo, esculpido en los cuatro costados desde la base hasta la punta, y es uno de los más ricos y detallados ejemplares en toda la extensión de las ruinas. Originalmente estaba pintado, siendo claramente visible aún las señales del color rojo. Frente a él, a una distancia como de ocho pies, se encuentra un gran bloque de piedra esculpida, al que los indios dan el nombre de altar. El sujeto del grabado Nº 8 es una imagen de cuerpo entero, de rostro sin barba y de aire femenino, aunque el traje se parece al de un hombre. Sobre ambos costados hay líneas de jeroglíficos, que probablemente refieren la historia de este misterioso personaje.

Como los monumentos hablan por sí mismos, yo me abstendré de cualquier descripción verbal; y es tanto lo que tengo que presentar al lector, todo con muy grandes diferencias de detalles, que sería imposible, dentro de los límites razonables, dar a conocer nuestras propias especulaciones con respecto a su carácter. Solamente haré notar que, desde un principio, nuestro principal objeto y esfuerzo fué conseguir copias verídicas de los originales, no añadiéndoles nada para su efecto como dibujos. Mr. Catherwood hizo los diseños de todos los dibujos con la cámara lúcida, y dividió su papel en secciones, para así preservar la mayor exactitud de proporción. Los grabados fueron hechos del mismo modo con respecto a la fidelidad, de dibujos reducidos por el mismo Mr. Catherwood, cuyos originales se encuentran también en manos del grabador; y considero pertinente el manifestar que una parte de ellos, de los cuales el frontispicio era uno, fueron enviados a Londres, y ejecutados por grabadores en madera cuyos nombres figuran entre los primeros en Inglaterra; no obstante, aunque hechos con exquisita habilidad, y del mejor efecto como dibujos, fallaron en dar el verdadero carácter y expresión de los originales, y, con alguna considerable pérdida de tiempo y de dinero, todos fueron hechos a un lado y regrabados en acero. Se le proporcionaron a Mr. Catherwood las pruebas de cada plancha, quien hizo las correciones que fueron necesarias; y, en mi opinión, son ellas copias tan fieles como puedan ser presentadas; y, con excepción de las propias piedras, el lector no puede tener mejores materiales de especulación y estudio.

Siguiendo la muralla, en el lugar marcado C del grabado Nº 1, hay otro monumento o ídolo del mismo tamaño, y similar en muchos respectos. El grabado Nº 9 representa la parte de atrás. El carácter de esta imagen, como se halla al pie de la muralla piramidal, con montones de piedras caídas descansando junto a su base, es sublime, y sería difícil exceder la riqueza de ornamentos y la delicadeza de la escultura. Este, además, estaba pintada, y el rojo todavía se distingue claramente.

Todo el cuadrángulo está lleno de árboles, entremezclados con fragmentos de fina escultura, particularmente hacia el lado oriente, y en la esquina nordeste hay un estrecho pasadizo, que probablemente era una tercera entrada.

A la derecha se encuentra una confusa ringlera de terraplenes perdiéndose entre la selva, ornamentados con calaveras, algunas de ellas todavía en su lugar, y otras yaciendo alrededor como han caído o como han sido derribadas. Volviendo hacia el norte, la fila a mano izquierda sigue siendo una elevada y maciza estructura piramidal, con árboles creciendo en ella hasta en la misma punta. A corta distancia se halla una pirámide separada, medianamente perfecta, marcada en el plano Z, del grabado Nº 1, como de cincuenta pies en cuadro y treinta pies de alto. La fila continúa por una distancia como de cuatrocientos pies, descendiendo algo en altura, y a lo largo de ella no existen sino muy pocas ruinas de esculturas.

La hilera de construcciones se torna en ángulos rectos hacia la izquierda, y se dirige al río, juntándose con el otro extremo de la muralla, en donde comenzamos nuestro deslinde. La ribera se elevaba como unos treinta pies arriba del río, y había sido protegida por un muro de piedra, cuya mayor parte estaba caída. Entre los fragmentos que yacen sobre la tierra en este lado se encuentra el grabado Nº 6.

El trazo era complicado, y, estando todo el terreno cubierto de árboles, difícil de llevarlo a cabo. Allí no había pirámide completa, sino, a lo más, dos o tres lados piramidales, y estos unidos sobre terraplenes a otras construcciones de la misma especie. Más allá de la muralla del cercado había murallas, terraplenes, y elevaciones piramidales pasando por entre la selva, lo que algunas veces nos confundió. Probablemente todo no fué edificado al mismo tiempo, sino que le hicieron adiciones y se erigieron estatuas por diferentes reyes, o quizás, en conmemoración de importantes acontecimientos en la historia de la ciudad. A lo largo de toda la línea había graderías con elevaciones piramidales, probablemente coronadas en la punta con edificios o altares ahora en ruinas. Todos estos escalones y lados piramidales estaban pintados, y el lector puede imaginarse el efecto cuando

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

todo el campo estaba libre de la selva, y el sacerdote y el pueblo ascendiendo desde el extremo de los terraplenes, y desde allí al interior de los lugares sagrados para tributar su adoración en el templo.

Dentro de este cercado hay dos patios rectangulares, que tienen granderías para subir a los terraplenes. El área de cada uno es como de cuarenta pies arriba del río. Del más grande y más distante del río, todas las gradas se han caído, y constituyen simples montones de tierra. Hacia un lado, al pie de la muralla piramidal, se encuentra el monumento o "ídolo" marcado B, del cual el grabado Nº 9 represente el frente. Es casi de la misma altura que los otros, pero diferente en la forma, pues es más grande en el remate que de abajo. Su apariencia y carácter es de buen gusto y placentero, pero la escultura es en mucho más bajo relieve; la expresión de las manos es buena, aunque algún tanto formal. La figura de un hombre muestra la altura relativa. La parte de atrás y los costados están llenos de jeroglíficos.

Inmediato a este, en el punto marcado A del grabado Nº 1, existe un notable altar, que quizá presente tan curiosa materia de meditación cual ningún monumento en Copán. Los altares, como los ídolos, son todos de una sola piedra. En general, ellos no son tan ricamente ornamentados y están más descoloridos y gastados, o cubiertos de musgo; algunos estaban completamente enterrados, y de otros fue difícil sacar más que la forma. Todos difieren en la hechura y sin duda tenían alguna distancia y peculiar referencia hacia los ídolos ante los cuales se encontraban Este se yergue sobre cuatro bolas formadas de la misma piedra; la escultura está en bajo relieve, y es el único ejemplar de esa clase de escultura hallado en Copán, estando todas las restantes en atrevido alto relieve. Es de seis pies en cuadro por cuatro de alto, y la cara superior está dividida en treinta y seis tabletas de jeroglíficos, que sin duda remomoran algunos episodios en la historia del misterioso pueblo que en un tiempo habitó la ciudad. Las líneas son todavía claramente visibles, y una fiel copia de ellas aparece en el grabado Nº 7.

Las dos primeras figuras del grabado Nº 10 muestran las cuatro caras de este altar. Cada lado representa a cuatro individuos. En la cara que mira al occidente están los dos principales personajes, jefes o guerreros, con sus rostros opuestos el uno al otro, y aparentemente ocupados en argumentos o negociaciones. Los otros catorce se hallan divididos en los partes iguales y parecen estar siguiendo a sus jefes. Cada una de las dos figuras principales está sentada con las piernas cruzadas al estilo oriental, sobre un jeroglífico que probablemente designa su nombre y oficio, o carácter, y sobre tres de ellos figura la serpiente. En medio de los dos principales personajes se halla un interesante ornamento que contiene dos jeroglíficos bien preservados, los que nos hicieron recordar vivamente el sistema egipcio de dar los nombres de los reyes o héroes en cuyo honor se erigían los monumentos. Los tocados son notables por su curiosa y complicada forma. Todas las figuras tienen petos, y uno de los personajes principales sostiene en la mano un instrumento, que puede tal vez ser considerado como un cetro; cada uno de los otros sostiene un objeto que solamente puede ser materia de especulación y conjetura. Puede ser que sea una arma de guerra, y si así fuere, es la única de su clase que se halla representada en Copán. En otros países, las escenas de batalla, los guerreros, y las armas de combate figuran entre los más prominentes objetos de la escultura; y por la completa ausencia de ellos aquí hay razón para creer que el pueblo no era belicoso, sino pacífico, y fácil de sojuzgar.

El otro patio está cerca del río. Derribando los árboles descubrimos que la entrada queda del lado norte, por un pasaje de treinta pies de ancho y como de trescientos pies de largo. Hacia la derecha se encuentra una alta gradería que se levanta hasta el terraplén de la muralla del río. Al pie de ésta se hallan seis piedras circulares, desde diez y ocho pulgadas hasta tres pies de diámetro, quizá en otro tiempo los pedestales de columnas o monumentos que hoy están caídos y sepultados. Sobre el lado izquierdo del pasaje se encuentra una elevada estructura piramidal, con gradas de seis pies de altura por nueve de ancho, como el lado de una de las pirámides de Saccara, y de ciento veintidos pies de altura sobre el declive. La punta está caída, y tiene dos inmensas ceibas creciendo sobre ella, cuyas raíces han derribado las piedras, y ahora ciñen la punta de la pirámide. Al extremo del pasaje se halla el área o patio, probablemente el gran circo de Fuentes, pero que, en vez de ser circular, es rectangular, de ciento cuarenta pies de largo por noventa de ancho, con gradas por todos lados. Este era probablemente el lugar más sagrado en el templo. Fuera de duda este ha sido el teatro de grandes hechos y de imponentes ceremonias religiosas; pero cuáles fueron esas ceremonias, o quiénes eran los actores en ellas, o qué los condujo a tan tremendo fin, eran misterios imposibles de sondear. Allí no había ídolo ni altar, ni se encontraban vestigios de ellos. A la izquierda, irguiéndose sola, a dos tercios de altura de las gradas se encuentra la gigantesca cabeza del frente. Está un poco movida de su lugar, y una parte del ornamento de un lado ha sido arrojado a alguna distancia por la expansión del tronco de un árbol grande, como se ve en el grabado Nº 11. La cabeza tiene como seis pies de altura, y es de buen estilo. Lo mismo que muchas de las otras, con la gran expansión de los ojos, parecía que intentaban inspirar pavor. A cada lado de ella, a una distancia como de treinta o cuarenta pies, y algo más abajo, se encuentran otros fragmentos de escultura de colosales dimensiones y perfecto diseño, y al pie están dos enormes cabezas volteadas y parcialmente enterradas, que bien valen la atención de futuros artistas y viajeros. Todo el área se encuentra lleno de árboles y estorbada por materia vebetal en pudrición, con fragmentos de curiosas esculturas que sobresalen de la superficie, las que, probablemente con muchas otras completamente sepultadas, cavando saldrían a luz.

Sobre el lado opuesto, paralelo al río, hay otra hilera de quince gradas que conducen a un terraplén de doce pies de ancho, y de allí quince gradas más hasta otro terraplén de veinte pies de ancho, extendiéndose hasta la muralla del río. A cada lado del centro de las gradas hay un montón de ruinas, aparentemente de una torre circular. Como a medio camino de las gradas hacia el lado de acá se encuentra un hoyo de cinco pies en cuadro y diez y siete pies de profundidad cubierto con piedra. En el fondo hay una abertura de dos pies y cuatro pulgadas de alto, con una pared de un pie y nueve pulgadas de espesor, que da acceso a una cámara de diez pies de largo, cinco pies y ocho pulgadas de ancho, y cuatro pies de alto. A cada extremo hay un nicho de un pie y nueve pulgadas de alto, un pie y ocho pulgadas de hondo, y dos pies y cinco pulgadas de largo. El Coronel Galindo penetró por primera vez a esta bóveda sepulcdal, y halló los nichos y el piso llenos de platos y ollas de loza roja de barro, más de cincuenta de ellos, dice él, se encontraban llenos de huesos humanos, metidos entre cal. También varios afilados y aguzados cuchillos de CHAYA, una pequeña calavera cincelada en una fina piedra verde, con los ojos casi cerrados, las bajas facciones torcidas, y la parte de atrás simmétricamente perforada con agujeros, toda de una exquisita manufactura. Inmediatamente arriba del hoyo que conduce a esta bóveda se encuentra un pasadizo que atravesando el terraplén se dirige a la muralla del río, por el que, como ya se ha dicho, a las ruinas se les llama algunas veces Las

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Ventanas. Es de un pie y once pulgadas en la parte inferior y un pie en la de arriba, en forma de escalinata y apenas con el espacio suficiente para que un hombre se arrastre por en medio sobre su rostro.

Allí no había restos de edificios. Con respecto a la hamaca de piedra mencionada por Fuentes, y la que, en efecto, fué nuestro gran aliciente para visitar estas ruinas, nosotros hicimos especiales averiguaciones y la buscamos, pero no vimos nada de ella. El Coronel Galindo no la menciona. No obstante eso, puede haber existido, y puede estar todavía allí, rota y sepultada. El padre de Gualán nos dijo que él la había visto, y en nuestras preguntas entre los indios, nos encontramos con uno que nos contó que había oído a su padre decir que SU padre, dos generaciones atrás, había hablado de tal monumento.

Yo he omitido los detalles de nuestro deslinde; la dificultad y trabajo en la apertura de líneas por entre los árboles; la trepada por los flancos de las pirámides en ruinas; la medición de las graderías, y el agravante de todo esto por la falta de materiales y de ayuda, y por nuestro imperfecto conocimiento del idioma. La gente de Copán no podía comprender lo que estábamos haciendo, y pensaba que practicábamos algunas magia negra para descubrir tesoros escondidos. Bruno y Francisco, nuestros principales coadjutores, se hallaban completamente desconcertados, y aun los monos parecían embarazados y confusos; estas falsas representaciones de nosotros contribuyeron no poco a mantener vivo el raro interés que prevalece sobre el lugar. Ellos no hacían "monerías", sino que eran graves y solemnes cual si oficiaran como guardianes de un suelo consagrado. Por la mañana se mantenían quietos, pero en la tarde llegaban a darse un paseo por las copas de los árboles; y de vez en cuando, al clavar su mirada sobre nosotros, parecían a punto de interrogarnos por qué perturbábamos el reposo de las ruinas. He omitido, además, lo que agravaba nuestras penalidades e inquietaba nuestro sentimiento: el miedo a los escorpiones, y los piquetes de zancudos y garrapatas, estas últimas, a pesar de las precauciones (pantalones bien amarrados sobre las botas y chaquetas abrochadas hasta el cuello), pasaban bajo nuestras ropas y se nos metían en la carne; por la noche, también, la choza de don Miguel era un vivero de pulgas, para protegernos de las cuales, a la tercera noche de nuestro arribo, cosimos los lados y un extremo de nuestras sábanas, y nos metíamos entre ellas como en un saco. Y ya que menciono nuestras molestias puedo agregar, que durante este tiempo se agotó la harina en la hacienda, que nos quedamos sin pan, y nos vimos atenidos a tortillas.

Al siguiente día que nuestro deslinde quedó terminado, como un alivio salimos a dar un paseo por las antiguas canteras de piedra de Copán. Muy pronto abandonamos la senda a lo largo del río y tomamos hacia la izquierda. El terreno era quebrado, la selva espesa, y en todo el camino tuvimos a un indio por delante con su machete cortando ramas y renuevos. La cordillera queda como a dos millas al norte del río, y se extiende de oriente a poniente. Al pie de ella atravesamos una tumultuosa corriente. La falda de la montaña estaba cubierta con árboles y malezas. La cima era pelada, y dominaba una magnífica vista de una densa selva, interrumpida únicamente por las sinuosidades del río Copán, y los claros para las haciendas de don Gregorio y don Miguel. La ciudad se hallaba sepultada entre la selva y escondida enteramente a la vista. La imaginación poblaba la cantera de trabajadores y colocaba la ciudad descubierta a sus miradas. Aquí, a medida que trabajaba el escultor, tornábase hacia el teatro de su gloria, como lo hacían los griegos para la Acrópolis de Atenas, y soñaba en la fama que lo inmortalizara. Poco se imaginaba que vendría el tiempo en que sus obras perecerían, su raza se extinguiría, su ciudad sería una desolación y nido de reptiles, para que los extraños la contemplaran y se preguntaran por qué raza habría sido poblada en otro tiempo.

La piedra es de una suave arena. La tierra se extiende a gran distancia, y parece ignorar que de sus flancos se ha tomado la piedra suficiente para construir una ciudad. Cómo fueron transportadas las enormes masas sobre la superficie quebrada e irregular que habíamos cruzado, y particularmente cómo una de ellas fué colocala en la cima de una montaña de dos mil pies de elevación, era imposible conjeturar. En muchos lugares se hallaban piezas que habían sino sacadas y desechadas por algún defecto; y en un punto, a medio camino en un barranco que conduce al río, estaba un gigantesco bloque, mucho más grande que ninguno de los que vimos en la ciudad, el cual probablemente iba en camino para allá, para ser esculpido y colocado como un ornamento, cuando las obras de los trabajadores fueron detenidas. Lo mismo que los incompletos bloques en las canteras de Assouan y sobre el monte Pentélico, permanece como un recuerdo de los frustrados planes de la humanidad.

Permanecimos todo el día en la cumbre de la cordillera. La densa selva en la que habíamos estado trabajando nos hizo más sensibles a la belleza del extenso panorama. Sobre la cima de la sierra había una piedra labrada. Con la piedra CHAY que hallamos entre las ruinas, que supusimos ser el instrumento para la escultura, escribimos nuestros nombres sobre ella. Ellos están solos, y pocos los verán jamás. Ya avanzada la tarde regresamos, y atravesamos el río como a una milla arriba de las ruinas, cerca de un muro de piedra con un edificio circular y un hoyo, aparentemente para un depósito de agua.

Al aproximarnos a nuestra choza, vimos dos caballos con sillas de mujer, amarrados afuera, y oímos el llanto de un niño en el interior. Había llegado un grupo, compuesto de una anciana y su hijo, su hijo, y la esposa de éste y una criatura, y su visita era para los MEDICOS. Habíamos tenido tantas solicitudes de REMEDIOS, nuestra lista de enfermos había aumentado tan rápidamente, y habíamos estado tan fastidiados todas las noches pesando y midiendo los medicamentos, que, influenciados también por los temores ya referidos, habíamos hecho saber nuestra intención de suspender la práctica; pero nuestra fama se había extendido tan lejos que estas gentes llegaban actualmente desde más allá de San Antonio, a más de treinta millas de distancia, para ser curadas, y era penoso despedirlas sin hacer algo por ellas. Como Mr. C. era el MEDICO en quien el público tenía más confianza, yo apenas prestaba alguna atención a ellas, a menos que observara que fuesen mucho más respetables por el traje y apariencia que ninguno de los pacientes que habíamos tenido, salvo los miembros de la familia de don Gregorio; pero durante la noche fuí atraído por el tono en que la madre habló de la hija, y por primera vez noté en ésta una extrema delicadeza de figura y un bonito pie con primoroso zapato y media limpia. Tenía ella un chal echado sobre la cabeza, y al dirigirle la palabra, quitóse el chal y dejó ver un par de los más tiernos y columbinos ojos que los míos jamás haban encontrado. Ella era la primera de nuestras pacientes en que yo tomé algún interés, y no pude negarme el privilegio del médico de tomar su mano entre las mías. Mientras ella pensaba que estaríamos consultando con respecto a su enfermedad, nosotros hablábamos de su interesante rostro; pero el interés que tomamos por ella era melancólico y doloroso, porque presentíamos que era una delicada flor, nacida para florecer sólo en una estación, y aun en el momento de desplegar sus bellezas, sentenciada a morir.

El lector está enterado que nuestra choza no tenía tabiques. Don Miguel y su esposa cedieron su

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cama a dos de las mujeres; ella misma durmió sobre un petate en el suelo con la otra. Mr. C. se acostó en su hamaca, yo en mi cama de maíz, y don Miguel y el muchacho bajo un cobertizo en el lado de afuera.

Pasé dos o tres días más haciendo los desmontes y preparativos, y luego Mr. Catherwood tuvo ocupación por lo menos para un mes. Cuando cambiamos de ruta para visitar estas ruinas, no esperábamos encontrar ocupación para más de dos ó tres días.

Yo no me consideraba en libertad de quedarme por más tiempo. Emprendí una desesperada cacería tras un gobierno; y temoroso que entre estas ruinas pudiesen naufragar mis destinos políticos, y acarrear reproches para mis compañeros de partido, consideré más seguro el marchar en su persecución. Se convocó un consejo al pie de un ídolo, al que ambos, Mr. C. y yo, estuvimos presentes. Este se reanudó en la choza de don Miguel. El asunto fué discutido en todos sus aspectos. Toda la agitación en la aldea había terminado; estábamos solos y tranquilos; Mr. C. tenía bajo su dominio a Bruno y Francisco, a don Miguel, su mujer y Bartolo. Teníamos muy pocas ganas de separarnos, pero se convino, por unanimidad, en que yo seguiría para Guatemala, y Mr. Catherwood se quedaría para terminar sus dibujos. Mr. Catherwood se quedó, y después de muchas privaciones y dificultades, se vio obligado a retirarse a causa de enfermedad. Regresó por segunda vez y los terminó, y yo doy el resultado de todos ellos.

A corta distancia del templo, entre murallas terraplenadas, probablemente en otra época conectadas con el principal edificio, se encuentran los "ídolos" que dan el carácter distintivo a las ruinas de Copán; y si el lector quiere mirar el mapa, y seguir la línea que dice "pathway to don Miguel's house", (vereda para la casa de don Miguel) hacia el final y a la derecha verá el sitio donde se hallan. Inmediatos como están, la selva era tan densa que no podía verse uno desde el otro. Con objeto de establecer su yuxtaposición, cortamos vistas entre los árboles y tomamos los ángulos y las distancias; y los presento en el orden en que se encuentran. El primero está a la izquierda de la senda, en el punto K. Este monumento está caído y con la cara destruida. Es de doce pies de altura, tres pies y tres pulgadas en un lado, y cuatro pies en el otro. El altar está hundido entre la tierra, y no damos dibujo de ninguno de ellos.

A una distancia de doscientos pies se yergue el marcado del grabado Nº 1. Tiene once pies y ocho pulgadas de alto, tres pies y cuatro pulgadas en cada lado, y queda con su frente hacia el oriente sobre un pedestal de seis pies en cuadro, todo descansando sobre un cimiento de piedra circular de diez y seis pies de diámetro. Frente a él, a la distancia de ocho pies y diez pulgadas, hay un altar, en parte sepultado, tres pies y tres pulgadas arriba del suelo, de siete pies en cuadro, y situado diagonalmente hacia el "ídolo". Está en alto relieve, vigorosamente esculpido, y en buen estado de preservación.

Los dos grabados de la figura Nº 12 representan una vista del frente y de la espalda. El frente, por la ausencia de barba y por el traje, supusimos que es la imagen de una mujer, y el semblante presenta rasgos de individualidad, guiando a la suposición de que es un retrato.

La espalda es un sujeto diferente. La cabeza está en el centro, con ornamentos complicados sobre ella, la faz quebrada, los bordes graciosamente dispuestos y al pie con tabletas de jeroglíficos. El altar está representado hacia un lado y consta de cuatro grandes cabezas extrañamente agrupadas y entrelazadas, de manera que no es fácil comprender. No pudo ser presentado en su propio lugar sin ocultar la parte baja del "ídolo". Al dibujar el frente, Mr. Catherwood siempre estuvo entre el altar y el "ídolo".

Un poco detrás de éste se halla el monumento marcado T. Es uno de los más bellos de Copán, y en artificio es igual a las más hermosas esculturos egipcias. En verdad, sería imposible, con los mejores instrumentos de los tiempos modernos, cincelar las piedras con más perfección. Está situado al pie de una muralla de gradas, con solo la cabeza y parte del pecho salidos sobre la tierra. El resto está sepultado, y probablemente es tan perfecto como la parte que es ahora visible. Cuando lo descubrimos primero, estaba enterrado hasta los ojos. Atraídos por la belleza de la escultura, y por su solemne y melancólica actitud, comenzamos la excavación. Como el terreno era plano hasta el punto indicado, se hizo la excavación aflojando la tierra con el machete y sacándola con las manos. A medida que adelantábamos, se formó una muralla de tierra en derredor y aumentó nuestro trabajo. Los indios usaban sus machetes tan sin cuidado, que, temerosos de dejarlos trabajar junto a la piedra los limpiábamos con nuestras propias manos. Era imposible, sin embargo, continuar; la tierra estaba completamente entretejida por las raíces que entrelazaban y ligaban el monumento. Requería que se sacara por completo la tierra en un circuito de diez o doce pies, y sin ningunas herramientas apropiadas, y temerosos de dañar la escultura, preferimos dejarla, para ser excavada por nosotros mismos en alguna época futura o por algún viajero del porvenir. Quienquiera que sea, yo casi le envidio la satisfacción de hacerlo. El diseño de los árboles que crecen alrededor aparece en el grabado Nº 13.

Rumbo al sur, a una distancia de cincuenta pies, se halla una mole de escultura caída, con un altar, marcado R en el mapa del grabado Nº 1; y a noventa pies de distancia se encuentra la estatua marcada Q, erguida con su frente hacia el este, de doce pies de altura y tres pies en cuadro, sobre un pedestal oblongo de siete pies de frente y seis pies con dos pulgadas a los lados. Ante él, a una distancia de ocho pies y tres pulgadas, está un altar de cinco pies y ocho pulgadas de largo, tres pies y ocho pulgadas de ancho, y cuatro pies de altura.

La cara de este "ídolo" es decididamente la de un hombre. La barba es de un curioso estilo, y unida a los bigotes y cabellos. Las orejas son grandes, aunque no parecidas al natural; la expresión sublime, la boca entreabierta, y los globos de los ojos parecen saltando de las cuencas; el propósito del escultor, en apariencia debe haber sido el infundir terror. Los pies están adornados con sandalias, probablemente de la piel de algunos animales silvestres, al estilo de aquel tiempo.

La espalda de este monumento contrasta de manera notable con el horrible retrato del frente. No tiene nada grotesco o perteneciente a la ruda fantasía de los indios, sino que es digna de atención por su extramada gracia y su belleza. En nuestros diarios paseos, a menudo nos deteníamos a contemplarla, y mientras más la mirábamos, mayor era el interés que despertaba ante nosotros. Otros parecían destinados a inspirar terror, y, con su altares por delante, algunas veces sugerían la idea de un ciego, fanático y supersticioso pueblo, y de sacrificios de víctimas humanas. Este siempre dejaba una grata impresión; y ahí existía un interés mayor, pues nosotros considerábamos que en las tabletas de sus medallones el pueblo que la erigió habría publicado sus memorias, por medio de las cuales nosotros podríamos algún día conferenciar con una raza desaparecida, y descubrir el misterio que se cierne sobre la ciudad. Ambas figuras están dibujadas en el grabado Nº 14.

A una distancia de ciento cuarenta y dos pies en dirección sudeste se halla el ídolo marcado P. Se levanta al pie de una muralla que se eleva en gradería a la altura de treinta o cuarenta pies; originalmente mucho más elevada, pero el resto caído y arruinado. Su casa mira al norte; su altura once pies y nueve pulgadas, el ancho de sus lados de tres pies, y el pedestal de siete pies en cuadro. **Frente** a él, a una distanci de doce pies, se halla un enorme altar. Este es de bue-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

na ejecución, y ha estado pintado de rojo, aunque apenas queda algún vestigio de la pintura, y la superficie está gastada por el tiempo. Los dos grabados, el Nº 15 y el Nº 16 representan la parte de adelante y la de atrás El primero parece representar el retrato de un rey o el de héroe, quizás exaltado a divinidad. Se presume que es un retrato, por ciertas señales de individualidad en las facciones, también observables en la mayor parte de los otros, y su sexo está determinado por la barba, como en los monumentos egipcios, aunque éste tiene bigotes, lo que no se encuentra en los retratos de Egipto.

La espalda de este ídolo, también, presenta un asunto enteramente distinto, consistente en tabletas, cada una conteniendo dos figuras extrañamente agrupadas, mal formadas, en ciertos casos con repugnantes cabezas, mientras que en otros se conserva el aspecto natural. Los ornamentos, diademas y vestuarios son interesantes, pero qué es lo que están haciendo o sufriendo estos personajes es imposible averiguar. Esta estatua ha sufrido tanto por la acción del tiempo y de los cambios atmosféricos, que no siempre era fácil decifrar los caracteres, contando en todo caso con muy mala luz que llegaba por las irregulares aberturas de entre las ramas de los árboles.

La piedra de que están hechos todos estos altares y las estatuas es de una suave roca arenisca de las canteras ya referidas. En dichas canteras observamos muchos bloques con duros pedernales distribuidos entre ellos, que habían sido desechados por los trabajadores después de cantearlos. La espalda de este monumento contenía dos. Entre la segunda y tercera tableta el pedernal ha sido arrancado y la escultura está confusa; el otro en la penúltima fila desde la base, permanece intacto. Una inferencia de esto es, que el escultor carecía de herramientas para poder labrar tan duras piedras, y, en consecuencia, que el hierro era desconocido. Nosotros, por supuesto, habíamos encaminado nuestras pesquisas y preguntas particularmente a este punto, pero no encontramos ninguna pieza de hierro o de otro metal, ni pudimos oír de alguno que jamás se hubiesen encontrado allí. Don Miguel tenía una colección de **chayes** o pedernales, tallados en forma de puntas de flecha, que él pensaba, y don Miguel no era tonto, que eran los instrumentos empleados Eran suficientemente fuertes para rayar la piedra. Quizás para los hombres acostumbrados a usarlos, todos estos hondos ornamentos en relieve pueden haber sido ejecutados, pero los propios **chayes** parecían labrados con metal.

El grabado Nº 15 representa el altar como se halla situado ante el monumento anterior. Es de siete pies en cuadro y cuatro pies de altura, ricamente esculpido en todos sus lados. El frente representa una calavera. La parte superior está esculpida y tiene ranuras, tal vez para que escurriera la sangre de las víctimas, humanas o animales, ofrecidas en sacrificio. Los árboles en el grabado dan una idea de la selva en que se encuentran sepultados estos monumentos.

A la distancia de ciento veinte pies al norte se encuentra el monumento marcado O, dibujado en el grabado Nº 16 ya señalado, el que, desgraciadamente, está caído y quebrado. En escultura es lo mismo que el bello monumento medio enterrado que se citó anteriormente, y, lo repito, en su ejecución igual a las mejores reliquias del arte egipcio. La parte caída estaba completamente ligada a la tierra por viñas y enredaderas, y antes que pudiese ser dibujada fue necesario desenlazarlas, y arrancar las fibras de entre las hendeduras. La pintura es muy perfecta, y ha preservado a la piedra, lo que hace más lamentable el que se encuentre rota El altar está enterrado, con la superficie escasamente visible, el cual, al excavarlo, averiguamos que representa el lomo de una tortuga

El grabado Nº 17 muestra la frente, la espalda y uno de los costados del monumento N, distante veinte pies del anterior. Es de doce pies de altura, cuatro pies en un lado, tres pies y cuatro pulgadas en el otro, y está colocado sobre un pedestal de siete pies en cuadro, con el frente hacia el oeste. Allí no se ve altar; probablemente está roto y sepultado. La vista del frente semeja un retrato, probablemente de algún rey o héroe deificado. Los dos ornamentos de la punta se parecen a la trompa de un elefante, animal desconocido en aquel país. La cabeza de cocodrilo está a siete pies de allí, perlo parece que no tiene relación con él. Esta tiene cuatro pies fuera de la tierra, y se muestra en el grabado como uno de los muchos fragmentos hallados entre las ruinas.

La espalda representa un objeto muy distinto del de adelante. En la punta se encuentra una figura sentada con las piernas cruzadas, casi escondida bajo un enorme tocado; y tres de los compartimientos contienen tabletas de jeroglíficos.

Para no multiplicar los grabados, he omitido las vistas de los costados, pues ellas son, en general, menos interesantes. Este es particularmente bello. Las tableta sde jeroglíficos se distinguen muy bien.

A la distancia de veintiocho pies en la misma dirección se halla la estatua marcada M, la cual está caída, y yace sobre su espalda, con un árbol que la atraviesa por casi todo el largo, dejando visible solamente el contorno, los pies, y las sandalias, ambas cosas muy esculpidas. El grabado Nº 18 es una representación de ella.

Al frente se encuentra un altar circular con dos ranuras encima, de tres pies de altura, y cinco pies con seis pulgadas de diámetro, del cual se da aquí un dibujo en el grabado Nº 19.

Los tres grabados de la figura Nº 20 que siguen son vistas del frente, de la espalda y de un costado del monumento marcado L, distantes setenta y dos pies al norte del anterior, con el frente hacia el oeste, de doce pies de altura, tres pies de frente, dos pies y ocho pulgadas de costado, y el pedestal de seis pies en cuadro. Frente a él, a una distancia de once pies, hay un altar muy desfigurado, y sepultado en la tierra.

La vista del frente es un retrato. La espalda está enteramente llena de jeroglíficos, y cada tableta tiene dos jeroglíficos enteramente unidos, arreglo que después observamos ocasionalmente en Palenque. El costado presenta una sola hilera de jeroglíficos, unidos de la misma manera. Las tabletas probablemente contienen la historia del rey o héroe delineado, y los hechos o circunstancias particulares que constituyen su grandeza.

Ahora yo he explicado los grabados de los más interesantes monumentos de Copán, y repito, ellos son exactas y fieles representaciones. Intencionalmente me he abstenido de todo comentario. Si el lector puede deducir de ellos aunque sea una pequeña parte del interés que nosotros tuvimos, quedará repagado de todo lo que pueda hallar sin provecho en estas páginas.

Del efecto moral de los propios monumentos, estando como están en el corazón de una selva tropical, silenciosos y solemnes, raros en diseño, de escultura excelente, ricos en ornamentos, diferentes de las obras de cualquier otro pueblo, de sus usos y propósitos, con toda su historia tan enteramente desconocida, con jeroglíficos que lo explican todo, pero perfectamente ininteligibles, yo no pretenderé expresar ninguna idea. A menudo la imaginación se acongojaba al contemplarlos El tono que se esparce por las ruinas es el de una profunda solemnidad. Una mente imaginativa podría ser inficionada con supersticiosos sentimientos. A fuerza de llamarlos constantemente con ese nombre en nuestras relaciones con los indios, nosotros reputamos a estos solemnes monumentos como "ídolos" —reyes y héroes divinizados— objetos de adoración y de culto ceremonial. No hallamos ya sea en los monumentos o en los fragmentos esculpidos ningún dibujo de sacrificios humanos, o, en verdad, de ninguna otra clase de inmolaciones, pero no había duda que la gran piedra

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

esculpida invariablemente encontrada frente a cada "ídolo" era usada como un altar para sacrificios. La forma de escultura con más frecuencia hallada era una *calavera, a veces el principal ornamento, y a veces so*lamente accesorio; filas enteras de ellas sobre la muralla externa, añadían tristeza al misterio del lugar, manteniendo ante los ojos de los vivientes la muerte y la fosa, y presentando la idea de una ciudad santa —la Meca o Jerusalén de un pueblo desconocido.

Con respecto a la antigüedad de esta desolada ciudad yo al presente no haré ninguna conjetura. Alguna idea podría tal vez formarse por las acumulaciones de tierra y los gigantescos árboles que crecen encima de las derruidas estructuras, pero esta sería incierta y poco satisfactoria. *Tampoco ofreceré* de momento ninguna conjetura con relación al pueblo que la edificó, o de la época de su desocupación y la forma en que fue despoblada, y convertida en una desolación y ruina; ni sobre si acabó por la espada, o por el hambre, o prestilencia. Los árboles que la amortajan pueden haber brotado de la sangre de sus despedazados habitantes; pueden haber perecido aullando por el hambre; o la pestilencia, como el cólera, puede haber llenado sus calles de cadáveres, y arrojado para siempre a los débiles resíduos de sus hogares; de cuyas horrendas calamidades en otras ciudades tenemos relatos auténticos, en *eras anteriores y subsiguientes* al descubrimiento del país por los españoles. Una cosa yo creo, que su historia está grabada en sus monumentos. Ningún Champollión ha traído aun hasta ellos las energías de su mente investigadora. ¿Quién los leerá?

"Caos de ruinas! ¿Quién trazará el vacío,
Sobre los obscuros fragmentos lanzará un rayo de (luna
Y dirá "aquí fue o es", donde todo es doblemente (obscuro?"

En conclusión yo simplemente haré notar, que si este es el lugar a que aluden los historiadores españoles, conquistado por Hernando de Chávez, lo que casi dudo, en ese tiempo sus rotos monumentos, terraplenes, estructuras piramidales, portales, murallas y figuras esculpidas se encontraban enteros, y todos estaban pintados; los soldados españoles deben haberlos *contemplado con asombro y admiración*; y parece extraño que un ejército europeo pudiese haber penetrado allí sin divulgar su fama por medio de informes oficiales de los generales y de exageradas historias de soldados. A lo menos, ningún ejército europeo podría entrar a tal ciudad ahora sin este resultado consiguiente; pero el silencio de los españoles puede ser atribuido al hecho de que estos conquistadores de América eran analfabetos e ignorantes aventureros, ávidos en perseguir el oro, y ciegos para toda otra cosa; o, si se dieron los informes, el gobierno español, con la celosa política que observó hasta el último instante de su *dominación, reprimió todo lo que pudiese atraer* la atención de las naciones rivales hacia a sus posesiones americanas.

CAPITULO 8

SEPARACION. — UNA AVENTURA. — EL RIO COPAN. — DON CLEMENTINO. — UNAS BODAS. — UNA CENA. — BAILE DE BODAS. — COMPRA DE UNA MULA. — LA SIERRA. — VISTA DESDE LA CUMBRE — ESQUIPULAS. — EL CURA. — HOSPITALARIA RECEPCION. — LA IGLESIA DE ESQUIPULAS. — RESPONSABILIDADES DEL CURA. — MONTAÑA DE QUEZALTEPEQUE. — UN PELIGRO INMINENTE. — SAN JACINTO. — RECEPCION POR EL PADRE. — UNA FIESTA DE ALDEA. — UNA EMBOSCADA. — EL RIO MOTAGUA. — LA ALDEA DE SANTA ROSALIA. — UNA ESCENA DE DIFUNTO.

Habiendo decidido que, en tales circunstancias, era mejor separarnos, no perdimos tiempo en actuar en ese sentido. Yo tuve dificultad para llegar a un recto entendido con mi arriero, pero al fin celebramos un tratado de paz. Se cargaron las mulas, y a las dos de la tarde monté. Mr. C. me acompañó hasta la orilla del bosque, donde me despedí de él, y le *dejé para encon*trar dificultades peores que las que habíamos temido. Yo pasé por la aldea, crucé el río, y, dejando al arriero en la ribera, me encaminé a la hacienda de don Gregorio; pero me vi privado de la satisfacción que yo me *había prometido al partir*, de arrojar sobre él mi indignación y mi desprecio, en consideración a que Mr. Catherwood estaba todavía al alcance de su influencia; y aún ahora mi mano se detiene al *reflexionar que cuan*do Mr. C., en grandes apuros, robado por su criado, y abatido por la fiebre, se refugió en su casa, el don lo recibió tan bondadosamente como su ruda naturaleza se lo permitió. Mi única alegría fue el hacer al orgulloso patán sumar una cuenta de peniques y chelines por huevos, leche, carne, etc., hasta la suma de dos dólares, que yo puse en sus manos. Más tarde supe que me había elevado muchísimo en su estimación, y en la del vecindario en general, por mi honrada conducta de no irme sin pagar.

Mi buena armonía con el arriero fue de corta duración. *Al partir, Mr. C. y yo habíamos dividido nues*tra provisión de platos, cuchillos y tenedores, cucharas, etc., y Agustín había colocado mi parte en la cesta en que habían ido todos, y éstos, estando flojos hacían tal ruido que asustaron a la mula. La bestia salió corriendo, hacjéndonos partir a todos juntos con un ruido estrepitoso, hasta que se metió entre los matorrales Tuvimos una escena de terrible confusión, y yo me escapé tan veloz como pude de las roncas y gruñonas maldiciones del arriero.

Por alguna distancia el camino se extiende a lo largo del río. El Copán no tiene asociaciones históricas, pero el Guadalquivir no puede ser más bello. A cada lado había montañas, y en cada vuelta un nuevo panorama. *Cruzamos una elevada cordillera, y a las cuatro* de la tarde bajamos otra vez al río, que aquí formaba la línea divisoria con el Estado de Honduras. Era ancho y rápido, profundo, e interrumpido por bancos de arena y de cascajo. Vadeándolo, entré de nuevo al Estado de Guatemala. Allí no había pueblo, ni siquiera una casa a la vista, y ninguna dificultad con respecto a pasaporte. Ya avanzada la tarde, al subir por una pequeña eminencia, vi *un gran campo con cercas de pie*dra, trancas, y corral para ganado, que lo asemejaba a una granja de Westchester. Entramos por una puerta, y nos dirigimos por en medio de una hermosa campiña hasta una *extensa, baja, y bien ordenada hacienda*. Esta era la residencia de don Clementino, quien yo sabía que era pariente de don Gregorio, y uno de tantos a quienes yo habría querido esquivar, pero también la única en que el arriero había maquinado el hacer alto. La familia se componía de una viuda con un gran número de hijos, entre quienes los principales eran: don Clementino, joven de veintiún años, y una hermana co*mo de diez y seis o diez y siete, bonita muchacha de ca*bello rubio. Bajo el cobertizo se hallaba una partida de muchachos en taje de fiesta, y cinco o seis mulas, con elegantes monturas, estaban amarradas a los pila*res del corredor. Don Clementino estaba ostentosa*mente ataviado con chaqueta y pantalones blancos, acordonados y bordados, gorra de algodón blanco, y sobre ella un lustroso **sombrero de campana, con un** cordón

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

plateado enrollado como cinta, una borla de plata con una pieza de acero puntiaguda como cucarda, y rayas rojas y amarillas bajo el ala. Tenía el pomposo aire y sentimientos de un muchacho que repentinamente ha llegado a ser el principal de un establecimiento y me preguntó, con algo de arrogancia, si ya había terminado mi visita a los "ídolos"; y acto continuo, sin esperar respuesta, si podía componerle un acordeón; en seguida, si sabía tocar guitarra, después que le vendiera un par de pistolas de bolsillo que habían sido la admiración de la familia de don Gregorio; y, finalmente, si tenía algo que vender. Con este joven caballero yo había sido más bienvenido como buhonero que como embajador de cualquier corte europea, aunque debemos admitir que yo no estaba viajando de una manera muy imponente. Viendo que, no tenía nada para baratear, agarró una guitarra, bailó con su propia música y se sentó sobre el terroso suelo del corredor a jugar baraja.

En el interior se hacían los preparativos para una boda en casa de un vecino, a dos leguas de distancia, y un poco antes de anochecer los muchachos y las muchachas aparecieron vestidos para el viaje. Todos estaban montados, y, por la primera vez, admiré extremadamente el estilo del país para montar. Mi admiración fue atraída por la hermana de don Clementino y el feliz mancebo galanteador que la acompañaba. Ambos montaban en la misma mula y en la misma silla. Ella sentada de lado adelante de él; con su brazo derecho rodéandole la cintura; al salir la mula estaba rebelde, y él se vio obligado, por necesidad, para sostenerla en su asiento, a traerla hacia sí lo más posible; su oído lo invitaba a un cuchicheo; y al volver ella su rostro hacia él sus labios casi tocaron los suyos. Yo habría renunciado a todos los honores de la diplomacia por estar en su lugar.

Don Clementino era demasiado presumido para salir de ese modo; él tenía una magnífica mula lucidamente enjaezada, oscilando de una correa de la silla una larga espada guacaluda, afianzado sobre un par de enormes espuelas, y, al montar, envolviéndose el **poncha** alrededor del a cintura, de modo que la guarnición de la espada apareciese como seis pulgadas arriba de él; y aplicándole al animal un vivo toque con la espuela, lo impelió sobre las gradas, atravesando el corredor, y al bajar del otro lado me preguntó si quería comprárselo. Yo rehusé; y, para mi gran satisfacción, él partió para alcanzar a los otros, dejándome solo con su madre, una respetable anciana de cabellos blancos, que reunió a todos los criados y a los niños indígenas para las oraciones vespertinas. Tengo la pena de decir que hasta entonces me acordé que era domingo. Estaba yo parado en la puerta, y era interesante verlos a todos arrodillados ante la imagen de la Virgen. Una vieja mula de hocico pardo se subió al corredor, y, parándose a mi lado, metió la cabeza en la puerta, y, más adelante que yo, entrando contempló por un momento la imagen de la Virgen, y, sin perturbar a nadie, volvió a salir.

Luego después fuí llamado para la cena, que se componía de frijoles fritos, huevos fritos y tortillas. Los frijoles y los huevos fueron servidos en macizos trastos de plata, y las tortillas colocadas en rimero a mi lado. No había plato, cuchillo, tenedor, ni cuchara. Los dedos fueron hechos antes que los tenedores; pero los malos hábitos hacen a éstos, hasta cierto punto, necesarios A las aves, la carne de carnero, la de res, y a otras parecidas, no les vienen mal los dedos, pero con los frijoles y los huevos fritos esto era un embrollo. Yo no diré cómo me las arreglé; pero, por las apariencias más después, la anciana no podría suponer que yo no hubiera dado del todo con la tecla. Dormí en una dependencia construida con pequeños postes y techada con paja, y por todo pagué diez y ocho centavos y tres cuartos de centavo. Le regalé un par de aretes a una mujer que pensé que era una criada, pero que resultó ser solamente una visita, que se fue al mismo tiempo que yo.

A una distancia de dos leguas de la hacienda pasamos por la casa donde se celebraban las bodas. El baile todavía no había terminado, y yo tenía un gran antojo de volver a ver a la pelirrubia hermana de don Clementino. No teniendo una mejor excusa, determiné llamarlo hacia afuera y hablarle de la mula. A medida que caminaba yo, la entrada y el espacio desde allí al centro del cuarto estaba lleno de muchachas, todas vestidas de blanco, con las rosas marchitas en los cabellos, y la brillantez de sus ojos algo opaca a causa de una noche de disipación. La hermana de don Clementino fue modesta y se retiró, y, como si sospechara mi objeto se sustrajo a la observación, mientras él hizo que todos le abrieran camino para él y su guitarra Yo no tenía idea de comprarle su mula, pero le hice una oferta, la cual, para mi sorpresa y dolor en aquel entonces, aceptó; pero la virtud lleva en sí la recompensa, y la mula resultó un fiel animal.

Montado en mi nueva compra, comenzamos a subir la gran **Sierra,** la cual divide las corrientes del Atlántico de las que desembocan en el Océano Pacífico. El ascenso fue rudo y fatigoso, pero en dos horas llegamos a la cima. El panorama era agreste y sublime, no lo dudo; pero el hecho es que llovió muy fuerte todo el tiempo; y mientras yo andaba dando tumbos entre los atolladeros, habría renunciado a la fortuna de lo sublime por una bien macadamizada carretera. Mr. Catherwood, que la cruzó en un claro día, dice que la vista desde la cumbre, por ambos lados, fue la más espléndida que vio en el país. Al descender, las nubes se levantaron, y miré hacia abajo una casi ilimitada planicie, que se extiende desde el pie de la Sierra, y a gran distancia vi, irguiéndose solitario en el desierto, el gran templo de Esquipulas, como el del Santo Sepulcro en Jerusalén, y el de Caaba en la Meca, el más sagrado de los templos. Mi arriero estaba muy ansioso de parar en una colección de chozas a este lado de la población, diciéndome primero que el lugar se hallaba ocupado por soldados de Carrera, y después que él estaba enfermo. Yo tuve un prolongado y magnífico descenso hasta el pie de la Sierra. La llanura me traía a la memoria los desolados parajes de Turquía y del Asia Menor, pero ésta era más hermosa, estando limitada por inmensas montañas. A medida que nos aproximábamos, se elevaba más claramente definida contra las montañas cuyas cimas se hallaban escondidas entre las nubes.

Ya avanzada la tarde entramos a la población y nos dirigimos al convento. Yo estaba algo nervioso, y presenté mi pasaporte como una carta de recomendación; pero ¿podría yo dudar de la hospitalidad de un padre? La recepción de don Gregorio me hizo sentir mas hondamente la bienvenida del cura de Esquipulas. Nadie puede apreciar el valor de la hospitalidad sino aquellos que han sentido la falta de ella, y jamás pueden olvidar la bienvenida que se les da a los extranjeros en una tierra extraña.

Toda la casa del cura se puso en movimiento para asistirnos, y a los pocos minutos las mulas estaban mascando maíz en el patio, mientras yo era instalado en el sitio de honor en el convento. Este era con mucho el más grande y mejor edificio del lugar. Las paredes tenían de tres a cuatro pies de grueso; un gran pórtico extendíase al frente; la entrada se hacía por un amplio zaguán, utilizado como dormitorio para los criados, y comunicado con un patio en la parte de atrás; a la izquierda quedaba una gran **sala** o pieza de recepción, con altas ventanas y obscuros nichos; en un lado de la pared había un largo canapé de madera, de alto respaldo, y brazos en cada extremo; frente a él estaba una maciza y tosca mesa de caoba, y arriba colgado un cuadro de Nuestro Salvador; junto a la pared estaban unas grandes sillas anticuadas, con el respaldo y asiento forrado de cuero, y tachonadas con clavos con cabeza grande de latón.

El cura era un joven que frisaba en los treinta, de figura delicada, y de cara radiante de inteligencia y

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

refinamiento de ideas y sentimientos. Estaba vestido con una larga túnica negra de alepín, ajustada alrededor del cuerpo, con franja azul en el cuello, y una cruz suspendida de su rosario. Su nombre era Jesús María Gutiérrez. Fue la vez primera que yo jamás oí ese nombre aplicado a un ser humano, y aún en él parecía una profanación.

De visita para él, e interrumpiendo la monotonía de su apartada vida, se hallaba un antiguo condiscípulo y amigo, el Coronel San Martín, de Honduras quien había sido herido en la última batalla contra Morazán, y se había quedado en el convento para recobrar la salud y las fuerzas Su caso demostraba la perturbada condición del país. Su padre era de su mismo partido, y su hermano peleaba del otro lado en la batalla en que él había sido herido.

Ellos me dieron desagradables informes con respecto a mi camino para Guatemala. Las tropas de Carrera se habían retirado de las fronteras de San Salvador, y ocupado toda la línea de pueblos hasta la capital. Ellas se componían, en su mayor parte, de indios ignorantes, borrachos y fanáticos, que no podrían comprender mi carácter oficial, ni podrían leer mi pasaporte, y, en el efervescente estado del país, sospecharían de mí como extranjero. Ya habían cometido grandes atrocidades; no había ni un curato en todo el camino, y el intentar atravesarlo, sería exponerme a ser robado y asesinado. Yo estaba muy poco dispuesto a diferir mi viaje, pero habría sido una locura el proseguir; en realidad, ningún arriero se habría comprometido a acompañarme, y me vi precisado a volver mis ojos a Chiquimula y al camino que había dejado. El cura dijo que lo debía dejarme guiar por él. Me puse en sus manos, y a una hora avanzada me acosté a descansar con el raro sentimiento interior de ser un huésped bienvenido

Fuí despertado por el sonido del a campana matutina, y acompañé al cura a la misa. La iglesia para uso diario se hallaba directamente opuesta al convento, espaciosa y lóbrega, y el piso estaba pavimentado con grandes ladrillos cuadrados o baldosas. Filas de mujeres indias estaban arrodilladas alrededor del altar, limpiamente vestidas, con **mantillas** blancas sobre sus cabezas, pero sin zapatos o medias. Unos pocos hombres estaban parados detrás o reclinados contra los muros.

Regresamos a desayunarnos, y en seguida salimos para visitar el único objeto de interés, el gran templo de la peregrinación, el Santo Lugar de Centro América. Cada año, para el quince de Enero, los peregrinos lo visitan, aún desde el Perú y México; la última es una jornada no excedida en penalidades por la peregrinación a la Meca. Como en el oriente; "no es prohibido negociar durante la peregrinación", y cuando no hay guerras que hagan los caminos inseguros, ochenta mil almas se han reunido entre las montañas a traficar y a rendir homenaje a "Nuestro Señor de Esquipulas".

El pueblo contiene una población alrededor de mil quinientos indios. Había una calle de una milla de largo aproximadamente, con casas de barro a cada lado; pero la mayor parte de ellas estaban cerradas, siendo ocupadas sólo durante el tiempo de la feria Al extremo de esta calle, sobre terreno elevado, se erguía la gran iglesia. Como a medio camino de allí, cruzamos un puente sobre un pequeño arroyo, uno de los afluentes del caudaloso Lempa. Era esta la primera corriente que yo había visto que desemboca en el Océano Pacífico, y la saludé con reverencia. Ascendiendo por una gradería de maciza piedra frente a la iglesia llegamos a una magnífica plataforma de ciento cincuenta pies de anchura, pavimentada con ladrillos de un pie en cuadro. La perspectiva desde esta plataforma de la gran planicie y de las altas montañas alrededor era espléndida; y la iglesia, elevándose con solitaria grandeza en medio de una región selvática y desolada, parecía casi una obra de encantamiento. La fachada era rica en ornamentos de estuco e imágenes de santos más grandes que lo natural; en cada esquina había una elevada torre y sobre la cúpula una aguja, levantando en alto por el aire la corona de aquel en otro tiempo altivo poder que arrebató la mayor parte de América a sus legítimos dueños, gobernándola durante tres centurias con vara de hierro; y que ahora no tiene en ella una cuarta de tierra ni un súbdito de quién jactarse.

Entramos a la iglesia por una alta portada, rica en esculturas ornamentales. En el interior había una nave con dos alas, separadas por filas de pilastras de nueve pies en cuadro y una elevada cúpula, guardada por ángeles con las alas extendidas. Sobre los muros había pinturas, algunas dibujadas por artistas de Guatemala, y otras que habían sido traídas de España; y los nichos se encontraban llenos de estatuas, varias de ellas admirablemente bien ejecutadas. El púlpito estaba cubierto con láminas de oro, y el altar protegido por un barandal de hierro con balaustrada de plata, ornamentada con seis pilares del mismo metal como de dos pies de altura, y dos ángeles parados como guardianes en las gradas. Enfrente del altar, en una preciosa urna está una imagen del Salvador en la cruz, "Nuestro Señor de Esquipulas", a quien está consagrada la iglesia, famoso por su poder de hacer milagros. Cada año millares de devotos suben las gradas de este templo de rodillas, o cargando una pesada cruz, a quienes no les es permitido tocar la sagrada imagen, pero salen contentos de obtener un pedazo de listón impreso con las palabras **"Dulce nombre de Jesús".**

Regresamos al convento, y mientras yo estaba sentado con el Coronel San Martín, entró el cura, y, cerrando la puerta, me preguntó si mi criado era fiel. La cara de Agustín era una infortunada carta de recomendación. El Coronel M'Donald, don Francisco, y, según supe después, el General Cáscara, le tuvieron desconfianza. Informé al cura todo lo que yo sabía respecto a él, haciéndole mención de su conducta en Comotán; sin embargo, me advirtió que tuviera cuidado con él. Luego después, Agustín, quien parecía sospechar que no había hecho muy favorable impresión, me pidió un dólar para pagar una confesión Mi inteligente amigo no estaba libre de los prejuicios de la educación; y aunque él no podía cambiar de momento su opinión tan calurosamente expresada, dijo que Agustín había sido bien enseñado.

En el curso del día tuve una oportunidad de ver lo que más tarde observé por todo Centro América: la vida de trabajo y responsabilidad pasada por el cura en una villa indígena, que se consagra fielmente al pueblo bajo su cargo. Además de oficiar en todos los servicios de la iglesia, visitar a los enfermos y enterrar a los muertos, mi digno hospedador era mirado por todos los indios de la villa como consejero, amigo y padre. La puerta del convento estaba siempre abierta, y los indios constantemente acudían a él; un hombre que había tenido un altercado con su vecino; una mujer a quien su marido había tratado mal; un padre cuyo hijo se habían llevado como soldado; una muchacha abandonada por su amante; todos los que se hallaban en pena o aflicción, acudían a él en busca de consejos y consuelo, y nadie salía desamparado. Y, fuera de ésto, era el principal director de todos los asuntos públicos de la población; la mano derecha del alcalde; y ya había sido consultado si yo debía o no ser considerado como una persona peligrosa. Pero el cumplimiento de estos múltiples deberes, y la agitación y peligros de la época, estaban agotando su constitución. Cuatro años antes abandonó la capital, y tomó a su cargo esta vicaría, y durante ese tiempo había vivido una vida de trabajo, de ansiedad y de peligro; separado de todos los deleites del trato social que hacen el trabajo agradable, amado por los indios, pero sin nadie que simpatizara con él en ideas y sentimientos. Una vez las tropas de Morazán invadieron la población, y durante seis meses permaneció escondido en una cueva de las montañas, sostenido por los indios. Ultimamente las dificultades en el país habían aumentado, y la nube de la guerra civil estaba más obscura que nunca. El lo lamentaba, pero,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

como decía, no lo lamentaría largo tiempo; y todo el tono de sus pensamientos y conversación era tan bondadoso y puro, que parecía como un punto verde en un desierto arenoso. Nos sentamos en el antepecho de una gran ventana; por dentro, la habitación ya estaba obscura. Tomó él una pistola del umbral de la ventana, y mirándola, dijo, con una lánguida sonrisa, que la cruz era su protección; y en seguida puso su delicada mano entre la mía, y me dijo que le tocara el pulso. Lo tenía lento y débil, y parecía como si cada pulsación fuera la última; pero manifestó que siempre era así; y, levantándose repentinamente, añadió que esa era la hora de sus devociones privadas, y se retiró a su habitación. Yo sentí como si un buen espíritu hubiera salido volando.

Mi anhelo de llegar a Guatemala no me permitía gozar por mucho tiempo de la hospitalidad del cura. Yo intentaba despedir a mi arriero; pero, imposibilitado para reemplazarlo inmeditamente, y no queriendo perder otro día, me vi obligado a retenerlo. El curso acostumbrado era salir de Esquipulas por la tarde y caminar cuatro leguas; pero teniendo siete mulas y solamente cuatro cargas, dispuse hacer estas cuatro leguas y también la jornada del siguiente día en uno. Salí temprano por la mañana. Al despedirme, el sacerdote y el soldado estaban lado a lado, emblemas de la humildad cristiana y del orgullo del hombre, y ambos, al partir, me encomendaron a Dios.

Cruzamos a llanura; las montañas de Esquipulas parecían haber ganado en grandeza; a la media hora comenzamos a subir la montaña de Quezaltepeque, densamente arbolada, y, como la del Mico, fangosa y llena de zanjas y de hoyos profundos. Pesadas nubes cerníanse sobre ella, y a medida que ascendíamos llovía copiosamente; pero antes de llegar a la cumbre se levantaron las nubes, alumbró el sol, y el llano de Esquipulas, con la gran Sierra detrás, cubierta de altos pinos, y las nubes siguiéndose unas a otras sobre sus flancos, todo este conjunto, formaba uno de los más grandiosos espectáculos que jamás contemplé; y la enorme iglesia aún se presentaba para la vista de despedida del peregrino. Pero el centelleo de la luz del sol no tardó mucho rato, y de nuevo descendió la lluvia; por algún tiempo tuve la gran satisfacción de ver al arriero empapado y de oirlo rezongar; pero un inexplicable acceso de buen humor me sobrevino, y le presté mi sobretodo de piel de oso. A intervalos alumbrada el sol, y miramos a una gran distancia abajo de nosotros el pueblo de Quezaltepeque. El descenso era muy precipitado y los hoyos de cieno y zanjas muy profundos, y las nubes que flotaban sobre la montaña eran el símbolo de mi fortuna. Mr. Catherwood, que siguió por este camino como tres semanas después, oyó del Padre de Quezaltepeque, que se había formado un plan para asesinarme y robarme, en la suposición de que yo llevaba conmigo una gran cantidad de dinero, cuyo laudable proyecto fué destruído por haber atravesado en la mañana en vez de por la tarde, como generalmente se acostumbra.

Pasabamos por Quezaltepeque sin apearnos Es costumbre, al dividir las paradas para Guatemala, hacer una jornada por la tarde hasta este lugar y pernoctar. Ahora apenas eran las once del día, claro y brillante como un día de Septiembre en mi país. Saliendo del pueblo, cruzamos una hermosa corriente, en la que algunas mujeres estaban lavando. Muy pronto ascendimos otra vez, y sobre la cima de la montaña llegamos a un abrupto precipicio, que formaba el lado de un profundo barranco. Bajamos por una estrecha vereda a la mera orilla del precipicio, parte del camino sobre un angosto y saliente arrecife, y en otros lugares por una senda construída contra la roca hasta el fondo del barranco. En el otro lado se elevaba otra escarpada muralla. El barranco era profundo y estrecho, y agreste hasta la sublimidad. La corriente pasaba a través de él sobre un lecho de roca, y por alguna distancia el camino se extendía sobre este lecho. Subimos por una vereda empinada y difícil hasta la cumbre del otro lado del barranco, y caminamos algún trecho a lo largo de su orilla. El lado opuesto era una mole perpendicular de piedra caliza, negra por estar a la intemperie, y algunos lugares había pedazos de terreno con yerba sobre el moreno campo, alumbrados ocasionalmente por breves centelleos de la luz del sol. Descendimos de nuevo hasta el mismo fondo del barranco, y, cruzando la corriente, subimos casi inmediatamente por un angosto sendero construido a lo largo del precipicio hasta la cumbre, quedando del mismo lado de donde habíamos salido. Es imposible dar una idea de la rusticidad de este doble cruce del barranco. Este terminó bruscamente, y en el último extremo, sobre un punto, había una pequeña hacienda, de un lado mirando en dirección de esta espantosa abertura, y del otro hacia un valle apacible.

A las tres de la tarde divisamos el rituello de San Jacinto. Del lado opuesto había una hermosa altiplanicie, con montañas elevándose a lo lejos, y cubiertas hasta la cúspide de magestuosos pinos. Allí no había cultivos, y toda la región estaba en su primitiva rusticidad. A las cinco de la tarde cruzamos la corriente y entramos al poblado de San Jacinto. Este se componía de una colección de chozas, algunas construidas con palos y otras repelladas con lodo. La iglesia era de la misma sencilla construcción. A cada lado había una enramada techada con hojas de maíz, y en las esquinas estaban los campanarios con tres campanas cada uno Al frente se elevaban dos gigantescas ceibas, cuyas raíces se alargaban al nivel de la tierra más de cien pies, y las ramas se extendían a igual distancia.

La aldea se encontraba al cuidado del cura de Quezaltepeque, quien entonces estaba en San Jacinto. Me dirigí a su casa y le presenté la carta del cura de Esquipulas. Mi arriero, sin descargar las mulas, se arrojó al suelo en el corredor, y, con mi sobretodo puesto sobre su desagradecido cuerpo, comenzó a injuriarme porque lo estaba matando con las largas jornadas. Yo redargüí; y antes que el padre tuviese tiempo de recobrarse de su sorpresa por nuestra visita, quedó confundido con nuestro alboroto.

Pero él era un hombre que podía soportar mucho, siendo arriba de seis pies de estatura, de anchas espaldas, y con una protuberancia enfrente que necesitaba sostén para evitar que se le cayera. Su vestido consistía en una camisa y un par de pantalones, con los ojales mendigando empleo; pero tenía un corazón tan grande como su cuerpo, y tan abierto como sus vestidos; y cuando le conté que había caminado desde Esquipulas ese día, me dijo que debía quedarme una semana para recuperarme. En cuanto a marcharme al día siguiente, él no quería oir de eso; y, en efecto, muy pronto hallé que era imposible sin otra ayuda, pues mi abominable arriero colmó la medida de sus iniquidades con caer enfermo de una violenta fiebre.

A mi ardiente solicitud, el padre se esforzó por conseguirme mulas para el día siguiente, y durante la noche tuvimos una recepción de los aldeanos. El hombre en quien él confiaba principalmente dijo que era peligroso el viajar; que dos ingleses habían sido arrestados en Honduras, y que habían escapado, pero que sus arrieros y criados los habían asesinado. Yo podía quizá haber arrojado alguna luz sobre esta historia, pero no pensé que valiera la pena saber algo acerca de tales sospechosos personajes. El padre estaba afligido de no poder servirme, pero al fin dijo que un hombre de mi rango y mi carácter (yo le había mostrado mi pasaporte, y Agustín había disparado los cañones de Balize) debía tener toda clase de facilidades, y que él mismo me las proporcionaría; y ordenó a un hombre que fuera por la mañana temprano a su hacienda por unas mulas; después de lo cual, fatigado por tan inusitados esfuerzos, arrojó su gigantesco cuerpo en una hamaca, y se balanceó para dormir.

La familia del padre se componía de dos muchachos, el uno sordo-mudo y el otro un bobo. El primero poseía extraordinaria vivacidad y muscular poder, y

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

entretenía al padre con sus gesticulaciones, historias y con sus arteros juegos de manos, y particularmente con el acertijo de acero. Había algo intensamente interesante en la benevolencia con que el padre jugaba con él, y la formalidad con que él se entretenía con su gigantesco amo. A veces el muchacho se ponía tan excitado que parecia querer estallar por el esfuerzo en dar expresión a sus pensamientos; pero todo terminaba en un débil sonido que me molestaba los nervios, y que parecía enlazarlo más estrechamente con el bondadoso padre. Este último estaba siempre cambiando el acertijo, pero la ingeniosidad del mozalbete no podía ser derrotada. El pobre simplón, entre tanto, miraba con admiración. El padre le ofreció medio dólar si podía abrirlo, y ambos, él y el sordo-mudo se reían de los torpes ensayos del simplón. El padre concluyó con un caluroso panegírico sobre el mérito de ambos, que el muchacho sordo-mudo pareció entender y agradecer, pero que el que tenía oidos pareció no oir.

Insistió el padre en que yo tomase su propio catre, el cual era inusitadamente limpio, y tenía un mosquitero. Fué mi mejor cama desde que dejé la del Coronel M'Donald en Belize. Antes que yo me levantara ya estaba él sobre mí con un frasco de aguardiente. Luego en seguida vino el chocolate, con un bollo de pan dulce, y encontrando que era imposible marcharme en ese día, me hice voluntaria víctima de su hospitalidad A las nueve tuvimos el desayuno; a las doce, fruta; a las dos, el almuerzo; a las cinco, chocolate y pan dulce; a las ocho, la cena, con frecuentes invitaciones intermedias para el aguardiente, el que el padre, con la mano puesta sobre aquella prominente parte de su propio cuerpo, dijo que era bueno para el estómago. En todos respectos, salvo en los buenos sentimientos, él era el completo antípoda del cura de Esquipulas. Yo había tenido alguna sospecha de que mi arriero no estuviese tan malo como él pretendía; pero su desprecio para la buena comida del padre me convenció que realmente estaba en mala condición. Le di algún remedio, pero creo que desconfiando de mí tuvo miedo de tomarlo.

A las doce del día llegaron las mulas pedidas por el padre, con un talludo muchacho ladino como arriero; pero ellas no se hallaban en condición de salir ese día. En la tarde me di un largo paseo por la orilla del río,y, al regreso, me detuve bajo una de las ceibas, en donde un mercader ambulante estaba mostrando sus mercancías, consistentes en dos baúles con géneros de algodón rayados, cuentas, peines de cuerno, tijeras, etc. Su mula estaba amarrada con una larga soga, y un par de pistolas estaban colocadas sobre una de las cajas.

Pasando adelante, me encontré con un grupo de mujeres, vestidas de blanco, con chales rojos encima de la cabeza. Ya había yo visto lo bastante de alegres colores en las mujeres para alejar algunos prejuicios, pero retenía una anticuada predilección por los rostros blancos; y aquí yo hice ver que las mujeres más blancas eran las más bonitas, aunque el padre no estuvo de entero acuerdo conmigo. Bajo el cobertizo de una casa deshabitada de por ahí cerca estaba una india vieja con diez doce muchachas indígenas enseñándoles el catecismo. Ellas estaban vestidas con tela de algodón roja cuadriculada, enrollada alrededor de la cintura, y atada con un nudo al lado izquierdo, y un pañuelo blanco sobre los hombros. Otros grupos estaban afuera en diferentes lugares, organizándose para una fiesta del pueblo en honor de algún santo; y cerca del anochecer, mentras estaba sentado con el padre, ahora vestido con su larga túnica negra, avanzó una procesión, encabezada por el hombre más anciano del pueblo, de barba y cabellos blancos, y un hombre baldado y dos o tres asociados tocando violines. Antes de llegar a la casa dispararon cinco a seis cohetes, y todos subieron y saludaron al padre, besándose el revés de la mano; las mujeres penetraron al interior, llevando líos envueltos en limpias y blancas servilletas; y cuando yo entré para tomar mi chocolate, me encontré con la mesa llena de pasteles y confituras. Después todas se fueron a la iglesia para los rezos vespertinos. Yo no pude menos que pensar en lo que después me impresionó más y más a cada paso de mi viaje en ese país: en que bendito es el pueblo que tiene un padre.

Durante el día, el muchacho sordo-mudo había procurado varias veces hacerme comprender que él deseaba acompañarme, y por la noche el padre decidió complacerlo, permitiéndole hacer un viaje a Guatemala. Por la mañana temprano el convento se hallaba en conmoción. El buen padre no estaba acostumbrado a preparar una expedición para Guatemala. muchas cosas hacían falta además de las mulas, y al pueblo se le exigió lo que faltaba. Durante el bullicio, un solo soldado entró a la aldea causando alarma por el hecho de ser explorador de otros que vendrían a acuarteler allí. El padre le dijo quién era yo, y que la guardia no debía molestarme. Al fin todo estuvo listo; un gran concurso de gente reunido por requisitorias del padre, se hallaba en la puerta, y entre ellos dos hombres con violines. El padre enderezó sus propias gigantescas energías particularmente hacia los comestibles; él había preparado chocolate, pan, salchichas y pollos; una caja con pasteles y dulces; y, como final, el muchacho sordo-mudo salió de la casa sosteniendo de una brazada arriba de su cabeza todo el costado de un buey, quitada únicamente la piel y con las costillas quebradas, el cual fue extendido como una carpeta sobre una de las cargas, y asegurado por una red. Una olla grande, con el asiento para arriba, iba asegurada encima le otra carga. El padre se despidió de mí afectuosamente, y con mayor afecto del muchacho sordo-mudo; y a las nueve de la mañana, con música de violines, y con un séquito que había asombrado a mis amigos de la ciudad, hice otro arranque para la capital. Un sordo gemido en el corredor me hizo recordar a mi arriero. Desmonté, y, al instante de la partida, nos cambiamos unas cuantas palabras de afecto. Su musculosa figura estaba postrada por la fiebre; a veces él me había provocado hasta casi agotarme la paciencia; pero, con toda la mala voluntad que le tenía, yo no podía haber deseádole una más mala condición. El muchacho se hallaba sentado junto a él, aparentemente enternecido por la enfermedad de su amo, e indiferente a mi partida.

Por la primera vez en mucho tiempo tuvimos un camino plano. La tierra era feraz y productiva; azúcar moreno se vendía a tres centavos libra, y en terrón blanco, aún bajo el lento proceso de su elaboración, por ocho centavos, y el índigo podía fabricarse por dos chelines la libra. Yo caminaba tranquilamente, cuando cuatro soldados saltaron al camino casi a la cabeza de mi mula. Ellos estaban perfectamente escondidos hasta que yo me aproximé, y su repentina aparición fue algo como de salteadores de caminos. No pudieron leer mi pasaporte, y dijeron que tendrían que conducirme a Chiquimula. Mi camino quedaba un poco retirado de aquella población; y, afortunadamente, mientras me escoltaban, el soldado que yo había visto en San Jacinto nos alcanzó, los satisfizo, y me dejaron en libertad. A corta distancia más adelante reconocí la vereda por donle nos desviamos para ir a Copán. No habían corrido tres semanas y me parecían un siglo. Pasamos por la antigua iglesia de Chiquimula, y, rodeando el mismo sendero en zigzag por el cual habíamos bajado, cruzamos la montaña, y descendimos al llano de acapa y al Río Motagua, al cual saludé como a un viejo conocido. Ya se hacía tarde, y no veíamos señales de alguna habitación Un poco antes de anochecer, sobre la cumbre de una pequeña eminencia a la derecha, divisamos a un pequeño muchacho, quien nos condujo a la aldea de Santa Rosalía, bellamente situada sobre un promontorio formado por la vuelta del río. La aldea se componia de una miserable colección de chozas; frente a la puerta de la mejor había un tumulto de gentes, que no nos invitaron a parar, y nos encaminamos a una de las más pobres. Todo lo que necesitábamos era **sacate** pa-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ıa las mulas. Las provisiones del padre eran abundantes para mí, y el mozuelo sordo mudo cortó unas costillas del costado de buey, y preparó la cena para él y para el arriero.

Mientras cenábamos oímos unos lamentos que salían de la casa frente a la cual estaba agrupada la multitud. Después de anochecer me encaminé hacia allí, y encontré que se lamentaban sobre un difunto En el interior estaban varias mujeres; una se retorcía las manos, y las primeras palabras que distinguí fueron: "Oh, nuestro Señor de Esquipulas, ¿por qué te lo llevastes?" Ella fue interrumpida por las pisadas de cascos de caballo, y penetró un hombre, cuyas facciones en la obscuridad no pude ver, pero quien, sin apearse, con ronca voz dijo que el cura pedía seis dólares por el entierro del cadáver. Uno de los del concurso exclamó: "¡Qué vergüenza! ¡Qué vergüenza!" y otros dijeron que ellos lo enterrarían en el campo. El jinete, con la misma ronca voz, dijo que era igual que lo sepultasen en el camino, en la montaña, o en el río, que al padre se le debían pagar sus derechos. Hubo una gran gritería; pero la viuda, en tono lloroso, declaró que ese dinero debía de pagarse, y en seguida renovó sus exclamaciones: "Mi única ayuda, mi consuelo, mi cabeza, mi corazón; vos que eras tan fuerte, que podías levantar un zurrón de añil": "dijiste que irías a comprar ganado"; "yo dije, sí; traéme buenos géneros y alhajas". Las palabras, y el penetrante tono de angustia, me trajeron a la memoria una escena similar que había contemplado una vez en las márgenes del Nilo. Por invitación de uno de los amigos entré a la casa. El cadáver yacía en el suelo, con un vestido blanco de algodón extendido desde el cuello hasta los pies. Era de un joven, de no más de veintidós años, con el bigote apenas apuntando sobre su labio superior, alto, y no más que un mes antes tan vigoroso que podía "levantar un zurrón de añil". Había salido de su hogar para comprar ganado, regresó con fiebre y al cabo de una semana murió Tenía una venda atada bajo la barba para sostenerle la quijada; sus delgadas muñecas las tenía segurds través del pecho; y sus cónicos dedos sostenían un pequeño crucifijo hecho de dobladores cosidos con aguja. A cada lado de su cabeza había una vela encendida, y las hormigas, que abundaban en el suelo, bullían sobre su rostro. La viuda no reparó en mí, pero la madre y dos hermanas jóvenes me preguntaron si no tenía **remedios:** si no podría yo curarlo, si lo habría podido curar en caso de haberlo visto antes.

Me despedí de la acongojada familia y me retiré El hombre que me había invitado a entrar me encontró en la puerta, y me dio un asiento entre los amigos. Inquirió con respecto a mi país, dónde quedaba, y si las costumbres eran como las de ellos; y muy pronto, a no ser por los lamentos de la viuda, muchos habrían olvidado que a pocas yardas de ellos yacía un amigo muerto.

Me quedé con ellos una hora y después regresé a mi choza. El corredor estaba repleto de cerdos; el interior era un perfecto chiquero, lleno de pulgas y de niños; y la mujer, con un cigarro en la boca, y la más áspera voz que jamás oí, todavía trajo niño tras niño, y los amontonó en el suelo. Mis criados estaban ya dormidos afuera; y pidiendo prestado un cuero de buey, sin curtir, lo extendí sobre el piso en el extremo del a casa; sobre él coloqué mi **pellón** y sobre éste me tumbé yo. ¡La noche antes había yo dormido bajo un mosquitero! ¡Oh, padre de San Jacinto, que un hombre de mi "rango y mi carácter" hubiese llegado a tal extremo! La mujer estaba falta de sueño; una docena de veces salió a fumar un cigarro o a echar fuera a los puercos; y su desagradable voz, y los alaridos en la casa del duelo, me hicieron regocijarme cuando los gallos cantaron por la mañana.

CAPITULO 9

CHIMALAPA. — EL CABILDO. — UNA ESCENA DE BORRACHERA. — GUSTATOYA. — PERSECUCION DE LADRONES. — APROXIMACION A GUATEMALA. — HERMOSO PAISAJE. — VOLCANES DE AGUA Y DE FUEGO. — PRIMERA VISTA DE LA CIUDAD. — ENTRADA A LA CIUDAD. — PRIMERAS IMPRESIONES. — LA RESIDENCIA DIPLOMATICA. — LOS PARTIDOS EN CENTRO AMERICA. — ASESINATO DEL VICE-PRESIDENTE FLORES. — SITUACION POLITICA DE GUATEMALA .— UNA SITUACION EMBARAZOSA. — LA ASAMBLEA CONSTITUYENTE. — POLICIA MILITAR.

Al romper el alba me bañé en el Motagua. Mientras tanto el muchacho sordo-mudo preparaba el chocolate, y el cadáver del joven era conducido a su última morada. Pasé a la desolada casa, me despedí de los dolientes, y reanudé mi viaje. Otra vez teníamos a nuestra derecha el Río Motagua y las montañas de Vera-Paz. El camino era plano; hacía excesivo calor, y sufrimos por la sed. A medio día paramos dos horas en la aldea de Fisioli. Ya avanzada la tarde llegamos a una meseta cubierta de árboles con flores, que parecían manzanos en flor, y cactus o tunos, con ramas de tres a quince pies de largo. Yo iba adelante; y habiendo estado en la silla todo el día, y queriendo aliviar a mi mula, desmonté y seguí a pie. Un hombre de a caballo me alcanzó y me conmovió diciéndome que mi mula estaba cansada. La mula, no teniendo costumbre de ser conducida, tiraba hacia atrás, y mi nuevo conocido la seguía azotándola; y recordanla fábula, y que yo no podría complacerlos a todos, monté, y nos dirigimos juntos a Chimalapa

Era un largo y descaminado pueblo, con una iglesia grande, pero allí no había cura, y me fuí al cabildo. Este, además de ser la casa del pueblo, es una especie de caravanera o lugar de parada para los viajeros, siendo un remanente de las costumbres orientales todavía existentes en España, e introducidas en sus antiguas posesiones americanas. Era un amplio edificio, situado en la plaza, repellado y blanqueado. En un extremo el alcalde estaba presidiendo una especie de corte, y en el otro se veían las rejas de una prisión. En medio de ellos quedapa una pieza como de treinta pies por veinte, con paredes desnudas, y destituida de silla, banca o mesa. Fue entrado el equipaje, se suspendió la hamaca, y el alcalde me envió mi cena. Oyendo el sonido de un tambor y un violín, me encaminé a la casa de donde salía, la cual estaba repleta de hombres y mujeres fumando, repantigados en hamacas, bailando y bebiendo aguardiente, en celebración de un casamiento. La noche anterior había yo presenciado una escena de difunto. Esta era u exhibición de asquerosa borrachera, y el principal valentón estaba dispuesto a armar pendencia conmigo viendo lo cual, prudentemente regresé al cabildo, cerré la puerta y recurrí a mi hamaca.

Salimos de madrugada. Dejando el pueblo, por alguna distancia a cada lado había un vallado hecho de barras colocadas sobre horquillas de cuatro pies de altura, y lleno con grandes pedazos de tunos El camino era lo mismo que el que habíamos tenido el día anterior, plano y abundante en cactus. De nuevo había un calor desesperante, y por la tarde divisamos al pie de una elevada montaña un bosquecillo de cocoteros,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

resplandeciente a los rayos del sol como láminas de plata, y ocultando al pueblo de Gustatoya. A las cuatro de la tarde entramos a la población, hermosamente situada, mirando hacia un valle detrás de un cuadro ondulante de maíz, y nos dirigimos a la casa de un hermano de doña Bartola, nuestra posadora de Gualán, a quien yo iba recomendado por ella.

Tuvimos una excelente cena de huevos, frijoles, chocolate y tortillas, y estaba yo tendido en mi hamaca con las botas quitadas cuando entró el alcalde con una espada bajo el brazo, seguido por mi posadero y varias otras personas, y me refirió que una partida de ladrones había salido en mi seguimiento; que él ya tenía hombres sobre la pista, y que deseaba que le prestara mis armas y mis criados. A los segundos yo tenía suficiente voluntad de prestarlos, porque sabía que ellos hallarían su camino para volver; pero las primeras, pensé yo, estarían más seguras bajo mi propia vista. Encontrándome en el camino real, lo consideraba tan seguro que ese día había yo quitado las cápsulas a mis pistolas y escopeta, pero, poniéndome las botas, cargando y distribuyendo mis armas sobrantes, salimos afuera. El arriero no quería ir, pero el muchacho sordo-mudo, con una cara de fuego, desenvainó su machete y nos siguió.

Estaba sumamente obscuro, y a la primera salida de la luz yo no podía ver bien, pero tropezando seguí a mis compañeros, quienes se movían velozmente y sin ruido a través de la plaza, y por todo el largo de la población. En los suburbios nos acercamos a una choza que estaba sola, con el frente hacia nosotros, cerrada, pero la luz de un fuego salía por los extremos; y aquí se suponía que estaban los ladrones, ignorantes de la persecución o la sospecha. Después de una breve consulta, se convino en que se dividiese el grupo, y que una mitad penetrara por cada extremo; quedando a cargo del alcalde el disparar a los malvados antes que dejarlos escapar. Deslizándonos furtivamente hacia la choza, nos arrojamos a un mismo tiempo desde los opuestos lados, y capturamos a una vieja mujer, que sentada en el suelo estaba atizando el fuego. Ella no se sorprendió por nuestra visita; y, con una satírica risa nos dijo que los pájaros ya habían volado. En ese momento oímos el estallido de un mosquete, que fue reconocido como la señal de los hombres que se habían estacionado para espiarlos. Todos nos precipitamos hacia afuera; otro estallido nos hizo apresurarnos más, y muy pronto llegamos al pie de la montaña. Cuando íbamos subiendo dijo el alcalde que él veía a un hombre trepando con las manos y los pies por la falda de la montaza, y, arrebatando mi escopeta de dos cañones, le disparó tan frescamente como si hubiera sido una chocha; todos se dispersaron en su persecución, y yo quedé abandonado con Agustín y el muchacho sordo-mudo.

Avanzando, pero no muy de prisa, y mirando atrás ocasionalmente las lejanas luces de la población, con una desconocida montaña frente a mí y una obscura noche, comencé a pensar que para mí sería suficiente el defenderme cuando me atacaran; y, aunque el asunto había ido adelante por mi cuenta, era una locura para mí el pasar la noche ayudando a librar a la población de sus ladrones. En seguida reflexioné que, si a los caballeros a quienes perseguíamos se les metiera en la cabeza volverse atrás, mi gorra y mi vestido blanco me harían más visible y podría ser peligroso el encontrarlos en este lugar; y, con objeto de ganar tiempo para considerar lo que me convendría hacer mejor, regresé a la población y aún no había acabado de resolver definitivamente mis ideas cuando llegué a la plaza.

Aquí me detuve, y a los pocos minutos pasó un hombre, quien me dijo que él había encontrado a dos de los ladrones en el camino real, y que le habían contado que me agarrarían por la mañana. Se les había metido entre ceja y ceja que yo era un ayudante de Carrera, de regreso de Belize con una gran cantidad de dinero para pagar a las tropas. Como a la hora regresó el alcalde con sus agregados. Yo no tenía la idea de ser robado por equivocación; y sabiendo la facilidad con que los ladrones podían ir adelante y dispararme desde lejos, pedí al alcalde que me proporcionara dos hombres para que fueran adelante y estuviesen alertas; pero yo estaba verdaderamente fastidiado del país y de la excitación de sus despreciables alarmas.

La luz del día disipó la tristeza que la noche había arrojado sobre mi buen humor. Saliendo de Gustatoya, por alguna distancia caminé a través de un terreno cultivado donde los campos estaban divididos por vallados. Muy pronto olvidé todo temor de los ladrones, y, aburrido por el lento paso de las mul s de carga, me adelanté, dejándolas muy atrás. A las once del día entré en un barranco tan agreste que creí que ese no podía ser el camino real para Guatemala; allí no se veía ningún rastro de mula; y, regresando, tomé otra ruta, cuyo resultado fue que perdí mi camino, y anduve todo el día solo. No pude adquirir claras noticias de Agustín y del arriero, sino que seguí caminando en la creencia que ellos iban adelante de mí. Prosiguiendo rápidamente, al anochecer llegué a una hacienda hacia un lado del camino, en la que fuí cordialmente recibido por el dueño, que era un mulato, y, para mi gran sorpresa, supe que ya había yo avanzado una larga jornada de un día de camino para Guatemala. El me puso ansioso, sin embargo, con respecto a la seguridad de mi equipaje; pero por aquella noche yo no podía hacer nada. Me tendí a lo largo frente a un gran escaparate con una imagen de la Virgen, el santo tutelar de la familia. Como a las diez de la noche fuí despertado por la llegada de Agustín y del arriero. Fuera de sus temores con respecto a mí, ellos habían tenido sus propias dificultades; dos de las mulas se cansaron, y tuvieron necesidad de parar para que descansaran, y para apacentarlas.

A la mañana siguiente, muy temprano, dejando el equipaje al arriero (lo que, dicho sea de paso, era una imprudencia en ese tiempo), y cambiándome el vestido, seguimos el viaje con Agustín. Muy pronto comenzamos a ascender por una abrupta montaña, muy escarpada, dominando a cada paso una vista agreste y magnífica; y al llegar a la cima divisamos a gran distancia abajo de nosotros en el fondo de un anfiteatro de montañas, el pueblo de El Puente, cuyos campos alrededor eran blancosy muy transitados por patachos de mulas. Descendimos al pueblo y atravesamos el puente, construido sobre arcos de piedra, en un barranco por donde pasa una espumante catarata. En este lugar nos encontramos completamente rodeados de montañas, agrestes hasta lo sublime, recordándome algunos de los más bellos paisajes de Suiza. Al otro lado del puente principiamos el ascenso de otra montaña. El camino era ondulado, y, al estar a suficiente altura, la vista del pueblo y del puente allá a lo lejos era excesivamente bella. Descendiendo a corta distancia, pasamos por una pequeña aldea de chozas, situada en el filo de la montaña, dominando por ambos lados la vista de un extenso valle a cuatro o cinco mil pies hacia abajo. Siguiendo esta hermosa serranía descendimos a una meseta de tierra fértil, y divisamos la puerta de un campo que se me figuró el paisaje de un parque en Inglaterra ondulante, y adornado con árboles. En medio está situada la hacienda de San José, edificio de piedra, largo y no muy alto, con corredor al frente; era uno de aquellos lugares que, cuando menos se espera, tocan una fibra sensible, evocando gratos recuerdos y haciendo que el viajero se sienta como si pudiera permanecer allí para siempre, y para nosotros particularmente grato puesto que aún no nos habíamos desayunado.

Esta era un hacienda de ganado, en la que había centenares de cabezas; pero todo lo que pudieron darnos de comer fueron huevos, tortillas y frijoles coci-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

dos en agua caliente; estos se parecían mucho a una cesta de astillas frescas. Pasado esto hicimos nuestro último arranque para Guatemala. El camino nos condujo sobre una meseta de terreno fértil y cubierto de verdura como un prado europeo, adornado con árboles y con todas las características peculiarmente inglesas; los arrieros que habían salido de al ciudad a media noche, y que ya habían terminado su tarea diaria, estaban descansando bajo la sombra de los árboles, con sus aparejos y cargas apilados como muros, y sus mulas pastando en las inmediaciones. A lo largo de la llanura había una hilera de chozas, y si estuviera adornada en vez de deformada por la mano del hombre, esta sería una región de poética belleza. Indios, hombres y mujeres con cargas sobre las espaldas, cada grupo con un manojo de cohetes, regresaban de "la capital" como ellos orgullosamente la llamaban, con rumbo a sus pueblos entre las montañas. Todos ellos nos dijeron que dos días antes Carrera había entrado de nuevo con sus soldados a la ciudad

Cuando nos encontrábamos sólo a dos leguas de distancia, el caballo de Agustín se dio por vencido. Yo estaba ansioso de ver la ciudad antes de que obscureciera, y me adelanté. Ya era avanzada la tarde cuando, al subir por una pequeña eminencia, dos inmensos volcanes se levantaron ante mi, aparentando desdeñar la tierra y elevarse hasta los cielos. Eran los grandes volcanes de Agua y de Fuego, a cuarenta millas de distancia, y de quince mil pies de elavación, más o menos, maravillosamente espléndidos y hermosos. A los pocos momentos tuve a la vista el gran valle de Guatemala, rodeado de montañas, y en el centro de éste, la ciudad como un pequeño punto en la vasta extensión, con sus iglesias, conventos y numerosas torrecillas, cúpulas y campanarios, tranquila como si el espíritu de paz descansara sobre ella. Sin históricas asociaciones, sino por su singular belleza, dejaba una impresión en la mente del viajero que nunca se podrá borrar. Desmonté de mi mula y la amarré. Todavía los últimos rayos de sol alumbraban los techos y cúpulas de la ciudad dándole un reflejo tan deslumbrante que apenas podía verla furtivamente. Por grados el disco del sol fue descendiendo hasta la cima del volcán de Agua y poco a poco todo el globo hundióse tras de él, iluminando el fondo con una atmósfera intensamente roja Una dorada nube envolvió su falda, descansó en la cúspide y, mientras yo la contemplaba, los dorados matices desaparecieron y la gloriosa escena terminó.

Agustín venía caminando con su pobre caballo cojeando atrás de él, y con una pistola en la mano Le contaron por el camino que los soldados de Carrera eran muy desenfrenados, y que abundaban los ladrones por los arrabales de la ciudad, y venía decidido a disparar sobre cualquiera que le hiciese alguna pregunta. Hice que guardara sus pistolas, y montamos nuestras bestias Todavía un inmenso barranco nos separaba de la ciudad. Ya estaba muy obscuro cuando llegamos al fondo, faltando poco para ser atropellados por un patacho de mulas con carga que venían por el camino. Cuando llegamos a la cumbre del lado opuesto, entramos por la puerta exterior, todavía a una distancia de milla y media de Guatemala. Adentro había chozas miserables, con grandes fogatas al frente, rodeadas por grupos de indios borrachos y soldados vagabundos que disparaban al aire sus mosquetes. Agustín me dijo que espoleáramos; pero su pobre caballo ya no podía más, y nos vimos en la necesidad de andar al paso. Todavía no sabíamos a dónde iríamos a parar; no había hotel en Guatemala ¿Para qué sirve un hotel en Guatemala? ¿Quién irá nunca a Guatemala? tal era la respuesta de un caballero de aquel lugar a mis preguntas al respecto Tenía yo varias cartas de recomendación, una de ellas para Mr. Hall, vice-cónsul inglés; y por fortuna resolví acogerme a su hospitalidad.

Escogimos a un indio andrajoso, quien tomó a su cargo el conducirnos a la casa de Mr. Hall, y guiados por él entramos en la ciudad por una recta y larga calle. Mi campesina mula parecía atónita a la vista de tantísimas casas, y no quería atravesar los desagües que eran anchos y en mitad de las calles. Al obligarla a pasar, dio un salto que, después de tan fatigoso viaje, hizo que me sintiera orgulloso de ella; pero rompió las riendas, y me vi obligado a apearme y conducirla. La pobre bestia de Agustín ya no pudo más con él, de manera que él venía a pie, dando latigazos a mi mula, y nuestro guía ayudándonos adelante y atrás. De este modo atravesamos las calles de Guatemala Quizás ningún diplomático entró jamás tan modestamente a una capital. Nuestro estúpido indio no sabía dónde vivía Mr. Hall; era difícil encontrar por la calle a quién preguntarle, y yo ya tenía una hora de estar jalando mi mula sobre los desagües de las calles y regañando al guía antes de dar con la casa. Al llegar toqué por algún tiempo sin recibir contestación; al fin un joven abrió la cerradura de una ventana con balcón diciéndome que Mr. Hall no estaba en casa. Esto no me haría retroceder. Le dije mi nombre, se retiró y a los pocos momentos se abrió la puerta principal, y el mismo Mr. Hall me recibió, indicándome que no había abierto más pronto porque los soldados se habían amotinado ese día por falta de pago, y amenazaban con saquear la ciudad. Carrera había hecho esfuerzos para pacificarlos, y había pedido prestados cincuenta dólares a un comerciante francés, vecino de Mr. Hall, pero los habitantes se encontraban muy alarmados, y cuando llamé a su puerta él estaba temeroso de que los soldados hubieran dado principio a la ejecución de su amenaza. Mr. Hall había quitado el asta de su bandera, porque la última vez que entraron los soldados, al verla enarbolada, hicieron fuego sobre ella, llamándola bandera de guerra. Ellos eran en su mayor parte indios de los pueblos, ignorantes e insolentes, y hacía pocos días que un centinela le había volado el sombrero porque no se lo quitó al pasar, por cuyo motivo había pendiente una queja ante el gobierno. Toda la ciudad se encontraba amedrentada Nadie se aventuraba a salir por la noche, y Mr. Hall se maravillaba de cómo había podido yo vagar por las calles sin ser molestado. Todo esto no era muy agradable, pero no podía quitarme la satisfacción de haber llegado a Guatemala. Por la primera vez desde mi arribo al país, tuve una buena cama y un par de sábanas limpias. Ese día se cumplían dos meses desde mi embarque en Nueva York, y solamente uno que me encontraba en el país; pero me parecía por lo menos un año.

El lujo de mi descanso aquella noche todavía permanece en mis recuerdos, y la brisa matutina fue la más pura y vigorizante que jamás había respirado. Situada en las **"Tierras templadas"** en un valle a cinco mil pies sobre el nivel del mar, el clima de Guatemala es el de una perpetua primavera, y el aspecto general me recordaba el de las mejores ciudades italianas. Está edificada en bloques de tres a cuatrocientos pies en cuadro, con calles paralelas que se cruzan una a otra en ángulo recto. Las casas, construidas para resistir la acción de los terremotos, son de un solo piso, pero muy espaciosas, con grandes puertas y ventanas protegidas por balcones de hierro. En el centro de la ciudad se ostenta la Plaza, un cuadro de ciento cincuenta yardas por lado, pavimentada con piedra, y con columnatas en tres de sus costados; en uno de éstos se levanta el antiguo palacio de los virreyes y sala de la audiencia; en otro se encuentra el cabildo y varios edificios de la ciudad; y en el tercero la aduana y el palacio de **ci-devant** marquesado de Aycinena; por último en el cuarto extremo está la catedral, hermoso edificio, del mejor estilo de arquitectura moderna, con el palacio arzobispal a un lado, y el colegio de infantes por el otro. En el centro hay una gran fuente de piedra, de imponente estructura, abastecida con agua procedente de las montañas como a dos leguas

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de distancia; y el área es usada para mercado. Las iglesias y conventos corresponden a la hermosura de la plaza, y su suntuosidad y magnificencia atraerían la atención de los turistas en Italia o en la vieja España.

La fundación de la ciudad se verificó en 1776, año memorable en nuestros propios anales, y cuando nuestros antepasados pensaban muy poco en las dificultades de sus vecinos. En aquella época la antigua capital, a veinticinco millas de distancia, arruinada y destruida por los terremotos, fue abandonada por sus habitantes, quienes edificaron la presente en el fértil valle de Las Vacas, y en estilo apropiado a la dignidad de una Capitanía General de España. Rara vez había sido yo más favorablemente impresionado con la primera apariencia de ninguna ciudad, y la única cosa que me mortificaba en las dos horas de vagar por las calles, era la vista de los soldados de Carrera, andrajosos y de insolente mirada; y mi primer pensamiento fué, que en cualquier ciudad de Europa o de los Estados Unidos, los ciudadanos, en vez de someterse a la imposición de tales bárbaros, se habrían levantado en masa para arrojarlos fuera de sus puertas.

En el curso de la mañana tomé posesión de la casa que había sido ocupada por Mr. De Witt, nuestro ex-Encargado de Negocios. Si yo había quedado con una favorable impresión del exterior de las casas, quedé encantado del interior. La entrada se hacía por una gran puerta doble, por un zaguán pavimentado con pequeñas piedras negras y blancas, que conducía a un hermoso patio pavimentado de la misma manera. A los lados, anchos corredores embaldozados con ladrillos rojos cuadrados, y ribeteados con arriates de flores. Enfrente, hacia la calle, y contigua a la entrada, una antesala con ventana y gran balcón, e inmediata a ella una **sala** con dos ventanas. En la parte más retirada una puerta abierta a un lado para entrar al comedor, con puerta y dos ventanas para el corredor. Al final del corredor otra puerta que conduce a un dormitorio con puerta y una ventana, y en seguida otra habitación del mismo tamaño, todas con puertas y ventanas abiertas hacia el corredor. El edificio y corredor seguían hasta el otro lado del solar, en cuyo centro había habitaciones para la servidumbre, y en las esquinas una cocina, y el establo, enteramente ocultos a la vista, cada uno provisto con una fuente separada. Este es el plano de todas las casas en Guatemala; hay otras mucho más grandes, por ejemplo la de la familia Aycinena que ocupa una cuadra de doscientos pies; pero en la mía se combinaban mejor la belleza y el confort que en ninguna otra residencia que yo hubiera visto jamás.

A las dos de la tarde arribó mi equipaje y quedé más confortablemente instalado en mi nuevo domicilio. La sala estaba amueblada con una gran librería conteniendo estantes de libros empastados de amarillo, lo que me trajo dolorosas reminiscencias de un bufete en mi país. Los archivos de la legación tenían un aspecto muy imponente; y sobre el escritorio de Mr. De Witt pendía otro recuerdo de mi patria: un facsímil de la Declaración de Independencia.

Mi primer trabajo fue el hacer los arreglos necesarios para enviar una escolta de confianza para Mr. Catherwood y en seguida era mi obligación el ver si encontraba al gobierno ante el cual yo estaba acreditado.

Desde el tiempo de la conquista, Guatemala había permanecido en un estado de profunda tranquilidad como colonia de España. Los indios se sometieron pacíficamente a la autoridad de los blancos, y todos acataban el derecho divino de la iglesia romana. A principios de la presente centuria algunos pocos rayos de luz penetraron en el corazón del Continente Americano y, en 1823, el Reino de Guatemala, como entonces se llamaba, declaró su independencia de España, y, después de una corta unión con México, se constituyó por sí mismo en república bajo el nombre de Estados Unidos de Centro América. Según los artículos del pacto de unión, la confederación se componía de cinco Estados, a saber: Guatemala, San Salvador, Honduras, Nicaragua y Costa Rica. Chiapas tenía el privilegio de entrar a formar parte de la federación en caso de convenirle, pero nunca lo hizo. Quezaltenango, distrito de Guatemala, fue después convertido en un Estado separado y agregado a la federación.

El monstruoso espíritu partidarista fue mecido en la cuna misma de us independencia, e inmediatamente se manifestó la línea divisoria entre los partidos aristocrático y democrático. El nombre local de estos partidos al principio me confundió, pues al primero se le llamaba central o servil, y al segundo **federal**, liberal o **democrático.** Substancialmente ellos eran los mismo que nuestros propios partidos federal y democrático. El lector tal vez encontrará dificultad en entender que en algún país, y en sentido político, federal y democrático signifiquen lo mismo; o que cuando yo hablo de un federalista me refiero a una demócrata; y para evitar confusiones, al referirme a ellos de aquí en adelante, llamaré central al partido aristocrático, y liberal al partido democrático. El primero, como nuestro partido federal, abogaba por la consolidación y la centralización de los poderes en un gobierno general, y el segundo peleaba por la soberanía de los Estados. El partido central lo componían algunas pocas familias principales que, por razón de ciertos privilegios de monopolio para la importación bajo el antiguo gobierno español, asumían el aire de nobleza, sostenidas por los curas y frailes y por los sentimientos religiosos del país. El partido liberal estaba formado por hombres de inteligencia y energía que sacudieron el yugo de la iglesia romana, y que, en el primer entusiasmo de sus emancipadas conciencias, rasgaron de una vez el negro manto de la superstición que, cual paño funerario, estaba tendido sobre el espíritu del pueblo Los centralistas deseaban conservar las costumbres del sistema colonial, y resistían cada innovación y cada ataque, directo o indirecto, sobre los privilegios de la iglesia y sobre sus propios prejuicios o intereses. Los liberales, ardientes, y acariciando brillantes proyectos de reforma, anhelaban un cambio instantáneo en los sentimientos y costumbres populares, y creían que estaban perdiendo preciosos momentos para establecer algunas nuevas teorías y barrer algunos de los viejos abusos. Los centralistas olvidaron que la civilización es una deidad celosa que no admite particiones ni puede permanecer estacionaria. Los liberales olvidaron que la civilización requiere una armonía de inteligencia, de costumbres y de leyes. El ejemplo de los Estados Unidos y de sus liberales instituciones fué puesto en alto por los liberales; y los centralistas argüían que, con su ignorante y heterogénea población, desperdigada sobre un vasto territorio, sin medios fáciles de comunicación, era un sueño tomar a nuestro país como modelo. A la tercera sesión del congreso, los partidos se declararon en abierta pugna, y los diputados de San Salvador, siempre el Estado más liberal de la confederación, se retiraron.

Flores, Vice-Jefe del Estado de Guatemala, liberal, se hizo odioso a los curas y a los frailes por haber impuesto una contribución sobre el convento en Quezaltenango; y con ocasión de una visita que hizo a dicha plaza, los frailes del convento excitaron al populacho en contra suya, como un enemigo de la religión. Pronto se formó un tumulto frente a su casa gritando "¡muera el hereje!" Flores huyó a la iglesia; pero en la puerta un grupo de mujeres le agarró arrebatándole de las manos el bastón y, pegándole con él, le quitaron el gorro y le arrastraron por los cabellos. Logró escapar de estas furias y corrió hacia el púlpito. La campana de alarma sonaba y toda la plebe de la ciudad llenó inmediatatmente la plaza. Algunos pocos soldados trataron de cubrir la entrada de la iglesia, pero fueron acometidos con piedras y pa-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

los; y la multitud, venciendo toda oposición, forzó la entrada de la iglesia haciéndola resonar con los gritos de "¡muera el hereje!" Abalanzándose hacia el púlpito, algunos trataron de descolgarlo, otros de escalarlo; otros herían al infeliz Vice Jefe con cuchillos atados a la punta de largos palos; mientras que un diabólico muchacho con un pie sobre las molduras del púlpito y el otro al aire, se agachó y le asió por los cabellos. El cura que estaba en el púlpito con Flores, temoroso de la tempestad que él mismo había ayudado a laventar, elevó al Santísimo pidiendo a la multitud que lo perdonara y prometiendo que saldría de la ciudad inmediatamente. El infeliz Flores, arrodillado confirma estas promesas; pero los frailes azuzaban a la plebe, que se puso tan excitada con religioso frenesí, que, después de arrodillarse ante la imagen del Salvador, exclamando "Te adoramos, oh Señor, te veneramos", se levantaron con el furioso grito: "¡pero por tu honra y gloria este blasfemo, este hereje, debe morir!" Y entonces arrancándole del púlpito y arrastrándole por el piso de la iglesia hasta llegar a los claustros, lo entregaron en manos de la fanática y furiosa horda, en donde las mujeres, como furias desencadenadas, le dieron puñetazos, pedradas y palos hasta matarlo. Sus asesinos lo desnudaron y dejándolo completamente desfigurado y convertido en objeto de horro, expuesto a los insultos del populacho, dispersándose en seguida por la ciudad y pidiendo la cabeza de los liberales con el grito de "¡VIVA LA RELIGION Y MUERAN LOS HEREJES DEL CONGRESO!". Por ese tiempo el fanatismo religioso tomó incremento en el Estado y el partido liberal quedó deshecho en Guatemala.

Pero el Estado de San Salvador, desde el comienzo el corifeo de los principios liberales, tomó la iniciativa en el movimiento de venganza, y el 16 de Marzo de 1827 su ejército apareció en las puertas de Guatemala amenazando con la destrucción de la capital; empero, el fanatismo religioso era demasiado fuerte: los sacerdotes corrían por las calles exhortando al pueblo a empuñar las armas; los frailes encabezando tumultuosas masas de mujeres con cuchillos desenvainados, juraban la destrucción de todo aquel que intentara trastornar su religión, así que los salvadoreños fueron derrotados y obligados a huir. Durante dos años los partidos se mantuvieron en abierta lucha. En 1829, tropas de San Salvador al mando del General Morazán, quien entonces era la cabeza del partido liberal, marcharon de nuevo sobre Guatemala y después de tres días de batalla entraron triunfantes a la capital. Todos los corifeos del partido central, los Aycinena, los Pavones y Piñoles, fueron derrotados o huyeron, los conventos fueron destruidos, las instituciones de frailes abolidas, los mismos frailes embarcados y expulsados del país, y el arzobispo, temeroso de ser deportado, o quizá en espera de peor suerte, huyó para salvarse.

En 1831 el General Morazán fue electo Presidente de la República; y al expirar su período se le reeligió. Durante ocho años el partido liberal tuvo todo el poder; pero durante la última parte de su gobierno ya había gran descontento a causa de los empréstitos forzosos y exanciones para sostener la administración o, como decían los centralistas, para premiar la rapacidad de los empleados libertinos y sin escrúpulos. El partido de la iglesia estaba siempre alerta. Los emigrados en los Estados Unidos, en México y en la frontera, con la mirada siempre fija en el hogar, se mantenían en constante comunicación y daban alas a los descontentos que cada día aumentaban. Algunos de ellos en completa penuria en el extranjero, se aventuraban a regresar, y no siendo molestados, otros inmediatamente les seguían. Por este tiempo empezó el levantamiento de Carrera, el cual al principio era más temido por los centralistas que por los liberales; pero repentinamente y para su mayor admiración, colocó a los primeros nominalmente a la cabeza del gobierno.

En Mayo anterior a mi llegada había expirado el período del presidente, senadores y diputados, y no había habido elección para substituirlos. El vice-presidente, que había sido electo en un período aún no terminado, era el único que estaba en funciones en el gobierno federal. Los Estados de Guatemala, Honduras, Nicaragua y Costa Rica se habían declarado a sí mismos independientes de la federación. Los Estados de San Salvador y Quezaltenango sostenían al gobierno federal, y Morazán como comandante en jefe de las fuerzas federales habían derrotado a Ferrera y establecido tropas en Honduras, lo que daba al partido liberal el actual control de tres Estados.

Virtualmente, puse, los Estados se encontraban "tres a tres". ¿Dónde estaba mi gobierno? El último congreso, antes de su disolución había recomendado la panacea para las enfermedades políticas una Asamblea para reformar la constitución. Los gobiernos de Inglaterra y Francia estaban representados en Centro América por consulados generales. No había ningún tratado. Inglaterra no podría procurarse uno a menos que renunciara a todo reclamo con respecto a la Isla de Roatan, en la Bahía de Honduras, y a Belize. Con Francia se había celebrado un tratado; pero aunque presionado con gran formalidad por el cónsul general de ese país, el senado rehusó ratificarlo El nuestro era el único gobierno que tenía algún convenio con Centro América y hasta la salida de Mr. De Witt del país, estuvimos representados por un Encargado de Negocios. El cónsul general inglés había publicado una circular negando la existencia del gobierno federal; el cónsul de Francia no estaba en buenas relaciones con ninguno de los partidos; y mi arribo y el curso que yo pudiera tomar, eran motivo de algún interés para los políticos.

No había más que un lado para la política en Guatemala. Ambos partidos tenían un bonito modo de producir unanimidad de opinión, expulsando del país a todo aquel que no estuviese de acuerdo con ellos. Si había algunos liberales yo no me encontré con ellos, o quizá no se atrevían a despegar los labios. El partido central, que apenas hacía seis meses que estaba en el poder, y todavía sorprendido de encontrarse ahí, vacilaba entre la arrogancia y el temor. Las antiguas familias cuyos miembros principales habían sido desterrados o que se encontraban en el ostracismo político, y el clero, estaban gozosos por la expulsión del partido liberal, y por su regreso a lo que ellos consideraban su derecho natural de gobernar al Estado; hablaban de llamar al desterrado arzobispo de la iglesia, reformar los conventos, devivir las instituciones monásticas y hacer de Guatemala lo que antes había sido: la joya de Hispano América.

Una de mis primeras visitas de ceremonia fue para el señor Rivera Paz, el Jefe del Estado. Fuí presentado por Mr. Henry Savage, quien había antes actuado como cónsul de los Estados Unidos en Guatemala, y que fué el único americano residente a quien yo me considero agradecido por sus constantes atenciones. Habiéndose declarado por sus constantes atenciones? Habiéndose declarado independiente del gobierno federal, el Estado de Guatemala estaba gobernado entonces por una organización transitoria llamada Asamblea Constituyente. En la última entrada de Carrera a la ciudad, en Marzo anterior a mi llegada, Salazar, Jefe del Estado, huyó; y Carrera a caballo, llamando a la puerta del Señor Rivera Paz antes de amanecer por sí y ante sí lo instaló como Jefe. Fué una afortunada elección para el pueblo de Guatemala. Era como de treinta y ocho años de edad, caballeroso en su apariencia y modales, y en todas las difíciles posiciones en que se encontró más tarde, dió a conocer una prudencia y juicio nada comunes.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Se me había advertido que sería grato para él gobierno de Guatemala que yo le presentase primero mis credenciales al Jefe de aquel Estado, y que con cada uno de ellos, separadamente, tratara los asuntos que se me habían encomendado para el gobierno general. El objeto de esto era impedir que yo reconociese al poder que era, o que pretendía ser, el gobierno federal La sugerencia era por supuesto descabellada, pero mostraba el dominio del espíritu partidarista. El Sr. Rivera Paz expresó su pesar, de que mi visita al país fuese en tan infortunada época, asegurándome la amistosa disposición de aquel Estado, y que haría todo lo que estuviera de su parte por servirme. Durante mi visita al país en tan infortunada época; asegurándome la amistosa disposición de aquel Estado, y que haría todo lo que estuviera de su parte por servirme. Durante mi visita fuí presentado a varios de los principales miembros de la administración, y me despedí con una favorable opinión de Rivera Paz, la que nunca fué debilitada en lo que respecta a él personalmente.

Por la tarde, en compañía de Mr. Hall, asistí a la última reunión de la Asamblea Constituyente. Tuvo lugar ésta en la antigua Sala del Congreso; la pieza era grande, adornada con retratos de antiguos españoles distinguidos en la historia del país, y escasamente alumbrada. Los diputados estaban sentados en una plataforma al extremo del salón, elevada más o menos a seis pies, y el Presidente en un puesto más elevado en un sillón; dos secretarios junto a una mesa más abajo. y sobre la pared el escudo de la República, en cuyo fondo habían tres volcanes, simbolizando, supongo el combustible estado de la nación. Se encontraban presentes como treinta diputados, sentados a ambos lados, siendo más o menos la mitad de ellos sacerdotes, con vestido talar negro y bonete del mismo color; y por lo opaco de la luz la escena me transportó a la edad media, y me pareció estar presenciando una reunión de inquisidores.

El asunto que se discutía era una moción relativa a restablecer la antigua ley del diezmo, que había sido abolida por el partido liberal. La ley fué aprobada por unanimidad; enseguida se discutió una moción sobre separar una pequeña parte del producto y destinarla al sostenimiento de hospitales para los pobres. Los sacerdotes tomaron parte en la discusión con sentimientos liberales; un miembro no eclesiástico, de grandes y negras patillas, se opuso diciendo que la iglesia era como una luz en las tinieblas; y el marqués de Aycinena, sacerdote y miembro dirigente del partido dijo "que lo que se recaudaba para Dios debía darse solamente a Dios". Hubo otra discusión sobre si la ley se debería aplicar al ganado que ya existía o al que naciera de ahí en adelante; y, por último, qué medios se pondrían en práctica para hacer efectiva dicha ley. Un caballero argumentó que las medidas coercitivas no deberían usarse, y con un bello arranque de elocuencia, dijo que la confianza debía cimentarse en los sentimientos religiosos del pueblo, y que los indios más pobres vendrían enseguida a contribuir con su pequeño óbolo; pero la Asamblea decidió que la ley se ejecutara de acuerdo con Las leyes antiguas de los Españoles cuya severidad había sido una de las principales causas de la revolución en todos los países hispanos. Había algo muy horrible en esta retrógrada legislación.

Se me hace muy difícil comprender cómo en pleno siglo diecinueve, hombres de entendimiento y en un país donde por todas partes los principios de libertad luchaban por prevalecer, se pretendiera sujetar al pueblo bajo un yugo que, aun en los siglos de la obscuridad, fuera demasiado duro para ser soportado. El tono de los debates era respetuoso y reposado por la completa ausencia del part do de la oposición. La Asamblea significando ser un organismo popular, representaba la voz del pueblo. Era una época de gran excitación y la última noche de sesiones; y Mr. Hall y yo, cuatro hombres y tres muchachos constituíamos el auditorio.

Como no había seguridad al estar por las calles pasadas las ocho de la noche, la Asamblea levantó su sesión y después de una pequeña junta a la mañana siguiente fué servido un banquete de ceremonia. El punto de reunión fué la antigua biblioteca, venerable sala que contiene una valiosa colección de raros manuscritos y antiguos libros españoles, entre los cuales han sido descubiertos últimamente los dos volúmenes de Fuentes que estaban perdidos, lo que me produjo muchísima satisfacción. Los únicos invitados eran Mr. Hall, el cónsul general de Francia, el coronel Monte Rosa (un ayudante de Carrera) y yo. Carrera fué invitado pero no asistió. La mesa estaba profusamente adornada con flores y frutas. Muy poco vino se consumió y no hubo brindis ni alegría. Ningún hombre cano había a la mesa; todos eran jóvenes y tan estrechamente relacionados que más bien parecía una reunión de familia; más de la mitad de ellos habían estado desterrados y si Morazán volviera al poder todos serían dispersados otra vez.

Apenas tres días tenía yo de estar en Guatemala y ya me parecía triste el lugar. Los nubarrones que pendían sobre el horizonte político pesaban sobre el espíritu de sus habitantes, y por la tarde me veía obligado a retirarme a mi casa solo. En medio de la incertidumbre que me hacía vacilar en mis movimientos, y para evitarme las molestias del manejo de los asuntos domésticos para unas pocas semanas quizá, yo comía y cenaba en casa de la señora, una joven viuda muy interesante, dueña de la casa donde yo habitaba (su marido había sido muerto en una revolución secreta preparada por él mismo) y que vivía casi al lado opuesto. La primera tarde permanecí allí hasta las nueve de la noche; pero al cruzar la calle de regreso a mi casa un furibundo"¿Quién vive?" llegó retumbando hasta mí. En la obscuridad no podía ver al centinela ni sabía la contraseña. Por fortuna, y esto era muy raro, repitió la pregunta dos o tres veces, pero tan fieramente que el eco de su voz repercutió en mis oídos como el disparo de un mosquete, y sin duda en un instante más una bala me habría alcanzado, si no hubiera sido por una anciana que salió precipitadamente de la casa de donde yo venía, y, con una linterna en la mano gritó "Patria Libre!"

Aunque callado, yo no permanecía inactivo; y cuando ya estuve en lugar seguro di las gracias a la señora a través de la calle, ocultándome cuanto pude en el interior del zaguán. Desde la entrada de Carrera, él había colocado centinelas para preservar la paz en la ciudad, la que era muy tranquila antes de su llegada y sus pacificadores la mantenían en constante alarma. Estos centinelas eran adictos a disparar sus mosquetes. La orden que tenían era preguntar '¿Quién vive " "¿Qué gente " ¿Qué regimiento?" y en seguida disparar Uno de ellos ya había obedecido la orden literalmente, y después de hacer las tres preguntas con precipitación, sin esperar las respuestas, disparó matando a una mujer, Las respuestas eran: Patria libre", "Paisano' y "Paz"

Esto fue un motivo de molestia durante todo el tiempo que permanecí en Guatemala Las calles no estaban alumbradas; y oyendo el '¿Quién vive?" algunas veces a una cuadra de distancia con acento feroz y sin poder ver al centinela, siempre me lo imaginaba con el mosquete al hombro atisbando en medio de la obscuridad para disparar. Yo me sentía menos seguro por motivo de mi pronunciación extranjera; pero nunca encontré alguno, ya fuera del país o extranjero, que no se pusiera nervioso al oír al centinela o que no tratase de evitarlo pasando a dos cuadras de distancia de su camino

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

CAPITULO 10

HACIENDA DE NARENGO.—LAZANDO GANADO.—CORRESPONDENCIA DIPLOMATICA.—FORMULAS.—FIESTA DE LA CONCEPCION.—TOMANDO EL VELO NEGRO.—UNA PAISANA.—RENUNCIANDO AL MUNDO.—FUEGOS ARTIFICIALES, ETC.—PROCESION EN HONOR DE LA VIRGEN.—OTRA EXHIBICION DE FUEGOS ARTIFICIALES.—UN TORO BRAVO.—SOLDADEZCA INSOLENTE.

Al día siguiente en compañía de Mr. Savage nos fuimos a caballo a Narengo, pequeña hacienda de la familia Aycinena como a siete millas de la ciudad Más allá de los muros todo era hermoso, y en los buenos tiempos de Guatemala los Aycinena rodaban hacia El Narengo en un enorme carruaje, cubierto de esculturas y dorados, al estilo de los grandes de España, y que ahora permanece en el patio de la casa de familia, como un recuerdo de mejores días. Entramos por una gran puerta a un camino particular de su propiedad, ondulante y ornamentado con árboles, que pasaba cerca de un lago artificial, formado por varias corrientes de agua represadas. Dimos vuelta por la orilla del lago, y entramos a un gran corral de ganado, en cuyo centro y hacia el lado pendiente, estaba la casa, maciza estructura de piedra, con una ancha plaza al frente, y dominando una hermosa vista de los volcanes de la Antigua.

La hacienda era valiosa únicamente por su proximidad a Guatemala, siendo lo que nosotros llamaríamos una casa de campo. Tenía una extensión de siete mil acres de tierra solamente y tendría alrededor de setenta mulas y setecientas cabezas de ganado vacuno. Era la época de marcar y contar el ganado y dos de los señores Aycinena se encontraban en la hacienda para dirigir las operaciones. El ganado había sido encorralado, pero como yo nunca había visto el procedimiento para lazarlo, después de la comida, cien cabezas que habían estado durante dos días sin pastura fueron echadas a un campo de dos o tres millas de circunferencia. Ocho hombres montaron, con espuelas de hierro de una pulgada de largo sobre sus desnudos talones, y cada uno con un LAZO en la mano, hecho de un cuero entero de res cortado en forma de cuerda como de veinte yardas de largo, uno de cuyos extremos iba atado a la cola del caballo, la que previamente era envuelta en hojas para evitarle lastimaduras, y el sobrante enrollado, lo tenía el jinete en la mano derecha, descansando sobre la manzana de la silla. Todo el ganado se había dispersado; nos situamos en una eminencia que dominaba una vista parcial del campo, y los jinetes se esparcieron en su persecución. Al instante, treinta o cuarenta pasaron atropelladamente, perseguidos por los jinetes a todo galope perdiéndose pronto de vista. Nosotros deberíamos escoger entre perder el juego o acuerparlo; y en uno de tantos rodeos, teniendo especial cuidado de evitar el tropel de la furiosa novillada y de los temerarios jinetes, me hice al lado de dos vaqueros que perseguían a un solo buey, siguiéndolo sobre la loma, por entre breñas, matorrales y malezas. Un vaquero lanzó su cuerda magistralmente sobre los cuernos del buey, tornando enseguida su caballo, mientras el animal cogido por el lazo sin sacudir al caballo ni al jinete, fué arrojado de cabeza sobre el campo.

En esos momentos una manada pasó violentamente, perseguida por todos los vaqueros. Un buey amarillo grande se apartó del grupo y todos le siguieron. Por una milla se mantuvo adelante, escapando y escabulléndose, pero los jinetes lo rodearon empujándolo hacia el lago; y después le un infructuoso intento le saltar, se arrojó al agua. Dos vaqueros lo siguieron y asustándolo sacáronlo de allí. A los pocos momentos silvó el lazo sobre su cabeza, y, mientras que caballo y jinete se mantuvieron firmes como una roca, el buey saltó de nuevo precipitadamente al campo. Los vaqueros se esparcieron, rodando uno de ellos con todo y caballo de tal modo que creí que todos los huesos de su cuerpo se habían quebrado; pero el juego era tan excitante que yo, aunque al principio estuve muy cuidadoso de mantenerme fuera de peligro, ya me sentía dispuesto a que mi caballo también fuera atado de la cola y a tomar un lazo en la mano. El efecto de la cacería era realzado por la belleza del paisaje, con los grandes volcanes de Agua y de Fuego elevándose sobre nosotros, y por la tarde proyectando su obscura sombra sobre el llano. Ya era casi de noche cuando regresamos a casa. Con esa refinada cortesía, que yo creo es exclusivamente española, los caballeros nos acompañaron por alguna distancia en nuestro camino. Al anochecer llegamos a Guatemala, y, con gran satisfacción, supimos en la entrada que los soldados ya habían sido encerrados en los cuarteles.

La noticia de mi arresto y prisión había llegado a Guatemala antes que yo, con gran exageración de las circunstancias, y se me dijo que el gobierno del Estado pensaba dirigirme una comunicación al respecto. Esperé durante varios días, y, no recibiendo ninguna, presenté mi queja formal, estableciendo los hechos, y manifestando que yo no trataba de sugerir qué debería hacerse, sino que me sentiría satisfecho con que el gobierno hiciese lo que fuera conveniente a su propia honra y a los derechos de una nación amiga. A los pocos días recibí la respuesta del Secretario de Estado, portadora de los sentimientos del Presidente por lo ocurrido, y manifestando que, antes de recibir mi nota, el gobierno había dictado las medidas que consideró oportunas sobre el particular. Como esto era muy vago, y yo estaba profundamente indignado contra los hechores, y además ya había oído algo por la calle acerca de tales "medidas" y consideraba necesario, para la protección de los americanos que estuvieran o pudieran estar en el país, no sufrir un ultraje que ya era notorio que había sido tratado ligeramente, dirigí otra comunicación al secretario, preguntándole especialmente si el oficial y el alcalde referidos habían sido castigados y de qué manera. La respuesta fué que, bajo las circunstancias extraordinarias en que se encontraba el país por la revolución popular, y por la desconfianza que prevalecía en las poblaciones fronterizas, las autoridades locales eran más suspicaces que de costumbre en materia de pasaportes, y que "el atropellamiento" que yo había sufrido, tenía su origen en las órdenes de "un oficial militar", quien sospechaba que yo y mis acompañantes éramos "enemigos", y que el General Cáscara, tan pronto como fué informado de las circunstancias, lo había separado del mando. La respuesta daba a entender que el gobierno, muy a su pesar, por las difíciles circunstancias en que se encontraba el país, no tenía poder para prestar seguridades a los viajeros como lo deseaba, pero que dictaría órdenes terminantes a las autoridades locales para mi seguridad en los futuros viajes.

Yo tenía conocimiento que el General Cáscara había removido al oficial, pero apenas llegada la noticia a Guatemala, Carrera le ordenó que lo restituyera; y más tarde ví en San Salvador cartas en que él había amenazado al General Cáscara con fusilarlo si no se revocaba la degradación. En ulteriores comunicaciones con el Secretario y con el Jefe del Estado, ístos confesaron su impotencia para hacer algo; y estando satisfecho que ellos lo deseaban aún más que yo mismo, consideré que no valdría la pena insistir en el asunto; pues en verdad y en rigor, yo no tenía derecho a acudir al gobierno del Estado. El gobierno

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

general no tenía ni la más mínima autoridad en el Estado, y hago hincapié en esta circunstancia para poner de relieve la completa debilidad de la administración, y las desastrosas condiciones del país en general. Esto me molestaba especialmente porque me hacía ver las dificultades y el peligro de continuar los viajes que había proyectado.

Desde mi arribo quedé impresionado con el devoto carácter de la ciudad de Guatemala. Por la mañana y por la tarde, todas las iglesias estaban abiertas y las gentes, particularmente las mujeres, acudían con regularidad a los rezos. Cada casa tenía su imagen de la Virgen, del Redentor o de algún santo tutelar, y sobre las puertas había leyendas con oraciones: "La verdadera sangre de Cristo, nuestro Redentor, que solo representada en Egipto libró a los Iscurrimos a vos". "Ave María, gracia plena, y la Santísima Trinidad nos favorezca". "El dulce nombre de Jesús sea con nosotros. Amén".

El primer domingo después de mi arribo fué celebrada la fiesta de La Concepción, que siempre ha sido reverenciada entre los ritos de la Iglesia Católica, y en ese día con mayor entusiasmo por la circunstancia de que una novicia del convento de la Concepción se había decidido a tomar el velo negro. Muy de mañana **las campanas de las iglesias** repicaron en toda la ciudad, se dispararon cañonazos en la plaza, y se prepararon cohetes y fuegos artificiales en las esquinas de las calles. A las nueve de la mañana multitud de gente fué llegando a la iglesia de La Concepción. Frente a la puerta y a través de las calles, habían arcos adornados con siempreverde y flores. Las amplias gradas de la iglesia fueron regadas con hojas de pino, y sobre la plataforma, varios hombres soltaban cohetes. La iglesia era una de las más hermosas de Guatemala, con profusión de adornos de oro y plata, cuadros e imágenes de santos, y adornada con arcos y flores. El Padre Aycinena, Vicepresidente del Estado, y el miembro principal de la Asamblea Constituyente, era el predicador ese día, y su alta reputación atrajo un gran concurso de gente. El púlpito estaba situado en un extremo del templo y toda la concurrencia tenía deseo de oír el sermón. Esto hizo que el extremo opuesta quedara casi desocupado, y yo me coloqué sobre una grada del altar más inmediato y frente a la reja del convento. Al terminar el sermón hubo una descarga de cohetes y cohetillos en raelitas de un brazo fuerte y poderoso, librenos de la peste, guerra y muerte repentina. Amén". "Oh María, concebida sin pecado, rogad por nosotros, que relas gradas de la iglesia, cuya humareda invadió el interior, sintiéndose el olor de la pólvora más pronunciado que el del incienso. El piso había sido regado con hojas de pino, y se encontraba cuajado de mujeres arrodilladas con sus mantos negros cubriéndoles la cabeza por completo, y sujeto por debado de la barba. Yo nunca vi más bello espectáculo que estas filas de mujeres arrodilladas, de rostro puro y expresión sublime, realzada por el entusiasmo de la religión; y entre ellas, bella como la que más y atractiva cual ninguna, estaba una de mi propia tierra: a lo sumo de veintidos años de edad, casada con un caballero perteneciente a una de las primeras familias de Guatimala, que había estado desterrado en los Estados Unidos. En otra tierra y entre otras gentes, ella había abrazado una nueva fe; y, con el entusiasmo de una juvenil conversación, ninguna dama en Guatimala era más devota, más puntual a la misa, o más estrista en toda la disciplina de la iglesia católica que la Hermana Susana.

Después de los fuegos artificiales, hubo una gran ceremonia en el altar, y en seguida un movimiento general de la concurrencia hacia el otro extremo de la iglesia. El convento quedaba contiguo, y en la pared divisoria, como a seis pies del piso, había una gran reja de hierro, y como cuatro pies más allá otra, en la que las monjas asistían a las ceremonias de la iglesia. Arriba de la reja de hierro había otra de madera, y de ésta, a los pocos minutos salió una suave melodía de extraña música india, y se presentó una figura blanca, con largo velo también blanco, llevando en la mano derecha una candela, y con ambos brazos ertendidos, andando despacio hasta llegar a unos pocos pasos de la reja, retirándose en seguida de la misma manera. De ahí a poco se oyó la misma suave melodía procedente de la reja de abajo y vimos avanzar una procesión de monjas vestidas de blanco, con largos velos del mismo color y llevando cada una en la mano una gran vela encendida. Terminó la música dando principio un canto, tan suave que era necesario el oído muy atento para percibirlo. Adelantáronse las hermanas de dos en dos al compás de este suave canto hasta unos pocos pies de la reja, volviéndose en seguida por diferente camino. Al final de la procesión aparecían dos monjas vestidas de negro y en medio de ellas la novicia, con vestido y velo blancos y una guirnalda de rosas en la cabeza. Las monjas blancas se colocaron a los lados, cesó su canto, y se oyó solamente la voz de la novicia, pero tan débil que más parecía el aliento de un espíritu del aire. Las monjas blancas derramaron flores ante ella, avanzando ésta en medio de las dos negras. Paróse por tres veces arrodillándose, siguiendo su mismo suave canto, y por último las monjas blancas se agruparon a su alrededor, derramando flores sobre su cabeza y por su senda. Lentamente la condujeron a la parte de atrás de la capilla, y se arrodillaron todas frente al altar.

En estos momentos unos acordes musicales se dejaron oír al otro extremo de la iglesia; se abrió un camino entre la multitud avanzando una procesión, compuesta de los principales sacerdotes, ataviados con sus más ricas vestiduras, y encabezados por el venerable Provisor, un octogenario de cabellos blancos, que ya vacilaba al borde de la tumba, tan digno de consideración por su piadosa vida como por su venerable apariencia. Un lego llevaba sobre un precioso cuadro una corona de oro y un cetro tachonado de pedrería. La procesión avanzó hasta una pequeña puerta a la derecha de la reja, y las dos monjas negras con la novicia aparecieron en la entrada. Cruzáronse algunas palabras entre ella y el Provisor, que entendí ser un examen sobre si su propósito de abandonar el mundo era o no voluntario. Terminado esto, el Provisor le quitó la guirnalda de rosas y el velo blanco, colocándole en la cabeza la corona y el cetro en la mano. La música lanzó estrepitosas notas de triunfo, y a los pocos minutos ella reapareció en la reja con la corona y el cetro, y con un vestido chispeante de pedrería. Las hermanas la abrazaron, y otra vez derramaron rosas sobre ella. Parecía horrible amontonar sobe esta joven la pompa y los placees del mundo, en los momentos en que se despedía de ellos para siempre. Se arrodilló otra vez ante el altar; y al levantarse, las joyas y piedras preciosas, y los ricos adornos con que fué engalanada, se le quitaron y en seguida se volvió hacia el Obispo, quien, quitándole la corona y el cetro, púsole en la cabeza el velo negro. De nuevo apareció ella frente a la reja; el último, el paso fatal aún no estaba dado; aún no se le había extendido el velo negro. Otra vez las monjas la rodearon, y entonces por poco la devoran a besos.

Yo no sabía nada de su historia. No había oído decir que la ceremonia tendría lugar sino hasta la misma tarde del día anterior, y me imaginaba a la joven vieja y fea; pero no, si estaba marchita ni consumida por los pesares, ni era la imagen de un corazón desilucionado; por otra parte era una joven y hermosa entusiasta; tendría no más de veintitrés años de edad, y era poseedora de uno de esos rostros saludables que, aunque no vuelvan loco a un hombre por

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

su belleza, llevan el sello de una bien conformada naturaleza para el desempeño de todos los deberes correspondientes a una hija, esposa y madre, y que hablan de la benevolencia y generosidad del corazón de la mujer. Estaba pálida, y parecía consciente del importante paso y solemnidad de los juramentos que iba a hacer, y no estaba apesarada; pero aún asi ¿quién puede saber lo que pasa en el corazón humano?

Se volvió hacia el Provisor, quien extendió sobre su rostro un velo negro; la música lanzó sus notas de alegría, por una joven que habiendo venido al mundo para llevar sus cargas se apartaba de él. Inmediatamente siguió un murmullo de voces reprimidas; y abriéndose paso por entre la concurrencia, me agregué a un grupo de señoras, siendo una de ellas mi bella compatriota. Esta era de un pequeño pueblo del campo de Pensylvania, y el romance de sus afectos hacia los conventos y monjas aún so había desaparecido. Cuando la primera invación de Carrera, se refugió en el convento de La Concepción, y hablaba con entusiasmo de la pureza y piedad de las monjas, describiendo algunas que sobrepasaban en todo a los atributos de la mujer. Conocía especialmente a la que acababa de tomar el velo, y me contó que dentro de pocos días aparecería junto a la reja del convento para abrazar a sus amigos y despedirse de ellos, prometiendo llevarme para que me tocara mi parte en la distribución.

Durante este tiempo se quemaron cohetes en las gradas, y en la calle al frente estaba una armazón de fuegos artificiales, de treinta pies de altura, la cual toda la concurrencia que había en las gradas y en la calle esperaba ver en movimiento. Todo el mundo criticaba lo absurdo de tal exhibición durante el día, pero decían que tal era la costumbre. La pieza era de complicada estructura y en el centro tenía una gran caja. Se oyó un silvido de ruedas, gran humareda, y de vez en cuando una roja llamarada; y al esta quemados los extremos, para finalizar, con un fuerte chasquido se abrió la caja, y al disiparse el humo, se pudo ver la figura de una monjita negra a lo cual todos se rieron y se dispersaron.

Por la tarde tuvo lugar la procesión en honor a la Virgen. Aunque Guatemala estaba triste, y, por las convulsiones de la época, privada de toda clase de alegrías, las procesiones religiosas eran como siempre, y habría sido evidencia de un estado moribundo el descuidarlas. Todas las calles por las cuales debía pasar la procesión estaban regadas con hojas de pino, y a travéís de ellas se levantaron arcos adornados con siempreverde y flores; los grandes balcones de las ventanas fueron adornados con colgaduras de seda carmesí y banderolas de caprochosos dibujos. En las esquinas de las calles se colocaron altares bajo enramadas de siempreverde, tan altas como los techos de las casas, adornados con imágenes y ornamentos de plata de las iglesias, todos cubiertos de flores. Rica como lo es toda la América Central en productos naturales, el valle de Guatemala se distingue por la belleza y variedad de sus flores; y por un día los campos fueron despojados de sus vestiduras para engalanar la ciudad. Yo he visto grandes festividades en Europa, con dinero derramado a manos llenas; pero nunca nada tan sencillamente hermoso. Mi paseo por s calles antes de la procesión fué la parte más interesante del día. Todos los habitantes, con sus mejores atavíos, se encontraba allí: los hombres parados en las esquinas, y las mujeres, con negras mantillas, sentadas en largas filas a los lados; las banderas y cortinas en los balcones de las ventanas, el verdor de las calles, la profusión de flores, las vistas por en medio de los arcos, y la sencillez de costumbres que permite a las damas de primera categoría mezclarse libremente con la muchedumbre y sentarse en las calles, formaban un cuadro de belleza que aún hoy suaviza la impresión de estolidez que Guatemala dejó grabada en mi memoria.

La procesión para la cual se hicieron estos hermosos preparativos venía encabezada por un solo indio, viejo, arrugado, sucio y andrajoso, con la cabeza cubierta, y bamboleándose bajo el peso de un enorme tamborón, que llevaba sobre sus espaldas, y que parecía tan antiguo como la conquista, con todos los cordeles y un lado del fondo rotos; le seguía otro indio tan harapiento como el primero, que con una pesada baqueta tocaba de cuando en cuando el viejo tamborón. En seguida venía otro indio con un enorme pito, que correspondía por su aspecto venerable con el tambor, y con el cual, de tiempo en tiempo lanzaba un sonido violento y en seguida miraba en derredor con un aire de cómica satisfacción esperando el aplauso. Inmediatamente seguía un pequeño muchacho de diez años de edad, con sombrero de tres picos, botas arriba de las rodillas, una espada desenvainada, y la máscara de un horrible africano. Dirigía a unos veinte o treinta individuos no sin razón llamados los diablos, todos ellos con grotescas y repugnantes máscaras, y con andrajosos y fantásticos vestidos, algunos con pitos de caña y otros chocando palillos entre sí; y los principales actores eran dos pseudo-mujeres, con sombreros europeos de anchas alas, batas de cuello alto, cinturas en el pecho, grandes botas y cada quien con una vieja guitarra, danzando y bailando un fandango de vez en cuando. Cómo podía ser que estos diablos que, por supuesto, excitaban la risa de la multitud, vinieran a formar parte de una procesión religiosa, no sabré decir. Los muchachos les seguían así como entre nosotros a los militares el 4 de Julio, y en efecto, para los muchachos de Guatemala no puede haber buena procesión sin buenos diablos.

En seguida y en admirable contrate, venían cuatro hermosos muchachos, de seis a ocho años de edad, vestidos con túnicas blancas, PANALETTES y velos de gasa blanca sobre guirnaldas de rosas, perfectos emblemas de pureza; después cuatro sacerdotes jóvenes, llevando candeleros dorados con cirios encendidos; y a continuación, cuatro indios, cargando sobre sus hombros la imagen de un angel más grande que lo natural, con las alas extendidas hechas de gasa, infladas en forma de nubes, y pretendiendo aparecer como flotando en el aire, pero trajeado más a la moda de este mundo, con la túnica algo corta, y las ataderas a las medias de listón rosado. Luego, conducida en hombros de los indios como la anterior, más grande que lo natural, la imagen de Judith con la espada desnuda en una mano y en la otra la sangrienta cabeza de Holofernes. Después otro ángel, con una nube de seda arriba de la cabeza; y en seguida el gran objeto de veneración, la Virgen de La Concepción, sobre unas pequeñas andas, ricamente decoradas con oro y plata y flores en profusión, protegida por un hermoso palio de seda, sostenido en alto con cuatro doradas pértigas. Seguían los sacerdotes con sus más ricas vestiduras, uno de ellos bajo un palio de seda, llevando en alto la Hostia, ante cuyo imaginario esplendor todos se arrodillaban. Todo el conjunto terminaba con un grupo de diablos mucho peor que el que encabezaba la procesión, compuesto como de quinientos soldados de Carrera, sucios y desarrapados, con el fanatismo agregado a su acostumbrada expresión de ferocidad, portando sus mosquetes sin orden alguno; los oficiales vestidos con trajes a su antojo, algunos con sombreros negros y listón plateado o dorado, como lacayos y con la cabeza muy erguida. Muchos de ellos lisiados por algún balazo mal curado; y un caballero que estaab junto a mí señaló a varios que habían cometido asesinatos y muertes, por las que ya habrían sido ahorcados en cualquier país que tuviera algú gobierno. La ciudad se encontraba a merced de tales hombres, y Carrera era el único ser viviente que tenía algún poder sobre ellos.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Al final de la calle la procesión hizo alto en la encrucijada, y la imagen de al Virgen fué retirada de las andas y colocada sobre el altar. Los sacerdotes arrodillándose rezaron ante ella, y toda la concurrencia también se arrodilló. Yo estaba en la esquina cerca del altar, que dominaba una vista de las cuatro calles, y levantándome un poco sobre una rodilla, pude ver en todas las calles una densa masa de figuras arrodilladas, ricos y pobres, mujeres hermosas e indios de estúpida apariencia; banderolas y cortinas agitándose en los balcones de las ventanas, y las figuras de los ángeles con su ligero ropaje de gasa que parecía flotar en el aire; mientras el estrepitoso canto de la multitud robustecido por el profundo coro de la voz de los soldados, producía una escena, mezcla de belleza y de fealdad a la vez atrayente y repulsiva. Terminado esto, todos se levantaron, la Virgen fué colocada de nuevo en su trono, y la procesión siguió su movimiento. En el altar próximo di la vuelta por un lado y me fuí a la plazuela frente a la iglesia de San Francisco, lugar señalado para el gran final de los honores a la Virgen: ¡la exhibición de los fuegos artificiales!

Ya anochecía cuando la procesión entró al principio de la calle que conduce a la plaza. Fué aproximándose con un ruidoso canto, no viéndose a lo lejos más que una gran procesión de velas encendidas, que alumbraban la calle como si fuera de día. Los diablos iban todavía a la cabeza y su llegada a la plaza fué anunciada por una descarga de cohetes. En pocos minutos la primera pieza de los fuegos artificiales fué exhibida desde la balaustrada de la iglesia; las imágenes sobre el techo se iluminaron con el resplandor y, aunque no edificada expresamente para tal propósito, la iglesia correspondió dignamente a la exhibición.

El siguiente número se verificó en el piso de la plaza: era una diversión característica del pueblo y tan favorita en la exhibición de fuegos de artificio como los diablos en las procesiones religiosas, llamada LOS TOROS, y se componía de una armazón forrada de cartón fuerte en forma de toro y cubierta por encima con fuegos artificiales; dentro de esta figura un hombre metía la cabeza y los hombros, y con sólo las piernas visibles, se abalanzaba sobre lo más denso de la multitud arrojando a todas partes torrentes de fuego. Yo estaba parado con un grupo de damas y varios miembros de la Asamblea Constituyente, y estos hablaban de una invasión de tropas de Quezaltenango y de la salida de Carrera a repelerlas. Cuando los toros vinieron hacia nosotros, retrocedimos hasta más no poder; las damas gritaron, y nosotros valientemente volvimos las espaldas agachando las cabezas para defenderlas de la lluvia de fuego. Todos decían que esto era peligroso, pero así era la costumbre. Hubo más alegra y jovialidad de la que yo nunca había visto en Guatemala y me quedé triste cuando terminó el espectáculo.

Todo el día había yo sentido particularmente la influencia del hermoso clima; la sola aspiración del aire era una delicia, y la noche era digna de tal día. Los rayos de la luna iluminaban la fachada de la venerable iglesia, mostrando con tristeza una grieta de arriba abajo causada por un terremoto. Al encaminarnos hacia nuestras casas, las calles se encontraban iluminadas con una brillantez casi sobrenatural; y las damas, orgullosas de sus noches de luna, casi me persuadieron de que esa era la tierra del amor.

Siguiendo nuestra ruta pasamos por una garita donde varios soldados se hallaban tendidos a lo largo, como para obligar a todos los transeuntes a bajar del andén dando la vuelta alrededor de ellos. Quizá tres o cuatro mil almas, la mayor parte mujeres, fueron obligadas a bajar. Todos se daban cuenta de la insolencia de esos hombres, y no dudo que algunos sentirían impulsos de arrojarlos de la vía a puntapiés pero, aunque pasaban suficientes jóvenes para echar fuera de la ciudad a toda la tropa, nadie protestaba, pareciendo que ni se fijaban en ellos. En uno de los corredores de la plaza otro soldado estaba de espaldas, tendido de través con su mosquete a un lado murmurando a los que pasaban: "¡Pisotéeme si se atreve y ya verá!" y todos tuvimos buen cuidado de no pasar sobre él. Regresé a mi casa a pasar la noche solo, reflexionando con tristeza en la desdichada condición en que se encontraba Guatemala, a pesar de tener tantos elementos para ser feliz.

CAPITULO 11

EL PROVISOR. — COMO SE PUBLICABAN EN GUATEMALA LAS NOTICIAS — VISITA AL CONVENTO DE LA CONCEPCION — EL COLERA, INSURREC-CIONES. — CARRERA ENCABEZA LA INSURRECCION APARECE EN GUATEMALA — TOMA DE LA CIUDAD — CARRERA TRIUNFANTE — LLEGADA DE MORAZAN. — HOSTILIDADES. — PERSECUCION DE CARRERA. — SU DERROTA. — PREDOMINA OTRA VEZ — MI ENTREVISTA CON EL. — SUCARACTER.

Ocupé los tres o cuatro días siguientes en hacer y recibir visitas y en darme cuenta de las condiciones del país. Una de las visitas más interesantes fué la del venerable Provisor, quien, desde el destierro del Arzobispo actuaba como cabeza de la iglesia y que, por una reciente bula pontificia, había sido ascendido a la categoría de Obispo; pero debido a las inquietudes de la época no había sido ordenado. Un amigo en Baltimore me consiguió una carta del Arzobispo de aquella ciudad, a quien aquí rindo mis agradecimientos, recomendándome a todos sus hermanos eclesiásticos de Centro América. El venerable Provisor recibió esta carta como de un hermano en la Iglesia, y en virtud de ella, más tarde, cuando salí para Palenque, me dió una carta recomendándome a todos los curas de su jurisdicción. Durante el día pasaba el tiempo muy contento; pero las noches, cuando me veía obligado a encerrarme en casa, se me hacían largas y solitarias. Mi residencia quedaba tan cerca de la plaza que yo podía oír el ¡quién vive! del centinela y, de vez en cuando, el estallido de un mosquete. Estos tiros en el silencio de la noche siempre infundían terror. Por algún tiempo no entendí la causa; pero a la postre supe que eran motivados por algunas vacas y mulas que vagaban por la ciudad y que al oír que se movían a distancia sin contestar el ¡quién vive! se les disparaba sin más ceremonia.

No había más que un periódico en Guatemala y éste era semanario y se ocupaba únicamente de los decretos y movimientos políticos. Las noticias de la ciudad circulaban de viva voz. Todas las mañanas cada uno preguntaba a su vecino qué novedades había. Un día se trataba de una vieja sorda que no pudo oír el quién vive y la habían matado; otro, que al viejo Asturias, rico ciudadano, le habían dado de puñaladas, y otra mañana circulaba la noticia que treinta y tres monjas del convento de Santa Teresa habían sido envenenadas. Esto fué motivo de agitación durante varios días, hasta que las monjas restablecieron, y entonces se averiguó que había sufrido por la prosaica

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

circunstancia de haber tomado un alimento que no les sentó bien.

El viernes, en compañía de mi bella compatriota, visité el convento de La Concepción, con el propósito de abrazar a una monja o, mejor dicho, a la monja que había recibido el velo negro. La pieza contigua al "parlatorio" del convento se encontraba atestada de gente, y ella parada en la puerta con la corona en la cabeza y una muñeca en la mano. Sería la última vez que sus amigos verían su rostro; pero esta pueril exhibición de al muñeca amenguaba el sentimiento. Era una oportunidad que se les daba especialmente a las señoras: algunas admirábanse de que tan joven abandonara un mundo iluminado de brillantes y hermosas perspectivas; otras, para quienes las ilusiones de la vida iban ya lejos, miraban su retiro como lo aconseja la sabiduría. Ella las abrazó y se retiraron para dar lugar a otros. Antes que llegara nuestro turno, hubo una irrupción de aquellos objetos de mi aborrecimiento, los eternos soldados, quienes, dejando sus mosquetes en la puerta se abrieron paso entre la multitud y se presentaron, aunque con respeto, para abrazarla, retirándose enseguida. A su lado se encontraba una monja vestida de negro, con un velo tan denso, que ni una sola línea de su rostro se podía ver, y a quien mi paisana había conocido durante su reclusión en el convento, describiéndola como una joven de sin par belleza y atractivo, a cuyo alrededor tejió tal encanto que casi despertaba un espíritu de romance. Yo hubiera hecho cualquier sacrificio por una breve mirada de su rostro. Por fin llegó nuestro turno: mi bella compañera la abrazó y después de muchas palabras de despedida recomendóme como su paisano. Yo nunca había tenido mucha práctica en abrazar monjas; en verdad, esa era la primera vez que intentaba tal cosa, pero lo hice con tanta naturalidad como si me hubiera criado en ello. Con mi brazo derecho rodeé su cuello, su brazo derecho el mío; descansé mi cabeza sobre su hombro y ella la suya sobre el mío; pero la abuela de un amigo jamás recibió un abrazo más respetuoso: "Las alegrías robadas son siempre las más apetecidas"; allí había muchos mirando. Cerróse la reja y el rostro de la monja nunca más se volvería a ver.

Aquella tarde Carrera regresó a la ciudad. Yo tenía grandes deseos de conocerle y habíamos convenido con el señor Pavón en que vendría por mí al día siguiente. En efecto, a las diez de la mañana del siguiente día el señor Pavón llegó por mi. Ya estaba yo advertido que a este formidable jefe le hacía mucho efecto la apariencia externa y, en consecuencia, me puse la levita de diplomático, que tenía una gran profusión de botones y que había producido tan buen efecto en Copán la que, dicho sea de paso, dado el estado abominable del país, ya nunca tuve la oportunidad de ponerme después, quedando así para mí definitivamente perdido su valor.

Carrera vivía en una pequeña casa de una calle retirada. Había centinelas en la puerta y ocho o diez soldados en el sol, parte de su guardia personal, que vestían casacas de alepín rojo y gorras de tartán, con una apariencia mucho mejor de la que tenían sus soldados que yo ya conocía. A lo largo del corredor había una fila de mosquetes, brillantes y en buen orden Entramos en un pequeño cuarto contiguo a la sala y vimos a Carrera sentado junto a una mesa contando dinero.

Desde mi llegada al país este nombre de terror estaba repercutiendo en mis oídos. Mr. Montgomery, a quien ya me he referido, y que llegó a Centro América como un año antes que yo dice· "Se me dijo que una insurrección había levantádose entre los indios, quienes, bajo la dirección de un hombre llamado Carrera, asolaban el país y cometían toda clase de excesos. A lo largo de la costa y en algunos departamentos, la tranquilidad no había sido turbada; pero en el interior no había ninguna seguridad para el viajero y cada entrada de la capital estaba bajo el control de partidas de bandidos que no tenían misericordia alguna para sus víctimas, especialmente si eran extranjeros" Y refiriéndose a la situación del país en el momento de su partida él dice: 'Es probable, sin embargo, que mientras escribo estas líneas, las activas medidas que el General Morazán ha puesto en juego para sofocar la insurrección, hayan tenido éxito y que la carrera de este "rebelde héroe" haya terminado". Empero, la carrera de este rebelde héroe" no terminó y el "hombre llamado Carrera" era ahora dueño absoluto de Guatemala; y si no me equivoco, está llamado a ser más conspicuo que ningún otro caudillo que se haya levantado hasta la fecha en las convulsiones de Hispano América.

El es nativo de uno de los barrios de Guatemala. Sus amigos, por cumplimiento le llaman mulato, y yo por lo mismo le llamo indio, considerando que esta es la mejor de las dos sangres En 1891 era tambor del regimiento del Coronel Aycinena Cuando el partido liberal o democrático prevaleció y el General Morazán entró en la capital, Carrera dejó su tambor y se retiró al pueblo de Matasquintla. Allí se dedicó a la venta de puercos, y por varios años continuó en es ta respetable ocupación, probablemente tan ajeno como cualquiera de sus puercos a los sueños de su futura grandeza. Los excesos de los partidos políticos, las severas exanciones para el sostenimiento del gobierno, la usurpación de las propiedades de la iglesia y las innovaciones, particularmente la introducción del código de Livingston, estableciendo la prueba por medio de jurados y convirtiendo el matrimonio en un contrato civil, crearon el descontento en el país. Esto último fué una grande ofensa para los curas que ejercían ilimitada influencia sobre los indígenas. El año de 1837, el cólera, en su marcha destructora sobre todo el mundo habitado, y que hasta entonces había perdonado a esta porción del Continente Americano, hizo su terrible aparición, cubriendo su suelo de cadáveres y dando motivo a convulsiones políticas. Los curas convencieron a los indios que los extranjeros habían envenenado las aguas. Gálvez, que en aquel tiempo era el Jefe del Estado, envió medicinas a los pueblos, las que siendo mal aplicadas por la ignorancia, en algunos casos, produjeron fatales resultados; y los sacerdotes, siempre opuestos al partido liberal, persuadieron a los indios que el gobierno estaba empeñado en envenenar y destruir a la raza. Todos los indios del país estaban muy excitados; y en Mataquescuintla se levantaron en masa, con Carrera a la cabeza, gritando "¡Viva la religión y muerte a los extranjeros"! El primer golpe se dió asesinando a los jueces que habían sido nombrados conforme al código de Livingston. Gálvez entonces envió una comisión, con un destacamento de caballería y bandera blanca, para oír sus quejas, pero mientras conferenciaban con los insurgentes, fueron rodeados por estos y casi todos despedazados. El número de desafectos al gobierno crecía y llegó a ser de más de mil; Gálvez envió contra ellos seiscientos hombres que los derrotaron, incendiaron sus pueblos, y entre otros excesos, el último fué en contra de la esposa de Carrera. Encendido en cólera por esta ofensa personal, se unió a varios jefes de los pueblos, jurando no dar descanso a sus armas mientras un oficial de Morazán permaneciera en el Estado. Con unos pocos enfurecidos seguidores fué de pueblo en pueblo, matando a los jueces y a los oficiales del gobierno, y cuando le perseguían, escapaba a las montañas, pidiendo tortillas en las haciendas para sus hombres y perdonando y protegiendo a cuantos le ayudaban. En este tiempo él no sabía leer ni escribir; pero ayudado por algunos curas y particularmente por el padre Lobo, un notorio libertino, lanzó una proclama, suscrita por él mismo, en contra de los extranjeros y del gobierno por haber intentado envenenar a los indios, pidiendo la destrucción de todos los extranjeros excepto los españoles, la abolición del código de Livingston, hacer volver al arzobispo y a los frailes, la expulsión de los herejes y la restauración de los privilegios de la iglesia y de los antiguos usos y costum-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

bres. Su fama corrió como la de un salteador y un asesino. Los caminos inmediatos a la capital eran inseguros; no se podía viajar con tranquilidad; los comerciantes se afligieron pensando que todas las mercaderías enviadas a la feria de Esquipulas habían caído en sus manos ,lo cual no resultó cierto a lo menos) y muy pronto Carrera se hizo tan fuerte que atacaba pueblos y aun ciudades.

El lector debe tener presente que todo esto ocurría en el Estado de Guatemala. El partido liberal estaba dominando, pero en esos críticos momentos, una fatal división tuvo lugar entre sus miembros; Barrundia que era uno de los principales, y a quien se le negó un alto puesto solicitado para un pariente liberti no, abandonó la administración y apareció en la asamblea a la cabeza de la oposición. El desorden del partido y el levantamiento de Carrera, agitaron a todos los que eran desafectos al gobierno; y los ciudadanos de la Antigua, ciudad a veinticinco millas de distancia de la capital enviaron un mensaje pidiendo que se decretase la amnistía para los reos políticos permitiéndoles volver a la patria y la reparación de otros agravios Una diputación de la Asamblea fué enviada para conferenciar con los peticionarios, la cual no tuvo buen éxito y los antiguüeños amenazaron con marchar sobre Guatemala

El día domingo 20 de Febrero de 1838 fueron encontradas en las calles de la ciudad las proclamas de los antigüeños, produciendo una alarma general, porque ya venían a atacar la ciudad. Las tropas del gobierno general, que ascendían a menos de quinientos hombres y las de la milicia fueron revistadas, los cañones colocados en las esquinas de la plaza y centinelas en las calles; y el General Prem mandó publicar un bando llamando a las armas a todos los ciudadanos. Gálvez, Jefe del Estado, montó en su caballo y corriendo por las calles, trataba de entusiasmar a los ciudadanos, diciéndoles que Morazán estaba a punto de llegar, y que acababa de derrotar a quinientos hombres de la pandilla de Carrera. El lunes todos los negocios se suspendieron. Gálvez, en gran perplejidad, llamó a varios oficiales que habían sido despedidos y nombró a Mexía, un español, teniente coronel; este nombramiento causó disgusto tal, que Prem y todos sus oficiales enviaron sus renuncias. Gálvez les suplicaba e imploraba que continuasen, reconciliándose él mismo con cada uno individualmente, y al fin, revocado el nombramiento de Mexía, ellos accedieron. A las dos de la tarde se decía que ya Carrera se había unido a los antigüeños. Prem, publicó un nuevo bando para que todos los hombres comprendidos entre la edad de 1 a 60 años tomasen las armas, exceptuándose los sacerdotes únicamente y a los que tuvieran algún impedimento físico que los inutilizara para tal objeto. A las nueve de la noche se produjo una alarma diciéndose que parte de los seguidores de Carrera estaban en Aceituno. La plaza fué convenientemente guarnecida con cañones y centinelas en las calles. Para colmo de excitación, durante la noche el Provisor murió, y se recibieron noticias de que el código de Livingston había sido quemado públicamente en Chiquimula y que la ciudad se había declarado contra Gálvez. El miércoles por la mañana se empezaron a abrir fosos en las esquinas de la plaza pública, pero el jueves el marqués de Aycinena, corifeo del partido central, por medio de una conferencia con los liberales divididos, indujo a una mayoría de diputados a firmar una convención de amnistía, la cual produjo satisfacción general, y al día siguiente la ciudad estaba perfectamente tranquila

A medio día esta calma era precursora de una horrible tormenta. Las tropas del Gobierno Federal, las únicas en quienes se podía confiar, se sublevaron y con las bayonetas caladas, agitando las banderas y con cañones al frente, abandonaron los cuarteles y marcharon hacia la plaza. Ellos rehusaban ratificar la convención por la cual, según se les había dicho, Gálvez sería retirado, y el Vice Jefe Valenzuela, instrumento de Barrundia, sería puesto en su lugar. No querían servir bajo ninguno de la oposición, diciendo que ellos podían dar protección y no pedirla. Se citó a los diputados para una reunión de la asamblea, pero tuvieron miedo asistir Entonces los oficiales conferenciaron con los soldados, y el sargento Merino hizo un documento exigiendo que se llamase al presidente Morazán, y que Gálvez permaneciera en su puesto hasta la llegada de aquel. Esto fué aceptado. Se enviaron diputaciones llamando a Morazán, enviándose otra a la Antigua explicando los motivos de la violación del convenio, pero sin ningún éxito, y la misma noche la campana de alarma anunciaba la aproximación de ochocientos hombres que iban a atacar la ciudad. Los milicianos fueron llamados a las armas, pero solamente aparecieron como cuarenta. A las cinco y media, Gálvez formó a las tropas del gobierno, y, acompañado por Prem, salió de la plaza a hacer encuentro a los rebeldes; pero antes de llegar a la salida de la ciudad, hubo una conspiración entre las tropas y con el grito de "¡Viva el General Merino y muera el Jefe del Estado que nos ha vendido —fuego muchachos!", la infantería hizo fuego sobre el estado mayor. Una bala atravesó el sombrero del general Prem. Gálvez fué arrojado de su caballo, pero logró escapar y se refugió tras el altar de la iglesia de La Concepción Yáñez se ocupó en dispersar a las tropas con su caballería y regresó a la plaza dejando quince muertos en en la calle. Merino, con cerca de ciento veinte hombres, tomó posesión de un pequeño cañón de campo del batallón y se estacionó en la plaza de Guadalupe. Varios grupos de las tropas dispersadas permanecieron fuera toda la noche, disparando sus mosquetes y manteniendo a la ciudad en constante alarma; pero Yáñez la salvó del pillaje patrullando con su caballería. A la mañana siguiente Merino pidió permiso para entrar a la plaza. Su número había aumentado con la reunión o los grupos dispersos y, al formar en la plaza, él y tres o cuatro más de los cabecillas, fueron sacados de las filas y remitidos al convento de Santo Domingo como prisioneros. y el lunes por la tarde, Merino fué amarrado a un poste en su propia celda y fusilado. Su tumba al pie de las curiosidades que me fueron mostrada en Guatemala.

El domingo por la mañana otra vez las campanas tocaron alarma los rebeldes estaban en la puerta vieja y se envió una comisión para tratar con ellos Pedían que los soldados evacuaran la plaza; pero estos, indignados, respondieron a los sublevados que llegaran ellos mismos a tomarla. Prem suavizó la respuesta manifestándoles, que ni él ni sus tropas podrían rendirse a los rebeldes, y finalmente, a las doce y media de la noche comenzó el ataque. Los insurrectos se dispersaron por los suburbios malgastando pólvora y balas; por la mañana, Yáñez con setenta hombres de caballería hizo una salida derrotando a trescientos de ellos, regresando a la plaza con las lanzas tintas en sangre Probablemente que si las fuerzas de Yáñez hubieran sido secundadas por los ciudadanos, habrían rechazado a la sublevada hasta la Antigua.

El miércoles siguiente Carrera se unió a ellos. Había enviado sus emisarios a los pueblos levantando a los indios, prometiéndoles el saqueo de la capital; y el jueves, compuesta de hombres, mujeres y niños que ascendían a diez o doce mil almas, Carrera mismo se presentó a las puertas de Guatimala. Los antigüeños estaban atemorizados y los ciudadanos de la capital se encontraban en un completo desorden Nuevamente fué enviada otra comisión para tratar con los rebeldes, que pedían la deposición de Gálvez de Jefe del Estado, la evacuación de la plaza por las tropas federales y el paso libre para entrar a la ciudad.

Es probable que, aun en estas circunstancias, si las tropas federales hubieran sido ayudadas por los ciudadanos habían podido oponer resistencia; pero la consternación y el temor de exasperar a las hordas de amotinados era tan grande, que nadie se encontraba aterrorizado y en pleno desorden, y el resultado fa-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tal de todo esto fué la aceptación y sometimiento a lo pedido por los sublevados.

A las cinco de la tarde la pequeña banda de las tropas federales evacuó la plaza. La infantería compuesta como de 300 hombres marchó por la calle real. La caballería, en número de setenta, exclusivamente de oficiales, en marcha por otra calle, se encontró con un ayudante de campo de Carrera que les ordenó dejar las armas Yáñez respondió que él tenía primero que ver a su general, pero los dragones, temiendo alguna traición de parte de Valenzuela, se autorizaron y huyeron. Yáñez, con treinta y cinco hombres corrió a galope a travesando la ciudad y escapó por el camino de Mixco. El resto de los hombres regresó precipitadamente a la plaza y con disgusto a deponer las lanzas, desmontando y desapareciendo cuando ya ni un solo hombre estaba sobre las armas

Mientras tanto avanzaban las hordas de Carrera. El Comandante de los antigüeños le preguntó si tenía divididas sus fuerzas en escuadrones o compañías a lo cual Carrera respondió· "No entiendo nada de eso". Todo es uno" Entre sus principales acompañantes estaba Moreal y otros bien conocidos ban didos criminales ladrones y asesinos Carrera iba a caballo con una rama verde en el sombrero, y éste con pedazos de trapo sucio verde neel sombrero, y éste con pedazos de tropa sucia colgando alrededor con pinturas de santos. Un caballero que vióo la entrada de Carrera desde el techo de su casa, y que se había familiarizado con las escenas de terror que se sucedían en aquella desgraciada ciudad, díjome que jamás en su vida la entrada de esa inmensa masa de barbarie. Llenando las calles, todos con ramas verdes en los sombreros, parecían, a cierta distancia, un bosque en movimiento; armados con mosquetes oxidados, viejas pistolas, escopetas, algunas con gato y otras sin él, palos conforma de fusiles atados dos o tres mil mujeres con sacos y alforjas para llevar los productos del saqueo prometido. Muchos que no habían salido nunca de sus pueblos, admiraban salvajemente la apariencia de las casas e iglesias y la magnificencia de la ciudad. Entraban todos a la plaza gritando: "¡Viva la religión y muerte a los extranjeros!" El mismo Carrera, atónito ante la muchedumbre que había puesto en movimiento y guiar su caballo. Después manifestó que estaba temeroso por la dificultad de controlar a esa inmensa y desordenada multitud. El traidor Barrundia, el líder de la oposición, el Catilina de esa rebelión. Cabalgaba al lado de Carrera en su entrada a la plaza.

A la oración toda la multitud entonó la salve o himno a la Virgen. El grueso de voces humanas llenando el aire, hacía temblar el corazón de los habitantes de la ciudad. Carrera entró a la catedral; los indios, mudos de admiración ante su magnificencia, entraron en tropel, siguiéndole y colocando en derredor del hermoso altar las toscas imágenes de los santos de sus pueblos. Monreal penetró a la casa del general Prem, se apoderó de una hermosa casaca militar, ricamente bordada con oro, y la llevó a Carrera quien se la puso, llevando todavía el sombrero de petate con la rama verde También le llevó un reloj de bolsillo, pero él no sabía cómo usarlo. Probablemente que, desde la invasión de Roma por Alarico y los godos, ninguna ciudad civilizada había sido invadida por tal inundación de barbarie.

Y solo Carrera podía controlar los salvajes elementos que le rodeaban. Tan pronto como fué posible ,algunas autoridades llegaron a verle y, en los más abyectos términos, le pedían que manifestase bajo qué condiciones evacuaría la ciudad. El pidió la deposición de Gálvez, Jefe del Estado, y todo el dinero y las armas que el gobierno tuviese bajo su mando. Los sacerdotes eran los únicos que tenían alguna influencia sobre él, y las palabras nos pueden dar una idea exacta del terror en que se encontraba la ciudad, temiendo oír de un momento a otro la señal para el asesinato y el saqueo general. Los habitantes se encerrarraron en sus casas, las que, estando construidas de piedra, con balcones de hierro y macizas puertas de varias pulgadas de espesor, resistieron los asaltos de las partidas desbandadas; pero se cometieron muchas atrocidades que parecían ser precursoras del saqueo general El Vice-presidente de la República fué asesinado; la casa de Flores, un diputado, fué saqueada; su madre arrojada al suelo de un culatazo por un villano, y una de sus hijas herida con dos balas en un brazo.

La casa de los Sres. Klee, Skinner & Cía., que eran los principales comerciantes extranjeros en Guatemala, y que se dijo que tenían municiones y armas, fué varias veces atacada con gran ferocidad; pero teniendo fuertes balcones en las ventanas, y estando reforzada la puerta principal con bultos de mercaderías, resistió los ataques de la indisciplinada turba, armada solamente con garrotes, mosquetes, cuchillos y machetes Los sacerdotes corrían por las calles llevando el crucifijo, en el nombre de la Virgen y de los santos, refrenando a los desaforados indios, conteniendo sus salvajes instintos, y salvando a los aterrorizados habitantes Y aquí no puedo dejar de mencionar un nombre que estaba en la boca de todos: Mr. Charles Savage, entonces cónsul de los Estados Unidos, quien, en medio de los más furiosos asaltos a la casa del señor Klee, salió a la calle bajo una lluvia de balas, y rechazando las bayonetas y machetes, hizo retroceder a los asaltantes de la puerta, llamándoles ladrones y asesinos, con sus blancos cabellos flotando al viento, que los indios admirados de su audacia, desistieron de su intento Después de esto y haciendo poco caso de su propia vida, se le vió siempre en medio de todos los tumultos, saliendo ileso de los peligros con gran admiración de cuantos le vieron. Los extranjeros residentes en la ciudad estuvieron unánimemente en presentarle una carta de agradecimiento por su valiente e intereses

Peudientes aún las negociaciones, Carrera, ataviado con el uniforme del general Prem, hizo lo posible por refrenar sus tumultuosas horas; pero dijo que varias veces había estado a punto de proceder al saqueo de la casa de Klee y de las de los otros dos ingleses. Había extraño arranques de fanatismo en el carácter de este rebelde caudillo. El grito de guerra de sus hordas era "¡Viva la religión'! El Palacio del arzobispo había sido usado como teatro por los liberales; Carrera pidió las llaves, las colocó en su bolsillo y declaró que, para evitar sino hasta que el episodio y declaró que para evitar cualquier futura profanación arzobispo volviera a ocuparla.

Finalmente se convino en los términos por los cuales Carrera consentiría en retirarse, así: once mil dólares en plata efectiva, diez mil que serían distribuidos entre sus seguidores y mil para si mismo mil mosquestes y el grado de teniente coronel. El dinero no valía nada comparado con la salvación de la ciudd, del inminente peligro en que se encontraba, pero era una inmensa suma a los ojos de Carrera y de sus hordas, pues entre quienes las formaban casi todos los encima y las armas robadas que portaban; sin embargo no era muy fácil conseguir el dinero; la tesorería estaba sin fondos y los ciudadanos no lo darían tan fácilmente. La locura de poner en manos de Carrera mil mosquetes era sólo comparable al absurdo de hacerlo teniente coronel.

En la tarde del tercer día se logró pagar el dinero, entregar los mil mosquetes y Carrera fué investido con el mando de la provincia de Mita, distrito inmediato a Guatemala. El gozo de los habitantes al saber que pronto se retiraría fué indescriptible; pero poco después circulaba el espantoso rumor de que las salvajes hordas manifestaban el ardiente deseo de saquear la ciudad antes de abandonarla. Una inesperada descarga de mosquetería confirmó el rumor, y el pánico fué inmenso. Siguió una hora de terrible calma; pero a las cinco de la tarde fueron saliendo de la plaza en desordenados grupos. Al llegar a la plaza de toros hicieron alto, y, disparando al aire sus mosquetes levantaron nueva angustia. Se propagó la noticia

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que Carrera pretendía cuatro mil dólares más y que si no los entregaban regresaría a tomarlos por la fuerza. Carrera mismo había regresado pidiendo un cañón de campaña, el cual le fué concedido; y por fin dejando un documento en el cual exigía la reparación de ciertos agravios, abandonó la ciudad en medio del indescriptible gozo de sus habitantes.

La alegría de los ciudadanos al verse relevados de peligro tan inminente, era grande en verdad; pero desgraciadamente no podía volver la plena confianza porque aún no estaban curadas las animosidades políticas. Valenzuela fué nombrado Jefe del Estado; la asamblea renovó sus sesiones; Barrundia a la cabeza del partido ministerial, propuso la abolición de todos los decretos inconstitucionales de Gálvez; se necesitaba dinero y hubo que recurrir al antiguo sistema de empréstitos forzosos. Esto exasperaba a los ricos; y en medio de esta confusión, se recibieron noticias que el departamento de Quezaltenango se había separado del Estado de Guatemala y Quezaltenango se había separado del Estado de Guatimala y declarándose independiente En estos días también, el gobierno recibió una carta de Carrera diciéndole que el pueblo de la capital se expresaba muy mal de él, y que si continuaban haciéndolo, todavía contaba con cuatro mil hombres a su disposición para volver a la ciudad y poner las cosas en su lugar. De algún indio quet por casualidad pasaba por sus dominios. Más tarde se supo que los seguidores de Carrera habían renunciado de su autoridad y que habían empezado operaciones por su propia cuenta, amenazando a la ciudad con otra invasión determinada, de acuerdo con sus proclamas, a exterminar a los blancos y establecer un gobierno de pardos libres ("fiebras libres"), gozando ellos mismos de las tierras que les habían sido devueltas por su emancipación del dominio de los blancos Por honra de Guatemala debemos hacer constar que, al saber estas noticias un solo espíritu unió a todos sus habitantes y los hombres de todas clases sociales empuñaron las armas; pero esta unión fué momentánea. Nuevamente llegaron noticias que Carrera había enviado otra vez sus emisarios para reunir sus hordas y marchar enseguida sobre la ciudad. Varias familias recibieron informes privados, aconsejándoles abandonar la capital. Cientos de personas lo hicieron así y los caminos se llenaron de mulas y caballos y de indios cargados con equipajes. El domingo todos los habitantes huyeron, y el lunes por la mañana se colocaron centinelas en las barreras. Se publicó nuevo decreto para que todos tomasen las armas. Se pasó revista a las tropas. A las diez de la noche del martes, se dijo que Carrera se encontraba en Palencia; a las once, que había ido a sofocar una insurrección de sus propios bandidos, y el miércoles por la noche, que estaba nen el lugar llamado Canales. El domingo cuatro de Marzo, pasóse revista a un Ejécito como de setecientos hombres. De la Antigua remitieron trescientos cincuenta mosquetes y municiones, que ellos no consideraron prudente retener porque allí se oía el grito de "¡muera Guatemala y viva Carrera!" habiendo aparecido también pegados a las paredes, carteles con las mismas siniestras palabras. En estos momentos se recibió una carta de Carrera dirigida al gobierno, aconsejándole desbandar sus tropas y asegurándnlo que él estaba reuniendo fuerzas solamente para destruir un grupo de cuatrocientos rebeldes, encabezados por un tal Gálvez (Jefe del Estado a quien él mismo había destituido). y pidiendo dos cañones y más municiones. En otra ocasión, probablemente suponiendo que el gobierno estaría interesado en su suerte, probablemente suponiendo que el gobierno estaría interesado en su suerte, mandó decir que había estado a punto de ser asesinado; Morales aprovechándose de una oportunidad, sedujo a sus hombres, le ató a un árbol y ya iba a fusilarlo cuando su hermano, Sotero Carrera, llegó y atravesó a Monreal con su bayoneta. El gobierno entonces concibió la idea de inducir a los rebeldes, valiéndose de la influencia de los sacerdotes, a entregar las armas pagándoles cinco dólares por cada una; pero muy pronto se oyó decir que Carrera estaba más fuerte que nunca, ocupando todos los caminos y enviando imperiosas proclamas d gobierno. Por último llegaron noticias que ya estaba en marcha con dirección a la capital.

En tales momentos los habitantes de la ciudad tuvieron la feliz noticia que el general Morazán, Presidente de la República, llegaba del Salvador con mil quinientos hombres. Pero aún entonces dominaba el espíritu partidarista. El general Morazán acampó a pocas leguas de la ciudad, vacilando entre verificar su entrada o emplear las fuerzas del gobierno federal para debelar una revolución en el Estado sin el consentimiento de su gobierno particular. El gobierno del Estado se manifestaba celoso del gobierno federal, porfiando en mantener sus prerrogativas que no tenía el valor de defender y exigiendo al Presidente de un plan de campaña; emitió un decreto concediendo a Carrera y a sus seguidores quince días para entregar las armas, decreto que el general Morazán en su campamento; dos días más tarde fué anunca", para actuar conforme las circunstancias.

Mientras tanto, uno de los piquetes de Morazán había sido interceptado y sus oficiales asesinados, lo cual levantó gran excitación entre sus tropas, pero ansioso de evitar más derramamiento de sangre, envió a la ciudad por el Canónigo Castillo y por Barrundia, encomendándoles la comisión de abocarse con los rebeldes y persuadirlos para que entregasen las armas, ofreciendo pagarle hasta quince dólares por cada una antes que llegar a los extremos. Los comisionados encontraron a Carrera en una de sus antiguas guaridas de las montañas de Matasquilla, rodeado de sus hordas de indios y alimentándose con tortillas. El traidor Barrundia fué recibido por los soldados de Morazán con rechiflas; su pobre y cansado caballo pesmaneció atado en el campamento de Morazán, sin qué comer nurante nía y media; y para completar el premio de su traición, Carrera se negó a recibirlo bajo su techo porque, como él dijo no quería hundir su nueva lanza, que era obsequio de un sacerdote en el pecho de Barrundia.

La conferencia tuvo lugar al aire libre, en la cima una montaña. Carrera rehusó entregar las armas a menos que las contribuciones que pesaban sobre los indios se redujesen a una tercera parte; pero suavizó su asperidad en contra de los extranjeros declarando que únicamente los que no fueran casados saldrían del país y que en adelante sólo se les permitirá traficar en él, pero no radicarse. El perverso cura Padre Lobo, con respecto a la insensatez de acusar al gobierno de la tentativa de envenenar a los indios, fueron escuchados con mucha atención por ellos, pero Carrera cortó la plática asegurando con vehemencia que el gobierno le había ofrecido a él personalmente veinte dólares por la cabeza de cada indio que él mismo envenenara

Habiendo perdido toda esperanza de arreglo, el general Morazán marchó hacia Matasquintla; mas, antes de su llegada, ya las hordas de Carrera habían desaparecido entre las montañas. Más tarde se oía decir que habían aparecido en otro lugar, devastando el país, desolando pueblos y aldeas y, en seguida, antes que las tropas de Morazán llegaran, escondían las armas y se iban a las montañas o permanecían quieta y pacíficamente trabajando en los campos. Mr. Hall, Vice-cónsul británico, recibió una carta suscrita por once súbditos ingleses de Salamá, a una distancia de tres días de camino, quejándose que las tropas de Carrera les habían secuestrado de noche, despojándolos de todo, confinándolos durante dos noches y un día sin ningún alimento y sentenciado a ser fusilados; pero que por último les ordenaron dejar el país, lo que ellos ahora estaban haciendo, destituidos de todo y mendigando en su camino hasta el puerto. Pocas horas después, a las diez el cañón de alarma anunciaba que Carrera se encontraba de nuevo a las puertas

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de la ciudad Durante todo este tiempo las luchas de los partidos eran tan violentas como siempre; los centralistas temblando de miedo, pero por otra parte regocijados con el desorden en que el país se encontraba bajo la administración de los liberales y porque se había levantado un hombre capaz de infundirles terror Carrera; y los liberales divididos, odiándose unos a otros ellos Mas la agitación era tan grande que de ambas partes enviaron peticiones separadas al general Morazán, haciéndole presente el deplorable estado de inseguridad en que la ciudad se encontraba y pidiéndole entrar y disponer lo conveniente para la seguridad de todos. Por separado lasdiputaciones se esforzaban por llegar al cuartel general de Morazán para rendirle homenaje y ser los primeros en implorar su protección. El general Morazán ya tenía noticias del desorden que reinaba en la ciudad y se preparaba para montar a caballo cuando los diputados llegaron. El domingo entró Morazán con una escolta de doscientos hombres, en medio del regocijo general manifestado por el vuelo de campanas, los disparos de cañón y otras demostraciones de alegría. El mismo día los comerciantes, con el Marqués de Aycinena y otros de los del partido central, presentaron una petición haciendo ver el estado de terror en que se encontraba el ánimo de los habitantes p didiendo a Morazán deponer a las autoridades del Estado y asumir la dirección del Gobierno, convocando una Asamblea Constituyente, como el único medio de salvar a Guatimala de su ruina. Por la noche los diputados de las diferentes ramas del partido liberal tuvieron largas conferencias con el Presidente. Morazán contestó a todos que, desean obrar con entera legalidad, se comunicaría al día siguiente con la Asamblea y que acataría su decisión. Desgraciadamente los procedimientos de la Asamblea eran demasiado bajos y vergonzosos para ser referidos y, hasta donde yo pude entender las contiendas de la época, el general Morazán, vadeando el torrente de hojas sueltas y folletos emanados de ampo mantenerse en su lugar con probidad y honor. Los centralistas hicieron esfuerzos desesperados para atraerle hacia ellos; pero Morazán no podía aceptar el abrazo de los que siempre habían sido sus más encarnizados enemigos y que ahora quisieran ser hipócritas aliados Ni tampoco podía sostener lo que él entendía que era un error de sus propios partidarios".

Entre tanto Carrera ganaba terreno derrotando a varios destacados elementos de las tropas federales, asesinando hombres y acrecentando sus fuerzas con nuevas armas y municiones. Finalmente todos estuviecionron de que algo debía hacerse y en una reunión de la Asamblea, en los momentos de desesperación, acordaron sin debate:

1º—Que el gobierno del Estado se retiraría a la Antigua.

2º—Que el presidente, por sí o por medio de un delegado, gobernaría el dstrito de acuerdo con el artículo 176 de la Constitución.

En medio de estas escenas en la ciudad y del rumor de peores que venían de fuera, el domingo en la noche se dió un baile en honor a Morazán, al que no asistieron los centralistas enojados por la no aceptación de sus propuestas. Gálvez, el jefe depuesto por Carrera, hizo entonces su primera aparición y bailó toda la noche.

Aunque Morazán era irresoluto en el gabinete, en el campo era enérgico; y estando ya investido de plenos poderes, sostuvo su alta reputación de hábil militar. En el boletín del ejército de Mayo y Junio se manifestaba la huella de Carrera, devastando aldeas y pueblos, y la tenaz persecución que le hacían las tropas del gobierno venciéndole en todas partes en cada encuentro, pero sin lograr su captura. Entre tanto, los celos entre los partidos continuaban y el gobierno del Estado se encontraba en una verdadera anarquía. La asamblea no podía reunirse porque, no asistiendo el partido del Estado correspondía al Vice-Jefe retirarse y al más antiguo consejero ocupar su puesto. Pero no había tal persona, el período del consejo había terminado y aún no se habían verificado las nuevas elecciones, y mientras Morazán se ocupaba en dispensar las salvajes hordas de Carrera, librando a los guatimaltecos del peligro que los había hecho arrodillarse ante él, los antiguos celos revivieron y las publicaciones incendiarias fueron lanzadas nuevamente, acusando a Morazán de empobrecer el país por mantener soldados holgazanes para sujetar a la ciudad por medio de las bayonetas

El primero de Julio, considerando Morazán a Guatimala ya libre de todo peligro exterior, regresó a San Salvador, dejando tropas en varios pueblos bajo el comando de Carvallo y nombrando a Carlos Salazar comandante de la ciudad. Se suponía a Carrera completamente vencido y para terminar de una vez, Carballo publicó el siguiente·

"AVISO

"La persona o personas que entreguen al criminal Rafael Cabrera, muerto o vivo (si él no se presenta voluntariamente conforme al último perdón), recibirá una recompensa de 1 000 dólares, y dos caballerías de terreno, más el perdón de cualquier crimen que hubiese cometido".

El General en Jefe

"Guatemala, Julio 20 de 1838 J N. Carvallo

No obstante eso, lo cierto era que el criminal Carrera ha escrito no estaba derrotado Uno a uno sorprendía a los destacamentos de tropas federales y mientras se recrudecaín las luchas partidaristas, se hacían empréstits forzosos para mantener soldados holgazanes, se fodmulaban planes para abolir. El gbbierno del Estado y para formar una junta provisional que lo sacara de su actual postración, organizando Una Asamblea constituyente el Sr. Rivera Paz a la cabeza Carrera, con un número todavía mayor de seguidores, atacaba Amatitlán, tomaba la antigua y quedándose allí solamente el tiempo necesario para saquear algunas casas, la despojó de sus cañones, de sus mosquetes y municiones y marchando otra vez sobre Guatemala, proclamó su intención de arrasar todas las casas y de asesinar a todos los blancos.

No se puede describir la consternación en la ciudad. Nuevamente rogaron a Morazán que volviese a defenderla. Un papel escrito a lápiz fué enviado por Morazán, con un hombre que lo llevaba escondido en la manga de su chaqueta, impulsando a la ciudad a defenderse a sí misma y queda, impulsando a la ciudad a defenderse a sí misma y sostenerse por unos días; pero el peligro era inminente. Salazar, a la cabeza de las tropas federales (los soldados holgazanes de quienes se quejaban) salió a las dos de la mañana y protegido por una espesa niebla, cayó repentinamente sobre Carrera en Villanueva, mató a cuatrocientos cincuenta de sus hombres derrotándolo completamentey dejándole gravemente herido en un muslo. La ciudad fué salvada de la destrucción entrando al siguiente día Morazán con mil hombres. El sobresaltado causado por eliminatoria peligro de que habían escapado, aún no terminaba, los partidos estaban espantados; todos veían en el general Morazán al único hombre que se declarase dictador.

En estos días Guzmán, el general de Quezaltenango llegó a la capital con setecientos hombres y el general Morazán hizo los arreglos convenientes para encerrar y aniquilar a los cachurecos. El resultado fué el mismo que antes: Carrera era constantemente vencido, pero siempre lograba escapar. Sus seguidores fueron dispersados, sus mejores hombres capturados y fusilados y él mismo estuvo casi muerto de hambre en la cima de una montaña, rodeado por un cordón de hombres en la falda logrando escapar únicamente por descuido de la guardia. Durante tres meses fué tenazmente perseguido de lugar en lugar, se destruyeron sus antiguas guaridas y viéndose per-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

dido y acorralado por todos lados, entró en tratados con Guzmán, comprometiéndose a entregar mil mosquetes y abandonar los restos de sus salvajes hordas. Sin embargo, al poner en ejecución las cláusulas del tratado, Carrera entregó solamente cuatrocientos mosquetes e inútiles, y esta infracción del tratado fué tolerada por Guzmán que ni aun soñaba la terrible suerte que le esperaba en manos de Carrera.

Terminado esto, Morazán depuso a Rivera Paz, restituyó en su puesto a Salazar y regresó a San Salvador, imponiendo fuerte contribución a la ciudad para atender a los gastos de la guerra, y llevándose todos los soldados del gobierno federal, probando así todo lo contrario de lo que le acusaban: de querer mantener su influencia en la ciudad por medio de las bayonetas. Guzmán regresó a Quezaltenango, quedando la guarnición reducida solamente a setenta hombres.

Las contribuciones y el retiro de las tropas de la ciudad crearon gran desafecto en contra de Morazán, y por ese tiempo el horizonte político fué nublándose más y más en toda la República. El Marqués de Aycinena, que había sido expatriado por Morazán y que residió por varios años en los Estados Unidos estudiando nuestras instituciones, publicó una serie de artículos que tuvieron gran resonancia, refiriéndose a nuestra constitución y a nuestras leyes, apresurando así la crisis; Honduras y Costa Rica declararon su independencia del gobierno federal; todo esto repercutió en Guatemala y atizó la ya ardiente llama de la disensión

El 24 de Marzo de 1839, Carrera lanzó un boletín desde su antigua residencia de Matasquintla, en el cual, refiriéndose a la declaración de independencia de los Estados decía: "Cuando aquellas leyes llegaron a mis manos, las leí y volví a leer; como una madre amorosa que toma en sus brazos a un hijo único que creía perdido y le estrecha contra su corazón, así hice yo con el folleto que contiene la declaración; porque en él encuentro los principios que sustento y las reformas que deseo". Esto, sin embargo, era figurado, porque Carrera en aquel tiempo no sabía leer; pero debe haber sido una cosa completamente nueva para él y motivo de gran satisfacción, por aclararle los principios que él mismo sostenía. De nuevo amenazó con su entrada a la ciudad. En los consejos todo era anarquía y desorden. El doce de Abril aparecieron otra vez sus hordas a las puertas de la capital. Todos estaban espantados y nadie se levantaba para repeler la invasión. Morazán se encontraba lejos del alcance de su voz, y los que más le acusaban antes de querer mantener su influencia por la fuerza de las bayonetas, ahora lo acusaban con igual violencia por haberlos dejado a merced de Carrera. Todos los que podían escondieron sus tesoros y huyeron y los que no, se encerraron en sus casas reforzando las puertas y ventanas. A las dos de la mañana, derrotando a la guardia, entró Carrera en la ciudad con mil quinientos hombres El Comandante Salazar huyó y Carrera, llegando a la casa de Rivera Paz tocó a la puerta y le reinstaló como Jefe del Estado Sus soldados tomaron posesión de los cuarteles; Carrera se declaró a sí mismo como guardián de la ciudad, y es justo reconocerle que, conociendo su propia incompetencia para gobernar, puso hombres a disposición de la municipalidad para mantener la paz. Así fue restablecido en el poder el partido central. El fanatismo de Carrera le ataba al partido clerical; se le halagó facilitándole relaciones con la aristocracia; se le hizo brigadier-general y se le obsequió con un hermoso uniforme. Además de estos vanos honores, tenía los cuarteles de la ciudad y la paga de su gente, lo que era mucho mejor que las chozas de los indios y las expediciones de pillaje; éstas, sin embargo, servían de pasatiempo. La unión había continuado desde Abril anterior a mi llegada. El gran lazo que los ligaba era el odio común en contra de Morazán y de los liberales. Los centralistas tenían su Asamblea Constituyente; abolieron las leyes emitidas por el gobierno liberal, resucitaron las antiguas leyes españolas, los antiguos nombres de las cortes de justicia y de los oficiales del gobierno emitiendo todas las leyes que les parecieron sin que nadie se los impidiese. Su gran dificultad consistía en mantener quieto a Carrera. No pudiendo éste permanecer inactivo en la ciudad, marchó sobre San Salvador con el ostensible objeto de atacar al general Morazán. Los centralistas se encontraban en gran ansiedad; el éxito de Carrera o su derrota era igualmente peligroso para ellos. Si era derrotado, Morazán podría marchar inmediatamente contra la ciudad y tomaría una señalada venganza sobre ellos; y si tenía buen éxito, Carrera regresaría con sus salvajes hordas que, embriagadas por la victoria serían insoportables. Este pequeño detalle dará idea de la situación. La madre de Carrera, una anciana bien conocida como regatona en la plaza, murió Era costumbre que al morir alguna persona de la aristocracia, se la sepultase en nichos construidos en las bóvedas de las iglesias; pero desde el tiempo del cólera, todos los entierros, sin excepción, fueron prohibidos en el interior de los templos y aun dentro del perímetro de la ciudad, puse para el efecto se había establecido un campo santo en las afueras de la población, en el cual todas las principales familias tenían sus mausoleos. Pero Carrera manifestó el deseo de que su madre fuera sepultada ¡en la catedral! Los funerales se hicieron por cuenta del gobierno, se repartieron esquelas para el entierro y el féretro fué acompañado por todos los principales habitantes de la ciudad. Ningún esfuerzo se omitía para conciliarlo y mantenerlo de buen humor; sin embargo Carrera era un individuo sujeto a violentos arrebatos de pasión y, según se decía, había aconsejado a los miembros de su gobierno que en tales momentos no osaran contradecirle en nada, sino que le dejaran hacer su voluntad. Tal era Carrera en el tiempo de mi visita; mandaba en Guatemala con poder más absoluto que cualquier monarca europeo en sus dominios, y los indios fanáticos le llamaban el Hijo de Dios y Nuestro Señor.

Cuando llegué a su presencia se encontraba contando monedas de uno y de dos reales. El coronel Monte-Rosa un mestizo de tez morena, con vistoso uniforme, estaba setnado a su lado, habiendo otras varias personas en la habitación. Carrera tenía más o menos cinco pies y seis pulgadas de estatura, cabello negro y liso, complexión y expresión de indio, sin barba, y parecía no tener más de veintiún años de edad. Usaba una chaqueta de alepín negro y pantalones. A mi entrada se levantó hizo a un lado la mesa con dinero y, probablemente por respeto a mi levita de diplomático, me recibió con cortesía señalándome un asiento a su lado. Mi primera palabra fué una expresión de sorpresa por su extremada juventud, y ciertamente no parecía tener más de veinticinco. En seguida, como un hombre que sabía que era extraordinario y que yo le conocía, sin esperar ninguna insinuación continuó diciendo, que él había empezado (no dijo qué) con trece hombres armados de viejos mosquetes que se encendían con cigarros; señaló ocho partes en las que había recibido heridas y me dijo que tenía tres balas todavía metidas en el cuerpo En esos momentos nadie hubiera reconocido en él al mismo hombre que menos de dos años antes, había entrado a Guatemala a la cabeza de sus hordas de indios salvajes proclamando la muerte de los extranjeros. Seguramente que en nada había cambiado tanto como en su opinión con respecto a ellos, una feliz ilustración de los buenos efectos de las relaciones personales para derribar prejuicios en contra de individuos o clases Carrera ya había tenido relaciones personales con varios extranjeros, siendo uno de ellos un médico inglés que le extrajo una bala del cuerpo; y sus relaciones con todos habían sido tan satisfactorias, que sus sentimientos habían sufrido una completa revolución y hasta aseguraba que ésta era la única gente que mun-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ca le había engañado. Carrera había, además, hecho algo que me pareció extrordinario: en los intervalos de su agitada vida aprendió a escribir su nombre y desechó su sello. Yo nunca tuve la fortuna de ser presentado a un rey legítimo o usurpador que reclamara prerrogativas de realeza a excepción de Mahomed Alí. Anciano como él era, le dí algunos buenos consejos, y siento mucho que este viejo león tenga ahora cortada la melena. Cossiderando a Carrera como un joven de porvenir, le dije que, teniendo una gran carrera ante sí, indudablemente podría hacer mucho bien a su país; y él, poniéndose la mano sobre el corazón, y con un arranqhe de entusiasmo que yo no esperaba, dijo que estaba dispuesto a sacrificar su vida por la patria. En medio de todas sus faltas y sus crímenes, nadie lo podía acusar de doblez o de decir lo que no pensara; y quizá, como tantos ilusos lo habían hecho antes que él, se creía a sí mismo un patriota.

Consideré que este hombre estaba destinado a ejercer una importante o quizá dominante influencia en Centro América y, confiando en que el saber que su fama se extendía por el mundo influyera favorablemente en su carácter, le dije que su nombre era ya conocido en mi país y que yo había leído en un periódico algo referente a su entrada a Guatemala, elogiando su moderación y sus esfuerzos por evitar los atropellos. El se mostró muy satisfecho de que su nombre ya fuese conocido y que de tal concepto gozara entre los extranjeros, diciendo que él no era ni ladrón ni asesino como le llamaban sus enemigos. Carrera parecía inteligente y capaz de mejoramiento. Le dije que debería viajar por otros países y particularmente por el mío, por estar más cerca. No tenía él una clara noción de dónde estaba mi país. Lo conocía únicacamente por El Norte; preguntó respecto a la distancia y facilidades que hubiera para llegar allá, manifestando que cuando las guerras terminaran, haría el esfuerzo de hacer una visita a El Norte. Pero él no podía fijar su atención en otro punto que no fuera las guerras con Morazán, y en efecto, no sabía de otra cosa Era amuchachado en sus maneras y modo de hablar, pero siempre serio; nunca sonreía y, consciente de su poder, no hacía ostentación de él, aunque siempre hablaba en primera persona de lo que había hecho o pensaba hacer. Uno de los ayudantes, evidentemente para agradarle, fué a buscar un papel con su firma para enseñármela como una muestra de su manera de escribir, pero no lo encontró. Mi entrevista con él fué mucho más interesante de lo que yo esperaba; tan joven, tan humilde en su origen, tan destituido de todas las ventajas del nacimiento, con honrados impulsos quizá, pero ignorante, fanático, sanguinario y esclavo de violentas pasiones; dueño absoluto de las fuerzas físicas del país, las cuales empleaba para desahogar su natural odio hacia los blancos. Al salir me acompañó hasta la puerta y en presencia de sus villanos soldados me ofreció sus servicios. Comprendí que había tenido la suerte de causarle una buena impresión. Más tarde, pero desgraciadamente durante mi ausencia, me hizo una visita en traje de gala y de gran ceremonia, cosa rara que casi nunca hacía.

En aquel tiempo, según me dijo don Manuel Pavón, Carrera se consideraba a sí mismo como un brigadier general, sujeto a las órdenes del gobierno. No disfrutaba de una pensión fija para él ni para sus tropas. No le gustaba llevar cuentas y solamente pedía dinero cuando lo necesitaba; y de esta manera en ocho meses no había necesitado más dinero que Morazán en dos. Realmente él no deseaba dinero para sí mismo y como una medida de prudencia pagaba a los indios una cosa insignificante. Esto agradaba muchísimo a la aristocracia, pues era sobre quien pesaba toda la carga de las contribuciones. Debe ser una satisfacción para algunos de mis amigos el saber que este jefe sin ley está bajo el dominio de quien aun los más pacientes hombres se muestran poco dispuestos a tolerarlo, porque su esposa le acompaña a caballo en todas sus expediciones, sin duda dominada por un sentimiento que proviene, a veces, del exceso de afecto; y yo oí decir que una parte no pequeña d los trabajos del Jefe del Estado, consistía en mantener el equilibrio en las desavenencias familiares.

Cuando regresamos a mi casa, encontramos a un caballero que dijo al Señor Pavón que un grupo de soldados estaba buscando a un miembro de la Asamblea, que había caído bajo el enojo de Carrera, pero que era amigo personal de ellos; y cuando pasamos por su casa, vimos una fila de soldados custodiando la puerta mientras otros estaban registrando adentro. Esto era hecho por orden directa de Carrera sin conocimiento del gobierno.

CAPITULO 12

PASEO A MIXCO.—UNA ESCENA DE PLACER.—PROCESION EN HONOR DEL SANTO PATRON DE MIXCO.—FUEGOS ARTIFICIALES.—UN BOMBARDEO.—FUMANDO CIGARROS.—UN CAMORRISTA NOCTURNO.—SURIMIENTO Y PESAR.—UNA RIÑA DE GALLOS.—UN PASEO POR LOS SUBURBIOS. —DIVERSIONES DEL DIA DOMINGO.—REGRESO A LA CIUDAD.

A consecuencia de las convulsiones y peligros de la época, la ciudad estaba triste y no había alegría en los círculos privados; pero algunas entusiastas damas habían hecho un esfuerzo para romper la monotonía, y un paseo, al cual fuí invitado, se preparó para aquella tarde a Mixco, un pueblo indígena como a tres leguas de distancia, y en el que se celebraría al día siguiente con ritos indígenas, la fiesta de su santo patrón.

A las cuatro de la tarde salí de mi puerta a caballo para ver a Don Manuel Pavón. Su casa estaba inmediata a la del proscrito diputado, y una fila de soldados estaba rodeando toda la manzana con el objeto de evitar un escape mientras se registraban todas las casas. Yo siempre daba a estos caballeros un ancho espacio cuando podía, pero era necesario pasar a caballo por toda la fila; y al pasar por la casa del diputado, con la puerta cerrada y centinelas al frente, no podía sino pensar en la agonía de su anguntiada familia, temerosa de que su escondite fuera descubierto.

Don Manuel estaba esperándome, y nos dirigimos a caballo a la residencia de una de las damas de la comitiva, una joven viuda a quien ya no había visto antes y que, con su traje de montar, tenía una bella apariencia. Su caballo estaba listo, y cuando hubo acariciado a los ancianos para despedirse, nos la llevamos. Las criadas, con familiaridad y afecto la acompañaron hasta la puerta y siguieron diciéndole adiós, saludándola y encargándole que se cuidara mucho, a lo que a dama respondía mientras que sus voces pudieron ser oídas. Llamamos a dos o tres casas más, y enseguida nos juntamos todos en el lugar de la

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cita. El patio se encontraba lleno de caballos con gran variedad de elegantes monturas. Aunque íbamos solamente a nueve millas de distancia y a un pueblo grande de indios, era necesario llevar camas, ropa de dormir y provisiones. Un séquito de sirvientes suficiente para llevar pertrechos de una pequeña expedición militar fué enviado por delante, y todos partimos. En las afueras todas las ansiedades y peligros que dormitaban en la ciudad se olvidaron. Nuestro camino se extendía sobre una extensa llanura que parecía, a medida que el sol se ocultaba tras los volcanes de Agua y de Fuego, un hermoso juego de bolos en el cual nuestra comitiva, precedida por una larga fila de indios con cargas sobre sus espaldas, formaba el cuadro. Yo me sorprendí al ver que las señoras no eran buenas amazonas. Ellas nunca montan por placer, y, por falta de comodidad en el camino, rara vez viajan.

Fué después de anochecer cuando llegamos al borde de un profundo barranco que separa a Mixco del llano. Descendimos, y, al subir del lado opuesto, salimos de la obscuridad de un barranco a una calle iluminada, y, a dos o tres cuerpos de caballo, a una plaza resplandeciente de luces y llena de gente, casi todos indios en traje de fiesta. En el centro de la plaza había una hermosa fuente, y en el lugar dominante una gigantesca iglesia. Cabalgamos hacia arriba, rumbo a la casa que había sido preparada para las damas, y dejándolas allí, los caballeros se dispersaron en busca de alojamiento para ellos. Las puertas de todas las casas estaban abiertas y la única pregunta que se hacía era que dónde habría un cuarto. Algunos de los jóvenes no se tomaban esta molestia, pues habían dispuesto trasnochar, y el Sr. P. y yo, habiendo asegurado un local, regresamos a la casa ocupada por las damas. En una esquina había una TIENDA como de diez pies en cuadro, dividida y con estantes, que les sirvieron para cloocar sus sombreros y chales. El resto de la habitación contenía solamente una mesa larga y bancos. A los pocos momentos las señoras estaban listas y todos salimos para dar un paseo. Todas las calles y callejones estaban brillantemente iluminados, y a través de algunas había arcos decorados con siempreverde y luces, y en las esquinas había altares bajo emparrados de ramas adornados con flores. El espíritu de la alegría parecía tomar posesión de nuestras guías, quienes, cuando se les antojaba, entraban a cualquier casa, y después de una animada charla la dejaban, inventando salir a tiempo que el último de los de la comitiva iba entrando. En una casa encontraron un poncho enrollado cuidadosamente, sobresaliéndole el mástil de una guitarra. El dueño de la casa sabía únicamente que ésta pertenecía a un joven de Guatemala, que la había dejado como una señal de su intención de pasar la noche allí. Uno de los jóvenes desenrolló el poncho, y cayeron algunas rebanadas de pan, las que él distribuyó y con media rebanada en la boca, tocó un vals, el cual fué seguido por una cuadrilla; la buena gente de la casa parecía complacida de este libre uso de su techo, y batiendo palmas todos alrededor, con muchas expresiones de buena voluntad por ambos lados, salimos tan sin ceremonia como habíamos entrado. Hicimos una jira por todas las calles principales, y cuando regresamos a la plaza la procesión iba saliendo de la iglesia.

La procesión del pueblo en honor de su santo patrón es el gran orgullo de los indios y la piedra de toque de su carácter religioso. Cada indio contribuye con su trabajo y dinero para llevarla a cabo, y es el más honrado a quien se le permite la parte más importante en ella. Este era un pueblo rico, en donde vivían todos los arrieros de Guatemala; y en ninguna parte había visto una procesión indígena tan imponente. La iglesia estaba situada sobre una elevación al frente de la plaza, con su entera fachada rica en ornamentos e iluminada por la luz de las antorchas; y en el gran atrio y las gradas estaban apiñadas multitud de mujeres vestidas de blanco. En el centro y frente a la portada había un espacio claro y, con un ruidoso canto, la procesión atravesó la entrada. Primero venía el alcalde y sus alguaciles, todos indios, con la vara en una mano y candelas de cera encendidas, de seis u ocho pies de largo, en la otra; en seguida un grupo de diablos, no tan traviesos como los diablos de Guatemala, pero más feos, y probablemente más parecidos, de acuerdo con las nociones de los indios; a continuación, sostenida en alto por indios, una gran cruz de plata, primorosamente cincelada y ornamentada, seguida por el cura, con un palio de seda sostenido sobre su cabeza en los extremos de largas pértigas llevadas por indios. A medida que avanzaba la cruz todos se arrodillaban, y a un extranjero se le habría considerado culpable de un insulto hacia su santa religión si hubiese omitido el conformarse a esta ceremonia. Después seguían imágenes de santos más grandes que lo natural, conducidas en hombros de indios; y en seguida una imagen de la Virgen, primorosamente vestida, con la túnica resplandeciente de lentejuelas. A continuación venía una larga procesión de indias vestidas con sus trajes típicos, con una gruesa faja roja trenzada en el pelo, que parecía un turbante, todas llevando cirios encendidos. La procesión pasó por las calles iluminadas, bajo los arcos, y parándose de tiempo en tiempo frente a los altares, dió la vuelta al pueblo, y como a la hora, con un ruidoso canto, ascendió las gradas de la iglesia. Su vuelta a entrar fué anunciada con una descarga de cohetes, después de lo cual todos se reunieron en la plaza para la exhibición de los fuegos artificiales.

Transcurrió algún tiempo antes de que estos estuvieran preparados, porque los que figuraban en la procesión, particularmente los diablos, tenían que ser los principales directores. Nuestra comitiva era bien conocida en Mixco, y aunque las gradas de la iglesia estaban atestadas, uno de los mejores lugares fué inmediatamente desocupado para nosotros. Por su proximidad a Guatemala, el pueblo de Mixco conocía a todas las principales familias de aquella ciudad, y estaban alegres de ver tan distinguida compañía en su FIESTA; y la manera familiar aunque respetuosa con que en todas partes eran tratados, manifestaba una sencillez de costumbres y una bondad de sentimientos entre el rico y pobre, que para mí fué una de las partes más interesantes de toda la fiesta.

La exhibición principió por los TOROS; el hombre que hacía de toro lo hizo al agrado de todo el público, dispersando y haciendo huir a la muchedumbre en la plaza; se abalanzó hacia las gradas de la iglesia, y, en medio de risas y de gritos, se fué. Palomas voladoras y otras piezas vinieron en seguida; y todo el espectáculo terminó con la gran pieza nacional del Castillo de San Felipe, que era una representación del rechazo de una flota inglesa. Una elevada estructura representaba el castillo, y un pequeño bergantín encaramado en la punta de un palo, como un gallo de campanario, la flota. El bergantín lanzaba una andanada, y en seguida, por un repentino salto, giraba sobre un eje, y lanzaba otra; y mucho después, cuando ya estaba acribillado, el castillo seguía arrojando por todos lados una magnánima corriente de fuego.

Cuando todo terminó, regresamos a la POSADA. Un mantel estaba extendido sobre la larga mesa, y en unos pocos minutos, bajo la dirección de las señoras, fué cubierta con los materiales para el día de campo, traídos de Guatemala. Los bancos se arrimaron a la mesa y todos los que pudieron hallar asiento

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

se sentaron. Antes que la cena hubiera terminado hizo una irrupción de muchachos de Guatemala, con sombreros glaseados, ponchos y espadas, presentando una apariencia algo desordenada; pero ellos eran en su mayor parte jóvenes, hermanos y primos de las damas. Con sus sombreros puestos sentáronse a comer en las mesas desocupadas y, tan pronto como acabaron, retiraron precipitadamente los platos, apilaron las mesas en una esquina, una sobre otra, y las candelas encima de todas, sonaron los violines y, caballeros y señoras, encendiendo puros y cigarros, comenzaron a bailar. Tengo la pena de decir que generalmente las damas de Centro América, no exceptuando a Guatemala, fuman, las señoras casadas PUROS, o solo tabaco, y las solteras cigarros, o tabaco envuelto en papel o PAJA. Cada caballero lleva en el bolsillo una caja de plata, con una larga mecha de algodón, acero y pedernal, la que ocupa casi el mismo espacio que un pañuelo, y uno de los actos de galantería es prender lumbre; el hacerlo bien puede contribuir a encender una llama en el corazón de una señorita; de todas maneras el hacerlo chapuceramente sería mala educación. No expresaré mis sentimientos con respecto al fumar como una costumbre del bello sexo. Tengo recuerdos de bellos labios profanados. No obstante que, aun en esto yo he visto a una dama mostrar su elegancia y refinamiento tocando apenas el cigarro con sus labios, como si lo besara dulcemente y apartándolo en seguida. Cuando un caballero solicita lumbre a una dama, ella siempre remueve el cigarrillo de sus labios. Felizmente, la peligrosa proximidad que algunas veces ocurre entre caballeros por la calle no está en boga. El baile continuó hasta las dos de la mañana, y su final fué como la separación de una alegre reunión familiar. Los muchachos se dispersaron para dormir o para terminar la noche en alegrías en cualquier otra parte, y don Manuel y yo nos retiramos a la caas que habíamos asegurado para nosotros.

Estábamos en nuestras hamacas charlando sobre los asuntos de la noche, cuando oímos una bulla en la calle, un ruidoso tropel pasó por la puerta y se percibió el choque de espadas. Al punto el criado del señor P. tocó para entrar, y nos dijo que a pocas puertas más allá habían matado a un hombre hiriéndole en la cabeza con una espada. En vez de salir para satisfacer una vana curiosidad, como hombres prudentes aseguramos la puerta. El tropel siguió calle arriba y de ahí a poco oímos estallidos de armas de fuego. Todo el lugar parecía alborotado. Apenas nos habíamos vuelto a recostar cuando tocaron de nuevo la puerta. Nuestro posadero, un anciano respetable, con su esposa, durmieron en un cuarto interior, y, temerosos de los motines, habían tenido una consulta para abrirlo. El primero no quería hacerlo, pero la segunda, con aprensiones maternales, decía que estaba temiendo que algo le hubiera acontecido a Chico. Los toquidos continuaban, y Rafael, un conocido compañero del hijo, gritó que Chico estaba herido. El viejo se levantó en busca de una luz, y recelando lo peor, la madre y la joven hermana prorrumpieron en llanto. El anciano, austeramente las reprimía, diciendo que él siempre había prevenido a Chico en contra de las salidas nocturnas y que merecía su castigo. La hermana corrió y abrió la puerta y entraron dos muchachos. Nosotros podíamos ver el centelleo de sus espadas, y que uno estaba sosteniendo al otro; y a tiempo que el anciano consiguió una luz, el herido cayó al suelo. Su rostro estaba espantosamente pálido, y manchado con sangre; su sombrero cortado desde la copa hasta el ala tan perfectamente como si hubiera sido con navaja de barba, y su mano derecha y brazo estaban envueltos en un pañuelo de bolsillo, el cual estaba manchado con sangre. El anciano lo miró con la austeridad de un romano, diciéndole que ya sabía que estas serían las consecuencias de sus salidas nocturnas; la madre y la hermana lloraban, y el muchacho, con débil voz, rogaba a su padre que lo perdonara. Su compañero lo condujo a la habitación interior; pero antes que ellos pudieran colocarlo sobre la cama cayó otra vez y se desmayó. El padre estaba alarmado y cuando se recobró preguntóle si deseaba confesarse. Chico, con una voz lánguida respondió, como Ud. guste. El anciano mandó a su hija que fuera por el padre, pero el alboroto era tan grande en la calle que ella tuvo miedo da aventurarse a salir. Mientras tanto le examinamos la cabeza, la que, no obstante la cortada á través del sombrero, apenas había sido tocada; y él mismo dijo que había recibido el golpe en la mano, y que se la habían quitado. No había allí un médico cercano sino hasta Guatemala, ni alguna persona que fuera capaz de hacer algo por él. Yo había tenido alguna práctica en medicina, pero ninguna en cirugía; sabía, sin embargo, que de todas maneras, era bueno lavar y limpiar la herida, y con la ayuda del criado de don Manuel, un joven inglés a quien éste había traído de los Estados Unidos, lo colocamos sobre una cama. Este joven había tenido alguna experiencia en las camorras del país, pues había matado a un muchacho en una riña motivada por un asunto de amores, y estuvo confinado en la casa siete meses por las heridas recibidas en el mismo encuentro. Con su ayuda desenvolvó el ensangrentado pañuelo; y a medida que avanzaba sentía que me faltaba el valor, y como, al dar la última vuelta, una mano muerta cayó sobre la mía, un estremecimiento y un hondo gemido corrió entre todos los espectadores y estuve a punto de dejar caer la mano. Había sido cortada desde atrás arriba de las articulaciones, y los cuatro dedos colgaban sólo de la parte carnosa del pulgar. La piel estaba arremangada y mostraba a cada lado cuatro huesos salidos, como los dientes de un esqueleto. Los junté uno con otro, y cuando él levantó el brazo, chocaron como si fueran dientes. Yo noté que el caso estaba fuera de mi habilidad. Es posible que la mano pudiera haber sido restaurada juntando la piel por medio de una costura pero yo creía que lo único que debía hacerse era cortarla enteramente, y esto yo no quería hacerlo. Incapaz de darle ninguna otra asistencia, la envolví otra vez en el pañuelo. El joven tenía un semblante suave y agraable; y tan agradecido por mi infructuosa tentativa como si yo realmente le hubiera servido en algo, me dijo que no me molestara más, sino que me acostara; su madre y su hermana, con ahogados sollozos, se inclinaron sobre su cabeza; su padre sostuvo la austeridad de sus maneras, pero era fácil comprender que su corazón estaba traspasado de dolor; y para mí, un extranjero, era horrible ver a un hermoso joven mutilado para toda la vida en una contienda callejera.

Según contó la historia él mismo dijo: que estaba paseando con algunos de sus amigos, cuando encontró a uno de los Espinosas de Guatemala, también con un grupo de amigos. Este último, que era conocido como un espadachín, se dirigió a ellos con una expresión, en español, casi equivalente a la inglesa "I'll give it to you". ("Ahora te voy a pegar"). Chico respondió "Lo veremos" e inmediatamente desenvainaron sus espadas. Chico, al intentar parar un golpe, lo recibió en el extremo de la mano derecha al pasar por todos los huesos se debilitó tanto la fuerza que solamente le cortó la copa y el ala del sombrero. La pérdida de la mano le había indudablemente salvado la vida; porque si toda la fuerza del golpe hubiera caído sobre su cabeza, lo habría matado; pero el infortunado muchacho, en vez de estar agradecido de su salvación, juró venganza contra Espinosa. Este, según supe más tarde, juró que la próxima vez Chico no escaparía sólo con una mano menos; y, con toda probabilidad, cuando se encuentren otra vez, uno de ellos quedará sin vida.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Todo este tiempo el alboroto continuó, cambiando de lugar, con estallidos ocasionales de armas de fuego; una tía estaba retorciéndose las manos porque su hijo andaba fuera y nosotros teníamos razón para temer una noche trágica. Nos fuimos a la cama, pero durante largo tiempo el ruido en la calle, los gemidos del pobre Chico y los sollozos de su madre y hermana nos quitaron el sueño.

No despertamos sino hasta cerca de las diez. Era día domingo; la mañana estaba brillante y hermosa, los arcos y flores todavía adornaban las calles, y los indios, con sus vestidos limpios se dirigían a la misa dominical. Nadie, excepto los inmediatos interesados, sabía o se cuidaba de los sucesos de la noche anterior. Al atravesar la plaza, encontramos a un indio alto, ostentoso, a caballo, con una larga espada a un lado, quien saludó al señor Pavón y siguió su camino pasando frente a la casa de Chico. Este era Espinosa. Nadie intentaba molestarle y ninguna información se había seguido por las autoridades con respecto a lo acontecido.

La puerta de la iglesia estaba tan llena de gente que no pudimos entrar; y al pasar por la casa del cura, nos paramos en una entrada a un lado del altar. El cura, ataviado con sus más ricas vestiduras, y con indios jóvenes ayudantes en trajes sacerdotales, con sus largos cabellos negros y sus indolentes facciones en extraño contraste con sus vestidos y ocupaciones, estaba oficiante ante el altar. Sobre las gradas del frente, con sus negros mantos echados sobre la cabeza, y los ojos inclinados hacia el suelo, estaban las danzadoras de nuestra comitiva de la noche anterior; arrodilladas a lo largo de todo el piso del inmenso templo había una densa masa de mujeres indias con rojos tocados; y recostados contra los pilares y parados en el fondo estaban los indios envueltos en negras chamarras.

Esperamos hasta que terminó la misa y en seguida acompañamos a las damas a la casa y nos desayunamos. Aunque era domingo, las ocupaciones del día consistían en una riña de gallos por la mañana y una corrida de toros por la tarde. Nuestra comitiva había aumentado con la llegada de una distinguida familia de Guatemala y todos nos preparamos para la primera. Esta se verificó en el patio de una casa deshabitada, la que ya estaba repleta; y yo observé, para honra de los indios y vergüenza de las mejores clases, que todos ellos eran mestizos o blancos, y, siempre exceptuando a los soldados de Carrera, jamás vi gentes de peor catadura o con más aspecto de asesinos que este grupo de hombres. Por todo el largo de las paredes del patio había gallos amarrados de una pata, y hombres andando alrededor con otros gallos bajo el brazo, poniéndolos en el suelo para comparar su tamaño y peso, regulando apuestas y tratando de engañarse recíprocamente. Por fin se arregló una pareja; las damas de nuestra compañía tenían asientos en el corredor de la casa, y el espacio fué aclarado frente a ellas. Las navajas eran instrumentos sanguinarios, de más de dos pulgadas de largo, macizas y afiladas como agujas, y las aves apenas estaban en el suelo cuando ya tenían rizadas las plumas de la nuca y volando una sobre otra. En menos tiempo del que se había empleado para ponerle el arpón, una ya estaba tendida en el suelo con la lengua de fuera y la sangre chorreándole por el pico, muerta. El ansia y vehemencia, ruido y alboroto, pendencias, apuestas, juramentos y riñas de la multitud, exhibían un triste cuadro de la naturaleza humana y de un pueblo sanguinario. Yo debo decir, en favor de las damas, que ellas en la ciudad jamás están presentes en tales escenas. Aquí ellas fueron por ninguna otra razón que yo pudiera ver, sino porque estaban fuera del hogar y esta era una parte de la fiesta. Nosotros debemos ser indulgentes teniendo en cuenta que se trata de una educación y condición social en todo diferente a la nuestra. Ellas no carecían de sensibilidad y refinamiento; y aunque no se apartaban con disgusto, parecían no tomar interés en la pelea, y no estaban dispuestas a esperarse para la segunda.

Dejando la repugnante escena dimos un paseo por los suburbios, un lugar de los cuales domina una majestuosa vista de la llanura y ciudad de Guatemala, con montañas alrededor, y uno se pregunta cómo puede ser posible que, en medio de tan grandes y gloriosos panoramas los hombres puedan crecer con sentimientos tan viles. Al cruzar la plaza oímos música en una casa grande perteneciente a un rico arriero; y entrando nos encontramos con un joven arpista y dos frailes mendicantes con las coronillas rasuradas, vestidos de blanco, con largas capas blancas y capuchas, de una orden nuevamente revivida en Guatemala, y bebiendo AGUARDIENTE. MANTOS y sombreros fueron arrojados, las mesas y asientos arrimados a la pared, y a los pocos momentos mis amigos estaban valsando; siguieron dos o tres cotillones y volvimos a la POSADA, donde después que fué servida fruta de diversas clases, todos nos sentamos en el corredor de atrás del portal. Por casualidad andaba suelto un caballo en el patio, y un muchacho, poniéndole las manos en los cuartos traseros, saltó sobre sus lomos. Los muchachos restantes siguieron el juego, y entonces uno de ellos levantó al caballo por las patas delanteras; al soltarlo otro lo tomó, y así siguieron todos con gran asombro del pobre animal. En seguida hubo una exhibición en el corredor, saltando uno sobre la cabeza del otro; después uno se agachó con las manos descansando en el piso del corredor, montándose otro sobre sus espaldas mientras el primero trataba de botarlo sin retirar las manos del suelo. Siguieron otras pruebas, todas improvisadas y cada una más absurda que la anterior; y todo terminó con una corrida de toros, en la que dos muchachos se montaron sobre las espaldas de otros dos como matadores y uno, con la cabeza entre los hombros, los perseguía como toro. Aunque estas diversiones no eran muy elegantes, todos se mostraban tan cordiales uno con otro, y había allí tan perfecto abandono, que la reunión terminó con gritos y risas.

Concluido ésto, los jóvenes sacaron los mantos de las damas y de nuevo salimos para dar un paseo; pero al llegar a la PLAZA los muchachos cambiaron de pensamiento; y sentando a las damas, a quienes yo me agregué, en la sombra, comenzó el RESCATE. Todo el que pasaba se paraba y los vecinos parecían gozosos con la alegría de nuestra comitiva. Los jugadores se revolcaban uno a otro entre el polvo, con gran alegría de los mirones; y así siguió hasta que vimos que los azafates venían atravesando la plaza, lo cual era un signo de comida. Por fin, pensando que ya habíamos tenido lo suficiente para un domingo, decidí renunciar a la corrida de toros; y en compañía de don Manuel y de otro prominente miembro de la asamblea y su familia, preparé mi regreso a la ciudad. La manera de viajar era primitiva. Todos iban a caballo, y él mismo con un su hijo pequeño en ancas; su hija sola; su esposa sobre un sillón con un criado para sostenerla, una muchacha sirvienta con un niño en los brazos, y un criado encima del equipaje. Era una hermosa tarde, y el valle de Guatemala con su verde césped y obscuras montañas, presentaba una hermosa perspectiva. Al entrar en la ciudad nos encontramos con una procesión religiosa, con sacerdotes y monjes, todos llevando cirios encendidos, y precedida por hombres que disparaban cohetes. Evitamos la plaza por causa de los soldados, y a los pocos minutos me encontraba ya en mi casa solo.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

CAPITULO 13

EXCURSION A LA ANTIGUA Y AL OCEANO PACIFICO.—SAN PABLO.—PAISAJE EN LA MONTAÑA. —EL RIO PENSATIVO.—LA ANTIGUA.—RELATO DE SU CONSTRUCCION.—UN OCTOGENARIO.— LA CATEDRAL.—SAN JUAN OBISPO.—SANTA MARIA.—EL VOLCAN DE AGUA.—ASCENSION A LA MONTAÑA.—EL CRATER.—UN ELEVADO PUNTO DE REUNION.—EL DESCENSO.—REGRESO A LA ANTIGUA.—EL CULTIVO DE LA COCHINILLA.— TERRENO CLASICO.—CIUDAD VIEJA.—SU FUNDACION.—VISITA DE LOS INDIOS.—SALIDA DE CIUDAD VIEJA.—PRIMERA VISTA DEL PACIFICO — ALOTENANGO —EL VOLCAN DE FUEGO.—ESCUINTLA.—UNA PUESTA DE SOL.—MASAGUA.— PUERTO DE ISTAPA.—LLEGADA AL PACIFICO.

El martes diez y siete de Diciembre, salí en excursión para la Antigua Guatemala y el Océano Pacífico. Me acompañaba un joven que vivía al lado opuesto y que deseaba ascender al volcán de Agua. Ya había yo despedido a Agustín y tuve mucha dificultad para conseguir un hombre que conociera el camino. ROMALDI (ROMUALDO) tenía sólo un defecto: era casado y como algunos de los de su gremio, muy aficionado a la vida errante; pero a su esposa no le agradaba esta inclinación; decía ella que yo iría a EL MAR y que podría llevármelo, que jamás le volvería a ver, y la afectuosa mujer lloraba ante la simple idea de perderlo; pero al pagarle poniendo el dinero en sus manos antes de la partida, accedió. Mi único equipaje consistía en una hamaca y un par de sábanas, que Romaldi llevaba en su mula, y cada uno teníamos un par de alforjas. En la puerta encontramos a don José VIDAURY (Vidaurre) a quien yo había visto primero en la silla presidencial de la Asamblea Constituyente, que iba a visitar su hacienda a la Antigua. Aunque ésta se encuentra solamente a cinco o seis horas de distancia, el señor Vidaury, que era un hombre muy corpulento, tenía dos caballos de remuda e insistió en mi admiración por el animal dijo, en la frase usual de cortesía española, que el caballo era mío. Esto dicho en el mismo espíritu con que un francés que ha sido atendido hospitalariamente en una casa de campo en Inglaterra, declara su amor a siete de las hijos por mero cumplimiento. Y mi digno amigo se habría sorprendido en extremo si yo hubiese aceptado su oferta.

El camino a Mixco ya lo describí. En el pueblo nos detuvimos para ver a Chico. Le habían amputado la mano y ya seguía mejor. Saliendo del pueblo ascendimos por una escarpada montaña, desde cuya cima disfrutamos de una hermosa vista de la población a sus pies, del valle y de la ciudad de Guatemala y del lago de Amatitlán circundado por una fila de montañas. Descendiendo por un agreste y áspero camino llegamos a una llanura, mirando hacia la izquierda la aldea de San Pablo y hacia la derecha, a alguna distancia. otro pueblo. Entramos en seguida por un sitio arbolado y, después de subir y bajar por la precipitada falda de una montaña con un espléndido barranco a la derecha, llegamos a una hermosa corriente. En este lugar nos encontramos rodeados de montañas; pero las orillas del arroyo estaban cubiertas con delicadas flores y papagayos de vistoso plumaje posados sobre las ramas de los árboles o volando sobre nuestras cabezas, formando, en medio del gigantesco escenario, un sitio encantador. La corriente pasaba por entre dos filas de montañas tan estrechamente unidas, que apenas había lugar para el paso de un camino de herraduras. A medida que avanzábamos, las montañas dirigíanse hacia la izquierda, habiendo del otro lado de la corriente algunos recodos cultivados con cochinilla entre el propio hueco de la base. Un nuevo rodeo del camino y después, siguiendo recto, nos permitió una vista de más de una milla por entre las montañas a cuyo extremo divisamos la Antigua, situada en un delicioso valle, rodeada de montañas y colinas que siempre conservan su verdor, regada por dos ríos que surten numerosas fuentes, con un clima en que ni el calor ni el frío predominan; empero, esta ciudad rodeada de bellezas naturales mayores que las que yo jamás he visto, ha sufrido quizás más calamidades que ninguna otra ciudad edificada nunca. Pasamos la puerta y caminamos por los suburbios en la entrada del valle, en uno de cuyos lados se encontraba una casa nueva que me recordó una villa italiana, con una gran plantación de cochinilla extendiéndose hasta la base de la montaña. Atravesamos un río que tiene el poético nombre de El Río Pensativo; del otro lado había una primorosa fuente y, en la esquina de la calle, las ruinas de la iglesia de Santo Domingo, un recuerdo de los formidables terremotos que derribaron la angua capital arrojando a los habitantes de sus hogares.

A cada lado se encontraban las ruinas de las iglesias, de los conventos y de las residencias privadas, grandes y valiosas, algunas reducidas a escombros, otras con las fachadas aún en pie, ricamente decoradas con estuco, agrietadas y con grandes aberturas, sin techo, sin puertas ni ventanas y con árboles creciendo en el interior hasta arriba de los muros. Muchas de las casas ya han sido reparadas, la ciudad está repoblada y presenta un extraño contraste de ruina y restauración. Los habitantes, lo mismo que los moradores de la sepultada Herculaneoum, parecían no tener temores de nuevos desastres. Me encaminé a la casa de don Miguel Manrique, la que se encontraba ocupada por su familia cuando ocurrió la destrucción de la ciudad, y, después de recibir una afectuosa bienvenida, fuí a dar un paseo por la plaza en compañía del señor Vidaury. El grabado del frente dará una idea, mejor que yo, de la belleza de la escena. Los grandes volcanes de Agua y de Fuego se destacan sobre ella. En el centro se encuentra una majestuosa fuente de piedra, y los edificios que la circundan, especialmente el palacio del Capitán General, ostentan al frente los escudos de armas conferidos por el Emperador Carlos V a la noble y leal ciudad, y elevándose sobre todos el Apóstol Santiago a caballo, con armadura y blandiendo una espada; y la majestuosa, aunque destechada y arruinada catedral, de trescientos pies de largo y ciento veinte de ancho, como de setenta pies de altura y alumbrada por cincuenta ventanas, manifestando en la actualidad que la Antigua fué en un tiempo una de las más hermosas ciudades del Nuevo Mundo, merecedora del altivo nombre que le dió Alvarado, de Ciudad de Santiago de los Caballeros.

Esta fué la segunda capital de Guatemala, fundada en 1542 con motivo de la destrucción de la primera por un volcán de agua. Su historia es una serie no interrumpida de desastres. "En 1588 una enfermedad epidémica, acompañada de violenta hemorragia nasal, arrebató gran número de sus habitantes; ni podían los facultativos idear método alguno para atajar los progresos del mal. Muy severos temblores de tierra se sintieron en diferentes períodos; uno en 1565 que dañó seriamente a muchos de los principales edificios; los de 1575, 76 y 77 no fueron menos ruinosos. El 27 de Diciembre de 1581 la población se vió alarmada otra vez por el volcán, que empezó a arrojar llamas, siendo tan grande la cantidad de cenizas aventadas y esparcidas por el aire, que el sol se obscureció por completo y se hizo necesaria la luz artificial en la ciudad al mediodía".

"Los años de 1585 y 6 fueron espantosos en extre-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mo. El 16 de Enero del 85 sintiéronse temblores de tierra que continuaron durante ese año y el siguiente, con tanta frecuencia, que no pasaban ni ocho días sin que se sintiera un temblor más o menos violento. La montaña arrojaba fuego sin cesar durante meses enteros, lo que aumentaba grandemente la general consternación. El mayor desastre de estas series ocurrió el 23 de Diciembre de 1586, cuando la mayor parte de la ciudad fué reducida de nuevo a un montón de ruinas, sepultando bajo los escombros a muchos de sus infortunados habitantes; la tierra se sacudió con tal violencia, que las cimas de las más altas colinas fueron derribadas, y se formaron profundos barrancos en varias partes a nivel del suelo".

"En 1601 una peste arrebató muchas vidas. Atacaba con tal magnitud que a los tres días, generalmente, acababa con la existencia de los afectados por ella".

"El 18 de Febrero de 1651, como a la una de la tarde, se oyó el más extraordinario ruido subterráneo, seguido inmediatamente de tres violentas sacudidas a muy cortos intervalos una de otra, que derribaron por tierra muchos edificios y dañaron otros; las tejas de los techos de las casas fueron dispersadas en todas direcciones, para partículas de paja por un soplo de viento; las campanas de los templos sonaron por las vibraciones; moles de rocas se desprendieron de las montañas, y aún las bestias salvajes se encontraban tan aterrorizadas que, perdiendo su natural instinto, abandonaron sus guaridas y buscaron refugio en las habitaciones de los hombres".

"El año 1686 trajo consigo otra espantosa epidemia que en tres meses barrió con la décima parte de los habitantes...." "Desde la capital, la peste se esparció por los pueblos circunvecinos y de ahí a los más remotos, ocasionando terribles estragos, particularmente entre los más robustos de los habitantes".

"El año 1717 fué memorable: en la noche del 27 de Agosto, la montaña empezó a arrojar llamas, acompañadas de un retumbante ruido subterráneo. La noche del 28 aumentó la erupción con gran violencia alarmando muchísimo a los habitantes Las imágenes de los santos fueron sacadas en procesión, se hicieron rogaciones públicas cada día; pero la terrible erupción aún continuaba, acompañada, a intervalos, de frecuentem temblores por más de cuatro meses. Por último, la noche del 29 de Septiembre, la suerte de Guatemala pareció decidida, pues una inevitable destrucción daba señales de aproximarse. Grande fué la ruina de los edificios públicos; muchas casas fueron derribadas y casi todas las restantes quedaron seriamente dañadas; pero la mayor devastación se vio en los templos".

"El año de 1773 fué la época más lúgubre en los anales de esta metrópoli; fué entonces destruida para ya no resurgir jamás de sus ruinas como capital" ... "Como a las cuatro de la tarde del 29 de Julio se sintió una tremenda vibración, y a los pocos momentos principió la horrorosa convulsión que decidió la suerte de la infortunada ciudad".... "El 7 de Septiembre hubo otra que derribó la mayor parte de los edificios que quedaron dañados el 29 de Julio; y el 13 de Diciembre, una todavía más violenta dió fin al trabajo de destrucción".... "Aún no estaba el pueblo restablecido de la consternación que le produjeron los sucesos del fatal 29 de Julio, cuando se convocó una reunión con el objeto de aunar los pareceres de los habitantes para el traslado".... "En reunión se estableció que todas las autoridades se trasladarían provisionalmente al pequeño pueblo de La Ermita, hasta que los valles de Jalapa y Las Vacas pudieran ser deslindados y que la voluntad del Rey sobre el asunto hubiese sido averiguada" .. "El 1 de Septiembre el Gobernador y todos los tribunales se trasladaron a La Ermita; se completaron los deslindes de los lugares ya mencionados y se convocó de nuevo a los habitantes para decidir con respecta a la traslación. Este congreso se verificó en la capital provincial y duró del 12 al 16 de Enero de 1774: se leyó el informe de los comisionados y por mayoría de votos resolvióse hacer el formal traslado de la ciudad de Guatemala al Valle de Las Vacas. El Rey dió su asentimiento a esta resolución el 21 de Julio de 1771; y por un decreto del 21 de Setiembre siguiente, aprobó la mayor parte de los proyectos que fueron propuestos para llevar a efecto la determinación, cediendo muy liberalmente el total de ingresos de las aduanas, por espacio de diez años, para los gastos de edificaciones, etc. En virtud de este decreto, el Ayuntamiento se estableció en debida forma en el nuevo lugar el día primero de Enero de 1776, y el 29 de Julio de 1777 se emitió una proclama en la Antigua Guatimala, recomendando a la población trasladarse a la nueva ciudad dentro del término de un año y abandonar totalmente los restos de la antigua".

Tal es la referencia que hace el historiador de Guatemala con respecto a la destrucción de esta ciudad; además de la cual, yo vi en el mismo lugar al Padre Antonio Croques, un octogenario y el más viejo canónigo de Guatemala, quien estaba viviendo en la ciudad cuando ocurrió el terremoto que completó su destrucción. Estaba todavía vigoroso física e intelectualmente, escribió su nombre con mano firme en mi libro de notas y conservaba un vívido recuerdo del esplendor de la ciudad cuando, en su niñez, como él decía, los carruajes rodaban allí como en las calles de Madrid. El día fatal se encontraba él en la iglesia de San Francisco con dos padres, uno de quienes, en el momento del temblor le tomó de la mano arrastrándole hacia el patio; el otro quedó sepultado bajo las ruinas del templo. Recordaba que las tejas volaron de los techos de las casas en todas direcciones; las nubes de polvo eran sofocantes y la gente corría a las pilas para saciar la sed. Las fuentes se rompieron y un hombre le arrebató el sombrero para sacar el agua El Arzobispo durmió aquella noche en su carruaje en la plaza. Me describió las ruinas de los edificios particulares, los muertos que fueron extraídos de entre los escombros y la confusión y terror de los habitantes; y aunque sus recuerdos eran solamente los de un niño, tenía material suficiente para horas de conversación.

En compañía del cura visitamos el interior de la catedral. Los gigantescos muros estaban en pie pero sin techo; el interior era usado como cementerio y las tumbas sombreadas por un bosque de dalias y árboles de setenta a ochenta pies de elevación que salían por arriba de los muros. El altar mayor se encontraba en pie bajo un cúpula, sostenida por diez y seis columnas forradas de carey y decorado con medallones de bronce primorosamente trabajados. Sobre la cornisa estaban anteriormente colocadas la imagen de la Virgen y las de los doce Apóstoles, de marfil, pero todo esto ya no existía; y más interesante que los recuerdos de su antiguo esplendor o que sus melancólicas ruinas, era la bóveda vacía donde en un tiempo reposaron las cenizas de Alvarado el Conquistador.

Por la tarde se me acercó mi joven compañero y nos fuimos para Santa María, un pueblo de indios a dos leguas de distancia, situado en las faldas del volcán de Agua, con el propósito de ascender a la cima al siguiente día. A medida que nos aproximábamos al valle, la escena eran tan hermosa que no me admiré que ni aun los terremotos pudieran hacerlo desolado. A una legua de distancia llegamos al pueblo de San Juan Obispo, cuya iglesia y convento son visibles desde abajo y dominan una magnífica vista del valle y ciudad de la Antigua. Al anochecer llegamos al pueblo de Santa María, encaramado a una altura de dos mil pies arriba de la Antigua y a siete mil pies sobre el nivel del Pacífico. La iglesia se yergue sobre un magnífico atrio con varias entradas, y frente a ella se encuentra una gigantesca cruz blanca. Nos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

encaminamos al convento que está a cargo del cura de San Juan Obispo, pero estaba deshabitado y no había quien nos recibiera, expecto un pequeño viejo muy parlanchín que había llegado aquella misma mañana Muy pronto tuvimos una irrupción de indios, con el Alcalde y sus alguaciles, que llegaban a ofrecernos sus servicios como guías para subir a la montaña. Ellos fueron los primeros indios que encontré que no hablaban el español, y su vehemencia y vociferación me recordaba a mis viejos amigos los árabes. Describían el ascenso como muy difícil, con peligrosos precipicios, y con mucha dificultad para hallar el paso, decidiéndonos que era necesario, para cada uno de nosotros, llevar diez y seis hombres con lazos para trepar, pagando doce dólares por cada hombre. Parecieron algo asombrados cuando yo les dije que nosotros necesitábamos dos hombres cada uno y que les daríamos medio dólar por cabeza, pero inmediatamente rebajaron a ocho hombres para cada uno y un dólar por cabeza; y después de un ruidoso altercado, escogimos seis entre cuarenta y todos se retiraron. A los pocos minutos oímos un violín afuera, que pensamos sería en nuestro honor; pero era el vejete que era titiritero y que pensaba dar una exhibición esa noche. El músico penetró a la habitación y un hombre se paró en la puerta para admitir a los visitantes. El precio de la entrada era de tres centavos y hubo frecuentes disputas por conseguir la rebaja de un centavo o para que se admitieran dos por tres centavos. Lo elevado del precio impedía la entrada del populacho, la concurrencia era muy selecta y todos se sentaron en el suelo. Los ingresos, según supe por el portero, fueron arriba de cinco chelines. Romaldi, que era un diestro aficionado, dirigió la orquesta es decir, al otro violinista. Los títeres estaban en la habitación vecina y cuando se abrió la puerta se descubrió una chamarra negra colgando como cortina, la que al ser levantada, dejó ver al titiritero sentado junto a una mesa con sus pequeñas figuras ante sí. Los juegos de los títeres se llevaban a cabo por medio de conversaciones de ventriloquía en medio de las cuales me dormí.

No salimos sino hasta las siete de la mañana siguiente. El día tenía mala apariencia y toda la montaña estaba cubierta de nubes. Hasta aquí la falda del volcán estaba cautivada. Al cabo de media hora el camino se tornó tan empinado y resbaladizo que desmontamos y comenzamos el ascenso a pie. Los indios se habían adelantado llevando agua y provisiones, y cada uno de nosotros se proveyó de un fuerte cayado. A las ocho menos cuarto llegamos a la región media que se encuentra cubierta por una ancha fija de espeso bosque; el camino era escarpado y lodoso y cada tres o cuatro minutos nos veíamos obligados a parar y descansar. A las nueve menos cuarto salimos a un claro donde se encontraba una gran cruz de madera. Este era el primer lugar de descanso y nos sentamos al pie de la cruz a merendar. Había empezado una llovizna, pero, con la esperanza de un cambio, a las nueve y media reanudamos nuestro ascenso. El paso se hizo más empinado y fangoso, los árboles se aglomeraban tan densamente que ni el más leve rayo de sol penetraba por allí y tenían sus troncos y ramas cubiertos de verdes excrecencias. El camino había sido abierto y mantenido por los indios que suben en invierno a conseguir nieve y hielo para Guatemala. El trabajo para trepar por esta lodosa ladera era excesivo y muy pronto mi joven compañero sintióse fatigado y fué impotente para continuar sin ayuda. Los indios iban preparados con lazos, uno de estos se le ató alrededor de la cintura y dos indios pasaron adelante con el lazo sobre los hombros. A las diez y media nos encontrábamos arriba de la región de los bosques y salimos a un lado abierto del volcán. Allí aún había árboles dispersos, abundante hierba y una gran variedad de curiosas plantas y flores aportando rico material para los botánicos. Entre ellos había un árbol con una flor roja denominado el árbol de las manitas, pero más parecido a la mano de un mono, creciendo a una altura de treinta o cuarenta pies, con el interior de un ligero tinte bermellón y por fuera bermellón con listas amarillas. Mi compañero, cansado con el trabajo de la ascensión, no obstante la ayuda del lazo, se montó por fin sobre los hombros de un indio. Yo me veía obligado a parar a cada dos o tres minutos, siendo mis descansos casi iguales al tiempo que caminaba. La gran dificultad consistía en la humedad y el lodo, que al ascender, nos hacía perder una parte en cada paso. Este era tan resbaladizo que aun con el cayado y la ayuda de las ramas de los árboles y arbustos, se hacía difícil evitar una caída. Como media hora antes de llegar a la cima y quizás a unos mil o mil quinientos pies de ella, los árboles se volvieron escasos y parecían secados por los rayos o marchitados por el frío. Las nubes se aglomeraban más espesas que antes y yo perdí toda la esperanza de un claro día A las once y media llegamos a la cúspide y descendimos al cráter. Un torbellino de nubes y vapores batía violentamente en sus contornos Estábamos sudando; nuestros vestidos se encontraban empapados por la lluvia y el fango y en pocos momentos el frío nos caló hasta los huesos. Intentamos encender una fogata, pero las ramas y hojas estaban mojadas y no podían arder. Por unos pocos instantes logramos una débil llama y todo se abatió a su alrededor; pero cayó una llovizna lo suficiente para apagarla. No podíamos ver nada y los temblorosos indios me suplicaban que regresáramos. Sobre las rocas inmediatas había inscripciones, una de las cuales llevaba la fecha 1548; y sobre una piedra cortada estaban las siguientes palabras:

Alexandro Ldvert,
De San Petersburgo;
Edvardo Legh Page,
De Inglaterra;
José Croskey,
De Fyladelfye,
Bibymos aquí unas Boteas
De Champana, el día 26
de Agosto de 1834.

Parecía extraño que tres hombres de tan lejanas y diferentes partes del mundo, San Petersburgo, Inglaterra y Filadelfia, se hubiesen juntado para beber champaña en la cima de este volcán. Mientras que yo me soplaba los dedos y copiaba la inscripción, el vapor se aclaró un poco, permitiéndome ver el interior del cráter. Era una hoya de forma ovalada, de fondo plano cubierto de hierba. Los lados eran en declive como de cien a ciento cincuenta pies de altura, y en todo el derredor había montones de rocas apiñadas en espléndida confusión y elevándose en picos inaccesibles. No hay ninguna tradición respecto a que esta montaña alguna vez haya arrojado fuego, y no existe por ningún lado en sus contornos materia calcinada o alguna otra señal de erupción volcánica. La historia dice: que en 1541, un formidable torrente, no de fuego, sino de agua y piedras, fué vomitado del cráter, destruyendo la antigua ciudad. El Padre Remesal refiere que en esta ocasión la cima de la montaña se vino abajo. La altura de esta parte separada era de una legua, y de la cima restante hasta el valle había una distancia de tres leguas, la que él afirma que midió en 1615. El área, según mis medidas, es de ochenta y tres pasos de largo por sesenta de anchura. De acuerdo con Torquemada (y tal es la tradición, según el Padre Alcántara, de Ciudad Vieja), esta inmensa hoya, probablemente el cráter de un volcán extinguido, con bordes mucho más altos que los actuales, se llenó de agua por las acumulaciones de nieve y de las lluvias. Allí nunca hubo una erupción de agua, sino que uno de los lados se rompió y la inmensa cantidad de líquido salió precipitadamente, inundando y destruyendo todo cuanto se opuso en su camino. La inmenta barranca por donde descendió, todavía era espantosamente visible a un

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

lado de la montaña. La altura de esta montaña ha sido determinada por observaciones barométricas y es de catorce mil cuatrocientos cincuenta pies sobre el nivel del mar. La orilla del cráter domina una hermosa vista de la antigua ciudad de Guatemala, de treinta y dos pueblos alrededor y del Océano Pacífico; a lo menos así se me dijo, aunque yo no los ví. Sin embargo no lamenté mi fatiga; y aunque empapado por la lluvia y todo cubierto de lodo, me prometí a mi mismo que en el mes de Febrero, cuando el tiempo es bueno, ascendería otra vez, preparado para el caso y para pasar dos o tres días en el cráter.

A la una principió nuestro descenso. Este fue rápido y algunas veces peligroso, por el excesivo declive, por lo resbaladizo y por el riesgo de golpearse la cabeza contra el tronco de un árbol. A las dos de la tarde llegamos a la cruz; y yo recuerdo aquí, como un aviso para otros, que por la presión de las fuertes botas impermeables sobre los dedos de los pies, me veía obligado a parar con frecuencia; y, después de cambiar la presión descendiendo de lado y de espaldas, agarrándome de las ramas de los árboles, me vi en la necesidad de quitarme las botas y seguir descalzo, metido en el fango hasta los tobillos. Mis pies fueron severamente dañados por las piedras, y me era muy difícil andar, cuando encontré a uno de los indios que subía la montaña con mi caballo a encontrarme. A las cuatro de la tarde llegamos a Santa María, a las cinco a la Antigua, y un cuarto de hora después me acosté.

A la mañana siguiente, todavía estaba yo durmiendo, cuando el señor Vidaury entró al patio, a caballo, para acompañarme en mi viaje. Dejando a Romaldi que nos siguiera, monté inmediatamente y, saliendo de la ciudad, entramos a campo abierto, metido entre montañas cultivadas hasta su base con cochinilla. Como a una milla de distancia giramos con dirección a la hacienda del señor Vidaury. En el patio estaban cuatro bueyes moliendo caña de azúcar y detrás se encontraba su nopal o plantación de cochinilla, una de las más grandes de la Antigua. La planta es una especie de cactus, sembrada en surcos como el maíz, y, en el tiempo a que me refiero, tenía como cuatro pies de altura. Sobre cada hoja estaba asegurada con una espina un pedazo de caña en cuyo hueco había treinta o cuarenta insectos. Estos insectos no pueden moverse, pero se multiplican, y las crías se arrastran hacia fuera y se adhieren a las hojas; una vez adheridas a ellas jamás se mueven; una membrana muy fina las cubre y a medida que se alimentan, las hojas se ponen enmohecidas y blancas. Al final de la estación seca, algunas de las hojas se quitan y se cuelgan en un almacén para semilla, y de las restantes se separan los insectos con un cepillo y se ponen a secar, enviándoles en seguida al exterior para proveer a los lujos y elegancias de la vida civilizada, y a dar vida con sus brillantes colores a los salones de Londres, París y San Luis Missouri. La cosecha es valiosa, pero insegura, pues una lluvia temprana puede destruirla; y algunas veces a todos los trabajadores de una hacienda se los llevan para el servicio militar, en la época en que más falta hacen para su cultivo. La posesión era encantadoramente hermosa al pie y bajo la sombra del volcán de Agua y el paisaje estaba limitado por todos lados con montañas de perpetuo verdor; el aire de la mañana era suave, fragante, puro y refrescante. Con buen gobierno y leyes y nuestros amigos alrededor, jamás vi lugar más hermoso y apetecible para que un hombre pasara el resto de su vida sobre la tierra.

Reanudando nuestro viaje, salimos a un fértil valle cubierto de césped, donde pastaba el ganado y los caballos, en medio de las faldas de los dos grandes volcanes, y hacia la izquierda, a alguna distancia, en las faldas del volcán de Agua, vimos la iglesia de Ciudad Vieja, la primera capital de Guatemala fundada por Alvarado el Conquistador Yo me encontraba ahora sobre terreno clásico. La fama de Cortés y de sus hazañas en México se había divulgado entre las tribus indígenas del sur y los reyes kachiqueles le enviaron una embajada ofreciéndole reconocerse como vasayos de España. Cortés recibió a los embajadores con distinción, y envió a Pedro de Alvarado, oficial distinguido en la conquista de Nueva España, a recibir la sumisión de los reyes nativos y a tomar posesión de Guatemala. El 13 de Noviembre de 1523, Alvarado salió de la ciudad de México con trescientos españoles y un gran cuerpo de tlascaltecas, cholotecas, chinapas y otros indios mexicanos auxiliares; se abrió paso a través de las populosas provincias de Soconusco y Tonalá, y el 14 de Mayo, tras una decisiva victoria sobre los indios quichés, llegó a la capital del reino kachiquel, ahora conocido como el pueblo de Tecpán Guatemala. Después de permanecer allí unos pocos días para recobrarse de sus fatigas, el ejército conquistador siguió su ruta por los pueblos de la costa, venciendo a todos los que se le oponían al paso, y el 24 de Julio de 1524, llegó a un lugar llamado por los indios Almolonga, que significa, en su lengua, manantial de agua (o la montaña de donde fluye el agua), situado en la falda del volcán de Agua. El paraje, dice Remesal, les agradó tanto por su delicioso clima, la belleza de sus praderas deliciosamente regadas por corrientes de agua, y particularmente por su situación en medio de dos altas montañas, de una de las cuales descendían corrientes de agua en todas direcciones, y de la cima de la otra brotaban columnas de humo y fuego, que determinaron edificar una ciudad que sería la capital de Guatemala.

El 25 de Julio, fiesta de Santiago patrón de España, los soldados, con música marcial, espléndidas armaduras, ondulantes plumas, caballos soberbiamente enjaezados con arreos resplandecientes de pedrería y chapas de oro, avanzaron hacia la humilde iglesia que había sido construida con tal propósito, donde Juan Godínes, capellán del ejército, dijo misa. Toda la comunidad invocó la protección del Apóstol y llamó por su nombre a la ciudad que habían fundado. El mismo día Alvarado nombró Alcaldes, Regidores y Alguacil Mayor. La apariencia del país armonizaba con las románticas escenas de que había sido teatro; y a medida que yo caminaba sobre el llano, casi podía imaginarme las faldas de las montañas cubiertas de indios, y Alvarado con su pequeña banda de intrépidos españoles, soldados y sacerdotes con marcial orgullo y religiosa humildad, desplegando las banderas de España y levantando el estandarte de la cruz.

A medida que nos aproximábamos a la ciudad, su situación aparecía más hermosa; pero muy al principio de su historia, espantosas calamidades le acontecierono. "En 1532, las cercanías de la ciudad se vieron asoladas y sus habitantes profundamente consternados, por un león de descomunal tamaño y ferocidad, que descendió de las selvas de la montaña denominada el Volcán de Agua, y causó gran devastación entre los hatos de ganado. El Ayuntamiento de la ciudad ofreció un premio de veinticinco dólares oro o cien fanegas de trigo a cualquiera persona que lo matara; pero el animal escapó, aun de una partida de caza formada por toda la ciudad con Alvarado a la cabeza. Después de cinco o seis meses de constantes depredaciones, fue matado el 30 de Julio por un pastor de ganado, quien recibió la recompensa prometida. El siguiente gran desastre fue un incendio que aconteció en Febrero de 1536 y causó graves daños; como las casas estaban en aquel tiempo casi todas techadas de pajón, una gran parte de ellas fué destruida antes que el fuego pudiera ser extinguido. El accidente tuvo su origen en un taller de herrería; y para evitar desgracias análogas en el futuro, el Ayuntamiento prohibió el uso de fraguas dentro de la ciudad".

"La más espantosa calamidad que había hasta ahora afligido a este infortunado lugar ocurrió en la mañana del 11 de Septiembre de 1541. Había llovido incesantemente y con gran violencia durante los tres días anteriores, particularmente en la noche del diez cuando el agua descendió más como el torrente de una

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

catarata que como lluvia; la furia del viento, los constantes y aterradores rayos y los espantosos truenos eran indescriptibles..." "A las dos de la mañana del once, las vibraciones de la tierra fueron tan violentas que las gentes eran incapaces de tenerse en pie; las sacudidas iban acompañadas de terribles ruidos subterráneos que infundían general pavor; momentos después, un inmenso torrente de agua se precipitó desde la cima de la montaña, arrastrando enormes fragmentos de rocas y corpulentos árboles, los que, al descender sobre la desgraciada ciudad, abatieron y destruyeron casi todas las casas, sepultando un gran número de sus habitantes bajo las ruinas, entre quienes, doña Beatriz de la Cueva, la viuda de Pedro de Alvarado, perdió la vida'.

Por todo el camino hacia abajo de la falda del volcán, vimos las grietas y barrancas abiertas por los torrentes de agua que inundaron la ciudad. De nuevo cruzamos la hermosa corriente del Río Pensativo, y nos encaminamos al convento hacia arriba. Este se encuentra contiguo a la gigantesca y venerable iglesia de la Virgen. Al frente había un muro alto de piedra; una gran puerta abierta en el patio, a cuyo extremo y a lo largo de un lado de ella se encontraban los espaciosos corredores del convento, y hacia la izquierda el gigantesco muro de la iglesia, con una puerta de entrada al extremo del corredor. El patio estaba como a cuatro pies bajo el nivel del corredor, y dividido por arriates sembrados de flores, y en el centro había una gran fuente blanca de forma circular, con carpas doradas nadando en ella, y elevándose hacia afuera, arriba de un surtidor de agua, un ángel con una trompeta y una bandera.

El Señor Vidaury había anunciado al Padre Alcántara mi proyectada visita y él estaba esperando para recibirnos. Era como de unos treinta y tres años de edad, inteligente, educado y enérgico, con una pasión por las flores como podía verse por los hermosos arreglos del patio. Había sido desterrado por Morazán y apenas hacía como un año que había regresado a su vicaría. Se encontraba visitándolo su amigo y vecino don Pepe Astegueta, propietario de una hacienda de cochinilla y hombre del mismo tipo y carácter. Ellos eran de los pocos que encontré que tomaran algún interés en los románticos eventos relacionados con la primitiva historia del país. Después de un breve descanso en el convento. con la más viva emoción jamás por mí sentida excepto en las ruinas de Copán, visitamos un árbol que se yergue frente a la iglesia y extiende ampliamente sus ramas, bajo cuya sombra, según la tradición, acamparon por primera vez Alvarado y sus soldados; la fuente de Almolonga, o, en lengua indígena, la montaña de donde fluye el agua, la que primero le indujo a escoger este lugar como el sitio para la capital, y las ruinas de la catedral, en el lugar donde uan Godines dijo su primera misa. La fuente es un gran estanque natural de clara y hermosa agua, sombreada por árboles, bajo los cuales treinta o cuarenta mujeres indígenas estaban lavando. Los muros de la catedral estaban en pie, y en una esquina había un aposento lleno de calaveras y huesos de los muertos por la inundación del volcán.

Después del desayuno visitamos la iglesia, que era muy grande y de más de doscientos años de edad; su altar es rico en ornamentos de oro y plata, entre los que se encuentra una magnífica corona de oro, tachonada de diamantes y esmeraldas, ofrecida por uno de los Felipes a la Virgen, a quien la iglesia estaba consagrada. Regresando a la casa, me encontré con que el Padre Alcántara había preparado para mí la visita de una diputación de indios, compuesta de los principales auxiliares mexicanos de Alvarado que se llamaban a sí mismos, como los españoles, conquistadores; ellos entraron llevardo los mismos trajes que sus antecesores habían usado en tiempo de Cortés, y portando sobre una bandepa cubierta de terciopelo, un precioso libro empastado con la misma tela de color rojo, con esquineras y broche de plata, el cual contenía la evidencia escrita de su rango y sus derechos. Estaba escrito en pergamino, fechado en 1639, y contenía la orden de Felipe II,, reconociéndolos como conquistadores y eximiéndolos, como tales, del tributo pagado por los indios nativos. Este privilegio continuó hasta la revolución de 1825, y aún entonces, ellos se llamaban a sí mismos descendientes de los conquistadores y la cabeza de la aristocracia indígena. El interés que yo sentía por estas memorias de los conquistadores fué acrecentado, en no pequeña parte, por la belleza y comodidad del convento y por la benevolencia del Padre Alcántara. Por la tarde dimos un paseo hacia abajo por el puente que cruza el Río Pensativo El llano en que los soldados españoles habían hecho resplandecer sus armaduras, estaba sombreado por los elevados volcanes, y el espíritu de romance descansaba sobre él.

El día que pasé en la "ciudad vieja" es uno de aquellos que recuerdo con placer. El Señor Vidaury y don Pepe estuvieron con nosotros todo el día. Más tarde, cuando el Padre Alcántara se vió de nuevo obligado a huir del convento por la aproximación de un ejército invasor, y cuando todos nosotros habíamos pasado a través del estallido de la revolución, al salir de Guatemala de regreso para mi hogar, me desvié de mi camino para hacerles una visita y fueron los últimos amigos a quienes dije adiós.

En la mañana, con gran sentimiento, salí de Ciudad Vieja. El Padre Alcántara y don Pepe me acompañaron, y, para ayudarme en mi viaje, don Pepe me prestó una magnífica mula y el padre un excelente criado. La salida de este valle al pie de la montaña quedaba entre los dos grandes volcanes de Agua y de Fuego, que se elevan a cada lado aproximadamente a quince mil pies de altura; y por en medio de los dos, tan inesperadamente para mí que casi me produjo un arrebato de entusiasmo, miramos una inmensa llanura y divisamos el Océano Pacífico. A una legua de distancia llegamos al pueblo de Alotenango, donde, entre chozas de indios, se alzaba otra gigantesca iglesia, sin techo y arruinada por un terremoto, y en donde, con la esperanza, en la que no fuí contrariado, de volverlos a ver, me despedí del cura y de don Pepe. El camino por en medio de los dos grandes volcanes era singularmente interesante; el uno, con su falda cultivada, ceñido por un cinturón de espesa selva y cubierto de verdor hasta la cima; el otro, con tres desnudos y escabrosos picos, cubierto de lava petrificada y de cenizas, sacudido por la contienda de sus elementos interiores, el trabajo de los fuegos internos, y arrojando constantemente un humor de color azul pálido. El camino muestra señales de las violentas convulsiones a que ha estado sujeto. En cierto lugar, el camino para bestias atraviesa una inmensa hendidura, dividida en dos partes por una convulsión natural, sobre la que se precipitan con violencia grandes piedras en todas direcciones, cayendo en la más salvaje confusión; en otro lugar cruza sobre una profunda capa de cenizas, carbones y lava escorificada; y un poco más adelante, sobre estratos de materia vegetal en descomposición, cubierta de substancias volcánicas, y en donde grandes arbustos y matorrales han crecido formando un espeso y obscuro emparrado, fragante como los campos de Arabia la Bendita. A cada paso había un extraño contraste entre lo horrible y lo hermoso. La última erupción del volcán de Fuego tuvo lugar hará como doce años, cuando del cráter salían llamas que subían a gran altura; y arrojó inmensa cantidad de piedras y cenizas siendo casi extirpada la raza de monos que habitaban los bosques inmediatos; pero ya nunca estalló otra vez; su cráter ya no es más la "Boca del Infierno" o sea la Boca de las Regiones Infernales, porque como me dijo una persona muy respetable, ha sido bendecido por un sacerdote

Después de un hermoso viaje a caballo bajo el ardiente sol. pero con el camino casi todo sombreado, a las tres de la tarde llegamos a Escuintla, donde había otra magnífica iglesia, sin techo y además con su rica fachada hendida por un terremoto. Frente a ella es-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

taban dos venerables ceibas, y desde el atrio dominábase una espléndida vista panorámica de los volcanes y montañas de la Antigua.

Por las calles se encontraban soldados e indios borrachos. Me dirigí a la casa del corregidor don Juan de Dios de Guerra y, con Romaldi sirviéndome de guía, anduve hacia abajo hasta la ribera de un hermoso río, que hace de Escuintla, durante los meses estivales de Enero y Febrero, el gran balneario de Guatemala. La ribera era alta y hermosamente sombreada, y, descendiendo al río por una angosta senda en medio de rocas perpendiculares, en un romántico lugar, donde muchos amantes de Guatimala han sido precipitados, por las encantadoras influencias alrededor, a una prematura efusión de sus esperanzas y temores, me senté sobre una piedra fe lavé los pies.

Al regreso me detuve en la iglesia La fachada estaba hendida de arriba abajo por un terremoto, y las porciones divididas se encontraban separadas, pero las torres estaban enteras. Subí a la parte alta y miré hacia abajo el área destechada. Hacia el oriente la obscura línea de bosques estaba interrumpida por las espirales de humo de unas pocas chozas dispersas, y respaldada por verdes montañas, por conos de volcanes, con sus cimas escondidas entre las nubes, y por la Roca de Mirandilla, inmensa mole de pelado granito que se eleva entre las cimas de las montañas, hendida y castigada por los rayos. Por el oeste, el sol, al ocultarse, iluminaba un bosque de sesenta millas, y más allá derramaba sus moribundas glorias sobre todo el Océano Pacífico.

A las dos de la mañana, bajo la brillante claridad de la luna y con un solo guía, salimos para el Pacífico. El camino era plano y arbolado. Pasamos por un trapiche o molino de azúcar, movido por bueyes y, antes del amanecer, llegamos al pueblo de Masagua, a cuatro leguas de distancia, edificado en un claro del bosque, a cuya entrada paramos bajo un bosquecillo de naranjales, y a la luz de la luna llenamos nuestros bolsillos y alforjas con la resplandeciente fruta Nos amaneció en medio de una selva de gigantescos árboles de setenta y cinco a cien pies de elevación, y de veinte a veinticinco de circunferencia, con enredaderas enrolladas alrededor de sus troncos y colgando de sus ramas El camino era apenas una vereda abierta a través de la selva, cortando lso arbustos y las ramas. La frescura de la mañana era deliciosa. Nosotros habíamos descendido de la meseta llamada las tierras templadas y ahora nos encontrábamos en las tierras calientes; pero a las nueve de la mañana, el brillo y el calor del sol no penetraban la densa sombra de la selva. En algunos lugares, las ramas de los árboles, recortadas por el machete de un arriero de paso, y revestidas con un ropaje de vides y enredaderas, de frutas rojas y purpurinas flores, formaban por largas distancias arcos naturales más hermosos que ninguno jamás formado por el hombre; y allí había loros y otros pájaros de bellísimo plumaje revoloteando entre los árboles; entre ellos guacamayas o grandes papagayos, revestidos de plumas rojas, amarillas y verdes, y que al volar ostentaban un espléndido plumaje. Pero también allí había zopilotes y escorpiones, y, corriendo a través del camino y arriba de los árboles innumerables iguanas y lagartijas, desde una pulgada hasta tres pies de largo. El camino era un simple rastro entre los árboles enteramente desolado aunque por dos veces nos encontramos con arrieros que conducían mercaderías del puerto. A la distancia de doce millas llegamos a la hacienda de Narango ocupada por un mayordomo quien cuidaba el ganado del propietario que vagaba libremente por los bosques; la casa estaba aislada en medio de un claro, construida de palos y con un corral de ganado al frente; y yo observé una vaca con su ternero, lo que era una señal de leche. Pero para ordeñar la vaca lo primero que debía hacerse era lazarla. El mayordomo salió con un lazo y, procediendo de acuerdo con la naturaleza, lazó primero al ternero y en seguida a la vaca, asegurándola por los cuernos junto a un poste. La choza tenía solamente un huacal, hecho de una calabaza, y era tan pequeño que nosotros nos sentamos junto a la vaca para no perder mucho tiempo. Teníamos pan, chocolate y salchichas, y, después de cabalgar veinticuatro millas, tomamos un glorioso desayuno; pero agotamos a la pobre vaca y yo tenía vergüenza de mirarle la cara al ternero.

Reanudando nuestro viaje, a una distancia de nueve millas llegamos a la solitaria hacienda de Overo. La totalidad de esta inmensa llanura estaba densamente arbolada y entermente sin cultivo, pero el suelo era fértil y capaz de mantener, con muy poco trabajo, a millares de habitantes. Más allá de Overo, la región era abierta en varios lugares, y el sol batía con ardiente fuerza. A la una de la tarde cruzamos un puente rústico, y a través de los árboles divisamos el río Michatoya. Seguimos a lo largo de su ribera y muy pronto oímos, rompiéndose sobre la playa, las olas del gran océano del sur.

El ruido era grandioso y solemne, dando una fuerte impresión de la inmensidad de esas aguas, que han estado en movimiento desde la creación, por más de cinco mil años, desconocidas para el hombre civilizado. Yo estaba poco dispuesto a perder la impresión, y caminé muy despacio por entre los árboles, escuchando la sublime música que siempre llegaba a mis oídos. El camino terminaba sobre la orilla del río y yo había cruzado el Continente de América.

Sobre el lado opuesto había una gran barra de arena con una asta de bandera, dos chozas construidas con palos y techadas con hojas, y tres cobertizos de la misma ruda construcción; y sobre la barra se veían los mástiles de un buque fondeado en el Pacífico. Este era el puerto de Istapa. Gritamos por sobre el estruendo de las olas y un hombre bajó a la ribera y, desatando una canoa, cruzó el río hacia nosotros Mientras tanto, el interés de la escena fué algo interrumpido por un asalto de zancudos y mosquitos. Las mulas sufrieron tanto como nosotros; pero yo no pude hacerlas cruzar y me vi obligado a amarrarlas bajo los árboles. Ni Romaldi ni mi guía pudieron ser persuadidos para estarse allí y cuidarlas; decían ellos que sería la muerte dormir en tal lugar. Este río es el desaguadero del lago de Amatitlán y se dice que es navegable desde las cataratas de San Pedro Mártir, a setenta millas de su desembocadura; pero no hay botes sobre sus aguas y sus riberas se encuentran en su primitiva rusticidad. El paso estaba en la antigua desembocadura del río. La barra de arena se extiende como a una milla de distancia y ha sido formada desde la conquista Al desembarcar me dirigí, cruzando la arena, a la casa o choza del capitán del puerto, y unos pocos pasos más allá vi realizado el objeto de mi viaje: las ilimitadas aguas del Pacífico. Cuando Núñez de Balboa, después de cruzar ríos y pantanos, montañas y bosques, que nunca habían sido cruzados sino por descaminados indios, bajó a las playas de este recién descubierto mar, avanzó por en medio de las olas con su escudo y sable a tomar posesión de él, en nombre del rey su señor, jurando defenderlo en armas contra todos sus enemigos. Pero Núñez tenía la seguridad de que más allá de ese mar "él encontraría inmensas cantidades de oro, de tal modo que las gentes podrían comer y beber en trastos de este metal" Lo único que ahora me quedaba por hacer era regresar. Ya había cabalgado casi sesenta millas, el sol estaba inmensamente ardoroso, la arena quemante, y muy pronto entré a la choza y me tendí sobre una hamaca. La choza estaba construida con palos sembrados en la arena y techada con ramas de árboles; amueblada con una mesa de mdera, un banco y algunas cajas de mercaderías y nubes de mosquitos. El capitán del puerto, a medida que los ahuyentaba con una escoba, se quejaba de la desolación y tristeza del lugar, de su aislamiento y separación del mundo, de su insalubridad, y de la miseria de un hombre sentenciado a vivir allí; ¡y sin embargo temía el resultado de la

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

guerra, un cambio de administración y que le quitaran el empleo!

Por la tarde, ya descansado y refrescado, di un paseo por la playa El puerto es una rada abierta, sin bahía cabo, roca o arrecife, o alguna cosa que lo distinga de la línea de la costa. Allí no hay alumbrado de noche, y los buques en el mar toman su situación por los grandes volcanes de la Antigua a más de sesetna millas tierra adentro. Una boya estaba anclada más allá de las reventazones, enganchada con un cable, y bajo los cobertizos había tres grandes lanchas para el embarque y desembarque de la carga. El barco, que era de Burdeos, descargó a más de una milla de la playa. Su bote había desembarcado al sobrecargo y a los pasajeros, antes de lo cual el buque no había tenido ninguna comunicación con tierra y parecía orgullosamente independiente de tan desolado lugar. Detrás de la barra estaban unas pocas chozas de indios, y algunos de ellos semidesnudos se encontraban sentados junto a mí en la playa. No obstante, este desolado lugar fué en un poco tiempo el foco de ambiciosas esperanzas, elevadas aspiraciones, codicia de poder y de oro y de románticas aventuras. Aquí Alvarado preparó sus naves y se embarcó con sus seguidores para disputar con Pizarro las riquezas del Perú. El sol se hundía y su rojo disco rozaba el océano; se veían nuves sobre su faz, y cuando desapareció, océano y tierra se vieron iluminadas por una rojiza bruma Regresé a la choza y me tendí en mi hamaca. ¿Sería posible que yo me encontrara otra vez tan lejos de mi hogar, y que estas olas que se rompen a mis oídos fueran las del grande océano del sur

CAPITULO 14

EL REGRESO. — BUSCANDO UNA MULA. — OVERO — MASAGUA — ESCUINTLA — LAS CATARATAS DE SAN PEDRO MARTIR — EL RIO MICHATOYA — EL PUEBLO DE SAN PEDRO — UN MAYORDOMO — SAN CRISTOBAL — AMATITLAN — UN AMERICANO ERRANTE — ENTRADA A GUATEMALA — CARTA DE MR. CATHERWOOD — VISPERA DE NAVIDAD — LLEGADA DE MR. CATHERWOOD — LA PLAZA DE TOROS — UNA CORRIDA DE TOROS — EL TEATRO — ASUNTOS OFICIALES — LA ARISTOCRACIA DE GUATEMALA — LA CONDICION DEL PAIS — DIA DE AÑO NUEVO — FEROCIDAD DE LOS PARTIDOS.

A las tres de la mañana me despertó Romaldi para emprender mi viaje de regreso. Los rayos de la luna brillaban sobre las aguas, y la canoa ya estaba preparada Me despedí de mi hospedador estando él en su hamaca y crucé el río Aquí me encontré con una inesperada dificultad. Mi mula de repuesto había roto el cabestro y no se la veía por ninguna parte. La buscamos por los alrededores entre la selva hasta el amanecer y, pensando que debería haber tomado el único sendero abierto, y emprendido el viaje a casa por su propia cuenta. ensillamos y cabalgamos hasta Overo, a una distancia de veinte millas. Pero ninguna mula extraviada había pasado por la hacienda, y yo me detuve y envié a Romaldi de regreso al puerto.

Muy pronto me cansé de esperar en la miserable hacienda, ensillé mi mula y partí solo El camino estaba tan sombreado que ya no me detuve por el calor del medio día Hasta veintiuna milla más adelante el camino era enteramente desolado, siendo el único sonido ocasional el crugido de algún árbol que caía En el pueblo de Masagua me dirigí a una casa donde ví a una mujer bajo un cobertizo, y, desensillando mi mula, conseguí que enviara a un hombre a cortar zacate, y que me batiera un chocolate. Estaba yo tan satsifecho de mi independencia, que casi resolví viajar para siempre solo sin criado ni cambio de vestidos A la media hora reanudé mi viaje. Hacia la puesta del sol, encontré unos indios borrachos que venían de Escuintla, y, mirando hacia atrás sobre la llanura vi al sol que se hundía veloz en el Pacífico. Poco después del anochecer me encaminé a la casa del corregidor, habiendo caminado en los dos días ciento diez millas Desgraciadamente allí no había zacate para mi mula Este artículo es acarreado a los pueblos diariamente por los indios, y cada persona compra lo suficiente para la noche y nada más No había en el lugar ningún potrero disponible. Con un criado del corregidor hice una salida de exploración por el pueblo y por una tierna súplica a una vieja, reforzada con un precio triple, compré en sus puras narices la ración para dos mulas y las dejé sin cenar.

Esperé hasta las dos de la tarde del día siguiente a Romaldi con la mula, y, después de un vano empeño por conseguir un guía para las cataratas de San Pedro Mártir, emprendí mi viaje solo directamente para Guatimala. A una distancia de dos leguas, ascendiendo una empinada colina, pasé por un trapiche o molino de azúcar, magníficamente situado, dominando una vista completa de la llanura que yo había cruzado y del océano en lontananza. Dos bueyes estaban moliendo caña de azúcar, y bajo un cobertizo había un gran caldero hirviendo para hacer panela, un azúcar morena, en marquetas como de dos libras cada una, de la que se consume en el país una enorme cantidad. Aquí se apoderó de mí el capricho de hacer algunas preguntas respecto a las cataratas de San Pedro Mártir. Un hombre con los codos de fuera, ol mismo que toda otra mencionable e inmencionable parte de su cuerpo, contento de poder librarse de un trabajo ordenado, se ofreció a conducirme. Ya había pasado a una legua más atrás, el lugar donde yo debía dar la vuelta; y caminando hacia adelante, al pueblo de San Pedro, se desvió a la derecha y regresó casi en la misma dirección por una angosta vereda, descendiendo entre un espeso bosque obstruido por matorrales, y al bajar al barranco llegó al Río Michatoya, que yo había cruzado en Istapa Aquí era angosto y rápido, rompiéndose impetuosamente sobre un lecho de piedras, con una elevada montaña del lado opuesto Siguiendo su curso, llegamos a la catarata, compuesta de cuatro caídas de agua separadas por rocs de granito, parcialmente escondidas entre arbustos, y precipitándose desde una altura como de doscientos pies, formando, con el agreste escenario alrededor, una admirable y encantadora perspectiva. Un poco abajo había un molino de azúcar movido por agua, y una hermosa hacienda poco común, que domina una vista de las cataratas, y en la que yo estaba muy dispuesto a pasar la noche. El mayordomo, un negro, se mostró algo sorprendido de mi visita; pero cuando él comprendió que yo no había venido a ver el molino, sino solamente las cataratas, pareció sospechar que yo no era una persona muy recomendable· y cuando le pregunté si podría llegar a San Cristóbal antes de anochecer, me respondió que podría si partía inmediatamente Esta no era precisamente una invitación para quedarme y me despedí. Una muestra de la falta de curiosidad e indolencia del pueblo es que, aunque a estas cataratas se puede llegar en una tarde de agradable paseo a caballo desde Escuintla, que durante dos meses se llena de visitantes de Guatimala, nadie las visita jamás

Apresurando nuestro regreso por la misma agreste vereda salimos al camino real, y, como ya era tarde, contraté a mi guía para que fuera conmigo a San Cristóbal Pasamos por el pueblo de San Pedro, que era una colección de miserables chozas, con un estan-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

co o lugar para la venta de aguardiente, repleto de indios medio borrachos. A medida que avanzábamos, las nubes comenzaron a condensarse alrededor de las montañas y se notaban todas las apariencias de una copiosa lluvia. Yo no tenía capa o sobretodo, y estando temeroso de las fiebres y reumatismos, después de cabalgar como una milla, regresé a San Pedro. Los más respetables habitantes del lugar se bamboleaban alrededor del estanco e insistían en que me detuviera; pero mi guía dijo que ellos eran una mala compañía, y me aconsejó regresar y pasar la noche en el molino. Presumiendo que él conocería a la gente de quien hablaba mejor que yo, no me sentí inclinado a despreciar su aviso. Ya era de noche cuando llegamos al trapiche; algunos de los trabajadores se encontraban sentados fumando alrededor de una fogata; otros estaban tendidos durmiendo bajo un cobertizo, y yo no tuve más que

"Mirar alrededor, escoger mi terreno
y descansar"

Pregunté por el mayordomo y me condujeron a una casa de adobe, donde en la obscuridad oí una voz áspera y al punto, a la luz del ocote, vi a un viejo con su repugnante cara correspondiente, y a su lado la de una joven, tan suave y dulce que parecía mostrarse expresamente para establecer el contraste, y estas dos personas eran una sola. Yo estaba dispuesto a compadecerla; pero el viejo mayordomo era un hombre de noble corazón, a quien ella manejaba con tanta habilidad que jamás él se daba cuenta de ello. El ya se iba acostar, pero mandó algunos hombres a que cortaran zacate, y ambos, él y su mujer, se manifiestaron satisfechos del accidente que me había conducido a su choza. Los trabajadores simpatizaban con sus sentimientos, y nosotros nos sentamos por espacio de dos horas alrededor de una larga mesa bajo el cobertizo, con dos candelas pegadas a ella con su propio sebo. Ellos no podían comprender que yo hubiera estado en la cima del volcán de Agua, y después bajado a la costa solamente para ver el Pacífico. Un joven, bien parecido y de mirada franca, tenía un gran deseo de viajar, sólo que no le agradaba salir lejos de casa Yo le ofrecí llevármelo y pagarle buen salario. El asunto se discutió en voz alta. Era una cosa tremenda salir del hogar, y vivir entre los extranjeros, donde nadie cuidaría de él. Su casa estaba a un lado de la choza del mayordomo, pero su patria estaba en el corazón de sus amigos, y quizá algunos de ellos habrían muerto antes de su regreso. La mujer del mayordomo parecía un buen espíritu para templar el corazón y la conducta de estos salvajes y semidesnudos hombres. Yo ofrecí darle dinero para pagar sus gastos de regreso a su hogar cuando él quisiera y él convino en irse conmigo. A las tres de la mañana el viejo mayordomo ya estaba gritando en mis oídos. Yo no me había acostumbrado a oír mi propio nombre con el don prefijo, y pensé que él habría "despertado a un pasajero en lugar de otro". Al muchacho que deseaba viajar le faltó el valor y no apareció. En espera de su ida mi guía no vino y emprendí mi viaje solo. Antes de amanecer pasé por la tercera vez por el pueblo de San Pedro y un poco más adelante alcancé a un envoltorio a caballo, que resultó ser un niño y una mujer, con un poncho encima de los dos.

El Río Michatoya estaba espumoso, rompiéndose en una sucesión de raudales sobre nuestra derecha, y cabalgamos juntos para San Cristóbal. Me encaminé al convento, caí sobre el cura a la encantada hora del desayuno, monté de nuevo, y caminé alrededor de la base del Volcán de Agua, con sus cultivados campos y su faja de bosques y verdura hasta la cima. Del lado opuesto había otro volcán, con sus faldas cubiertas de inmensas selvas Entre ambos pasé por un solo trapiche perteneciente a un convento de frailes dominicos, entré a un grande y hermoso valle, pasé fuentes termales, humeantes por más de una milla a lo largo del camino y penetré por en medio de los nopales o plantaciones de cochinilla de Amatitlán. De ambos lados había cercas de arcilla, y los nopales eran más extensos que los de la Antigua, y más valiosos, pues, aunque solamente a veinticinco millas de distancia, el clima es tan diferente que ellos producen dos cosechas en cada estación.

Al aproximarme a la ciudad, me acordé de Mr. Handy, que habiendo viajado desde los Estados Unidos por Texas y México con una partida de animales selváticos, me había hablado en Nueva York de un americano empleado suyo, a quien había dejado en este lugar para tomar a su cargo una plantación de cochinilla, y yo tenía curiosidad de ver cómo estaba y si había prosperado en tal empleo. Ya había olvidado su nombre, pero, preguntando en el camino por un americano del norte, me dirigieron a un nopal que tenía a su cargo. Este era uno de los más grandes del lugar, y contenía cuatro mil plantas. Me encaminé hacia un pequeño edificio en medio de la plantación, que parecía un cenador o glorieta de jardín, y que estaba rodeado de trabajadores. Uno de ellos me anunció diciendo "un español", como los indios generalmente llaman a los extranjeros. Apeándome y dando mi mula a un indio, avancé y me encontré con don Henriques sentado junto a una mesa, ocupado con un libro de cuentas arreglando el pago de los trabajadores Estaba vestido con el cotón o chaqueta del país, y tenía una barba muy larga; pero yo le habría reconocido en cualquier parte como a un americano. Me dirigí a él en inglés, y él, clavando en mí los ojos, como si se espantara de un sonido familiar, me respondió en español. Poco a poco comprendió de lo que se trataba Él tenía menos de treinta años de edad, y era originario de Rhinebeck Landing, sobre el Río Hudson, donde su padre tenía a su cargo un almacén, y se llamaba Henry Pawling; había sido empleado en Nueva York y después en México. Inducido por un buen sueldo y por una fuerte propensión a vagar sin rumbo fijo y, para conocer el país, aceptó una propuesta de Mr. Handy. Su obligación era ir adelante de la caravana, alquilar un local, dar aviso y hacer los preparativos para la exhibición de los animales. En esta condición había viajado por todo México, y de ahí hasta Guatemala. Ya hacía siete años que había salido del hogar, y desde su separación de Mr. Handy, no había hablado una sola palabra en su propio idioma; y como lo hablaba ahora, más de la mitad era español. No necesito decir que se alegró de verme. Me condujo por la plantación, y me explicó los detalles del curioso procedimiento para elaborar la cochinilla. Estaba algo chasqueado en sus esperanzas, y hablaba con gran ternura de la patria; pero cuando le ofrecí llevar sus cartas, dijo que había resuelto no escribir jamás a sus padres otra vez, ni informarles de su existencia, hasta que hubiera mejorado de condición y columbrara una perspectiva de regresar rico. Me acompañó a la villa de Amatitlán, y como ya era tarde y yo esperaba regresar a ese lugar, no visité el lago, sino que seguí directamente para Guatemala.

El camino se extiende a través de una llanura, con un alto, escarpado y verde muro a la izquierda. A una legua de distancia, ascendimos por una empinada cuesta a la meseta de Guatemala. Lamento el no poder comunicar al lector el altísimo placer de mi viaje por Centro América, derivado de la extraordinaria belleza de la perspectiva siempre distinta. Por entonces yo pensaba que este era el más delicioso viaje a caballo que había hecho en el país. En el camino alcancé a un hombre con su mujer, a caballo, él con un gallo de pelea bajo el brazo y ella con una guitarra; un pequeño niño estaba escondido entre la ropa de cama sobre una mula de equipaje, y cuatro muchachos iban con ellos a pie, cada uno con un gallo de pelea envuelto en un petate, visibles solamente la cabeza y la cola. Iban a Guatemala a pasar las fiestas de Navidad, y con esta respetable compañía llegué a las puertas de la ciudad al octavo día de mi salida. Me encontré con

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

una carta de Mr Catherwood, fechada en Esquipulas, diciéndome que su sirviente le había robado, que él había caído enfermo y había abandonado las ruinas yéndose a casa de don Gregorio, y que ahora se encontraba en viaje para Guatemala. Mi mensajero había pasado por Copán y caminado sin saber adonde. Yo me encontraba en un gran apuro, y resolví, después de un día de descanso, salir en busca de él

Me vestí y me dirigí a una tertulia en casa del señor Zebadours, antes Ministro en Inglaterra, donde sorprendí a los guatemaltecos con el relato de la jira que había hecho, y particularmente por haber llegado solo de Istapa. Aquí encontré a Mr Chatfield, Cónsul General de Su Majestad Británica, y a Mr Ckinner, que había llegado durante mi ausencia. Era la víspera de Navidad, la noche de El Nacimiento de Cristo. En un extremo de la sala se había levantado una plataforma, con un piso verde, y decorada con ramas de pino y ciprés, con pájaros posando sobre ellas, espejos, papel de lija y con figuras de hombres y animales, representando una escena rural, con una enramada y una muñeca de cera en una cuna; en resumen· la gruta de Belén y el Niño Salvador. Siempre, en esta época del año. cada casa en Guatemala tiene su nacimiento, de acuerdo con la riqueza y gusto del propietario, y en tiempo de paz, la imagen del Salvador es adornada con las joyas de familia, perlas y piedras preciosas, y por la noche todas las casas están abiertas, y los habitantes, sin ser conocidos ni invitados, y sin distinción de rango ni persona, van de casa en casa visitando; y la semana de El Nacimiento es la más alegre en el año; pero, desgraciadamente, por ahora, se observaba solamente por fórmula; la condición de la ciudad era demasiado incierta para permitir la entrada general en las casas y para andar por las calles de noche. Podría ser pretexto para que entraran los soldados de Carrera.

La reunión era pequeña, pero se componía de la élite de Guatemala, y principió con la cena después de la cual siguió el baile, y, me veo obligado a añadir, la fumadera. La pieza estaba mal alumbrada, y la compañía, dada la precaria situación del país, nada alegre; pero el baile se sostuvo hasta las 12 de la noche, cuando las damas se pusieron sus mantos y todos nos fuimos a la catedral donde se celebraban las imponentes ceremonias de Nochebuena. El piso del templo estaba lleno de vecinos de la ciudad, y una gran concurrencia de los pueblos alrededor. Mr. Savage me acompañó a mi casa y no nos acostamos sino hasta las tres de la mañana.

Las campanas habían estado repicando, y la misa de Navidad ya se había celebrado en todas las iglesias antes que yo despertara Por la tarde sería la primera corrida de toros de la temporada. Mi amigo Vidaury había venido a buscarme, y ya me preparaba para irme a la Plaza de Toros, cuando oí un fuerte golpe en la puerta cochera, y entró a caballo Mr. Catherwood, armado hasta los dientes, pálido y flaco, lo más feliz de llegar a Guatemala, pero ni siquiera la mitad de lo que yo estaba de verle a él. Se había adelantado a su equipaje, pero yo le proporcioné un vestido y lo llevé inmediatamente a la Plaza de Toros.

Está situada cerca del templo del Calvario, al final de la calle real, de construcción y forma parecida al anfiteatro romano, como de trescientos cincuenta pies de largo y doscientos cincuenta de ancho, capaz de contener, según supusimos, cerca de ocho mil almas, por lo menos la cuarta parte de la población de Guatemala, y ya por entonces se encontraba llena de espectadores de ambos sexos y de todas las clases sociales, de las mejores y de las más bajas de la ciudad, sentados unos junto a otros indistintamente, descollando entre ellos los puntiagudos sombreros de anchas y volteadas alas y las negras sotanas de los sacerdotes

Los asientos comenzaban como a diez pies arriba de la superficie. con un corredor y una valla de madera abierta al frente para proteger a los espectadores, sobre la cual se montaron los desordenados soldados de Carrera para celar el orden. A un extremo, bajo el corredor, había una puerta grande, a través de la cual se dejaría entrar al toro. Al extremo opuesto, separado por un tabique de la parte ocupada por el resto de los espectadores, estaba un gran palco, vacío, destinado al principio, para el Capitán General y otros principales empleados del gobierno, y ahora reservado para Carrera. Abajo estaba una banda militar, compuesta de indios en su mayor parte. A pesar de la inmensa cantidad de gente y de la espera de un excitante regocijo, no se oían aplausos ni pataleos, o alguna otra manifestación de impaciencia o ansiedad por el principio de la función Al fin entró Carrera al palco del Capitán General, ataviado con una levita militar de color azul, muy mal tallada por cierto, con bordados de oro, y asistido por Monte Rosa y otros oficiales ricamente vestidos, y por el alcalde y los miembros de la municipalidad. Todas las miradas se volvieron hacia él, como cuando un rey o emperador entra a su palco en un teatro de Europa Un año antes era perseguido entre las montañas, y se ofrecía un premio por su cuerpo, "vivo o muerto", y las nueve décimas partes de quienes ahora le adulan, entonces le habrían cerrado la entrada a la ciudad como ladrón, como asesino y como paria.

Momentos después entraron los matadores, ocho en número, montados y llevando cada uno una pica y un rojo poncho; galoparon alrededor del redondel, y se pararon apuntando con sus picas hacia la puerta por donde el toro debía entrar. Un padre, gran propietario de ganado, dueño de los toros de esta lidia, abrió la puerta de un tirón y el animal entró a la arena, pateando con sus pezuñas como si jugara, pero a la vista de la fila de jinetes y de las picas se volvió para otro lado y retrocedió con más ligereza que como había entrado. El toro del padre era un buey, y, como bestia juiciosa, más quería correr que luchar; pero la puerta estaba cerrada frente a él y por fuerza hubo de correr alrededor del área, mirando a los espectadores como implorando misericordia, y buscando por debajo una salida para escapar. Los jinetes le perseguían puyándolo con sus picas; y por todo el contorno del redondel, hombres y muchachos, sobre la barrera le arrojaban dardos con cachinflines encendidos y amarrados, los cuales, hincándose en su carne y tronando por todas partes sobre su cuerpo, le irritaban, haciéndole revolverse contra sus perseguidores. Los matadores le hacían dar vueltas por un lado y otro extendiendo lucientes ponchos frente a él, y cuando los estrujaba, la habilidad del matador consistía en tirarle el poncho sobre los cuernos como para cegarlo, y entonces colocarle en la nuca, exactamente detrás de la quijada, una especie de bomba de fuegos artificiales; cuando esto se verificaba diestramente promovía entre la multitud gritos y aplausos. El gobierno, por un exceso de humanidad, había prohibido matar los toros, restringiendo la lidia al laceramiento y la tortura. En consecuencia, esta era muy diferente de las corridas de toros en España, y carecía aun del excitante interés de una fiera lucha por la vida, y del riesgo del matador de ser herido de muerte o lanzado al aire entre los espectadores. Pero al observar la ansiosa espectación de millares de gentes, era fácil imaginarse la intensa excitación en una edad guerrera, cuando los gladiadores luchaban en la arena ante la nobleza y hermosura de Roma. A nuestro pobre buey, después de estar reventado de cansancio, se le permitió salir. Luego siguieron otros por el estilo. Todos los toros del padre eran bueyes. De vez en cuando un matador de a pie era perseguido hasta la barrera entre la risa general de los espectadores. Después que el último buey terminó su corrida, salieron del redonder los matadores, y los hombres y muchachos saltaron a la arena en tal número que casi a empujones sacaron al buey. La bulla y confusión, el brillo de los ponchos de color, las carreras y volteretas, ataques y retiradas, y las nubes de polvo, hicieron de esta la más animada escena

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que jamás yo había visto; pero de todos modos esta era una pueril exhibición, y las mejores clases, entre quienes se encontraba mi bella compatriota, la consideraban únicamente como una simple oportunidad para cultivar las relaciones sociales.

Por la noche fuimos al teatro, que se abría por primera vez. Se había comenzado a construir un gran edificio en la ciudad, pero en una de las revoluciones había sido demolido, quedando la obra abandonada. La representación tuvo lugar en el patio de la casa. El escenario se levantó en una de las esquinas, el lunetario era en el patio, y el corredor fué dividido por tabiques provisionales para los palcos; los asistentes mandaron de antemano sus propios asientos o los conducían los criados al llegar. Nosotros teníamos invitación para el palco del señor Vidaury. Carrera estaba allí, sentado en un banco un poco elevado junto al muro de la casa, y a la derecha del jefe del Estado Rivera Paz. Algunos de sus oficiales le acompañaban con vistosos uniformes, pero él había colocado el suyo a un lado, y tenía puesta su chaqueta negra de alepín y pantalones, manifestándose muy modesto en su porte. Yo lo consideraba como el hombre más importante de Guatemala, y procuré darle la mano al pasar. La primera pieza era Saide, una tragedia. La compañía estaba formada enteramente por guatemaltecos y su representación fué muy buena. No hubo cambio de decoraciones Cuando bajaron el telón, todos encendieron sus cigarros, incluso las damas, y, afortunadamente, había allí un patio abierto para el escape del humo. Al terminar la representación los de los palcos esperaron hasta que el lunetario quedó vacío. Se había tenido especial cuidado en colocar centinelas y todos se fueron a sus casas pacíficamente.

Durante la semana se hicieron esfuerzos para estar alegres, pero todo se hallaba más o menos mezclado con las solemnidades religiosas. Una de ellas era la Novena, o período de nueve días de rezos a la Virgen. Una dama, que se distinguía por la observancia de esta devoción, tenía un altar construido a lo largo de todo un extremo de la sala, con tres gradas, decorado con flores, y una plataforma adornada con espejos, cuadros e imágenes, en medio de las cuales estaba una imagen de la Virgen ricamente ataviada, y toda ornamentada de una manera imposible para mí de describir, pero que puede imaginarse en un lugar donde las flores naturales se encuentran en la mayor profusión, y las artificiales se hacen más perfectas que en Europa, y donde las damas tienen un gusto extraordinario para arreglarlas. Cuando entré, los caballeros estaban en una antesala, con sus sombreros, bastones y espadines; y en la sala las señoras, con sus criadas limpiamente vestidas, estaban arrodilladas rezando, frente al encantado altar había una dama que parecía un hada; y mientras sus labios se movían, su errante mirada resplandecía y se miraba como más digna de que se le arrodillaran que la linda imagen que tenía al frente, y ella parecía comprenderlo así también

Con respeto a mis asuntos oficiales yo me encontraba enteramente sin saber qué hacer. En Guatemala todos estaban del mismo lado; todos decían que allí no había Gobierno Federal; y Mr. Chatfield, Cónsul General Británico, cuya opinión yo respetaba más, estaba de acuerdo con esto, y había publicado una circular negando su existencia Pero el Gobierno Federal pretendía existir, y la simple insinuación de la marcha del General Morazán contra Guatemala excitaba el terror. Varias veces circularon rumores de tal cosa, y una vez se dijo que ya estaba determinado a verificarla; que ni un solo sacerdote sería perdonado y que por las calles correría sangre. Los más atrevidos partidarios temblaban por sus vidas. Morazán nunca había sido derrotado; Carrera siempre huía de él; no tenían confianza en que pudiera defenderlos, y no podrían defenderse a sí mismos De todas maneras, yo hasta entonces sólo había oído a los de un lado, y no creía justificado el presumir que allí no hubiera gobierno. Yo estaba obligado a verificar una "cuidadosa investigación", y entonces podría dar cuenta, en estilo jurídico, "cepi corpus", o "non est inventus", de acuerdo con las circunstancias.

Con esta mira tomé la determinación de ir a San Salvador, que era al principio, y aun pretende ser la capital de la confederación y el asiento del gobierno federal, mejor dicho, a Cojutepeque, a cuyo lugar se había, a la sazón, trasladado posteriormente el gobierno con motivo de los terremotos de San Salvador. Este proyecto no dejaba de tener sus dificultades. Un tal Rascón, con una cuadrilla de insurgentes lanzados al pillaje, ocupaba una región intermedia del país, sin reconocer a ningún partido y peleando bajo su propia bandera. Mr. Chatfield y Mr. Skinner habían llegado por mar, en ruta indirecta, para esquivarlo, y el capitán De Nouvelle, patrón de un buque francés anclado en el puerto de San Salvador arribó a Guatemala casi huyendo, después de haber cabalgado sesenta millas el último día sobre una región montañosa, y refería horribles atrocidades, y de tres hombres asesinados cerca de San Vicente, cuando iban en camino para la feria de Esquipulas, con las caras tan desfiguradas que no pudieron ser reconocidos. Inmediatamente que llegó envió un correo ordenando a su buque navegar para Istapa, con el único objeto de tomarlo a bordo, evitándole el tener que regresar por tierra. Ya había yo manifestado mi intención al gobierno del Estado, el cual por cierto no estaba de acuerdo con mi viaje a San Salvador, pero me ofreció una escolta de soldados, advirtiéndome, sin embargo, que si encontrábamos algunos de los de Morazán, seguramente había lucha. Esto no era de lo más agradable. Yo estaba poco dispuesto a viajar por tercera vez en el camino de Istapa pero, obligado por las circunstancias, acepté la invitación del capitán De Nouvelle para tomar un pasaje en su buque.

Mientras tanto ocupé mi tiempo en visitas de sociedad En nuestra propia ciudad, la aristocracia es llamada por el cuerpo diplomático en Washington, la aristocracia de las calles. En Guatemala ésta es la aristocracia de las casas, pues ciertas familias viven en las casas construidas por sus padres desde la fundación de la ciudad, siendo ellas en verdad antiguas mansiones aristocráticas Estas familias, con motivo de ciertos monopolios de importación, adquirieron, bajo el dominio de España, inmensas riquezas y distinción como "príncipes del comercio". Al mismo tiempo fueron exceptuadas de todos los servicios y de toda obligación en el gobierno. En tiempo de la revolución, una de estas familias era noble, con el título de marquesado, y su jefe hizo pedazos la insignia de su dignidad y se agregó al partido revolucionario. Inmediatos en posición a los oficiales de la corona, pensaron que, emancipados del yugo de España, tendrían ellos el gobierno en sus propias manos; y así sucedió, pero fué solamente por breve tiempo. Los principios de la igualdad de derechos empezaban a comprenderse y a ellos se les hizo a un lado. Durante diez años permanecieron en la obscuridad, pero accidentalmente volvieron al poder y en la época de mi visita gobernaban tanto en la vida social como en la política. No es mi deseo expresarme con dureza de estas gentes, pues eran las únicas personas que constituían la sociedad; mi comunicación era casi exclusivamente con ellas; mi bella compatriota era una de tantas; y yo me encuentro obligado a estas personas por sus muchas bondades, y, además, porque son personalmente amables, pero me refiero a ellos como hombres públicos. No simpatizaba yo con su política.

A mí la situación del país me parecía de lo más crítica por una causa que en Hispano-América nunca había operado antes. En la época de la primera inva-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

sión, unos pocos cientos de españoles, por su valor superior y su destreza, y con formidables armamentos, habían conquistado a toda la población indígena Naturalmente pacífico y mantenido sin armas, el pueblo conquistado permaneció quieto y sumiso durante las tres centurias de dominación española. En todas las guerras civiles que siguieron a la independencia, ellos habían representado un papel de segunda importancia; y en los tiempos que precedieron a la insurrección de Carrera, permanecían completamente ignorantes de su propia fuerza física. Pero este temible descubrimiento ya estaba hecho ahora. Los indios constituían las tres cuartas partes de los habitantes de Guatemala; eran los dueños hereditarios de la tierra, por primera vez desde que cayeron bajo el dominio de los blancos, se encontraban organizados y armados bajo un jefe de su propia raza, quien prefirió por el momento sostener al partido central Yo no simpatizaba con este partido, porque creía que en su odio hacia los liberales estaba adulando a un tercer poder que podría destruirlos a los dos; acompañándose de una bestia salvaje que en cualquier momento podría volverse y hacerlos pedazos. Yo estaba persuadido que ellos jugaban una partida con la ignorancia y con los prejuicios de los indios, y por medio de los sacerdotes, con su fanatismo religioso; divirtiéndolos con fiestas y ceremonias de iglesia, persuadiéndolos que los liberales intentaban la demolición de los templos, la muerte de los sacerdotes y hacer volver al país a la obscuridad, y en la confusión general de los elementos, no había un hombre de disposición suficiente entre ellos, con la influencia de nombre y posición social, para reunir a su alrededor a los hombres más capaces y honrados del país, reorganizar la despedazada república y salvarlos de la desgracia y del peligro de humillarse a un muchacho indio, ignorante y sin educación.

Tales eran mis sentimientos, por supuesto yo evitaba el manifestarlos; pero como yo no denunciaba a sus opositores, algunos me miraban con frialdad. Entre ellos las diferencias políticas rompían todos los vínculos. Los peores ultrajes de nuestros partidos son moderados y suaves comparados con los términos en que ellos se expresan el uno del otro Nosotros rara vez hacemos más que llamar a los hombres ignorantes, incompetentes, pícaros, indecorosos, desleales, depravados, subversores de la constitución y comprados con el oro británico; allá un opositor en política es un ladrón, un asesino; y es una alabanza el que se admita que él no sea un sanguinario asesino. Nosotros nos quejamos que nuestros oídos se ofenden constantemente y que nuestras pasiones se exaltan con las irritadas discusiones políticas. Allá sería un placer oír una buena, honrada, acalorada e irritada disputa política. Yo he viajado por todos los Estados y jamás oí ninguna; pues nunca encontré juntos a dos hombres de diferentes opiniones en política. A los partidarios vencidos se les fusila, se les destierra, se les hace huír o se les considera moralmente apestados, y jamás se atreven a expresar sus opiniones frente a alguno del partido dominante. Nosotros acabamos de pasar por una lucha política violenta: veinte millones de almas han estado divididas casi hombre a hombre, amigo contra amigo, vecino contra vecino, hermano contra hermano e hijo contra su padre; además de las honradas diferencias de opinión, la ambición, la necesidad y el vehemente deseo del poder y de los cargos públicos, han excitado las pasiones algunas veces hasta la ferocidad Dos millones de hombres sumamente excitados han hablado abiertamente y sin temores. Se contaron, y la primera regla de la aritmética fué la que decidió entre ellos; y al partido derrotado todavía se le permite vivir en el país; a sus esposas e hijos se les deja en libertad; aún más: ellos pueden murmurar en las calles y enarbolar sus banderas de de desafío, de continua y determinada oposición y, a pesar de todo los pilares de la república no se han desquiciado! Entre un millón de hombres contrariados, nunca, con toda la fragilidad de las pasiones humanas, ha habido el más leve soplo de resistencia a la constitución ni a las leyes. Jamás el mundo ha prestnciado tal espectáculo, tal prueba de la capacidad del pueblo para gobernarse a sí mismo. ¡Ojalá que sea así por mucho tiempo! Pueda la lengua marchitar las atrevidas prédicas de resistencia a las urnas electorales, y que pueda la influencia moral de nuestro ejemplo llegar a nuestras hermanas repúblicas enloquecidas, deteniendo la espada de la persecución en manos del vencedor y destruyendo el espíritu revolucionario en el partido derrotado

Enero 1º de 1840. Este día, tan lleno de recuerdos del hogar-nieve, y rojas narices y labios azules fuera de las casas, y flameantes fuegos y bellos rostros adentro— amaneció en Guatemala como una mañana de primavera El sol parecía regocijarse ante la hermosura de la tierra que alumbraba. Las plantas florecían en los patios, y las montañas visibles por arriba de los tejados de las casas, estaban sonrientes de verdor. Las campanas de treinta y ocho iglesias y conventos proclamaban la llegada de un nuevo año. Las tiendas estaban cerradas como en día domingo; no había mercado en la plaza. Los caballeros, bien trajeados, y las señoras con negros mantos, cruzábanla para asistir a la misa mayor en la catedral. La música de Mozart henchía las naves. Un sacerdote en extraña lengua proclamaba la moralidad, la religión y el amor a la patria. El piso del templo estaba atestado de blancos, de mestizos y de indios. Sobre un alto banco opuesto al púlpito estaba sentado el Jefe del Estado, y a su lado Carrera otra vez vestido con su valioso uniforme. Yo me recliné contra un pilar del lado opuesto y observé su rostro; y si no me equivoco, había olvidado la guerra y las manchas de sangre de sus manos, y toda su alma se encontraba llena de fanático entusiasmo; exactamente como los sacerdotes querían mantenerlo Yo verdaderamente creo que él era sincero en sus impulsos, y que habría hecho lo justo si hubiera sabido cómo hacerlo. Los que tomaron a su cargo el guiarlo tienen una tremenda responsabilidad. Terminada la ceremonia, se abrió un camino entre la multitud. Carrera, acompañado de los sacerdotes y del Jefe del Estado, torpe en sus movimientos, con los ojos fijos en el suelo, o con furtivas miradas, como inquieto de ser objeto de tanta atención, caminó bajo la nave. Unos mil soldados de apariencia feroz estaapostados frente a la puerta. Un estruendo atronador de música lo saludó, y el semblante de los hombres resplandeció de devoción hacia su jefe. Desplegóse una ancha bandera con franjas de negro y rojo, con una divisa de una calavera y huesos en el centro, y en un lado las palabras "¡Viva la Religión!" y en el otro "¡Paz o muerte a los Liberales!". Carrera se puso a la cabeza con Rivera Paz a su lado y, con la horrible bandera flotando al viento y una atronadora y penetrante música, y con el silencio de la muerte alrededor, escoltaron al Jefe del Estado hasta su casa. ¡Cuán diferente del día de Año Nuevo en el hogar!

Fanático en religión como yo conocía al pueblo, y violento en animosidades políticas, no creí que tal afrenta fuera patrocinada, como el ostentar en la plaza de la capital una bandera que enlazara, en una sola, el sostenimiento de la religión y la muerte o sumisión del partido liberal. Mas tarde, en una conversación con el Jefe del Estado, me referí a esta bandera. El no había reparado en ella, pero pensaba que la última cláusula sería "Paz o muerte a los que no la quieran". Esto no alteraba su carácter atroz, y solamente agregaba al fanatismo lo que él toma del espíritu de partido. Creo, sin embargo, que no me había equivocado; porque al regreso de los soldados a la plaza, Mr. C. y yo los seguimos, hasta que, según pensamos, el portaestandarte contrajo los pliegues de la bandera expresamente para ocultarla, y algunos de los oficiales nos miraron tan sospechosamente que nos retiramos.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Por respeto a los recuerdos de la patria, fuí a visitar a mi bella compatriota; comí en casa de Mr. Hall, y por la tarde fuí al patio de gallos, un gran edificio circular, hermosamente proporcionado, con un elevado asiento para los jueces, quienes tocaron una campanilla como señal para la riña, y comenzó la algarabía: "¡Yo voy cinco pesos!" "Yo voy veinte", etc.; y me es satisfactorio decir, que en este repleto antro sólo ví a un hombre a quien jamás había visto antes; de allí me dirigí a la corrida de toros, y en seguida al teatro. El lector admitirá que yo comenté del modo más brillante el año de 1840.

CAPITULO 15

EN BUSCA DE UN GOBIERNO — DIFICULTADES DIPLOMATICAS — SALIDA DE GUATEMALA — LAGUNA DE AMATITLAN — ATAQUE DE FIEBRE INTERMITENTE — OVERO — ISTAPA — UN BUQUE MERCANTE FRANCES — EL PUERTO DE ACAJUTLA — ENFERMEDAD — ZONZONATE —ENCUENTRO DEL GOBIERNO — VISITA AL VOLCAN DE IZALCO — CURSO DE LAS ERUPCIONES — DESCENSO DEL VOLCAN.

El día domingo cinco de Enero, me levanté para emprender el viaje en busca de un gobierno. Don Manuel Pavón, con su acostumbrada benevolencia, me trajo un paquete de cartas de presentación para sus amigos de San Salvador. Mr. Catheryood intentaba acompañarme hasta el Pacífico. No teníamos arreglado el equipaje, el arriero no había aparecido, y no me habían enviado mi pasaporte. El capitán De Nouvelle esperó hasta las nueve, y en seguida se adelantó.En medio de mi confusión recibó la visita de un distinguido canónigo. El reverendo prelado se mostró sorprendido por mi salida en ese día. Yo estaba a punto de exponer mis necesidades como una excusa por viajar en día domingo; pero él me relevó de hacerlo agregando que allí habría un banquete de amigos, corrida de toros y una representación teatral, admirándose de que yo pudiese resistir a tales tentaciones. A las once llegó el arriero, con sus mulas, su mujer, y un pequeño hijo andrajoso; y Mr. Savage que era siempre mi amparo en las pequeñas molestias que son inherentes para hacerlo todo en aquel país lo mismo que en los asuntos de mayor importancia, regresó de la Casa del Gobierno con la noticia de que mi pasaporte ya se me había remitido. Yo sabía que el gobierno estaba descontento por mi propósito de ir a la capital. La noche anterior había corrido la voz que yo intentaba presentar mis credenciales en San Salvador, y reconocer la existencia del gobierno federal; los periódicos recibidos esa misma noche por el correo de México estaban cargados con relatos de una invasión de aquel país por los Tejanos. Yo había recibido antes un escrito de información que era nuevo para mí, y en el cual se consideraba diplomático que yo manifestase ignorancia, es decir, que aunque no fuera declarado abiertamente, los Tejanos estaban apoyados y empujados por el gobierno de los Estados Unidos. Se nos consideraba muy empeñados en la conquista de México; y, por supuesto, Guatemala vendría en seguida. El odio por nuestras ambiciosas pretensiones acrecentó el sentimiento de frialdad y desconfianza hacia mí, originado por no haberme adherido al partido dominante. En general se me consideraba como el sucesor de Mr. De Witt. Era sabido entre los políticos que los procedimientos estaban pendientes de la renovación de un tratado, y que nuestro gobierno pensaba hacer reclamaciones por la destrucción de propiedades de nuestros ciudadanos en una de las revoluciones del país, pero algunos se imaginaban que el objeto especial de mi misión era muy obscuro y a favor del partido en San Salvador. Cuando Mr. Savage volvió sin ningún pasaporte, sospechando que allí había intención de estorbarme y hacerme perder la oportunidad de irme por mar, me dirigí inmediatamente a la Casa del Gobierno, donde recibía la misma respuesta que le fué dada a Mr. Savage. Yo solicité otro pasaporte, pero el Secretario de Estado me lo negó, fundándose en que ninguno podría ser expedido en ese día. Había varios empleados en la oficina, y yo insistía alegando mi urgente necesidad, la próxima salida del capitán De Nouvelle, mi oportuna petición y fundándome en la promesa de que me sería enviado a mi casa Después de una desagradable conferencia, me fué dado uno, pero sin asignarme ningún carácter oficial. Hice notar la omisión, y el secretario me contestó que yo no había presentado mis credenciales. Respondí que mis credenciales eran para el gobierno general y no para el del Estado de Guatemala, único a quien él representaba; pero persistió en que no era la costumbre de su gobierno reconocer ningún carácter oficial a menos que fuesen presentadas las credenciales. Su gobierno había estado en existencia alrededor de seis meses, y durante ese tiempo ninguna persona que pretendiese tenr carácter oficial había estado cerca del país. Puse en sus manos mi pasaporte de mi propio gobierno, recordándole que yo ya había sido arrestado y hecho prisionero una vez, asegurándole que de todas maneras emprendería mi viaje para San Salvador, y que deseaba saber si él me daría el tal pasaporte que yo tenía derecho a solicitar. Después de mucha vacilación y con muy poca gracia, interlineó antes del título oficial las palabras con el carácter. Yo soy bastante indulgente con el sentimiento partidarista en un país donde las divisiones políticas son cuestiones de vida o muerte, más particularmente para con don Joaquín Durán, cuyo hermano, un sacerdote, había sido fusilado poco tiempo antes por el partido de Morazán; pero este intento de dificultar mis movimientos, privándome de los beneficios del carácter oficial, excitó en mí un sentimiento de indignación que no pude reprimir. El rehusar por completo la aceptación del pasaporte o esperar un día para protestar, me ocasionaría la pérdida de mi pasaje por mar, y haría necesario el emprender un peligroso viaje por tierra, o el abandono de la ida a la capital; lo cual, yo creo, era lo que deseaban. Yo estaba resuelto a no ser estorbado por ningún medio indirecto. Necesitaba solamente un pasaporte para el puerto —el mejor que ellos podían darme no lo valuba yo muy alto— en San Salvador ya no tendría valor alguno; y con el descortés papel dado con tan mala voluntad, regresé a la casa y a las dos de la tarde partimos. Era la hora más calurosa del día, y cuando pasamos por la garita, el sol estaba abrasador. Aunque y era tarde, nuestro arriero no había terminado sus despedidas. Su mujer y su pequeño hijo le acompañaban; y en las afueras de la ciudad, a cierta distancia, nos vimos obligados a parar bajo el ardiente sol hasta que llegaron. Sentimos una grande alegría cuando ellos cambiaron sus últimos abrazos, y la mujer y el hijo regresaron para su hogar en Mixco.

No obstante lo avanzado de la hora, nos apartamos del camino ordinario con el propósito de pasar por la laguna de Amatitlán, pero ya era tarde cuando llegamos a la cima de una elevada fila de montañas que limitan esas hermosas aguas. Mirando hacia hacia abajo parecían como niebla condensada en el fondo de un profundo valle. El descenso era por montaña, muy escarpada, y en la profunda obscuridad difícil y peligrosa. Nos sentimos felices cuando llegamos a la orilla de la laguna, aunque todavía un poco arriba del

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

agua. Las montañas se elevaban en derredor como una muralla y proyectaban sobre ella una lobreguez más profunda que las sombras de la noche. Caminamos alguna distancia con la laguna a nuestra izquierda, y un elevado yperpendicular ostado de la montaña a nuestra derecha. Un viento frío sucedió al intenso calor del día, y cuando llegamos a Amatitlán yo estaba completamente aterido. Encontramos al capitán en la casa que nos había indicado. Eran las nueve de la noche, y, no habiendo tomado ninguna cosa desde las siete de la mañana, nos encontrábamos preparados para hacer justicia a la cena que él había preparado para nosotros.

Para evitar el escarpado descenso hasta la laguna con las mulas de carga, nuestro arriero había escogido un guía para nosotros en el camino, yéndose él directamente; pero, para nuestra sorpresa, aún no había llegado. Mientras cenábamos oímos un alboroto en la calle, y un hombre entró corriendo a decirnos que en un tumulto estaban asesinando a nuestro arriero. El capitán, asiduo visitante del país, dijo que probablemente sería una riña general a machete, y nos advirtió que no fuéramos a salir. Mientras tanto, en el corredor, vacilante, el alboroto se dirigía hacia nosotros; la puerta se abrió con violencia, y un tropel de gente se arrojó al interior, arrastrando con él a nuestro arriero, aquel respetable esposo y padre, con su machete desenvainado y tan borracho que apenas podía tenerse en pie, pero queriendo luchar con todo el mundo Con dificultad logramos enredarlo entre unos aparejos, donde cayó al suelo, y, después de vanos esfuerzos para levantarse se quedó dormido.

A la mañana siguiente desperté con un violento dolor de cabeza y en todos los huesos. Sin embargo, salimos al clarear el día y cabalgamos hasta las cinco de la tarde. El sol y el calor aumentaron mi dolor de cabeza, y por espacio de tres horas antes de llegar a Escunilta sufrí en gran manera. Me abstuve de ir a donde el corregidor, porque sabía que su dormitorio estaba abierto para todos los que llegaban y yo necesitaba de quietud; pero cometí un gran error en apearme en casa del amigo del capitán. El era el propietario de un estanco o destilería para elaborar aguardiente, y nos dió una habitación grande directamente a espaldas de la tienda, y separada de ella por un bajo tabique de tabla abierto por arriba; y esta tienda estaba constantemente llena de bebedores, hombres y mujeres, bulliciosos y pleitistos. Mi cama quedaba pegada al tabique y teníamos ocho o diez hombres en nuestro cuarto. Toda la noche tuve una violenta fiebre, y por la mañana fuí incapaz de moverme. El capitán De Nouvelle lo sintió muchísimo, pero él no podía esperar pues su buque estaba listo para hacerse a la mar sin echar las anclas. Mr. Catherwood me había trasladado a un almacén ocupado con barriles y garrafones, donde, salvo una que otra entrada que hicieron para vaciar licor, estuvo tranquilo; pero el olor nauseabundo.

Por la tarde me abandonó la fiebre y caminamos hasta Masaya, por un camino de cuatro leguas, plano y sombreado, y, para nuestra sorpresa y gran satisfacción, encontramos al capitán en la casa donde yo había parado a mi regreso de Istapa. Ya había él avanzado dos leguas más allá, cuando supo de una banda de ladrones que se encontraba a alguna distancia más adelante, y se regresó a esperar compañía, enviando, al mismo tiempo, a Escuintla por una escolta de soldados. Más tarde supimos que ellos eran un grupo de desterrados, que habían sido deportados de Guatemala, y que pasaban de Quezaltenango para San Salvador; pero encontrándose en desesperadas ciscunstancias, eran personas peligrosas para encontrarlas en el camino.

La choza donde paramos, apenas era suficiente para la familia que la ocupaba, y nuestro equipaje, con dos hamacas y un care de viaje, la redujeron a un espacio muy pequeño. Se dice que los niños llorones gozan de buena salud; si eso es así, la buena mujer de la casa era dichosa; y como complemeno, una gallina cobijaba una nidada de pollos sobre mi cabeza. Durante la noche llegó al pueblo una escolta de soldados, de conformidad con el pedimento hecho por el capián, y se adelanaron para limpiar el camino. Nosoros salimos anes del amanecer; pero a medida que se levantaba el sol, la fiebre reornó, y a las once del día, cuando llegamos a Overo, yo no pude seguir adelanc.

Ya antes he advertido que esa hacienda es un gran paradero de Istapa y de las salinas; y desgraciadamente para mí, varias partidas de arrieros, por temor a los ladrones, se habían juntado al mismo tiempo, para salir a media noche, y ya habían terminado su trabajo de ese día Por la tarde, nuestro arriero, con mi escopeta, persiguió y mató un jabalí Hubo una gran fiesta para cocinarlo y comerlo, y con el ruido me molestaron el cerebro La noche no me proporcionó alivio. Tranquilidad era lo que yo necesitaba, pero eso parecía imposible de lograr; fuera de que en el rancho abundaban las pulgas más de lo acostumbrado. Toda la noche tuve una fiebre violenta Mr. Catherwood, quien, por no haber matado a nadie en Copán, había concebido una grande opinión de su habilidad como médico, me dió una fuerte dosis de medicina, y poco antes de amanecer me dormí.

Al clarear el día nos pusimos en marcha y llegamos a Istapa a las nueve de la mañana El capitán De Nouvelle aún no había ido a bordo Dos buques franceses estaban en el puerto: el Belle Poule y el Melaine, ambos de Burdeos, siendo est último el navío del Capitán D. Nouvelle. El tenía cuentas que arreglar con el capitán del Belle Poule, y nosotros salimos primero para su buque.

Ya he observado antes que Istapa es una rada abierta, sin bahía, cabo, roca, arrecife o alguna protección cualquiera contra el mar abierto Generalmente el mar, como su nombre lo indica, es pacífico, y las olas se mueven suavemente hacia la playa, pero en los tiempos de más calma hay reventazones, y para pasarlas, como una parte de los accesorios del puerto, se descuelga una ancla del lado de afuera con una boya amarrada, y un largo cable que pasando de la boya está asegurado en la playa. La lancha del Melaine estaba cerca de tierr, con la popa hacia la playa, con un cable un troducido entre la muesca de la proa y pasando a través del agujero del remo en la popa. Estaba llena de mercaderías, y en medio de ellas tomamos asiento. El contramaestre sentado en popa, y, aprovechándose de una ola que levantó la proa dio la orden halar. La húmeda cuerda pasó zumbando, y el bote se movió hasta que la ola, al retroceder, lo golpeó fuertemente sobre la arena; otra oleada y otro tirón y quedó a flote y, haciendo frente a las que llegaban y halando rápidamente sobre la ola de retroceso, en pocos minutos pasamos las reventazones, la cuerda fué sacada de la muesca y los marineros empuñaron los remos.

Era uno de los más hermosos de aquellos hermosos días sobre el Pacífico. El grande océano estaba tan tranquilo como un lago, la frescura de la mañana todavía descansaba sobre el agua, y pronto me sentí reanimado. A los pocos minutos llegamos al Belle Poule, uno de los más hermosos buques que han flotado en cualquier tiempo y considerado como un modelo en la marina mercante francesa. Toda la cubierta estaba protegida por un toldo con una orilla adornada con festones escarlatas jugueteados por el viento. El alcázar de popa estaba levantado y abrigado por un caprichoso toldo, amueblado con canapés, poltronas y sillas, y sobre una barandilla de bronce, al frente, estaban dos hermosos loros del Perú. A cada lado había cuatro camarotes, y la popa estaba dividida en dos cámaras para el capitán y el sobrecargo, cada una con su propia venta,a y amueblada con una cama (no litera), un sofá, libros, gavetas, escritorio, todo lo necesario para una fastuosa vida a bordo de un buque; exactamente las comodidades con las cuales le agradaría a uno dar la vuelt al mundo. Se encontra-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ba en viaje de comercio, procedente de Burdeos, con un surtido cargamento de mercaderías francesas; ya había tocado en los puertos del Perú, Chile, Panamá y Centro América, dejando en cada uno mercaderías francesas; ya había tocado en los puertos del Perú, Chile, Panamá y Centro América, dejando en cada uno mercadería para su venta, cuyos productos serían invertidos en la compra de producciones del país; y estaba destinado a Mazatlán, en la costa de México, de donde volvería, tomaría su carga y a los dos años regresaría a Burdeos. Tuvimos un déjeuner a la forchette, abundante en lujos parisienses, con vinos y café, como en París, para lo cual, afortunadamente para las provisiones del buque, yo no traía mi acostumbrado vigor; y allí había estilo en todas las cosas, aun para el nombre del mayordomo de los camareros, a quien llamaban el maitre d'hotel.

A las dos de la tarde nos fuimos a bordo del Melanie. Este era casi del mismo tamaño, y si no hubiéramos visto primero al Belle Poule, habríamos estado contentos con él. La comodidad y el lujo de estos "palacios flotantes" estaba en abierto contraste con la pobreza y miseria de la desolada costa. El capitán del Belle Poule vino a bordo a comer. Fué un gran placer para nosotros mirar el gozo con que estos dos hombres de Burdeos y sus respectivas tripulaciones se juntaron en esta lejana playa. El Cabo de Hornos, Perú y Chile fueron el objeto de la conversación, y nosotros hallamos a bordo un legajo de periódicos, que nos dieron las últimas noticias de nuestros amigos en las Islas Sandwichs. Mr. C. y el capitán del Belle Poule permanecieron a bordo hasta que nos pusimos en ruta. Les dijimos adiós sobre la baranda; la brisa de la tarde hinchó nuestras velas; por unos momentos los miramos; después como un punto negro sobre el agua; se hundió la ola y los perdimos de vista por completo.

Poco tiempo permanecí sobre cubierta. Yo era el único pasajero, y el maitre d'hotel me hizo una cama con canapés directamente bajo las ventanas de popa, pero no puede dormir. Aún con las ventanas y las puertas enteramente abiertas el camarote estaba excesivamente caluroso. El aire era caliente y lleno de zancudos. El capitán y los contramaestres durmieron sobre cubierta. A mí se me advirtió de no hacerlo así, pero a las doce de la noche salí. Brillaba la luz de las estrellas; las velas aleteaban contra los mástiles; el océano parecía una lámina de vidrio, y la costa obscura e irregular, lúgubre y portentosa con sus volcanes. La osa mayor estaba casi sobre mí; la estrella polar se encontraba más baja que como la había visto antes, y, así como yo, en decadencia. Un joven marino, de guardia sobre cubierta, me habló de lo engañoso del mar, de la pérdida de embarcaciones, del naufragio de un buque americano donde él se encontraba en su primer viaje por el Pacífico, y de su hermosa y amada Francia. La frescura del aire era agradable; y mientras él conversaba conmigo me tendí sobre un canapé y me quedé dormido.

Al siguiente día me repitió la fiebre, que se sostuvo por todo el día, y el capitán me puso bajo la disciplina del buque En la mañana el maitre d'hotel se paró ante mí con una copa y una cuchara: "Monsieur, un vomitif", y por la tarde, "Monsieur, une purge". Cuando llegamos a Acajutla yo me encontraba incapaz de saltar a tierra. Tan pronto como echamos el ancla el capitán desembarcó, y antes de salir para Zonzonate contrató mulas y hombres para mí. El puerto de Acajutla no es tan enteramente abierto como el de Istapa, teniendo hacia el sur un promontorio de rocas ligeramente visible. En la ensenada estaba un bergatín-goleta con destino a un puerto del Perú, una goleta dinamarquesa para Guayaquil y un bergatín inglés procedente de Londres. Toda la tarde me estuve sentado sobre cubierta. Algunos de los marineros se encontraban durmiendo y otros jugando baraja. A la vista teníamos seis volcanes: uno arrojando humo constantemente y el otro llamas. Por la noche el volcán de Izalco parecía una constante bola de fuego.

A la mañana siguiente el contramaestre me condujo a tierra en una lancha. El procedimiento fué el mismo que en Istapa, y fuimos detenidos algún tiempo por el bote de un barco inglés que ocupaba el cable. Tan pronto como encallamos, una multitud de indios, desnudos excepto una banda de género de algodón alrededor de los ijares y pasada entre las piernas, se apoyaron contra los costados del bote. Monté en los hombros de uno de ellos; cuando regresaba la ola él me llevaba hacia adelante varios pasos, en seguida se paraba y braceaba contra la ola que llegaba. Yo me adherí a su cuello, pero ya me iba escurriendo a toda prisa por sus resbaladizos costados, cuando me depositó en las playas de San Salvador, llamada por los indios "Cuscatlán" o la tierra de la riqueza. Alvarado, en su viaje al Perú, fué el primer español que puso los pies sobre esta playa, y como yo tuve especial cuidado de no mojármelos, no pude menos que pensar en la intrépida figura y en los nervios de hierro de los conquistadores de América

El contramaestre y los marineros se despidieron de mí y regresaron al buque. Yo anduve a lo largo de la playa y subí a una empinada colina. Apenas eran las ocho de la mañana y ya hacía excesivo calor. Sobre la ribera frente al mar estaban las ruinas de grandes almacenes, usados como depósitos de mercaderías bajo el dominio español, cuando todos los puertos de América estaban cerrados para los buques extranjeros En un extremo del arruinado edificio había una especie de cuarto de guardia, donde unos pocos soldados estaban comiendo tortillas, y uno de ellos limpiando su mosquete. Otro departamento estaba ocupado por el capitán del puerto, quien me dijo que las mulas contratadas para mí se habían soltado, y que los arrieros las andaban buscando. Aquí tuve yo el placer de encontrarme con el Dr. Drivin, un caballero de la Isla de Santa Lucía, que poseía una gran hacienda de azúcar a pocas leguas de distancia, y que estaba en el puerto para vigilar el desembarque de maquinaria para un molino, que venía en el bergatín inglés. Mientras esperaba las mulas él me condujo a una choza donde tenía colgadas dos hamacas de Guayaquil, y sintiéndome ya cansado de mis esfuerzos, tomé posesión de una de ellas.

La mujer del rancho era una especie de gobierno económico de los buques; y como estaban allí tres barcos en el puerto, el rancho se encontraba repleto con legumbres, frutas, huevos, aves de corral y provisiones para los buques. Estaba cerrado y caliente, pero muy pronto hube menester de toda la ropa que pude conseguir. Tuve un violento escalofrío, seguido de fiebre, en comparación con el cual, todo lo que yo había sufrido antes era nada. Pedí agua hasta que la vieja mujer se cansó de dármela, saliéndose y dejándome solo. Me puse a delirar, aturdido por el dolor y vagando en medio de las miserables chozas con la sola conciencia de que mi cerebro estaba ardiente. Conservo un vago recuerdo de que hablaba en inglés a algunas indias pidiéndoles que me consiguieran un caballo para irme a Zonzonate; de que algunas se reían, otras me meriban con lástima, y otras me quitaron del sol y me acostaron a la sombra de un árbol. A las tres de la tarde el contramaestre vino otra vez a tierra. Ya había yo cambiado de postura y me encontró tendido boca abajo durmiendo y casi agotado por el sol El quería regresarme a bordo del buque, pero yo le rogué que me consiguiera mulas y que me llevara a Zonzonate, al alcance de la asistencia médica. Difícil sería el encontrarme peor que como estaba cuando monté. Pasé tres horas de agonía, abrazado por el intenso calor, y poco antes de anochecer llegué a Zonzonate, afortunado, como el Dr. Drivin me dijo más tarde, de no haber sufrido una insolación. Antes de entrar a la ciudad y al cruzar el puente sobre el Río Grande, encontré a un caballero bien montado, que llevaba un rojo pellon del Perú sobre la silla, cuya

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

apariencia me impresionó, y cambiamos respetuosos saludos. Este caballero, según supe después era el "gobierno" que yo andaba buscando

Me dirigí a la casa del hermano del Capitán De Nouvelle, una de las más grandes del lugar, donde tuve aquellas comodidades escasamente conocidas en había encontrado sobre el puente, y el único funcio- Centro América. una habitación para mí, y además todo lo necesario. Por varios días estuve encerrado La primera tarde que salí fuí a visitar a don Manuel de Aguila, antes jefe del Estado de Costa Rica, quien hacía como un año había sido arrojado del poder por una revolución y desterrado para toda su vida. En esta casa me encontré con don Diego Vigil, vice-presidente de la República, el mismo caballero a quien yo nes y experiencias en mi propio país, yo había aprendido a no apreciar nunca el carácter de un hombre nario existente del gobierno federal, Por observacio- público por los dichos de sus enemigos políticos; y no mancharé estas páginas con las viles calumnias que hombres veraces, pero cegados por los prejuicios de partido, arrojaban sobre la reputación del Señor Vigil El era como de cuarenta y cinco años, de seis pies de estatura, delgado, y sufría de una enfermedad de parálisis, que casi le impedía el uso de ambas piernas; en traje, conversación y modales, eminentemente un caballero. Había viajado más extensamente en su propio país que la mayor parte de sus compatriotas, y conocía todos los objetos de interés, y con una cortesía que yo apreciaba, no hizo ninguna referencia a mi posición o a mi carácter oficial.

Sus asuntos en Zonzonate mostraban la desdichada condición del país. El había llegado expresamente para tratar con Rascón, el cabecilla de la banda que había impedido mi venida de Guatemala por tierra. Chico Rascón, como se le llamaba familiarmente en Zonzonate, era de una antigua y respetable familia y había gastado una gran fortuna en disipaciones en París, y habiendo regresado en desesperadas circunstancias, se había vuelto patriota. Como unos seis meses antes había hecho una entrada a Zonzonate, matando en la guarnición hasta el último hombre, saqueando la aduana y retirándose en seguida a su hacienda. Por entonces se encontraba de visita en la población, públicamente, de acuerdo con el señor Vigil, y demandando, como precio por desbandar a sus tropas, los despachos de coronel para sí mismo, otros despachos para algunos de sus seguidores y cuatro mil dólares en efectivo. Vigil accedió a todo menos a los cuatro mil dólares en efectivo, pero en cambio le ofreció el crédito del Estado de San Salvador el cual Rascón estuvo de acuerdo en aceptar. Se formularon los documentos y señalóse aquella tarde para firmarlos; pero cuando Vigil estaba esperándolo, Rascón y sus amigos, sin una palabra de aviso, montaron sus caballos y salieron de la población. El pueblo se conmovió con una grande excitación, y por la tarde ví a la guarnición activamente ocupada en levantar barricadas en la plaza recelando un nuevo ataque.

Al siguiente día hice una visita formal al señor Vigil. Yo me encontraba en una situación embarazosa Cuando salí de Guatemala en busca de un gobierno, no esperaba encontrarlo en el camino. En aquel Estado yo había oído sólo a un partido; ahora empezaba a oír al otro. Si había ahí algún gobierno, ya lo tenía atrapado. ¿Era éste una realidad o no? En Guatemala decían que no; aquí decían que sí. Era una cuestión intrincada. Yo no era muy bien visto en Guatemala, y al esforzarme en jugar una partida segura, correría el peligro de ser atropellado por todos los partidos. En Guatemala ellos no tenían derecho a pedir mis credenciales, y tomaron a ofensa el que yo no se las presentara; aquí, si yo rehusaba el presentarlas, tendrían razón de considerarlo como un insulto. En este apurado trance di principio a mis asuntos con el vice-presidente, y le dije que yo me encontraba en viaje para la capital, con credenciales del gobierno de los Estados Unidos; pero que, en el estado de anarquía en que se encontraba el país, no sabía qué hacer; que yo estaba deseoso de evitar un paso en falso, y ansioso de saber si realmente existía el gobierno federal, o si se había disuelto la república. Nuestra entrevista fué larga e interesante, y la substancia de su respuesta fue: que el gobierno existía de facto y de jure; que él mismo había sido legalmente electo vicepresidente; que el hecho de que los cuatro Estados se declarasen a sí mismos independientes era inconstitucional y sedicioso; que la unión no podía ser disuelta excepto por un Congreso de Diputados de todos los Estados; que el gobierno tenía actualmente autoridad sobre tres de ellos; que uno había sido reducido a obediencia por medio de las armas y que muy pronto el partido federal tendría ascendiente sobre los otros. El estaba familiarizado con el caso de la Carolina del Sur, y decía que nuestro Congreso había sostenido el derecho del gobierno general de obligar a los Estados a la obediencia, y que ellos se encontraban en la misma situación. Hice referencia a la despadazada condicion del gobierno a su absoluta impotencia en otros Estados, a la no existencia del Senado y otros ramos afines; a la falta de un secretario de estado, el funcionario a quien estaban dirigidas mis credenciales; y él respondió que tenía en su séquito un secretario en funciones, confirmándome lo que ya me había dicho antes que el "gobierno" podía, a un aviso de momento, crear el funcionario que yo necesitara; pero, haciendo justicia al señor Vigil, debo decir que, después de discutir detalladamente todo el fondo de la infructuosa lucha, y aunque en aquella crítica coyuntura, el reconocimiento del gobierno federal por el de los Estados Unidos habría sido de importancia para su partido, y el no reconocerlo sería descortés y favorecería la causa de los Estados rebeldes o independientes, no me exigió que presentara mis credenciales. El Congreso, del cual se esperaba que arreglara las dificultades de la república estaba entonces próxima a reunirse en Honduras. Los diputados de San Salvador se habían ido a ocupar sus puestos, y era entendido que yo esperaría la decisión de este Cuerpo. El resultado de mi entrevista con el vice-presidente fué mucho más agradable de lo que yo esperaba. Estoy seguro de haberlo dejado sin el más mínimo sentimiento de aversión por su parte; pero mi gran perplejidad de si yo tenía algún gobierno, todavía no había terminado.

Al mismo tiempo, mientras adelantaban las reparaciones políticas, yo permanecí en Zonzonate restableciéndome. La población está situada en las riberas del Río Grande, que está formado por casi innumerables manantiales, y en la lengua indígena su nombre significa cuatrocientos manantiales de agua. Está edificada en uno de los más ricos distritos del rico Estado de San Salvador, y tiene su plaza, con calles en ángulos rectos, y casas blancas de un solo piso, algunas de ellas muy grandes; pero ha llevado su parte en las calamidades que han visitado a la infortunada república. Las mejores casas se encuentran desiertas y sus dueños en el destierro.

Yo estaba impotente para emprender ningún viaje por tierra, y sintiendo el enervante efecto del clima, me balanceaba todo el día en una hamaca. Afortunadamente, los propietarios del bergatín que había yo visto en Acajutla, destinado al Perú, cambiaron su rumbo y determinaron enviarlo a Costa Rica, el Estado más al sur de la confederación. Al mismo tiempo, un hombre se me ofreció como sirviente, muy altamente recomendado y cuya apariencia me agradó; y resolví gozar del beneficio de un viaje por mar, y, regresando por tierra, explorar la ruta del canal entre el Atlántico y el Pacífico por el lago de Nicaragua, una cosa que yo había deseado mucho, pero que casi había perdido la esperanza de poder realizar.

Antes de partir me animé para hacer una excursión La ventana de mi habitación se habría frente al Volcán de Izalco. Todo el día, a cortos intervalos, oía yo las erupciones del volcán en actividad, y por la noche veía la columna de llamas prorrumpiendo del crá-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ter, y torrentes de fuego rodando hacia abajo por sus faldas. Por fortuna, Mr. Blackburn, un comerciante escocés, por muchos años residente en el Perú, arribó y convino en acompañarme. A la mañana siguiente, antes de las cinco estábamos a caballo. A una milla de distancia vadeamos el Río Grande, aquí un turbulento río, y cabalgando por un fértil campo, a la media hora llegamos al pueblo indígena de Naguisal, un paraje agradable, y literalmente una floresta de frutas y de flores. Grandes árboles estaban enteramente cubiertos de rojo, y a cada paso podíamos cortar frutas. Diseminadas entre estos hermosos árboles se encontraban las miserables chozas de los indios, y echados en el suelo o en algún tedioso trabajo estaban los mismos infelices indios. Continuando otra legua por el mismo fértil campo, subimos a una meseta, desde la cual, mirando hacia atrás, vimos un inmenso llano arbolado, que se extendía hasta la playa, y más allá, las ilimitadas aguas del Pacífico. Frente a nosotros, al extremo final de una larga calle, se encontraba la iglesia de Izaico, destacándose vigorosamente junto a la base del volcán, el cual en aquel momento, con un estruendo violento semejante al fragor de la tormenta, lanzó por el aire una columna de humo negro y cenizas, iluminada por un solo relámpago de llamas.

Con dificultad conseguimos un guía, pero estaba tan ebrio que apenas podía guiarse a sí mismo a lo largo de una calle recta; y no quería salir sino hasta el siguiente día, pues dijo que ya era tan tarde que nos entraría la noche en la montaña, y que allí había muchos tigres. Mientras tanto la hija de nuestro posadero halló otro, y, colocando cuatro cocos verdes en sus alforjas, emprendimos la marcha. Pronto salimos a un llano abierto, y sin un arbusto que interrumpiera la vista, miramos a nuestra izquierda todo el volcán desde su base hasta su cima. Se yergue desde casi al pie de la montaña, a una altura quizás de tres mil pies, con sus faldas morenas e infecundas, y por millas en todo el derredor está la tierra cubierta de lava. Encontrándose en plena erupción, era imposible ascender a él, pero atrás queda una montaña más alta que facilita una vista del ardiente cráter. Todo el volcán era visible enteramente arrojando al aire una columna de humo negro y una inmensa canitdad de piedras, mientras la tierra temblaba bajo nuestros pies. A las once del día nos sentamos a la orilla de una hermosa corriente para almorzar. Mi compañero había traído abundantes provisiones y por la primera vez, desde que salí de Guatemala, sentí el ansia del apetito restaurado. A la media hora montamos y poco después de las doce entramos en la selva, haciendo una muy empinada ascensión por una indefinida vereda, que pronto perdimos enteramente. Nuestro guía cambió de dirección varias veces, y por fin, hallándose extraviado, amarró su caballo y nos dejó esperando mientras buscaba el camino. Nosotros sabíamos que nos encontrábamos cerca del volcán, porque las explosiones sonaban como el profundo refunfuño de un formidable trueno. Encerrados como estábamos en el bosque, estas explosiones eran espantosas. Nuestros caballos bufaban de terror, y la montaña temblaba debajo de nuestros pies. Regresó nuestro guía y a los pocos minutos nos encontramos de pronto sobre un lugar abierto, más elevado que la cima del volcán, dominando una vista del interior del cráter, y tan cerca de él, que veíamos las enormes piedras cuando se partían en el aire y caían golpeando alrededor las faldas del volcán. En pocos minutos nuestros vestidos se pusieron blancos con las cenizas que caían a nuestro alrededor con un ruido semejante al de una llovizna.

El cráter tenía tres orificios, uno de los cuales estaba inactivo; otro arrojaba constantemente un abundante humo azul; y después de un estallido, del abismo de la enorme garganta del tercero aparecía un vapor azulado, y en seguida un volumen de denso humo negro arremolinándose y agitándose en enormes coronas, y elevándose en una obscura y magestuosa columna, iluminada momentáneamente por un relámpago de fuego; y cuando el humo se disipó, la atmósfera fué obscurecida por una lluvia de piedras y cenizas. Concluido esto, siguió un momento de quieutd, y en seguida hubo otro trueno y erupción, sucediéndose así regularmente, a intervalos, según dijo nuestro guía, de cinco minutos exactamente, y en realidad él no estaba muy descaminado. La vista era espantosamente sublime. Nos refrescamos con un trago de agua de coco y, pensando que esta grandeza sería realzada cuando el silencio y obscuridad de la noche fueran interrumpidos por el estruendo y las llamas, sin tardanza resolvimos dormir sobre la montaña.

Un cura de Zonzonate, todavía en plenitud de vida me dijo que él recordaba cuando el terreno donde se eleva este volcán no tenía nada que lo distinguiera de cualquier otro lugar alrededor. En 1798 se descubrió un pequeño orificio que soplaba pequeñas cantidades de polvo y guijas. Entonces él vivía en Izaico, y, como muchacho, tenía la costumbre de ir a verlo; y que lo había observado, y marcado su crecimiento de año en año, hasta llegar al tamaño que tiene en la actualidad. El capitán De Nouvelle me refirió que él pudo notar desde el mar que había crecido mucho durante los últimos dos años. Dos años antes su resplandor no podía verse de noche al otro lado de la montaña en queyo estaba. Noche y día hace subir por la fuerza piedras de las entrañas de la tierra, arrojándolas al aire y recibiéndolas sobre sus faldas. Cada día está creciendo, y probablemente continuará así hasta que se extingan los fuegos internos, o hasta que una violenta convulsión lo haga pedazos.

Los viajeros experimentados no están exentos de ocasionales raptos de entusiasmo, pero no pueden sostenerlos largo tiempo. Como a la hora empezamos a estar cavilosos y aun vacilantes. Algunas de las erupciones eran mejores que las otras, y varias de ellas eran comparativamente sin importancia. Con tales pensamientos preferimos nuestro deseo de comodidades a pasar la noche en la montaña y dispusimos regresar. Mr. Blackburn y yo pensamos que podríamos evitar el rodeo de la montaña descendiendo directamente a la base del volcán, y cruzándola, salir al camino real; pero nuestro guía dijo que era una tentación a la Providencia, y no quiso acompañarnos. Tuvimos un descenso a pie muy escarpado, y en algunos lugares nuestros caballos se resbalaban sobre sus ancas. Una inmensa capa de lava, detenida en su rodante curso por la falda de la montaña, llenaba por completo el ancho espacio entre nosotros y la base del volcán. Nosotros pasamos directamente sobre esta negra y horrorosa capa, pero tuvimos gran dificultad para hacer que nuestros caballos nos siguieran. La lava se extendía en ondas tan irregulares como las olas del mar, abrupta, escabrosa y con enormes grietas, difíciles para nosotros y peligrosas para los caballos. Con mucho trabajo los hicimos avanzar hasta la base y alrededor de la falda del volcán. Macizas piedras, arrojadas al aire, caían y rodaban por las faldas, tan cerca que no nos atrevimos a arriesgarnos a mayor distancia. Estábamos temerosos de romper las patas de nuestras cabalgaduras en los hoyos en que constantemente caían, y regresamos. Sobre el punto más elevado desde el cual habíamos mirado hacia el cráter del volcán, estaba sentado nuestro guía, contemplándonos, y, según podíamos imaginar, riéndose de nosotros. Retrocedimos penosamente atravesando la capa de lava y subimos por la falda de la montaña, y al llegar a la cima, ambos, mi caballo y yo, estábamos casi agotados. Afortunadamente el camino de la casa era para abajo. Ya era muy entrada la noche cuando pasamos al pie de la montaña y salimos al llano. Cada estallido del volcán lanzaba una columna de fuego; en cuatro lugares había constantemente llamas, y en uno de ellos una corriente de fuego rodaba hacia abajo por su falda. A las once de la noche llegamos a Zonzonate, habiendo caminado algo más de cincuenta millas además de las fatigas que habíamos soportado alrededor de la base del volcán; y tal había sido el interés

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

del día de trabajo que, aunque era mi primer esfuerzo, nunca sufrí por él.

Pronto quedaron hechos los arreglos para mi viaje por el Pacífico. El sirviente a quien me he referido era un nativo de Costa Rica, entonces en viaje para su hogar, después de una larga ausencia, con una carga de mercaderías de su pertenencia. Era un sujeto alto, bien parecido, vestido con una chaqueta o cotón guatemalteco, y un par de pantalones mexicanos, de cuero, con botones a los lados y un sombrero pardo de pelo, de copa alta y ala ancha, del todo superior a cualquier sirviente de los que yo había visto en el país; y pienso que si no hubiera sido por él, yo no habría emprendido el viaje. Al lector quizá le chocará el saber que su nombre era Jesús, que se pronuncia en español "Hezoos", por cuyo segundo nombre, para evitar lo que pudiera ser considerado como una irreverencia, le llamaré de aquí en adelante.

CAPITULO 16

ENFERMEDAD Y MOTIN — CONVULSIONES DEL CAPITAN JAY — SITUACION CRITICA — PENOSA ASISTENCIA — UN PAISANO EN APUROS — LOS DELFINES — SUCESION DE VOLCANES. — EL GOLFO DE NICOYA — EL PUERTO DE CALDERA — OTRO PAISANO — OTRO PACIENTE — LA HACIENDA DE SAN FELIPE — EL MONTE AGUACATE — "ZILLENTHAL PATENT SELF-ACTING COLD AMALGAMATION MACHINE" — MINAS DE ORO — VISTA DESDE LA CUMBRE DE LA MONTAÑA.—

El lunes veintidós de Enero, dos horas antes de amanecer, salimos para el puerto. "Hezoos" mostraba el camino llevando por delante todo mi equipaje, envuelto en una baquette (vaqueta), que era simplemente un cuero de res, al estilo del país. Al clarear el día oímos detrás de nosotros el resonar de cascos de caballos, y don Manuel de Aguila, con sus dos hijos, nos alcanzó. Antes que hubiese pasado la frescura de la mañana llegamos al puerto y nos dirigimos a la antigua choza que no esperaba volver a ver jamás. La hamaca se balanceaba en el mismo lugar. El miserable rancho parecía destinado a ser la morada de la enfermedad. En un rincón yacía el señor D'Yriarte, mi capitán, exhausto por una noche de fiebre, e imposibilitado para darse a la vela en ese día.

El Dr. Drivin estaba otra vez en el puerto. El no había desembarcado todavía su maquinaria; el hecho era que el trabajo había sido suspendido por un motín a bordo del bergantín inglés, cuyo cabecilla, según queja del doctor, era un poco arriba de la señal de la alta marea, casi barridas por las olas, estaban unas toscas cruces de madera, marcando las tumbas de los infelices marineros que habían fallecido lejos del hogar. Al regreso me encontré en el rancho con el capitán Jay, del bergantín inglés, quien también se quejó conmigo del marinero americano. El capitán era un joven que hacía su primer viaje como patrón; su esposa, con quien se había casado una semana antes de darse a la vela, le acompañaba. Había tenido un desastroso viaje de ocho meses desde Londres: al doblar el Cabo de Hornos su tripulación se vió quemada por el hielo y sus mástiles arrebatados. Con un solo hombre sobre cubierta había subido hasta Guayaquil, donde incurrió en gran pérdida de tiempo y de dinero para hacer las reparaciones y embarcar una tripulación enteramente nueva. En Acajutla se encontró con que sus botes no eran suficientes para desembarcar la maquinaria del doctor, y tuvo necesidad de esperar hasta que pudiera construirse una balsa. Mientras tanto su tripulación se amotinó, y algunos de ellos rehusaron trabajar Su esposa estaba entonces en la hacienda del doctor; y yo pude observar que, mientras le escribía a ella una esquela con lápiz, su atezado rostro estaba pálido, y grandes gotas de sudor pendían de su frente. Luego después se arrojó a la hamaca, y pensé que se había dormido; pero a los pocos minutos noté que la hamaca se sacudía, y, recordando mi propia sacudida allí, supuse que estaría con sus viejas mañas de dar a la gente la fiebre intermitente; pero muy pronto observé que el pobre capitán tenía convulsiones. Exceptuando el Capitán DYriarte, que estaba echado junto a la pared enteramente imposibilitado, yo era el único hombre en el rancho; y como había peligro de que él mismo se tirara fuera de la hamaca, yo procuraba sostenerlo en ella; pero con un convulsivo esfuerzo me arrojó al otro extremo de la choza, y se inclinó de un lado de la hamaca, con una mano enredada en las cuerdas y con la cabeza casi tocando el suelo. La vieja decía que el diablo había tomado posesión de él, y corrió hacia afuera gritando. Afortunadamente esto trajo al interior a un hombre a quien yo no había visto antes, Mr. Warburton, un ingeniero que había llegado para montar la maquinaria, siendo él mismo una máquina de muchos caballos de fuerza, pues tenía un par de hombros que parecían hechos exprofesamente para sujetar a los hombres con convulsiones. Al principio quedó tan conmovido que no sabía qué hacer. Yo le dije que al capitán había que sujetarlo, por lo que, abriendo sus poderosos brazos, los apretó alrededor de los del capitán con la potencia de una prensa hidráulica, volviéndole las piernas sobre mí. Estas piernas eran un par de las más robustas que soportaran jamás un cuerpo humano; y sinceramente creo que si los pies hubieran tocado una vez mis costillas, me habrían lanzado a través de la pared del rancho. Velando mi oportunidad, enrollé la hamaca alrededor de sus piernas, y mis brazos alrededor de la hamaca. Mientras tanto él se libró del abrazo de Mr. Warburton, quien, aprovechándose de mi idea envolvió su parte entre los pliegues de la hamaca, y le dió su remate desde afuera. El capitán forcejeaba, y, arrastrándose como una enorme serpiente, deslizó su cabeza fuera del extremo de la hamaca, y retorció las cuerdas alrededor de su cuello, de tal modo que nosotros temíamos que se estrangulara él mismo. Estábamos en la mayor desesperación cuando entraron violentamente dos de sus marineros, los que, estando familiarizados con las cuerdas, le desenredaron la cabeza, lo hicieron retroceder entre la hamaca, la enrrollaron a su alrededor como antes, y yo me retiré completamente exhausto.

Los dos suplentes eran Tom, un marinero de oficio, como de cuarenta años, y el cocinero, un negro y amigo particular de Tom, a quien él llamaba Darkey Tom tomó toda la dirección para asegurar al capitán; y aunque el Dr. Drivin y varios indios entraron, la voz de Tom era la única que se oía, y dirigida solamente a "Darkey" "¡Sosténgale las piernas, Darkey!". "¡Agárrelo duro!". "¡Firme Darkey!" pero todos juntos no lo pudimos sostener. Volviendo hacia arriba la cara y doblándose para adentro, se amarró la espalda y empujó ambas piernas a través de la hamaca, golpeándo los pies violentamente contra el suelo; todo su cuerpo pasó por enmedio. Sus esfuerzos eran terribles. Súbditamente la masa de cuerpos sobre el piso rodó contra la cama del Capitán D'Yriarte, la que se quebró con un estallido, y el capitán atacado por la fiebre se vió obligado a retirarse del lugar gateando. En el intervalo de uno de los más violentos esfuerzos, oímos un extraño y estúpido sonido, que parecía como un intento de cantar como gallo. Los indios que llenaban el rancho se rieron, y el Dr. Drivin se puso tan indignado por su falta de piedad, que agarró una tranca y los arrojó a todos hacia fuera. Un viejo y desnudo

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

africano, que había sido esclavo en Belice, y que había olvidado su lengua sin adquirir mucho de ninguna otra, regresó con un manojo de plumas, y quería que se le introdujeran en la nariz al capitán y se les prendiera fuego, diciendo que éste era el remedio en su país; pero el doctor le enseñó la tranca y él se retiró.

Las convulsiones continuaron por espacio de tres horas, durante cuyo tiempo el doctor consideró muy crítica la situación del capitán. La vieja insistía en que tenía el diablo dentro, que no lo quería dejar y que tendría que morir; y yo no podía menos que pensar en su joven esposa, que estaría durmiendo a pocas millas de distancia, ignorante de la calamidad que le amenazaba. El ataque se había manifestado, según dijo el doctor, por la ansiedad y aflicción de espíritu ocasionada por su infortunado viaje, y particularmente por el amotinamiento de su tripulación. A las once del día se quedó dormido y de ahí a poco supimos la causa del extraño sonido que nos había impresionado de modo tan desagradable. Tom estaba justamente preparándose para ir a bordo del buque, cuando el africano corrió a la playa y le dijo que el capitán se encontraba borracho en la choza. Tom, hallándose él mismo en ese estado, sintió que era su deber cuidar al capitán; pero él acababa de comprar un loro, por el cual había pagado un dólar, y, temeroso de confiarlo en otras manos, estiró su basta camisa un pie más afuera de sus pantalones, y metió al loro en el fondo, casi asfixiándolo con el pañuelo que llevaba al cuello. El loro, indignado por este encierro, clavaba el pico constantemente en el pecho de Tom, quien estaba escarificado y cubierto de sangre; y en una de tantas, cuando Tom pensó que ya iba demasiado lejos, le puso las manos encima y lo apretó, lo cual produjo los sonidos extraordinarios que habíamos oído.

Al ratito Tom y Darkey lograron que los indios los relevaran y se salieron a beber a la salud del capitán. A su regreso tomaron su lugar en el suelo, uno a cada lado de su comandante. Yo me arrojé entre la rota hamaca; y el Dr. Drivin, encargándoles que si el capitán despetraba, no le dijeran nada que pudiese agitarlo, se fué a otra choza.

No había pasado mucho rato cuando el capitán, alzando la cabeza, gritó: "¿Qué diablos están Uds. haciendo con mis piernas?", lo cual fué respondido por un fuerte grito de Tom, "¡No suelte, Darkey!". Darkey y un indio tenían agarradas las piernas del capitán, dos indios los brazos, y Tom estaba tendido sobre su cuerpo. El capitán parecía darse plena cuenta de todo y se manifestaba asombrado de verse asegurado contra el suelo. "¿En dónde estoy " dijo él. Tom y Darkey habían convenido en no decirle lo que había acontecido; pero, después de las más extraordinarias mentiras de parte de Tom, mientras el capitán lo miraba a él y a nosotros enteramente perplejo, el pobre muchacho se vió tan enredado, que, jurando que el doctor podría referir sus propias historias, comenzó desde que él y Darkey habían llegado y encontrado al capitán pataleando en la hamaca; y al capitán le fué dando a entender que si no hubiera sido por él y Darkey habría arrojado a puntapiés sus propios sesos. Yo traté de aclarar algunos puntos obscuros en el relato de Tom y siguió una general y ruidosa conversación, que fué cortada de improviso por el propio capitán D' Yriarte, quien no había podido pegar los ojos en toda la noche y nos suplicaba que lo dejáramos dormir.

Por la mañana, mientras yo tomaba chocolate con el Dr. Drivin llegó a la choza el contramaestre con el marinero americano amotinado, bajo la custodia de cuatro soldados, a quejarse conmigo. El marinero era un joven de veintiocho años, de baja estatura, bien formado y de muy buen parecer, y su nombre era Jemmy. El también se quejó conmigo; quería abandonar el bergantín, y dijo que prefería quedarse en una roca pelada en medio del océano antes que permanecer a bordo. Yo le manifesté que me era penoso el encontrarme con un marinero americano como cabecilla en un motín, y le hice ver el conflicto y riesgo en que había puesto al capitán. El Dr. Drivin había tenido con él algunas agrias disputas a bordo del bergantín, y, después de unas cuantas palabras se levantó precipitadamente y le pegó Jemmy retrocedió a tiempo para esquivar el pleno golpe, y, como si no estuviera acostumbrado a tales cosas, siguió retrocediendo y desviando los golpes; pero al verse demasiado acosado, se zafó de los soldados, y se quitó la chaqueta para una lucha en toda forma. Yo no tenía la intención de favorecer a un marinero insurrecto, pero mucho menos de permitir que un americano fuera maltratado a mansalva y arrastrado por los soldados. Al momento pasó la ira del doctor y suspendió su ataque; entonces Jemmy se entregó a los soldados, quienes se lo llevaron, según supuse, a la casa de guardia. Esperé un momento, y, al bajar, vi a Jemmy sentado en el suelo enfrente del quartel (cuartel) con ambas piernas en el cepo arriba de las rodillas. El tenía pleno conocimiento de su desgraciada situación, y se me encendió la sangre. Me precipité adonde el capitán del puerto, y me quejé enérgicamente de su conducta como arbitraria e insufrible, o que yo me iría inmediatamente a San Salvador a quejarme en contra de él. El doctor Drivin se unió a mí, y Jemmy fué sacado del cepo, pero puesto bajo custodia en el cuartel. Esto probablemente nunca llegará a los ojos de ninguno de sus amigos, pero yo no mencionaré su nombre. El era del pequeño pueblo de Esopus, sobre el Hudson. En 1834 se embarcó en Nueva York en la corbeta Peacock para la estación del Pacífico; y fué transferido al North Carolina, y dado de baja en Valparaíso; entró al servicio naval chileno, y después de muchísimos combates y ninguna parte en el botín, se embarcó a bordo de este bergantín. Le hice ver que él era el responsable de que se le tratase como insurrecto, y que había escapado del cepo únicamente por la casualidad de mi estancia en el puerto; que yo no podía hacer más por él; y que debía permanecer en la playa hasta que el buque se hiciera a la vela, y que le llevarían a bordo con grillos. Era un momento crítico en la vida de este joven; y, tomando en cuenta que, habiendo carecido de tempranas oportunidades la necesidad le habría, sin duda, condenado a una vida descarriada, y, además, como a un compatriota, yo estaba ansioso de salvarlo de los efectos de un indomable capricho. El capitán dijo que él era el mejor marinero a bordo; y como estaba escaso de hombres, conseguí de él la promesa de que, si Jemmy volvía a cumplir con su deber, ya no haría mención de lo que había pasado, y que le daría su baja en el primer puerto donde pudiera conseguir un substituto

Afortunadamente, por la tarde el capitán D'Yriarte estaba ya bastante mejorado para darse a la vela, y antes de irme a bordo de mi buque llevé a Jemmy al suyo. Era la más sucia embarcación que yo jamás había visto, y su tripulación una bonita muestra de los villanos marineros recogidos en los puertos del Pacífico. Entre ellos, y tan malo como ninguno en apariencia, estaba otro paisano, cómplice del americano Jemmy. No me admiró el descontento de Jemmy; le dejé a bordo en una mala condición, pero desgraciadamente después tuve noticia que se encontraba en peor estado.

Unos pocos golpes de remo me condujeron a bordo de nuestra nave, y, como antes, con la brisa de la tarde comenzamos a navegar. El buque en el cual me embarqué se llamaba La Cosmopolita. Era un bergantín-goleta, y la única embarcación que llevaba la bandera centroamericana en el Pacífico. Había sido construida en Inglaterra para un carbonero, y llamada La Britannia. Por algún accidente llegó al Océano Pacífico, la compró el Estado de San Salvador entonces en guerra con Guatemala, y se le puso el nombre indígena del estado:Cuscatlán. Mas tarde fué vendida a un inglés, quien la llamó Eugenia; y éste la vendió al capitán D'Yriarte, que le dió el nombre de La Cosmopolita.

Mi primera noche a bordo no fué particularmente agradable. Yo era el único pasajero de camarote; pe-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ro, a más de los chinches que siempre infestan un buque viejo, yo tenía en mi camarote zancudos, arañas, hormigas y cucarahcas. Sin embargo, no hay parte de mi viaje sobre la que yo pueda reflexionar con tan tranquila satisfacción como esta travesía en el Pacífico. Yo tenía a bordo a Gil Blas y a Don Quixote en el idioma original, y todo el día sentado bajo un toldo, compartía mi atención entre ellos y la gran fila de gigantescos volcanes que tachonan la costa. Antes que esto se hiciera tedioso llegamos al Golfo de Papajayo (Papagayo), la única salida por la que los vientos del Atlántico pasan al Pacífico. El delfín, el más hermoso pez que nada, jugueteaba bajo nuestra proa y popa, y nos acompañó lentamente al costado. Pero los marineros no respetaron sus dorados lomos. El contramaestre, un sanguinario joven francés, se mantuvo por horas con un arpón en la mano, arrojándoselo a varios de ellos, y por fin sacó uno a bordo. El rey de los mares parecía consciente de su decaída condición; sus bellos colores se apagaron, y se puso manchado, y por último pesado y sin brillo, como cualquier otro pescado muerto.

Pasamos en regular sucesión los volcanes de San Salvador, San Vicente, San Miguel, Telega (Telica), Momotombo, Managua, Nindirí, Masaya y Nicaragua, cada uno de por sí un majestuoso espectáculo, y todos juntos formando una cadena con la cual ninguna otra en el mundo puede ser comparada; en verdad, esta costa ha sido bien descrita como "erizada de conos volcánicos". Por dos días nos mantuvimos con las velas agitadas a la vista del Cabo Blanco, el alto promontorio del Golfo de Nicoya. En la tarde del treinta y uno entramos al golfo. En línea con la punta del cabo estaba una isla de roca, con altas, desnudas y precipitadas faldas y la cima cubierta de verdor. Era casi la puesta del sol; por cerca de una hora el cielo y el mar parecían encendidos con el reflejo de la agonizante luminaria, y la isla de rocas parecía como una fortaleza con sus torrecillas. Era un panorama de gloriosa despedida. Yo había pasado mi última noche en el Pacífico, y las montañas del Golfo de Nicoya se juntaron a nuestro alrededor.

Temprano por la mañana teníamos la marea a nuestro favor, y muy pronto, dejando el cuerpo principal del golfo giramos a la derecha, y entramos en una bella y pequeña ensenada, que forma el puerto de Caldera Al frente quedaba la Cordillera de Aguacate, a la izquierda el antiguo puerto de Punta Arenas, y a la derecha el Volcán de San Pablo. En la playa estaba una casa larga y baja construido sobre pilotes, con techo de barro, e inmediatas a ella había tres o cuatro chozas de paja y dos canoas. Anclamos frente a las casas, y aparentemente sin llamar la atención de ninguna alma en la playa

Todos los puertos de Centro América sobre el Pacífico son insalubres, pero este se consideraba mortífero. Yo había entrado sin temor a ciudades donde la peste estaba en toda su intensidad, pero aquí, cuando me vi en tierra, había un silencio de muerte que hacía estremecer. Para salvarme de la necesidad d dormir en el puerto, el capitán envió un bote a tierra con mi criado, para conseguir mulas con las cuales yo pudiera proseguir inmediatamente hasta una hacienda a dos leguas más allá

Apenas había partido nuestro bote cuando vimos tres hombres bajando a la playa, quienes al punto salieron a la mar en una canoa, encontraron a nuestro bote, lo hicieron regresar y nos abordaron ellos mismos. Eran dos remeros y un soldado, y este último informó al capitán que, por un reciente decreto, a ningún pasajero le era permitido desembarcar sin permiso especial del gobierno, por lo cual era necesario enviar una petición a la capital, y esperar a bordo la respuesta. Agregó que el último barco llegado al puerto se encontraba lleno de pasajeros, quienes se vieron obligados a esperar doce días antes que la licencia fuera recibida. Yo ya estaba acostumbrado a todas las molestias en los viajes, pero no pude soportar tranquilamente ésta El capitán hizo un atrevido esfuerzo a mi favor diciendo que él no tenía pasajeros; que él llevaba a bordo al Ministro de los Estados Unidos, que estaba haciendo un viaje por Centro América, y a quien se había tratado cortesmente en Guatemala y San Salvador, y que sería una indignidad para el gobierno de Costa Rica el no permitir su desembarque. Le escribió con el mismo fin al capitán del puerto, quien, al regreso del soldado, llegó personalmente. Ya estaba yo casi harto de vejaciones, y el capitán del puerto dió fin a dos vasos de vino antes de que yo tuviera el valor de presentarle el asunto. Me respondió con toda cortesía, diciendo que sentía mucho que la ley fuera tan imperativa y que le impidiera disponer a discresión. Yo le contesté que la ley tenía por objeto prevenir la entrada de personas sediciosas, emigradas y expulsadas de otros Estados, que pudieran perturbar la paz de Costa Rica, pero que ella no podía referirse a un caso como el mío, haciendo al mismo tiempo hincapié en mi carácter oficial. Por fortuna para mí, él tenía un alto concepto del respeto debido a ese carácter, y, aunque en posesión de un cargo subordinado, tenia el noble afán de no dar motivo para que a su Estado se le fuera a tildar de falto de cortesía para con un extranjero acreditado. Por largo rato él no supo que hacer; pero por fin, después de mucha deliberación, me pidió que esperase hasta la mañana siguiente, mientras que él podía despachar un correo para informar al gobierno detalladamente, y entonces tomar sobre sí la responsabilidad de permitir mi desembarque. Temeroso de cualquier accidente o de algún cambio de propósito, y ansioso de poner mis pies en tierra, le sugerí que, para evitar el viaje con el calor del día, me sería preferible dormir en la playa y así estar listo para salir de madrugada, a lo cual accedió.

En la tarde el capitán me llevó a tierra. En la primera casa vimos dos candelas encendidas alumbrando el cuerpo de un muerto. Todos los que vimos estaban enfermos, y todos se quejaban que el lugar era fatal para la vida humana. En efecto, estaba casi desierto; y, no obstante sus ventajas como puerto, el gobierno, pocos días después, dio una orden para desocuparlo y regresar al antiguo puerto de Punta Arenas. El capitán todavía estaba sufriendo fiebres intermitentes, y de ninguna manera quería quedarse después de entrada la noche. Yo estaba tan feliz de hallarme en tierra, que si me hubiera encontrado con una calavera a cada paso, éstas difícilmente me habrían hecho retroceder.

El último extranjero que estuvo en el puerto era un americano distinguido. Su nombre era Handy; yo había oído primero de él en el Cabo de Buena Esperanza, cazando jirafas; después me lo encontré en Nueva York, y lamenté excesivamente el no hallarlo aquí. Había viajado desde los Estados Unidos atravesando Tejas, México y Centro América, con un elefante y dos dromedarios como guías de sus filas! El elefante era el primero que se veía en Centro América, y a menudo oí hablar de él en los pueblos con el nombre de El Demonio. Seis días antes, Mr. Handy, con su interesante familia, se había embarcado rumbo al Perú, y quizá en estos momentos estará cruzando las pampas con dirección al Brasil.

Decidido a no perder de vista a mi amigo el capitán del puerto, con mi equipaje en los talones bajé por la playa hasta la aduana. Esta era un edificio de madera aserrada, como de cuarenta pies de largo, situado a poca distancia arriba de la señal de la alta marea, sobre pilotes como a seis pies fuera del suelo. Era el punto de reunión de las diferentes personas con empleos del gobierno, civil y militar, y de dos o tres mujeres empleadas por ellos. La fuerza militar se componía del capitán del puerto y del soldado que nos abordó, de modo que yo no tenía mucho temor de ser rechazado a punta de bayoneta. Durante la noche surgió una nueva dificultad con respecto a mi criado, pero, considerándome yo mismo medianamente seguro, insistí en que él constituía mi séquito, y obtuve

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

permiso para que me acompañara Mi hospedador me dió una armazón de cama con un cuero de res como colchón. La noche era calurosa, y lo puse frente a una puerta abierta que miraba hacia afuera sobre las aguas del golfo. Las ondas se rompían gentilmente sobre la playa, y era hermoso ver a La Cosmopolita manteniéndose tranquilamente al pairo, sin ni siquiera "Hezoos" o el equipaje en ella.

A las dos de la mañana nos levantamos, y antes de las tres emprendimos la marcha La marea estaba baja y por alguna distancia caminamos a lo largo de la playa a la luz de la luna Al clarear el día alcanzamos al correo enviado para dar aviso de mi llegada; al cabo de una hora cruzamos el río de Jesús María, y a las siete de la mañana nos detuvimos para desayunarnos en la hacienda del mismo nombre.

Esta era un miserable cobertizo, con un emparrado de ramas a su alrededor, pero tenía una apariencia de limpieza y comodidad; y "Hezoos" estaba como en su propietario tenía en ella dos mil cabezas de ganado, y que era dueño de todo el terreno que habíamos caminado desde el mar. "Hezoos" estaba como en su propia casa; y, según me refirió más tarde, en un tiempo había solicitado a una de las hijas para casarse; pero el padre y la madre no lo aceptaron porque no lo creyeron digno de ella. Añadió que ellos se habían sorprendido al verlo regresar en tan prósperas circunstancias, y que la hija le contó que ella siempre ha rehusado casarse con ningún otro con motivo de su cariño hacia él.

Mientras que nos desayunábamos, la madre me contó de una hija enferma, pidiéndome remedios, y por último me suplicó que la fuera a ver La puerta se abría por el cobertizo, y todas las rendipas del cuarto se hallaban cuidadosamente tapadas, como para evitar hasta el más leve soplo del aire. La inválida yacía sobre una cama en una esquina, con una tela de algodón cubriéndola como un mosquitero, pero baja y prendida con alfileres en todo el derredor; y cuando la madre levantó la cubierta, tropecé con una masa de aire caliente y malsano que por poco me domina. La pobre muchacha estaba tendida boca arriba, con una sábana de algodón bien enrollada alrededor del cuerpo, y ya parecía como preparada para el entierro No tendría más de diez y ocho años; la fiebre acababa de abandonarla, su mirada todavía era brillante, pero su rostro estaba pálido y cubierto de manchas, arrugas y pliegues de suciedad. Ella padecía de fiebres intermitentes, ese azote que arruina la constitución y lleva a la tumba a miles de los habitantes de Centro América; y, de acuerdo con los obstinados prejuicios del país, no se le había lavado la cara por más de dos meses! Yo con frecuencia sentía repugnancia por las largas barbas y caras sin lavar de los individuos con calenturas intermitentes, y por la ignorancia y los prejuicios del pueblo sobre asuntos medicinales; para ilustrar esto, el Dr. Drivin me refirió un caso practicado por una vieja curandera, que ordenó a su paciente, un rico propietario de ganado, que se tendiera todas las mañanas desnudo en el suelo, y que degollaran un buey sobre él, para que la sangre caliente pudiera correr sobre su cuerpo. El hombre se sometió a la operación más de cien veces, y fué bañado por la sangre de más de cien bueyes; más tarde él aguantó un mucho más desagradable procedimiento, y, cosa rara, todavía vive.

Pero retrocedamos; en lo general mi práctica médica estaba confinada a los hombres, y con ellos yo me consideraba un practicante eficaz. No me gustaba recetar a las mujeres, y en este caso rebatí todas las preocupaciones del país y rebajé mi pericia médica ordenando, primero, que debían lavarle la cara a la pobre muchacha, pero me salvé un poquito recomendándoles que lo hicieran con agua caliente. Si ellos me lo agradecieron o no, yo no lo sé, pero tuve mi recompensa, porque miré un rostro agradable, y mucho tiempo después recordé la tierna expresión de sus ojos, cuando se volvió hacia mí y oyó el consejo que le dí a su madre.

A las diez reanudamos nuestra jornada. El terreno era plano y feraz pero sin cultivo. Pasamos varias miserables haciendas de ganado, cuyos propietarios vivían en los pueblos y tenían mozos en la finca, para de vez en cuando reunir y contar el ganado, que vagaba libremente n la montaña. A las once pasamos la hacienda de San Felipe, perteneciente a un galo ocupado en la minería. Estaba en un extenso claro, y en una espléndida situación, y su limpieza, orden y buenos vallados indicaban que el galo no había olvidado lo que había aprendido en el hogar.

Cruzamos el río Surubris y el río Grande o Machuca, y llegamos a la hacienda de San Mateo, situada en la Boca del Monte del Aguacate, y desde este lugar comenzamos a subir. El camino había sido muy mejorado últimamente, pero el ascenso era empinado, desierto y escabroso. A medida que subíamos por el barranco, oímos delante de nosotros un retumbante ruido, que sonaba como un trueno lejano, pero regular y continuado, y que se hacía más atronador a medida que avanzábamos; y por fin salimos a un pequeño claro y divisamos hacia un lado de la montaña un bonito edificio de madera aserrada, de dos pisos, con un liviano y gracioso balcón al frente; y a un lado se hallaba la atronadora máquina que nos había asustado con su ruido. Extranjeros del otro lado del Atlántico estaban taladrando los flancos de la montaña y triturando sus piedras hasta hacerlas polvo en busca de oro. Toda la cordillera, el mismo terreno que nuestros caballos herían con sus cascos, contenía ese tesoro por el cual el hombre abandona a la familia y a la patria.

Me dirigí a la casa y me presenté yo mismo a don Juan Bardh, el superintendente, un alemán de Friesburg. Eran como las dos de la tarde y hacía demasiado calor. La casa estaba amueblada con sillas, sofá y libros, y tenía a mis ojos una deliciosa apariencia; pero la vista de afuera lo era mucho más. La corriente que movía la inmensa máquina trituradora había convertido el lugar, desde tiempo inmemorial, en una descansadera, o punto de descanso para los arrieros. Todo estaba circundado de montañas, y directamente al frente se elevaba una a grande altura, en declive, y cubierta de árboles hasta la cima

Don Juan Bardh había sido superintendente de la Quebrada del Ingenio por cerca de tres años. La compañía que él representaba se denominaba la Anglo Costa Rican Economical Mining Company. Había estado en operación durante estos tres años sin pérdida alguna, lo cual fué considerado tan ventajoso que ya había aumentado su capital, y estaba a punto de continuar en mayor escala. La máquina que se acababa de instalar, era una nueva patente alemana, denominada Machine for extracting Gold by the Zillenthal Patent Self-acting Cold Amalgamation Process (creo que no he omitido nada), y su gran valor radicaba en que no requería procedimientos preliminares, sino que por una continuada y simple operación extraía el oro de la piedra. Esta era una inmensa rueda de hierro fundido, por medio de la cual la piedra, a medida que llegaba de la montaña, era triturada y convertida en polvo; éste pasa entre artesas llenas de agua, y de alí a un depósito que contiene vasos, donde el oro se separa de las otras partículas, y se combina con el azogue del cual los vasos estaban provistos.

Eran varias las minas al cuidado de don Juan, y después de la comida me acompañó a la de Corrallio, que era la más grande, y que, por fortuna, quedaba en mi camino. Después de una calurosa caminata de media hora, subiendo por tupidos bosques, llegamos al punto.

Según la opinión de unos cuantos geólogos que han visitado ese país, inmensas riquezas yacen sepultadas en la montaña de Aguacate; y muy lejos de estar escondidas, los propietarios dicen qus sus lugares se ha-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

llan tan bien marcados que todo el que busca puede encontrarlas. Los filones o venas metalíferas corren regularmente de Norte a Sur, en filas de diorita pórfido con estrato de pórfido basáltico, y de un promedio como de tres pies de anchura. En ciertos lugares se han practicado excavaciones laterales de Este a Oeste y en otros se han taladrado pozos hasta tocar la vena. La primera abertura que visitamos fué un corte transversal de cuatro pies de ancho, que penetraba doscientos cuarenta pies antes de tocar el filón; pero estaba tan lleno de agua que no entramos. Arriba de este había otro corte, y más arriba todavía estaban taladrando un pozo. Bajamos a éste por una escala formada del tronco de un árbol, con muescas cortadas en él, hasta que llegamos a la vena y la seguimos con una candela hasta donde estaba trabajada. Era como de una yrd de ancho y sus lados relucían —pero no por el oro,— éstos eran de cuarzo y feldespato, impregnados de sulfuro de hierro, y oro en partículas tan pequeñas que eran invisibles a la simple vista. Los objetos más sobresalientes en estos depósitos de riqueza eran los desnudos trabapjadores con sus picos, encorvados y sudando bajo los pesados costales de piedras.

Ya había avanzado la tarde cuando salimos del pozo. Don Juan me condujo por una empinada senda hacia arriba por la falda de la montaña, hasta una pequeña meseta, sobre la cual estaba un grn edificio ocupado por mineros. La vista era magnífica: abajo quedaba una inmensa barranca; arriba, encaramada sobre una punta, como un nido de águilas, la casa de otro superintendente; y sobre el lado opuesto, la gran cadena de montañas de Candelaria. Yo aguardé hasta que mis mulas subieron, y con muchos agradecimientos por su benevolencia, me despedí de don Juan.

A medida que seguíamos subiendo, a cada instante la perspectiva se hacía más grande y hermosa; y de repente, desde una elevación de seis mil pies, miré allá abajo el Pacífico, el Golfo de Nicoya, y, asentado como un ave sobre el agua, nuestro bergantín La Cosmopolita Y aquí, en los más elevados puntos, en los más agrestes y bellos lugares que jamás los hombres eligieron para sus viviendas, estaban las chozas de los mineros. El sol rozaba ligeramente el mar, alumbrando la superficie del agua, y suavizando las ásperas montañas; era la más hermosa escena que jamás yo vi, y esta gratísima visión fué la última; porque súbitamente se obscureció, y muy pronto entró la más negra noche de cuantas yo había conocido. Cuando descendimos, el bosque era tan tupido que aun en pleno día interceptaba la luz, y en algunos lugares el camino estaba cortado a través de escarpadas lomas más altas que nuestras cabezas, y cubierto por arriba con denso follaje "Hezoos" iba adelante de mí, con sombrero blanco y chaqueta y caminando junto a él un perro blanco; pero yo no podía ver los contornos de su figura El camino era empinado pero bueno, y no pretendí guiar la mula. En uno de los más obscuros pasajes " Hezoos" se detuvo, y, con una voz que hizo resonar el bosque, gritó "un león", "un león". Yo quedé espantado, pero él se apeó y prendió un cigarro Qué frescura, pensé yo; pero él me tranquilizó diciéndome que este león era un animal diferente del que ruge en los desiertos africanos, pequeño, que se asustaba con un grito y que sólo comía niños. Largo como parecía, nuestro total descenso no nos ocupó tres horas, y a las diez de la noche llegamos a la casa en la Boca de la Montaña. Estaba cerrada, y todos se encontaban durmiendo; pero tocamos fuerte, y un hombre abrió la puerta, y, antes que pudiéramos hacerle algunas preguntas, desapareció Media vez dentro, sin embargo hicimos bastante ruido para despertarlos a todos, y conseguimos maíz para las mulas y una luz. Allí había un amplio cuarto abierto a todo el que llegaba, con tres catres, todos ocupados, y dos hombres durmiendo en el suelo. El ocupante de una de las camas, después de mirarme por algunos instantes, lo desocupó, y yo tomé su lugar. El lector no debe suponer que yo fuera enteramente falto de escrúpulos, él se llevó toda su ropa de dormir, es decir, su chamarra La cama y todo su ajuar se componía de un cuero de res sin curtir.

CAPITULO 17

LA GARITA — ALIHUELA — UN PUEBLO BENEVOLO — HEREDIA — RIO SEGUNDO — CAFETALES DE SAN JOSE — EL VIATICO PARA UN MORIBUNDO — UN ENCUENTRO FELIZ — PERPLEJIDADES EN EL VIAJE — HOSPEDAJE EN UN CONVENTO — EL SEÑOR CARRILLO, JEFE DEL ESTADO— LAS VICISITUDES DE LA FORTUNA — VISITA A CARTAGO — TRES RIOS — UN ENCUENTRO INESPERADO — ASCENSION AL VOLCAN DE CARTAGO — EL CRATER — VISTA DE LOS DOS MARES. EL DESCENSO — PASEO POR CARTAGO — UN ENTIERRO — OTRO ATAQUE DE FIEBRES INTERMITENTES — UN VAGABUNDO— EL CULTIVO DEL CAFE

A la mañana siguiente entramos a un campo abierto, llano y ondulado, que me trajo a la memoria las escenas de mi tierra. A las nueve llegamos al borde de un magnífico barranco, y serpenteando hacia abajo por una empinada pendiente de más de mil quinientos pies, las montañas se juntaron a nuestro alrededor y formaron un anfiteatro. En el fondo del barranco había un tosco puente de madera, cruzando un angosto arroyo que corría entre rocas perpendiculares a ciento cincuenta pies de altura, muy pintoresco, y que me hizo recordar las cataratas de Trenton.

Subimos por un camino escarpado hasta la cumbre del barranco, donde estaba una larga casa, como para evitar todo paso excepto a través de ella. Se flama La Garita, y domina el camino desde el puerto hasta la capital Algunos empleados están estacionados aquí para tomar nota de las mercaderías y examinar los pasaportes. El que comandaba entonces había perdido un brazo al servicio de su patria, esto es, en una batalla entre su propio pueblo y otro a quince millas de distancia, y el puesto le había sido concedido por premio por sus patrióticos servicios.

A medida que avanzábamos mejoraba la región y, por espacio de una legua antes de entrar a Alihuela (Alajuela) había casas de ambos lados del camino a una distancia de tres a cuatrocientas yardas aprte, construids con adobes, blanqueadas, y los frentes de algunas ornamentados con pinturas. Varias tenían pintada en rojo a cada lado de la puerta la figura de un soldado, con su mosquete al hombro y bayoneta calada, de tamaño natural y firme como un militar bien disciplinado. Pero todas las imperfecciones quedaban ocultas por ringleras de árboles en ambos lados del camino, muchos de ellos con hermosas flores, los que en algunos lugares se encorvaban completamente cubriendo las casas. Los campos se hallaban cultivados con caña de azúcar, y cada casa tenía su pequeño trapiche o molino de azúcar; había señales de ruedas de carruajes y pronto íomos el ruido de un vehículo que se acercaba. El crujido de sus ruedas producía casi tanto ruido como la Zillenthal Patent Cold Amalgamating Machine en la montaña de Aguacate. Estaban hechos de un trozo de árbol de guanacaste, como de diez a doce pulgadas de grueso, con un hoyo en el centro, que jugaba sobre el eje casi ad libitum, y hacían el más lúgubre ruido que pueda concebirse. La cama

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

estaba hecha de caña de azúcar; era como de cuatro pies de alto y tirada por bueyes amarrados por los cuernos en lugar de la nuca.

Al entrar en Alihuela me detuve para preguntar por uno que llevaba el nombre inmortal en la historia de la conquista española. Era el apellido de Alvarado. Si era su descendiente o no yo no lo sé, ni tampoco él; y cosa extraña; aunque me encontré con varios que llevaban ese apellido, ninguno pretendía hacer constar, su linaje hasta el conquistador. Don Ramón Alvarado, sin embargo, me fué recomendado por cualidades que lo ligaban en carácter con su gran tocayo. El era el correo de la English Minning Company para Serapequea (Sarapiquí) y el Río San Juan.

Además de la ventaja del viaje por mar, mi principal objeto al dejar Zonzonate, era el adquirir alguna información relativa a la ruta del canal entre el Atlántico y el Pacífico, por medio del Lago de Nicaragua y del Río San Juan, y mi interés con Alvarado era el asegurarlo como guía hasta el puerto de San Juan. En media hora se hicieron todos estos arreglos, se fijó el día, y pagué la mitad del precio del contrato. Mientras tanto "Hezoos" se hallaba solícitamente empeñado en diseñar una cubierta negra glaseada sobre mi sombrero, y en colocarle un águila americana que yo había comprado a bordo del barco.

En Costa Rica hay cuatro ciudades y todas ellas se hallan situadas dentro de un espacio de quince leguas; no obstante eso, cada una tiene un clima diferente y distintas producciones. Incluyendo los suburbios, Alihuela contiene una población alrededor de 10 000 habitantes. La plaza estaba hermosamente situada, y la iglesia, el cabildo y las casas del frente tenían buena apariencia. Estas últimas eran largas y bajas, con nchos portales y grandes ventanas con balcones construidos con barrotes de madera. Era día domingo, y los habitantes, limpiamente vestidos, estaban sentados en los portales, o, con las puertas abiertas, reclinados en hamacas, o en canapés de madera de alto respaldo, en el interior. Las mujeres estaban trajeadas como damas, y algunas eran hermosas y todas blancas. Un viejo de aspecto respetable, parado en la puerta de una de las mejores casas, gritó "amigo", y nos preguntó quiénes éramos, de dónde veníamos y para dónde íbamos, encomendándonos a Dios al partir; y todos a lo largo de la calle nos saludaban amistosamente.

A una distancia de tres leguas pasamos por Heredia sin apearnos. Yo había caminado todo el día con un sentimiento de extraordinaria satisfacción, y si tales eran mis sentimientos, ¿cuáles serían los de Hezoos? El estaba de regreso a su tierra, con su amor acrecentado por la ausencia y por los sufrimientos lejos del hogar. Por todo el camino se encontraba con viejos conocidos y amigos. Era él un muchacho de buena presencia, ostentosamente vestido, y portaba una espada peruana guacaluda de más de seis pies de largo. Llevaba amarrado por detrás con correas, un maletín de paño escarlata, ribeteado de negro, parte del uniforme de un soldado peruano. Habría sido curioso el recordar cuántas veces refirió su historia: del servicio militar y de los combates en el Perú; de su reclutamiento forzado para la marina y de su deserción; de su viaje a México y de su regreso a Guatemala por tierra; y siempre terminaba preguntando por su mujer, de quien no había sabido desde que dejó el hogar, "la póvera" ("la pobre") eran regularmente sus últimas palabras A medida que nos acercábamos a su casa su ternura por "la póvera" aumentaba. No pudo obtener ningunos informes directos de ella; pero un amigo bien intencionado le sugirió que probablemente ya se habría casado con algún otro, y que él solamente perturbaría la tranquilidad de la familia con su regreso.

Una legua más allá de Heredia llegamos a otra gran barranca. Descendimos y cruzamos un puente sobre el Río Segundo. Pocos meses antes, este río se había crecido de súbito y sin ninguna causa aparente, arrastrando una casa con todo y familia cerca del puente, y dejando a su paso consternación y muerte Pero la geografía del interior de ese país es muy poco conocida, y se supuso que algún lago se habría desbordado. Al subir por el lado opuesto, señaló 'Hezoos el sitio de la batalla en la que el oficial de "La Garita" había perdido el brazo, y en la cual él mismo había tomado parte, y, como era habitante de San José, habló de las gentes de la otra ciudad, como un inglés del tiempo de Lord Nelson se habría expresado de un francés.

En la cumbre de la barranca llegamos a una gran meseta cubierta con las ricas plantaciones de café San José. Estaban colocadas en cuadros de doscientos pies, cercadas por setos vivos de árboles en flor, con caminos de sesenta pies de anchura; y, con excepción de los cortos senderos para bestias, los caminos tenían un césped de invariable verdor. El verde obscuro de los cafetales, la verdura de los caminos, y los paisajes a través de los árboles en todas las encrucijadas, eran hermosas; a cierta distancia a cada lado había montes, y al frente, elevándose sobre todos, estaba el gran Volcán de Cartago. Era casi la misma hora cuando, el día anterior, desde la cima del monte de Aguacate, yo había mirado los inmensos barrancos y las cumbres de las elevadas montañas, y divisado el Océano Pacífico. La perspectiva ahora era tan risueña como agreste la otra; y hablaba por sí misma a todos los sentidos, pues no se hallaba, como en el resto de Centro América, retrogradando y marchando hacia la ruina, sino sonriente, como una recompensa de su industria. Siete años antes todo el llano era un inmenso erial.

Al final de esta meseta divisamos San José, en una planicie abajo de nosotros Sobre la cima de la loma pasamos por una casa que tenía un arco de flores frente a la puerta, indicando que en el interior yacía alguien que necesitaba recibir los últimos sacramentos, antes de partir al otro mundo para dar cuenta final de su existencia. Al descender miramos a lo lejos una larga procesión, encabezada por una cruz con la imagen del Salvador crucificado Se aproximaba con música de violines y con un ruidoso coro de voces, e iba acompañando al sacerdote hacia la casa del hombre agonizante. A medida que se acercaba, los de a caballo se quitaban el sombrero y los de a pie se arrodillaban. Nosotros la encontramos cerca de un angosto puente al pie de la colina. El sol estaba declinando, pero sus últimos rayos eran abrasadores para la cabeza descubierta. Al cura lo llevaban en una silla de manos. Nosotros esperamos hasta que él pasó, y aprovechándonos de una parada de la procesión cruzamos el puente, pasamos una larga fila de hombres y una más larga de mujeres, y al encontrarme ya algo retirado me puse el sombrero. Un fanático sujeto, con semblante ceñudo me gritó: "quittez el sombrero". Yo respondí espoleando mi caballo, y al propio momento toda la procesión se desorganizó. Salió precipitadamente de la fila una mujer y 'Hezoos saltó de su caballo y la tomó en sus brazos, acariciándola y besándola tanto como la decencia en las calles públicas lo podía permitir. Con la mayor sorpresa supe que la mujer no era más que su prima, y ella le contó que su esposa, que era la principal modista del lugar, ya iba adelante en la procesión. 'Hezoos estaba fuera de sí; retrocedía, regresaba, cogía su caballo y tiraba de la bestia en pos de él; en seguida montando y espoleando, me suplicó que me apresurara y que le permitiera regresar adonde estaba su mujer. Al entrar en la ciudad, pasamos por una casa de apariencia respetable, donde cuatro o cinco mujeres bien vestidas estaban sentadas en el corredor. Ellas, al vernos lanzaron una exclamación y 'Hezoos, avanzando sobre las gradas con su mula, se apeó y las abrazó a todas por turno. Después de unas pocas precipitadas palabras, las abrazó a todas otra vez. Algunos amigos varones trataban de arrancarlo de allí, pero él volvía a las mujeres. En verdad, el pobre muchacho parecía loco, aunque pude observar que era una locura muy metódica, porque, después de dos vueltas con las más respe-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tables ancianas, las abandonó, y arrastrando hacia adelante a una muchacha muy bonita, con los brazos alrededor de su cintura, y besándola a cada momento, me contó que ella era la aprendiza de su esposa; y aunque a cada beso él le hacía preguntas acerca de su mujer, no aguardaba las respuestas, y los besos se repetían con más rapidez que las preguntas. Durante todo ese tiempo yo me estuve a caballo mirando. No cabe duda que eso era para él muy agradable, pero ya empezaba a impacientarme; viendo lo cual, se separó, montó, y acompañado por media docena de sus amigos, de nuevo tomó la delantera. A medida que avanzábamos aumentaban sus amigos. Esto era algo fastidioso, pero yo no podía perturbarlo en los más dulces placeres de la vida, la bienvenida que le daban sus amigos después de una larga ausencia. Al cruzar la plaza, dos o tres soldados de su antigua compañía, reclinados contra la baranda del cuartel le gritaron compañero, y, con el sargento a la cabeza, llegaron y se unieron a nosotros. Atravesamos la plaza con quince o veinte en nuestra compañía o, mejor dicho, en su compañía, algunos de los cuales, particularmente el sargento, en obsequio a él, se mostraron atentos conmigo.

Mientras que él tenía tantos amigos para darle la bienvenida, yo no tenía ninguno. En efecto, yo no sabía dónde dormiría esa noche. En las poblaciones grandes de Centro América siempre me encontraba desconcertado para hallar dónde alojarme. Por todo el país el viajero no encuentra hospedaje público, salvo el cabildo y un jarro de agua. Todo lo demás debe llevarlo consigo, o comprarlo en el lugar —si puede. Pero en las grandes poblaciones no se tiene este recurso, porque allí no sería decente alojarse en el cabildo. Yo tenía cartas de recomendación, pero era sumamente desagradable el presentarme sobre el lomo de una mula, con el equipaje en los talones, como si ellas fueran, en realidad, libranzas a la vista para conseguir habitación y mesa.

'Hezoos me había contado que allí estaba un viejo chapitón, esto es, una persona de España, en cuya casa yo podría conseguir un cuarto alquilado para mí, pero desgraciadamente, el tiempo y las circunstancias habían obligado al viejo español a irse tan lejos que los ocupantes de su casa ignoraban su paradero. Yo contaba con él con tanta seguridad que no había sacado mis cartas de recomendación, y ni siquiera sabía los nombres de las personas a quienes iban dirigidas. El cura estaba en su hacienda y su casa se encontraba cerrada; un padre que había estado en los Estados Unidos se hallaba enfermo, y no podía recibir a nadie; los amigos de mi criado todos me recomendaban a distintas personas, como si yo tuviera toda la ciudad a mi disposición; y principalmente me animaban para honrar con mi compañía al Jefe de Estado. En medio de esta consulta callejera, yo suspiraba por un hotel de cien dólares al día, y tener al gobierno como pagador. 'Hezoos, que durante todo este tiempo se hallaba en una terrible precipitación, después de una animada charla con algunos de sus amigos, espoleó su mula y me hizo volver de prisa, cruzó una esquina de la plaza, dobló una calle a la derecha, se detuvo frente a una pequeña casa, donde se apeó, y suplicándome que hiciera lo mismo, al momento arrebataron las monturas y las llevaron hacia el interior. Me entraron a la casa, y me ofrecieron una silla baja en una pequeña habitación, donde una docena de mujeres, amigas de 'Hezoos y de su esposa, lo esperaban para darle la bienvenida a su hogar. El me dijo que no sabía dónde estaba su casa, ni si tenía algún cuarto demás, hasta que lo supiera por sus amigos; y llevando mi equipaje al interior de una pequeña y obscura habitación, que yo podría contar con esa para mí, y que él, su mujer, y todos sus amigos me servirían, y que estaría allí con más comodidad que en ninguna otra casa en San José. Yo me encontraba sumamente cansado, por haber hecho un viaje de tres días en dos, y muy fatigado por la molestia de andar buscando un lugar de descanso; y si hubiera sido más joven, y no hubiera temido el qué dirán, no me habría tomado ninguna otra molestia; pero, desgraciadamente, la dignidad del cargo podría haber sido lastimada con mi permanencia en casa de mi criado; y, a más de eso, que no me podía mover sin tropezar con una mujer; y, para ajuste, que 'Hezoos le echaba los brazos a la que se le antojaba y la besaba tanto como quería. En medio de mi perplejidad llegó "la póvera" seguida de media docena de las de la procesión, aficionadas a las tiernas escenas. No intentaré describir el encuentro. 'Hezoos, como atado por el deber, abandonó a las otras, y no obstante todo lo que había hecho, envolvió la diminuta figura de su esposa entre sus brazos, tan apretadamente, como si hiciera un mes que no hubiera visto a una mujer; y "la póvera" descansó en sus brazos tan feliz como si no hubiera ni primas bonitas ni muchachas aprendizas en el mundo.

Todo esto ya era demasiado para mí: me abrí paso hacia afuera y después de consultar con el sargento, mandé que ensillaran mi caballo, y caminando por tercera vez a través de la plaza, me detuve frente al convento de don Antonio Castro. La mujer que abrió la puerta me dijo que el padre no estaba en casa. Le respondí que entraría para esperarlo, y mandé colocar mi equipaje en el zaguán. Ella me invitó a pasar al interior y, en consecuencia, ordené que en seguida entraran mi equipaje. La habitación ocupaba casi todo el frente del convento, y fuera de algunas imágenes de santos, su único mueblaje se componía de una larga mesa, y de un amplio canapé de respaldo alto y asiento de madera. Coloqué mis pistolas y mis espuelas sobre la mesa y arrellenándome en el canapé, esperé al padre para darle la bienvenida a su casa.

Regresó poco después de entrada la noche y se quedó sorprendido y sin saber que hacer conmigo, no obstante que parecía reconocer el principio de que la posesión es nueve puntos de la ley. Yo noté, sin embargo, que su embarazo no era por falta de hospitalidad, sino por la creencia de que no me la podía hacer muy confortable. En Costa Rica los padres son pobres y más tarde supe que allí es raro que un extranjero llegue a pesar sobre uno de ellos. Desde entonces he pensado que el Padre Castro debe haberme considerado xtraordinariamente fresco; pero, sea lo que fuere, al entrar en seguida su sobrino, ellos sin tardanza me prepararon chocolate. En cada extremo de la amplia habitación había una más pequeña que ocupaban el padre y su sobrino respectivamente. Este dejó vacante la suya y con unas pocas piezas de las del padre, me acomodaron tan bien, que cuando me acosté, yo mismo me congratulaba de haber hecho todo lo posible para entrar allí, y sin duda, antes que ellos se hubiesen recobrado de la sorpresa yo ya estaría durmiendo.

Pronto corrió la noticia de mi llegada, y a la mañana siguiente recibí varias invitaciones para las casas de algunos vecinos —una de la señora de don Manuel de Aguila—; pero yo estaba tan satisfecho en el convento que no me hallaba dishpuesto a abandonarlo. Como era natural, pronto me di a conocer a todos los extranjeros residentes, quienes, sin embargo no eran más que cuatro· los señores Steiples y Squire el uno alemán y el otro inglés, asociados en negocios; Mr. Wallenstein, alemán; y el cuarto era un paisano, Mr. Lawrence, de Middletoy, Connecticut. Todos vivían con Mr. Steiples; y tuve inmediatamente una invitación unánime para hacer de su casa mi residencia.

San José es, yo creo, la única ciudad que ha crecido o mejor dicho, prosperado desde la independencia de Centro América. Bajo el dominio español la capital real era Cartago; pero al estallar la revolución, el fervor patriótico era tan ardiente, que se resolvió abolir este recuerdo de la servidumbre colonial, y establecer la capital en San José. Sus ventajas locales quizás sean iguales. Cartago está más inmediata al Atlántico, y San José al Pacífico; pero entre ellas sólo hay una distancia de seis leguas. Los edificios en San José son todos republicanos; allí no hay ninguno grandioso ni

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de belleza arquitectónica, y las iglesias son inferiores a muchas erigidas por los españoles en los más pequeños pueblos *No obstante eso, ella exhibe un desarrollo de recursos* y una apariencia de comercio raros en este letárgico país, y en la plaza había una residencia que daba indicios de que el dueño había estado en el exterior, y que había regresado con la mente tan liberalizada, como para adoptar los adelantos de otros países y construir de un modo diferente al acostumbrado por sus padres y distinto del gusto de sus vecinos

Mi primera visita de cortesía fué para el señor Carrillo, Jefe del Estado El Estado de Costa Rica gozaba en esa época de un grado de prosperidad no igualado por ninguno en la desunida confederación A salvo por la distancia, sin riqueza bastante para excitar la codicia, y con una gran extensión selvática para protegerlo contra la marcha de un ejército invasor, había escapado de los tumultos y guerras que desolaban y devastaban a los otros Estados. Y aun así, solo dos años antes, había tenido su propia revolución: una tumultuosa soldadesca penetró a la plaza, y gritando A bas (Abajo) de Aguila, y Viva Carrillo, mi amigo don Manuel fué arrojado por las bayonetas y desterrado del Estado, y Carrillo colocado en su lugar Este nombró vice-jefe a su suegro, un pacífico y respetable anciano, reunió a la soldadesca y a los empleados civiles y militares en la plaza, y todos pasaron por la solemne farsa de jurar fidelidad a la constitución Llegó el tiempo señalado por ésta para llevar a cabo las nuevas elecciones, pero no fué permitido que se verificaran, pues habiendo ya ensayado esto una vez y siendo burlado, él no pensaba correr de nuevo ese riesgo, y probablemente seguirá así hasta que sea lanzado por la misma fuerza que lo puso en el poder Mientras tanto usa de prudentes precauciones no permite que entren *a sus dominios emigrados, ni revolucionarios*, ni personas sospechosas de otros Estados, ha suprimido la prensa y encarcela o destierra bajo pena de muerte si regresan, a todos los que alzan la voz en contra de su gobierno

El era como de cincuenta años, de baja estatura y fornido, modesto, pero cuidadoso en el vestir, y con una apariencia en el rostro de *inflexible resolución* Su residencia era bastante republicana, y no tenía nada que la distinguiera de la de cualquier otro ciudadano; en una parte su esposa tenía una pequeña tienda, y *en la otra estaba su oficina para los asuntos del gobierno* Esta no era más grande que el despacho de un comerciante de tercera clase, y tenía tres amanuenses, quienes en el momento de mi entrada se hallaban empeñados escribiendo, mientras él con la levita quitada, estaba examinando papeles Ya había tenido noticia de mi llegada, y me dió la bienvenida a Costa Rica Aunque la ley bajo la *cual estuve a punto de ser* detenido en el puerto era lo que predominaba en mi pensamiento, y estoy seguro que él no lo había olvidado, ninguno de nosotros hizo referencia a ella. Inquirió particularmente *con respecto a Guatemala*, y, aunque simpatizando con la política del Estado, no tenía buena opinión de Carrera Su hostilidad hacia Morazán y para el gobierno federal era sin tregua, y, en efecto, a mí me pareció que estaba en contra de cualquier gobierno general, y firmemente convencido de que Costa Rica podía sostenerse sola, sin duda creyendo que el Estado, o, lo que es lo mismo, él personalmente, podía desembolsar las rentas mejor que ninguna otra autoridad En realidad, esta es la roca en que se estrellan todos los políticos de Centro América: no hay tal cosa de sentimiento nacional Cada Estado querría ser un imperio; los funcionarios del Estado no pueden tolerar superiores, un Jefe de Estado no puede sufrir a un Presidente El no había enviado diputados a la Convención, ni pensaba hacerlo; pero decía que Costa Rica permanecería neutral hasta que los otros Estados hubiesen allanado sus dificultades Se expresó con mucho interés de la mejora de los caminos, particularmente los que conducían a los puertos sobre el Atlántico y el Pacífico, y manifestó gran satisfacción por el proyecto del gobierno británico, *que yo le mencioné, de enviar vapores para conectar* las islas de las Indias Occidentales con la costa americana, los que, al tocar en el puerto de San Juan, podrían poner su apartada capital a diez y ocho o veinte días de Nueva York En verdad, usurpador y déspota como es, Carrillo trabaja con ahinco por el adelanto del Estado, y por mil doscientos dólares al año, más sus extras, y con el permiso de ser su propio pagador Al mismo tiempo, protege a todo aquel que no le lleva la contraria Unos cuantos que no pueden someterse al despotismo hablan de abandonar el país; pero la gran mayoría está satisfecha y el Estado prospera De mi parte le admiro En aquel país la alternativa es, o un gobierno fuerte o nada enteramente Por todas partes en su Estado tuve una sensación de seguridad personal, de la que no gocé en ningún otro Para beneficio de los viajeros, ojalá que él viva mil años!

En la tarde comí con los residentes extranjeros en casa de Mr. Steiples Este caballero es un ejemplo de lo que son las vicisitudes de la fortuna El es nativo de Hanover A la edad de quince años dejó el colegio y se alistó en el ejército Prusiano; peleó en Dresden y en Leipzig, y en la batalla de Waterloo recibió una bala en el cerebro, de resultas de lo cual, desgraciadamente, solo un mes antes, había perdido el uso de un ojo Imposibilitado por la herida durante tres años, al recobrar la salud se embarcó para la América del Sur con tres compañeros, y entró al ejército peruano, se casó con una "Hija del Sol", se hizo comerciante, y se vino a San José, donde estaba entonces viviendo al estilo de la hospitalidad europea Yo perderé toda reputación de viajero sentimental, pero no puedo dejar de mencionar con honor a cada una de las personas que me brindaron una buena comida, y *con esta determinación no ofenderé al lector sino una* vez más

Por la mañana temprano, acompañado de mi paisano Mr Lawrence, y montado en una magnífica mula que me prestó Mr Steiples, salí rumbo a Cartago Abandonamos la ciudad por una larga y bien pavimentada calle, y un poco más allá de los suburbios pasamos *una bonita plantación de café, la que me trajo* a la memoria una villa Continental Esta era la propiedad de un francés que falleció a tiempo de terminarla, pero su viuda ya había provisto otro amo para *su casa y padre para sus hijos De ambos lados* había montañas, y al frente se destacaba el majestuoso Volcán de Cartago Los campos estaban cultivados con maíz, plátanos y papas Estas últimas, aunque indígenas y ahora diseminadas por toda Europa, ya no son más el alimento de los nativos, y no se encuentran sino raramente en Hispano América Las papas de Cartago son de buen sabor, pero no más grandes que una nuez de nogal, sin duda por la falta de cuidado en su cultivo Pasamos un Campo Santo, un cuadro circulado de paredes de adobes blanqueadas, y llegamos a un pueblo indígena, el primero que había visto en Costa Rica, y mucho mejor que ninguno en los otros Estados con sus casas de tejas y más sólidas, y sus habitantes con sus vestidos puesto

A medio camino entre San Joé y Cartago llegamos a la aldea de Tres Ríos Desde este lugar el camino era más quebrado, sin cercas, y el terreno muy poco cultivado

Se han hallado apuntamientos en los archivos de Cartago, fechados en 1598, que prueban que ella es la ciudad más antigua de Centro América Llegando de San José, su apariencia era la de una antigua ciudad Las iglesias eran grandes e imponentes; las casas tenían circulados sus patios con paredes tan altas como ellas mismas; y su quietud era extraordinaria Marchamos hacia arriba por una larga calle sin ver a una sola persona, y las calles transversales, que se extendían a una gran distancia de ambos lados, estaban desoladas Un solo jinete que cruzó a alguna distancia, fué un objeto que llamó nuestra atención

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

El día anterior nos habíamos encontrado en San José con el Dr Brayley, el único extranjero residente en Cartago, quien había prometido conseguirnos un guía, y hacer los arreglos para la ascensión al Volcán de Cartago; y nos encontramos con que, además de hacer todo lo que había ofrecido, él mismo ya estaba listo para acompañarnos Mientras se preparaba la comida, Mr L y yo visitamos a otro paisano, Mr Lovel, un caballero a quien conocí en Nueva York El era era recién casado y había traído a su esposa, una joven de Nueva York, a quien, para mi sorpresa y con gran placer, reconocí como una conocida muy a la ligera, es la verdad, pero el mero conocimiento personal, tan lejos de la patria, era casi suficiente para constituir una intimidad Ella había tropezado con muchas dificultades y su hogar estaba en realidad en tierra extraña; pero todo lo soportaba con la abnegación de la mujer que renuncia a su bienestar por amor a una persona, y se mostraba contenta con el cambio Su casa estaba situada a un lado de la plaza, dominando una vista del volcán casi desde la base hasta la punta, y, aunque era una de las mejores del lugar, la renta era solamente de seis dólares al mes

Inmediatamente después de la comida salimos para subir al volcán Era necesario dormir en el camino, y Mr Lovel me proveyó con un poncho mexicano para taparme, y una piel de oso de las Montañas Rocosas para cama

Bajando por la calle principal, cruzamos frente a la catedral, e inmediatamente comenzamos la ascensión Muy pronto llegamos a una altura que dominaba una vista de un río, de un pueblo y de un extenso valle no visibles desde el llano abajo Las faldas del volcán son particularmente favorables para ganado, y mientras que las llanuras de abajo eran impropias, todo el camino para arriba era de potreros o campos de pasturas, y de chozas ocupadas por los individuos que cuidaban del ganado

Nuestra única ansiedad era el temor de perder el camino Pocos meses antes mis compañeros habían intentado ascender con Mr. Handy, mas, por la ignorancia de su guía, se extraviaron, y después de vagar toda la noche por las faldas del volcán, regresaron sin llegar a la cima A medida que subíamos, la temperatura se tornaba más fría Yo me puse mi poncho; antes de llegar a nuestro lugar de descanso me castañeaban los dientes, y antes de apearme ya sentía los escalofríos de la fiebre La situación era de lo más agreste y romántica, suspendidos sobre el flanco de una inmensa barranca, pero yo había cambiado sus bellezas por un resplandeciente fuego de carbón La choza era la más elevada sobre la montaña, construida de lodo, con ninguna otra abertura más que la puerta y las grietas de la pared Frente a la puerta estaba una imagen de la Virgen y a cada lado había una armazón por una cama, sobre una de ellas, mis amigos extendieron la piel de oso, y tumbándome encima, me envolvieron en el poncho Yo me había prometido una noche de sociedad, pero ¿quién puede estar seguro de una hora de placer? Me encontraba completamente incapacitado, pero mis amigos me prepararon un poco de té caliente, el lugar era perfectamente tranquilo, y, sobre todo, yo tenía un resfrío y una fiebre tan confortables como los que siempre había experimentado

Antes de clarear el día reanudamos nuestro viaje, el camino era áspero y precipitado, en cierto lugar un huracán había barrido la montaña, y los árboles yacían a través del camino tan tupidos que casi lo hacían impasible, nos vimos obligados a apearnos, trepando sobre ellos algunas veces y arrastrándonos otras por debajo Mas adelante entramos a una región despejada, donde no crecían más que cedros y espinos, y aquí ví arándanos por la primera vez en Centro América En esa agreste región era un encanto el ver algo que fuera familiar para mí en mi patria, y quizá me había enternecido, pero los encontré duros y desabridos A medida que nos elevábamos íbamos entrando a una región de nubes, muy pronto estas se tornaron tan densas que no podíamos distinguir nada, las figuras de los de nuestra propia comitiva eran apenas perceptibles, y perdimos toda esperanza de alguna vista desde la cima del volcán La hierba todavía crecía, y subimos hasta llegar a una zona estéril, de arena y lava; y aquí, para nuestro gran gozo, salimos de la región de las nubes y miramos la cumbre del volcán, limpia de vapores, que parecía confundirse con el cielo azul claro, y en aquella hora temprana el sol no tenía la altura suficiente para juguetear sobre su cima

Mr Lawrence, que se había esforzado caminado, se tendió a descansar, y el doctor y yo seguimos adelante El cráter tenía como dos millas de circunferencia, desgarrado y roto por el tiempo o por alguna gran convulsión, los fragmentos permanecían elevados, desnudos y enormes como montañas; y en el interior había tres o cuatro cráteres más pequeños Nosotros subimos sobre el lado Sur por una arruga que corría de Oriente a Poniente, hasta que alcanzamos un punto elevado, donde había un inmenso boquete en el cráter imposible de cruzar La elevada altura donde nos encontrábamos estaba perfectamente despejada, la atmósfera era de una transparente pureza, y mirando más allá la desolada región, abajo de nosotros, a una distanci quizás de dos mil pies, todo el territorio se hallaba cubierto de nubes, y la ciudad al pie del volcán era invisible Por grados las nubes más lejanas se fueron elevando, y sobre el inmenso lecho divisamos al mismo instante los dos océanos: Atlántico y Pacífico Este era el grandioso espectáculo que habíamos ansiado pero que difícilmente esperábamos conplar Mis compañeros habían ascendido varias veces al volcán, pero a causa de las nubes solamente una vez habían visto antes los dos mares Los puntos en que estos se veían eran el Golfo de Nicoya y el puerto de San Juan, no al frente directamente, sino casi en ángulo recto cada uno, de modo que podíamos verlos sin voltear el cuerpo En linea recta sobre la cima de las montañas ni uno ni otro se hallaban a más de veinte millas de distancia y, desde la gran altura en donde nos encontrábamos parecían casi a nuestros pies Este es el único lugar en el mundo que domina una vista de los dos mares; y yo enfilé el espectáculo con aquellas muy interesantes ocasiones, cuando desde la cumbre del Monte Sinaí miré hacia el desierto de Arabia, y vi el Mar Muerto desde el Monte Hor

No hay historia ni tradición relativa a la erupción de este volcán, probablemente tuvo lugar mucho tiempo antes que el país fuera descubierto por los europeos Esta fué una de las veces en que lamenté la pérdida de mi barómetro, pues la altura de la montaña jamás ha sido medida, pero se cree que tiene alrededor de once mil pies

Regresamos adonde estaban nuestros caballos y encontramos a Mr Lawrence y al guía dormidos. Los despertamos, encendimos fuego, hicimos chocolate y bajamos En una hora llegamos a la choza donde habíamos dormido y a las dos de la tarde a Cartago Por la tarde salí con Mr Lovel a dar un paseo Todas las calles eran parecidas, largas y rectas, y no había nadie en ellas Dimos con una que parecía no tener fin, y a cierta distancia fuimos interceptados por una procesión que bajaba una calle transversal Venía encabezada por muchachos tocando violines y en pos de ellos unas pequeñas andas primorosamente decoradas y salpicadas de flores Era un ataúd que llevaba el cuerpo de un niño al cementerio Nosotros lo seguimos, y pasándolo en la puerta, entramos por una capilla, a cuya entrada se hallaban sentados tres o cuatro hombres vendiendo billetes de lotería, y uno de ellos nos preguntó si queríamos ver la tumba de nuestro paisano Consentimos, y nos condujo al sepulcro de un joven americano a quien yo había conocido de vista , conociendo además personalmente a varios miembros de su familia Había fallecido como un año antes de mi visita y su entierro estuvo acompañado de tristes circunstancias El vicario se negó a darle sepultura en suelo consagrado, y el Dr Brayley, que

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

era el único europeo residente en Cartago, y en cuya casa murió, se fué a caballo hasta San José, y apoyándose en el tratado existente entre los Estados Unidos y Centro América, obtuvo una orden del gobierno para su entierro en el cementerio Todavía el fanático vicario, actuando, como él dijo, bajo un poder más alto, se opuso Se envió un mensajero a San José, y dos compañías de souldados fueron mandadas a casa del doctor para escoltar el cuerpo hasta la fosa Por la noche se estacionaron hombres al lado de ella para cuidar que no fueran a desenterrarlo y abotarlo fuera del recinto Al siguiente día el vicario, con la cruz e imágenes de santos, y con todos los emblemas de la iglesia, y un gran concurso de vecinos, se movía en solemne procesión rumbo al cementerio para reconsagrar formalmente el campo que había sido mancillado con el entierro de un hereje La tumba es la tercera desde el corredor

En el corredor, y en un lugar de honor entre los principales muertos de Cartago, yacen los restos de otro extranjero, un inglés llamado Bailey El día antes de su fallecimiento fué llamado el alcalde para hacer su testamento, quien, según la forma acostumbrada, le preguntó si era cristiano Mr Bailey respondió que sí; y el alcalde lo inscribió como cristiano católico apostólico y romano El mismo Mr Bailey no se fijó en esto; él sabía de la dificultad que había habido en el caso de mi paisano como seis meses antes, y queriendo ahorrar a sus amigos una desagradable y, quizás, infructuosa controversia, ya había indicado un árbol particular bajo el cual deseaba ser sepultado Antes que le fuera leído el testamento falleció Su respuesta al alcalde se tuvo como una evidencia de su ortodoxia; sus amigos no intervinieron, se le dió sepultura bajo la dirección especial de los sacerdotes y con todas las más sagradas ceremonias de la iglesia Fué el día más grande nunca visto en Cartago A las exequias asistieron todos los habitantes y la procesión marchó desde la puerta de la iglesia, encaebzada por violines y tambores, seguida de los sacerdotes, con todas las cruces, imágenes de santos y banderas que habían sido acumuladas desde la fundación de la ciudad En las esquinas de la plaza y de todas las calles principales, la procesión se detenía a cantar aleluyas, para manifestar el gozo en los cielos por un pecador que se arrepiente

Mientras estábamos en el corredor, vimos pasar al hombre que había acompañado el féretro, con el niño en los brazos El era su padre y con la sonrisa en los labios lo llevaba a la tumba Lo seguían dos muchachos tocando violines, y otros se estaban riendo alrededor. El niño iba vestido de blanco, con una guirnalda de rosas en la cabeza; y como se hallaba en los brazos de su padre, no parecía muerto, sino dormido. La fosa no estaba enteramente abierta y los muchachos se sentaron sobre un montón de tierra de la que había sido excavada, y tocaron el violín hasta que se terminó El padre entonces colocó al niño cuidadosamente en su último lugar de descanso, con la cabeza hacia el sol naciente; le cruzó las manitas sobre el pecho juntándole los dedos alrededor de un pequeño crucifijo de madera; y parecía, tal como ellos lo pensaban, dichoso de escapar de las penalidades de un incierto mundo Allí no hubo derrame de lágrimas; por el contrario, todos estaban alegres; y aunque parecía inhumano, no era porque el padre no amara a su hijo, sino porque a él y a todos sus amigos se les había enseñado a creer, y eran firmes en su convicción, que, separándose tan tierno, inmediatamente sería transportado a un mundo mejor El padre le espació un puñado de tierra sobre el rostro, el sepulturero empuñó su pala en pocos momentost se llenó la pequeña fosa, y precedidos por el muchacho tocando su violín, salimos todos juntos

A la mañana siguiente, con gran pesadumbre, me despedí de mis cariñosos amigos y regresé a San José

Ha sido mi desgracia el ser juguete de las mujeres de otros hombres Perdí el mejor criado que tenía en Guatemala porque su esposa tuvo miedo de confiármelo, y ami regreso me encontré con 'Hezoos que me esperaba en el convento Mientras ponía mis cosas en orden, sin mirarme la cara, me habló de las penalidades que su mujer, "la póvera", había sufrido durante su ausencia, y de lo difícil que era para una mujer casada mantenerse sin su marido Yo adiviné cuál era su tendencia; y sintiendo, particularmente desde la reaparición de mis fiebres intermitentes, la importancia de tener un buen criado en el largo viaje que tenía frente a mí, con el egoísmo propio de un viajero, fomenté sus propensiones vagabundas, diciéndole que en unas pocas semanas estaría cansado del hogar, y que ya no tendría otra tan buena oportunidad para ausentarse Esto le pareció tan persuasivo que ya no siguió con sus insinuaciones y se fué contento

A las tres de la tarde me encontraba dudoso con respecto a mis fríos, pero, decidido a no darles entrada, me vestí y me fuí a comer con Mr Steiples Antes de sentarme, lo azulado de mis labios y la tendenciaa usar sílabas superfluas me traicionaron, y mi vieja enemiga me sacudió por todo el camino de regreso hasta el convento y en la cama En seguida llegó la fiebre, y me quedé acostado todo el día siguiente, recibiendo muchas visitas en la puerta, y unas pocas adentro. Una de éstas fué la de 'Hezoos que regresaba más resuelto que antes, y al llegar al punto dijo, que él por su parte estaba ansioso de acompañarme, pero que su mujer no lo consentía Yo pensé que si ella tomaba las armas en mi contra todo estaba perdido, pero le hice ver que él había celebrado un contrato, y que ya estaba repagado; y le mandé a ella un par de aretes de oro para dejarla tranquila

Durante cuatro días sucesivos me repitieron los fríos y las calenturas En el convento fuí tratado con toda benevolencia, los amigos me visitaron, y el Dr Brayley llegó de Cartago para asistirme; pero por otra parte yo estaba desalentado Llegó el día fijado para emprender la marcha con Alvarado Era imposible partir, el Dr Brayley me advirtió que sería insensato el hacerlo, mientras hubiese alguna tendencia a la enfermedad Eran seis días de viaje por el desierto hasta el puerto de San Juan, sin una casa por el camino, sólo con montañas que cruzar y ríos que vadear Toda la partida se iría a pie menos yo; cuatro hombres de más serían necesarios para pasar mi mula en algunos lugares difíciles, y siempre había allí más o menos lluvias San Juan era una colección de miserables cabañas, y desde este lugar era necesario embarcarse en un bongo durante diez o quince días sobre un río insalubre Además de todo esto, yo tenía la alternativa de regresar a Zonzonate en La Cosmopolita o de dirigirme a Guatemala por tierra, en un viaje de mil doscientas millas, a través de un país falto de comodidades para los viajeros, y peligroso por las convulsiones de la guerra civil Por la noche, encontrándome yo solo en el convento, y a la luz de una pequeña vela, vi los murciélagos volando por el techo y me sentí abatido, y habría sido dichoso de encontrarme ya en mi hogar

No obstante eso, yo no podía soportar la idea de perder todo lo que iba a buscar La ruta terrestre quedaba a lo largo de la costa del Pacífico, y durante tres días era igual a la del puerto Determiné irme por tierra, pero, con la advertencia del Dr. Brayley de partir a tiempo para tomar el barco y con la esperanza de no sufrir otro ataque de fríos, compré dos de las mejores bestias mulares de San José, siendo una de ellas en la que yo había subido al volcán de Cartago, y la otra un macho, no más que medio domado, pero el más fino animal que en mi vida monté

Pero volvamos a 'Hezoos. A la mañana siguiente que le di los aretes no se había asomado, pero me mandó a decir que estaba con fríos y calenturas Al siguiente día estaba mucho peor, y persuadido que lo había de perder, le hice saber que si él me conseguía un buen substituto, que lo relevaría Esto le hizo levantarse de la cama, y por la tarde apareció con su

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

reemplazo, quien tenía todo el aire de ser el primer hombre que había cogido por la calle. Su vestido consistía en un par de pantalones de algodón, con la camisa de fuera, y un sombrero negro de petate, de copa alta y acampanada y de ala angosta; y todo lo que poseía en el mundo era lo que llevaba encima Tenía el pelo cortado al rape, menos por delante, de donde le caía en largos bucles sobre la cara; en resumen, era el beau ideal de un tunante centroamericano No me agradó su presencia; pero a la sazón me hallaba bajo la influencia de la fiebre, y le dije que no le podía dar una respuesta Volvió al día siguiente en momentos en que yo necesitaba algún servicio, y por grados, aunque nunca lo recibí como criado, poco a poco me fué él tomando como su amo

En la mañana antes de partir, me llegó a visitar don Agustín Gutiérrez, y viendo a este hombre en la puerta manifestó su sorpresa, contándome que él era el pillastrón de la ciudad, un borracho, fullero, ladrón y asesino; que en la primera noche en el camino me robaría y quizás me mataría Poco después entró Mr Lawrence, quien me dijo que él ya había oído la misma cosa Lo despedí en el acto, cosa que, en apariencia, no muy le sorprendió, aunque todavía siguió rondando por el convento,, según decía a mi servicio Era de suma importancia para mí salir a tiempo para tomar el barco, y no me quedaba sino ese día para buscar otro sirviente 'Hezoos estaba admirado de los cambios que el tiempo había hecho en el carácter de su amigo Me dijo que lo había conocido cuando niño, y que no lo había vuelto a ver en muchos años, hasta el día que tropezó en la calle con él y me lo trajo No sintiéndose enteramente libre, después de muchas carreras me trajo otro, cuyo nombre era Nicolás. En cualquier otro país yo habría dicho que este hombre era un mulato; pero en Centro América hay tan gran surtido de matices que no puedo encontrar cómo llamarle. Su oficio era albañil. 'Hezoos lo había hallado en su trabajo y lo había halagado con la esperanza de que conocería Guatemala y México y que regresaría tan rico como él Se presentó tal como había dejado su faena, con las mangas de la camisa arremangadas arriba del codo, y los pantalones arriba de las rodillas: un diamante en bruto para criado; pero era honrado, podía cuidar las muals y hacer un chocolate Yo no pedía más También era casado; pero como su mujer no se interpuso, me pareció el más adecuado para el caso.

Por la tarde, la víspera de mi partida, en compañía de Mr Lawrence visité las plantaciones de café de don Mariano Montealegre Estaban situadas en un lugar ameno, y con el mayor buen gusto don Mariano vivía allí una gran parte del año El estaba en su fábrica y su hijo nos acompañó montado en su caballo Era un hermoso paseo, pero en ese país los caballeros nunca andan a pie

El cultivo del café en los llanos de San José ha aumentado rápidamente en pocos años Siete años atrás toda la cosecha no era mayor de quinientos quintales, y este año se esperaba que llegar a más de noventa mil Don Mariano era uno de los más grandes plantadores, y poseía tres cafetales en esa vecindad; el que nosotros visitamos contenía veintisiete mil árboles, y él se estaba preparando para hacer grandes aumentos en el siguiente año Había invertido una fuerte suma de dinero en edificios y maquinaria, y aunque sus paisanos le decían que se arruinaría, cada año sembraba más cafetos. Su esposa, la Señora, estaba diligentemente empeñada en vigilar los detalles de la descascarada y secada del grano En San José, entre paréntesis, todas las señoras eran lo que podría llamarse buenas negociantas tenían tiendas, compraban y vendían mercaderías, buscaban gangas y eran particularmente expertas en asuntos de café

CAPITULO 18

SALIDA PARA GUATEMALA — ESPARZA — UN PUEBLO DE COSTA RICA — LA BARRANCA — HISTORIA DE UN PAISANO.—PAISAJE SILVESTRE — HACIENDA DE ARANJUEZ — EL RIO LAGARTOS — CERROS DE COLLITO — MANADA DE CIERVOS — SANTA ROSA — DON JUAN JOSE BONILLA — UN TEMBLOR DE TIERRA — UNA HACIENDA DE GANADO — BAGASES — GUANACASTE — UNA AGRADABLE BIENVENIDA — LA BELLA DE GUANACASTE — UNA GRATA POSADA — LAS CORDILLERAS — LOS VOLCANES DE RINCON Y OROSI — HACIENDA DE SANTA TERESA — UNA PUESTA DE SOL —OTRA VEZ EL PACIFICO

El día trece de Febrero monté para mi viaje a Guatemala Mi equipaje se redujo a lo más indispensable: una hamaca de tela rayada de algodón, tendida sobre mi pellón, un par de alforjas y un poncho atado con correas atrás Nicolás había amarrado a su albarda, atravesados por detrás, un par de cochines (cojines) de cuero en forma de cubos, con la parte interior plana, conteniendo galletas, chocolate, salchichas y dulces; y por delante, sobre el pomo de la silla, mis vestidos envueltos en un cuero de buey, al estilo del país. Durante toda mi permanencia en el convento, las atenciones del padre fueron constantes Además de los servicios que realmente me prestó, no dudo que él considera que me salvó la vida: porque durante mi enfermedad entró a mi cuarto cuando me preparaba para afeitarme, y me hizo desistir de tan peligrosa operación Yo me lavé la cara a hurtadillas, pero su benevolencia añade otra a la lista de favores que yo ya era deudor a los padres de Centro América

Sentí una gran satisfacción al encontrarme apto una vez más para reanudar mi jornada, contento con lo liviano de mi equipaje y con la fogosidad de mis mulas, y miré sin temor y de frente las mil doscientas millas de mi viaje. De repente oí un ruido por detrás, y Nicolás llegó hasta mí a todo correr Mi macho era lo que se llama espantosa o espantadizo y se asustó Como yo estaba muy débil se desbocó con mucha facilidad Si yo hubiera comprado mis bestias para las carreras no habría tenido razón para quejarme; pero, por desgracia, mi silla se volteó y caí al suelo, afortunadamente desenredándome de los estribos, mientras la bestia siguió corriendo, dejando por el camino las pistolas, las pistoleras, los mantillones y la silla, y siguiendo en pelo rumbo a la ciudad Para mi gran consuelo, unos arrieros la atajaron, y salvaron mi reputación como jinete en San José Nos entretuvimos más de una hora en recobrar los objetos esparcidos y en reparar los jaeces rotos

Por tres días mi camino fué lo mismo que el que había dejado al llegar a Costa Rica A la cuarta mañana me levanté sin ninguna reaparición de la fiebre Mi Lawrence bondadosamente me había acompañado desde San José, y todavía estaba conmigo; él me había relevado de toda molestia haciendo mi viaje tan fácil y confortable que, en vez de encontrarme cansado, me sentía reanimado y abandoné toda idea de regreso por mar

A las siete de la mañana emprendimos la marcha, y a la media hora llegamos a Esparza Desde este lugar hasta Nicaragua, una distancia de trescientas millas, el camino se extiende a través de un desierto; salvo la ciudad fronteriza de Costa Rica, no había allí

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

más que unas pocas haciendas dispersas, a veinte, treinta o cuarenta millas aparte las unas de las otras Rellené mi depósito de provisiones, y mi última compra fué una yarda y media de tela americana de algodón, denominada con el imponente nombre de Manta del Norte y procedente de una fábrica de Massachusetts

En media hora cruzamos La Barranca, un ancho, rápido y hermoso río, pero que perdió a mis ojos toda su belleza porque aquí Mr Lawrence me abandonó Desde el día de mi arribo a San José él había estado casi constantemente conmigo, me había acompañado en todas las excursiones, y durante mi enfermedad me había atendido asiduamente Era él nativo de Middletown en Connecticut, como de cincuenta años de edad, y de oficio platero, y, con excepción de una sola visita de regreso, había permanecido diez y nueve años fuera de la patria En 1822 se fué al Perú, donde, además de proseguir en su lícito negocio en mayor escala, su ciencia y conocimiento de los metales preciosos lo llevaron a prominentes puestos públicos En 1830 vendió una máquina de acuñar moneda al gobierno de Costa Rica, y se le ofreció el puesto de director Negocios relacionados con este cuño lo llevaron a Costa Rica, y durante su ausencia dejó sus asuntos en manos de un socio, quien los administró mal y falleció Mr Lawrence retornó al Perú, pero sin comprometerse en negocios activos Entre tanto el susudochio cuño se había gastado por el uso y hubo que importar otro de Europa, tan complicado, que ninguno en Costa Rica supo manejarlo A Mr Lawrence le fueron hechas propuestas de tal naturaleza, que, relacionados con proyectos de minas de su propiedad, lo indujeron a regresar Don Manuel de Aguila era el Jefe del Estado, mas cuando Mr L llegó al puerto se encontró con que don Manuel había sido desterrado y estaba huyendo Toda la política del gobierno cambió Mr L se quedó tranquilamente en San José, y cuando lo dejé pensaba establecerse en Punta Arenas, para traficar con los pescadores de perlas Tal es, en breve la historia de uno de nuestros muchos compatriotas diseminados en diferentes partes del mundo, y sería un motivo de orgullo para el país si todos ellos mantuvieran una reputación tan honorable como la de él *Nos dijimos adiós desde los lomos* de nuestras mulas, y, para no enterrecernos, encendimos nuestros cigarros Si nos volveremos a encontrar o no, nadie lo sabe

Me hallaba otra vez marchando solo Había viajado tanto acompañado o en barcos, que cuando llegó el instante de meterme en el desierto, casi me faltó el valor Y era este un momento que requería algo de energía, porque inmediatamente llegamos a uno de los pasos más salvajes con que me encontré durante todo aquel viaje desolado Los árboles estaban tan tupidos que obscurecían el camino y las ramas tan bajas que era necesario mantener la cabeza constantemente gacha para evitar un golpe contra ellas El canto de las cigarras, que nos había acompañado desde que *llegamos al monte de Aguacate, aquí se hizo alarmante* Muy pronto familias de monos, andando pesadamente sobre las copas de los árboles, perturbaron a estas bulliciosas arrendatarias de los bosques y las enviaron volando a nuestro alrededor, en tal abundancia, que nos vimos obligados a rechazarlas a sombrerazos Mi macho resopló y tiró violentamente de la brida, arrastrándome contra los árboles; y no pude menos de pensar si es así el principio ¿cómo será el fin?

Con la partida de Mr Lawrence mejoró la posición de Nicolás El hombre es un animal hablador Nicolás sobresalía en este particular, y muy pronto supe la historia de su vida Su padre era un arriero, y él parecía formado por la misma ruda ocupación; pero *después de algunos viajes a Nicaragua* se había retirado disgustado, se casó y tuvo dos hijos El momento de prueba en su vida fué cuando se vió compelido a servir como soldado Su gran lamento era que *no sabía leer* ni escribir y se extrañaba de que a pesar de su trabajo duro no podía adelantar Quería ir conmigo a México y también a mi país; estar fuera dos años, y regresar con una suma de dinero en mano, como Arrezoos lo había hecho Sabía que el General Morazán era un gran hombre, porque cuando llegó a Costa Rica hubo gran estruendo de cañones y un baile Decía de sí mismo que él era un pobre hombre, que no comprendía el motivo de las guerras; y pensaba que don Manuel de Aguila había sido expulsado porque Carrillo quería ser el jefe

Seguimos por el bosque hasta como a las dos de la tarde, hora en que, desviándonos por una vereda hacia la derecha, llegamos a un claro, en uno de cuyos lados estaba la hacienda de Aranjuez La entrada a la casa se hacía por una escalera exterior y debajo había una especie de almacén, Estaba ocupada por el mayordomo que era un mestizo y por su esposa Inmediata a la casa quedaba la cocinera (cocina), donde la esposa y otra mujer estaban trabajando. El mayordomo estaba sentado en el suelo, sin oficio, y dos fornidos hombres lo ayudaban

El mayordomo nos dijo que él tenía un buen potrero para las mulas, y la casa prometía un conveniente lugar de descanso para mí Del lado de afuera y rodeando toda la casa había una tosca galería de madera, uno de cuyos lados dominaba una vista del océano Tomé asiento en este lado, y muy pronto Nicolás me trajo mi comida Esta se componía de tortillas, arroz guisado con manteca, que trajo en un guacal y la sal en sus manos Terminé con una taza de chocolate y me puse a pensar en las bendiciones que este mayordomo despendiciaba En las mismas circunstancias, uno de nuestros montañeses, con su hacha, su mujer y dos pares de gemelos, se rodearía en pocos años de todo el lujo que la pródiga tierra le podría proporcionar

Después de la comida llevé las mulas a un arroyo, en cuyas orillas habían manojos de fresca hierba, y mientras yo estaba sentado allí, dos pavos silvestres volaron sobre mi cabeza y se posaron sobre un árbol cercano Mandé a Nicolás por mi escopeta, y pronto tuve un ave de tamaño suficiente para una comida de familia, la que remití inmediatamente a la casa para *ser convertida en provisión Regresé a la caída del* sol, y entonces descubrí una deficiencia en mis preparativos, que sentí durante todo el viaje, es decir, de candelas Se fabricó una lámpara llenando de grasa una vasija de barro quebrada, y empollando dentro de ella un poco de algodón retorcido, con la punta salida como una pulgada Los trabajadores de la hacienda, aprovechando la luz sacaron una baraja La mujer del mayordomo se juntó con ellos, y no viendo esperanza de un pronto fin de la jugada, me desvestí y me fuí a la cama Cuando terminaron, la mujer se fué a una cama directamente al frente de la mía, y antes de acostarse encendió otro cigarro Los hombres hicieron lo mismo en el suelo, y siguieron discutiendo el juego hasta que se acabaron los cigarros El *mayordomo ya estaba dormido en la hamaca Toda la* noche la pasó fumando la mujer del mayordomo, y los hombres gangueando y roncando A las dos de la mañana me levanté y salí al aire libre La luna estaba brillante, y la frescura del aire matutino era agradable Desperté a Nicolás y pagando al mayordomo mientras estaba en su hamaca, a las tres reanudamos nuestro viaje Yo estaba encantado con este lugar cuando llegamos a él, y disgustado cuando lo dejé La gente era amable y de tan buena disposición como la esperanza de la paga podía hacerla, pero sus hábitos eran insoportables

Lo fresco del aire de la mañana restableció mi ecuanimidad, la luna derramaba una gloriosa luz sobre el claro, e iluminaba la obscuridad de la selva *Nosotros oíamos solamente la agitación de los monos*, que, perturbados por nuestro ruido, se movían sobre las copas de los árboles

A las ocho de la mañana llegamos al Río Lagartos, que se rompía impetuosamente sobre un lecho de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

arena blanca y cascajo, claro como el cristal, y sombreado por árboles, cuyas ramas se juntaban en el vado, y formaban una enramada completa Nos apeamos, desensillamos nuestras mulas y las amarramos a un árbol, encendimos fuego en la orilla y nos desayunamos Las escenas silvestres hacía mucho tiempo que habían perdido su novedad, pero ésta yo no la habría cambiado por un déjeuner á la fourchette en el mejor restaurante de París El pavo silvestre sólo fue suficiente para mí y mi familia, que la formaba Nicolás

Poniéndonos en marcha nuevamente, en dos horas salimos de la selva, y llegamos a un campo abierto a la vista de los Cerros de Collito, un espléndido pico pelado que se yergue solitario, de forma cónica, y cubierto de hierba hasta la cima A las doce del día llegamos al rancho de un indio A un lado había un grupo de naranjos cargados de fruta, y al frente un cobertizo techado con hojas de maíz Una india vieja se hallaba sentada en la puerta, y un indio enfermo estaba durmiendo bajo el sotechado Hacía demasiado calor, y entrando bajo el cobertizo, desmonté, me arrojé en una hamaca hecha jirones, y mientras apagaba la sed con una naranja me quedé dormido Lo último que recuerdo es haber visto a Nicolás acarreando a la choza un miserable pollo medio muerto de hambre A las dos de la tarde me despertó y puso frente a mí a la infortunada avecilla, casi quemada, cuyo costo, con naranjas a discreción, fué de seis y un cuarto centavos, que la vieja deseaba permutar por una carga de pólvora Yo me encontraba muy escaso de ésta, y hubiera preferido darle un dólar, pero no tuve más remedio que añadir la carga de pólvora al dinero

A las dos de la tarde emprendimos de nuevo la marcha Ya habíamos hecho la jornada de un día, pero yo tenía en perspectiva un buen lugar de descanso para la noche Hacía excesivo calor, pero muy pronto llegamos otra vez al bosque No habíamos caminado mucho cuando un venado cruzó nuestro sendero Este era el primero que yo veía en el país, el cual se hallaba casi destituido de toda clase de caza En verdad, durante todo el viaje, yo no había disparado sino dos veces, exceptuando al pavo silvestre, y en tales ocasiones sólo para conseguir pájaros raros, y para mayor infortunio, en prosecución de mi plan de estorbarme lo menos posible, no disponía sino de unas cuantas cargas de munición para patos y media docena de balas de pistola Muy pronto divisé dos venados juntos y a tiro de fusil Ambos cañones de mi escopeta estaban cargados con munición Desmonté y los seguí por el bosque, procurando tenerlos al alcance En el curso de una hora vi tal vez una docena, y en ese tiempo ya había acabado con mi munición Yo estaba resuelto a no usar mis balas de pistola, y como ambos cañones quedaron vacíos, me quedé sosegado A medida que se acercaba la noche aumentaban los venados, y estoy seguro al decir que vi cincuenta o sesenta, y muchos a tiro de escopeta De vez en cuando el ganado nos espiaba por entre los árboles, tan arisco como los venados El sol ya declinaba cuando salimos a un extenso claro, en uno de cuyos lados se hallaba la hacienda de Santa Rosa La casa estaba situada hacia la derecha, y directamente al frente, junto a la falda de una colina, quedaba un gran corral de ganado, circulando por una maciza pared de adobe, dividido en tres partes, y lleno de vacas y terneros A la izquierda había una llanura casi ilimitada, con bosquecillos diseminados; y al avanzar nosotros, un caballero que estaba en el patio mandó a un criado para abrir la puerta Don Juan José Bonilla me recibió en el corredor, y antes que tuviera tiempo de presentarle mi carta, me dió la bienvenida a Santa Rosa

Don Juan era nativo de Cartago, un caballero por nacimiento y educación y de una de las más antiguas familias de Costa Rica Había viajado por todo su país, y lo que era muy raro en aquella región, había visitado los Estados Unidos, y aunque tropezando con la desventaja de no hablar el idioma, se expresó con sumo interés de nuestras instituciones Había sido miembro activo del partido liberal y trabajado por llevar adelante sus principios en la administración gubernativa, y para salvar a su país de la desgracia de retroceder al despotismo Se le había perseguido, imponiéndole además fuertes contribuciones sobre su propiedad, y cuatro años antes había salido de Cartago retirándose a esta hacienda Pero la animosidad política nunca se acaba. Un destacamento de soldados fué enviado para arrestarlo, y, para no excitar sospechas, se les mandó por mar, y desembarcaron en un puerto del Pacífico dentro de los linderos de su propia hacienda Don Juan tuvo aviso de su aproximación y mandó un criado a cerciorarse de la verdad, quien regresó con la noticia de que se hallaban a medio día de camino Montó en su caballo para escapar, pero al salir de la casa fué derribado por la bestia y se le quebró una pierna Lo regresaron insensible, y cuando llegaron los soldados lo hallaron en cama; pero le hicieron levantar, pusiéronle a caballo, lo condujeron precipitadamente a la frontera del Estado y le abandonaron, comunicándole su sentencia de destierro y la pena de muerte si volvía La línea divisoria del Estado de Costa Rica es un río en medio de un desierto, y él se vió obligado a caminar a caballo hasta Nicaragua en un viaje de cuatro días Nunca recobró el uso de la pierna, la cual quedó dos o tres pulgadas más corta que la otra Permaneció dos años en el destierro; y cuando fué electo don Manuel de Aguila, como Jefe del Estado, regresó A la caída de don Manuel, se retiró de nuevo a su hacienda, y por entonces se encontraba diligentemente empeñado en hacer reparaciones para recibir a su familia; pero no sabía en qué momento podría llegar otra orden para expulsarlo de su hogar

Mientras estábamos sentados a la mesa para cenar, oímos un ruido sobre nuestras cabezas, que me pareció como si se hendiera el techo Don Juan alzó los ojos al cielo raso y súbitamente saltó de su silla, echó los brazos al cuello de un sirviente, y con las medrosas palabras de "¡temblor!", "¡temblor"!, todos se arrojaron por las puertas Yo salté de mi asiento, atravesé el cuarto de un brinco y salté al corredor La tierra se bamboleaba como el cabeceo de un barco en un mar agitado Salí a grandes zancadas, mis pies apenas tocaban el suelo, e involuntariamente levanté los brazos para librarme de caer Fuí el último en salir, pero ya una vez en fuga, fuí también el último en parar En medio patio tropecé contra un hombre arrodillado y caí Nunca antes me sentí tan insignificante En esos momentos oí a don Juan que me llamaba Estaba reclinado sobre el hombro de su criado, con la cara hacia la puerta, gritándome que saliera de la casa Ya estaba muy obscuro; dentro estaba la mesa a què nos habíamos sentado, con una sola vela cuya luz se extendía lo suficiente para dejar ver unas cuantas figuras arrodilladas, con las caras mirando hacia la puerta Observamos ansiosamente para adentro, esperando el movimiento que derribaría las macizas paredes y aplastaría el techo Había algo de espantoso en nuestra posición, con las caras mirando hacia la puerta y huyendo del lugar que en cualquier otro momento ofrece abrigo al hombre Las sacudidas continuaron quizá por dos minutos, durante cuyo tiempo se hizo necesario un gran esfuerzo para mantenerse firme El retorno de la tierra a su estabilidad fué casi tan violento como la sacudida Esperamos algunos minutos después de la última vibración, hasta que don Juan nos dijo que ya había pasado, y, con la ayuda de su criado, entró a la casa Yo había sido el último en abandonarla, pero también fuí el postrero en regresar; y mi silla caída con el respaldo sobre el piso, daba un indicio de la precipitación con que yo había escapado Las casas en Costa Rica son las mejores en el país para resistir estos movimientos, y son como las otras, largas y bajas, y construidas con adobes o ladrillos sin secar, de dos pies de largo por

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

uno de ancho, hechos de arcilla mezclada con paja para darles adherencia, y colocados cuando todavía están blandos, con postes verticales en medio, de modo que se secan por el sol en una sola masa que se mueve juntamente con la superficie de la tierra

Antes de la hora de acostarnos olvidé el temblor por una molestia secundaria Los terrenos incultos de Centro América están plagados de insectos perniciosos Caminando todo el día por el bosque, y chocando mi cabeza contra las ramas de los árboles, me habéan llovido garrapatas en tal número que me las limpiaba con la mano Fué tanto lo que sufrí durante el día, que dos veces tuve necesidad de desnudarme junto a un arroyo para arrancármelas del cuerpo; pero esto me proporcionó solamente un alivio pasajero, me quedaron ronchas por la irritación; y en medio de serias disquisiciones con don Juan, esto no era de buena crianza, pero me veía obligado a usar las uñas violenta y constantemente Me vi precisado a suplicarle que saliera y que me dejara solo en el cuarto El se retiró, y al momento eché todas mis ropas fuera de la casa, y me arranqué los insectos como pude, y, por fortuna, también don Juan me envió para consuelo, un muchacho sordomudo, que, tocándolos con un bodoque de cera negra, los sacaba de su madriguera sin ningún dolor; sin embargo me dejaron el cuerpo lleno de llagas, de las cuales no me recobré por largo tiempo.

Por la mañan temprano ya estaban dos bestias en la puerta, y dos criados a nuestro servicio para un paseo a caballo Don Juan montaba el mismo caballo que había montado en su destierro, y estaba atendido por los mismos criados Hasta el día yo siempre había oído constantes quejas relativas a los criados, y para hacerles justicia, pienso que en verdad son los peores que en mi vida he conocido; pero los de don Juan eran los mejores del mundo, y era evidente que ellos pensaban que él era el mejor amo

La hacienda de don Juan cubría tanto terreno como un principado alemán, pues tenía doscientos mil acres, y estaba limitada de un lado y por larga distancia por el océano Pacífico Pero sólo una pequeña parte de ella estaba cultivada, no más que la suficiente para producir el maíz de los trabajadores, y el resto era campo libre para el ganado Más de diez mil cabezas andaban errantes por el campo, casi tan ariscas como los venados, y nunca se les miraba, salvo cuando atravesaban un sendero por el bosque, o durante la estación del lazo para tomar nota del aumento

No habíamos andado mucho cuando vimos tres venados juntos, y no lejos de nosotros Era excesivamente enfadoso que la primera vez que me hallaba en un país donde había algo qué matar, me encontrara tan completamente desprevenido, sin tener la esperanza de proveerme hasta salir de esa región Don Juan estaba incapacitado para la cacería por su cojera; en realidad, el matar un venado no se consideraba cacería, y su carne no se tenía como buena para la comida En el curso de una hora miramos más de veinte.

Yo había salido para este largo viaje sin una mula de carga, por la dificultad de conseguir alguna que caminara al mismo paso que las bestias de silla; pero habíamos sentido la inconveniencia de viajar embarazados con el equipaje; y, a más de las atenciones que don Juan me dispensó en su casa, me proporcionó una mula que había domado expresamente para su propio uso en los viajes rápidos entre Cartago y la hacienda, la que me garantizó que con una liviana carga, trotaría y se mantendría al paso de la mía.

Ya avanzada la tarde abandoné su hospitalario domicilio Don Juan, con su muchacho sordomudo, me acompañó una legua del camino, en donde nos apeamos y nos despedimos Mi nueva mula, lo mismo que yo, se mostraba muy renuente a dejar a don Juan, y parecía tener el presentimiento de que jamás volvería a ver a su antiguo amo Verdaderamente, era tan difícil hacerla caminar, que Nicolás la amarró del cabestro a la cola de su mula, al estilo común del país, y conducida de este modo seguí yo tras ella pisándole los talones Los venados eran más numerosos que los que ya había visto, y ahora los miraba sólo por la vida que impartían al bello panorama Al anochecer comenzamos a sentir temores con respecto al camino Había un paso difícil en la montaña frente a nosotros, y Nicolás quería detenerse y esperar hasta que saliera la luna; mas como esto podría desarreglar la jornada del siguiente día, yo avancé durante más de una hora por entre la selva Las mulas tropezaban en la obscuridad y muy pronto perdimos toda señal de algún camino; mientras tratábamos de encontrarlo, oímos el estallido de un árbol que caía, el que en la obscuridad vibró espantosamente, y nos hizo vacilar en la entrada al bosque Yo me decidí a esperar la luna y desmonté Atisbando en la obscuridad, distinguí una vacilante luz hacia la izquierda Gritamos con todas nuestras fuerzas, y nos respondió un conjunto de perros ladradores, y moviéndonos en esa dirección, llegamos a una choza donde tres o cuatro jornaleros estaban tendidos en el suelo, quienes, al principio, trataron de burlarse de nosotros, haciendo impertinentes advertencias cuando les preguntamos por un guía para la hacienda más cercana; pero uno de ellos reconociendo mi mula de carga, dijo que la había conocido desde que era niño (alabanza algo dudosa de mi nueva compra), y fué al fin inducido a ofrecernos sus servicios Trajeron un caballo, grande, cerrero y furioso, como si nunca se le hubiera enfrenado; resoplando, encabritándose y casi haciendo temblar el suelo con sus cascos; y antes que el jinete se hubiera acomodado sobre sus lomos ya estaba corriendo velozmente por el llano en la obscuridad Después de una gran vuelta regresó, y el guía, soltando la mula de carga de la de Nicolás, la amarró a la cola de su caballo, y enseguida tomó la delantera Todavía con el arrastre de la mula de carga le era imposible moderar el paso, y nos vimos precisados a seguirle a un paso en verdad desagradable Este era el primer tramo de mal camino con que nos habíamos encontrado, pues tenía vueltas muy cerradas, y subidas y bajadas, quebrado y pedregoso Afortunadamente, mientras estábamos en el bosque salió la luna, tocando con su plateada luz las copas de los árboles, y cuando llegamos a la orilla del río estaba casi tan claro como el día Aquí mi guía me dejó, y yo perdí toda confianza en la luna, pues por su engañosa luz deslicé entre las manos de mi guía una pieza de oro en vez de una de plata, sin darnos cuenta de ello ninguno de los dos

Cuando subimos por la ribera, después de cruzar la corriente, la hacienda quedó a plena vista Los ocupantes se hallaban en la cama, pero don Manuel, a quien iba yo recomendado por don Juan, se levantó para recibirme Sobre la margen del río, cerca de la casa, estaba una gran máquina de aserrar, la primera que ví en el país, instalada, según me refirió don Manuel, por un americano, quien más tarde rodó hasta Guatemala, donde lo mataron en una revuelta popular

A la mañana siguiente, al clarear el día, cuando los jornaleros de la hacienda se alistaban para ir a su trabajo, nos pusimos nuevamente en marcha Al cabo de una hora oímos el sonido de un cuerno, dando aviso de la aproximación de una partida de ganado Nos metimos entre el bosque para dejarla pasar, y llegó en medio de una nube de polvo y los arreadores con las caras tapadas; y habrían atropellado mortalmente a todo aquél que se interpusiera en su camino A las once del día entramos al pueblo de Bagases

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Habíamos efectuado tremendas jornadas, y esta era la primera vez en cuatro días que veíamos algo más que simples haciendas; pero nosotros lo pasamos sin detenernos, salvo para pedir un vaso de agua

Ya avanzada la tarde llegamos a una ancha avenida y notamos señales de ruedas. Al anochecer llegamos al río que corre por los suburbios de Guanacaste, el pueblo fronterizo de Costa Rica El paso estaba obstruido por una carreta con cuatro testarudos bueyes, que no querían avanzar ni podían retroceder Quedamos detenidos durante media hora, y ya estaba obscuro cuando entramos Atravesamos la plaza, frente a la puerta de la iglesia, que estaba iluminada para vísperas, y nos encaminamos a una casa que se me había señalado para hospedarme Nicolás entró en ella para hacer las preguntas preliminares, y al salir, me dijo que me apeara y descargó la mula del equipaje Yo entré, me quité las espuelas y me tendí en un banco Pronto tuve la impresión de que mi posadora no se había alegrado mucho al verme Varios niños entraron y me miraron asombrados, y después retrocedieron a otra habitación; y a los pocos minutos recibí los cumplidos de la señora de la casa y su excusa por no poder darme posada Yo estaba indignado contra Nicolás, que sólo había preguntado si allí vivía don Fulano, y sin más ni más me había hecho entrar Salí de la casa, y con el cabestro de mi macho en una mano y las espuelas en la otra, seguido de Nicolás con las mulas, buscamos la casa del comandante Lo encontré parado en el corredor, con la llave en la mano, y toda su casa llena de fardos afuera, sólo esperando que saliera la luna para marchar a otro puesto Yo creo que él sintió mucho el no poder darme alojamiento, ni tampoco dirigirme a ninguna otra casa; pero mandó a su criado para buscar una, y aguardé casi una hora esperando postor.

Mientras tanto le interrogué con respecto a mi camino Yo no deseaba seguir la ruta directa hasta Nicaragua, sino ir primero al puerto de San Juan en el Pacífico, la proyectada terminación del canal para conectar los dos océanos El comandante me dijo que sentía mucho que yo no hubiera llegado un día antes Mencionó un suceso el cual yo ya sabía: que Mr Bailey, un caballero inglés, había sido empleado por el gobierno para trazar la ruta del canal, y que había residido algún tiempo en el lugar, añadiendo que desde su partida éste había quedado enteramente abandonado, nadie lo visitaba nunca, ninguna persona del lugar conocía el camino para allá, y, por mala suerte, un hombre que había sido empleado de Mr Bailey había salido esa mañana para Nicaragua Por gran fortuna, al preguntar resultó que el hombre se hallaba todavía en el lugar, y que él también pensaba partir tan pronto como saliera la luna Yo no tenía aliciente para quedarme, nadie parecía muy ansioso del honor de mi compañía, y habría proseguido inmediatamente si las mulas hubieran estado en condiciones de seguir; pero hice un arreglo con él y con su hijo para que aguardaran hasta las tres de la mañana para conducirme al puerto y de allí hasta Nicaragua Por fin regresó el criado del comandante y me llevó a una casa con una tiendecita al frente, en donde fuí recibido por una señora anciana con un buenos noces (buenas noches) que casi me sorprendió con la idea de ser un huésped bienvenido Entré por la tienda, y pasé a una sala donde había una hamaca, una armazón de cama entrelazada y un catrecito muy aseado con un mosquitero de gasa con lazas color de rosa en las esquinas Quedé agradablemente sorprendido con mi posada, y mientras conversaba con la anciana, estaba cabeceando sobre una taza de chocolate cuando oí una animada voz en la puerta y al punto entró una señorita con dos o tres jóvenes en su compañía, quien se acercó a la mesa frente a mí, y echando para atrás su negra mantilla, me dió las buenas noches y me tendió la mano, diciéndome que había oído en la iglesia que yo estaba en su casa y que se alegraba mucho de ello; que ningún extranjero había llegado allí jamás, que el lugar estaba enteramente apartado del mundo y que era muy triste, etc, etc Yo estaba tan admirado que debo haberle parecido muy estúpido Ella no era tan hermosa que digamos, pero su boca y sus ojos eran bellos, y sus modales tan diferente del frío, zafio y esquivo aire de sus paisanas, y tan parecidos a la franca y fascinante bienvenida que una señorita de mi tierra le daría a un amigo después de larga ausencia, que si la mesa no hubiera estado entre nosotros, yo la habría tomado entre mis brazos y besado Me arreglé el nudo de la corbata y olvidé todas mis tribulaciones y perplejidades Aunque viviendo en aquella pequeña y remota población, lo mismo que las señoritas de las grandes ciudades, ella sentía inclinación hacia los extranjeros, lo que en aquel tiempo estimé como un delicioso rasgo del carácter en la mujer Sus pretendientes locales estaban derrotados Ellos al principio se mostraron conmigo muy atentos; pero pronto se tornaron malhumorados y ásperos, y, para mi mayor satisfacción, se despidieron Hacía ya tanto tiempo que yo no había sentido el más mínimo interés por una mujer, que me hice a mí mismo un beneficio Las más sencillas historias de otros países y de otras gentes despertaban vivamente su atención, y su mirada se encendía al escucharlas; pronto llegó la transición de las realidades a las emociones, y en seguida al más alto placer terrenal: el de sentirse uno muy por encima de las preocupaciones de cada día por el entusiasmo de una muchacha de elevados pensamientos

Velamos hasta media noche La madre, que al principio me habría aburrido, me pareció excesivamente amable; en verdad yo rara vez había conocido una anciana más interesante, pues ella me instaba a que me quedara dos o tres días para descansar; decía que el lugar era triste, pero que su hija trataría de hacer que me agradara, y su hija no decía nada, pero daba a entender cosas inefables

Todo placer es momentáneo Llegaron las doce de la noche, una hora inaudita para aquella tierra Mi acostumbrada prudencia de buscar un lugar para dormir no me había abandonado Dos pequeños muchachos habían tomado posesión de la cama de cuero; la anciana se había retirado; el diminuto catrecito permanecía desocupado, y la señorita se fué, diciéndome que esta sería mi cama. Yo no sé por qué, pero me sentí desasosegado Abrí el mosquitero En aquel país no se usan las camas, y un cuero de buey o un petate, a menudo no tan limpio como debe ser, es el substituto Este era un petate, muy fino y limpio como si fuera perfectamente nuevo En la cabecera había una atractiva almohada con una funda de muselina color de rosa, y sobre ella una sutil sobrefunda blanca con hechiceros vuelos ¿Las mejillas de quién habían descansado en esa almohada? Me quité la chaqueta, anduve de un extremo a otro del cuarto, y desperté a uno de los muchachos Era como yo lo suponía Me acosté, pero no pude dormir y determiné no continuar mi viaje al día siguiente

A las tres de la mañana tocó la puerta el guía Las mulas ya estaban ensilladas, y Nicolás cargando el equipaje Yo a menudo me había pegado a mis almohadas, pero nunca como lo hice en la de color de rosa con su orilla rizada Le dije a Nicolás que el guía debía irse a su casa y esperar un día más Pero éste no consintió Era el muchacho, su padre ya se había ido ordenándole que lo siguiera Muy pronto percibí un leve paso, y una suave voz que trataba de disuadirlo Indignado por su obstinación le ordené que se fuera, mas pronto reflexioné que no podría conseguir otro, y que sin duda perdería el principal objeto que tenía en mira al emprender este largo viaje Lo llamé para que regresara y traté de sobornarlo, pero su única respuesta fué, que su padre se había

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ido al salir la luna y que le había ordenado que lo siguiera. Por fin quedamos en que iría a alcanzar a su padre para hacerlo regresar; pero quizá su padre no vendría. *Insistí hasta llegar a este punto y en seguida* fuí más indiferente. Después de todo ¿qué era lo que yo esperaba? Nicolás me dijo que podríamos hacer lavar nuestras ropas en Nicaragua. Dándome un paseo al aire libre resolví que era un tontería perder la ocasión de examinar el trazo de un canal por la bella de Guanacaste. Apresuré mis preparativos y me despedí de ella, debo decirlo, con un adiós muy cariñoso. No abrigo ni la más mínima esperanza de volverla a ver jamás. Viviendo en una apartada población, ignorada más allá de los límtes de su propio desconocido Estado, entre los Andes y el océano Pacífico, probablemente *a esta hora ya será* la esposa feliz de algún digno vecino, y habrá olvidado al extranjero que debe a ella algunos de los más dichosos momentos que pasó en Centro América.

Y ahora ya estábamos en pleno día. Era muy raro que yo abandonara un lugar con tanta pesadumbre; pero *convertí mi tristeza en cólera*, y la descargué sobre Nicolás y sobre el guía. El viento estaba muy violento y, soplando sobre la gran planicie, levantaba tales nubes de polvo que hacían la caminata desagradable y difícil. Esto debía haber tenido algún efecto en restablecer mi ecuanimidad, pero no fué así. Todo el día tuvimos a nuestra derecha la gran fila de Cordilleras, y coronádolas en este punto, los imponentes volcanes de *Rincón* y *Orosí*. Desde allí una vasta llanura que se extendía hasta el mar y sobre la cual el viento soplaba furiosamente. A la una de la tarde llegamos a la vista de la hacienda de Santa Teresa, *situada sobre una gran elevación*, y todavía con un largo camino a nuestro frente. La hacienda era propiedad de don Agustín Gutiérrez, de San José, y, con otras dos, estaba al *cuidado de su hijo don Manuel*. Una carta de su padre le había avisado de mi llegada, y él me recibió como a un viejo conocido. La situación de la casa era más hermosa que ninguna de las que yo había visto. Era elevada, y dominaba la vista de una inmensa llanura, tachonada con árboles en grupos y en floresta. El océano no era visible, pero pudimos ver la costa frente al Golfo de Nicoya, y la punta del puerto de Colubre (Culebra), el más bello del Pacífico, solamente a tres y media legus de distancia. La hacienda contenía unas mil yeguas y cuatrocientos caballos, más de cien de los cuales se veían desde la puerta. Era lo bastante grande para dar a su dueño las ideas de un imperio. Al atardecer conté desde la puerta de la casa diez y siete venados, y don Manuel me contó que él *tenía un contrato para conseguir dos* mil pieles. En la temporada un buen cazador logra veinticinco en un día. Ni aun los labradores quieren comerlos, y únicamente los matan por el cuero y los cuernos. El tenía cuarenta mozos, y cada día mataban un buey. Inmediato a la casa había un lago artificial, de más de una milla de circunferencia, construido para abrevadero del ganado. Y con todo eso los propietarios de estas haciendas no son ricos; el terreno no vale absolutamente nada. Todo el valor lo constituye el ganado; y abonando a diez dólares por cabeza por los caballos y las yeguas, probablemente *daría* el precio total de esta, en apariencia, magnífica propiedad.

Aquí, también, yo *podría haber pasado una semana* con gran satisfacción, pero a la mañana siguiente reanudé mi viaje. Aunque era el comienzo de la estación seca, el terreno estaba abrasado y los arroyos se habían desecado. Nosotros llevábamos una gran calabaza con agua y parándonos a la sombra de un árbol, echamos nuestras mulas al llano y nos desayunamos. Yo caminaba por delante, con mi poncho agitado por el viento, cuando ví que ferozmente me miraba una partida de novillos que se habían detenido y que enseguida se precipitaron con furia sobre mí. Pensé en huir, mas recordando las corridas de toros en Guatemala, me quité el poncho y, cuando apenas me había amparado tras una roca, la manada entera pasó atropelladamente *frente a mí*. *Proseguimos nuestra* ruta, mirando el Pacífico de vez en cuando, hasta que llegamos a un claro y abierto paraje, completamente protegido contra el viento y llamado la Boca de la Montaña de Nicaragua. Ya había acampado allí una gran caravana, y entre los arrieros halló Nicolás conocidos de San José. Sus cargas se componían de papas, pan dulce y dulces para Nicaragua.

Por la tarde subí a la cumbre de una de las colinas y gocé de una espléndida vista de la puesta del sol. Sobre la cumbre el viento soplaba con tanta furia que me ví obligado a guarecerme a sotavento. Atrás de mí quedaba la gran fila de cordilleras, a cuyo largo habíamos cabalgado todo el día, con sus volcanes, sobre la izquierda los promotorios de las bahías de Tortugas y Salina, y al frente la gran masa del Océano Pacífico, y lo que era un espectáculo sumamente agradable para un viajero, mis mulas estaban *hasta las rodillas entre la hierba*. *Regresé al campamento* y me encontré con que mi guía me había hecho una casita para dormir. Estaba formada con dos palos cortados como de cuatro pies de altura, y tan gruesos como el brazo de un hombre, y clavados en tierra con una horquilla en la punta. Puso sobre las horquillas otro palo, y en seguida arrimó a éste otros sesgados, entretegiéndolos con hojos y con ramas para *protegerme del sereno*, y *como mediana defensa* contra el viento.

Jamás tuve un criado en Centro América que no *fuera inhumano con las mulas*. Me veía en la necesidad de atender yo mismo a su pastura, y también a cuidar que sus lomos no fueran lastimados por la silla. A mi macho siempre yo *mismo lo ensillaba*. *Nicolás* había ensillado tan mal el día anterior a la mula de carga, que cuando le quitó el apparecho (una enorme silla que cubre la mitad de la bestia), tenía el brazuelo desollado, y por la mañana al solo señalarla se encogía como si la tocaran con un hierro candente. Yo no estaba dispuesto a poner sobre sus lomos el apparecho, y traté de alquilar una mula a uno de los arrieros, pero no lo conseguí, y, colocando la carga sobre la otra mula, hice que Nicolás se fuera a pie, dejando caminar en libertad a la de carga. Abandoné el apparecho en la boca de la montaña: un gran acto de disipación, como Nicolás y el guía lo consideraron.

Serpenteamos por una corta distancia entre las lomas que nos circundaban, *subimos una pequeña* extensión y descendimos directamente a la playa del mar. Siempre me sentía muy conmovido al tocar en las playas del Pacífico, y nunca lo estuve tanto como en este desolado lugar. Las olas se movían majestuosamente, y se rompían con solemne estruendo. Las mulas estaban espantadas, y mi macho se apartaba de las olas. Yo lo espoleaba para adentro, y en los momentos en que me echaba en los bolsillos algunas conchas que Nicolás había recobido, se escapó. Ya lo había intentado antes en el bosque varias veces; y ahora, aprovechando la ocasión, le di todo el alcance de la costa. Seguimos casi durante una hora por la playa, mientras que cruzamos un elevado y escabroso promontorio, y bajamos otra vez al mar. Cuatro veces subimos promontorios y *otras tantas descendimos* a la playa, y el calor se nos hizo casi intolerable. El quinto ascenso era empinado, pero llegamos a una meseta cubierta por una tupda floresta, a través de la cual proseguimos hasta salir a un pequeño claro con dos chozas. Paramos en la primera, que se hallaba ocupada por un negro y su mujer. El tenía abundancia de maíz, había allí cerca un buen potrero, tan bien cercado por el bosque, que no había peligro que las mulas se escaparan, y pagué al hombre y a la mujer para que durmieran al aire libre, y dejaran la cabaña para mi

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

CAPITULO 19

EL RIO FLORES — EL RIO SAN JUAN — SOLEDAD DE LA NATURALEZA — COCINA PRIMITIVA.— EL PUERTO DE SAN JUAN — TRAZO DEL GRAN CANAL PARA UNIR EL OCEANO ATLANTICO CON EL PACIFICO — NICARAGUA — EL TRAZO DEL CANAL — EL LAGO DE NICARAGUA — PLANO DEL CANAL — LAS ESCLUSAS — ESTIMACION DEL COSTO — ESFUERZOS ANTERIORES PARA CONSTRUIRLO — SUS VENTAJAS — LA HOSPITALIDAD CENTRO AMERICANA — TIERRA CALIENTE — LOS HORRORES DE LA GUERRA CIVIL

Me levanté como una hora antes de amanecer, y al clarear el día ya estaba montado Les dimos agua a nuestras mulas en el Río Flores, línea divisoria entre los Estados de Costa Rica y Nicaragua. En una hora llegamos a Skamaika, nombre dado a una sola choza ocupada por un negro, enfermo y solitario Estaba tendido sobre un catre hecho de palos, verdadera imagen de la miseria y la desolación, convertido en esqueleto por los fríos y calenturas. Inmediatamente después llegamos a otra choza, donde dos mujeres se hallaban enfermas con fiebre Nada podía ser más miserable que estas chozas a lo largo del Pacífico. Ellas me pidieron remedios, y les dí un poco de quinina, mas con poca esperanza de que se beneficiaran nunca con ella Probablemente todos, el negro y ellas estarán ahora en la tumba

A las doce del día llegamos al Río San Juan, cuya desembocadura era el punto en que debería terminar el gran canal El camino para Nicaragua atravesaba la corriente, y el nuestro la seguía hasta el mar, estando el puerto situado en la embocadura Todo nuestro camino había sido bastante desolado, pero éste sobrepasaba en mucho a cualquiera de los que yo había visto; y cuando miré la insignificante vereda que conducía a Nicaragua, sentí como si estuviéramos saliendo de un gran camino real. El valle del río es como de cien yardas de ancho, y en la estación lluviosa todo se llena de agua; pero ahora la corriente era escasa, y una gran parte de su lecho, estaba seca Las piedras estaban blanqueadas por el sol, y no había rastro ni señal que diera el más ligero indicio de algún paso Muy pronto este lecho de rocas se estrechó y desapareció; el río corría a través de un terreno diferente, y altas hierbas, arbustos y matorrales crecían frondosamente sobre sus riberas Buscamos alguna huella en ambos lados del río, y era evidente que desde la última temporada de lluvias ninguna persona había pasado por allí. Al salir del río, los matorrales eran más altos que nuestras cabezas, y tan tupidos que a cada dos o tres pasos me quedaba yo enredado y detenido; por último desmonté, y mi guía abrió un sendero de a pie para mí con su machete Pronto dimos otra vez con la corriente, la cruzamos, y penetramos en la misma densa masa del lado opuesto De este modo continuamos por casi dos horas, con el río como nuestra línea. Lo cruzamos por más de veinte veces, y cuando era poco profundo caminábamos sobre su cauce Más abajo el valle era abierto, pedregoso y estéril, y el sol batía sobre él con prodigiosa fuerza; bandadas de zopilotes o auras, apenas perturbados por nuestra aproximación se alejaban con tardo paso, o con perezoso aleteo, y se subían a una baja rama del árbol más cercano En cierto lugar un hervidero de feos pajarracos tenían un festín sobre el cuerpo muerto de un caimán. Los pavos silvestres eran más numerosos de los que habíamos visto antes y tan mansos que yo maté uno con pistola. Los venados nos miraban sin temor y a cada lado del valle, grandes monos negros andaban sobre las copas de los árboles, o sentábanse tranquilamente sobre las ramas para mirarnos. Al cruzar el río por última vez, el cual se hacía más ancho y profundo hasta desembocar en el Pacífico, penetramos al bosque a la derecha, y llegamos a la primera estación de Mr Bailey; pero se hallaba cubierta de tiernos árboles y malezas, el bosque era más tupido que antes, y el paso enteramente indistinguible Yo había leído relatos, papeles y folletos sobre el asunto del gran canal, y esperaba, por lo menos, encontrar algún camino para el puerto; pero el desierto de Arabia no es más desolado, y la huella de los Hijos de Israel para el Mar Rojo, un camino público comparado con él.

Mi hermosa parda, degradada a la categoría de mula de carga, rabiaba bajo el peso; y aquí estorbada, y tirada hacia un lado y hacia el otro, se le aflojaron las cinchas de la silla, la carga se le ladeó y entonces se lanzó ciegamente hacia adelante dando coces y se metió entre los matorrales Se lastimó el lomo gravemente, y se puso del todo amedrentada; pero nos vimos obligados a cargarla de nuevo, y, por fortuna, estábamos casi al final de nuestro día de viaje

A la orilla del bosque llegamos a un arroyo, el último donde se podía obtener agua potable, y llenando nuestra calabaza, entramos en una llanura cubierta de altas hierbas Al frente había otro poco de arbolado, y a la izquierda el Río San Juan, ahora una gran corriente, desembocando en el Pacífico En pocos minutos llegamos a un pequeño claro, tan cerca de la playa que las olas parecían romperse a nuestros pies Atamos nuestras mulas a la sombra de un árbol corpulento a la orilla del claro El sitio del rande Mr Bailey estaba sobre una eminencia inmediata, pero apenas quedaban vestigios; y aunque dominaba una espléndida vista del puerto y del mar, era tan caluroso bajo el sol de la tarde, que establecí nuestro campamento debajo del árbol corpulento Colgamos de sus ramas nuestras sillas, mantillones y nuestras armas; y mientras Nicolás y José recogían leña y hacían fuego, yo encontré, lo que siempre era la parte más importante y satisfactoria del día de camino, excelente pastura para las mulas.

La siguiente cosa era cuidar de nosotros mismos No tuvimos ninguna molestia en decidir lo que habíamos de comer. Habíamos hecho provisiones, según suponíamos, para tres días; pero, como de costumbre, siempre acontecía que, a pesar de la abundancia, no duraban más que uno Por el momento ya todas habían sido comidas por nosotros o por las sabandijas; y, si no hubiera sido por el pavo silvestre, nos habríamos visto en la necesidad de tomar solo chocolate Fué un asunto de profunda e interesante meditación cómo cocinaríamos el pavo Hirviéndolo sería el mejor modo, pero nosotros no teníamos nada para hervirlo, excepto una pequeña cafetera. Intentamos hacer una parrilla con nuestros estribos para asarlo; pero los de Nicolás eran de madera, y solo los míos no eran suficientes Asarlo era un largo y tedioso procedimiento; pero nuestro guía se había visto a menudo en tales aprietos; y clavando en el suelo dos palos con horquillas, les puso otro atravesado, abrió el pavo y, asegurándolo con palos en forma de cruz, lo colgó frente a un flamante fuego como una águila extendida Cuando estuvo chamuscado de un lado lo volteó del otro Al cabo de una hora ya estaba cocinado, y en menos de diez minutos devorado Una taza de chocolate, lo suficientemente grande para evitar que se elevara si lo hubiéramos comido con todo y alas vino en seguida, y terminado el almuerzo

Ya descansado y refrescado, bajé a la playa Nuestro campamento quedaba casi en el centro del puerto, que era el más espléndido que ví sobre el Pacífico Este no es espacioso, pero está hermosamente protegido, teniendo casi la forma de la letra U Los brazos son elevados y paralelos, extendiéndose casi

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de norte a sur, y terminando en riscos altos y perpendiculares Según supe más tarde por Mr Bailey, el agua es profunda, y bajo cada risco, de acuerdo con el viento, los navíos de mayor categoría pueden flotar con perfecta seguridad. Suponiendo que esto sea correcto, no hay más que una objeción a este puerto, la cual procede del Capitán D'Yriarte, con quien hice la travesía de Zonzonate a Caldera El había estado nueve años navegando por la costa del Pacífico, desde el Perú hasta el Golfo de California, y había tomado valiosas notas que intentaba publicar en Francia; y me contó que durante los meses de verano, desde Noviembre hasta Mayo, los fuertes vientos del norte que soplan sobre el Lago de Nicaragua, pasan con tal violencia por el Golfo de Papagayo que, durante la prevalencia de esos vientos, es casi imposible para un buque el entrar al puerto de San Juan Si esto es verídico en la extensión que supone el Capitán D'Yriarte, hasta dónde los remolcadores de vapor podrían dar buen resultado para remolcar a los navíos contra tales vientos, queda para otros el determinarlo Mas, por el momneto, había dificultades que parecían más palpables

Dí un paseo a lo largo de la playa, bajando hasta el estuario del río, el cual era aquí ancho y profundo Este era el proyectado término del gran canal para unir el océano Atlántico con el Pacífico Yo había leído y examinado todo lo que se había publicado sobre este asunto en Inglaterra y en este país; había conferenciado con personas particulares, y había estado lleno de esperanza y casi entusiasmado con respecto a esta gigantesca empresa, pero al llegar al punto cayeron las escamas de mis ojos El puerto se hallaba enteramente desolado; durante años ni una embarcación había entrado en él; a su alrededor crecían antiquísimos árboles; a muchas millas de distancia no se encontraba una sola habitación Yo anduve por la playa solo Desde que Mr Bailey se fue, ninguna persona lo había visitado; y probablemente la única cosa que lo ha mantenido vivo todavía en la memoria, son las teorías de los hombres de ciencia, o las visitas ocasionales de algunos pescadores nicaragüenses, quienes, demasiado indolentes para el trabajo, buscan su sustento en el mar Parecía absurdo considerarlo como el foco de una gran empresa comercial, imaginarse que una ciudad iba a surgir de la selva, que el desolado puerto se vería lleno de embarcaciones y llegaría a ser un gran portal para el paso de las naciones Pero el paisaje era espléndido El sol estaba en su ocaso, y el elevado promontorio occidental proyectaba una obscura sombra sobre el agua Quizá sería esta la postrera vez en mi vida que yo vería el Pacífico; y a pesar de mi propensión a los ríos y calenturas, me bañé una vez más en el grande océano

Fué después del anochecer cuando volví a mi campamento Mis asistentes no habían estado sin oficio, flameantes trozos de leña, apilados a tres o cuatro pies de altura, alumbraban la obscuridad de la selva Oímos el aullido de los lobos, el grito del gato montés y de otras bestias salvajes del bosque Me envolví en mi poncho y me acosté a dormir Nicolás echó más leños sobre la encendida hoguera; y, al tenderse en el suelo, confiaba en que no tendríamos necesidad de pasar otra noche en este solitario lugar

Por la mañana tuve más molestias Mi mula parda se desató, y bebiendo en cada arroyo, con las cinchas apretadas, se le había levantado una hinchazón de ocho o diez pulgadas Yo procuré poner la carga sobre mi macho con la intención de andar a pie; pero me fué enteramente imposible manejarlo, y me ví obligado a trasladarla al desollado lomo de la mula de carga

Nos pusimos en marcha a las siete de la mañana, recruzamos el arroyo donde habíamos conseguido el agua y volvimos a la primera estación de Mr Bailey. Estaba situada en el Río San Juan, a una y media millas del mar ' Aquí el río tenía suficiente profundidad de agua para grandes navíos, y desde este punto comenzó Mr Bailey su trazo hasta el Lago de Nicaragua Envié a Nicolás con las mulas por el camino recto, y salí con mi guía para seguir, hasta donde fuera posible, la línea de su trazo Yo no sabía, hasta que me hallé en este desierto, cuán fortunoso había sido en conseguir este guía El había sido el guía de Mr Bailey en toda su exploración Era un mestizo moreno que ganaba la vida buscando abejas en los árboles, y derribándolos por la miel silvestre, lo que le había familiarizado con todas las corrientes de agua y secretas honduras de las casi impenetrables selvas

Había sido escogido por Mr Bailey en toda Nicaragua, y en beneficio de cualquier viajero que pueda tener interés en este sujeto, menciono su nombre, que es: José Dionisio de Leida, y vive en Nicaragua

Hacía dos años que Mr Bailey había hecho sus observaciones, y ya, en la fecunda tierra, los claros se hallaban cubiertas con árboles de doce a quince pies de altura Mi guía limpió para mí una senda con su machete, y abriéndonos camino a través del llano, entramos a un valle que se extendía en una inmensa barranca denominada Quebrada Grande, entre las cordilleras de montañas de Zebadea y El Platina Por medio del machete manejado vigorosamente, estuve en aptitud de seguir la línea de Mr Bailey arriba de la hondonada hasta la estación de Panamá, así llamada por un corpulento árbol de Panamá cerca del cual Mr Bailey construyó su rancho. Hasta este lugar claramente no podría haber dificultad en abrir un canal, más adelante la línea del trazo sigue la pequeña corriente de El Cacao por otra legua, en donde cruza la montaña, pero había allí tan exuberante desarrollo de tiernos árboles, que era imposible continuar sin despachar hombres por delante para limpiar el camino En consecuencia, nosotros dejamos la línea del canal, y cruzando el valle a la derecha, llegamos al pie de la montaña sobre la que pasa el camino para Nicaragua Se había abierto una senda para transportar las provisiones de Mr Bailey a esa estación, pero era difícil encontrarla Tomamos un buen trago en un hermoso arroyo llamado Loco de Agua (El Ojo de Agua), y mi guía se quitó la camisa y comenzó a trabajar con su machete Yo estaba asombrado al ver cómo encontraba algo para guiarlo, pero él distinguía un árbol como la cara de un hombre. La falda de la montaña era muy escarpada, y además de los grandes árboles, estaba llena de zarzas, arbustos espinosos y garrapatas Yo me ví obligado a apearme y a conducir mi macho; la obscura piel de mi guía relumbraba del sudor, y casi tuvimos que gatear hasta que alcanzamos la cumbre

El cambio al salir al camino fué hermoso Este era como de diez pies de ancho, recto y sombreado por los más majestuosos árboles de las selvas de Nicaragua En una hora llegamos a la boca de la montaña, donde Nicolás nos estaba esperando con las mulas bajo la sombra de un árbol grande, que extendía sus ramas a cincuenta pies del tronco, y parecía cuidado por alguna bendita mano para abrigo del cansado caminante Pronto llegamos a otra estación de Mr Bailey Mirando hacia atrás, divisé las dos grandes cordilleras de montañas, erguidas cual gigantescos portales, y no pude sino pensar cuán espléndido sería el espectáculo al ver un barco, con todos sus mástiles y aparejos, cruzar el llano, pasar por la enorme puerta y avanzar hasta el Pacífico Más allá toda la llanura estaba encendida; la alta hierba, agostada por el sol de estío, crujía, relumbraba y se incendiaba como pólvora El camino era una sábana de llamas, y cuando el fuego se extinguió, la tierra quedó negra y caliente Caminamos alguna distancia sobre el humeante campo a lo largo de la línea de llamas, y encontrando un lugar favorable, hice pasar las mulas; pero parte del equipaje se quemó, la cara y las manos se me chamuscaron, y todo el cuerpo se me inflamó

Lejos del camino, a la orilla del bosque, y cerca del Río Las Lahas (Las Lajas), estaba otra estación de Mr Bailey Desde ese lugar, la línea corre direc-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tamente sobre un llano, hasta que toca el mismo río cerca del Lago de Nicaragua Intenté seguir las líneas nuevamente, pero me lo impidió el crecimiento del monte bajo

Ya había avanzado la tarde y me apresuré a llegar al camino real Hermoso como había sido todo el país, no hallé nada igual a estas dos horas antes de entrar a Nicaragua Los campos estaban cubiertos de altas hierbas, tachonados con majestuosos árboles, y bordeados a distancia por una obscura selva, mientras al frente, alto y desmesurado en forma de cono, se elevaba el hermoso volcán de la isla. Hatos de ganado le daban una apariencia de bienestar.

Ya para anochecer entramos nuevamente al bosque, y durante una hora no vimos nada, pero al fin oímos el sonido lejano de una campana llamando a vísperas, y muy pronto nos saludaron los ladridos de los perros en los suburbios de Nicaragua.En las calles había fuegos encendidos, que servían de cocina a los infelices habitantes, y donde ellos estaban cocinando sus cenas Pasamos alrededor de una pobre plaza, y paramos frente a la casa del Licenciado Pineda Una gran puerta estaba abierta de par en par; el licenciado se balanceaba en una hamaca, y su esposa y una mulata en otra Yo me apeé y entré a su casa, y le dije que traía para él una carta de don Manuel de Aguila Me preguntó qué era lo que yo deseaba, y cuando le dije que alojamiento para una noche, me contestó que él podría hospedarme a mí, pero que no tenía local para las mulas. Le dije que yo iría adonde el cura, y me respondió que el cura no podría hacer nada más que él En una palabra, el recibimiento que me hizo fué demasiado frío Yo estaba indignado, y me fuí a la puerta, pero afuera estaba tan obscuro como el Erebo Había yo hecho un largo y fastidioso viaje a través de una desolada región, y ese día había sido uno de extremada labor. Las primeras palabras de atención vinieron de la señora del licenciado Yo estaba tan cansado que me hallaba a punto de caer: había salido de San José con fríos y calenturas, había permanecido doce días caballo, y las dos últimas noches había dormido a campo raso Debo manifestar, no obstante, que, una vez roto el hielo, ambos hicieron todo lo que pudieron por mi comodidad, y, en verdad, me trataron con especial atención Un viajero jamás olvida los beneficios que se le hacen en tierra extraña, y yo nunca me sentí tan persuadido de esto como en Centro América en otros países, con dinero, un hombre puede pedir gustos; pero allí, cualesquiera que sean sus medios, se halla completamente a merced de la hospitalidad individual

Toda la mañana siguiente la dediqué a hacer averiguaciones concernientes a la ruta del canal Se sabe más de ella en los Estados Unidos que en Nicaragua No hallé un hombre que hubiera estado en el puerto de San Juan, o que siquiera conociese el punto terminal fijado por Mr. Bailey sobre el Lago de Nicaragua Tuve necesidad de mandar llamar a mi antiguo guía, y después de almuerzo partimos para el lago El pueblo se compone de una gran colección de casas dispersas, sin un solo objeto de interés Aunque es el más rico de los Estados de la confederación en donde naturales, su población es la más pobre

Atravesando los arrabales, muy pronto penetramos al bosque y caminamos bajo una hermosa sombra No encontramos a nadie Antes de llegar al lago oímos que sus ondas se rompían sobre la playa como las olas del mar, y cuando nos asomamos por el bosque la vista a nuestro frente era sublime Hacia un lado no se veía tierra alguna; un fuerte viento del Norte barría sobre el lago, y su superficie estaba violentamente agitada; las ondas retumbaban y se rompían en la playa con solemne majestad, y al frente, en el centro del lago, estaban las islas de Isola y Madeira, con gigantescos volcanes erguidos, como escalando los cielos El gran volcán de Omotepeque (Ometepe) me hizo recordar el Monte Etna, elevando, como el orgullo de Sicilia, desde el borde del agua, un liso y perfecto como a la altura de más o menos seis mil pies

Caminamos durante una hora a lo largo de la playa, y tan cerca del agua que nos mojamos con la espuma La ribera era toda arbolada; y en cierto lugar, en un pequeño claro a la orilla de una corriente, estaba una choza ocupada por un mulato, cuya vista desde allí podrían envidiar los príncipes Más adelante pasamos frente a unas mujeres lavando, y a la distancia de una legua y media llegamos al Río Las Lahas (Las Lajas), según el trazo de Mr. Bailey el punto terminal sobre el lago Una bandada de aves silvestres estaban posadas sobre el agua, y aves zancudas, con las alas extendidas, andaban por la playa

Ahora yo he examinado, tan bien como las circunstancias lo permitieron, el trazo del canal desde el Pacífico hasta el Lago de Nicaragua Fué dada una dirección a mis investigaciones al proseguir sobre el rastro del trazo de Mr Bailey; pero no habría estado en aptitud de comunicar cosa alguna si no hubiera sido por el mismo Mr Bailey a quien más tarde encontré en Grenada (Granada) este caballero es un oficial jubilado de la Marina británica Dos años antes había sido empleado por el gobierno de Centro América para hacer un trazo de esta ruta del canal, y lo había completado todo excepto el de una parte insignificante del Río San Juan, cuando estalló la revolución Los Estados declararon su independencia del gobierno general y declinaron toda responsabilidad por sus deudas Mr Bailey había dado su tiempo y su trabajo, y cuando yo le ví había despachado a su hijo para hacer la última apelación ante la sombra del Gobierno Federal, pero antes que él llegara a la capital este gobierno había sido completamente aniquilado, y Mr Bailey se quedó sin otra recompensa por sus arduos servicios, que la satisfacción de haber sido un explorador de una gran obra Cuando llegué a Granada él puso frente a mí todos sus mapas y planos, con libertad para hacer de ellos el uso que quisiera Pasé un día entero tomando notas y memorias, y recibiendo explicaciones, y el resultado de todo ello es como sigue

Las medidas comenzaron del lado del Océano Pacífico y fueron continuadas hasta el Lago de Nicaragua La cadena era de veinticinco varas de largo, siendo cada vara de treintidós y media pulgadas inglesas, y doy los niveles como fueron tomados en el trazo de Mr Bailey

A una distancia de

Cadenas		Elevación en pies ingleses
17 50		8 93
34 37		12 04
52 38		7 99
67 50		16 82
80 95		26 90
103 06		38 12
120 07		52 62
134 94	La Desperansedera de la Quebrada la Palma. Excavando 3½ pies, arena suelta; 66 pies, arcilla, no muy firme	66 12
149 61		76 12
164 71		94 66
185 34		132 95
201 50	Panamá, agua en la superficie Excavando 11 pies, cascajo; 24 pies 5 pulgadas, piedra de pizarra	201 50
221 87		223 00
226 14		214 235
235 48		241 35
253.63	Primera roca caliza	284 20
264 28		356 770
273 18		389 700
280 26		425 95
287.01		461 525
288.97		519 391

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Cadenas		Elevación en pies ingleses
292 99	Cumbre de la Palma, y ápice del nivel Excavando 5 pies, arcilla amarilla; 59 pies, piedra, suave y suelta No hay agua	615 673
299 05		570 157
300 53	Segunda roca caliza	506 300
314 11		460 891
317 05		442 858
319 27		443 899
332 25		410 524
336 92	Hasta aquí terrenos nacionales	393 216
340 28	Tercera roca caliza Excavando 31½ pies, agua, 49 pies, piedra de cal, suave y suelta	350 776
358 50		311 152
361 40		318 235
370 55		291 419
373 85		295 160
382 86		283 352
401 04		269 236
409 30		258 378
413 51		261 486
423 75	Agua en la superficie Excavando 3 pies, arena; 12 pies, tierra	247 780
437 55		237 570
448 90		250 370
464 78		228 237
477 76		214 695
489 29		200 530
	Entre esta y la siguiente, excavando 5 pies, tierra; 10 pies, arcilla blanca, 11 pies, agua; 38 pies, piedra suave	
506 22		184 511
510 53		186 869
519 47		180 244
533 04		170 161
543 25		159 311
545 98		160 411
553 85		158 736
	En las seis estaciones próximas las elevaciones no se diferencian en un pie.	
604 82		153 461
612 62		160 077
622 54	Agua en la superficie Excavando 12 pies, arena y piedra dura Esta estación se encuentra en un hoyo de la Quebrada, muy hondo	149 553
627 27		150 052
630 32		149 336
634 20		157 102
638 86		147 044
643 31		154 785
685 55		143 343
661 35		155 076
664 47		140 243
671 22		151 185
675 86		139 352
685 93		150 927
692 55		146 977
696 91		148 569
712 85		144 436
716 17		149 152
723 29		142 994
728 29		148 552
739 95		139 702
749 10		164 360

Cadenas	Elevación en pies ingleses.
1062 87	118 042
1068 43	131 942
1077 69	120 584
1083 96	125 784
1100 19	135 709
1113 35	152 176
1128 97	127 201
1133 79	163 276
1140 94	129 776
1145 18	151 401
1156 44	129 335
1176 61	140 835
1190 87	129 396
1193 77	132 801
1203 21	128 093
1210 14	140 985
1223 50	128 243

En resumen la longitud total desde el Pacífico hasta el Lago de Nicaragua es de 28,365½ yardas, o sean 15 2/3 millas

	Pies,	pulg	décimos
La suma de los ascensos es de	1047	5	45
La suma de los descensos es de	919	2	4
La diferencia es la altura del lago sobre el océano Pacífico en baja marea	128	3	05

Ahora vengamos a la comunicación con el Atlántico por medio del Lago de Nicaragua y el Río San Juan El lago tiene noventa y cinco millas de largo, en su parte más ancha alrededor de treinta, y un promedio, según los sondeos de Mr Bailey, de quince brazas de agua El largo del río, según medidas, con todas sus vueltas, desde la embocadura del lago hasta el mar, es de sesenta y nueve millas No tiene cataratas o cascadas; todas sus obstrucciones son raudales, y es navegable en cualquier tiempo, para arriba y para abajo, por piraguas que calan de tres a cuatro pies de agua

Desde el lago hasta el río Los Sábalos, cerca de diez y ocho millas, la profundidad es de dos a cuatro brazas Aquí comienzan los raudales de Toros, que se extienden una milla, con una y media a dos brazas de agua De allí el río es claro en una extensión de cuatro millas, con un promedio de profundidad de dos a cuatro brazas En seguida vienen los raudales del Castillo Viejo, sólo de un poco más de media milla de extensión, con agua de dos a cuatro brazas El río es claro otra vez por casi dos millas, con agua de dos y media a cinco brazas, donde comienzan los raudales de Mico y Las Balas, unidos y descargando uno entre otro, y ambos juntos de no más de una milla, con agua de una a tres brazas Después es claro una milla y media hasta los raudales de Machuca, que se extienden una milla, y son los peores de todos, siendo el agua más violenta por correr sobre un quebrado lecho de rocas En seguida el río fluye claro y sin obstrucción alguna por diez millas, con agua de dos a siete brazas hasta el río San Carlos, y de allí once millas, con algunos islotes diseminados, con agua de una a seis brazas, hasta el Río Serapequea, siendo las medidas de una braza cerca del punto de las combas, donde existe una acumulación de arena y fango Continúa después claro por siete millas, con agua de dos a cinco brazas hasta el Río Colorado El río Colorado se bifurca del San Juan en otra dirección hacia el Atlántico La pérdida de éste, según las medidas tomadas en el mes de Mayo de 1839, fué de veintiocho mil ciento setenta y ocho yardas cúbicas de agua por minuto, y en el mes de Julio del mismo año, durante la crecida de las aguas, fué de ochenta y cinco mil ochocientas cuarenta yardas por minuto, cuyo inmen-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

so caudal podría ser ahorrado al San Juan poniendo un dique en la embocadura del Río Colorado. Desde este punto hay trece millas, con sondeos desde tres hasta ocho brazas El fondo es de arena y cieno, y hay muchos islotes y agregaciones de arena sin árboles, muy fáciles de limpiar Las últimas trece millas podrían reducirse a diez restableciendo el río a su antiguo cauce, que ha sido llenado, en ciertos puntos de materias flotantes Un viejo patrón de una piragua le contó a Mr B, que según sus recuerdos, los árboles se habían extendido media milla más atrás Todos los sondeos fueron verificados con la plotting-scale cuando el río estaba bajo, y el puerto de San Juan, aunque pequeño, Mr Bailey lo consideraba libre de todo reparo

Los anteriores memorándums fueron puestos en manos de un amigo, Mr Horacio Allen, (actualmente empleado como ingeniero en nuestro Croton Aqueduct), quien bondadosamente ha sacado de ellos el plano del frente.

Quizá deba yo hacer notar, en beneficio de aquellos que no están familiarizados con tales planos, que para reducir el perfil de la región a un pequeño espacio, las líneas verticales, que representan elevaciones y depresiones, están en una escala muchas veces más grande que las líneas de la base o distancias horizontales Para las primeras, la escala es de mil pies, y para las últimas es de veinte millas por pulgada Esto, por supuesto da una falsa idea de la región, pero, para preservar las relativas proporciones, habría sido necesario que la línea de la base en el plano fuera mil veces más larga

Toda la longitud del canal desde el Lago de Nicaragua hasta el Pacífico es de quince millas y dos tercios de milla De acuerdo con el plano, en las primeras ocho millas a partir del lago sólo una esclusa es necesaria En la milla que sigue se requieren sesenta y cuatro pies de desnivel En las tres millas próximas hay casi dos de corte hondo y una de túnel, y después un descenso de doscientos pies en tres millas por diferencia de nivel, hasta el Pacífico

Hasta aquí el canal a través del istmo El Lago de Nicaragua es navegable para buques de la mayor capacidad bajando hasta la embocadura del río San Juan Este río tiene un promedio de caída de un pie y seis séptimos de pie por milla hasta el Atlántico Si el lecho del río no puede ser limpiado, podría hacerse una comunicación por medio de esclusa y dique, o por un canal a lo largo de la orilla del río Esto último sería más costoso, pero, teniendo en cuenta las grandes inundaciones de la estación lluviosa, sería preferible

Estoy autorizado para declarar que las obstrucciones físicas de la región no presentan impedimento para llevar a cabo esta obra Un canal lo suficientemente grande para el paso de botes del tamaño corriente podría ser construido con muy poco costo Un túnel del largo requerido no se considera una gran obra en los Estados Unidos Según el plano del canal de Chesapeake y Ohio, está proyectado un túnel de más de cuatro millas de largo La única dificultad es la misma que existiera en cualquier ruta de cualquier otra región, es a saber: las grandes dimensiones de la excavación requerida para un canal para buques

Los datos aquí dados son, por supuesto, insuficientes para una gran exactitud; pero yo presento un cálculo aproximado del costo de esta obra, que me fué proporcionado con el plano Está basado en los precios corrientes de contratos en los Estados Unidos, y creo que estoy seguro al decir que la baratura de la mano de obra en Nicaragua, igualará cualquier ventaja y facilidad que exista aquí

El Presupuesto es:

Desde el lago hasta el extremo oriental del túnel, .	$8,000,000 a 10,000,000
Descenso hasta el Pacífico .	2,000,000 a 3,000,000
Desde el lago hasta el Atlántico por canal a lo largo de la orilla del río .	10,000 000 a 12,000 000
	$20,000,000 a 25,000,000

la que no es sino la suma proyectada como el costo del ensanche de nuestro canal del Erie

La idea de una comunicación entre el Atlántico y el Pacífico no es nueva Colón gastó los últimos días de su variada vida en busca de un pasaje natural, y lo vasto y sublime de la empresa se avenía con la temeraria imaginación de los primeros españoles

Desde la formación del continente y la mengua en la altura de la cordillera de los Andes, desde entonces ha llamado la atención de los hombres reflexivos Aun durante el trágico sueño del dominio español, se hizo un trazo bajo la dirección del capitán general, pero los documentos quedaron sepultados en los archivos de Guatemala hasta la emancipación de las colonias, siendo entonces obtenidos y publicados por Mr Thompson, quien visitó aquel país comisionado por el gobierno británico

En 1825 un enviado extraordinaria de la nueva república de Centro América llamó hacia él la especial atención de nuestro gobierno, solicitando nuestra cooperación de preferencia a la de cualquier otra nación, y propuso, por medio de un tratado, "asegurar eficazmente sus beneficios a las dos naciones"

Se nombró por nuestro gobierno un Encargado de Negocios, quien fué instruido especialmente para asegurar al gobierno de Centro América el profundo interés tomado por el de los Estados Unidos en la ejecución de una empresa "tan sumamente a propósito para difundir una extensiva influencia en los negocios de la humanidad", y a investigar con el mayor cuidado las facilidades ofrecidas por la ruta, enviando los informes a los Estados Unidos

Por desgracia, hallándose muy lejos de la capital, ninguno de nuestros agentes diplomáticos visitó jamás el lugar; pero en 1826, según aparece en los documentos que acompañan el informe de un comité de la Cámara de los Representantes en un memorial "suplicando la ayuda del gobierno de los Estados Unidos para lograr la construcción de un canal para buques o canal de navegación a través del istmo entre Norte y Sur América", se hizo un contrato por el gobierno de Centro América con el agente de una compañía de Nueva York, bajo el nombre, título y designación de la "Central American and United States" Atlantic and Pacific Canal Company" Los nombres de Dewitt Clinton y de otros de los hombres más distinguidos de aquel tiempo aparecen como asociados, pero el proyecto fracasó

En 1830 el gobierno de Centro América celebró otro contrato con una sociedad de los Países Bajos, bajo el patronato especial del Rey de Holanda, quien invirtió en ella una gran cantidad de su propia fortuna; pero, debido a las dificultades entre Holanda y Bélgica, y a la separación de los dos países, esta también fracasó

El 3 de Marzo de 1835, el Senado de los Estados Unidos resolvió "comisionar al Presidente para que se encargue de estudiar la conveniencia de abrir negociaciones con los gobiernos de otras naciones, y, particularmente con los gobiernos de Centro América y Granada, con el objeto de proteger de manera eficiente por medio de un tratado con estipulación adecuada, a los particulares o compañías que puedan emprender la apertura de una comunicación entre el océano Atlántico y el Pacífico, por la construcción de un canal navegable a través del istmo que una a la América del Norte con la del Sur, y asegurar para siempre, para tales pactos, el libre e igual derecho para navegar en dicho canal a todas las naciones, pagando las tasas ra-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

zonables que se establezcan, para compensar a los capitalistas que puedan comprometerse en tal compra y completar la obra".

En cumplimiento de esta resolución el General Jackson nombró un agente especial, a quien se le dieron instrucciones de proseguir sin dilación por la vía más directa hasta el puerto de San Juan, subir por el Río San Juan hasta el Lago de Nicaragua, y de allí por la proyectada ruta de comunicación, por canal o ferrocarril, hasta el Océano Pacífico Después de haber terminado el examen del trazo del canal se le ordenaba que volviese a Guatemala, capital de la república, y, con la ayuda de Mr De Witt, Encargado de Negocios de los Estados Unidos, conseguir todos los documentos públicos relacionados con el asunto, que pudiesen ser habidos, y especialmente copias de todas las leyes que se hubiesen emitido con el objeto de incorporar compañías para llevar a efecto la empresa; y de cualquier convención o convenciones que pudiesen haber tenido con alguna potencia extranjera con respecto al asunto, y de cualesquiera planos, trazos o presupuestos en relación con él Desde Guatemala se le mandó proseguir hasta Panamá, y hacer observaciones y pesquisas relativas a la proyectada unión de los dos océanos en ese punto Desgraciadamente, por la dificultad de conseguir medios de transporte para el Río San Juan, el agente se fué primero a Panamá, por circunstancias adversas nunca llegó a Nicaragua, y murió a su regreso a este país, antes de llegar a Washington, pero, de su imperfecto informe, se deduce que el resultado de sus observaciones fue: que no era practicable un canal de navegación a través del Istmo de Panamá Es de consiguiente valioso para volver la atención que antes se hallaba dividida entre las dos rutas, exclusivamente hacia la del Lago de Nicaragua Con respeto a esta ruta mucho se ha escrito, muchas especulaciones y aun cálculos del costo de construcción han sido hechos, pero el conocimiento actual del asunto es muy limitado En efecto, las precedentes notas del trazo de Mr Bailey son los más seguros datos que han sido hasta el día publicados Yo no puedo menos que esperar que el mismo espíritu liberal que impulsó el envío de un Agente, pueda inducir a nuestro gobierno a obtener de Mr Bailey, para mostrarlos al mundo, todos sus mapas y dibujos

Todavía el asunto de esta comunicación no ha ejercido ninguna poderosa influencia en la opinión pública Este será discutido, mirado con malos ojos, se burlarán de él, y lo condenarán como visionario e impracticable Muchos con negocios ya establecidos se le opondrán como trastornador del curso de su comercio Los capitalistas no arriesgarán su dinero en un país inquieto y revolucionario Los exploradores serán denunciados y ridiculizados como lo fué Clinton cuando apostó sus destinos políticos en la "gran zanja" que iba a conectar el Hudson con el Lago Erie, pero, si la paz de Europa no es perturbada, yo estoy persuadido que no está lejano el día cuando la atención de todo el mundo civilizado y mercantil se dirigirá hacia él, y los barcos de vapor darán el primer impulso En menos de un año los botes de correo ingleses harán la travesía hasta Cuba, Jamaica y a los principales puertos de Hispanoamérica, tocando una vez al mes en San Juan y Panamá Para los hombres ociosos y de fortuna, cansados de vagar sobre las ruinas del antiguo mundo, se abrirá un nuevo campo Después de un viaje por el Nilo, un día en Petra, y un baño en el Eufrates, los turistas ingleses y americanos serán picados por los zancudos en el Lago de Nicaragua, y beberán champaña y cerveza Burton en las desoladas playas de San Juan sobre el Pacífico. Los reparos fortuitos de los viajeros por diversión y las observaciones de hombres prudentes y científicos se traerán a la vista, un conjunto de conocimientos será acumulado y hecho público, y en mi opinión los dos océanos se unirán

Con respecto a las ventajas de esta obra no entraré en ningún detalle; haré notar, sin embargo, que sobre un punto existe un grande y muy general error. En los documentos sometidos al Congreso antes referidos, está declarado que "el comercio de los Estados Unidos y de Europa con la China, el Japón y el Archipiélago Indio, sería facilitado y aumentado en razón del acortamiento de la distancia arriba de cuatro mil millas", y en la usualmente correcta obra, The Modern Traveller, se expone: que desde Europa "la distancia a la India y la China se acortaría en más de 10 000 millas!" pero por las medidas del globo, la distancia de Europa a la India y la China no será disminuida en modo alguno Esto es tan contrario a la impresión general que yo titubeo al hacer la aserción, pero este es un punto sobre el cual el lector puede satisfacerse a sí mismo refiriéndose al globo El comercio de Europa con la India y Cantón, por consiguiente, no pasará necesariamente a través de este Canal para ningún ahorro de distancia; pero, por conversaciones con patrones de buques y con otros hombres prácticos, me veo inducido a creer que, en razón de más favorables latitudes para los inventos y corrientes, será considerado preferible al paso por el Cabo de Buena Esperanza De todas maneras, todo el comercio de Europa con la costa occidental del Pacífico y con las Islas de Polinesia, y todas sus pesquerías de ballenas, y todo el comercio de los Estados Unidos con el Pacífico, sin excepción de un solo buque, pasará por él; el monto de lo que se economice en tiempo, intereses de dinero, gastos de navegación y seguros, al evitar el borrascoso paso alrededor del Cabo de Hornos, no tengo datos para culcularlo

Sobre sólidas bases, esta obra ha sido bien caracterizada como "el más grande acontecimiento en favor del comercio pacífico de las naciones, que las circunstancias físicas del globo presentan a la energía del hombre" Este apaciguará al perturbado país de Centro América; tornará la espada, que hoy está empapada en sangre, en podadera; removerá los prejuicios de los habitantes poniéndolos en estrecha comunicación con gente de todas las naciones, los proveerá de una causa y de una recompensa para la industria, y les inspirará el gusto de hacer dinero, el cual, después de todo, oprobioso como se le considera algunas veces, hace más por civilizar y mantener al mundo en paz que ninguna otra influencia de cualquier clase que sea Una gran ciudad se desarrollará en el corazón del país; fluirán ríos de allí fertilizando a medida que avancen hacia el interior; sus espléndidas montañas y sus valles que hoy día lloran en desolación y ruina, sonreirán y serán felices El comercio del mundo cambiará, la estéril región de la Tierra de Fuego se olvidará, Patagonia llegará a ser una tierra de fábula, y el Cabo de Hornos vivirá únicamente en la memoria de los marinos y aseguradores Los vapores irán arrojando humo a lo largo de las ricas costas de Chile, Perú, Ecuador, Granada, Guatemala, California, nuestro propio Territorio de Oregón, y las posesiones Rusas sobre las riberas del Estrecho de Behring Se abrirán nuevos mercados para los productos de la agricultura y de la industria, y el tráfico y comunión de numerosos e inmensos grupos de la raza humana asimilarán y mejorarán el carácter de las naciones Todo el mundo está interesado en esta obra Yo no quería hablar de ella con sentimiento seccional ni aún nacional; pero si Europa es indiferente, sería una gloria superior a la conquista de reinos llevar a cabo esta grandiosa empresa jamás intentada por el esfuerzo humano y hacerla enteramente nuestra propia obra; y no sólo, sino hacerla, como se intentó una vez, exclusivamente la obra de nuestra ciudad; porque ella es proveer un nuevo campo para la acción de aquel tremendo poder que, habiendo nacido a la vista de nuestros propios ojos, está ahora cambiando la faz de mundo entero en lo moral, en lo social y en lo político ¿Es acaso mucho esperar que en honor a los servicios pobremente pagados pero jamás olvidados, un barco

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de vapor, llevando el glorioso nombre de Fulton, pueda partir del lugar donde hizo su primer experimento, y abrir el gran "camino real de las naciones" hacia el Océano Pacífico?

Jueves, 27 de Febrero A las tres de la mañana salimos del patio del licenciado Los habitantes de la población todavía estaban durmiendo. Al rayar el día pasamos por un pueblo, donde, frente a la puerta de una de las casas, un viajero estaba haciendo sus preparativos para emprender un viaje Nos acercamos a saludarlo, y nos dijo que nos alcanzaría en el camino A las ocho llegamos a una casa, donde nos detuvimos para desayunarnos La hospitalidad de Centro América está en el campo y en los pueblos; allí jamás supe que faltara El viajero puede parar donde le plazca, y tiene casa, fuego y agua libre, pagando solamente los artículos que consuma Nosotros tuvimos leche en abundancia, y el costo fué de seis centavos Antes de reanudar nuestra jornada llegó el viajero a quien habíamos dejado en el último pueblo, y, después que hubo tomado chocolate, partimos todos juntos El era comerciante, en camino para León, equipado al estilo del país, con pistolas, sable, polainas y espuelas; y como por entonces sufría de fríos y calenturas, usaba un pesado poncho de lana, un pañuelo de bolsillo, de algodón rayado, alrededor de la cabeza, y sobre ella dos sombreros de paja, uno metido entre el otro. Un joven, montado, y armado con una escopeta, conducía una mula de carga, y tres mozos con machetes los seguían a pie

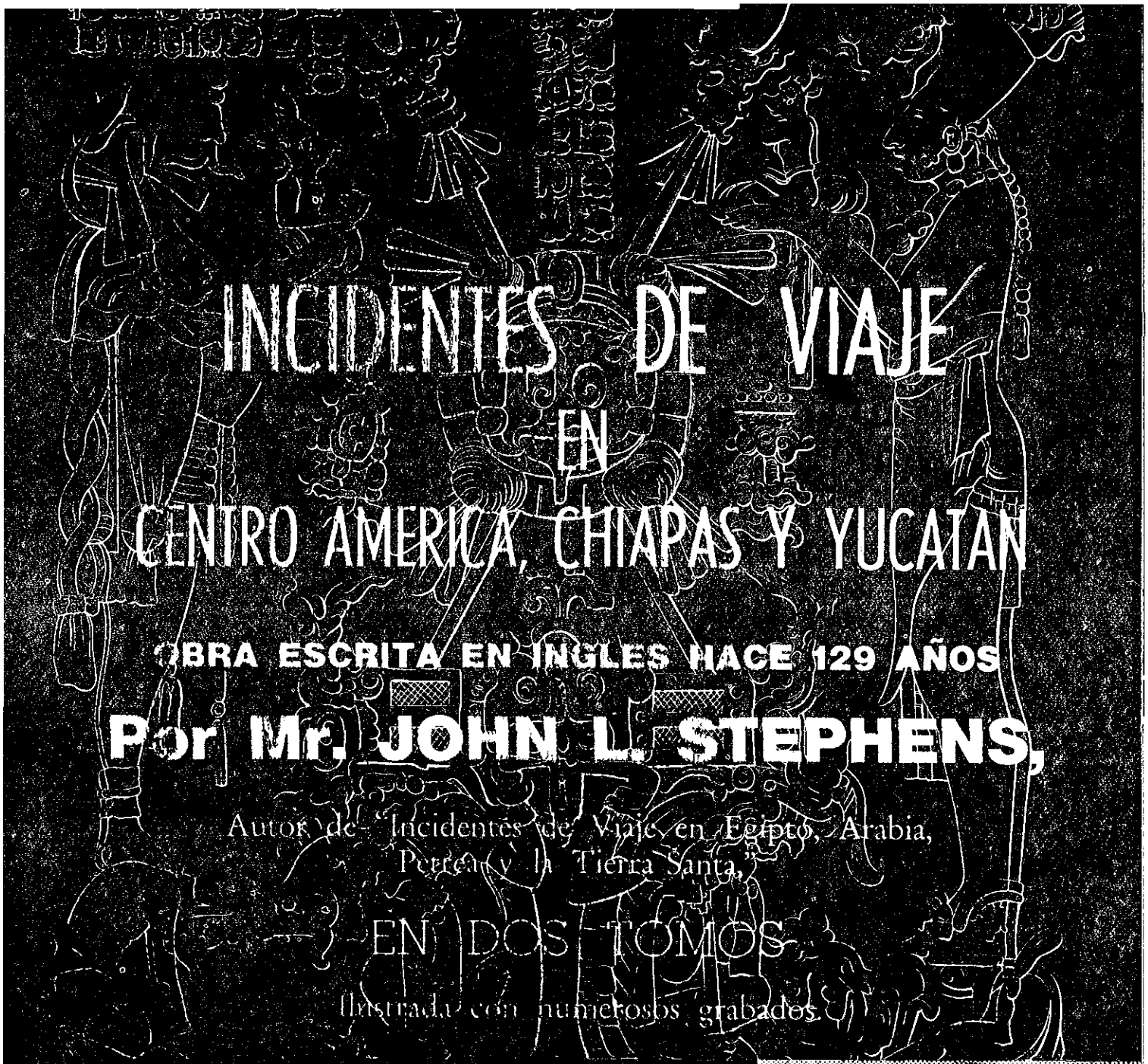
Toda esta región a lo largo de la costa del Pacífico es llamada la Tierra Caliente. A las dos y media de la tarde, después de una ardiente y polvorosa caminata, sin nada de agua, llegamos a una hacienda cuyo nombre he olvidado Estaba construida con palos y repellada con lodo. El mayordomo era un blanco, en mala salud, pero muy servicial, que vivía de la venta ocasional de una gallina o unos cuantos huevos a algún viajero y maíz y agua para las mulas Allí no había más de aquellas hermosas corrientes que habían dado tal encanto a mi viaje por Costa Rica La tierra estaba desecada; el agua era un lujo que costaba dinero Había un pozo en la hacienda, y yo pagué dos centavos por cabeza para que bebieran nuestras mulas. En el rancho había un catre; a las cuatro de la tarde me acosté para reposar un momento, y no desperté sino hasta las cinco de la mañana del siguiente día En línea con la cabecera de mi cama había una gran troza de madera cuadrada y ahuecada, con una ancha tapadera encima, y asegurada con una cerradura con llave, conteniendo el maíz y los objetos valiosos de la familia, y sobre ella estaba durmiendo una mujer, algo pálida, y una muchachita Tomé chocolate, y a los pocos minutos estaba en la silla Muy pronto llegamos a la vista de las tierras montañosas del Boumbacho (Mombacho), una elevada y obscura cordillera de montañas, detrás de las cuales se hallaba Granada, en donde entramos al cabo de media hora Edificada por aquellos osados aventureros que conquistaron la América, todavía hasta hoy es un monumento digno de su fama Las casas son de piedra, grandes y espaciosas, con balcones de madera torneada en las ventanas, y aleros volados, con ornamentos sobresalientes de madera curiosamente entallada

Me encaminé a la casa de don Federico Derbyshire, para quien yo tenía una carta de amigos en Nueva York El se había ido a los Estados Unidos; pero su dependiente un joven inglés, me ofreció la casa, me dió una habitación, y a los pocos minutos me había quitado el vestido de viaje y estaba en la calle Mi primera visita fué para Mr Bailey, que vivía cerca al lado opuesto, con una señora inglesa, cuyo esposo había fallecido dos años antes, y quien, además de llevar adelante sus negocios, recibía en su casa a los pocos ingleses o extranjeros que la suerte conducía a aquel lugar. Mi aparición en Granada produjo sorpresa, y fuí felicitado por mi libertad o escape de la prisión Hasta allí habían llegado las noticias de mi arresto (ignoro de qué modo), y de qué me encontraba preso en San Salvador, y como todas las noticias tenían sus sesgos partidaristas, se refería como otra de las tropelías del General Morazán La casa de esta señora era una comodidad para el molido viajero Yo podría haber permanecido allí un mes; pero, desgraciadamente, oí novedades que no me permitieron mucho tiempo para descansar Los negros nubarrones que flotaban sobre el horizonte político habían estallado, y la guerra civil se había vuelto a declarar Las tropas de Nicaragua, de mil cuatrocientos hombres, habían marchado para Honduras, y unidas a las de este Estado, habían derrotado, con gran carnicería, a las tropas de Morazán estacionadas en Taguzegalpa (Tegucigalpa). Estas últimas se componían solamente de cuatrocientos cincuenta hombres, a las órdenes del General Cabanes (Cabañas) y las memorias de las guerras civiles entre los cristianos en ninguna parte presentan una página más sangrienta. Ni se daba cuartel ni se pedía Después de la batalla, catorce oficiales fueron fusilados a sangre fría, y ni un solo prisionero quedaba vivo como un monumento de misericordia Cabanes, luchando desesperadamente, escapó El Coronel Galindo, a quien antes me he referido que visitó las ruinas de Copán, conocido tanto en esta nación como en Europa por sus investigaciones de las antigüedades de aquel país, y para quien yo tenía una carta de recomendación de Mr Forsyth, fué asesinado Después del combate, al intentar la huida, con dos dragones y un muchacho asistente, pasó por un pueblo de indios lo reconocieron, y todos ellos fueron asesinados a machetazos Una vergonzosa riña surgió entre Quejano (Quijano) y Ferrera, los cabecillas de las tropas de Nicaragua y Honduras, por los miserables despojos; y el primero logró tener a Ferrera en su poder, y durante veinticuatro horas lo tuvo bajo sentencia de muerte. Después el asunto quedó arreglado, y los nicaragüenses regresaron triunfantes a León, con trescientos cincuenta mosquetes, varios equipos de banderas, y como una prueba del modo en que habían efectuado su obra, sin un solo prisionero

En San Salvador había estallado un siniestro movimiento El General Morazán había renunciado su cargo como Jefe del Estado, reteniendo el mando del ejército, y había enviado a su esposa y familia para Chile La crisis estaba en su punto; las trompetas de la guerra sonaban horriblemente, y era del todo importante para la prosecución de mis últimos designios y para mi seguridad personal, el llegar a Guatemala mientras que todavía el camino estuviera abierto.

Yo hubiera proseguido inmediatamente, pero sentí que podría hacer demasiado esfuerzo y caer enfermo en algún lugar peligroso Por la tarde, en compañía de Mr Bailey y Mr Wood, bajé a pasear hasta el lago Al principio de la calle por donde entramos, construido sobre el lago, estaba un antiguo fuerte, desmantelado y cubierto de breñas y de árboles, una reliquia de los intrépidos españoles que primero ahuyentaron a los indios del lago; probablemente la verdadera fortaleza que Córdoba edificó, y ya en ruinas hermosamente pintoresca Bajo los muros, y entre la sombra del fuerte y los árboles que crecían en las cercanías, las indias de Granada estaban lavando, prendas de vestir de todos colores ondeaban al viento colgando de los arbustos para secarse; las mujeres vadeaban con sus cántaros, pasando más allá de las rompientes para obtener el agua limpia de arena; los hombres estaban nadando, y los criados conducían a los caballos y mulos a beber, y todo el conjunto formaba un hermoso y animado cuadro No había allí botes sobre el agua; pero como media docena de piraguas, la mayor de ellas como de cuarenta pies de largo, y de tres pies de calado, estaban echadas en la playa

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org



INCIDENTES DE VIAJE EN CENTRO AMERICA, CHIAPAS Y YUCATAN

OBRA ESCRITA EN INGLES HACE 129 AÑOS

Por Mr. JOHN L. STEPHENS,

Autor de "Incidentes de Viaje en Egipto, Arabia, Petrea y la Tierra Santa,"

EN DOS TOMOS

Ilustrada con numerosos grabados

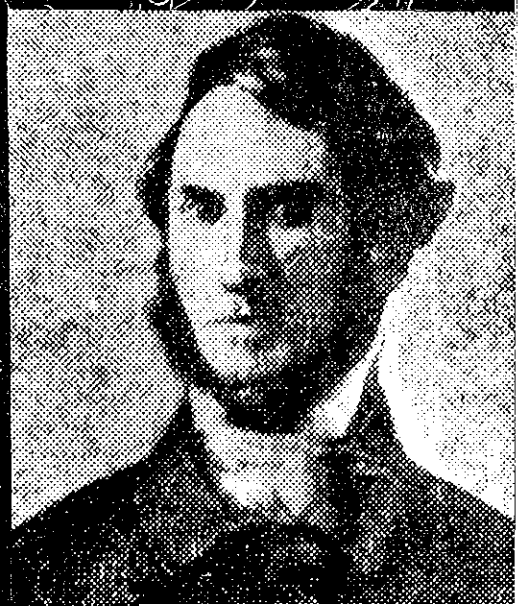
TOMO II

TRADUCCION DIRECTA DE LA 1a. EDICION INGLESA

Por BENJAMIN MAZARIEGOS SANTIZO,

REVISADA

Por PAUL BURGESS, A B., B. D. P.h. D.



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

AVIATECA, Empresa de Aviación con terminales en toda Centroamérica y Panamá, transporta nuevamente cerrados de pasajeros a NUEVA ORLEANS y MIAMI, dos de los centros comerciales y turísticos más importantes de los Estados Unidos de América.

No se quede usted sin conocer estas dos grandes ciudades. No importa que usted viva en apartados Departamentos de las cinco repúblicas centroamericanas y Panamá. VIAJE HOY Y PAGUE DESPUES.

ADEMAS DEL AMPLIO PLAN DE CREDITO DE AVIATECA LE FAVORECERA EN SU VIAJE. LE DAMOS 24 MESES PARA PAGAR SU PASAJE DE IDA Y VUELTA.

Oficinas en Guatemala, Tel. 26-348
Oficinas en San Salvador, Tel. 21-53-69
Oficinas en Tegucigalpa, Tel. 2-1090
Oficinas en San Pedro Sula, Tel. 1395

Publicaciones del Departamento de Relaciones Publicas de AVIATECA, la línea con el premio mundial de servicio y puntualidad.



AVIATECA

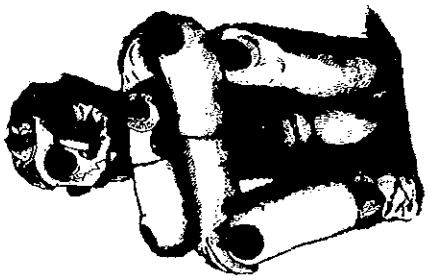
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Nº 1





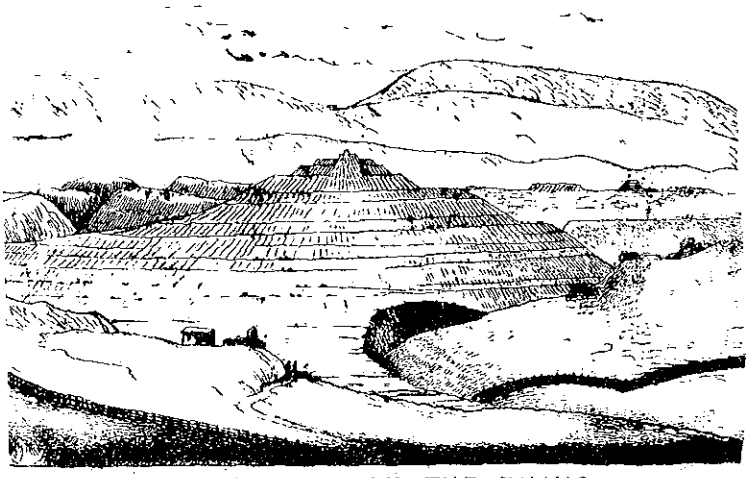






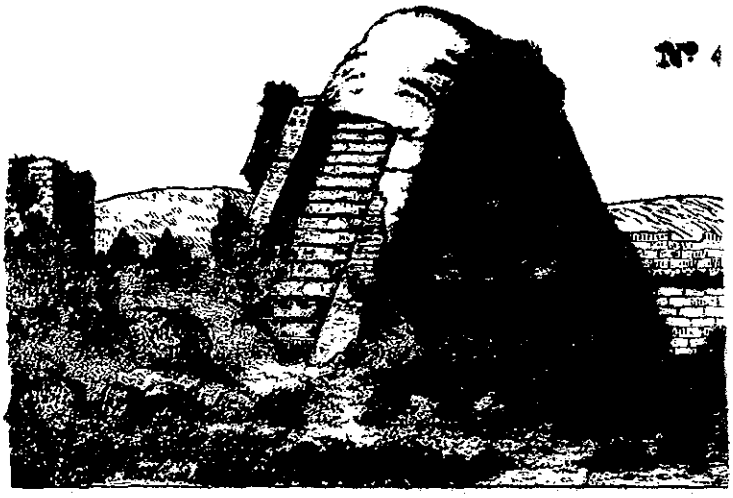
Nº 5

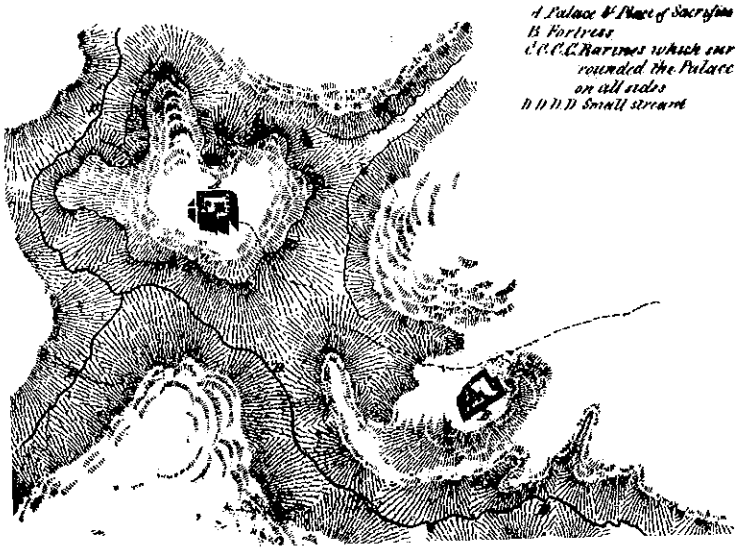
Nº 3



DISTANT VIEW OF THE RUINS

Nº 4



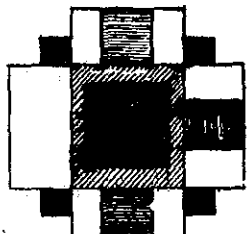


A Palace & Place of Sacrifice
B Fortress
C.C.C.C. Barrows which surrounded the Palace on all sides
D.D.D.D Small streams

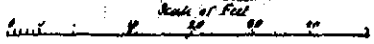
View of the Place of Sacrifice in Ruins
AT SANTA CRUZ DEL QUICHE



North E. of the Place of Sacrifice



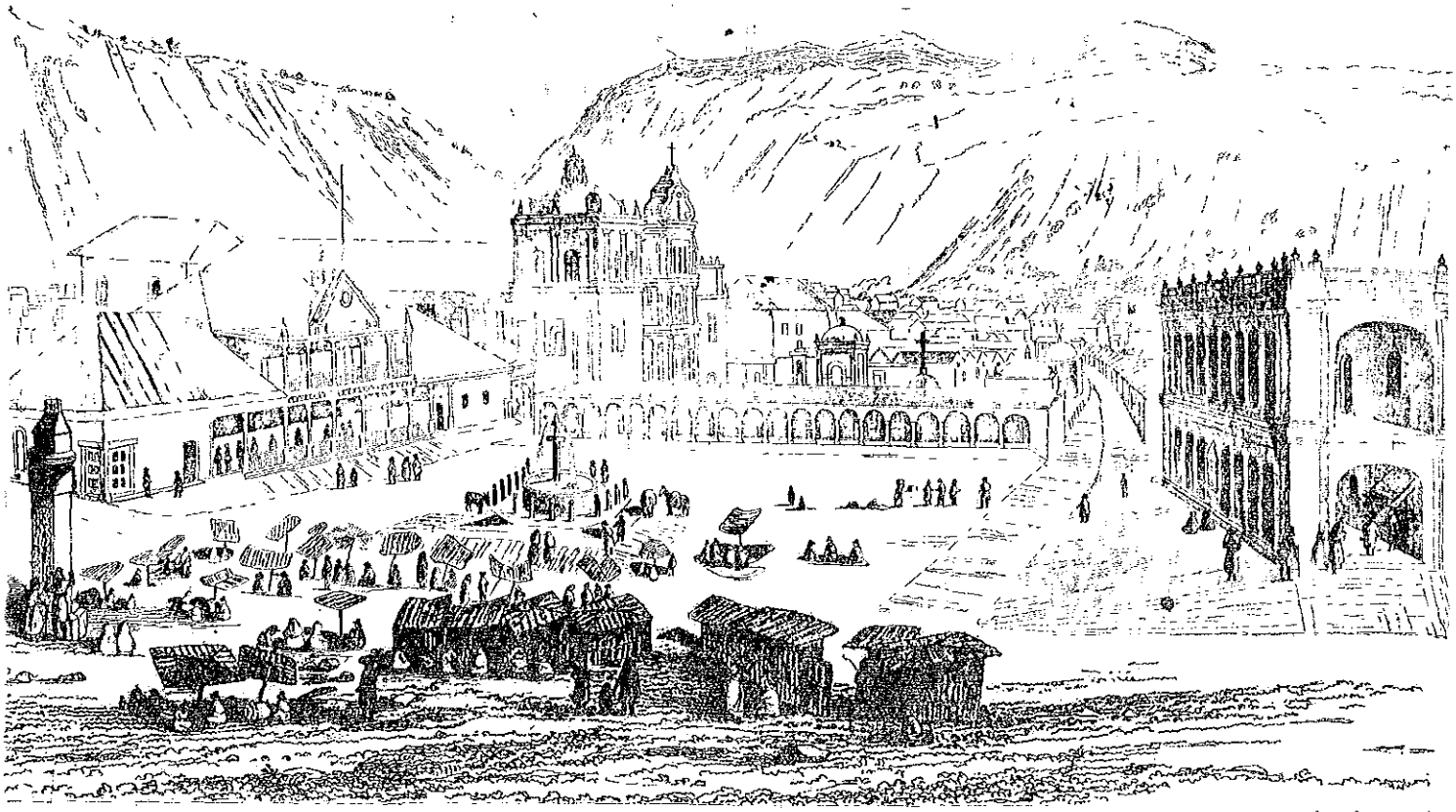
Place of Sacrifice showing the Place of the Steps ascending to the top 10 Steps remain On the West side there are no Steps



Pbl. 2. 1st Nov. 1844.

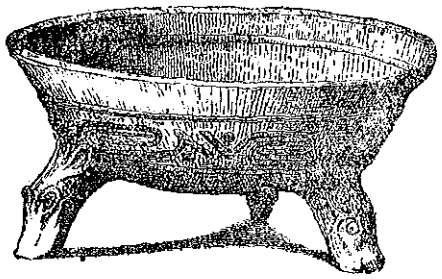
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Nº 6



Next 2 to Face 261

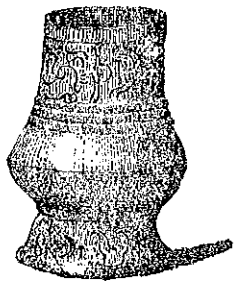
Nº 8



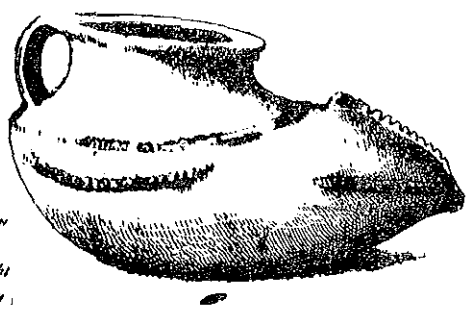
No 2

No 3

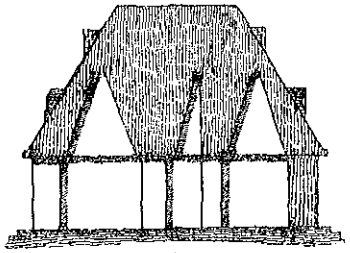




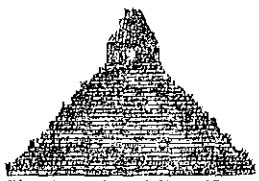
No 4



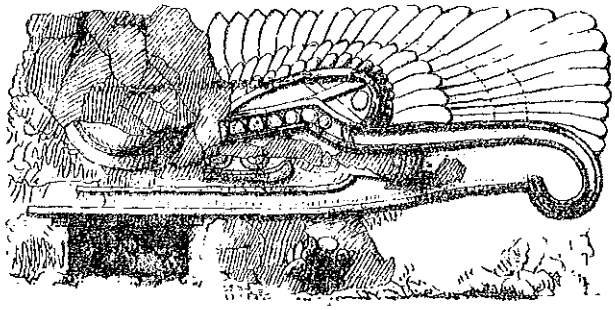
No 1 Shows a View
2 & 3 do.
5 do. Right
4 do. Plan



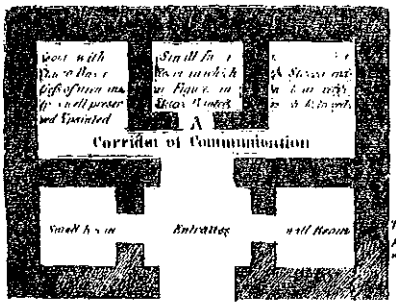
Section



Elevation of the Building with the Pyramidal Structure on which it stands

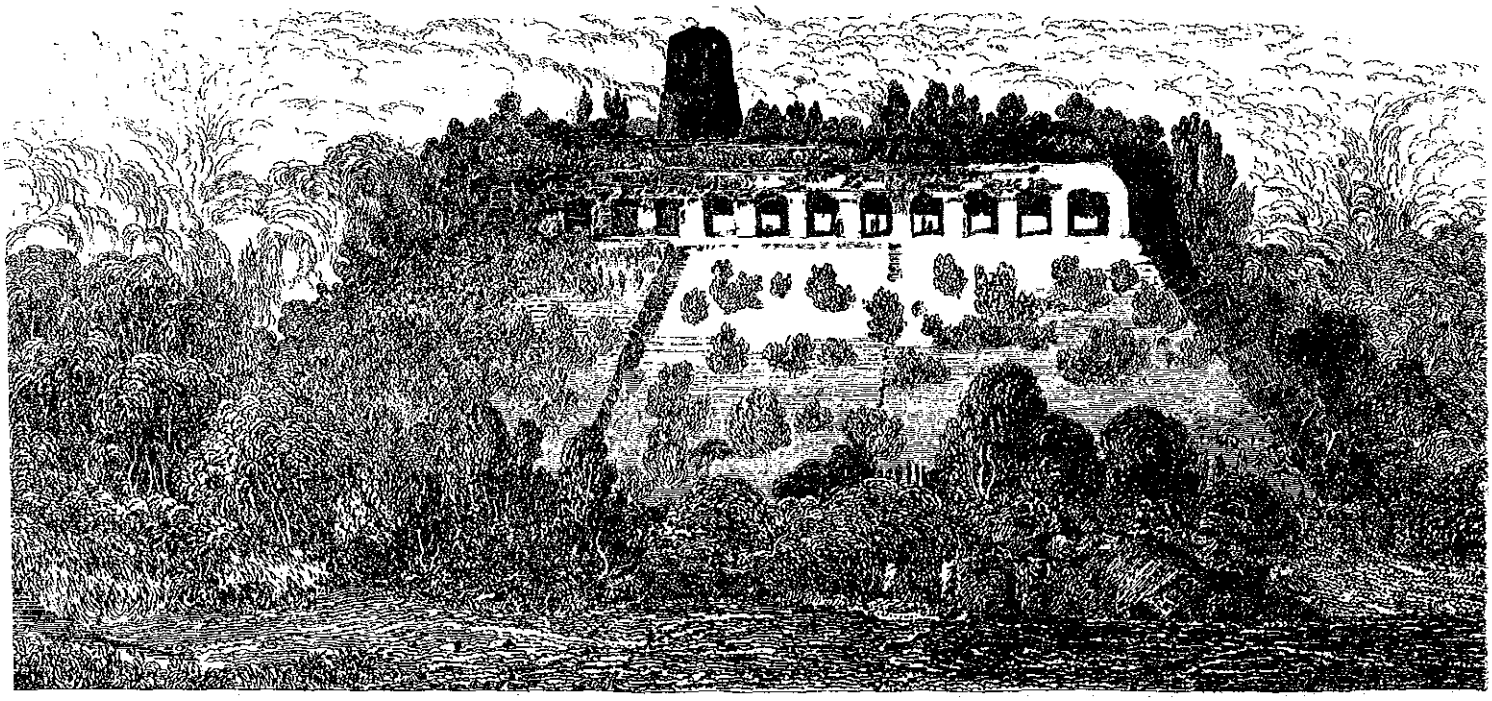


Ornament on a large over Door marked A on the Plan



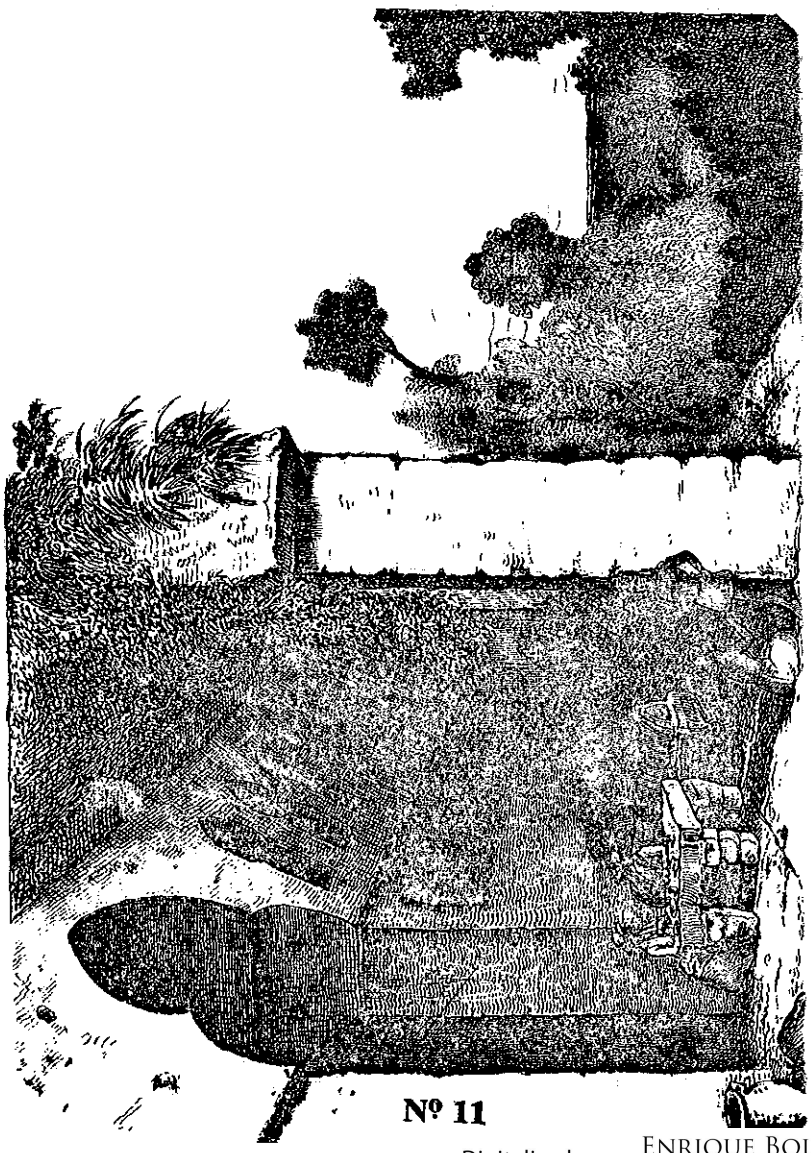
PLAN OF ONE OF THE ANCIENT BUILDINGS AT OCOSINGO

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org



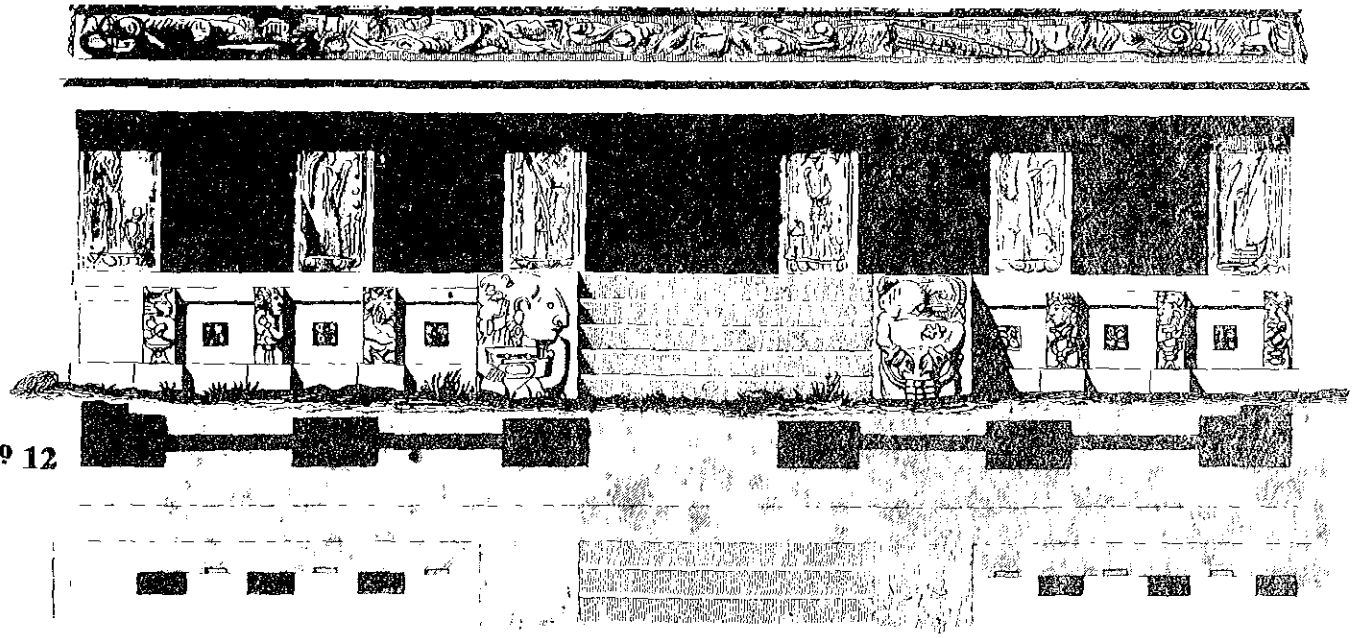


Nº 10

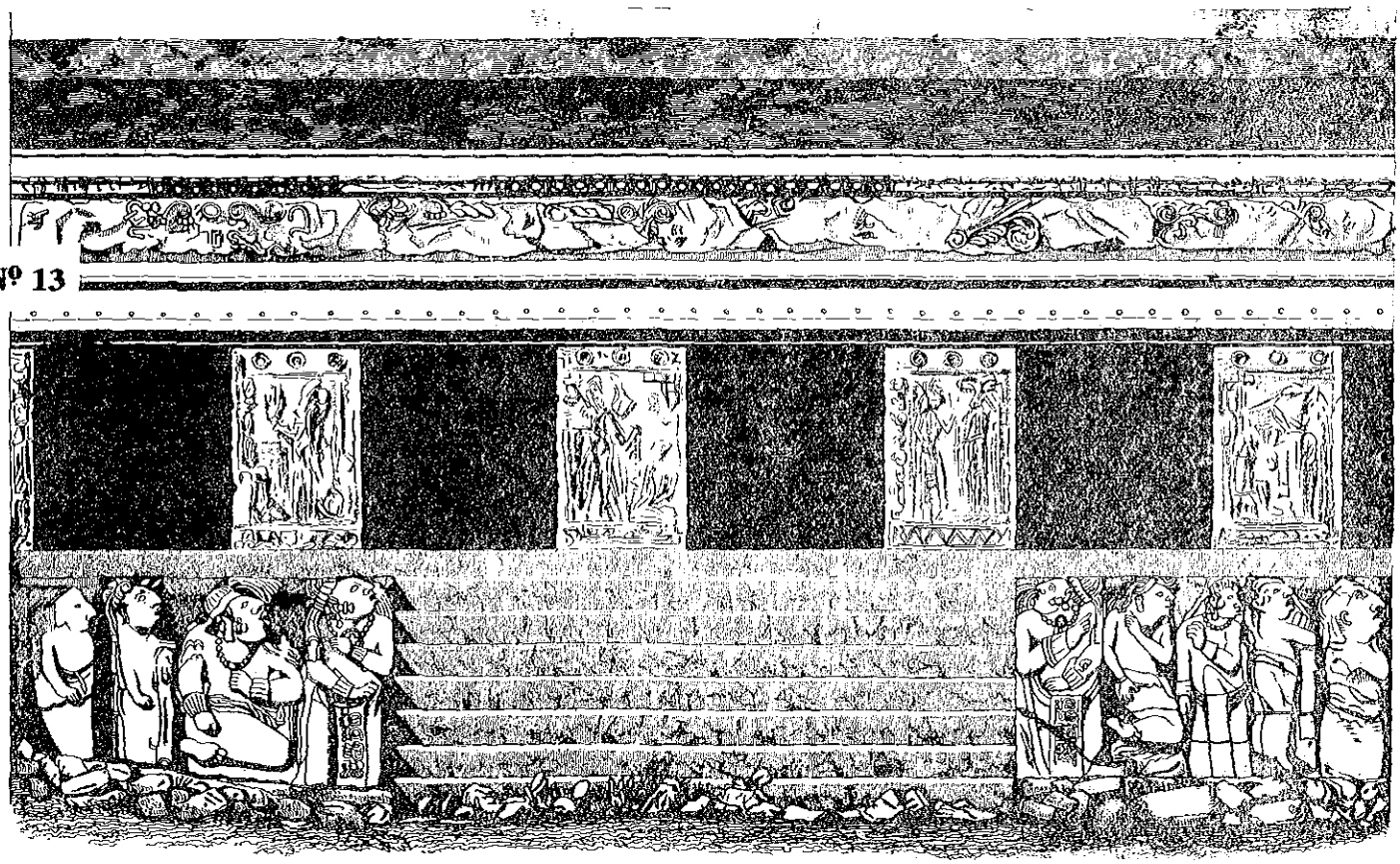


Nº 11

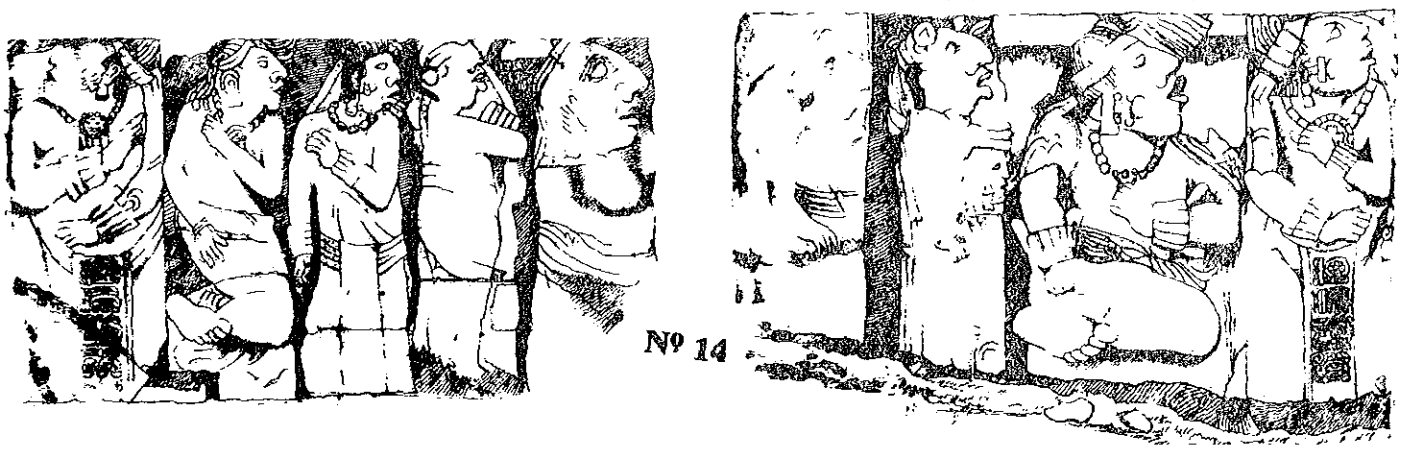
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org



Nº 12



Nº 13



Nº 14

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org



Nº 15



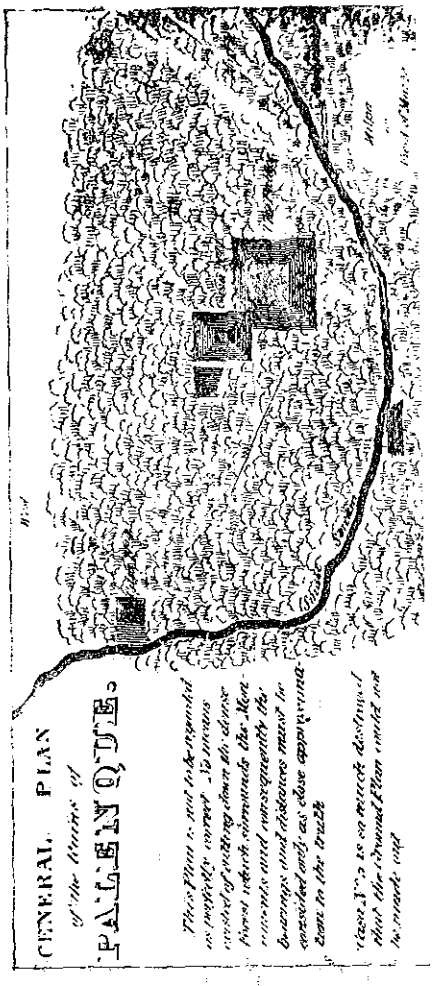




Nº 16

Nº 17





Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

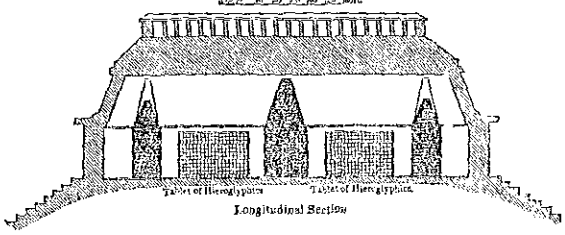
19



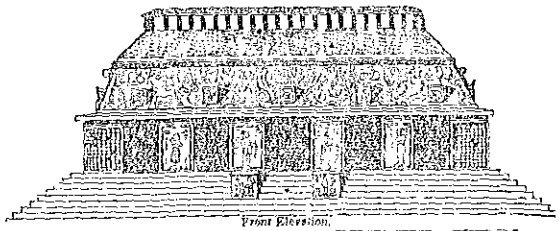
Nº 20



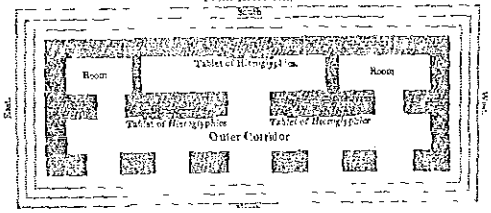
Elevation showing the Building, and the Pyramid on which it stands



Longitudinal Section



Front Elevation



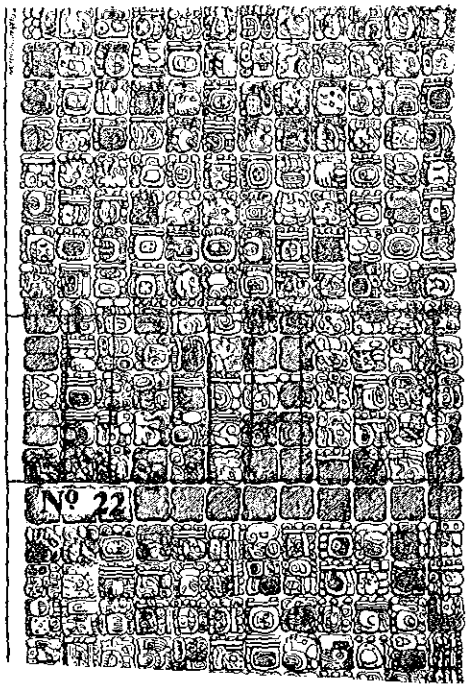




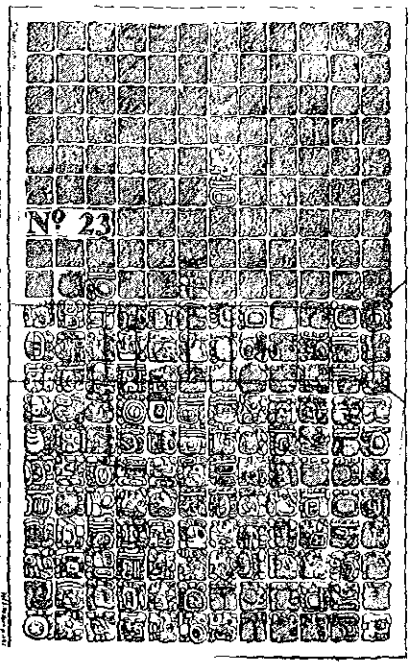
Nº 21





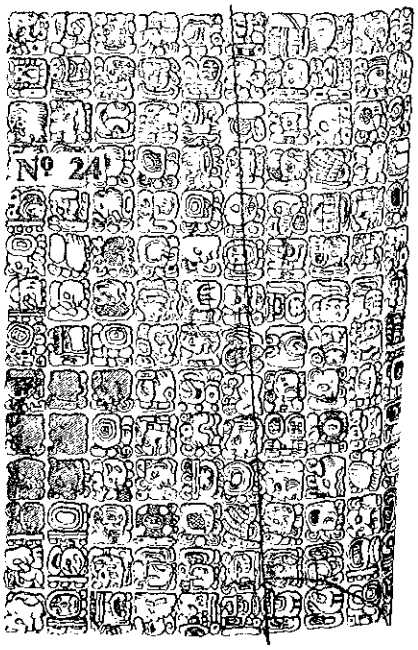


Nº 22



Nº 23

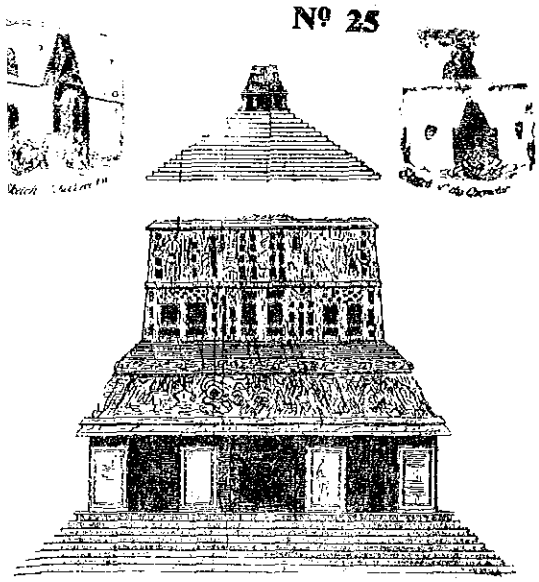
OUTER CORRIDOR OF Nº1 CASAS DE PIEDRA, PALENQUE.



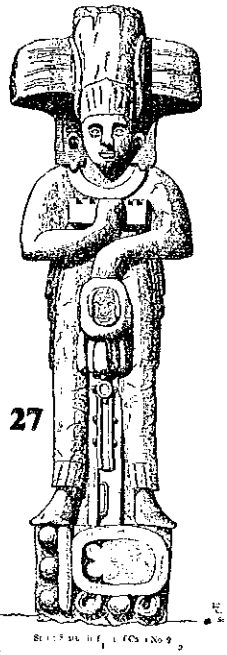
Nº 24

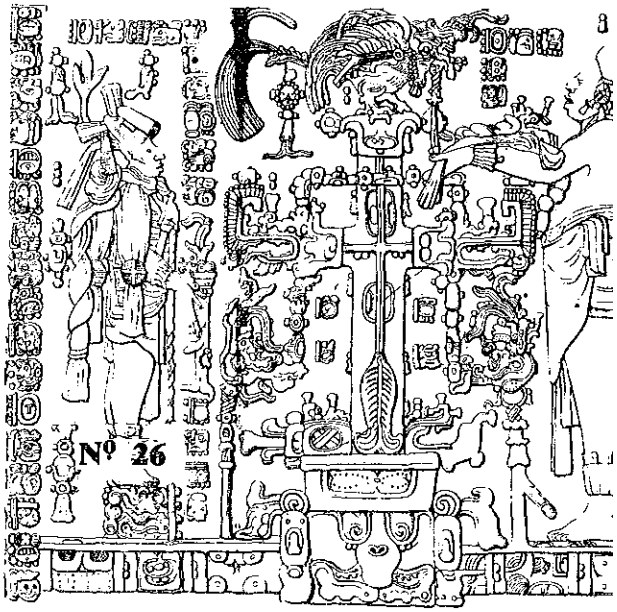
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Nº 25

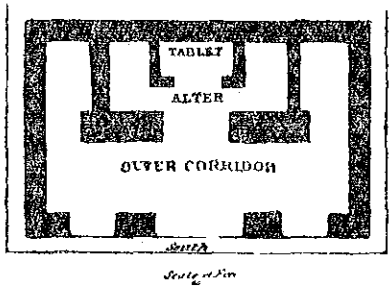


Nº 27





Nº 26

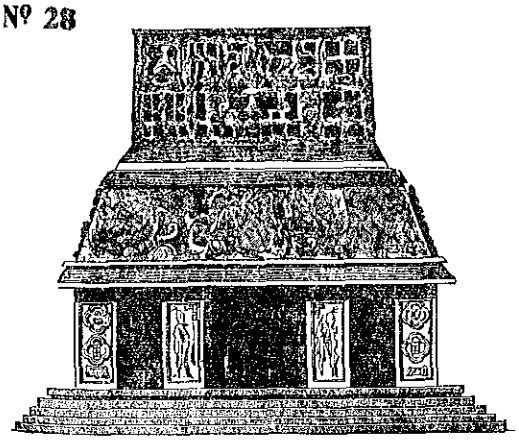


m of Nº 2 PALENQUE Casas de Piedra

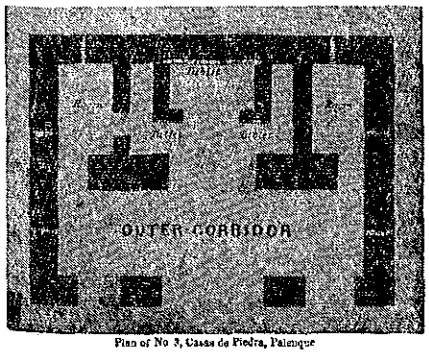


Nº 30

Nº 28



Front Elevation



Plan of No 3, Casas de Piedra, Palenque

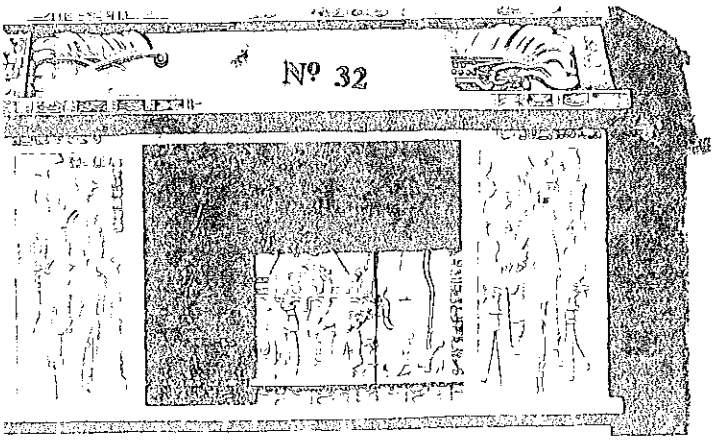


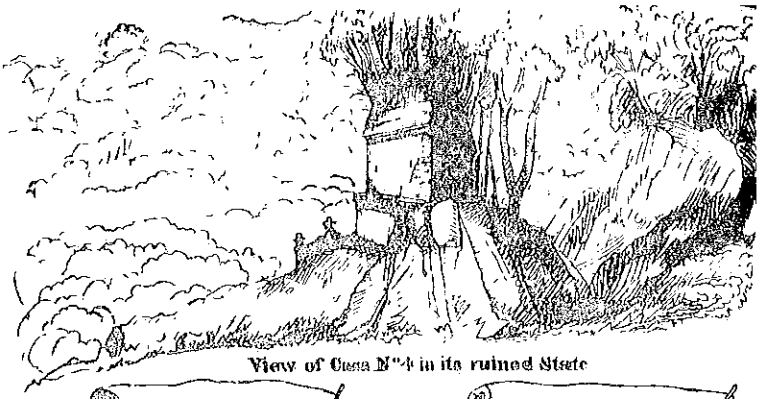
Nº 31

Nº 29

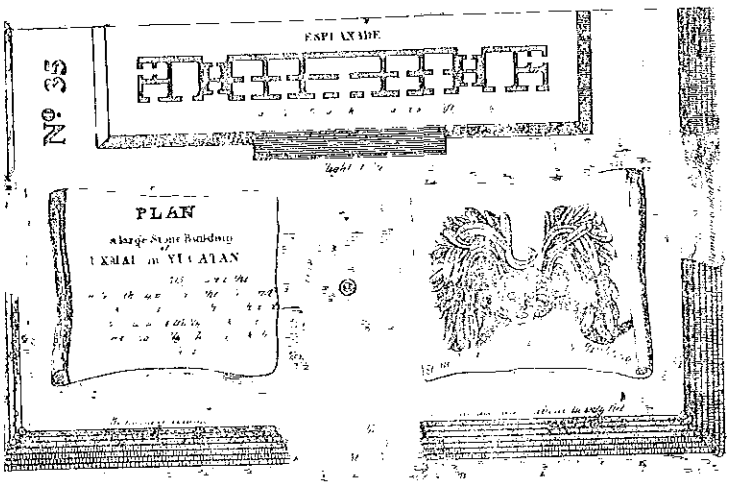


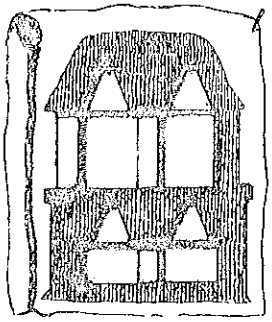
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org





View of Casa N°4 in its ruined State



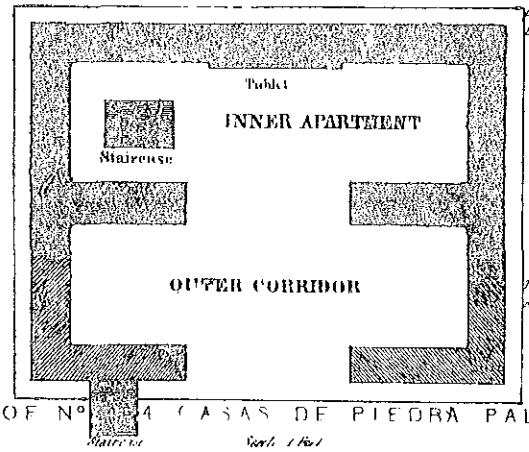


Section to half the scale of the Plan

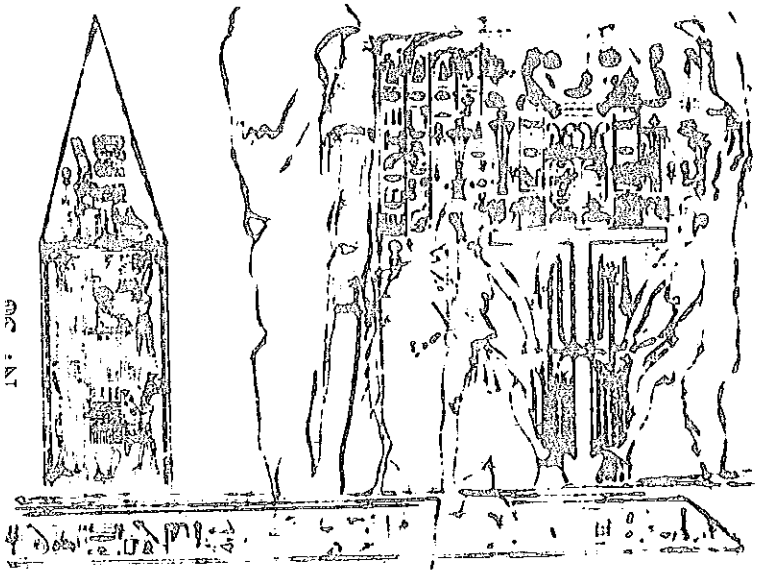
Nº 33

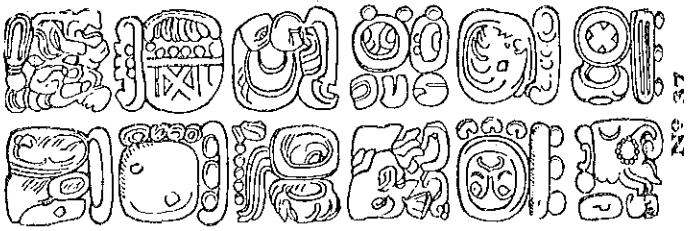


Bas Relief on Tablet

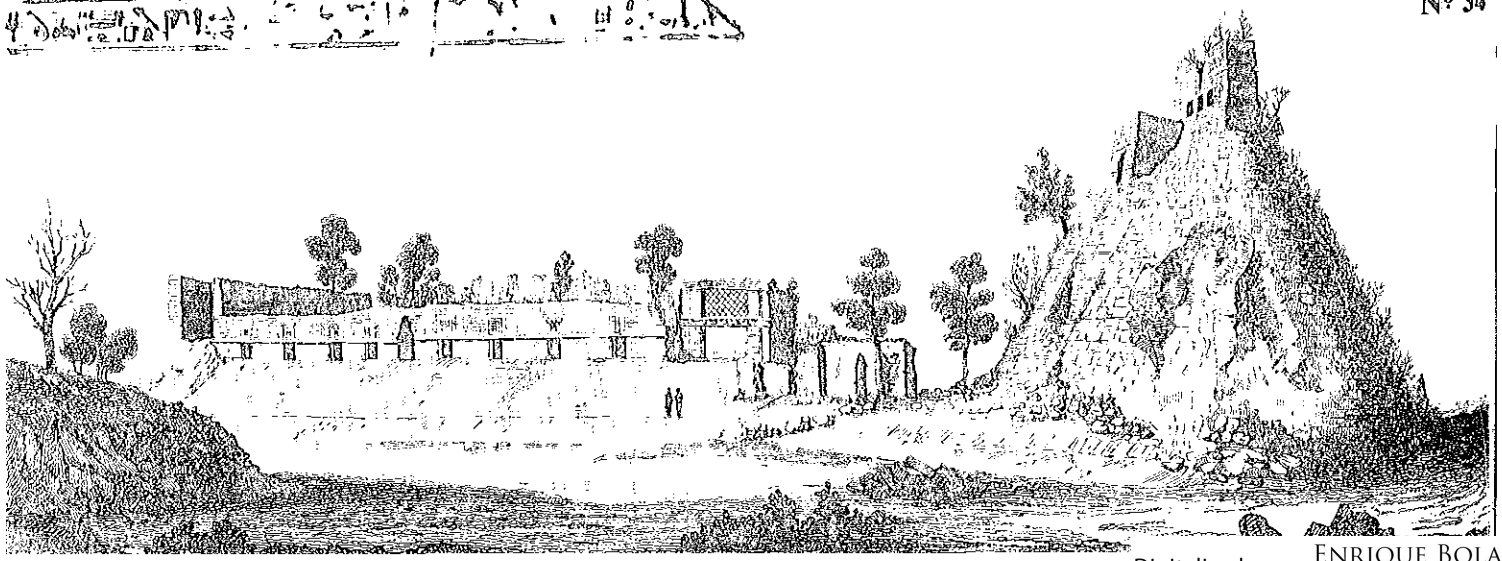


PLAN OF Nº 4 CASAS DE PIEDRA PALENQUE





Nº 34



Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

CAPITULO 1

VISITA AL VOLCAN DE MASAYA — EL PUEBLO DE MASAYA — EL LAGO DE MASAYA — NINDIRI — ASCENCION AL VOLCAN — REFERENCIAS DE EL — EL CRATER — DESCENSO AL CRATER EL VOLCAN DE NINDIRI — IGNORANCIA DEL PUEBLO CON RESPECTO A LOS OBJETOS DE INTERES — REGRESO A MASAYA — OTRO PAISANO. — MANAGUA — EL LAGO DE MANAGUA. — PESCANDO — HERMOSO PAISAJE — MATEARES — LA QUESTA DEL RELOX — NAGAROTE — CRUCES — UN GUARDA DE COTO — PUEBLO NUEVO

Marzo 1º No obstante mi anhelo de apresurarme, resolví dedicar un día al volcán de Masaya Con este propósito envié un correo por delante para conseguirme un guía para subir al volcán, y no emprendí la marcha sino hasta las once A corta distancia de la ciudad nos encontramos con un negrito a caballo, vestido con el traje negro que le hizo la Naturaleza, con dos grandes hojas de plátano unidas con una costura como sombrero, y hojas de la misma clase como silla A la distancia de dos leguas llegamos a la vista del volcán, y a las cuatro de la tarde, después de una calurosa caminata, entramos al pueblo, uno de los más antiguos y grandes de Nicaragua, y aunque completamente tierra adentro contenciendo, incluso los arrabales, una población de veinte mil almas Nos dirigimos a la casa de don Sabino Satroon, quien estaba recostado en una hamaca, roncando con la boca abierta, pero su esposa, una bonita joven de media sangre, me recibió cordialmente, y con el debido miramiento hacia los achaques de un marido anciano y hacia mí, no lo despertó De repente él cerró la boca y abrió los ojos, y me dió una afectuosa bienvenida Don Sabino era un colombiano que había sido desterrado desde hacía diez años, como él dijo, por los servicios prestados a su patria; y habiéndose conducido a Masaya, se había casado con la bonita joven mestiza, y establecióse como doctor Adentro de la puerta, detrás de un pequeño depósito de azúcar, arroz, salchichas y chocolate, estaba un formidable aparato de tarros y botellas, exhibiendo tantos colores y tan enigmáticas etiquetas como una botica en mi país

Tuve tiempo para dar un corto paseo alrededor del pueblo, y doblando el camino, a una distancia de media milla llegué al borde de un precipicio, de más de cien pies de elevación, a cuyo pie, y a poca distancia más allá estaba el Lago de Masaya El descenso era casi perpendicular, en un lugar por una tosca escalera, y después por medio de gradas cortadas en la roca Me ví obligado a detenerme mientras que pasaban quince o veinte mujeres, la mayor parte de ellas jóvenes Sus cántaros estaban hechos de la cáscara de unas grandes calabazas redondas, con caprichosas figuras rayadas en la superficie, y pintadas o lustradas; sostenidos a la espalda por medio de una tira de cuero cruzada sobre la frente y asegurados con una fina malla Abajo venían ellas charlando alegremente, pero al momento de llegar al punto donde me hallaba, ya iban silenciosas, con movimientos muy pausados, respirando fuertemente y con el rostro cubierto de abundante sudor Esta era una gran parte del trabajo diario de las mujeres del lugar, y sólo de este modo podían procurarse el agua suficiente para las necesidades domésticas; pero todos los caballos, mulas o vacas estaban obligados a ir por un camino tortuoso de más de una legua, para conseguirla Por qué esta gran población se había desarrollado y permanecido tan lejos de este vital elemento, no lo sé Los españoles la hallaron como un gran pueblo indígena, y como ellos inmediatamente hicieron de los dueños de la tierra sus acarreadores da agua, no sintieron la larga, ni tampoco sus descendientes en la actualidad

Mientras tanto llegó mi guía, quien, para mi mayor satisfacción, era nada menos que el mismo alcalde en persona Pronto se hicieron los arreglos, y yo tendría que juntarme con él a la mañana siguiente en su casa en Nindirí Dí a mis mulas y a Nicolás un día de descanso, y partí en el caballo de don Sabino, con un muchacho que actuaba como guía y que llevaba un par de alforjas con provisiones En media hora llegué a Nindirí, habiendo encontrado más gente que en todo el camino desde San José hasta Nicaragua El alcalde ya estaba listo, y en compañía de un asistente que llevaba un par de alforjas con provisiones y una calabaza con agua, todos montados, nos pusimos en marcha A media legua de distancia abandonamos el camino real y tomamos una estrecha vereda en el bosque hacia la izquierda Al salir de allí entramos a un campo libre cubierto de lava, que se extendía hasta la base del volcán enfrente y a ambos lados, tan lejos como pude distinguir, negra, de varios pies de espesor, y en ciertos lugares formando elevados serrijones Una indistinta huella estaba trillada por el ganado sobre esta llanura de lava Al frente quedaban dos volcanes, de los cuales habían brotado corrientes de lava que fluyeron por sus faldas hasta el llano El que estaba directamente al frente dijo mi guía que era el volcán de Masaya En el de la derecha, y a la mayor distancia de nosotros, el cráter estaba roto, y el inmenso hueco del interior era visible Este dijo él que se llamaba Ventero, un nombre que yo nunca había oído antes, y que era inaccesible Caminando hacia el del frente, y cruzando el campo de lava, llegamos al pie del volcán. Aquí la yerba era alta, pero el terreno era escabroso y desigual, y estaba cubierto de lava descompuesta Subimos a caballo hasta que se hizo demasiado empinado para que las bestias nos llevaran, y entonces nos apeamos, las amarramos a un arbusto y seguimos a pie Yo ya estaba desconfiando de que mis guías conocieran los lugares, y pronto me encontré con que ellos no querían seguir adelante o que eran incapaces de resistir mucha fatiga Antes de llegar a media cuesta se desembarazaron del jarro de agua y de las provisiones y aun así se quedaron atrás. El alcalde era un hombre como de cuarenta años, que montaba su propio caballo, y como era una persona de importancia en el pueblo, yo no podía ordenarle que anduviera más de prisa; su compañero era como diez años más viejo, y físicamente incapaz; y viendo que ellos no conocían ningún sendero definido, los dejé y seguí solo

A las once del día, o a tres horas del pueblo de Nindirí, llegué al punto elevado que nos habíamos propuesto; y desde este lugar yo esperaba mirar hacia abajo el cráter del volcán; pero allí no había cráter, y toda la superficie se hallaba cubierta de gigantescas masas de lava, y llena de matorrales y de árboles achaparrados Aguardé hasta que mis guías subieron, quienes me informaron que este era el volcán de Masaya, y que allí no había más que ver El alcalde insistió en que dos años antes él había ascendido con el cura, quien había fallecido después, y con un grupo de aldeanos, y que todos ellos se detuvieron en este lugar Yo quedé chasqueado y descontento En dirección al frente se elevaba un alto pico, el cual pensé, por su posición, que debería dominar una vista del cráter del otro volcán Intenté llegar a él circundando la montaña, pero me lo impidió una inmensa grieta, y regresando, avancé directamente de través Yo no tenía idea de lo que intentaba Todo se encontraba cubierto de lava convertida en serrijones y masas irregulares, cuya superficie variaba a cada paso, y cubierta con árboles y malezas Después de una hora del más duro trabajo que jamás tuve en mi vida, llegué al punto que me había fijado, y, con asombro noté que

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

en vez de mirar el cráter del lejano volcán, me hallaba al borde de otro.

Entre las maravillas consignadas de los descubrimientos en América, esta montaña era una de ellas; y los españoles, que en aquellos días jamás se quedaban a medio camino en cualquier asunto que hiriese la imaginación, le llamaban El Infierno de Masaya El historiador, al hablar de Nicaragua, dice "Hay montañas ardientes en esta provincia, la principal de ellas es Masaya, donde los nativos en ciertos tiempos sacrificaban doncellas, arrojándolas dentro de ella, creyendo apaciguar el fuego con sus vidas, para que no destruyera el país y ellas iban muy alegremente hacia allí", y en otro lugar dice: "A tres leguas de la ciudad de Masaya, hay un pequeño monte, plano y redondo llamado Masaya, que es una montaña ardiente, cuya Boca tiene media Legua de Circunferencia, y una profundidad dentro de ella de doscientas y cincuenta brazas Allí no hay Arboles ni Yerbas, pero las Aves anidan sin ninguna Molestia por el Fuego. Hay allí otra Boca como la de un Pozo a un Tiro de flecha para arriba, cuya distancia hasta el Fuego es alrededor de ciento cincuenta Brazas, siempre hirviente, y esa masa de Fuego, a menudo se levanta y produce una gran Luz, de manera que puede ser vista a considerable distancia Ella se mueve de un lado para otro, y a veces ruge tan fuerte que es espantoso, sin embargo nunca arroja nada más que humo y llamas. El Liquor nunca descansa en el fondo, ni su hervor, imaginándose que este fuera ORO, F Blas del Castillo, de la Orden de Santo Domingo, y otros dos Españoles, fueron bajados a la primera Boca en dos Cestas con un Cubo hecho de un Pedazo de Hierro, y una larga Cadena para elevar un poco de aquella ardiente Materia, y saber si era Metal. La Cadena corrió ciento cincuenta Brazas, y tan pronto como llegó al Fuego, el Cubo se fundió con algunos Eslabones de la Cadena, en muy corto Tiempo, y de ahí que ellos no pudieron saber lo que había abajo. Permanecieron allí aquella Noche sin ninguna Necesidad de Fuego ni de Candelas, y salieron otra vez en sus Cestas suficientemente asustados"

O el monje, chasqueado en su busca de oro, había mentido, o la Naturaleza había efectuado uno de sus más extraordinarios cambios El cráter era como de milla y media de circunferencia, de quinientos a seiscientos pies de profundidad, con sus lados ligeramente inclinados y tan regular en sus proporciones que parecía una excavación artificial El fondo era plano, tanto los lados como el suelo cubiertos de yerba, y semejaba un inmenso tazón cónico verde Allí no había ninguna de las tremendas señales de una erupción volcánica; nada aterrador, o que sugiriese una idea de el infierno; sino, al contrario, era un paisaje de tranquila y singular belleza Yo descendí a un lado del cráter y anduve a lo largo de la orilla mirando el área de abajo Hacia el otro extremo había una vegetación de arbolitos, y en un lugar no crecía la yerba, y el suelo estaba negro y terroso, parecido al fango seco. Esta era quizás la boca del pozo misterioso que arrojaba llamas, que lanzaba su luz a "considerable distancia", dentro del cual las doncellas indígenas eran arrojadas, y el que fundió el cubo de hierro del fraile Lo mismo que él, yo sentía curiosidad por "saber lo que había abajo"; pero los lados del cráter eran perpendiculares Enteramente solo y con una hora de penosa fatiga entre mis guías y yo, vacilé en el intento de bajar, pero me disgustaba el regresar sin hacerlo En cierto lugar y cerca de la tierra negra, la orilla estaba rota, y había algunos arbustos y árboles achaparrados Planté mi escopeta junto a una piedra, até mi pañuelo alrededor de ella como una señal de mi paradero, y muy pronto me hallé debajo del nivel del suelo Dejándome bajar con la ayuda de las raíces, arbustos y piedras salientes, descendí hasta un árbol achaparrado que creció sobre el flanco como a media subida desde el fondo, y debajo de él ya no había más que un muro desnudo y perpendicular Era imposible seguir adelante Me ví aun obligado a proseguir hasta el lado de arriba del árbol, y aquí estaba yo más ansioso que nunca de alcanzar el fondo; pero de nada me sirvió. Suspendido a media bajada, impresionado con la soledad y con el extraordinario aspecto de la escena sobre las que tan pocos ojos humanos habían descansado, y con el poder del Gran Arquitecto que ha diseminado sus maravillosas obras sobre toda la superficie del globo, no pude menos de pensar cuán gran derroche de bendiciones ha derramado la Providencia sobre esta favorecida pero desdichada tierra! En mi patria este volcán sería una fortuna; con un buen hotel en la cima, una baranda alrededor para proteger a los niños de una caída, una escalera en zig-zag hacia abajo en las faldas y un vaso de limonada con hielo en el fondo Las cataratas son buenas propiedades con gente que sabe cómo sacarles provecho Las cataratas del Niágara y de Trenton pagan bien, y los dueños de los volcanes de Centro América podrían sacar dinero de ellos proveyendo facilidades para los viajeros Este probablemente podría comprarse para los viajeros Este probablemente podría comprarse por diez dólares, y yo habría dado el doble de esa suma por una cuerda y un hombre para sostenerla Mientras tanto, aunque anhelando estar en el fondo, yo levantaba mis ojos ansiosamente para arriba La torcedura de un tobillo, la rotura de una rama, la caída de una piedra o la falta de vigor, podrían colocarme donde habría sido tan difícil que me hallaran como al gobierno de Centro América. Comencé a subir, despacio y con cuidado, y a su debido tiempo me arrastré hasta un lugar seguro

A mi derecha tenía una plena vista del destrozado cráter del volcán de Nindirí El lado frente a mi estaba roto y decaído, de modo que todo el interior del cráter quedaba a plena vista A éste, el alcalde lo había declarado inaccesible; y en parte solo por llevarle la contraria, me abrí paso hasta él con extremado trabajo y dificultad Al fin, después de cinco horas de la más ruda faena entre los ásperos montones de lava, descendí al lugar donde habíamos dejado nuestras provisiones Aquí agarré la calabaza de agua, y permanecí durante varios minutos con la cara vuelta hacia los cielos y enseguida me dirigí al alcalde y a los comestibles Tanto él como sus compañeros manifestaron su completo asombro de lo que les describí, y persistieron en decir que ellos no sabían de la existencia de tal lugar

Insisto sobre este asunto en beneficio de cualquier futuro viajero, para que pueda ir apto y preparado para explorar las interesantes regiones volcánicas de Centro América Durante todo mi viaje, mis trabajos fueron aumentados grandemente por la ignorancia y la indiferencia del pueblo en lo concerniente a los objetos de interés en su inmediata vecindad Unos pocos hombres inteligentes y educados sabían de su existencia como parte de la historia del país, pero nunca encontré alguno que hubiese visitado el volcán de Masaya; y en el pueblo que está a sus pies, el viajero no obtendrá ni aun la escasa información ofrecida en estas páginas El alcalde había nacido cerca de este volcán; desde su niñez había perseguido al ganado extraviado por sus faldas , y me contó que conocía el terreno palmo a palmo; sin embargo me dejó en ayunas con respecto al único objeto de interés, estando ignorante, como él dijo, aun de su existencia. Ahora bien, o el alcalde mintió y era demasiado haragán para acometer el trabajo que yo había arrostrado, o me estaba imponiendo un trabajo superior a mis fuerzas. En cualquiera de estos dos casos merece una chicoteada, y yo le ruego al próximo viajero, como un favor particularmente para mí, que se la dé

Yo estaba demasiado indignado contra el alcalde para tener algo más que hacer con él; y resuelto a hacer otro intento, a mi regreso al pueblo me encaminé a la casa del cura, para obtener su auxilio en conseguir hombres y hacer otros preparativos indispensables Sobre las gradas del corredor de atrás vi a un

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

joven negro, con negra sotana y gorro, sentado junto a una mujer blanca, bien parecida y bien vestida, y, si no me equivoco, platicando con ella de otras cosas y no de las relacionadas con sus deberes sacerdotales Su negra reverencia de ninguna manera quedó contento al verme Le pregunté si podría conseguir posada en su casa, la que, aunque parezca algo atrevida, es la frase que el viajero acostumbra; y, sin levantarse de su asiento me respondió que su casa era pequeña e incómoda, y que el alcalde tenía una a propósito Era el primer cura negro que yo había visto, y el único en el país que faltó a los deberes de la hospitalidad Debo confesar que sentí un fuerte impulso de darle en la cabeza con el mango de una pistola, y espoleando mi caballo para que casi saltara sobre él, di media vuelta y galopé fuera del patio Con el alcalde y el cura, ambos en mi contra, yo no tenía esperanzas en el pueblo Ya era casi de noche y regresé a Masaya Mi enojo desapareció con la sensación de una abrumadora fatiga Habría sido imposible repetir la ruda labor del día sin un intervalo de descanso, y había tanta dificultad en hacer los arreglos, que determiné montar mi macho y seguir adelante

A la mañana siguiente reanudé mi viaje Mis mulas no habían bebido agua Para que fueran al lago y regresaran tendrían que hacer un viaje de dos leguas; y para ahorrároselos yo compré agua, que la medían en una calabaza que contenía como un cuarto de galón Como a una legua de distancia comenzamos a ver el Lago de Managua, y frente a nosotros todo el terreno era un lecho de lava desde la base del volcán hasta el lago Me encontré con un grupo de viajeros entre quienes, al principal de ellos, reconocí como a un extranjero Nosotros ya nos habíamos encontrado cuando di media vuelta y lo saludé en inglés; y después de mirarme por unos instantes, con gran sorpresa mía me llamó por mi nombre Era un americano llamado Higgins, a quien yo había visto la última vez en mi propia oficina en Nueva York Venía de Realejo, y se hallaba en mi camino para San Juan, con la intención de embarcarse para los Estados Unidos. Mandamos nuestro equipaje por delante y nos apeamos, y además del placer de encontrarlo, estoy muy agradecido hacia él, porque yo viajaba entonces en un albardo, o silla común del país, muy molesta para el que no está acostumbrado a ella Mi propia silla lastimaba a mi macho, y como su viaje estaba próximo a su fin, me dió la suya en cambio, en la cual monté de allí en adelante hasta que la dejé en las playas de Yucatán Me dió, además, unas líneas a lápiz para una señora en León, y yo le encargué recados para mis amigos en mi tierra Cuando siguió su camino casi lo envidié, él dejaba tras de sí tumultos y convulsiones y se dirigía a su tranquilo hogar, mientras que yo tenía frente a mí todavía un largo y penoso viaje

Más o menos tres horas después de una cabalgata desesperadamente calurosa llegamos a Managua, bellamente situada en las riberas del lago Entrando en medio de una colección de chozas pajizas, pasamos a una amplia y aristocrática residencia, con un patio que ocupaba toda una manzana; la mansión de una familia expatriada en decadencia y marchando hacia la ruina

Ya avanzada la tarde bajé a dar un paseo por el lago Este no era tan grande como el Lago de Nicaragua, pero era una magnífica sábana de agua, y a plena vista quedaba el Volcán de Momontanbo (Momotombo) La playa presentaba el mismo animado espectáculo de las mujeres llenando sus cántaros, hombres bañándose, caballos y mulas bebiendo, y en cierto lugar una fila de chozas de pescadores, sobre la orilla del agua había estacas sembradas en forma triangular, y mujeres con pequeñas redes de mano estaban cogiendo pescados, los que metían dentro de lugares huecos o cavados, o por mejor decir, rascados en la arena A los pescados les llamaban sardinitos, y a la puerta de las chozas los hombres estaban preparando fuegos para cocinarlos La belleza de esta escena era realzada por el pensamiento de que ella no sufría ningún cambio Aquí era un perpetuo verano, jamás el invierno llegaba a empujar a sus habitantes a que buscaran sus fuegos tiritando pero todavía sería discutible el saber si bajo el mismo clima y el mismo escenario, con las pocas necesidades fácilmente satisfechas, desarrollando con lozanía al aire libre y a la orilla de este deleitoso lago, aun los descendientes de la raza anglosajona no perdieran su industria y su energía

Este lago desagua en el lago de Nicaragua por medio del río Tipitapa, y se ha hablado de otra comunicación entre los dos mares por medio de un canal desde él hasta el Pacífico en el puerto de Realejo El terreno está perfectamente a nivel, y el puerto es quizás el mejor en Hispano América; pero la distancia es de sesenta millas, y hay otras dificultades que a mí me parece que son insuperables. El río Tipitapa ha sido presentado como navegable por los más grandes barcos en toda su extensión; pero jamás se ha efectuado ninguna medición hasta la de Mr Bailey, según la cual tiene treinta millas de largo Comenzando en el lago de Nicaragua, por veinticuatro millas el agua tiene de una a tres brazas de profundidad Arriba de esto hay unos raudales, y a una distancia de cuatro y media millas una cascada de trece pies La pendiente total en las seis hizo rodear por la Questa del Relox, así llamada por un venerable reloj de sol que se encuentra a un lado del camino, de una piedra gris obscuro, con una inscripción en castellano, pero con los caracteres tan gastados e indistintos que no pude descifrarlos Carece de historia, salvo que fué erigido por los conquistadores, y permanece como una indicación de las obras con que los españoles comenzaron a colonizar el país.

A las once y media dejamos el lago por última vez y entramos a un llano abierto Cabalgamos una hora más, y llegamos a Nagarote, una aldea miserable, con sus casas construidas en parte de lodo, con patios al frente, trillados por las mulas y desecados por el sol Yo entré a una de las casas para guarecerme y hallé en ella a un joven sacerdote negro en viaje para Cartagena, ordenado por la Iglesia en León La casa estaba ocupada por un viejo solitario Tenía un catre con un petate encima, sobre el cual me acosté, feliz de reposar unos instantes y de escapárme del ardoroso calor Frente a la cama estaba una tosca armazón como de seis pies de alto, sobre la que había una especie de casita de muñeca con la imagen de la Virgen sentada en una silla, y ataviada con adereżos de poco valor

A las tres de la tarde nos pusimos de nuevo en marcha El sol había perdido algo de su fuerza, el camino era arbolado, y observé más del acostumbrado número de cruces Se dice que la gente de Nicaragua es la peor de la República Los habitantes de los otros Estados siempre previenen a los extranjeros en contra de ellos, y éstos son proporcionalmente devotos Por todas partes, en las ciudades y en el campo, sobre la cumbre de las montañas, y a la orilla de los ríos, estos monumentos me saltaban a los ojos Me fijé en un claro la lado del camino, pintado de negro, con una tabla negra suspendida en él, conteniendo una inscripción en letras blancas descoloridas; lo habían erigido en memoria de un padre que había sido asesinado y sepultado al pie Me detuve para copiar la inscripción, y mientras me ocupaba en ello divisé un grupo de viajeros que se aproximaba, y conociendo la suspicacia de la gente, cerré mi libro de notas y seguí adelante El grupo se componía de dos hombres, con sus criados, y una mujer El más joven de los hombres me saludó, y dijo que me había visto en Granada, sintiendo el no haber sabido de mi proyectado viaje Por el estilo de su traje y equipos supuse que sería un caballero, y quedé seguro de ello por la circunstancia de llevar un gallo de pelea bajo el brazo Conforme caminábamos, la conversación recayó sobre estas interesantes aves, y supe que mi nuevo conocido iba para León a una riña, de la cual ofreció darme no-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ticia El ave que él llevaba había ganado tres peleas en Granada, su fama había llegado a León, y le habían lanzado un desafío desde aquel lugar Esta iba envuelta tan cuidadosamente como una pierna fracturada, sin nada más visible que la cabeza y la cola; y *suspendida por una cuerda, era tan fácil de llevar* como una canasta El joven suspiraba por las desdichas del país, por la angustia y la ruina causada por las guerras, y hablaba del patio de gallos de Granada *diciendo que se hallaba en una deplorable condición*; pero en León, decía, este era floreciente, por motivo de ser el cuartel general de la milicia El edificio, además, hacía honor a la ciudad; se abría únicamente los domingos, pero él conocía al propietario, y podía en cualquier momento hacer los arreglos para una pelea. Me hizo muchas preguntas acerca del estado de la ciencia en mi país, me contó que él había importado dos gallos de Inglaterra, que habían jugado bastante, pero no lo suficientemente grandes para enfrentarse con los suyos; y me dió además, muchas valiosas informaciones sobre este asunto, de las cuales descuidé de tomar ninguna nota

Antes de anochecer llegamos a Pueblo Nuevo y todos nos fuimos a la misma posada Su compañero no *tenía mucho de deportista, aunque conocía las cualidades* de una buena ave, y mostraba familiaridad en manejarlas Esta era la primera vez que yo me había juntado con viajeros por la noche He evitado los detalles en todos los lugares donde he participado de la hospitalidad privada, pero esta era como un hotel en mi tierra, principalmente porque todo se esperaba que lo pagásemos Tuvimos para la cena huevos pasados por agua y frijoles, sin plato, ni cuchillo, tenedor, ni cuchara Mis compañeros usaban sus tortillas para levantar un huevo, y también, doblándoles la orilla, *para sacar una cucharada de frijoles del plato; por lo* demás ellos eran corteses y caballerosos Tuvimos una especie de chocolate, hecho de cacao molido y endulzado, y servido en jícaras, las que, teniendo el asiento parecido a *las puntas de un gran huevo, no se* podían parar sobre la mesa Mis compañeros retorcieron sus pañuelos de bolsillo y enrollándolos sobre la mesa en forma circular, colocaron las jícaras en medio del hoyo, y uno de ellos hizo lo mismo para mí con mi pañuelo Después le la cena, el más joven de los dos vistió a las aves con sus mantos de noche una tela de algodón bien envuelta alrededor del cuerpo, comprimiéndole las alas, y enseguida, con una cuerda amarrada en el revés del lienzo, para que el cuerpo se balanceara, enganchó a cada una de ellas en la hamaca Mientras que él estaba preparándolas, la mujer mostraba peines de cuerno, cuentas, aretes y rosarios; y enredaba a la hija del posadero para que le comprara un peine La casa tenía una inusitada afluencia de huéspedes El joven, la comercianta, y yo no sé cuantos de la familia, durmieron en una pieza interior El viajero de más edad me ofreció la hamaca, pero yo preferí la caja larga, hecha del tronco de un árbol, la que en todas las casas de Nicaragua sirve como una especie de armario

CAPITULO 2

HERMOSA LLANURA — LEON — PASEO POR LA CIUDAD — PERNICIOSOS EFECTOS DEL ESPIRITU PARTIDARISTA — HORROROSAS ESCENAS — NOTICIAS DESAGRADABLES — CONTINUACION DEL VIAJE — UN MENDIGO FASTIDIOSO — CHINANDEGA — EL GOLFO DE CONCHAGUA — VISITA A REALEJO — FABRICA DE ALGODON — EL PUERTO DE REALEJO — EL VIEJO — EL PUERTO DF NAGOSCOLO — LA IMPORTANCIA DE UN PASAPORTE — EMBARCANDO MULAS — UN BONGO — EL VOLCAN DE COSAGUINA (COSIGUINA — LA ERUPCION DE 1835 — LA UNION. —

A las dos de la mañana fuimos despertados por el canto de los gallos, y a las tres ya estaban cargadas las mulas y emprendimos la marcha El camino era plano y arbolado, pero desesperadamente lleno de polvo Durante dos horas después de clarear tuvimos sombra, *hasta que salimos a un llano abierto*, limitado por el lado del Pacífico por un bajo arrecife, y hacia la derecha por una elevada fila de montañas, que formaban parte de la gran cadena de las Cordilleras *Frente a nosotros*, a una gran distancia, elevándose sobre el nivel del llano, divisamos las agujas de la catedral de León La espléndida llanura, en la riqueza de su suelo no sobrepasada por tierra alguna en el mundo, yacía tan desolada como cuando los españoles la atravesaran por primera vez La estación seca estaba para terminar; durante cuatro meses no había llovido allí, y densas nubes de polvo nos rodeaban, ardiente y fino como las arenas de Egipto A las nueve de la mañana llegamos a León, y yo me separé de mis compañeros, pero no sin una cortés invitación del *más joven para tomar un descanso en casa de su* hermano Los arrabales eran más miserables que ninguno de los que hasta aquí había visto Subiendo por una larga calle, a través de la cual rondaba un centinela, *miré frente* al cuartel un grupo de soldados vagabundos, iguales a los de Carrera, que gritaron insolentemente: "Quittez el sombrero" Tuve que atravesar toda la extensión de la ciudad antes de llegar a la casa adonde había sido recomendado Desmonté y entré en ella con la confianza de una afectuosa recepción, pero la señora, con mucha celeridad, me dijo que su marido no estaba en casa Le dí una esquela con la que se me había provisto, dirigida a ella misma; pero me dijo que no sabía leer inglés, y me la devolvió Se la traduje palabra por palabra, pues era una súplica para que me proporcionara alojamiento Arrugó al punto el entrecejo de fastidio; y dijo que no tenía más que un cuarto disponible, y que estaba reservado para el vice-cónsul inglés de Realejo Yo le respondí *que el vice-cónsul no intentaba al presente abandonar* Realejo Me preguntó cuánto tiempo permanecería allí, y cuando le contesté que solo una noche, me dijo que si tal era el caso podía quedarme El lector acaso se extrañará de mi falta de ánimo, pero el hecho era que me hallaba poco dispuesto a tomar en cuenta toda desatención personal Mi única alternativa era salir en busca del joven cuya invitación había declinado, y cuyo nombre ignoraba, o rogar de puerta en puerta para que admitiesen

Se ha dicho que las mujeres se gobiernan por las apariencias, y la mía no era muy seductora Mi vestido era el mismo con el que había salido de Granada, ensuciado por el ascenso al volcán de Masaya, y ahora cubierto de polvo Aprovechando lo mejor que pude *de mi limitado guardarropa, en mi reaparición fuí más* favorablemente recibido Por lo menos tuve un excelente desayuno; y como hacía mucho calor y necesitaba descansar, me quedé en casa jugando con los niños En la comida ya tuve el puesto de honor a la cabecera de la mesa, y había hecho tales progresos, que, si lo hubiera deseado, me habría aventurado a insinuar el asunto de quedarme otro día; y debo decir que la señora, habiendo accedido a que me quedara, me trató con gran cortesía y atención, y particularmente usó de gran diligencia en conseguir un guía para ponerme en aptitud de proseguir mi viaje al siguiente día

Después de la comida Nicolás llegó a mi cuarto, y

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

con las manos levantadas gritaban contra el pueblo de León: "Gente indecente, sin vergüenza" (literalmente) Lo habían gritado por las calles, y había oído tales historias del estado del país frente a nosotros, que quería regresar a su casa. Yo me encontraba con muy pocos deseos de tener que hacer otro cambio, y particularmente por alguno de los bribones con aspecto de asesinos que había visto en mi entrada; pero no me gustaba tener la responsabilidad de llevármelo contra su voluntad, y le manifesté, que si me conseguía dos hombres honrados, que podría dejarme. Ya le había adelantado más de lo debido, pero tenía la seguridad que no me abandonaría por miedo a que se lo llevaran para el servicio militar.

Terminado esto salí a dar un vistazo a la ciudad Esta tenía una apariencia de antigua y aristocrática respetabilidad, que ninguna otra ciudad en Centro América poseía Las casas eran grandes, y muchos de los frentes se hallaban llenos de ornamentos de estuco, la plaza era espaciosa, y los patios de las iglesias y las mismas iglesias magníficos Este era el asiento de una diócesis y se distinguía por lo valioso de sus iglesias y conventos, por sus centros de erudición, y por sus hombres de ciencia, hasta la época de su revolución contra España; pero al andar por sus calles vi palacios desmantelados y sin techo, en donde los nobles habían habitado, ocupados por infelices mal nutridos, símbolos de la miseria y de la necesidad; y hacia un lado un inmenso campo de ruinas que cubría la mitad de la ciudad

Casi a raíz del establecimiento de la independencia y de la aparición de las grandes líneas divisorias entre los centralistas y federalistas, el Estado de Nicaragua llegó a ser el teatro de una furiosa lucha En una hora infortunada, el pueblo eligió un gobernador centralista y un vice-gobernador liberal Una administración dividida los llevó al derramamiento de sangre y al más sanguinario conflicto conocido en las guerras civiles. Se disputaron el campo pulgada por pulgada, hasta que toda la fuerza física e implacable animosidad del Estado se concentró en la capital Los partidos contendientes llevaron la lucha hasta el mismo corazón de la ciudad; se alzaron barricadas en las calles, y durante tres meses nadie podía traspasar la línea sin que le dispararan una bala Escenas de horror que sobrepasan a lo que de la humanidad puede creerse, permanecen frescas en la memoria de los habitantes Los liberales prevalecieron; el jefe centralista fué matado, sus fuerzas asesinadas, y en el frenesí del momento, la parte de la ciudad ocupada por los centralistas fué quemada y arrasada hasta los cimientos; además de la sangre de los ciudadanos asesinados, de las lágrimas e imprecaciones de las viudas y de los huérfanos, los victoriosos tuvieron el grato placer de ver un territorio desolado y una capital convertida en ruinas El mismo espíritu de crueldad caracteriza todavía a los habitantes de León Los héroes de Tegucigalpa, sin un solo prisionero como monumento de misericordia, habían sido recibidos con repiques de campanas y disparos de cañón, y con otras demostraciones de alegría, y aun permanecían en la ciudad, engreídos con su brutal victoria, y ansiosos de ser conducidos a más triunfos por el estilo

Debo confesar que, paseando por las calles de León, sentía cierto grado de inquietud, como jamás lo sentí igual en ninguna ciudad de Oriente Mi cambio de traje no hizo mi presencia más aceptable, y el águila en mi sombrero atraía particularmente la atención En cada esquina había un grupo de bribones, que me clavaban la vista como dispuestos a armar una pendencia Para algunos, mi carácter oficial me hacía objeto de sospecha; porque en sus vergonzosas luchas pensaban que las miradas de todo el mundo estaban dirigidas hacia ellos, y que Inglaterra, Francia y los Estados Unidos, estaban contendiendo secretamente por la posesión de su interesante país Tuve la intención de hacer una visita al jefe del Estado; pero, temeroso de ser insultado o de ser metido en alguna dificultad que pudiese detenerme, regresé a la casa

Por medio de los criados, Nicolás había hallado dos hombres que querían acompañarme, pero no me agradó su aspecto, ni aun el que supieran cuándo intentaba yo partir Apenas acababa de desembarazarme de ellos cuando llegó mi guía a avisarme que no saliera al día siguiente, porque quinientos soldados, que habían estado haciendo sus preparativos durante varios días, estaban para marchar a la mañana siguiente sobre San Salvador Esta fué una noticia de lo más desagradable Yo no deseaba viajar en su compañía, ni menos encontrarme con ellos en el camino; y calculando que su marcha sería más lenta que la mía, le encargué al guía que se indagara del tiempo en que saldrían, y le dije que nosotros emprenderíamos el viaje dos horas antes que ellos. Nicolás se fué con él para darle agua a las mulas; pero regresaron con gran precipitación con la noticia de que unos piquetes de soldados estaban recorriendo la ciudad en busca de hombres y de mulas, y que habían penetrado al patio de un padre en la vecindad y tomado tres de sus animales La señora de la casa mandó cerrar todas las puertas y que le llevaran las llaves, y una hora antes de obscurecer ya estábamos todos encerrados, y mis pobres mulas se quedaron sin agua

Como a las ocho de la noche oímos el tropel de la caballería en las calles, y reuniéndose en el interior del portal vi como seiscientos hombres alineándose para marchar. Allí no había música, ni aclamaciones, ni ondear de pañuelos, para animarlos como a defensores de la patria o como aventureros en el camino de la gloria; sino que en la obscuridad y descalzos, sus pisadas parecían furtivas; el pueblo los miraba con temor; y más bien parecía la salida de una banda de conspiradores que la marcha de los soldados de una república.

Mi arriero no volvió sino hasta el amanecer al día siguiente Por fortuna para nosotros, él había sabido que las tropas estaban destinadas a otra, pero aún más ignominiosa expedición. Habían ocurrido gastos para el envío de tropas a Honduras, de los cuales Granada rehusaba pagar su parte, basada en que, según la constitución, ella no era responsable, salvo por los gastos ocasionados en defensa de los límites de su propio Estado Se admitió esto; pero los gastos se habían hecho; León había peleado la batalla y poseía los mismos materiales con que la había ganado para obtener por la fuerza la contribución A fin de que Granada pudiese ser tomada inopinadamente, se divulgó que las tropas estaban destinadas para San Salvador, y ellas estaban realmente saliendo por el camino de San Salvador; pero a media noche dieron la vuelta y tomaron la ruta de Granada La guerra entre los diferentes Estados era bastante mala, pero aquí la llama que había antes convertido en ruinas la capital, estaba de nuevo encendida dentro de sus propios confines Nunca supe cuál fué el resultado de esta expedición; pero probablemente, tomada de improviso y sin armas, Granada sería compelida por las bayonetas a pagar lo que, según la constitución, no estaba en la obligación de pagar

Ya fuera de León y una vez más sobre el lomo de mi macho, respiré más libremente Nicolás fué inducido a continuar por haber oído que había un buque en Realejo para Costa Rica, y yo esperaba hallar uno para Zonzonate La gran llanura de León era aún más hermosa que antes; demasiado bella para el desgraciado pueblo a quien la generosidad de la Providencia la había dado Hacia la izquierda estaba el mismo bajo arrecife separándola del Océano Pacífico, y a la derecha la gran fila de Cordilleras, terminada por el volcán de El Viejo

Ya había yo pasado por el pueblo de Chichuapa cuando oí el grito de "caballero" detrás de mí, y volviendo la cabeza, vi varias gentes moviendo las manos, y una mujer corriendo casi sin aliento, con un pañuelo de bolsillo que yo había dejado en la casa donde me

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

desayuné Iba yo a continuar, cuando un caballero de aspecto respetable me detuvo, con muchas apologías por la libertad, y me pidió un medio real Le dí uno, el cual examinó y me lo devolvió diciendo: "No corre" Era siempre materia corriente, al pagar dinero, el tener que recibir dos o tres piezas devueltas, y a esto yo algunas veces me resistía; mas como en esta tierra todas las cosas eran al revés, parecía regular el que los mendigos fuesen los escogedores y le dí otra

Mi lugar de parada en casa de Mr Bridges, un inglés de una isla de las Anillas, quien había residido en dido en el país por muchos años, y era casado con una señora de León, pero que, con motivo de las convulsiones del país, vivía en su hacienda El terreno era fértil para algodón y azúcar y Mr B decía que aquí cincuenta hombres podían elaborar el azúcar más barata que doscientos en las islas; pero la dificultad era que no se podía depositar confianza en el trabajo de los indios Aquí también, gracias a la benevolencia de Mr B y de su señora, y a la magnífica rusticidad de la vida en la hacienda, yo podía haber pasado varios días con mucha satisfacción; pero me detuve solamente para comer, después de lo cual Mr B me acompañó hasta Chinandega.

Como siempre, mi primera ocupación fué hacer los arreglos para continuar mi viaje Todo mi camino se extendía a lo largo de la costa del Pacífico, pero más allá de éste, el golfo de Conchagua hacía una gran cortadura dentada en la tierra, la cual era costumbre cruzarla en un bongo, enviando las mulas alrededor de la cabeza del golfo Se me advirtió que lo último era arriesgado, pues las tropas de Honduras estaban en marcha sobre San Salvador y podían apoderarse de ellas Yo podía salvarlas yendo personalmente, pero este era un viaje de seis días, a través de un territorio tan desolado que era necesario llevar pastura para las mulas; y como aún tenía un largo camino por delante, creí necesario economizar mis fuerzas Me sentía poco inclinado a correr el riesgo de perder mis mulas, y mandé un mensajero a El Viejo, donde vivían los dueños de los bongos, para alquilar el más grande, determinado a soportar el peligro de llevarlas conmigo. A la mañana siguiente regresó el mensajero que había conseguido un bongo, para estar listo en la tarde del día siguiente, con un recado del propietario diciendo que la embarcación corría por mi cuenta y riesgo.

Obligado a esperar un día, después del desayuno salí para Realejo En el camino me encontré con Mr Foster, vice-cónsul inglés, que venía a verme Regresó y me llevó primero a la máquina o fábrica de algodón, de la que yo había oído mucho por el camino Esta era la única en el país, y debía su existencia al empuje de un paisano, habiendo sido fundada por Mr Higgins, quien, frustradas sus esperanzas, o disgustado del país por otras causas, las vendió a don Francisco y a Mr Foster Ellos estaban llenos de esperanzas de obtener ganancias; pues suponían que, proveyéndole un mercado, el pueblo sería inducido a trabajar y a levantar algodón suficiente para la exportación a Europa Los recursos de este trastornado país son incalculables La paz y la industria abrirían las fuentes que lo inundarían de riqueza; y no me cabe duda que la influencia de esta sola fábrica se hará sentir en la tranquilidad y enriquecimiento de todo el distrito que esté bajo su alcance

Acompañé a Mr Foster hasta Realejo, que estaba solo a media hora a caballo El puerto, dice Huarros, es capaz de contener mil barcos; pero hallándose a una distancia de dos o tres leguas, me fué imposible visitarlo El pueblo que se compone de dos o tres calles, con casas pequeñas y dispersas, circulado por una tupida selva, fué fundado por unos cuantos de los compañeros de Alvarado, que se detuvieron allí en su expedición al Perú; pero, hallándose tan inmediato al mar y expuesto a las incursiones de los bucaneros, los habitantes se movieron tierra adentro y fundaron a León.

Al anochecer regresamos a la fábrica, y don Francisco y yo llegamos a Chinandega, donde se me recibió con la nueva que el propietario del bote había mandado a decir que suponía que yo tendría permiso del jefe del Estado para embarcarme, pues, por una orden reciente, ninguna persona podía embarcarse sin dicho permiso Era esta una de las más enojosas suposiciones Yo había penetrado al Estado por una frontera desierta, y ni una sola vez se me había pedido pasaporte El lector puede recordar cómo evité el hacer una visita al jefe del Estado; y, además, cuando estaba en León, no sabía si seguiría por tierra o si cruzaría el golfo, y suponía que en el puerto de embarque podría conseguir todo lo que fuera necesario Me hallaba excesivamente perturbado, pero don Francisco mandó llamar al comandante del pueblo, quien dijo que la orden aún no había sido enviada al puerto, sino que estaba en su manos, y que él la retendría

Temprano a la mañana siguiente adelanté una carreta de bueyes con el equipaje y una provisión de maíz y zacate para las mulas durante el viaje, y, después de una agradable cabalgata de una legua, llegué a El Viejo, uno de los pueblos de apariencia más respetable en Nicaragua La casa del dueño del bongo era una de las más grandes del lugar, y amueblada con dos sofás de caoba fabricados por un ebanista yanqui en Lima, dos espejos con marcos dorados, un reloj francés, sillas doradas con asientos de junco, y dos mecedoras de Boston que habían hecho la travesía del Cabo de Hornos Don Francisco pasó adonde el comandante El desgraciadamente, había recibido sus órdenes directamente del gobierno, y no se atrevía a dejarme pasar Fuí yo mismo con Mr Foster La orden era positiva y yo estaba en agonía Aquí hice presión con mi carácter oficial, y después de una hora de tormento, con la cálida ayuda de Mr Foster, y bajo su garantía de librar al comandante de responsabilidad, y de enviar inmediatamente un expreso a León por un pasaporte del jefe del Estado, se convino en que mientras tanto yo podía proseguir

No esperé más, sino que, despidiéndome de Mr Foster y de don Francisco, salí para el puerto Este quedaba a siete leguas a través de una no interrumpida selva Por el camino alcancé a los hombres de mi bongo, casi desnudos moviéndose en una sola fila, con el piloto a la cabeza, y llevando cada uno una malla abierta conteniendo tortillas y provisiones para el viaje A las dos y media llegamos al puerto de Nagoscolo Allí había una sola choza, junto a la cual una mujer estaba lavando maíz, con un niño desnudo cerca de ella en el suelo, con la cara, brazos y cuerpo llagados y fluyendo materia, imagen de la escuálida pobreza Al frente había un fangoso llano, por cuyo centro corría un corte recto, llamado canal, con un terraplén seco hacia un lado, con el lodo endurecido y blanqueado por el sol En esta zanja yacían varios bongos en seco, aumentando la fealdad de la escena Yo tuve un sentimiento de gran satisfacción por no verme obligado a permanecer allí más tiempo; pero la infeliz mujer, con un tono de voz que parecía negociarse con la esperanza de hacer a otros tan desdichados como ella misma, desistió de lavar su maíz, y chilló en mis oídos que un guarda había sido mandado directamente de la capital, con la orden de no permitir el embarque de ninguno sin pasaporte El guarda se había ido río abajo en una canoa, en busca de un bongo que había intentado salir sin pasaporte, y yo anduve hacia abajo por la orilla del canal con la esperanza de cogerlo solo a su regreso El sol estaba abrasador, y cuando pasé los bongos, los barqueros me preguntaron si tenía pasaporte Al extremo del canal, bajo la sombra de un árbol corpulento, estaban dos mujeres; y ellas habían permanecido tres días en aquel lugar, aguardando a uno de los de su compañía que se había ido a León para conseguir un pasaporte

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Transcurrió más de una hora antes que el guarda apareciese El quedó impresionado por el águila en mi sombrero, y mientras yo le refería mi historia, decía a todo: "Sí, Señor", pero cuando le hablé de embarcarme, dijo: "Señor, usted no tiene pasaporte" No castigaré al lector con los detalles de todas mis vejaciones y ansiedades aquella tarde Yo estaba lo más deseoso de apresurarme Mandar un correo a León me habría tenido en una espera insoportable Alguna dificultad podría sobrevenir, y el único medio de sosegar mi espíritu era el regresar yo mismo Ya había hecho el viaje más largo que jamás se hizo en el país sin un intervalo de descanso El camino que tenía por delante me llevaba a través del sitio de la guerra, y una demora de cuatro días me podía arrojar en medio de ella. (En efecto, los resultados probaron que un día podía hacerlo así) Me fuí con el guarda para la choza, y en la mayor ansiedad que yo había sentido desde mi salida del hogar, le enseñé mis papeles —el mayor envoltorio, quizá, que él jamás había visto antes, y con los más grandes sellos, particularmente mi pasaporte original de mi propio gobierno—, mezclando uno con otro a su gobierno y a mi gobierno, las amigables relaciones existentes entre ellos, y tratando de darle una abrumadora idea de mi importancia; pero él no entendió más de su significado que si yo le hubiese repetido en inglés el quinto problema en Euclides El pobre hombre se hallaba casi tan perplejo como yo Varias veces asintió y se retractó; y por fin, al darle una carta prometiéndole la protección de Mr. Foster y la del comandante de El Viejo, convino en dejar salir el bongo.

Faltaba como una hora para anochecer cuando bajamos para embarcar las mulas. Mi bongo estaba en el último extremo del canal, y la marea había subido de tal modo que estaba a flote Empezamos con la parda, echándole un nudo corredizo alrededor de las patas, juntándoselas y derribándola al suelo En seguida los hombres intentaron levantarla en peso sobre el costado del bongo; pero fallando en el intento, quitaron el timón y apoyándolo junto al costado, jalaron la mula para arriba, después levantaron el timón, y la dejaron caer en el bote Mientras tanto el macho estaba bajo un árbol, mirando muy sospechosamente y con terribles presentimientos Se le puso el nudo corredizo alrededor de las patas, con un lazo adelante y otro atrás para levantarlo, y luchando desesperadamente, fué derribado, pero antes que hubiese tocado el suelo, con un esfuerzo desesperado, rompió las cuerdas y se paró Una segunda tentativa tuvo mejor éxito; pero con los dos quedó el espacio lleno, y me ví obligado a dejar atrás la mula del equipaje. Le pagué al guarda para que se la llevara a Mr. Foster, pero nunca supe si le llegó o no.

Fuimos auxiliados por los barqueros de otro bongo, y mandé que les dieran cena y aguardiente a todos Esta fué proporcionada en la choza por el guarda, y cuando se terminó, los hombres, todos de buen humor, comenzaron a poner el equipaje a bordo. Ahora algunos de los que estaban detenidos refunfuñaban, y un nuevo personaje entró a la choza, como él dijo, directamente del Pueblo, quien graznó a mis oídos la odiosa orden, y el guarda otra vez hizo objeciones Yo estaba excesivamente molesto por esta última interrupción y, echando en horamala al nuevo visitante, le dije al guarda que el asunto estaba arreglado y que de mí no se burlarían, y agarrando mi escopeta dije a los hombres que me siguieran Yo noté de antemano que ellos estaban exaltados con el suculento banquete y que podía contar con ellos. El guarda y todos los obligados a esperar, me siguieron; pero nosotros nos fuimos a bordo, y mi tripulación se hallaba tan borracha que desafiaba toda oposición. Un impulso sacó al bongo del canal, y mientras pasaba para afuera, un desconocido inesperadamente puso el pie a bordo y en la obscuridad se dejó caer bajo el toldo con las mulas Yo estaba sorprendido y algo indignado de que no hubiera pedido permiso, y se me ocurrió que sería algún guerrillero que podría comprometerme dificultad, y, además, pensé que quizá sería algún pobre hombre que se escapaba por salvar la vida, y era lo mejor que yo no supiera nada de él. En medio de mis dudas, un hombre en la ribera gritó que cincuenta soldados habían llegado de León Estaba sumamente obscuro; no podíamos ver nada y mis hombres respondieron con un grito de desafío

Mientras tanto íbamos descendiendo rápidamente, dando vueltas a al redonda y chocando contra las ramas de los árboles; las mulas se habían caído, el toldo estaba descompuesto, y en medio de la obscuridad y confusión chocamos con violento estallido contra otro bongo, que nos hizo a todos un montón y pensé que nos habría arrojado a la zanja Los hombres se levantaron con griterías y risadas Este era un mal principio. Sin embargo estaba yo lleno de alegría por haber salido del puerto, y había una salvaje excitación en la propia escena Por fin los hombres sentáronse a los remos y remaron por algunos minutos como si quisieran sacar fuera del agua al viejo bongo, gritando todo el tiempo como espíritus de las tinieblas desencadenados. El piloto se mantenía tranquilamente en el timón, sin hablar, y obscuro como estaba, de vez en cuando veía yo una furtiva sonrisa en su cara, a los insensatos despropósitos de los barqueros. De nuevo comenzaron a remar furiosamente como antes, y de repente uno de los remos se quebró y el remero cayó para atrás El bongo se metió enrte los árboles, y los hombres treparon por sus ramas a la playa. Los golpes de machete, mezclados con los gritos y las risas, repercutían en la selva; ellos eran el más turbulento grupo que hallé en Centro América. En la obscuridad derribaron una docena de renuevos antes de encontrar los que necesitaban, como a la hora regresaron, y el destrozado toldo quedó reparado. Ahora ya estaban más calmados; y tomando sus remos, nos movimos silenciosamente descendiendo por el obscuro río hasta la una de la mañana, en que echamos el ancla

El bongo era como de cuarenta pies de largo, construido de un tronco de árbol de guanacaste, como de cinco pies de ancho y casi del mismo hondo, con el asiento redondo y con un toldo redondo parecido a la cubierta de un vagón de mercado, hecho de petates y cueros de res, cubierto a diez pies de la popa. Más allá habían seis asientos a través de los costados del bongo, para los remeros. Todo el frente era necesario para los tripulantes, y en realidad yo tenía solamente la parte ocupada por el toldo, donde, con las mulas como arrendatarias en común, ya éramos demasiados Ellas estaban de frente, con sus cabestros atados al primer banco. El fondo era cóncavo, y no les daba un lugar seguro para pararse; y cuando el bote viraba tenían que esforzarse para mantener su centro de gravedad. El espacio entre sus cascos y el extremo de la corredora o popa del bongo era mi dormitorio Nicolás tenía miedo de pasar entre las mulas para conseguir un lugar entre los hombres, y no podía trepar sobre el toldo Yo tenía sus cabezas trabadas y arrimadas enteramente al banco, y poniéndolo a él entre mí y las mulas para que recibiera la primera patada, me tumbé junto a la popa del bongo y me dormí.

A las siete y media de la mañana levamos el ancla, o levantamos una gran piedra, y salimos con los remos Mis barqueros tenían su modo peculiar para usar los pantalones Primeros se los quitaban, los doblaban como a un pie de ancho y dos pies de largo, y enseguida se los colgaban del cinturón de sus machetes como pequeños delantales A las nueve llegamos a la desembocadura del río. Aquí izamos la vela, y mientras el viento nos fué favorable estuvo muy bien. El sol estaba ardiente, y bajo el toldo el calor era insufrible. Siguiendo la costa, a las once nos hallábamos frente al volcán de Cosaguina (Cosigüina), una larga y obscura cadena de montañas, con otra fila corriendo abajo de ella, y enseguida una extensa planicie cubierta de lava hasta el mar. El viento nos hacía adelantar, y con el fin de pasar más allá del lugar

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

del promontorio, desde el cual pudiésemos fijar nuestro curso, los barqueros se metieron entre el agua para remolcar el bongo Yo los seguí,, y con un sombrero de paja de ala ancha para protegerme del sol, me encontré con que el agua estaba deliciosa Durante este tiempo uno de los tripulantes trajo arena de la playa para aplanar la concavidad del fondo del bote, y proporcionar a las mulas donde hacer pie firme Incapaces de pasar más allá del lugar, a la una y media echamos el ancla, y muy pronto todos los hombres de a bordo estaban durmiendo

Yo desperté con las piernas del piloto descansando sobre mi hombro Esta era una posición un poco ridícula, pero ninguno la vió Frente a mí se encontraba el volcán de Cosagüina, con su campo de lava y su playa desolada, y ningún ser viviente estaba a la vista, salvo mis dormidos barqueros Cinco años antes, en las playas del Mediterráneo y al pie del monte Etna, leí en un periódico un relato de la erupción de este volcán Poca era entonces mi esperanza de verlo jamás: la más tremenda en la historia de las erupciones volcánicas, cuyo estruendo sobrecogió al pueblo de Guatemala, cuatrocientas millas más allá, y en Kingston, Jamaica, a ochocientas millas de distancia, se supuso que serían los cañonazos en señal de peligro de algún buque en el mar Cambió el aspecto de la Naturaleza; desapareció el cono del volcán; una montaña y un campo de lava rodaron hacia el mar; una selva antigua como la creación había desaparecido enteramente, y dos islas se formaron en el mar; se descubrieron bajíos, en uno de los cuales un corpulento árbol se había fijado de arriba abajo, un río quedó completamente tapado, y se formó otro que corría en opuesta dirección; siete hombres empleados del propietario de mi bongo bajaron corriendo hasta el agua, se alejaron en un bongo, y nunca más se supo de ellos; las bestias salvajes, aullando, abandonaron sus cuevas en las montañas, y los jaguares, los leopardos y las serpientes huyeron a refugiarse en las moradas de los hombres

Esta erupción ocurrió el 20 de Enero de 1835 Mr Savage estaba ese día en las faldas del volcán de San Miguel, a una distancia de ciento veinte millas, buscando ganado. A las ocho de la mañana vio una densa nube elevándose hacia el Sur en forma piramidal, y oyó un estruendo que repercutió como el bramido del mar Muy pronto las espesas nubes fueron alumbradas por vívidos relámpagos, de color de rosa y bifurcados, descargando y desapareciendo, lo cual supuso que sería algún fenómeno eléctrico Estas apariencias aumentaron tan rápidamente que sus hombres se amedrentaron, y dijeron que era una ruina, y que el fin del mundo se aproximaba Muy pronto él mismo se convenció que ésta era la erupción de un volcán; y como el Cosaguina era en ese tiempo una tranquila montaña, no sospechaba que contuviera fuegos subterráneos, y supuso que procedería del volcán de Tigris Regresó a la ciudad de San Miguel, y al caminar tres cuadras sintió tres severas sacudidas de terremoto Los habitantes se hallaban angustiados por el terror Los pájaros volaban locamente por las calles, y, cegados por el polvo, caían muertos en el suelo A las cuatro de la tarde ya estaba tan obscuro que, como dice Mr S , se puso la mano frente a los ojos, y no pudo vérsela Nadie se movía sin una candela, la que daba una opaca y nublada luz, que se extendía sólo a pocos pies En esos momentos la iglesia estaba llena y no podía contener ni la mitad de los que deseaban entrar La imagen de la Virgen fué conducida a la plaza y paseada por las calles, seguida por los habitantes, con candelas y antorchas, en procesión penitencial, clamando al Señor por el perdón de sus pecados Tañeron las campañas, y durante la procesión hubo otro temblor, tan violento y tan largo que arrojó por los suelos a muchas gentes que iban en la procesión. La obscuridad continuó hasta las once del día siguiente, hora en que el sol fué parcialmente visible, pero opaco y nebuloso, y sin ninguna brillantez El polvo sobre el suelo era de cuatro pulgadas de espesor; las ramas de los árboles se quebraron con su peso, y la gente estaba tan desfigurada por él que no podía ser reconocida.

Por entonces Mr S. marchó para su hacienda en Zonzonate Durmió en la primera aldea, y a las dos o las tres de la mañana fué despertado por un estallido semejante al romper del más terrífico trueno o al disparo de millares de cañones Este fué el estallido que asustó al pueblo de Guatemala, cuando el comandante salió afuera, suponiendo que atacaban el cuartel, y el que fué oído en Kingston, en Jamaica Fué acompañado de un temblor tan violento que por poco lanza a Mr S fuera de su hamaca

Por la tarde todos mis hombres se despertaron, el viento era favorable, pero ellos tomaron las cosas tranquilamente, y después de cenar izamos la vela Como a las doce de la noche, por un convenio amigable, me tendí sobre el banco del piloto bajo la caña del timón, y cuando desperté ya habíamos pasado el volcán de Tigris, y nos hallábamos en un archipiélago de islas más bello que las islas de Grecia El viento calmó, y los barqueros, después de juguetear por un momento con los remos, dejaron caer otra vez la enorme piedra y se durmieron Fuera del toldo el calor del sol era agotador, debajo de él la estrechez era sofocante, y mis pobres mulas no habían tenido agua desde su embarque En la confusión de la salida yo la había olvidado hasta el momento de la partida, y entonces no hubo vasija para llevarla Después de darles un ligero sueño desperté a los hombres, y con la promesa de una recompensa los induje a tomar sus remos Afortunadamente, antes que se hubieran cansado tuvimos una brisa, y como a las cuatro de la tarde la gruesa piedra fué dejada caer en el puerto de La Unión, frente a la ciudad Un barco estaba anclado, un ballenero de Chile, que había entrado de arribada y había sido condenado.

El comandante era don Manuel Romero, uno de los veteranos de Morazán, que estaba ansioso de retirarse enteramente de la vida pública, pero que permanecía en el puesto porque, en sus actuales peligros él podía ser útil a su benefactor y amigo Ya tenía noticias de mí, y sus atenciones me hicieron recordar, lo que a veces olvidaba, pero lo que otros muy rara vez olvidan: mi carácter oficial; me invitó a su casa mientras yo permaneciera en La Unión, pero me dió informes que me hicieron sentir más que nunca el ansia de apresurarme. El General Morazán hacía sólo pocos días que había salido del puerto después de acompañar hasta ese lugar a su familia en viaje para Chile. A su regreso a San Salvador intentaba marchar directamente contra Guatemala A marchas forzadas yo podía alcanzarlo y seguir bajo la guardia de sus tropas, confiando en la esperanza de escaparme de estar en el acto en caso de una batalla, o, por mi conocimiento con Carrera, lograr el paso a través de las líneas Afortunadamente el capitán del barco condenado deseaba ir a San Salvador y convino en acompañarme al siguiente día.

Había dos forasteros en el lugar: el capitán R de Honduras, y don Pedro, un mulato, y ambos se mostraron particularmene afables para conmigo Por la noche, mi propuesto compañero de viaje y yo los fuimos a visitar, y muy pronto se concertó una jugada de baraja Cerráronse las puertas, púsose vino sobre la mesa y principió el monte con doblones El capitán R y don Pedro hicieron todo lo posible para me uniese a ellos, y cuando me levanté para despedirme, el capitán R , como si pensara que no podría haber sino un motivo para mi resistencia, me tomó aparte, y me dijo que si yo necesitaba dinero que él era mi amigo: mientras que don Pedro declaró que él no era rico, pero que tenía un gran corazón; que se alegraba de haberme conocido; que había tenido la honra de conocer una vez antes a un cónsul en Panamá, y que contara con él para lo que se me ofreciera El juego es uno de los gran-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

des vicios del país y en el que los extranjeros están más propensos a caer El capitán se había encontrado con una cuadrilla en San Miguel, y estos dos habían bajado al puerto expresamente para despojarlo Durante la noche los descubrió trampeando, y diciéndoles que él había aprendido en Chile a usar el cuchillo tan bien como cualquiera, le aplicó unos bastonazos en los hombros al que había tenido el honor de conocer a un cónsul una vez antes, e interrumpió la partida Existe un antiguo sentimiento de respeto hacia el hombre que porta espada, pero tal sentimiento ha desaparecido en Centro América

CAPITULO 3

VIAJE A SAN SALVADOR — UN NUEVO COMPAÑERO — SAN ALEJO — SAN MIGUEL — ALARMAS DE GUERRA — OTRO PAISANO — EL ESTADO DE SAN SALVADOR — EL RIO LEMPA — SAN VICENTE — EL VOLCAN DE SAN VICENTE — FUENTES TERMALES — COJUTEPEQUE — ARRIBO A SAN SALVADOR — PREJUICIOS EN CONTRA DE LOS EXTRANJEROS — CONTRIBUCIONES — RECLUTANDO GENTE — EL VICE-PRESIDENTE VIGIL — TOMA DE SAN MIGUEL Y SAN VICENTE — RUMORES DE UNA MARCHA SOBRE SAN SALVADOR — SALIDA DF SAN SALVADOR.

A las cinco de la tarde salimos para San Salvador Don Manuel Romero me proveyó de cartas de recomendación para todos los Jefes Políticos y el nombre del capitán fué agregado a mi pasaporte

Yo debo presentar mi nuevo amigo al lector El Capitán Antonio V F. de algo más de treinta años de edad, había emprendido un viaje de seis meses para la pesca de ballenas; pero habiendo hecho agua la embarcación y con una tripulación sublevada, llegó al puerto de La Unión con siete u ocho pies de agua en las bodegas y con la mitad de su tripulación en prisiones El no sabía nada de Centro América sino hasta que la necesidad lo arrojó a sus costas, y, mientras se seguía la averiguación oficial correspondiente y obtenía la licencia para poder vender su barco, llegó al puerto el General Morazán, acompañado de algunos oficiales de su Estado Mayor, para embarcar a su esposa y demás familiares rumbo a Chile El capitán F se relacionó con ellos y, por su medio, con sus opiniones respecto a la política del país; y por la tarde, mientras caminábamos a caballo por la cumbre de una montaña, me contó que le habían ofrecido el grado de teniente coronel y que estaba en camino para unirse con Morazán en su marcha contra Guatemala Ya se había anunciado la venta de su barco y él ya había escrito a sus dueños y a su esposa un relato de todos sus infortunios; estaba ya cansado de permanecer en el puerto y creía que una campaña al lado de Morazán era lo único que por de pronto podría hacer Le agradaba el General Morazán, le gustaba el país y suponía que a su esposa le gustaría el vivir allí; si Morazán triunfaba, había muchos cargos públicos vacantes y haciendas sin dueño que valdría la pena poseer Pasaría de pescador de ballenas a soldado de campaña, tan serenamente, como un yanqui pasa de leñador a redactor de periódicos Aunque yo nada tenía que ver en todo eso, le dije que ninguna honra ganaría en tales campañas; que lo único seguro eran los peligros a que se expondría de ser herido o muerto; que dado el caso que Morazán triunfara, tendría que luchar por conseguir su parte en los despojos, y que si fracasaban en la empresa, sin duda alguna que sería fusilado Ya había él pensado en todo esto y me respondió que antes de comprometerse pensaba hacer sus observaciones en San Salvador

Como a las diez de la noche llegamos al pueblo de San Alejo, alojándonos en una casa muy confortable, donde todo era excitación por las noticias de una invasión procedente de Honduras

A la mañana siguiente, muy de madrugada, salimos acompañados de un nuevo guía quien, pasada la población, nos señaló el lugar donde un año antes habían robado y asesinado a un su tío Fueron capturados cuatro de los ladrones y enviados por el alcalde a San Miguel, bajo la custodia de los parientes del muerto y con instrucciones de fusilarlos si se les oponían Al pasar por el sitio del crimen, los de la escolta los fusilaron diciendo que se les querían oponer

A las ocho de la mañana divisamos el volcán de San Miguel y a las dos de la tarde entramos a la ciudad Caminando calle arriba, pasamos frente a una iglesia grande, cuya fachada se encontraba caída, dejando al descubierto las pinturas de las paredes y el altar de cuarenta pies de altura, con columnas e imágenes esculpidas y doradas Por todo el camino sólo se oía hablar de guerra y al llegar a la ciudad la encontramos en gran movimiento Las tropas hondureñas estaban ya sólo a doce leguas de distancia y no había soldados para defenderla; todos habían salido con la expedición de Morazán Muchos de los habitantes ya habían huído y los demás se preparaban para hacer lo mismo, o trataban de esconderse, de modo que la ciudad se hallaba casi despoblada Paramos en casa de don Juan Denning, un americano de Connecticut, que había vendido un bergantín armado al gobierno federal, comandándolo él mismo durante el bloqueo de Omoa y quien, habiendo contraído matrimonio en el país, vivía retirado en su hacienda desde hacía varios años La casa estaba deshabitada y desprovista de todo; los muebles y objetos de valor escondidos y sólo quedaba allí una anciana señora que era la suegra de don Juan Nadie pensaba en hacer resistencia El capitán compró una espada con incrustaciones de plata a uno de los más respetables ciudadanos, quien trataba de convertir en dinero todos sus adornos inútiles y quien, llevando un pequeño cofre que contenía la plata, señaló un caballo de raza que estaba en el patio y, sin sonrojarse, dijo que allí estaba su seguridad

El capitán tropezó con grandes dificultades para conseguir mulas él tenía dos enormes baúles que contenían, entre otras cosas de valor, cadenas del Perú y joyas de oro de gran precio; en una palabra, todo lo que poseía En la tarde salimos a dar un paseo por la plaza Grupos de hombres embozados en sus ponchos discutían en voz baja los movimientos del enemigo, cuánto habría caminado durante el día, cuánto tiempo necesitaría para su descanso y cuál sería el momento oportuno para huír Regresamos a la casa, juntamos dos tarimas de madera para nuestra cama y, calculando que no seríamos molestados durante la noche, olvidamos las penas de los alarmados habitantes y nos dormimos profundamente

Por habérsenos dificultado el conseguir las mulas no pudimos salir sino hasta las diez de la mañana El clima es el más caluroso de Centro América y muy malsano bajo los ardientes rayos del sol A cada instante nos llegaban nuevos rumores de la aproximación de las tropas hondureñas y a nosotros nos convenía pasar adelante para no encontrarlas No voy a entrar en detalles con respecto a nuestro precipitado viaje por territorio salvadoreño, el más rico de Centro América, que se extiende por ciento ochenta millas a lo largo de las costas del Pacífico Produce tabaco, el mejor índigo y el más rico bálsamo del mundo Teníamos a la vista montañas y ríos, valles e inmensos barrancos, y los tres grandes volcanes de San Miguel,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

San Vicente y San Salvador, uno u otro de ellos siempre al frente de nosotros Toda la superficie del terreno es volcánica, por millas y millas el camino pasa sobre lava en descomposición, induciéndonos a creer que toda la costa del Pacífico es una inmensa arcada sobre fuegos subterráneos Desde la independencia, este Estado ha sido el baluarte principal de los principios liberales, por todo él se respira progreso, ausencia de hipocresía y de fanatismo religioso, y un desarrollo de energía física y moral que no se encuentra en ningún otro Son los salvadoreños los únicos que consideran punto de honor nacional el sostenimiento de la integridad de la República de Centro América

Por la tarde del segundo día de viaje tuvimos a la vista del Lempa, ahora un gigantesco río que se mueve hacia el Pacífico Tres meses antes yo lo había visto como un pequeño arroyo entre las montañas de Esquipulas Aquí nos encontramos con don Carlos Rivas, un líder del partido liberal de Honduras, huyendo de los soldados del partido contrario de su propio Estado Descendimos a las márgenes del río y proseguimos por enmedio de un frondoso bosque que había sido arrasado por un huracán que derribó muchos árboles El valle por donde se atraviesa el río tiene como media milla de ancho, pero como entonces era la estación seca, en el lado por donde entramos había una ancha playa de arena y piedras Llegamos hasta la orilla y gritamos al barquero que se encontraba del otro lado Otros grupos de gentes fueron llegando, todos fugitivos, entre ellos la esposa y demás familia de don Carlos, formando todos juntos un grupo en la orilla Por fin llegó la barca y tomó a su bordo diez y seis mulas, sillas y equipajes, y tantos hombres, mujeres y niños como cupieron, dejando a muchos en espera Por último, casi al anochecer, llegó nuestro turno y, al desembarcar, nos encontramos con todos los ranchos llenos de fugitivos; familias enteras estaban bajo los árboles y los amigos felicitándose mutuamente por haber logrado poner al Lempa de por medio Nosotros nos acostamos en la playa sobre nuestro equipaje y antes de que amaneciera ya estábamos nuevamente a caballo

Esa noche dormimos en San Vicente y a la mañana siguiente el capitán, en compañía de un oficial inválido de Morazán, a quien por enfermedad no se le había permitido acompañar al general en su marcha contra Guatemala, pasó adelante con el equipaje, mientras que yo, con el coronel Hoyas, di un rodeo para visitar El "Infierno" del volcán de San Vicente Cruzamos una hermosa planicie rodeando las faldas del volcán dejamos nuestras bestias en una choza y seguimos a pie una distancia regular, hasta llegar a un arroyo en un profundo barranco, cuyo curso seguimos hacia arriba hasta que llegamos a la base del volcán El agua era caliente y con sabor de vitriolo y las orillas estaban incrustadas con vitriolo blanco y flor de azufre A una distancia como de cien o doscientas yardas, formaba una especie de poza donde la temperatura del agua pasaba del grado más alto de mi termómetro Reaumur En varios lugares percibimos ruidos subterráneos y, hacia el fin del barranco, a un lado sobre la orilla, había un orificio como de treinta pies de diámetro por el cual, con espantoso ruido, salía una columna de agua hirviendo Este se llama El Infiernillo o sea las "pequeñas regiones infernales" Los habitantes cuentan que la más leve agitación del aire o aun el sonido de la voz humana hace aumentar el ruido Aproximándonos lo más que pudimos, gritamos varias veces y, escuchando y mirando por la horrible cavidad, me imaginaba que el ruido era más fuerte y más curioso y que a nuestro llamado el agua hirviente brotaba con más fuerza El coronel Hoyas me llevó a una vereda desde la cual se divisaba el camino como una línea blanca sobre el verdor de la montaña Me dijo que la mayor parte de los habitantes de San Miguel habían huído a San Vicente y que allí las tropas hondureñas serían repelidas Nos despedimos con muy poca esperanza de volvernos a ver pronto otra vez y en tan ingratas circunstancias para él

Alcancé al capitán en un pueblo donde él ya tenía preparado el desayuno, y por la tarde llegamos a Cojutepeque, que desde hacía dos días era la capital improvisada, bellamente situada al pie de un pequeño volcán apagado, cuyo verdor lo interrumpían sólo las curvas del camino, y sobre cuya cima estaba una fortaleza que Morazán había construido como su último baluarte para morir al pie de la bandera de la República.

Como a la una de la tarde del día siguiente llegamos a San Salvador Entrando por una hermosa puerta y con los suburbios llenos de árboles frutales y de flores, era difícil darse cuenta del estado miserable en que se encontraba la ciudad A medida que avanzábamos veíamos montones de escombros y grandes casas con el frente caído o agrietado, señales de los terremotos que habían arruinado la ciudad, que era el asiento del gobierno y que ahora se encontraba casi despoblada Esta serie temblores había empezado el tres de Octubre anterior (el mismo día que me embarqué para el país) y durante veinte días seguidos tembló la tierra, en ocasiones hasta quince o veinte veces en veinticuatro horas y, una vez tan seriamente que, según me dijo Mr Chatfield, una botella que tenía en su dormitorio cayó al suelo. La mayor parte de los habitantes abandonaron la ciudad y los que se quedaron dormían bajo manteados en los patios de sus casas Todas éstas se encontraban más o menos dañadas, algunas de ellas inhabitables y otras enteramente caídas Dos días antes, el Vice-Presidente y los funcionarios del gobierno federal y del Estado, impelidos por la crisis de los tiempos, habían regresado a su arruinada capital Era como la una de la tarde, con intenso calor y sin ninguna sombra; las calles se encontraban solitarias y cerradas las puertas y ventanas de las mujeres del mercado, y los habitantes, olvidándose de los temblores y que el ejército enemigo marchaba contra ellos, dormían la siesta del medio día En una esquina de la plaza estaba una barricada construida con troncos de árboles, ruda como una fortaleza india y armada con cañones, con la intención de que allí fuera la última escena en defensa de la ciudad Unos pocos soldados dormían en el corredor del cuartel y un centinela se paseaba frente a la puerta Preguntándole por nuestro camino, doblamos la esquina de la plaza y paramos frente a la residencia de don Pedro Negrete, quien por aquel tiempo actuaba como vice-cónsul de Inglaterra y Francia, único representante por entonces de poderes extranjeros en la capital

Uno de los rasgos de esta infortunada revolución era que, el partido liberal que antes era amigo y apoyo de los extranjeros, ahora manifestaba un violento enojo en contra de ellos, especialmente hacia los ingleses, sin duda por la ocupación de la pequeña y miserable isla de Roatán en la Bahía de Honduras La prensa, es decir, un pequeño periódico semanal de San Salvador, estaba lleno de artículos incendiarios en contra de los ingleses por la usurpación, por su ambición desmedida y por sus injustos propósitos de agregar a sus extensos dominios la República de Centro América No era más que un desesperado esfuerzo para sostener a un partido amenazado de la destrucción, levantando el espíritu nacional en contra de los extranjeros Un desarrollo de ese mismo esfuerzo se vió en el tratado de alianza entre San Salvador y Quezaltenango, únicos dos Estados que sostenían al gobierno federal, en cuyo pacto, en Agosto anterior, quedó convencido que sus delegados a la Convención Nacional, serían instruidos para tratar, de preferencia a cualquier otro asunto, sobre las medidas que deberían adoptarse para recuperar la Isla de Roatán, y que ningún producto del suelo o de la industria inglesa, aunque llegara bajo bandera de otra nación, y ninguna mercadería de alguna otra nación, aunque fuera amiga, si llegaba en buque inglés, sería admitida en el territorio, hasta que Inglaterra devolviera a Centro América

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

la posesión de aquella Isla Yo no quiero decir que ellos estuvieran en un error al reclamar la dicha isla, —la bandera inglesa fué plantada en ella de una manera muy sumaria— ni que estuviesen equivocados al hacer uso de los únicos medios a su alcance para corresponder lo que creían una injuria, pero como Inglaterra todavía no le había declarado la guerra a la China, podía ser temerario para los Estados de San Salvador y de los Altos el verse envueltos en hostilidades con aquel poder siempre creciente; pero ningún formal reclamo se hizo nunca, ni negociación alguna fué propuesta, y al publicarse dicho tratado, Mr Chatfield, Cónsul General Británico, considerándolo irrespetuoso e injurioso para su gobierno, dirigió una nota al Vice-Presidente, pidiéndole que le contestara categóricamente "si existía o no el gobierno federal" (precisamente lo que yo estaba ansioso de saber), de cuya nota no obtuvo contestación Más tarde Mr Chatfield visitó Nicaragua, y el gobierno de aquel Estado le envió una comunicación pidiéndole que interviniera en el arreglo de las dificultades entre los Estados de San Salvador y Honduras, entonces en guerra, y que por mediación de la reina de Inglaterra se garantizase el cumplimiento de cualquier tratado que dichos Estados llevaran a cabo Mr Chatfield, en su respuesta, se refirió a la carta que había dirigido al Vice-Presidente, y habló del gobierno como del "así llamado gobierno federal" La correspondencia fué publicada y acrecentó la exasperación en contra de Mr Chatfield y de todos los extranjeros en general; fueron denunciados como instigadores y apoyadores de la revolución, sus derechos y privilegios como residentes fueron discutidos y por último se habló de la injusticia con que gozaban de la protección del gobierno, puesto que no contribuían a su sostenimiento! El resultado fué que al verificarse un nuevo empréstito forzoso, fueron incluidos todos ellos con la orden perentoria de que, si al ser requeridos rehusaban el pago, deberían salir del país en el término de ocho días Los extranjeros estaban violentamente exasperados Dos o tres de ellos, que necesitaban licencia antes de salir, y que se llamaban a sí mismos "mártires", amenazaban con la venganza de sus gobiernos y hablaban de la llegada de un barco de guerra inglés Mr Kilgour, súbdito británico, se negó a pagar; las autoridades tenían la orden de darle su pasaporte para que saliera del país Don Pedro Negrete, como vice-cónsul de Francia y Encargado del de Inglaterra protestó La respuesta del Vice-Presidente (en parte demasiado verídica), fué la que transcribo enseguida con sus propias palabras por contener los fundamentos de la ley y manifestar los sentimientos que prevalecían en la época: "Los extranjeros en estos países bárbaros, como ellos los llaman, no deben esperar la protección de sus propiedades si no ayudan al gobierno para ello Nosotros somos pobres y si en alguna de las convulsiones tan frecuentes en países que hasta ahora comienzan su carrera política, los extranjeros sufren pérdidas, inmediatamente recurren a sus gobiernos para que la nación en que vienen a especular, no sin conocimiento de tales riesgos, les pague el doble o triple de lo que han perdido Esto es injusto desde todo punto de vista, puesto que ellos no quieren ayudar en lo más mínimo al gobierno en sus más urgentes necesidades ¿Qué debe éste hacer entonces? Decirles "Márchense de aquí, que yo no puedo asegurar sus propiedades; o préstenme cierta suma de dinero para que yo sea capaz de asegurarlas" Por otra parte, si acontece que un partido poderoso, o facción como se le llama, prevalece y cae sobre sus propiedades, lo mismo que sobre las de los hijos del país y sobre las rentas públicas, ellos se quejan a su nación, esta bloquea nuestros puertos, y hace que nuestro pobre país les pague el mil por ciento"

Mr Mercer comerciante francés, estaba ausente cuando el empréstito, y don Pedro Negrete era su apoderado y encargado de sus negocios y se negó a pagar El gobierno insistió pero don Pedro se mantuvo firme Le enviaron soldados a su casa y él dijo que enarbolaría la bandera francesa El Jefe del Estado declaró que la mandaría bajar y ordenó que don Pedro quedara preso en su propia casa, se le separó de su familia y sus alimentos se le pasaban por medio de un soldado, hasta que un amigo pagó por él Don Pedro sostenía que la majestad de Francia había sido violada en su persona; el gobierno le respondió que el procedimiento había sido en contra de él personalmente como agente de Mercer y no en su carácter de cónsul francés; pero lo cierto del caso fué que, cónsul o agente, el pobre don Pedro fué quien soportó el golpe, y como todo esto había sucedido dos días antes de nuestra llegada, don Pedro todavía estaba en cama a consecuencia de los disgustos que le habían dado Todo esto nos lo refirió, con muchos detalles más, un hijo de don Pedro para excusar la ausencia de su padre y como una explicación de los desvaríos que oíamos en el cuarto vecino

Por la tarde fuí a visitar al Vice-Presidente Grandes cambios habían tenido lugar desde que le vi en Zonzonate: las tropas del gobierno federal habían sido derrotadas en Honduras, Carrera había tomado la plaza de Quezaltenango, guarneciéndola con sus propios soldados; destruyendo su existencia como un Estado separado y anexándolo a Guatemala San Salvador quedaba solo en apoyo del gobierno federal Pero el señor Vigil estaba preparado para cualquier emergencia Le acompañaban el Jefe del Estado, un mulato de aguerrida presencia, y otros oficiales del gobierno Ellos sabían que las tropas de Honduras marchaban contra la ciudad, tenían razones para suponer que se unirían a las de Nicaragua, pero no desmayaban, al contrario, todos manifestaban una resolución y energía que yo no había visto antes El General Morazán, decían, estaba en marcha sobre Guatemala Cansado como estaba de la guerra el pueblo de San Salvador, decía el señor Vigil, sin embargo, se había levantado con nuevo entusiasmo Los voluntarios aparecían por todas partes con la firme resolución de sostener a toda costa la federación o morir bajo las ruinas de San Salvador Esta fué la vez primera que me sentí contagiado de entusiasmo En todas las revueltas anteriores presenciadas por mí, no había notado ningún rasgo de heroísmo ni amor ardiente por la patria Cada uno luchaba en su provecho y para su propio bienestar; y muchas veces, mientras viajaba por tan hermoso país y veía todo lo que la Providencia había hecho por sus habitantes, y cuán ingratos eran ellos, pensaba que lo mejor que podía suceder era que les pasara lo de los gatos de Kilkenny Eran las palabras más altivas que yo había escuchado hasta entonces, cuando los Jefes de un solo Estado, teniendo a sus puertas un ejército invasor y con sus propios soldados ausentes del lugar, manifestaron sin embargo, la inflexible resolución de defender la federación o morir bajo las ruinas de la capital Pero no perdían la esperanza en la República las tropas hondureñas serían repelidas en San Vicente y el General Morazán tomaría Guatemala Se hablaba de todos los personajes de la revolución con palabras que eran de sumo interés para mí, pues suponía que en ellas se trataría de asuntos de vida o muerte para ellos Yo no quise comprometer a ninguno de ellos diciendo lo que hubiera podido decir, porque todos se encuentran expatriados y bajo pena de muerte si regresan No oí que se expresaran en el feroz y sanguinario espíritu que más tarde supe en Guatemala que les imputaban, pero sí manifestaron gran rencor hacia algunos caballeros a quienes considero mis amigos personales y quienes, según decían ellos, habían sido perdonados por pura lenidad, agregando, en un tono que no dejaba lugar a dudas, que no volverían otra vez a caer en el mismo error

Pero en medio de esta confusión ¿dónde estaba mi gobierno? Ya había yo viajado por todo el país, guiado por una vacilante luz que aparecía y desaparecía y no se me ocultaba que la crisis de mi fortuna estaba cerca, que todo dependía del éxito de la expedición

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de Morazán Si ésta fracasaba, mi trabajo quedaría perdido; sin embargo, en esta hora trágica de la República yo no desesperaba En diez años de guerras Morazán nunca había sido derrotado; Carrera no osaba enfrentársele; la toma de la capital era segura y el efecto moral de todo esto repercutiría en toda la nación; Quezaltenango rompería sus cadenas, la potente minoría de los demás Estados se levantaría, la bandera de la república ondearía una vez más con todo su esplendor y, salido de este caos, el gobierno que yo buscaba sin duda surgiría.

Sin embargo no estaba tan seguro de ello como para esperar tranquilamente que llegara hasta mí a San Salvador El resultado era muy incierto y si la guerra se prolongaba, yo quedaría separado de Guatemala, sin ninguna oportunidad de servir a mi país por la vía diplomática y privado de llevar adelante otros asuntos más interesantes que la incierta persecución en que me hallaba empeñado El propósito con que el capitán había llegado a San Salvador fracasó; no pudo agregarse a la expedición de Morazán, pero no teniendo nada que hacer en el puerto, estaba ansioso de conocer Guatemala; poseía un lote de joyas y otros objetos de qué disponer allá y estaba tan seguro del buen éxito de Morazán, que decidió seguir adelante para hacerle una visita y gozar de los bailes y regocijos que tendrían lugar con motivo de su triunfo

La gran dificultad consistía en conseguir mulas, a consecuencia del estado de alarma en la ciudad Conseguirlas directamente para Guatemala era imposible Nadie se movería en esa dirección hasta no saber el resultado de la campaña de Morazán; y aun para conseguirlas sólo para Zonzonate había que esperar un día Ese día yo pensaba substraerme al tumulto de la ciudad y ascender al volcán de San Salvador; pero a la mañana siguiente vino una mujer a decirnos que uno de nuestros hombres había sido capturado por una patrulla y que estaba en la cárcel La seguimos hasta el lugar y habiendo sido invitados por el oficial para que le indicáramos quién era él, nos encontramos rodeados por cientos de los voluntarios de Vigil, de todas las condiciones en carácter y apariencia, desde el tímido sirviente arrebatado de la puerta de su amo, hasta el peor de los rufianes, unos recostados en el suelo, otros fumando cabos de cigarro, algunos taciturnos y otros enteramente desenfrenados Dos de los peores me hicieron el honor de decirme que les gustaba mi apariencia, me llamaron capitán y me pidieron que los llevara en mi compañía Nuestro hombre no era ambicioso y podría haber hecho algo mejor que ser matado por un chelín al día, pero no podíamos sacarlo sin una orden del Jefe del Estado, y fuí inmediatamente a las oficinas del gobierno donde sentí mucho encontrarme con el señor Vigil, pues el objeto de mi visita y los secretos de la prisión eran un infortunado comentario de sus jactancias por el entusiasmo del pueblo para tomar las armas Con su acostumbrada cortesía, sin embargo, él mismo redactó la orden para que se le pusiera en libertad, enviando también la lista de todos los que me acompañaban, a los capitanes de las diferentes escoltas, para que ninguno de ellos fuera molestado Todo el día estuvieron reclutando gente y dándole instrucción militar por medio de algunos oficiales Por la tarde se recibieron noticias que una avanzada del General Morazán había derrotado a un destacamento de tropas de Carrera, y que aquél con sus fuerzas aumentadas marchaba sobre Guatemala Se encendieron fogatas en la plaza en señal de regocijo y se celebró la victoria con repiques de campanas en todas las iglesias

Por la tarde volví a ver al señor Vigil Estaba solo Tenía plena confianza en los resultados Las tropas hondureñas serían rechazadas en San Vicente y Morazán tomaría Guatemala El me inducía a esperar; tenía ya todos sus preparativos, sus caballos listos y tan pronto como tuviese noticias de la entrada de Morazán, pensaba dirigirse a Guatemala y establecer allá una vez más la capital Pero yo estaba temeroso de quedarme y partimos para reunirnos en Guatemala; nunca más nos volvimos a ver Pocos días después él huía para salvar su vida y ahora se encuentra expatriado y bajo pena de muerte si regresa El partido que hoy gobierno Guatemala amontona oprobios sobre su nombre; pero yo, en los recuerdos de mi precipitado viaje, jamás olvidaré a quien tuvo la infortunada distinción de haber sido Vice-Presidente de la República

No recibí mi pasaporte sino hasta muy por la tarde y, aunque yo había indicado lo contrario, agregaron el nombre del capitán en él Nosotros ya habíamos tenido algunas diferencias de opinión con respecto a nuestros movimientos El no se mostraba tan inclinado como yo a que nos fuéramos para Guatemala, y además, no me parecía correcto que en un pasaporte oficial apareciese el nombre de un partidario o guerrillero En consecuencia, al día siguiente por la mañana fuí a la casa del gobierno para que me lo cambiaran Los pasaportes ya separados se me entregaban cuando oí un tropel en la calle y quince o veinte de a caballo entraron al patio precipitadamente, cubiertos de sudor y de polvo, entre quienes pude reconocer al coronel Hoyas, con su noble caballo, pero tan quebrantado que casi no le conocía. Habían caminado toda la noche Las tropas hondureñas habían tomado San Miguel y San Vicente y ahora marchaban sobre San Salvador Si no eran repelidas en Cojutepeque, ese día estarían sobre la capital. Durante cuatro días había yo estado esquivando el encontrarme con tales tropas y ahora, por un extraño capricho y bajo la perspectiva de la actual colisión, me lamentaba de tener mis arreglos ya tan avanzados y de no tener la necesidad de quedarme Tenía un gran deseo de ver una ciudad tomada por asalto, pero desgraciadamente no encontraba la más mínima excusa para evitar el viaje Ya tenía en mano mi pasaporte y las mulas estaban preparadas Sin embargo, antes de llegar a casa de don Pedro, me decidí a quedarme El capitán ya estaba listo con su espada al cinto y calzadas las espuelas, sólo esperándome Le referí las últimas noticias y entonces lanzó una exclamación de gratitud porque ya todos estuviéramos preparados y montó inmediatamente Le hice ver mi intento de quedarme, pero él no quiso hacer lo mismo diciéndome, que él conocía mejor que yo el carácter sanguinario del pueblo y que no quería presenciar un combate sin tomar parte en él Tuvimos un pequeño altercado pero, en resumen, el resultado fué como siempre que se trata de dos hombres obstinados, que ni yo me iba ni tampoco él se quedaba Le recomendé mis mulas con el equipaje y mis criados y partió con el propósito de esperarme en una hacienda del camino Yo desensillé mi caballo y le puse otra ración de maíz

Mientras tanto habían volado las noticias y en la ciudad reinaba gran excitación y alarma Nadie pensaba en huir, el espíritu de resistencia era general A todos los soldados forzados que estaban en la prisión los sacaron y les dieron armas y hubo redoble de tambores por toda la ciudad en demanda de voluntarios Cuando regresé de la casa del gobierno había visto a un sastre ocupado en la mesa de su taller; al pasar de nuevo ya le ví con su caballo listo en la puerta y calzándose las espuelas, mientras que su sollozante esposa le ponía las pistolas en las pistoleras Más tarde lo encontré montado frente al cuartel recibiendo una lanza con banderola roja y galopando en seguida para ocupar su puesto en las filas En dos horas todo lo que la empobrecida ciudad podía hacer estaba hecho Vigil, el Jefe del Estado, los empleados y toda la servidumbre, estaban ya preparados para la resistencia A medio día la ciudad se encontraba tan silenciosa que parecía muerta Dí un paseo por el lado sombreado de la plaza y la quietud era espantosa Como a las dos de la tarde tuviéronse noticias que las tropas de San Vicente se habían retirado hacia Cojutepeque y que las tropas hondureñas aún no habían llegado Inmediatamente se dió la orden de hacer allí el punto de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

reunión de todas las fuerzas y enviar también las de la ciudad Como doscientos lanceros fueron apartados en la plaza con una débil guitería, bajo el ardiente sol, y yo regresé a la casa La conmoción se apaciguó, se calmó mi excitación y ya me lamentaba de no haber partido con el capitán cuando, para mi mayor sorpresa, le ví regresar y entrar al patio en precipitado galope El motivo era que por el camino pensó que me había abandonado en el peligro y que, como compañero de viaje, su obligación era permanecer en mi compañía Yo no pensaba de la misma manera, pero me sentí feliz de su regreso y montando, dejé a mi capital sujeta a lo que pudiera sucederle, sin saber todavía si por fin encontraría al gobierno que buscaba

CAPITULO 4

CONTRIBUCIONES — EL BARRANCO DE GUARAMAL — EL VOLCAN DE IZALCO — DEPREDACIONES DE RASCON — ZONZONATE — NOTICIAS DE GUATEMALA — CONTINUACION DEL VIAJE — AGUISALCO — APANECA — MONTAÑA DE AGUACHAPA — FUEGOS SUBTERRANEOS — AGUACHAPA — DERROTA DE MORAZAN — CONFUSION Y TERROR

El capitán me había sugerido una idea con un caballo que tenía de remuda, y yo había comprado uno a un oficial del General Morazán, quien lo vendió porque no entraba al combate, recomendándolo como más a propósito para alejar a su dueño de las balas A dos leguas de distancia llegamos a la hacienda donde nuestros hombres nos esperaban con el equipaje Estaba habitada por un miserable viejo solitario, que tenía un enorme bocio, enfermedad muy común en todo el país, lo mismo que en las montañas de Suiza Mientras que nuestros hombres cargaban de nuevo las mulas, oímos el tropel de caballería, producido por el galope de quince o veinte lanceros que se detuvieron frente al portón de la hacienda, y el jefe de ellos, un moreno de aspecto respetable y severo, como de cuarenta años, con ronca voz llamó al viejo para que se alistara y montara inmediatamente, diciéndole que había llegado la hora en que cada uno tenía la obligación de luchar por su patria, que si antes lo hubieran hecho así, sus propios barcos flotarían sobre el Atlántico y el Pacífico y que ahora no estarían a merced de los extranjeros y de los enemigos Todo el discurso era magnífico y muy adecuado para una reunión patriótica de un cuatro de Julio, o para una sesión política de barrio; pero en boca de un hombre poderoso, bien montado, bien armado y acompañado de lanceros, no era un sonido muy grato para los oídos "extranjeros" a los cuales sin duda iba dirigido En verdad, la energía del hombre era para mí digna de respeto, pero su expresión y maneras excluían toda cortesía, de modo que aunque nos miraba como esperando la respuesta, no le contestamos El anciano respondió que él era demasiado viejo para pelear, y entonces el oficial le contestó: que ayudara pues a otros para que fueran al combate contribuyendo por lo menos con sus bestias Como esto también rezaba con nosotros, procuramos apartar las nuestras, quedando a la vista solamente una infeliz mula, tan miserable como su dueño, el anciano Este manifestó que esa era todo lo que poseía, y el oficial, buscando algún pretexto para apoderarse de las nuestras, le dijo que se la entregara, a lo que el viejo, lentamente y sin proferir una palabra, la desató y la llevó a la puerta dándosela a uno de los lanceros Riéndose ellos al recibir todo lo que el viejo poseía, picaron la mula con sus lanzas y siguieron galopando en busca de más contribuciones

Desgraciadamente siguieron por nuestro camino y nosotros temíamos encontrarnos con grupos por el estilo hasta llegar a Zonzonate Esto nos trajo a la mente un asunto que nos daba mucha inquietud Como el servicio de correos estaba por completo interrumpido y nadie viajaba, a mí me hicieron portador de cartas por todo el camino, desde Nicaragua Había yo sufrido tanto por no recibir las cartas para mí, que sentía mucho gusto en servir a todo aquel que me lo solicitaba, pero como había sido tratado con tanta sinceridad por el "partido" en San Salvador, tenía el propósito de no ser un medio de comunicación para sus enemigos, de modo que siempre tenía el cuidado de preguntar si no contenían las cartas alguna información tocante a la política, no aceptándolas mientras no se me asegurara que no trataban de tales asuntos Muchas de éstas iban dirigidas a Mr Chatfield y a otros ingleses residentes en Guatemala Bastante odio había en contra de Mr Chatfield, y la insolencia de este hombre de apariencia realmente respetable, nos daba una ligera idea de la exasperación que reinaba en contra de los extranjeros en general, y como ellos estaban identificados con la revolución, hasta la dirección misma podría exponernos a peligros con cualquier banda de furiosos partidarios que nos encontrasen por el camino Si hubiera tenido oportunidad las habría regresado a San Salvador No podíamos confiárselas al viejo y nos pusimos a deliberar si no sería mejor regresar y esperar la crisis en la capital; pero nosotros perseguíamos un objeto: encontrarnos lo más cerca posible de la costa y quizá al alcance de algún barco, de modo que decidimos continuar Como a la hora divisamos a los del mismo grupo, todos desmontados, a alguna distancia del camino y frente a la puerta de una hacienda grande, con algunos de ellos dentro, pero por fortuna tan lejos, que aunque oímos que nos hablaban, no pudimos entender lo que decían En seguida y muy pronto descendimos por un paso montañoso y desolado y entramos a El Barranco de Guaramal, estrecho desfiladero con lados altísimos y perpendiculares, cubiertos con arbustos, flores silvestres y musgo; cerrado por encima con grandes ramas de árboles que se cruzaban entre sí por ambos lados arriba de nuestras cabezas Una gran corriente interrumpida por troncos de árboles y enormes piedras, forzaba su camino por el barranco Más o menos media legua del camino debía hacerse sobre el lecho del arroyo con el agua a las rodillas de las mulas En cierto lugar y hacia la derecha se precipitaba una hermosa cascada desde arriba y casi atravesaba la barranca Un poco antes del anochecer encontramos a un vendedor de puercos que había acampado en un recodo del barranco para pasar la noche allí Tenía sus animales amarrados a un árbol y su mujer estaba preparando la cena Cuando le contamos que por ahí andaba una escolta buscando víveres, tembló por sus marranos Un poco después de anochecer llegamos a la hacienda de Guaramal Había allí mucho zacate, pero no teníamos quien lo fuera a cortar El mayordomo era un viejo y los mozos tenían miedo a las culebras Por lo demás nos encontrábamos bien; teníamos camas de madera para dormir en una pieza dividida por un tabique para el mayordomo y su mujer

Antes de amanecer ya estábamos a caballo, caminamos hasta las once, hora en que llegamos a un pequeño pueblo para que pacieran nuestras mulas y para evitarnos del calor del mediodía A las tres de la tarde montamos nuevamente y ya entrando la noche oí otra vez los retumbos del volcán de Izalco, que parecían truenos lejanos, pasamos por su base y paramos en la misma casa donde yo había estado cuando visité el volcán El lugar se encontraba en completa anarquía

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

y desorden Desde mi partida, Rascón, que se había vuelto más atrevido por la escasa vigilancia del gobierno, había entrado a Zonzonate y robado otra vez en la aduana, imponiendo contribuciones sobre algunos de los ciudadanos, marchándose después para Izalco y acuartelando a toda su banda en la ciudad Inesperadamente había sido sorprendido una noche por un grupo de soldados de Morazán, logrando escapar en paños menores, pero diez y nueve de sus hombres fueron muertos en la refriega y su banda quedó deshecha Más tarde cuando se llamó de nuevo a los soldados para agregarse a la expedición de Morazán, los dispersos de la banda salieron de sus escondites Algunos de ellos vivían en la ciudad públicamente, sin ley y amenazando al alcalde con matarlo si se atrevía a molestarlos, manteniendo a la población en completo estado de terror Entre los que aparecieron se me dijo que estaba también un joven americano del Norte, a quien pude reconocer, por la descripción, como Jemmy, al que yo había puesto a bordo de su barco en Acajutla El y otro americano se habían desertado e intentaban llegar a pie hasta el Atlántico Por el camino se había encontrado con la banda de Rascón y unídose a ella El otro americano había muerto en la escaramuza logrando escapar Jemmy Tuve el gusto de saber que éste, por sus buenos modales y conducta había hecho una favorable impresión entre las señoras de Izalco Se quedó allí por tres días desapareciendo en seguida sin que nadie supiera adónde había ido

Mientras se nos refería todo esto, oímos un gran alboroto en la calle, y, al mirar por la ventana, vimos a un hombre tendido en el suelo y a otro que con un garrote blanco le pegaba, el que a la luz de la luna parecía una ancha espada o machete Pronto se formó un grupo de mujeres que trataban de retirarlo, pero él le lanzaba los golpes por entre ellas con tal fuerza que si alguno le hubiera alcanzado al pobre hombre de seguro que lo mata El agresor era uno de los de la cuadrilla de Rascón, nativo del pueblo y muy conocido desde su infancia como pícaro Todas le llamaban por su nombre y más por las súplicas que por la fuerza, lo hicieron desistir Cuando se fué con algunos de sus compañeros, dijo que aquel hombre era un espía de Morazán y que la próxima vez que lo encontrara lo mataría El pobre hombre se hallaba sin sentido y cuando las mujeres le levantaron la cabeza, vi horrorizado que tenía los cabellos blancos como la nieve y que sería como de setenta años de edad Estaba vestido de andrajos y se nos dijo que era un pobre loco mendigo que ningún motivo había dado, pero que aquel belitre, al pasar, fijando la mirada sobre él, dijo que era espía de Morazán y le pegó con el garrote hasta botarlo por el suelo Pronto se deshizo el grupo de mujeres quedando sólo algunas al cuidado del anciano Eran esos tiempos en que se necesitaba la natural caridad de la mujer, fortalecida por un poder sobrenatural Cada una de ellas temía que su esposo, hijo o hermano, tuvieran que atravesar la calle de noche, por temor a las riñas y a peores armas que garrotes; y nosotros pudimos ver a cinco mujeres, una de ellas con una candela y sin un solo hombre o muchacho que las ayudara, levantando de la calle al infeliz golpeado para ir a sentarlo con la espalda reclinada junto al muro de una casa Más tarde llegó otra mujer, quien hizo ver a la de nuestra casa que si el muchacho pasaba otra vez lo mataría, y se fueron de nuevo con una candela lo metieran al patio de al casa y cerraron la puerta El lector podría echarnos en cara nuestra actitud en semejante caso, pero salimos una vez y se nos obligó a retirarnos mientras dos hombres permanecieron parados al pie de la ventana durante todo ese tiempo Muy natural era sentir el impulso de romperle la cabeza al muchacho; pero también lo era el tratar de evitar que cayera sobre nosotros el odio de una cuadrilla que, aunque destrozada, todavía era lo suficientemente fuerte para reírse de las autoridades del pueblo, y que podría atalayarnos en los silenciosos caminos por donde tendríamos que pasar Un funesto presagio había en este asunto que en un pueblo del Estado de San Salvador un hombre osara amenazar públicamente con matar a otro por ser partidario de Morazán, era indicio de un desafecto en aquel Estado que me sorprendía mucho más que todo lo sucedido. Nuestros criados tenían miedo de ir a darle agua a las mulas, y esto era indispensable A nosotros se nos previno que no fuéramos con ellos Por último, mientras nos quedamos en la puerta listos para acudir en su auxilio, ellos se fueron armados con sus pistolas Cuando pasé por Izalco la primera vez era éste un lugar muy tranquilo

A la mañana siguiente, muy de madrugada, salimos de allí y llegando a Zonzonate antes de almuerzo, nos fuimos directamente a casa de mi amigo Mr De Nouvelle Dos meses cabales hacía que yo lo había dejado y, salvo durante mi travesía en el Pacífico y mi enfermedad en Costa Rica, yo no había disfrutado ni un solo día de reposo

Ahora me encontraba solamente a cuatro días de Guatemala, pero las dificultades para seguir adelante eran mayores que antes El capitán no pudo conseguir mulas Nada se sabía de los movimientos de Morazán; las comunicaciones estaban interrumpidas, los negocios paralizados y el pueblo esperando ansiosamente noticias de Guatemala Nadie quería aventurarse por los caminos. Yo estaba muy disgustado Mi compromiso con Mr Catherwood era por tiempo limitado, la estación de lluvias se aproximaba y un mes de pérdida me impediría visitar las ruinas de Palenque Consideraba más prudente proseguir el viaje en tanto que las cosas estuvieran en suspenso, que más tarde cuando ya la guerra estuviera en todo su calor La cuadrilla de Rascón me había impedido antes el viaje y nada difícil era que otros "Rascones" resultaran después El capitán no tenía la misma urgencia que yo de seguir adelante No era mi idea comprometerme en riesgos innecesarios y por el camino no vacilaría en poner espuelas a mi cabalgadura Por fin, después de considerar el pro y el contra del asunto, decidí conseguir un guía a cualquier precio y emprender el viaje solo

En medio de mis perplejidades llegó a verme un hombre, alto, flaco, español, cuyo nombre era don Saturnino Tinocha (Tinoco) El era comerciante de Costa Rica en viaje para Guatemala, y, por consejo de sus amigos se había detenido ya una semana en Zonzonate Tenía los mismos deseos que yo de llegar pronto a Guatemala y sus puntos de vista y opiniones eran exactamente iguales a los míos El capitán se mostraba indiferente, pues en todo caso no podría salir a menos que consiguiera mulas Yo le dije a don Saturnino que de cualquier modo me iría y él se encargó de conseguir bestias para el capitán Por la tarde regresó con la nueva de que, después de recorrer toda la población no le había sido posible conseguir ni una mula, pero ofreció que daría dos de las suyas de carga para que llevaran los baúles del capitán, o que le vendería dos de sus mulas Yo le ofrecí prestarle mi caballo o macho y todo se arregló

En medio de los rumores de guerra, el día siguiente, que era domingo, fué uno de los más tranquilos que pasé en Centro América. Fué en la hacienda del Dr Divin, como a una legua de Zonzonate Era esta una de las mejores haciendas del país El doctor había importado una gran maquinaria de vapor, que todavía no había sido instalada, y se estaba preparando para la elaboración de azúcar en mayor escala que cualquier otra de la nación El había llegado de la isla de St Kitts, y antes de establecerse en este escondido rincón había viajado extensamente por Europa y por todas las islas del Mar Caribe Conocía la América desde Halifax hasta el Cabo de Hornos; pero me sorprendió al decirme que su mayor aspiración era el poseer una casa de campo en Morristown, Nueva Jersey, con lo cual quedarían colmados todos sus deseos Por él supe que Jemmy, después de su desapari-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ción de Izalco, había llegado a la hacienda en miserable condición y enfermo de la campaña, y que actualmente se encontraba en el puerto a bordo de La Cosmopolita, con rumbo al Perú

Al regresar a Zonzonate nos encontramos de nuevo en medio del tumulto Dos de los pasajeros que había dejado el capitán D'Yriarte, rumbo a Guayaquil, llegaron aquella tarde, directamente de Guatemala, con la noticia de que Carrera, con dos mil hombres, había salido de la ciudad al mismo tiempo que ellos, en marcha contra San Salvador Que Carrera no sabía nada de la proximidad de Morazán; que sus tropas eran una desordenada y tumultuosa masa, y que al hacer alto a tres leguas de la ciudad ya sus caballos estaban cansados Que allí nuestros informantes se escabullerón y que como tres horas más tarde encontraron al ejército de Morazán, en buen orden, marchando en fila y con el mismo Morazán a la cabeza, él y toda su caballería desmontados, llevando del diestro a sus caballos frescos y listos para una acción inmediata Que Morazán los paró haciendo que le presentaran sus pasaportes y cartas, y que ellos le habían informado de la salida de las tropas de Carrera y de su condición De todo lo dicho llegamos nosotros a la conclusión de que Morazán los había atacado el mismo día, derrotándolos, y que ya debería estar en posesión de Guatemala Desde luego consideramos estas noticias favorables para nosotros, pues confiábamos en que ya los caminos estarían más seguros

A las tres de la mañana del día siguiente estábamos a caballo Un torrente de fuego bajaba del volcán de Izalco, brillante pero empalidecido por la luz de la luna Anduvimos dos leguas de buen camino y llegamos al pueblo indígena de Aguisalco Nuestras bestias venían sobrecargadas y una de las de don Saturnino ya no podía más Tratamos de conseguir otras, o algunos indios cargadores, pero nos fué imposible: nadie quería moverse de su hogar Don Saturnino cargó su propia mula de silla y anduvo a pie, y si no hubiera sido por su infatigable perseverancia, todos habríamos tenido que pararnos

A la una de la tarde llegamos a Apaneca y nos apeamos en una de las mejores casas, donde un viejo y su mujer se encargaron de prepararnos el almuerzo Nuestras mulas presentaban un aspecto lastimoso La mía, que había conducido mi liviano equipaje como una pluma desde La Unión, caminando con admirable resistencia por todas partes, ahora temblaba toda ella y antes de quitarle la carga esperaba yo verla caer. Nicolás y el arriero aseguraban que moriría, y el fiel bruto me miraba lastimeramente como reprochándome el haber puesto tan pesada carga sobre sus lomos Traté de comprar o de alquilar otra, pero todas se las habían llevado a una o dos leguas de distancia del camino por donde pasaban las tropas

Se convino en que yo seguiría para Aguachapa y que procuraría tener otras mulas listas para la mañana siguiente, pero mientras tanto el capitán concibió algunas sospechas del viejo y de su mujer y resolvió no permanecer aquella noche en el pueblo Por fortuna mi mula revivió y comenzó a comer Don Saturnino repitió su "stá bueno" con que nos animaba en todas nuestras perplejidades del día, y determinamos seguir adelante Ninguno de nosotros tenía algún equipaje que quisiera dejar, porque seguramente ya no lo volvería a ver jamás Cargamos en consecuencia nuestras bestias de silla y proseguimos a pie Tan pronto como salimos del pueblo empezamos a ascender a la montaña de Aguachapa, la parte más larga y peor del camino, que en la estación lluviosa requiere dos días para atravesarla Una pendiente muy empinada que encontramos al principio me hizo temblar por el resultado La subida era como de tres millas, y en la propia cima, metida entre los árboles, estaba una herrería desde donde se dominaba todo el panorama atrás del pueblo, y por el otro lado, hacia el declive de la montaña, el valle de Aguachapa El golpe del martillo y la tiznada cara del herrero, parecían una profanación de la hermosura de la escena Aquí terminaron nuestras dificultades; el resto del camino era para abajo El camino nos conducía por el filo de la montaña A nuestra derecha veíamos el borde cortado a tajo, y en el fondo del llano, como a dos mil pies de profundidad, mirábamos el lago y el pueblo de Aguachapa al frente En vez de dirigirnos en línea recta hacia la población, rodeamos la montaña y llegamos a un campo donde humeaban unas fuentes termales El suelo estaba incrustado con azufre, seco y requemado por los fuegos subterráneos En algunos lugares había grandes orificios por donde el vapor saltaba violentamente con mucho ruido, y en otros, grandes pozas o lagunas, una de ellas como de ciento cincuenta pies de circunferencia, de agua color pardo obscuro, hirviendo con monstruosas burbujas de tres a cuatro pies de altura, con las que Homero podría haber formado los manantiales de Aquerón Por todo el contorno, en una inmensa área, la tierra se encontraba en estado de combustión, quemando nuestras botas y asustando a los caballos; y hubimos de tener sumo cuidado con ellos para evitar que cayeran en las grietas A cierta distancia se encontraba un manantial de agua sulfurosa, y siguiendo nosotros hacia arriba encontramos una gran poza, le formamos un dique con piedras y con ramas y disfrutamos del más refrescante baño de agua caliente

Casi anochecía cuando entramos a la población fronteriza del Estado y punto avanzado de peligro Todos esperaban ansiosamente noticias de Guatemala Cabalgando hacia la plaza nos encontramos con un nuevo cuerpo como de doscientos "soldados patriotas" uniformados y equipados, recibiendo la instrucción de la tarde, lo cual era una garantía contra la turbulencia que habíamos observado en Izalco Su comandante, el coronel Angoula (Angulo), era el mismo que había destrozado a la cuadrilla de Rascón Todos se asombraban de nuestro propósito de ir a Guatemala, y era muy enfadoso y desalentador oír a cada paso los malos pronósticos para nuestro viaje Nos encaminamos a la casa de la viuda de Padilla, amiga de don Saturnino, y la encontramos en grande aflicción Su hijo mayor, que había tenido que hacer un viaje de negocios a Guatemala, con su pasaporte correspondiente, había sido apresado por carrera y hacía un mes que se encontraba detenido; y a más de eso había sabido —lo que se trataba de ocultársele— que su otro hijo, un joven como de veintiún años, estaba agregado a la expedición de Morazán Nuestro propósito de ir a Guatemala abrió la fuente de sus pesares Se afligía por sus hijos, pero su mayor pena era por el más joven Lamentaba el que se hubiese alistado como soldado porque sabía de los horrores de la guerra y, como si se tratara de un niño capeador, nos rogaba que le suplicáramos a Morazán que lo mandara a su casa. Todavía vestía ella luto por su padre, quien había sido amigo personal del General Morazán, y tenía además, tres hijas, todas jóvenes, la mayor de no más de veintitrés años, casada con el coronel Molina, segundo jefe de las tropas; todas ellas gozaban de fama en el país por su belleza y, aunque las circunstancias de la noche me impedían verlas detenidamente, pude darme cuenta que este era uno de los más elegantes e interesantes grupos familiares que yo había visto en el país

La primero que hicimos fué averiguar si habían mulas El coronel Molina, yerno de la viuda, después de procurar disuadirnos de emprender nuestro viaje, mandó a averiguar si habría algunas, resultando que no encontraron ninguna de alquiler, pero supimos que un hombre tenía dos de venta y que había prometido llevárselas por la mañana muy temprano Ya habíamos sufrido muchas molestias sin que de nuestra parte hubiésemos agregado ninguna, pero desgraciadamente, con motivo del mal estado de las bestias, se suscitó una agria disputa entre don Saturnino y el capitán Fué solicitada mi intervención por ambos lados y, al tratar de poner paz entre ellos, estuve a punto de que los dos se volviesen contra mí. La disputa era tan violenta

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que ninguna de las mujeres de la casa se dejó ver por la sala, y estaba todavía pendiente cuando el coronel Molina fué llamado por un mensaje del comandante Al cabo de media hora regresó diciéndonos que acababan de llegar a la población dos soldados, y que informaban que el General Morazán había sido derrotado en su ataque a Guatemala, y que todo su ejército había sido destrozado Que acompañado de quince dragones había huido con dirección a la costa y que todo el ejército de Carrera iba en su persecución Al principio se pensó que tales soldados serían desertores; pero fueron reconocidos por algunos vecinos de la población, y después de una cuidadosa investigación y, calculando el tiempo transcurrido desde el recibo de las últimas noticias, se dió crédito a lo que decían La consternación que trajo la noticia a todos los de casa no es para describirla La derrota de Morazán significaba la muerte para hijos y hermanos No era el momento propicio para el frío consuelo que pudieran ofrecer los extranjeros y salimos

Nuestros planes quedaban deshechos; lo que yo más temía era lo que había sucedido, los soldados, que hasta entonces habían estado en una masa compacta, se desbandarían por los caminos, arrasándolo y barriéndolo todo con la ferocidad de la guerra de partidos Pero siendo de noche nada podíamos hacer Nuestros hombres ya estaban durmiendo y, no sin aprensiones, el capitán y yo nos retiramos a una habitación con puerta al patio Don Saturnino se envolvió en su poncho y se tendió en el corredor

Nadie se desvistió; pero la fatiga del día había sido tan grande que yo pronto caí en un profundo sueño A la una de la mañana nos despertó la voz del coronel Molina que gritaba en la puerta: "La gente viene!" Oímos el ruido de sus espuelas y, a la luz de la luna, vimos el brillo de su espada y a varios hombres ensillando bestias en el patio Saltamos al momento y él nos dijo que procuráramos salvarnos; la "gente" llegaría dentro de dos horas a la población. Mi primera pregunta fué: ¿qué se hicieron los soldados? Ya se habían marchado Cada uno se preparaba para huír; él pensaba acompañar a las damas hasta algún lugar escondido y en seguida procuraría reunirlos Yo debo confesar aquí que mi primer pensamiento fué: "que cargue el diablo con el último" y ordené a Nicolás, que gimoteaba de miedo, ensillar las bestias para salir. El capitán, sin embargo, objetó que el huír en tales momentos era identificarnos con los fugitivos y que si nos encontraban con ellos sin duda nos matarían Don Saturnino propuso que marchásemos directamente hasta una hacienda dos leguas más adelante; si los encontramos por el camino, decía él, creerán que somos viajeros; en su confusión nos dejarán pasar y de todos modos evitaremos los peligros de un saqueo general y de los pillajes en el pueblo Yo aprobé la idea, pues mi propósito era que nos pusiéramos en marcha, pero el capitán se opuso de nuevo violentamente Por desgracia él tenía cuatro grandes baúles llenos de joyería y de otros objetos de valor y carecía de mulas para llevarlos Le hice ver la enorme diferencia que existe entre el precio de la vida y el de la propiedad, a lo que respondió: que en esos baúles llevaba todo lo que para él era de más valor en esta vida; que por nada del mundo lo dejaría y que lo defendería hasta la muerte, y tomándolos uno por uno del corredor los llevó al interior de nuestro pequeño dormitorio, cerró la puerta y juró que allí nadie entraría sin pasar antes sobre su cadáver Yo por mi parte lo veía todo con más calma y de ningún modo aprobaba el desesperado propósito del capitán; pero la verdad era que yo me hallaba en muy distintas condiciones Mi riqueza consistía en caballos y mulas, siendo esta, por de pronto, la mejor inversión que se le podía dar al dinero; y con dos horas de delantera yo habría desafiado a todos los cachurecos de Guatemala a que me agarraran; pero la determinación del capitán me impedía poner a prueba la solidez de mis razonamientos, y quizá, de todas maneras lo mejor sería esperar

Entré a la casa en donde la viuda y sus hijas estaban empacando todos los objetos de valor y en seguida salí a la calle Las campanas de las iglesias sonaban espantosamente, y un hombre a caballo y con banderola roja en la punta de su lanza, corría por las calles previniendo a todos los habitantes que huyeran Por todas partes se veían caballos ensillados frente a las puertas y hombres con bultos a la espalda saliendo de sus casas, mujeres con líos y paquetes llevando de la mano a los niños precipitadamente La luna brillaba con sin igual esplendor; ni las mujeres ni los niños lloraban; el terror más profundo se reflejaba en todos los rostros Me dirigí a la iglesia: el cura estaba en el altar recibiendo urgentes confesiones y administrando los sacramentos a los desventurados habitantes que en seguida huían de la población Ví a una pobre madre que había perdido a su hijo y que andaba buscándolo; pero sus amigos le decían apresuradamente "¡la gente viene!" y la empujaban para que saliera Una enorme fila de fugitivos, con sus bestias cargadas con grandes bultos, se movía desde la puerta de la iglesia y desaparecía por detrás de la cresta de la loma Fué la primera vez que vi el terror operando sobre las multitudes y abrigo la esperanza de no volverlo a ver jamás Regresé a la casa La familia Padilla aun no había salido y la pobre viuda estaba todavía arreglando sus paquetes Le dijimos al coronel Molina que se apresurara, que como comandante él sería la primera víctima El sabía el peligro; pero en un tono de voz que ponía de manifiesto los horrores de una guerra de partidos, nos dijo que no podía dejar allí a las jóvenes Pocos momentos después ya todo estaba listo La viuda nos entregó la llave de la casa, nos despedimos encomendándonos mutuamente a Dios, y muy triste y silenciosamente salieron de la población El coronel Molina permaneció todavía un momento con nosotros, aconsejándonos que huyéramos, diciendo que los enemigos eran asesinos y ladrones, que no respetarían ni a nuestras personas ni nuestros títulos y que, furiosos al encontrar la población desierta, se tornaría su ira en contra nuestra Espoleó su caballo y no le volvimos a ver jamás En el atrio de la iglesia quedaban sólo los ancianos, los enfermos y los inválidos La casa del cura también estaba llena de niños y de gente desamparada Por lo demás, nosotros éramos los únicos que quedábamos en posesión del pueblo

Apenas hacía una hora que estábamos en pie No habíamos tenido tiempo de averiguar algo con respecto a las tropas que llegaban El grito de alarma era "la gente viene"; pero nadie sabía más, ninguno se fijaba en nosotros e ignorábamos si el ejército de Carrera estaba para llegar o si era sólo una banda de merodeadores En el primer caso abrigaba yo la esperanza de que Carrera llegaría con sus tropas y que no se habría olvidado de mi levita de diplomático; me sentía satisfecho de que los soldados se hubiesen marchado y de que los habitantes huyeran, pues así, no encontrando resistencia ni habiendo derramamiento de sangre, no había motivo alguno para excitar la furia de la indisciplinada soldadesca Nos dirigimos de nuevo a la iglesia Viejas y niños nos rodeaban admirados de que no hubiéramos huído Llegamos a la puerta de la casa del cura; la habitación era pequeña y estaba repleto de mujeres ancianas. Tratamos de animarlas, pero la vejez había perdido su locuacidad y esperaban su suerte en silencio Regresamos a la casa entreteniéndonos en fumar y en ansiosa espectación El enemigo no llegaba, la campana cesó en su horrible tañido y, por fin, ya sentíamos deseos de que llegaran pronto y de que cuanto antes la situación se definiera Salimos a observar escuchando atentamente; pero no se oía ni ruido ni movimiento alguno En verdad ya estábamos cansados de esperar; faltaban todavía como dos horas para que amaneciera Nos recostamos y, cosa extraña, todavía pudimos conciliar el sueño.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

CAPITULO 5

PROXIMIDAD DE LAS FUERZAS DE CARRERA — TERROR DE LOS HABITANTES — SU HUIDA — RENDICION DEL PUEBLO — FEROCIDAD DE LOS SOLDADOS — UN BOLETIN — DIPLOMACIA — UN PASAPORTE — UN DESAYUNO — UNA ALARMA — LA VIUDA DE PADILLA — UN ATAQUE — DERROTA DE LAS FUERZAS DE CARRERA — TOMA DE LA POBLACION POR EL GENERAL MORAZAN — SU ENTRADA — EL HIJO DE LA VIUDA — VISITA AL GENERAL MORAZAN — SU APARIENCIA, CARACTER, ETC — PLANES FRUSTRADOS.

Era ya muy entrado el día cuando despertamos, sin herida alguna de machete y estando todavía en tranquila posesión del pueblo En lo primero que pensé fué en las mulas; ya se habían acabado su zacate quedándoles pocas esperanzas de algo más para después, pero las envié inmediatamente al río para que bebieran agua Acababan de irse cuando un muchacho que salió de la iglesia corriendo nos dijo que ya se aproximaba la gente. Nos apresuramos a regresar con él, y los desdichados que encontrábamos en las gradas, con nuevos terrores, creyendo que nosotros éramos amigos de los invasores, nos rogaban que los salvásemos Seguidos de tres o cuatro muchachos amedrentados, subimos al campanario de la iglesia y desde allí vimos a los cachurecos a distancia, descendiendo por el borde de la loma en una fila, con sus mosquetes brillando a los rayos del sol Notamos que estos no formaban el grueso del ejército de Carrera sino aparentemente una compañía exploradora; pero en todo caso, ellos eran muchos para nosotros, y lo reducido de su número les daba toda la apariencia de una banda de forajidos Todavía tenían que atravesar una llanura para ascender a la colina en que estaba edificado el pueblo El badajo de la campana se encontraba al alcance de mi mano; le di un fuerte tirón y, diciendo a los muchachos que tocaran alarma, bajé rápidamente Al salir de la iglesia oímos los destemplados gritos de las ancianas en la casa del cura, y los viejos y niños que estaban en las gradas nos preguntaban si ellos también serían asesinados

Las mulas no habían regresado y, temeroso de que hubieran sido interceptadas por la calle, corrí hacia el río y las encontré que ya venían para la casa Mientras tanto, al final de la calle, un soldado se movía cautelosamente y, atisbando con cuidado en cada casa como si sospechase de alguna traición, avanzó con una carta dirigida al coronel, Angoula (Angulo) El capitán le dijo que podía buscar a Angoula en las montañas Le preguntamos el nombre de su jefe, qué cuántos hombres le acompañaban, y le dijimos que no encontraría oposición pues que la población se rendiría inmediatamente. Costó mucho que creyera lo que le decíamos del abandono de la población El General Giforoa (Figueroa) no sabía nada, había hecho alto a corta distancia, temeroso de hacer el ataque de noche y esperaba una inmediata batalla Seguramente que a él no le agradaría tanto el evitarla como a nosotros. El enviado regresó y al poco tiempo vimos aparecer, a lo lejos, la nuca de un caballo que salía de la calle transversal hacia la izquierda Un grupo de soldados de caballería, armados con lanzas, venían en seguida avanzando por la calle y mirando a su alrededor como si todavía temieran una emboscada A los pocos momentos el General Figoroa, montado en un pequeño y fogoso caballo, sin uniforme, pero con silla militar de paño negro, pistolas y espada de guarnición dorada, que le daban una apariencia muy guerrera, apareció encabezando la vanguardia Al aproximarse a nuestra puerta lo saludamos quitándonos el sombrero, correspondiendo él a nuestro saludo Como cien lanceros le seguían, de a dos en fondo, con banderolas rojas en la punta de sus lanzas y pistolas en sus pistoleras Al pasar, un individuo de cara patibularia, mirándonos fieramente y empuñando su lanza exclamó: "¡Viva Carrera!" No habiéndole contestado nosotros inmediatamente, repitió su grito de tal manera que nos vimos precisados a responder más fuerte y satisfactoriamente, y así antes que nosotros estuviéramos prevenidos de nuestra situación, cada lancero que pasaba, en un tono de voz regulado por el estado de su ánimo y a veces con amenazante ceño exclamaba ferozmente: ¡"Viva Carrera!"

La infantería era de peor apariencia que los lanceros, pues en su mayor parte eran indios andrajosos, medio desnudos, con sombreros viejos de petate y descalzos, armados con mosquetes, machetes, y muchos con anticuados trabucos españoles. Ellos competían uno a otro en aspereza y ferocidad y a veces hasta apuntándonos con sus armas nos gritaban: "¡Viva Carrera!" Nosotros estábamos completamente desprevenidos, no había escape y creo que nos habrían matado al punto si hubiésemos rehusado contestar a sus gritos Yo procuré corresponder a mi dignidad, no respondiendo en tono tan alto como la urgencia del caso lo requería; pero de seguro que nunca había yo pasado por una experiencia tan dura Don Saturnino había tenido la prudencia de mantenerse fuera del alcance de la vista de estos energúmenos; mas el capitán, que había intentado luchar contra estos hombres, nunca titubeó y cuando pasó el último soldado todavía agregó un extra "¡Viva Carrera!". Otra vez me sentí satisfecho de que los soldados hubieran salido de la población y que no hubiera habido lucha Terrible hubiera sido caer en manos de tales hombres, sedientos de sangre y enfurecidos por la resistencia Al llegar a la plaza lanzaron un grito general de "¡Viva Carrera!" y apilaron sus armas Pocos minutos después, unos cuantos de ellos vinieron en busca de desayuno, mas como no pudimos dárselo nos pedían medio o seis peniques Poco a poco fueron llegando otros más hasta que la habitación quedó repleta Ellos no habían tenido una gran ganancia con tomar el pueblo; no se habían desayunado y allí no se conseguían víveres Les pedimos noticias de Guatemala y les compramos varios ejemplares del "Parte Oficial" del Supremo Gobierno, encabezado así: "¡Viva la Patria!" ¡Viva el General Carrera! El enemigo ha sido completamente exterminado en su ataque a la ciudad, la cual intentaba devastar El tirano Morazán huye aterrorizado, dejando la plaza y las calles llenas de cadáveres de hombres sacrificados a sus criminales ambiciones Los principales oficiales de su estado mayor han perecido, etc Gloria eterna al invencible Jefe GENERAL CARRERA y a las valientes tropas de su mando" Ellos nos dijeron que Carrera, con tres mil hombres, estaba en plena persecución En poco tiempo la solicitud de medios o sixpences fué tan frecuente que nosotros, temerosos de que se creyese que teníamos mucha plata, nos dirigimos a la plaza para presentarnos al general Figoroa y establecer las condiciones de nuestra rendición o, de todos modos, a "definir nuestra posición" Lo encontramos en el cabildo, muy a su gusto con un grupo de oficiales, blancos, mestizos y mulatos, fumando e interrogando a algunos ancianos de la iglesia acerca de los movimientos del coronel Angoula y de sus soldados, la hora de su salida y la dirección que habían tomado. El era un joven —todos los hombres en aquel país eran jóvenes— como de treinta y dos a treinta y tres años, vestía una levita color de tabaco y pantalón del mismo color; apeado de su aguerrido corcel y separado de su banda de hombres con apariencia de asesinos, se le veía todo el aspecto de un hombre honrado.

Una de las peores cosas de esta guerra civil, era

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que ningún respeto se tenía a los pasaportes del partido contrario El capitán tenía su pasaporte de San Salvador, que aquí era peor que si no lo tuviese. Don Saturnino era poseedor de un surtido de pasaportes de comandantes de diferentes partidos, y en esta ocasión hizo uso de uno firmado por un coronel de Ferrera El capitán me presentó bajo el título de "El Señor Ministro de Norte América", y yo procuré hacerme aceptable diciendo que había estado en San Salvador en busca de un gobierno y que no me había sido posible encontrarlo El hecho era que, aunque yo no podía, por de pronto, entrar en negociaciones regulares, siempre que tenía la oportunidad de ejercer la diplomacia por propia cuenta, lo hacía; y con objeto de definir y de *de aclarar de una vez nuestras respectivas posiciones*, tomé a mi cargo el hacer los honores de la ciudad, invitando al general Figoroa y a todos sus oficiales a un desayuno Era este un golpe atrevido; pero Talleyrand *no podría haber tocado cuerda más sensible* Ellos, desde el medio día anterior, no habían comido nada y hasta creo que gustosos habrían abandonado su fácil conquista por un buen desayuno Aceptaron mi invitación inmediatamente, poniendo así punto final a mis escasas provisiones preparadas para el camino El general Figoroa nos confirmó la derrota y huída de Morazán y su persecución por Carrera, y el "invencible jefe" quizá se hubiera sorprendido por el placer que yo me prometía de encontrarme con él

En pocos momentos nos pusimos de acuerdo en abandonar este pueblo fronterizo tan *pronto como fuera* posible y seguir adelante Yo casi abandonaba ulteriores proyectos para atender sólo a nuestra seguridad personal. Regresar, pensábamos, sería meternos en la boca del lobo *El pueblo de San Salvador estaba* furioso contra los extranjeros, y las tropas de Honduras lo invadían por un lado mientras las hordas de Carrera por el otro Permanecer donde estábamos nos ponía en peligro de ataque por ambos lados; siguiendo adelante encontraríamos las tropas de Carrera y, si lográbamos pasar dejaríamos la guerra por detrás, no teníamos más que un riesgo y este sería puesto a prueba en un día Bajo esta creencia le dije al general que habíamos determinado seguir con rumbo a Guatemala y que sería una ayuda para nuestra seguridad el obtener su pasaporte Era esta su primera campaña y hacía pocos días que estaba en servicio, habiendo sido enviado con presteza a tomar posesión de este pueblo para cortar la retirada de Morazán Se sintió halagado con que le *solicitáramos nuestro* pasaporte y nos dijo que ciertamente lo creía indispensable Su secretario y ayudante había sido dependiente de una botica en Guatemala y, por consiguiente, sabía el respeto que se le debía a un *Ministro, y él mismo* nos dijo que haría el pasaporte Yo estaba ansioso de obtenerlo El capitán manifestó que no teníamos prisa, pero yo, abandonando toda cortesía, le dije que nos urgía, porque teníamos que partir inmediatamente después del desayuno. Yo estaba temeroso de tardanzas, de dilaciones y accidentes y, a pesar de los impedimentos y trabas, no descansé hasta que vi sentado al secretario en la mesa escribiéndolo, quien, de una plumada me ascendió a todo un "Ministro Plenipotenciario" El nombre del capitán fué agregado al pasaporte, lo firmó el general Figoroa y hasta que lo puse en mi bolsillo pude respirar tranquilamente

Regresamos a la casa y a los pocos minutos el general, su secretario y dos oficiales mulatos, llegaron a desayunarse siendo una fortuna que no *llegaran otros*, porque ellos se preocupaban más de la cantidad que de la calidad y en este particular era en lo que estábamos más escasos. Teníamos bastante chocolate, algo de pan y algunos huevos que habíamos encontrado en la *casa* Pusimos en la mesa todas nuestras provisiones y le dimos al general el puesto de honor a la cabecera Uno de los oficiales prefirió sentarse aparte comiendo los huevos con los dedos Es, en verdad, muy poco grato para el invitante, el verse obligado a medir la cantidad de comida a sus huéspedes; pero en mi caso, debo decir que resulté agradablemente chasqueado Si yo hubiera sido el invitado los habría sorprendido tanto como sus voraces antecesores asombraron a los indios El desayuno resultó satisfactorio; nada sobró y creo que tampoco faltó.

Una circunstancia desagradable vino en seguida: el General Figoroa nos suplicó esperar una hora más, mientras preparaba noticias para Carrera, informándole de haber ocupado Aguachapa Yo estaba extremadamente ansioso de que saliéramos mientras que todo permanecía tranquilo; de Figoroa y de su secretario teníamos buen concepto; pero habíamos observado que él no tenía completo control sobre sus soldados y, mientras permaneciéramos en el pueblo, *estaríamos sujetos a sus visitas, preguntas e impertinencias*, lo cual podría dar lugar a alguna dificultad Por otra parte, el ser nosotros conductores de despachos para Carrera nos daba gran seguridad en el camino *Afortunadamente don Saturnino dispuso adelantarse* con la carga, y yo, deseoso de verme libre de todo embarazo, le recomendé que se adelantara cuanto fuera posible, que nosotros pronto le alcanzaríamos

A la hora convenida nos dirigimos a la plaza para recoger los despachos sólo para encontrarnos con una nueva confusión: Figoroa ya montado, sus lanceros haciendo lo mismo y todos tomando sus armas Un espía había traído la noticia que el coronel Angoula, con sus soldados estaba por las faldas de la montaña, y nuestros amigos se aprestaban a atacarlo Al momento los lanceros partieron a galope, y los andrajosos soldados los siguieron con sus armas, al mismo paso de los caballos La carta para Carrera estaba a medias y un ayudante de campo nos dijo que nos esperáramos un poco, que pronto estaría todo terminado Quedaba él al mando de setenta u ochenta hombres y nosotros nos sentamos en su compañía en el corredor del cuartel Era algunos años más joven que Figoroa, más inteligente y parecía muy amable, menos al tratarse de política, porque entonces se mostraba furibundo contra Morazán y contra sus partidarios. Era caballeroso en sus maneras, pero con la levita y el pantalón rotos Nos dijo que tenía una levita nueva que le había costado diez y seis dólares; pero que como no le venía preferiría venderla Más tarde, hablando yo de este joven con uno de los oficiales de Morazán, quien en todo me merecía entero crédito, menos en lo que se refiriera a sus enemigos políticos, me contó que este mismo secretario le había robado un par de pantalones y que indudablemente la levita sería también robada a alguna otra persona

No había orden ni disciplina entre los soldados; cada uno hacía lo que quería. Por fortuna, los habitantes del pueblo, en su huida se habían llevado todo lo que pudieron, dos o tres veces algunos de ellos, que andaban en busca de forraje, regresaron con un caballo o una mula, y en una de tantas, llegaron con la noticia de que Angoula volvía al pueblo pero por otro rumbo. Inmediatamente todos tomaron las armas, y muchos de ellos, por lo menos la mitad, sin precauciones de ninguna clase salieron corriendo. De nuevo tuvimos la oportunidad de tener la población en nuestras manos, pero la alarma resultó infundada. Pensamos en el peligro que corríamos por la facilidad con que nuestros amigos nos abandonaban y, sobre todo, por lo peligroso que sería el ser identificados con ellos Había allí tres hermanos, los únicos lanceros que no se habían ido con Figoroa, blancos, jóvenes y atléticos, los mejor trajeados y mejor armados de la compañía, que se la daban de valientes y que parecían deseosos de trabar relaciones con nosotros Nos dijeron que tenían el propósito de ir a Guatemala; pero como me inspiraban desconfianza, procuré evitar su conversación, pues pretendían saber qué día sería nuestro viaje Después oí decir que estos eran nativos de la población y que se les obligaba a salir de allí por ser muy conocidos como asesinos Uno de ellos, por puro espíritu de contienda provocó una disputa con el ayudante, pavoneándose frente al cuartel y diciendo que a él nadie

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

lo mandaba, que ellos se habían agregado al general Figueroa voluntariamente, y que eran libres de hacer lo que les diera la gana Mientras tanto,algunos de los del pueblo, que no tenían nada que perder, notando que no había peligro —entre ellos un alguacil—, habían regresado o salido de sus escondites; entonces aprovechamos la oportunidad para escoger un guía que estuviera listo para cuando regresara el General Figueroa Después volvimos a la casa y allí tuvimos la sorpresa de encontrarnos con la viuda de Padilla Ella había estado escondida en la vecindad, y por medio de una anciana sirvienta había sabido que el general se había desayunado con nosotros y que teníamos intimidad con él Le preguntamos si sus hijas se encontraban en lugar seguro, pero sin averiguar en dónde, porque teníamos la experiencia que se contestan mejor las preguntas cuando no se sabe nada

Esperamos hasta las cuatro de la tarde y, no teniendo noticias del General Figueroa, pensamos que nos sería imposible partir antes de entrada la noche. Por consiguiente nos dirigimos al extremo de la calle por donde Figueroa había entrado y en donde se encontraban las ruinas de una antigua iglesia Nos sentamos sobre los muros y a través de la larga calle miramos hacia la plaza donde habían algunos pabellones de mosquetes y varios soldados Alrededor todo era montañas, entre las que se destacaba el hermoso volcán de Chingo Mientras tanto dos mujeres pasaron corriendo y nos dijeron que los soldados regresaban por aquella dirección, escondiéndose entre las ruinas Al cruzar el camino, fuimos interceptados por ellos sobre una pequeña eminencia, donde nos vimos precisados a parar mientras pasaban por la parte baja. Pudimos notar que parecían irritados por el mal éxito de su fatiga y que había encontrado aguardiente pues muchos regresaban borrachos Un tambor de a caballo, tan ebrio que apenas podía sostenerse en la silla, se pasó para glorificar al General Carrera. Pronto siguieron todos con el grito de "¡Vica Carrera!" y uno de ellos con la correa de su mochila cruzada sobre sus desnudos hombros se paró y volviéndose hacia nosotros, con furiosa expresión nos dijo: "Uds están viendo cuántos somos, ¿verdad?"

Nosotros desaparecimos regresando a casa por otra calle, esperamos un momento y por último determinamos salir de la población y dormir en la primera hacienda que encontrásemos, dejando la casa para ir otra vez adonde Figueroa por los despachos; pero antes de llegar vimos que de nuevo había confusión y desorden en la plaza, todos montando y tomando sus armas. Tan pronto como Figueroa nos divisó, espoleó su caballo para encontrarnos y con gran prisa nos dijo que Morazán se encontraba ya casi a las orillas de la población; que acababa de recibir la noticia y que se preparaba para atacarle Que no tenía tiempo para firmar los despachos; y mientras él nos hablaba, sus lanceros pasaban galopando; nos dió la mano, nos dijo "hasta luego" recomendándonos que si no le volvíamos a ver que visitáramos a Carrera, y en seguida se puso a la cabeza de sus lanceros Los soldados de a pie seguían en una sola fila llevando sus armas cada uno como le parecía más conveniente En medio de tanta prisa y excitación nos olvidamos de nosotros mismos hasta que, oyendo algunas palabras lisonjeras, vimos a dos de ellos que con expresión diabólica nos apuntaban con sus mosquetes; pero empujados por los de atrás gritaron furiosamente: "¡estos pícaros otra vez!!" Apenas acababa de desaparecer el último de ellos, cuando oímos una descarga de fusilería y al momento los cincuenta o sesenta hombres que habían quedado en la plaza, arrebatando sus armas corrieron hacia abajo Pronto vimos venir, a todo correr, un caballo sin jinete, otros tres le seguían, y en cinco minutos pudimos ver hasta treinta o cuarenta de a caballo a quienes encabezaba nuestro amigo Figueroa, tratando de salvar la vida; pero a los pocos instantes, reanimados volvieron Nos encaminábamos hacia la iglesia para subir al campanario, cuando un nutrido fuego de fusilería envolvió la calle por aquel lado y, antes de que pudiéramos regresar a casa, el combate se había propagado por toda la vía. Nosotros sabíamos que una bala perdida podría alcanzarnos y, en consecuencia, tratamos de asegurar nuestras puertas y ventanas; pero como a cada momento la lucha se hacía más encarnizada y las balas pasaban muy cerc de nosotros alcanzando hasta las casas del frente, nos retiramos hasta un pequeño cuarto situado en el patio, junto con la anciana sirvienta, (no sabíamos qué fin había tenido la viudad), cuya pieza tenía buenos muros y puerta de tres pulgadas de grueso, a prueba de balas; la cerramos y en la obscuridad estuvimos escuchando con más valor Ya allí nos considerábamos libres de todo peligro, pero siempre teníamos serios temores por los resultados de la batalla El espíritu de ambos bandos era matar, de dar cuartel, ni por pienso. Los partidarios de Morazán sin duda eran pocos pero dispuestos a luchar desesperadamente, y por lo nutrido de las descargas y la duración del combate, suponíamos que habrían habido muchos muertos Nuestros antiguos amigos, enfurecidos por la matanza, heridos, habiendo perdido a muchos de sus compañeros y sin control de ninguna clase, no tardarían en conectar a "esos pícaros" con el arribo de Morazán Yo no diré que nuestro deseo fuera que a todos ellos los hubieran matado, pero sí que les quitaran toda la mala sangre que tenían, lo que daba casi lo mismo La verdad es que no deseábamos volver a verlos nunca Yo preferiría encontrarme con una banda de ladrones en despoblado que con ellos; y jamás me sentí más consolado cuando escuché el sonido de la corneta; era el anuncio de la victoria de Morazán y aunque resonaban fieramente las bien conocidas notas de "¡degollar¡", "¡degollar!" eso era música a nuestros oídos Pronto recibimos el tropel de la caballería y salimos de nuestro escondite, volvimos a la sala y oímos el grito de "¡Viva la Federación!" Este era un sonido grato Ya estaba obscuro, abrimos la puerta una o dos pulgadas y un lancero que pasaba metió su lanza para abrirla más y nos pidió un poco de agua; le dimos una calabaza grande que otro tomó de sus manos; abrimos más la puerta y poniendo otras dos calabazas grandes en el umbral, cada soldado que pasaba tomaba un poco apresuradamente Haciéndoles algunas preguntas, nos enteramos que con ellos venía el mismo General Morazán, con los sobrevivientes de su expedición contra Guatemala Nuestra casa era muy conocida; muchos de los oficiales preguntaban por la familia y un ayudante dió la noticia a la sirvienta que Morazán pensaba hospedarse allí Los soldados marcharon hacia la plaza, apilaron sus armas y gritaron "¡Viva Morazán!" Por la mañana el grito era "¡Viva Carrera!" Nadie gritaba "¡Viva la Patria!".

Pero nuestras molestias no tenían fin: por la mañana nos habíamos rendido a un partido y por la tarde nos veíamos arrebatados de sus manos por el otro Probablemente antes de amanecer Carrera volvería a caer sobre nosotros Sólo un consuelo nos quedaba y era que los hombres que habían impedido nuestro descanso la noche anterior y ahuyentado a los habitantes de sus hogares, andarían ahora por las montañas en busca de alojamiento para sí mismos Yo sentía pesar por Figueroa y su ayudante y en general por todos los muertos; con respecto a los demás poco me importaba su suerte

A los pocos momentos un grupo de oficiales llegó a nuestra casa Durante seis días habían estado en constante huída a través de un país lleno de enemigos, cambiando cada poco de dirección para despistar a sus perseguidores y parando solamente para dar descanso a sus cabalgaduras Llegando al final de una victoriosa escaramuza, me pareció el mejor grupo de hombres que había visto en el país Figueroa había caído sobre ellos tan repentinamente, que al General Morazán, al frente de sus tropas, le habían pasado dos balas muy

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cerca de la cabeza antes que hubiera tenido tiempo de desenfundar su pistola, habiéndose visto entonces en mayor peligro que en toda su sangrienta batalla de Guatemala El coronel Cabanes (Cabañas), bajo de cuerpo, tranquilo, caballeroso, que era el comandante de las tropas destrozadas en Honduras, fué quien inició el combate rompiendo su espada sobre un lancero y arrebatándole su lanza lo atravesó con ella hiriéndose la mano Un joven alto, alegre y campechano, que estaba limpiando su espada ensangrentada y secándola con su pañuelo, se lamentaba de no haberles cortado la retirada, y otro de mediana edad, de aspecto tranquilo, que se limpiaba el sudor de la frente murmuraba que, si sus caballos no hubieran estado tan cansados habrían matado a todos sus enemigos Aún ellos hablaban solamente de matar; de tomar prisioneros ni pensarlo El verbo matar en todas sus inflexiones había sonado tan repetidas veces a mis oídos que yo me encontraba sumamente nervioso A los pocos instantes, la viuda de Padilla, quien supongo que *habría* estado escondida en la vecindad, teniendo noticias de la aproximación del General Morazán, entró violentamente gritando como loca y preguntando por sus hijos Todos respondieron que el mayor estaba con ellos; todos la conocían y uno en pos de otro pusieron la mano sobre su hombro abrazándola respetuosamente, pero el joven que limpiaba su espada, envainándola, tomó a la señora en sus brazos, la levantó y la paseó alrededor de toda la habitación La pobre señora entre risas y lágrimas le dijo al joven que era tan malo como siempre y siguió preguntando por sus hijos *En este momento un hombre como de cuarenta años,* el único que no llevaba armas, con larga barba, pálido y demacrado entró al patio La señora lanzó un grito y echándole los brazos al cuello, durante algunos momentos descansó la cabeza sobre su hombro Este era uno de los prisioneros de Carrera El General Morazán se había abierto paso hasta la plaza, y rompiendo las puertas de las cárceles, había puesto en libertad a los presos y, al ser rechazado, este hijo aprovechó la oportunidad de huír también Pero ¿dónde se encontraba el hijo predilecto? El joven contestó que también había escapado y que estaba libre La señora *le miró con desconfianza y,* llamándole por su nombre de pila le dijo que la estaba engañando, mas él confirmó y juró que sí había escapado, que él mismo le había proporcionado un caballo de remuda, que le había visto al otro lado de la barrera, que probablemente estaría escondido en alguna parte y que pronto aparecería. Los otros oficiales no sabían nada de cierto: uno le *había visto en tal parte y otro en tal otra* durante la batalla y todos convenían en que el joven era el que mejor sabría todo esto, porque sus puestos estaban muy inmediatos uno a otro, y él, joven ardiente y temerario, el más querido amigo de su hijo y que amaba a la señora como a una madre, me dijo después que ahora ella tendría una noche de sosiego pues que muy pronto sabría la verdad; pero el hermano que milagrosamente se había salvado de la muerte y en quien se veía que la sonrisa había desaparecido de su rostro para siempre, me dijo que él no dudaba que al hijo predilecto de su madre lo habían matado

Durante estas escenas el capitán y yo no fuimos pasados por alto El capitán encontró entre los oficiales a varios con quienes se había relacionado en el puerto y supo que otros ya habían hecho su última campaña *Lo primero que pensó al encontrarse con* ellos fué volver y acompañarlos en su suerte, pero afortunadamente para mí, los baúles ya iban por delante El comprendió que no podía escaparse Entre los que acompañaban al General Morazán estaba el ex-secretario de Estado y de Guerra y todos los principales funcionarios civiles y militares del destrozado gobierno general Ellos ya tenían noticia de mi llegada al país; era esperado en San Salvador, me conocían por mi reputación y muy pronto sería conocido personalmente; tuve relaciones particularmente con el coronel Zerabia (Saravia), joven como de veintiocho años de edad, bien parecido, valiente, de modales elegantes y de inteligencia nada vulgar, muy allegado al general Morazán, de quien dijo, al referirse al ataque de Guatemala, casi con lágrimas en los ojos, que la Providencia lo había salvado milagrosamente A menudo había oído hablar de este caballero en Guatemala, y su caso evidencia los tristes resultados de la ruptura de los lazos sociales, producida por las guerras civiles Su padre había sido expatriado por el partido liberal ocho años antes y entonces había sido general al servicio del partido carlista en España Su madre y 3 hermanas vivían en Guatemala y yo visitaba su casa asiduamente, quizá más que ninguna otra en aquella ciumente, quizá más que ninguna otra en aquella ciudad, vivían a inmediaciones de la playa y mientras Morazán estuvo en posesión de ella, el coronel había apresuradose a verlas y en el calor de su entusiasta encuentro, *mucho más acerbo por las circunstancias* de haberse reunido en ocasión de un ataque a su ciudad natal fué llamado para entrar en acción; en el combate le mataron su caballo, él mismo salió herido y logró escapar con los restos del ejército El me dijo, lo que yo estaba seguro que era la pura verdad, que sin duda ellas tendrían muy siniestras aprensiones con respecto a él, y me pidió que en cuanto llegara Guatemala, las visitara y les dijera que se encontraba sin ninguna novedad

Mientras tanto, el General Morazán, temeroso de un ataque de Carrera durante la noche, nos mandó a *decir que se quedarían en la plaza. Entonces yo,* acompañado por el coronel Zerabia fuí a presentarle mis respetos allí Desde su llegada yo me sentía completamente seguro y ya no tenía temor de soldados indisciplinados Por primera vez ví algo que podía llamarse disciplina entre las tropas. En la calle que conducía a la plaza se paseaba un centinela, con objeto de evitar que los soldados se desviaran por la población; pero los pobres hombres era en lo que menos pensaban La población estaba completamente escasa de víveres y de todo; ni siquiera se conseguía pastura para las bestias Algunos de ellos estaban frente a la ventana del cabildo recibiendo en la copa del sombrero su escasa ración de pan duro de maíz; otro alrededor de fogatas comiendo de este miserable alimento, y la mayor parte acostados en el suelo, durmiendo ya Esta era la primera noche que podían reposar, salvo en campo enemigo

El General Morazán, acompañado de varios oficiales, estaba parado en el corredor del cabildo; una gran fogata había enfrente de la puerta y sobre una mesa que estaba junto a la pared, una candela encendida y varias tazas de chocolte. Era como de cuarenta y cinco años de edad, de cinco piez y diez pulgadas de estatura, delgado, con bigote negro y barba de una semana con levita militar abotonada hasta el cuello y espada al cinto Estaba sin sombrero y su fisonomía era dulce e inteligente Aunque todavía joven, durante diez años había sido el primer hombre del país y ocho años Presidente de la República Se había levantado y sostenido por su pericia militar y su valor personal, siempre conducía él mismo sus tropas y había estado en muchos combates, siendo muchas veces herido pero nunca derrotado Un año antes, ambos partidos de Guatemala le habían pedido que acudiese en su ayuda, como el único hombre que podía salvarlos *de la destrucción y de Carrera. En aquellos momentos* él se convencería una vez más de la volubilidad e inconstancia de los pueblos Después de terminado su período presidencial fué electo Jefe del Estado de San Salvador, cargo que había renunciado, actuando entonces como comandante en jefe de las fuerzas del gobierno federal Acusado personalmente y desconocida la autoridad del gobierno federal, había marchado contra Guatemala con mil cuatrocientos hombres abriéndose paso hasta la plaza, cuarenta de sus me-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

jores oficiales y su hijo mayor cayeron a su lado y, atravesando una muralla de carne humana que se le oponía, con cuatrocientos cincuenta hombres que le quedaban, logró escapar El coronel Zerabia me presentó a él Por lo que yo había oído decir del General Morazán y por el entusiasmo con que sus oficiales se expresaban de su persona, se me había formado un sentimiento casi de admiración por este hombre, aumentando mi interés por él a causa de sus desgracias En verdad yo no sabía cómo iniciar la conversación, y mientras mi mente estaba llena con la idea de su infortunada expedición, la primera pregunta que me hizo fué si su familia había llegado a Costa Rica o si tenía yo alguna noticia de ella No me atreví a decirle lo que entonces pensaba que las penas afligían a todos los que estaban ligados a él y que probablemente a su esposa e hijas no se les daría asilo en aquel Estado Pero en verdad era muy significativo el que, en tales momentos y ante el cuadro de sus destrozados seguidores, fresca en su memoria todavía la muerte de sus compañeros, en medio de la ruina y del desastre, su corazón se tornase hacia sus afectos familiares Me manifestó su pesar por las condiciones en que yo encontraba a su desgraciado país; lamentaba el que mi visita tuviera lugar en tan infortunados momentos, me habló de Mr De Witt y de las relaciones de su patria con la nuestra, diciendo que sentía mucho que nuestros tratados no hubiesen sido renovados, mucho más que por entonces él nada podría hacer en tal sentido; pero yo no estaba pensando en nada de esto. Entendiendo que por el momento él tendría asuntos pendientes de mayor importancia, procuré hacer mi visita lo más corta posible, y regresé a casa

Ya había salido la luna y yo me encontraba ansioso de partir cuanto antes; pero nuestros planes fracasaron otra vez, el guía que teníamos hablado para conducirnos al Río Paz, no apareció y nos fué imposible conseguir otro; nadie se atrevía a salir del pueblo aquella noche por temor de caer en manos de los derrotados No valían ni promesas ni amenazas Varios de los oficiales llegaron a tomar chocolate con nosotros y a la cabeza de la mesa se sentó un sacerdote con su espada a un lado Yo me había desayunado con hombres que se sentirían felices de cortarles la cabeza y que ahora se encontraban escondidos en la montaña huyendo para salvar la vida Si Carrera llegara, mis nuevos amigos tendrían que huir precipitadamente Todos ellos se retiraron en seguida para dormir sobre las armas en la plaza y nosotros nos quedamos solos con la viuda y con su hijo Vino en seguida una angustiosa escena de preguntas y de tristes presentimientos de la viuda por su hijo menor, de las cuales el mayor pudo salir con gran trabajo y rogándole que le permitiera ir a dormir Cosa singular: a ninguno se le había ocurrido preguntarle por los muertos y heridos de la última escaramuza Heridos no había ninguno, pues todos los que caían eran rematados a lanzadas, y los muertos abandonados en el campo El venía a la retaguardia de las tropas de Morazán. El fuego no había sido muy nutrido y sin embargo, por la calle por donde entraron al pueblo, había contado hasta diez y ocho cadáveres

CAPITULO 6

VISITA DEL GENERAL MORAZAN — FIN DE SU CARRERA — BUSCANDO UN GUIA — SALIDA PARA GUATEMALA — TEMOR DE LOS HABITANTES — EL RIO PAZ — HACIENDA DE PALMITA — UN ESCAPE AFORTUNADO — HACIENDA DE SAN JOSE — UNA SITUACION EMBARAZOSA — UN BONDADOSO HOSPEDADOR — EL RANCHO DE HOCOTILLA — ORATORIO Y LEON — EL RIO DE LOS ESCLAVOS — EL PUEBLO — APROXIMACION A GUATEMALA — LLEGADA A GUATEMALA — UN BOSQUEJO DE LAS GUERRAS — DERROTA DE MORAZAN — ESCENA DE MATANZAS

En la mañana siguiente, para nuestra sorpresa, nos encontramos con varias tiendas abiertas y gentes por la calle, que habían estado escondidas en las vecindades y que regresaban al tener noticias de la entrada de Morazán El alcalde reapareció y también nuestro guía, pero manifestando que no nos acompañaría aunque lo mataran, diciéndole al alcalde que prefería morir allí y no en manos de los cachurecos.

Estaba yo tomando chocolate cuando el General Morazán llegó a visitarme Nuestra conversación fué larga y versó sobre diferentes asuntos No quise preguntarle de sus planes y proyectos futuros, no obstante que ni él ni sus oficiales mostraban desconfianza Al hacer referencia a la ocupación de Santa Ana por el General Cáscara, con un espíritu que me recordó el de Claverhouse en "Old Mortality" me dijo: "Muy pronto visitaremos a ese caballero" Habló sin malicia ni odio de los líderes del partido central, y de Carrera como un indio ignorante y sin ley de quien, el partido que ahora le usaba, más tarde tendría que sentirse feliz de que lo defendieran Con una sonrisa me refirió el cargo que le hacían los cachurecos de haber pretendido asesinar a Carrera, del cual se había hecho mucha ostentación, pretendiendo citar detalles y lugares y apareciendo generalmente creído. Suponía que todo era una ficción; pero que, casualmente al retirarse de Guatemala, estuvo en la casa en que se decía que se había preparado el atentado y que quien la habitaba le dijo: que como Carrera había ultrajado a un miembro de su familia, él mismo le había dado de puñaladas, según se suponía, mortales; y que para explicar sus heridas y evitar comentarios del suceso, se echaba la culpa a Morazán, corriendo así la noticia por todo el país Uno de los oficiales acompañó la historia con los detalles del ultraje y estoy muy seguro que si alguna vez Carrera llegara a caer en sus manos, lo mataría en el acto

No obstante que él estaba seguro de entretener por algunos días a Carrera y a sus soldados, creía un poco peligroso para nosotros que emprendiésemos nuestro viaje a Guatemala; pero yo estaba muy ansioso de salir, y pasado el momento de excitación, como los baúles del capitán ya iban adelante, éste manifestaba igual deseo Carrera podía llegar en cualquier momento y nosotros volveríamos a cambiar de amos, o de todos modos nos veríamos obligados a ser testigos de una sangrienta batalla, pues Morazán defendería hasta la muerte las fronteras de su propio Estado

Le hice ver a Morazán nuestro propósito y la dificultad de conseguir un guía Nos dijo que una escolta de soldados nos expondría a un peligro seguro, aunque fuera un simple soldado sin mosquete ni cartuchera (única señal con que se distinguían los soldados) podría ser reconocido; pero que ordenaría al alcalde que nos proporcionara algún hombre de confianza Me despedí de él con un interés mayor del que yo había sentido por ningún hombre en el país Muy poco nos dábamos cuenta de las calamidades que aún le esperaban: que tarde de la noche muchos de sus soldados desertarían, pues habían permanecido unidos sólo por el temor del peligro que corrían en un país enemigo Con el resto marchó a Zonzonate, se apoderó de un buque en el puerto y tripulándolo con sus propios hombres, lo envió a La Libertad, el puerto de San Salvador Marchó en seguida para la capital, donde el pueblo que por años le había hecho su ídolo cuando esta-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ba en el poder, ahora le vuelve las espaldas en la desgracia y lo recibe con claros insultos por las calles Con algunos de sus oficiales que se consideraban sumamente comprometidos con él para quedarse, se embarcó para Chile Mortificado por su confinamiento a bordo de un pequeño buque, paró en Costa Rica y solicitó permiso para desembarcar a algunos de sus compañeros No pidió permiso para sí mismo porque sabía que le sería negado. Dejando a algunos de ellos allí continuó rumbo a las costas de Chile para reunirse con su familia Muy difícil era para un extranjero formarse un concepto cabal de un hombre público, en medio de las fieras pasiones de partido Al General Morazán se le acusaba de hostilidad hacia la iglesia y de levantar empréstitos forzosos Su hostilidad hacia la iglesia se justificaba por ser ella en ese tiempo un paño funerario sobre todas las instituciones libres, degradando y destruyendo el espíritu cristiano en vez de levantarlo, y con respecto a los empréstitos forzosos, no podía prescindirse de ellos con motivo de las constantes guerras. Sus peores enemigos confiesan que Morazán era un modelo en sus relaciones privadas y, lo que ellos consideran una no pequeña alabanza, que no era sanguinario Ahora él se encuentra caído y expatriado, probablemente para siempre y bajo pena de muerte si regresa Todos los postrados adoradores de un sol naciente infaman ahora su nombre y su memoria; pero yo verdaderamente creo, y sé que por mi aserción me acarrearé la indignación de todo el partido central: digo que verdaderamente creo que ellos han arrojado de sus playas al mejor hombre de Centro América.

Los habitantes del pueblo eran adictos al General Morazán, y un anciano nos trajo a su hijo, joven como de veinte y dos años, para que fuera nuestro guía; pero cuando supo que lo necesitábamos para que fuera con nosotros hasta el Río Paz, nos dejó diciendo que iba a conseguir un caballo Esperamos una hora hasta que el anciano reapareció trayendo un muchacho como de diez años, vestido con camisa y sombrero de paja y montado en un caballo en pelo El joven ya no apareció porque temía hacer el viaje y se creyó que este muchacho correría menos riesgo Yo no me preocupaba mucho por las noticias de robos y asesinatos; pero seguramente habría gran peligro de encontrarse con las tropas derrotadas; desesperados por la derrota, de instintos sanguinarios, no muy amables con nosotros antes, y mucho menos ahora que nos habían visto rondando por el pueblo en tan críticos momentos, nada difícil era que nos relacionaran con los movimientos de Morazán, y creo que al caer en sus manos nos habrían matado en el acto. Por otra parte, nos consolaba la idea de que se habrían alejado bastante durante la noche, temerosos de ser perseguidos y que, evitando el camino real, probablemente ya habrían cruzado el Río Paz y, ya en territorio guatemalteco, cada uno se habría ido a su propio pueblo Además, como la derrota fué total, tal vez se habían juntado en pequeños grupos de tres o cuatro y temerían tanto de nosotros como nosotros de ellos En todo caso lo mejor era partir pronto y no esperar a que Carrera cayera sobre la población

En medio de estos pensamientos poco gratos, nos despedimos de algunos de los oficiales que estaban presentes para vernos partir y emprendimos el viaje a las nueve de la mañana. Descendiendo de la meseta en que estaba edificada la población, llegamos a un extenso llano a través del cual podíamos mirar a gran distancia, y el que nos proporcionaría, en caso necesario, un buen campo para las evoluciones de nuestra caballería Pasamos el lago de Aguachapa, cuya belleza hubiera llamado nuestra atención al encontrarnos en otras circunstancias, y como nuestro pequeño guía pareciera vacilar, paramos en una choza preguntando por el camino Todos temían contestar a nuestras preguntas Los soldados de Figueroa y de Morazán habían pasado por ahí, pero ellos no sabían nada Tampoco sabían si algunos soldados fugitivos habían pasado Lo único que conocían era el camino del Río Paz Muy fácil era comprender que ellos no pensaban en otra cosa, pero decían que eran gentes pobres que estaban en el trabajo todo el tiempo y que ignoraban lo que sucedía En media hora encontramos a tres indios con cargas de vasijas de barro sobre sus espaldas Los pobres, temblando, se quitaron el sombrero cuando les preguntamos si no habían visto algunos soldados huyendo por ahí Esto nos hizo pensar que bien podían creer que éramos oficiales de Morazán en persecución del enemigo y que lo mejor sería no hacer más preguntas de esta clase Más adelante encontramos varios caminos; el muchacho nos dijo que todos conducían al Río Paz; pero que como él nunca había caminado por ahí no sabía cuál era el verdadero Tomamos uno que nos condujo a un bosque y en seguida comenzamos a descender El camino era escabroso, muy lleno de piedras y de muy fuerte desnivel Descendimos apresuradamente y pronto notamos que ninguna bestia había pasado por él durante mucho tiempo Habían árboles tan bajos que nos vimos en la necesidad de apearnos y de quitar las monturas a las bestias para poder pasar Evidentemente este habría sido un camino antiguo para ganado y sin duda hacía muchísimo tiempo que no estaba en uso. Descendimos algo más y en seguida les propuse que regresáramos Mi único argumento era que yo creía esto más seguro, porque podíamos llegar a tal profundidad que después nos fuera difícil subir. El capitán me dijo que yo era quien había escogido este camino, que si hubiéramos seguido su consejo habríamos tomado otro y no que ahora era ya muy difícil el regreso Tuvimos un serio altercado, pero afortunadamente, considerando que yo era el culpable, cedí y seguimos caminando hacia abajo hasta que tuvimos el placer de oír el ruido del río muy próximo Después de un penoso descenso llegamos a la orilla, encontrando que allí no había vado ni señal de paso alguno para el otro lado

El río era hermosísimo El lado por donde nosotros descendimos era una montaña casi perpendicular, y de ambos lados corpulentos árboles extendían sus ramas sobre el agua. Se llamaba el Río Paz, sólo que por hoy es el límite entre dos Estados que se hacen la más sangrienta guerra: Guatemala y San Salvador Los habitantes del otro lado estaban en país enemigo y las derrotadas tropas de Morazán y de Figueroa habían huído hacia allí en busca de refugio Caminando alguna distancia río arriba encontramos un punto vadeable, lo atravesamos y en esa orilla encontramos un guacal que indudablemente había sido olvidado por alguno de los soldados derrotados Bebimos en él un poco de agua, como si hubiera estado ahí para nuestro uso, y después lo dejamos en el mismo lugar para beneficio de algún otro que llegara más tarde

Ahora ya nos encontrábamos en el Estado de Guatemala, a la orilla de un impetuoso río y sin señales de camino por ninguna parte, y nuestra situación se había tornado más precaria que antes, porque aquí los soldados derrotados, considerándose más seguros, muchos de ellos después de un día y una noche de fatiga, se echarían a descansar Fuimos al fin muy afortunados, pues caminando a corta distancia entre los matorrales, dimos con una vereda que volvía hacia la izquierda y terminaba en el camino real que subía del vado conocido Aquí ya dejamos a nuestro pequeño guía y seguimos en el camino real Cambió por completo el aspecto del país: quebrado y pedregoso, no encontrando alma viviente hasta llegar a la Hacienda de Palmita También ésta parecía desolada; penetramos en al patio sin encontrar a nadie hasta que empujamos la puerta de la casa El propietario era un anciano, contrario a Morazán; estaba sentado en la sala, donde habían dos sillas de montar, una de él y otra de su esposa, con dos bultos de ropa de cama, ya preparados para salir Parecía lamentarse de que fuera demasiado tarde, y con aire de sumisión respondía a

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

nuestras preguntas, inquiriendo en seguida cuántos hombres nos acompañaban. Curioso era que, estando nosotros medio muertos de miedo, nuestra presencia infundiera terror en todas partes Lo tranquilizamos preguntándole por don Saturnino y por nuestro equipaje, montamos nuevamente y nos despedimos. Una hora más tarde llegamos a la Hacienda del Cacao donde Saturnino iba a dormir Debido a la configuración del terreno aparecimos repentinamente frente a la casa y vimos que en el corredor estaban tres soldados cachurecos comiendo tortillas Estos, al vernos, tomaron sus armas saliendo en precipitada fuga; pero repentinamente uno de ellos se paró y, levantando su trabuco, nos iba a disparar La boca del arma me pareció tan grande como la puerta de una iglesia, calculando que nos apuntaba al capitán y a mí; nos encontrábamos en grave peligro de ser muertos por equivocación, cuando uno de ellos, volviéndose rápidamente y desviando el trabuco gritó: "¡amigos, los ingleses!", dándonos así tiempo para llegar hasta ellos Este amable y juicioso joven cachureco vagabundo era uno de los que habían llegado a nosotros pidiendo medio real o un desayuno Seguramente nunca ha sido puesto un medio real a mejor interés. El nos conocía como amigos de Figoroa, y enseñado por sus superiores a creer que Morazán era un asesino y degollador, nos consideraba participantes del mismo peligro que ellos y nos preguntó cómo habíamos logrado escapar. Cuando se fueron nos sentimos felices de habernos encontrado con tales sujetos, porque cualquier otro grupo nos habría tratado de manera muy distinta También nos aclararon un punto importante, haciéndonos saber que la mayor parte de los derrotados habían tomado el camino de Santa Ana Don Saturnino pasó la noche en esta hacienda saliendo de ella muy de madrugada En seguida los soldados regresaron a terminar su merienda y, dando las gracias en pago, emprendieron el camino en nuestra compañía Tenían un buen caballo que habían robado por el camino y nos dijeron que con esto quedaban bien pagados de la expedición: lo montaban por turno y en pelo Pasada la Hacienda del Cacao, quienes los veían se daban cuenta por primera vez de la derrota de Figoroa Esta era una fatal noticia para los que creían a Morazán completamente destrozado después de su retirada de Guatemala. En su huída él evitó pasar por los pueblos y así no tuvieron conocimiento que aún le acompañaba una fuerza considerable Tratamos de conseguir un guía, pero nos fué imposible porque nadie quería aventurarse a salir del pueblo, de manera que seguimos adelante Al rato comenzó a llover, el camino era muy pedregoso y teníamos que atravesar una montaña volcánica bastante desabrigada Por la tarde el capitán ya tuvo sospecha de los soldados y apresuramos el paso para dejarlos atrás Como a las cinco, abandonando el camino que conduce al pueblo, tomamos el "Camino de los Partidos', que era muy malo y pedregoso, llegando a un lugar en que hay varios pasos y no sabíamos cuál de ellos tomar, pero seguimos uno que conducía a un ancho valle circundando por dos filas de montañas. Asegurándonos que nuestro camino no pasaba por ninguna de ellas, tomamos a éstas como única guía.

Poco antes de anochecer ya habíamos pasado la montaña, viendo a nuestra derecha una senda que conducía a un bosque, en seguida oímos el sonido de una campana y divisamos por entre los árboles una hacienda, para llegar a la cual todavía teníamos que caminar alguna distancia y después tomar el camino particular Estaba situada en un claro del bosque, con varios cobertizos, cocinera y un gran trapiche. Veinte o treinta jornaleros casi todos indios, estaban allí para dar cuenta de su trabajo del día y recibiendo órdenes para el siguiente Gran sensación les causó nuestro repentino aparecimiento. Los dueños de la hacienda, que eran dos hermanos, estaban en la puerta mientras nosotros hablábamos con los trabajadores En seguida nos acercamos pidiéndoles permiso para pasar allí la noche Lleno de embarazo el mayor de ellos accedió, pero manifestando en sus modales el estado de alarma y suspicacia que prevalecía en el país. Los dueños vestían traje de campo y el interior de la hacienda era miserablemente pobre; pero había una hamaca y dos catres para dormir En una pieza inmediata estaba la esposa de uno de ellos con un niño Los propietarios eran hombres educados e inteligentes, bien al corriente de las condiciones del país; les refelimos lo que había acontecido en Aguachapa, agregando que nos dirigíamos apresuradamente a Guatemala. Nos dieron la cena en una pequeña mesa colocada entre la hamaca y un catre, poniéndonos huevos fritos, frijoles y tortillas, como de costumbre, sin cuchillo, tenedor ni cuchara

Después de la cena, el hermano mayor fué llamado hacia afuera y, regresando a los pocos minutos, cerró la puerta y nos dijo: que entre los trabajadores había gran alarma con motivo de nuestra llegada. No creían que íbamos a Guatemala, porque una mujer nos había visto llegar por el camino de esa ciudad, y más bien sospechaban que éramos oficiales de Morazán que después de la derrota tratábamos de ganar la frontera de San Salvador Aquí había un campo de sospechas que no habíamos previsto El dueño se manifestaba muy agitado lamentando el verse obligado a violar las leyes de la hospitalidad; pero nos dijo que ya sabíamos lo trastornado que estaba todo el país y la locura del espíritu de partido. Que él mismo era contrario a Morazán, y todos sus mozos furiosos cachurecos, y por el momento, capaces de cometer cualquier atrocidad Que corría gran peligro por habernos dado albergue bajo su techo y que nos suplicaba, por nuestro bien y por el suyo que partiésemos inmediatamente, añadiendo que aunque fuéramos de aquellos infortunados hombres, nos darían nuestras bestias prometiendo que no se nos haría daño alguno, y agregó que más no podía prometer Ahora bien, si nosotros hubiéramos sido realmente los fugitivos que suponían, tendríamos bastantes motivos para estar agradecidos de la bondad de nuestro hospitalario patrón; pero hacernos regresar por equivocación, en noche obscura, por terreno desconocido y sin guía, era casi tanto como dispararnos un tiro con trabuco. Por fortuna él no era muy suspicaz; si hubiera sido otro don Gregorio habríamos tenido que liar el petate, pero todavía fué una gran fortuna el que, debido a mi obstinación ante Figoroa hubiéramos conseguido su pasaporte; éste era el único que en tales circunstancias podía evidenciar nuestro carácter. Yo se lo mostré llamándole la atención particularmente hacia el pomposo título de "plenipotenciario" que me fué dado por el secretario, y creo que no quedó más atónito de que le hubiésemos honrado tomando posesión de su casa, como contento de que no fuéramos oficiales de Morazán Aunque era un hombre inteligente, toda su vida la había pasado en la hacienda, y a pesar de haber oído decir "ministro plenipotenciario" nunca había visto uno. Como mis atavíos y el águila de mi sombrero justificaban mi carácter, llamó al mayordomo y a dos de los principales mozos de la hacienda, les leyó el pasaporte explicándoles el significado de "ministro plenipotenciario", mientras que yo, sentado sobre un catre, con la levita quitada y el sombrero en la cabeza para mostrar el águila, oía al capitán, que suprimiendo todo lo concerniente a Morazán, sólo hablaba de nuestra intimidad con Carrera La gente del pueblo es de naturaleza tan desconfiada, que una vez se ha formado un concepto de alguno, difícilmente cambia de parecer, y yo estaba dudoso de si con todas estas demostraciones quedarían satisfechos; pero nuestro amigo tomó tanto interés en el asunto, y el mayordomo se sentía tan halagado de ser el intermediario entre ellos y nosotros, que por fin parecieron tranquilizarse Dice una máxima de Talleyrand que "nunca hay que hacer hoy lo que se puede dejar para mañana" En esta ocasión, a lo menos de mi carrera diplomática, yo sentí los beneficios del antiguo ada-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

gio contrario a esta máxima Por de pronto mi tenacidad por obtener el pasaporte de Figoroa nos había salvado; si hubiéramos esperado hasta tenerlo junto con las cartas para Carrera, ahora nos encontraríamos en una triste situación Podríamos haber escapado de alguna violencia, pero nos hubieran encerrado en el cabildo, donde habríamos estado expuestos a la furia del populacho ignorante y fanático, excitado en aquellos momentos por las noticias de la victoria de Morazán y la derrota de Figoroa Al preparar nuestro viaje pensamos que si nos tomaban prisioneros los cachurecos, seríamos llevados a Guatemala; pero ahora nos dábamos cuenta que por el momento no había allí responsabilidad ninguna: el populacho obraba entonces impulsivamente y nadie quería, en tales circunstancias, salir directamente para aquella ciudad; lo más que hacían era viajar de pueblo a pueblo Terminada esta dificultad, el mayordomo nos prometió un guía para el pueblo inmediato, antes de amanecer A las tres de la mañana fuimos despertados por el crujido del trapiche Esperamos hasta la madrugada por el guía pero éste al fin no llegó; entonces nos despedimos de nuestro bondadoso hospedador emprendiendo la marcha solos El nombre de la hacienda es "San José", pero con los apuros del viaje no supe el de su propietario En las constantes revoluciones de Centro America puede suceder que algún día él tenga que huír para salvar la vida, y quiera Dios que en sus momentos de angustia encuentre un corazón tan noble como el suyo!

Como cinco leguas más adelante llegamos al Rancho de Hocotilla donde don Saturnino y nuestros hombres habían pernoctado. El camino nos condujo por una magnífica hondonada con un hermoso valle en el fondo y majestuosas montañas a los lados Pasamos por los remotos caseríos de Oratorio y León, pequeñas rancherías donde varias veces vimos mujeres con sus hijos que al vernos se escondían entre los matorrales Si pudiéramos desterrar las guerras para siempre, este valle sería igual a los más hermosos de Suiza A las doce del día llegamos a una galera de cuatro postes con techo de pajón, ocupada por una avanzada de soldados cachurecos Mucho nos habría gustado no encontrarnos con tales gentes, pero ellos no lo supieron, pues al verlos tuvimos buen cuidado de gritarles "amigos!" Les preguntamos por Carrera diciéndoles que esperábamos encontrarle en el camino, que Figoroa nos había dicho que él vendría; que éste había entrado ya en Aguachapa y, teniendo especial cuidado de no informarles de su derrota, nos despedimos de ellos y seguimos adelante

A las doce nos acercamos al Río de los Esclavos, turbulento y noble río, cuyo puente es la estructura más grande de Centro América y un recuerdo de la dominación española Lo cruzamos y entramos al pueblo, simple colección de chozas situadas en la ribera frente a una cadena de montañas cubiertas hasta la cima de hermosos pinos Sus miserables habitantes eran insensibles a tanta belleza y con sobrada razón, cada expedición hostil entre Guatemala y El Salvador pasaba por el pueblo. Dos veces en una semana las tropas de Morazán habían pasado por allí, los habitantes, llevando consigo todo lo que podían cerraban sus puertas huyendo a la montaña La última vez, las tropas de Morazán iban tan escasas de provisiones y temerosas de la persecución, que las chozas fueron destruidas y usadas para hacer fuego y los bueyes matados para comerlos en la calle a medio cocer sin pan ni tortillas

A las dos de la tarde emprendimos de nuevo la marcha y saliendo del pueblo nos encontramos en un terreno cubierto de lava. A las cuatro llegamos a la Hacienda Corral de Piedra situada en la cresta de una colina pedregosa, con toda la apariencia de un castillo, muy grande, con iglesia y pueblo A pesar de que estaba lloviendo no quisimos quedarnos allí porque todos sus habitantes parecían estar borrachos Al lado de una casa nos saludó en voz alta un oficial cachureco, tan ebrio que apenas podía tenerse sobre el caballo Acercándose empezó a contarnos cuántos soldados de Morazán había matado. Poco antes de anochecer y caminando por el bosque, creyendo que nos habíamos perdido, salimos al fin y contemplamos frente a nosotros los majestuosos volcanes de Agua y Fuego, oyendo al mismo tiempo los saludos y gritos de gozo que nos enviaban don Saturnino y nuestros hombres Habían acampado en una pequeña choza a la orilla de una gran planicie, dando tiempo a las bestias para que pacieran Don Saturnino tenía mucha pena por nosotros, pero no obstante había seguido su camino pensando que, en caso de algún accidente, podría servirnos más útil estando en Guatemala. Ellos no habían encontrado a Morazán y a sus tropas porque, cuando pasaron, estaban en la hacienda a un lado del camino, y tampoco sabían nada de la derrota de Figoroa

El rancho sólo tenía una pequeña habitación apenas suficiente para el hombre y la mujer que la ocupaban, pero afuera había ancho campo. Después de un pesado viaje de más de cincuenta millas y pensando que no estábamos más que a un día de Guatemala, pronto me dormí

A la mañana siguiente una de las mulas se extravió y no la encontramos sino hasta las ocho Por la tarde, descendiendo de una eminencia, nos encontramos en el valle de Guatemala. Me pareció hermosísimo y nunca creí que tendría la dicha de volverlo a ver Había terminado un viaje de mil doscientas millas y aunque me dieran todo el oro del Perú, no lo volvería a hacer En llegando, la primera persona a quien encontré, fué a mi amigo don Manuel Pavón Yo pensaba que si Morazán hubiera tomado la ciudad, ¿dónde estaría este mi amigo? Carrera no se encontraba en Guatemala; había salido en persecución de Morazán, pero en el camino tuvo algunas noticias que le hicieron marchar sobre Quezaltenango Con bastante satisfacción me enteré de que ninguno de mis conconocidos había muerto y más tarde supe que tampoco habían estado en el combate

Yo dí a Pavón las primeras noticias de Morazán Nada sabían de él desde su salida de la Antigua, pues nadie había llegado aún de por aquellos lugares, toda la gente estaba demasiado atemorizada para emprender un viaje y la ciudad aún no se recobraba del terror A cada paso encontrábamos amigos que me felicitaban por mi regreso. Se daban cuenta de que mi vida había corrido peligro y el haber escapado milagrosamente creó un lazo de afecto entre nosotros Se me hacía duro pensar que, personas tan amables y que me recibían con tanto cariño, y a quienes yo mismo me sentía feliz de volver a ver, hubiesen estado expuestas a ser expulsadas por Morazán Si tal hubiera sido, ninguna de ellas estaría dándome la bienvenida Muchas veces me vi obligado a detenerme para referirles los acontecimientos de Aguachapa; cuántos hombres acompañaban a Morazán, qué oficiales, si le había yo hablado, qué apariencia tenía y qué era lo que decía Les presenté al capitán y cada uno de nosotros tuvo su grupo de oyentes El capitán, entonces, para indemnizarse de sus involuntarios "vivas a Carrera" en el camino, sintiéndose ya con libertad de hablar entre gente bien vestida y civilizada, dijo que "si los caballos de Morazán no hubieran estado tan cansados, todos los soldados de Figoroa habrían muerto en el combate" Desgraciadamente yo noté que nuestras noticias hubieran sido mejor recibidas si se trataba de referir una derrota de Morazán, o de que estuviera herido o muerto A medida que avanzábamos pudimos notar que las paredes de las casas estaban marcadas con tiros de fusil y las del frente de la plaza severamente dañadas Mi casa se encontraba inmediata a la plaza y se me enseñaron tres balas que habían quitado del maderamen para mostrármelas como señal de la batalla. Una hora después de mi llegada ya había yo visto por mis propias penas, no me había imaginado

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

toda la extensión de las de ellos No puedo describir la gran satisfacción que sentí al encontrarme de nuevo en su compañía y de poder descansar, a lo menos por el momento Yo todavía tenía mis ansiedades por la falta de noticias de mi hogar y porque Mr Catherwood aun no llegaba; pero mi inquietud por él no era tan grande, porque no se encontraba en la zona del peligro Al acostarme sentíme satisfecho y tranquilo de no tener necesidad de levantarme para emprender de nuevo el viaje al día siguiente El capitán tomó una habitación conmigo Este fué el raro fin de su expedición contra Guatemala, pero, después de todo, esto era mejor que haber permanecido en el puerto

Grandes cambios habían ocurrido en Guatemala desde mi partida, y no puedo prescindir de dar aquí una breve relación de los acontecimientos que tuvieron lugar durante mi ausencia El lector recordará sin duda el tratado entre Carrera y Guzmán, el General del Estado de Los Altos, por el cual el primero entregó al segundo cuatrocientos mosquetes viejos Desde entonces Guatemala había adoptado a Carrera (o Carrera a Guatemala, no lo sé) y haciendo ver que ya no tendrían razón para desconfiar de él, pidió que se le devolvieran los mosquetes El Estado de Los Altos rehusó Este Estado era entonces el foco de los principales liberales, y Quezaltenango, su capital, el asilo de los liberales expulsados de Guatemala Recelando o pretendiendo recelar una invasión de aquel Estado, y tomando como pretexto la restitución de los cuatrocientos mosquetes viejos, Carrera marchó con mil hombres sobre Quezaltenango; y los indios, en la creencia de que venían a destruir a los blancos, le ayudaron Habiendo desertado las tropas de Guzmán, Carrera con sus propias manos le tomó prisionero, enfermo y abrumado por el peso de un gran sobretodo, en el momento en que precipitaba su caballo hacia un profundo barranco para escapar Carrera envió a Guatemala la levita militar de Guzmán, con los nombres de "Omoa", "Trujillo" y de otros lugares donde se había distinguido al servicio de la República, puestos sobre ella, juntamente con una carta para el gobierno diciéndole que la remitía como una prueba de su captura. Una persona me refirió que había visto esta levita cuando la llevaban, colgada de un palo y rodeada de una insultante muchedumbre, alrededor de la plaza de la Antigua Después de la batalla, Carrera marchó a la capital, depuso al Jefe del Estado y a las autoridades, guarneciéndola con sus propios soldados y, sin reparar en distinciones técnicas de límites entre los Estados, lo anexó a Guatemala, o mejor dicho lo puso bajo su propio dominio

En honor a sus importantes servicios, se dió la noticia que el lunes diez y siete haría su entrada triunfal a Guatemala y, el día señalado, entró bajo arcos levantados en las calles, en medio de las salvas de artillería, ondear de banderas y con música, con el General Guzmán, personalmente conocido de todos sus principales habitantes, porque un año antes había acudido en su auxilio atendiendo a sus reiteradas súplicas, para salvarlos de las manos de este mismo Carrera Llevaba a Guzmán sentado en una mula, con los pies atados y la cara completamente desfigurada por los golpes de piedras y heridas de machete, de tal manera que apenas se le podía conocer Los demás prisioneros iban atados con cuerdas, y el jefe del Estado, su secretario y el de la Asamblea Constituyente, cabalgando junto a Carrera en este desgraciado triunfo

El general Guzmán era uno de los que Morazán había librado de la prisión, y había logrado escapar de la plaza con el resto de las tropas, mas no pudiendo resistir las fatigas del viaje, fué dejado atrás oculto en el camino, y el mismo Morazán me refirió que, a consecuencia del trato cruel que había recibido y del horrible estado de ansiedad en que se le mantuvo, perdió por completo la razón y su vigoroso entendimiento desapareció

Por este tiempo la ciudad permanecía en una calma volcánica, temiendo de un momento a otro un ataque del General Morazán, un levantamiento de los indios y una guerra de castas, sobresaltada por los rumores de que Carrera quería sacar a Guzmán y a los otros prisioneros y fusilarlos El catorce de Marzo se recibieron noticias de Figoroa, informando que el General Morazán había cruzado el Río Paz y que marchaba sobre Guatemala La noticia absorbió todas las preocupaciones Carrera era el único hombre que podía salvar la ciudad El quince marchó con novecientos hombres hacia Arazola dejando la plaza ocupada por quinientos Gran sobresalto cundió por toda la ciudad El mismo día Morazán llegó a "Corral de Piedra" a once leguas de Guatemala El diez y seis principiaron los soldados a levantar parapetos en las esquinas de la plaza, llegando muchos indios de los pueblos circunvecinos para ayudarles y Carrera ocupó sus posiciones en Aceytuna, a legua y media de distancia de la capital El diez y siete llegó Carrera acompañado del Jefe del Estado y de otras autoridades; fué a visitar las fortificaciones y levantó al pueblo en armas A medio día regresó a Aceytuna y, a las cuatro de la tarde, se recibieron noticias que el ejército de Morazán estaba descendiendo la Questa de Pinula, última eminencia antes de llegar al llano de Guatemala Las campanas tocaron alarma y hubo gran consternación entre sus habitantes Las tropas de Morazán pernoctaron esa noche en el llano

Poco antes de amanecer marchó Morazán sobre la ciudad, entró por la garita de Buena Vista y, dejando toda su caballería y parte de su infantería en la plaza de toros y sobre las alturas del Calvario, al mando del Coronel Cabanes, para vigilar los movimientos de Carrera, con setecientos hombres ocupó la plaza de Guadalupe, dejando su parque, su equipaje, como cien mujeres (más o menos son las que acompañan a toda expedición en aquel país) y todo su bagaje, en el Hospital San Juan de Dios Desde allí envió a Pérez y a Rivas con cuatro o quinientos hombres para atacar la plaza Atravesaron la calle que desciende del centro de la ciudad y, defendidos por el filo de la loma, escalaron los muros del patio de la iglesia "Escuela de Cristo" pasando por allí hasta la calle opuesta a la Casa de Moneda, por detrás y a un lado de la plaza Veintisiete indios estaban trabajando en ese lugar, levantando un reducto al lado de la puerta y veintiséis cuerpos fueron encontrados en el suelo, nueve muertos y diez y siete heridos Cuando yo lo ví, el suelo estaba todavía manchado con sangre Al entrar a la Casa Moneda, los invasores fueron recibidos con un fuego mortal a lo largo de los corredores, pero forzando la vía, se abrieron paso frente al portal y se abalanzaron a la plaza Esta estaba defendida por los quinientos hombres hombres dejados por Carrera y por dos o trescientos indios que se retiraron hacia el atrio de la catedral, huyendo a los pocos momentos y dejando la plaza y las municiones en poder de los asaltantes Rivera Paz y don Luis Batres, Jefe y Secretario del Estado respectivamente, con otros cuantos blancos, se encontraban en la plaza Carrera no necesitaba de los soldados blancos y tampoco permitía que ellos fueran oficiales Muchos jóvenes se le habían presentado y se les contestó que no habían armas

Mientras tanto, Carrera, fortalecido con masas de indios de los pueblos de los alrededores, atacó la división sobre las alturas del Calvario Morazán con la pequeña fuerza que había quedado en San Juan de Dios, acudió en auxilio de Cabanes La batalla duró hora y media, feroz y sangrienta, luchándose cuerpo a cuerpo Morazán perdió algunos de sus mejores oficiales Sánchez fué muerto por Soteio Carrera, hermano del general Carrera y Morazán se enfrentaron, y Carrera dijo que había partido la silla de Morazán casi en dos Morazán fué derrotado y perseguido tan estrechamente, que no pudo llevar consigo su

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

equipaje, siendo repelido hacia la plaza con pérdida de trescientos mosquetes, cuatrocientos hombres entre muertos, heridos y prisioneros, y todo su bagaje A las diez de la mañana toda su fuerza estaba acorralada en la plaza, rodeada por una inmensa masa de soldados indios que hacían fuego sobre ella desde todas las esquinas Morazán, mientras tanto, defendiéndose con los parapetos y haciendo fuego desde los techos de las casas, hostigó al enemigo cuanto pudo

En tan difícil situación, Morazán tuvo tiempo para reflexionar Un año antes se le había recibido con repiques de campanas, salvas de artillería, vítores y diputaciones de agradecidos ciudadanos, que lo consideraban como el único hombre capaz de defenderlos de Carrera y de la destrucción Entre los pocos ciudadanos blancos que había en la plaza cuando entraron los soldados, estaba un joven que fué tomado prisionero y traído a Morazán Este le conocía personalmente y le preguntó por varios de sus antiguos partidarios, citando sus nombres e inquiriendo por qué no acudían a reunírsele ahora El joven respondió que ninguno había llegado, por lo que Morazán y sus oficiales parecieron contrariados No hay duda que ellos esperaban un levantamiento de todos los ciudadanos y otra vez ser saludados como sus libertadores de Carrera En San Salvador yo oí decir que él había recibido urgentes solicitudes pidiéndole que llegara, pero ahora no había ninguna manifestación de tal deseo, al contrario, por todas partes se oía el ronco grito de "¡Muera el tirano!", "¡Muera el General Morazán!" Los sentimientos populares habían sufrido una completa transformación, o quizá estarían apagados por las inmensas masas de indios que habían llegado de todos los pueblos circunvecinos en defensa de la ciudad

Poco a poco el combate se fué debilitando y a las doce del día terminó por completo, quedando la plaza sembrada de cadáveres, las calles obstruidas por densas masas y en las esquinas de la plaza, los soldados haciendo escarnio y befa de Morazán y de sus tropas El fuego terminó por falta de municiones, pues los almacenes de Carrera habían quedado en poder de Morazán, y Carrera, en su afán de renovar el ataque, se dedicó a hacer cartuchos con sus propias manos

La residencia de Mr Hall, el vice-cónsul británico, quedaba a un lado de la plaza. Mr Chatfield, el cónsul general, estaba en Escuintla, como a doce leguas de distancia, cuando recibió la noticia de la invasión de Morazán Montó su caballo, se dirigió y enarboló la bandera inglesa en casa de Mr Hall, siendo para las tropas de Morazán el objeto más visible en la plaza Carrera mismo no era tan aborrecible para ellos como Mr Chatfield Un piquete de soldados fué colocado sobre el techo de la casa, dominando la plaza por un lado y el patio por el otro Orellana, el antiguo Ministro de la Guerra, estaba sobre el tejado y dió un tajo para cortar el asta con su espada, pero desistió de su empeño cuando le dijeron desde el patio que era la casa del vice-cónsul A la caída del sol, la inmensa masa de indios que llenaban la ciudad, arrodillándose, entonaron la Salve o himno de la Virgen Orellana, con otros de los oficiales de Morazán, había bajado hasta el patio y estaban en ese momento tomando chocolate en casa de Mr Hall. La esposa de éste, que era una dama española de la ciudad, preguntó a Orellana por qué él no se arrodillaba; a lo que contestó en broma, que por temor a sus propios soldados que estaban en el techo, quienes le podían tomar por un cachureco y matarle; pero se dijo que a Morazán el estruendo de este inmenso coro de voces le aterró, haciéndole comprender la enorme fuerza reunida para destruirlo, y que por primera vez manifestó que se daba cuenta del inmenso peligro en que se encontraba El rezo fué seguido de un formidable grito de "¡Viva la Religión! ¡Viva Carrera! y ¡Muera el General Morazán!" y el fuego comenzó más nutrido que antes, continuando sin interrupción durante varias horas A las dos de la mañana Morazán hizo un desesperado esfuerzo por abrirse paso y salir de la plaza, pero fué rechazado hasta más allá de sus parapetos La plaza estaba sembrada de cadáveres Cuarenta de sus más antiguos oficiales y su hijo mayor fueron muertos, a las tres de la mañana colocó trescientos hombres en tres de las esquinas de la plaza, les ordenó hacer un vivo fuego, concentró todas sus fuerzas sobre la pila y, mientras la atención estaba dirigida hacia este punto, salió repentinamente por el otro lado abandonándolos a su suerte Así lo dijo el Parte Oficial de Guatemala al dar cuenta de la batalla — por supuesto nada de esto oí yo decir en Aguachapa— y de ser cierto, sería un borrón en el carácter de Morazán como soldado y como hombre Escapó de la ciudad con quinientos hombres, y, sembrando el camino con heridos y con muertos, a las doce del día llegó a la Antigua Allí se le impelía a declarar la ley marcial y hacer un nuevo ataque a la ciudad, pero él respondió "No, ya se ha derramado mucha sangre" Se dirigió al cabildo y se dice que escribió una carta a Carrera recomendándole misericordia para los prisioneros. El Barón Mahelin, cónsul general de Francia, me refirió una anécdota, que sin embargo, parece improbable que Morazán, poniendo su guante sobre la mesa, le encargó al alcalde que lo presentara a Carrera en señal de desafío, explicándole su significado De allí continuó su retirada por la costa hasta nuestro encuentro en Aguachapa

Entre tanto, las tropas de Carrera se arrojaron a la plaza con una tremenda descarga de mosquetería en señal de júbilo, disparando sus armas al aire hasta el amanecer Entonces principió la busca de fugitivos y los asesinatos El coronel Arias, que se encontraba herido y con un ojo fuera de la órbita, fué matado a bayonetazos A Pérez lo mataron de un tiro Mariscal, que estaba escondido en catedral, fué extraido y fusilado en seguida Padilla, e hijo de la viuda de Aguachapa, fué matado a bayonetazos, mientras suplicaba a un su conocido centralista que lo salvara Los infelices fugitivos fueron llevados a la plaza en grupos de dos, de tres, de cinco o diez al mismo tiempo y Carrera señalaba con su dedo a éste o aquél para que fueran fusilados, lo cual hacían inmediatamente, apartándolos a unos pocos pasos El Mayor José Viera y varios de los soldados que se encontraban sobre el techo de la casa de Mr Hall, bajaron al patio y Carrera los mandó sacar Viera estaba tomando chocolate con su familia y le entregó a la señora de Mr Hall una bolsa con doblones y una pistola para que se los guardara Todos fueron entregados, pidiendo para ellos misericordia, muy particularmente con respecto a Viera; pero a los pocos momentos llegó Mr Skinner a la casa y dijo que él había visto el cadáver de Viera en la plaza. Mr Hall se resistía a darle crédito y dió la vuelta a la esquina, encontrándole a pocos pasos de su propia puerta tendido boca abajo, muerto En esta terrible escena de asesinatos, el Padre Zezeña, un pobre y humilde sacerdote, expuso su propia vida por salvar a sus prójimos. Cayó de rodillas ante Carrera implorando perdón para los infelices prisioneros exclamando "son cristianos como nosotros"; y fueron tantos sus ruegos que al fin indujeron a Carrera a desistir de sus asesinatos, enviando a los desventurados cautivos a la prisión

Carrera y sus indios soportaron todos los peligros y tuvieron toda la gloria de la defensa de la ciudad Los ciudadanos, que corrían el mayor peligro, no tomaron parte en la lucha Los miembros del gobierno más comprometidos huyeron o permanecieron escondidos en sus casas Sería muy difícil analizar los pensamientos de estas personas al salir a la calle y contemplar las escenas de horror, viendo por el suelo los bien conocidos rostros y mutilados cuerpos de los principales líderes del partido liberal Sentíanse librados de un inmenso daño, manifestándolo así el gobierno central en su boletín oficial encabezado "¡Eterna glo-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ria al invencible Jefe General Carrera y a las valientes tropas de su mando"

En la mañana, lo mismo que cuando llegamos, este era el tema principal de las conversaciones; nadie hablaba de otra cosa y cada uno tenía nuevas noticias que comunicar En nuestra primer salida a la calle pudimos notar que por todas partes había señales del combate Soldados vagabundos se nos acercaban pidiéndonos medios y apuntándonos con sus fusiles para mostrarnos cómo habían matado al enemigo, haciendo alarde de cuántos había ultimado cada uno Estos hombres me tenían muy molesto y yo no era el único, pues también el capitán se encontraba en gran aprieto El era partidario de Morazán, había salido de La Union para unirse a la expedición, y dejado San Salvador con el objeto de hacerle una visita en Guatemala y participar de las festividades de su triunfo, saliendo de Aguachapa porque sus baúles ya iban por delante Desde su llegada al país se había acostumbrado a oír hablar de Carrera como de un ladrón y un asesino, y ridiculizar a la nobleza de Guatemala, de modo que se encontraba metido en un avispero Ahora oía a Morazán denunciado como tirano, a sus oficiales como banda de degolladores reunidos para asesinar a sus enemigos que habían sufrido el castigo que merecían, y que el sentimiento universal era que perecieran todos los enemigos de Guatemala El capitán recibió una prevención oportuna Su historia aquella de que "si los caballos de Morazán no hubieran estado tan cansados, todos los soldados de Figueroa habrían perecido" ya había circulado, se le consideraba parcial y se trataba de averiguar quién era él Se veía obligado a oír y aprobar o a no decir nada En el camino él hablaba siempre en voz alta, se expresaba perfectamente, y con sus lucientes armas y su brioso corcel haciendo cabriolas al entrar a los pueblos, era considerado como "muy valiente"; pero aquí ahora era un pobre diablo que atraía las miradas de todo el mundo, pero no por los mismos motivos que en el camino, sino porque inspiraba desconfianza Pero él tenía un consuelo que nadie le podía quitar: que no había estado en la batalla, porque de haber estado en ella —usando sus propias palabras— ahora se encontraría tendido en el suelo, con la cara para arriba

Por la tarde, inesperadamente, llegó Mr Catherwood Había pasado un mes en la Antigua, y acababa de regresar de su segunda visita a Copán, habiendo explorado también otras ruinas, de las cuales se hará mención de aquí en adelante En nuestro gran gozo de volvernos a ver, nos dimos un estrecho abrazo y al momento resolvimos no separarnos más mientras nos encontráramos en tan perturbado país

CAPITULO 7

LAS RUINAS DE QUIRIGUA — VISITA A ESTAS RUINAS — LOS AMANTES — ESTRUCTURA PIRAMIDAL — UNA CABEZA COLOSAL — UN ALTAR — UNA COLECCION DE MONUMENTOS — ESTATUAS — CARACTER DE LAS RUINAS — UNA CIUDAD PERDIDA — COMPRANDO UNA CIUDAD EN RUINAS

Volvamos por un momento a Mr Catherwood, quien, durante mi ausencia, no había estado ocioso. Al llegar a Guatemala la primera vez desde Copán, tomé a mi cargo el hacer preguntas, particularmente con respecto a las ruinas No hallé a una sola persona que hubiese jamás visitado las de Copán, y solo unos cuantos que se tomaran algún poco de interés por las antigüedades del país, pero, afortunadamente, pocos días después de mi arribo, don Carlos Meiney, un inglés de Jamaica, por largo tiempo residente en el país, propietario de una gran hacienda y extensamente empeñado en operaciones mineras, hizo una de sus periódicas visitas de negocios a la capital Además de su pleno conocimiento de todo lo concerniente a sus propias e inmediatas ocupaciones, este caballero poseía mucha información general, con respecto al país, y una curiosidad que las circunstancias nunca le habían permitido satisfacer, relativa a las antigüüedades; y él me habló de las ruinas de Quiriguá, sobre el Río Motagua, cerca de Encuentros, el lugar donde dormí la segunda noche después de cruzar la Montaña del Mico El nunca las había visto, y apenas creí posible que pudieran existir, porque en aquel lugar habíamos hecho preguntas especiales por las ruinas de Copán, y no se nos dieron informes de ningunas otras Quedé convencido, sin embargo, que don Carlos era un hombre que no hablaba a la ventura Tales ruinas estaban en la finca del Señor Payes, un caballero de Guatemala, recién fallecido El había sabido de ellas por el Señor Payes, y había tomado tal interés en el asunto, que preguntó y obtuvo los detalles de extraordinarios monumentos Tres hijos del Señor Payes habían heredado esta propiedad, y, a petición mía, don Carlos los visitó en mi compañía. Jamás ninguno de los hijos había visto las ruinas, ni siquiera visitado la finca Esta era una inmensa extensión de terreno inculto, que había llegado a manos de su padre hacía muchos años por una bagatela El la había visitado una vez, y ellos también le habían oído hablar de estas ruinas. No ha mucho, el espíritu de especulación había llegado a ese país; y por su fertilidad y posición en las márgenes de un río navegable inmediato al océano, la región había sido el objeto de un prospecto, para ser vendida por acciones en Inglaterra El prospecto ensalzaba las grandes ventajas naturales de la localidad, y los alicientes que ofrecía a los emigrantes estaban redactados en términos y frases que podrían haber salido de un laboratorio en Nueva York antes de la crisis Los Señores Payes estaban en el primer período de anticipada riqueza, y hablaban en el tono familiar de los constructores de ciudades en mi tierra El referido prospecto les hizo concebir la esperanza de algún aumento indirecto al valor de sus bienes; me dijeron que dos de ellos estaban a la sazón haciendo los arreglos para visitar el terreno, e inmediatamente les propuse que yo los acompañaría Mr. Catherwood, en su camino desde Copán, se había encontrado con una persona en Chiquimula que le habló de tales ruinas, con el agregado de que el Coronel Galindo se hallaba entonces trabajando en medio de ellas. Como estaba en las cercanías, tuvo alguna idea de ir a visitarlas, pero, como se encontraba muy cansado por sus trabajos en Copán, y sabía que la historia era falsa con respecto al Coronel Galindo, pues tenía noticia que se hallaba a una sección diferente del país, creyó que todo era mentira Nosotros abrigábamos algunas dudas de que ellas compensaran el trabajo, mas como no había motivo para que él me acompañara a San Salvador, convinimos en que durante mi ausencia, él, con los Señores Payes, se iría a Quiriguá, lo que en efecto hizo

El lector debe regresar a Encuentros, lugar donde nosotros dormimos la segunda noche de nuestro arribo al país En este lugar se embarcaron en una canoa como de veinticinco pies de largo por cuatro de ancho, construida del tronco de un árbol de caoba, y descendiendo durante dos horas desembarcaron en Los Amates, cerca de El Pozo, sobre el camino real de Yza-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

bal a Guatemala, lugar donde nos desayunamos la segunda mañana de nuestra llegada al país, y donde los Señores Payes tuvieron necesidad de esperar dos o tres días El paraje era una miserable colección de chozas, escaso de provisiones, y las gentes bebían una agua turbia en sus puertas antes que tomarse el trabajo de ir por ella al río

Una hermosa mañana, después de un aguacero, salieron para las ruinas Después de cabalgar por espacio de media hora, sobre un execrable camino, llegaron otra vez a Los Amates El pueblo estaba agradablemente situado sobre la margen del río, y elevado como treinta pies El río aquí tenía más o menos doscientos pies de anchura, y era vadeable por todas partes exceptuando unos pocos hoyos profundos Por lo general no excedía de tres pies de hondo, y en muchos lugares no era tan profundo; pero abajo se decía que era navegable hasta el mar por botes que no calaran más de tres pies de agua Se embarcaron en dos canoas construidas de árboles de cedro, y prosiguieron río abajo por un par de millas, donde tomaron a bordo a un negro llamado Juan Lima, y a sus dos mujeres Este pícaro negro, como lo designa Mr C en su libro de notas, iba a ser su guía En seguida, prosiguieron dos o tres millas más adelante, y pararon en un rancho al lado izquierdo del río, y atravesando dos milperías, penetraron a un bosque de corpulentos árboles de cedro y de caoba La senda era excesivamente blanda y húmeda, y cubierta de hojas marchitas, y el calor era muy grande Siguiendo a través del bosque rumbo al nordeste, en tres cuartos de hora llegaron al pie de una estructura piramidal, semejante a las de Copán, con gradas perfectas en algunos lugares Subieron a la parte alta, como de veinticinco pies, y bajaron por las gradas del otro lado, llegando a corta distancia más allá hasta una cabeza colosal de dos yardas de diámetro, casi escondida por un enorme árbol y cubierta de musgo Inmediato a ella había un altar grande, tan cubierto de musgo que era imposible descubrir algo de él Los dos se hallan dentro de un cercado

Repasando por sus gradas a través de la estructura piramidal, y prosiguiendo hacia el norte tres o cuatrocientas yardas más o menos, llegaron a un conjunto de monumentos del mismo carácter general de los de Copán, pero dos o tres veces más elevados.

El primero es como de veinte pies de alto, de cinco pies y seis pulgadas en dos lados, y dos pies y ocho pulgadas en los otros dos El frente representa la figura de un hombre, bien preservada, la parte posterior, la de una mujer, muy desfigurada Los costados se hallan cubiertos de jeroglíficos bien conservados, pero en bajo relieve, y exactamente del mismo estilo que los de Copán (Fig Nº 1)

Otro, tiene veintitrés pies fuera del suelo, con figuras de hombres al frente y por detrás, y jeroglíficos en bajo relieve en los costados, y rodeado por una base que se proyecta a quince o diez y seis pies de él

A una corta distancia, erguido en la misma posición con relación a los puntos de la brújula, se halla un obelisco o piedra esculpida, con veintiséis pies fuera del suelo y probablemente con seis u ocho enterrados (Fig Nº 2)

Está desviado de la perpendicular doce pies y dos pulgadas, y parece propenso a caer, lo que probablemente ha sido impedido sólo por un árbol que creció junto a él y por las grandes piedras alrededor de creció junto a él y por las grandes piedras alrededor de la base El lado inclinado hacia el suelo representa la figura de un hombre, muy perfecta y primorosamente esculpida El lado de arriba parece que lo mismo, pero estaba tan cubierto de vegetación que lo hacían algo incierto Los otros dos contienen jeroglíficos en bajo relieve En el tamaño y la escultura éste es el mejor de todos.

Una estatua de diez pies de altura yace por el suelo, cubierta de musgo y herbaje, y otra más o menos del mismo tamaño, está con el rostro vuelto hacia arriba

Hay otras cuatro en pie, como de doce pies de altura, pero no en muy buen estado de preservación, y varios altares, tan cubiertos de yerba, que era difícil averiguar su verdadera forma Uno de ellos es redondo, y está situado sobre una pequeña elevación dentro de un círculo formado por un muro de piedras En el centro del círculo, adonde se llega bajando por unas angostas gradas, se halla una gran piedra redonda, con sus lados esculpidos con jeroglíficos, cubierta de vegetación, y soportada por lo que parecen ser dos cabezas colosales

Todos éstos se encuentran al pie de la muralla piramidal, cerca unos de otros, y en la vecindad de una corriente que desagua en el Motagua Además de éstos, contaron ellos trece fragmentos, y sin duda muchos otros pueden ser descubiertos todavía

A alguna distancia de ellos se encuentra otro monumento con nueve pies fuera del suelo, y probablemente con dos o tres debajo, con la figura de una mujer al frente y por detrás, y con los dos costados ricamente ornamentados, pero sin jeroglíficos.

Al siguiente día, el negro prometió mostrar a Mr. C once columnas cuadrangulares más altas que ninguna de las que había visto, que estaban en fila al pie de la montaña, pero después de arrastrarlo por tres horas entre el fango, Mr C descubrió, por medio de la brújula, que él estaba cambiando de dirección constantemente, y como el hombre iba armado con pistolas, era notoriamente un mal sujeto, e indignaba a los dueños del terreno con bajar a investigar sus campos usurpados, Mr C desconfió de él, e insistió en que regresasen Los Payes estaban ocupados en sus propios negocios, y no teniendo quien le ayudara, Mr Catherwood se vió imposibilitado de hacer una cabal exploración o algunos dibujos completos

El carácter general de estas ruinas es el mismo de las de Copán Los monumentos son mucho más grandes, pero se hallan esculpidos en más bajo relieve, son menos ricos en diseños, y están más descoloridos y gastados, probablemente por ser de fecha mucho más antigua.

De una cosa no cabe duda: en otro tiempo existió allí una gran ciudad; su nombre se perdió, su historia es desconocida; y, excepto por un informe tomado de las notas de Mr C, e insertado después de la visita, que se introdujo a este país y a Europa, ninguna relación de su existencia ha sido nunca antes publicada Ha permanecido por siglos tan completamente oculta como si estuviera cubierta con la lava del Vesubio Todo viajero de Yzabal a Guatemala ha pasado a tres horas de distancia de ella; nosotros mismos, lo hicimos así, y sin embargo allí estaba, como la ciudad de piedra de Edom, sin ser visitada ni buscada y enteramente desconocida

La mañana siguiente al regreso de Mr C visité al Señor Payes, el único de los hermanos que entonces se hallaba en Guatemala, y abrí una negociación para la compra de estas ruinas Además de su entera novedad e inmenso interés como campo inexplorado en las investigaciones anticuarias, los monumentos se encontraban sólo como a una milla del río, el terreno era plano hasta la orilla, y el río era navegable desde ese lugar, la ciudad podía ser transportada en peso y erigida en Nueva York Yo declaré expresamente (*y mi razón para hacerlo así será obvia*) que trataba este asunto por mi propia cuenta, y que este era enteramente un negocio personal, pero el Señor Payes creería que yo actuaba en representación de mi gobierno, y dijo, lo que estoy seguro que pensaba, que si su familia estuviera como había estado en otro tiempo, ellos tendrían el orgullo de ofrecer el todo a los Estados Unidos, que en aquel país no se apreciaban esas ruinas, y que él se sentiría dichoso de contribuir a la causa de la ciencia en el nuestro; pero que ellos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

se habían empobrecido por las convulsiones del país, y que, de todas maneras, no me podría dar una respuesta sino hasta que sus hermanos regresaran, a quienes esperaba dentro de dos o tres días Probablemente antes de la referida fecha especulativa, los dueños habían sido felices de vender todo el terreno, consistente en más de cincuenta mil acres, con todo lo que hay en él, conocido y por conocer, por unos pocos miles de dólares Yo estaba ansioso de visitarlas personalmente, y de estudiar con más certeza la posibilidad de su remoción, pero tuve miedo de aumentar la extravagancia de sus ideas Sus hermanos no llegaron, y uno de ellos desgraciadamente murió en el camino Yo no tenía al gobierno como pagador, había sido necesario elevar el precio por motivo de los gastos de traslado; y les dejé una oferta por medio de Mr Savage, cuyo resultado todavía estaba dudoso; pero confío en que, cuando estas páginas lleguen a manos del lector, dos de los más grandes monumentos se hallarán en camino para esta ciudad

CAPITULO 8

RECEPCION EN LA CASA DEL GOBIERNO. — EL CAPITAN EN AFLICCIONES — CAMBIO DE CARACTER. — ARREGLOS PARA EL VIAJE A PALENQUE. — ARRESTO DEL CAPITAN. — SU LIBERTAD. — LA VISITA DE UN PAISANO. — PELIGROS EN PERSPECTIVA. — ULTIMO PASEO POR LOS ARRABALES. — EL HOSPITAL Y EL CEMENTERIO DE SAN JUAN DE DIOS. — HORROROSA CONDICION DEL PAIS — ULTIMA ENTREVISTA CON CARRERA. — PARTIDA DE GUATEMALA. — UN DON QUIXOTE — CIUDAD VIEJA — LLANO DE EL VIEJO. — VOLCANES, LLANURAS Y PUEBLOS. — SAN ANDRES ISAPA. — CAMINO PELIGROSO. — UN MOLINO

Al día siguiente hice una visita al Jefe del Estado Esta vez no era cuestión de presentar credenciales, y fui recibido por él y por todos los caballeros de su compañía sin ninguna desconfianza o recelo, y más como a uno identificado con ellos en sentimientos e intereses que como un agente extranjero. Yo había conocido más de su país que ninguno de los presentes, y hablé de su extraordinaria belleza y fertilidad, de sus volcanes y montañas, del gran canal que podría hacerlo conocido de todo el mundo civilizado y de sus inmensos recursos, si ellos dejaran descansar la espada y se mantuvieran en paz unos con otros

Algunas de las observaciones en estas páginas tal vez se consideren ásperas y una pobre recompensa por la benevolencia que se me manifestó Mis predilecciones estaban en favor del partido liberal, no sólo porque ellos sostenían la federación sino porque me daban la esperanza de un gobierno; pero yo siento un tierno afecto hacia muchos de los principales miembros del partido central Si hablo con dureza es de su actuación pública y política solamente; y si los he ofendido, lo siento mucho

Al salir de la Casa del Gobierno, un caballero me siguió, y preguntóme quién era ese capitán que me había acompañado, añadiendo, lo que me sorprendió no poco, que el gobierno tenía informes de su viaje conmigo desde La Unión, de su intención de juntarse a la expedición de Morazán, y de su cambio de mira a consecuencia de encontrarlo derrotado en el camino; que aún no había sido molestado solamente porque había estado en mi casa Yo me inquieté por esta comunicación Me encontraba expuesto a la imputación de aprovecharme de mi carácter oficial para abrigar a un guerrillero Yo era el único amigo que tenía el capitán, y, por supuesto, estaba resuelto a defenderlo; pero él no era únicamente objeto de sospechas, sino que ya tenían pruebas en su contra; por causas mucho menores se encarcelaba a los hombres y se les fusilaba; en caso de un tumulto, mi casa no sería una protección, era mejor evitar cualquier agitación y tener un entendido al momento Con este propósito regresé a donde el Jefe del Estado, y mencioné las circunstancias bajo las cuales habíamos viajado juntos, con el agregado de que, con respecto a mí, yo habría tomado a un mucho más dudoso compañero antes que viajar solo, y en cuanto al capitán, que si la suerte le hubiera arrojado a tierra sobre sus costas, sin duda habría entrado a la campaña al lado de ellos; que él no estaba en camino de unirse a la expedición cuando encontramos a Morazán, y le aseguré muy seriamente que ahora él comprendía mejor el otro lado de la cuestión y que yo respondía de su quietud Don Rivera Paz —de eso me sentía yo bien seguro, estaba más deseoso de calmar que de crear cualquier agitación en la ciudad— recibió mi conversación en el mejor espíritu posible, y dijo que el capitán haría bien presentándose personalmente al gobierno. Regresé a mi casa y encontré al capitán solo, ya de ningún modo satisfecho con su cambio de fortuna Mi comunicación no le consoló, pero me acompañó a la Casa del Gobierno Difícilmente podía persuadirme que él fuera el mismo hombre cuya resuelta apariencia en el camino, a menudo había hecho cuchichear a las mujeres **"muy valiente"**, y cuya respuesta a todas las insinuaciones de peligro era, que el hombre no podía morir más que una vez De seguro, los soldados en el corredor se daban aires de insinuar que ellos le habían descubierto; los señores en la habitación le examinaban de pies a cabeza, como si tomaran notas para dar aviso al público de su persona, y sus miradas parecían indicar que lo reconocerían cuando lo encontraran otra vez Montado a caballo y con un campo favorable, el capitán había desafiado a toda la nobleza de Guatemala, pero se encontraba completamente acobardado, hablaba solamente cuando le dirigían la palabra y salió con menos descaro del que yo creía posible.

Y ahora de buena gana dejaría yo al lector sentado, divirtiéndose tranquilamente en Guatemala; pero no me es posible El lugar no lo permitía No podía ocultárseme que el gobierno federal estaba deshecho, no había ni el más leve indicio de su restauración, ni esperanza, a lo menos por largo tiempo, de que algún otro fuera organizado en su lugar Bajo estas circunstancias no consideraba justificada mi permanencia por más tiempo en el país. Yo era perfectamente inútil para todos los propósitos de mi misión, e hice un informe oficial para las autoridades de Washington que decía. "Después de diligentes pesquisas, ningún gobierno hallado"

Ya era yo una vez más mi propio amo, con libertad de ir a donde quisiera, a mis propias expensas, e inmediatamente empezamos a hacer los arreglos para nuestro viaje a Palenque No teníamos tiempo que perder; se encontraba a mil millas de distancia, y la estación lluviosa se aproximaba, durante la cual, parte del camino era intransitable No había en la ciudad nadie que hubiese hecho el viaje nunca El arzobispo, en su salida de Guatemala ocho años antes, había huído por ese camino, y desde esa época no había sido transitado por ningún residente de Guatemala: pero nosotros supimos lo bastante pa-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ra quedar entendidos que sería menos difícil llegar a Palanque desde Nueva York que desde donde nos encontrábamos Teníamos muchos preparativos que hacer, y, dada la imposibilidad de conseguir criados en quienes pudiésemos confiar, estábamos obligados a atender a todos los detalles nosotros mismos El capitán estaba indeciso de lo que él mismo debería hacer, y hablaba de irse con nosotros La tarde siguiente, cuando regresábamos a la casa, observamos una fila de soldados en la esquina de la calle Como de costumbre, les dimos la acera, y al atravesar advertí al capitán que nos observaban severamente y se hablaban uno a otro La fila se extendía pasando por mi puerta y hacia arriba hasta la esquina de la calle inmediata Suponiendo que estarían buscando al general Guzmán o a algunos oficiales de Morazán, quienes se pensaba que estuvieran ocultos en la ciudad, y que no perdonarían mi casa, determiné no ponerles dificultad y dejarlos que registraran

Entramos nosotros, y el portero, con gran agitación, nos dijo que los soldados iban en busca del capitán Apenas había terminado cuando entró un oficial a citar al capitán para que se presentara ante el corregidor El capitán se puso tan pálido como un muerto No lo digo como una censura a su valor; cualquier otro hombre habría hecho lo mismo Yo me encontraba tan alarmado con él, y le dije que si quería que yo aseguraría las puertas; pero me contestó que sería inútil, que las derribarían; y que era preferible para él irse con los oficiales Le acompañé hasta la puerta diciéndole que no hiciera ningunas confesiones, que no se comprometiera a sí mismo, y que yo estaría con él a los pocos minutos. Al instante noté que el asunto se encontraba fuera de las manos del Jefe del Estado y que había pasado a un tribunal inferior Mr Catherwood y Mr Savage entraron a tiempo para ver al capitán caminando calle abajo con su escolta. Mr. S, quien se había encargado de mi casa durante mi ausencia, y había enarbolado la bandera americana cuando el ataque a la ciudad, había vivido tan largo tiempo en aquel país, y contemplado tantas escenas de horror, que no fácilmente se atormentaba, y sabía exactamente lo que debería hacerse. Me acompañó al cabildo, donde encontramos al capitán sentado, derecho como un huso, en el interior de la barandilla, y al corregidor y su amanuense, con pluma, tinta y papel, y con ominosa formalidad, examinándole. Su cara resplandeció a la vista del único hombre en Guatemala que tuviera el más mínimo interés en su suerte Afortunadamente el corregidor era un conocido, quien había quedado satisfecho por el interés que tomé en la espada de Alvarado, una interesante reliquia que estaba bajo su custodia, y era uno de los muchos que hallé en ese país orgullosos de mostrar atenciones a un agente extranjero. Reclamé al capitán como mi compañero de viaje, diciendo que juntos habíamos verificado una difícil jornada, y que no me agradaría el perderlo de vista El me dio la bienvenida por mi regreso a Guatemala, y dijo que consideraba el peligro en que yo debía haberme encontrado al juntarme en el camino con el tirano Morazán El capitán aprovechó la oportunidad para apartarse, sin remordimientos, de tan peligrosa compañía, y nosotros conversamos hasta que ya estaba demasiado obscuro para escribir, y entonces le hice ver que, como era arriesgado estar fuera por la noche, yo deseaba llevarme al capitán a la casa, y que sería responsable de su presentación. El condescendió con suma cortesía, y dijo al capitán que volviera al día siguiente a las nueve de la mañana El capitán estaba inmensamente aliviado; pero ya había formado el propósito de que, como había llegado a Guatemala en una expedición mercantil, debería sacar el mejor provecho de sus cadenas de oro

Al siguiente día continuó el examen El capitán no se hizo, por cierto, de ningún delito en sus declaraciones; realmente, el cambio en sus sentimientos era extraordinario. El aire de Guatemala era fatal para los partidarios de Morazán El examen, gracias al corregidor, fue satisfactorio, pero se le advirtió al capitán que abandonara la ciudad En caso de alguna agitación él correría peligro Carrera regresaría a Quezaltenango dentro de pocos días, y si él se interesaba en el asunto, lo que no era improbable, le podría resultar un mal negocio El capitán no necesitaba que lo empujaran Entramos en consejo para determinar qué camino debería tomar, y quedamos en que el que conducía al puerto era el único libre Tenía él un caballo y una mula de carga, y necesitaba otra para aquellos baúles Yo tenía siete en mi patio y le dije que tomara una En una brillante mañana se quitó la levita, se puso su traje de camino, montó y emprendió la marcha para Belice Lo observé cuando cabalgaba calle abajo hasta que se perdió de vista Pobre capitán, ¿dónde estará ahora? La próxima vez que lo vi fue en mi propia casa en Nueva York Cayó enfermo en Belice y, habiendo logrado pasaje en un bergantín con destino a Boston, estaba ya allí cuando llegué y pasó a verme; y lo último que supe de él fue que, temeroso de regresar y de atravesar el país para conseguir las cuentas de venta de su barco, estaba a punto de embarcarse para el istmo de Panamá para cruzarlo y subir por el Pacífico Yo también había llevado mis golpes en ese país, pero pienso que el capitán no olvidará pronto su campaña con Morazán

En esta ocasión recibí la visita de un paisano al que lamento no haber visto antes Era el Dr Weems, de Marilandia, quien había residido varios años en la Antigua y últimamente regresaba de una visita a los Estados Unidos, con un nombramiento de cónsul Llegaba a consultarme con respecto al resultado de mis averiguaciones para hallar un gobierno, pues él estaba sobre la huella con sus propias credenciales El doctor me aconsejó no emprender el viaje a Palenque En mi carrera desde Nicaragua yo me había alentado a mí mismo con la idea de que, al llegar a Guatemala, toda dificultad terminaría, y que nuestro viaje a Palenque estaría acompañado únicamente con las molestias de viajar en un país destituido de comodidades; pero, desgraciadamente, el horizonte en esa dirección estaba sombrío Toda la masa de población indígena de Los Altos se encontraba en un estado de efervescencia, y se susurraba de un levantamiento general y de una matanza de blancos El General Prem, a quien antes me he referido, y su esposa, cuando viajaban rumbo a México, habían sido atacados por una banda de asesinos; él mismo fue dejado en el campo como muerto, y su esposa asesinada, cortándole los dedos para arrancarle los anillos El teniente Nichols, ayudante del coronel M'Donald, arribó de Belice con un informe que el capitán Craddy y Mr Walker, quienes habían salido rumbo a Palenque por el Río Belice, habían sido alanceados por los indios, y circulaba el rumor de alguna espantosa atrocidad cometida por Carrera en Quezaltenango, y que, enfurecido, regresaba precipitadamente de aquel lugar, con la intención de sacar a todos los prisioneros a la plaza y fusilarlos Todos los amigos en Guatemala, y Mr Chatfield particularmente, insistían en que no emprendiéramos el viaje Nosotros sentíamos que era el momento menos propicio, y casi desistimos No vacilo en decir que este fue un asunto de la más seria consideración, el decidir si lo abandonaríamos por completo para dirigirnos a nuestro hogar; pero habíamos salido con el propósito de ir a Palanque, y no podíamos regresar sin haberlo visto

Entre las pequeñas dificultades de acomodo para

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

nosotros, puedo mencionar que necesitábamos cuatro cadenas de hierro para los baúles, pero solamente pudimos conseguir dos, porque todos los herreros del lugar estaban haciendo cadenas para los prisioneros Una semana después de mi arribo se encontraba todo listo para nuestra partida Nos proveímos de todas las facilidades y salvaguardias que pudimos obtener Además de los pasaportes, el gobierno nos proporcionó cartas especiales de recomendación para todos los corregidores; una halagadora noticia apareció en "El Tiempo", periódico del gobierno, mencionando mis viajes por todas las provincias y mi proyectada ruta, comendándome para una buena acogida; y, por el poder de la carta del Arzobispo de Baltimore, el venerable Provisor me dio una carta de recomendación para todos los curas bajo su mando Pero estas no eran suficientes, el nombre de Carrera valía más que todas ellas, y esperamos dos días para su regreso de Quezaltenango El seis de Abril, temprano por la mañana, entró a la ciudad Como a eso de las nueve llegué a su casa y se me informó que estaba en la cama, que había cabalgado toda la noche y que no se levantaría sino hasta por la tarde El rumor de la atrocidad cometida en aquel lugar fue confirmado

Después de comer, en compañía de Mr Savage, hice mi último paseo por los suburbios de la ciudad Jamás sentí, como en aquel momento, su excesiva belleza de posición, y por la tercera vez visité el hospital y cementerio de San Juan de Dios Enfrente quedaba el hospital, una magnífica estructura, en tiempos pasados un convento, sostenido principalmente por la activa caridad de don Mariano Aycinena En el centro del patio había una hermosa fuente, y en la parte de afuera el cementerio, que había sido establecido durante la época del cólera La entrada se hacía por un ancho pasadizo, con un alto muro a cada lado, destinado para el entierro de los "herejes" Ahí había solo una tumba, y la lápida tenía la inscripción:

Teodoro Ashadl,
de la Religione Reformada
July 19 de 1837

Al final de este pasadizo había una sala para muertos, en la cual estaban, en lechos separados, los cuerpos de dos hombres, ambos pobres, uno enteramente desnudo, con las piernas encogidas, como si ningún amigo hubiera estado ahí para enderezárselas, y el otro envuelto en un petate A la derecha del pasadizo había una puerta abierta hacia el interior de un cercado cuadrangular, en donde había bóvedas construidas encima del suelo, con los nombres de los habitantes ricos de la ciudad A la izquierda, una puerta que daba a un cercado que corría detrás de la sala de los muertos, como de setecientos cincuenta pies de largo y trescientos de ancho. Los muros eran altos y gruesos, y las tumbas eran nichos cuadrados a lo largo en el muro, en tres ringleras, cada uno cerrado con una lápida, sobre la cual se inscribía el nombre del ocupante Estos, también, eran para los ricos El área estaba llena con las sepulturas de la gente del pueblo, y en un lugar estaba un cuadrado de tierra recién removida, bajo la cual yacían los cuerpos como de cuatrocientos hombres muertos en el ataque a la ciudad La meseta dominaba una vista del verde llano de Guatemala y de los volcanes de la Antigua Bellas flores se ostentaban sobre las tumbas, y una voz parecía decir:

"Oh do not pluck these flowers,
They're sacred to the dead". (1)

Un féretro se aproximó con el cuerpo de una mujer, que fué sepultado sin ningún ataúd Cerca había una fila de fosas recién abiertas en espera de ocupantes Eran cavadas por entre los esqueletos, y calaveras y huesos yacían amontonados juntos a ellas Yo hice rodar tres cráneos juntos con mi pie Era una triste despedida de Guatemala La tierra se deslizó bajo mis pies y caí hacia atrás, pero me libré pasando sobre una fosa recién abierta Sinceramente creo que si hubiera caído dentro, habría sido supersticioso y hubiera tenido miedo de emprender mi proyectado viaje

Ya llevo dicho que corrían rumores en la ciudad de alguna horrible violencia cometida por Carrera en Quezaltenango El había salido de Guatemala en persecución de Morazán. Cerca de la Antigua encontró a uno de sus propios soldados de Quezaltenango, quien le informó que había habido un levantamiento en esa ciudad y que la guarnición había sido compelida a rendir las armas. Enfurecido con esta noticia, abandonó la persecución de Morazán, y, sin ni siquiera dar aviso al gobierno de su cambio de plan, marchó a Quezaltenango, y entre otras menores tropelías cogió a diez y ocho miembros de la municipalidad, los principales hombres del Estado, y sin la más leve forma de juicio los fusiló en la plaza; y, para realzar la tristeza de esta noticia, esparció sobre la ciudad, la precedió el rumor de que, inmediatamente después de su llegada, intentaba mandar sacar a todos los presos para fusilarlos también Por este tiempo la reprimida conmoción en la ciudad era tremenda Un inmenso consuelo se experimentó con la repulsa de Morazán, pero no había regocijo; y todavía la espada parecía suspendida de un sólo cabello

Y aquí yo, aunque quisiera señalar, como un lugar donde ello no tiene relación inmediata con lo que precede o lo que sigue, y, en consecuencia, donde ninguna aplicación de ello puede hacerse, algunos asuntos de profundo interés personal, que ilustrarían, más que los volúmenes, la horrorosa condición del país, me veo obligado a apartarlas del todo, no sea que estas páginas por casualidad llegaran a Guatemala y comprometieran a algunas personas Durante mi largo viaje yo había tenido comunicación con hombres de todos los partidos, y se me habló sin reservas, y algunas veces confidencialmente En tiempos pasados, en todas las guerras y revoluciones, los blancos tenían la influencia controladora; pero ahora los indios constituían el poder dominante Levantados de la inercia de los siglos, y con mosquetes en sus manos, su mansedumbre se había trocado en ferocidad, y aún entre los adherentes al partido de Carrera, había terribles temores de una guerra de castas, y un vehemente deseo, de parte de quienes podían salir, de abandonar el país Fuí consultado por algunos que poseían casas y grandes terrenos, pero no contaban con más de dos o tres mil dólares en efectivo, sobre la posibilidad de vivir con esa suma en los Estados Unidos; e individuos que ocupaban altos puestos bajo el partido central dijéronme que ellos ya tenían sus pasaportes para México, y que estaban listos para huir en cualquier momento Parecían fundados los temores en que la hora de la justicia distributiva estaba próxima, y que entre los indios se despertaba el ánimo de hacer un sangriento sacrificio a los espíritus de sus antepasados, y recobrar su herencia. Carrera era el eje a cuyo alrededor giraban estas cosas Se hablaba de él como de El Rey de los Indios Los había relevado de todos los tributos, y, como ellos decían, sostenía su ejército imponiendo contribuciones a los blancos Con su autoridad, por medio de una palabra podría causar la matanza de todos los blancos, sin duda alguna La seguridad de éstos se basaba, según yo entendí, en que, en medio de la constante actividad de su corta carrera, él no había tenido tiempo para formar ningún plan para extender su dominio, y nada sabía del inmenso territorio desde Tejas hasta el Cabo de Hornos, ocupado por una raza que simpa-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tizaba en su hostilidad hacia los blancos El era un fanático, y, hasta cierto punto, estaba bajo el dominio de los sacerdotes; y su propia sutileza le indicaba que él era más poderoso con los indios mismos mientras estuviese apoyado por los sacerdotes y la aristocracia, que a la cabeza de los indios solamente, pero todos sabían que, en los momentos de ira olvidaba enteramente el poco método y sagacidad que siempre le gobernaba; y cuando regresó de Quezaltenango, con las manos tintas en sangre, y precedido por el espantoso rumor de que intentaba sacar a dos o trescientos prisioneros y fusilarlos, los habitantes de Guatemala sentíanse parados al borde de un horroroso abismo Un miembro prominente del gobierno, a quien yo deseaba que fuera conmigo a visitarle para pedirle mi pasaporte, declinó el hacerlo, por temor de que, como él dijo, Carrera pudiera imaginarse que el gobierno trataba de dominarlo Otros le hacían formales visitas de ceremonia y congratulación con motivo de su regreso, y comparaban sus observaciones uno con otro de la manera en que habían sido recibidos Carrera no dió informe alguno, oficial o verbal, de lo que había hecho; y aunque todos lo sabían muy bien, ninguno de ellos se atrevió a hacerle alguna pregunta o referencia a dichos actos. Quizá ellos digan que soy un calumniador, pero aun a riesgo de herir sus sentimientos, no puedo retener lo que creo ser un retrato fiel del estado del país, tal como se encontraba en aquel tiempo

Incapaz de inducir a alguna de las personas que deseaba me acompañaran para visitar a Carrera; temeroso, después de tan largo intervalo y de las excitantes escenas en que él había estado comprometido, que no pudiese reconocerme, y palpando la suma importancia de no fallar en mi petición a él, me acordé que en nuestra primera entrevista, me había hablado con entusiasmo de un doctor que le había extraído una bala del cuerpo. Yo no conocía a este doctor, pero fuí a visitarle, y le rogué que me acompañara, a lo cual accedió inmediatamente con mucha cortesía.

Fué bajo estas circunstancias que hice mi última visita a Carrera Se había trasladado a una casa mucho más grande y su guardia era más ordenada y formal Cuando entré estaba parado detrás de una mesa a un lado de la habitación, con su esposa y Rivera Paz, y uno o dos más, examinando unas largas cadenas de Costa Rica, y en ese momento él tenía una en sus manos, la que había formado parte del contenido de aquellos baúles de mi amigo el capitán, y que a menudo adornaban su cuello Yo pienso que al capitán le habría dado un ataque si hubiera sabido que algo que otras veces había tenido alrededor del cuello estaba entre los dedos de Carrera Su esposa era una bonita mestiza, de fino aspecto, no mayor de veinte años, y parecía tener la pasión femenina por las cadenas y el oro. Carrera las miraba con indiferencia Mi idea en aquel tiempo era, que estas joyas le fueron enviadas por el gobierno como un presente para su esposa, para aplacarlo por medio de ella, pero tal vez yo estaba equivocado La cara de Rivera Paz parecía inquieta Carrera había pasado a través de tantas terribles escenas desde que lo vi, que yo temía que me hubiera olvidado; pero me reconoció al instante, e hizo lugar para mí detrás de la mesa junto a él Su levita militar estaba sobre la mesa, y usaba la misma chaqueta redonda, su cara mostraba la misma juventud, vivacidad e inteligencia, su voz y sus modales, la misma suavidad y seriedad, y había sido herido otra vez Sentí el encontrarme con Rivera Paz allí porque pensé que sería mortificante para él, como cabeza del gobierno, ver que su pasaporte no fuera considerado como una protección sin el visto bueno de Carrera; pero yo no podía pararme en ceremonias y aproveché la ocasión en que Carrera dejaba la mesa para decirle que estaba a punto de emprender un peligroso viaje, y que estimaba indispensable fortalecerme con todas las seguridades que pudiera obtener Cuando Carrera regresó le dije mi intención; que yo había esperado únicamente su regreso; le mostré el pasaporte del gobierno, y le rogué que pusiera su firma en él. Carrera no tuvo escrúpulos en la materia; y arrebatándome el pasaporte de la mano lo arrojó sobre la mesa diciendo que me daría uno nuevo y firmado por él mismo Esto era más de lo que yo esperaba; y enseguida, con toda tranquilidad y diciéndome "siéntese", envió a su esposa a otra pieza por el secretario, y le dijo que hiciera un pasaporte para el "Cónsul del Norte" El tenía una vaga idea de que yo era un gran personaje en mi propia tierra, y una noción no muy clara del lugar en que estaba mi país Yo no era exigente con respecto a mi título, de modo que fuera muy retumbante, pero El Norte era más bien una vasta extensión, y para evitar equivocaciones le dí al secretario el otro pasaporte Se lo llevó a otro cuarto y Carrera se sentó a mi lado junto a la mesa El había tenido noticia de mi encuentro con Morazán en su retirada, e inquirió acerca de él, aunque menos ansiosamente que otros, pero habló más de la cuestión; dijo que estaba haciendo sus preparativos, y que dentro de una semana pensaba marchar sobre San Salvador con tres mil hombres, añadiendo que si hubiera tenido un cañón habría arrojado a Morazán muy pronto de la plaza. Le pregunté si era cierto que él y Morazán se habían encontrado personalmente en las alturas del Calvario, y contestó que sí; que eso fué al final de la batalla, cuando aquél se retiraba Que uno de los soldados de caballería de Morazán, desmontado, le arrancó sus pistoleras, que Morazán le disparó a él con su pistola, y que él acometió a Morazán con su espada y la cortó la silla, Morazán, dijo él, tenía muy hermosas pistolas; y lo que más me impresionó fué que él pensaba que si hubiera matado a Morazán habría logrado las pistolas Yo no podía menos que reflexionar en la extraña posición a la que yo había sido impelido: estrechando las manos y sentándome al lado de hombres que estaban sedientos de sus respectivas sangres, bien recibido por todos, sabiendo lo que cada uno decía del contrario, y en muchos casos sus planes y propósitos, tan sin reserva como si yo fuera un miembro viajero de ambos gabinetes A los pocos minutos el secretario lo llamó, y fué y regresó él mismo con el pasaporte, firmado de su propia mano, y con la tinta todavía fresca. Le había llevado más tiempo del que hubiera necesitado para cortar una cabeza, y parecía más orgulloso de ello. En verdad, esta fué la única vez que yo noté en él la más ligera elevación de sentimiento Hice un comentario sobre la excelencia de la letra, y con sus buenos deseos por mi feliz llegada a El Norte y pronto regreso a Guatemala, me despedí de él Actualmente yo creo que no me daría una muy cordial bienvenida si supiera lo que digo de él; pero lo considero honrado, y que si supiera cómo y pudiera refrenar sus pasiones, haría más bien a Centro América que ningún otro hombre de allí.

Ahora ya me encontraba fortalecido con la mejor seguridad que podía obtener para nuestro viaje. Pasamos la tarde escribiendo cartas y empacando cosas para remitirlas al hogar (entre las cuales iba mi levita de diplomático), y el día siete de Abril nos levantamos para emprender la marcha El primer movimiento fué plegar nuestras camas Cada individuo en ese país tiene una pequeña cama llamada catre, preparada para doblarse con un gozne, que puede ser plegado y envuelto, con almohadas y ropa de cama, en un cuero de buey, para llevarlo en viaje Nuestro principal objeto era el viajar con desahogo Cada mula y criado adicional ocasionaba una molestia más, pero nosotros no podíamos con menos de una mula de carga por persona Cada uno teníamos dos petacas, baúles de cuero de res forrados con delgados petates,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

con una tapadera como la de una caja, asegurada por una tosca cadena de hierro con grandes candados, conteniendo, además de otras cosas, una hamaca, una frazada, un par de sábanas, una almohada, lo cual, con las alforjas de provisiones, hacía una carga por cada uno Llevábamos un cable para un caso de enfermedad Teníamos de repuesto una mula de carga, la mula parida con la que había yo ascendido al volcán de Cartago y mi macho, para Mr. Catherwood y yo, y un caballo de relevo, en total seis animales, y dos mozos o criados para todo trabajo, aún no probados Mientras montábamos, don Saturnino Tinoco, mi compañero desde Zonzonate, entró al patio a caballo, para acompañarnos durante dos días en nuestro viaje Dijimos adiós a Mr Savage, mi primero, último y mejor amigo, y a los pocos minutos, con un sentimiento mezcla de tristeza y de satisfacción, dejé por última vez las barreras de Guatemala.

Don Saturnino fué de lo más bienvenido a nuestra compañía Su intención era la de visitar a dos curas, hermanos de su esposa, a quienes él jamás había visto, que vivían en Santiago Atitán, a una distancia de dos o tres días de camino Su padre fué el último gobernador de Nicaragua bajo la monarquía, dueño de un gran caudal que le fué confiscado en la época de la revolución; él todavía conservaba una gran hacienda allí, había traído un hato de mulas para venderlas en San Salvador y pensaba invertir el producto de mercaderías en Guatemala Era como de cuarenta años de edad, alto, y tan delgado como pudiera serlo un hombre que tuviera actividad y vigor, vestía una chaqueta redonda y pantalones de paño olivo obscuro, con grandes pistolas en sus pistoleras, y una larga espada con vaina de cuero, gastada de la punta, dejando como una pulgada del acero desnudo Se sentaba en su mula tan tieso como si se hubiera tragado su propia espada, sosteniendo las riendas con la mano derecha, con el brazo izquierdo encorvado desde el codo, destacándose como el mango de una bomba, la mano caída desde la muñeca y sacudiéndose con el movimiento de la mula Montaba en una silla mexicana con planchas de plata, y llevaba atrás un par de alforjas con pan y queso, y atole, una composición de maíz tostado y molido, cacao y azúcar, lo cual mezclado con agua, era casi su subsistencia Su mozo era tan gordo como flaco era él, y usaba un sombrero de petate en forma de campana, camisa de algodón, y calzoncillos que le llegaban abajo de las rodillas Exceptuando que en vez de Rocinante y el asno el amo cabalgaba en una mula y el criado iba a pie, ellos eran un genuido Don Quijote y Sancho Panza, cuyo primer nombre, muy a raíz de nuestras relaciones, le dimos a don Saturnino

Nosotros íbamos para Quezaltenango, pero pensábamos desviarnos y visitar las ruinas, y ese día nos apartamos tres leguas de nuestra ruta para decir adiós a nuestro amigo el Padre Alcántara en Ciudad Vieja

A las cinco de la tarde llegamos al convento, donde tuve el gusto de juntarme de nuevo con el Padre Alcántara, el señor Vidaurry y don Pepe, los mismos compañeros con quienes había pasado el día con tanta satisfacción anteriormente. Mr Catherwood había permanecido mientras tanto un mes en el convento El Padre Alcántara había huido a la aproximación del "tirano" Morazán, a don Pepe le habían disparado un balazo cuando se retiraba de la Antigua, y el padre tenía un mosquete dejado por la noche junto al muro del convento por un soldado que huía

La mañana principió con molestias La mula parida estaba enferma Don Saturnino le sangró de ambos lados el pescuezo, pero el pobre animal no estaba en condiciones de montarse. Momentos después Mr Catherwood tenía a uno de los mozos por el gaznate, pero el Padre Alcántara hizo la reconciliación Don Saturnino dijo que a la mula parida le aprovecharía el ejercicio, y por última vez le dijimos adiós a nuestro cariñoso hospedador

Don Pepe nos acompañó, y atravesando el llano de El Viejo en la misma dirección en que Alvarado entró en él, subimos una elevada colina, y rodeando la cumbre, a través de una angosta abertura, miramos hacia abajo sobre una hermosa planicie, cultivada como un jardín, que se dilataba hacia a la izquierda a medida que avanzábamos y se precipitaba con dirección a la laguna de Duenos, en medio de los dos grandes volcanes de Agua y de Fuego Descendiendo hasta el llano entramos al pueblo de San Antonio, ocupado enteramente por indios La casa del cura estaba situada en una plaza abierta, con una bonita pila al frente, y las chozas de los indios estaban construidas con tallos de caña de azúcar A raíz de la ocupación de Guatemala, las tierras alrededor de la capital fueron repartidas entre ciertos canónigos y cedidas a los indios para que las cultivaran Cada pueblo era conocido por el nombre del propio canónigo Se edificaba una iglesia y una buena casa para él, y para la prudente administración los indios eran colonos y los artesanos destinados a la capital En medio de la tranquilidad y quietud de este pueblo, parecía como si las montañas y volcanes alrededor lo hubiesen escudado de la devastación y alarmas de guerra Después de atravesarlo, hacia el otro lado del llano comenzamos a subir una montaña Como a media cuesta, mirando hacia atrás sobre el pueblo y la planicie, divisamos una sola línea blanca sobre la montaña que habíamos cruzado para Ciudad Vieja y el alcance de la vista abarcaba el llano y la laguna a nuestros pies, la gran llanura de Escuintla y los dos volcanes de Agua y de Fuego, extendiéndose hasta el Océano Pacífico El camino era muy escarpado y nuestras mulas trabajaban Sobre el otro lado de la montaña el camino se extendía por alguna distancia entre arbustos y árboles enanos, y emergiendo de entre ellos divisamos una inmensa planicie interrumpida por el rastro del camino directo de Guatemala, y muy distante las torrecillas de la villa de Chimaltenango Al pie de la montaña llegamos al pueblo de Páramos. Habíamos empleado tres horas y media para caminar seis millas Don Pepe mandó llamar al alcalde, le mostró el pasaporte de Carrera, y le pidió un guía para el pueblo inmediato El alcalde llamó a sus alguaciles y en muy pocos minutos el guía estaba preparado Don Pepe nos dijo que nos dejaba en Europa, y con muchos agradecimientos nos despedimos de él

Estábamos ahora entrando en una región del país que, en la época de la conquista, era la más populosa, la más civilizada y la mejor cultivada en Guatemala Los habitantes que la ocupaban eran los descendientes de aquellos encontrados allí por Alvarado, y quizás cuatro quintos eran indios de sangre inmaculada Durante tres centurias se habían sometido pacíficamente al dominio de los blancos, pero el levantamiento de Carrera les había despertado el recuerdo de sus antepasados, y se rumoraba que sus ojos se movían de modo extraño sobre los hombres blancos como los enemigos de su raza. Por la primera vez vimos campos de trigo y durazneros La región era poéticamente denominada Europa, y aunque el volcán de Agua todavía alzaba a plena vista su estupenda cima, se asemejaba a la más bella parte de Inglaterra sobre una espléndida balanza.

Pero ello no era como viajar en Inglaterra. El mozo con cuyo gaznate se había mostrado tan confianzudo Mr Catherwood, haraganeaba por detrás con la mula enferma y una escopeta Había salido de Ciudad Vieja con un cuchillo desenvainado en la mano, cuya hoja era como de pie y medio de largo, y nosotros ya habíamos pensado en deshacernos de él, pero temíamos que se nos hubiera anticipado largándose con la mula y la escopeta Lo esperamos hasta que llegó, lo aliviamos del arma y lo hicimos pasar por

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

delante, en tanto que nosotros arreábamos la mula A dos leguas de distancia llegamos al pueblo de San Andrés Isapa Don Saturnino, blandiendo el pasaporte de Carrera, me presentó como El Ministro de Nueva York, exigiendo un guía, y a los pocos minutos un alguacil trotaba delante de nosotros para el pueblo inmediato En esta población, bajo igual requerimiento, el alcalde salió corriendo en busca de un alguacil, pero no pudiendo hallarlo pronto, se atrevió a suplicar a don Saturnino que aguardase un momento Don Saturnino le dijo que debería ir él mismo, que Carrera le cortaría la cabeza si no lo hacía; que el "Ministro de Nueva York" no podía estar esperando Don Saturnino, lo mismo que muchos otros de mis amigos en aquel país, no tenío nociones muy definidas con respecto a títulos ni lugares Pasaba un hombre por casualidad, a quien el alcalde obligó al servicio y trotó para adelante con el cabestro del caballo delantero Don Saturnino lo hacía andar a prisa; cuando nos acercábamos al pueblo inmediato, divisamos soldados de Carrera que regresaban por el camino directo a Guatemala, recién pasada la atroz matanza de Quezaltenango Don Saturnino le dijo al guía que no pasara por la plaza sino que marchara directamente al pueblo inmediato El guía suplicó, y don Saturnino corriendo, desenvainó su espada y lo amenazó con cortarle la cabeza El pobre hombre siguió trotando con los ojos fijos en la espada levantada; y cuando don Saturnino se volvió hacia mí con una expresión de Uncle Toby en el rostro, aquél tiró al suelo el cabestro, saltó sobre un cerco y corrió con dirección al pueblo Don Saturnino, sin desconcertarse, levantó el roznal, y espoleando su mula, siguió adelante El camino se extendía sobre una espléndida meseta, teniendo en algunos lugares árboles a cada lado por una gran distancia Más adelante tuvimos un tempestuoso aguacero, y ya avanzada la tarde llegamos al borde de un inmenso precipio, desde el cual, a una gran distancia, vimos el molino, parecido a una fábrica de Nueva Inglaterra El descenso era muy escarpado y lodoso, serpenteando en algunos lugares muy estrechos a lo largo de la precipitada falda del barranco Había que tener mucho cuidado con las mulas; su tendencia era bajar de lado, lo que era muy riesgoso, pero en los lugares más empinados, manteniendo la cabeza derecha, podían deslizarse en el lodo varios pasos juntando las patas y sin caer

Ya entrada la noche, mojados y enlodados, y en medio de un fuerte aguacero llegamos al molino El mayordomo era un costarricense, paisano de don Saturnino, y afortunadamente, tuvimos un cuarto para nosotros, aunque estaba húmedo y frío Aquí supimos que Tecpan Guatemala, una de las ciudades en ruinas que deseábamos visitar, quedaba a sólo tres leguas de distancia, y el mayordomo se ofreció a ir con nosotros por la mañana

CAPITULO 9

CONTINUACION DEL VIAJE. — BARRANCAS. — TECPAN GUATEMALA — UNA IGLESIA MAJESTUOSA — UNA PIEDRA SAGRADA. — LA ANTIGUA CIUDAD — DESCRIPCION DE LAS RUINAS — UN MOLINO. — OTRO TEMBLOR. — PATZUM. UNA BARRANCA — FORTIFICACIONES. — LOS ALTOS — GODINES — PERDIENDO UN BUEN AMIGO. — ESPLENDIDO PAISAJE — SAN ANTONIO. — LA LAGUNA DE ATITAN

Por la mañana el mayordomo nos proveyó de elegantes caballos y partimos temprano Casi inmediatamente comenzamos a subir del otro lado del barranco que habíamos descendido la noche antes, y en la cumbre entramos en una continuación de la misma hermosa y extensa meseta Hacia un lado, por alguna distancia, había altos cercos de resguardo, donde crecían áloes, y en un sitio estaban cuatro en plena florescencia En una hora llegamos a Patzúm, un pueblo grande indígena Aquí tomamos otro camino a la derecha del camino real para México por una especie de vereda, pero el campo era hermoso y en partes bien cultivado La mañana era vigorizante, y el clima como el nuestro en el mes de Octubre La inmensa altiplanicie era como de cinco a seis mil pies de elevación, pero ninguna de estas alturas se ha determinado nunca Pasamos a la derecha dos montículos tal como se ven por todas partes en nuestro país, y a la izquireda una inmensa barranca La meseta era plana hasta la misma orilla, donde la tierra parecía haberse desgajado y hundido, y nosotros miramos para abajo hacia un espantoso abismo de dos o tres mil pies de profundidad Los gigantescos árboles que se encontraban en el fondo de la inmensa cavidad se miraban como arbustos Alguna distancia más adelante pasamos una segunda de estas enormes barrancas, y en una hora y media llegamos al pueblo indígena de Tecpán Guatemala Por alguna distancia antes de llegar a él, el camino se encontraba sombreado por árboles y arbustos, entre los cuales había áloes de treinta pies de altura La larga calle por donde entramos estaba pavimentada con piedras de las ruinas de la antigua ciudad, y llena de indios borrachos; y atravesando la calle precipitadamente iba uno de ellos con los brazos alrededor del cuello de una mujer Al extremo de esta calle había una hermosa plaza, con un gran cabildo, y veinte o treinta indios alguaciles en el corredor, con varas de autoridad en las manos, silenciosos, en traje de gala de paño azul, pantalones abiertos en la rodilla, y capa con una capucha parecida a un albornoz árabe Inmediato a ésta se encontraba el espacioso atrio de la iglesia, pavimentado con piedra, y la iglesia misma era una de las más suntuosas en el país Fue la segunda que se edificó después de la conquista La fachada era de dos doscientos pies, muy elevada, con torres y torrecillas primorosamente tornamentadas con figuras en estuco, y con una alta plataforma, sobre la cual había indios, los primeros que vimos en traje pintoresco; y con el amplio panorama del campo en derredor, era esta una escena de salvaje magnificencia en naturaleza y en arte Nos detuvimos involuntariamente, y mientras los indios, en mudo asombro nos contemplaban, nosotros nos encontrábamos perplejos de sorpresa y admiración Como siempre, don Saturnino era el que iba adelante, y nos dirigímos a la casa del padre, donde nos introdujeron a una pequeña habitación, con la ventana cerrada y con un rayo de luz que penetraba por la puerta, en la cual el padre se encontraba dormitando en un sillón Antes que hubiera abierto por completo los ojos, don Saturnino le dijo que habíamos llegado para ver las ruinas de la antigua ciudad, y que necesitábamos un guía, y le metió en las manos el pasaporte de Carrera y la carta del provisor El padre era viejo, gordo, rico y achacoso, había sido cura de Tecpán Guatemala durante treinta y cinco años, y no acostumbraba hacer las cosas apresuradamente, pero nuestro amigo, sabiendo el objeto especial de nuestra visita, con gran formalidad y prestesa le dijo al padre que el Ministro de Nueva York había tenido noticia en su país de una notable piedra, y que el provisor y Carrera estaban ansiosos de que la viera El padre respondió que ésta se encontraba en la iglesia, y que

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

estaba colocada sobre ella, que se mantenía cubierta y que era muy sagrada; él jamás la había visto y era evidente que no quería que nosotros la viésemos, no obstante nos dijo que haría lo posible por mostrárnosla cuando regresáramos de las ruinas Mandó a buscar un guía y nosotros salimos al atrio de la iglesia, y en tanto que Mr Catherwood procuraba hacer un diseño, yo subí las gradas El interior era elevado, espacioso, ricamente ornamentado con imágenes estucadas y pinturas, tétrico y solemne, y a lo lejos estaba el altar mayor, alumbrado con grandes cirios encendidos y con indios arrodillados frente a él En la puerta un hombre me detuvo, diciéndome que yo no debía entrar con espada ni con espuelas, y aún más; que debería quitarme las botas Yo lo hubiera hecho así, pero observé que a los indios no les agradaba que un extranjero entrara a su iglesia Evidentemente ellos no estaban acostumbrados a la vista de los extranjeros, y Mr Catherwood se encontraba tan disgustado con el grupo que habían formado ellos a su alrededor que abandonó su dibujo, y temiendo que todo esto fuera peor a nuestro regreso, le dije a don Saturnino que deberíamos hacer un esfuerzo para ver la piedra en ese momento Don Saturnino guardaba un gran respeto hacia los sacerdotes y a la iglesia No era él un fanático, pero creía que una poderosa influencia religiosa era provechosa para los indios Sin embargo dijo que debíamos verla, y regresamos todos juntos a casa del padre, y don Saturnino le dijo que nosotros estábamos ansiosos de ver la piedra al momento, para evitar demoras a nuestro regreso El pesado cuerpo del buen padre se sintió molesto Pidió otra vez la carta del provisor, la leyó hasta el fin salió al corredor y consultó con un hermano casi tan viejo y redondo como él, y por último nos dijo que aguardásemos en aquel cuarto y que él la traería Al salir mandó a todos los indios que estaban en el patio, unos cuarenta o cincuenta, que fueran al cabildo y dijeran al alcalde que enviara el guía A los pocos minutos volvió, y abriendo con algo de miedo los pliegues de su larga sotana sacó a luz la piedra

Fuentes, hablando de la antigua ciudad dice: "Hacia el occidente de la ciudad hay un pequeño cerro que la domina, sobre el cual existe un pequeño edificio redondo como de seis pies de altura, en medio del cual hay un pedestal formado de una substancia brillante parecida al vidrio, pero cuya exacta calidad no ha sido averiguada. Sentados alrededor de esta estructura los jueces oían y juzgaban las causas llevadas ante ellos, y sus sentencias se ejecutaban en el mismo lugar Antes de ejecutarlas, sin embargo, era necesario que fuesen confirmadas por el oráculo, a cuyo fin tres de los jueces dejaban sus asientos y se dirigían hacia un profundo barranco, donde estaba un adoratorio que contenía una piedra negra transparente, sobe cuya superficie se suponía que la deidad indicaba la suerte del criminal Si la decisión era aprobada, la sentencia se ejecutaba inmediatamente, si sobre la piedra nada aparecía, el acusado era puesto en libertad Este oráculo también se consultaba en los casos de guerra El obispo Francisco Marroquín, habiendo tenido noticias de esta plancha, mandó cortarla a escuadra, y la consagró para ser colocada encima del altar mayor en la iglesia de Tecpán Guatemala Es una piedra de singular belleza como de una yarda y media de cada lado" El "Modern Traveller" se refiere a ella como "un ejemplar interesante del arte antiguo"; y en 1825 termina, "podemos esperar, antes de mucho, recibir alguna más clara información de esta piedra oráculo"

El mundo —es decir, las dos clases en que un autor lo dividió una vez, de subscriptores y no subscriptores de su obra— el mundo que lea estas páginas es deudor a don Saturnino de alguna información adicional La piedra estaba envuelta y cosida en un pedazo de tela de algodón bien estirada, que parecía ciertamente tan vieja como los treinta y cinco años que había estado a cargo del cura, y probablemente era la misma cubierta en que fue envuelta cuando por primera vez la pusieron encima del altar Una o dos puntadas se le cortaron por en medio, y esto quizá habría sido todo lo que viéramos, pero don Saturnino, con una confusa jerigonza de "extraño, curioso, sagrado, incomprensible, la carta del provisor, el ministro de Nueva York", &c, dejó ir su navaja, y el buen anciano padre, dominado por la agitación y por su propio peso, se hundió en su silla, todavía sosteniendo la piedra en alto con ambas manos. Don Saturnino descosió hasta casi cortarle los dedos al buen viejo, sacó la sagrada tableta, y dejó el saco en las manos del padre El padre era el vivo retrato del abandono de sí mismo, de la impotencia, de la angustia y del arrepentimiento Nos movimos hacia la luz, y don Saturnino guiñando los ojos y con una cómica formalidad, colmó el miedo y el horror del padre raspando la sagrada piedra con su navaja Esta plancha oráculo es un pedazo de pizarra común, de catorce por diez pulgadas y aproximadamente tan gruesa como las que usan los muchachos de escuela, sin caracteres de ninguna clase sobre ella Con una fuerte predilección por lo maravilloso, y raspándola de la manera más irreverente no pudimos sacar nada más de ella Don Saturnino se la devolvió al padre, y le dijo que haría mejor en coserla y devolverla; y probablemente está ahora en su lugar encima del altar mayor, con la copa sacramental sobre ella, como un objeto de veneración para los fanáticos indios

Pero la agitación del padre destruyó todo lo que había de cómico en la escena Repuesto de la emoción, nos dijo que no regresáramos por el pueblo; que había un camino directo para la antigua ciudad, y ocultando la tableta bajo la sotana, salió con paso firme, y con una fuerte y segura voz, rápidamente, en su propio ininteligible dialecto, llamó a los indios para que llevaran nuestros caballos, y ordenó al guía que nos pusiera en el camino que conducía directamente hacia el molino El temía que los indios llegaran a descubrir nuestro hecho sacrílego; y cuando miramos sus estúpidas caras, quedamos muy satisfechos de irnos antes que tal descubrimiento se hiciese, regocijados más que el padre de poder regresar al molino sin pasar por la población

No tuvimos más que montar y ponernos en camino A milla y media de distancia llegamos al borde de un inmenso barranco Descendimos a él, yendo adelante don Saturnino· y al pie, en el otro lado, él se detuvo en un angosto pasadizo, apenas del ancho suficiente para dar paso a una mula Esta era la entrada para la antigua ciudad Era un sinuoso camino cortado en la falda de un barranco, de veinte o treinta pies de profundidad, y no de bastante ancho para dos jinetes apareados, y esto continuó hasta la elevada meseta donde estuvo la antigua ciudad de Patinamit

Esta ciudad floreció con el en un tiempo poderoso reino de los indios kachiqueles Su nombre en su lengua, significa "la ciudad" También se le llamaba Tecpán Guatemala, que, según Vásques, quiere decir "la Casa Real de Guatemala", y él infiere que esta era la capital de los reyes kachiqueles; pero Fuentes supone que Tecpán Guatemala era el arsenal del reino, y no la residencia real, cuya honra pertenecía a Guatemala, y que la primera se llamaba así por su situación sobre una eminencia con respecto a la otra, significando "arriba" la palabra Tecpán

Según Fuentes, Patinamit estaba situada sobre una eminencia, y rodeada por un profundo desfiladero o foso natural, cuya altura perpendicular, desde el nivel de la ciudad, era de más de cien brazas. La única entrada era por una angosta calzada terminada por dos puertas construidas de piedra chay, una en la muralla exterior y otra en la interior de la ciudad El plano de esta eminencia se extiende como a tres millas de largo de norte a sur, y como a dos de an—

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

chura de este a oeste El terreno está cubierto con una capa de dura arcilla como de tres cuartos de yarda de espesor Hacia un lado del área se encuentran los restos de un magnífico edificio, perfectamente cuadrado, que mide por cada lado cien pasos, construido de piedras labradas extremadamente bien unidas; enfrente del edificio hay una espaciosa plaza, en uno de cuyos lados se encuentran las ruinas de un suntuoso palacio, e inmediatos a él están los cimientos de varias casas Un foso de tres yardas de hondo corre de norte a sur a través de la ciudad, teniendo un parapeto de albañilería que se levanta como a una yarda de alto Hacia el lado oriental de este foso estaban situadas las casas de los nobles, y del lado opuesto las viviendas de los maseguales o plebeyos Las calles eran, como todavía pueden verse, derechas y espaciosas, cruzándose unas a otras en ángulos rectos

Cuando subimos a la meseta, por alguna distancia no había señales de haber habido allí nunca una ciudad Muy pronto llegamos a donde estaba un indio quemando árboles y preparando un pedazo de terreno para sembrar maíz Don Saturnino le rogó que fuera con nosotros y nos mostrara las ruinas, pero él no quiso Luego después llegamos a una choza, fuera de la cual una mujer estaba lavando. Le suplicamos que nos acompañase, pero se entró corriendo a la choza Más allá de esto llegamos a un muro de piedras, pero arruinado y confuso Amarramos nuestros caballos bajo la sombra de los árboles, y comenzamos a pie la exploración El suelo estaba cubierto con montones de ruinas En un lugar vimos los cimientos de dos casas, una de ellas como de cien pies de largo por cincuenta de ancho Hacía ciento cuarenta años que Fuentes había publicado el informe de su visita; durante ese tiempo los indios se habían llevado sobre sus espaldas las piedras para edificar el moderno pueblo de Tecpán Guatemala, y la mano de la ruina no había descansado. Preguntamos especialmente por figuras esculpidas; nuestro guía sabía de dos, y después de buscar mucho nos condujo a ellas Yacían en el suelo, como de tres pies de largo, tan gastadas que no pudimos llegar a comprenderlas, aunque en una se distinguían los ojos y la nariz de un animal La posición dominaba una vista casi ilimitada, y se encuentra rodeada por un inmenso barranco, que confirma la descripción que de ella da Fuentes En algunos lugares era espantoso mirar hacia sus profundidades Por todos lados era inaccesible, y la única vía para llegar a ella era por el estrecho paso por donde nosotros entramos, y su desolación y ruina añadía otra página a la pesada historia de las contiendas humanas, probando que así como en el mundo cuya historia conocemos, también en éste cuya historia nos es desconocida, la mano del hombre se ha levantado en contra de su hermano La solitaria choza indígena es todo lo que ahora ocupa el sitio de la antigua ciudad; pero el Viernes Santo de cada año se verifica una solemne procesión de toda la población indígena desde el pueblo de Tecpán Guatemala hasta allí y, según nos contó nuestro guía, se oyen en ese día las campanas sonando bajo tierra

Descendiendo por el mismo angosto paso, atravesamos el barranco y subimos por el otro lado Nuestro guía nos puso en el camino que esquivaba la población, y partimos al galope

Don Saturnino poseía los extremos del buen carácter: llaneza, sinceridad, inteligencia y perseverancia Desde que me encontré con él nos había sido de la mayor utilidad, pero en este día se sobrepujó a sí mismo, y estaba tan satisfecho con nosotros que declaró que si no fuera por su esposa en Costa Rica, él nos acompañaría hasta Palenque Tenía él un compromiso en Guatemala para un día señalado; cada día que pasaba con nosotros tendría que deducirlo de su visita a sus parientes, y por sus insistentes ruegos habíamos consentido en pasar un día con ellos, aunque un poco desviados de nuestra ruta Llegamos al molino a buen tiempo para pasear con él Sobre la falda de la loma hacia arriba había un amplio edificio para recibir el grano, y abajo de él un inmenso depósito para agua durante la estación seca, pero que no daba el resultado apetecido El molino tenía siete juegos de muelas y trabajando noche y día, molía de setenta a noventa negases (fanegas) de trigo en veinticuatro horas, siendo cada negas (fanega) de seis arrobas de veinticinco libras Los indios acarrean el trigo, cada uno toma una piedra y hace su propia molida, pagando un real, doce y medio centavos, por negas por el uso del molino La harina vale alrededor de tres y medio a cuatro dólares por barril

Don Saturnino era uno de los mejores hombres que jamás hayan existido, pero en paños menores era tan flaco por todos lados que daba risa Por la noche, cuando se sentaba en la cama con sus delgados brazos enrollados en sus delgadas piernas, y nosotros le reprobamos el hecho sacrílego de cortar y abrir el trapo de algodón, guiñaba sus pequeños ojos, y Mr C y yo nos reímos como no nos habíamos reído anteriormente en Centro América

Pero en aquella tierra un extremo seguía inmediatamente al otro A media noche fuimos despertados de nuestro sueño por ese movimiento que, una vez sentido, jamás puede uno confundirlo El edificio se bamboleaba, nuestros criados en el corredor gritaban "temblor" y Mr C y yo al mismo tiempo exclamamos "¡un terremoto!" Nuestros catres estaban colocados transversalmente Por el movimiento ondulante de la tierra él rodó de un lado para otro y yo me fui de cabeza Esta caída me produjo un hondo abatimiento al corazón Di un salto y me lancé a la puerta Al momento la tierra se aquietó Nos sentamos en la orilla de nuestras camas, comparamos los movimientos y sensaciones, nos acostamos otra vez y dormimos hasta la mañana

Muy temprano reanudamos nuestro viaje. Desgraciadamente la mula parda no estaba mejorada Quizás se restablecería en unos pocos días, pero nosotros no teníamos tiempo de esperar Mi primera mula, también, comprada al precio de una mirada a la hermana de Don Clementino, y que hasta allí había sido el más fiel animal, ya iba en decadencia Don Saturnino me ofreció la suya un animal fuerte y osado, a cambio de la segunda, y la primera la deje atrás, para que la echaran a los potreros del Padre Alcántara Pocas aflicciones hay más grandes en aquel país que la de verse obligado a abandonar en el camino a estas experimentadas y fieles compañeras

Hasta Patzúm nuestro camino siguió lo mismo que el día anterior Antes de llegar allí, tuvimos dificultades con el equipaje, y dejamos en una choza del camino nuestro único catre Saliendo de Patzúm hacia la izquierda nuestro camino se extiende sobre una elevada y plana meseta, y a las diez de la mañana llegamos al borde de un barranco de tres mil pies de profundidad, vimos un inmenso abismo a nuestros pies y del lado opuesto el alto y precipitado muro del barranco Nuestro camino se extendía a través de él Muy al principio el descenso era escarpado A medida que avanzábamos la vereda serpenteaba horriblemente a lo largo de la orilla del precipio, y nos encontramos con una recua de mulas en un estrecho lugar, donde no había espacio para hacerse a un lado, y nos vimos en la necesidad de regresar, teniendo cuidado de darles el lado del barranco Por toda la bajada las fuimos encontrando; quizás más de quinientas nos pasaron, cargadas con trigo para los molinos, y de telas para Guatemala Al encuentro de tantas mulas cargadas con mercancías, perdimos los vagos e indefinidos temores con que habíamos emprendido el viaje por este camino Nos vimos detenidos por ellas más de media hora y con gran trabajo llegamos al fondo del barranco Un arroyo corría por en medio de él, y por alguna distancia nuestro camino seguía la corriente y la atravesamos treinta o cuarenta veces Los

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

lados del barranco eran de una inmensa elevación En un lugar caminamos a lo largo de una muralla perpendicular de piedra caliza que humeaba con espontánea combustión

A las doce del día comenzamos la ascención del lado opuesto Como a media cuesta nos encontramos con otra recua de mulas, con grandes cajas sobre sus lomos precipitándose en la bajada de la empinada cuesta Llegaron hasta nosotros tan repentinamente que nuestras mulas de carga se confundieron entre ellas, regresaron y se precipitaron hacia abajo de la montaña Nuestros mozos lograron desenredarlas y nosotros seguimos subiendo pegados al muro A medida que ascendíamos, ya cerca de la cumbre y muy arriba de nosotros, había rudas fortificaciones que dominaban el camino por donde subíamos trabajosamente Este era el puesto fronterizo de Los Altos, y la posición adoptada por el General Guzmán para rechazar la invasión de Carrera Parecía segura la muerte de cualquier grupo de hombres que avanzase contra él; pero Carrera envió un destacamento de indios, que treparon el barranco por otro lugar, y lo atacaron por retaguardia Las fortificaciones fueron derribadas y quemadas, demolidas las vallas divisorias y Los Altos anexados a Guatemala Aquí encontramos a un indio, quien confirmó lo que los arrieros nos habían dicho, que el camino para Santiago Atitán, el lugar de residencia de los familiares de don Saturnino era de cinco leguas, y excesivamente malo, y, para librar del peligro a nuestras mulas de equipaje, resolvimos dejarlas en la aldea de Godines, como a una milla más arriba La aldea se componía de sólo tres o cuatro chozas enteramente desoladas, allí no se veía a nadie Tuvimos miedo de confiar en nuestros mozos solamente; podían ser asaltados, o robarnos ellos mismos, además no tenían nada para comer Nos encontrábamos casi al frente de la laguna de Atitán Era imposible, con las mulas de carga, llegar a Santiago Atitán en ese día, estaba situado sobre el borde izquierdo del lago, nuestro camino iba a la derecha, y convenimos en que don Saturnino seguiría solo, y nosotros continuaríamos nuestro camino directamente a Panachahel (Panajachel), un pueblo a la orilla derecha opuesta a Atitán, y que atravesaríamos la laguna para hacerle una visita. Se nos informó que allá había canoas con ese propósito, y nos despedimos de don Saturnino con la confiada esperanza de verle otra vez al siguiente día en casa de sus parientes; pero ya nunca nos volvimos a encontrar

A las dos de la tarde salimos sobre la elevada meseta que limita la laguna de Atitán En general me he abstenido de intento de dar una idea del espléndido paisaje en medio del cual estábamos viajando, pero aquí el omitirlo sería un pecado Desde una elevación de tres o cuatro mil pies miramos hacia abajo sobre una superficie reluciente como una sábana de plata fundida, circundada de rocas y montañas de toda forma, algunas estériles, y otras cubiertas de verdor, levantándose desde quinientos a cinco mil pies de elevación Del lago opuesto, tendido sobre la orilla de la laguna, y aparentemente innaccesible por tierra, estaba el pueblo de Santiago Atitán, hacia el cual nuestro amigo continuaba su camino, situado entre dos inmensos volcanes de ocho a diez mil pies de elevación Más lejos quedaba otro volcán, y todavía más allá otro, más elevado que todos, con su cima escondida entre las nubes No hay hechos históricos enlazados con esta laguna; hasta últimamente nosotros no la conocíamos ni aun de nombre, pero ambos estuvimos de acuerdo en que este era el más espléndido espectáculo que habíamos visto jamás Nos detuvimos y observamos las nubes de vapor que cual vellones de lana se levantaban de la superficie, moviéndose hacia las montañas y hacia las faldas de los volcanes Descendimos al principio por un rápido declive, y en seguida poco a poco una distancia como de tres millas a lo largo de la escarpada orilla de la laguna, dejando a nuestra derecha el camino real y el pueblo de San Andrés, llegando súbitamente al borde de la meseta, a dos mil pies de elevación En la base había un fértil llano que se extendía hasta el agua; y al lado opuesto otro inmenso y perpendicular lado de la montaña, elevándose a la misma altura que aquella en que nos encontrábamos En medio del llano, escondido entre el follaje, con la torre de la iglesia apenas visible, estaba el pueblo de Panachahel Nuestra primera visión de la laguna fue de lo más hermosa que habíamos visto jamás, pero esta la sobrepujaba Todos los requisitos de lo grande y de lo bello se encontraban allí, montañas gigantescas, un valle de poética dulzura, laguna y volcanes, y desde la altura en que nosotros estábamos, una cascada marcando una línea de plata hacia abajo de sus faldas Un grupo de indios, hombres y mujeres, se movían en fila desde el pie de la montaña con dirección al pueblo, y se miraban como niños El descenso era escarpado y perpendicular, y, al llegar a la llanura, la vista de los muros de la montaña era sublime A medida que avanzábamos el llano formaba un triángulo con su base sobre la laguna, las dos filas de montañas convergían en un punto, y comunicaban por un estrecho desfiladero más allá con el pueblo de San Andrés

Caminando a través de una espesa floresta de árboles frutales y de flores, entramos a la población, y a las tres de la tarde nos dirigimos al convento. El padre era un hombre joven, cura de cuatro o cinco pueblos, rico formal y de finos modales; pero en todas partes del mundo las mujeres son mejores que los hombres; su madre y su hermana nos recibieron cordialmente Ellas estaban angustiadísimas con motivo del ultraje a Quezaltenango Las tropas de Carrera habían pasado por allí en su regreso a Guatemala, y ellas temían que las mismas sangrientas escenas se efectuaran en toda la nación Parte de estas afrentas fue en contra de la persona de un **cura**, y esto parecía romper la única cadena que se suponía que los guardaba en sujeción Desgraciadamente, se nos informó que allí había poca o ninguna comunicación con Santiago Atitán, y que no había canoa de este lado de la laguna Nuestra única esperanza de ver a don Saturnino otra vez era que él sabría esto en Atitlán, y que si allá había una canoa, la enviaría por nosotros Después de la comida, con un criado de la casa como guía, nos encaminamos hacia la laguna. La senda se extendía a través de un jardín tropical El clima era completamente distinto del de arriba en la meseta, y plantas que no crecerían allá florecían aquí Zapotes, jocotes, aguacates, manzanas, piñas, naranjas y limones, las mejores frutas de Centro América, se daban en profusión, y los árboles crecían a una altura de treinta a treinticinco pies, y de doce a catorce pulgadas de grueso, cultivados en filas, para usarlos en los techos de las miserables chozas de los indios Bajamos a la laguna hasta unas fuentes termales, tan cerca de la orilla que las ondas se vertían sobre ellas, siendo las primeras muy calientes y las segundas sumamente frías

Según HUARROS (Juárros), "la laguna de Atitán es una de las más interesantes en el reino Es como de veinticuatro millas de Oriente a Poniente, y de diez de Norte a Sur, enteramente rodeada de rocas y montañas No hay graduación de las profundidades de sus bordes, y su fondo no ha sido hallado con una cuerda de trescientas brazadas Recibe varios ríos, y todas las aguas que descienden de las montañas, pero no se le conoce un canal por donde salga esta inmensa cantidad de agua Los únicos pescados cogidos en ella son los cangrejos y unas especies de pequeños peces casi como del tamaño del dedo meñique. De estos abundan en tan incontables miríadas que los habitantes de los diez pueblos alrededor se ocupan de la pesca en gran escala".

A esa hora del día, según entendimos que sucede siempre en esa época del año, densas nubes se cernían

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

sobre las montañas y volcanes, y la laguna se encontraba violentamente agitada por un fuerte viento del Sudoeste; y, como dijo nuestro guía, **la laguna está mucha brava.** Santiago Atitán quedaba casi al lado opuesto, a una distancia de seis o siete leguas, y siguiendo por el irregular y montañoso borde de la laguna, desde *el punto donde don Saturnino nos dejó*, dudábamos que él pudiera haber llegado aquella noche Quedaba mucho más lejos de lo que suponíamos, y con la laguna en tan estado de agitación, y sujeta, según nos dijo nuestro guía, en todo tiempo a violentas ráfagas de viento, sentíamos muy poco deseo de cruzarla en canoa Habría sido espléndido ver allí una tormenta tropical, oír el trueno retumbando entre las montañas, y ver los rayos relampagueando en la laguna Nos sentamos en la playa hasta que el sol desapareció detrás de las montañas al extremo del lago. Confundidos con nuestras contemplaciones había pensamientos de otras y muy distantes escenas, y al obscurecer regresamos al convento

CAPITULO 10

LA LAGUNA DE ATITAN — CONJETURAS RESPECTO A SU ORIGEN, ETC. — UN PASEO POR LA LAGUNA. — UNA PELIGROSA SITUACION. — UNA ELEVADA FILA DE MONTAÑAS. — ASCENSO A LAS MONTAÑAS — UNA VISTA DOMINANTE — HERMOSA LLANURA. — UN PUEBLO ELEVADO.— CABALGANDO A LO LARGO DE LA LAGUNA. — SOLOLA — VISITA A SANTA CRUZ DEL QUICHE. — PAISAJE EN EL CAMINO. — BARRANCAS. — SANTO TOMAS — LA PICOTA. — LLANURA DEL QUINCHE. — EL PUEBLO. — LAS RUINAS DEL QUICHE. — SU HISTORIA. — PAISAJE DESOLADO. — UN CURA RISUEÑO — DESCRIPCION DE LAS RUINAS. — PLANO. EL PALACIO REAL — EL LUGAR DEL SACRIFICIO — UNA IMAGEN. — DOS CABEZAS, ETC. — DESTRUCCION RECIENTE DEL PALACIO. — UN ARCO.

Por la mañana temprano bajamos otra vez a la laguna No había vapores sobre el agua y la cima de los volcanes estaba limpia de nubes Miramos con dirección a Santiago Atitán, pero no se divisaba canoa alguna que viniera por nosotros Nos divertíamos cazando patos silvestres, pero sólo pudimos lograr dos en tierra, los que después encontramos de excelente sabor De acuerdo con el relato dado por **Huarros,** las aguas de esta laguna son tan frías que en pocos minutos dejan yertos e hinchados los miembros de todos los que se bañan en ella Mas era tan atractiva que determinamos *arriesgarnos y ni nos quedamos yertos de frío* ni nuestros miembros se hincharon. Se nos dijo que los habitantes se bañan allí constantemente; y Mr C permaneció largo tiempo en el agua, con ayuda de su salvavidas y sin hacer ejercicio, y no sintió ningún frío extremado Por la total ignorancia que existe con respecto a la geografía y geología de aquel país, puede ser que el relato de su insondable profundidad, y la ausencia de un desaguadero visible, sea tan infundado como el de la frialdad de sus aguas.

"El Viajero Moderno", refiriéndose a la necesidad de información específica con respecto a su elevación, y otras circunstancias con las cuales forjar una conjetura relativa a su origen, y a la probable comunicación de sus aguas con algún otro depósito, establece que "los peces que contiene son los mismos que se encuentran en la laguna de Amatitán", y pregunta: "¿No podrá haber allí alguna comunicación entre estas lagunas, a lo menos entre la insondable y el Volcán de Agua? Se nos dijo que la **mohara** (mojarra), el pez por el cual tiene fama la laguna de Amatitán en aquel país, no se encontraba, por cierto, en la laguna de Atitán; así que por lo menos, sobre esta base, no hay razón para suponer una comunicación entre las dos lagunas Con respecto a alguna conexión con el Volcán de Agua, si el relato de Torquemada es cierto, la inundación de agua del volcán no fue causada por una erupción, sino por una acumulación de agua en una cavidad de la cima, y por consiguiente, el volcán no tiene potencia de agua subterránea La elevación de esta laguna nunca ha *sido tomada, y la totalidad de esta región del país* invita la atención del viajero científico

Mientras que nos vestíamos, Juan, uno de nuestros **mozos,** encontró una canoa por la playa Era una oblonga "piragua" tosca y desvencijada, hecha para solo una persona; pero la laguna estaba tan mansa que un tablón parecía suficiente Nos metimos en ella, y Juan la empujó y remó A medida que avanzábamos las montañosas orillas del lago se elevaban majestuosamente ante nosotros; y yo acababa de llamar la atención de Mr C hacia una cascada que se veía sobre nosotros desde una gran altura de quizá tres o cuatro mil pies, cuando nos sentimos sacudidos por una ráfaga que hizo dar vuelta a la canoa y nos arrojó lago adentro La canoa estaba sobrecargada y Juan era un remero inexperto Durante varios minutos remó con todas sus fuerzas, ejerciendo todo el poder de sus músculos, pero aún así apenas pudo mantener la proa en línea Mr C estaba en la popa y yo arrodillado en el fondo de la canoa La falta de una remada, o un movimiento vacilante al cambiar de lugar, podía hacerla zozobrar; y si la *dejábamos ir seríamos arrojados a media laguna* y echados a la orilla, si acaso, a veinte o treinta millas de distancia, desde donde tendríamos que regresar trepando por las montañas; y había un peligro peor que éste, pues por la tarde el viento sopla siempre del otro lado, y podría lanzarnos otra vez a media laguna Nosotros veíamos a las gentes que nos miraban desde la playa y que se hacían a cada instante más pequeñas, pero ellas no podían auxiliarnos En todas nuestras dificultades, no habíamos tenido ninguna que llegara tan repentina e inesperadamente, o que pareciera más amenazante Apenas haría diez minutos que nos encontrábamos parados tranquilamente en la playa, y si el viento hubiera persistido cinco minutos más, ignoro lo que habría sido de nosotros; pero afortunadamente calmó Juan recobró su energía y haciendo un gran esfuerzo nos condujo al abrigo de un elevado promontorio, más allá de donde el viento nos arrojó primero, y a los pocos minutos llegamos a tierra

Ya habíamos tenido lo suficiente de laguna, el tiempo era precioso y dispusimos emprender la marcha después de almuerzo y cabalgar cuatro leguas hasta Sololá Tomamos otro mozo a quien el padre recomendó como un **bobón,** o gran bobo Los dos primeros estaban de punta, y con tal trío no habría mucho peligro que hicieran alguna combinación Al cargar las mulas empezaron a pelear, Bobón en cuenta Desde que salimos, don Saturnino había vigilado esta operación, y sin él todo se hacía mal Una mula dejó ir parte de su carga en el patio, y nosotros no formábamos más que *un desconsolado grupo al considerar la larga jornada* que teníamos por delante Desde el pueblo nuestro camino se extendía alrededor del lago, hasta el lugar de la montaña opuesta que se cierra en el llano de **Panachahel** Aquí comenzamos la ascención Durante algún tiempo la vereda dominaba una vista de la población y el llano; pero poco a poco nos apartamos de ella, y después de una hora de ascenso llegamos arriba del lago, caminando una corta distancia sobre el borde, con otra inmensa fila de montañas a nuestro frente, inter-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ceptando en la cima el salto de agua que habíamos visto desde la canoa Muy pronto comenzamos a ascender; la senda iba formando zigzags y dominaba alternativamente una perspectiva del llano y de la laguna El ascenso era terrible para las mulas con carga, pues había algunos lugares con gradas cortadas en la piedra como de una escalera. Cada vez que mirábamos la laguna era con una vista diferente A las cuatro de la tarde, mirando hacia atrás sobre las elevadas filas de montañas que habíamos cruzado, vimos los grandes volcanes de Agua y de Fuego Seis volcanes teníamos a la vista al mismo tiempo, cuatro de ellos arriba de diez mil, y dos de casi quince mil pies de elevación Mirando hacia el lago divisamos una canoa, tan pequeña que parecía un simple punto sobre el agua, y, según supusimos, quizá la enviada para nosotros por nuestro amigo don Saturnino Cuatro días más tarde, después de desviarnos y regresando al camino real, encontré una carta de él dirigida a **"El Ministro de Nueva York"**, en la que decía que había encontrado el camino tan difícil que le había sorprendido la noche viéndose en la necesidad de parar tres leguas más acá de Atitán Al llegar a ese lugar supo que la canoa estaba de su lado en la laguna, pero que los barqueros no quisieron cruzarla hasta que el viento de la tarde se levantara La carta había sido escrita después del regreso de la canoa, y remitida por correo con dos días de viaje, suplicándonos que regresáramos y ofreciéndome como soborno una magnífica mula, la cual, en nuestras zumbas por el camino, afirmaba él que era mejor que mi macho Por dos veces el rastro de las mulas casi nos condujo a la caída de las cataratas, y la última vez que llegamos arriba de la laguna miramos hacia abajo un llano aún más hermoso que el de Panachahel Directamente abajo de nosotros, a una inmensa distancia pero elevándose el mismo a mil quinientos o dos mil pies, estaba un pueblo, con su iglesia a la vista, y parecía como si nosotros pudiéramos arrojarle una piedra hacia abajo sobre el techo Desde el momento que esta laguna apareció ante nosotros hasta que la dejamos de ver, nuestro viaje por sus cercanías presentó la más admirable combinación de bellezas que ninguna otra región vista por mi jamás La última subida nos llevó una hora y tres cuartos Como viejos caminantes, la habríamos evitado si hubiera habido otro camino; pero una vez emprendida no la hubiéramos dejado por nada del mundo Muy pronto divisamos Solalá En los arrabales había indios borrachos parados en línea, y se quitaban sus viejos **petates** (sombreros de paja) con ambas manos Era día domingo, y las campanas de la iglesia tocaban a vísperas, se disparaban cohetes, y una procesión, encabezada con violines, ostentaba alrededor de la plazal a imagen de un santo a caballo, vestido como un arlequín Al lado opuesto del cabildo el alcalde, con una turba de mestizos, jugaba a los gallos.

La población está situada sobre los elevados bordes de la laguna de Amatitán, (léase Atitán), y como a cien yardas de ella toda el agua era visible Amarré mi caballo al poste donde ataban a los reos para azotarlos, y, gracias al pasaporte de Carrera, el alcalde mandó por **sacate,** hubo un cuarto barrio en el cabildo, y ofreció mandarnos cena de su propia casa Hacía como diez días que él estaba en funciones y había sido nombrado desde la última invasión de Carrera Antiguamente este lugar era la residencia de la más joven rama del linaje de los indios kachiqueles

Era nuestro propósito en este lugar adelantar nuestro equipaje por el camino real a Totonicapán, una jornada de un día más allá, mientras nosotros lo cortábamos en ángulo y visitábamos las ruinas de Santa Cruz del Quiché Los indios de aquel lugar, aún en los tiempos de más quietud, tienen muy mala fama, y nosotros estábamos temerosos de oír tales referencias de ellos que nos imposibilitaran ir allá Carrera había dejado una guarnición de soldados en Solalá, y nosotros visitamos al comandante, un hombre muy cortés, al que se suponía desafecto al gobierno de Carrera, y de consiguiente muy deseoso de respetar su pasaporte, quien me dijo que allí había menos excitación que en algunos otros pueblos, me prometió enviar el equipaje con una segura custodia al corregidor de Totonicapán, y nos dio una carta para su colega en Santa Cruz del Quiché

A nuestro regreso tuvimos noticia que una señora había mandado a buscarnos Su casa quedaba en la esquina de la plaza Era ella una chapetona de la vieja España, de donde había salido con su esposo desde hacía treinta años, con motivo de las guerras En tiempo de la última invasión de Carrera, su hijo, que era alcalde mayor, huyó Si lo hubieran capturado lo fusilan La esposa de su hijo estaba con ella Ellas no tenían noticias de él, pero como había huído con dirección a México, suponían que estaría en alguna población fronteriza, y querían que nosotros llevárramos cartas para él y que le informáramos de la condición en que ellas se encontraban Su casa había sido saqueada y ellas estaban muy afligidas. Este era otro ejemplo de los que constantemente nos salían al paso, de los efectos de la guerra civil Insistían en que permaneciésemos en su casa toda la noche, lo que, además del interés que ellas tenían, a nosotros no nos disgutaba hacerlo por nuestra propia conveniencia El paraje estaba a varios miles de pies más elevado que donde habíamos dormido la noche anterior, y la temperatura fría e invernal en relación Las hamacas, nuestras únicas camas, eran inútiles por cierto Ni siquiera había soportes en el cabildo para colgarlas. A la mañana siguiente las mulas estaban todas encogidas por el frío, con el pelo erizado, y mi pobre caballo estaba tan friolento que apenas podía moverse Al llegar había llamado la atención y el alcalde quería comprármelo Por la mañana me dijo que, como estaba acostumbrado a un clima cálido, el caballo no podía soportar el viaje a través de las cordilleras, lo que fue confirmado por varias personas desinteresadas a quienes apeló. Yo casi sospeché de él que le hubiera hecho algún daño al caballo para obligarme a dejarlo Sin embargo, al moverlo en el sol, sus miembros se ablandaron, y lo echamos por delante con los mozos y el equipaje, y la prometida escolta, para Totonicapán, recomendado al corregidor

A las nueve menos cuarto nos despedimos de las señoras que nos hospedaron tan bondadosamente, y, con el encargo de las cartas y mensajes para su hijo y esposo respectivamente, salimos con Bobón para Santa Cruz del Quiché A poca distancia de la población nos encontramos de nuevo sobre una cumbre que domina una vista del lago y de la villa; la última, y, según pensamos, la más hermosa de todas. A una legua de distancia cambiamos el camino real por un estrecho camino de herradura, y pronto entramos a un llano bien cultivado, pasamos un bosque libre de arbustos y maleza, como un bosque en nuestra tierra, y seguimos el curso de una hermosa corriente De nuevo salimos a una fértil llanura, y en varios lugares vimos grupos de árboles en plena florescencia La atmósfera estaba transparente, y, como en un día de otoño en nuestra patria, el sol se mostraba alegre y vigorizante

A las doce del día encontramos algunos indios, quienes nos dijeron que Santo Tomás estaba a tres leguas de distancia, y cinco minutos después divisamos la población aparentemente retirada a lo más una milla; pero nos vimos interrumpidos por otra inmensa barranca El descenso se hacía por una sinuosa vereda en zigzag, parte de la vía con elevados muros de ambos lados, tan escarpada que tuvimos necesidad de apearnos y andar a pie toda al senda, empujados por nuestro propio impulso y por el tropel de las mulas detrás de nosotros En el fondo de la barranca había una hermosa corriente, en la que, sofocados por el polvo y el sudor, nos paramos a beber Montamos para vadear el arroyo, y casi inmediatamente nos apeamos de nuevo para subir del lado opuesto de la barranca Esto era aún más difícil que el descenso y cuando llegamos a la cumbre parecía tener tres buenas leguas Pasamos a la derecha por otra espantosa barranca, cor-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tada por una altiplanicie, y cabalgando muy cerca a lo largo de sus bordes miramos para abajo hacia un abismo de dos o tres mil pies, y pronto llegamos a Santo Tomás Una multitud de indios se encontraba reunida en la plaza, bien vestidos con traje pardo, y con largos y negros cabellos, *sin sombrero Todos los habitantes* eran indios No había ni un solo hombre blanco en el lugar, ni alguno que pudiese hablar en español, salvo un viejo mestizo que era el secretario del alcalde *Llegamos a caballo hasta el cabildo y amarramos nuestras* mulas frente a la puerta de la cárcel Grupos de caras villanes estaban fijas en las barras de las ventanas Preguntamos por el alcalde, le presentamos el pasaporte de Carrera, y pedimos **sacate,** huevos y frijoles para nosotros, y un guía para el Quiché Mientras se conseguían éstos, el alcalde y cuantos alguaciles pudieron encontrar lugar, sentáronse silenciosamente en un banco ocupado por nosotros Al frente se encontraba una nueva picota **(whipping-post).** No se habló ni una palabra; pero llevaron a un hombre junto a ella, con los pies y las muñecas bien amarrados, y lo elevaron con una cuerda que pasaba por una ranura en la punta del poste Le desnudaron las espaldas y un alguacil, con un fuerte látigo de cuero en mano, se paró a su izquierda *Cada golpe dejaba una lista azul que levantaba un* verdugón, del cual brotaba la sangre que le escurría por la espalda El pobre hombre lanzaba gritos de agonía En seguida y en la misma forma estiraron a un muchacho Al primer latigazo, con un espantoso alarido sacudió violentamente los pies para sacarlos de las cuerdas, y parecía que volaba hacia la punta del poste Lo aseguraron nuevamente y lo azotaron hasta que el alcalde se dio por satisfecho Esta era una de las reformas instituidas por el gobierno central de Guatemala El partido liberal había abolido este residuo de la barbarie; pero durante el último mes a solicitud de los propios indios, y en consecución del plan general para restaurar los antiguos usos y costumbres, nuevas picotas se habían levantado en todos los pueblos Ni uno solo de los seres brutales que estaban alrededor parecía tener la más leve compasión por las víctimas Entre los aficionados había varios criminales, a quienes habíamos observado paseando por la plaza encadenados, y entre ellos un hombre y una mujer harapientos, con la cabeza descubierta, con largos cabellos cayéndoles sobre los ojos, encadenados juntos de una mano y un pie, con fuertes barras entre sí para mantenerlos a distancia uno del otro Eran marido y mujer, quienes, por vivir separados, habían ofendido el sentimiento moral de la comunidad. El castigo parecía un verdadero refinamiento de la crueldad, pero mientras durara sería un medio efectivo de prevenir una repetición de tal ofensa

A las tres y media del a tarde, con un alguacil corriendo por delante de nosotros y con Bobón trotando por detrás, emprendimos la marcha de nuevo, y cruzando una planicie suavemente ondulada, con la falda de una loma a lo lejos y hacia la izquierda hermosamente cubierta de bosques, y que nos traía a la memoria los paisajes de nuestra tierra, excepto que a la izquierda había otra inmensa barranca, con grandes árboles, cuyas copas se encontraban a dos mil pies abajo de nosotros. Dejando un pueblo a la derecha, pasamos una pequeña laguna, cruzamos un barranco y subimos a la llanura del Quiché. A alguna distancia hacia la izquierda se encuentran las ruinas de la antigua ciudad, la en otro tiempo grande y opulenta capital de Utatlán, corte de los nativos reyes del Quiché, y la más suntuosa descubierta por los españoles en esta sección de América Era un sitio digno de ser la residencia de un linaje de reyes Pasamos por en medio de dos lagunetas, cabalgamos hasta la población, pasando, como *de costumbre, al convento, situado al costado de la igle*sia, parando al pie de una elevada escalera de gradas de piedra Un indio viejo que estaba en el atrio nos dijo que pasáramos adelante, y nosotros espoleando *nuestras mulas subimos por las gradas, pasamos por el* corredor hasta una espaciosa habitación, e hicimos bajar las mulas por otra gradería a una patio circulado por un alto muro de piedra Este convento fue el primero erigido en el país por los frailes Dominicos y databa desde el tiempo de Alvarado Fue construido enteramente de piedra, con *macizos muros, y corredores,* pavimentos y patio, suficientemente sólidos para una fortaleza, pero la mayor parte de sus habitaciones se encontraban desoladas o llenas con desperdicios, una ser*vía para sacate, otra para el maíz, y otra preparada co*mo gallinero para las aves de corral El padre se había ido a otro pueblo, sus habitaciones estaban cerradas, y a nosotros se nos mostró una contigua, como de treinta pies en cuadro, y casi de la misma altura, con pisos y paredes de piedra, y completamente vacía a excepción de un quebrantado y curtido militar en un rincón, que regresaba de las campañas en México Como nosotros no habíamos traído otra cosa más que nuestros ponchos, y las noches en aquella región son sumamente frías, no estábamos muy dispuestos a dormir sobre el piso de piedra, y con el sirviente indio del padre nos fuimos a donde el alcalde, quien, debido al poder del pasaporte de Carrera, nos proporcionó la sala de audiencia del cabildo, la cual tenía en un extremo una elevada plataforma con una baranda, una *mesa y dos largos bancos* con respaldo alto Contigua quedaba la cárcel, que era solamente un espacio cerrado por cuatro paredes altas de piedra, sin techo, y lleno con más del acostumbrado número de criminales, algunos de ellos, según vimos a través de la reja, estaban tendidos en el suelo, con unos pocos trapos para cubrirse, tiritando de frío El alcalde nos proporcionó la cena y prometió conseguirnos un guía para las ruinas

Po la mañana temprano, con un mestizo armado con una larga espada guacaluda, quien nos aconsejó que llevásramos nuestras armas, pues dijo que no debíamos confiar de los habitantes, salimos para las ruinas A corta distancia pasamos otra inmensa barranca, en la cual, pocas noches antes, un indio, perseguido por los alguaciles, o cayó o se arrojó al abismo de mil quinientos pies de profundidad haciéndose pedazos Como a una milla distante de la población llegamos a una hilera de elevaciones, que se extendía a gran distancia unida por un *foso, que había evidentemente formado* la línea de fortificaciones de la ciudad en ruinas Estaban formadas por los restos de los edificios de piedra, probablemente torres, estando las piedras bien cortadas y caídas en conjunto, y la masa de escombros alrededor abundante en pedernales para puntas de flechas Entre esta línea había una elevación, que surgía más imponente a medida que nos acercábamos, cuadrada, con terraplenes, y que tenía en el centro una torre, con una altura total de ciento veinte pies. Ascendimos por gradas a tres espacios de terraplenes, y al llegar a la parte alta entramos a una superficie limitada por muros de piedra, y cubierta con cemento endurecido, en muchos lugares todavía perfecto. De ahí subimos por gradas de piedra hasta encima de la torre, toda ella cubierta con estuco, y levantada como una fortaleza a la entrada de la gran ciudad de Utatlán, la capital del reino de los indios quichés

De acuerdo con Fuentes, el cronista del reino de Guatemala, los reyes del Quiché y Kachiqueles eran descendientes de los indios toltecas, quienes, cuando llegaron a este país, lo encontraron ya habitado por gentes de diferentes naciones Según el manuscrito de don Juan Torres, nieto del último rey del Quiché, que estaba en poder del teniente-general designado por Pedro de Alvarado, y que Fuentes dice haberlo obtenido por medio del Padre Francisco Vásquez, historiador de la orden de San Francisco, los mismos toltecas descendían del linaje de Israel, quienes fueron libertados por Moisés de la tiranía de Faraón, y después de atravesar el Mar Rojo, cayeron en la idolatría Para evitar la reprobación de Moisés, o por temor de que se les impusiera algún castigo, separáronse de él y de sus hermanos, y bajo la dirección de Tanub, su jefe, pasaron de un conti-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

nente al otro, hasta un lugar que denominaron las siete cavernas, una parte del reino de México, donde fundaron la célebre ciudad de Tula De Tanub dependen las familias de los reyes de Tula y del Quiché, y el primer monarca de los toltecas Nimaquiché, el quinto rey de ese linaje, y más amado que ninguno de sus antecesores, fue dirigido por un oráculo para salir de Tula, con su pueblo, que por este tiempo ya se había multiplicado grandemente, y lo condujo del reino de México al de Guatemala En la ejecución de este viaje emplearon muchos años, sufrieron penalidades extraordinarias, discurriendo sobre una inmensa región del país, hasta que descubrieron la laguna de Atitán, y resolvieron establecerse en sus cercanías en un país que denominaron Quiché

Nimaquiché estaba acompañado por sus tres hermanos, y convinieron en dividirse entre ellos el nuevo país Nimaquiché murió; su hijo Axcopil llegó a ser el jefe de los quichés, kachiqueles y zutugiles, y estaba a la cabeza de su nación cuando se establecieron en el Quiché, siendo el primer monarca que reinó en Utatlán Bajo su dominio la monarquía se elevó a un alto grado de esplendor Para relevarse a sí mismo de algunas de las fatigas de la administración, designó a trece capitanes o gobernadores, y a una edad muy avanzada dividió su imperio en tres reinos, a saber: el Quiché, el Kachiquel, y el Zutugil, reteniendo el primero para sí mismo, y dando el segundo a su hijo mayor Jintemal, y el tercero al más joven Acxigual Esta división se verificó en un día en que tres soles fueron visibles al mismo tiempo, cuya extraordinaria circunstancia, dice el manuscrito, ha inducido a algunas personas a creer que fue hecha el día del nacimiento de nuestro Salvador Hubo diez y siete reyes toltecas que reinaron en Utatlán, la capital del Quiché, cuyos nombres han llegado a la posteridad, pero son tan difíciles de transcribir que yo daré por concedido que el lector está familiarizado con ellos.

Su historia, lo mismo que la del hombre en otras partes del mundo, es de guerras y derramamiento de sangre. Antes de la muerte de Axcopil sus hijos estuvieron en guerra, la que, sin embargo, fue sosegada por su mediación, y durante dos reinados prevaleció la paz Durante el reinado de Balam Acan, el siguiente rey del Quiché, mientras vivía en gran intimidad y amigablemente con su primo Zutugilebpop, rey de los zutugiles, éste, abusando de su generosidad, huyó con su hija Ixconsocil; y al mismo tiempo Iloacab, su pariente y favorito, arrebató a Ecselixpua, la sobrina del rey El rapto de Helena no produjo más guerras y efusión de sangre que la llevada de estas dos señoritas de impronunciables nombres. Balam Acan era por naturaleza un hombre apacible, pero el rapto de su hija era una afrenta que no tenía perdón Con ochenta mil veteranos, y él mismo en el escuadrón central, ataviado con tres diademas y otros reales ornamentos, conducido en un opulento sitial, espléndidamente decorado con oro, esmeraldas y otras piedras preciosas, en hombros de los nobles de su corte, marchó contra Zutugilebpop, encontrándole con sesenta mil hombres, comandados por Iloacab, su general en jefe y cómplice La más sangrienta batalla jamás reñida en el país tuvo lugar; el campo quedó tan completamente regado con sangre que ni una hoja de yerba se podía ver. Por largo tiempo la victoria pareció indecisa, hasta que por fin Iloacab cayó muerto y Balam Acan quedó dueño del campo Pero la campaña no terminó aquí. Balam Acan, con treinta mil veteranos bajo su mando personal y otros dos cuerpos de treinta mil cada uno, encontró de nuevo a Zutugilebpop con cuarenta mil de sus propios guerreros y cuarenta mil auxiliares Este fue derrotado y escapó de noche. Balam Acan le persiguió y logró alcanzarle; pero mientras sus conductores se apresuraban con él a lo más recio del combate, resbalaron y lo precipitaron en tierra En estos momentos Zutugilebpop avanzaba con un escogido cuerpo de diez mil lanceros Mataron a Balam Acan y catorce mil indios quedaron muertos en el campo

La guerra fue proseguida por el sucesor de Balam, y Zutugilebpop sufrió tan severos reveses que cayó en desaliento y murió. La guerra se prolongó hasta la época de Kicah Tanub, quien, después de una sangrienta lucha, redujo a los zutugiles y kachiqueles al yugo de los reyes del Quiché Por este tiempo el reino de los quichés había alcanzado su más grande esplendor, siendo esto contemporáneo de aquella era extraordinaria en la historia americana: el reinado de Montezuma y la invasión de los españoles Los reyes de México y del Quiché reconocían los lazos de parentesco y, en un manuscrito de diez y seis hojas en cuarto, conservado por los indios de San Andrés Xecul, se relata que cuando Montezuma fue hecho prisionero, envió un embajador secreto a Kicah Tanub, informándole que algunos hombres blancos habían arribado a sus dominios y héchole la guerra con tal impetuosidad que todo el poder de su gente fue incapaz de resistirlas; que él se encontraba prisionero, rodeado de guardias; y habiendo oído que era la intención de sus invasores pasar hasta el reino del Quiché, le enviaba noticias de tal designio, para que Kicah Tanub pudiera estar preparado para oponérseles Al recibir este aviso, el rey del Quiché hizo llegar a cuatro jóvenes adivinos, a quienes ordenó que le dijeran cuál sería el resultado de esta invasión Ellos pidieron tiempo para dar sus respuestas; y, tomando sus arcos, dispararon algunas flechas contra una roca, pero, observando que ninguna impresión habían hecho sobre ella, regresaron muy apenados, y dijeron al rey que no había medio de evitar el desastre; los hombres blancos ciertamente los conquistarían Kicah, no satisfecho, envió por los sacerdotes, deseoso de obtener su opinión sobre este importante asunto; y ellos, por la siniestra condición de cierta piedra traída por sus antecesaroes de Egipto, que repentinamente se había partido en dos, predijeron la ruina inevitable del reino Por este tiempo él recibió informe del arribo de los españoles a los confines de Soconusco para invadir su territorio; pero sin desmayar por los augurios de los adivinos o sacerdotes, se preparó para la guerra. Envió mensajes a los reyes conquistados y jefes bajo su dominio,, compeliéndoles a cooperar para la común defensa; pero,, gozoso de una oportunidad para rebelarse, Sinacam, el rey de Guatemala, declaró abiertamente que él era amigo de los teules o dioses, como los españoles eran llamados por los indios; y el rey de los zutugiles respondió altivamente que él era capaz de defender su reino solo contra un más numeroso y menos hambriento ejército que aquél que estaba próximo al Quiché La irritación, el orgullo herido, la ansiedad y la fatiga, produjeron una enfermedad que llevó a la tumba a Tanub en pocos días

Su hijo Tecum Uman le sucedió en los honores e inquietudes Al poco tiempo se recibió aviso que el Capitán (Alvarado) y sus teules habían marchado a poner sitio a Xelahuh (ahora Quezaltenango), después de la capital la ciudad más grande del Quiché En aquella época tenía dentro de sus muros ochenta mil hombres; pero tal era la fama de los españoles que Tecum Uman determinó acudir en su auxilio. Abandonó la capital por la entrada en que nos hallábamos, conducido en su litera en hombros de los principales varones de su reino, y precedido por la música de flautas, cornetas y tambores, y de setenta mil hombres, comandados por su general Ahzob, su teniente Ahzumanché, el gran escudero Ahpocob, otros dignatarios con nombres todavía más difíciles, y numerosos cortesanos que portaban parasoles y abanicos de plumas para la comodidad de la real persona Un inmenso número de indios cargadores le seguían con el bagaje y provisiones En la populasa ciudad de Totonicapán el ejército fue aumentado a noventa mil hombres de guerra En Quezaltenango se le unieron diez jefes más, bien armados y surtidos de provisiones, ostentando todas las vistosas insignias de su rango, y asistidos por veinticuatro mil soldados En el mis-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mo lugar fue reforzado por cuarenta y seis mil más, adornados con plumas de diferentes colores, y con armas de toda clase, los jefes ataviados con pieles de leones, de tigres y de osos, como señales de su bravura y de aguerridas proezas. Tecún Umán reunió bajo sus banderas en el llano de Tzaccapa doscientos treinta mil guerreros, y fortificó su campo con una muralla de piedras sueltas incluyendo en su circuito varias montañas En el campo había varias máquinas militares, formadas de maderos sobre ridos, para ser movidos de un lugar a otro. Después de una serie de desesperadas y sangrientas batallas, los españoles derrotaron este inmenso ejército, y entraron a la ciudad de Xelahuh Los fugitivos se desplegaron afuera, e hicieron el último esfuerzo para rodear y aplastar a los españoles Tecún Umán comandaba en persona; tomó por su cuenta a Alvarado, le atacó por tres veces brazo a brazo e hirió a su caballo; pero la última vez Alvarado le traspasó con una lanza, matándole en el acto La furia de los indios aumentó hasta la locura; en enormes masas se abalanzaron sobre los españoles; y, agarrando las colas de los caballos, procuraban por medio de la fuerza arrojar al suelo a caballos y jinetes; pero, en un crítico momento, los españoles atacaron en columna cerrada, rompieron las sólidas masas de los quichés, derrotaron a todo el ejército, y mataron un inmenso número, quedando por completo dueños del campo. Muy pocos de los setenta mil que salieron de la capital con Tecún Umán regresaron; y, sin esperanza de poder resistir más tiempo por la fuerza, recurrieron a la traición En un consejo de guerra congregado en Utatlán por el rey Chinanivalut, hijo y sucesor de Tecún Umán, determinóse enviar una embajada a Alvarado, con un valioso presente de oro, solicitando su perdón, prometiéndole obediencia, e invitando a los españoles a la capital. A los pocos días Alvarado, con su ejército, envanecidos ante la perspectiva de una terminación de esta sangrienta guerra, acamparon sobre el llano

Esta fue la primera aparición de extranjeros en Utatlán, la capital del gran reino indígena, cuyas ruinas teníamos a la vista, en un tiempo la más populosa y opulenta ciudad, no solo del Quiché, sino de todo el reino de Guatemala Según Fuentes, quien la visitó con el objeto de recoger información, y quien reunió sus datos en parte por las ruinas y en parte por manuscritos, estaba rodeada por un profundo barranco que formaba un foso natural, dejando solamente dos caminos muy angostos como entradas, estando ambos tan bien defendidos por la fortaleza de Resguardo, que la hacían inexpugnable El centro de la ciudad estaba ocupado por el palacio real, el cual se encontraba rodeado por las residencias de la nobleza, las orillas las habitaban los plebeyos; y alguna idea puede formarse de su vasta población por el hecho, antes mencionado, que el rey sacó de ella no menos de setenta y dos mil hombres para oponerse a los españoles. Contenía muchos y muy suntuosos edificios, siendo el más sobervio de todos un seminario, donde de cinco a seis mil niños se educaban por cuenta del tesoro real. El castillo de la Atalaya era una notable estructura, de cuatro pisos de alto, y capaz de proporcionar alojamiento a una muy poderosa guarnición La fortaleza de Resguardo era de una altura de cinco pisos, extendiéndose ciento ochenta pasos por el frente, y doscientos treinta en el fondo El gran alcázar, o palacio de los reyes del Quiché, sobrepasaba a cualquier otro edificio; y en la opinión de Torquemada, podía competir en opulencia con el de Montezuma en México, o el de los Incas en Cuzco. El frente se extendía a trescientos setenta y seis pasos geométricos de Oriente a Poniente, y era de setecientos y veintiocho pasos de fondo Estaba construido con piedras canteadas de varios colores Tenía seis divisiones principales La primera contenía habitaciones para un numeroso cuerpo de lanceros, arqueros y otras tropas, que constituían la real guardia de honor El segundo estaba destinado a los príncipes y familiares del rey; y el tercero para el mismo monarca, conteniendo distintas series de habitaciones para las mañanas, tardes y noches En uno de los salones se elevaba el trono, bajo cuatro doseles de plumas; y en esta porción del palacio se encontraba la tesorería, tribunales de justicia, armería, pajareras y jardines zoológicos La cuarta y quinta división eran ocupadas por la reina y las concubinas reales, con jardines, baños y lugares para la cría de gansos los cuales se tenían para la producción de plumas para ornamentos La sexta y última división era la residencia de las hijas y otras mujeres de sangre real

Tal es la relación deducida por los historiadores españoles de los manuscritos compuestos por algunos de los caciques que alcanzaron primero el arte de escribir, y se refiere que desde Tanub, quien los condujo del antiguo al nuevo continente, hasta Tecún Umán, hubo un linaje de veinte monarcas.

Alvarado, en virtud de la invitación del rey, entró a esta ciudad con su ejército; pero observando la fortaleza del lugar; que estaba bien amurallado, y rodeado por un profundo barranco, no teniendo sino dos entradas a él, la una por una subida de veinticinco gradas, y la otra por una calzada, y ambas extremadamente angostas, que las calles eran de insignificante anchura, y las casas muy elevadas; que allí no se veían ni a las mujeres ni a los niños, y que los indios parecían excitados, los soldados empezaron a sospechar algún engaño. Sus temores fueron pronto confirmados por los indios aliados de Quezaltenango, quienes descubrieron que el pueblo intentaba aquella noche incendiar su capital, y mientras las llamas se elevaran, arrojarse sobre los españoles con grandes masas de hombres escondidos en las inmediaciones, matándolos a todos Estas nuevas se encontraron conformes con los movimientos de los utatlecos; y al examinar las casas, los españoles descubrieron que allí no había preparadas provisiones para obsequiarles, como se les había prometido, sino que por todas partes había una cantidad de leña seca y liviana y otros combustibles Alvarado convocó en seguida a sus oficiales, manifestando ante ellos su peligrosa situación, y la urgente necesidad de retirarse del lugar, y pretextando ante el rey y sus caciques que sus caballos estarían mejor en campo abierto, reuniéronse las tropas, y sin ninguna apariencia de alarma, marcharon en buen orden hasta el llano El rey, con fingida cortesía, los acompañó, y Alvarado, aprovechando la oportunidad, le hizo prisionero, y después del examen y prueba de su traición, le ahorcó en el mismo lugar (1) Pero ni la muerte de Tecún, ni la ignominiosa ejecución de su hijo pudieron subyugar el feroz espíritu de los quichés Brotó una nueva ebullición de animosidad y de rabia. Se verificó un ataque general sobre los españoles; pero la bravura y disciplina españolas aumentaron con el peligro; y después de una espantosa destrucción causada por la artillería y los caballos, los indios abandonaron un campo cubierto con sus muertos, y Utatlán, la capital, con todos los dominios del Quiché, cayó en las manos de Alvarado y de los españoles

Mientras nosotros nos encontrábamos sobre las ruinas de la fortaleza de Resguardo, el inmenso llano, consagrado por la última resistencia de un valeroso pueblo, se extendía a nuestra vista grande y hermoso, lavadas ya sus manchas de sangre, y sonriente de fertilidad, pero enteramente desolado. Nuestro guía, apoyándose sobre su espada en el área de abajo, era la única persona a la vista. Pero muy pronto Bobón introdujo a un extraño, que llegaba dando traspiés bajo un quitasol de seda roja, hablando a Bobón y mirándonos a nosotros Conocimos que era el cura y bajamos a encontrarle. Se rió al vernos buscando a tientas el camino para bajar; poco a poco su risa se hizo contagiosa, y al encontrarnos nos reímos todos juntos De repente se paró, pareciendo muy circunspecto, quitóse la bufanda y limpiándose el sudor del rostro sacó un paquete de cigarros, sonrió, los volvió a meter, sacó otro, como él dijo, de habaneras y preguntó qué noticias había de España.

El traje de nuestro amigo estaba tan lejos de lo cle-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

rical como sus modales, es decir: un sombrero negro y lustroso de ala ancha, una vieja levita negra que le llegaba a los talones, lustrosa de tanto uso, y pantalones por el estilo; una chaqueta listada, un chaleco, camisa de franela y debajo una de algodón, quizás lavada cuando se afeitó la última vez, algunas semanas antes. Se rió de nuestra llegada a ver las ruinas, y dijo que él se había reído enormemente cuando las vio por vez primera. Era de la vieja España, había visto la batalla de Trafalgar, mirándola desde las cumbres en la playa y se reía siempre que la traía a la memoria; la escuadra francesa había sido volada hasta los cielos y la española corrió la misma suerte; mataron a Lord Nelson —todo por la gloria— él no podía menos que reírse. Había salido de España para librarse de las guerras y revoluciones: aquí todos nos reímos a un tiempo; se hizo a la vela con veinte frailes Dominicos; un crucero francés le hizo fuego obligándole a desembarcar en Jamaica: aquí nos reímos otra vez, consiguió un convoy inglés para Omoa a donde llegó cuando estallaba una revolución; y habiéndose encontrado toda su vida en medio de revoluciones estaba ahora mejor que nunca. Aquí todos nos reímos sin podernos contener. Su propia risa era tan jocosa y expresiva que se hacía completamente irresistible. En verdad, nosotros no estábamos dispuestos a resistirla, y a la media hora ya éramos tan íntimos como si nos hubiésemos conocido de muchos años atrás. El mundo era nuestro blanco y nos reíamos de él atrozmente. Salvo de la iglesia, había pocas cosas de las que el cura no se riera; pero la política era su tema favorito. El estaba a favor de Morazán, o de Carrera, o del Demonio: "vamos adelante", era su divisa; se reía de todos. Si nos hubiéramos separado de él entonces, siempre le habríamos recordado como el cura risueño; pero en ulteriores relaciones encontramos en él tal vena de sano entendimiento y erudición, y, aislado como vivía, estaba tan íntimamente informado de la situación del país y de todos los hombres públicos, y como mero observador, sus puntos de vista eran tan correctos y su sátira tan aguda, aunque sin malicia, que nosotros le mejoramos el título y le llamamos el filósofo risueño.

Habiendo terminado nuestras observaciones en este lugar, cesando de reír de alguna nueva grandeza o extravagancia del mundo, pasada, presente o por venir, ocurrida a nosotros, descendimos por una estrecha senda, atravesamos un barranco y entramos a una meseta donde estuvo el palacio y la parte principal de la ciudad. Mr Catherwood y yo principiamos examinando y midiendo las ruinas, y el padre nos seguía, hablando y riéndose todo el tiempo; y cuando nos encontrábamos sobre algún lugar elevado, fuera de su alcance, sentaba a Bobón a sus pies, hablándole de Alvarado y de Moctezuma, y de la hija del rey de Tecpán Guatemala, y de libros y manuscritos en el convento; todo lo cual Bobón escuchaba sin comprender una palabra ni mover un músculo, mirándole directamente al rostro y respondiendo a su prolongada y suave risa con un respetuoso "Si, Señor".

El plano en la división del último grabado marcado A, representa la fotografía del terreno, en el corazón de la ciudad, que estaba ocupado por el palacio y otros edificios de la real casa del Quiché (Fig Nº 3). Está rodeado por una inmensa barranca, y la única entrada se hace por aquella parte del barranco por donde nosotros llegamos, y la cual está defendida por la fortaleza ya mencionada, marcada B en el grabado (Fig Nº 3). El cura nos señaló una parte del barranco, la cual, dijo, según un antiguo manuscrito que antes existía en el convento, pero ahora llevado a otra parte, era artificial, y para hacerla se habían empleado cuarenta mil hombres a un mismo tiempo.

Toda la superficie estaba antiguamente ocupada por el palacio, el seminario, y otros edificios de la real casa del Quiché, que ahora yacen en su mayor parte en confusa e informes masas de ruinas. El palacio, como el cura nos dijo, con sus patios y corredores, que en un tiempo cubrían todo el diámetro, está completamente destruído, y los materiales han sido llevados para edificar la población actual. En parte, sin embargo, el piso permanece entero, con fragmentos de las paredes divisorias, así que el plano de las habitaciones, puede distinguirse claramente. Este piso es de un duro cemento, el cual, aunque año tras año ha sido lavado por las inundaciones de la estación lluviosa, está fuerte y durable como piedra. Las paredes interiores estaban cubiertas con yeso de la más fina calidad, y en las esquinas donde habían estado menos expuestas, se veían los restos de los colores, sin duda, todo el interior había sido ornamentado con pinturas. Producía una extraña sensación andar sobre el piso de aquel destechado palacio, y pensar en aquel rey que salió de allí a la cabeza de setenta mil hombres para repeler a los invasores de su imperio. Maíz estaba creciendo entre las ruinas. El campo era utilizado por una familia indígena que pretendía ser descendiente de la casa real. En un lugar estaba una desolada choza, ocupada por ellos durante la época de la siembra y cosecha del maíz. Contiguo al palacio quedaba una gran plaza, también cubierta con cemento endurecido en cuyo centro estaban los restos de una fuente.

La parte más importante que permanece de estas ruinas es la que aparece en el grabado, la cual es llamada El Sacrificatorio, o lugar de los sacrificios (Fig Nº 4). Es una estructura de piedra cuadrangular, de 66 pies a cada lado de la base, y elevándose en forma piramidal a una altura, en sus actuales condiciones, de treinta y tres pies. En tres de sus costados hay una hilera de gradas en medio, cada grada de diez y siete pulgadas de alto y de no más de ocho pulgadas en la parte de arriba lo que les da una inclinación tan rápida que al descender se hace necesario algún cuidado. En las esquinas tiene cuatro sostenes de piedra canteada, disminuyendo de tamaño según las dimensiones del cuadro, y al parecer destinados a soportar la estructura. Sobre el costado que mira al Occidente no tiene gradas, pero la superficie es lisa y cubierta con estuco, gris a consecuencia de la larga exposición. Rompiendo un poquito las esquinas notamos que tenía diferentes capas de estuco, indudablemente puestas en distintas épocas, y que todas habían sido ornamentadas con figuras pintadas. En un lugar descubrimos parte del cuerpo de un leopardo, bien dibujado y en colores.

El remate de El Sacrificatorio está destruido y arruinado, pero no cabe duda que en un tiempo soportó un altar para aquellos sacrificios de víctimas humanas que horrorizaban aún a los españoles. Apenas había lugar en él para le altar y los sacerdotes oficiantes y para el ídolo a quien se hacían las ofrendas. Todo quedaba a plena vista del pueblo que se encontraba al pie.

Los bárbaros ministros subían a la víctima enteramente desnuda, señalando al ídolo al cual se dedicaba el sacrificio, para que el pueblo le pudiese tributar su adoración y en seguida extendíanla sobre el altar. Tenía éste una superficie convexa, y el cuerpo de la víctima permanecía arqueado, con el tronco hacia arriba y la cabeza y los pies para abajo. Cuatro sacerdotes sujetábanle las piernas y los brazos, y otro le mantenía firme la cabeza con un instrumento de madera que tenía la forma de una serpiente enroscada, para evitar que hiciese el más leve movimiento. El principal sacerdote se aproximaba entonces, y con un cuchillo de pedernal le hacía una abertura en el pecho, y le arrancaba el corazón, el cual, todavía palpitante, lo inmolaba al sol, arrojándolo en seguida a los pies del ídolo. Si el ídolo era gigantesco y hueco, se acostumbraba introducirle el corazón de la víctima en la boca con una cuchara de oro. Si la víctima era un prisionero de guerra, tan pronto como se le sacrificaba le cortaban la cabeza para preservar el cráneo, y arrojaban el cuerpo por las gadas hasta abajo, de donde lo recogía el oficial o el soldado a quien pertenecía el prisionero, y lo llevaba a su casa para ves-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tulo y que sirviera de diversión a sus amigos Si no era un prisionero de guerra, sino un esclavo comprado para el sacrificio, el dueño se llevaba el cuerpo con igual propósito Al traer a la memoria las bárbaras escenas de que el lugar había sido teatro, parece justa la sentencia que el sangriento altar hubiera sido derribado y la raza de sus ministros aniquilada.

Era una fortuna para nosotros, en la agitada situación del país, que no fuese necesario dedicar mucho tiempo al examen de las ruinas En 1834 se había verificado una perfecta exploración por encargo del gobierno de Guatemala Don Miguel Rivera y Maestre, un caballero distinguido por sus aficiones científicas y anticuarias, fué el comisionado, y bondadosamente me proporcionó una copia de su informe manuscrito para el gobierno, transcrito por él mismo Este informe es completo y esmerado, y no dudo que es el resultado de un cuidadoso examen; pero no se refiere a ningún objeto de interés salvo aquellos que ya he mencionado El logró, sin embargo, la efigie de la cual aparece una vista de frente y otra de lado en el grabado opuesto, y que, sin haberme atrevido a expresar mi deseo de obtenerla, él bondadosamente me la dió Está hecha de barro calcinado, muy duro, y con la superficie tan bruñida como si fuera esmaltada. Tiene doce pulgadas de alto y el interior es hueco, inclusive los brazos y las piernas En su informe al gobierno, don Miguel lo llamaba Cabuahuil, o sea una de las deidades de los antiguos habitantes del Quiché Ignoro bajo qué autoridad le ha dado él este nombre, pero a mí no me parece improbable que su suposición es verídisa, y que a esta vasija de barro víctimas humanas han sido ofrecidas en sacrificio

Las cabezas que están en el grabado me las dió el cura. (Fig Nº 5) Son de barro cocido; la de abajo es hueca y la de arriba es sólida, con una superficie pulida Son duras como la piedra y en manufactura comparables con figuras del mismo material fabricadas por artistas de nuestros días

En nuestra investigación de antigüedades, nosotros consideramos este lugar importante, por el hecho de que su historia es conocida y su fecha está determinada Estaba en su máximo esplendor cuando Alvarado lo conquistó Demuestra el carácter de los edificios que construían los indios en aquella época, y en sus ruinas se confirman los brillantes relatos dados por Cortés y sus compañeros del esplendor y ostento en los edificios de México. El punto hacia el cual dirigíamos nuestra atención era a descubrir alguna semejanza con las ruinas de Copán y Quiriguá; pero nosotros no hallamos estatuas, o imágenes esculpidas, o jeroglíficos, ni pudimos tener noticia que alguno se hubiese encontrado allí jamás. Si hubiera habido allí tales evidencias habríamos considerado estas reliquias la obra de algún pueblo de la misma raza, pero en ausencia de tales testimonios creemos que Copán y Quiriguá fueron ciudades de otra raza y de una época mucho más remota

El padre nos refirió que treinta años antes, cuando él lo vió por vez primera, el palacio estaba completo hasta el jardín El estaba entonces recién llegado de los palacios de España, y dijo que le parecía como si se encontrase otra vez en ellos. Poco después de su arribo, fué hallada una pequeña imagen de oro y remitida a Zerabia, presidente de Guatemala, quien mandó de la capital en busca del tesoro escondido. En este registro destruyeron el palacio; los indios, excitados por la destrucción de su antigua capital, se levantaron, y amenazaron con matar a los trabajadores a menos que salieran de la región; y a no ser por esto, dijo el cura todas las piedras habrían sido arrasadas hasta el suelo. Los indios del Quiché tienen en todo tiempo mala reputación; en Guatemala siempre se hablaba de ellos como de un peligroso lugar para ser visitado; y el padre nos dijo que ellos miraban con desconfianza a cualquier extranjero que llegara a las ruinas En esos momentos estaban ellos en estado de general agitación; y acercándose a nosotros nos dijo que en el pueblo estaban de punta con los mestizos, dispuestos a degollarlos, y que a pesar de todos sus esfuerzos apenas había podido detener un levantamiento y matanza general Aun esta información nos la dió con una risotada Le preguntamos si abrigaba temores por sí mismo Dijo que no; que él era querido por los indios; que había pasado la mayor parte de su vida entre ellos; y que todavía los padres estaban seguros: los indios los consideraban casi como santos Y aquí se rió Carrera estaba de parte de ellos; pero que si se les ponía en contra habría tiempo para huír Esto fué dicho y recibido con estrepitosas risotadas; y mientras más serio era el asunto, más ruidosas eran nuestras carcajadas Durante todo ese tiempo, el padre hizo continuas referencias a libros y manuscritos, dando a conocer estudios anticuarios y profunda erudición

Debajo de uno de los edificios había una entrada que los indios llamaban una cueva, y por la cual decían ellos que se podía llegar a México en una hora Yo me arrastré por debajo, y encontré un techo de arco ovijal formado por piedras saledizas colocadas unas sobre otras, pero me impidieron su exploración por la falta de luz y el padre gritándome que era la época de los temblores; y él se rió más de lo acostumbrado al ver la precipitación con que salí; pero de repente se paró y agarrándose los pantalones brincaba por todos lados gritando, "una culebra, una culebra" El guía y Bobón corrieron en su auxilio, y por un simple procedimiento, pero con gran respeto, trabajando uno de cada lado, se pusieron en buen camino de asegurar a la intrusa; pero el padre no podía estarse quieto, y con su agitación y desosiego se desabrochó los pantalones y salió a luz un abultado saltamontes Mientras Bobón y el guía, sin una sola sonrisa, lo restablecían poniendo cada botón en su lugar, nosotros terminábamos con una desenfrenada risotada a la memoria de los desaparecidos habitantes y para todo sentimiento relacionado con las ruinas de una gran ciudad

Cuando regresamos a la población, el padre señaló sobre la llanura la dirección de cuatro caminos, que conducen, y que según él todavía están abiertos, a México, Tecpán Guatemala, Los Altos y Vera Paz

CAPITULO 11

EL INTERIOR DE UN CONVENTO — EL AVE REAL DEL QUICHE — LENGUAS INDIGENAS. — EL PADRE NUESTRO EN LENGUA QUICHE. — GUARISMOS EN LA MISMA LENGUA — IGLESIA DEL QUICHE — SUPERSTICIONES INDIGENAS. — OTRA CIUDAD EN RUINAS. — TIERRA DE GUERRA. — LOS ABORIGENES. — SU CONVERSION AL CRISTIANISMO — ELLOS JAMAS FUERON CONQUISTADOS — UNA CIUDAD HABITADA — TRADICION INDIGENA CON RESPETO A ESTA CIUDAD. — PROBABLEMENTE NUNCA HA SIDO VISITADA POR LOS BLANCOS — PRESENTA UN MAGNIFICO CAMPO PARA FUTURAS EMPRESAS. — NUESTRA PARTIDA — SAN PEDRO. — LA VIRTUD DE UN PASAPORTE. — UN ASCENSO DIFICIL. — PAISAJE EN LA MONTAÑA. — TOTONICAPAN. — UNA EXCELENTE COMIDA — UN CAMPO DE ARBOLES. — LLEGADA A QUEZAL-TENANGO.

Ya era tarde cuando regresamos al convento El buen padre se lamentaba de no haber estado en casa cuando llegamos, y dijo que él siempre cerraba su cuarto, para evitar que las mujeres echaran dentro las cosas en confusión Cuando entramos se hallaba en orden, como él lo llamaba; pero este orden era de una

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

clase que no hay palabras para describirlo La habitación contenía una mesa, sillas y dos canapés, pero ahí no había un lugar desocupado ni aún sobre la mesa para sentarse o para poner el sombrero. Cada lugar se encontraba estorbado por distintas cosas, de las cuales cuatro botellas, una ampolleta de mostaza y otra de aceite, pedazos de carne, tazas, platos, una salsera, un gran terrón de azúcar, un paquete de sal, minerales y grandes piedras, cáscaras, artefactos de alfarería, calaveras, queso, libros y manuscritos también formaban parte En un estante sobre su cama estaban dos quezales disecados, el ave real del Quiché, la más bella entre las que vuelan, tan orgullosa de su cola que construye su nido con dos aberturas, para entrar y salir sin volverse, y cuyas plumas no era permitido que se usaran salvo por la familia real

En medio de esta confusión, una esquina de la mesa fue desocupada para comer La conversación continuó en la misma no interrumpida corriente de sabiduría, investigación, sagacidad y sátira de su parte De los asuntos políticos se hablaba en cuchicheos cuando algún criado estaba en las habitaciones. Una risotada era el comentario sobre cada cosa, y al anochecer nos encontrábamos abismados en los misterios de la historia indígena

Además de la lengua mexicana o azteca hablada por los indios pipiles a lo largo de la costa del Pacífico, existen veinticuatro dialectos peculiares de Guatemala Aunque algunas veces, llevando tan marcada similitud en algunos de sus modismos, que los indios de una tribu pueden entender a los de las otras, en general los padres, después de años de residencia, pueden hablar únicamente la lengua de la tribu entre la cual viven Esta diversidad de lenguas me ha parecido un insuperable impedimento en el camino de cualquiera investigación completa y para el estudio de la historia y tradiciones indígenas; pero el cura, profundo en todo lo relativo a los indios, nos dijo que el quiché era la lengua madre, y que, familiarizándose con ella, las otras fácilmente se aprenden Si esto es verídico, queda abierto un nuevo y el más interesante campo de investigación Durante todo mi viaje, aún en Guatemala, no pude conseguir ninguna gramática de un dialecto indígena, ni ningún manuscrito Yo hice varios vocabularios, los cuales no he pensado que valgan la pena de publicarse; pero el padre tenía un libro preparado por alguno de los primeros padres para el culto divino en la iglesia del cual prometió hacer una copia para mí y remitirla a un amigo en Guatemala y del que yo copié el Padre Nuestro en lengua quiché Este es como sigue:

Cacahan chicah lae coni Vtzah. Vcahaxtizaxie mayih Bila Chipa ta pa Cani ahauremla Chibantah. Ahuamla Uaxale Chiyala Chiqueeh hauta Vleus quehexi Caban Chicah. Uacamic Chiyala. Chiqueeh hauta Eihil Caua. Zachala Camac quehexi Cacazachbep oui. Mac Xemocum Chiqueeh: moho Estacheula maxa Copahic Chupamtah Chibal mac xanare Cohcolta la ha Vonohel itgel quehe Chucoe. Amén.

Añadiré los siguientes números tomados del mismo libro:

Hun, Uno.
Quieb, Dos.
Dxib, Tres.
Quieheb, Cuatro.
Hoob, Cinco
Uacaeguil, Seis.
Veuib, Siete
Uahxalquib, Ocho.
Beleheb, Nueve.
Lahuh, Diez.
Hulahuh, Once
Cablahuh, Doce.
Dxlahuh, Trece
Cahlahuh, Catorce
Hcolahuh, Quince.
Uaelahuh, Diez y seis.
Velahuh, Diez y siete.
Uapxaelahuh, Diez y ocho.
Belehalahuh, Diez y nueve
Huuinac, Veinte.
Huuinachun, Veintiúno.
Huuinachlahuh, Treinta.
Cauinac, Cuarenta.
Lahuh Raxcal, Cincuenta
Oxcal, Sesenta
Lahuh Uhumuch, Setenta.
Humuch, Ochenta.
Lahuh Rocal, Noventa.
Ocal, Cien.
Otuc Rox Ocob, Un Mil.

Si hay alguna analogía entre esta lengua y la de alguna de nuestras tribus indígenas, no lo sabré decir.

Para el hombre que no haya llegado al período en que unos pocos años se adivinan por sus dientes y cabellos, no sé de otro lugar donde, si el país se tranquiliza, puedan pasarse algunos años con mayor provecho que en Santa Cruz del Quiché, estudiando, por medio de su lengua, el carácter y la historia tradicional de los indios; porque aquí todavía existe, en muchos respectos, un pueblo primitivo no cambiado por el tiempo y apegado a los usos y costumbres de sus antepasados, y aunque el esplendor y magnificencia de los templos, la ostentación y pompa de las ceremonias religiosas, afecta su ruda imaginación, nos dijo el padre que sus corazones estaban llenos de supersticiones y todavía idólatras; que tenían sus ídolos en las montañas y barrancas, y que en silencio y secretamente practicaban los ritos recibidos de sus antepasados El se veía constreñido a tolerarlos, y allí estaba una prueba que miraba todos los días La iglesia del Quiché está edificada de Oriente a Occidente. Al entrar a ella para vísperas los indios siempre se inclinan hacia el Poniente en reverencia al ocaso del sol Nos refirió, además, lo cual requiere confirmación y que fuéramos bastante curiosos para juzgar por nosotros mismos, que en una cueva inmediata a un pueblo circunvecino había calaveras mucho más grandes que el tamaño natural y que eran veneradas con supersticiosa reverencia por los indios. El las había visto y atestiguaba sus gigantescas dimensiones Que una vez puso una moneda en la entrada de la cueva, y un año después encontró que todavía estaba en el mismo lugar, mientras que, dijo él, si la hubiera dejado sobre su mesa, habría desaparecido con el primer indio que entrara

Todos los modales del padre eran ahora diferentes; su aguda sátira y su risa habían desaparecido Allí había hastante interés acerca de los indios para ocupar la mente y excitar la imaginación de quien se reía de cualquier otra cosa en el mundo; y su entusiasmo, lo mismo que su risa, era contagioso. No obstante nuestra prisa por llegar a Palenque, sentíamos un vehemente deseo de seguirles la huella en la soledad de sus montañas y profundos barrancos, y espiarlos en el cumplimiento de sus idolátricos ritos; pero el padre no nos dio ningún estímulo En efecto, él se opuso a que nos demoráramos otro día, aún para visitar la cueva de las calaveras No se excusó por hacernos salir precipitadamente El vivía en una no interrumpida soledad, en la monótona rutina de sus ocupaciones, y la visita de un extraño era para él un evento de los más placenteros; pero había peligro en nuestra permanencia Los indios se encontraban en un estado de efervescencia; estaban ya inquiriendo para qué habíamos llegado y él no podría responder por nuestra seguridad Dentro de pocos meses, quizás, podría haber pasado la excitación, y entonces podríamos regresar. Amaba las materias en que estábamos interesados, y se uniría a nosotros en todas nuestras expediciones y nos ayudaría con toda su influencia

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Y los conocimientos del padre no estaban confinados a su inmediata vecindad Su primer curato había sido en Cobán, en la provincia de Vera Paz, y nos refirió que a cuatro leguas de aquel lugar existía otra antigua ciudad tan grande como Santa Cruz del Quiché, desierta y desolada, y casi tan perfecta como cuando fue evacuada por sus habitantes El había vagado por sus silenciosas calles y sobre sus gigantescos edificios, y su palacio se encontraba tan completo como el del Quiché cuando lo vio por vez primera Se encuentra ésta a doscientas millas de Guatemala, y en un distrito del país no disturbado por la guerra; sin embargo, con todas nuestras indagaciones, no habíamos oído nada con respecto a ella Y ahora, la información realmente nos afligía La ida a ese lugar añadiría ochocientas millas a nuestro viaje Nuestros planes ya estaban fijados y nuestro tiempo limitado; y en aquel país salvaje y en su incierta condición, teníamos supersticiosos temores que nos sería fatal el regresar Mi impresión, sin embargo de la existencia de tal ciudad, es de lo más vigorosa Abrigo la más ardiente esperanza que algún futuro viajero la visitará El no oirá hablar de ella ni aún en Guatemala, y quizá se le diga que no existe A pesar de eso, no le impidan que la busque; y si la encuentra, experimentará sensaciones que rara vez caen en suerte a un hombre afortunado

Pero el padre nos dijo más: algo que aumentó nuestra excitación al más alto grado Hacia el otro lado de la gran fila transversal de cordilleras se extiende la comarca de Vera Paz, en un tiempo llamada Tierra de Guerra por el belicoso carácter de sus habitantes aborígenes Tres veces los españoles fueron rechazados en sus tentativas para conquistarla Las Casas, vicario del convento de la orden de los dominicos en la ciudad de Guatemala, lamentando la efusión de sangre causada por lo que llamaban la conversión de los indios al cristianismo, escribió un tratado para probar que la Divina Providencia había instituido la predicación del Evangelio como el único medio de conversión a la fe cristiana, que la guerra no podría ser hecha con justicia contra aquellos que nunca habían cometido ninguna agresión contra los cristianos; y que hostigar y destruir a los indios era estorbar el cumplimiento de este deseado objeto Predicó esta doctrina desde el púlpito y la reforzó en asambleas privadas. Mofáronse de él, lo ridiculizaron y desdeñosamente le aconsejaban que pusiera en práctica su teoría Sin turbarse por esta burla, aceptó la propuesta, escogiendo como campo de sus operaciones la inconquistable comarca denominada Tierra de Guerra, e hizo un arreglo para que a ningún español le fuera permitido residir en aquel territorio durante cinco años Una vez convenido ésto, los dominicos compusieron algunos himnos en lengua quiché, describiendo la creación del mundo, la caída de Adán, la redención de la humanidad y los principales misterios de la vida, pasión y muerte de Nuestro Salvador Estos himnos fueron aprendidos por algunos indios que traficaban con los quichés, y un cacique principal de la región, más tarde llamado Don Juan, habiendo oídolos cantar, pidió a quienes los repetían que le explicaran detalladamente el significado de esas tan nuevas para él. Los indios se excusaron diciendo que ellos solamente podrían ser aclarados por los padres que se las habían enseñado El cacique envió a uno de sus hermanos con muchos presentes, para rogarles que llegaran y que le hicieran conocer lo que contenían los cantos de los indios comerciantes Un solo fraile dominico regresó con el embajador, y el cacique, habiendo comprendido los misterios de la nueva fe, quemó sus ídolos y predicó el cristianismo a sus propios vasallos Las Casas y otro compañero se fueron en seguida, y, como los apóstoles de la antigüedad, sin alforja ni báculo, llevaron a cabo lo que no pudieron las armas españolas, convirtiendo a la fe cristiana una parte de la Tierra de Guerra El resto de esta región nunca fue conquistado, y por estos días la sección nordeste limitada por la fila de cordilleras y el Estado de Chiapas, está ocupada por Candones (lacandones) o indios sin bautismo, que viven como sus antepasados, sin rendir vasallaje a los españoles; y el gobierno de Centro América no pretende ejercer autoridad alguna sobre elos Pero el asunto que nos excitó fue la aserción del padre que, a cuatro días de camino para México, del otro lado de la gran sierra, existía una ciudad habitada, grande y populosa, ocupada por indios, precisamente en la misma condición en que se hallaban antes del descubrimiento de América. El había tenido noticias de ella muchos años antes en el pueblo de Chajul, y le fue dicho por los aldeanos que desde la más alta cima de la sierra, esta ciudad podía distinguirse claramente En aquella época él era joven, y con mucho trabajo trepó hasta la desnuda cumbre de la sierra, desde la cual, a una elevación de diez o doce mil pies, examinó una inmensa planicie que se extiende hasta Yucatán y el Golfo de México, y vio a una gran distancia una gran ciudad tendida sobre un vasto espacio, y con torrecillas blancas que relucían al sol La relación tradicional de los indios de Chajul es: que ningún hombre blanco ha llegado jamás a esta ciudad; que los habitantes hablan la lengua maya, que saben que una raza de extranjeros ha conquistado todo el país alrededor y que matan a cualquier hombre blanco que intente penetrar a su territorio Que no tienen moneda u otro medio circulante; no tienen caballos, ganado, mulas ni otros animales domésticos excepto aves, y que a los gallos los guardan en sótanos para evitar que su canto sea oído.

Había una extraña novedad —algo que hería la imaginación— en cada paso de nuestro viaje por aquel país el viejo padre, en el profundo silencio de su semiobscuro convento, con su larga levita negra como una toga, y su relampagueante mirada, evocaba la imagen de los atrevidos y resueltos sacerdotes que acompañaron a los ejércitos de los conquistadores; y mientras extendía un mapa sobre la mesa, y señalaba en la sierra el lugar a donde había subido, y la posición de la misteriosa ciudad, el interés que despertó en nosotros fue de lo más vivo que jamás he experimentado Una mirada a aquella ciudad valdría diez años de una vida cotidiana Si él está en lo cierto, queda un lugar donde los indios y una ciudad indígena existen como Cortés y Alvarado los encontraron; hay hombres vivos que pueden resolver el misterio que se cierne sobre las ciudades arruinadas de América; quizá quien pueda ir a Copán y leer las inscripciones de sus monumentos Ningún asunto más excitante y atractivo preséntase a mi pensamiento, y la profunda impresión de aquella noche jamás la olvidaré

¿Puede ésto ser verdad? Estando ahora serena mi razón, yo creo verdaderamente que hay allí mucho campo para suponer que lo que el padre nos contó es auténtico De que la región referida no reconoce al gobierno de Guatemala, que nunca ha sido explorada y que ningún hombre blanco ha pretendido entrar en ella, yo estoy convencido Por otras vías supimos que desde aquella sierra era visible una gran ciudad en ruinas y se nos refirió de otra persona que había subido a la cumbre de la sierra, pero que, con motivo de la densa nube que descansaba sobre ella, no había podido ver nada De todas maneras, la creencia de los aldeanos de Chajul es general y levanta una curiosidad que arde por verse satisfecha Nosotros teníamos un vehemente deseo de llegar a la misteriosa ciudad Ningún hombre, aún queriendo exponer su vida, podría comenzar la empresa con alguna esperanza de triunfo, sin rondar por uno o dos años por los confines de la región, estudiando la lengua y el carácter de los indios inmediatos, y relacionándose con algunos de los nativos Quinientos hombres podrían probablemente marchar en seguida a la ciudad, y la invasión sería más justificable que ninguna de las llevadas a cabo jamás por los españoles, pero el gobierno se encuentra demasiado ocupado con sus propias guerras, y el conocimiento no podría lograrse salvo a precio de sangre Dos jóvenes

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

de buena constitución, que pudieran disponer de cinco años libremente podrían alcanzar buen éxito Si el objeto de la exploración resultaba una quimera, en las agrestes escenas de un nuevo e inexplorado territorio existen otros objetos de interés; pero si fuese realidad, a más del glorioso estímulo de semejante novedad, tendrían alguna cosa para recordarla durante todo el resto de su vida. En cuanto a los riesgos, estos han sido siempre exagerados, y, en general, el peligro se descubre con tiempo suficiente para escapar de él Mas, con toda probabilidad, si algún descubrimiento se hiciera algún día, éste sería llevado a cabo por los padres Por lo que toca a nosotros, intentarlo solos, ignorantes de la lengua, y con mozos que nos eran un constante fastidio, ni siquiera pensar en ello Lo más en que podríamos pensar sería en una ascención a la cumbre de la sierra, para desde allí lanzar una mirada sobre la misteriosa ciudad; pero teníamos bastantes dificultades que arrastrar en el camino; esto aumentaría diez días a un viaje, que aún sin ellos, en perspectiva parecía ya casi aterrador; durante días la sierra podría estar cubierta de nubes, por aventurar demasiado podríamos perderlo todo; Palenque era nuestro objeto principal y resolvimos no apartarnos de la ruta que nos habíamos trazado

A la mañana siguiente tuvimos un momento doloroso con el cura, y éste fue en el instante de la partida El estaba entonces tranquilo y bondadoso, su irresistible risa y su entusiasmo habían desaparecido Teníamos que pasar por un pueblo en donde nos dijo que los indios eran malos, por cuya razón nos dio una carta para el justicia, y con todo el afecto de su corazón insistió en que yo aceptara uno de sus bellos quezales

Como esta era la Semana Santa, tuvimos gran dificultad para conseguir un guía Ninguno de los indios quería salir de la población, y el alcalde le dijo a un alguacil que sacara un hombre de la cárcel para servir de guía Después de una plática con los huéspedes a través de la reja, seleccionaron uno, pero quedó guardado en la prisión hasta el momento de la partida; entonces el alguacil abrió la puerta y lo dejó salir, pusiéronle nuestro rollo de equipaje sobre las espaldas y emprendió la marcha El soldado "cultido" nos acompañó por una corta distancia, y Bobón pasó más adelante llevando sobre un palo al ave real del Quiché Atravesando el llano y el barranco sobre los cuales estuvo edificada la ciudad, ascendimos una montaña en el fondo, dominando una espléndida vista del llano del Quiché, y descendiendo por el otro lado, a una distancia de dos leguas llegamos al pueblo de San Pedro Una iglesia techada con paja, con una cruz al frente, estaba cerca del camino, y las chozas del pueblo se encontraban un poco atrás El padre nos había dicho que los indios de este lugar eran "muy malos"; y como nuestro guía a su regreso, tenía que ser encerrado en la prisión, para evitarnos la necesidad de parar, tratamos de inducirlo a que siguiera con nosotros; pero él, dejando caer su carga al pie de la cruz regresó con tal velocidad que dejó atrás su harapienta chamarra El justicia era un mestizo, quien mandó llamar al alcalde, y al punto ese benemérito trotaba hacia abajo con seis alguaciles, marchando en una sola fila, todos con vara en mano, y ataviados con hermosas capas de paño, y el traje de fiesta para la Semana Santa Les dijimos que necesitábamos un guía, y los seis partieron para conseguirlo Como a los diez minutos regresaron en fila, exactamente en el mismo trote de antes, diciendo que no habían podido hallar ninguno, que toda la semana era de fiesta y que nadie quería salir de su casa Les hice ver el pasaporte de Carrera, y le dije al justicia que debería ir él mismo, o enviar a uno de sus alguaciles, y ellos marcharon otra vez para conseguirlo. Después de un momento de espera, me dirigí a la cumbre de una loma inmediata y los vi sentados abajo, sin duda esperando que me fuera Tan pronto como me divisaron regresaron todos juntos para repetir que no podían encontrar un guía Les ofrecí doble paga, pero aún así se mostraron inflexibles; y sintiéndome más bien dudoso con respecto al resultado de las cosas, hablé largamente de la venganza de Carrera, diciéndoles que yo no quedaría satisfecho con que los arrojara del puesto, sino que pedía que les quitara la cabeza de una vez Después de algunos momentos de consulta todos se levantaron pacíficamente: uno de ellos se despojó de su rango y de su traje los restantes enrollaron la carga y chándosela sobre la desnuda espalda, colocáronle el mecapal sobre la frente y lo hicieron marchar a la carrera Nosotros lo seguimos, y el secretario me rogó que le escribiera a Carrera diciéndole que él no era culpable de que yo hubiera tenido que esperar, y que él mismo había sido mi guía si yo no hubiera hallado otro A corta distancia otro alguacil, por un camino más corto, interceptó y relevó al primero, y corrían ellos tan ligero que, sobre el áspero camino, nosotros no podíamos caminar al paso de ellos

El camino era en verdad escabroso y áspero más allá de toda ponderación; y muy pronto llegamos a otro inmenso barranco, descendiéndolo, y comenzamos un ascenso del lado opuesto que nos ocupó tres horas Por entre los claros del bosque miramos hacia abajo precipicios de mil o dos mil pies de profundidad, mientras que la falda de la montaña se elevaba aún más sobre nosotros Toda ella se encontraba revestida de lujuriante vegetación, y aunque escasa de peñascos, —la salvaje grandeza de los paisajes alpinos— en cada vuelta la perspectiva era sublime Mientras que subíamos encontramos unos pocos indios que no podían hablar otra lengua que la propia, y llegando a la cumbre miramos un lastimero espectáculo de los seres hechos a la imagen de Dios: un indio borracho se encontraba tendido en el suelo, con una herida de machete en la cara y revolcándose en su sangre; y una mujer ebria llorando sobre él! Nuestros indios se pararon y les hablaron pero nosotros no pudimos entender lo que decían Como a las tres de la tarde salimos de las selvas y muy pronto divisamos Totonicapán, a una gran distancia y mucho más abajo de nosotros. sobre una espléndida llanura con una alta meseta por detrás, una fila de montañas elevándose de la meseta, e irguiéndose sobre ellas el volcán de Quezaltenango La ciudad estaba extendida sobre un amplio espacio, y los achatados techos de las casas parecían una enorme cubierta interrumpida únicamente por el campanario de la iglesia Descendimos la montaña hasta las riberas de una hermosa corriente, a lo largo de la cual estaban unas indias lavando, y siguiéndola, entramos a la ciudad, y nos dirigimos a casa del corregidor, don José Azmitia Nuestro equipaje había llegado felizmente, y a los pocos minutos se presentaron nuestros criados a recibirnos

Mucho podría decirse de Totonicapán como cabecera de un departamento, y rodeada de montañas visibles por todos lados desde la plaza, pero me detengo solamente para recordar un evento Desde un principio, con las cartas para los corregidores, el pasaporte de Carrera, y la carta del arzobispo, nuestro camino había sido una especie de marcha triunfal; pero en este lugar nosotros comimos, es decir, tuvimos un banquete El lector debe recordar que en Costa Rica prometí ya no molestar su atención sino una vez más refiriéndome a tal incidente El momento ha llegado, y me consideraría yo un ingrato si omitiera el mencionarlo Nos habían tenido esperando tal vez dos horas y no habíamos comido nada en más de doce Habíamos subido pavorosas montañas, y a las seis de la tarde, previa invitación con manos y caras limpias y vestidos de frac nos sentamos con el corregidor Los platos llegaban con regularidad y en correcta sucesión Los criados estaban bien ejercitados, y nuestro anfitrión hacia los honores como si estuviese habituado a la misma cosa todos los días Pero para nosotros no era así Como Rittmaster Dugald Dalgetty, comíamos muy de prisa y durante un largo tiempo, según su principio, juzgándolo como el deber de todo comandante de una fortaleza, en

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

todas las ocasiones que se le ofrezcan, el asegurar tantas municiones y víveres como sus almacenes puedan posiblemente contener

Nos encontrábamos de nuevo sobre la línea de operaciones de Carrera: el lugar estaba lleno de temores, los blancos temblaban por sus vidas, y yo aconsejé a nuestro anfitrión que saliera del país y que se viniera a los Estados Unidos

A la mañana siguiente nos desayunamos con él, y a las once del día, mientras se formaba una procesión en la plaza, salimos para Quezaltenango, descendimos un barranco dominando a cada momento una bella perspectiva, subimos una montaña, desde la cual miramos hacia atrás sobre el llano y el pueblo de Totonicapán, y al llegar a la cumbre entramos a una espléndida llanura cultivada de maizales ypunteada con numerosos rebaños de carneros, los primeros que veíamos en el país, en ambos lados del camino había setos de gigantescos áloes. En un paraje contamos arriba de doscientos en plena floresccncia En medio de la llanura, a una distancia de dos y media leguas, atravesamos, sobre un rudo puente de troncos, un ancho río, memorable por los muertos y heridos arrojados en él en la batalla de Alvarado con los indios quichés, y denominado "Río de Sangre" Dos leguas más delante llegamos a la vista de Quezaltenango, edificada al pie de una gran fila de montañas superadas por un despedazado volcán que arroja humo constantemente, y frente a él una peñascosa montaña de lava, que, si hubiera tomado su curso con dirección a la ciudad, la habría sepultado como a Herculano y Pompeya

CAPITULO 12

QUEZALTENANGO.—SU HISTORIA.—CONVERSION DE SUS HABITANTES AL CRISTIANISMO —ASPECTO DE LA CIUDAD —EL CONVENTO.—LA INSURRECCION.—LA MARCHA DE CARRERA SOBRE QUEZALTENANGO.—SU MANERA DE TRATAR A LOS HABITANTES.—PREPARATIVOS PARA LA SEMANA SANTA.—LA IGLESIA.—UNA PROCESION. — EL VIERNES SANTO. — CELEBRACION DE LA RESURRECCION.—LA CEREMONIA DE APERTURA —LA CRUCIFICCION. — UN SERMON —EL DESCENSO DE LA CRUZ.—LA GRAN PROCESION.—LA IGLESIA DEL CALVARIO —EL CASO DEL CURA LAS FUENTES TERMALES DE ALMOLONGA.

Nos encontrábamos nuevamente sobre terreno clásico Quizá el lector necesita recordar que la ciudad descansa en el lugar de la antigua Xelahuh, la ciudad más grande después de Utatlán en el Quiché La palabra Xelahuh significa "bajo el gobierno de diez", es decir, que la gobernaban diez caciques principales, teniendo autoridad cada uno de ellos sobre ocho mil viviendas, en total ochenta mil, las que contenían, según Fuentes, más de trescientos mil habitantes, quienes, al ser derrotado Tecún Umán por Alvarado, abandonaron la ciudad, huyendo a sus antiguas fortalezas el volcán Excansel y Cekxak, otra montaña vecina; que los españoles entraron a la ciudad desierta y que, según manuscrito encontrado en el pueblo de San Andrés Xecul, sus videttes capturaron a cuatro célebres caciques, cuyos nombres, que sin duda recuerda el lector, eran Calel Kalek, Ahpopgueham, Celelahan y Celelaboy Cuentan los manuscritos españoles que estos caciques se arrodillaron ante Pedro de Alvarado mientras que un sacerdote les explicaba la naturaleza de la fe cristiana, declarando ellos mismos estar ya listos para abrazar la religión. Dos de ellos fueron retenidos como rehenes y los otros enviados a sus fortalezas, de donde regresaron con multitud de indios dispuestos a ser bautizados, que los sacerdotes, rendidos de cansancio, ya no pudieron alzar los brazos por más tiempo para seguir la ceremonia

A medida que nos acercábamos a la ciudad, siete torres de iglesia hacían ver que la religión adoptada con tanta precipitación aún no había muerto A los pocos minutos nos encontrábamos dentro de la ciudad Las calles estaban hermosamente pavimentadas y las casas eran de una arquitectura pintoresca, el cabildo tenía dos pisos y un corredor La catedral, con su fachada ricamente decorada era grande e imponente. La plaza estaba pavimentada con piedra y tenía en el centro una preciosa fuente, con una magnífica vista del volcán y de las montañas alrededor Era la víspera del Viernes Santo las calles y la plaza se encontraban llenas de gente con sus mejores atavíos; los indios llevaban largas capas negras, con sombreros de fieltro de anchas alas, y las indias, un vestido blanco que les cubría la cabeza, exceptuando una abertura oblonga para la cara. Algunas llevaban además una especie de turbante rojo trenzado con el cabello Las campanas estaban silenciosas, sonando en su lugar matracas de madera A medida que nos aproximábamos armados hasta los dientes, la multitud abría paso silenciosamente. Pasamos frente a la puerta de la iglesia y entramos por la puerta grande del convento El cura estaab ausente por el momento, pero una señora sirvienta, de aspecto respetable, nos recibió de tal modo que auguraba una buena recepción de parte de su amo Se notaba, sin embargo, cierto aire de excitación y trepidación en toda la casa y la buena mujer parecía deseosa de comunicar algunas cosas que le tenían el ánimo inquieto y amedrentado

Después del chocolate pasamos a casa del corregidor, a quien presentamos nuestras credenciales y el pasaporte de Carrera Era él uno de los expulsados por Morazán, de muy buena apostura militar, pero, según nos dijo, no soldado de profesión; estaba en servicio por acidente y muy ansioso de dejar el mando; seguramente que sus breves servicios no eran una ganga para él Nos presentó a don Juan Lavanigna (Lavagnino), un italiano de Génova, expatriado por la revolución encabezada por el rey actual, entonces presunto heredero, la cual intentaba colocarlo en el trono; pero quien una vez fuera de esto dejó vilmente a sus seguidores abandonados a su suerte De qué modo el signor vino a este lugar, lo ignoro; pero lo cierto es que él no encontró paz, y, si no me equivoco, estaba tan ansioso de salir de allí como cuando salió de Génova.

A nuestro regreso al convento encontramos al cura, quien nos dió personalmente la bienvenida que nos había prometido su ama Con él estaba un indio de aspecto respetable, que tenía el título de gobernador y que era el alcalde indígena; y fué algo singular el que una hora después de nuestro arribo a Quezaltenango, hubiéramos conocido a las cuatro víctimas sobrevivientes de la ira de Carrera, que habían escapado milagrosamente de la muerte y cuyas noticias teníamos desde Guatemala. Todavía la gente temblaba ante el espantoso recuerdo de tales hechos Ya habíamos oído mucho sobre el particular por el camino, y en Quezaltenango, exceptuando a los del partido interesado, nadie hablaba más que de estos acontecimientos

Cuando los soldados de Morazán entraron por vez primera a la plaza de Guatemala, en un infortunado

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

momento se envió un correo a Quezaltenango anunciando la toma de la capital. El efecto aquí fué inmediato y decisivo el pueblo se levantó contra la guarnición de Carrera intimándola a rendir las armas. El corregidor, no queriendo hacer fuego sobre los ciudadanos y viéndose imposibilitado de reprimir la insurreción con una fuerza tan pequeña, por consejo del cura y de don Juan Lavanigna, indujo a los soldados a entregar las armas y a que abandonaran la ciudad, evitando así la efusión de sangre y una horrible matanza de ciudadanos indefensos La misma noche, la municipalidad, sin el conocimiento de Lavanigna, lo nombró comandante de la plaza. El rehusó el cargo, pero el pueblo se encontraba en un violento estado de excitación y le urgían a que aceptara por esa noche solamente, porque de lo contrario, la furia del populacho se tornaría contra él La misma noche el pueblo se pronunció en favor de Morazán e inmediatamente despacharon a un indio enviándole una carta de congratulación Debemos recordar, sin embargo, que mientras tanto Morazán había sido repelido de la capital y que Carrera lo perseguía en su huida. En la Antigua, Carrera encontró a un sargento desarmado, quien lo puso al corriente de lo ocurrido en Quezaltenango Dejó entonces de perseguir a Morazán y marchó directamente para acá Pronto se tuvieron noticias de su aproximación, y entonces el corregidor, el cura y don Juan Lavanigna fueron enviados como diputación para recibirle Lo encontraron en Totonicapán. Carrera ya tenía noticias de cómo había inducido a sus soldados a rendir las armas, y su primer saludo fué una furiosa declaración de que sus cabezas quedarían en aquel lugar y, haciendo a un lado su fanatismo y respeto hacia los sacerdotes, estalló particularmente contra el cura, afirmando que éste era pariente de Morazán. El cura respondió que no era su pariente sino que sólo era su paisano (lo que en aquel país quiere decir del mismo pueblo) y que no podía renunciar del lugar de su nacimiento; pero Carrera inmediatamente ordenó a cuatro soldados que lo llevaran a pocos pasos de distancia y que lo fusilaran en el acto Entonces el gobernador, el indio anciano a quien nos hemos referido, se arrodilló ante Carrera implorando por la vida del cura; pero Carrera desenvainando su espada le hirió dos veces en el hombro, y cuando le vimos aún no habían sanado las heridas. Sin embargo, ya había desistido de su inmediato propósito de fusilar al cura y lo entregó a los soldados A don Juan Lavanigna lo salvó el secretario de Carrera, quien publicó en "El Tiempo", periódico oficial de Guatemala, el extracto de una carta escrita por don Juan a un amigo de la capital, alabando la conducta de Carrera en su entrada anterior a Quezaltenango y la disciplina y buen porte de sus tropas

Al día siguiente, muy de madrugada, marchó Carrera sobre Quezaltenango con el cura y don Juan como prisioneros. La municipalidad lo esperaba en la plaza; pero desgraciadamente el indio a quien se le había confiado la carta para Morazán, había estado vagando por la población, y en este momento infortunado la presentó a Carrera. Antes que su secretario hubiese terminado su lectura, Carrera, en un transporte de furia, desenvainó su espada para matarlos con su propia mano, hiriendo a Molina, el alcalde mayor, y a otros dos miembros de la municipalidad pero refrenándose en seguida, ordenó a sus soldados apoderarse de ellos En seguida se dirigió a donde el corregidor y estallando otra vez su furia desenvainó su espada contra él; una mujer que estaba en la habitación se interpuso entre los dos y Carrera le pegó varias veces alrededor de ella, y por último, conteniéndose de nuevo, ordenó el fusilamiento del corregidor a menos que levantara una contribución de cinco mil dólares en la ciudad A don Juan y al cura se les encerró en una habitación con la amenaza de ser fusilados a las cinco de la tarde si no pagaban mil dólares cada uno a Carrera y doscientos y cien respectivamente a su secretario Don Juan era el principal comerciante de la plaza, pero a pesar de eso le era difícil reunir la suma que le pedían. El pobre cura manifestó a Carrera que él no poseía más bienes en el mundo que sus muebles y sus libros A nadie se le permitía visitarlo excepto a la anciana criada que fué quien primero nos refirió la historia Muchos de sus amigos habían huido para esconderse y sólo la vieja criada andaba de un lugar a otro con cartas escritas por el mismo cura pidiendo cinco dólares, o diez, a los que quisieran darle Una anciana le mandó cien dólares. A las cuatro de la tarde y con todos sus esfuerzos no había reunido más que setecientos dólares; pero, después de pasar por todas las agonías de la muerte, cuando el cura había perdido ya toda esperanza, don Juan, que había estado dos horas en libertad, logró conseguir lo que faltaba y lo dejaron libre

A la mañana siguiente, Carrera mandó a pedir prestados a don Juan sus útiles para afeitarse y don Juan se los llevó personalmente El siempre había estado en buenas relaciones con Carrera y éste le preguntó si ya le había pasado el susto, con tal familiaridad como si nada hubiese acontecido Pocos momentos después se le vió en una ventana tocando guitarra y una hora más tarde, sin la menor forma de juicio, ni aun el de la corte marcial, diez y ocho miembros de la municipalidad fueron sacados a la plaza y pasados por las armas Todos ellos eran de las principales personas de Quezaltenango; y Molina, el alcalde mayor, en familia, posición y carácter, no tenía segundo en la república. La esposa de Molina, pendiente de las rodillas de Carrera, le imploraba por la vida de su esposo a tiempo que éste pasaba entre una escolta de soldados Ella gritó "¡Robertito!" y él la alzó a ver pero no dijo nada. Entonces la señora, lanzando un grito se desmayó y antes de recobrar el sentido ya su esposo había muerto. Lo llevaron cerca de la esquina de la casa, lo sentaron en una piedra y lo fusilaron al instante A los otros se les sentó en el mismo lugar uno a uno. La piedra y el muro de la casa todavía estaban ensangrentados. Me contaron que Carrera vertió lágrimas por la muerte de los dos primeros y dijo que los demás no le importaban nada Hasta el día, en todas las revoluciones, siempre se había mostrado cierto respeto hacia los tribunales de justicia, y no se podía concebir cuán grande era el horror de los habitantes por este inicuo asesinato de los mejores hombres de Quezaltenango. Estos hechos fueron notorios para todos en la ciudad. Nosotros supimos de ellos, con muy pequeñas variaciones de detalle, de más de una docena de personas diferentes

Después de haber consumado esta atrocidad, Carrera regresó a Guatemala, dejando al pueblo sumido en la más grande consternación. Se consideraba esto como un golpe a los blancos y todos temían los horrores de una guerra de castas. Yo he procurado evitar el expresarme con dureza de Carrera, siempre que he podido. Me considero personalmente obligado hacia él, pues sin su protección nunca habría podido viajar por el país; pero es imposible reprimir el sentimiento de indignación que se levanta contra el gobierno que, consciente de la atrocidad de su conducta y del excesivo desprecio en que se le tenía, nunca se atrevió a llamarle a cuentas y ahora le adula y le sostiene en el poder

Pero volvamos al cura: era él como de cuarenta y cinco años de edad, alto, corpulento y bien parecido, tenía a su cargo varios curatos y, después de la de canónigo, su posición era la más alta en el país; pero tenía sus quehaceres Se encontraba en esos días muy atareado con las ceremonias de la Semana Santa, y por la noche le acompañamos a la iglesia

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Mirando desde la puerta hacia el interior, la vista era de lo más admirable. La iglesia era de doscientos cincuenta pies de largo, espaciosa y elevada, con un decorado riquísimo y adornada con pinturas y esculturas, resplandeciente de luces y enteramente llena de indios A cada lado de la puerta había una baranda y detrás de cada una de ellas un indio recibiendo ofrendas El piso estaba regado con hojas de pino A la izquierda se encontraba la imagen de Cristo, muerto, dentro de un ataúd, sobre el cual cada una de las mujeres derramaba un puñado de rosas, y cerca de allí estaba un indio recibiendo dinero Al lado opuesto y tras una reja de hierro estaba la imagen de Cristo con la cruz a cuestas, con los ojos vendados y con largas cadenas de plata sujetas a los brazos y a otras partes del cuerpo, atado a las barras de hierro. Aquí también estaba otro indio para recibir limosnas. El altar era hermoso en diseño y decorado, consistente en dos hileras de columnas jónicas, una sobre otra, doradas, rematadas por un resplandor también dorado y alumbrado por cirios de diez pies de altura. Bajo el púlpito estaba el piano Después de un ligero paseo por el interior de la iglesia, el cura nos condujo a sentarnos bajo el púlpito Nos pidió algunos aires musicales de nuestro país y en seguida se sentó al piano Como Mr C le sugirió que el tono era el de una de las óperas de Rossini, dijo que no era a propósito para la ocasión y lo cambió

A eso de las diez de la noche toda la multitud se formó en procesión, y Mr C y yo salimos para tomar un buen lugar en la esquina de la calle y ver la ceremonia Esta iba encabezada por indios, dos de frente, llevando cada uno un cirio grande de cera; en seguida y en hombros de cuatro hombres, la imagen de Judith, con una espada ensangrentada en una mano y en la otra la sangrienta cabeza de Holofernes Después, también en hombros de cuatro hombres, el Arcángel Gabriel, vestido de seda roja y con grandes alas muy bien rizadas. Más atrás venía un hombre con una grotesca armadura, hecha de papel negro plateado, figurando a los moros, con lanza y escudo como los antiguos caballeros, y en seguida cuatro niñas con velo y traje de seda blanco simulando ángeles, con un hombre a cada lado portando una vela encendida Después venía la gran imagen de Cristo llevando su cruz, sostenida por cuatro indios; a cada lado iba una joven india llevando horizontalmente una vara para impedir la presión de la muchedumbre y seguidas por todo el pueblo Al volver la esquina de la calle en que nos encontrábamos, un mestizo con ceño de profundo fanatismo en la cara, le dijo a Mr. Catherwood: "Quítese los anteojos y siga la cruz" Después seguía una procesión de mujeres con niños en los brazos, la mitad de ellos dormidos, caprichosamente vestidos con gorras plateadas y adornos en la cabeza, y por último una gran imagen de la Virgen, sentada, ataviada magníficamente, con indias jóvenes de ambos lados, quienes, como las anteriores, llevaban largas varas y candelas. Todo esto iba acompañado con música de tambores y violines Tan pronto como esta larga procesión acabó de pasar, regresamos nosotros al convento

La noche era muy fría y la mañana siguiente nos recordaba el mes de Diciembre en nuestro hogar. Era la mañana del Viernes Santo. En todo el país se habían preparado para celebrar con las más solemnes ceremonias de la iglesia la resurrección del Salvador En Quezaltenango, muy de mañana, estaba ya la plaza llena de indios de los alrededores; pues los blancos, aterrorizados y afligidos por el asesinato de sus mejores hombres, procuraban no tomar parte en la celebración

A las nueve de la mañana el corregidor nos mandó llamar para que le acompañásemos a la ceremonia de apertura Hacia un lado de la nave de la iglesia, inmediatos al altar mayor y del lado opuesto al púlpito, estaban unos sillones con cojines para el corregidor y los miembros de la municipalidad Nosotros fuimos invitados a sentarnos con ellos La iglesia se hallaba enteramente atestada con más de tres mil indios. Antes no les era permitido a las mujeres ni a los niños asistir a esta ceremonia; pero ahora la iglesia se encontraba llena de indias arrodilladas, con cordones rojos trenzados con los cabellos y quizá la tercera parte de ellas con niños a la espalda, visibles solamente la cabeza y los brazos Con excepción de nosotros y del padre, no había gente blanca en la iglesia; y con los ojos de la multitud vueltos hacia nosotros y el vivo recuerdo de la suerte de quienes pocos días antes habían ocupado nuestros puestos, sentíamos de aquel sitio de honor nos colocaba en una situación muy particular

No lejos del altar mayor estaba una gran cruz, aparentemente de plata maciza, ricamente esculpida y ornamentada, y arriba de ella una enramada de pino y ciprés Al pie de la cruz estaba una imagen de María Magdalena, llorando, con los cabellos bien rizados, la túnica escotada y de apariencia algo inmodesta. A la derecha, la Virgen, primorosamente vestida, y en la nave de la iglesia, de pie, Juan el Bautista, colocado allí, según parecía, sólo porque tenían la imagen a la mano Muy pronto los aires de la música indígena nos llegaron del otro extremo de la iglesia, avanazndo una procesión encabezada por indios con sombreros de fieltro de anchas alas, capas obscuras y velas de cera encendidas. El féretro avanzó hasta el pie de la cruz; colocaron escaleras junto a ella; el gobernador, con larga capa negra y sombrero de fieltro, subió por el lado derecho apoyándose en la cruz, con un martillo y un clavo grande de plata en las manos; otro indio dignatario subió del otro lado, mientras que los sacerdotes elevaban la imagen por el frente, la cual tenía las facciones cadavéricas, con gotas de sangre en las mejillas, con los brazos y las piernas movibles y con una herida abierta manando sangre, en el costado. Lo colocaron de espaldas a la cruz, con los brazos extendidos, clavándole las manos y los pies; retiraron las escaleras y de este modo la imagen de Cristo quedó puesta en la cruz.

Terminada la ceremonia salimos de la iglesia y pasamos dos o tres horas en visitas. La población blanca era poca, pero igual en carácter a la del resto de la república, y no había una sola familia respetable que no estuviera afligida por los ultrajes de Carrera Nosotros no nos dimos cuenta de los efectos de esta atrocidad sino hasta que llegamos a los círculos domésticos. El dolor de las mujeres cuyos familiares habían sido asesinados u obligados a huír sin rumbo fijo, podrá comprenderlo sólo quien conozca el corazón de la mujer

Se me aconsejaba que visitara a la viuda de Molina Su esposo apenas contaba treinta y cinco años de edad y su muerte en cualquier circunstancia habría sido lamentada hasta por sus enemigos políticos Sentía yo un profundo interés por quien había pasado por tan dolorosas escenas, pero me detuve en la puerta de la casa pensando que la visita de un extranjero no sería oportuna en tales circunstancias

Por la tarde volvimos a sentarnos con la municipalidad en la iglesia para asistir al descenso de la cruz. El espacioso edificio se encontraba henchido de gente hasta sofocar, cubriendo todo el piso una densa masa de mujeres arrodilladas, con tocados en forma de turbantes en la cabeza y niños llorando en las espaldas, excitada la imaginación al contemplar la sangrienta imagen en la cruz; pero entre toda esa multitud no fué posible encontrar un solo rostro interesante. Un sacerdote flaco y espantosamente pálido subió al púlpito y con una voz que repercutía por todo el edificio, pronunció enfáticamente un sermón de la pasión. Muy pocos de los indios comprendían ni siquiera el idioma, y además los chillidos de los niños

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

no permitían oír sus palabras; pero el conmovido acento de su voz tocó las fibras más sensibles del corazón de sus oyentes, y las madres, indiferentes a los gritos de sus hijos, sentadas e inmóviles, le oían con un semblante de severo entusiasmo Era la misma iglesia y nosotros podíamos imaginarnos que eran las mismas mujeres allí presentes quienes, en la furia y frenesí del fanatismo, habían arastrado por los cabellos al infeliz vice-presidente (vice-jefe) y asesinándole con sus propias manos A cada instante la excitación parecía en aumento El sacerdote, quitándose violentamente el bonete y reclinándose en el púlpito, extendió ambos brazos hacia el frente y lanzó un frenético apóstrofe a la sangrienta imagen en la cruz Un escalofriante y espantoso gemido repercutió por todo el ámbito de la iglesia, y al momento, a una señal del cura, saltaron indios sobre la enramada de pino y de ciprés rompiéndola en dos partes y, con un ruido análogo al que produciría un gran incendio, luchaban y se empujaban alrededor del altar haciendo mil pedazos las ramas consagradas para guardarlas como reliquias santas Dos indios, con sombreros de anchas alas, subieron por las escaleras colocadas a ambos lados de la cruz, y con paños bordados en las manos y tenazas de plata, arrancaron los clavos de las manos de la imagen El sentimiento de las mujeres prorrumpió en lágrimas, sollozos, gemidos, gritos y lamentos, tan fuertes y profundos, que llegando a nosotros inesparadamente, nos causaron tal impresión de inquietud, que hizo bambolear el ánimo hasta de quienes más dominio tenían sobre su propio espíritu. Tales gritos de angustia jamás los había yo oído proferir por un sufrimiento mortal; y como el cuerpo manchado de sangre lo tenían en alto bajo el púlpito, en tanto que el sacerdote inclinado le apostrofaba con frenético fervor, y la masa de mujeres desenfrenadamente excitadas se movía de aquí para allá como las olas agitadas de un borrascoso mar; toda la escena era tan emocionante, tan terriblemente lúgubre que, sin saber por qué saltaron las lágrimas de nuestros ojos. Cuatro años antes, en Jerusalén, sobre el propio Monte Calvario y en presencia del escarnio musulmán, yo había presenciado la misma ceremonia del descenso de la cruz; pero el entusiasmo de los peregrinos griegos en la iglesia del Santo Sepulcro era nada comparado con este torbellino de fanatismo y frenesí Poco a poco fué calmándose la excitación; cesó la quebradura de las ramas; toda la enramadas ya había sido distribuida y muy pronto dieron comienzo los preparativos para la gran procesión

Nosotros salimos con el corregidor y los miembros de la municipalidad a ocupar nuestro lugar en los balcones del cabildo La procesión se presentaba de un modo tan extraordinario que, ocultándome a la observación de los de abajo, me preparé al instante para tomar nota de ella. Abría la marcha un hombre a caballo llamado el centurión, con yelmo y coraza de cartón cubiertos de papel plateado, máscara negra de crespón, pantalones cortos de raso negro, medias blancas, banda roja, cintas de rojo y azul en los brazos, espada con empuñadura plateada y lanza, con las que, volviéndose de cuando en cuando, hacía señales y ademanes ante la procesión En seguida llevaban un caballo enjaezado con una antigua silla mexicana ricamente chapeada de plata Atrás, dos hombres encapuchados con túnicas azules, con sólo dos agujeros a la altura de los ojos para mirar, conduciendo dos mulas apareadas cubiertas enteramente con paños negros hasta las patas y seguidos de otros encpuchados como los primeros Después venía la gran cruz de plata de la crucificción, sobre un pedestal plateado, ricamente decorado y con adornos que parecían linternas pendientes de los brazos de la cruz, conducida por cuatro hombres vestidos con largas túnicas negras. En seguida una procesión de indios de a dos en fondo, con largas capas negras, sombreros negros de fieltro con alas de seis a ocho pulgadas de ancho, todos con velas encendidas en las manos, y después cuatro indios con el mismo vestuario, pero con coronas de espinas en la cabeza y arrastrando una baja carreta o ataúd lleno de hojas de pino, con una calavera en un extremo.

En seguida y en abierto contraste con todos estos emblemas de la muerte, avanzaba un ángel en la actitud de una bailarina de ópera, llevado en hombros de seis hombres vestidos con traje de raso púrpura, con flecos y adornos en la parte de abajo, con alas de gasa y una nube también de gasa arriba de la cabeza, llevando en la mano derecha unas tenazas de plata y en la izquierda una pequeña cruz de madera, con una cola de muselina blanca como de diez yardas de largo, la cual sostenía una preciosa niña con vestido fantástico y bonito. Después otra procesión de indios con velas encendidas, seguida por un grupo de diablos en horrible mascarada. A continuación, otro ángel todavía más parecido a una bailarina de ópera, con vestido azul obscuro, con ricas alas de encaje y con nubes y cintas volantes, el cual llevaba en la mano derecha una escalera y en la izquierda un martillo de plata, con una cola sostenida lo mismo que el anterior; y añadiré que sin querer observamos que llevaba calzón corto de terciopelo negro Más atrás, otro ángel vestido de amarillo con una pequeña cruz de madera en la mano derecha y no pudimos comprender lo que llevaba en la izquierda.

La siguiente en el orden era una preciosa niña como de diez años de edad, armada de pies a cabeza con yelmo y coraza de plata, también llamada centurión, moviéndose en suave y graciosa danza, al compás de la música, volviéndose, parándose, descansando sobre la empuñadura de la espada y ondeando sobre un grupo digno de tal jefe, consistente en doce hermosos niños con caprichosos trajes imitando a los doce apóstoles, uno de ellos con un gallo de plata representando a San Pedro. Después seguía el gran objeto de veneración: la imagen de Cristo crucificado, en una urna de cristal, adornada con rosas dentro y fuera y protegida por un palio de paño negro, conducida por hombres ataviados con largas túnicas negras y gorros que les cubrían enteramente a excepción de los ojos A todo esto seguía el cura y los sacerdotes con sus más ricas vestiduras y descubierta la cabeza; el tambor con funda de luto y los soldados con las armas a la funerala; la Virgen María con una larga túnica negra cerraba la procesión Esta tenía que recorrer las principales calles de la ciudad; por dos veces la interceptamos y enseguida nos fuimos a la iglesia del Calvario que está situada en una elevación al extremo de una larga calle. Ya las gradas de la iglesia estaban llenas de mujeres vestidas de blanco, desde la cabeza hasta los pies, con sólo una abertura oval para la cara Estaba muy obscuro cuando la procesión apareció al final de la calle; pero al resplandor de innumerables velas encendidas, todos los objetos se exhibían en su más terrible desnudez y parecía que el fanatismo hubiera estado escrito en caracteres de fuego sobre las caras de los indios. El centurión abrió el paso por las gradas, la procesión, acompañada de un canto suave, fué entrando en la iglesia y nosotros regresamos al convento

Por la noche hicimos varias visitas y más tarde se nos citó a una conferencia en beneficio del cura, por algunos de sus amigos. Sus penas todavía no habían terminado El día de nuestra llegada había recibido una orden perentoria del vicario general, de salir para Guatemala, con el aviso de que "alguna persona a propósito" sería nombrada en su lugar Se traslucía que los términos de la ordne afligían al cura, pues ellos implicaban que él no era "una persona a propósito". Todo Quezaltenango, decía él, podría responder de sus actos, y él podría responder a Dios que todo se había hecho para evitar la efusión de sangre.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

La casa se encontraba en completa confusión El empacaba sus libros y sus muebles preparándose para dar cumplimiento a la orden del vicario Sus amigos consideraban que no le convendría ir a Guatemala, porque allá, decían ellos, estaría a la vista de Carrera, quien, en un rapto de cólera, podría herirle o matarle por la calle Pero si no hacía el viaje, el vicario enviaría a buscarlo con soldados, tal era por entonces el rigor de la disciplina eclesiástica. Ellos deseaban que huyera del país y que se fuera con nosotros para México, pero no podría salir sin pasaporte de Guatemala, que de seguro no se lo darían El hecho que ellos quisieran descargar sobre nosotros mostraba el desamparo de su condición. Sus amigos creían que yo podría influir en su favor ante el vicario y me suplicaban que le escribiera relatándole los hechos tal como se conocían en todo Quezaltenango. Yo había determinado no intervenir en los asuntos públicos o privados de esta infortunada revolución, y aunque en este caso no hubiera vacilado en correr algún riesgo o molestia por servir al cura, si de tal modo le pudiera hacer algún bien, conocía la susceptibilidad de los hombres en el poder y creía que tanto el vicario como el gobierno se resentirían por mi intervención en el asunto Le propuse, sin embargo, escribir a un amigo mío, que yo sabía que cultivaba buenas relaciones con el vicario, suplicándole que en mi nombre visitara a este dignatario y que lo pusiera al tanto de todo lo ocurrido, sugiriéndole al mismo tiempo que debería enviar algún amigo para que hablara personalmente con el vicario. Ya de regreso a un país donde hay gobierno y leyes, se me hace muy difícil comprender cómo pudo ser posible que, muy poco tiempo antes, hubiera yo sido llamado en consejo para la seguridad de un hombre del carácter y posición social del cura. Relativamente los más respetables clérigos en nuestro país no ocuparían un puesto tan elevado como el que él ocupaba en Guatemala

A la mañana siguiente se nos invitó para almorzar con otro amigo y confidente casi tan extranjero como yo, y era éste la anciana señora que había enviado al cura los cien dólares a que ya me he referido El plan ya estaba discutido y arreglado, y durante el curso del día, dos amigos tomaron a su cargo hacer el viaje a Guatemala en favor del cura Nosotros habíamos pensado en ascender al volcán de Quezaltenango, pero nuestro guía nos engañó En la mañana hicimos varias compras y preparativos para seguir nuestro viaje y, como una de las mulas tenía una gran matadura en el lomo, pedimos al gobernador que nos consiguiera algunos indios cargadores

Por la tarde, en compañía del corregidor, visitamos las fuentes termales de Almolonga El camino atraviesa por una estribación del volcán y desciende precipitadamente a un profundo valle, en el cual, como a una legua de distancia, se encuentran el pueblo y las fuentes de agua caliente Existe allí un buen balneario en donde no se nos permitió pagar la estancia, siendo considerados como huéspedes de la ciudad Afuera, en un hermoso estanque natural, los indios, hombres, mujeres y niños, se bañaban todos juntos

Regresamos por otro camino cruzando un valle de extraordinaria hermosura, siendo nuestro tema de conversación la felicidad que se gozaría en este país si no fuera por las guerras y revoluciones Tan hermoso como él es, todos deseaban abandonarlo y llegar a una tierra donde la vida estuviera garantizada: México o Norte América Ya anochecía cuando regresamos, descendiendo por la estribación del volcán, y encontramos varios cientos de indios que regresaban de las ceremonias de Semana Santa, en completo estado de embriaguez En cierto lugar, un hombre y una mujer, ésta con su niño en la espalda, se bamboleaban tan cerca del borde de un precipicio, que el corregidor, apeándose, otmó al niño en sus brazos, obligándolos a regresar a la ciudad por delante de nosotros

Entre todos los lugares que visitamos, no hay uno tan digno de conocerse y explorarse, tan original e interesante, exceptuando las ruinas, como Quezaltenango Un mes cuando menos podría emplearse satisfactoriamente examinando muchos objetos curiosos en los alrededores Botánicamente es la región más rica de Centro América; pero nosotros no teníamos tiempo ni siquiera para descansar

Pasé la noche escribiendo, empacando algunas cosas para enviarlas a Guatemala, entre otras, mi quetzal, que a pesar de eso nunca me llegó, y también escribiendo cartas, una de ellas en favor del cura, en la cual, aunque cayera en malas manos, como yo ya había determinado salir del país, me expresaba en no medidos términos de las atrocidades cometidas por Carrera.

CAPITULO 13

CONTINUACION DEL VIAJE. — UNA LLANURA EN LA MONTAÑA. — PERDIDOS LOS GUIAS. — UN MOMENTO DE PRUEBA — AGUAS CALIENTES. — UNA ESPLENDIDA VISTA — MINERAL DE ORO. — SAN SEBASTIANO. — QUEGUETENANGO. — LA SIERRA MADRE. — UN ENORME ESQUELETO — LAS RUINAS. — ESTRUCTURAS PIRAMIDALES. — UNA BOVEDA — MONTICULOS — UN AGREGADO BIENVENIDO. — INTERIOR DE UN MONTICULO — VASIJAS — ASCENCION A LA SIERRA MADRE. — BUENA VISTA. — EL DESCENSO. — TODOS SANTOS. — SAN MARTIN. — SAN ANDRES PETAPAN — EL INCENDIO DE UN BOSQUE — SUFRIMIENTOS DE LAS MULAS POR LOS ENJAMBRE DE MOSCAS. — SAN ANTONIO DE GUISTA.

Por la mañana temprano se ensillaron nuestras mulas para el viaje El gobernador y otro amigo del cura llegaron a recibir instrucciones para la partida y emprendieron la marcha para Guatemala Los indios contratados para nosotros no aparecieron; y, deseosos de aprovechar el día, cargamos las mulas y enviamos por delante a Juan y a Bobón con el equipaje Al poco rato llegaron dos mujeres a decirnos que nuestros indios estaban presos Yo las acompañé para ver a dos o tres oficiales, y con mucha dificultad y pérdida de tiempo dimos con el hombre que los tenía a su cargo, quien dijo que, sabiendo que ya nosotros les habíamos adelantado parte de su salario, y temiendo que comprasen aguardiente y que faltasen, los había encerrado la noche anterior para que estuvieran listos, y que ya había explicado el motivo de su arresto a uno de los criados del cura Fuí yo con él a la prisión, pagué un chelín por cada uno por su hospedaje, y me los llevé al convento Los pobres hombres no habían comido desde que fueron encerrados, y, como de costumbre, deseaban ir a sus casas para proveerse de tortillas para el viaje Nosotros no permitimos que se fueran, sino que les dimos dinero para que las compraran en la plaza, y retuvimos a las mujeres y sus chamarras como prendas de su regreso Pero nos aburrimos de esperar Mr Catherwood recogió sus chamarras y las puso atravesadas en su silla, como una garantía para que nos siguieran, y emprendimos la marcha

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Habíamos agregado a nuestro equipos aguas de arma (armas de agua) que eran pieles de cabra sin curtir, bordadas de cuero rojo, pendientes del arzón de la silla, para proteger las piernas contra la lluvia, y ahora nos hallábamos enteramente equipados al estilo centroamericano

Había frío y bruma Ascendimos y cruzamos una elevada llanura, y a la distancia de una legua descendimos a un pueblo, donde supimos que Juan y Bobón ya habían pasado poco tiempo antes Más adelante subimos una elevada y áspera montaña, y en la cima llegamos a una espléndida llanura Caminamos a paso vivo, y ya era la una de la tarde cuando nuestros encarcelados nos alcanzaron Por entonces ya nos sorprendía el no alcanzar a nuestros criados con el equipaje No podíamos haberlos pasado, puesto que no había más que un camino Desde que salimos del pueblo no habíamos visto ni una sola persona, y a las dos de la tarde encontramos a un hombre con una mula cargada que venía de Aguas Calientes, lugar señalado para el fin de nuestra jornada de ese día, que no los había encontrado Mr Catherwood se puso alarmado, temiendo que nos hubiesen robado y escapádose Yo siempre me mantenía sin cuidado con el equipaje, y jamás perdí algo y no quería creer tal cosa Al cabo de media hora encontramos otro hombre, que nos dijo que no los había visto, y que allí no había otro camino más que por donde él venía Desde que comenzaron nuestros recelos no pudimos descubrir ninguna huella, pero seguimos adelante hasta llegar a dos leguas de nuestro paradero, donde nos detuvimos y celebramos una de las más ansiosas consultas que ocurrieron en todo nuestro viaje Nosotros sabíamos muy poco de los criados Juan nos engañaba todos los días en las pequeñas compras por el camino, y lo habíamos descubierto en la atrocidad de guardarse parte del dinero que le dábamos para comprar maíz y sacate, matando de hambre a las mulas Después de la más triste deliberación, quedamos en que habrían roto los baúles, sacado el dinero arojado el resto del contenido en algún barranco, montado las mulas y tomado las de Villadiego Además del dinero, camas y ropa de dormir, estos baúles contenían todos los dibujos de Mr Catherwood, y las preciosas notas a las cuales el lector debe estas páginas Los frutos de todo nuestro trabajo estaban perdidos En todas nuestras dificultades y perplejidades jamás tuvimos un momento más aflictivo. Nos hallábamos a dos leguas de Aguas Calientes. Seguir adelante despertar al pueblo, conseguir caballos de remuda, y volver en su persecución, fue nuestra primera idea; pero esto aumentaría la distancia entre nosotros, y probablemente no podríamos conseguir caballos.

Con los corazones tan pesarosos que nada sino la débil esperanza de capturarlos mientras se repartían el dinero nos libraba del abatimiento, retrocedimos Eran las cuatro de la tarde; ni nuestras mulas ni nosotros habíamos comido nada desde la mañana temprano La noche se nos venía encima, y era dudoso que nuestras mulas pudiesen aguantar. Nuestros prisioneros nos dijeron que habíamos sido muy imprudentes en dejarlos ir solos, y daban por supuesto que ellos no habrían desperdiciado la ocasión para robarnos A medida que regresábamos, ambos, Mr C. y yo, rumiábamos sobre una sospecha que por algún tiempo ninguno de los dos mencionó al otro Esta era por la carta que yo había escrito en favor del cura Nos encontraríamos otra vez al alcance de Carrera Si la carta, por lo que él consideraría mi ingratitud, y podría vengarse muy fácilmente. No obstante eso, nuestros planes fueron puestos en práctica al momento Determinamos en todo caso, no regresar hasta Guatemala, ni, abatidos como nos hallábamos en fortuna y en espíritu, renunciar a Palenque, sino que, si fuera posible, pedir prestado dinero para el camino, aunque tuviéramos que marchar a pie; pero, Oh Gloria Eterna, como decía el boletín oficial de las victorias de Carrera, al llegar a la cumbre del a montaña vimos a los hombres trepando un profundo barranco por el otro lado. Nosotros no les contamos nuestra agonía, pero no habíamos andado gran trecho cuando los indios les refirieron todo, más ellos no se manifestaron sorprendidos ni lastimados Ninguno de nosotros supo cómo los habíamos pasado, pero otra convulsión igual habría puesto punto final a nuestra mísera existencia; y desde entonces, por más aburrido que fuera, o cualesquiera que pudiesen ser los móviles, resolvimos cuidar de nuestro equipaje Al obscurecer llegamos a la cima de una elevada montaña, y por uno de aquellos largos, escarpados y difíciles descenso de los cuales es imposible dar al lector ninguna idea, entramos al pueblo de Aguas Calientes

Estaba éste ocupado enteramente por indios, que se amontonaron a nuestro alrededor en la plaza, y a la luz de antorchas de pino miraron el pasaporte de Carrera Ninguno de ellos podía leerlo, pero fue suficiente pronunciar el nombre, y todo el pueblo se puso en movimiento para proporcionarnos algo de comer El alcalde distribuyó el dinero que le dimos, y uno trajo un real de huevos otro de frijoles, otro de tortillas, otro de manteca, otro de candelas, y una docena o más recibieron un real (seis peniques) cada uno para sacate, ninguno traía nada sino hasta que tenía el dinero en la mano. Encendióse un fuego en la plaza, y a su debido tiempo tuvimos una cena. Nuestra habitual cena de huevos fritos, frijoles tortillas y chocolate, cualquiera de ellos lo suficiente para perturbar la digestión en estado de reposo, con la excitación y molestia de nuestra supuesta pérdida, me enfermaron El cabildo era un miserable cobertizo, lleno de pulgas, con una capa de polvo de una pulgada de grueso para ablandar el duro piso de tierra. Hacía demasiado frío para dormir al aire libre, y no había clavos para suspender las hamacas, pues en esta región las hamacas no se usan para nada Hicimos preguntas con la mira de alquilar los catres de los principales habitantes para pasar la noche, pero no había ni uno en el pueblo; todos dormían en el regazo de la madre tierra, y nosotros tuvimos parte de la cama familiar Afortunadamente sin embargo, y lo más importante para fuentes termales en estas cercanías, pero nosotros no nos desviamos de nuestra ruta para visitarlas A corta distancia del pueblo cruzamos un río y comenzamos a subir una montaña En la cumbre llegamos a una angosta meseta, con un espléndido bosque hacia ambos lados a lo lejos abajo de nosotros El viento azotaba sobre la soberbia altura, de modo que con nuestros ponchos, los que eran necesarios a causa del frío, era difícil mantenerse en la silla El camino era quebrado y pedregoso, y el rastro apenas perceptible A eso de las diez de la mañana toda la superficie de la montaña era un pelado serrijón de piedra caliza, desde el cual el sol se reflejaba con ardoroso calor, y cuya blancura era deslumbrante y dolorosa para los ojos. Abajo de nosotros, a cada lado, continuaba una nosotros, nuestras mulas cenaron bien

En la madrugada reanudamos nuestro viaje Hay inmensa selva de gigantescos pinos. El camino estaba enteramente desolado; no encontramos viajeros. Al cabo de cuatro horas divisamos hacia nuestra izquierda, a una gran distancia abajo, una solitaria hacienda, con un claro a su alrededor, que parecía seleccionada para un magnífico aislamiento de las convulsiones de un perturbado país El cerro se hallaba interrumpido por ramblas y barrancas profundas, y nosotros llegamos a una sobre la que, a manera de puente, habían puesto los troncos de dos pinos gigantescos. Mi macho siempre reculaba cuando yo procuraba jalarlo, de modo que permanecí montado y me llevó poco a poco sobre el puente pero en el otro extremo nos asustó un ruido por detrás Nuestra mejor mula de carga se había caído, rodando y quedando suspendida a la orilla del precipicio, con las patas dando coces en el aire, librándose de caer al fondo únicamente

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

por haberse enredado entre los arbustos Al momento bajamos hasta ella, le cogimos la cabeza que estaba vuelta hacia la orilla, y por medio de fuertes cuerdas la sacamos hacia afuera; pero estaba magullada y estropeada, y apenas podía bambolearse bajo su carga Continuando a lo largo del cerro, azotados por fuertes ráfagas de viento, bajamos otra vez por un río, caminamos por alguna distancia a lo largo de su orilla, y pasamos una vereda que subía por el lado de la montaña a la derecha, tan escarpada que yo no creía que pudiera ser nuestro camino, y dejándola por un lado, tuvimos que regresar. Esta fue la ascención más empinada que hasta aquí habíamos tenido en el país Era una crueldad obligar a mi valiente macho a subir por esta senda; pero todo el día me había atormentado un fuerte dolor de cabeza y no podía andar a pie; así que seguí adelante haciendo las viradas mejores que podía y parando cada vez que cambiaba de dirección. Sobre la cumbre se desplegó a nuestra vista uno de aquellos grandiosos y magníficos panoramas que, cuando nos hubimos enjugado el sudor y recobrado el aliento, siempre nos indemnizaba de nuestra fatiga. Este era el terreno más elevado en que hasta ahora nos habíamos hallado. En nuestro derredor había un océano de montañas, y espiando por encima de ellas, pero tan pequeñas como para dar un pleno efecto a nuestra inmensa elevación, se hallaban las cónicas puntas de dos nuevos *volcanes La superficie era de roca caliza en inmenso* estrato, con cuarzo, en uno de cuyos pedazos encontramos una partícula de oro. Aquí otra vez, en este vasto desierto de montañas, sumergidos en las entrañas de la tierra, están aquellos repositorios de preciosos minerales por los que millones de millones en todo el mundo trabajan, negocian, imploran y trampean diariamente.

Continuando por este cerro, salimos sobre una estribación dominando una vista, a lo lejos abajo de nosotros, de un valle cultivado, y del pueblo de San Sebastiano Descendidos hasta el valle, dejando el pueblo a nuestra derecha, cruzamos la estribación, y miramos el fin de nuestra jornada de ese día: la ciudad de Güegüetenango, situada en un extenso llano, con un clima suave, fecunda en producciones tropicales, circundaba por inmensas montañas, y al frente de nosotros la gran Sierra Madre, el baluarte natural de Centro América, cuya grandiosa y magnífica perspectiva era perturbaba solamente por la penosa consideración de que teníamos que atravesarla Mi macho, acostumbrado a las llanuras de Costa Rica, hacía tiempo que parecía embrollado en saber para qué servirían las montañas; si él hubiera podido hablar, habría exclamado con angustia:

"Hills peep o'er hills, and Alps on Alps arise"

Nuestra jornada del día no fue sino de veintisiete millas, pero fue más fatigosa para los hombres y las bestias que ninguna de a sesenta desde que salimos de Guatemala Cabalgamos para el interior de la ciudad, plaza principal del último distrito de Centro América y del antiguo reino del Quiché Estaba bien edificada, con una gran iglesia o plaza y otra vez una turba de mestizos se hallaban empeñados en su ocupación favorita de la riña de gallos A medida que caminábamos atravesando la plaza, sonaba la campana para las oraciones vespertinas El pueblo cayó de rodillas y nosotros nos quitamos los sombreros. Nos apeamos en casa de don Joaquín Monte, un viejo español de alta consideración, *por quien fuimos hopitalariamente recibidos, y que,* aunque centralista, con motivo de cierto asunto de sus hijos, le habían saqueado su casa en Chiantla los soldados de Carrera Sus hijas se vieron obligadas *a refugiarse en la iglesia, se le quitaron cuarenta o* cincuenta mulas de su hacienda A poco rato recibimos la visita del corregidor, quien había visto anunciado nuestro proyectado viaje en el periódico oficial, y nos trató con la consideración debida a personas especialmente recomendadas por el gobierno

Llegamos a Güegüetenango en una desastrada condición Nuestras mulas de carga tenían el lomo tan desollado que era aflictivo el ocuparlas; y el caballo no estaba en mejores condiciones Bobón, al andar descalzo sobre el camino pedergoso, se había magullado la planta de uno de sus pies de tal modo que estaba incapacitado, y esa noche la excesiva cena de Juan le provocó una indigestión Era él un tremendo glotón; por el camino ningún comestible estaba seguro Le teníamos rencor por el hurto de nuestro pan dejándonos atenidos a las tortillas, y no nos afligía el verlo boca arriba pero él se rodaba sobre el piso del corredor, gritando ruidosamente, como para perturbar a todos los de la casa, "¡Voy morir!" "¡voy morir!" Era un duro sujeto algo renuente para someterse a tratamiento; pero nosotros procedimos con energía y logramos hacerlo descargar

A más de nuestras dificultades inmediatas, supimos de otras en perspectiva A consecuencia de la muchedumbre de emigrantes de Guatemala para México, ninguno era admitido en ese territorio sin un pasaporte de Ciudad Real, la capital de Chiapas, a cuatro o cinco días de camino de la frontera La frontera *era una larga línea de río en medio de un de*sierto, y había dos caminos, el más bajo muy poco transitado por motivo de la dificultad de atravesar los ríos, mas en aquel tiempo pasable. Sin embargo, *como nosotros intentábamos, de todos modos, detener*nos en este lugar con el propósito de visitar las ruinas, pospusimos nuestra decisión hasta para el siguiente día

En la mañana siguiente don Joaquín nos contó del esqueleto de un enorme animal, que se suponía ser de un mastodonte, el cual había sido hallado en las inmediaciones Algunos de los huesos se habían recogido, y estaban ahora en la ciudad, y habiéndolos visto, tomamos un guía y nos fuimos al sitio donde habían sido descubiertos, sobre las riberas del río Chinacá, como a media milla de distancia. En este tiempo el río estaba bajo, pero el año anterior, aumentado por las inmensas crecientes de la estación lluviosa, había roto su cauce, arrastrado su borde izquierdo, y dejado al descubierto un lado del esqueleto La orilla era perpendicular, como de treinta pies de elevación, y el animal había sido sepultado en posición vertical A más de los huesos que estaban en la población, algunos habían sido arrastrados por la inundación y otros permanecían incrustados en la tierra; pero la impresión de todo el animal, de veinticinco a treinta pies de largo, era claramente visible. Se nos dijo que como a ocho leguas más arriba, a la orilla del *mismo rio, se había descubierto el esqueleto de un* animal mucho más grande.

Por la tarde nos fuimos a caballo a las ruinas, a las que en el pueblo se las llama las cuevas Están situadas como a media legua de distancia, sobre una magnífica planicie, circundada a lo lejos por elevadas montañas, entre las cuales se encuentra la gran Sierra Madre

El sitio de la antigua ciudad, como en Patinamit y Santa Cruz del Quiché, fue escogido por su seguridad contra los enemigos Estaba rodeado por un barrancho, y el carácter general de las ruinas es el mismo del Quiché, pero la mano de la destrucción ha caído sobre ellas más pesadamente. El todo forma un *confuso montón de fragmentos cubiertos de yerba* Los principales restos son dos estructuras piramidales en esta forma
Una de ellas mide en la base ciento dos pies; las gra*das son de cuatro pies de alto por siete de fondo, ha*-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ciendo toda la altura de veintiocho pies No son de piedra tallada como las de Copán, pero las toscas piezas están pegadas con cal, y todo el exterior estuvo antiguamente cubierto de estuco y pintado. En la parte superior hay una pequeña plataforma cuadrada, y al pie yace una larga plancha de piedra bruta, aparentemente precipitada desde arriba; quizá el altar donde las víctimas humanas eran extendidas para el sacrificio

El dueño del terreno, un mestizo, cuya casa quedaba en la vecindad, y que nos acompañó a las ruinas, nos contó que él les había comprado la tierra a los indios y que, por algún tiempo después de la compra, lo molestaron con sus periódicas visitas para celebrar algunos de sus antiguos ritos sobre la cima de esta estructura Esta molestia continuó hasta que él azotó a dos o tres de los principales y los mandó a la porra

Al pie de la estructura había una bóveda, revestida con piedra tallada, en donde fueron encontradas una colección de huesos y una vasija de terracota, que ahora estaban en su poder La bóveda no era del largo suficiente para el cuerpo de un hombre extendido, y los huesos deben haber sido separados antes de ser colocados allí

El dueño creía que estas estructuras contenían aposentos interiores con tesoros escondidos, y allí había varios montículos, que se suponía ser los sepulcros de los antiguos habitantes, los cuales también, él no lo dudaba, contenían tesoros La situación del lugar era espléndida. Nosotros nunca habíamos gozado de una tan buena oportunidad para trabajar y convenimos con él en llegar al día siguiente y hacer excavaciones, prometiéndole que le daríamos a él todo el tesoro, y que por mi parte tomaría sólo las calaveras, las vasijas y o otras curiosidades.

A la mañana siguiente, antes de levantarnos, abrieron violentamente la puerta, y para nuestra sorpresa recibimos un saludo en inglés. El vestido del extranjero era del país; su barba larga, y parecía como si ya hubiera hecho una larga caminata de madrugada a caballo. Para mi gran sorpresa y alegría reconocí a Pawling, a quien el lector tal vez recuerda que yo había visto como superintendente en una hacienda de cochinilla en Amatitlán El había tenido noticia de nuestra salida para México, y fastidiado de sus ocupaciones y del país, había montado su caballo, y con todo lo que poseía amarrado atrás de la silla, se había puesto en marcha para alcanzarnos En el camino había comprado una magnífica mula, y caminando de prisa, y cambiándose de un animal a otro, nos había alcanzado en cuatro días Se hallaba en dificultad con respecto a pasaporte, y estaba ansioso de participar del beneficio del mío para salir del país, ofreciendo agregarse a mí en cualquier condición que fuese necesaria para ese propósito Por fortuna mi pasaporte era bastante amplio para protegerlo, e inmediatamente lo nombré administrador general de la expedición, cuyo material estaba ahora reducido a Juan enfermo y sólo una mula de carga sana

A las nueve de la mañana, ayudados por tres hombres y un muchacho con machetes, que era todo lo que pudimos conseguir con tan corto viso, ya estábamos de nuevo entre las ruinas No éramos bastante fuertes para derribar una pirámide, y se nos fue la mañana en tratar de abrir una brecha en uno de los lados pero no llevamos nada a cabo.

Por la tarde abrimos uno de los montículos El interior era una áspera capa de piedras y cal, y después de una hora de excavación nos encontramos con fragmentos de huesos y las dos vasijas de abajo en el grabado del frente La primera de las dos se hallaba entera cuando la descubrimos, pero, desgraciadamente, se quebró al sacarla, aunque recogimos los pedazos Es de gracioso diseño, con la superficie pulida, y de muy buen artificio La última ya estaba rota, y aunque más complicada, no tiene pulida la superficie El trípode en la parte de arriba del grabado es una copia de la vasija antes referida, encontrada en la tumba, la que yo conseguí del dueño del terreno. Es de doce pulgadas de diámetro, y con la superficie pulida. No descubrimos ningún tesoro, pero nuestro día de trabajo fue de lo más interesante, y solamente lamentamos el no haber tenido tiempo de hacer una más completa exploración

Mientras tanto don Joaquín había hecho los arreglos para nosotros y a la mañana siguiente reanudamos nuestro viaje Dejamos atrás una mula, un caballo y a Bobón, y fuimos reforzados por Pawling bien montado y armado con un par de pistolas, y una escopeta corta de dos cañones pendiente del arzón de su silla, y por Santiago, un soldado mexicano desertor Juan era un interesante inválido montado en una mula, y el todo iba bajo la custodia de un respetable viejo arriero, que marchaba con sus mulas de vacío para regresarlas con cargamento de azúcar

A corta distancia del pueblo comenzamos a subir la Sierra Madre La primera cordillera era pedregosa, y en la cumbre llegamos a una llanura cultivada, más allá de la cual se levantaba una segunda cordillera, cubierta con un tupido bosque de robles En la cima de esta cordillera estaba una cruz El lugar se llamaba Buena Vista, y dominaba una espléndida extensión de montañas y llanuras, cinco lagos y dos volcanes; uno de ellos, llamado Tajamulco (Tajumulco), dijo nuestro guía que era un volcán de agua Más adelante de ésta se elevaba una tercera cordillera A cierta distancia más arriba estaba un rancho indígena, en el que robusto muchachito metió la cara a través de un cerco de arbustos y nos dijo "adiós", a cada uno al pasar. Más adelante estaba otro muchacho a quien todos sucesivamente dijimos "adiós" pero el maleriado chicuelo no quiso contestarnos Sobre la cumbre de esta cordillera nos hallábamos casi a nivel de la cima de los volcanes. A medida que subíamos la temperatura se hacía más fría, y nos vimos obligados a ponernos nuestros ponchos A las dos y media de la tarde llegamos a la cumbre de la Sierra Madre, la línea divisoria de las aguas, estando a doce millas de Güegüetenango, y en nuestro desviado curso, la segunda vez que cruzábamos la sierra La cumbre de la montaña era una larga y plana meseta como de media milla de ancho, con ásperos flancos que se elevaban sobre la derecha hasta una aterradora cima Caminando alrededor de media hora sobre esta meseta, a la orilla de un arroyo de agua clara y fría, que pasando llevaba su tributo al Océano Pacífico, llegamos a un miserable rancho, frente al cual el arriero propuso que acompásemos, porque dijo que sería imposible llegar al pueblo más cercano. Contemplada desde lejos no había idea más gloriosa: la de morir en la cumbre de la Sierra Madre, y el escenario era lo bastante agreste para la más romántica imaginación; pero como estábamos pobremente preparados contra el frío, la habríamos cambiado con agrado por un pueblo indígena.

Los ocupantes de la choza eran un hombre y una mujer, que vivían allí sin pagar arrendamiento Como el águila, habían fijado su habitación donde sin duda no se verían perturbados. Mientras los hombres estaban descargando, Juan, como inválido, pidió licencia para extender su enorme cuerpo junto al fuego, pero la mujer le dijo que había más espacio al aire libre. Yo logré sin embargo, asegurarle un lugar en el interior. Teníamos una hora de vagar por la cumbre de la sierra Esta pertenecía a nuestro amigo don Joaquín Monte, y era lo que se llamaría en mi tierra una bonita y sustancial porción de propiedad inmueble A cada paso había algún nuevo claro, que presentaba un nuevo panorama de la grandiosa y espléndida

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

naturaleza En muchos lugares, entre los peñascos y bajo ciertas orientaciones, se hallaban buenas porciones de terreno, y como a media milla de distancia había un potrero o dehesa para las yeguas de crianza, que nosotros visitamos para comprar algo de maíz para nuestras mulas Un mañoso burro semental reinaba como señor de la sierra.

Contigua a la choza ocupada estaba otra como de diez pies en cuadro, construida con pequeños postes sembrados a plomo, techada con rama de ciprés y abierta al viento por todos lados. Recogimos una cantidad de leña, hicimos un fuego en el centro, cenamos, y pasamos una noche de tertulia. Los arrieros tenían fuera una gran fogata y con sus albardas y cargas formaron un parapeto para protegerse contra el viento La fantasía evocaba una imagen de escenas muy lejanas: de un reducido círculo de amigos que tal vez en esos momentos pensaban en nosotros. Tal vez, hablando la verdad, nosotros desearíamos estar con ellos; y, sobre todo, al mirar nuestro lugar para dormir, pensaríamos en las comodidades del hogar No obstante eso, pronto nos dormimos. Hacia la madrugada, sin embargo, se nos hizo recordar nuestra elevada posición. El suelo estaba cubierto de escarcha blanca, y el agua estaba congelada hasta un cuarto de pulgada de espesor Nuestro guía dijo que esto acontecía regularmente cada noche del año cuando la atmósfera estaba despejada Este era el primer hielo que veíamos en el país Los hombres titiritaban alrededor de una fogata, y, tan pronto como pudieron ver, salieron a buscar las mulas. Una de ellas se había extraviado; y mientras los hombres las buscaban, nosotros nos desayunamos, y no pudimos emprender la marcha sino hasta un cuarto antes de las ocho Nuestro camino atravesaba la cumbre de la sierra, que por dos leguas era una meseta plana, en gran parte compuesta de inmensos lechos de pizarra roja y piedra caliza azul o roca gredosa, que yacía en capas verticales A las diez principiamos el descenso y a tal hora todavía el frío era riguroso El descenso sobrepasó en grandiosidad y magnificencia a todo lo que ya habíamos visto Este lo hicimos por un ancho pasaje con murallas de montaña perpendiculares, que se encumbraban en ásperas y terríficos picos, más y más elevados a medida que bajábamos, de donde salían gigantescos árboles de ciprés, con los troncos y todas sus ramas muertas Frente a nosotros, en medio de estas inmensas murallas, se extendía un panorama que alcanzaba más allá del pueblo de San Andrés, a veinticuatro millas de distancia. Una corriente de agua despeñándose sobre las rocas y piedras, se precipitaba hacia el Atlántico; nosotros la cruzamos quizá cincuenta veces sobre rudos y toscos puentes como la propia corriente y como las montañas por entre las que corría A medida que bajábamos, la temperatura se hacía más suave A las doce del día el inmenso barranco nos dió salida a un fértil valle de una milla de anchura, y al cabo de media hora llegamos al pueblo de Todos Santos. Sobre la derecha, a lo lejos abajo de nosotros, había una magnífica meseta cultivada con maíz, y circundada por la falda de una gran sierra; y en los suburbios del pueblo había manzanos y durazneros cubiertos de flores y de tiernos frutos Habíamos llegado de nuevo a las tierras templadas, y en Europa o Norte América la belleza de este miserable y desconocido pueblo daría un tema para la poesía.

Cuando caminábamos a través de él, al extremo de la calle fuimos detenidos por un indio borracho, sostenido por dos hombres apenas capaces de sostenerse a sí mismos, quienes, supusimos, lo llevaban a la cárcel; pero, bamboleándose delante de nosotros, nos obstruyeron el paso, y gritaron: "¡Passeporte!". Pawling, de antemano, y para asumir su nuevo carácter, se había amarrado la chaqueta alrededor de la cintura por las mangas, y conducía una de las mulas por el cabestro Ninguno de los tres podía leer el pasaporte, y mandaron llamar al secretario, un indio sin sombrero, vestido no más que con una rota camisa de algodón, quien lo examinó muy cuidadosamente, y leyó en alta voz el nombre de Rafael Carrera, el cual, yo creo, era todo lo que procuraba descifrar. Nosotros no éramos ni sentimentales, ni filosóficos, ni viajeros moralizadores, pero nos dió angustia el pensar que tan magnífica región estuviese bajo el dominio de semejantes hombres

Pasando por la iglesia y el convento, subimos a un cerro, después bajamos un inmenso barranco, atravesamos otro espléndido valle, y por último llegamos al pueblo indígena de San Martín, el cual con la belleza y el esplendor de todo lo que nos rodeaba, podía haber sido escogido por su insuperable hermosura de posición Nos dirigimos al cabildo, y de allí a la choza del alcalde La población era toda de indios; el secretario era un muchacho descalzo, quien deletreó cada palabra del pasaporte excepto nuestros nombres; pero su lectura bastó para conseguir cena para nosotros y provisión para las mulas, y en la madrugada seguimos adelante

Por alguna distancia caminamos sobre una elevada loma, con un precipitado barranco a cada lado, en cierto lugar tan angosta que, según nos dijo nuestro arriero, cuando el viento es tempestuoso hay peligro de ser impelido por él. Seguimos bajando, y a las doce y cuarto llegamos a San Andrés Petapán, a quince millas de distancia, florido con naranjos, zapotes y otros árboles frutales Pasando por el pueblo a corta distancia más adelante nos vimos detenidos por un incendio en el bosque Dimos media vuelta e intentamos pasar por otro camino, pero nos fué imposible Antes que regresáramos ya el fuego había alcanzado al lugar que abandonamos, y aumentaba tan de prisa que tuvimos temores por las mulas de carga, y las hicimos regresar con los hombres hacia el pueblo Las llamas venían serpenteando y crujiendo hacia nosotros, creciendo y zumbando por las ráfagas de viento, y de cuando en cuando, al ser alimentadas con materias secas combustibles, lanzaban llamaradas y relámpagos como un reguero de pólvora Nosotros retrocedimos, manteniéndonos tan cerca de la línea de fuego como podíamos, pues el camino se extendía a lo largo de la falda de la montaña; entre tanto el incendio venía desde abajo del barranco, cruzando el camino y moviéndose hacia arriba. Las nubes de humo y cenizas, el furioso movimiento de las ráfagas de viento y de las llamas, el estallido de las ramas quemadas y los árboles envueltos en fuego, y el rápido progreso del elemento destructor, formaban una escena tan salvaje y espantosa, que nosotros no pudimos arrancarnos del lugar. Al fin vimos el fuego dirigiéndose hacia arriba por la falda del barranco, interceptando el paso delante de nosotros. Espoleando nuestros caballos, atravesamos precipitadamente, y al instante el todo era un manto de llamas. El fuego ahora se extendía con tanta rapidez que nos pusimos alarmados, y volvimos precipitadamente hasta la iglesia, la que, sobre una elevación sólidamente definida contra la inmensa montaña en el fondo, estaba delante de nosotros como un lugar de refugio. Ya por entonces los aldeanos se habían alarmado, y hombres y mujeres se precipitaban a las alturas para observar el avance de las llamas. El pueblo se hallaba en peligro de una conflagración, habría sido imposible hacer avanzar las mulas cargadas hacia arriba de la loma que habíamos bajado, y resolvimos depositar el equipaje en la iglesia, y salvar a las mulas haciéndolas subir descargadas. Esta era otra de aquellas salvajes escenas que las palabras no pueden describir. Nos paramos sobre la cumbre de la colina frente a la plazuela de la iglesia, y mientras observábamos el fuego, las negras nubes y el resplandor de las llamas envolvían la falda de la montaña y dejaban libre al pueblo Aliviados de temores, nos sentamos bajo un árbol enfrente de la igle-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

sia a gozar tranquilamente del terrífico espectáculo y de una fría gallina. Los carbones y cenizas caían alrededor, y el elemento destructor se abalanzó con furia, perdonando al pueblo frente a nosotros, quizás para convertir en ruinas algún otro

Nos vimos obligados a esperar dos horas. Desde el pie de la colina sobre la cual estaba situado el pueblo, el terreno se encontraba caliente y cubierto con una leve capa de cenizas; el matorral y monte bajo se habían quemado, en algunos lugares yacían los árboles reducidos a montones de brasas, y otros estaban en pie con sus troncos y ramas todos ardiendo En cierto lugar pasamos por un cuadro de cenizas blancas, restos de alguna miserable choza indígena Nuestras caras y mano estaban chamuscadas, y todo nuestro cuerpo caliente cuando salimos del ardiente bosque Por algunos momentos el aire libre era una delicia; mas apenas acabábamos de salir de una pena cuando entramos a otra Enjambres de enormes moscas, quizá arrojadas por el fuego, que revoloteaban por las orillas de la región incendiada, cayeron sobre las mulas. Cada piquete sangraba, y las atormentadoras se adherían a los sufridos animales hasta que se les sacudía con un varejón Durante una hora trabajamos duro, pero no les pudimos mantener libre la cabeza ni el pescuezo Las pobres bestias estaban casi frenéticas, y a pesar de todo lo que pudimos hacer, quedaron con la nuca, el interior de las patas, el hocico, las orejas, las narices y todas las partes blandas de la piel, goteando sangre Apresurándonos, al cabo de tres horas divisamos la iglesia de San Antonio de Güista, y a los pocos minutos entramos a la población, bellamente situada sobre una meseta que se proyectaba del declive de la montaña, mirando sobre una inmensa abertura, y dominando por todos lados un espléndido panorama. Por este tiempo nos hallábamos fuera del alcance de la guerra y libres de todo temor. Con la adición de las pistolas y la escopeta cuache de Pawling, con un fiel arriero, con Santiago, y con Juan ya parado otra vez, podríamos haber asaltado un pueblo indígena y encerrado a un alcalde refractario en su propio cabildo. Tomamos posesión de San Antonio de Güista, dividiéndonos nosotros mismos entre el cabildo y el convento, mandamos llamar al alcalde (aún en los confines de Centro América el nombre de Carrera era omnipotente), y le dijimos que se estuviera allí para servirnos, o que enviara un alguacil. El convento quedaba contiguo a la iglesia, sobre una abierta meseta, dominando el panorama de un espléndido valle rodeado de inmensas montañas, y hacia la izquierda una vista entre dos cadenas de montañas, agrestes, ásperas y elevadas, cuyas cimas se perdían en las nubes Delante de la puerta del convento había una gran cruz sobre un alto pedestal de piedra, con el repello destruido y cubierta de flores silvestres. El convento estaba cerrado por una valla de ramas secas, sin ninguna entrada hasta que nosotros se la hicimos El padre no estaba en casa, lo que fué mucha fortuna para él, pues allí no habría habido espacio suficiente para todos. En efecto, todo parecía exactamente preparado para nuestra compañía; había tres camas, justamente tantas como las que podíamos ocupar de modo conveniente; y el estilo de ellas era nuevo: estaban fabricadas de largos palos como de una pulgada de grueso, amarrados con cuerdas de corteza por arriba y por abajo y descansando sobre horquillas como de dos pies de alto sembradas en el terroso piso.

El alcalde y su mayor habían levantado al pueblo A los pocos minutos, en vez de la mortificante respuesta "no hay", las provisiones preparadas para nosotros eran casi iguales a las que ofrece el paraíso turco. Veinte o treinta mujeres llegaron al convento al mismo tiempo, con canastos de maíz, tortillas, dulces, plátanos, hocotes (jocotes), zapotes, y una variedad de otras frutas, cada uno de cuyos surtidos, al tratarlo, valía tres centavos, y entre ellos había una especie de tortillas, delgadas y bien cocidas al horno, como de doce pulgadas de diámetro, a ciento veinte por seis centavos, de las cuales, como no eran dispendiosas, hicimos una gran provisión

En este lugar nuestro arriero iba a separarse de nosotros. No teníamos sino una mula de carga apta para el servicio, y acudimos al alcalde por dos cargadores para que fueran con nosotros a través de la frontera hasta Comitán. El salió, según dijo, a consultar con los mozos, y nos informó que ellos pedían seis dólares por cada uno. Nosotros le hablamos de nuestro amigo Carrera, y en una segunda consulta la demanda se redujo a la tercera parte. Tuvimos necesidad de hacer provisiones para tres días, y aun de llevar maíz para las mulas; y Juan y Santiago pasaron una noche atareada cociendo las gallinas y los huevos.

CAPITULO 14

COMODOS ALOJAMIENTOS — CONTINUACION DEL VIAJE — CAMINO PEDREGOSO — HERMOSO RIO — UN PUENTE COLGANTE — EL DOLORES — RIO LAGARTERO — MENGUADO EL ENTUSIASMO — OTRO PUENTE — ENTRADA A MEXICO — UN BAÑO — UNA IGLESIA SOLITARIA. — UN LUGAR ESTERIL — ZAPALUTA — COMITAN — OTRO PAISANO — MAS PERPLEJIDADES — CORTESIA OFICIAL — EL COMERCIO DE COMITAN — EL CONTRABANDO — ESCASEZ DE JABON. —

A la mañana siguiente nos encontramos con que el convento era tan confortable, estábamos tan abundantemente servidos, el alcalde o su mayor, con vara en mano, se hallaban a nuestro servicio en todo tiempo y el paraje era tan hermoso, que no teníamos mucha prisa para irnos; pero el alcalde nos informó que ya todo estaba listo Nosotros no vimos a nuestros conductores, y averiguamos que él y su mayor eran los mozos a quienes él había consultado Ellos nos dejaron escapar los dos dólares por cada uno, y dejando por un lado sus varas y su dignidad, se desnudaron las espaldas, se pusieron el mecapal sobre la frente, levantaron las cargas y salieron trotando.

Nos pusimos en marcha cinco minutos antes de las ocho El tiempo era hermoso pero nublado. Desde el pueblo descendimos una colina hasta un extenso llano pedregoso, y como a una legua de distancia llegamos al borde de un precipicio, desde el cual miramos hacia abajo un fértil valle oblongo, a dos o tres mil pies de profundidad, circundando en todo el derredor por una muralla de montañas, y semejando una inmensa excavación. Hacia el otro extremo del valle había un pueblo con una iglesia en ruinas, y el camino subía por una precipitada cuesta hasta un llano al mismo nivel de aquel en que nos hallábamos, ondulado e ilimitado como el mar. Debajo de nosotros parecía como si pudiésemos dejar caer una piedra hasta el fondo Descendimos por una de las más escarpadas y pedregosas sendas que hasta entonces habíamos encontrado en el país, cruzando y recruzando en zig-zags a lo largo de la falda de la eminencia, haciendo tal vez el descenso de milla y media de largo. Muy pronto llegamos a la orilla de un hermoso río que corría a lo largo del valle, bordeado en ambos lados por inmensos árboles, que extendían sus ramas por encima del uno al otro lado, y con sus raíces bañadas por la corriente; y en

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tanto que el llano más distante estaba seco y abrasado, ellos se encontraban verdes y lozanos Caminando a lo largo de él, llegamos a un puente colgante de la más primitiva apariencia y construcción, llamado por los nativos La Hamaca, el cual existía allí desde tiempo inmemorial. Estaba hecho de mimbres retorcidos en forma de cuerdas, con un espacio como de tres pies entre uno y otro, y tendido a través del río con una randa colgante de enredaderas, con los extremos amarrados al tronco de dos árboles opuestos. Se hallaba suspendido como a veinticinco pies arriba del río, el cual tenía aquí unos ochenta pies de ancho, y estaba sostenido en diferentes lugares por bejucos atados a las ramas Se subía hasta él por una ruda escala hasta una plataforma en la horquilla del árbol En el fondo de la hamaca estaban tendidos dos o tres palos para pasarla. Se balanceaba con el viento, y era un vacilante y algo inseguro medio de transporte Desde el centro, la vista del río por ambos lados bajo los arcos de los árboles era tan hermosa, y en todas direcciones la hamaca era un objeto de los más pintorescos Proseguimos con dirección al pueblo, y después de una corta parada y de fumar con el alcalde, caminamos hasta el extremo final del valle y por una subida empinada y pedregosa, a las doce y veinte minutos llegamos al terreno plano de arriba. Aquí nos apeamos, les quitamos al freno a nuestras mulas y nos sentamos para aguardar a nuestros indios, mirando hacia abajo el profundo y abrigado valle, y por detrás la gran fila de cordilleras coronadas por la Sierra Madre, que parecía una barrera a propósito para separar dos mundos.

Libres de todo recelo, nos hallábamos ahora en pleno goce del agreste país y del primitivo modo de viajar. Pero nuestros pobres indios, tal vez, no gozarían tanto de él La carga acostumbrada era de tres a cuatro arrobas, de setenticinco a cien libras; las nuestras no eran más que de cincuenta; pero el sudor les corría por sus desnudos cuerpos, y todos sus miembros temblaban Después de un corto descanso emprendieron de nuevo su camino El día era caluroso y sofocante, el terreno seco, abrasado y pedregoso Tuvimos dos abruptos descensos, y llegamos al río Dolores En ambos lados había grandes árboles, que brindaban una hermosa sombra, la que, después de nuestra abrasadora caminata encontramos deliciosa El río era como de trescientos pies de ancho. En la estación lluviosa es impasable, pero en el tiempo seco tiene no más que tres o cuatro pies de hondo, es muy claro, y de color verde parduzco probablemente por el reflejo de los árboles No habíamos tenido agua desde que dejamos el puente colgante, y tanto las mulas como nosotros nos propasamos de la medida bebiendo.

Nos demoramos aquí una media hora; y luego los temores, que habían estado operando más o menos todo el tiempo nos hicieron sentirnos muy desconsolados Estábamos aproximándonos, y ya muy cerca, a la frontera de México Este camino era tan poco transitado, que, según se nos informó, allí no había una guardia en toda forma, sino piquetes de soldados que recorrían toda la línea de la frontera para impedir el contrabando, quienes podrían considerarnos a nosotros mismos como tal Nuestros pasaportes eran válidos para salir de Centro América; pero para entrar a México, se hacía necesario el pasaporte de las autoridades mexicanas de Ciudad Real, a cuatro días de camino La palabra retroceder no estaba en nuestro vocabulario; quizá nos veríamos obligados a esperar en el desierto hasta que pudiéramos enviar por uno.

A la media hora llegamos al río Lagartero, la línea divisoria entre Guatemala y México, a una escena de agreste y de sin par belleza, con riberas sombreadas por algunos de los más majestuosos árboles de las selvas tropicales, con agua tan clara como el cristal, y peces de un pie de largo jugueteando en ella tan dulcemente como si allí no hubiera anzuelos No se veía ni un soldado, todo estaba tan desolado como si ningún ser humano hubiese jamás cruzado antes la frontera Tuvimos una breve consulta para decidir sobre en qué lado acampar, y dispusimos hacer nuestro alojamiento en México. Yo iba montado en el caballo de Pawling, y lo espoleé para que entrara al agua, para ser el primero en tocar tierra Con una zambullida sus patas delanteras ya no tocaron fondo, y mis piernas quedaron bajo de agua Vacilé por un instante; mas como el agua subió hasta mis pistoleras, perdí los bríos y dí media vuelta para Centro América. Según supimos más tarde, el agua tenía diez o doce pies de profundidad

Aguardamos a los indios, con cierta duda sobre si sería posible en todo caso cruzar con el equipaje A corta distancia hacia arriba había un arrecife de peñas, formando raudales, sobre el cual había habido un puente con un arco de madera y estribos de piedra, existiendo todavía estos últimos, pues el puente había sido arrastrado por la crecida de las aguas siete años antes Estábamos a fines de la estación seca; las rocas en algunos lugares estaban enjutas, el caudal del río corría en canales de ambos lados, y colocamos un madero hasta ellas desde los estribos del puente Cargamos con las sillas y bridas de las mulas, y cautamente, con el agua rompiéndose con rapidez por arriba de nuestras rodillas, pasamos a mano todas las cosas hasta el otro lado; operación que nos llevó una hora Una noche de aguacero en la montaña lo habría hecho impasable En seguida las mulas atravesaron nadando, y todos saltamos a tierra felizmente en México.

En la orilla opuesta al lugar por donde yo intenté atravesar había un claro semicircular, del cual la única abertura era el paso que conducía a las provincias mexicanas Lo cerramos, soltamos las mulas, colgamos de los árboles nuestros efectos personales, y vivaqueamos en el centro. Los criados encendieron un fuego, y mientras ellos preparaban la cena, nosotros bajamos al río para bañarnos. Los raudales se rompían arriba de nosotros Lo salvaje de la escena, su separación y aleiamiento, la limpidez del agua, la sensación de haber efectuado una parte importante de nuestro viaje, todo revivió nuestro ser en lo físico y en lo moral Los vestidos limpios consumaron la gloria de este baño. Por varios días nuestros órganos digestivos habían estado desarreglados, pero cuando nos sentamos a cenar ellos podrían haber tomado por su cuenta las riendas de las mulas; y mi bravo macho —era un placer el oírle cascando su maíz Nos encontrábamos fuera de Centro América, salvos de los peligros de la revolución, y estábamos en los agrestes confines de México, con buena salud, buen apetito, y con algo qué comer Teníamos aún frente a nosotros un tremendo viaje, pero esto no significaba nada Anduvimos a grandes pasos por el pequeño claro, tan orgullosamente como los conquistadores de México, y en medio de nuestra extravagancia resolvimos conseguir un pescado para el desayuno. No teníamos anzuelos, y en nuestras maletas de viaje no había ni un alfiler, pero teníamos hilo y agujas Pawling, con la experiencia de siete años de "vida borrascosa", tenía expedientes, y puso una aguja al fuego, que suavizó su temple, de modo que pudo hacer con ella un arponcillo En todos los árboles había palos, y nosotros podíamos ver los peces en el agua; lo único que necesitábamos de ellos era que abrieran la boca y se engancharan en la aguja; pero esto fué lo que no quisieron hacer, y sólo por esta razón no pescamos ninguno Regresamos. Nuestros hombres cortaron algunos palos y los apoyaron en la orqueta de un árbol, cubriéndolos con ramas Extendimos debajo nuestros petates, y quedó preparado nuestro techo y nuestras camas. Los criados apilaron trozos de leña sobre el fuego, y nuestro sueño fué profundo y glorioso.

Al romper el día a la mañana siguiente ya estába-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mos otra vez en el agua Nuestro baño fué aún mejor que el de la noche anterior, y cuando monté me sentía capaz de caminar a través de México y de Tejas hasta la propia puerta de mi hogar Ya de vuelta una vez más a los vapores y ferrocarriles, qué aburridas, pálidas e insípidas me parecerían todas sus comodidades.

Nos pusimos en marcha a las siete y media A muy corta distancia tres jabalíes cruzaron nuestra senda, todos a tiro de escopeta; pero nuestros criados llevaban las armas, y al momento ya era demasiado tarde Muy pronto salimos del bosque que bordeaba el río, y llegamos a un llano abierto. A las ocho y media cruzamos una pequeña colina pedregosa y llegamos al seco lecho de un río El fondo era plano y calcinado, y los lados lisos y simétricos, como los de un canal A media legua de distancia apareció el agua, y a las nueve y media de la mañana se convirtió en una corriente considerable De nuevo penetramos a una selva, y caminando por una angosta senda, vimos directamente al frente de nosotros, cerrando el paso, el costado de una gran iglesia Salimos, y miramos todo el gigantesco edificio sin una sola habitación, ni vestigios de ninguna a la vista. El paso nos condujo a través del roto muro de un patio Nos apeamos en la obscura sombra del frente La fachada era suntuosa y perfecta Tenía sesenta pies de frente y doscientos cincuenta de fondo, pero estaba sin techo, con árboles creciendo en su área hasta arriba de los muros Nada podría exceder a la quietud y desolación de la escena; pero había algo singularmente interesante en estas destechadas iglesias, existentes en lugares enteramente desconocidos Santiago nos contó que esta se llamaba Conatá, y, según la tradición, fué en un tiempo tan rica que los habitantes llevaban sus cántaros con cuerdas de seda Dándole nuestras mulas a Santiago, entramos por la abierta puerta de la iglesia El altar estaba derribado, el techo yacía en rotas masas sobre el suelo, y toda el área era una selva de árboles Al pie de la iglesia, y en comunicación con ella, había un convento No tenía techo, pero las dependencias se hallaban completas como cuando el buen padre estaba para dar la bienvenida al caminante. Enfrente de la iglesia, a cada lado, había una escalera que conducía a un campanario en el centro de la fachada Nosotros subimos hasta la punta. Las campanas que habían llamado a los rezos matutinos y vespertinos ya no estaban; los brazos de la cruz estaban quebrados. Las piedras del campanario eran sólidas masas de conchas, gusanos, hojas e insectos petrificados. Hacia un lado miramos para abajo dentro del área destechada, y hacia el otro sobre una desolada región Un hombre había escrito allí su nombre:

JOAQUIN RUDERIGOS,

Conatá, Mayo 1º, 1836

Nosotros escribimos nuestros nombres abajo del suyo y descendimos, montamos, caminamos sobre un terreno pedregoso y desolado, cruzamos un río, y vimos a nuestro frente una ringlera de colinas, y más allá una cadena de montañas. En seguida salimos encima de una abierta y pedregosa meseta, y después de cuatro horas y media de cabalgar, vimos el camino serpenteado a través de una estéril montaña hacia nuestra derecha, y, temerosos de haber perdido nuestra ruta, nos paramos debajo de un pequeño árbol frondoso a esperar a nuestros hombres. Dejamos libres a las mulas, y después de aguardar por algún tiempo, mandamos a Santiago a buscarlas El viento azotaba sobre el llano, y mientras que Mr Catherwood cortaba leños, Pawling y yo bajamos a un barranco a buscar agua. El lecho estaba enteramente seco, y uno de nosotros tomó rumbo hacia arriba y el otro hacia abajo Pawling halló un hoyo de agua lodosa en una roca, la que, aun para hombres sedientos, no era tentadora. Regresamos y encontramos a Mr Catherwood calentándose a la llama de tres o cuatro tiernos árboles, que había apilado uno sobre otro El viento ahora barría furiosamente sobre el llano La noche se aproximaba; no habíamos comido nada desde por la mañana; nuestro pequeño depósito de provisiones se hallaba en manos inseguras y comenzamos a temer que ninguna de ellas nos llegara. Nuestras mulas estaban en tan malas condiciones como nosotros El pasto era tan escaso que requerían una amplia extensión, y las dejamos ir libres excepto a mi pobre macho, al que, por ciertas propensiones a andorrear adquiridas antes de llegar a mi poder, nos vimos obligados a amarrar a un árbol. Ya hacía un rato que había anochecido cuando se asomó Santiago con las alforjas de provisiones en la espalda El había regresado seis millas cuando encontró la huella de los pies de Juan, una de las más anchas que jamás se habían plantado, y la siguió hasta una infeliz choza en el bosque, en la que esperábamos detenernos Nada habíamos perdido con no parar allí; todo lo que ellos pudieron conseguir para llevarse fueron cuatro huevos. Cenamos, apilamos nuestros baúles a barlovento, extendimos nuestros petates, nos acostamos, contemplamos por breves instantes las estrellas y nos dormimos. Durante la noche cambió el viento y por poco nos arrastra.

La mañana siguiente, previa a la entrada una vez más a regiones habitadas, hicimos nuestra toilet; es decir, colgamos un espejo de la rama de un árbol, y nos afeitamos el labio de arriba y una pequeña parte de la barba A las siete y cuarto nos pusimos en marcha, después de comernos nuestros últimos fragmentos Desde que salimos de Güista no habíamos visto un ser humano; el país estaba todavía desolado y triste; no había ni un soplo de aire; las colinas, las montañas y los llanos eran todos estériles y pedregosos; pero, a medida que el sol apuntaba sobre el horizonte, sus rayos alegraban esta escena de infecundidad. Durante dos horas ascendimos por una estéril y pedregosa montaña. Aun antes de esto la desolada frontera parecía casi una barrera inexpugnable; pero Alvarado la había atravesado para penetrar a un país desconocido lleno de enemigos, y por dos veces un ejército mexicano había invadido a Centro América.

A las diez y media llegamos a la cumbre de la montaña, y en línea debajo de nosotros miramos la iglesia de Zapaluta, el primer pueblo de México Aquí revivieron nuestros temores por la falta de pasaporte. Nuestro gran objeto era llegar a Comitán, y allí esperar el golpe. Aproximándonos al pueblo, evitamos el camino que pasaba por la plaza, y dejando el equipaje que pasara como pudiera, caminamos de prisa por los suburbios asustando a algunas mujeres y niños, y antes que nuestra entrada se supiera en el cabildo nosotros ya estábamos más allá del pueblo. Caminamos a buen paso como una milla, y en seguida nos paramos a respirar. Un inmenso peso se quitó de nuestra mente, y unos a otros nos dimos la bienvenida a México Llegando de la desolada frontera, se abrió para nosotros como un antiguo país bien constituido, civilizado, pacífico y bien gobernado

Cuatro horas de cabalgar sobre una planicie árida y arenosa nos llevaron a Comitán. Santiago, que era un desertor del ejército mexicano, temiendo ser capturado, nos abandonó en los suburbios para regresar solo a través del desierto que habíamos pasado, y nosotros nos dirigimos a la plaza Frente a ella, en una de las casas más grandes, vivía un americano. Parte del frente estaba ocupada como tienda, y detrás del mostrador estaba un hombre cuyo rostro evocaba el recuerdo del hogar. Yo le pregunté en inglés su nombre era M'Kinney, y él me contestó: "Sí, señor" Le hice otras varias preguntas en inglés, a las cuales respondió en español Los sonidos le eran familiares, sin embargo transcurrió algún tiempo antes que él pudiera comprender plenamente que estaba oyendo su na-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tiva lengua; pero cuando lo comprendió y se dió cuenta que yo era un compatriota, se despertaron sus sentimientos olvidados durante tanto tiempo, y nos recibió como aquel a quien la ausencia no había hecho más que fortalecer los lazos que le ataban a su patria

El Dr James M' Kinney, cuyo modesto nombre fué transformado en Comitán en el imponente de Don Santiago Maquere, era un nativo del condado de Westmoreland, Virginia, y salió para Tabasco a pasar un invierno en beneficio de su salud y a ejercer su profesión Las circunstancias lo indujeron a hacer un viaje al interior, y él mismo estableciόse en Ciudad Real En la *época del cólera en Centro América* se dirigió a Quezaltenango, donde fué empleado por el gobierno, y vivió dos años en íntimas relaciones con el infortunado General Guzmán, a quien él describía como uno de los más caballerosos, amables, inteligentes y mejores hombres del país Más tarde retornó a Comitán, y se casó con una dama procedente de una familia que en otra época había sido rica y poderosa, pero que había sido despojada de una parte de su riqueza por una revolución dos años antes solamente En la repartición de lo que quedaba, le tocó a él la casa de la plaza; y disgustándole la práctica de su profesión, la abandonó y tomó *la de vendedor de mercaderías* Lo mismo que todos los extranjeros en el país, con motivo de las constantes guerras y revoluciones se había puesto nervioso Ninguno de estos sentimientos tenía cuando arribó por primera vez, y cuando ocurrió la primera revolución en Ciudad Real él estaba en la plaza mirando, cuando dos hombres cayeron heridos a su lado. Por fortuna, él los llevó a una casa para curarles las heridas, y mientras tanto el partido atacante se abrió paso hasta la plaza, y destrozó a cuantos hombres se encontraban allí.

Hasta este lugar habíamos viajado en el camino para México; aquí Pawling iba a dejarnos para seguir hacia la capital Palenque quedaba a nuestra derecha, rumbo a la costa del Atlántico. El Dr. M'Kinney nos describió el camino como el más espantoso que ninguno de los que hasta ahora habíamos pasado; y había otras dificultades. La guerra estaba otra vez en nuestra ruta; y, en tanto que el resto de México se hallaba tranquilo, Tabasco y Yucatán, los dos puntos de nuestro viaje, se encontraban en revolución. Esto no nos podía haber perturbado grandemente a no ser por otra dificultad Era necesario que personalmente nos presentáramos en Ciudad Real, a tres días de camino directamente fuera de nuestra ruta, para conseguir un pasaporte, sin el cual no podríamos viajar por ninguna parte de la república mexicana. Y, a más de estas *dos cosas, ya de por sí serios obstáculos, había una* tercera, a saber el gobierno de México había publicado una orden perentoria para impedir a todos los extranjeros que visitaran las ruinas de Palenque El Dr M' Kinney nos contó que a él mismo le constaba que tres belgas, enviados en comisión científica por el gobierno belga habían ido a Ciudad Real expresamente a solicitar permiso para visitarlas, y que se les había negado Estas noticias entristecieron en parte la satisfacción de nuestro arribo a Comitán

Por consejo del Dr. M' Kinneys nos presentamos personalmente y sin demora al comandante, quien tenía una pequeña guarnición como de treinta hombres, bien uniformados y equipados, y que, comparados con los soldados de Centro América, me dieron una elevada opinión del ejército mexicano Yo le mostré mi pasaporte, y un ejemplar del periódico oficial de Guatemala, el cual afortunadamente declaraba que yo tenía el propósito de ir a Campeche para embarcarme rumbo a los Estados Unidos. Con suma cortesía tomó inmediatamente a su cargo el relevarnos de la necesidad de *presentarnos personalmente en Ciudad Real, y ofre*ció enviar un correo al gobernador para obtener un pasaporte Este era un punto importantísimo; pero aún así habría tardanza; y por consejo de él mismo visitamos al prefecto, quien nos recibió con igual cortesía, lamentando la necesidad de estorbar mis movimientos al mostrarnos una copia de la orden del gobierno, que era imperativa, y no hacía excepción en favor de Agentes Confidenciales Extraordinarios El, sin embargo, estaba en verdad deseoso de servirnos, y dijo que de buena gana incurriría en alguna responsabilidad por ayudarnos, y que consultaría con el comandante Nos separamos de él muy bien impresionados de la urbanidad y buenos sentimientos de los funcionarios mexicanos, y satisfechos de que, cualquiera que fuese el resultado, ellos estaban dispuestos a tributar gran respeto a sus vecinos del Norte A la mañana siguiente, el prefecto me mandó a devolver el pasaporte acompañado de un atento mensaje manifestando que desde luego me consideraban como si hubiera llegado acreditado ante su propio gobierno, que sería feliz de proporcionarme todas las facilidades que estuviesen a su alcance, y que México estaba abierto para mí para viajar por donde yo quisiera Así quedó removida una gran dificultad Recomiendo a todos los que deseen viajar que se provean de un nombramiento de Washington.

Por lo que toca a las revoluciones, después de haber pasado por el estallido de una centroamericana, no se nos haría retroceder por una mexicana Pero no era tan fácil desembarazarse de la orden que impedía *visitar las ruinas de Palenque* Si *nosotros hacíamos* una súplica para que se nos permitiese, nos sentíamos seguros de la buena disposición de las autoridades locales; pero si no estaba en sus facultades el concederlo y se vieran obligadas por órdenes imperativas a negarlo, sería una falta de cortesía el pretender tal cosa Al mismo tiempo y ante los informes del Dr. M'Kinney, era desalentador el emprender el viaje sin esta licencia El vernos obligados a volver sobre nuestros pasos, y a emprender el largo viaje hasta la capital para solicitar el permiso, sería terrible; pero supimos que las ruinas se hallaban alejadas a alguna distancia *de toda habitación; nosotros no creíamos que, en me*dio de una formidable revolución, el gobierno tuviera soldados disponibles para estacionarlos allí como guardianes Por lo que conocíamos de otras ruinas, teníamos razón para creer que el lugar se encontraría enteramente desolado; podríamos estar sobre el terreno antes que nadie se diese cuenta que nos hallábamos en las cercanías y entonces disponer si nos quedábamos allí o desocupábamos el campo, según las circunstancias; y bien valía la pena si lográbamos un día de tranquila posesión Con esta dudosa perspectiva, inmediatamente comenzamos a reparar lo dañado y a hacer *los preparativos para nuestro viaje.*

La satisfacción con que nos encontrábamos en este alejado lugar en casa de un paisano, difícilmente puede ser apreciada. En el traje, los modales, la apariencia, los hábitos y sentimientos, el doctor se conservaba tan idéntico como si lo hubiéramos hallado en nuestro propio país. La única diferencia consistía en su lenguaje, que no podía hablar coordinadamente, sino intercalándolo con expresiones españolas. El andaba entre los del pueblo, pero no era uno de ellos; y el único lazo que lo ataba era una belleza española de ojos negros, una de las pocas que vi en aquella tierra por quien un hombre podría olvidar a los parientes y al hogar El estaba ansioso de abandonar el país, pero se lo impedía una promesa hecha a su suegra de no hacerlo mientras ella viviese. Se mantenía, sin embargo, en tan constante ansiedad, que esperaba que ella lo libraría del compromiso.

Comitán, la ciudad fronteriza de Chiapas, contiene alrededor de diez mil habitantes Posee una soberbia iglesia y un convento bien lleno de frailes dominicos Las mejores clases, como en Centro América, tenían su domicilio en la ciudad, y derivaban su subsistencia de los productos de sus haciendas, las cuales visitaban de cuando en cuando Esta es una impor-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tante plaza comercial, y ha llegado a ser lo que es por los resultados de la aplicación de malas leyes; pues, a consecuencia de los fuertes derechos sobre las importaciones autorizadas en los puertos mexicanos de registro, la mayor parte de las mercaderías europeas consumidas en esta región, entran de contrabando procedentes de Belice y Guatemala. Los productos de las confiscaciones y los gajes de los empleados son partidas de tal importancia para las rentas del Estado, que los empleados se mantienen vigilantes, y el día antes de nuestro arribo, veinte o treinta cargas de mula que habían sido capturadas fueron traídas a Comitán; pero las ganancias son tan grandes que el contrabando es un negocio en toda forma, siendo considerado el riesgo del embargo como uno de los gastos de su sostenimiento Toda la comunidad, no exceptuando a los empleados de la aduana, está interesada en él, y sus efectos sobre la moral pública son deplorables Los mercados, sin embargo, no están sino escasamente provistos, según los encontramos Mandamos llamar a una lavandera, pero no había jabón en la ciudad Necesitábamos que herraran nuestras mulas, pero sólo había hierro suficiente para una El tamaño de los botones para pantalones suplía cualquier otra deficiencia La escasez de jabón era una circunstancia lamentable. Por varios días habíamos consentido en la agradable esperanza de que fueran lavadas nuestras sábanas El lector podrá tal vez creernos exigentes, ya que apenas teníamos tres semanas de haber salido de Guatemala, pero habíamos dormido en miserables cabildos, y en el suelo, y se habían puesto de un color muy dudoso En tiempos de apuro, sin embargo, me encomendé a la simpatía de un paisano Don Santiago, alias doctor M'Kinney, nos favoreció en la hora de necesidad proporcionándonos jabón, y nuestras sábanas quedaron purificadas.

He omitido una circunstancia, la que, desde nuestra llegada al país, habíamos notado como extraordinaria a los caballos y las mulas jamás les ponen herraduras, exceptuando quizá algunos pocos caballos de placer usados para pasear por las calles de Guatemala En el camino, sin embargo, se nos aconsejó, después que habíamos salido, que era conveniente el que las nuestras fuesen herradas; pero allí no había un buen herrero, salvo en Quezaltenango, y como en aquel lugar estuvimos en tiempo de fiesta no quiso trabajar. Al cruzar las dilatadas cordilleras de montañas pedregosas, ninguna de ellas sufrió, excepto la mula de silla de Mr. Catherwood, y se le gastaron los cascos hasta la carne viva

Las dificultades de Pawling ahora ya habían terminado Yo conseguí para él un pasaporte separado, y él tenía por delante vía libre hasta México; pero su interés se había despertado; se hallaba poco dispuesto a abandonarnos, y después de una prolongada consulta y deliberación, resolvió que iría con nosotros a Palenque.

CAPITULO 15

LA PARTIDA — SOTANA — UN MILLONARIO — OCOSINGO — RUINAS — PRINCIPIO DE LA ESTACION LLUVIOSA — UN GUIA FEMENINO — LLEGADA A LAS RUINAS — IMAGENES DE PIEDRA — ESTRUCTURAS PIRAMIDALES — UN ARCO — UN ORNAMENTO DE ESTUCO — UN DINTEL DE MADERA — UNA CURIOSA CUEVA — EDIFICIOS, ETC UNA CALZADA EMPEDRADA — MAS RUINAS — VIAJE A PALENQUE — EL RIO GRANDE — CASCADAS — SUCESION DE PUEBLOS — UN MANIATICO — EL YAHALON — TUMBALA — UN LUGAR AGRESTE — UNA ESCENA DE GRANDEZA Y SUBLIMIDAD — INDIOS CARGADORES — UNA MONTAÑA ESCARPADA — SAN PEDRO. —

El primero de Mayo, con un bullicio y confusión semejantes al del día primero de Mayo en nuestra patria, fuimos saliendo de la casa de don Santiago, montamos y le dijimos adiós. Sin duda antes de ahora su diaria rutina no había sido interrumpida por la visita de un paisano, y la comunicación es tan difícil que él jamás tenía noticias de la patria. Nos encargó mensajes para su amigo el doctor Coleman, cónsul de los Estados Unidos en Tabasco, quien ya entonces había fallecido; y el lector quizá lo sentirá por él cuando le mencione que probablemente un ejemplar de esta obra, que intento remitirle, nunca llegará a sus manos

Dejaré pasar por alto la siguiente jornada de nuestro viaje, la cual fué a través de una región menos montañosa, pero no menos solitaria que la que acabábamos de atravesar La primera tarde paramos en la hacienda de Sotaná, perteneciente a un cuñado de don Santiago, en un plácido y ameno valle, junto al cual había una capilla con campana que por la tarde llamaba a los labradores indígenas, a las mujeres y a los niños para los rezos vespertinos. Al día siguiente, en el domicilio del Padre Solís, un cura anciano y rico, ancho y de escasa estatura, que vivía en una hermosa hacienda, almorzamos en sólida vajilla de plata, bebimos en copas de plata, y nos lavamos en jofaina de plata El había vivido en Palenque, contaba de los Candones (lacandones) o indios sin bautismo, y quería comprar mi macho, prometiéndome conservarlo hasta su muerte; y la única cosa que me alivia de reprocharme a mí mismo el no haberle asegurado tales pastos es el recuerdo de lo que pesa el padre

El tercer día a las cuatro de la tarde llegamos a Ocosingo, también en una bella situación, rodeado de montañas con una iglesia grande; y en el muro del patio notamos dos figuras esculpidas de las ruinas que teníamos el propósito de visitar, algo por el estilo de las de Copán. En el centro de la plaza había una magnífica ceiba. Nos dirigimos a la casa de don Manuel Pasada, el prefecto, la que, con una vieja sirvienta, teníamos enteramente a nuestra disposición, pues la familia se encontraba en su hacienda. La casa era un gran cercado, con un cobertizo al frente, y amueblada con catres hechos de cañas rajadas en dos, y sostenidas sobre palos apoyados en el suelo.

El alcalde era un mestizo, muy atento, que se alegró de vernos y nos habló de las ruinas de las cercanías en los términos más extravagantes, pero dijo que se encontraban tan completamente ocultas en El Monte que sería necesaria una cuadrilla de hombres durante dos o tres días para abrir un camino hasta ellas; y dio mucha importancia a una cueva, cuya entrada estaba enteramente tapada con piedras, y que comunicaba por un camino subterráneo con la antigua ciudad de Palenque, como a ciento cincuenta millas de distancia Añadió que si nosotros queríamos aguardar unos pocos días para hacer los preparativos, él y todo el pueblo irían con nosotros, y haríamos una completa exploración Nosotros le dijimos que primero deseábamos hacer observaciones preliminares, y él nos prometió un guía para la mañana siguiente.

Esa noche se desató sobre nosotros la tormenta precursora de la estación lluviosa. El estruendo del rayo al estallar repercutía en las montañas, los rayos iluminaban con espantosos relámpagos la lobreguez de la noche, la lluvia caía como un diluvio sobre el techo de paja, y aún faltaban las peores montañas del cami-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

no que atravesar Todos nuestros esfuerzos por anticiparnos a la estación de lluvias habían sido infructuosos

Por la mañana todavía negros nubarrones oscurecían el cielo pero retrocedieron y se ocultaron ante los resplandores del sol naciente. La grama y los árboles tostados por seis meses de sequía, se tornaban en un verde más vivo, y las colinas y montañas daban señales de alegría El alcalde, yo creo, enojado porque no quisimos hacer un arreglo inmediato para explorar las ruinas, se había ausentado durante el día sin mandarnos ningún guía, dejando dicho que todos los hombres estaban ocupados reparando la iglesia Procuramos sonsacar a uno de ellos, pero fué en vano. Al regreso nos encontramos con que nuestro corredor era la escuela del pueblo Media docena de niños estaban sentados en una banca, y el maestro, medio ebrio, los estaba educando, es decir, enseñándoles a repetir de memoria el ritual del culto de la iglesia Le suplicamos que nos ayudara pero él nos aconsejó esperar un día o dos; en aquel país nada se podía hacer de prisa Nos encontrábamos sumamente molestos ante la perspectiva de perder el día; y al momento cuando pensábamos que no había más remedio que conformarnos, llegó una muchachita a decirnos que una mujer, en cuya hacienda estaban las ruinas, estaba a punto de ir a visitarlas, y que ofrecía acompañarnos Su caballo estaba ya parado frente a la puerta, y antes que nuestras mulas estuvieran listas pasó ella por nosotros Le tributamos nuestros respetos le regalamos un buen puro, y, encendiendo los nuestros, partimos Ella era una mestiza jovial, y la acompañaba un su hijo, bello mozalbete como de quince años de edad Salimos a las nueve y media de la mañana, y, después de una ardiente y sofocarte caminata, a las once y veinte minutos llegamos a su rancho. Este era una mera choza, construida con palos y repellada con lodo, pero la situación era una de aquellas que nos entusiasmaban a la vida del campo Nuestra bondadosa guía envió con nosotros a su hijo y a un indio con su machete, y a la media hora estábamos en las ruinas

Luego después que salimos del rancho, y como a una milla de distancia, distinguimos sobre una alta elevación, a través de los claros por entre los árboles que crecían en su alrededor, uno de los edificios de Tonilá, nombre indígena de esta región para designar casas de piedra Al aproximarnos a ella, pasamos sobre un plano al frente de dos imágenes de piedra que yacían en el suelo, con las caras hacia arriba; estaban bien esculpidas, pero los grabados se hallaban un tanto deteriorados a consecuencia de larga exposición a los elementos, aunque todavía discernibles Dejándolos, seguimos caminando hasta el pie de una elevada estructura, probablemente una fortaleza, que se levantaba en forma piramidal, con cinco espaciosas terrazas. Todas estas terrazas habían sido cubiertas con piedra y revestidas de argamasa, pero en muchos lugares estaban rotas y pobladas de yerbas y malezas Aprovechando una de las partes rotas subimos el primer declive, y, siguiendo la plataforma de la terraza, ascendimos por otra brecha hasta la segunda, y del mismo modo hasta la tercera. Allí amarramos nuestros caballos y trepamos a pie Sobre la cima había una estructura piramidal cubierta de árboles, soportando el edificio que habíamos divisado desde el llano abajo. Entre los árboles había varios limoneros silvestres, cargados de fruto y de muy buen sabor, los que, si no fueron traídos por los españoles, deben ser indígenas. El edificio tiene cincuenta pies de frente por treinta y cinco de fondo; y está construido de piedra y cal, y todo el frente estuvo en un tiempo cubierto con estuco, del cual parte de la corniza y molduras todavía permanece La entrada se hace por una puerta de diez pies de ancho, que conduce a una especie de antecámara, en cada uno de cuyos lados hay una pequeña puerta que da paso a una habitación de diez pies en cuadro. Los muros de estas habitaciones estuvieron en un tiempo cubiertos con estuco, el cual está caído; parte del techo ha desaparecido, y el piso se encontraba lleno de escombros En uno de ellos había la misma substancia resinosa que habíamos notado en el sepulcro en Copán El techo estaba formado de piedras, tendidas una junto a otra en el estilo de costumbre, y casi formando un arco como si fuera hecho por los arquitectos del Viejo Mundo.

En el muro de atrás de la cámara central había una entrada del mismo tamaño de la del frente, que daba acceso a un aposento sin ninguna división, pero en el centro se hallaba un espacio oblongo cerrado, de dieciocho por once pies, el cual evidentemente estaba designado como la parte más importante del edificio La puerta estaba obstruida por los escombros hasta unos cuantos pies de la parte de arriba, pero sobre ella y extendiéndose a lo largo de todo el frente de la estructura, había un gran ornamento de estuco, el que desde luego nos impresionó muy fuertemente por su admirable parecido al globo alado sobre las puertas de los templos egipcios Parte de este ornamento había caído al suelo, y al chocar con el montón de escombros por debajo había rodado más allá de la puerta de entrada Nosotros tratamos de rodarlo hacia atrás para restablecerlo en su lugar, pero resultó sumamente pesado para la fuerza de cuatro hombres y un muchacho

Había otro rasgo sorprendente en esta puerta El dintel era una viga de madera; de qué clase no sabíamos, pero nuestro guía dijo que era de árbol de zapote Era tan dura que, al golpearla, sonaba como metal, y se hallaba en perfecta condición, sin un agujero de polilla u otras señales de deterioro. La superficie era lisa y plana, y después de un muy minucioso examen, fuimos de opinión que debe haber sido desvastada con un instrumento de metal.

La abertura debajo de esta puerta era la que el alcalde había designado como la boca de la cueva que conducía a Palenque, y la que, de pasada, nos había contado que se hallaba tan completamente escondida entre El Monte que se requerirían dos días de cavar y limpiar para llegar a ella. Nuestro guía se rió de la ignorancia que prevalecía en el pueblo con respecto a la dificultad de llegar a ella, pero con firmeza mantuvo la historia de que conducía a Palenque. No pudimos inducirlo a que penetrara al interior. Un paso corto hasta Palenque era exactamente lo que necesitábamos Me quité la chaqueta, y, echándome sobre el pecho, comencé a arrastrarme hacia abajo. Cuando había avanzado como la mitad del largo de mi cuerpo, oí un horrible silbido, y saltando hacia atrás miré un par de ojos pequeños, que en la obscuridad brillaban como bolas de fuego. La exacta porción de tiempo que yo ocupé en salir no vale la pena de decirla. Mis compañeros habían oído el ruido, y el guía dijo que era "un tigre" Yo pensé que era un gato silvestre; mas, sea lo que fuere, decidimos dispararle un tiro. Dábamos por supuesto que el animal saltaría sobre nosotros, y en pocos momentos nuestras escopetas y pistolas, espadas y machetes, estaban preparados; tomando nuestras posiciones, Pawling, arrimándose junto al muro, metió por debajo un palo largo, y con un ruido horrible revoloteó un enorme zopilote, que aleteó por el edificio y se refugió en otra cámara.

Pasado este peligro, renové el intento, y sosteniendo una candela frente a mí, pronto descubrí toda la extensión de la cueva que conducía a Palenque. Era una cámara que correspondía con las dimensiones dadas de los muros exteriores El piso estaba lleno de escombros de dos o tres pies de hondo, los muros estaban cubiertos con imágenes de estuco, entre las cuales se distinguía la figura de un mono, y contra el muro del fondo, en medio de curiosos e intreesantes ornamentos, se hallaban las figuras de dos hombres de perfil, con las caras vueltas el uno hacia el otro, bien

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

dibujados y de tamaño natural, pero con los pies ocultos por los escombros sobre el piso Mr. Catherwood se arrastró al interior para hacer un dibujo de ellos, pero, a consecuencia del humo de las candelas, de la estrechez y del excesivo calor, era imposible permanecer allí el tiempo suficiente En apariencia y carácter general ellas eran iguales a las que más tarde vimos esculpidas sobre piedra en Palenque

Por medio de un árbol que crecía arrimado junto al muro de este edificio subí hasta la parte superior, y vi otro edificio muy cerca y encima de una estructura aún más elevada. Trepamos hasta arriba de ésta, y la encontramos de' mismo modo general, pero más arruinada Descendiendo de allí, pasamos por en medio de otros dos edificios situados sobre elevaciones piramidales y salimos a una abierta meseta que probablemente había sido en otro tiempo el sitio de la ciudad Esta se hallaba protegida de todos lados por las mismas elevadas terrazas, dominando por una gran distancia todo el campo en derredor, y haciendo imposible al enemigo aproximarse por cualquier lado sin ser visto. A través de la meseta estaba un elevado y angosto arrecife que parecía en parte natural y en parte artificial, y sobre el cual, a cierta distancia, se encontraba un montículo, con los cimientos de un edificio que probablemente había sido una torre Más allá de éste, el arrecife se extendía hasta unirse a una cordillera de montañas De los pocos libros españoles que he tenido a mi alcance, no he podido saber nada absolutamente relativo a la historia de este lugar, si existía o no en la época de la conquista Me siento inclinado a creer, sin embargo, que sí existía, y que se hace mención de él en algunos autores españoles De todas maneras, no había un lugar que hubiésemos visto que nos diese tal idea de la grandeza de las obras erigidas por los primitivos habitantes Apremiados como estábamos, dispusimos quedarnos y hacer una completa exploración

Ya casi anochecía cuando regresamos al pueblo Inmediatamente nos fuimos a visitar al alcalde, pero apenas al entrar ya lo encontramos con el atraso y la demora acostumbrados Nos repitió la advertencia del maestro de escuela: que nada se podía hacer apresuradamente. Necesitaría dos días para reunir hombres y herramientas, y de éstas no podían conseguirse las que hacían falta. No había una barreta de hierro en el lugar; sin embargo el alcalde dijo que se podía hacer una, pero al mismo tiempo dijo que no había hierro; había un medio herrero, pero hierro no se conseguía en ningún lugar más inmediato que en Tabasco, como a ocho o diez días de camino Mientras estábamos con él se nos vino encima otra terrible tempestad. Regresamos apresuradamente en medio de ella, y determinamos sin tardanza seguir rumbo a Palenque Yo tengo la firme convicción de que en este lugar hay mucho con lo que el futuro viajero pueda quedar recompensado Se nos refirió que como a diez leguas de distancia existían otras ruinas, a lo largo de la misma cordillera de montañas; y esto tenía un interés adicional a nuestros ojos, por la circunstancia que allí sería el mejor punto desde el cual podría intentarse el descubrimiento de la misteriosa ciudad vista desde la cumbre de las Cordilleras.

En Ocosingo estábamos sobre la línea de viaje del Capitán Dupaix, cuya gran obra sobre Antigüedades Mexicanas, publicada en París en 1834-35, despertó la atención de los sabios en Europa Su expedición a Palenque se verificó en 1807 El llegó a este lugar desde la ciudad de México, en comisión del gobierno, acompañado por un dibujante y secretario, y parte de un regimiento de dragones. "Palenque", dice él, "está a ocho días de marcha desde Ocosingo. El viaje es muy fatigoso. Los caminos, si se pueden llamar así, son sólo angostas y difíciles veredas, que serpentean a través de montañas y precipicios, y que es necesario seguir algunas veces en mulas, otras a pie, otras en hombros de los indios, y otras veces en hamacas En ciertos lugares se hace necesario pasar sobre puentes, o mejor dicho, sobre troncos de árboles mal asegurados, y por terrenos cubiertos de bosques, desiertos y despoblados, y dormir al aire libre, exceptuando unos pocos pueblos y chozas

'Teníamos con nosotros treinta o cuarenta indios vigorosos para conducir nuestras hamacas y equipaje Después de haber experimentado en este largo y penoso viaje toda clase de fatigas e incomodidades, llegamos, gracias a Dios, al pueblo de Palenque"

Este era ahora el viaje que teníamos al frente; y, conforme a las paradas que habíamos arreglado, para evitar la dormida al aire libre, debímos hacerlo en cinco días en vez de ocho Los terribles aguaceros de las dos noches anteriores nos habían infectado con una especie de terror, y Pawling estaba completamente amilanado en su propósito de continuar con nosotros Las gentes del pueblo le contaron que cuando las lluvias se hubieran por completo establecido sería imposible regresar, y por la mañana, aunque de mala gana, determinó precipitadamente dejarnos para regresar Nosotros no queríamos separarnos de él, pero bajo tales circunstancias, no podíamos insistir en que siguiera Separamos nuestro equipaje y los pequeños efectos personales que en común habíamos usado; Mr Catherwood se despidió de él y se adelantó; pero mientras montaba y al momento de darle la mano para seguir nuestras opuestas rutas, yo le hice una propuesta que lo indujo de nuevo a cambiar su determinación, a riesgo de permanecer al otro lado de las montañas hasta que la estación lluviosa terminase. En pocos minutos dimos alcance a Mr Catherwood

El hecho es que nosotros teníamos algunos temores por lo malo de los caminos. Nuestra ruta se extendía a través de una región indígena, en algunas de cuyas partes los indios tenían notoriamente un mal carácter Nosotros no teníamos dragones, nuestro grupo de auxiliares era muy pequeño, y, en realidad, no contábamos con un solo hombre en quien pudiéramos confiar; en cuyo estado de cosas, las pistolas y la escopeta de dos cañones de Pawling eran materia de alguna significación

A las ocho y cuarto salimos de Ocosingo Me fijaba tan poco en ninguno de nuestros ayudantes, que me había olvidado enterametne hasta del nombre de cada uno de ellos. En verdad, este fué el caso durante todo el viaje. En otros países un arriero griego, un barquero árabe o un guía beduino era un compañero; aquí la gente no tenía carácter, y nada que nos pudiera interesar excepto sus espaldas, Cada indio llevaba, a más de su carga, una red conteniendo sus provisiones para el camino, es decir, algunas tortillas y grandes bolas de maíz amasado envuelto en hojas Una taza para beber, que como era la mitad de una calabaza, llevaba a veces sobre la cabeza. En cada corriente llenaba de agua su taza, dentro de cual meneaba un poco de su maíz, haciendo una especie de sopa fría; y ésto, por todo el país, es lo que sostiene la vida de los indios en viaje. A la media hora pasamos acierta distancia sobre nuestra derecha grandes montículos, en tiempos pasados estructuras que formaban parte de la antigua ciudad. A las nueve de la mañana cruzamos el Río Grande o Huacachahoul, seguimos por alguna distancia sobre la ribera, y pasamos tres cascadas que se esparcían sobre el rocoso lecho del río, único y peculiar en hermosura, y probablemente muchos más de la misma calidad estarán rompiéndose no observados y desconocidos en medio del desierto por donde corren, pero, al dar la vuelta por una áspera montaña, lo perdimos de vista. El camino era quebrado y montañoso No encontramos ni una sola persona, y a las tres de la tarde, moviéndonos en dirección nornoroeste, entramos al pueblo de Huacachahoul, situado en un paraje abierto, rodeado de montañas y poblado enteramente de indios, incultos, más rústicos y

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

más salvajes que ninguno de los que hasta aquí habíamos visto Los hombres estaban sin sombrero, pero usaban su largo cabello negro tendido sobre los hombros, y los viejos y las viejas, con semblante áspero y montaraz y ojos obscuros y redondos, tenían la apariencia más pagana No nos saludaron, y su mirada huraña pero firme, feroz y penetrante, hizo que nos sintiéramos algo nerviosos. Un grupo de muchachos desnudos llamaron a Mr. Catherwood "tata", creyendo que era un "padre". Tuvimos algunos recelos cuando dejamos atrás el pueblo y nos sentimos encerrados en territorio de indios salvajes. Paramos una hora junto a una corriente de agua y a las seis y media de la tarde llegamos a Chillón (Chilón), donde, para nuestra sorpresa y alegría, hallamos un sub-prefecto, un hombre blanco e inteligente, que había viajado hasta San Salvador y conocido al General Morazán. El estaba ansioso por saber si había alguna revolución en Ciudad Real pues, con la flexibilidad que conviene a un empleado público, deseaba manifestar su adhesión al gobierno

A la mañana siguiente, a las siete menos cuarto, emprendimos la marcha con una nueva cuadrilla de *indios.* El *camino* era bueno hasta Yahalón, adonde llegamos a las diez del día. Antes de entrar allí encontramos a una muchacha india con su padre, de extraordinaria belleza de rostro, en el traje del país, pero con tan sencilla expresión en el semblante, que todos particularmente la tuvimos como prueba de su inocencia y de su falta de conocimiento de que algo malo pudiera haber en su apariencia. Cada pueblo que pasábamos se encontraba en posición muy pintoresca, y aquí la iglesia producía una viva impresión y, como en los pueblos precedentes, la estaban reparando

Aquí nos vimos obligados a tomar otra cuadrilla de indios, y quizá hubiéramos perdido el día o no ser por el padre, que nos proporcionó algunos hombres que trabajaban en la iglesia. A las once y cuarto nos pusimos otra vez en marcha; a la una *menos cuarto nos* detuvimos para merendar a la orilla de un arroyo En este lugar nos alcanzó un muchacho indígena, con una cara muy inteligente, que se sentó a mi lado, y dijo en español notoriamente bueno, que *debíamos guardarnos* de los indios Yo le dí unas tortillas. Rompió un pequeño pedazo, y asiéndolo con los dedos, me miró, y con gran énfasis dijo que ya había comido lo bastante; que de nada le servía comer; que comía todo lo que podía conseguir y que a pesar de eso no engordaba, y, metiéndome su lívido rostro por la cara, me dijo que mirara cuán delgado estaba. Su rostro era apacible, pero una expresión accidental lo reveló como un maniático; y observé en su cara y por todo su cuerpo las manchas blancas de la lepra y me aparté de él. Traté de persuadirlo que regresara al pueblo, pero me dijo que le era indiferente el regresar o no; que lo que necesitaba era un remedio para su delgadez

Luego después llegamos a las riberas del Río de Yahalón. Hacía un calor excesivo, el río estaba tan claro como pudiera serlo el agua, y nos detuvimos para gozar de un delicioso baño. Después de esto comenzamos a subir una empinada montaña, y cuando llegamos a cierta altura vimos al pobre aleiado muchacho *indígena parado en el mismo lugar a la orilla del río.* A las cinco y media, después de un trabajoso ascenso, llegamos a la cima de la montaña, y caminamos a lo largo de los bordes de una altiplanicie de varios miles *de pies de elevación,* mirando al fondo de un inmenso valle, y torciendo hacia la izquierda, cerca del extremo del bosque, entramos a los arrabales de Tumbalá. Las chozas se hallaban distribuidas entre elevadas, ásperas y pintorescas rocas, que tenían la apariencia de haber formado antiguamente el cráter de un volcán. Indios borrachos estaban echados en la senda, de modo que tuvimos que pasar por otro lado para no atropellarlos. Caminando a través de un estrecho paso en medio de estas altas rocas, salimos al extremo de una elevada altiplanicie cortada a tajo, de varios millares de pies de elevación, sobre la cual estaba situado el pueblo de Tumbalá. Enfrente quedaban la iglesia y el convento; la plaza estaba llena de indios de aspecto salvaje preparándose para una fiesta, y en el mismo extremo de la inmensa meseta se hallaba una elevada cima cónica, coronada por las ruinas de una iglesia En un todo era este el más agreste y más extraordinario lugar que hasta aquí habíamos visto, y aunque no consagrado por los recuerdos, desde remotas edades este ha sido el asiento de un pueblo indígena.

Fué una de las circunstancias de nuestro viaje en este país que cada hora y cada día producían algo nuevo. Nosotros jamás teníamos ninguna idea del carácter del lugar adonde nos acercábamos hasta que entrábamos en él, y las sorpresas se sucedían unas a otras En un extremo de la meseta estaba el cabildo. El justicia era el hermano del Padre Solís —nuestro amigo el de la vajilla de plata—, que era tan pobre y enérgico como el padre rico e inerte. En el último pueblo se nos había dicho que sería imposible conseguir indios para el día siguiente, con motivo de la fiesta, y habíamos hechos el ánimo de quedarnos; pero mis cartas de las autoridades mexicanas fueron tan eficaces, que inmediatamente el justicia tuvo una plática con cuarenta o cincuenta indios, y, empezando ocasionalmente por abofetear a uno de ellos, se arregló en tres días nuestro viaje hasta Palenque, y el dinero fué pagado y distribuído Aunque la salvajez de los indios hacia que nos sintiéramos un poco molestos, casi lamentábamos esta inesperada prontitud; pero el justicia nos dijo que habíamos llegado en un momento afortunado, porque muchos de los indios de San Pedro, que eran evidentemente un mal grupo, se encontraban ahora en el pueblo; pero que escogería a los conocidos, y mandaría un alguacil de los suyos para que nos acompañara por todo el camino Como no nos animó en modo alguno para que nos quedáramos, y mas bien parecía animoso de que nos apresurásemos, no hicimos ninguna objeción, y en nuestro anhelo de llegar al término de la jornada, tuvimos un supertsicioso temor de efectuar alguna demora voluntaria.

*Con la poca luz que aún quedaba del día, nos con*dujo a lo largo de la misma senda hollada por los indios siglos antes, hasta la punta del cono que se elevaba al extremo de la meseta, desde la cual miramos hacia abajo a un lado una inmensa barranca de varios millares de pies de profundidad, y hacia el otro, sobre la cresta de una gran cadena de montañas, divisamos el pueblo de San Pedro, término de nuestro próximo día de viaje, y más allá, sobre la fila de montañas de Palenque, la Laguna de Términos y el Golfo de México. Esta fué una de las más grandiosas, más agrestes y más sublimes escenas que jamás contemplé. En la cima estaban las ruinas de una iglesia y torre, probablemente usada en otro tiempo como mirador, y cerca de ella había trece cruces erigidas sobre los cuerpos de los indios que, un siglo antes, le ataron las manos y los pies al cura, y lo lanzaron al precipicio, por cuyo hecho fueron matados y enterrados en el mismo lugar. Cada año se colocan nuevas cruces sobre sus cuerpos, para mantener viva en la mente de los indios la suerte de los asesinos. Por todo el derredor, sobre alturas de montañas casi inaccesibles, y en las más profundas barrancas, los indios tienen sus milpas o pedazos de terreno sembrados con maíz, viviendo casi como cuando los españoles cayeron sobre ellos, y el justicia señaló con el dedo hacia una región todavía ocupada por los "sin bautismo": el mismo extraño pueblo cuyo misterioso origen nadie sabe, y cuyo destino ninguno puede predecir Entre todas las raras escenas de nuestra precipitada gira ninguna quedó más fuertemente impresa que ésta sobre mi mente; pero con los indómitos indios alrededor. Mr. Catherwood se hallaba demasiado excitado y demasiado nervioso para arriesgarse a hacer ningún diseño de ella

Al anochecer regresamos al cabildo, que estaba

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

decorado con siempreverde para la fiesta, y en un extremo había una mesa, con una imagen de la Virgen fantásticamente ataviada, sentada bajo una enramada de hojas de pino.

En la noche visitamos al padre, el delegado del Padre Solís, un caballeroso joven de Ciudad Real, que se estaba poniendo tan redondo y daba indicios de salir tan rico de este pueblo como el mismo Padre Solís. El y el justicia eran los únicos hombres blancos en el lugar. Regresamos al cabildo; los indios llegaron a dar las buenas noches al justicia, le besaron el revés de la mano y nos dejaron solos.

Antes del amanecer fuimos despertados por una irrupción de indios cargadores con teas encendidas, quienes, estando aún nosotros en la cama, comenzaron los. En este lugar las artes mecánicas estaban más atrasadas que en cualquier otro de los que habíamos visitado. No había una cuerda de ninguna clase en el pueblo; la armarradura de los baúles y las correas que llevaban los mozos sobre la frente eran todas de cuerdas de corteza, y aquí era usual para los que intentaban cruzar las montañas tomar hamacas o sillas; siendo la primera una silla acojinada, con un palo largo a cada extremo, para ser transportada por cuatro indios adelante y atrás, sentándose el viajero con la cara hacia un lado, y, según nos dijo el justicia, usada únicamente por hombres muy corpulentos y por "padres", y la segunda una silla de brazos, para ser conducida sobre las espaldas de un indio. Nosotros sentíamos repugnancia por este medio de transporte, considerando, aunque sin deseo de correr ningún riesgo, que donde un indio pudiera subir con uno de nosotros a la espalda, podríamos subir solos, y emprender la marcha sin ninguna de las dos, silla o hamaca.

Inmediatamente pasado el pueblo, el camino, que no era más que un claro entre los árboles, comenzó a descender, y muy pronto llegamos a un sendero de palos, parecido a una escalera, tan empinado, que era peligroso bajar por él a caballo. A no ser por estos palos, en la estación de lluvias, el camino sería totalmente impasable. Descendiendo constantemente, a poco rato después de las doce llegamos a un arroyo, donde los indios se lavaron el sudoroso cuerpo.

Desde las riberas de este río comenzamos a subir la más escarpada montaña que jamás yo conocí. A caballo ni siquiera pensarlo; y embarazados con espada y espuelas, y jalando nuestras mulas, las que a veces se resistían, y a veces brincaban sobre nosotros, el trabajo era excesivo. Cada pocos minutos nos veíamos obligados a detenernos y a reclinarnos contra un árbol o a sentarnos. Los indios no hablaban una palabra de ninguna lengua más que la suya. No podíamos comunicarnos de ningún modo con ellos, y no pudimos saber a qué distancia quedaba la cima. Al fin vimos, sobre un empinado declive frente a nosotros, una tosca cruz, que saludamos como la cumbre de la montaña. Subimos hasta ella, y, después de descansar por un momento montamos nuestras mulas, pero, antes de caminar cien yardas, principió el descenso, e inmediatamente tuvimos necesidad de apearnos. La bajada era más empinada que la subida. En cierto colegio de nuestro país se transmitía una silla como herencia al hombre más haragán del último año de estudios. Uno de ellos la tuvo por consentimiento unánime; pero se le vió corriendo cuesta abajo, se le juzgó y se le declaró culpable; mas logró escapar de la sentencia confesando francamente que un hombre lo había empujado, y que como él era demasiado haragán no había podido detenerse a sí mismo. Esto fué lo que a nosotros nos pasó. Era más difícil resistir que dejarse ir. Nuestras mulas venían rodando atrás de nosotros; y después del más rápido, caluroso y fatigoso descenso, llegamos a una corriente cubierta de hojas y de insectos. Aquí dos de nuestros indios nos dejaron para regresar esa noche ¡a Tumbalá!. Nuestro trabajo fué excesivo; ¡cómo sería el de ellos!, aunque probablemente, acostumbrados a llevar carga desde su niñez, sin duda sufrirían menos que nosotros; y la libertad de sus desnudos miembros los aliviaría del calor y de la sofocación que nosotros sufríamos con los vestidos húmedos por el sudor. Fué el día más caluroso que habíamos experimentado en el país. Más adelante tuvimos un violento descenso a través de selvas de casi impenetrable espesura, y a las cuatro menos cuarto llegamos a San Pedro. Al mirar hacia atrás sobre el espacio que acabábamos de cruzar, divisamos Tumbalá, y el punto elevado sobre el cual estuve la tarde anterior, en línea recta, sólo a pocas millas de distancia, pero por el camino a veintisiete.

Si una mala fama podía matar un lugar, San Pedro estaba condenado. Desde la hacienda del Padre Solís hasta Tumbalá, cada uno que encontrábamos nos prevenía contra los indios de San Pedro. Afortunadamente, sin embargo, casi todo el pueblo se había ido a la fiesta de Tumbalá. Allí no había alcalde, ni alguaciles; unos pocos indios estaban echados por ahí, en un estado de completa desnudez, y cuando miramos hacia el interior de las chozas, las mujeres salieron corriendo, probablemente alarmadas de ver hombres con pantalones. El cabildo se hallaba ocupado por un grupo de viajeros, con cargas de azúcar para Tabasco. Los conductores de la partida y dueños de las cargas eran dos mestizos, que tenían sirvientes bien armados, con quienes nos hicimos conocidos y formamos una alianza tácita. Una de las mejores casas estaba desocupada; el propietario, con su familia y su ajuar doméstico, excepto los catres de caña fijados en el suelo, se había ido a la fiesta. Tomamos posesión de ella y apilamos nuestro equipaje adentro.

Nuestros mozos, sin aviso alguno, nos abandonaron para regresar a Tumbalá, y nos quedamos solos. No podíamos hablar la lengua, y no nos era posible el conseguir nada para las mulas o para nuestra comida; pero por medio del conductor de la partida de azúcar, supimos que una nueva cuadrilla de hombres llegaría por la mañana para llevarnos adelante. Con el calor y la fatiga yo sentía un fuerte dolor de cabeza. La montaña para el próximo día era peor, y, temerosos del esfuerzo y del riesgo de imposibilitarse en el camino, Mr. C y Pawling se empeñaron en conseguir una hamaca o silla, la que les fué prometida para la mañana siguiente.

CAPITULO 16

UNA REGION SILVESTRE — ASCENSO DE UNA MONTAÑA — VIAJANDO EN SILLA DE MANOS. — UNA PRECARIA SITUACION. — EL DESCENSO — EL RANCHO DE NOPA — ATAQUES DE ZANCUDOS — APROXIMANDONOS A PALENQUE — CAMPOS DE PASTURAS — LA ALDEA DE PALENQUE UN EMPLEADO ASPERO — UNA ATENTA RECEPCION — ESCASEZ DE PROVISIONES — EL DIA DOMINGO — EL COLERA — OTRO PAISANO — LA CONVERSION, APOSTASIA Y RECUPERACION DE LOS INDIOS — EL RIO CHACAMAL — LOS CARIBES — LAS RUINAS DE PALENQUE.

Temprano a la mañana siguiente el grupo azucarero se puso en marcha, y a las siete menos cinco minutos seguimos nosotros, con silla de manos y hombres, elevándose toda nuestra compañía hasta veinte indios.

La región por donde ahora estábamos viajando era

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tan salvaje como antes de la conquista española, y sin una habitación hasta que llegamos a Palenque. El camino se extendía por en medio de una selva cubierta de arbustos y malezas que se hacía impenetrable, y las ramas estaban recortadas apenas a lla altura suficiente para dar paso a un hombre caminando bajo ellas a pie, de modo que, sobre el lomo de nuestras mulas, nos veíamos constantemente obligados a agachar el cuerpo, y aun a desmontar. En algunos lugares, por gran distancia en derredor, el bosque parecía destruido por el calor, el follaje mustio, las hojas secas y achicharradas, como quemadas por el sol; y un tornado había barrido la región, del que ninguna mención se hizo en los periódicos de San Pedro

Encontramos tres indios que llevaban garrotes en las manos, desnudos excepto una pequeña pieza de tela de algodón alrededor de los ijares y que les pasaba entre las piernas; uno de ellos, joven, alto y admirablemente *bien formado, con la apariencia del hombre* libre de las selvas Luego después pasamos una corriente, donde indios desnudos estaban colocando toscas redes para pescar, rústicos y primitivos como en las primeras edades de la vida salvaje.

A las diez y veinte minutos comenzamos a subir la montaña Hacía mucho calor, y no puedo dar una idea de lo fatigoso de la ascensión de estas montañas Nuestras mulas apenas podían trepar solo con las monturas Nos despojamos de las espaldas, de las espuelas y de todo lo demás superfluo; en efecto, nos quedamos en camisa y pantalones, y casi tan en la misma condición de los indios como pudimos. Nuestra caravana había sido un espectáculo en Broadway. Primero iban cuatro indios, cada uno con una tosca caja de cuero de res sobre sus espaldas, asegurada con una cadena de hierro y un gran candado; en seguida Juan, con sólo un sombrero y un par de calzoncillos de género delgado de algodón, conduciendo dos mulas de repuesto y portando una escopeta de dos cañones sobre sus desnudos hombros; *después nosotros, cada uno* llevando por delante o jalando su propia mula; luego un indio conduciendo la silla de manos, con cargadores de relevo, y varios muchachos que llevaban pequeños sacos de provisiones, quedando *muy sorprendidos* los indios de la silla de que no los hubiésemos ocupado de acuerdo con el contrato y con el precio ya pagado Aunque sumamente fatigados, sentíamos que era degradante el ser conducidos sobre los hombros de un *hombre* En aquella ocasión yo me encontraba en la peor condición de los tres, y la noche anterior, en San Pedro, me había ido a la cama sin cenar, lo que para cualquiera de nosotros era segura evidencia de estar *por mal camino.*

Habíamos traído la silla con nosotros simplemente como una medida de precaución, con mucha probabilidad de vernos obligados a usarla; pero en una empinada cuesta que por poco me hace estallar la cabeza de pensar en la *subida, recurrí a* ella por la primera vez Era esta una grande y tosca silla de brazos, asegurada con tarugos y cuerdas de corteza El indio que iba a conducirme, lo mismo que todos los demás, era pequeño, no mayor de cinco pies y siete pulgadas, muy delgado. pero simétricamente formado Una correa de corteza fué atada a los brazos de la silla, ajustado el largo de la cuerda, y suavizada la corteza de la frente con una pequeña almohadilla para disminuir la presión La levantaron dos indios, uno de cada lado, y el conductor se puso en pie, se quedó inmóvil un momento me elevó una o dos veces para acomodarme sobre sus hombros, y emprendió la marcha con un hombre a cada lado Esto era un gran alivio, pero yo podía sentir cada uno de sus movimientos, hasta las elevaciones de su pecho para respirar. El ascenso fué uno de los más escarpados de todo el camino A los pocos minutos se detuvo y exhaló un sonido, usual entre los indios cargadores, entre silbido y jadeo, siempre doloroso para mis oídos, pero que nunca lo había sentido antes tan desagradable. Iba yo con la cara para atrás; no podía mirar el rumbo que llevaba, pero observé que el indio de la izquierda retrocedió. Para que mi conducción no resultara tan difícil, me senté tan quieto como pude; pero a los pocos minutos, al mirar por sobre mi hombro, vi que nos estábamos aproximando al borde de un precipicio de más de mil pies de profundidad Aquí estaba yo muy ansioso de bajarme; pero no podía hablar inteligiblemente, y los indios no pudieron o no quisieron entender mis señas Mi conductor se movía con cuidado hacia adelante, con el pie izquierdo primero, tanteando si la piedra donde lo ponía se hallaba firme y seguía antes de poner el otro, y por grados, después de *un movimiento especialmente cuidadoso,* adelantó ambos pies a medio paso de la orilla del precipicio, se detuvo y lanzó un tremendo silbido con jadeo Mi conductor, al respirar, me subía y me bajaba, sentía su *cuerpo temblando bajo el mío,* y sus rodillas parecían ya flaquear El precipicio era espantoso, y el más leve movimiento irregular de mi parte podría arrojarnos juntos hasta el fondo. Yo le habría relevado por lo que faltaba de camino, con su paga completa por el resto del viaje, con tal de verme libre de sus espaldas; pero otra vez se puso en marcha y, con el mismo cuidado, siguió subiendo varios pasos, tan cerca de la orilla, que aun sobre el lomo de una mula habría sido un paso muy desagradable Mi temor de que se inutilizara o que tropezara era excesivo Para mi completo alivio, la senda se apartó del precipicio; mas apenas me congratulaba de mi escape cuando descendió algunos pasos Esto era mucho peor que la subida; si él caía, nada podíra librarme de ser lanzado sobre su cabeza, pero me quedé ahí hasta que me bajó por su propia voluntad El pobre muchacho estaba bañado en sudor, y cada uno de sus miembros le temblaba. Ya otro estaba listo para levantarme, pero yo ya había tenido lo suficiente. Pawling la probó, pero sólo por *corto tiempo Era bastante malo el ver a un indio fa*tigándose con un peso muerto en las espaldas; pero sentirlo temblar bajo nuestro propio cuerpo, oír su penosa respiración, verlo además chorreándole el sudor y *sentir la inseguridad de nuestro puesto, hacían* de este modo de viajar lo que nada más que una pereza y una insensibilidad ingénitas podrían soportar Andando a pie, o mejor dicho, trepando, deteniéndonos muchas veces para descansar, y montando cuando esto era posible, llegamos a un cobertizo techado con bálago, donde deseábamos pasar la noche, pero no había agua

No pudimos saber a qué distancia quedaba Nopá, nuestro proyectado paradero, que suponíamos en la cumbre de la montaña A cada pregunta los indios contestaban "una legua" Durante una hora más tuvimos una empinada cuesta, y en seguida comenzamos un terrible descenso. Por entonces ya el *sol había desaparecido, negros nubarrones cerníanse* sobre la selva, y el trueno rodaba pesadamente sobre la cima de la montaña. A medida que bajábamos, un fuerte viento azotaba la floresta; el aire estaba lleno de hojas secas; las ramas estallaban y se rompían, los árboles se encorvaban, y se veían todas las señales de un violento tornado Bajar apresuradamente a pie no había ni que pensarlo. Estábamos tan cansados que esto era un imposible; y, temerosos de vernos sorprendidos en la montaña por un huracán y un copioso aguacero, espoleamos y seguimos bajando tan de prisa como pudimos Era un no interrumpido descenso, sin ningún consuelo, pedregoso y muy escarpado. Muy a menudo las mulas se paraban, temerosas de seguir adelante; y en cierto lugar, las dos mulas de remuda se metieron en la tupida selva antes que proseguir. Afortunadamente para el lector, esta es nuestra última montaña, y puedo finalizar honradamente con un clímax. esta fué la peor de todas las montañas que jamás encontré en ese o en cualquier otro país, y, bajo nues-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tros temores de que estallara la tormenta, puedo asegurar que ningunos viajeros la bajaron nunca en menos tiempo A las cinco menos cuarto llegamos al llano La montaña se hallaba oculta por las nubes, y la tormenta batía ahora con furia arriba de nosotros Cruzamos el río, y, siguiendo a lo largo de él a través de una tupida selva, llegamos al Rancho de Nopá

Se hallaba situado en un claro circular como de cien pies de diámetro, cerca del río, con la selva alrededor, tan tupida de arbustos y monte bajo, que las mulas nos podían penetrarla, y con ninguna abertura más que para el paso del camino a través de ella. El rancho no era sino un techo en declive cubierto con hojas de palmera, y sostenido por cuatro troncos de árboles Por todo el contorno había montones de conchas de caracol, y el piso del rancho tenía varias pulgadas de cenizas, resto de los fuegos para cocerlos. Apenas acabábamos de congratularnos por nuestro arribo a tan bello lugar, cuando ya habíamos sufrido tal embestida de zancudos cual jamás la habíamos experimentado en el país. Hicimos un fuego, y, con el apetito aguzado por un penoso día de trabajo, nos sentamos sobre el césped a disponer de una gallina de San Pedro, pero nos vimos obligados a levantarnos, y mientras ocupábamos una mano con los comestibles, usábamos la otra para sacudirnos los ponzoñosos insectos Pronto notamos que teníamos una mala perspectiva para la noche, encendimos fuegos por todo el rededor del rancho, y fumamos desordenadamente No teníamos prisa por acostarnos y permanecimos sentados hasta una hora avanzada, consolándonos con el pensamiento de que, si no fuera por los zancudos, nuestra satisfacción sería ilimitada El obscuro borde del claro se veía alumbrado por luciérnagas de extraordinario tamaño y brillantez, que revoloteaban por entre los árboles, no brillando y desapareciendo, sino llevando una luz fija; y, excepto por su ruta serpentina, semejaban estrellas errantes En diferentes lugares había dos que parecían estacionarias, emitiendo una pálida pero hermosa luz, y con aire de señoritas rivales en día de recepción Los ígneos círculos revoloteaban de uno a otro; y cuando alguno, más atrevido que los demás, se aproximaba demasiado, la coqueta retiraba su luz, y el revoloteo terminaba Una, sin embargo, las atrajo a todas frente a ella, y nosotros contamos hasta siete revoloteando a su alrededor

Por último nos preparamos para dormir. Las hamacas nos expondrían por todos lados a los crueles ataques de los zancudos, y extendimos nuestros petates en el suelo. No nos desvestimos Pawling, con mucho trabajo, dispuso sus sábanas en forma de mosquitero; pero hacía tanto calor que no pudo respirar debajo de ellas, y se estuvo paseando por los alrededores o en el río casi toda la noche Los indios se habían ocupado en recoger caracoles y en cocerlos para cenar, y en seguida se acostaron a dormir a la orilla del río; pero a la media noche, con fuertes truenos y relámpagos, se desencadenó un aguacero torrencial, y todos ellos se albergaron bajo el cobertizo, y acostándose enteramente desnudos, mecánicamente, y al parecer sin que esto les perturbase, se daban manotadas en el cuerpo. El incesante zumbido y los piquetes de los insectos nos mantuvieron en estado de vigilia e irritación. Podíamos protegernos nuestros cuerpos, pero con una cubierta sobre la cara el calor era insufrible Antes de amanecer me dirigí al río, que era ancho y de poca profundidad, y me extendí sobre el arenisco fondo, donde el agua tenía sólo la hondura suficiente para correr sobre mi cuerpo Este fué el primer momento agradable que yo había tenido. Mi acalorado cuerpo se refrescó, y allí me quedé hasta el amanecer. Cuando salí para vestirme se vinieron sobre mí con el apetito excitado por el espíritu de la venganza. Nuestro día de trabajo había sido tremendamente duro, pero el de la noche fué peor. El aire matutino, sin embargo, era refrescante, y al apuntar el día desaparecieron nuestros atormentadores. Mr Catherwood había sufrido menos, pero en el insomnio se le había perdido un precioso anillo de esmeralda, que había usado en el dedo durante muchos años, y que estimaba por los recuerdos que evocaba Nos quedamos algún tiempo buscándolo, y por fin montamos e hicimos nuestra última salida rumbo a Palenque El camino era plano, pero el bosque seguía todavía tan espeso como en la montaña A las once menos cuarto llegamos a una senda que conducía a las ruinas, o a alguna otra parte Nosotros habíamos abandonado el propósito de ir directamente a las ruinas; porque, fuera de que nos hallábamos en una destrozada condición, no podíamos comunicarnos en modo alguno con nuestros indios, y probablemente ellos no sabían dónde estaban las ruinas Por fin salimos a un llano abierto y miramos hacia atrás la cordillera que habíamos cruzado, extendiéndose hasta el Petén y hacia la tierra de los indios sin bautismo

A medida que avanzábamos llegamos a una región de espléndidas praderas y vimos hatos de ganado La yerba mostraba el efecto de las primeras lluvias, y la pintoresca apariencia del campo me trajo a la memoria muchas escenas del hogar; pero allí había un árbol de singular belleza que era desconocido, que tenía un elevado y desnudo tronco y desplagada copa, con hojas de verde brillante, cubierto de flores amarillas. Continuando sin preocupaciones, y parando de vez en cuando para gozar de la risueña vista alrededor y apreciar el vernos libres de las obscuras montañas de atrás, nos subimos a una pequeña meseta y miramos el pueblo a nuestro frente, consistente en una calle cubierta de grama, no interrumpida ni aun por una senda de mulas, con unas pocas casas blancas dispersas a cada lado, y sobre una pequeña elevación, en el extremo más distante, una iglesia techada con bálago, con una tosca cruz y un campanario frente a ella. Un muchacho podría rodar sobre la yerba desde la puerta de la iglesia hasta fuera del pueblo En realidad, este fué el lugar más muerto que jamás yo vi con vida; pero, llegando de pueblos atestados de indios salvajes, su aire de reposo fué muy grato para nosotros. En los suburbios había chozas de indios esparcidas; y mientras avanzábamos por la calle, ocho o diez gentes blancas, hombres y mujeres, aparecieron, más de las que habíamos visto desde que salimos de Comitán, y las casas tenían una agradable y respetable apariencia En una de ellas vivía el alcalde, un hombre blanco, como de sesenta años, vestido con calzoncillos blancos de algodón, y con la camisa de fuera, de aspecto respetable, algo jorobado, pero con una expresión en el rostro que infundía desconfianza. Con la que yo pensaba ser la manera más cautivadora, le ofrecí mi pasaporte, pero nosotros le habíamos perturbado su siesta; se había levantado de mal humor; y, mirándome fijamente al rostro, me preguntó qué tenía él que ver con mi pasaporte A esto yo no pude responder; y, siguió diciendo, que nada tenía que hacer con él, y que no necesitaba que se lo diéramos; que debíamos ir con el prefecto. En seguida dió dos o tres vueltas en un círculo como para demostrar que no le importaba lo que pensáramos de él; y, como si adivinara lo que estaba pasando en nuestro pensamiento, espontáneamente agregó, que ya antes habían habido quejas en su contra, pero que estas eran inútiles; que no podrían removerlo y que si lo hacían tampoco le importaba

Este saludo al final de nuestro fatigoso viaje fué un poco desconsolador, pero era de importancia para nosotros el no tener ninguna dificultad con este áspero empleado, y, procurando acertar en punto vulnerable, le dijimos que deseábamos quedarnos unos cuantos días para descansar, y que nos veríamos precisados a comprar muchas cosas. L preguntamos si había pan en el pueblo contestó, "no hay"; ¿maíz? "no hay"; ¿café? "no hay" ¿chocolate? "no hay". Su satisfac-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ción parecía aumentar a medida que podía responder "no hay"; pero nuestra infortunada pregunta por pan aumentó su ira Inocentemente, y sin pensar en ofenderlo, revelamos nuestro disgusto; y Juan, por su propia conveniencia, dijo que nosotros no sabíamos comer tortillas Esto le vino a la memoria, se lo repitió a sí mismo varias veces, y a todo el que llegaba le decía, con singular énfasis: ellos no pueden comer tortillas Prosiguiendo, dijo que había un horno en el lugar, pero que no había harina, y que el panadero se había marchado desde hacía siete años; que la gente allí podía pasarla sin pan Para cambiar de asunto, y dispuesto a no quejarme, proferí la expresión conciliatoria: que, de todos modos, nos considerábamos dichosos de escapar de la lluvia en la montaña, a lo cual respondió preguntando que si esperábamos algo mejor en Palenque, y repitió con gran satisfacción una frase muy común en boca de los palenquianos: "tres meses de agua, tres meses aguacero, y seis meses del norte", es decir "tres meses de lluvias, tres meses de chaparrones, y seis meses de viento norte", el que en aquella región produce frío y lluvias

Encontrando que era imposible dar en un punto débil, mientras que los criados apilaban el equipaje me fuí a casa del prefecto, cuya recepción, en aquellos críticos momentos, fué de lo más agradable y alentadora Con la acostumbrada cortesía me ofreció una silla y un puro, y tan pronto como vió mi pasaporte dijo que me había estado esperando por algún tiempo Esto me sorprendió; y él añadió que don Patricio le había referido que yo estaba para llegar, lo que me sorprendió todavía más, pues yo no recordaba a ningún amigo de tal nombre; pero pronto supe que este imponente sobrenombre quería decir mi amigo Mr. Patric Walker, de Belice Esta era la primera noticia de Mr Walker y del Capitán Caddy que yo había recibido desde que el Teniente Nicols llevó a Guatemala el informe que ellos habían sido alanceados por los indios Habían llegado a Palenque por el Río Belice y el Lago del Petén, sin ninguna otra dificultad más que lo malo de los caminos, habían permanecido dos semanas en las ruinas y salido por la Laguna y Yucatán Esta fué la más satisfactoria noticia, primero, porque me daba la seguridad de su salvación, y segundo, porque deducía de ella que no habría impedimento para nuestra visita a las ruinas El temor de encontrarnos al fin de nuestro penoso viaje con una perentoria prohibición, nos había perturbado más o menos constantemente, y algunas veces pesado sobre nosotros como plomo Habíamos determinado no hacer referencia a las ruinas, hasta que tuviésemos una oportunidad de averiguar cómo se presentaban las cosas y, hasta ese momento, aún no me había desengañado si todo nuestro trabajo sería inútil Para colmo de mi satisfacción, el prefecto nos dijo que el lugar era completamente tranquilo; que era un rincón retirado hasta donde las revoluciones y convulsiones políticas nunca llegaban El había desempeñado su empleo durante veinte años y reconocido otros tantos diferentes gobiernos

Regresé para dar mis informes, y con respecto al viejo alcalde, en el lenguaje de un manifiesto de junta de barrio determiné no pedir nada que no fuera razonable, ni someterme a nada que me pareciera injusto En este espíritu hicimos una intrépida solicitud de maíz Los "no hay" del alcalde eran demasiado verídicos; la cosecha de maíz había sido mala y había hambre en el lugar. Los indios, con su habitual imprevisión, habían sembrado apenas lo suficiente para la temporada y como ésta había resultado mala, se vieron reducidos a frutas, plátanos y raíces en vez de tortillas Cada familia de blancos tenía más o menos lo suficiente para su propia subsistencia, pero nada de sobra La escasez de la cosecha de maíz hizo que todo lo demás escaseara, pues se vieron obligados a matar sus gallinas y sus cerdos por carecer de lo necesario para su manutención. El alcalde, que a sus otras ofensas agregaba la de ser rico, era el único hombre del lugar que tenía algo de sobra, y lo estaba reteniendo para cuando hubiera mayor necesidad En Tumbalá habíamos comprado buen maíz a treinta mazorcas por un real: aquí, con gran dificultad, pudimos lograr que el alcalde nos reservara un poco a ocho mazorcas por dos reales, y éstas estaban tan mohosas y comidas de gorgojo que las mulas apenas querían tocarlas. Al principio nos sorprendió el que ningún atrevido capitalista efectuase importaciones de Tumbalá por valor de varios dólares; pero al profundizar en el asunto nos hallamos con que el valor del transporte no dejaba mucha ganancia, y, además, que el curso del cambio estaba en contra de Palenque Unos pocos quintales habrían atestado el mercado, porque como cada familia blanca tenía provisiones hasta para la próxima cosecha, los indios eran las únicas personas que deseaban comprar y no tenían dinero para ello El golpe de la carestía cayó sobre nosotros y en particular sobre nuestras pobres mulas Por fortuna, sin embargo, allí había buenos pastos, y no lejos. Les desatamos las bridas en la puerta y las dejamos sueltas en las calles; pero, después de dar una vuelta, regresaron todas juntas e introdujeron sus cabezas en la puerta implorando maíz con la mirada

Nuestras perspectivas no eran muy brillantes, no obstante eso, habíamos legado a Palenque, y por la noche se desencadenó la tempestad, con terríficos truenos y relámpagos, lo que hizo que nos sintiéramos demasiado dichosos de que nuestro viaje hubiese terminado La casa que nos asignó el alcalde estaba inmediata a la suya y era de su pertenencia Tenía contigua una cocinera (cocina), y dos mujeres indias que no se atrevieron a mirarnos sin permiso del alcalde El piso de ésta era de tierra, tenía tres camas hechas de cañas, y techo de bálago, muy bueno, salvo que sobre dos de las camas se goteaba Debajo del puntiagudo techo y a través del remate de las paredes de adobe, había un piso construido de palos, que servía de granero para el mohoso maíz del alcalde, habitado por industriosos ratones, que rascaron, royeron, chillaron y esparcieron polvo sobre nosotros toda la noche Sin embargo, habíamos llegado a Palenque y dormimos bien

El día siguiente fué domingo y lo celebramos como día de descanso Anteriormente, en todos mis viajes, yo había hecho el esfuerzo de guardarlo como tal, pero en este país encontré que era imposible El lugar era tan tranquilo, y parecía en tal estado de reposo, que cuando el viejo alcalde pasó por la puerta nos aventuramos a decirle buenos días; pero otra vez se había levantado de mal humor; y, sin corresponder a nuestro saludo, se paró para decirnos que nuestras mulas se habían perdido, y, como esto no nos perturbó lo suficiente, añadió que probablemente se las habrían robado; pero cuando nos vió completamente excitados y a punto de salir a buscarlas, nos dijo que no había peligro; que sólo habrían ido a beber agua y que volverían ellas mismas

El pueblo de Palenque, según supimos por el prefecto, fué en otra época un lugar de considerable importancia, pasando por él todas las mercaderías importadas para Guatemala; pero Belice había desviado ese tráfico y destruido su comercio, y muy pocos años antes más de la mitad de la población había sido barrida por el cólera Familias enteras habían perecido, y sus casas se hallaban desoladas y convirtiéndose en ruinas La iglesia estaba al extremo de la calle, en el centro de una herbosa plaza A cada lado de la plaza había casas con la selva directamente encima de ellas; y, encontrándonos un poco elevados en la plaza, nosotros nos hallábamos en línea con las copas de los árboles La casa más grande de la plaza se encontraba desierta y convertida en ruinas. Había una docena de otras casas ocupadas por familias blancas, con quienes, en

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

el transcurso de una hora de callejeo, nos hicimos conocidos. Yo no tenía más que pararme frente a la puerta y recibía una invitación: "Pasen adelante, capitán", cuyo título yo debía al águila de mi sombrero Cada familia tenía su hacienda en las cercanías, y al cabo de una hora yo ya sabía lo que estaba sucediendo en Palenque, es decir, sabía que nada estaba sucediendo

En el extremo más alto de la plaza, dominando esta escena de quietud, estaba la casa de un americano llamado ¡William Brown! Era este un extraño lugar para la morada de un americano, y Mr Brown era un americano emprendedor En la gran lotería él se había sacado una esposa palenquiana, la que en aquel tranquilo lugar probablemente lo había librado de morir de tedio Qué fué lo primero que lo trajo al país, no lo sé El tenía el privilegio exclusivo para la navegación a vapor del Río Tabasco, y habría hecho una fortuna, pero su barco se fué a pique en el segundo viaje Entonces emprendió el corte de maderas bajo un nuevo método, y estuvo a punto de hacer otra fortuna, pero algo hubo que le salió mal En el tiempo de nuestra visita se hallaba ocupado en canalizar un pequeño corte hasta el mar, para unir dos ríos cerca de su hacienda Para asombro de los palenquianos, él estaba siempre ocupado, cuando podía vivir tranquilamente en su hacienda en el verano y pasar los inviernos en el pueblo Muy a nuestro pesar, no se encontraba entonces en la aldea Habría sido interesante el hallar a un paisano de su temple en aquel tranquilo rincón del mundo

El prefecto era muy versado en la historia de Palenque Está situado en la provincia de los tzendales, y durante una centuria después de la conquista de Chiapas quedó en poder de los indios Hace dos centurias, Lorenzo Mugil, un emisario directo de Roma, levantó entre ellos el estandarte de la cruz Los indios todavía conservan su vestido como una sagrada reliquia, pero tienen mucha desconfianza de mostrarlo a los extranjeros, y yo no pude lograr que me lo enseñaran La campana de la iglesia, también, fué enviada desde la santa ciudad. Los indios se sometieron al dominio de los españoles hasta el año 1700, cuando toda la provincia se sublevó, y en Chillón, Tumbalá y Palenque apostataron del cristianismo, asesinaron a los sacerdotes, profanaron los templos, tributaron impía adoración a una mujer indígena, destrozaron a los hombres blancos y se apoderaron de sus mujeres como esposas Pero tan pronto como llegó la noticia a Guatemala, un poderoso ejército fué enviado en contra de ellos redujeron a los pueblos sublevados restaurándolos a la fe católica y se restableció la tranquilidad El derecho de los indios, sin embargo, a la propiedad de la tierra estaba todavía reconocido, y a lo menos hasta la independencia mexicana, recibían renta por la tierra en los pueblos y por las milpas en los alrededores

A corta distancia de Palenque el Río Chacamal lo separa del territorio de los indios sin bautismo, a quienes aquí se les llama caribes Hace cincuenta años el Padre Calderón, tío de la esposa del prefecto, acompañado de su sacristán un indio, se estaba bañando en el río, cuando éste lanzó un grito de alarma al ver algunos caribes que estaban mirándolos, e intentó huir; pero el padre tomando su báculo se dirigió hacia ellos Los caribes se prosternaron ante él, lo condujeron a sus chozas, y lo invitaron para volver y para que les hiciese una visita en cierto día El día señalado el padre se fué con su sacristán, y se encontró con una congregación de caribes y con una gran fiesta preparada en su honor Se quedó con ellos por algún tiempo, y en recompensa los invitó para que fueran al pueblo de Palenque el día de fiesta de Santo Domingo Una gran partida de estos indios salvajes asistió, llevando consigo carne de tigre, de mono, y cacao como presente Oyeron misa y miraron todas las ceremonias de la iglesia; entonces invitaron al padre a que se estuviera entre ellos y los enseñara, y erigieron una choza en el lugar donde lo encontraron por primera vez, a la que consagró él como iglesia e instruyó a su sacristán para que dijera la misa todos los domingos Según dijo el prefecto, si el padre hubiera vivido, muchos de ellos probablemente habrían sido cristianizados; pero, desgraciadamente murió, los caribes se remontaron en la selva, y desde entonces ninguno de ellos ha aparecido por el pueblo

Las ruinas quedan como a ocho millas de la población completamente desoladas El camino era tan pésimo, que, para llevar a cabo algo, era necesario quedarse alla, y tuvimos que hacer los preparativos para el efecto En el pueblo había tres pequeñas tiendas, cuyas existencias en conjunto no valdrían setenta y cinco dólares, pero en una de ellas encontramos libra y media de café, que aseguramos inmediatamente. Juan nos comunicó la grata nueva que a la mañana siguiente matarían un puerco, y que ya había tratado una porción de manteca, también, que había una vaca con su ternero que andaba suelta, y que se podía hacer un arreglo para mantenerla y ordeñarla Al momento se atendió a esto, y se hicieron todos los arreglos necesarios para visitar las ruinas al siguiente día Los indios generalmente conocían el camino, pero sólo había un hombre en el lugar, apto para servirnos como guía en el terreno y él tenía entre manos el negocio de matar y distribuir el puerco, razón por la cual no pudo partir con nosotros, pero prometió seguirnos

Al atardecer la quietud del pueblo se vió perturbada por un estallido, y al salir nos encontramos con que se había caído una casa Una nube de polvo se levantó de allí, y las ruinas probablemente yacen todavía como cuando cayeron El cólera la había privado de sus moradores, y por varios años había permanecido deshabitada

CAPITULO 17

PREPARATIVOS PARA VISITAR LAS RUINAS — PASEO — LA PARTIDA — EL CAMINO — LOS RIOS MICOL Y OTULA — LLEGADA A LAS RUINAS — EL PALACIO — UN FEU-DE-JOIE — ALOJAMIENTOS EN EL PALACIO — INSCRIPCIONES DE LOS VISITANTES ANTERIORES — LA MUERTE DE BEANHAM — DESCUBRIMIENTO DE LAS RUINAS DE PALENQUE — LA VISITA DE DEL RIO. LA EXPEDICION DE DUPAIX — LOS DIBUJOS DE LA PRESENTE OBRA — PRIMERA COMIDA EN LAS RUINAS — ENORMES LUCIERNAGAS — DORMITORIOS — LA EXTENSION DE LAS RUINAS — OBSTACULOS PARA LA EXPLORACION — SUFRIENDO POR LOS ZANCUDOS —

Temprano a la mañana siguiente nos preparamos para trasladarnos a las ruinas. Tuvimos que hacer provisiones para el manejo de los asuntos domésticos en gran escala; nuestros utensilios de cocina eran de tosca alfarería, y nuestras tazas de duras cáscaras de ciertas legumbres redondas, cuyo valor total, quizás, ascendería a un dólar No pudimos conseguir un jarro para agua en el lugar, pero el alcalde nos prestó uno libre de costo a menos que se quebrara, y como ya entonces estaba rajado él probablemente lo consi-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

deraba vendido. Dicho sea de paso nosotros obligamos al alcalde a que nos quisiera, dejándole nuestro dinero en depósito. Hicimos esto con gran publicidad, a efecto de que pudiera ser sabido en el pueblo que allá en las ruinas no había "plata", pero el alcalde lo estimó como una prueba de especial confianza. En verdad, nosotros no podíamos mostrársela más grande. El era un viejo tacaño y desconfiado, que guardaba su dinero entre un cofre en un cuarto interior, y nunca salía de la casa sin cerrar la puerta de calle y llevar la llave consigo. Nos hizo pagar adelantado por todo lo que necesitábamos, y no nos habría confiado medio dólar por ningún motivo.

Era necesario llevar con nosotros del pueblo todo aquello que pudiese contribuir a nuestra comodidad, y pusimos todo empeño en conseguir una mujer; pero ninguna quiso confiarse sola con nosotros. Fué esta una gran privación; una mujer era deseable, no, como el lector pudiera suponer, como adorno, sino para hacer las tortillas. Estas, para ser tolerables, deben comerse en el momento de cocidas, pero nos vimos obligados a hacer un arreglo con el alcalde para que nos las enviara diariamente junto con el producto de nuestra vaca.

Nuestro paseo fué igual a cualquiera de los que habíamos tenido en el camino. Un indio partió con un baúl de cuero de res sobre su espalda, sostenido por una cuerda de corteza como base de su carga, mientras que a cada lado pendía de una cuerda de corteza una gallina envuelta en hojas de plátano, con sólo la cabeza y la cola visibles. Otro llevaba encima de su baúl un pavo vivo, con las patas amarradas y desplegadas las alas como un águila extendida. Otro tenía a cada lado de su carga sartas de huevos, cada uno de éstos envuelto cuidadosamente en dobladores, y todos asegurados como cebollas en una cuerda de corteza. Los utensilios de cocina y el jarro para agua fueron colocados sobre las espaldas de otros indios, y contenían arroz, frijol, azúcar chocolate, etc; largas tiras de carne de puerco y racimos de plátanos iban colgando; y Juan llevaba en los brazos nuestra cafetera de viaje, de hojalata, llena de manteca, la que en aquella región siempre permanecía en un estado líquido.

A las siete y media salimos de la aldea. Por una corta distancia el camino era abierto, pero muy pronto entramos a una selva, que continuó sin interrupción hasta las ruinas, y probablemente muchas millas más allá. El camino era una simple vereda de indios, y las ramas de los árboles, vencidas y pesadas por la lluvia, colgaban tan bajo que nos veíamos obligados a detenernos constantemente, y muy pronto nuestros sombreros y chaquetas estuvieron perfectamente mojados. Por la espesura del follaje el sol de la mañana no pudo secar el diluvio de la noche anterior. El suelo estaba muy lodoso interrumpido por corrientes crecidas por las primeras lluvias, con zanjas donde las mulas tropezaban y se atascaban; en algunos lugares muy difíciles de atravesar. En medio de la ruina de los imperios, nada habló jamás tan fuertemente de las mudanzas del mundo, como esta inmensa selva amortajando a la que en otro tiempo fuera una gran ciudad. Antiguamente había sido un espacioso camino real, atestado de gentes que se hallaban estimuladas por las mismas pasiones que actualmente dan impulso a las acciones humanas, y todas ellas han desaparecido, sus habitaciones se encuentran sepultadas y ningún rastro de ellas ha quedado.

En dos horas llegamos al Río Micol, y en media hora más al de Otulá obscurecido por la sombra de la selva, y rompiéndose hermosamente sobre un lecho de piedras. Al vadearlo muy pronto notamos montones de piedras, y después una piedra redonda esculpida. Espoleamos sobre un filudo ascenso de fragmentos, tan escarpado que las mulas apenas pudieron subirlo, hasta una terraza cubierta, lo mismo que todo el camino, con árboles, de tal modo, que era imposible establecer su forma. Siguiendo sobre esta terraza, nos paramos al pie de una segunda, a tiempo que nuestros indios gritaron "el Palacio", y por entre los claros de los árboles vimos el frente de un gran edificio ricamente ornamentado con figuras estucadas sobre las pilastras, raro y elegante, los árboles crecían arrimados junto a a él, y sus ramas entraban por las puertas; en estilo y efecto único, extraordinario y melancólicamente hermoso. Amarramos nuestras mulas a los árboles, subimos por una fila de gradas de piedra separadas y derribadas por la fuerza de la vegetación, y entramos al palacio, paseándonos por algunos momentos a lo largo del corredor y por el patio; y después que terminó la primera ojeada de ansiosa curiosidad, regresamos a la entrada, y, parándonos en la puerta, hicimos una descarga de nuestras armas de fuego. A no ser por este modo de expresar nuestra satisfacción, habríamos hecho trepidar el techo del antiguo palacio con un ¡viva! Fué proyectado, además, para producir efecto sobre los indios, los cuales probablemente nunca antes habían oído semejante cañoneo, y casi, como sus antepasados en tiempo de Cortés, consideraban nuestras armas como instrumentos que producían el rayo, y quienes, nosotros lo sabíamos, darían tales noticias en el pueblo que harían que cualquiera de sus respetables amigos se guardase de hacernos una visita por la noche.

Habíamos llegado al término de nuestro largo y fatigoso viaje, y la primera ojeada nos indemnizó nuestro trabajo. Por primera vez nos hallábamos en un edificio erigido por los habitantes aborígenes, levantado antes que los europeos tuviesen noticia de la existencia de este continente, y nos preparamos para hacer nuestra morada bajo su techo. Seleccionamos el corredor de enfrente para nuestra vivienda, soltamos al pavo y a las gallinas en el patio, que se encontraba tan cubierto de árboles que apenas podíamos mirar a través de él, y como allí no había pastura para las mulas, salvo las hojas de los árboles, y no las podíamos soltar en medio de la selva, las subimos por las gradas en medio del palacio y las soltamos también en el patio. En un extremo del corredor construyó Juan una cocina, cuya operación consistió en colocar tres piedras en forma de ángulo, como para dejar entre ellas espacio para el fuego. Nuestro equipaje fué colocado afuera o colgado al alcance sobre palos atravesados en el corredor. Pawling puso una piedra como de cuatro pies de largo sobre patas de piedra en forma de mesa, y con los indios cortó cierto número de varas, las cuales unidas y amarradas con cuerdas de corteza, fueron puestas sobre piedras situadas en la cabecera y en los pies para que sirvieran como camas. Derribamos las ramas que penetraban al palacio, y algunos mirábamos la copa de una inmensa selva extendiéndose a lo lejos hasta el Golfo de México.

Los indios tenían supersticiosos temores acerca de la permanencia de noche entre las ruinas, y nos dejaron solos, únicos moradores del palacio de monarcas desconocidos. Poco pensarían quienes lo edificaron que al cabo de pocos años su linaje real perecería y su raza sería extinguida, su ciudad convertida en ruinas, y Mr. Catherwood, Pawling, yo y Juan, sus únicos moradores. Otros extranjeros habían estado allí, maravillados como nosotros. Sus nombres estaban escritos en los muros, con comentarios y figuras; y aún aquí había señales de aquellos bajos y envilecidos espíritus que se deleitan en profanar los lugares sagrados. Entre los nombres, mas no de los de esta clase, figuran los conocidos: el Capitán Caddy y Mr. Walker, y uno era el de un paisano, Noah O. Platt, de Nueva York. El había salido para Tabasco como sobrecargo de un buque, ascendido uno de los ríos en busca de palo de Campeche, y mientras cargaban su barco visitó las ruinas. Su relato de ellas me había dado un gran deseo de visitarlas mucho antes que se presentara la oportunidad de hacerlo.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Hasta arriba, a un lado del corredor, estaba el nombre de William Beanham, y abajo había una estrofa escrita a lápiz. Por medio de un árbol con muescas hechas en él, subí y leí las líneas La rima era defectuosa y la ortografía mala, pero ellas revelaban un profundo sentido de la sublimidad moral esparcida entre estas ignoradas ruinas El autor parecía, asimismo, un conocido Yo había oído su historia en el pueblo Era él un joven irlandés, enviado por un comerciante de Tabasco al interior con el fin de traficar al por menor, había pasado algún tiempo en Palenque y por sus alrededores, y, con sus ideas y sentimientos dirigidos fuertemente hacia los indios, después de meditar sobre el asunto cierto tiempo, resolvió penetrar en el país de los caribes Sus amigos se empeñaron en disuadirlo, y el prefecto le dijo: "Tiene Ud cabello rubio, una hermosa tez y una piel blanca, y ellos o harán de Ud un dios y lo retendrán en su compañía, o lo matarán y se lo comerán"; pero él se fue solo y a pie, atravesó el Río Chacamal, y después de una ausencia de casi un año regresó salvo, pero desnudo y extenuado, con las uñas y los cabellos largos, habiendo permanecido ocho días con un solo caribe en las riberas de un tumbulento río, buscando un vado y viviendo de raíces y yerbas Construyó una choza en las orillas del Río Chacamal, y vivió allí con un sirviente caribe, preparándose para otro más prolongado viaje entre ellos, hasta que al fin algunos barqueros que llegaron a traficar con él lo encontraron muerto en su hamaca con el cráneo partido Había escapado de los peligros de un viaje que nadie en aquel país se atrevió a arrostrar, para morir en manos de un asesino en un momento de supuesta seguridad Tenía el brazo colgando hacia afuera, y un libro en el suelo; probablemente fué herido mientras leía. Los asesinos, uno de los cuales era su criado, fueron capturados, y se hallaban por entonces presos en Tabasco Desgraciadamente, el pueblo de Palenque no había tomado sino poco interés en todo esto, excepto en el hecho extraordinario de su visita a los caribes y a su regreso salvo. Todos sus papeles y colección de curiosidades fueron dispersados y destruidos, y con él perecieron todos los frutos de sus trabajos; pero, si él estuviera vivo, sería el hombre, entre todos los demás, llamado a efectuar el descubrimiento de aquella misteriosa ciudad que tanto ha impresionado nuestra imaginación

Como las ruinas de Palenque son las primeras que despertaron la atención hacia la existencia de antiguas y desconocidas ciudades en América, y como, por tal motivo, son quizás más interesantes para el público, no estará demás establecer las circunstancias de su descubrimiento primitivo

El relato es: que en el año 1750, un grupo de españoles que viajaban por el interior de México, penetraron a las tierras al norte del distrito de Carmen, en la provincia de Chiapas, cuando de repente encontraron, en medio de una vasta soledad, edificios antiguos de piedra, restos de una ciudad, que abarcaba todavía de diez y ocho a veinte y cuatro millas de extensión, conocida de los indios con el nombre de **Casas de Piedras.** Por lo que yo conozco del país, no acierto a comprender por qué razón viajaba un grupo de españoles por aquella selva, o cómo pudieron haberlo hecho Antes me inclino a creer que la existencia de estas ruinas fué descubierta por los indios, quienes tenían claros en distintas partes de la selva para sus milperías, o quizá ya eran conocidas por ellos desde tiempo inmemorial, y por sus informes los habitantes serían inducidos a visitarlas

La existencia de tal ciudad era enteramente desconocida; no se hace mención de ella en ningún libro, ni hay tradición que jamás haya existido. Hasta la fecha se ignora cómo se llamaba, y la única denominación que se le da es la de Palenque, por el pueblo en cuyas cercanías se encuentran las ruinas

Las nuevas del descubrimiento corrieron de boca en boca, fueron repetidas en algunas ciudades de la provincia, y llegaron al asiento del gobierno; pero se les prestó poca atención, y los miembros del gobierno, por ignorancia, apatía, o por la actual imposibilidad de ocuparse en algo que no fuera los negocios públicos, no tomaron ninguna medida para explorar las ruinas, y no fué sino hasta 1786, a los treinta años subsiguientes al descubrimiento, que el Rey de España ordenó una exploración; el tres de Mayo de 1787, el Capitán Antonio del Río arribó a la aldea, en comisión del gobierno de Guatemala, y el cinco prosiguió hasta el sitio de la ciudad en ruinas En su informe oficial dice: que debido a la espesura de la selva, y a una niebla tan densa que era imposible para los hombres distinguirse unos a otros a cinco pasos de distancia, el edificio principal quedó completamente oculto a sus miradas.

Regresó a la población, y después de concertar medidas con el diputado del distrito, se dió una orden a los habitantes de Tumbalá, requiriéndoles doscientos indios con hachas y podaderas El día 17 del mismo mes setenta y nueve trabajadores llegaron provistos de veintiocho hachas, consiguiéndose después veinte más en la aldea; y con éstos se movió otra vez para adelante e inmediatamente comenzó derribando árboles, lo cual fue seguido de una general conflagración

El informe del Capitán Del Río, con el comentario del Doctor Paul Félix Cabrera, de Nueva Guatemala, deduciendo un origen egipcio para el pueblo, ya sea por negligencia o desconfianza del gobierno español, permaneció encerrado en los archivos de Guatemala hasta la época de la revolución, cuando, bajo la acción de los principios liberales, los manuscritos originales llegaron a manos de un caballero inglés que había residido largo tiempo en aquel país, y se publicó una traducción en este idioma, en Londres en 1822 Esta fué la primera noticia que llegó a Europa del descubrimiento de estas ruinas; y, en vez de electrizar la opinión pública, sea por falta de interés en el asunto, por desconfianza, o por cualquier otro motivo, tan poca atención se prestó a ello, que en 1831 la Literary Gazette, un periódico de gran circulación en Londres, lo anunciaba como un nuevo descubrimiento efectuado por el Coronel Galindo, cuya infortunada muerte ya ha sido referida. Si un descubrimiento semejante se hubiera verificado en Italia, Grecia, Egipto o Asia, al alcance del turismo europeo, habría creado un interés no inferior al descubrimiento de Herculano o de Pompeya, o al de las ruinas de Paestum

En tanto que el informe y los dibujos de Del Río dormían en los archivos de Guatemala, Carlos IV de España ordenaba otra expedición, a la cabeza de la cual fué puesto el Capitán Dupaix, con un secretario y dibujante, y un destacamento de dragones Sus expediciones fueron hechas en 1805, 1806 y 1807, siendo la última de ellas a Palenque.

Los manuscritos de Dupaix, y los diseños de su dibujante Castenada, estaban a punto de ser enviados a Madrid, que a la sazón se hallaba ocupado por el ejército francés, cuando estalló en México la revolución; entonces fueron ellos un objeto de importancia secundaria, y permanecieron durante las guerras de la independencia bajo el control de Castenada, quien los depositó en el Gabinete de Historia Natural de México En 1828 M Baradere los desenterró de las cajas del museo, en donde, a no ser por este accidente, podían todavía haber permanecido, y las noticias de la existencia de esta ciudad se habrían perdido nuevamente. El Congreso Mexicano había pasado una ley prohibiendo a cualquier extranjero que no estu-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

viese formalmente autorizado, el hacer investigaciones o remover objetos de arte de la nación; pero, a pesar de este interdicto, M Baradere obtuvo autorización para hacer exploraciones en el interior de la República, con el convenio de que, después de enviar a México todo lo que hubiese colectado, se le entregaría la mitad, con el permiso para transportarla a Europa Más tarde obtuvo por cambio los diseños originales de Castenada, y una copia auténtica del itinerario y descripciones del Capitán Dupaix le fué prometida para dentro de tres meses Por diversas circunstancias, dicha copia no llegó a manos de M Baradere sino *hasta largo tiempo después de su regreso a Francia*, y la obra de Dupaix no se publicó sino hasta 1834-35, a los veintiocho años de su expedición, habiendo salido a luz en París, en cuatro tomos en folio, al precio de ochocientos francos, con notas y comentarios de M Alexandre Lenoir, M Warden, M Charles Farcy, M Baradere y M De St Priest

Los ponderosos tomos de Lord Kingsborough, en cuanto se refieren a Palenque, son una mera reimpresión de Dupaix, y el costo de su obra es de cuatrocientos dólares por ejemplar Las comunicaciones del Coronel Galindo a la Sociedad Geográfica de París están publicadas en la obra de Dupaix, y desde entonces acá Mr Waldeck, con fondos proporcionados por una asociación en México, ha pasado dos años entre las ruinas Sus dibujos, según declara en una obra acerca de otro lugar, fueron decomisados por el gobierno mexicano; pero él *había retenido copias*, y antes de nuestra partida, su obra sobre Palenque, se anunciaba en París Esta, sin embargo, hasta la fecha no ha aparecido, y mientras tanto la de Dupaix es el libro de texto

Yo tengo dos objeciones que hacer a esta obra, no afectando al Capitán Dupaix, quien, como su expedición tuvo lugar desde hace treinta y cuatro años, no es creíble que sea afectado, si aún vive, sino a sus editores en París La primera es el muy desdeñoso tono con que hace mención de la obra de su predecesor Del Río, y, la segunda, este párrafo en la introducción:

"Debe considerarse que sólo un gobierno puede ejecutar tales empresas Un viajero que confíe en sus propios recursos no puede esperar, cualquiera que sea su intrepidez, penetrar, y, sobre todo, vivir en aquellas peligrosas soledades; y, suponiendo que lo lograse, *está muy lejos de la capacidad del hombre más sabio y experimentado* el explorar solo las ruinas de una vasta ciudad, de la cual no solamente debe medir y dibujar los edificios aún existentes, sino también determinar la circunferencia y examinar los restos, cavar el suelo y explorar las construcciones subterráneas M Baradere llegó a cincuenta leguas de Palenque, ardiendo en los deseos de ir allá; pero ¿qué podía hacer un solo hombre con criados u otros auxiliares, sin fuerza moral o conocimiento, contra un pueblo aún medio salvaje, contra serpientes y otros perniciosos animales, que, según Dupaix, infestan esas ruinas, y también contra las *fuerzas vegetativas de una naturaleza* fecunda y poderosa, que en unos cuantos años recubre todos los monumentos y obstruye todas las avenidas?"

El efecto de lo dicho es aplastar toda empresa individual, y, además, es falso Todas las informaciones, basadas sobre esto, representan una visita a estas ruinas acompañada de inmensas dificultades y peligros, a tal grado que nosotros temíamos encontrarnos con ellos; pero no hay ninguna dificultad en ir de Europa o de los Estados Unidos a Palenque Nuestras mayores penalidades, aun en nuestro largo viaje por el interior, provinieron del estado revolucionario de los países y de falta de tiempo; y con respecto a la residencia allí, con tiempo para construir una choza o preparar una vivienda en el palacio y conseguir provisiones de la orilla del mar, "esas peligrosas soledades" podrán serlo todo menos desagradables

Y para demostrar lo que puede llevar a cabo un individuo, declaro: que los dibujos de Mr Catherwood incluyen todos los objetos representados en la obra de Dupaix, y además otros que por cierto no aparecen en dicha obra, y que jamás han sido presentados ante al público; entre ellos se encuentran el frontispicio de este tomo y las grandes tabletas de jeroglíficos, las más curiosas e interesantes piezas de escultura en Palenque Puedo agregar, con el pleno conocimiento que seré contradicho por futuros viajeros si estoy en un error, que todos los dibujos de Mr C son más correctos en proporción, diseño y sombras que los de Dupaix, y que suministran más exacto material para especulación y estudio Yo no habría dicho todo esto si no fuera por el deseo de infundir confianza al lector que pudiera estar dispuesto a investigar y estudiar estas interesantes reliquias En cuanto a la mayor parte de los lugares visitados por nosotros, no hallará más materiales, cualesquiera que sean, salvo los proporcionados en estas páginas Con respecto a Palenque encontrará una espléndida labor, cuyos materiales fueron conseguidos bajo la sanción de una comisión del gobierno, y dados a la luz con explicaciones y comentarios de hombres eruditos de París, al lado de los cuales mis dos tomos en octavo valen bien poco por su insignificancia Pero mantengo en alto los dibujos contra esos *costosos infolios*, y *contra cualquier otro* libro que se haya publicado en cualquier tiempo con relación a estas ruinas Mi objeto ha sido, no producir una obra ilustrada, sino presentar los dibujos en una forma barata como para ponerla al alcance de la gran mayoría de nuestro público lector

Mas volvamos a nosotros en el palacio Mientras hacíamos nuestras observaciones, Juan estaba ocupado en un asunto que amaba con ardor Lo mismo que todos los **mozos** del país, su orgullo y ambición era **servir a mano** Desdeñaba la varonil ocupación de arriero y aspiraba a la de un servil lacayo Estaba ansioso de quedarse en el pueblo y no le agradaba la idea de permanecer en las ruinas, pero se reconcilió con ellas cuando se le permitió dedicarse exclusivamente a la cocina A las cuatro nos sentamos para nuestra primer comida Dos anchas hojas eran el mantel, cada una como de dos pies de largo, arrancadas de un *árbol en la terraza frente a la puerta* Nuestro salero estaba como una pirámide; era un estuche formado de dobladores juntados a lo largo, y que contenía cuatro o cinco libras, en terrones desde el tamaño de un guisante hasta el de un huevo de gallina Juan estaba tan feliz como si él hubiera preparado la comida exclusivamente para sí; y todo iba tan alegre como una fiesta de bodas, cuando el cielo se encapotó y estalló un agudo trueno precursor de la tormenta de la tarde Desde la elevación de la terraza, el piso del palacio dominaba una vista de la copa de la selva, y pudimos ver los árboles encorvados por la fuerza del viento; muy pronto una *furiosa ráfaga barrió por entre* las puertas abiertas, la que fué seguida al instante por un aguacero La mesa fué limpiada por el viento, y, antes que pudiéramos escapar, quedó empapada por la luvia Arrebatamos nuestros platos y acabamos de comer como pudimos

La lluvia continuó, con fuertes truenos y rayos, toda la tarde En la absoluta necesidad de formar nuestra vivienda entre las ruinas, apenas habíamos pensado en el peligro de estar a la intemperie, hasta que nos vimos obligados a ello Por la noche no pudimos encender una candela, pero la obscuridad del palacio fué alumbrada por luciérnagas de extraordinario tamaño y brillantez, que revoloteaban por los corredores y se estacionaban sobre los muros, formando

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

un espectáculo impresionante y bello Eran de la misma clase de las que vimos en Nopá, conocidas con el nombre de escarabajos brillantes, y son mencionadas por los primitivos españoles, entre las maravillas de un mundo en donde todo era novedad, "como las que muestran el camino a los que viajan de noche" El historiador las describe como "un poco más pequeñas que Gorriones, y tienen dos estrellas junto a los Ojos, y dos más bajo las Alas, las cuales daban una Luz tan grande que con ella podían ellos hilar, tejer, escribir y pintar; y los españoles iban por la noche a cazar los Utios o pequeños conejos de aquel país; y para pescar, llevaban estos animales atados a sus dedos gordos del pie o a los pulgares, y ellos los llamaban Locuyos, siendo también de utilidad para librallos de los Mosquitos, que allí son muy fastidiosos Los cogían por la noche con tizones, porque ellos se hacían a la luz, y llegaban cuando se les llamaba por su nombre; y son tan pesados que cuando caen ya no pueden levantarse otra vez; y los hombres se frotan la cara y las manos con una especie de humedad que hay en esas estrellas, que mientras dura parecen encendidas"

Siempre nos proporcionaba un gran gozo el comprobar los románticos y al parecer medio fabulosos relatos de los historiadores de la conquista Muy pronto encontramos sus originales descripciones tan vívidas y fieles como para infundir el espíritu que alienta por sus páginas Cogimos varios de estos insectos, no, empero, llamándolos por sus nombres, sino con un sombrero, como los muchachos de escuela acostumbran coger las luciérnagas, o, menos poéticamente, las chinches de luz en nuestra tierra Tienen éstos más de media pulgada de largo, y poseen un agudo y movible cuerno en la cabeza; cuando se les pone de espaldas no pueden voltearse a menos que hagan presión con este cuerno contra una membrana sobre la frente Detrás de los ojos tienen dos substancias redondas, transparentes, llenas de materia luminosa, casi tan grandes como una cabeza de alfiler, y debajo una membrana más grande que contiene la misma substancia luminosa Cuatro de ellos juntos arrojan una brillante luz por varias yardas a la redonda y a la luz de uno solo leímos distintamente la menuda letra de las páginas de un periódico americano Era éste uno de los de un paquete, lleno de debates del Congreso, al que apenas le había yo dado una mirada, y me pareció el más raro de todos los incidentes de mi viaje el estar leyendo a la luz de los insectos, en las ruinas del palacio de Palenque, los dichos y los hechos de los grandes hombres de la patria En medio de todo esto Mr Catherwood, al vaciar la espaciosa bolsa de una chaqueta de caza, me alargó un billete de ómnibus de Broadway

"Good to the bearer for a ride,
"A. Brower".

Estas cosas me trajeron a la memoria vividos recuerdos del hogar, y entre las remembranzas familiares se hallaban las buenas camas sobre las que nuestros amigos estarían por entonces dando vueltas Las nuestras estaban instaladas en el fondo del corredor, frente al patio Este corredor se componía de puertas abiertas y pilastras alternadas El viento y la lluvia azotaban por todo él, y, desgraciadamente, nuestras camas no se hallaban fuera del alcance de la llovizna Habían sido puestas con alguna dificultad sobre cuatro rimeros de piedras cada una, y por consiguiente no podíamos cambiarlas de lugar No teníamos artículos de sobra para poner como mamparas; pero, felizmente, dos paraguas, protegidos con varillas y envueltos en un pedazo de estera, habían sobrevivido al naufragio en los caminos de la montaña. Aseguramos éstos, Mr C y yo, a la cabecera de nuestras camas Pawling colgó su hamaca atravesada en el corredor, tan hasta arriba que el alcance de la lluvia solamente le llegaba al pie, y así pasamos nuestra primer noche en Palenque Por la mañana, paraguas, ropa de cama, vestidos y hamacas, estaban enteramente mojados, y no había allí un lugar seco donde poner los pies A la hora de esta ya nos considerábamos como candidatos para un reumatismo Habíamos mirado nuestra residencia en Palenque como el final de nuestras molestias, y como lugar de comodidad y de placer; pero todo lo que pudimos hacer fué cambiar la posición de nuestras camas a lugares que prometiesen mejor abrigo para la siguiente noche.

Un suculento desayuno había sido lo mejor para restablecer nuestra ecuanimidad; pero desgraciadamente, nos encontramos con que las tortillas que habíamos traído el día anterior, probablemente hechas con el maíz mohoso, por la excesiva humedad estaban pegadas una a otra acedas y echadas a perder Acudimos a nuestros frijoles, huevos y chocolate, sin ningún substituto para el pan, y, como a menudo lo hacíamos en tiempos de aflicción, nos las arreglamos con un puño Bendito sea el hombre que inventó el fumar, el apaciguador y conciliador del angustiado espíritu, aliviador de las airadas pasiones, el consuelo para quien pierde un desayuno, y para el que vaga por lugares desolados; para el solitario viajero de la vida, el que a la vez sirve "de esposa, de hijos y de amigos"

Como a las diez de la mañana llegaron los indios con tortillas frescas y leche Nuestro guía, también, habiendo terminado el destace y distribución del cerdo, venía con ellos Era el mismo que había sido empleado por Mr Waldeck, y también por Mr Walker y el Capitán Caddy, y nos fué recomendado por el prefecto como el único hombre conocedor de las ruinas En su compañía partimos para el reconocimiento preliminar Por lo que toca a nosotros, al salir del palacio, en cualquier dirección, no habíamos sabido hacia qué rumbo dirigir nuestros pasos

Me refiero a la extensión de esas ruinas Aún en este siglo de lo práctico, la imaginación del hombre se deleita en lo maravilloso Los indios y los habitantes de Palenque dicen que ellas cubren un espacio de sesenta millas, y en una serie de bien escritos artículos en nuestro propio país, se les considera como diez veces más grandes que Nueva York, y últimamente he visto yo un artículo en alguno de los periódicos, refiriéndose a nuestra expedición, que representa a esta ciudad, **descubierta** por nosotros, con una extensión tres veces tan grande como la de Londres! No está en mi naturaleza el desacreditar ninguna historia maravillosa Soy tardío para la incredulidad, y más bien sostendría todas esas invenciones; pero ha sido mi desdichada suerte al encontrar que las maravillas desaparecen al acercarme a ellas: aun el Mar Muerto perdió su misterioso encanto; y además, como viajero y "escritor de un libro", comprendo que si me equivoco, los que vienen detrás no dejarán de señalar mis errores. Bajo estas consideraciones, no por ningún deseo propio, y con muchos agradecimientos para mis amigos de la prensa, me veo obligado a decir que los indios y el pueblo de Palenque en realidad no conocen nada de las ruinas por su propia cuenta, y que los otros relatos no descansan sobre ninguna base firme Toda la región por varias millas alrededor se halla cubierta por una tupida selva de gigantescos árboles, con un crecimiento de arbustos y monte bajo desconocido en los desiertos bosques de nuestra patria, impenetrable en cualquier dirección, salvo que se abra el paso con machete Qué es lo que yace oculto en esa selva, me es imposible decirlo de mis propios conocimientos; sin un guía, nosotros hubiéramos podido llegar a cien pies de distancia de todos los edificios sin descubrir ninguno de ellos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

El Capitán Del Río, el primer explorador, con hombres y medios a su mando, declara en su informe, que para llevar a efecto esta comisión derribó y quemó todo el bosque; él no dice hasta dónde, pero, a juzgar por las brechas y excavaciones practicadas en el interior de los edificios, probablemente por millas alrededor El Capitán Dupaix, que actuaba por real comisión, y con todos los recursos que una tal comisión le podía proporcionar, no descubrió más edificios que los mencionados por Del Río, y nosotros sólo vimos los mismos; pero gozando del beneficio de ellos como guías, a lo menos de Del Río (pues en aquella época no habíamos visto la obra de Dupaix), vimos por supuesto cosas que se habían escapado a su observación, justamente como los que vengan después verán lo que se nos escape a nosotros Este lugar, en todo caso, era el principal objeto de nuestra expedición, y era nuestro deseo e intento hacer en él una completa exploración El respeto a mi *carácter oficial*, el tenor especial de mi pasaporte, y las cartas de las autoridades mexicanas, me proporcionaron toda clase de facilidades El prefecto suponía que yo había sido enviado por mi gobierno expresamente para explorar las ruinas; y cada persona de Palenque, excepción hecha de nuestro amigo el alcalde, y aun él tanto como la perversidad de su disposición lo permitiese, estaban dispuestos a ayudarnos Pero surgieron dificultades accidentales que eran insuperables Primero, era la estación lluviosa Esta, bajo cualquier circunstancia, la habría hecho difícil; más como las lluvias no comenzaban sino hasta las tres o cuatro de la tarde, y el tiempo estaba siempre despejado por la mañana, esto solo no habría sido suficiente para impedir nuestro intento, pero hubieron otras dificultades que nos estorbaron desde el principio, y continuaron durante toda nuestra residencia entre las ruinas No había en el lugar una hacha ni una pala, y, como de costumbre, el único instrumento era el machete, que aquí era parecido a una espada corta de hoja ancha; y la dificultad de conseguir indios para el trabajo era aun mayor que en ningún otro lugar que hubiésemos visitado Era la *época de sembrar el maíz*, y los indios, bajo la inmediata presión del hambre, se hallaban todos ocupados en sus **milpas.** El precio del trabajo de un indio era diez y ocho centavos por día; pero el alcalde, que tenía la dirección de esta rama del negocio, no me permitía adelantarles más de veinticinco centavos, y los más que se comprometía a mandarme eran de cuatro a seis al día Ellos no dormían en las ruinas, llegaban tarde y se retiraban temprano; algunas veces aparecían sólo dos o tres, y era raro que el mismo hombre llegara dos veces, de modo que durante nuestra permanencia tuvimos a todos los indios de la aldea en rotación Esto aumentó mucho nuestro trabajo, pues se hizo necesario el estar constantemente sobre ellos para dirigirlos, y no bien uno empezaba a entender precisamente lo que necesitábamos, cuando nos veíamos obligados a enseñar lo mismo a otros; y yo puedo manifestar que su trabajo, aunque nominalmente barato, era caro con relación a la obra hecha

En aquel tiempo yo esperaba regresar a Palenque, si lo haré así o no esto es dudoso; pero estoy ansioso porque se llegue a comprender que los informes que han sido publicados, del inmenso trabajo y gastos que ocasiona la exploración de estas ruinas, los cuales, según antes lo hice ver, me harían casi parecer presuntuoso al emprenderla con mis propios recursos, son exagerados y falsos Estando en el campo al comienzo de la estación seca, con ocho o diez jóvenes "exploradores", y animados de un espíritu de empresa igual a sus huesos y a sus músculos, en menos de seis meses estas ruinas podrían quedar descubiertas Cualquier hombre que haya "limpiado" alguna vez cien acres de tierra es competente para emprenderla, y el tiempo y dinero gastado por uno de nuestros jóvenes en un "invierno en París", determinaría, fuera de toda duda, si la ciudad cubría la inmensa extensión que algunos han supuesto

Pero volvamos al punto Acompañados por nuestro guía tuvimos un día fatigoso pero de los más interesantes Lo que vimos no necesita ninguna exageración Despertaba admiración y asombro Por la tarde se desencadenó la acostumbrada tormenta Nosotros habíamos distribuido nuestras camas, no obstante, a lo largo de los corredores, al abrigo del muro exterior, y estuvimos mejor protegidos, pero sufrimos terriblemente a causa de los zancudos, cuyo zumbido y picadura nos quitaron el sueño A media noche levanté yo mi petate para escapar de esos asesinos del descanso La lluvia había cesado, y la luna, apuntando por entre los pesados nubarrones, con nebuloso rostro alumbraba el derruido corredor Me encaramé sobre un montón de piedras en un extremo donde el muro estaba caído, y, resbalándome a lo largo del lado exterior del palacio, entré a un edificio lateral inmediato al pie de la torre, anduve a tientas en la obscuridad a lo largo del húmedo pasaje, y extendí mi petate frente a una pequeña entrada en el último extremo Los murciélagos revoloteaban y zumbaban por el pasadizo, ruidosos y siniestros, pero estos repugnantes animales echaban fuera a los zancudos La humedad del pasadizo era fría y refrescante, y, con ciertas penosas aprensiones por las culebras y reptiles, lagartijas y escorpiones que infestan las ruinas, me quedé dormido

CAPITULO 18

PRECAUCIONES CONTRA LOS ATAQUES DE LOS ZANCUDOS — MANERA DE VIVIR EN PALENQUE DESCRIPCION DEL PALACIO — PILASTRAS — JEROGLIFICOS — IMAGENES — ARCADAS— CORREDORES — PATIOS — UNA RELIQUIA DE MADERA — GRADAS DE PIEDRA — TORRES — TABLETAS. ORNAMENTOS DE ESTUCO, &c., &c. — LA CAPILLA REAL — EXPLORACIONES — UN ACUEDUCTO — UNA ALARMA — INSECTOS — EL RESULTADO DE LAS PICADURAS DE LOS INSECTOS — REGRESO AL PUEBLO DE PALENQUE.

Regresé al amanecer y encontré a Mr C y a Pawling sentados sobre unas piedras, a medio vestir, en lastimoso cónclave Habían pasado la noche peor que yo, y nuestra condición y perspectivas eran tristes Las lluvias, el trabajo rudo y la mala comida nos parecían nada; pero no podríamos existir sin dormir más que el "muchacho fatuo" de Esopo, que, cuando ya había aprendido a no comer, murió En todos sus viajes a través del país, Pawling jamás habían encontrado un trabajo tan rudo como desde que se juntó con nosotros

La siguiente noche los zancudos estaban insufribles; la más mínima parte del cuerpo, la punta de un dedo que estuviera al descubierto, la picaban Con la cabeza tapada el calor era sofocante, y por la mañana amanecimos con la cara llena de ronchas. Si no poníamos algún remedio estábamos perdidos Es en ocasiones como ésta cuando se desarrolla por sí mismo el poder creador del genio Nuestras camas, como se recordará, estaban hechas de palos arrimados uno junto a otro, y colocados sobre cuatro rimeros de piedras a

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

modo de patas Sobre éstas colocamos nuestros **pellones y armas de agua,** o sea nuestras armaduras de cuero contra la lluvia, y encima nuestros petates Esto evitó el que nuestros enemigos nos invadieran por entre los palos Nuestras sábanas estaban ya cosidas en forma de sacos Les rasgamos un lado, cortamos palos y los encorvamos en tres arcos como a dos pies de altura sobre la armazón de las camas Sobre éstos extendimos las sábanas, y las cosimos por debajo en todo el rededor, con un pequeño espacio abierto en la cabecera, de modo que tenían toda la apariencia de féretros Por la noche, después de un penoso día de trabajo, nos metimos allí Los huéspedes nos estaban esperando adentro Cerramos los lugares abiertos, y cada uno, con un cabo de candela encendido, les dimos caza y los matamos, y con un altivo sentimiento de desafío nos echamos a dormir No teníamos más que un par de sábanas para cada uno, y esta fué una nueva moda de dormir debajo de ellas; no obstante eso, a más de la victoria que nos dió sobre los zancudos, tuvo otra ventaja el calor era tan intenso que no podíamos dormir con nuestra ropa encima; nos fué imposible colocar las camas enteramente fuera del alcance de la llovizna, y la cubierta, sostenida a un pie o dos arriba de nosotros y mantenida húmeda, refrescó la calurosa atmósfera del interior

Vivíamos de esta manera: los indios llegaban por la mañana con las provisiones, y como las tortillas las hacían en la propia cocina del alcalde, para no perturbar sus arreglos domésticos, rara vez llegaban sino hasta pasado el desayuno

Mientras tanto el trabajo avanzaba Como en Copán, era mi ocupación el preparar los diferentes objetos para que los dibujara Mr. Catherwood Muchas de las piedras que tenían que ser restregadas y limpiadas; y como era nuestro objeto obtener la mayor exactitud posible en los dibujos, hubo que levantar andamios en varios lugares para poner encima de ellos la cámara lúcida Payling me relevó en gran parte de este trabajo Para que el lector pueda conocer el carácter de los objetos en que tendríamos que interesarnos, procederé a dar una descripción del edificio en que vivíamos denominado el palacio

En el grabado (fig Nº 9), aparece una vista del frente de este edificio Esto no quiere decir, sin embargo, que se dé con la misma exactitud de los otros dibujos, ya que el frente se halla en más derruida condición Está situado sobre una elevación artificial de forma oblonga, de cuarenta pies de altura, trescientos diez pies de frente y fondo y doscientos sesenta pies a cada lado Esta elevación se hallaba antiguamente cubierta con piedras, las que habían sido derribadas por el crecimiento de los árboles, y su forma es apenas distinguible

El edificio se yergue con la fachada hacia el Oriente, y mide doscientos veintiocho pies de frente por ciento ochenta de fondo Su altura no es más que de veinticinco pies, y en todo el rededor tiene una ancha y saliente corniza de piedra El frente contiene catorce puertas, como de nueve pies de ancho cada una, y las pilastras interpuestas son de seis a siete pies de ancho Sobre la izquierda (aproximándose al palacio) ocho de las pilastras se han caído, lo mismo que la esquina de la derecha, y la terraza inferior está llena de escombros; pero seis pilastras permanecen completas y el resto del frente se encuentra descubierto

El grabado de enfrente (fig Nº 18), representa el plano horizontal de todo Las líneas negras representan los muros que aun están en pie; las líneas desvanecidas indican solamente restos, pero, en general, tan claramente marcados que no hubo dificultad en conectarlos unos a otros.

El edificio estaba construido de piedra, con una argamasa de cal y arena, y todo el frente se hallaba cubierto de estuco y pintado Las pilastras estaban ornamentadas con vívidas imágenes en bajo relieve, una de las cuales se representa en el grabado del frente. En la parte de arriba tiene tres jeroglíficos hundidos en el estuco Se encuentra guarnecida por un ribete ricamente ornamentado, como de diez pies de alto y cinco de ancho, del cual ahora solo queda una parte El personaje principal está de pie y de perfil, exhibiendo un ángulo facial extraordinario como de cuarenta y cinco grados La parte superior de la cabeza parece haber sido comprimida y alargada, quizá por el mismo procedimiento empleado sobre las cabezas de los indios choctaw y flat-head, de nuestro propio país La cabeza representa una especie diferente de cualquiera de las ahora existentes en aquella región del país; y suponiendo que las estatuas fuesen imágenes de personajes vivos, o creación de los artistas según sus ideas de las figuras perfectas, ellas indican una raza de gente actualmente perdida y desconocida El tocado es con certeza un penacho de plumas Sobre los hombros lleva un pequeño abrigo decorado con tachones y un peto; parte del ornamento del cinturón está quebrado; la túnica es probablemente una piel de leopardo; y todo el atavío no hay duda que exhibe la usanza de este desconocido pueblo Sostiene en la mano una vara o cetro, y frente a sus manos están las marcas de tres jeroglíficos que se han gastado o han sido quebrados A sus pies se encuentran dos figuras desnudas, sentadas con las piernas cruzadas, y aparentemente en actitud de súplica Una fecunda imaginación podría hallar muchas explicaciones para estas extrañas figuras, pero a mí ninguna interpretación satisfactoria se me representa a la mente Los jeroglíficos sin duda refieren su historia. El estuco es de admirable consistencia, y duro como la piedra. Había estado pintada, y por distintos lugares alrededor de ella descubrimos restos de color rojo, azul, amarillo, negro y blanco

Las pilastras que todavía permanecen en pie contienen otras figuras del mismo carácter general, pero, desgraciadamente, están más mutiladas, y por el declive de la terraza era difícil colocar la cámara lúcida en una postura apropiada para dibujarlas. Las pilastras que se han caído no cabe duda que estaban enriquecidas con los mismos ornamentos Cada una tenía un especial significado, y el todo probablemente representaba alguna alegoría e historia; y cuando se hallaban enteras y pintadas, el efecto que producirían al subir por la terraza ha de haber sido hermoso e imponente

La entrada principal no se distingue por su tamaño o por algún adorno superior, sino que está indicada únicamente por una gradería de anchas piedras que conduce hacia ella en la terraza Las arcadas no tienen puertas, ni existen los restos de ninguna En el interior, a cada lado, hay tres nichos en el muro, como de ocho o diez pulgadas en cuadro, con una piedra cilíndrica como de dos pulgadas de diámetro fijada a plomo, por medio de la cual, quizá, se aseguraba una puerta A lo largo de la corniza en el exterior, que sobresale alrededor de un pie fuera del frente, había hoyos barrenados a intervalos a través de la piedra; y nuestra impresión fué, que una inmensa tela de algodón, que correría por todo el largo del edificio, quizá pintada en un estilo que correspondiese con los ornamentos, sería atada a esta corniza, para subirla o bajarla como una cortina, de acuerdo con las exigencias del sol y de la lluvia Tales cortinas se usan ahora frente a los corredores en algunas haciendas de Yucatán

Los remates de las arcadas estaban todos arruinados Estos evidentemente habían sido rectangulares, y arriba de cada uno habían grandes nichos en el muro a cada lado, en los cuales habían estado colocados los dinteles Todos estos dinteles se habían caído, y las piedras arriba formaban arcos naturales rotos A-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

bajo había montones de escombros, pero allí no existían restos de dinteles Si éstos hubieran sido simples planchas de piedra, algunas de ellas deberían haber estado a la vista y prominentes; y nos persuadimos de que tales dinteles eran de madera Nosotros no tenemos autoridad para ello No lo sugieren ni Del Río ni el Capitán Dupaix, y quizá no habríamos aventurado la conclusión si no hubiera sido por el dintel de madera que habíamos visto sobre la arcada en Ocosingo; y por lo que más tarde vimos en Yucatán, quedamos convencidos, fuera de toda duda, de nuestra opinión *No es mi idea, sin embargo, que esto proporcione* algún dato concluyente con respecto a la antigüedad de los edificios La madera, si es tal como la hemos visto en otros lugares, sería muy durable, su deterioro debe *haber sido sumamente lento, y los siglos podían* haber corrido después de su completa destrucción

El edificio tiene dos corredores paralelos que corren a lo largo en todos sus cuatro costados lA frente estos corredores tienen alrededor de nueve pies de ancho y se extienden por todo el largo del edificio más de doscientos pies En el largo muro que los divide no hay más que una puerta, que está frente a la puerta principal de entrada, y tiene una que le corresponde al otro lado, que conduce hasta un patio en el fondo Los pisos son de cemento, tan sólidos como los mejores que se ven en las ruinas de los baños y cisternas romanos Dichos muros tienen como diez pies de alto, están repellados, y a cada lado de la entrada principal ornamentados con medallones, de los cuales solo quedan los bordes; quizá éstos contendrían los bustos de la famlia real. El muro de separación tenía aberturas como de un pie, probablemente destinadas a la ventilación "Algunas eran en forma de Cruz Griega y otras en forma de Tau Egipcia, que han sido objeto de muy eruditas especulaciones"

Los constructores evidentemente ignoraban los principios del arco, y el soporte estaba hecho con piedras salidizas a medida que se elevaban, como en Ocosingo, y entre *las ciclopes ruinas en Grecia y en Italia* A lo largo del remate había un lecho de piedra plana, y los lados, que estaban repellados, presentaban una superficie lisa Los largos y no interrumpidos corredores al frente del palacio estaban probablemente destinados a los señores y caballeros de servicio; o quizás, en esa hermosa posición, desde la cual, antes que creciese la floresta, se ha de haber dominado un extenso panorama de la cultivada y habitada planicie, el rey mismo sentaríase allí a recibir los informes de sus funcionarios y a administrar justicia Bajo nuestro dominio, Juan ocupaba el corredor de enfriente como cocina, y el otro era nuestro dormitorio

Desde la puerta del centro de este corredor, una hilera de gradas de piedra de treinta pies de largo conduce a un patio rectangular, de ochenta pies de largo por setenta de ancho A cada lado de las gradas hay disformes y gigantescas figuras, esculpidas sobre piedra en bajo relieve, de nueve o diez pies de alto, y en una posición ligeramente inclinada hacia atrás, desde el extremo de las gradas hasta el piso del corredor El grabado de enfriente representa este lado del patio, y el que le sigue muestra sólo las figuras en mayor escala Están adornadas con magníficos tocados y collares, pero su actitud es de pena y turbación El dibujo y las proporciones anatómicas de las imágenes son defectuosos, pero hay una fuerza de expresión por todas ellas que demuestra la habilidad y el poder de concepto del artista Cuando por primera vez tomamos posesión del palacio, este patio se encontraba estorbabado por los árboles, de tal modo que nos era difícil mirar a través de él, y estaba tan lleno de escombros que nos vimos obligados a efectuar excavaciones de varios pies antes que estas imágenes pudiesen dibujarse

En cada lado del patio, el palacio se hallaba dividido en aposentos, probablemente para dormitorios A la derecha todas las pilastras se habían caído Hacia la izquierda estaban todavía en pie y ornamentadas con figuras en estuco En la habitación del centro, en uno de los hoyos del arco ya referidos, se encuentran los restos de una viga de madera como de un pie de largo, que en otro tiempo se extendía al través, pero cuyo *resto se había podrido Esta fué la única pieza de ma*dera que hallamos en Palenque, y no la descubrimos sino hasta algún tiempo después de lo que habíamos pensado con respecto a los dinteles de madera sobre las puertas Esta se encontraba sumamente apolillada, y probablemente, dentro de pocos años, ni vestigios quedarán de ella

En el costado más distante del patio había otra gradería de piedra que correspondía a la del frente, a cada lado de la cual se ven figuras esculpidas, y sobre la superficie plana intermedia hay simples cartuchos de jeroglíficos El clisé del frente representa este lado

Todo el patio se encontraba cubierto de árboles, y estaba lleno de escombros a varios pies de altura, así que el exacto arreglo arquitectónico no podía verse Como nuestras camas estaban en el corredor inmediato, cuando despertábamos por la mañana, y cuando habíamos terminado el trabajo del día, lo teníamos a la vista Cada vez que descendíamos las gradas, las horrendas y misteriosas figuras nos miraban asombradas a la cara, y ésta llegó a ser para nosotros una de las partes más interesantes de las ruinas Estábamos excesivamente ansiosos de hacer excavaciones, de limpiar la masa de escombros y desocupar toda la plataforma; pero esto fué imposible Está pavimentada probablemente con piedra o cemento; y dada la profusión de ornamentos en otras partes, hay razón para creer que muchos curiosos e interesantes ejemplares pueden ser sacados a luz Este agradable trabajo se deja para el futuro viajero, *que pueda ir allá mejor preparado con hom*bres y herramientas, y con más conocimiento de lo que tiene que encontrar, y, en mi opinión, si no halla nada nuevo, el solo espectáculo del patio entero le repagará el trabajo y los gastos de *limpiarlo*

La parte del edificio que forma el fondo del patio y que comunica con él por las gradas, consta de dos corredores, iguales a los del frente, pavimentados, repellados y ornamentados con estuco El piso del corredor que da frente al patio sonaba hueco y en él se había practicado una abertura que parecía conducir al interior de una cámara subterránea, pero al descender, por medio de un árbol al que le hicimos unas muescas, y con una candela, nos encontramos simplemente con una cavidad en la tierra, sin muro alguno que la limitara

En el corredor *más distante, la pared estaba rota* en algunos lugares y tenía despegadas varias capas de argamasa y pintura En un lugar contamos seis capas, cada una de ellas con los restos de los colores En otro lugar había señales de caracteres escritos *con tinta* negra Hicimos un esfuerzo para descifrarlos; pero, al tratar de remover una delgada capa superior, se separaron juntamnete con ella y desistimos

Este corredor daba a un segundo patio, de ochenta pies de largo por sólo treinta de ancho El piso del corredor estaba diez pies más alto que el del patio, y sobre el muro de abajo había piedras cuadradas con *jeroglíficos esculpidos en ellas Sobre las pilastras* había figuras estucadas, pero en ruinosa condición

Al otro lado del patio había dos filas de corredores,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

los cuales terminaban el edificio en esta dirección El primero de ellos se halla dividido en tres habitaciones, con las puertas de los extremos mirando hacia el corredor del Oeste. Todas las pilastras están en pie excepto la de la esquina Noroeste Todas se encuentran cubiertas con ornamentos de estuco, y una con jeroglíficos El resto contiene figuras en bajo relieve, tres de las cuales, que son las menos aruinadas, están representadas en las planchas del frente

La primera estaba rodeada por un borde, muy ancho en la base, una parte del cual está destruido El asunto consta de dos figuras con ángulos faciales similares a los de la plancha dada anteriormente, penachos de plumas y otras decoraciones por tocado, collares, cinturones y sandalias; cada una sostenía el mismo curioso bastón, parte del cual está destruido, y enfrente de sus manos hay jeroglíficos, los cuales probablemente refieren la historia de estos incomprensibles personajes. Las otras están más arruinadas y ninguna tentativa se ha hecho para restaurarlas Una está arrodillada como para recibir honores y la otra como para recibir un golpe

Hasta aquí los arreglos del palacio son sencillos y fáciles de entender, pero hacia la izquierda hay varios edificios distintos y separados, como se verá por el plano, cuyos pormenores, en todo caso, no considero necesario describir. El principal de éstos es la torre, sobre el costado sur del segundo patio Esta torre es conspicua por su altura y proporciones, pero al examinarla en detalle se encuentra poco satisfactoria y sin interés La base es de treinta pies en cuadro, y tiene tres pisos Al entrar sobre un montón de escombros en la base, encontramos en el interior otra torre, distinta de la de afuera, y una escalera de piedra, tan estrecha, que un hombre grande no podría subirla La escalera terminaba junto a un cielo de piedra, que cerraba todo pasadizo ulterior, quedando el último peldaño sólo a seis u ocho pulgadas de él Con qué fin se elevó una escalera hasta ese inútil término, no lo pudimos comprender. Toda la torre era una sólida estructura de piedra, y en sus arreglos y propósitos casi tan incomprensible como las tabletas esculpidas

Al Oriente de la torre se encuentra otro edificio con dos corredores, uno ricamente decorado con pinturas en estuco, y que tiene en el centro la elíptica tableta representada en el grabado del frente Esta tiene cuatro pies de largo por tres de ancho, es de piedra dura incrustada en el muro, y la escultura está en bajo relieve Alrededor de ella se encuentran los restos de un magnífico borde en estuco. La figura principal está sentada con las piernas cruzadas sobre un canapé ornamentado con dos cabezas de leopardo; la actitud es tranquila, la fisonomía idéntica a la de los otros personajes y la expresión serena y bondadosa La imagen lleva alrededor del cuello un collar de perlas, del cual pende un pequeño medallón que contiene una cara, quizá signifique una imagen del sol Lo mismo que todos los otros sujetos de escultura que habíamos visto en el país, el personaje tenía aretes, brazaletes en las muñecas y un cinturón rodeándole los lomos El tocado difiere de la mayor parte de los otros de Palenque en que carece de penachos de plumas Cerca de la cabeza tiene tres jeroglíficos

La otra figura, que parece la de una mujer, está sentada en el suelo con las piernas cruzadas, ricamente ataviada, y aparentemente en actitud de hacer una ofrenda En la supuesta ofrenda se ve un penacho de plumas, en el cual el tocado de la persona principal es deficiente Sobre la cabeza del personaje sentado hay cuatro jeroglíficos Esta es la única pieza de piedra esculpida alrededor del palacio, salvo las que están en el patio Debajo de ella antiguamente había una mesa, de la cual la impresión contra el muro es aún visible, y aparece en el grabado en líneas de puntos, según el modelo de otras mesas que todavía existen en otros lugares

Al extremo del corredor hay una abertura en el pavimento, que por medio de una gradería conduce a una plataforma; desde ésta una puerta, con un ornamento de estuco arriba de ella, mira por medio de otra gradería hacia un estrecho y obscuro pasadizo, que termina en otros corredores que se extienden transversalmente A éstos se les llama aposentos subterráneos; pero tienen ventanas abiertas arriba del suelo; y, en realidad, éstos son simplemente un piso debajo del pavimento de los corredores En su mayor parte, sin embargo, son tan obscuros que es necesario visitarlos con candelas No hay allí bajorrelieves ni ornamentos en estuco; y los únicos objetos que nuestro guía señaló o que atrajeron nuestra atención, fueron varias planchas de piedra, una atravesada obstruyendo el corredor, como de ocho pies de largo, cuatro de ancho y tres de alto Uno de estos bajos corredores tenía una puerta que miraba hacia la parte posterior de la terraza, y nosotros generalmente pasábamos por ella con una candela para llegar a los otros edificios En otros dos lugares había graderías que conducían a los corredores de arriba Probablemente estos eran aposentos para dormir

En la parte del plano marcado "Room Nº 1", los muros estaban más ricamente decorados con ornamentos de estuco que cualquiera otro en el palacio; pero, desgraciadamente se encontraban muy mutilados A cada lado de la entrada había una figura en estuco, una de las cuales, que es la más completa, aparece en el grabado (fig No 17) Inmediato a ella se encuentra un aposento el cual está marcado "small star" Este se hallaba ricamente decorado, parecido a los que serán mencionados en otros edificios; y por la apariencia del muro de atrás supusimos que allí habían habido tabletas de piedra En nuestra total ignorancia de los hábitos del pueblo que había ocupado anteriormente estos edificios, nos fué imposible formarnos ninguna idea de los usos a que estaban destinadas esas diferentes dependencias; pero si no estamos equivocados al llamarle palacio, cuyo nombre le daban los indios, parece probable que la parte que rodea los patios era para los actos públicos y del Estado, y que el resto sería ocupado como lugar de residencia de la familia real, esta habitación con el pequeño altar, podemos suponer, era lo que se llamaría, en nuestros actuales tiempos, una capilla real.

Con estos auxilios y la ayuda del plano, el lector se hallará en capacidad de orientarse por en medio del derruido Palacio de Palenque; se formará alguna idea de la profusión de sus ornamentos, de su único y sorprendente carácter, y de su melancólico efecto, amortajado por los árboles; y quizá a él, como a nosotros, la imaginación se lo representará como era antes que la mano del tiempo lo hubiese arruinado: perfecto en su amplitud y en sus magníficas decoraciones, y ocupado por el extraño pueblo cuyos retratos y figuras adornan hoy sus muros

El lector no se sorprenderá de que, con tales objetos para llamar nuestra atención, pasásemos por alto algunas de las incomodidades de nuestra regia morada Esperábamos en este lugar vivir de la caza, pero quedamos chasqueados Desde la puerta del palacio podíamos matar en cualquier momento un pavo silvestre, pero, después de probar uno, no nos aventuramos a malgastar nuestros dientes en otro; y fuera de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

éstos, sólo había loros, monos y lagartos, todos muy buenos para comer, pero que teníamos de reserva para los tiempos *más apremiantes* Lo tupido de la selva y los fuertes aguaceros habrían, en todo caso, hecho la caza impracticable.

Una sola vez intenté yo una exploración De la puerta del palacio, casi en línea con el frente, se elevaba una alta y escarpada montaña, la que nosotros pensamos que debía dominar una vista de la ciudad en toda su extensión, y que quizá ella misma contendría ruinas Tomé la situación, y, con brújula en mano y un indio por delante de mí con su machete, desde la parte posterior del mencionado edificio subí en línea recta estenordeste hasta la cúspide. El ascenso era tan empinado que me ví obigado a ayudarme con las ramas para subir. Sobre la cumbre había un alto montículo de piedras, con una muralla de cimiento todavía existente Probablemente una torre o un templo había existido allí, pero el bosque era tan tupido como abajo, y ninguna parte de la ciudad en ruinas, ni siquiera el palacio, podía verse Los árboles crecían hasta arriba de la cumbre, y subí a uno de ellos, pero no pude ver el palacio ni ninguno de los edificios Atrás, con dirección a la montaña no había nada sino selva; al frente, a través de un claro entre los árboles, miramos la arbolada planicie que se extiende hasta Tabasco y el Golfo de México; y el indio al pie del árbol, espiando por entre las ramas, alzó el rostro hacia mí con expresión radiante, y señalando un pequeño punto en el llano, que era el mundo para él, exclamó, **"allá está el pueblo".** Esta fué la única ocasión en que intenté explorar, porque fué la única vez que tuve un blanco hacia donde dirigirme.

Debo exceptuar, no obstante, la exploración de un acueducto que Pawling y yo intentamos juntos Lo abastece un arroyo que corre inmediato a la base de la terraza donde está el palacio En la época de nuestra llegada toda la corriente pasaba por este acueducto Ahora estaba crecida y corría por encima y a lo largo En la entrada tuvimos gran dificultad para resistir la fuerza del torrente El interior estaba completamente obscuro, y no podíamos movernos sin candelas Los costados eran de piedras lisas como de cuatro pies de alto, y la bóveda estaba construida con piedras salidizas como los corredores de los edificios A corta distancia de la entrada el pasaje se desviaba hacia la izquierda, y a una distancia de ciento sesenta pies se hallaba completamente obstruido por las ruinas Qué rumbo seguiría más adelante, era imposible determinarlo, pero ciertamente no pasa debajo del palacio, como se ha supuesto.

A más de los truenos y relámpagos, tuvimos una alarma por la noche Fué originada por un ruido semejante al crujido de una rama seca bajo una pisada furtiva, la que, al levantarnos todos precipitadamente, pensé que sería la de alguna bestia salvaje, pero Mr Catherwood, cuya cama estaba más próxima, se imaginó ser la de un hombre Trepamos sobre el montón de piedras caídas al extremo de este corredor, pero más allá todo era una densa obscuridad Pawling hizo dos disparos como una insinuación de que estábamos despiertos, y arreglamos palos a través del corredor como una trampa, de modo que ni siquiera un indio pudiera entrar por aquel lado sin ser derribado con algún considerable ruido y con detrimento de su persona

Fuera de los zancudos y las **garrapatas**, sufrimos a causa de otros insectos peores llamados por los nativos **niguas**, los cuales, se nos dijo, atormentaron a los españoles en su primer entrada al país, y que, dice el historiador: "roían su Camino entre la Carne, debajo de las Uñas de los Dedos del Pie, en seguida ponían sus Liendres ahí dentro, y se multiplicaban de tal manera que no se libraban de ellos sino con Cauterios, de modo que algunos perdían sus Dedos, y otros sus Pies, siendo así que debían ser arrancados al principio; pero estando hasta aquí ignoramos del Mal, no sabían cómo aplicar el Remedio"

Esta descripción es verídica aun en la última cláusula Nosotros habíamos escapado de ellas hasta nuestra llegada a Palenque, y estando ignorantes del mal, *no sabíamos cómo aplicar el remedio* Yo llevé una en el pie por varios días, consciente de que algo iba mal, pero no sabía qué, hasta que las liendres habían sido depositadas y multiplicadas. Pawling trató de extraerlas con una navaja, que me dejó un gran hueco en la carne; y, desgraciadamente, por los piquetes de varios insectos se me puso el pie tan inflamado que ya no me podía entrar ni el zapato ni la media. Me ví obligado a reposar, y, sentado un día entero con el pie descubierto y en postura horizontal, fuí asaltado por pequeñas moscas negras cuyas picaduras yo no sentí al momento de la inflicción, pero me dejaron señales semejantes a las punzadas de cien alfileres La irritación era tan grande, y aumentó tanto la hinchazón, que me *alarmé y decidí regresar al pueblo* No era cosa tan fácil el llegar allá El pie estaba demasiado grande para ponerlo en el estribo, y, verdaderamente, el mantenerlo sólo por unos momentos suspendido, me hacía sentir como si la sangre me fuera a reventar por la piel, y la idea de que se pudiera golpear contra un arbusto me hace estremecer aún ahora mismo Era indispensable, sin embargo, abandonar el lugar Mandé al pueblo por una mula, y al décimo día de mi llegada a las ruinas, bajé cojeando la terraza, monté, y puse el infortunado miembro en una almohada sobre la manzana de la silla Esta me proporcionó, para aquel fangoso camino, un asiento muy poco seguro Iba delante de mí un hombre cortando las ramas, sin embargo mi sombrero fué arrebatado tres o cuatro veces, y por dos veces me ví obligado a desmontar; pero a su debido tiempo, para mi gran alivio, salimos del bosque Después de la opresión y confinamiento entre la selva, al llegar una vez más a un campo abierto, sentíase el espíritu muy reanimado

Al ascender a la meseta en donde el pueblo estaba situado, observé un grado de animación extraordinario, y una turba de gentes en la enyerbada calle, probablemente algunos quince o veinte, quienes parecieron animados al verme, y al punto tres o cuatro hombres a caballo se dirigieron hacia mí Yo ya había sobrellevado la representación de muchos personajes en aquel país, y esta vez me ví erróneamente tomado por tres "padres" a quienes se esperaba que llegaran esa mañana de Tumbalá Si la equivocación hubiera continuado yo habría tenido comida bastante para seis personas a lo menos; pero, por desgracia, ésta quedó pronto descubierta, y yo avancé hasta la puerta de nuestra antigua casa Inmediatamente apareció el alcalde, con las llaves en la mano y en traje de gala, es decir, con la camisa metida entre los pantalones; y tuve el gusto de notar que estaba de peor humor por la llegada de los padres que cuando nosotros llegamos; en verdad, él parecía ahora más bien inclinado hacia mí, como alguien que podía simpatizar con sus molestias por el absurdo de promover semejante alboroto a causa de ellos Cuando vió mi pie, además, realmente demostró cierta conmiseración, y trató de acondicionarme tan cómodamente como le fué posible La hinchazón había crecido demasiado. Pronto me fuí a acostar, y, permaneciendo enteramente quieto, con el auxilio de un botiquín, ayuno, y la ausencia de cosas irritantes, a los dos días con sus noches reduje la inflamación muy perceptiblemente.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

CAPITULO 19

UNA VOZ DE LAS RUINAS — COMPRANDO PAN — LLEGADA DE LOS PADRES — EL CURA DE PALENQUE — JUEGO DE BARAJA — EL DIA DOMINGO — LA MISA — UN ALMUERZO — RECUERDOS DE LA PATRIA — COSTUMBRES EN LA COMIDA — REGRESO A LAS RUINAS — UN CAMBIO NOTABLE — UN TRUENO ESPANTOSO — UN TORBELLINO — UNA ESCENA DE LO SUBLIME Y LO TERRIBLE.

Al tercer día oí desde las ruinas una voz quejumbrosa Juan había volcado la manteca, y se había derramado hasta la última gota La suplicante carta que recibí despertó todas mis sensibilidades; y, olvidándome de todo en la emergencia, me precipité adonde el alcalde, y le dije que un cerdo tenía que morir El alcalde puso dificultades, y hasta el día no puedo darme cuenta del por qué me ocultó un hecho del cual él ha de haber tenido conocimiento, es decir, que esa misma noche matarían un puerco Muy temprano a la mañana siguiente ví pasar a un muchacho con algunos pedazos de carne de marrano, lo llamé, y él me guió a una choza en los suburbios, donde no más que ayer era la vivienda del infortunado cuadrúpedo Conseguí la porción de algún honrado palenquiano, y regresé, feliz y convencido de que haría a otros felices Ese día fué memorable, también, por otro poco de buena fortuna, pues llegó un correo de Ciudad Real con despachos para Tabasco, y una carga de pan por cuenta propia Tan pronto como me llegó la noticia, mandé un mensajero para negociar toda la existencia Desgraciadamente era pan dulce, hecho en figura de rombos, de ruedas y de otras caprichosas formas, como de dos pulgadas de largo y una de grueso, para ser comido con chocolate, y aquella detestable manteca se filtraba fuera de la costra No obstante eso, era pan; y poniéndolo con cuidado sobre una mesa, con un queso fresco, producto de nuestra vaca, me acosté por la noche lleno del gozo que la mañana difundiría sobre las ruinas de Palenque; pero, ¡ay! todos los cálculos humanos son inútiles Durante mi primer sueño fuí despertado por un fuerte trueno y descubrí un enorme gato sobre la mesa Mientras que mi bota volaba hacia él, de un salto llegó al muro y desapareció bajo el alero del tejado Me dormí otra vez, regresó, y las consecuencias fueron fatales

Los padres eran pausados para moverse, y después de mantener al pueblo en estado de excitación durante tres días, esa mañana hicieron una entrada triunfal, escoltados por los vecinos y con un tren de más de cien indios, conduciendo hamacas, sillas y equipaje Los pueblos de Tumbalá y San Pedro habían levantado dos o trescientos hombres, y éstos los habían transportado sobre sus espaldas y hombros hasta Nopá, donde fueron encontrados por una diputación de Palenque y conducidos al pueblo Es una cosa gloriosa en aquel país el ser "padre", y la posición más inmediata a la de ser "padre" uno mismo es la de ser amigo del "padre" Por la tarde los visité, pero después de las fatigas del viaje todos estaban durmiendo, y los indios alrededor de la puerta hablaban en voz baja para no perturbarlos Adentro había enormes montones de equipaje, que mostraban el prudente cuidado que los buenos eclesiásticos tomaban por sí mismos Terminada la **siesta**, muy pronto aparecieron, uno en pos de otro vestidos, o mejor dicho en ropas de casa difíciles de describir, pero ciertamente de ningún modo clericales, y ninguno tenía levita o chaqueta Dos de ellos eran los curas de Tumbalá y de Ayalón, a quienes habíamos visto en nuestro viaje El tercero era un fraile franciscano de Ciudad Real, y habían llegado expresamente para visitar las ruinas Todos habían sufrido severamente con el viaje El cura de Ayalón era diputado al Congreso, y en México se le habían hecho muchas preguntas acerca de las ruinas, bajo el supuesto de que estaban en su vecindad, cuya errónea suposición mencionó con una sentida referencia hacia las interpuestas montañas El padre de Tumbalá era un joven de esperanza, de veintiocho años de edad y pesaba en ese tiempo alrededor de doce **stone**, o sean doscientas cuarenta libras un pesado fardo para llevarlo de un lado a otro por semejantes caminos como los que habían atravesado; pero el fraile dominico sufrió más, y estaba sentado de lado en una hamaca, con el chaleco abierto, limpiándose el sudor del pecho. Todos ellos eran hombres inteligentes, y, en verdad, la sola circunstancia de hacer un viaje con ningún otro objeto más que visitar las ruinas, era un indicio de la superioridad de su carácter. Al diputado lo habíamos visto al pasar por su pueblo, y entonces quedamos impresionados de sus amplios conocimientos, y particularmente de su firmeza de carácter El había tomado una parte activa en todas las convulsiones del país desde el tiempo de la revolución contra España, de la que había sido un instigador, y desde entonces, para escándalo del partido de la iglesia, se mantuvo como liberal; había hecho de soldado tan bien como de sacerdote, rindiendo su ensangrentada espada después de una batalla para recibir la confesión al herido y al moribundo, herido por dos veces, una vez tenido por muerto y también desterrado en Guatemala; y con el gradual restablecimiento del partido liberal, restituido a su puesto y enviado como diputado al Congreso, donde muy pronto habría de tomar parte en nuevas convulsiones No dejaron de asustarse algo con las historias de los zancudos, insectos y reptiles en las ruinas, y particularmente con lo que habían oído del estado de mi pie

Mientras que estábamos tomando chocolate entró el cura de Palenque Cuando llegamos la primera vez él se hallaba ausente en otro pueblo que tenía a su cargo, y yo no lo había visto antes Era más raro en su apariencia que cualquiera de los otros, muy alto, y sin duda con cuatro quintas partes de su sangre En realidad, si yo lo hubiera visto en traje de indio, y al presente ya el lector sabe cual es, lo habría tomado por un "puro", o sea indio de legítima descendencia Su vestido era tan poco clerical como su apariencia, el que consistía en un sombrero de petate con el ala levantada por delante, por detrás y a los lados, como para formar cuatro esquinas regulares, con un ancho listón de raso azul como cinta, ambos manchados por la larga exposición al viento y a la lluvia Debajo de éste había una camisa listada a cuadros, una vieja bufanda de seda azul con listas amarillas, una chaqueta rayada, chaleco negro y pantalones hechos de cotí, a los que les faltaban 2 pulgadas para llegar hasta el chaleco, terminando toda la alta figura por abajo con zapatos de ante amarillo Pero bajo esta apariencia extravagante existía una sencillez y cortesía de modales, y cuando habló, su rostro resplandecía de bondad. La recepción que se le hizo manifestaba la buena voluntad que existía entre los "padres"; y después de un rato de general conversación, fueron removidas las tazas de chocolate, y uno de los padres se fué a su cofre, de donde sacó una baraja, que colocó sobre la mesa Dijo que él siempre la llevaba consigo, y que era muy agradable viajar con compañeros que, donde quiera que parasen, pudieran tener una jugada por la noche Los naipes evidentemente habían prestado mucho servicio, y hubo algo de ordenado y sistemático en los arreglos preliminares,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que mostraba el efecto de los hábitos metódicos y de una casa bien disciplinada Un indio viejo sirviente colocó sobre la mesa un puñado de granos de maíz y un nuevo mazo de papel para cigarros Los granos de maíz se valuaron a medio cada uno Yo rehusé el agregarme al juego, y entonces uno de los reverendos padres se quedó alejado para conversar conmigo, y los otros tres sentáronse a jugar monte, tomando todavía parte en la conversación Muy pronto se quedaron abstraídos, y yo los dejé jugando tan seriamente como si las almas de los inconversos indios estuvieran en la apuesta A menudo había yo oído la malévola observación de los extranjeros, que en aquel país no podían juntarse dos padres sin jugar a los naipes, pero esta fué la primera vez que la ví confirmada; quizás (me siento culpable al expresarme así) porque, salvo en ocasiones públicas, esta fué la primera vez que yo ví a dos padres juntos Antes de separarme de ellos me invitaron a almorzar en su compañía al día siguiente, y al regresar a mi propia morada encontré que don Santiago, el caballero que les daba comida, y, después del prefecto, el vecino principal, me había visitado con una parecida invitación, la que no es necesario que lo diga que acepté

El siguiente día era domingo; la tormenta de la noche se había disipado, el aire era suave y fragante, la yerba estaba verde, y, no teniendo necesidad de viajar, sentí lo que aseguraban los nativos: que las mañanas de la estación lluviosa eran las más espléndidas del año Fué ese un gran día para la pequeña iglesia de Palenque Los cuatro padres estuvieron allí, todos con sus sotanas y sobrepellices, ayudando todos en las ceremonias, y los indios de cada una de las chozas del pueblo llegaron a misa Concluida ésta, todos se retiraron, y a los pocos minutos la aldea quedó tan silenciosa como siempre

A las doce del día me encaminé a la casa de don Santiago para el almuerzo Los tres padres foráneos se encontraban allí, y la mayor parte de los convidados estaban reunidos Don Santiago, el hombre más rico de Palenque, y el mayor comerciante, nos recibió en su tienda o almacén, que era simplemente unos cuantos estantes con un mostrador frente a ellos en una esquina, toda su existencia de mercaderías valdría quizá veinte o treinta dólares; pero don Santiago era un hombre de muy diferente estilo de uno de aquellos que tienen tal negocio al por menor en este país o en Europa, de modales corteses e inteligente para aquellas tierras; estaba vestido con pantalón blanco y rojas chinelas, una limpia camisa con pechera bordada, y tirantes, que probablemente le costarían más que todo el resto de su indumentaria, y que no podían esconderse debajo de la chaqueta ni del chaleco En este lugar, que antes me había parecido tan alejado del mundo, estuve más directamente en contacto con la patria que en ninguno de los que visité La silla en que me senté procedía de Nueva York; lo mismo que un pequeño espejo, dos piezas de telas de algodón americanos, y el resto de una caja de fideos, de cuya existencia en la plaza yo no había tenido antes noticia Las más estrechas relaciones de los habitantes con el extranjero eran con Nueva York, por el puerto de Tabasco Ellos conocían a un hombre emparentado con una familia en el pueblo, que había realmente estado en Nueva York; y un barril de harina de dicha ciudad cuya sola mención despertó mis ansias había en otro tiempo llegado al lugar En efecto Nueva York les era más familiar que ninguna otra parte del mundo excepto la capital Don Santiago tenía un ejemplar del viaje de Zavala a los Estados Unidos, el que, salvo unos pocos volúmenes de las vidas de los santos, formaba su biblioteca, y el cual se sabía casi de memoria; y estaba tan al corriente de nuestra historia política como para saber que el General Washington ya no era presidente, sino el General Jackson

El padre de Tumbalá, el de las doscientas cuarenta libras de peso, tenía algo de elegancia en el vestir para aquella tierra, y había llevado consigo su violín El tenía curiosidad por saber el estado del arte musical en mi país, y si el gobierno apoyaba buenas compañías de ópera; lamentó que yo no pudiese tocar algunos aires nacionales, y se divirtieron él y la compañía con varios de los suyos.

Entre tanto el padre de Palenque no había llegado todavía, pero, después de haber sido enviado a llamar por dos veces, se hizo presente El almuerzo era suyo en realidad; pero, con motivo de la falta de comodidades en el convento por su descuidado manejo de la casa, fué dado por su amigo don Santiago en su nombre, y la respuesta del muchacho a quien enviaron a llamarlo fué que él se había olvidado enteramente del asunto Por lo excéntrico y olvidadizo se le podría haber considerado como un genio aunque él no hizo ostentación de ese carácter. Don Santiago nos contó que una vez fué a la casa del padre y encontró en el interior una vaca con su ternero; el cura, en gran perplejidad, se disculpó, diciendo que no había podido evitarlo, que habían insistido en entrar; y consideró que era una excelente idea cuando don Santiago le sugirió que los sacaran para afuera

Tan pronto como apareció, los otros padres lo ridiculizaron por su olvido, el cual ellos insistieron en que era fingido; le habían ganado diez y seis dólares la noche anterior y le dijeron que tenía miedo de llegar Les respondió, en el mismo tono, que ya estaba arruinado Le ofrecieron el desquite, e inmediatamente fué desocupada la mesa, se extendieron sobre ella las cartas y los granos de maíz como antes, y mientras el padre de Tumbalá tocaba el violín, los otros tres jugaban monte. Como era día domingo, en algunas partes esto se había considerado algo fuera del orden, a lo menos, al hacerlo así a puertas abiertas se pensaría que era sentar un mal ejemplo para los niños y sirvientes, y, en efecto, considerándome yo mismo bajo un pie algo amigable, no pude evitar el decirles que en mi país todos ellos serían expulsados de la iglesia El padre congresista había encontrado en México a un inglés que le dijo la misma cosa, y también la manera de guardar el domingo en Inglaterra, lo que todos ellos pensaban que debía ser muy aburrido

Quizá con menos fundamento que éste, todo el clero hispano-americano ha sido de vez en cuando denunciado como una banda de jugadores sin principios religiosos, pero yo conservo un recuerdo demasiado cálido de sus muchas bondades para colocarlos en este punto de vista Todos ellos eran hombres inteligentes y buenos, que en cualquier caso desearían hacer más bien que mal; en asuntos relacionados con la religión eran de los más respetuosos, trabajaban diligentemente en su vocación, y eran irreprochables entre su pueblo Por costumbre y educación no consideraban que estuviesen haciendo mal Por mi agradable trato con ellos, y mi respeto a sus muchas y buenas cualidades, de buena gana los salvaría de las acusaciones que pudieran ser lanzadas en su contra, de no ser dignos del cargo que desempeñan En todo caso, lo cierto es que el almuerzo se demoró, y todos los convidados estuvimos esperando hasta que terminaron su juego de baraja

La mesa se preparó en una casa vecina desocupada Todos los hombres blancos del pueblo, con excepción del prefecto y el alcalde, estaban presentes El primero se había ido a su hacienda, y el segundo, por las fisgonas referencias que hizo de ella, supongo que no estaba invitado En total eran ellos quince o diez y seis, y yo fuí conducido al puesto de honor a la cabecera de la mesa Me resistí pero los padres me sentaron por la fuerza Después que los caballeros estuvieron sentados, se vió que, estrechándose, había lugar para algunas señoras, y cuando se completaron los arreglos para la mesa, fueron ellas invitadas a tomar

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

asiento Desgraciadamente, allí sólo había lugar para tres, que se sentaron todas juntas a mi izquierda A los pocos minutos me pareció como si el almuerzo se hubiera preparado expresamente para mí Mucho tiempo hacía que yo había visto una mesa semejante, y lamenté en espíritu el no haber mandado avisar a Mr Catherwood que llegase a la aldea accidentalmente a tiempo para conseguir una invitación. Mas ahora, ya era demasiado tarde; no había tiempo para reflexionar; por momentos se acababa el almuerzo En algunos lugares mi posición habría requerido de mí el dedicarme a quienes se hallaban a cada uno de mis lados; pero en Palenque ellos se dedicaron a atenderme Si yo paraba un instante arrebataban mi plato y traían otro lleno con alguna otra cosa Podría parecer impolítico, pero yo observaba el final de ciertos platos, particularmente algunos de dulces o confituras, con la esperanza de que no fueran enteramente consumidos, pues me proponía asegurar todos los que quedaran para llevarlos conmigo a las ruinas Vino había en la mesa, el cual me recomendaron como procedente de Nueva York, pero esto no fué suficiente para indicarme a probarlo Allí no había agua, y, de paso, nunca se pone agua en la mesa, y jamás se bebe sino hasta después de los dulces, que llegan como postre, y se sirve en un gran vaso, que pasa a la redonda para que cada uno tome un sorbo de allí. Es enteramente impropio y señal de mala crianza el pedir agua durante la comida Cada convidado, al levantarse de la mesa, hizo una reverencia a don Santiago y le dijo "muchas gracias", lo que yo consideré de mal gusto, y no de acuerdo con la delicadeza de la cortesía española, pues más bien es el anfitrión quien debe dar las gracias a sus convidados por su compañía, que no ellos agradecerle la comida

Sin embargo, como yo tenía más razones para estar agradecido que ninguno de los demás, me conformé con el ejemplo que se me puso Después del almuerzo mis amigos se pusieron soñolientos y se retiraron a la siesta. Yo tomé mi camino de regreso a la casa de don Santiago, donde, en una conversación con las señoras, aseguré los restos de los dulces, y compré su existencia de fideos

Por la mañana, estando ya mi pie suficientemente restablecido, me dirigí a la casa de los padres para acompañarlos a las ruinas Ellos hbían pasado la noche amigablemente jugando baraja, y otra vez faltaba el padre de Palenque Nos fuimos a su casa, y aguardamos mientras él aseguraba cuidadosamente sobre el lomo de un caballo de gran alzada a un pequeño muchacho, que se parecía tan admirablemente a él, que, respetando su obligación de celibato, la gente no se atrevía, por consideración, a preguntar hijo de quién era Hecho esto, amarró un par de zapatos extra destrás de su propia silla, y emprendimos la marcha con el adiós de todo el pueblo Los padres estaban dispuestos a pasar la noche en las ruinas, y tenían un tren de cincuenta o sesenta indios cargados con camas, ropa de dormir, provisiones, zacate para las mulas y multitud de artículos, hasta una jofaina blanca de loza; además de lo cual, más favorecidos que nosotros, tenían cuatro o cinco mujeres.

Al entrar en la selva, encontramos las ramas de los árboles, que habían sido recortadas en mi regreso a la aldea, otra vez caídas por el peso de las lluvias; las corrientes de agua estaban muy crecidas; los padres iban bien montados, pero no siendo de a caballo, se apeaban a menudo, y bajo mi dirección nos perdimos, pero a las once, muy a satisfacción de todos, nuestra larga, de apariencia rara y desparramada compañía llegó a las ruinas El antiguo palacio se vió una vez más alegrado con moradores.

Se había verificado en él un marcado cambio desde que lo abandoné; los muros estaban húmedos, los corredores mojados; las continuas lluvias habían trabajado por entre las hendeduras y las grietas, y abierto rendijas en el techo; sillas de montar, bridas, botas, zapatos, etc, estaban verdes y mohosos, y las escopetas y pistolas cubiertas con una capa de orín La apariencia de Mr Catherwood me asustó Estaba pálido y flaco; cojo, como yo, por los piquetes de los insectos; su cara estaba hinchada, y su brazo izquierdo colgando con reumatismo, como paralizado

Mandamos a los indios que atravesaron el patio hasta el corredor opuesto, donde la vista de nuestras trampas colgantes no los pudieran tentar a deshacerlas, y escogiendo un lugar para el efecto, se armaron los catres inmediatamente, y, con todas las comodidades del hogar, se tumbaron los padres para una hora de reposo Yo no tenía mala voluntad hacia estos dignos hombres; por el contrario, los más amigables sentimientos, y, para hacer los honores del palacio, los invité a almorzar con nosotros Catherwood y Pawling se opusieron, y habrían estado mejor si los hubiésemos dejado solos; pero ellos apreciaron el espíritu de la invitación y me respondieron **muchas gracias.** Después de su siesta los acompañé por todo el palacio, y los dejé en su habitación Cosa bastante rara, aquella noche no llovió; así que, con un sombrero frente a una candela, atravesamos el patio y les hicimos una visita;, hallamos a los tres reverendos señores sentados sobre un petate en el suelo, concluyendo el día con un agradable juego de baraja, y los indios durmiendo a su alrededor

La mañana siguiente, con la ayuda de Pawling y de los indios para levantarlos y jalarlos, los acompañé a los otros edificios, oí algunas curiosas especulaciones, y a las dos de la tarde, con muchas expresiones de benevolencia, y repetidas invitaciones para sus diferentes conventos, regresaron a la aldea

Ya avanzada la tarde la tempestad se desencadenó con terríficos truenos, los que por la noche retumbaban con espantosos estallidos contra los muros, en tanto que los vívidos rayos relampagueaban a lo largo de los corredores.

Los padres se habían reído de nosotros por su superior capacidad para elegir un dormitorio, y esta noche se inundó su habitación Desde ahora mi libro de notas sólo contiene memoria de la llegada de los indios, con la hora en que la tempestad se desató, su violencia y duración, lo copioso de la lluvia y los lugares a que nos vimos obligados a mover nuestras camas Cada día nuestra residencia se ponía más húmeda y desagradable

El jueves treinta de Mayo, la tempestad se manifestó con un torbellino Por la noche el crujido de los árboles al caer repercutía por la selva, la lluvia caía a torrentes, el rugido del trueno era espantoso, y mientras lo estábamos contemplando, el aspecto del derruido palacio, iluminado por el resplandor de los relámpagos, tales como jamás los ví en este país, era excesivamente grandioso, en realidad, había allí mucho de lo sublime y lo terrible La tormenta amenazaba la existencia del edificio; y conociendo el vacilante estado de los muros, por algunos momentos tuvimos el temor de que todo fuera a caerse y nos aplastara Por la mañana el patio y el terreno abajo del palacio estaban inundados, y en este tiempo todo el frente se hallaba tan mojado que nos vimos precisados a dejarlo y a movernos hacia el otro lado del corredor Aun aquí no estuvimos mucho mejor resguardados, pero permanecimos hasta que Mr. Catherwood hubo concluido su último dibujo; y el sábado primero de Junio, como ratas que abandonan un navío que se hunde, levantamos el campo y salimos de las ruinas Antes de la partida, en todo caso, haré una descripción de los edificios restantes

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

CAPITULO 20

PLANO DE LAS RUINAS — ESTRUCTURAS PIRAMIDALES — UN EDIFICIO — ORNAMENTOS DE ESTUCO — FIGURAS HUMANAS — TABLETAS — JEROGLIFICOS NOTABLES — RINGLERA DE COLUMNAS — TERRAZA DE PIEDRA — OTRO EDIFICIO — UNA GRAN TABLETA — UNA CRUZ — CONJETURAS — CON RESPECTO A ESTA CRUZ — BELLA ESCULTURA — UNA PLATAFORMA — CURIOSOS TRAZOS — UNA ESTATUA — OTRA ESTRUCTURA PIRAMIDAL, CORONADA POR UN EDIFICIO — CORREDORES — UN PRIMOROSO BAJORRELIEVE — TABLETAS DE PIEDRA CON FIGURAS EN BAJO RELIEVE — TABLTAS Y FIGURAS — EL ORATORIO — MAS ESTRUCTURAS PIRAMIDALES Y EDIFICIOS — EXTENSION DE LAS RUINAS — ESTAS RUINAS SON LOS RESTOS DE UN PUEBLO CULTO Y SINGULAR — LA ANTIGUEDAD DE PALENQUE.

El plano (fig. No. 18), indica la posición de todos los edificios que han sido descubiertos en Palenque Existen los restos de otros en la misma vecindad, pero tan completamente arruinados, que no pensamos valga la pena de dar una descripción de ellos, ni siquiera indicar sus lugares en el plano

Desde el palacio no es visible ningún otro edificio Saliendo por el llamado pasaje subterráneo, desciende uno por la esquina sudoeste de la terraza, y al pie inmediatamente comienza a subir una derruida estructura piramidal, que parece haber tenido gradas en todos sus lados Estas gradas han sido derribadas por los árboles, y es necesario gatear sobre las piedras, agarrándose a las ramas para ayudar a los pies El ascenso es tan empinado, que si el primer hombre disloca una piedra, ésta salta hacia abajo por el costado de la pirámide, y ¡ay de los de atrás! Como a media subida, por entre los claros de los árboles, se ve el edificio representado en el grabado del frente, No 1 El alto de la estructura sobre la que está situado es de ciento diez pies sobre el declive. El grabado (fig Nº 19) presenta la condición actual del edificio, rodeado y cubierto de árboles,pero ninguna descripción ni dibujo alguno puede hacer sentir la sublimidad moral del espectáculo Por la multiplicidad de grabados requeridos para ilustrar la arquitectura y artes de este desconocido pueblo, he omitido una serie de vistas, exhibiendo los más pintorescos e impresionantes sujetos que jamás se han presentado por sí mismos al lápiz de un artista Las ruinas y la selva dejaron una honda y permanente impresión en nuestra mente; mas nuestro objeto es presentar los edificios como ya reparados y como objetos de especulación y comparación con la arquitectura de otras tierras y de otras épocas Las supuestas reparaciones fueron hechas después de un cuidadoso examen, y en cada caso el lector verá precisamente lo que tuvimos como guía para hacerlas Debo hacer notar, a lo menos, que los ejemplares de escultura y ornamentos de estuco fueron dibujados tal como los hallamos.

El grabado del frente, (fig Nº 20), representa el mismo edificio limpiado de bosque y restaurado, y, de acuerdo con nuestra división, marcado en el plano con el Nº 1 En la plancha se da el plano horizontal (comenzando desde abajo), la elevación del frontispicio, una sección que muestra la posición de las tabletas en el interior, y la elevación del frontispicio en menor escala, con la estructura piramidal en donde se halla

El edificio es de sesenta y seis pies de frente y veinticinco de fondo. Tiene cinco puertas y seis pilastras, todas en pie Todo el frente se hallaba ricamente ornamentado en estuco, y las pilastras esquineras están cubiertas con jeroglíficos, cada una de las cuales contiene noventa y seis cuadros Las cuatro pilastras están ornamentadas con figuras humanas, dos a cada lado, mirándose una a otra, las que están representadas en los siguientes grabados en el orden en que se encuentran sobre las pilastras (fig Nº 21).

La primera es la de una mujer con un niño en los brazos; a lo menos supusimos que significaba una mujer por el traje Está rodeada por un primoroso borde, y de pie sobre un rico ornamento La cabeza está destruida Sobre la parte superior hay tres jeroglíficos, y hay señales de jeroglíficos sin concluir en la esquina Las otras tres son del mismo estilo en general; cada una probablemente tenía un infante en los brazos, y arriba de cada una de ellas hay jeroglíficos

Al pie de las dos pilastras del centro, descansando sobre las gradas, están dos tabletas de piedra con las que parecían interesantes figuras, pero tan cubiertas por los escombros que fué imposible dibujarlas

El interior del edificio está dividido en dos corredores que se extienden a lo largo, con un cielo que se eleva casi hasta un punto, como en el palacio, y pavimentado con grandes piedras cuadradas El corredor del frente es de siete pies de ancho La pared divisoria es muy gruesa, y tiene tres puertas, una grande en el centro, y una más pequeña a cada lado En este corredor, a ambos lados de la puerta principal, hay una gran tableta de jeroglíficos, cada una de treinta pies de largo por ocho de alto, y cada una dividida en doscientos cuarenta cuadros de caracteres o símbolos Ambas se hallan embutidas en la pared, de manera que sobresalen tres o cuatro pulgadas En un lugar había un hoyo abierto en la pared junto al borde de una de ellas, aparentemente con el propósito de intentar su remoción, por el cual descubrimos que la piedra es como de un pie de espesor La escultura es en bajo relieve Las tabletas están representadas en el grabado al frente (Figs Nos 22 y 24).

Las tabletas estaban construidas con una piedra grande a cada lado, y unas más pequeñas en el centro, como lo indican las líneas negras en los grabados

En la tableta a mano derecha, una línea ha sido borrada por el agua que se ha escurrido desde quién sabe cuánto tiempo, y formado una especie de estalactita o substancia dura, que se ha incorporado con la piedra, y que no pudimos remover, aunque tal vez pueda ser separada por algún procedimiento químico En la otra tableta (fig Nº 23), casi la mitad de los jeroglíficos está obliterada por la acción del agua y la descomposición de la piedra Cuando nosotros las vimos por primera vez, ambas tabletas se hallaban cubiertas con una gruesa capa de musgo verde, y fué necesario lavarlas y rasparlas, limpiar las líneas con un palo, y restregarlas enteramente, para cuya última operación, un par de cepillos para lustrar zapatos, que Juan había recogido en mi casa de Guatemala, y desobedecido mi orden de tirarlos en el camino, resultaron ser exactamente lo que necesitábamos y que no hubiéramos podido conseguir Fuera de este procedimiento, a causa de la obscuridad del corredor, por la densa sombra de los árboles que crecían frente a él, fué necesario encender candelas o antorchas y arrojar una luz fuerte sobre las piedras mientras que Mr Catherwood estaba dibujando

El corredor del fondo es obscuro y tenebroso y está dividido en tres departamentos Cada uno de los departamentos a los lados tiene dos angostas aberturas como de tres pulgadas de ancho y un pie de alto Estos no tienen restos de esculturas o pinturas, o de ornamentos de estuco En el departamento central, embutida en el muro de atrás, y dando frente a la puerta de la entrada principal, se encuentra otra tableta de jeroglíficos, de cuatro pies y seis pulgadas de ancho por tres pies y seis pulgadas de alto El techo encima de ella es impermeable; en consecuencia ésta no ha sufrido por la exposición, y los jeroglíficos están perfec-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tos, aunque la piedra está rajada a lo largo por en medio como se indica en el grabado (fig Nº 24)

La impresión hecha en nuestra mente por estas parlantes pero ininteligibles tabletas, no intentaré yo describirla Por alguna causa inexplicable nunca antes han sido presentadas al público Los capitanes Del Río y Dupaix, ambos se refieren a ellas, pero en muy pocas palabras, y ninguno de ellos ha dado un solo dibujo Actuando bajo real comisión, escogidos, sin duda, como hombres idóneos para los deberes confiados a ellos, no han de haber sido ignorantes o insensibles a su valor Es mi parecer que ellos no las presentaron porque en ambos casos los artistas agregados a su expedición fueron incapaces de la obra, y de la firme y determinada perseverancia requerida para dibujar tan complicados, ininteligibles y anómalos caracteres Como en Copán, Mr Catherwood dividió su papel en cuadrículos; los dibujos originales fueron reducidos y los grabados corregidos por él mismo, y yo creo que son copias tan verídicas como el lápiz puede hacerlas las genuinas memorias escritas de un pueblo desaparecido Los indios llaman a este edificio una escuela, pero nuestros amigos los padres lo denominaron un tribunal de justicia, y estas piedras, dijeron ellos, contendían las tablas de la ley

Hay un hecho importante que debe ser notado Los jeroglíficos son idénticos a los que fueron hallados en Copán y Quiriguá La región intermedia se encuentra hoy ocupada por razas de indios que hablan muchos diferentes dialectos y enteramente ininteligibles unos a otros; pero hay razón para creer que todo el territorio fué en un tiempo ocupado por la misma raza, que hablaba la misma lengua, o, por lo menos, que tenía los mismos caracteres escritos

Allí no hay escalera ni otra comunicación visible entre las partes bajas y las altas del edificio, y la única manera de llegar a éstas era trepando a un árbol que crecía arrimado junto al muro, y cuyas ramas se extendían sobre el techo. El techo es inclinado, y los lados están cubiertos con ornamentos de estuco, los que, a causa de la exposición a los elementos y a los asaltos de los árboles y arbustos, están descoloridos y arruinados, de modo que fué imposible dibujarlos; pero quedaba lo suficiente para dar la impresión de que, cuando se hallaban perfectos y pintados, han de haber sido ricos e imponentes. A lo largo de la parte superior había una fila de columnas de diez y ocho pulgadas de alto y doce de separación, construidas de pequeñas piezas de piedra unidas con mezcla, y cubiertas con estuco, coronadas por una capa de piedras planas salidizas, que tienen más o menos la apariencia de una pequeña y abierta balaustrada

Enfrente de este edificio, al pie de la estructura piramidal, hay una pequeña corriente de agua, parte de la cual abastece el acueducto antes referido Cruzando ésta, llegamos encima de una terraza de piedras rotas como de sesenta pies sobre el declive, con una explanada a nivel en la cima, de ciento diez pies de anchura, desde la que se eleva otra estructura piramidal, ahora arruinada y cubierta de árboles; ésta es de ciento treinta y cuatro pies de altura sobre el declive y sobre su cima se encuentra el edificio marcado con el No 2, como el primero, amortajado por los árboles, pero representado en el grabado como ya restaurado El clisé contiene, como antes, el plano horizontal, la elevación del frontispicio, una sección, y la elevación del frente en menor escala, con la estructura piramidal en que está situada, (fig. Nº 25)

Este edificio es de cincuenta pies de frente, treinta y uno de fondo, y tiene tres entradas Todo el frente estaba cubierto con ornamentos de estuco Las dos pilastras exteriores contienen jeroglíficos; una de las pilastras interiores está caída, y la otra está ornamentada con una figura en bajo relieve, pero descolorida y arruinada

El interior, otra vez, está dividido en dos corredores que se extienden a lo largo, con cielos como los anteriores, y pavimentos de grandes piedras cuadradas, en los que se han hecho forzadas roturas, sin duda por el Capitán Del Río, y excavaciones por debajo El corredor de atrás está dividido en tres departamentos, y frente a la puerta principal de entrada se halla un patio oblongo, con una pesada corniza o moldura de estuco, y una entrada ricamente ornamentada en la parte superior, pero actualmente muy desfigurada; en la entrada había dos tabletas de piedra esculpida, una a cada lado, las cuales, sin embargo, han sido removidas En el interior, el posento es de trece pies de ancho y siete de fondo Allí no había entrada de luz salvo por la puerta; los costados se hallaban sin ornamento de ninguna clase, y en el muro de atrás, cubriendo toda la anchura, estaba la tableta representada en el grabado al frente, (fig Nº 26) Esta era de 10 pies y 8 pulgadas de ancho, seis pies cuatro pulgadas de alto, y se componía de tres piedras separadas La de la izquierda, frente al espectador, está todavía en su lugar La de en medio ha sido removida y bajada al lado de la estructura, y ahora yace junto a la orilla de la corriente Fué removida hace muchos años por uno de los habitantes del pueblo, con la intención de llevarla a su casa, pero, después de gran trabajo, sin ningún otro instrumento más que los brazos y manos de los indios, y palos cortados de los árboles, había avanzado hasta allí, cuando su remoción fué impedida por una orden del gobierno prohibiendo cualquier ulterior ratería de las ruinas La encontramos echada de espaldas cerca de la orilla del arroyo, bañada por muchas inundaciones de la estación lluviosa, y cubierta con una gruesa capa de cieno y musgo La limpiamos restregándola y la apuntalamos, y probablemente el próximo viajero la hallará con los mismos apoyos que nosotros le pusimos debajo En el grabado está representada en su posición original sobre el muro La piedra de la derecha está quebrada, y, por desgracia, totalmente destruida, la mayor parte de los fragmentos han desaparecido, pero, por los pocos que encontramos entre las ruinas frente al edificio, no cabe duda que contenía ringleras de jeroglíficos que correspondían en su apariencia general con los de la piedra de la izquierda

La tableta, según se representa en el grabado, contiene solamente dos tercios del original. En la obra de Del Río no está representada de ningún modo En la de Dupaix está dada, no, en todo caso, como existe, sino acabada por el artista en París, como para presentar un cuadro perfecto El asunto está cambiado, con la cruz en el centro y a cada lado una sola ringlera de jeroglíficos, sólo de ocho en número. Probablemente, cuando Dupaix la vió (treinta y cuatro años atrás), estaba entera, pero los importantes rasgos de seis hileras de jeroglíficos a cada lado de las figuras principales, cada hilera conteniendo diez y siete en una línea, no aparecen. Esto es lo más inexcusable en sus editores, pues en su informe Dupaix expresamente alude a estos numerosos jeroglíficos; mas es probable que su informe no haya sido acompañado por dibujo alguno de ellos.

El objeto principal de esta tableta es la cruz Se eleva sobre ella un ave extraña y agobiada con indescriptibles ornamentos. Las dos figuras evidentemente son de importantes personajes. Están bien delineadas, y en simetría y proporción son tal vez iguales a muchas que se hallan esculpidas sobre los muros de los derruidos templos en Egipto Su traje es de un estilo diferente de los hasta ahora presentados, y los pliegues parecían indicar que eran de una suave y flexible textura, como el algodón. Ambos están mirando hacia la cruz, y uno según parece, en el acto de hacer una ofrenda, tal vez de un niño, todas las especulaciones sobre el asunto están por supuesto calificadas de faltas de importancia, pero acaso no sea erróneo el atribuir a estos personajes un carácter sacerdotal Los jeroglíficos indubitablemente lo explican todo Junto a ellos hay otros jeroglíficos, que nos trajeron a la memoria el modo egipcio de recordar el nombre, historia, oficio

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

o carácter de las personas representadas Esta tableta de la cruz ha dado margen quizá a más eruditas especulaciones que otra alguna de las encontradas en Palenque Dupaix y sus comentaristas, suponiendo al edificio una muy remota antigüedad, o, por lo menos, un largo período anterior a la era cristiana, explican la apariencia de la cruz con el argumento de que ya era conocida y que tenía un significado simbólico entre las antiguas naciones, mucho tiempo antes que fuera establecida como el emblema de la fe cristiana Nuestros amigos los padres, a la vista de ella, inmediatamente decidieron que los antiguos habitantes de Palenque eran cristianos, y por medio de conclusiones que a veces suelen llamarse apresuradas, fijaron la edad del edificio en la tercera centuria

Hay razón para creer que este edificio particular fué hecho a propósito para templo, y que la circulada cámara interior era un adoratorio, u oratorio, o altar Qué ritos y ceremonias de culto podrían haber sido, nadie puede aventurarse a decirlo

La parte alta de este edificio se diferencia del primero Como en el anterior, no existe escalera ni otra comunicación por dentro o por fuera, ni había allí restos de alguna El único medio de acceso era, de la misma manera, trepando a un árbol cuyas ramas se extendían a través del techo El techo era inclinado, y los lados estaban ricamente ornamentados con figuras de estuco, plantas y flores, pero en su mayor parte arruinadas Entre ellas se hallaban los fragmentos de una hermosa cabeza y de dos cuerpos, asemejándose a los modelos griegos en la regularidad de proporciones y simetría Sobre la punta de este techo hay una angosta plataforma, soportando lo que, en obsequio a la descripción, yo llamaré dos pisos La plataforma no es más que de dos pies y diez pulgadas de ancho, y la estructura superior del primer piso es de siete pies y cinco pulgadas de alto; la del segundo ocho pies y cinco pulgadas, siendo igual la anchura de las dos El ascenso de una a otra se hace por medio de piedras cuadradas salidizas, y la cubierta del piso superior es de piedras planas colocadas de través y se proyectan por encima Los espaciosos costados de esta angosta estructura son de trabajo de estuco, enrejado, formado de curiosos e indescriptibles trazos, figuras humanas con las piernas y los brazos extendidos y aberturas en medio, y todo se hallaba en un tiempo lleno de ricos y elegantes ornamentos de estuco en relieve Su apariencia a la distancia debe haber sido la de una alta y caprichosa celosía Del todo, como el resto de la arquitectura y ornamentos, ésta era perfectamente única, diferente de las obras de cualquier otro pueblo con el cual estuviésemos familiarizados, y sus usos y propósitos enteramente incomprensibles Pueda ser que estuviese destinada a un observatorio Desde la galería superior, por entre los claros de los árboles que crecían al contorno, buscamos sobre la inmensa selva, y divisamos la Laguna de Términos y el Golfo de México

Cercano a este edificio estaba otra interesante monumento, el cual había sido enteramente pasado por alto por aquellos que nos precedieron en la visita a Palenque, y menciono este hecho con la confianza de que el futuro visitante pueda descubrir muchas cosas omitidas por nosotros Yace al frente del edificio, como a cuarenta o cincuenta pies abajo del costado de la estructura piramidal Cuando lo pasamos por primera vez con nuestro guía, estaba echado sobre su rostro con la cabeza hacia abajo, y medio enterrado por una acumulación de tierra y piedras El lado de afuera era áspero y sin pulimento, y nos llamó la atención por su tamaño; nuestro guía dijo que no estaba esculpido, pero, después que él nos hubo enseñado todo lo que conocía, y lo habíamos despedido, al pasar otra vez nos detuvimos y cavamos a su alrededor, y descubrimos que la superficie de abajo estaba esculpida. Los indios derribaron algunos renuevos para palancas y lo voltearon El grabado del frente representa este monumento, (fig Nº 27) Es esta la única estatua que hasta el día ha sido encontrada en Palenque Al instante quedamos impresionados con su expresión de sereno reposo y su vigorosa semejanza a las estatuas egipcias, aunque en tamaño no se compara con las gigantescas ruinas de Egipto De altura tiene diez pies y seis pulgadas, de los cuales dos pies y seis pulgadas se hallaban bajo tierra El tocado es alto y desplegado, tiene agujeros en el lugar de las orejas, los que quizás estaban adornados con zarcillos de oro y perlas Alrededor del cuello tiene un collar, y apretado contra el pecho con la mano derecha tiene un instrumento en apariencia con dientes La mano izquierda descansa sobre un jeroglífico, del cual desciende cierto ornamento simbólico La parte baja del vestido ofrece una infortunada semejanza a los modernos pantalones, pero la figura está en pie sobre lo que nosotros hemos considerado un jeroglífico, análogo otra vez a la costumbre en Egipto de recordar el nombre y el oficio del héroe o de otra persona representada Los costados son redondos, y la parte posterior de piedra en bruto Probablemente estaría embutida en una pared

Al pie de la elevación sobre la cual se encuentra el último edificio mencionado, con sus bases casi tocándose, se alza otra estructura piramidal como de la misma altura, en cuya cima se encuentra el edificio marcado con el No 3 Tal es la densidad de la selva, aun a los lados de la estructuar piramidal, que, aunque en línea recta y a muy corta distancia aparte, uno de estos edificios no puede ser visto desde el otro

El grabado de enfrente, (fig Nº 28) representa este edificio como ya restaurado, no por una idea fantástica de lo que pudo haber sido, sino por tales restos e indicaciones que era imposible hacer ninguna otra cosa de él Es de treinta y ocho pies de frente por veintiocho de fondo, y tiene tres puertas Las pilastras de los extremos están ornamentadas con jeroglíficos en estuco, dos grandes medallones en hermosos compartimientos, y los del intermedio con bajorrelieves, también en estuco, en carácter general similares a los ya presentados, y por cuya razón, para no multiplicar los grabados, los omito

El interior, otra vez, se halla dividido en dos corredores, como de 9 pies de ancho cada uno, y pavimentados con piedra El grabado opuesto, (fig Nº 29), representa el corredor del frente, con el cielo levantado casi hasta un punto, y cubierto por encima con una capa de piedras planas En varios lugares a cada lado hay hoyos, que también se encuentran en todos los otros corredores, probablemente fueron usados para sostener vigas para andamios mientras que el edificio se hallaba en proceso de erección y nunca fueron rellenados Al extremo final, abierta a través del muro, existe una de las ventanas antes referidas, que han sido objeto de meditación por su analogía con la letra Tau

El corredor de atrás se halla dividido en tres compartimientos En el centro, mirando por la puerta principal de la entrada, hay una cámara circulada similar a la que en el último edificio hemos denominado un oratorio o altar Su sombra se distingue en el grabado La parte superior de la entrada estaba lujosamente decorada con ornamentos de estuco, y sobre las pilastras a cada lado había tabletas de piedra en bajo relieve Por dentro, la cámara tenía cuatro pies y siete pulgadas de fondo y nueve pies de ancho Allí no había ornamentos de estuco ni pinturas, pero fija en el muro de atrás estaba una tableta de piedra cubriendo toda la anchura del aposento, de nueve pies de ancho por ocho de alto

La tableta está representada en el frontispicio de este tomo, y ruego al lector fijar su atención particularmente en ella, como en el monumento más perfecto y más interesante de Palenque Ni Del Río ni Dupaix han dado ningún dibujo de ella, y ahora por primera vez es presentada al público Está compuesta de tres

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

piedras separadas, cuyas junturas se muestran en las líneas obscuras del grabado La escultura es perfecta, y los caracteres y figuras están claros y distintos en la piedra A cada lado tienen hileras de jeroglíficos Los principales personajes serán reconocidos al instante como los mismos que están representados en la tableta de la cruz Usan idéntico vestuario, pero aquí ambos parece que están haciendo ofrendas Los dos personajes se hallan de pie sobre las espaldas de seres humanos, uno de los cuales se sostiene a sí mismo con las manos y rodillas, y el otro parece aplastado sobre el suelo por el peso En medio de ellos, al pie de la tableta, hay dos figuras sentadas, con las piernas cruzadas, una reforzándose a sí misma con la mano derecha sobre el suelo, y con la izquierda sosteniendo una mesa cuadrada; la actitud y acción de la otra es la misma, excepto que está en orden inverso La mesa también descansa sobre sus nucas encorvadas, y sus contraídos rostros pueden quizá ser considerados como expresión de pena y sufrimiento Ambos están vestidos con pieles de leopardo Sobre esta mesa descansan dos bastones cruzados, con el extremo superior ricamente ornamentado, y sosteniendo lo que parece una horrible máscara, con los ojos muy dilatados y la lengua colgándole hacia fuera Este parece ser el objeto al cual hacen ofrendas los principales personajes

Las pilastras a cada lado de la entrada contienen una tableta de piedra, con figuras esculpidas en bajo relieve, las que están representadas en los siguientes grabados, (Figs Nos 30 y 31) Estas tabletas, no obstante, han sido removidas desde su lugar hasta el pueblo, y colocadas en la pared de una casa como adornos Ellas fueron los primeros objetos que nosotros vimos y los últimos que Mr Catheryood dibujó La casa pertenecía a dos hermanas que tenían una idea exagerada del valor de estas tabletas; y, aunque siempre agradadas de que llegáramos a verlas, se opusieron a que fueran copiadas Solamente obtuvimos el permiso prometiéndoles una copia para ellas también, la cual, no obstantete, Mr Catherwood, cansado por el constante trabajo, se vió imposibilitado enteramente de hacer Yo arranqué del libro de Del Río los dibujos de los mismos objetos, los cuales pensé que estando impresos les gustarían más; pero ellas habían examinado los dibujos de Mr Catherwood conforme los hacía, y no quedaron del todo satisfechas con los substitutos Al momento que yo ví estas tabletas tuve la idea de comprarlas y llevarlas a mi patria como una muestra de Palenque, pero pasó algún tiempo antes que me atreviera a mencionar el asunto Ellas no podrían ser compradas sin la casa; pero eso no era un impedimento, porque a mí me gustaba también la casa Esto se incluyó más tarde entre los objetos de otras negociaciones que quedaron pendientes cuando salí de Palenque

Las dos figuras están de pie una frente a otra, la primera a mano derecha, mirando al espectador La nariz y los ojos están fuertemente marcados, pero en todo, el desarrollo no es tan extraño como para indicar una raza enteramente diferente de aquellas que son conocidas El tocado es curioso y complicado, consistiendo principalmente en hojas de plantas, con una gran flor cayéndole hacia abajo; y entre los ornamentos se distinguen el pico y ojos de una ave, y una tortuga La capa es de piel de leopardo, y la figura tiene vuelos alrededor de las muñecas y tobillos

La segunda figura, de pie a la izquierda del espectador, tiene el mismo perfil que caracteriza a todas las otras en Palenque. Su tocado se compone de un penacho de plumas, en el cual se halla una ave con un pescado en el pico; y en diferentes partes del tocado hay otros pescados La figura lleva una palatina ricamente bordada y un ancho cinturón, con la cabeza de algún animal enfrente, sandalias y polainas: la mano derecha extendida en piadosa o suplicante posición, con la palma hacia fuera Sobre las cabezas de estos misteriosos personajes hay tres cabalísticos jeroglíficos.

Nosotros consideramos el oratorio o altar como la porción más interesante de las ruinas de Palenque; y a efecto de que el lector pueda comprenderlo en todos sus detalles, se presenta la figura No 32, que muestra claramente todas las combinaciones de la entrada, con sus ornamentos rotos y las tabletas a cada lado; ya dentro de la entrada se ve la gran tableta sobre el fondo del muro interior El lector se formará por ella alguna idea del conjunto, y de su efecto sobre el extranjero, cuando, al trepar por la derruida estructura piramidal, en el umbral de la puerta se le presenta esta escena Nosotros no pudimos sino considerarlo como un lugar santo, dedicado a los dioses, y consagrado por los ritos religiosos de un perdido y desconocido pueblo Comparativamente, la mano del tiempo lo ha perdonado y la gran tableta, sobreviviendo a la ruina causada por los elementos, se encuentra perfecta y entera Solitario, desierto, y sin ningunos adoradores en su altar, las figuras y caracteres se distinguen como cuando el pueblo que lo erigió subía a rendir su adoración ante él Para nosotros esto era todo un misterio; silencioso y desafiando la más escudriñadora mirada y alcance de la inteligencia Ni aun nuestros amigos los padres pudieron deducir nada de él

Cercano a éste, sobre la cúspide de otra estructura piramidal, estaba otro edificio enteramente en ruinas, el que aparentemente había sido destrozado y derribado por un temblor de tierra Las piedras estaban esparcidas al lado de la pirámide, y era imposible ni siquiera levantar el plano horizontal

Regresando hasta el No 1 y prosiguiendo hacia el Sur, a una distancia de mil quinientos pies, y sobre una estructura piramidal de cien pies de elevación desde la orilla del río, se encuentra otro edificio, marcado en el plano con el No 4, de veinte pies de frente por diez y ocho de fondo, pero desgraciadamente en una derruida condición El muro del frente se hallaba totalmente caído, dejando enteramente expuesto el corredor externo Dando frente a la puerta, y pegado al muro de atrás del corredor de adentro, había un gran ornamento de estuco representando una figura sentada en un sillón de descanso; pero una gran parte se había caído o sido separada y llevada a otro lugar El cuerpo del sillón, con patas de tigre, es todo cuanto ahora queda El perfil de dos cabezas de tigre y del personaje sentado se distingue en el muro La pérdida o destrucción de este ornamento es más de lamentar, pues por los restos parece haber sido superior en su ejecución a cualquier otro relieve de estuvo en Palenque El cuerpo de la silla está completo, y la pierna y el pie que penden a un lado son elegantes ejemplares de arte y modelos para estudio. La plancha del frente, (fig Nº 33), representa este relieve, y también un plano, una sección y la vista general del edificio

Ya he dado ahora, sin especulación ni comentario, una completa descripción de las ruinas de Palenque Repito lo que dije en el principio: que ahí pueden haber más edificios, pero, después de un minucioso examen de los vagos informes que corren en el pueblo, quedamos convencidos que ninguno más ha sido nunca descubierto; y por las repetidas preguntas a los indios que han atravesado la selva en todas direcciones durante la estación seca, nos vemos obligados a creer que no existen más Toda la extensión de terreno cubierto por los hasta ahora conocidos, según aparece en el plano, no es mayor que nuestro Parque o Battery Al exponer este hecho estoy muy lejos de querer disminuir la importancia o interés del asunto Yo emito nuestra opinión, con los fundamentos de ella, y el lector juzgará por sí mismo hasta dónde estos son dignos de consideración Debo agregar, empero, que, considerando el espacio actualmente ocupado por las ruinas como el sitio de los palacios, templos y edificios públicos, y suponiendo que las casas de los habitantes hayan sido, como las de los egipcios y de la presente raza de in-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

dios, de frágiles y perecederos materiales y, como en Menfis y Tebas, hayan desaparecido totalmente, la ciudad puede haber cubierto una extensión inmensa

El lector tal vez se encuentre contrariado, pero nosotros no Ahí no había necesidad de asignar a la ciudad en ruinas una inmensa extensión, o una antigüedad contemporánea de los egipcios o de cualquier otro antiguo y conocido pueblo Lo que teníamos frente a nuestros ojos era grandioso, raro y muy interesante Aquí se hallaban los restos de un pueblo adelantado, culto y singular, que había pasado por todas las etapas correspondientes al levantamiento y decadencia de las naciones; llegado a su edad de oro, perecido y hoy enteramente ignorado Los eslabones que lo unieron a la familia humana estaban rotos y perdidos, y estos eran los únicos recuerdos de su paso sobre la tierra Nosotros vivimos en el derruido palacio de sus reyes; subimos a sus desolados templos y caídos altares; y por donde quiera que nos movimos notamos las evidencias de su buen gusto, de su pericia en las artes, de su opulencia y de su poderío En medio de la desolación y de la ruina volvimos la mirada hacia el pasado, despejamos la sombría selva y nos imaginamos cada edificio perfecto, con sus terrazas y pirámides, con sus ornamentos esculpidos y pintados, grandiosos, sublimes e imponentes, y dominando una inmensa llanura habitada; hicimos volver a la vida al extraño pueblo que nos contemplaba con tristeza desde los muros; nos lo imaginamos, en fantásticos vestidos y adornados con penachos de plumas, subiendo a las terrazas del palacio y por las gradas que conducen a los templos, y a menudo nos imaginamos una escena de única y esplendorosa belleza y magnificencia, dando vida a las creaciones de los poetas orientales, el verdadero punto que la fantasía podría haber elegido para el "Happy Valley" de Rasselas En el romance de la historia del mundo, jamás me impresionó nada más fuertemente que el espectáculo de esta en un tiempo grande y hermosa ciudad, trastornada, desolada y perdida; descubierta por casualidad, cubierta de árboles por millas en derredor, y sin ni siquiera un nombre para distinguirla Aparte de todo lo demás, ella era un doliente testigo de las mudanzas del mundo

"Nations melt
From Power's high pinacle, when they have felt
The sunshine for a while, and downward go".

Como en Copán, no haré ninguna conjetura con respecto a la antigüedad de estos edificios, sólo haré notar que a una distancia de diez leguas hay un pueblo llamado **Las Tres Cruces,** por tres cruces que, según la tradición, erigió Cortés en aquel lugar cuando efectuó su conquistadora marcha desde México hasta Honduras por el Lago del Petén Cortés, entonces, debe haber pasado a veinte o treinta millas del lugar ahora llamado Palenque Si esta hubiera sido una ciudad habitada, su fama debía haber llegado a sus oídos, y probablemente él se habría desviado de su ruta para sojuzgarla y despojarla Por consiguiente, parece razonable el suponer que ésta se hallaba en aquel tiempo desolada y en ruinas, y que hasta su recuerdo se había perdido

CAPITULO 21

PARTIDA DE LAS RUINAS — MAL CAMINO — UN ACCIDENTE — LLEGADA AL PUEBLO — UN ACOMPAÑAMIENTO FUNEBRE — NEGOCIACIONES PARA LA COMPRA DE PALENQUE — HACIENDO MOLDES — SALIDA DEFINITIVA DE PALENQUE — HERMOSA PLANICIE — NIDOS COLGANTES DE PAJAROS — UN SITIO — AVENTURA CON UN MONSTRUOSO MONO — HOSPITALIDAD DE LOS PADRES — LAS PLAYAS — UNA TEMPESTAD — ZANCUDOS — UN JOVEN COMERCIANTE — CAIMANES — OTRO ENTIERRO — CEREMONIAS DESAGRADABLES

Entre los indios que llegaron para acompañarnos al pueblo, estaba uno a quien no habíamos visto antes, y cuyo rostro daba un notable parecido a los delineados sobre los muros de los edificios En general las caras de los indios eran de un carácter enteramente distinto, mas él podía ser tomado por un descendiente directo de la raza desaparecida La semejanza era quizá puramente accidental, pero nosotros estábamos ansiosos de conseguir su retrato El era, sin embargo, muy tímido, y no quería que lo retrataran Mr Catherwood, además, estaba cansado, y en la confusión de la removida diferimos el asunto bajo su promesa de acercarse a nosotros en el pueblo, pero no pudimos atraparlo otra vez

Dejamos atrás nuestros utensilios de cocina, consistentes en tres piedras que Juan puso juntas el primer día de nuestra residencia, vasijas de barro y calabazas, y también nuestras camas, a beneficio del próximo visitante Todo aquello susceptible de daño por la humedad estaba herrumbroso o mohoso, y en una ruinosa condición; nosotros mismos no estábamos mucho mejor, y con nuestras ropas en la espalda todavía húmedas, nos despedimos de las ruinas Eramos felices cuando llegamos a ellas, pero nuestro gozo al abandonarlas rebosó los límites de la discreción, y por fortuna para el lector, no pasaron mucho más allá de la primera línea:

"Adiós, Las Casas de Piedra"

El camino estaba peor que en cualquier otro tiempo, las corrientes de agua se habían convertido en ríos, y a lo largo de las riberas había escarpadas y estrechas ramblas, muy difíciles de pasar En una de éstas, después de intentar el ascenso con mi macho, desmonté Mr Catherwood se hallaba tan débil que permaneció sobre el lomo de su mula; y después que ya había cruzado, justamente al llegar a la cumbre, le faltaron las fuerzas a la mula, y cayó hacia atrás, dando vuelta dentro de la corriente con Mr. Catherwood debajo de ella Pawling venía atrás, y en el preciso momento había entrado en la corriente y saltó en el acto para desenredar a Mr Catherwood, ileso, pero muy desmayado, y, como se vió obligado a caminar con sus ropas mojadas, tuvimos grandes aprensiones por él Por fin llegamos al pueblo, en donde, exhausto por la dura y continuada labor, se dió por vencido enteramente, y se fué a la cama y al botiquín Por la noche casi todos mis amigos del convite llegaron a vernos Aquel día habíamos hecho intimidad Todos lamentaron el que hubiéramos tenido tan infortunado tiempo en las ruinas, admirándose de cómo habíamos vivido en medio de él, y se manifestaron de lo más bondadosos en ofrecernos sus servicios El cura se quedó hasta después de los otros, y se fué a su casa con una linterna, en medio de una de aquellas espantosas tormentas que casi nos habían aterrado en las ruinas

El día siguiente era otra vez domingo Era mi tercer domingo en el pueblo, y otra vez era enfáticamente un día de descanso. Por la tarde hubo una triste interrupción para el sosiego del lugar con el entierro de una muchacha india, en un tiempo el orgullo y la be-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

lleza del pueblo, cuyo retrato había tomado Mr Waldeck para embellecer su proyectada obra sobre Palenque Su carrera, como a menudo acontece con las bellezas de la aristocracia, fué corta, brillante y poco feliz Se había casado con un joven indio, quien la abandonó y se fué a otro pueblo Ignorante, inocente e inconsciente del mal, la persuadieron a que se casara con otro, languidecío y murió El cortejo fúnebre pasó por nuestra puerta Conducían el cuerpo en unas andas, sin ataúd, con un vestido blanco de algodón, con un chal sobre la cabeza, y seguido por un escaso acompañamiento de mujeres y niños solamente Me agregué al lado de él, y oí decir a una de ellas: "buen cristiano, que asiste al entierro de una pobre mujer" Las andas fueron colocadas junto a la fosa, y al levantar el cuerpo, la cabeza se le volteó hacia un lado, y los brazos le quedaron colgando; la fosa era demasiado corta y al depositar el cadáver dentro de ella se quedó con las piernas encogidas Su rostro estaba flaco y desmedrado, pero la boca tenía una dulzura de expresión que parecía decir que había muerto con la sonrisa del perdón para quien le había hecho daño Yo no podía quitar la vista de su plácido pero apesadumbrado semblante, y era tan tierna su expresión que casi pude haber derramado lágrimas Joven, hermosa, sencilla e inocente, abandonada y muerta, sin un solo doliente ante su tumba Todos parecían pensar que ella estaba mejor muerta; era pobre y no podía sostenerse a sí misma Los hombres se fueron, las mujeres y niños con sus manos rasparon la tierra para echarla sobre el cuerpo Fué cubriéndose gradual y lentamente, aún se le veían los pies, y por último todo quedó sepultado menos el rostro Una pequeña porción de tierra lodosa le cayó en uno de los ojos, y otra en su dulce y sonriente boca, cambiándole toda la expresión en un momento, la muerte ahora estaba cubierta de terror Las mujeres se detuvieron a comentar el cambio, el lodo cayó hasta cubrirle todo el rostro menos la nariz, y por dos o tres momentos sólo ésta fué visible Otra escobillada la cubrió y quedó sepultada la muchacha El lector me lo perdonará, siento decir que si hubiera sido fea, yo, quizás, la habría considerado como el caso corriente de una mujer desdeñada por su marido; pero su dulce rostro hablando desde la tumba producía una impresión que todavía hoy es difícil de borrar

Pero volvamos a las cosas de mi incumbencia Teníamos otra larga jornada frente a nosotros Nuestro siguiente movimiento era hacia Yucatán Dada la condición de Mr Catherwood yo tenía gran temor de que él no fuera capaz de cumplir lo que nos proponíamos; más, en todo caso, era necesario bajar hasta la orilla del mar Había dos rutas, ya sea por Tabasco o por la Laguna hasta Campeche, y de nuevo la guerra nos hacía frente Tanto Tabasco como Campeche estaban sitiados por los liberales o, como se les llamaba, por los revolucionarios La primera ruta requería tres días de viaje por tierra, la segunda un día corto; y como Mr C no se hallaba apto para montar, nos decidimos por ésta En el intervalo, mientras aguardábamos su restablecimiento, y, para no enmohecerme y ser del todo inútil cuando regresara a la patria, emprendí otra operación, a saber: la compra de la ciudad de Palenque Estoy obligado a decir, no obstante, que yo no tuve el arrojo suficiente para iniciar esto, sino que caí en ello accidentalmente, en una larga conversación con el prefecto acerca de la fertilidad del terreno, de la baratura de la tierra, de su vecindad a la orilla del mar y a los Estados Unidos, y de la fácil comunicación con Nueva York El me contó que un comerciante de Tabasco, que había visitado el lugar, había propuesto comprar un terreno y establecer una colonia de emigrados, pero que se había ido y que jamás volvió Añadió, que durante dos años había tenido en sus manos una orden del gobierno del Estado de Chiapas, al que la región pertenecía, para la venta de toda la tierra de su vecindad que se encontrase bajo ciertos límites, pero que no hubo compradores y que jamás se hicieron ventas Al preguntarle supe que esta orden, en sus condiciones, incluía el terreno ocupado por la ciudad en ruinas Ninguna excepción cualquiera que fuese se hacía en favor de ella El me enseñó la orden, la cual era imperativa; y dijo que si alguna excepción se hubiera propuesto, debería haber sido expresado así; por consiguiente él se consideraba obligado a recibir oferta por cualquier porción del terreno La venta debería hacerse por avalúo, el interesado nombraría una persona, el prefecto otra, y, al ser necesario, estas dos nombrarían una tercera; y la solicitud, con el precio fijado y los linderos, debería ser enviada a Ciudad Real para la aprobación del gobernador y para que se hiciera la escritura

El terreno que contenía las ruinas se componía de más o menos seis mil acres de buena tierra, el cual, según la apreciación corriente, costaría alrededor de mil quinientos dólares, y el prefecto dijo que éste no sería valuado en un centavo más por motivo de las ruinas Inmediatamente resolví comprarlas Yo compondría el palacio y repoblaría la antigua ciudad de Palenque Pero surgía una dificultad: según las leyes de México, ningún extranjero podía comprar tierras a menos que se casara con una hija del país Esto, dicho sea de paso, es un gran golpe de política: levantar el más poderoso atractivo del país para desviar a los hombres de su natural fidelidad, y radicarlos en la tierra, y esto es agarrarlos por el lado débil y vulnerable; porque, errabundo por países extraños, solitario y sin amigos, golpeado y apaleado, sin quien se preocupe por él, hay momentos en que una amable compañera puede atraigar al extranjero en cualquier punto de la tierra Por mis propias convicciones yo siempre me resistí a tales tendencias, pero tampoco antes me había visto en el caso en que el hacerlo redundara directamente en mi provecho, y la derruida ciudad de Palenque era una propiedad muy digna de desearse

El caso se presentaba embarazoso y complicado La sociedad en Palenque era reducida, la señorita de mayor edad no tenía más de catorce años, y la más linda mujer, que ya había contribuido en sumo grado a nuestra felicidad (ella hacía nuestros puros), ya era casada La casa que contenía las dos tabletas pertenecía a una señora viuda y a una hermana soltera, bien precidas, amables, y las dos como de cuarenta años. La casa era una de las más limpias del lugar A mi siempre me gustaba visitarlas, y ya antes había pensado en que, si pasara un año en las ruinas, sería delicioso poseer esta casa en el pueblo para recreo y visitas de ocasión Con cualquiera de estas damas tomaría posesión de la casa y de las dos tabletas de piedra; pero la dificultad consistía en que ellas eran dos, ambas igualmente interesantes e igualmente interesadas Soy escrupuloso en mencionar estas pequeñas circunstancias, para demostrar las dificultades que acompañaron cada paso de nuestra empresa en aquel país Había una alternativa, y esa era comprar bajo el nombre de alguna otra persona; pero yo no conocía a ninguno en quien poder confiar Al fin, como quiera que sea, me acordé de Mr Russell, el cónsul americano en Laguna, que era casado con una señora española, y ya poseía grandes propiedades en el país; y arreglé con el prefecto el hacer la compra en su nombre Pawling me acompañaría a Laguna, con el propósito de conseguir y de tener a la mano la evidencia de la cooperación de Mr Russell y los fondos necesarios, e iba a actuar como mi agente en redondear la compra El prefecto estaba personalmente ansioso de que se llevara a cabo. Los edificios, decía él, estaban rápidamente caminando hacia su destrucción, y en unos cuantos años más serían montones de ruinas En aquel país éstas no serían apreciadas ni comprendidas, y él tenía el liberal deseo de que particularmente las tabletas de jeroglíficos pudieran condu-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cirse a otros países, que fueran inspeccionadas y estudiadas por hombres científicos y que su origen e historia quedasen establecidos Fuera de eso, él tenía la idea que aún quedaban inmensos descubrimientos por hacer y tesoros por hallar, y estaba ansioso de una total exploración, en la cual él mismo cooperaría Las dos tabletas que yo pretendía comprar eran altamente apreciadas por sus dueñas, pero él pensaba que podrían asegurarse comprando la casa, y ya lo autoricé para comprarla a un precio fijo determinado de antemano

En mis muchas conversaciones con el prefecto había yo mencionado el asunto de sacar moldes de las tabletas Lo mismo que todos los otros empleados públicos con quienes me encontré, él suponía que yo actuaba por encargo de mi gobierno, cuya idea fué sustentada por tener a mi servicio a un hombre del carácter y apariencia de Pawling, aunque cada vez que yo ponía la mano en mi bolsillo tenía la viva sensación de que el caso era muy de otra manera En el asunto de los moldes él ofreció toda su ayuda, pero no había yeso más cerca que en la Laguna o Campeche, y tal vez ni allí Nosotros habíamos hecho un experimento en las ruinas cogiendo en el río una gran cantidad de caracoles y quemando las conchas, pero no dió resultado El nos contó de cierta piedra caliza en las inmediaciones, pero ésta no servía Pawling no sabía nada de modelación Nunca antes se le había ocurrido tal idea, pero estaba bien dispuesto a poner manos a la obra Mr Catherwood, que había estado encerrado en Atenas durante la revolución griega, cuando ésta fué sitiada por los turcos, y que en prosecución de sus estudios artísticos había por fuerza tenido que hacer moldes con sus propias manos, le dió instrucciones escritas, y quedó convenido que cuando él regresara con las credenciales de Mr Russell traería yeso, y, en tanto que los procedimientos para completar la compra estuvieran pendientes, se ocuparía él mismo en esta nueva rama de negocios

El cuatro de Junio hicimos nuestra salida definitiva de Palenque Don Santiago me envió una carta de despedida, incluyendo, conforme a la costumbre del país, un retazo de seda, cuyo significado no entendía, pero supe que quería decir "en prenda de amistad", al cual correspondí con un cortaplumas El prefecto se mostró bondadoso y cortés hasta el final, aun el viejo alcalde, que sacaba un pequeño beneficio diario de nosotros, se enterneció Todos los habitantes varones del lugar llegaron a la casa a despedirnos y a manifestarnos su deseo de que volviéramos, y antes de partir dimos una vuelta para decir adiós a todas sus mujeres: pueblo bueno, bondadoso y tranquilo, libre de todas las inquietudes perturbadoras, y que sólo aspira a una existencia inalterable, en un lugar del cual se me había hecho creer que era una morada de salvajes y lleno de peligros.

Con el objeto de acompañarnos, el cura había dispuesto una visita de dos días a su hacienda, que se hallaba en nuestro camino. Pawling continuó con nosotros con el propósito antes mencionado, y Juan de acuerdo con nuestro contrato Yo había convenido con él en regresarlo a Guatemala Metido del todo entre extranjeros, se hallaba en lo absoluto en nuestro poder, y nos seguía ciegamente; pero con grandes recelos preguntó al padre que para dónde lo llevaríamos Su impresión era que él estaba en camino para mi país, y abrigaba muy pocas esperanzas de ver jamás de nuevo a Guatemala

Al salir del pueblo inmediatamente entramos a una hermosa llanura, pintoresca, ornamentada con árboles, que se extiende por cinco o seis días de viaje hasta el Golfo de México El camino era muy lodoso, pero, abierto al sol por la mañana, no estaba tan malo como temíamos En las orillas de un trecho de arbolado había árboles raros, con un tronco alto, la corteza muy lisa, y las ramas festonadas con nidos colgantes de pájaros El pájaro llamábase la jagua, y hacía en este árbol su nido, según nos dijo el padre, para evitar que las serpientes atacasen a los pichones. El cura, a pesar de su extraña figura, y de una vida de incidentes y peligros, era casi una mujer en la voz, en los modales y en los gustos y sentimientos Había sido educado en la capital, y enviado como penitencia a este retirado curato La visita de los padres había interrumpido por primera vez la monotonía de su vida. En las agitaciones políticas de la capital, se había hecho aborrecible al gobierno eclesiástico por sus opiniones liberales, pero incapaces, como él dijo, de encontrar en él ninguna ofensa tangible, sus superiores le habían imputado el cargo de profanar el sobrepelliz, fundados en la circunstancia de que, en tiempo del cólera, cuando sus prójimos estaban a su alrededor en las agonías de la muerte, al inclinarse sobre sus cuerpos para administrarles el sacramento, su sobrepelliz se había ensuciado con saliva de la boca de un hombre moribundo Por esto había sido condenado a penitencia y oraciones, desde la media noche hasta el amanecer, durante dos años en la catedral, privado de una buena vicaría y remitido a **Palenque.**

A las dos y media llegamos a su sitio o pequeña hacienda Temerosos de la lluvia de la tarde, nosotros hubiéramos continuado hasta el final de nuestra jornada de la tarde; pero el padre, observó cuidadosamente la apariencia del cielo,y , después de satisfacerse a sí mismo de que la luvia no llegaría sino hasta el anochecer, abiertamente nos prohibió que continuásemos Su sitio era lo que en mi tierra se llamaría un lugar "nuevo", pues era un pedazo de tierra sin cultivo de yo no sé qué extensión, pero alguna gran cantidad, que le había costado veinticinco dólares, y casi otro tanto más el hacer las mejoras que consistían en una choza construida de palos y techada con bálago, y una cucinera o cocina a corta distancia Los establos y dependencias eran un claro limitado por una selva tan tupida que el ganado no podía penetrarla, y hacia el lado del camino por un tosco cercado Sin embargo, en aquel suave clima el efecto era bueno; y ésta era una de aquellas ocasiones que hacen a un hombre sentir, fuera de la región de las ficticias necesidades, cuan poco es necesario para las comodidades de la vida El ajuar de la choza se componía de dos catres de caña, una mesa y un banco, y en un rincón había un montón de maíz El cura mandó traer una media docena de frescas piñas, y mientras que nos refrescábamos con ellas oímos un ruido extraordinario en el bosque, el cual nos dijo un muchacho indígena que era producido por "un animal". Pawling y yo tomamos nuestras escopetas, y entrando por una vereda en el bosque, a medida que avanzamos el ruido se fué haciendo espantoso, pero de repente cesó El muchacho abrió un paso por entre la espesura del matorral y bajo monte, y a través de una abertura de las ramas miré sobre los brazos de un árbol elevado a un gran animal negro de ojos de fuego El muchacho dijo que este no era un mico o mono, y supuse que sería algún gato montés Yo tenía apenas un claro para tomar la puntería, disparé, y el animal cayó fuera del alcance de la vista; mas, no oyendo que golpeara el suelo, miré otra vez, y lo vi colgando de la cola y muerto, manándole sangre por la boca Pawling intentó trepar al árbol; pero éste tenía cincuenta pies hasta la primera rama, y la sangre escurría por el tranco Queriendo examinar al animal más detenidamente, mandé al muchacho a la casa, de donde regresó con un par de indios Ellos derribaron el árbol, que cayó con un terrible crujido, y con el animal todavía colgado de la cola La bala le había penetrado por la boca y botádole los dientes de adelante, salido por la parte alta de la espalda entre los hombros, y debía haberlo matado instantáneamente La tenacidad de su cola parecía admirable, pero fué explicada fácilmente No tenía garra, y había perdido

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

toda la fuerza muscular, pero había sido herido alrededor de la rama con el extremo de la cola prensada por sí misma, de tal modo que el peso desucuerpo la estiraba, y mientras la tensión era más fuerte, más fuertemente se prensaba Este no era mico, pero la relación era tan inmediata que si yo lo hubiera sabido no lo había matado En efecto, estaba todavía más estrechamente relacionado con la familia humana, se le llamaba **mono,** y medía seis pies con todo y cola, muy musculoso, y en una lucha habría sido más que contrincante para un hombre, y el padre dijo que se les conocía por haber atacado a las mujeres Los indios lo llevaron a la casa y lo desollaron; y cuando estaba boca arriba, con la piel quitada y los ojos fijos, el padre exclamó, **"es hombre"** y casi me sentí expuesto a una acusación por homicidio Los indios guisaron el cuerpo y yo logré conservar la piel como una curiosidad, por su tamaño extraordinario; pero, desgraciadamente, la dejé a bordo de un barco español en el mar

Entre tanto el padre había cocido una gallina para el almuerzo Tres huéspedes al mismo tiempo no fueron demasiado para su sincera hospitalidad, pero llegaron más allá de su servicio de comedor, que se componía de tres tazas No había plato, cuchillo, tenedor ni cuchara, y para el cura mismo ni siquiera una taza La gallina fué servida en un océano de caldo, del cual había que desembarazarse primero Tortillas y una pequeña torta de queso fresco componían el resto de la comida El lector pueda ser que relacione tal agasajo con una vulgaridad de modales; pero el cura era un caballero, y no trató de disculparse, porque nos dió lo mejor que tenía Nosotros habíamos enviado antes a nuestros cargadores, el padre nos dió un criado como guía, y a las tres de la tarde le dijimos adiós El fué el último "padre" con quien nos encontramos, y sobreselló las finezas que habíamos recibido de todos los padres en aquel país

A las cinco de la tarde, por un camino lodoso, a través de una región pintoresca, notable sólo por enjambres de mariposas con grandes alas amarillas que llenaban el aire, llegamos a Las Playas La aldea es el centro de navegación de las aguas que desembocan en esta dirección hacia el Golfo de México La totalidad de la extensa planicie hasta el mar se halla entrecortada por caletas y ríos, algunos de ellos secos en el verano, y al elevarse las aguas rebasan sus orillas Por esta época la planicie a un lado de la aldea estaba inundada, y semejba un extenso lago La aldea era una pequeña colección de chozas sobre las que podrían llamarse sus riberas Esta se componía de una calle o camino, enyerbado y silencioso como en Palenque, en cuyo extremo final se hallaba la iglesia, bajo el cuidado pastoral de nuestro amigo el padre Nuestro guía, en conformidad con las indicaciones del padre, nos condujo al convento y apalabró al sacristán para que nos proporcionara la cena El convento estaba construido de palos derechos, con techo de bálago, piso de barro y amueblado con tres catres de caña y una mesa

En este lugar teníamos que embarcarnos en una canoa, y ya un día antes habíamos enviado un correo con una carta del prefecto para el **justicia,** para que tuviera preparada una para nosotros El justicia era un corpulento mulato, bien vestido y muy educado, tenía una canoa de su propiedad, y prometió conseguirnos dos bogadores o remeros por la mañana Muy pronto los zancudos hicieron alarmantes demostraciones, y nos despetraron temores de una terrible noche Para hacer una manifestación de resistencia, encendimos un gran fuego en medio del convento Por la noche se desencadenó una tormenta con un fuerte viento, que hizo necesario cerrar las puertas. Durante dos horas tuvimos uan tempestad de viento y lluvia, con terríficos truenos y relámpagos. Una ráfaga estalló abriendo la puerta y esparciendo el fuego, de modo que estuvo a punto de incendiar el convento Entre el humo y los zancudos, era asunto de debate cual de los dos escoger: sofocación o tortura. Preferimos la primera y tuvimos también la segunda, y pasamos una noche infeliz

Al día siguiente el justicia llegó a decirnos que los bogadores no estaban preparados y que no podían salir se día El precio que señaló fué casi el doble de lo que el cura nos dijo que deberíamos pagar, además del **possol** (bolas de maíz amasado), tortillas, miel y carne Yo me opuse, y él se fué a consultar a los **mozos,** pero regresó a decir que ellos no aceptarían menos, y, después de tratarlo con muy poco del respeto debido a su empleo, me ví obligado a acceder; sin embargo debo agregar, que por toda aquella región, en general, los precios son fijos, y se aprovechan menos de la necesidad de los viajeros que en la mayor parte de las otras Nosotros nos hallábamos poco dispuestos a quedarnos, porque, a más de la pérdida de tiempo y de los zancudos, la escasez de provisiones era mayor que en Palenque

El sacristán compró para nosotros un poco de maíz, y su mujer nos hizo las tortillas El principal comerciante del lugar, o, a lo menos, el que negoció en mayor escala con nosotros, era un pequeño muchacho como de doce años de edad, que estaba vestido con sombrero de petate Nos había traído algo de fruta, y lo vimos llegando otra vez con una cuerda sobre sus desnudos hombros, arrastrando por el suelo lo que resultó ser un gran pescado El alimento principal en el lugar era caimanes tiernos Tenía alrededor de un pie y medio de largo, y a una edad tan juvenil se les consideraba muy blandos A su primera aparición sobre la mesa no tenían un aspecto muy halagador pero **ce n'est que le premier pas qui coute,** ellos nos gustaron más que el pescado, y fueron la mejor comida posible para nuestra navegación en canoa, pues estaban secos y capaces de conservación

A donde quiera que vayamos, aun a los lugares más remotos de la tierra, estamos seguros que hay una conocida a quien tenemos la seguridad de encontrar La muerte siempre nos acompaña Por la tarde fué el entierro de un niño El acompañamiento se componía de ocho o diez personas mayores, y otros tantos muchachos y muchachas El sacristán llevaba al niño en brazos, vestido de blanco, con una guirnalda de flores alrededor de la cabeza Todos iban agrupados rodeando al sacristán, marchando juntos; el padre y la madre con él; y aún más que en Costa Rica observé, no sólo la falta de solemnidad, sino alegría y positivo buen humor, por la misma dichosa convicción de que estaba yo en la iglesia cuando ellos se aproximaron, más como un acompañamiento de boda que de entierro El piso de la iglesia era de tierra, y la fosa fué cavada en el interior, porque, según me contó el sacristán, el padre del niño era rico y pudo dar paga por ella, y éste parecía complacido y orgulloso de haber podido proporcionar a su hijo una sepultura de tal clase El sacristán colocó al niño en la fosa, le cruzó las manitas sobre el pecho, le puso allí una pequeña y tosca cruz, lo cubrió con ocho o diez pulgadas de tierra, y en seguida se metió en la fosa y la amasó con los pies Después salió y echó más tierra y, saliendo de la iglesia, regresó con un pisón, que era un trozo de madera como de cuatro pies de largo y diez pulgadas de diámetro, parecido al mazo que usan entre nosotros los empedradores, y de nuevo ocupó su lugar en la fosa, levantó el pisón a toda la altura de su brazo, y lo dejó caer con toda su fuerza sobre la cabeza del infante Se me heló la sangre en las venas Al levantarlo por segunda vez le agarré el brazo y lo reprendí, pero él dijo que ellos siempre hacían eso con los que se enterraban dentro de la iglesia, que toda la tierra tenía que volver a su lugar para que el piso de la iglesia quedara nivelado Mis reconvenciones parecieron sólo darle más fuerza y ánimo El sudor le corría por el cuerpo, y cuando estuvo perfectamente cansado de apisonar salió de la fosa Pero aún no había terminado Le echaron más tierra todavía, y el padre, poniendo a un lado su som-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

bierto, bajó a la fosa y le alcanzaron el pisón Lo ví levantarlo dos veces y bajarlo con un ruido sordo y pesado *Jamás presencié una escena más brutal y repugnante* El cuerpo del infante debe haber quedado convertido en átomos

Por la tarde los zancudos principiaron sus operaciones Pawling y Juan plantaron palos en el suelo fuera del convento, y extendieron sábanas encima como mosquiteros, pero vino la lluvia y los metió hacia *dentro, y pasamos otra noche infeliz* Se podría preguntar cómo viven los habitantes Yo no puedo responder. Parece que sufrían tanto como nosotros, pero en casa ellos podían tener comodidades que nosotros no *podíamos llevar viajando* Pawling sufrió tanto, y oyó tan terribles relatos de lo que nos esperaba más abajo, que, en un impulso de impetuosidad y cólera, resolvió no seguir más adelante Dada la dificultad e incerti*dumbre de las comunicaciones*, sin embargo, yo sospeché fuertemente que, en semejante caso, todos los proyectos en que él se hallaba comprometido saldrían mal y tendrían que ser abandonados, ya que yo no quería *incurrir* en los gastos de enviar materiales, sujeto a dilaciones e incertidumbres, a no ser con encargo especial, y una vez más cambió de propósito

No me quedaba más que una despedida, y esa era penosa Era el decir adiós a mi noble macho El me había llevado más de dos mil millas, sobre los peores *caminos que jamás mula alguna haya atravesado* Estaba amarrado a la puerta del convento; miró el equipaje, y aun su propia silla, llevados a mano y parecía tener el presentimiento que algo inusitado estaba sucediendo *Repetidas veces se me había solicitado que lo* vendiera, mas ningún dinero me había tentado Se encontraba en más triste condición que cuando llegamos a Palenque Privado de maíz y expuesto a terribles aguaceros, *estaba peor que cuando trabajaba duro y co*mía todos los días, y en su lánguida condición parecía reprocharme el que me fuera y lo dejara abandonado Le eché los brazos al cuello; sus ojos tenían una melancólica expresión, y en aquel momento olvidó la cólerica punzada de la espuela Yo hice a un lado el recuerdo de una sacudida de sus lomos y los ineficaces intentos para repetirla, y recordamos solamente nuestros mutuos benévolos servicios y buen compañerismo Probado y fiel compañero, ¿dónde estás ahora? Lo dejé, con otros dos, amarrado a la puerta del convento, para que lo llevara el sacristán al prefecto de Palenque, a recobrarse de la debilitante influencia de las primeras lluvias, y a vagar sobre fértiles praderas, intocado por la brida o por la espuela, hasta que yo regresara para montarlo otra vez

CAPITULO 22

EL EMBARQUE — UN LLANO INUNDADO — EL RIO CHICO — EL USUMASINTA — EL RIO PALISADA — YUCATAN — MAS REVOLUCIONES — VISPERAS — EMBARQUE PARA LA LAGUNA — MATANDO CAIMANES — TREMENDAS TEMPESTAD — BOCA CHICA — LAGUNA DE TERMINOS — LA CALMA, SEGUIDA POR UNA TEMPESTAD — LLEGADA A LA LAGUNA.

A las siete de la mañana bajamos a la playa para embarcarnos Los barqueros a quienes el justicia había consultado, y por los que se había mostrado tan inflexible, eran su honorable persona y otro hombre, que, pensamos, sería contratado como el más barato ayudante que él pudo encontrar en la aldea La canoa tenía más o menos cuarenta pies de largo, con un toldo como de doce pies en la popa, y cubierto con petate Todo el espacio frente a éste era requerido por los barqueros para manejar la canoa, y, con todo nuestro equipaje bajo el toldo, nos quedaba muy estrecho lugar La aparente laguna en que nos movíamos era sólo un extenso llano inundado, cubierto de agua a una hondura de tres o cuatro pies, y el justicia en la popa, y su ayudante al frente, andando en el fondo de la canoa con palos apoyados a sus hombros,la hicieron cruzar A las ocho entramos a una angosta y fangosa corriente, no más ancha que un canal, pero muy honda, y con su curso en contra nuestra El palo con que la empujaban no pudo tocar el fondo, pero estaba bifurcado en un extremo, y manteniéndose arrimado a la orilla, el **bogador** o remero lo fijaba contra las ramas de los árboles que sobresalían por arriba y la impulsaba, mientras el justicia, cuya pértiga tenía un rudo garabato, lo aseguraba a otras ramas de adelante y jalaba De este modo, sin otra vista más que las arboladas orillas, nos movimos lentamente a lo largo de la fangosa corriente. Al dar la vuelta a una pequeña comba, súbitamente vimos en la orilla ocho o diez caimanes, algunos de ellos de veinte pies de largo, enormes, horribles *monstruos, apropiados habitantes* para tal corriente, y, considerando la fragilidad de nuestra pequeña embarcación, no eran vecinos muy deseables A medida que nos aproximábamos se zam*bullían pesadamente dentro del agua, apareciendo de* vez en cuando en medio de la corriente, y la atravesaban nadando o desaparecían. A las doce y media entramos al Río Chico, que variaba desde doscientos a *quinientos pies de anchura, profundo, lodoso y muy* lento, con arboladas riberas de impenetrable espesura

A las seis de la tarde entramos al gran Usumasinta, de quinientas a seiscientas yardas de ancho, uno de los más majestuosos ríos en Centro América, que nace entre las montañas del Petén y desemboca en la Laguna de Términos

En este punto se juntan las tres provincias de Chiapas, Tabasco y Yucatán, y la unión de las aguas del Usumasinta y el Río Chico presenta un espectáculo singular. Desde que salimos de la extensión de agua frente a las Playas fuimos subiendo la corriente, mas ahora, siguiendo en la misma dirección y cruzando la línea de unión, salimos de la corriente ascendente del Río Chico y entramos al flujo descendente del Usumasinta Moviéndonos hasta la mitad y mirando hacia atrás vimos venir juntos al Usumasinta y Río Chico, y formando un ángulo no mayor de cuarenta grados, el uno corriendo hacia arriba y el otro hacia abajo En medio de lo silvestre y lo tranquilo de este majestuoso río, y flotando en una pequeña canoa, el efecto era muy extraordinario; pero la razón era obvia El Usumasinta, descendiendo rápidamente y con inmensa fuerza, rompía contra un saliente arrecife hacia la izquierda de su curso; y, mientras el caudal principal se habría paso y se precipitaba hacia el océano, parte retrocedía en este ángulo agudo con tal ímpetu que formaba las corrientes que habíamos subido, e inundaba el llano de las Playas

Al presente, lejos de las riberas arboladas, con las pértigas en descanso y flotando quietamente sobre el seno del noble Usumasinta, nuestra situación era placentera y excitante Un fuerte viento que soplaba río abajo ahuyentó a los zancudos, y no había aglomeraciones de nubes que anunciaran lluvia Nosotros habíamos esperado hacer puerto por la noche, pero la tarde estaba tan clara que *decidimos continuar* Desgraciadamente, nos vimos obligados a dejar el Usumasinta, y, como una hora después de anochecer, volvimos hacia el Norte en el Río Palisada Toda la in*mensa planicie desde Palenque hasta el Golfo de Méx*ico se encuentra interrumpida por ensenadas y co-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

rientes El Usumasinta, en su imponente curso, recibe muchas y echa fuera otras que buscan su camino por otros canales hasta el mar

Dejando la ancha extensión del Usumasinta, con su comparativa claridad, el Río Palisada, angosto, y con una obscura línea de selva a cada lado, presentaba un aspecto terriblemente amenazante de zancudos. Desgraciadamente, al no más principiar chocamos, contra la orilla y tomamos a bordo los suficientes para demostrarnos el carácter sanguinario de los nativos Por supuesto aquella noche apenas pudimos dormir

Al amanecer todavía estábamos bajando el río Esta era la región de la gran tierra del palo de Campeche Encontramos un gran bongo con dos mástiles, moviéndose río arriba empujado hacia adelante a jalones con la ayuda de las ramas de los árboles y cuya embarcación iba por carga A medida que avanzábamos, las riberas del río en algunos lugares estaban abiertas y cultivadas, y tenían casas encaladas, y pequeños ingenios de azúcar movidos por bueyes, y había canoas sobre el agua, en un todo la escena era bonita, pero con la fertilidad de la tierra sugiriendo la idea de cuán hermosa podría hacerse esta región

A las dos de la tarde llegamos a la Palisada, situada sobre la margen izquierda del río, sobre una exuberante planicie elevada unos quince o veinte pies Varios bongos se hallaban a lo largo de la orilla, y al frente había una larga calle con grandes y bien construidas casas. Este, nuestro primer punto de parada, estaba en el Estado de Yucatán, entonces en revolución contra el gobierno de México Nuestro descenso por el río había sido observado desde la orilla, y antes de desembarcar nos mandaron hacer alto, se nos pidieron nuestros pasaportes, y nos ordenaron presentarnos inmediatamente al alcalde. La prevención era perentoria y proseguimos sin tardanza hasta dicho funcionario Don Francisco Hebreu era superior a cualquier otro hombre de los que hasta aquí había yo encontrado a la cabeza de una municipalidad; en efecto, él era jefe del partido liberal en aquella sección del Estado, y, como todos los empleados públicos en las provincias mexicanas, nos recibió con el respeto debido a un pasaporte oficial de una nación amiga Nos hallábamos de nuevo en medio de una revolución, pero no teníamos ni la más remota idea de lo que se trataba Estábamos más íntimamente relacionados con la política centroamericana, pero ésta no nos era de más utilidad que el conocimiento de la política tejana le hubiera sido a un extranjero en los Estados Unidos Por varios meses los nombres de Morazán y de Carrera habían resonado en nuestros oídos como los de nuestros propios candidatos para la presidencia en una reñida elección; pero habíamos pasado los límites de su radio de acción, y estábamos obligados a volver a empezar

Por ocho años el partdo central había mantenido su preponderancia en México, durante cuyo tiempo, como una señal de simpatía entre pueblos vecinos, el partido liberal o democrático había tenido su ascendiente en Centro América En los últimos seis meses los centralistas habían vencido a los liberales en Centro América, y durante el mismo tiempo los liberales habían casi arrojado a los centralistas en México A lo largo de toda la costa del Pacífico los liberales estaban en armas, haciendo una fuerte guerra revolucionaria, y amenazando a la capital, a la que más tarde entraron; pero, después de una gran carnicería y efusión de sangre, fueron rechazados. Hacia el lado del Atlántico, los Estados de Tabasco y Yucatán habían declarado su independencia del gobierno general, y en el interior de ambos Estados los empleados del gobierno central habían sido expulsados Los puertos marítimos de Tabasco y de Campeche, guarnecidos por tropas centrales, todavía se sostenían, pero en ese tiempo estaban bloqueados y sitiados en tierra por fuerzas federales Todas las comunicaciones por mar y tierra estaban cortadas; sus provisiones eran escasas, y don Francisco pensaba que pronto se verían obligados a rendirse por hambre.

La revolución parecía de una tendencia más elevada, por una causa más grande, y conducida con más moderación que en Centro América Los fundamentos de la revuelta aquí eran el despotismo del gobierno central, que, muy alejado por la posición e ignorante de la condición y recursos del país, usaba sus distantes provincias como lugar de alojamiento para empleados rapaces, y como fuente de ingresos para que el dinero fuera malgastado en la capital Una pequeña circunstancia demostraba lo impolítico e ineficaz de las leyes A causa de los derechos elevados, el contrabando había llegado a tal extremo en la costa, que muchos artículos se vendían regularmente en la Palisada por mucho menos precio que el valor de los derechos

La revolución, lo mismo que todas las otras en aquel país, empezó con pronunciamientos, es decir, declaraciones de la municipalidad, o lo que nosotros llamaríamos la corporación de un pueblo, en favor de algún partido especial La Palisada había hecho su **pronunciamiento** no más que dos semanas antes, los empleados públicos centrales habían sido expulsados, y el alcalde actual apenas había permanecido en su puesto el tiempo suficiente para calentar la silla El cambio, sin embargo, se había efectuado con un espíritu de moderación y sin venganzas ni derramameinto de sangre Don Francisco, con una rara liberalidad, hablaba de su inmediato predecesor como de un hombre recto por descarriado, quien no fué perseguido, sino que vivía en el lugar sin que lo molestaran Los liberales, en todo caso, no esperaban el mismo tratamiento de manos de los centralistas Se temía una invasión procedente de Tabasco Don Francisco tenía empacada su plata y objetos de valor, y mantenía su bongo frente a la puerta para salvar sus efectos y familia, y el lugar estaba lleno de patriotas que limpiaban sus armas y se preparaban para la guerra

Don Francisco era un hombre rico; poseía una hacienda de treinta mil cabezas de ganado, plantaciones de palo y de tinte y bongos, y se le calculaba un capital de doscientos mil dólares La casa en que vivía estaba en la ribera del río, recién construida, con ciento cincuenta pies de frente y le había costado veinte mil dólares Entre tanto que estábamos con él la comida estuvo a punto de servirse, en un estilo liberal de manejo doméstico, inusitado en aquella tierra, y, con la libertad de un hombre que se siente seguro de que no se le tomaría desprevenido, nos rogó que lo acompañáramos a la mesa. En todas sus relaciones domésticas era él semejante a un respetable cabeza de familia en nuestra patria Tenía dos hijos, que pensaba enviar a los Estados Unidos para su educación; y las cosas menores también nos hacían evocar los sentimientos de nuestra tierra Por la primera vez durante largo tiempo tuvimos pan, elaborado con harina de Nueva York, y la tapa del barril tenía una marca de Rochester. Don Francisco nunca había viajado más allá de Tabasco y Campeche; pero conocía bien geográfica y políticamente Europa y los Estados Unidos; en verdad, él fué uno de los más agradables compañeros y más bien instruidos hombres que encontramos en aquel país Permanecimos en su compañía toda la tarde y, hacia el anochecer movimos nuestras sillas hacia fuera enfrente de la casa, donde por la noche era el punto de reunión de la familia La orilla del río era un paseo para cambiar saludos con don Francisco y con su esposa, una silla vacante estaba siempre a la mano, y de tiempo en tiempo alguno se sentaba con nosotros Cuando la campana llamó a vísperas cesó la conversación, se levantaron todos de sus asientos, rezaron una corta oración, y al terminarla cada uno se volvió al otro con un **buenas noches**, sentándose de nuevo y renovaron la conversación Había siempre algo de imponente en el tañido de la campana que llamaba a vísperas, presentando la idea de una inmensa

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

multitud de gentes que ofrecían al mismo tiempo una oración

Durante las primeras horas de la noche llegó un correo con despachos para don Francisco, comunicándole que una población que se había "pronunciado" en favor de los liberales, se *había pronunciado otra vez* pero en su contra, lo que pareció dar mucha inquietud a él y a su esposa A las diez de la noche una patrulla armada llegó a recibir órdenes, y nosotros nos retiramos a lo que mucho *necesitábamos: una buena noche* de descanso

Por la mañana don Francisco, entre bromas y veras, nos contó de la inquietud que le habíamos dado a su esposa El español de Pawling, y el constante uso de *modismos bien sabido* que pertenecían a la ciudad de México, habían excitado sus sospechas; decía ella que él no era un americano, sino que mexicano de la capital, y creía que era un espía de los centralistas A Pawling no le gustaba la imputación; estaba algo mortificado por esta visible marca de la larga ausencia de su tierra, y no del todo halagado de que se le tomara por mexicano Don Francisco se reía de ello, pero su señora se mostraba tan pertinaz, que, si no hubiera sido por la aparente concordancia de que yo tenía necesidad del auxilio de alguien que estuviera perfectamente familiarizado con el idioma del país, yo creo, que en el estado de aprensión y desconfianza, Pawling habría perdido la inmunidad de su nacimiento, y sido arrestado como espía.

Pasamos el día siguiente en tranquila holgazanería y en hacer los arreglos para la continuación de nuestro viaje, y al otro día, equipados por la señora con un fastuoso surtido de provisiones, y acompañados al lugar por don Francisco, *nos embarcamos á bordo* de un bongo para la Laguna El bongo era como de quince toneladas, de fondo plano, con dos mástiles y velas, y cargado con palo de tinte La popa tenía cuarteles movibles Unas cuantas inglesas de palo de tinte *habían sido quitadas*, y los cuarteles colocados encima como para abrigarnos de la lluvia; una vela fué convertida en toldo para protegernos del sol, y en pocos minutos nos alejamos de la orilla

Teníamos como pasajeros a dos jóvenes centroamericanos del Petén, ambos menores de veinte años, que huían a causa del predominio del partido de Carrera Viniendo, como veníamos, directamente de Centro América, nos llamamos unos a otros paisanos Pronto observamos que el bongo tenía una infeliz tripulación Arriba los tripulantes se llamaban bogadores o remeros, pero aquí, como estaban a bordo de un bongo con velas, y bajaban hacia la costa marítima, se llamaban a sí mismos **marineros** El **patrón** o capitán era un hombre apacible, inofensivo e ineficaz, que prolongaba todas sus órdenes a sus marineros sin calzones con las conciliadoras palabras de **"Señores, háganme el favor"**

Abajo de la población comenzaba una isla como de cuatro leguas de largo, a cuyo extremo, sobre tierra firme, había un extenso *claro y un establecimiento* agrícola, con canoas echadas sobre el agua Todos los viajes aquí se hacen por el río y en canoas Desde este lugar ya no había habitaciones; el río era muy hondo, las orillas densamente arboladas, con las ramas extendiéndose por encima de las aguas

Muy pronto llegamos a una parte del río donde los caimanes parecían gozar de una imperturbable posesión Algunos estaban calentándose al sol sobre bancos de cieno, como troncos de madera flotantes, y en muchos lugares el río estaba punteado con sus cabezas El historiador español dice que "Nadan con la cabeza fuera del agua embobándose con todo lo que ven y tragándoselo, sea palo, piedra, o criatura viva, lo cual es la verdadera causa de sus piedras engullidas; y no que se sumerjan hasta el fondo, como algunos dicen, pues no tienen necesidad de hacerlo así, ni les agrada tal cosa, porque son muy diestros Nadadores; pues la Cola les sirve como Timón, la Cabeza es la Proa, y las Garras los Remos, siendo tan veloces como para capturar nadando a cualquier otro pez Un Quintal y medio de Pescado fresco ha sido hallado en el Cuajar de un Caimán, a más de lo que estaba digerido; en otro había una india entera, con sus Vestidos, a quien se había tragado el Día anterior, y otro con un par de Brazaletes de Oro, con Perlas, el Esmalte destruido y disuelta una Parte de las Perlas, pero el Oro cabal"

Aquí ellos todavía mantenían su dominio Con frecuencia ocurrían accidentes; y don Francisco nos refirió que en la Palisada, un año antes, le habían quitado a un hombre una pierna de una mordida y que se había ahogado Tres de ellos estaban echados juntos a la entrada de un riachuelo que desembocaba en el río *El patrón nos contó que al final de la pasada estación* seca, más de doscientos se habían contado en el lecho de un pantano vaciado por esta corriente Los barqueros de varios bongos se metieron entre ellos con *palos, estacas puntiagudas y machetes*, y mataron arriba de sesenta El río mismo, descolorido, con orillas cenagosas, y un ardiente sol batiendo sobre él, era bastante feo; pero estos enormes y horribles monstruos, ni pescado ni carne, lo hacían absolutamente repugnante Los barqueros los llamagan **enemigos de los cristianos**, con lo que querían decir enemigos del género humano En una canoa habría sido desagradable el perturbarlos, pero en el bongo cogimos nuestras escopetas y les hicimos una guerra sin piedad Un monstruo, de veinticinco o treinta pies de largo, estaba sobre el brazo de un *árbol gigantesco que se proyectaba* cuarenta o cincuenta pies, con la parte baja cubierta de agua, pero todo el caimán era visible Le acerté justamente debajo de la línea blanca, desapareció, y con una *tremenda convulsión, tiñendo de rojo el agua* con un círculo de sangre, se tumbó sobre su espalda, muerto Un barquero y uno de los muchachos del Petén se metieron en una canoa para traerlo al costado del bongo La canoa era pequeña y se bamboleaba, y no había avanzado cincuenta yardas cuando se fué de lado, se anegó, zozobró y arrojó a los dos al agua En ese momento había quizás veinte caimanes a la vista sobre las riberas y nadando en diferentes partes del río Nosotros no podíamos hacer nada por el hombre y el muchacho, y el viejo bongo, que antes apenas se movía, parecía avanzar hacia adelante con el propósito de dejarlos abandonados a su suerte A cada momento aumentaba la distancia entre ellos y nosotros, y a bordo todo era confusión; el patrón calmaba en agonía a los **señores,** y los **señores,** poniendo en tensión todo sus nervios, hicieron volver al viejo bongo hacia la orilla, y trabaron los mástiles entre las ramas de los árboles que lo mantuvieron inmóvil Entre tanto nuestros amigos en el agua no estaban ociosos El mozalbete del Petén avanzó vigorosamente hacia la orilla, y lo vimos agarrarse a la rama de un árbol que se proyectaba cincuenta pies sobre el agua, tan bajo que estaba al alcance de sus manos, se encaramó como un *mono, y corrió a lo largo hasta la playa* El marinero, teniendo la canoa para sí, le volteó el fondo hacia arriba, se puso a horcajadas y remó con las manos Los dos llegaron felizmente a bordo, y, pasados los temores, el lance se consideró como una buena broma.

Mientras tanto nuestros mástiles se habían trabado de tal modo entre las ramas de los árboles, que quitamos algunos de nuestros miserables aparejos para desenredarlos; pero al fin nos hallamos una vez más en medio río y renovamos nuestra guerra contra los **enemigos de los cristianos** El sol estaba tan ardiente que no pudimos permanecer fuera del toldo, pero los barqueros nos daban aviso cuando podíamos hacer un disparo Nuestro curso a lo largo del río se recordará como una desolación y azote Los viejos caimanes, como último precepto, enseñarán a las *generaciones* nacientes a mantener la cabeza bajo el agua cuando los bongos se aproximen Matamos quizá veinte, y otros estarán probablemente en este momentos posados *en las riberas, con nuestras balas en el cuerpo, ad-*

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

mirados de cómo llegarían hasta allí. Con rifles podíamos haber matado por lo menos cien

A las tres se desató la tempestad reglamentaria de la tarde, principiando con una tremenda ráfaga de viento hacia arriba del río, que hizo al bongo girar a la redonda, impelió su costado hacia arriba de la corriente, y antes que llegáramos a la orilla tuvimos un copioso aguacero Al fin nos afianzamos, aseguramos los cuarteles sobre el lugar preparado para nosotros, y nos metimos debajo Estos eran tan bajos que no podíamos sentarnos, y acostados había como un pie de espacio arriba de nosotros Cuando llegamos a la Palisada nos consideramos afortunados al encontrar un bongo listo, no obstante que ya tenía a bordo una plena carga de palo de tinte desde la proa hasta la popa Don Francisco dijo que sería demasiado incómodo, y quería que aguardásemos un bongo de su propiedad, pero la demora era para nosotros un mal peor, y yo hice un convenio para que quitaran una porción del cargamento detrás del palo mayor, para así disponer de un cuartel sobre cubierta, y darnos lugar debajo Pero no le dimos ninguna superintendencia personal; y cuando llegamos a bordo, aunque el palo de tinte parecía de especie algo dura para dormir encima, no descubrimos la extrema incomodidad del lugar sino hasta que nos vimos forzados a meternos debajo por la lluvia Aun el pequeño lugar comprometido, y pagado según convenio, no era de nosotros Los muchachos del Petén se arrastraron debajo con nosotros, y siguieron el patrón y los **señores**. No podíamos arrojarlos al inclemente aguacero, y todos estábamos como una masa de carne humana, animados por el mismo espíritu de sufrimiento, de irritación y desamparo Durante este tiempo la lluvia caía como un diluvio; el trueno retumbaba espantosamente sobre nuestras cabezas, los rayos relampagueaban por entre las grietas de nuestra obsucura madriguera, deslumbrando y cegando nuestros ojos; y oíamos cerca de nosotros el terrífico estallido de un árbol al caer, destrozado por el viento, o, como entonces suponíamos, despedazado por un rayo

Tal era nuestra situación Algunas veces los nudos del palo de tinte se adaptaban bien a las curvas y concavidades del cuerpo, pero en general quedaban justamente donde no deberían estar Pensamos que no podíamos hallarnos peor, pero muy pronto notamos nuestra equivocación, y nos consideramos como ingratos murmuradores sin motivo Los zancudos nos reclamaban como bienes mostrencos, y en sanguinarios enjambres se abrieron paso por debajo de los cuarteles zumbando y cantando

"Fee, faw, fum,
I smell the blood of an Englishmun,
Dead or alive I will have some". c

Ahora yo puedo volver la vista hacia nuestras penalidades en aquel lugar con perfecta ecuanimidad; pero por el momento, con el calor y el encierro, estábamos de todo menos de buen humor, y a las diez de la noche reventé furioso, echando en cara al patrón y a sus haraganes señores el no haber llegado a la desembocadura del río antes del anochecer, como se hacía usualmente, y como le había encargado el alcalde que lo hiciera, e insistí en que nos sacara hasta entrar en la corriente

La lluvia había cesado, pero el viento estaba todavía furioso, y nos llevaría en línea recta. Con la nublada luz vimos un gran bongo con una vela desplegada, que parecía que volaba río arriba como un fantasma Hicimos que el patrón se separara de la orilla, pero no pudimos mantenernos en el río, y, después de unos cuantos movimientos en zigzag, fuimos lanzados de través hasta la opuesta orilla, donde atrajimos sobre nosotros nuevos y más hambrientos enjambres. Aquí permanecimos una hora más, hasta que el viento calmó, y salimos a la corriente. Este fué un gran alivio Los **señores** aunque más habituados al castigo de los zancudos que nosotros, sufrieron casi lo mismo Las nubes se disiparon, apareció la luna, y, si no hubiera sido por los abominables insectos, nuestro flote hacia abajo del silvestre y desolado río había sido un evento que viviría en la memoria; así como era, ninguno de nosotros intentó dormir; y yo sinceramente creo que ningún hombre podría pasar una noche entera en las orillas y vivir

Al amanecer nos hallábamos todavía en el río Muy pronto llegamos a una pequeña laguna, y, haciendo unas cuantas viradas, entramos a un angosto paso llamado **Boca Chica** El agua estaba casi a nivel con las riberas, y a cada lado había los más gigantescos árboles de las selvas tropicales, con las raíces desnudas hasta tres o cuatro pies arriba del suelo, nudosas, retorcidas y entretejidas una a otra, grises y como muertas; levantadas, como para brindar una extensa vista debajo de las primeras ramas: una selva de vívido verdor A las diez de la mañana pasamos la **Boca Chica** y entramos a la Laguna de Términos. Una vez más en agua salada y lanzados a la mar a vela llena, hacia la derecha vimos sólo una extensión de agua, a la izquierda había un borde de árboles con las raíces desnudas, que parecían emerger del agua; y al frente, aunque un poco hacia la izquierda, y apenas visibles, una larga línea de árboles, marcando la isla del Carmen, sobre la cual estaba situado el pueblo de Laguna, nuestro puerto de destino El paso por la laguna era bajo y estrecho, con arrecifes y bancos de arena, y nuestros barqueros no perdieron era oportunidad para encallarlo Sus esfuerzos para desencallarlo llegaron al clímax de la estupidez y de la pereza; uno o dos de ellos empujaban con palos al mismo tiempo, como si estuvieran empujando un bote de remos, y después se paraban a descansar y se los dejaban a otros De lo que se podía hacer con las fuerzas unidas parecían no tener idea; y, después de algunos ineficaces esfuerzos, el patrón dijo que deberíamos quedarnos hasta que subiera la marea. No queríamos pensar en otra noche a bordo del bongo, y tomamos el entero comando de le embarcación. Teníamos el derecho de hacer esto en vista de las fuerzas físicas que pusimos en acción Hasta Mr Catherwood ayudó; y, a más de él, nosotros éramos tres hombres fornidos y desesperados Los esfuerzos de Juan fueron gigantescos Dada la gran superficie expuesta, los zancudos lo habían atormentado terriblemente, y él estaba aún más disgustado con el bongo que nosotros. Pusimos a dos hombres entre el agua para alzarlo desde el fondo con sus hombros, y nosotros empuñando los palos todos juntos, lo empujamos dentro del agua profunda. Con una suave brisa navegamos fácilmente a lo largo hasta que pudimos distinguir los mástiles de las embarcaciones de Laguna elevándose arriba de la isla, en tanto que el viento se aquietó enteramente, dejándonos bajo un tórrido sol y en calma chicha.

A las dos de la tarde vimos las nubes que se condensaban, e inmediatamente el cielo se encapotó, presagio de una de aquellas espantosas tormentas que aun en tierra firme eran terribles. Se bajaron los cuarteles y se extendió un encerado encima para que nos refugiáramos debajo. La racha llegó tan repentinamente que los hombres se vieron cogidos de improviso, y la confusión a bordo fué alarmante. El patrón, con ambas manos extendidas y del modo más suplicante, rogaba a los **señores** recoger las velas; y los **señores**, todos gritando al mismo tiempo, corrían y rodaban sobre el palo de tinte, tirando de todas las cuerdas menos de la verdadera. La vela mayor se pegó a medio camino, y no podía bajar; y mientras que el patrón y todos los tripulantes gritaban y miraban hacia lo alto, el marinero que había volcado en la canoa, con lágrimas de terror realmente brotándole de los ojos y en un arranque de desesperación, subió mástil arriba por las argollas, y, saltando violentamente sobre la punta, sostenido por una cuerda, echó abajo la vela con un ra-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cel Un huracán sopló por entre los desnudos mástiles seguido de una lluvia diluvial, y la laguna fué azotada furiosamente; nosotros lo perdimos todo de vista Desde un principio, a causa de la confusión a bordo decidimos no ir bajo el cuartel, si el bongo zozobraba, el cargamento de palo de tinte lo llevaría hasta el fondo como plomo Nos desembarazamos de las botas y chaquetas y sacamos los salvavidas preparados para el uso La cubierta del bongo estaba como a tres pies del agua, y perfectamente lisa, sin nada para agarrarse, y, para resguardarnos de ser lanzados o barridos hacia afuera, nos tumbamos al piso y resistimos todo el choque de la tormenta La atmósfera estaba negra, pero por los relámpagos divisamos los desnudos palos de otro bongo, lanzado, como nosotros, a merced de la tormenta. Esta siguió por más de una hora, hasta que aclaró tan repentinamente como había llegado, y vimos la laguna atestada de más embarcaciones que las que habíamos visto desde nuestra salida de Nueva York En nuestro largo viaje tierra adentro casi habíamos olvidado el uso de los barcos, y la sola vista de ellos parecía llevarnos a estrechas relaciones con la patria Después de disipada la furia del chubasco, quedábamos ahora en calma chicha Los hombres recurrieron a sus remos, pero lograron muy poco avance, y, con el puerto a plena vista, teníamos grandes temores de otra noche a bordo, cuando sobrevino otra ráfaga, no tan violenta, pero que soplaba directamente desde el puerto Tremendo aguacero la acompañaba Hicimos dos o tres viradas con los rizos tomados a la vela de trinquete; el viejo bongo parecía volar sobre el agua; y, estando en plena ruta, el ancla, o, mejor dicho, la piedra, fué arrojada a cierta distancia debajo de los barcos, y nos hizo detenernos Había rompientes entre nosotros y la playa, y gritamos a algunos hombres para que llegaran a transportarnos, pero contestaron que estaba muy fuerte la reventazón Volvió otra vez la lluvia, y durante media hora permanecimos estivados debajo de los cuarteles

Tan luego como aclaró estábamos sobre cubierta, y al poco rato vimos un lindo botequín, con un patrón de bote y cuatro tripulantes, costeando a lo largo de la playa contra una rápida corriente, saltando los hombres de vez en cuando dentro del agua, y halando con cuerdas fijadas con tal fin. Los llamamos en inglés, y el patrón respondió en la misma lengua diciendo que estaba muy fuerte la borrasca; pero después de consultar con sus marineros bogaron hacia nosotros, y nos tomaron a bordo a Mr Catherwood y a mí El patrón del bote era el contramaestre de un navío francés, y hablaba inglés Su barco se hacía a la vela al día siguiente, y él iba a recoger algunas grandes tortugas que estaban en la playa esperándolo. Tan pronto como entramos nos montamos en hombros de dos bien proporcionados marineros franceses, y nos pusieron en la playa, y quizá en todo nuestro viaje nunca fuimos tan felices como en aquel momento en que nos desembarazábamos del bongo.

La población se extendía a lo largo de la orilla de la laguna Anduvimos por toda la longitud de ella, vimos numerosos y bien repletos almacenes, cafés, y aun barberías, y en el último extremo llegamos al consulado americano Dos hombres que nos recordaban a la patria estaban sentados en el pórtico Uno era don Carlos Russell, el cónsul La cara del otro me era familiar; y sabiendo que habíamos llegado de Guatemala, inquirió noticias de mí, las que tuve la mayor dicha en dárselas personalmente El era el Capitán Fensley, a quien yo había conocido en Nueva York cuando buscaba informaciones acerca de aquel país, y con el que había hablado de embarcarme para Campeche; pero en el momento no lo pude conocer, y en mi viaje del interior era imposible para él reconocerme a mí Venía él directamente de Nueva York, y nos dió los primeros informes que recibimos desde largo tiempo de aquel lugar, con legajos de periódicos que estaban llenos con las noticias de la suspensión de los pagos en metálico y de la ruina universal Algunos de mis amigos se habían metido en asuntos de dudosa moralidad; pero en el importante asunto de casamientos y defunciones no hallé nada que me diera por cierto gozo o pena

Don Carlos Russell, o Mr Charles Russell, era nativo de Filadelfia, casado con una dama española de gran caudal, y, aunque se había ausentado desde hacía largo tiempo, nos recibió como aquel que no se ha olvidado de su patria Su casa, su mesa, todo lo que tenía, aun su bolsa, estaban a nuestra disposición Pasadas nuestras primeras congratulaciones, nos sentamos a una comida que rivalizó con aquella de nuestro amigo de Totonicapán. Apenas podíamos creer que fuéramos nosotros mismos aquellos miserables seres que pocas horas antes se habían visto sacudidos en la laguna, con el temor, ya sea de irse al fondo o de otra noche a bordo del famoso bongo. Sería necesario que el lector hubiera pasado por todo lo que nosotros pasamos para que se formara una idea de nuestra alegría El negro que nos servía a la mesa había sido camarero en casa de un conocido en Broadway; nos parecía estar sólo a un paso de nuestra casa, y por la noche tuvimos sábanas limpias que nos proporcionó nuestro hospedador

CAPITULO 23

LAGUNA.—VIAJE A MERIDA — SISAL — UN NUEVO MEDIO DE TRANSPORTE — LA ALDEA DE HUNUCAMA — LLEGADA A MERIDA — ASPECTO DE LA CIUDAD — FIESTA DE CORPUS DOMINI — LA CATEDRAL — LA PROCESION — BELLEZA Y SENCILLEZ DE LAS INDIAS — EL PALACIO DEL OBISPO — EL TEATRO — VIAJE A UXMAL — HACIENDA DE VAYALQUEX — EL VALOR DEL AGUA — CONDICION DE LOS INDIOS EN YUCATAN — UNA ESPECIE PECULIAR DE COCHE — HACIENDA DE MUCUYCHE — UNA HERMOSA GRUTA.

El pueblo de Laguna está situado en la isla del Carmen, que contiene como siete leguas de largo, y que, con otra isla como de cuatro leguas de largo, separa la Laguna de Términos del Golfo de México Esta es el depósito de la gran región del palo de tinte en el interior, y una docena de barcos se hallaban entonces en el puerto esperando cargamentos para Europa y los Estados Unidos La población está bien edificada y prosperando; su comercio ha sido estorbado por las opresivas reglamentaciones del gobierno central, pero ya hizo su pronunciamiento, desarmó y expulsó a la guarnición, y se consideró a sí misma independiente, sujeta sólo al gobierno del Estado de Yucatán El anclaje es poco profundo pero seguro, y de fácil acceso para embarcaciones que no calen más de doce o trece pies de agua

Nosotros hubiéramos podido pasar con satisfacción algún tiempo descansando y vagando por la isla, pero nuestro viaje aún no había terminado Nuestro próximo paso era hacia Mérida, la capital de Yucatán El puerto más cercano era Campeche, a ciento veinte millas de distancia, y la travesía se hacía por lo regular en bongo, costeando a lo largo de la playa del mar abierto Con nuestra experiencia de los bongos esto era de lo más desalentador Sin embargo, esta habría sido nuestra desdichada suerte a no ser por la benevo-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

lencia de Mr Russell y del Capitán Fensley. Este último iba con destino directo a Nueva York, y su ruta se extendía a lo largo de la costa de Yucatán Personalmente él estaba dispuesto a hacer todo lo posible para servirnos, pero podría haber algún riesgo en arribar al puerto para desembarcarnos. Conociendo su favorable disposición, nosotros no podíamos insistir; pero Mr Russell era su consignatario, y según los reglamentos de la Compañía, tenía el derecho de detenerlo diez días, e intentaba hacerlo así; pero él ofreció cargarlo en dos días bajo la condición de que nos tomase a bordo, y, como Campeche se encontraba bloqueado, que nos desembarcase en Sisal, sesenta millas más distante, y puerto marítimo de Mérida. El Capitán Fensley consintió en esto, y nosotros nos vimos aliviados de lo que en ese tiempo habríamos considerado como una gran calamidad

Con relación al proyecto de la compra de las ruinas de Palenque, al cual me he referido antes, Mr Russell lo acogió calurosamente; y con una generosidad que no puedo dejar de mencionar, difícil de esperarse de una persona tan lejos de la patria, pidió que se le permitiera cooperar con dos mil dólares como parte del costo de la introducción de ellas a los Estados Unidos En prosecución de mi previo arreglo escribí al prefecto, avisándole de la cooperación de Mr Russell, y diciéndole que se entendiera con Pawling como mi agente para arreglar los detalles de la compra. Mi carta iba incluida en una de Mr. Russell que afirmaba lo mismo, la que establecía, además, que el dinero sería pagado en el momento que fuese requerido, y ambas, con plenas instrucciones, le fueron entregadas a Pawling El interés que Mr Russell tomó en este asunto me daba lisonjeras esperanzas de buen éxito, y a no ser por él, el designio de sacar moldes habría fallado por completo El estaba ocupado en edificar una inusitadamente hermosa casa, y para terminarla había mandado a Campeche por yeso, pero no encontrando nada allí, había importado un poco de Nueva York Afortunadamente le quedaban unos cuantos barriles; y si no hubiera sido por este incidente —no había en ninguna parte más inmediata que en Vera Cruz o en Nueva Orleans— el viaje de Pawling, en lo que se refiere a este asunto, había sido infructuoso Nosotros arreglamos los detalles del envío del yeso con Pawling a Palenque, el recibo y embarque de los moldes para mí a Nueva York, y en la mañana del sábado a las siete nos despedimos de Mr. Russell, y nos embarcamos a bordo del **Gabrielacho.** Pawling nos acompañó más allá de la barra, y nos despedimos de él cuando subió a bordo del bote del piloto para regresar Habíamos pasado juntos por tan ásperas escenas desde que nos alcanzó al pie de la Sierra Madre, que ya se puede suponer que no nos separaríamos con indiferencia Juan estaba todavía con nosotros, por primera vez en el mar, y con la duda de que a dónde lo llevaríamos después

El **Gabrielacho** era un hermoso bergantín de más o menos ciento sesenta toneladas, construido bajo la propia dirección del Capitán Fensley, perteneciéndole a él mismo la mitad, y equipado decentemente y con buen gusto como un hogar. El no tenía casa en tierra; una su hija estaba de interna en una escuela en los Estados Unidos, y el resto de su familia, consistente de su esposa y una pequeña hija como de tres años, estaba con él a bordo. Desde su casamiento, siete años atrás, su esposa había estado no más que un año en tierra, y ella decidió no dejarlo otra vez mientras surcara los mares, mientras él resolvía que cada travesía sería la última, y miraba en lontananza la consumación de las esperanzas de todo marinero: una buena propiedad agrícola. Su hija Vicentía, o la pobre Centy, como se llamaba ella a sí misma, era la mimada de todos a bordo; y teníamos doce pasajeros, interesantes para el ayuntamiento de Nueva York, que eran enormes tortugas, una de las cuales esperaba el capitán que regocijaría el corazón de los padres de la ciudad en su banquete del cuatro de **Julio.**

El lector no puede comprender la satisfacción con que nos encontrábamos en tan cómodos alojamientos a bordo de este bergantín Tuvimos una borrasca por la tarde, pero considerándonos meramente pasajeros, y, con un **buen barco, buen capitán y buena** tripulación, nos reímos de un lejano bongo que se arrastraba lentamente arrimado a lo largo de la playa, y por primera vez temimos que la travesía terminara demasiado pronto Quizá ningún capitán tuvo jamás pasajeros tan perfectamente contentos bajo la tempestad o en la calma ¡Oh vosotros que cruzáis el Atlántico en paquebotes, quejándonos de las incomodidades, y amenazando con denunciar al capitán porque no alcanza la cerveza, ojalá que algún día seáis tomados a bordo de un bongo cargado con palo de Campeche!

Lo desgastado de nuestro guardarropa quedaba a la vista del más indiferente observador; y la Señora de Fensley, apiadada de nuestra harapienta condición, pegó nuestros botones, zurció, remendó y nos reparó y nos puso en orden para otra expedición A la tercera mañana el Capitán Fensley nos dijo que habíamos pasado Campeche durante la noche, y que, si el viento continuaba, llegaríamos ese día a Sisal. A las ocho de la mañana avistamos la extensa costa baja, y moviéndonos invariablemente hacia ella, un poco antes del anochecer anclamos fuera del puerto, como a dos millas de la playa Un bergantín estaba anclado allí, barco de carga español, con destino a la Habana, y era el único en el puerto El surgidero es una abierta rada más allá de las reventazones, el que se considera perfectamente seguro, salvo durante una tormenta del nordeste, cuando los buques españoles siempre largan sus cables y salen a la mar.

En la incertidumbre de si lo que íbamos a ver valdría la pena, y con la gran duda de si tendríamos un medio de conducción para cuando lo necesitásemos, era penoso el dejar una buena embarcación que en veinte días podría transportarnos a nuestro país A pesar de eso, hicimos el esfuerzo Anochecía cuando abandonamos el bajel Desembarcamos en la extremidad de un muelle de madera, construido afuera sobre la abierta playa del mar, donde un soldado nos gritó el quién vive A la cabeza del muelle había una guardia y aduana, y un empleado se presentó para acompañarnos a donde el comandante Hacia la derecha, cerca de la playa, estaba una antigua fortaleza española con torrecillas Un soldado, apenas distinguible entre las almenas, nos dio el quién vive, y, al pasar por el cuartel, nos dieron el quién vive otra vez. La respuesta, como en Centro América, era **"Patria libre".** La atmósfera del lugar era guerrera y dominaba el partido liberal. La revolución, como en todos los otros lugares, había sido dirigida con un espíritu de moderación; pero al ser desalojada la guarnición, capturaron al comandante, que había sido muy tirano y cruel, y el carácter de la revolución se habría manchado con su asesinato; pero lo pusieron a bordo de un bongo y escapó. Fuimos bien recibidos por el comandante; y el Captán Fensley nos llevó a casa de un conocido, donde vimos al capitán del bergantín que estaba en la ensenada, el cual iba a darse a la vela dentro de ocho días para la Habana, y ningún otro buque se esperaba durante largo tiempo Nosotros hicimos los arreglos para salir al día siguiente para Mérida, y en la madrugada acompañamos al capitán hasta el muelle, le vimos embarcarse en un bongo, esperamos hasta que llegó a bordo, y miramos al bergantín, con una buena brisa y todas las velas desplegadas destacándose en el mar rumbo a la patria Le volvimos las espaldas con pesar Nada había que nos detuviese en Sisal. Aunque bellamente situado en la costa marítima y un lugar próspero, era solamente el depósito de las exportaciones e importaciones de Mérida. A las dos de la tarde nos pusimos en marcha para la capital.

Nos encontrábamos ahora en un país tan diferente de Centro América como si estuviera separado por el Atlántico, y principiamos nuestro viaje con un modo de

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

conducción enteramente nuevo Era en un vehículo llamado caléche, construido poco más o menos como el anticuado cabriolé, pero muy largo, pesado, hecho para caminos escabrosos, sin resortes y pintado de rojo, verde y amarillo Un baúl de cuero para cada uno iba amarrado por detrás, y encima de ellos, llegando hasta arriba del caléche, iba asegurado un montón de sacate para los caballos Toda esta carga, con Mr Catherwood y yo, era tirada por un solo caballo, que llevaba al cochero sobre sus lomos Lo seguían otros dos caballos de remuda, arnesados, y montado un muchacho en cada uno El camino era perfectamente plano y sobre una calzada un poco elevada arriba del llano, la cual era pedregosa y cubierta de árboles achaparrados Al principio parecía un gran lujo el rodar en un vehículo de ruedas; pero con lo fragoso del camino y el caléche sin resortes, al poco rato este lujo empezó a ser algo dudoso

Después de los espléndidos paisajes de Centro América la región era estéril y sin interés, pero notamos las señales de un rico interior en los grandes carros tirados por mulas de cinco en fila, con altas ruedas a diez o doce pies de distancia y cargados con cáñamo, harpillera, cera, miel y pieles de res y de venado El primer incidente en el camino fue el cambio de caballos, el cual consistió en sacar al caballo de las varas y poner uno de los otros, ya bañado en sudor Esto ocurrió dos veces; y a la una de la tarde entramos al pueblo de Hunucama, agradablemente situado, metido entre los árboles, con una extensa plaza, por entonces decorada con una enramada de siempreviva en todo el derredor, preparativos para la gran fiesta de Corpus Christi, que iba a celebrarse al día siguiente Aquí tomamos tres caballos de remuda; y cambiándolos como antes, y pasando por dos aldeas, a través de una vista de dos millas de largo divisamos los campanarios de Mérida, y a las seis de la tarde entramos en la ciudad Las casas estaban bien construidas, con ventanas y balcones, y muchas eran de dos pisos Las calles estaban limpias, y había en ellas mucha gente bien vestida, animada y alegre al parecer, caléches caprichosamente pintados y provistos de cortinas, con damas en el interior primorosamente ataviadas, sin sombrero, y con los cabellos ornamentados con flores, dábanle un aire de alegría y belleza que, después de los sombríos pueblos por los cuales habíamos pasado, era fascinante y casi poético Ningún lugar había sido hasta ahora tan agradable a la primera impresión, y había un hotel en un amplio edificio, regenteado por doña Micaela, y al llegar a él sentimos como si por algún accidente hubiésemos caído sobre una ciudad europea

El lector tal vez se sorprenderá, pero yo tenía un amigo en Mérida que me esperaba Antes de embarcarme en Nueva York, había dado en la costumbre de comer en un hotel español en la calle de Fulton, frecuentado principalmente por hispanoamericanos, en cuyo lugar había yo encontrado a un caballero de Mérida, y sabido que él era el propietario de las ruinas de Uxmal Hasta aquí yo no sabía nada de la posición o carácter de mi amigo, pero pronto descubrí que todos en Mérida conocían a don Simón Peón. Por la tarde nos dirigimos a su casa Esta era una amplia mansión de aspecto aristocrático, de piedra gris obscuro, con ventanas y balcones, que ocupaba casi la mitad de un lado de la plaza Por desgracia él se hallaba entonces en Uxmal; pero vimos a su esposa, padre, madre y hermanas, pues la casa era una residencia de familia, cuyos diferentes miembros poseían haciendas separadas Ellos habían sabido por él de mi proyectada visita, y me recibieron como a un conocido. A don Simón se le esperaba de regreso dentro de pocos días, pero, con la esperanza de encontrarlo en Uxmal, determinamos seguir adelante inmediatamente. Doña Joaquina, su madre, prometió hacer todos los arreglos necesarios para el viaje y enviar un criado con nosotros Ya hacía mucho tiempo que no habíamos pasado una noche tan agradable; vimos a muchas personas que en apariencia y maneras habrían dado buena reputación a cualquier sociedad, y nos dejaron con una firme disposición de hacer alguna estancia en Mérida

La plaza presentaba una alegre escena Era la víspera de la fiesta de **El Corpus.** Dos lados de la plaza estaban ocupados por corredores, y los otros se encontraban adornados con enramadas de siempreverde, entre las cuales había luces diseminadas Alegres grupos se paseaban por ahí, y a lo largo de los corredores y en frente de las casas se habían colocado sillas y bancas para el uso de los paseantes y de todos aquellos que quisieran ocuparlas

La ciudad de Mérida contiene alrededor de veinte mil habitantes. Está fundada sobre el sitio de un antigua pueblo indígena, y data de pocos años después de la conquista En diferentes partes de la ciudad se encuentran las ruinas de edificios indígenas Como la capital del poderoso Estado de Yucatán, siempre ha gozado un alto grado de consideración en la Confederación Mexicana, y por toda la República es afamada por sus sabios u hombres doctos El Estado de Yucatán había declarado su independencia de México; en realidad, ésta se consideraba ya obtenida. Se habían recibido noticias de la capitulación de Campeche y de la rendición de la guarnición centralista. El último resto de despotismo había sido extirpado, y la capital estaba en su primer rapto de entusiasmo por el triunfo de la revolución y con el orgullo de ser independiente Alejado por su posición, era manifiesto que no sería una cosa fácil para México el reconquistarlo; y probablemente, como Tejas, este es un miembro desprendido para siempre de aquella grande, pero débil y perturbada república Era grato el hallar que las animosidades políticas no se fomentaban con la misma ferocidad, y los centralistas y liberales se encontraban como los hombres de partidos opuestos en mi país

Al día siguiente era la fiesta de **Corpus Domini** en toda la América Española, la más grande de la iglesia católica Por la mañana temprano, al repique de la campana, nos fuimos a la catedral, la que, con el palacio del obispo, ocupaba un costado entero de la plaza El interior era majestuoso e imponente, con un cielo abovedado de piedra, y dos ringleras de elevados pilares del mismo material; el coro estaba en el centro, el altar ricamente adornado con plata; pero el gran atractivo consistía en las damas arrodilladas ante los altares, con velos blancos o negros cubriéndoles la cabeza, algunas de ellas de una hermosura y pureza propias de un santo, y en el traje, modales y apariencia haciendo vivos los cuadros del romance español Verdaderamente, las damas españolas en ninguna parte aparecen tan hermosas como en la iglesia

Habiendo resultado tan buenas las relaciones de uno de mis conocidos, determiné presentar una carta de recomendación de mis amigos de Nueva York a don Joaquín Gutiérrez, cuya familia tenía alta reputación en Mérida, y quien, para mi sorpresa, hablaba inglés tan correctamente como nosotros El había frecuentado la sociedad en Europa y los Estados Unidos, y, como buen ciudadano, había regresado a casarse con una de las señoritas y bellezas de su propia tierra Su familia era de Mérida, pero él mismo residía en Campeche, y, como era un prominente centralista, había abandonado aquella ciudad a causa del bloqueo de los federalistas, y por temor a los excesos que pudieran ser cometidos contra las personas aborrecibles, dado el caso que la plaza cayera en sus manos De su residencia nos fuimos a la plaza para ver la procesión Después de aquellas que habíamos visto en Guatemala esta era inferior, y no tenía diablos; pero la reunión de la gente bajo la enramada y en los corredores presentaba un bello espectáculo Había un gran grupo de indígenas, hombres y mujeres, la raza más bien parecida que habíamos visto, y todos estaban limpiamente vestidos En toda la reunión no había una sola prenda de vestir que no estuviera aseada ese día, y se nos refirió que cualquier indio que por suma pobreza no pudiera aparecer con un

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

traje adecuado aquella mañana, sería bastante orgulloso para presentarse de otro modo Las indias eran realmente hermosas; todas estaban vestidas de blanco, con un ribete rojo alrededor del cuello, en las mangas y en la orilla de sus vestidos, y sus rostros presentaban una expresión de dulzura, satisfacción y amabilidad; las damas de la clase alta estaban sentadas bajo las enramadas frente a las puertas de las casas y a lo largo de los corredores, elegantemente ataviadas, sin sombrero, y con velos o flores en el cabello, combinando una elegancia en la apariencia con la sencillez de maneras que presentaba casi una escena de poética belleza; y ellas ostentaban un espíritu de alegría libre de preocupaciones, tan distinto de los inquietos rostros de Guatemala, que parecían como lo que Dios había dispuesto que fueran; felices En verdad, en este lugar no había sido penoso el cumplir con la condición para la compra de Palenque; aunque tal vez algo del efecto de esta viva impresión haya sido sólo el resultado del a comparación

Después de la procesión don Joaquín propuso que visitáramos al obispo o a una señora que tenía una hija hermosa El obispo era el hombre más importante en Mérida y vivía en el más faustoso estilo; pero, decididos a sacar el mejor provecho de nuestro día en Mérida, escogimos la otra rama de la alternativa Por la tarde, sin embargo, fuimos a visitarlo Su palacio estaba contiguo a la catedral, y frente a la puerta había una gran cruz; la entrada se hacía por un patio con dos filas de corredores Subimos a una segunda escalera, y entramos a una antecámara, donde fuimos recibidos por un empleado bien vestido, quien notificó al obispo de nuestra llegada, y poco después nos condujo a través de tres soberbios salones con elevados cielos y alumbrados con lámparas, en uno de los cuales había un sitial cubierto con damasco rojo, que subía sobre el muro de atrás hasta formar dosel. Desde el último salón se abría una puerta que daba a una amplia habitación elegantemente amueblada como dormitorio, en uno de cuyos rincones estaba una gran jofaina de plata con pichel del mismo metal; y en el centro, no movible o no muy fácil de mover, sentado el obispo, un hombre de varios pies de circunferencia, muy bien vestido, y en una silla hecha a propósito, rellena y forrada de tafilete rojo, que ni lo oprimía ni lo dejaba rodar, con una larga y bien asegurada pieza salidiza como orejera a cada lado para detenerle la cabeza durante la **siesta**. Estaba provista de brazos del ancho suficiente para sostener libros y papeles, y parecía la obra de un hombre de ingenio Las líneas del rostro del obispo, sin embargo, indicaban un hombre de elevados sentimientos y carácter, y su conversación confirmaba la impresión. El era centralista y gran político; y hablaba de cartas generales, de sitios, de bloqueos y de batallas, en un tono que recordaba el vivo retrato de algún sacerdote guerrero o Gran Maestre de los Templarios En resumen, él nos dijo que su influencia, su casa y su **mesa** estaban a nuestro servicio, nos suplicó que señaláramos un día para comer con él, y dijo que invitaría a algunos amigos para que estuviesen con nosotros Habíamos tenido muchas aflicciones durante nuestro viaje y no fue la menor el declinar esta invitación; pero abrigábamos alguna esperanza de que podríamos compartir su hospitalidad a nuestro regreso de Uxmal.

Del palacio del obispo nos fuimos al teatro, un amplio edificio construido expresamente para el objeto, con dos hileras de palcos y un lunetario La fila superior de palcos era privada. La prima donna era una dama que se sentaba junto a mí en el hotel a la hora de la comida; pero yo tuve mejor ocupación que atender al espectáculo, en conversar con damas que habrían agraciado cualquier círculo social Una de baile en una casa de campo inmediata a la ciudad dentro de pocos días, y el renunciar a éste fué una prueba más dura que la pérdida de la comida del obispo En todo caso, la noche en el teatro completó la satisfacción del único día que pasamos en Mérida, de modo que él queda impreso en mi memoria como un vivo alivio a meses de melancolía.

A la mañana siguiente, a las seis y media salimos, a caballo para Uxmal, acompañados por un criado del señor Peón, con indios por delante, uno de los cuales llevaba una carga no provista por nosotros, en la que se veía una caja de clarete. Al salir de la ciudad entramos en un camino llano y pedregoso, que semejaba un lecho de piedra caliza, cortado a través de un bosque de árboles achaparrados A la distancia de una legua vimos por entre un claro de los árboles una gran hacienda perteneciente a la familia Peón, cuya entrada se hacía por una gran puerta que daba a un corral de ganado La casa estaba construida de piedra y tenía un frente de más o menos ciento cincuenta pies, con una arcada que corría por todo el largo Se hallaba elevada alrededor de 20 pies, y al pie había un abrevadero que se extendía por todo el largo, como de diez pies de ancho y de igual profundidad, lleno de agua para el ganado A la izquierda quedaba una escalera con gradas de piedra, que conducía a una plataforma también de piedra, sobre la cual se hallaba situada la hacienda. Al extremo de esta estructura había un depósito artificial o tanque, también construido de piedra y cementado, como de ciento cincuenta pies en cuadro, y quizá de veinte pies de hondo Al pie de la muralla del tanque había una plantación de **henniken** (henequén), una especie de áloe, de cuyas fibras se hace el cáñamo. El estilo de la casa, la firme y substancial calidad del depósito, y su aparente valor, le daban un imponente carácter a la hacienda.

En este lugar nos dejaron nuestros indios cargadores y tomamos otros de la hacienda, con quienes continuamos tres leguas más adelante hasta otra hacienda de la familia, de muy parecido carácter, donde paramos para desayunarnos Pasado esto, nos pusimos nuevamente en marcha, y por entonces ya el calor era desesperante

El camino era muy áspero, sobre un lecho de piedra escasamente cubierto, con terreno apenas suficiente para el crecimiento de mezquinos árboles; nuestras sillas eran de un nuevo estilo, y de lo más doloroso y difícil de soportar para aquellos no acostumbrados a ellas; el calor era muy opresivo; y las leguas muy largas, hasta que llegamos a otra hacienda, un vasto, irregular montón de edificios de piedra gris obscuro, que podría haber sido el castillo de un barón germano en la época feudal. Cada una de estas haciendas tenía un nombre indígena; ésta se llamaba la hacienda de **Vayalquex**, y fué la única de la cual doña Joaquina, al hablar de nuestra ruta, había hecho alguna mención especial La entrada se hacía por una gran puerta de piedra con un remate piramidal, que daba a una larga calle, a la derecha de la cual estaba un cobertizo, construido por don Simón después de su regreso de los Estados Unidos, como una cordelería para la manufactura del cáñamo producido en su hacienda; y había cierto arreglo que contribuía mucho al efecto, y el cual no observé en ninguna otra parte: el corral y los tanques se hallaban hacia un lado y fuera de la vista Nos apeamos bajo la sombra de majestuosos árboles al frente de la casa, y subimos por una escalera de anchas gradas de piedra hasta un corredor de treinta pies de ancho, con amplios esterados, que podían enrollarse o bajarse como un toldo para protección contra el sol y la lluvia. Por un lado el corredor seguía rodeando al edificio, y por el otro lado conducía a la puerta de una iglesia que tenía encima una gran cruz, y el interior ornamentado con imágenes como las iglesias en los pueblos, para los habitantes de la hacienda Tenía mil quinientos indios residentes, ligados al patrón por una especie de feudal tenencia Como amigos del amo y acompañados por un sirviente de la familia, todo estaba a nuestra disposición

Inesperadamente habíamos caído en un estado de cosas nuevo y singular. La península de Yucatán, si-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tuada entre las bahías de Campeche y de Honduras, es una vasta planicie. El Cabo Catoche, el punto más nordeste de la península, dista cincuenta y una leguas de San Antonio, la extremidad occidental de la Isla de Cuba, la cual se supone que en una época remota ha de haber formado parte del Continente Americano La tierra y la atmósfera son extremadamente secas, a lo largo de toda la costa, desde Campeche hasta el Cabo Catoche, no existe una sola corriente o manantial de agua dulce El interior se halla en las mismas condiciones; y el agua es la más valiosa propiedad en la región Durante la época de lluvias, desde Abril hasta fines de Octubre, hay una superabundante cantidad; pero el ardiente sol de los próximos seis meses reseca la tierra, y a no ser que el agua fuera conservada, el hombre y las bestias perecerían, y la región se vería despoblada De ahí que toda la energía y riqueza de los dueños de tierras sean puestas en acción para conseguir abastecimientos de agua, pues sin ella los terrenos no valdrían nada Con este propósito cada hacienda tiene grandes tanques y cisternas, construidos y mantenidos con fuertes gastos, para proveer de agua durante seis meses a todos los que dependen de ella, y esto crea una relación con la población indígena que coloca al propietario poco más o menos en la posición de un señor bajo el antiguo sistema feudal

En virtud del acta de independencia, los indios de México, lo mismo que la población blanca, quedaron libres Ningún hombre puede comprar ni vender a otro, cualquiera que sea el color de su piel; mas como los indios son pobres, manirrotos y desprevenidos, y nunca miran más allá de la hora presente, se ven obligados a engancharse a alguna hacienda que pueda suplir sus necesidades; y, en recompensa por el privilegio de usar el agua, se someten a ciertas obligaciones de servicio al patrón, que coloca a éste en una posición señoril; y este estado de cosas, nacido de la condición natural de la región, no existe, yo creo, en ninguna parte de Hispano-América excepto en Yucatán Cada hacienda tiene su mayordomo, que cuida de todos los detalles de la administración de la finca, y en ausencia del amo es su virrey, y tiene los mismos poderes sobre los residentes. En esta hacienda el mayordomo era un joven mestizo, y había llegado a su empleo de una manera fácil y natural casándose con la hija de su antecesor, quien tenía justamente la suficiente sangre blanca para elevar la estupidez de un rostro indígena a uno de suavidad y de dulzura, y sin embargo tuve la impresión de que él pensaba tanto en el empleo que había obtenido por su mediación como en ella misma.

Habría sido una gran satisfacción el pasar varios días en esta señoril hacienda; pero no esperando ninguna cosa que nos interesara en el camino, le habíamos rogado a doña Joaquina que nos llevaran con celeridad, y el criado nos informó que las órdenes de la señora eran de conducirnos a otra hacienda de la familia como a dos leguas más adelante, para dormir Por el momento nos hallábamos sumamente faltos de deseos de salir a causa de la gran fatiga del viaje que acabábamos de hacer. Sugirió el criado al mayordomo que llamara un coche, lo que éste dijo que haría si nosotros lo deseábamos. Hicimos algunas preguntas, y dijimos, sin vacilar y perentoriamente, en efecto: "Vaya a llamar un coche y que se llame un coche" El mayordomo subió por una escalera de gradas de piedra a un lado del campanario de la iglesia, adonde nosotros le seguimos; y, girando en derredor con un movimiento y tono de voz que nos hizo recordar a un musulmán en un minarete llamando a los fieles a la oración, llamó un coche El techo de la iglesia, y el de toda la aglomeración de edificios anexos, era de piedra cementada, firme y fuerte como un pavimento El sol batía intensamente sobre él, y durante varios minutos todo quedó en silencio Al fin vimos a un solo indio trotando a través del bosque hacia la hacienda, luego dos juntos, y al cabo de un cuarto de hora ya había veinte o treinta Estos eran los caballos; los coches estaban todavía creciendo en los árboles Seis indios fueron seleccionados para cada coche, quienes con pocos minutos de usar el machete, cortaron una porción de palos que subieron al corredor para convertirlos en coches Esto se hizo, primero, colocando en el suelo dos palos casi del grueso de la muñeca de un hombre, de diez pies de largo y separados a tres pies uno de otro Luego se aseguraron con palos cruzados y amarrados con cuerdas de cáñamo sin hilar, como a dos pies de cada extremo; entre los palos se aseguraron hamacas de yerba, se encorvaron arcos sobre ellas, cubriéndolos con livianos petates, y los coches quedaron listos Pusimos nuestros ponchos en la cabecera como almohadas, nos arrastramos hacia dentro y nos recostamos Los indios se quitaron las camisas cortas de algodón que les cubrían el pecho y las amarraron alrededor de sus **petates** (sombreros) como cinta del sombrero Cuatro de ellos levantaron cada coche, y colocaron los extremos de los palos sobre pequeñas almohadillas en sus hombros Nos despedimos del mayordomo y de su mujer, y, pies para adelante, bajamos las gradas y nos pusimos en marcha al trote, mientras un indio nos seguía conduciendo los caballos Con el gran alivio que experimentamos se nos olvidaron nuestros primeros escrúpulos de usar a los hombres como bestias de carga Ellos no estaban molestos con ningún sentimiento de oprobio o humillación, y el peso no era mucho No había montañas; solamente algunas pequeñas desigualdades que mantenían la cabeza más baja que los talones, y ellos rara vez tropezaban De esta manera nos llevaron cerca de tres millas, y en seguida nos colocaron suavemente en el suelo Lo mismo que los indios en Mérida, eran de una raza bien parecida, con una buena expresión en el semblante, alegres y aun risueños en su trabajo Se divirtieron con nosotros porque no podíamos hablar con ellos No hay diversidad de lenguas en Yucatán; el maya es universal, y lo hablan todos los españoles

Habiéndose enjugado el sudor y descansado, nos levantaron otra vez; y, arrullado por el suave movimiento y el monótono compás de los pies de los indios en los oídos, caí en una modorra, de la cual fuí despertado al parar frente a una puerta, a cuya entrada me encontré con que estábamos avanzando hacia una fila de edificios de piedra blanca, situados en una elevación como de veinte pies de altura, la que por medidas posteriores encontré que tenía trescientos sesenta pies de largo, con un imponente corredor que se extendía por toda su longitud; y hacia el extremo derecho del edificio la plataforma continuaba cien o doscientos pies, formando la superficie de una cisterna, sobre la cual había una noria con largos brazos; y unas indias, vestidas de blanco, se movían alrededor en círculo, sacando agua y llenando sus cántaros Esta se llamaba la hacienda de **Mucuyche.** Nosotros entramos, como de costumbre, atravesando un gran corral Al pie de la estructura donde estaba el edificio y extendiéndose casi por todo el largo, había un gran tanque de piedra como de ocho o diez pies de ancho, y de la misma profundidad, lleno de agua Nos hicieron subir una plataforma inclinada de piedra casi en el centro de la fila de edificios, la cual se componía de tres distintas series, dada una de ciento veinte pies de frente En la de la izquierda se hallaba la iglesia, cuya puerta estaba abierta, y un indio viejo encendía candelas para los rezos de la tarde Enfrente, metidas un poco atrás, estaban las habitaciones del mayordomo, y al otro extremo de la fila la mansión del amo, en cuyo corredor nos depositaron, y salimos arrastrándonos de nuestros coches Había algo monstruosamente aristocrático en ser transportados en hombros de los moradores de una hacienda como la que habíamos dejado hasta esta soberbia aglomeración de edificios Toda la apariencia de las cosas daba la idea de una residencia campestre en una escala de espléndida hospitalidad, y sin embargo supimos, para nuestro asombro,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

que la mayor parte de la familia jamás la había visto El único que la visitaba de vez en cuando era el hijo que la tenía a su cargo, y llegaba sólo por unos cuantos días a ver cómo marchaban las cosas y a examinar las cuentas del mayordomo La fila se componía de una sola serie de habitaciones, una en el centro como de ochenta pies de largo, y una en cada lado, con comunicación, como de cuarenta pies de largo cada una, y el majestuoso corredor que se extendía a lo largo de todo el frente y por detrás.

Todavía disponíamos de una hora de luz natural, que yo podía haber empleado muy satisfactoriamente en el lugar, pero el criado nos instaba a que fuéramos a ver el cenote. Nosotros no teníamos idea de lo que era un cenote, y Mr C, encontrándose muy fatigado, se dejó caer en una hamaca; pero no queriendo perder nada en donde todo era extraño e inesperado, yo seguí al sirviente, pasé sobre la cubierta de la cisterna, cementada tan dura como piedra, avancé hasta un tanque abierto construido de piedra y cementado por dentro y por fuera, como de ciento cincuenta pies en cuadro y veinte de hondo, lleno de agua, en donde veinte o treinta indios estaban nadando, y, descendiendo hasta la base del tanque, a una distancia como de cien yardas llegamos a una gran abertura en el suelo, con una ancha escalera de más de cincuenta gradas, y al descender por ellas ví, inesperadamente, un espectáculo tan extraordinaria belleza, que hice regresar al criado a decir a Mr Catherwood que llegara hasta donde yo estaba sin tardanza, aunque lo llevaran en su hamaca Era esta una gran caverna o gruta, con un techo de quebrada y saliente roca, de altura suficiente para darle un aire de rudeza y grandiosidad, impenetrable a los rayos del sol a medio día, y en el fondo agua tan pura como el cristal, quieta y profunda, reposando sobre un lecho de roca blanca caliza Era aquello la verdadera creación de romance; un baño a propósito para Diana y sus ninfas Los poetas griegos jamás imaginaron escena tan hermosa Sería casi una profanación, pero a los pocos minutos nos encontrábamos nadando alrededor del rocoso estanque con sentimientos de pueril exultación, lamentando únicamente que semejante capricho de la naturaleza estuviese en un lugar donde tan pocos podrían gozar de sus bellezas En la finca de un noble en Inglaterra sería de un valor inapreciable El baño vigorizó de nuevo nuestros cuerpos Ya había entrado la noche cuando regresamos, las hamacas nos esperaban, y pronto nos sumergimos en un profundo sueño

CAPITULO 24

CONTINUACION DEL VIAJE — LLEGADA A UXMAL — HACIENDA DE UXMAL — MAYORDOMOS — AVENTURAS DE UN JOVEN ESPAÑOL — VISITA A LAS RUINAS DE UXMAL — PRIMERA OJEADA A LAS RUINAS — CARACTER DE LOS INDIOS — DETALLES DE LA VIDA EN UNA HACIENDA — UN CASO DELICADO — ENFERMEDAD DE MR CATHERWOOD — LA PARTIDA.

Al apuntar el día a la mañana siguiente, con nuevos indios y un guía a caballo, de la hacienda, renovamos nuestro viaje La superficie de la región era la misma: piedra caliza y árboles achaparrados Allí no había tierra suficiente para absorber el agua, que se convertía en pozas entre los huecos de las piedras. A las nueve de la mañana llegamos a otra hacienda más pequeña que la anterior, pero que aun tenía una apariencia señoril, en donde, como antes, las mujeres estaban sacando agua por medio de una rueda El mayordomo nos manifestó que se sentía muy honrado con nuestra visita y que todo su deseo era el servirnos, nos proporcionó otros indios y un guía Montamos de nuevo; muy pronto el sol se hizo intensamente ardoroso; había árboles para sombrearnos y sufrimos demasiado A las doce y media pasamos algunos montículos de ruinas un poco apartados del camino, pero el sol estaba tan abrasador que no pudimos parar para examinarlos, y a las dos de la tarde llegamos a Uxmal Poco me imaginé yo, cuando hice conocimiento de mi modesto amigo en el hotel español de la calle de Fulton, que caminaría más de cincuenta millas en las propiedades de su familia, transportado por sus indios, y desayunando, comiendo y durmiendo en sus señoriles haciendas, mientras que la ruta escogida para nuestro regreso nos conduciría a otras, una de las cuales era más grande que ninguna de las que habíamos visto La familia Peón, bajo el dominio español, había dado gobernadores a la provincia de Yucatán. Al declararse la independencia, su jefe actual, un celoso realista, se retiró disgustado de toda clase de cargos, y todas las grandes propiedades de la familia fueron administradas por la señora doña Joaquina Por desgracia, don Simón se había ido para Mérida, y nos habíamos cambiado en el camino Por otra parte, debido al ardor del sol y a nuestras toscas monturas, llegamos al fin de esta marcha triunfal en una condición de terrible cansancio y desesperación, y quizá nunca nos apeamos más completamente cansados y molestos

La hacienda de Uxmal estaba construida de piedra gris obscuro, más ruda en apariencia y estilo que cualquiera de las otras, con un aspecto de mayor antigüedad, y desde lejos semejaba un viejo castillo baronial Un año antes ésta había sido donada a don Simón por su padre, y él le estaba haciendo grandes reparaciones y aumentos al edificio, aunque, como su familia nunca la visitaba, y él sólo por unos días de vez en cuando, yo no pude comprender con qué propósito Tenía su corral enfrente, con tanques de agua alrededor, algunos de ellos cubiertos de verde vegetación, y se experimentaba allí una insalubre sensación de humedad. Tenía, también, su iglesia, que contenía una imagen de "Nuestro Señor", reverenciada por los indios de todas las haciendas alrededor, cuya fama había llegado hasta los criados de la familia en Mérida, y la cual fué el primer objeto que atrajo la atención de nuestro guía Toda la hacienda se puso inmediatamente a nuestra disposición; pero, rendidos por el calor y la fatiga, recurrimos sin dilación a nuestras hamacas

La hacienda tenía dos mayordomos: uno era un mestizo que entendía la lengua y los negocios, y en el otro encontramos a un conocido, o, a lo menos, así lo parecía, porque en la época que salimos de Nueva York era camarero en el restaurante de Delmónico Fué un singular encuentro en este apartado lugar, el ser puesto en estrecha conexión con este bien conocido restaurante, que en aquel país parecía la morada del arte y la fuente de la felicidad El era un joven español de Cataluña que, habiendo tomado parte en alguna frustrada revolución en compañía de un amigo, estando a punto de ser descubiertos, huyeron para Cuba, desde donde, sin una peseta en el bolsillo, se escaparon para Nueva York Ignorantes del idioma, sin medios para conseguir la subsistencia, ambos fueron recibidos por Delmónico como camareros en su restaurante, donde el amigo subió a ser primer chocolatero; pero él languidecía como simple criado cuando don Simón le propuso que se fuera a Uxmal Sin saber hacia dónde iba, salvo que era para alguna parte de Hispano-América, o cuál iba a ser su ocupación, se encontró en un lugar retirado, rodeado de indios cuya lengua no podía entender, y sin tener a su lado con quién poder cruzar una palabra, excepto con el mayordomo Estos mayordomos forman una clase en Yucatán a la cual hay que vi-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

gilar con atención A semejanza del criado escocés que pide acomodo, no se muestran escrupulosos con respecto al salario, y se dan por satisfechos con todos los pequeños negocios que pueden hacer en la hacienda Esta es la condición de la mayor parte de los mayordomos; y la posición del joven, que era blanco, inteligente y honrado, podría ofrecerle ventajas en aquel país, puesto que don Simón pensaba darle, tan pronto como comprendiera los negocios, una superintendencia sobre los mayordomos de tres o cuatro haciendas; pero, desgraciadamente, él carecía de energía, sentía la necesidad del trato social y, lamentando la soledad de su situación, recordaba las escenas de placer con su amigo y otros camareros, y en Uxmal hablaba de la ópera; y cuando, a la hora de la comida, nos presentaba un cuadro vivo de la cantina de Delmónico, simpatizábamos cordialmente con él

Por la tarde, descansados y refrescados, salimos a dar un paseo por las ruinas. La senda atravesaba por un majestuoso pedazo de bosque, en el cual había muchas veredas, y nuestro guía indio perdió su camino Mr C, que se hallaba indispuesto, regresó a la hacienda Nosotros tomamos otro camino, y, emergiendo repentinamente del bosque, para mi asombro salimos de súbito sobre un extenso campo abierto tachonado con montículos de ruinas, y vastos edificios sobre terrazas, y estructuras piramidales, grandiosos y bien preservados, ricamente ornametnados, sin un arbusto que obstruyese la vista, y de un efecto pintoresco casi igual a las ruinas de Tebas; porque éstas, situadas en el plano del Nilo, y extendiéndose sobre ambos lados del río, en ninguna parte aparecen en conjunto a la vista Tal fué el informe que yo dí a Mr Catherwood a mi regreso, quien, tendido en su hamaca, indispuesto y falto de espíritu, me dijo que eran fábulas; pero temprano a la mañana siguiente estábamos en el campo, y su comentario fué que la realidad superaba a mi descripción

El lugar del cual ahora estoy hablando fué sin duda alguna en otros tiempos una ciudad grande, populosa y altamente civilizada, y el lector en ninguna parte puede hallar una palabra relativa a ella en página alguna de la historia Quiénes la edificaron, por qué se fué situada en aquel lugar, lejos del agua y de cualquiera otra de las ventajas naturales que han determinado el sitio de las ciudades cuya historia es conocida, qué condujo a su abandona y destrucción, nadie puede decirlo El único nombre por el cual se le conoce es el de la hacienda en que está situada En el más antiguo título perteneciente a la familia Peón, que viene desde hace ciento cuarenta años, se refiere a los edificios, en los linderos de la finca, como **Las Casas de Piedra.** Este es el único antiguo documento o memoria existente en donde se menciona el lugar en todo caso, y allí no hay tradiciones salvo las salvajes supersticiones de los indios con respecto a ciertos edificios Todas las ruinas han sido despejadas, durante el último año los árboles fueron derribados y quemados, y todo el campo de ruinas se hallaba a la vista, circundado por el bosque y plantado de maíz

Pasamos un día de lo más interesante y laborioso, y por la tarde regresamos a la hacienda a madurar nuestros planes para una completa exploración, pero, desgraciadamente, durante la noche Mr Catherwood, creo que afectado por la inmensidad del trabajo, tuvo un violento ataque de fiebre, que le siguió hasta por la mañana, con todos los síntomas de una seria enfermedad

Era lunes, y muy de madrugada todos los indios de la hacienda, de acuerdo con su compromiso con el patrón, presentáronse a recibir instrucciones del mayordomo para el trabajo del día. Como yo me quedé en los alrededores de la casa, tuve una oportunidad para conocer algo de la disciplina de una hacienda y del carácter de los indios

La hacienda de Uxmal es de diez leguas o treinta millas en cuadro, pero sólo se cultiva una pequeña parte, y el resto es un mero campo de pastura para el ganado Los indios se dividen en dos clases: **vaceros** (vaqueros) o cuidadores del ganado, que reciben doce dólares por año, con cinco almudes de maíz a la semana; y labradores, que también se llamaban **luneros,** por su compromiso, en consideración a que beben el agua de la hacienda, de trabajar para el patrón sin paga el lunes Estos últimos los constituyen la gran mayoría de los indios; y, además de su obligación de trabajar los lunes, cuando se casan y tienen familia, y, por supuesto, necesitan de más agua, están obligados a limpiar, sembrar y cosechar veinte **micates** (mecates o cuerdas) de maíz para el amo, siendo cada **micate** de veinticuatro yardas en cuadro Cuando tocan la campana de la iglesia cinco veces, cada indio tiene la obligación de ir sin dilación a la hacienda, y, por un **real** al día y una ración de maíz por valor de tres centavos, hacer cualquier trabajo que el amo o su delegado, el mayordomo, le ordene La autoridad del amo o su delegado sobre éstos es absoluta El arregla todas las disputas entre los mismos indios, y castiga las ofensas, actuando de dos modos: como juez y ejecutor Si el mayordomo castiga a un indio injustamente, éste puede quejarse a su amo; y si el amo rehusa hacerle justicia, o él mismo castiga a un indio sin razón, éste puede solicitar su retiro No tiene obligación de permanecer en la hacienda a menos que le deba al amo; y es la deuda la que prácticamente lo ata de pies y manos Todos los indios son descuidados, piden su jornal adelantado, jamás tienen en reserva provisiones para dos días, y nunca llevan cuenta alguna De ahí que un amo malo pueda siempre mantenerlos endeudados, y generalmente están así en realidad Si se encuentra en aptitud de pagar la deuda, el indio tiene derecho a retirarse inmediatamente, pero si no, el amo está obligado a darle un escrito para el efecto siguiente: "Cualquiera persona que quiera recibir al indio llamado Fulano de Tal, puede tomarlo, bajo la condición de pagarme lo que él me debe" Si el amo rehusa darle este papel, el indio puede quejarse a la justicia Cuando lo ha obtenido, recorre las diferentes haciendas hasta que encuentra un propietario que quiera comprar la deuda, hipotecando así su persona hasta que la deuda quede cancelada Se arreglo la cuenta, y el amo da al indio un escrito de este tenor "Estando arreglada la cuenta de mi antiguo sirviente Fulano de Tal, que suma veinte dólares, y habiéndome pagado dicha deuda, yo, su amo actual, le extiendo este recibo"; y con esto entra él al servicio de un nuevo amo No hay sino muy poca esperanza de que jamás salgan de la más pequeña deuda Nunca trabajan con el único fin de librarse de ella, consideran todo lo que llevan encima indisputablemente ganado, y virtualmente, desde la fecha en que reciben su primer dólar, pasan la vida en cautiverio, que varía sólo por un ocasional cambio de amos En general son moderados, amables, y muy dóciles; no son maliciosos; y cuando a uno de ellos se le azota y se le cruza a caldenales, con lágrimas en los ojos hace una reverencia al mayordomo, y le dice: **"buenas tarde, señor".** Pero requieren ser tratados con rigor y mantenidos a distancia; son variables, y enteramente criaturas impulsivas; y un mal indio o un mal mestizo puede arruinar toda una hacienda Han heredado toda la indolencia de sus antepasados, son apegados a sus antiguas costumbres, y no quieren que se les enseñe nada nuevo Don Simón había intentado introducir mejoras en agricultura, pero en vano; ellos no pudieron trabajar sino en su propio modo antiguo Don Simón llevó de los Estados Unidos la mantequilla usual, y se propuso introducir la elaboración de mantequilla y queso; pero los indios no pudieron aprender el modo de manejarla, las mantequilleras quedaron arrinconadas, y cientos de vacas vagando por el bosque sin ordeñar. El amo no está obligado a mantener al indio cuando está enfermo, aunque como él saca provecho de su trabajo, está en su interés el hacerlo así; y, desde un punto de vista más amplio, como su objeto es siempre aumentar sus

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

labradores, le conviene tratarlos de tal modo que adquiera entre los indios la fama de buen amo

Durante el curso de la mañana visité muchas de las chozas de los indios Estaban construidas en una forma oblonga, de palos redondos sembrados verticalmente en el suelo y techadas con bálago, y algunas parecían cómodas y aseadas Todos los hombres estaban afuera en el trabajo, y todo el día había una procesión de mujeres con vestidos de tela blanca, moviéndose desde la entrada hasta el pozo y sacando agua Era grato el encontrar que el casamiento se consideraba propio y conveniente, conduciendo al buen orden y economía con seguridad, y probablemente a la felicidad individual Don Simón, lo fomentaba; a él no le gustaba tener ningún hombre soltero en su finca, y hacía que todo indio joven de edad apropiada tomase para sí una mujer Cuando, como a menudo acontecía, el indio, en tono suplicante le decía: **"No tengo mujer"**, don Simón buscaba en la hacienda y le proporcionaba una En su última visita arregló cuatro casamientos, y el día anterior a nuestra llegada el mayordomo de Delmónico se había ido al pueblo más cercano acompañando a las parejas y a pagar al padre para que los casara al precio de trece chelines por cada una Tuvo miedo de confiarles el dinero, por temor de que lo gastaran y que no se verificaran los matrimonios

El viejo procedía enérgicamente al poner en práctica las miras de su amo en este importante asunto, y ese día se le presentó un caso delicado Una muchacha india se quejó contra una mujer casada por calumnia Dijo que ella tenía compromiso de casarse con un muchacho a quien amaba y que él la correspondía, que la mujer casada le había injuriado su honrada fama divulgando que ella se encontraba ya en "estado interesante"; que aquella se lo había contado al muchacho, diciendo que todas las mujeres de la hacienda lo notaban, y que se mofaban de él por casarse con semejante muchacha; y ahora, decía ésta, el muchacho ya no la quería La mujer casada estaba apoyada por un muchedumbre de testigos, y podía admitirse que las apariencias estaban muy en contra de la demandante, pero el viejo mayordomo, sin investigar los méritos por cierto, decidió en su favor con amplias miras Indignado de que se estorbara un casamiento, se volvió a la mujer casada diciéndole: ¿Qué te importa a tí? ¿Con qué derecho te entremetes? Y si fuera cierto, esto no es de tu cuenta Quizá ya el muchacho lo sabía y tendría parte en el asunto, y aún pensaría casarse con la muchacha, y habrían podido vivir dichosos si no fuera por tu mala lengua; y, sin más ni más, sacó un látigo de cuero cortado en largas tiras, y con gran vigor comenzó a aplicarlo a las espaldas de la indiscreta comunicadora de importunas noticias Concluyó con un airado sermón en contra de las entremetidas, y luego contra las mujeres en general, quienes, dijo él, promovían todas las dificultades en la hacienda, y que si no fuera por ellas los hombres se estarían bastante quietos Las mujeres de la hacienda se quedaron estupefactas ante este inesperado giro de las cosas, y al ser el caso rechazado, todas se agolparon alrededor de la víctima y se fueron con ella, prodigándole el consuelo que podían La muchacha se retiró sola, los corazones de su sexo estaban acerados en su contra; en la vida salvaje como en la civilizada,

"Every yo a tear may claim,
Except an erring sister's shame".

Por la tarde abandonó la fiebre a Mr Catherwood, pero dejándolo en un estado de suma debilidad La hacienda era insalubre en aquella estación, las grandes altesas y tanques de agua alrededor de la casa estaban verdes, y, con los costumbrados aguaceros de la tarde, ocasionaban fiebres fatales La salud de Mr Catherwood estaba ya seriamente quebrantada En verdad, yo me puse alarmado, y consideré que era indispensable para él abandonar la hacienda y el país también, si era posible Para llevar a cabo mis otros planes de todos modos pensábamos volver Hicimos el cálculo que, saliendo a la mañana siguiente, podríamos alcanzar al bergantín español a tiempo para embarcarnos rumbo a La Habana, y en diez minutos de consult determinamos partir y dirigirnos a nuestra patria Inmediatamente comunicamos nuestro propósito al mayordomo, quien subió al campanario de la iglesia y llamó un coche para que estuviera preparado a las dos de la mañana del siguiente día

CAPITULO 25

LAS RUINAS DE UXMAL — UN EDIFICIO ELEVADO — ESPLENDIDA VISTA DESDE SU ENTRADA — RAROS ORNAMENTOS ESCULPIDOS — OTRO EDIFICIO, LLAMADO POR LOS INDIOS LA CASA DEL ENANO — UNA LEYENDA INDIA — LA CASA DE LAS MONJAS — LA CASA DE LAS TORTUGAS. — LA CASA DE LAS PALOMAS — EL CUARTEL — FALTA DE AGUA — LA CASA DEL GOBERNDOR.— TERRAZAS — DINTELES DE MADERA — DETALLES DE LA CASA DEL GOBERNADOR — ENTRADAS — CORREDORES — UNA VIGA DE MADERA INSCRITA CON JEROGLIFICOS — PIEDRAS ESCULPIDAS, ETC.

Mientras tanto yo regresé para darle una mirada más a las ruinas La obra de Mr Waldeck sobre estas ruinas había aparecido antes que yo abandonara este país Fué dada a luz en París en edición de folio mayor, con ilustraciones caprichosa y hermosamente pintadas, y contiene el resultado de un año de residencia en Mérida y ocho días en Uxmal En la época de su visita, las ruinas se encontraban cubiertas de árboles, los cuales el año pasado fueron derribados, y ya todo estaba despejado y expuesto a la vista Al intentar hacer una descripción de estas ruinas, tan vasto es el trabajo que se me presenta que no sé por dónde comenzar Interrumpidos en el mero punto de partida de nuestras labores, me hallo incapacitado para dar un plano general; pero, afortunadamente, todo el campo era llano, descubierto de árboles, y quedaba a plena vista de una sola vez A la primera ojeada grabóse indeleblemente en mi memoria, y el único día de trabajo de Mr Catherwood estuvo bien empleado

El primer objeto que atrae la mirada al salir de la floresta es el edificio representado a mano derecha en el grabado del frente (fig Nº 34) Distraída por montículos de ruinas y por montones de gigantescos edificios, la mirada se vuelve y de nuevo se fija en esta elevada estructura. Fué el primer edificio adonde entré Desde su portal de enfrente conté diez y seis elevaciones, con los muros hendidos y montones de piedras, y vastos y magníficos edificios, que a esa distancia parecían intocados por el tiempo y desafiar la ruina Estaba yo en la puerta cuando el sol declinaba, proyectando desde los edificios una inmensa sombra, obscureciendo las terrazas donde estaban situados y presentando una escena tan singular que parecía obra de encanto

El edificio es de sesenta y ocho pies de largo. La elevación en donde se halla está construida sólidamente desde el llano, y es enteramente artificial Su forma no es piramidal, sino oblonga y redondeada, y tiene doscientos cuarenta pies de largo en la base y cien-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

to veinte de ancho y está protegida en todo el contorno, hasta la propia cima, por una muralla de piedras cuadradas Quizá las elevadas estructuras de Palenque, que nosotros hemos llamado piramidales, y que se encontraban tan arruinadas que no pudimos llegar a comprenderlas con exactitud, serían en su origen de la misma forma Sobre el costado oriental de la estructura hay una ancha escalinata con gradas de piedra como de ocho a nueve pulgadas de alto, y tan empinada que se necesita gran cuidado para el ascenso y el descenso; de éstas nosotros contamos ciento una en su lugar En la cumbre faltaban nueve y quizá veinte estaban cubiertas de escombros en la base En la parte superior de las gradas se encuentra una plataforma de piedra de cuatro pies y medio de ancho, que se extiende a lo largo de la parte posterior del edificio No hay puerta en el centro, pero en cada uno de los extremos una puerta da entrada a un aposento de diez y ocho pies de largo y nueve de ancho, y en medio de las dos hay un tercer aposento de la misma anchura, y de treinta y cuatro pies de largo Todo el edificio es de piedra; por dentro, los muros están muy bien pulidos, por fuera, arriba de la altura de la puerta, las piedras son planas y cuadradas; sobre esta línea hay una primorosa corniza o moldura, y desde ésta hasta la cima del edificio, todos los costados se encuentran cubiertos de preciosos y elaborados ornamentos esculpidos que forman una especie de arabesco El estilo y carácter de estos ornamentos era enteramente distinto de cualquiera de los que hasta aquí habíamos visto, ya sea en ese país o en otro alguno; no tenía ninguna semejanza con los de Copán o de Palenque, y eran enteramente únicos y peculiares Los diseños eran raros e incomprensibles, muy esmerados, algunas veces grotescos, pero a menudo sencillos, de buen gusto y hermosos Entre los objetos inteligibles hay cuadros y rombos, con bustos de seres humanos, cabezas de leopardos, y composiciones de hojas y flores, y los ornamentos conocidos en todo el mundo con el nombre de grecas Los ornamentos, que se suceden uno a otro, son todos diferentes; el todo forma un extraordinario conjunto de primor y complejidad, y el efecto es grandioso y a la vez curioso Y la construcción de estos ornamentos no es menos peculiar y sorprendente que el efecto general No hay tabletas o piedras o simples, que representen cada una por sí misma un sujeto entero; sino que cada ornamento o combinación está compuesto de piedras separadas, sobre cada una de las cuales se halla esculpida una parte del asunto, y después colocada en su lugar en la pared Cada piedra, por sí misma, era una insignificante parte fraccionaria; pero colocada al lado de otras, contribuía a formar un todo, el que sin ella sería incompleto. Quizá podría llamársele, con propiedad, una especie de mosaico esculpido

Desde la puerta delantera de este extraordinario edificio, un pavimento de 22 pies de largo por quince de ancho, de duro cemento, conduce hasta el techo de otro edificio, situado más abajo sobre la estructura artificial, como se muestra en el grabado (fig Nº 34)

No existe escalera ni otra visible comunicación entre los dos; pero, descendiendo por un montón de escombros a lo largo del costado del más bajo, y buscando en la obscuridad alrededor de la esquina, entramos por una puerta al frente, de cuatro pies de ancho, y nos hallamos en el interior de una cámara de doce pies de altura, con corredores que se extienden por todo el ancho, de los cuales el del frente era de siete pies y tres pulgadas de fondo, y el otro de tres pies con nueve pulgadas Las paredes interiores eran de piedras cuadradas lisas y pulidas, y allí no había puerta interior o medio alguno de comunicación con cualquier otro lugar Por fuera, la puerta estaba sobrecargada de ornamentos, y todo el exterior era lo mismo que el del edificio ya descrito arriba Las gradas que conducían desde la entrada hasta el pie de la estructura se hallaban enteramente destruidas.

Los indios miran estas ruinas con supersticiosa reverencia No quieren acercarse a ellas de noche y conservan la antigua tradición de que un inmenso tesoro está escondido allí Cada uno de los edificios tiene un nombre que le han dado los indios Este se llama la **Casa del Enano,** y está consagrado por una leyenda extravagante, que, mientras estaba yo sentado en la puerta, recibí de los labios de un indio, como sigue

Había una vieja que vivía en una choza situada en el mismo lugar que ahora ocupa la estructura sobre la cual este edificio está sentado, y frente a la **Casa del** *Gobernador (de la cual se hará mención más adelante)*, quien se lamentaba porque no tenía hijos En medio de su aflicción un día tomó un huevo, lo cubrió con un paño, y lo depositó cuidadosamente en un rincón de la choza *Todos los días iba a verlo, hasta que* una mañana encontró el huevo empollado, y vió que había nacido una **criatura** La vieja quedó muy complacida, y le llamó su hijo, le buscó una nodriza y lo cuidó con esmero, de modo que al año ya andaba y hablaba como un hombre; pero entonces dejó de crecer La vieja estaba más encantada que nunca, y decía que con el tiempo él sería un gran señor o un rey Cierto día ella le ordenó que fuera a casa del gobernador a desafiarlo para una prueba de fuerza El enano trataba de evadirse, pero la vieja insistió y él por fin fué. *La guardia le permitió la entrada y lanzó su reto al* gobernador Este, sonriendo, le ordenó que levantara una piedra de tres arrobas, o sean setenta y cinco libras; el chicuelo regresó llorando adonde estaba su madre, quien le hizo volver para decir que si el gobernador la levantaba primero, que él lo haría en seguida El gobernador la levantó, y el enano inmediatamente hizo lo mismo El gobernador entonces le puso a prueba con otras suertes de fuerza y el enano siempre hacía todo lo que el gobernador hacía Por fin el gobernador, indignado al verse igualado por un enano, le dijo que, a menos que construyera en una noche una casa más elevada que cualquiera de las del lugar, lo mataría El pobre enano regresó otra vez llorando a decírselo a su madre, quien le rogó que no se desanimara, y a la mañana siguiente despertó y se encontró en este elevado edificio El gobernador, viéndolo desde la puerta de su palacio, quedó asombrado, mandó por el enano y le ordenó que recogiera dos manojos de **cogoiol**, una madera de las más duras, con uno cuales el gobernador le pegaría en la cabeza, y **después** el enano le correspondería con el otro Nuevamente el enano regresó con lágrimas en los ojos a unirse con su madre, pero ella le dijo que no tuviera miedo, y le puso sobre la coronilla una **tortillita de trigo** La prueba se verificó en presencia de todos los grandes hombres de la ciudad el gobernador quebró todo su *mazo sobre la cabeza del enano sin dañar al chicuelo en* lo más mínimo En seguida él procuró evadir la prueba en su propia cabeza; pero había dado su palabra en presencia de sus oficiales, y se vió obligado a someterse *El segundo golpe del enano* le hizo pedazos el cráneo, y todos los espectadores aclamaron al vencedor como su gobernante Luego después murió la vieja; pero en la aldea indígena de Maní, a diez y siete leguas de distancia, existe un pozo profundo, el cual da entrada a una cueva que conduce bajo tierra por una inmensa distancia hasta Mérida En esta cueva, a la orilla de una corriente y bajo la sombra de un árbol corpulento, se sienta una vieja con una serpiente a su lado, que vende agua en pequeñas cantidades, no por dinero, sino sólo por una **criatura** o infante para dar de comer a la serpiente; y esta vieja es la madre del enano Tal es la fantástica leyenda relacionada con este edificio; pero apenas me pareció más extraña que la estructura a que ella se refiere

El otro edificio indicado en el clisé, es llamado por un nombre que originalmente puede haber hecho alguna referencia a las vestales que en México se ocupaban en mantener encendido el fuego sagrado,

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

pero yo creo que en la lengua de los indios de Uxmal éste no hace referencia ninguna a la historia, tradición o leyenda, sino que se deriva enteramente de influencias españolas Se llama la **Casa de las Monjas, o El Convento** Está situado sobre una elevación artificial como de quince pies de altura Su forma es cuadrangular, y un lado, según mis medidas, tiene noventa y cinco pasos de largo. No era posible pasar por todo su contorno, por los montones de piedras caídas que lo obstruían en ciertos lugares, pero con seguridad puede decirse que tenía doscientos cincuenta pies en cuadro Lo mismo que la Casa del Enano, está construido enteramente de piedra tallada, y todo el exterior se encuentra lleno de los mismos suntuosos, complicados e incomprensibles ornamentos esculpidos

La entrada principal es por una gran puerta que da a un hermoso **patio,** cubierto de yerba, pero limpio de árboles, y todo el interior de la fachada está ornamentado más suntuosa y complicadamente que el exterior, y en un más perfecto estado de preservación Hacia un lado la combinación era en forma de rombos, sencilla, pura y de buen gusto; y en la parte principal del patio dos gigantescas serpientes, con las cabezas rotas y caídas, iban rodeando desde opuestas direcciones a lo largo de toda la fachada

Al frente y en línea con la puerta del convento, se encuentra otro edificio, sobre un fundamento más bajo, de idéntico carácter general, llamado **Casa de Tortugas,** por las tortugas esculpidas sobre la entrada Este edificio tenía en varios lugares enormes rajaduras, como si hubiera sido sacudido por un terremoto Se encuentra situado casi en el centro de las ruinas, y la cima domina una vista de todo el derredor, de singular pero arruinada magnificencia

Más allá de éste, un poco a la derecha, adonde se puede llegar pasando sobre montones de ruinas, estaba otro edificio, el cual a gran distancia llamó nuestra atención por sus conspicuos ornamentos Llegamos hasta él ascendiendo dos elevadas terrazas El edificio principal era similar a los otros, y a lo largo del techo se extendía un elevado muro ornamental que se le llamaba **Casa de Palomas,** y a cierta distancia más bien parecía un palomar que ninguna otra cosa

Enfrente había una ancha avenida, con una línea de ruinas a cada lado, que conducía más allá del muro del convento hasta un gran montón de ruinas, las que probablemente habían sido en otro tiempo un edificio con el cual estaba conectado; y más allá de éste hay un alto edificio en el fondo, del cual aquél parecía nada más que un vestíbulo o portería En medio de los dos había un gran **patio,** con corredores a cada lado y el suelo del patio sonaba hueco En un lugar la superficie estaba rota, y descendí a una gran excavación, cementada, que probablemente había sido destinada para granero En la parte posterior del patio, sobre una alta y derruida terraza, a la cual era difícil subir, había otro edificio más arruinado que los otros, pero el que, por el estilo de sus restos y su dominante posición, que sobrepasa a todos los otros edificios menos la Casa del Enano, y con apariencia de haber estado en comunicación con la distante masa de ruinas al frente, debe haber sido uno de los más importantes de la ciudad, quizá el templo principal Los indios le llamaban el **cuartel.** Desde allí se dominaban otras ruinas no contenidas en la enumeración de las que se veían desde la Casa del Enano; y el todo presentaba una escena de exótica magnificencia, que confundía enteramente cualquier previa noción con respecto a los habitantes aborígenes despertadas en igual grado por nada de lo que hasta aquí habíamos visto.

Había una rara circunstancia relacionada con estas ruinas Jamás se había descubierto nada de agua, ni existía allí un solo arroyo, fuente o pozo conocido por los indios, que estuviese más cerca que la hacienda, a milla y media de distancia. Las fuentes que abastecían de este elemento de vida habían desaparecido; las cisternas se habrían roto o secado las corrientes Esto, como más tarde supimos por don Simón, fué un asunto de gran interés para él, y le hacía estar particularmente ansioso de una completa exploración de las ruinas El suponía que la superficie de la región no había cambiado, y que en alguna parte bajo tierra deberían existir grandes pozos, cisternas o depósitos, que proveyeran de agua a los primitivos habitantes de la ciudad El descubrimiento de estos pozos o fuente en el desierto, o, más poéticamente, como el hallazgo de dinero. La provisión de agua sería ilimitada Innumerabels luneros podrían sacarla de allí, y la antigua ciudad se vería repoblada sin ningún nuevo gasto para hacer pozos o tanques

Mientras yo estaba haciendo el recorrido de estas ruinas, Mr. Catherwood prosiguió hasta la **Casa del Gobernador,** cuyo título, según el nombre que le dan los indios, indica el edificio principal de la antigua ciudad, la residencia del gobernador o casa real. Esta es la más grandiosa en apariencia, la más soberbia en arquitectura y proporciones, y la más perfectamente conservada de todas las estructuras que quedan en Uxmal

El grabado del frente (fig Nº 35), representa el plano horizontal, con las tres clases de terrazas en que está situado La primera terraza de seiscientos pies de largo y cinco de alto Está amurallada con piedra tallada, y en la superficie una plataforma de veinte pies de ancho, de la que se eleva otra terraza de quince pies de alto En las esquinas esta terraza está sostenida por piedras talladas, que tienen las caras redondeadas como para darle un mejor acabado que en ángulos agudos La gran plataforma de arriba es plana y limpia de árboles, pero abundante en toconcs verdes del bosque recién despejado, el cual estaba aroya sembiado, o, mejor dicho, dada su irregularidad, regado con maíz, que hasta el día solamente se levantaba a un pie del suelo En la esquina sudeste de esta plataforma hay una fila de columnas redondas de diez y ocho pulgadas de diámetro y tres o cuatro pies de alto, que se extiende más o menos a cien pies a lo largo de la plataforma; y éstas fueron las más aproximadas semejanzas a pilares o columnas que nosotros vimos en toda nuestra exploración de las ruinas en aquella región En medio de la terraza, a lo largo de la avenida que conduce a una gradería, estaba una columna redonda, rota, inclinada y cayéndose, con árboles creciendo en su alrededor Era parte de nuestro propósito el hacer una excavación en esta plataforma, por la impresión que teníamos que debajo se hallaría una bóveda, que formaría parte de los inmensos depósitos que abastecían de agua a la ciudad

En el centro de la plataforma, a una distancia de doscientos cincuenta pies desde el borde fronterizo, hay una gradería de piedra de más de cien pies de anchura, y de treinticinco gradas, que asciende a una tercera terraza, quince pies del suelo, casi igual a la altura de la City Hall (Casa del Ayuntamiento), la que, como estaba elevada sobre un plano desnudo, gozaba de la más dominante posición Sólo la erección de estas terrazas ha de haber sido un inmenso trabajo Sobre esta tercera terraza, con su entrada principal dando frente a la gradería, está situada la magnífica estructura de la **Casa del Gobernador.** La fachada mide 320 pies Apartada de la región de las temibles lluvias y del exuberante crecimiento de la selva que ahoga las ruinas de Palenque, se sostiene con todas sus paredes erguidas, y casi tan perfectas como cuando quedó abandonada por sus habitantes Todo el edificio es de piedra, liso hasta arriba de la moldura que corre a lo largo de los remates de la entrada, y por encima cubierto con las mismas suntuosas, extrañas y complicadas esculturas, entre las cuales sobresale particularmente el ornamento ya mencionado como la greca No existe tosquedad o rudeza en el diseño o proporciones; por el contrario, el todo revela un aire de simetría arquitectónica y de grandeza; y a medida que el extranjero

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

asciende por las gradas y lanza una mirada de asombro a lo largo de sus abiertas y desoladas puertas, se le hace difícil creer que lo que mira frente a él sea la obra de una raza en cuyo epitafio, como dicen los historiadores, se le llama ignorante del arte, y digan que ha perecido en la rudeza de la vida salvaje Si él estuviese en estos días sobre su espléndida terraza artificial en Hyde Park o en el Jardín de las Tullerías, formaría un nuevo orden, yo no diré que igual, pero no indigno de permanecer lado a lado con las reliquias del arte egipcio, griego y romano

Pero había allí una cosa que parecía en extraño contraste con todo lo demás Fué el primer objeto que llamó mi atención en la **Casa del Enano,** y el que he señalado en todos los otros edificios Ya hice mención de *que en Ocosingo vimos* una viga de madera, y en Palenque los pedazos de un palo; en este lugar **todos los dinteles han sido de madera, y por todas las ruinas la mayor parte de ellos estaban todavía en su lugar sobre las puertas** Estos dinteles eran pesadas vigas de ocho o nueve pies de largo, diez y ocho a veinte pulgadas de ancho, y doce o catorce de grueso La madera, como la de Ocosingo, *era muy dura, y sonaba* al golpe del machete Según nos dijo nuestro guía, era de una especie que no se hallaba en los alrededores, sino que procedía de los lejanos bosques cercanos al Lago del Petén *Parecía inexplicable el por qué se usara* madera en la construcción de edificios que, por otra parte, eran de sólida piedra; pero si nuestro guía no se equivocaba con respecto al lugar de su desarrollo, cada viga debe haber sido llevada en hombros de ocho indios, con los necesarios cargadores de relevo, a una distancia de trescientas millas; en consecuencia, eran raras, costosas y atractivas, y por esa razón se les ha de haber considerado ornamentales La posición de estos dinteles era de las más difíciles, pues estaban obligados a soportar una sólida masa de muro de piedra de catorce o diez y seis pies de altura y de tres o cuatro de grueso. En otro tiempo, quizás, serían tan fuertes como la misma piedra; pero ahora se veía que no eran tan durables, y que llevaban en sí mismos el germen de la destrucción La mayor parte, es cierto, *estaban en sus lugares,* sanos y más duros que el guayacán; pero otros estaban perforados por la carcoma; algunos rotos por en medio, y los muros que descansaban sobre ellos iban venciendo con rapidez su resto de *fortaleza; y otros* se encontraban caídos por completo En efecto, salvo en la **Casa de las Monjas,** la mayor destrucción provenía de la decadencia y rotura de estas vigas de madera. *Si los dinteles hubieran* sido de piedra, los principales edificios de esta desolada ciudad estarían hasta la fecha casi intactos, o, si los edificios estuviesen todavía ocupados y a la vista del amo, cada viga en *decadencia habría sido* reemplazada, y el edificio salvado de la ruina En sus momentos de grandeza y poderío, jamás pensaron los edificadores que llegaría el tiempo en que su ciudad sería una *desolación*

La Casa del Gobernador está situada con su frente hacia el *Oriente* En el centro, dando frente a la gradería que conduce a la terraza, están las tres entradas principales La de en medio es de ocho pies y seis pulgadas de alto; las otras son de la misma altura, *pero de dos pies menos* de ancho La puerta central se abre hacia una habitación de sesenta pies de largo por veintisiete de fondo, que está dividida en dos corredores por un *muro de tres y medio pies de espesor,* con una puerta de comunicación entre ambos de las mismas dimensiones que la puerta de entrada El plano es el mismo que el del corredor al frente del palacio de *Palenque, excepto que aquí el corredor no se* extiende a todo el largo del edificio, y que el corredor de atrás no tiene puerta de salida Los pisos son de piedra lisa cuadrada y los muros de bloques cuadrados primorosamente colocados y pulidos con esmero El cielo forma un arco triangular sin llave, como en Palenque, pero, en lugar de las piedras brutas extendidas o de estar cubierto con estuco, las capas de piedra están chaflanadas a medida que se elevan, y presentan una superficie plana y pulida En un todo, la colocación y el pulimento de las piedras son tan perfectos como si se hubiesen ejecutado de acuerdo con las mejores reglas de construcción moderna

En este departamento decidimos hacer nuestro domicilio, una vez más en el palacio de un monarca desconocido, y bajo un techo tan sólido como cuando guarecía las cabezas de sus primeros ocupantes A diferencia de las ruinas del Antiguo Mundo, en donde algunos *cicerones charlatanes tratan de exagerar cada* fragmento, en esta región, en general, la realidad excedió a nuestras esperanzas Cuando abandonamos el bergantín del Capitán Fensley no esperábamos hallar ocupación *más que para dos o tres días* Pero ante nosotros se encontraba un vasto campo de labor interesante y nos dedicamos a él con las ventajas de la experiencia, la protección y benévola ayuda del propietario, y al alcance de comodidades que no se podrían conseguir en ningún otro lugar No estábamos sepultados en la selva como en Palenque Frente a nuestra puerta *elguíase la elevada* **Casa del Enano,** que parecía casi realizar la leyenda india, y desde cualquier parte de la terraza mirábamos sobre un campo de ruinas

Desde el departamento del centro de las divisiones en cada ala se corresponden exactamente en tamaño y acabado, cuyos detalles aparecen en el plano, y la misma uniformidad se conservaba en los ornamentos Por todas partes el techo estaba bien sólido, las habitaciones secas, y, para hablar con claridad diré **que unos pocos miles de dólares invertidos en reparaciones** lo habían restaurado y puesto en condiciones de ser ocupado de nuevo por sus reales dueños En la habitación marcada A las paredes estaban cubiertas con yeso muy fino, igual al mejor que se ve sobre las paredes en este país El resto era todo de piedra lisa pulimentada No habían allí pinturas, ornamentos de estuco, tabletas esculpidas, ni cualquier otra clase de decoraciones

En la habitación marcada B encontramos un objeto que consideramos de lo más interesante Era **una viga de madera,** como de diez pies de largo y muy pesada, que se había caído de su lugar sobre la puerta, y que por uno u otro motivo la habían arrastrado hacia el interior de la cámara y dejado en un obscuro rincón Por el frente presentaba una línea de caracteres esculpidos o estampados, casi borrados, pero que nosotros descubrimos que eran jeroglíficos, y, hasta donde pudimos entenderlos, semejantes a los de Copán y de Palenque Varios indios estaban a nuestro alrededor, con una vana curiosidad observando todos nuestros movimientos, y, no queriendo llamarles la atención, la dejamos con un indio en el momento en que se sentaba sobre ella Antes que hubiésemos salido por la puerta oímos el sonido de su machete con el cual, al levantarse, impensadamente había levantado una larga astilla a pocas pulgadas de los caracteres *Sentimos casi un escalofrío, pero no nos atrevimos* a ordenarle que la dejara, pues podía ser que por ignorancia, recelo o suspicacia, él buscara los medios de asegurar su destrucción Inmediatamente determiné *adquirir esta misteriosa viga* Compelido a despedirme apresuradamente a mi llegada a Mérida don Simón bondadosamente prometió enviármela, junto con una piedra esculpida que formaba *uno de los principales* ornamentos en todos los edificios Esta última se halla ahora en mi poder, pero la primera nunca me llegó Entre la multitud de pesadumbres relacionadas *con nuestra repentina partida de estas ruinas, no pue*do menos que deplorar la desgracia de no haber asegurado la salvación de esta viga ¡Ante cuán débil luz se ha escrito la historia americana! En Uxmal no hay "ídolos" como en Copán, ni una sola imagen en estuco o tableta esculpida como en Palenque. Con excepción de esta viga de jeroglíficos, aunque buscamos an-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

siosamente, no descubrimos en lo absoluto ningún punto de semejanza; y el travieso machete de un indio podría destruir el único eslabón que pudiera relacionarlos entre sí

El ornamento a que antes me he referido está insertado en uno de los compartimientos del "plano" Representa el frente de una calavera con alas extendidas, y ringleras de dientes proyectados, en efecto, algo por el estilo a la figura de una calavera de las que colocamos en nuestras lápidas sepulcrales Es de dos pies de ancho incluyendo las alas, y tiene atrás una grapa de piedra, como de dos pies de largo, por medio de la cual estaba fijado en la pared Don Simón lo había removido entero, con la intención de colocarlo como un ornamento en el frente de su hacienda.

Era nuestro propósito el presentar dibujos completos del exterior de este edificio, y, en verdad, de todos los demás La plancha del frente representa una división, con sus ornamentos esculpidos, o lo que yo he llamado mosaico Como en Copán, Mr Catherwhood se vió obligado a hacer varios ensayos antes que pudiera comprender el asunto para así copiar los caracteres. El dibujo fué empezado ya avanzada la tarde, estaba incompleto cuando le dejamos para regresar a la hacienda, y, por desgracia, Cr C nunca estuvo en aptitud de continuarlo Se presenta en el estado en que lo dejaron los últimos toques del lápiz en el lugar, faltando muchos de los menudos caracteres con los que el asunto estaba recargado, y sin ningún intento de llenarlos El lector verá cuán del todo insuficiente puede ser cualquier descripción verbal, y estará capacitado por él para formarse alguna idea del imponente exterior del edificio El exterior de todos los edificios en Uxmal estaba ornamentado de la misma manera complicada La parte que representa el grabado abraza como veinte pies de la **Casa del Gobernador.** Todo el exterior de este edificio presenta una superficie de setecientos pies; la **Casa de las Monjas** tiene dos mil pies, y la extensión de superficie esculpìda que presentan los otros edificios no puedo darla Los dibujos completos de todo lo que existe formarían una de las más espléndidas series que jamás hayan sido publicadas, y tal es aún nuestra esperanza de que algún día podamos presentarlos El lector podrá formarse alguna idea del tiempo, habilidad y trabajo requeridos para ejecutarlos ; y más que todo, concebir el inmenso tiempo, arte y trabajo que se necesitarían para esculpir semejante superficie de piedra, y la riqueza, cultura y poderío del pueblo que pudiera poner en acción tal habilidad y trabajo para el simple decorado de sus edificios. Probablemente todos estos ornamentos tienen un significado simbólico; cada piedra forma parte de una alegoría o fábula, escondida para nosotros, inescrutable a la luz de la débil antorcha con que podemos alumbrarla, pero que, si algún día se revela, demostrará que la historia del mundo todavía no se ha escrito

CAPITULO 26

TERMINADA LA EXPLORACION — ¿QUIEN EDIFICO ESTAS DERRUIDAS CIUDADES? — LA OPINION DE DUPAIX — ESTAS RUINAS NO TIENEN SEMEJANZA CON LA ARQUITECTURA DE GRECIA Y ROMA — NADA HAY PARECIDO A ELLAS EN EUROPA — NO SE ASEMEJAN A LAS OBRAS CONOCIDAS DEL JAPON Y DE LA CHINA — NI A LAS DE LA INDIA — NO SE HALLARON EXCAVACIONES LAS PIRAMIDES DE EGIPTO, EN SU ESTADO PRIMITIVO, NO SE PARECEN A LAS LLAMADAS PIRAMIDES DE AMERICA — LOS TEMPLOS DE EGIPTO NO SON COMO LOS DE AMERICA — LAS ESCULTURAS NO SON IGUALES A LAS DE EGIPTO — PROBABLE ANTIGUEDAD DE ESTAS RUINAS.— RELATOS DE LOS HISTORIADORES ESPAÑOLES. — ESTAS CIUDADES PROBABLEMENTE FUERON EDIFICADAS POR LAS RAZAS QUE HABITABAN EN EL PAIS EN LA EPOCA DE LA CONQUISTA ESPAÑOL. — DICHAS RAZAS AUN NO SE HAN EXTINGUIDO

Ahora ya he concluido la exploración de las ruinas. El lector tal vez se alegre de que nuestros trabajos hayan tenido un fin tan repentino (mis editores ciertamente lo están); pero yo le aseguro que pude albergar en mi corazón le deseo de ser prolijo hasta más allá de todo límite, y que le he hecho la merced de ser muy breve, en realidad, he dejado escapar la mejor oportunidad que autor alguno haya tenido jamás para hacer que el lector se acuerde de él No quiero hacer mención de otras ruinas de las cuales supimos que se encuentran en lugares más remotos No me cabe duda que se puede pasar un año con gran provecho en Yucatán El campo de las antigüedades americanas apenas queda abierto; pero por el presente ya he terminado

Y aquí yo desearía partir, y dejar el lector vagando solo libremente por entre el laberinto de misterio que se cierne sobre estas derruidas ciudades; pero sería cobardía el hacerlo así, sin ocuparme por un momento de la importante cuestión: ¿Qué pueblo fué el que edificó estas ciudades?

Desde que fueron descubiertas, una densa nube ha sido arrojada sobre ellas en dos sentidos El primero se refiere a la inmensa dificultad y peligro, trabajo y gastos, para visitarlas y explorarlas Ha sido mi objeto el desvanecer esta nube Por las presentes páginas se verá que los relatos han sido exagerados; y, con respecto a Palenque y Uxmal a lo menos, los únicos lugares que por cierto han sido presentados al público, no hay dificultad en llegar a ellos ni riesgo en explorarlos.

El segundo es con respecto a la antigüedad de los edificios; pero aquí la nube es más obscura, y no tan fácil de disipar.

No es mi deseo el recapitular las diversas teorías que ya han sido presentadas La más irracional, quizás, es la del Capitán Dupaix, quien atribuye a las ruinas de Palenque un origen antediluviano; y, para desgracia suya se basa en la acumulación de tierra sobre las figuras que existen en el patio del palacio. Su visita se efectuó treinta años antes de la nuestra; y, aunque él las limpió, cuando llegamos sin duda la acumulación era otra vez tan grande como cuando estuvo allí En todo caso, por su propia explicación, las figuras no se hallaban enteramente sepultadas Yo conservo un vivo recuerdo de la condición de aquellos monumentos, y no tengo escrúpulo en decir que, aun estando enteramente sepultados, un holandés, con el arma nacional que ha prestado servicios semejantes en nuestros canales, en tres horas habría removido todo este depósito antediluviano No seguiré los eruditos comentarios sobre esta sugestión del Capitán Dupaix, salvo para hacer ver que se ha gastado mucha erudición e investigación sobre datos insuficientes o incorrectos, o haciendo mérito de hechos que al referirlos se les ha dado cierto sesgo; mas, poniéndonos nosotros en igual categoría de quienes han suministrado esos datos, y en beneficio de los exploradores y escritores que puedan sucedernos, reduciré esta cuestión a un campo todavía así suficientemente ancho, a saber: una comparación de estas ruinas con las ruinas arquitectónicas y escultóricas de otras edades y otros pueblos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

Doy principio con la proposición de que tales ruinas no son ciclópeas ni se parecen a las obras de los griegos o de los romanos; no hay en Europa semejante a ellas Tenemos, entonces, que dirigir nuestras miradas al Asia y al Africa.

Se ha supuesto que en diferentes períodos de tiempo, barcos del Japón y de la China han sido arrojados sobre las costas occidentales de América La civilización, la cultura y la ciencia de aquellos países se sabe que vienen de la más remota antigüedad Del Japón yo creo que algunos relatos y dibujos han sido publicados, pero no he logrado tenerlos a mi alcance; de la China, durante toda su larga historia, el interior ha permanecido tan completamente cerrado a los extranjeros, *que no conocemos nada de su antigua arquitectura* Quizá, sin embargo, no está lejano el tiempo en que podamos conocerla Al presente sólo sabemos que ha sido siempre un pueblo nada adicto a los cambios; *y si su antigua arquitectura es igual a la moderna*, no tiene semejanza de ninguna clase con estas desconocidas ruinas.

Hemos estado familiarizados con los monumentos de la India Los restos de la arquitectura indostánica representan inmensas excavaciones en la roca, ya sea enteramente artificiales o dando amplitud a las cavernas naturales, sostenidas por el frente con grandes columnas talladas en la misma roca con un interior obscuro y tétrico.

Entre todas estas ruinas americanas no se encuentra ni una sola excavación. La superficie del país, abudante en laderas de montañas, parece invitar a hacerlas; pero resulta que en vez de estar subterráneas, el impresionante rasgo de estas ruinas es, que los edificios están situados sobre altas elevaciones artificiales; y difícilmente puede suponerse que un pueblo que emigrase a un país nuevo, con aquel poderoso impulso natural de perpetuar y retener a la vista los recuerdos de la patria, hubiese obrado tan diametralmente en contra de sus asociaciones nacionales y religiosas

En escultura, además, los indostánicos difieren enteramente. Sus asuntos son en gran parte más horrendos, siendo por lo general representaciones de seres humanos retorcidos, deformados y fuera de lo natural, muy a menudo con muchas cabezas, o con tres o cuatro brazos o piernas que salen del mismo cuerpo

Pasemos finalmente a los egipcios El punto de semejanza al que se ha *dado mayor importancia* es la pirámide. La forma piramidal es una que se sugiere por sí misma a la inteligencia humana en todos los países, como el modo más sencillo y seguro de erigir una elevada estructura sobre un sólido cimiento Por consiguiente no puede ser considerada como un apoyo para asignar un origen común a todos los pueblos entre quienes se encuentran estructuras de ese carácter, a menos que la similitud persevere en sus rasgos más sobresalientes. Las pirámides de Egipto son singulares y uniformes, y fueron invariablemente erigidas para los mismos usos y propósitos, hasta donde tales usos y propósitos son conocidos Todas ellas son cuadradas en la base, con gradas que se elevan en disminución hasta llegar a un punto. La estructutra que más se aproxima a ésta se encuentra en Copán; pero ni aun en ese lugar existe una pirámide entera que permanezca sola y aislada, ninguna con cuatro lados completos, sino únicamente dos, o, a lo más, tres, y destinada a formar parte de otras estructuras Todas las restantes, sin una sola excepción, son altas elevaciones, con los lados tan derruidos que no pudimos comprender su forma, las que, tal vez, estaban siemplemente amuralladas en derredor, y tenían graderías al frente y en la parte posterior, como en Uxmal, o terrazas o elevadas plataformas de tierra, a lo más de tres o cuatro filas, sin una forma precisa, pero nunca cuadrada, y con pequeñas graderías en el centro. Además, las pirámides de Egipto es sabido que tienen cámaras interiores, y, cualesquiera que sean sus otros usos, han sido destinadas y usadas como sepulcros Estas por el contrario, son enteramente de tierra y piedra Jamás se han descubierto en ellas cámaras interiores y es probable que ninguna exista Y la diferencia más radical de todas es, que las pirámides de Egipto están *completas por sí mismas*, en tanto que las estructuras en este país fueron erigidas únicamente para servir como fundamento de edificios No existe en Egipto pirámide alguna con un palacio o templo encima; en este país *no hay una estructura que no lo tenga; a lo menos* ninguna de cuya condición pueda formarse un juicio

Pero además hay una consideración, que debe ser concluyente Las pirámides de Egipto, según yo las he considerado, y tal como ellas se encuentran en la actualidad, difieren mucho materialmente de las estructuras primitivas. Herodoto dice que en su tiempo, la gran pirámide estaba revestida de piedra, de modo que presentaba una superficie lisa en todos sus lados desde la base hasta la punta. La segunda pirámide de Ghizeh, llamada la pirámide de Cephrenes, en su actual condición, presenta en la parte baja graderías, con una acumulación de piedras angulares en la base, las cuales originalmente llenaban los intersticios entre las gradas, pero que se han caído ya. En la *parte superior las capas intermedias están todavía en* su lugar, y los lados presentan una superficie lisa hasta la punta No cabe duda que, al principio, todas las pirámides de Egipto fueron construidas con sus lados perfectamente lisos Las gradas no formaban parte de la obra Es en este estado solamente que deben ser consideradas, y en esta condición cesa toda posible semejanza entre ellas y las llamadas pirámides de América.

Inmediatamente después de las pirámides, los restos más antiguos de la arquitectura egipcia, tales como el templo de Absamboul en Nubia, como las de los indostánicos, son excavaciones en la roca, por lo cual se ha supuesto que los egipcios derivan su estilo de aquel pueblo En los tiempos subsiguientes comenzaron a erigir sus templos sobre el suelo, reteniendo los mismos rasgos de sombría grandeza y descollando por su vastedad y por lo macizo de la piedra empleada en sus construcciones Esta no parece haber sido la mira *de los arquitectos americanos. Entre todas estas* ruinas no vimos una piedra digna de ser colocada sobre los muros de un templo egipcio. Los únicos bloques más grandes eran los "ídolos" u "obeliscos", como se les ha llamado, de Copán y Quiriguá; pero en Egipto piedras tan grandes como estas fueron elevadas a una altura de veinte o treinta pies y colocadas en los muros, mientras que los obeliscos que aparecen como ornamentos en las puertas, elevada, una sola piedra, a una altura de noventa pies, de tal modo los sobrepasan en grandeza, que, al ser imitaciones, son las más débiles que jamás se hayan intentado por hombres de aspiración.

Por otra parte: las columnas son un rasgo distintivo de la arquitectura egipcia, grandes y macizas, y hoy en día, descollando sobre las arenas, estremecen al asombrado viajero en aquel misterioso país No existe un templo junto al Nilo sin ellas; y el lector se acordará, que entre todo el conjunto de estas ruinas ni una sola columna se ha encontrado Si esta arquitectura se hubiese derivado de la egipcia, tan sorprendente e importante rasgo jamás habría sido desechado. Los dromos, pronaos y adytum, todos igualmente característicos de los templos Egipcios, faltan aquí también enteramente.

Luego, en cuanto a la escultura. La idea de semejanza en este particular ha sido tan a menudo y con tal confianza expresada, y los dibujos en estas páginas han dado tan frecuentemente la misma impresión, que yo casi vacilo en declarar la absoluta falta de semejanza No intentaré establecer cuáles sean estas diferencias; pero, para que el lector pueda darse plena cuenta del asunto de una vez, he presentado una plancha de la escultura egipcia tomada de la car-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

tera de Mr Catherwood (fig Nº 36) El asunto de la derecha.

se tomó de un lado del gran monumento de Tebas conocido como el vocal Memnon, el cual nunca ha sido grabado antes de ahora. El otro representa la parte superior del obelisco caído de Carnac; y yo juzgo, por comparación con los grabados antes presentados, que no se hallará semejanza de ninguna clase Solo hay una por cierto impresionante, y esta es que las figuras se encuentran de perfil; pero esto es igualmente cierto en toda buena escultura en bajorrelieve.

No existe, por consiguiente, semejanza alguna entre estas ruinas y las egipcias; y, faltando aquí, es en vano que busquemos en cualquier otra parte Estas son diferentes de las obras de cualquier otro pueblo conocido, de un nuevo orden arquitectónico, y entera y absolutamente anómalas: son únicas en su género.

Invito la atención especial hacia esta materia, de quienes estén familiarizados con las artes de otros países; porque, a menos que yo esté en un error, tenemos una conclusión mucha más interesante y admirable que la de quienes relacionan a los fundadores de estas ciudades con los egipcios o con otro pueblo cualquiera Tal es el espectáculo de un pueblo diestro en arquitectura, escultura y dibujo, y, sin duda alguna, en otras artes más perecederas, y que poseía la cultura y el refinamiento que las acompaña, no derivados del Viejo Mundo, sino originados y desarrollados aquí, sin modelos ni maestros, con una existencia distinta, separada e independiente; indígena, como las plantas y los frutos de la tierra.

No intentaré investigar el origen de este pueblo, de qué país procede, ni de cuándo o de cómo haya venido; me ceñiré a sus obras y a las ruinas.

Me inclino a pensar que aquí no hay campo suficiente para la creencia en la gran antigüedad que se ha atribuido a estas ruinas; ni menos que ellas sean las obras de un pueblo desaparecido, y cuya historia desconocemos; sino que por el contrario, opuesta como es mi idea a todas las teorías establecidas, creo que dichas obras fueron construidas por las razas que ocupaban el país en la época de la invasión de los españoles, o por algunos no muy lejanos de sus progenitores.

Y esta opinión está fundada, en primer lugar, en la apariencia y condición de las mismas ruinas El clima y lujuriosa exuberancia de la tierra son de lo más destructor para todos los materiales perecederos Expuestos durante seis meses cada año al diluvio de las lluvias tropicales, y con árboles creciendo por entre las puertas y por encima de los edificios, parece imposible que, después del transcurso de dos o tres mil años, pudiera mantenerse en pie ni uno solo de ellos.

La existencia de vigas de madera, y en Uxmal en perfecto estado de preservación, ratifica esta opinión. La duración de la madera depende de su calidad y del lugar que ocupe. En Egipto, es la verdad, se ha descubierto madera sana y perfecta, y ciertamente de tres mil años de antigüedad; pero aun en aquel clima seco no se ha encontrado ninguna en situación del todo expuesta a la intemperie. Ha ocurrido esto solo en los ataúdes de las tumbas y en los sepulcros de las momias en Tebas, y en grapas de madera para juntar dos piedras, y siempre completamente encerradas y apartadas del aire.

En segundo lugar, mi opinión se funda en relatos históricos. Herrera, quizás el más fidedigno de los historiadores españoles, dice, refiriéndose a Yucatán: "Toda la región se encuentra dividida en diez y ocho distritos, y en todos ellos había tantos y tan soberbios Edificios de Piedra que era asombroso, y la más grande Maravilla es, que no haciendo Uso de ningún Metal, ellos fuesen capaces de erigir tales Estructuras, que parecen haber sido Templos, pues sus Casas eran siempre de madera y techadas con paja. En esos Edificios estaban esculpidas las Imágenes de Hombres desnudos, con Zarcillos al modo Indígena, Idolos de todas Clases, Leones, Marmitas o Jarros", &c:; y además, "después de la partida de estos señores, por espacio de veinte años hubo tal abundancia en la Región, y la Gente se multiplicó tanto, que los Viejos decían que toda la Provincia parecía una sola Ciudad, y entonces dedicáronse ellos mismos a edificar más Templos, lo cual produjo un tan gran número de ellos"

De los nativos dice: "**Ellos se aplastan la Cabeza y la Frente, se perforan las Orejas y se ponen en ellas Anillos.** Sus Caras eran generalmente buenas, y no muy morenas, pero **sin Barbas,** pues se las chamuscan cuando son jóvenes, para que no puedan crecerles. Sus cabellos eran **largos como los de las Mujeres,** y en Trenzas, con las cuales se forman una Guirnalda alrededor de la Cabeza, y les **cuelga una pequeña Cola por detrás".** "Los Hombres principales llevaban un **Taparrabo de ocho Dedos de ancho ceñido alrededor** en vez de Calzones y **que les daba varias vueltas en la cintura, de modo que un extremo de él les colgaba por delante y el otro por detrás,** con primorosos trabajos de Plumas, y tenían **grandes Mantos cuadrados anudados sobre sus Hombres, y Sandalias o Borceguíes** hechos de Pieles de Gamo". El lector casi ve aquí, en las cabezas aplastadas y en los trajes de los nativos, un retrato de las imágenes esculpidas y estucadas en Palenque, el que, aunque un poco más allá de los actuales límites territoriales de Yucatán, formaba quizá en otro tiempo una parte de esta provincia.

A más de las luminosas y familiares descripciones dadas por Cortés del esplendor que ostentaban los edificios de México, tengo a mi alcance la autoridad de nada menos que un testigo ocular Esta es la de Bernal Díaz del Castillo, un seguidor y participante en todas las expdiciones que acompañaron a la conquista de México.

Empezando con la primera expedición, dice así: "Al aproximarnos a Yucatán, percibimos un gran pueblo a la distancia de dos leguas de la costa, el cual, por su tamaño, excedía a cualquier pueblo de Cuba, denominamos Gran Cairo". Invitados por un cacique, que salió en una canoa, se fueron a tierra, y emprendieron la marcha rumbo al pueblo, pero en el trayecto se vieron sorprendidos por los nativos, a quienes no obstante, ellos repelieron, matando a quince. "Inmediatos al lugar de esta emboscada", dice él, "había tres edificios de **cal y canto,** en donde había ídolos de barro con **semblantes diabólicos",** &c. Los edificios de **cal y canto,** y el oro, nos dieron una alta idea del país que habíamos descubierto".

A los quince días de navegar más adelante, descubrieron desde los barcos un gran pueblo, con una entrada, y bajaron a tierra para hacer aguada Mientras llenaban sus toneles llegaron cincuenta indios a saludarlos, "vestidos con mantos de algodón", quienes "por señas nos invitaron para ir a su pueblo". Prosiguiendo hacia aquel lugar, "llegaron a algunos grandes y bien construidos edificios de **cal y canto,** con figuras de **serpientes** y de **ídolos** pintadas en las paredes.

En la segunda expedición, navegando a lo largo de la costa, pasaron por una isla baja, como a tres leguas de la costa, en donde, al bajar a tierra hallaron "dos edificios de cal y canto, ambos bien construidos con gradas, y un altar colocado frente a ciertas horribles imágenes, representaciones de los dioses de estos indios"

Su tercera expedición se verificó bajo las órdenes de Cortés, y en ésta, su respeto a la verdad y la confianza que se puede tener en él, están felizmente demostrados en la lucha que sostuvo entre sus profundos sentimientos religiosos y el dar crédito a la evidencia de sus sentidos, según aparecen en su comentario sobre la relación de Gomara de su primera batalla "En su relato de esta acción, dice Gomara que, antes de la llegada del grueso del ejército a las órde-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

nes de Cortés, Francisco de Morla apareció en el campo sobre un caballo rucio picado, y que era uno de los santos apóstoles, San Pedro o **St. Jago** (Santiago), disfrazado bajo su persona Yo digo que todos nuestros trabajos y victorias son guiados por la mano de Nuestro Señor Jesucristo, y que en esta batalla había tantos enemigos para cada uno de nosotros, que podían habernos sepultado bajo el polvo que pudieran haber contenido en sus manos, pero que la gran misericordia de Dios nos ayudó durante todo el encuentro Lo que Gomara asegura puede haber sucedido, y a mí, pecador como soy, no me fué permitido verlo Lo que yo ví fué a Francisco de Morla en un caballo castaño caminando en compañía de Cortés y de los otros Pero aunque yo, indigno pecador como soy, haya sido incapaz de contemplar a ninguno de estos apóstoles, más de cuatrocientos de los nuestros estaban presentes Su testimonio debe ser tomado También debe averiguarse cómo aconteció que, cuando se fundó la villa en aquel sitio, no fué designada con el nombre de uno u otro de estos santos apóstoles, llamándola Santiago de la Vittoria o San Pedro de la Vittoria, como lo fué Santa María, y no se erigió ni se dedicó una iglesia a uno de estos benditos santos Harto malos cristianos fuimos nosotros, en verdad, según el relato de Gomara, puesto que, cuando Dios nos mandó a sus apóstoles para pelear a nuestra cabeza, no reconocimos la gran merced que nos hacía ni le dimos las gracias por tan gran misericordia!"

Yendo de camino en su marcha para México, llegaron a Cempoal, en cuya entrada dice él: "Quedamos sorprendidos de la hermosura de los edificios" "Nuestra guardia avanzada, habiéndose dirigido a la plaza principal, cuyos edificios habían sido recientemente blanqueados y **enyesados, en cuyo arte esta gente es muy experta,** uno de nuestros jinetes quedó tan impresionado con el esplendor de su apariencia a la luz del sol, que regresó a rienda suelta adonde estaba Cortés para decirle que los muros de las casas eran de plata".

Ofendido Cortés por la abominable costumbre de los sacrificios humanos, determinó suprimir por la fuerza su culto idolátrico y destruir sus falsos dioses Los caciques ordenaron al pueblo que se armase en defensa de su templo; "pero cuando vieron que nos estábamos preparando para ascender por **la gran gradería",** dijeron que "ellos no podrían defenderse a sí mismos; y apenas acabaron de decir esto, cuando cincuenta de nosotros, **subiendo** con tal propósito, derribamos e hicimos pedazos los enormes ídolos que hallamos en el interior del templo" Entonces Cortés dispuso que se reuniese cierto número de "**indios albañiles con la cal, que abunda** en aquel lugar, e hizo limpiar de sangre los muros y **repellarlos de nuevo**"

A medida que se aproximaban al territorio de México, continúa: "Las apariencias demostraban que habíamos entrado en una nueva región, pues los **templos eran muy elevados,** y, juntamente con las **viviendas** con azoteas, y las casas del cacique, que estaban repelladas y blanqueadas, tenían muy buena apariencia y semejaban algunas de nuestras ciudades en España"

Más adelante dice: "Llegamos a una especie de fortificación, construida de **cal y canto,** y de naturaleza tan recia que nada sino herramientas de hierro podían hacer algún efecto en ella La gente nos informó que había sido construida por los tlascatecas, en cuyo territorio se encontraba, como una defensa contra las incursiones de los mexicanos"

En Tehuacingo, después de una sangrienta batalla, en que los indios "se retiraron dejándoles el campo a ellos, que estaban demasiado fatigados para seguir", añade "Tan pronto como nos vimos libres de ellos, dimos gracias a Dios por su misericordia, y, entrando a un macizo y **espacioso templo,** curamos nuestras heridas con unto de los indios"

Al llegar a Cholula, Cortés inmediatamente "envió algunos soldados a un **gran templo** inmediato a nuestro campamento, con órdenes de traer, tan pacíficamente como pudiesen a dos sacerdotes" En esto acertaron Uno de ellos era una persona de rango y autoridad sobre **todos los templos** de la ciudad Además: "dentro de los **altos muros de los patios** donde estábamos acuartelados" Y otra vez dice: la ciudad de Cholula "se parece mucho a Valladolid" Ella "tenía en aquella época arriba de cien **torres blancas elevadas,** que eran los templos de sus ídolos El templo principal era más elevado que el de México, y cada uno de estos edificios estaba situado **en un espacioso** patio"

Al aproximarse a la ciudad de México, prorrumpe en un rapto de entusiasmo y dice: "No pudimos compararla con nada sino con las encantadas escenas que habíamos leído en Amadís de Gaula, por las **grandes torres, templos** y otros **edificios de cal y canto** que parecían surgir del seno de las aguas"

"Fuimos recibidos por grandes señores de aquel país, parientes de Montezuma, quienes nos condujeron a nuestros alojamientos en **palacios** magníficamente construidos de **piedra,** cuyo maderaje era de cedro, con **espaciosos patios** y aposentos amueblados con doseles del más fino algodón Todo se hallaba ornamentado con **obras de arte pintadas,** y admirablemente enlucidas y blanqueadas, y se hacían más deliciosos por la multitud de hermosos pájaros".

"El palacio en que fuimos alojados era muy claro, alegre, limpio y agradable, teniendo su entrada a través de un extenso patio"

Montezuma, en su primer entrevista con Cortés le dijo: "Los tlascaltecas os han contado, yo lo sé, que yo soy como un dios, y que todo cuanto me rodea es oro, plata y piedras preciosas; pero ya veis ahora que no soy más que carne y sangre, y que mis **casas son semejantes a otras casas, de cal, piedra y madera".**

"En la gran plaza nos quedamos asombrados de la multitud de gente, de la regularidad que allí reinaba y de la inmensa cantidad de mercancías"

"La plaza entera estaba cercada de portales"

"Desde la plaza nos dirigimos al gran templo; pero antes de entrar en él hicimos un recorrido por unos grandes patios, el más pequeño de los cuales me pareció que contenía más terreno que la gran plaza de Salamanca, con dobles cercados, construidos de **cal y canto** y los **patios** pavimentados con grandes piedras blancas talladas, y en donde no, estaban revocados y pulidos"

"La subida hasta el gran templo se hacía por **ciento catorce gradas".**

Desde las plataformas, en la cima del templo, tomando Montezuma de la mano a Cortés, le señaló los diferentes puntos de la ciudad y sus alrededores, todo lo cual se dominaba desde aquel sitio" También observamos los templos y adoratorios de las ciudades circunvecinas, edificados en forma de **torres** y **fortalezas,** y otros sobre la calzada, todos blanqueados y admirablemente brillantes"

"El rumor y bullicio del mercado podía oírse casi a una legua de distancia, y **los que habían estado en Roma y Constantinopla** dijeron que por su conveniencia, regularidad y población, jamás habían visto nada semejante"

Durante el asedio él habla de estar acuartelados en un **elevado templo;** que avanzaron por las **gradas del templo";** de "**algunos elevados templos** que ahora batimos con nuestra artillería", de "los **elevados templos** donde Diego Velásquez y Salvatierra estaban apostados"; de "las **brechas** que habían hecho en las **murallas";** de "**piedra tallada** quitada de los edificios y de las azoteas"

Llegados al gran templo, instantáneamente lo invadieron más de cuatro mil mexicanos, quienes por algún tiempo les impidieron la subida "Aunque la caballería varias veces intentó cargar, los pétreos pavimentos de los patios del templo eran tan lisos que los caballos resbalaban y caían Su número era tal que

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

ni pudimos amedrentarlos ni **subir las gradas** Al fin **nos abrimos paso y subimos.** Aquí Cortés se manifestó tal cual era ¡Qué desesperado combate el que tuvimos entonces! Cada hombre de los nuestros estaba cubierto de sangre"

Nos hicieron **bajar seis, y quizá diez de las gradas;** mientras que otros que estaban en los corredores, o dentro del margen de las balaustradas y concavidades del gran templo, nos lanzaban tal nube de flechas que no pudimos sostener nuestro campo", "empezamos nuestra retirada, estando heridos todos y cuarenta y seis de los nuestros quedaron muertos en el puesto Yo he visto a menudo esta pelea representada en las pinturas de los nativos, tanto de México como de Tlascala, lo mismo que **nuestra subida al gran templo"**

En seguida habla de la llegada a un pueblo y de haber "acuartelado en **un sólido templo"; "asaltándolos en sus puestos en los templos** y en **grandes** cercas **amuralladas".**

En Tecuco "nos acuartelamos en algunos edificios que se componían de grandes vestíbulos y patios cercados". "Alvarado, De Olí, y algunos soldados, de quienes yo era uno, subimos entonces a la cima del **gran templo,** el cual era **muy elevado,** con el objeto de observar lo que estaba sucediendo en las cercanías"

Proseguimos hasta otro pueblo llamado Teuayuco, pero al que nosotros llamamos el pueblo de las serpientes a causa de las **enormes figuras de esos animales** que hallamos en sus templos, y a las cuales adoraban como dioses"

Más adelante dice: "En este jardín se alojó toda nuestra fuerza por la noche Yo ciertamente jamás había visto tal magnificencia; y Cortés y el tesorero Alderete, después que lo hubieron recorrido y examinado, declararon que era admirable, e igual a cualquiera de los que ellos habían visto en Castilla"

"Yo y diez soldados más fuimos apostados como guardia sobre una **muralla de cal y canto"**

"Cuando llegamos a nuestro alojamiento en Jacuba llovía fuertemente, y permanecimos a su abrigo durante dos horas en algunos **grandes patios cercados** El general con sus capitanes, el tesorero, nuestro reverendo padre, y muchos otros de los nuestros, subieron hasta la **cima del templo,** que dominaba todo el lago".

"Cruzamos el agua que nos llegaba arriba del cuello, por el paso que habían dejado libre, y los seguimos hasta que llegamos a un lugar donde había **grandes templos y torres de ídolos".**

"Como Cortés ahora se aloja en Cuejoacán, en grandes edificios con paredes blancas, muy a propósito para escarabajear en ellas, aparecían allí todas las mañanas libelos en prosa y en verso contra él Yo recuerdo solamente las palabras de uno:

> **"Que triste está el alma mea**
> **Hasta que la parte vea".**

Cuán ansioso estoy yo por mi parte en el botín"

"Cuando nuestra compañía (pues yo fuí con Sandoval) llegó a Tustepeque, me alojé en la parte alta de una **torre en un templo muy elevado,** en parte por el aire fresco y para librarme de los zancudos, que abajo eran muy fastidiosos, y en parte para estar cerca del campamento de Sandoval" "Proseguimos nuestra ruta hacia la ciudad de Chiapas, en la misma provincia de Palenque, y puede ser llamada una ciudad, por la regularidad de sus calles y de sus casas Contiene no menos de cuatro mil familias, no contando los habitantes de las muchas poblaciones secundarias de sus alrededores" "Hallamos a toda la fuerza de Chiapas ordenada para recibirnos. Sus tropas estaban adornadas con penachos de plumas"

"A nuestra llegada la encontramos tan estrechamente edificada que no pudimos ocuparla sin peligro por nosotros, y en consecuencia plantamos nuestro campamento en campo abierto En sus templos encontramos ídolos de horrible figura"

Ahora debe recordarse que Bernal Díaz escribió para justificarse a sí mismo y a otros de los "verdaderos conquistadores", sus compañeros de armas, cuya fama había sido obscurecida por otros historiadores que no fueron actores ni testigos oculares; todas sus referencias a los edificios son incidentales; él jamás esperó ser citado como autoridad sobre las antigüedades del país La más pequeña escaramuza con los nativos estaba muy cerca de su corazón que todos los edificios de cal y canto que él vió, y es precisamente por este motivo que su testimonio es de lo más valioso Esto fué escrito en una época en que vivían muchos que podían contradecirle lo que fuera incorrecto o falso Su "verdadera historia" jamás fué tachada, todo lo contrario, en tanto que su estilo se consideró rudo y sin elegancia, su fidelidad y exactitud han sido reconocidas por todos los historiadores, tanto contemporáneos como los subsiguientes En mi opinión, ésta es tan verídica y digna de fe como cualquier obra de **viajes** por los países en donde él se abrió paso con las armas. Ella nos da las precipitadas e imperfectas observaciones de un soldado indocto, cuya espada rara vez estaba en la vaina, rodeado de peligros, atacando, retirándose, herido y huyendo, con la mente siempre ocupada en asuntos de atención más inmediata

El lector no puede menos de quedar impresionado con la semejanza general entre los objetos descritos por él y las escenas referidas en estas páginas Su relato presenta a mi imaginación un vivo cuadro de las ciudades en ruinas que visitamos, tal como entonces se encontraban, con edificios de **cal y canto, ornamentos pintados y esculpidos, y enlucidos; ídolos, patios, muros y elevados templos con empinadas graderías**

Pero si esto no fuera suficiente, cuento con apoyos adicionales aun más fuertes Después del asedio de México, en la segunda entrada de los españoles, la más cruel y despiadada destrucción cayó sobre todos los edificios y monumentos en la ciudad No dejaron ningún recuerdo de las artes de los mexicanos; pero en el año 1790, dos estatuas y una piedra plana, con caracteres esculpidos relativos al calendario mexicano, fueron descubiertas y desenterradas de entre las ruinas del gran teocalí en la plaza de la ciudad de México Las estatuas excitaron gran interés entre los indios mexicanos ,y los sacerdotes, temiendo que aquellos recayesen en la idolatría, y para destruir todo recuerdo de sus antiguos ritos, las enterraron en el patio del convento Franciscano El calendario fué fijado en un lugar visible en el muro de la catedral, donde ahora existe En el centro, y formando el principal asunto de este calendario, se ve una cara, reproducida en la obra de Humboldt , la que en un particular muestra tan notable semejanza con la denominada la máscara que figura en el frontispicio de este tomo, que sugiere la idea de haber sido destinada para el mismo fin Hay palpables diferencias, pero puede ser que la expresión de los ojos esté cambiada y mejorada en el grabado que se publicó, pero, de todas maneras, en ambas el rasgo singular e impresionante es el de la lengua colgando fuera de la boca El calendario está en bajo relieve, y, según entiendo por lo que dice un caballero que lo ha visto, la escultura es buena

Y, para terminar, entre las pinturas jeroglíficas que se libraron de ser destruidas por el fanatismo de los monjes, existen ciertos manuscritos mexicanos en las bibliotecas de Dresden y de Viena Estos han sido publicados en la obra de Humboldt y en la de Lord Kingsborough, y, después de un cuidadoso examen, somos de la firme opinión que los caracteres son idénticos a los encontrados sobre los monumentos y tabletas de Copán y de Palenque. Con el fin de que sean comparados, reproduzco de nuevo el grabado de encima del altar de Copán, y otros de un jeroglífico manuscrito publicado en la obra de Humboldt Las diferen-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cias, en verdad, son manifiestas; pero debe tenerse presente que en el primero de los caracteres están esculpidos sobre piedra, y en el segundo escritos sobre papel (hecho del agave mexicana) Probablemente, por esta razón, carecen de la misma regularidad y pulimento; pero, con todo, el lector no dejará de observar la notable identidad, y esta identidad no puede ser accidental La diferencia entonces es, que los aztecas o mexicanos, en la época de la conquista, tenían el mismo lenguaje escrito que el pueblo de Copán y de Palenque.

Así, sucintamente, y sin pretender controvertir las opiniones y teorías de los demás, presento nuestros puntos de vista referentes al asunto de estas ruinas Todavía, quizá, mi modo de verlas sea único y singular; pero repito mi opinión: que no tenemos necesidad de volver nuestras miradas hacia ninguna nación del Viejo Mundo para buscar a los edificadores de estas ciudades; que ellas no son la obra de un pueblo que ha desaparecido y cuya historia esté perdida, sino que existen poderosas razones para creer que son creaciones de las mismas razas que habitaban el país en la época de la conquista española, o de algunos de sus progenitores no muy remotos Y debo hacer notar que empezamos nuestra exploración sin el intento de sostener teoría alguna. Nuestros sentimientos se inclinaban en favor de regresar hasta una remota y venerable antigüedad. Durante la mayor parte de nuestro viaje estuvimos tanteando en las tinieblas, en duda e incertidumbre, y no fué sino hasta nuestra llegada a las ruinas de Uxmal, cuando formamos nuestra opinión de que proceden de una fecha relativamente moderna Algunas son, sin duda, más antiguas que otras; se sabe que algunas estaban habitadas, en la época de la conquista española, y otras, quizá, ya estarían, desde antes, totalmente arruinadas, y cabalmente existen puntos de diferencia que hasta aquí no pueden ser explicados con mucha facilidad; pero con respecto a Uxmal, a lo menos, nosotros creemos que era una ciudad existente y habitada en el tiempo del arribo de los españoles Su desolación y ruina desde entonces puede explicarse fácilmente. Con la llegada de los españoles el cetro de los indios se perdió En la ciudad de México todas las casas fueron arrasadas, y, sin duda alguna, por todo el país cada sitio de reunión o plaza fuerte fué demolido, dispersadas las comunidades, derribados sus altos templos y sus ídolos quemados, convertidos en ruinas los palacios de los caciques; los mismos caciques esclavizados, y, por la misma política despiadada que desde tiempo inmemorial ha sido puesta en práctica en los países conquistados, todos los recuerdos de sus antepasados y de su perdida independencia fueron destruidos o hechos odiosos a su propia vista. Y, a más de esto, tenemos relatos auténticos de grandes azotes que barrieron y por un tiempo despoblaron y desolaron todo Yucatán

Pueda ser que destruya mucho del interés que prevalece sobre estas ruinas el asignarles un origen comparativamente moderno; pero nosotros vivimos en un siglo cuyo espíritu es el de disipar fantasmas y llegar a la verdad, y el interés perdido en un particular está suplido en otro apenas inferior; pues, cuanto más podamos acercar a los edificadores de estas ciudades a nuestra propia época, más grande es nuestra oportunidad de conocerlo todo. Por todo el país los conventos son ricos en manuscritos y documentos escritos por los primeros padres y por los caciques e indios, quienes muy pronto adquirieron el conocimienot del español y el arte de la escritura Estos jamás han sido examinados con la más leve referencia a esta materia; y yo no puedo dejar de pensar en que algún precioso memorial esté actualmente convirtiéndose en polvo en la librería de algún convento vecino, que pudiese determinar la historia de estas derruidas ciudades; por otra parte, no puedo dejar de creer que las tabletas y jeroglíficos serán interpretados todavía Hasta ahora no se les ha dispensado una viva curiosidad, jamás se les ha dedicado el vigor y la sutileza de la inteligencia, ni la ciencia y el estudio Por siglos los jeroglíficos de Egipto fueron inescrutables, y, aunque tal vez no en nuestros días, estoy persuadido que una clave tan segura como la de la piedra Rosetta se descubrirá Y si sólo tres centurias han transcurrido desde que cualquiera de estas desconocidas ciudades estuvo habitada, la raza de los habitantes no se ha extinguido Sus descendientes aún están en la tierra, esparcidos, quizá, y retirados, como nuestros propios indios, en los desiertos jamás hollados todavía por el hombre blanco, mas no perdidos; viviendo como vivieron sus progenitores, erigiendo los mismos edificios de "cal y canto" "con ornamentos esculpidos y relevocados", con "grandes patios" y "elevadas torres con altas graderías", y todavía esculpiendo sobre tabletas de piedra los mismos misteriosos jeroglíficos, y si, en consideración a que yo no me he entregado con frecuencia a conjeturas, especulativas, el lector quiere permitirme un vuelo, torno hacia aquella vasta y desconocida región, no atravesada ni por un solo camino, en donde la fantasía pinta aquella misteriosa ciudad divisada desde lo más alto de las Cordilleras, de habitantes aborígenes aún no conquistados, ni visitados ni buscados

En conclusión, me encuentro vacilante para determinar cuál sería la mayor empresa: si un intento para llegar a esta misteriosa ciudad, si descifrar las tabletas de jeroglíficos, o emprender el estudio de los manuscritos acumulados durante tres centurias en las bibliotecas de los conventos.

CAPITULO 27

VIAJE A MERIDA — EL PUEBLO DE MOONA — UNA LAGUNETA, UNA RAREZA — ABOULA — INDIOS MENSAJEROS — MERIDA — LA PARTIDA — HUNUCAMA — ASEDIO DE CAMPECHE.— EMBARQUE PARA LA HABANA — INCIDENTES DE LA TRAVESIA — EL CUATRO DE JULIO EN EL MAR PESCANDO TIBURONES — DESORIENTADOS EN EL MAR — SOCORRIDOS POR EL "HELEN MARIA" — TRAVESIA A NUEVA YORK — EL ARRIBO — CONCLUSION

Pero volvamos a nosotros mismos A las tres de la mañana y a la luz de la luna, salimos de Uxmal por la vía más directa hacia Mérida, Mr Catherwood en un coche y yo a caballo, con el encargo de una carta del mayordomo más joven para su compatriota y amigo, principal chocolatero de Delmónico Cuando yo seguía a Mr C por entre el bosque, conducido en hombros de los indios, que interrumpían el silencio solamente con el arrastre de sus pies, y bajo la impresión de mis grandes temores por su salud, casi se me figuraba que yo iba siguiendo tras su féretro A la distancia de tres leguas entramos en el pueblo de Moona (Muna), en donde, aunque es una bonita población, que cuenta entre sus habitantes con gentes blancas y mestizas, los viajeros son todavía más raros que en el interior de Centro América Nos detuvimos durante dos horas en la casa real, aguardando un coche de relevo. A corta distancia más allá, mi guía me condujo hacia un lado del camino para mostrarme una laguneta, la cual en aquella región era una rareza Estaba rodeada de bosques; el ganado que estaba bebiendo en sus orillas era cimarrón y se asustó como los gamos

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

cuando nos acercábamos A la distancia de cuatro leguas llegamos al pueblo de Aboulá que tenía una plaza circulada por una tosca empalizada, una buena casa real y un viejo alcalde bien educado, que conoció a nuestro criado como perteneciente a la familia Peón.

Como no había ningún pueblo intermedio, él tomó a su cargo el proveernos con indios de relevo para conducir el coche hasta Mérida, todavía a veintisiete millas de distancia. Se iba haciendo tarde, y yo me adelanté con un caballo de remuda, para llegar a Mérida a buena hora con el fin de contratar un caléche para el día siguiente

Por la tarde llovió fuerte. Al anochecer empecé a sentir temores de dejar atrás a Md Catherwood, envié al criado por delante para asegurar el caléche, y me apeé para esperar. Yo estaba demasiado fatigado para retroceder y me senté en el camino; poco a poco me fué extendiendo sobre una piedra lisa, con la rienda enrollada en la muñeca, y, después de un desvariado debate sobre si mi caballo me atropellaría o no, me quedé dormido. Me despertó un tirón que por poco me arranca el brazo, y vi venir por entre el bosque a indios mensajeros con flameantes antorchas de pino, alumbrando el paso para el coche, el cual tenía una apariencia tan fúnebre que casi me hizo temblar. Mr. C. había tenido sus dificultades Después de transportarlo cerca de una legua, los indios se pararon, pusiéronlo en el suelo, y, después de una animada conversación, lo levantaron y siguieron caminando, pero a poco rato lo bajaron otra vez al suelo, y, metiendo las cabezas bajo la cubierta del coche, le hicieron una viva y clamorosa petición, de la cual él no entendió ni una palabra Al fin pudo entender dos pesos, o dos dólares, y coligió que pretendían dos dólares más Como el alcalde había arreglado la cuenta, él se negó a pagar, y, después de un bullicioso altercado, lo levantaron tranquilamente otra vez sobre sus hombros, y comenzaron a trotar con él de regreso hacia la aldea Esto le hizo más tratable y pagó el dinero, amenazándolos con su venganza lo mejor que pudo; pero la parte divertida fué que los indios tenían razón El alcalde se había equivocado en el cálculo; y, al hacer la división y el reparto en el camino, a fuerza de machacar y de calcular, sabiendo cada uno lo que debería recibir, averiguaron que les habían pagado 2 dólares menos. El precio era de veinticinco centavos cada hombre por la primera legua, y diez y ocho centavos por cada una de las subsiguientes, a más de cincuenta centavos por hacer el coche; de modo que, con cuatro hombres de remuda, eran dos dólares por la primera legua, y un dólar y medio por cada legua subsiguiente; y el cálculo del todo por las nueve leguas era algo complicado.

Era la una y media cuando llegamos a Mérida, y nos habíamos levantado y puesto en camino desde las dos de la mañana. Por fortuna, con el suave movimiento del coche, Mr. C. había sufrido muy poco Yo estaba cansado hasta más no poder; pero tenía, lo que me capacitaba para soportar cualquier grado de fatiga, una buena hamaca y pronto me quedé dormido.

A la mañana siguiente vimos a mi amigo don Simón, que se estaba preparando para regresar y juntarse con nosotros Yo no puedo expresar suficientemente mis sentimientos por las atenciones que recibimos de él y de su familia, y sólo espero el poder tener una oportunidad en un tiempo futuro de retornárselas en mi propia tierra. El nos ofreció que cuando regresáramos bajaría con nosotros para ayudarnos en una completa exploración de las ruinas El barco español iba a darse a la vela al siguiente día Por la tarde, después de un copioso aguacero, y a medida que las negras nubes se desvanecían, y el sol poniente las coloreaba con un precioso borde dorado, dejamos a Mérida. A las once de la noche llegamos a **Hunucama**, y paramos dos horas en la plaza para dar de comer a los caballos Mientras estábamos aquí, llegó del puerto un grupo de soldados, ondeando antorchas de pino, que regresaban victoriosos del sitio de Campeche Todos eran jóvenes, entusiastas, bien vestidos y de buen humor, y llenos de alabanzas para su general, quien, decían ellos, se había quedado en Sisal para asistir a un baile, y que vendría tan pronto como éste terminase. Reanudando nuestro viaje, en una hora más encontramos un tren de caleches, con oficiales uniformados Nos detuvimos, felicitamos al general por su victoria de Campeche, preguntamos por la corbeta de los Estados Unidos que habíamos oído decir que estaba allí durante el bloqueo, y, después de muchos intercambios de cortesía, pero sin haber logrado verlos ni un solo rasgo de nuestras respectivas fisonomías, proseguimos nuestros caminos en opuesta dirección. Una hora antes de amanecer llegamos a Sisal, a las seis nos embarcamos a bordo del bergantín español **Alexandre** rumbo a La Habana, y a las ocho ya estábamos en ruta.

Era el veinticuatro de Junio; y ahora, según pensamos, ya habían terminado todas nuestras molestias La mañana era hermosa Teníamos ocho pasajeros, todos españoles; uno de ellos, del interior, cuando bajamos a la playa y vió el bergantín en la ensenada, preguntó qué animal era ese. Por mi gran respeto hacia el capitán, no hablaré del bergantín o de su condición, particularmente del camarote, salvo para decir que era español. El viento era leve, nos desayunamos sobre cubierta, haciendo que la punta de una escalera de la cámara nos sirviera de mesa bajo un toldo El capitán nos dijo que estaríamos en La Habana dentro de una semana

Nuestra ruta se extendía a lo largo de la costa de Yucatán hacia el Cabo Catoche. El domingo 28 habíamos recorrido, según cálculos del bergantín, alrededor de ciento cincuenta millas, y entonces nos quedamos en calma El sol estaba intensamente ardoroso, el mar en cristalino sosiego, y durante todo el día un cardumen de tiburones estuvo nadando alrededor del bergantín. Desde entonces tuvimos continuadas calmas, y el mar parecía un espejo, calentado y reflejando su calor El cuatro de Julio prevalecía la misma cristalina quietud, con ligeras nubes, pero fijas y estacionarias El capitán dijo que estábamos encantados, y en realidad casi así lo parecía. Nosotros esperábamos celebrar este día comiendo con el cónsul americano en La Habana; pero nuestro barco yacía como un leño, y estábamos tostándonos y ya en apuros por la falta de agua; el simple pensamiento de un banquete de cuatro de Julio, entre tanto, nos hizo intolerable la cocina del barco español Habíamos leído todos los libros en la biblioteca del contramaestre, consistente en algunas novelas francesas traducidas al español, y una historia de tremendos naufragios Para romper la monotonía de la calma teníamos constantemente echados garfios y sedales para los tiburones; los marineros los llamaban, como a los caimanes, enemigos de los cristianos, los izaban sobre cubierta, les sacaban el corazón y las entrañas y en seguida los arrojaban al mar. Ya habían transcurrido diez días, y estaban escaseando las provisiones; teníamos dos tiburones tiernos para comer. Haciendo a un lado los prejuicios, ellos no eran malos —enteramente iguales a los caimanes tiernos—; y el capitán nos refirió que en Campeche se hallaban ordinariamente en los mercados, y que toda la gente, sin distinción de clases, los comía Por la tarde se juntaron a nuestro alrededor de manera espantosa. Cualquier cosa que cayera al mar se la tragaban precipitadamente; y el sombrero que se le cayó de la cabeza a un pasajero, apenas había tocado el agua cuando un enorme ejemplar se puso boca arriba, abrió su horrible boca por encima del agua, y se lo tragó: por fortuna no estaba el hombre debajo del sombrero. Al anochecer cogimos un leviatán, y los marineros, adelantándose hacia él, le golpearon los sesos con las barras del cabrestante hasta dejarlo inmóvil; en seguida atándole una cuerda con nu-

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

do corredizo debajo de las aletas, con los aparejos del buque lo izaron sobre cubierta Parecía llenar la mitad del costado del barco Los marineros le abrieron la boca y le separaron firmemente las quijadas con un pasador, lo voltearon de espaldas, lo abrieron y le arrancaron el corazón y las entrañas En seguida le troncharon como un pie de cola y lo arrojaron al mar; lo que el monstruo hizo yo no lo diré, no sea que desacredite otras partes de este libro, a las cuales el lector esté dispuesto a pensar que puedan ser verídicas; pero lo último que vimos fué que parecía que estaba todavía buscándose la cola.

En la tarde del día siguiente cruzamos una fuerte corriente dirigida hacia el noreste, que bramaba como las rompientes; la sonda alcanzó más de ciento veinte brazas, durante el anochecer no encontramos fondo y supusimos que debíamos haber pasado el Cabo Catoche.

Los días seis, siete, ocho, nueve, diez, once y doce hubo la misma calma chicha, con un mar como espejo e intenso calor. Estábamos escasos de provisiones y alarmados por la absoluta falta de agua El capitán *era un noble español*, que consolaba a los pasajeros con repetir cada mañana que estábamos encantados, pero por varios días él había estado inquieto y alarmado. El no tenía cronómetro a bordo Había *estado treinta años* traficando de La Habana para diferentes puertos en el Golfo de México, y jamás había usado uno, pero fuera de sondas, en medio de corrientes, sin nada más que la barquilla, no pudo determinar su longitud, y estaba temoroso de entrar en la Corriente del Golfo y de ser impelido más allá de La Habana Nuestro cronómetro había estado nueve meses en constante uso, traqueteado por *ásperos caminos* montañosos, y, según habíamos supuesto, no se pudo contar con él Mr Catherwood hizo un cálculo con una antigua tabla francesa de logarítmos que casualmente había a bordo, pero con resultados tan diferentes a los cálculos del capitán, que supusimos que podrían no estar correctos. Por entonces nuestra mejor perspectiva era el llegar a La Habana en plena temporada de fiebre amarilla, navegando desde allí en el peor mes de los huracanes, y sujetos a una cuarentena en la Staten Island

El trece de Julio todo lo que había a bordo iba escaseando, y con un número de veinte entre tripulantes y pasajeros, barrenamos nuestro último tonel de agua El calor era abrasador, y la calma y sosiego del mar eran horrendos Todos decían que estábamos encantados; y los marineros agregaban, medio en serio, que esto era a causa de los herejes; los tiburones más numerosos que nunca, no podíamos mirar por el costado del buque sin ver tres o cuatro, como acechando presa

El catorce el capitán estaba alarmado Echaba la barquilla a cada rato, pero no pudo establecer su posición Al atardecer divisamos un enorme monstruo, con una cabeza negra enderezada diez pies fuera del agua, moviéndose directamente hacia nosotros El capitán, mirándolo desde el aparejo con un anteojo, *dijo que no era una ballena* Otro de la misma especie apareció en la popa, y nosotros estábamos realmente nerviosos; pero nos tranquilizamos al oirlos borbotar, y al ver una columna de agua lanzada por *los aires* Al obscurecer estaban echados, enormes e inmóviles, sobre las superficie de las aguas

El quince, para nuestra gran alegría, se levantó por la mañana una ligera brisa y la barquilla señaló tres millas por hora A las doce tomamos la latitud que era 25º 10', y notamos que gobernando **rumbo al sur** a razón de tres millas por hora, según la barquilla, nos hallábamos a *cincuenta y cinco millas hacia* el norte del punto calculado el día anterior El capitán ahora creía que estábamos en medio de la Corriente del Golfo, que así habíamos estado tal vez dos o tres días, y que entonces nos encontrábamos a dos o trescientas millas más allá de La Habana El cronómetro de Mr Catherwood señaló 88º de longitud; pero ésto se hallaba tan lejos de nuestros cálculos, que, con nuestra desconfianza en el cronómetro, todos los menospreciamos, y el capitán especialmente Nos encontrábamos entonces en muy mala posición, escasos de provisiones y de agua, e impelidos más allá de nuestro puerto El capitán llamó a popa a los pasajeros, a los marineros, al cocinero y al camarero, extendió el mapa sobre la escalera de la cámara, y señalando nuestra supuesta posición, dijo que deseaba tomar el consejo de todos a bordo sobre lo mejor que debería hacerse El contramaestre estaba sentado a su lado con el diario de navegación para tomar notas Todos permanecimos silenciosos hasta que habló el cocinero y dijo que el capitán sabría lo mejor; los marineros y pasajeros aprobamos; pues aunque lo considerábamos todo incierto, y que estábamos enteramente perdidos, creíamos que él lo sabría mejor que ningún *otro* El *capitán señaló el curso de la Corriente* del Golfo, diciendo que sería imposible regresar contra ella, y, que contando con una brisa ligera y favorable, recomendaba que debíamos seguir la corriente, y dirigirnos *hacia New Providence para abastecernos* de provisiones y de agua. Todos estuvimos de acuerdo, y así viramos desde el sur y tendimos nuestras velas rumbo al noreste En aquel momento nos considerábamos *más alejados* de La Habana que cuando partimos

Con los sentimientos más desconsoladores nos sentamos a una escasa comida En el *supuesto de que* nos encontrábamos en la Corriente del Golfo y en la ruta de los buques, el capitán envió un hombre al más til para ver si descubría alguna vela, quien muy pronto, para *nuestro gran gozo, informó de un bergantín* a sotavento Izamos nuestra bandera y nos dirigimos hacia él. A medida que nos aproximábamos él correspondía a nuestra señal, y con un anteojo reconocimos la bandera americana Al cabo de una hora nos hallábamos a la distancia de saludo; el capitán no sabía hablar inglés, y me dió a mí la bocina; pero creyendo, por sus movimientos, que a nuestro paisano no le gustaban los colores españoles, y temeroso de alguna irregularidad técnica en mi saludo, que nos hubiera hecho un objeto de sospecha, le pedimos que bajara el botequín Este había permanecido sobre cubierta con el fondo para arriba, y con el sol se le habían abierto las junturas El agua penetró por ellas y antes que estuviésemos a cincuenta yardas del bergantín ya estaba medio lleno Nos sentamos sobre la regala de la borda del combés, y dos de los hombres hacían cuanto podían para mantenerlo a flote, mientras que nosotros animábamos a los otros a avanzar Los tiburones retozaban a nuestro alrededor, y por algunos instantes ansiamos regresar a bordo del viejo bergantín Una brisa parecía sacudir el buque, el cual durante dos o tres minutos se mantuvo en la misma dirección, pero, para nuestro gran alivio, viró hacia nosotros y nos tomó a bordo Nuestros colores españoles y nuestro movimiento irregular en el intento de abordar sin el saludo, habían despertado sospechas, y los marineros *decían que éramos piratas*; pero el capitán, un alto y juicioso sujeto de la Nueva Inglaterra, de pie sobre la cuadra de popa con las manos en los bolsillos, fijándose en la condición de nuestro bote que se hundía, dijo "Esos no son piratas" El bergantín era el **Helen María**, de North Yarmouth, capitán Sweetzer, de Tabasco, rumbo a Nueva York! El lector no puede imaginarse la satisfacción con que saludé en alta mar a un compatriota con destino a Nueva York Mi primera pregunta fué si podría llevarnos a bordo; después, si tenía provisiones y agua para nuestros amigos, y en seguida, que en qué lugar nos encontrábamos El nos mostró sus observaciones de ese día Estábamos como a cuatrocientas millas del punto que suponíamos La corriente que se establece entre el Cabo Catoche y el Cabo Antonio la había tomado el capitán por la Corriente del Golfo Si nosotros hu-

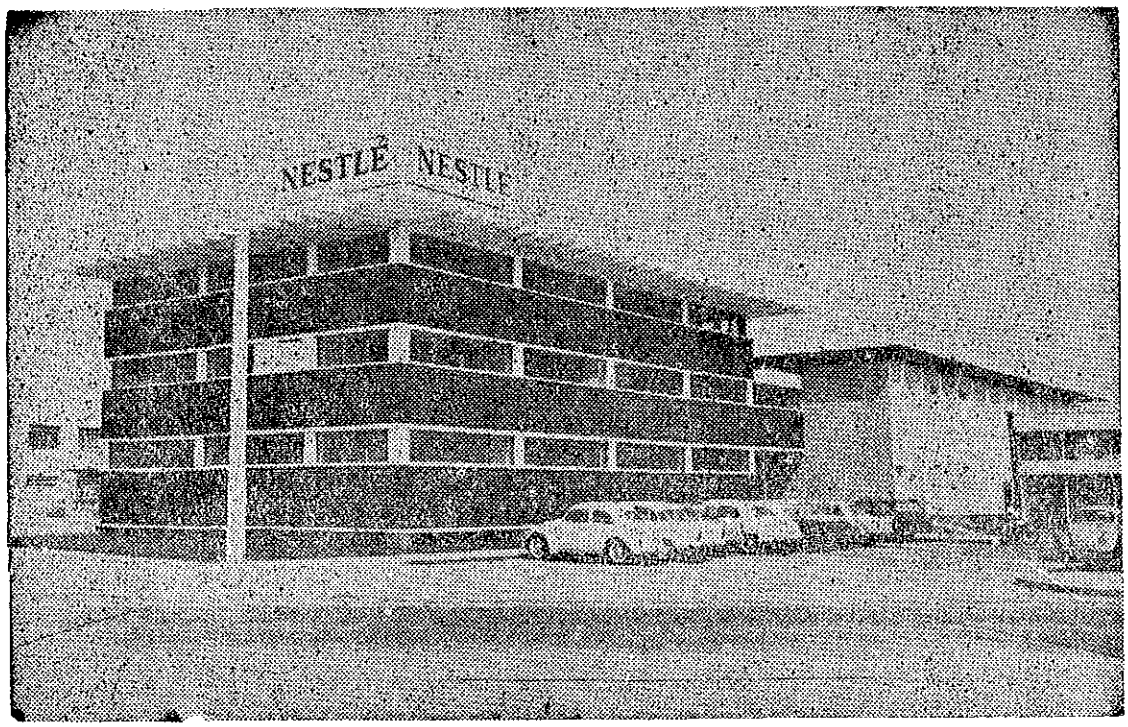
Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org

biésemos atendido al cronómetro de Mr C no nos habíamos alejado tanto de la ruta Como estábamos, nos hallábamos enteramente perdidos; y si no hubiéramos encontrado este barco, no sé lo que habría sido de nosotros El capitán estaba sólo a siete días de Tabasco, con un viento que le había arrebatado una de sus velas, y había perdido uno de sus hombres. No tenía sobra de provisiones, y mucho menos con dos pasajeros adicionales; pero envió a bordo lo que pudo, y una provisión de agua Nosotros regresamos, le dijimos al capitán, para su mayor sorpresa y asombro, cual era su posición, no más de doscientas millas de Sisal y nos despedimos de todos No se mostraron apesarados por nuestra separación, pues la ausencia de dos bocas era ventajosa; y aunque, tal vez, en sus corazones pensarían que su mala suerte era por causa de los herejes, fué muy placentero el que, con todas nuestras molestias, al separarnos así sobre el ancho océano, chocáramos nuestras manos con el capitán, con los pasajeros, marineros, cocinero y camarero, sin tener ni el más leve sentimiento de enojo con ninguno a bordo Cuánto tiempo estuvieron perdidos no lo sé, pero supe que llegaron a La Habana en miserable condición, después de haberse comido el último bocado a bordo.

Nuestro nuevo barco llevaba una plena carga de palo de Campeche Iba cargada la cubierta y aun la cuadra de popa, y estibada de un modo tan compacto, que hubo necesidad de quitar la puerta del camarote y el descenso se hacía por encima de un tonel de agua; pero el cambio del barco español por el americano fué una extraña transición. El primero tenía un capitán, dos contramaestres y ocho marineros; el segundo un la cubierta de carga para que los marineros maniobraran, un enorme botalón de la vela mayor, y una barra del timón en vez de rueda, que barría todo el alcázar, y que a veces requería dos hombres para sostenerla Por la tarde tuvimos dos o tres horas de calma; nosotros ya estábamos habituados a ella, pero el capitán se incomodó; él detestaba la calma; no había tenido ni una desde su salida de Tabasco; todo lo podía soportar menos la calma. Al anochecer, una racha interrumpió el encanto El capitán que abominaba el apocar las velas, persistió hasta el último instante, y en seguida, saltando desde la barra del timón, tiró él mismo de los cables, y volvió otra vez al gobernalle, todo en un abrir y cerrar de ojos. Mr. C y yo estábamos tan complacidos con el cambio que no teníamos prisa; y, notando la escasez de manos y tropezando sobre el palo de tinte, le hicimos ver al capitán que si perdía otro hombre se vería en dificultades para conducir su buque al puerto; pero nos contestó al momento jurando que, si llegara a perder todas las manos a bordo, el contramaestre y él serían suficientes para conducirlo, con cargamento y todo

El treinta y uno de Julio arribamos a Nueva York, después de transcurridos diez meses menos tres días desde que nos embarcamos, y nueve sin haber recibido noticia alguna de nuestros amigos en la patria; deduciendo el tiempo pasado en el mar, solamente siete meses y veinticuatro días en la prosecución de nuestra obra Esta, yo estoy seguro, debe recomendarnos a todo verdadero americano; y aquí, en el mismo lugar de donde partimos juntos, y con muy poca esperanza de viajar otra vez en su compañía, me despido del lector.

FIN



"NESTLE calidad y seguridad al servicio del consumidor centroamericano. Productos Nestlé S.A. (Guatemala). Productos Nestlé S.A. (El Salvador). Productos Nestlé S.A. (Costa Rica). Nestlé Hondureña S.A. D.R. Ballatyne y Cía. Managua, Nicaragua.

Digitalizado por: ENRIQUE BOLAÑOS FUNDACIÓN www.enriquebolanos.org